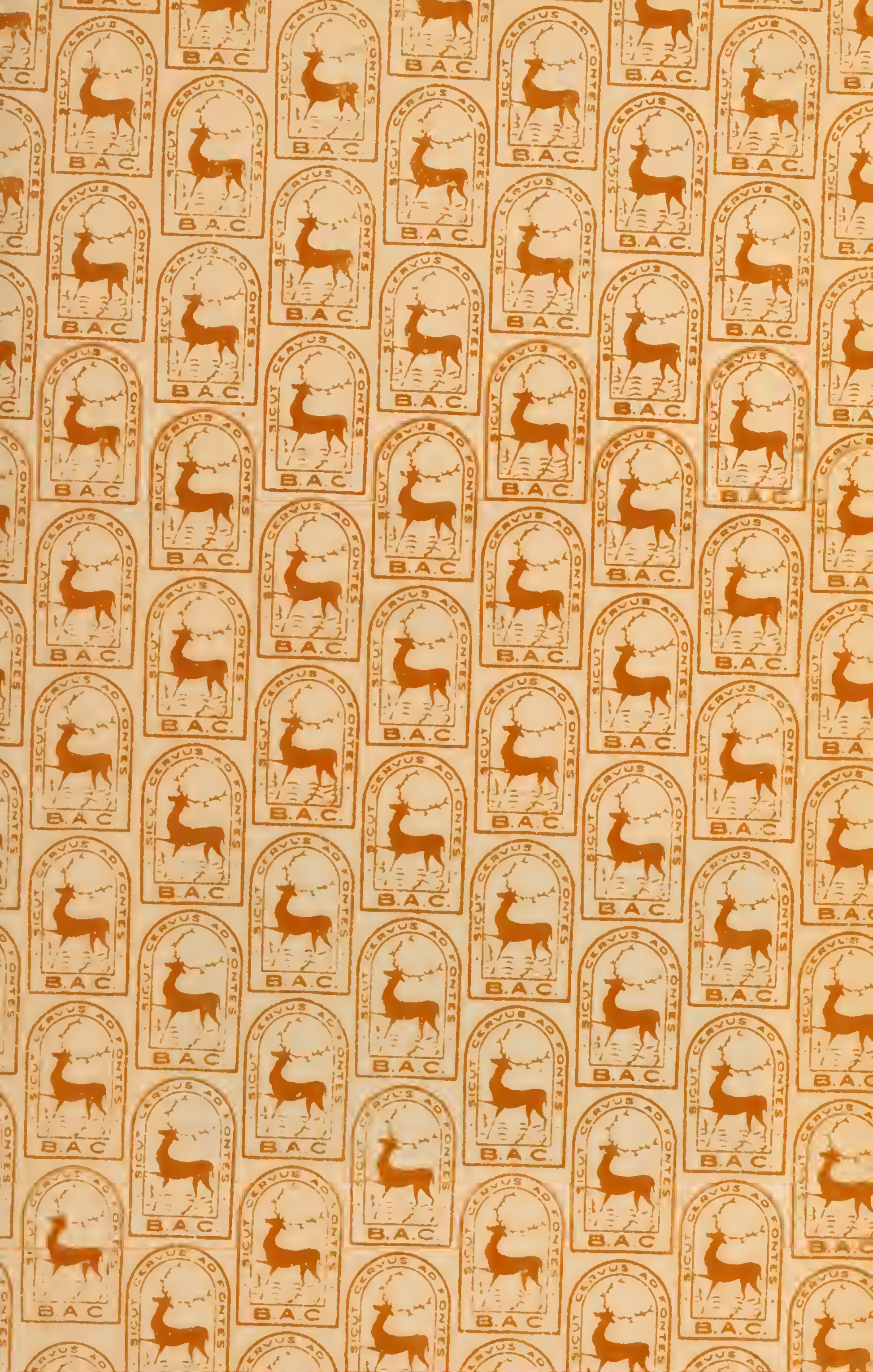
MISTICOS FRANCISCANOS

TOMO III


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.

Jose C. Nieto
4-I/66.

Místicos Franciscanos Españoles

BIBLIOTECA
DE
AUTORES CRISTIANOS

BAJO LOS AUSPICIOS Y ALTA DIRECCIÓN DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. — APARTADO 466

MADRID • MCMXLIX

MISTICOS
FRANCISCANOS ESPAÑOLES

TOMO III

FRAY DIEGO DE ESTELLA
Meditaciones del amor de Dios

FRAY JUAN DE PINEDA
Declaración del "Pater noster"

FRAY JUAN DE LOS ANGELES
Manual de vida perfecta y Esclavitud mariana

FRAY MELCHOR DE CETINA
Exhortación a la devoción de la Virgen

FRAY JUAN BAUTISTA DE MADRIGAL
Homiliario evangélico

EDICION PREPARADA POR LOS REDACTORES DE «VERDAD Y VIDA»

INTRODUCCIONES DEL PADRE

FRAY JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M.

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • MCMXLIX

NIHIL OBSTAT:
LIC. LORENZO VICENTI,
Censor.

IMPRIMI POTEST:
FR. PATRICIO BOTIJA, O. F. M
Min. prov.

IMPRIMATUR:
✠ CASIMIRO,
Obispo aux. y Vic. gral.
Madrid, 30 de marzo de 1949

GRAFICAS NEBRIJA, S A.—Ibiza, 11.—Teléfono 251101 —Madrid.

I N D I C E   G E N E R A L

INTRODUCCION GENERAL

Paginas

FRAY DIEGO DE ESTELLA

MEDITACIONES DEVOTISIMAS DEL AMOR DE DIOS

FRAY JUAN DE PINEDA

DECLARACION DEL "PATER NOSTER"

FRAY JUAN DE LOS ANGELES

MANUAL DE VIDA PERFECTA

FRAY JUAN DE LOS ANGELES

ESCLAVITUD MARIANA

FRAY MELCHOR DE CETINA

EXHORTACION A LA DEVOCION DE LA VIRGEN MADRE DE DIOS

Páginas

FRAY JUAN BAUTISTA DE MADRIGAL

HOMILIARIO EVANGÉLICO

INTRODUCCION GENERAL

FILOSOFIA DE AMOR

I. CRITICA, CRITERIO, TEMA

Obsérvase más y más, y de día en día, el abuso frecuente que se hace de algunas palabras, como *divino, místico, ciencia, científico*, etc. Voces tan nobles y henchidas de sentido, aplebéyanse y desnaturalízanse con tamaño uso injustificado. Fácilmente se otorgan títulos de *ciencia* y de *científico* a personas y a obras. Y lo curioso del caso es que no sólo se peca por exceso, sino también por defecto. Se descalifica a unos y se califica a otros con ligereza. Sucede así porque se han fabricado una medida a su gusto, ancha y estrecha; ancha para unos, y estrecha para otros. No, la medida debe ser igual para todos, y ha de ser justa, *científica*. Algunos hay tan externos, que ven y juzgan más por los ojos del cuerpo que por los ojos del alma; reparan más en el número de notas marginales (repetición de lo que otros han dicho) que en el caudal de sabiduría atesorado en el texto, si es que existe. Suelen también valuar las citas por los nombres, por su antigüedad, siendo así que deben serlo por su verdad y por su bondad.

Tenemos un concepto tan elevado de las palabras *ciencia* y *científico*, que las empleamos con sobriedad y rigor, pues la ciencia verdadera y el verdadero científico son joyeles ricos y muy escasos; pero no queremos de ningún modo desposeer de tan preciado título a quienes poseen el saber y le honran con sus palabras y con sus escritos. Es justo y gozoso.

Dada la índole de nuestro trabajo, forzosamente han de comparecer los escritores, se les ha de interrogar y se han de justipreciar sus doctrinas. Se historian ideas y se juzgan.

Orientemos al lector en orden al tema y digamos luego cuál es nuestra pretensión. Un observador extraño a nuestro país ha podido escribir con acierto: «Ningún viajero

consciente puede pasar unas semanas en España sin darse cuenta que el misticismo es algo innato a su pueblo».— «Acabará por convencerse de que el alma española es su propia mística» [1]. *Misticismo* y *mística* están tomados en buen sentido; el inglés ha visto lo que hay, lo que hay todavía en España de espíritu a pesar de naturalismos y de materialismos arrolladores.

Pero demos un gran salto atrás y veamos qué fué, qué tenía España, qué era. «Todo el siglo XVI fué para España un estallido de energía», nos dice quien lo sabía muy bien [2]. Y con razón añade, confiado en que un día u otro se le hará justicia: «Estoy seguro de que, a medida que se estudie en el mundo nuestro siglo XVI, irá pasando a la historia como el modelo de lo que los hombres pueden conseguir y de lo que no pueden» [3].

Lo hemos dicho con fruición, y no faltan quienes están con nosotros, o nosotros con ellos: «Lo español es espíritu y no trajín o estruendo de mercado; verdad cristiana y no aventuras filosóficas; [...] ciencia profunda y no mariposeo científico; nobleza limpia y no bastardía presumida y rencorosa» [4]. Sostiene además este hijo preclaro de San Ignacio, y unimos nuestra voz a la suya, que «nuestra mística es la entraña misma de nuestra historia» [5]. Otra pluma egregia y escrutadora habíanos dicho con primor y galanura: «Es la mística la cumbre de nuestra raza, la suma exaltación de su entendimiento y su voluntad, el aletazo de pujante albedrío con que rompe los quicios de la tierra y se remonta al cielo, más ávida que nunca de conocer y de querer» [6].

España enamoróse del saber místico, unióse con él, y le nacieron hijos innumerables. «Nadie puede ahondar en una ciencia sin amarla; nadie puede descollar en las bellas artes sin ser apasionado. Para ser devoto es necesario amar la religión» [7]. Así es; el apasionamiento, el entusiasmo por una idea, por una verdad o por un bien aviva el ingenio y centuplica las fuerzas, siempre que no sea irracional por desatentado. El español es *apasionado* racionalmente, y por eso lleva sus cosas hasta el extremo.

---

[1] ALLISON PEERS (E.), *El misticismo español*, c. 1, p. 13 (Buenos Aires 1947).

[2] RAMIRO DE MAEZTU, *Don Quijote, Don Juan y la Celestina: Don Quijote*, IV, p. 40; 6.ª ed. (Buenos Aires 1948).

[3] Ibíd., VI, p. 67.

[4] ALFONSO TORRES, S. I., *Prólogo a «La cumbre mística»*, de Ricardo León, pp. X-XI (Madrid 1945).

[5] Ibíd., p. XIX.

[6] RICARDO LEÓN, *La cumbre mística*, introd., p. 3 (Madrid 1945.)

[7] PALACIO VALDÉS, *Papeles del Doctor Angélico: Inteligencia y amor.*

«El español, por un atributo de la raza, tiende a una lógica radical y no se contiene jamás en términos medios» [8], se ha observado con tino.

En nuestro caso, queremos hacer como los científicos: por el conocimiento de la parte, subir al conocimiento del todo. El enlace orgánico, o ideológico, o causal que se da siempre entre el todo y su parte, y viceversa, hace que, conociendo lo uno, facilite el conocimiento de lo otro. Así procederemos; el estudio de la *Filosofía de amor,* expuesta por la mentalidad hispano-franciscana, iluminará el edificio de la *filosofía española.*

Con certero punto de vista, Menéndez y Pelayo escribió: «Desde los tiempos del abrasado Serafín de Asís, y del Beato Jacopone, y de Ramón Lull, parece que *los franciscanos han tenido vinculada la filosofía de amor,* de que es maestro San Buenaventura, como de la especulativa lo es Santo Tomás. Los libros más clásicos y bellos acerca del amor de Dios durante el siglo XVI son debidos a plumas de Frailes Menores, y entre todos ellos daría yo la palma de buen grado al extremeño fray Juan de los Angeles, uno de los más suaves y regalados prosistas castellanos, cuya oración es río de leche y miel» [9]. En otra parte dice el mismo autor egregio: «Siglo [XVI] en que la mística castellana [...] corrió como generosa vena por los campos de la lengua y del arte, fecundando [...] *la regalada filosofía de amor de fray Juan de los Angeles*» [...] [10]. Y los franciscanos españoles que filosofaron sobre el amor, especialmente sobre el amor místico, no fueron pocos, sino «serie muy numerosa» [11]. A un español no franciscano, pero sí de la misma estirpe, al agustino Malón de Chaide, se le ha discernido el título glorioso de *Metafísico del Amor* [12]. España ha remontado cumbres altísimas en sus especulaciones sobre el amor.

Nuestra pretensión es sacar y ordenar algo de lo que han dicho los escritores franciscanos sobre la *metafísica de amor,* el *amor psíquico,* el *amor divino* y el *amor místico;* y todo brevemente, abriendo surcos para que otros siembren o sembremos nosotros mismos cuando queramos o cuando se nos presente oportunidad.

---

8 VÁZQUEZ DE MELLA, *El ideal de España,* p. 11 (Madrid 1915).

9 MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España.* t. II, c. 7, pp. 90-91 (Santander 1940).

10 MENÉNDEZ PELAYO, *Estudios de crítica literaria: De la Poesía mística,* p. 42 (Madrid 1915).

11 MENÉNDEZ PELAYO, *Ideas estéticas,* t. II, c. 7, p. 84 (Santander 1940).

12 Cf. ALLISON PEERS (E.), *El misticismo español,* c. 4, p. 46 (Buenos Aires 1947).

II. EL AMOR METAFISICO

1. EL AMOR Y EL SER.—La filosofía de amor, hispánicamente sentida, es una sinfonía de amores que se levanta desde lo bajo y humilde de las criaturas hasta lo alto, sublime y secreto de Dios. El amor, pues, está en todos los seres y en todos resuena. Cada uno es un instrumento musical que, con su sonido propio, forma parte complementaria de la gran orquesta sinfónica de la creación.

Los metafísicos reducen a tres las propiedades trascendentales de los seres: el ser es *uno*, el ser es *verdadero*, el ser es *bueno*. No tenemos inconveniente en admitir esta sencilla trilogía; pero consideramos preciso añadirle otra nota más al acorde, la que, musicalmente hablando, se llamaría *octava*, disonante, es decir, despertadora y estimulante del oído. Esta nota es *bello;* el ser es *bello* por naturaleza, por exigencia íntima de su naturaleza. Así lo vieron y así lo enseñaron los místicos españoles. El Beato Juan de Avila escribió: «Si el Señor buscase hermosura de cuerpo, no es de maravillar que la hallase; porque así como *él es hermoso, crió todas las cosas hermosas,* para que así fuesen algún pequeñuelo rastro de su hermosura inefable, comparada a la cual toda hermosura es fealdad» [13].

Pero hay más: el acorde sonoramente disonante, integrado por las cuatro notas esenciales al ser (uno, verdadero, bueno y bello), se resuelve en acorde perfecto de amor. El amor es la consonancia del ser y del universo mundo. *Dios es caridad* [amor]; *y el que permanece en caridad* [en amor], *en Dios permanece y Dios en él* [14]. Siendo, pues, Dios amor y caridad, caridad y amor son sus obras; todas juntas y cada una de ellas. Los seres, sin el amor que Dios ha puesto en ellos, no serían y, si les faltase, dejarían de ser. Dios es amor originario, fontal; los seres, amor participado, chispazos del divino amor. Algo insinuó fray Juan de los Angeles cuando dijo: «Pasemos a la quinta división, que divide el amor en *natural, animal, racional* y *intelectual,* de que ninguna cosa diré por ser todas metafísicas y llenas de dificultades» [15].

Con el amor, todo consuena; sin el amor, disuena todo.

---

[13] *Libro espiritual,* c. 103.
[14] I Io. 4, 16.
[15] *Lucha espiritual,* p. 1.ª, c. 1.

2. EXCELENCIAS DEL AMOR.—Por su calidad y por su cantidad son indecibles. El amor, fruto el más sazonado de la creación que, en cierto sentido, implica Creador y creatura, no podrá ser jamás condignamente loado ni se podrán contar sus prerrogativas. El P. Osuna dijo: «Salió de Dios [el amor] para llevar a él los suyos, y, haciendo vuelta redonda, como dice San Dionisio, torna al mesmo Dios, para hacer en el cielo bienaventurados los que en la tierra hizo amadores» [16]. No sólo a los amadores, sino a todos los seres arrebata por sí el amor y los revierte a Dios, asegurándolos y aquietándolos, como la piedra que ha dado en su centro. De ahí que añade: «No esperes, hermano, otra gloria en el cielo sino amor, porque el mesmo Dios no tiene otra cosa mejor que el amor, y de éste da a los que en esta vida le sirven y con él en más cantidad hará pago en el cielo» [17].

El amor es el principio, el medio y el ápice de la perfección. La diferencia sólo es de grados y de quilates. El *quid* está en la fusión de amores: el amor del hombre sobrenaturalizado con el de Dios: que no sean dos amores, sino uno, y éste más divino que humano. «*La verdadera santidad*—escribe el P. Alonso de Madrid—se encierra y consiste en un solo punto, que es *ser un espíritu y de un querer con Dios*» [18].

De aquí su principado en el orbe moral, su bondad nativa y su expansión prolífica. «El buen amor es príncipe entre las virtudes—dijo Fr. Juan de los Angeles—, y el malo, entre los vicios. Y aun, para decirlo cierto, la virtud no es más que un amor bueno, y el vicio, un amor malo» [19].

El mayor encarecimiento que del amor puede hacerse es afirmar que no hay nada mejor en el hombre ni puede haber cosa más calificada, de suerte que todas las otras son buenas por él, o al menos sin él no lo serían. Es doctrina de un clásico que otros muchos clásicos enseñan: «Claro, pues, se muestra ser el amor la más excelente de las obras, pues que sin él todas ellas son nada». Afirma ser idea evangélica, y añade: «Manifiesta verdad es que la más noble potencia que Dios puso en nuestro cuerpo y alma para obrar es la voluntad, y, por consiguiente, que la más noble y preciosa obra que se puede hacer es la suya; esto es, *querer* o *amar*, lo ya conocido por bueno» [20].

---

[16] *Ley de amor santo*, c. 51.
[17] Ibíd.
[18] *Arte para servir a Dios*, not. 1
[19] *Lucha espiritual*, p. 1.ª, c. 1.
[20] *Arte para servir a Dios*, p. 3.ª, c. 1.

La valía del amor es tan grande, que sólo con amor se paga; cualquiera otra cosa le es inferior. El amor es precio condigno de sí mismo y ninguna otra cosa se le equipara: o la implica o vale menos. «*Amor merces sui ipsius:* Amor certe sui ipsius est merces; nobis vero ratione amoris et dilectionis gloriam tribuere, nihil aliud est quam mercedem mercedi addere: et praemium praemio, et beneficium beneficio, et denique gloriam gloriae salvare» [21]. Hasta los ingenios seculares, aun de nuestros días, lo han visto así, adoctrinados por los escritores místicos: «El amor se basta a sí mismo—ha dicho uno—. La caridad no ha menester razones, pues las excede con las obras» [22].

Finalmente, el amor en el hombre es su título de nobleza, su tesoro, las alas de su espíritu, el germen de su bienaventuranza futura, de su fortaleza presente y de su gozo posible. Es el don con que podemos de algún modo compensar los divinos beneficios, congraciándose Dios en él y siendo muy de su agrado. Nada es comparable con el bien del amor, que los implica todos. De ahí su excelsitud. Con razón se ha escrito: «Es el amor cosa de tanta sublimidad, que aun a Dios podemos hacer gracia de él y él quiere ser amado de balde, pues que de balde y graciosamente nos ama; necio es el que vende cosa de tan gran precio, que más gane en darla de balde que en venderla, porque *si la libertad no se vende bien por todo el oro del mundo*, menos se vende el amor, que es fuente de la libertad» [23].

3. Naturaleza del Amor.—Con decir que *Dios es amor* [24], como ya hemos dicho, dícese implícitamente cuanto pudiera decirse. Nada más breve, ni más profundo, ni más elevado, ni más trascendental, ni más glorioso, ni de gozo más puro y dilatado. Si Dios es amor, amor es Dios. Ningún metafísico hubiera podido expresarse con más acierto y con más claridad. Pero lo que a nosotros los hombres nos interesa más es una potencialidad o virtud del amor que maravillosamente obra en el seno más profundo de nuestro ser y alma, engendrando a Dios en nosotros, si sufre el lenguaje expresión tan peregrina. He aquí lo que leemos en *Ley de amor santo:* «Y has de notar que sólo el amor se llama especialmente *simiente de Dios*, porque de él nace Dios en el corazón; Dios siembra en nuestra ánima echando primero la *simiente del amor*, que se

---

[21] Diego de Estella, *In Lucam*, c. 2, p. 38.
[22] Ricardo León, *La cumbre mística*, p. 3.ª, I, p. 21 (Madrid 1945).
[23] Osuna, *Ley de amor*, ded.
[24] I Io. 4, 16.

llama también *suya*, porque cuando pecamos no queda esta simiente en nosotros, ca él se la lleva consigo, dejándonos todos los dones naturales, que aun en los demonios dicen haber permanecido enteros» [25]. De modo que por sí mismo, por su ser o entidad, por su origen y por su fruto inmejorable, es cosa divina el amor, germen de suprema eficacia inmortal. Este es «el amor vital de Dios vivo—de que Fr. Juan de los Angeles habla—, el cual es verdadera vida del alma, que así lo trae siempre consigo por esta y con esta interior, continua y ferviente inquisición» [26]. Tan alto ser, tan encumbrado principio, no puede radicar en el hombre; origen más alto tiene, el origen supremo, Dios, y nos viene por su Hijo, Cristo. Tan rico don no podía sernos entregado por otras manos que las inmaculadas de Jesucristo. Bien se nos dice conforme a esta enseñanza: «La caridad que se conoce y se requiere en los hombres no es suya, que escrito está que Cristo la da graciosa y salutíferamente» [27].

Visto qué sea, veamos qué tal es su virtualidad, su fuerza expansiva, dilatadora. ¿Qué no tiene el amor? ¿Adónde no llega? ¿Qué no traspasa? ¿De qué no se apodera? ¿Qué ser no acondiciona a sí? El famoso obispo de Mondoñedo y más famoso escritor Fr. Antonio de Guevara, en su *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos*, comentó: «*Jugum meum suave est*, pues es yugo de amor y no de temor; y la propiedad del amor es que lo áspero torna llano; lo cruel, manso; lo ácido, dulce; lo insípido, sabroso; lo enojoso, apacible; lo malicioso, sincero; lo torpe, avivado, y aun lo pesado ligero» [28].

De aquí le viene la íntima dulzura que, como panal de miel divina, contiene el Evangelio, de que es amor quintaesenciado, que no cupo jamás ni en la mente ni en el corazón de los hombres. Como que es una efusión generosa del Corazón de Jesucristo. Clara y concisamente nos lo dice el *Hércules de la Teología*, el franciscano Fr. Miguel de Medina, lumbrera que fué en el concilio de Trento, con estas palabras musicales: «*Suave cántico* es el santo Evangelio, porque es *ley de amor;* y *nuevo*, porque anuncia nuevas cosas al mundo» [29]. Y añade: «Todo es dulce, porque va envuelto en amor y va envuelto en la extraña y espantosa caridad del que nos lo manda, que es

---

[25] OSUNA, c 6.
[26] *Manual, diál.* 1, I.
[27] BERNARDINO DE LAREDO, *Subida del Monte Sión*, p. 1.ª, c. 20.
[28] Cap. 5.
[29] *Infancia espiritual*, p. 799, ed. BAC *Místicos franciscanos*, vol. II (Madrid 1948).

Cristo, que, siendo Dios, se hizo por nuestro amor hombre» [30].

Y no se crea, como suele acontecer entre profanos, que con ser cosa tan alta y divina, es contra razón o fuera de razón, sino muy acorde con la razón, una como sobrerrazón emanada de la razón suprema, eterna e infalible. El yugo de Cristo es «para los que viven conforme a razón» [31].

Síguense de lo dicho dos consecuencias notables: que «el amor no se paga sino con otro amor» [32]. ¿Con qué otra moneda se podría comprar, siendo él celeste, y toda otra moneda, terrestre? Y segunda: Si amase a Dios solo de tal manera «que todo su amor lo emplease en sólo su apreciador, esta tal ánima amaría en más perfición, porque en Dios ama muy enteramente todo lo que debe amar en todo cuanto hay que merezca ser amado» [33]. Amar en Dios *muy enteramente* todas las cosas, todos los seres que son de Dios y que Dios ama, es con seguridad perfección altísima y estado gozoso en la tierra.

4. Ley de amor.—Todos los seres son y existen por la ley interna que los rige y orienta. Esa ley secreta, aunadora, conglutinante y obradora es ley de amor. Esta ley es la suprema en el orbe visible y en el orbe invisible; es ley suprema en el mismo ser de Dios, donde rige plenamente y sin estorbo. Dicho se está, pues, que la ley natural del amor «abraza todas las leyes» [34]. Más todavía: «La ley del amor es tan universal en el cielo como en la tierra» [35]. Además, es ley primaria: «Que este mandamiento del amor sea el principal que en la ley natural se contiene, cosa clara es», y amplifícala el P. Osuna en su *Ley de amor santo*, capítulo 6.

Es motivo de meditación para filósofos y metafísicos la doctrina según la cual «de todas las otras leyes hay apelación para la ley del amor» [36] y ella es supremo tribunal que juzga y falla inapelablemente. Como que «es la mayor de las leyes y ánima de ellas», «y porque de ella depende toda la vieja ley y la nueva y cuanto escrito se ha de reducir; aquí todas las leyes dan parias y hacen acatamiento al amor» [37].

---

30 Ibíd., p. 800.
31 Guevara, *Oratorio*, c. 5.
32 Estella, *Meditaciones*, 62.
33 Bernardino de Laredo, *Subida*, p. 2.ª, c. 53.
34 Osuna, *Ley de amor*, c. 6.
35 Ibíd., c. 51.
36 Ibíd., c. 2.
37 Ibíd.

La frase broncínea de San Pablo [38] *plenitudo legis est dilectio: la plenitud de la ley es el amor*, nos excusa de largos discursos aunque nos fueran gustosos. En cuatro palabras lo dijo todo el Apóstol. Pero como aquí procedemos por vía documental histórica, ahí va el comprobante correspondiente, confirmación de una mentalidad y de un pensar filosófico: «Así como en la sagrada Escritura hay cantares de cantares, y cosas santas de cosas santas, y fiestas de fiestas, así también pienso que hay ley de leyes, y esta ley de leyes no es otra sino la *ley de amor santo*, que, por ser tan excelente, corre con todas las leyes; donde es de saber que en todos los estados del mundo tuvo consigo gran vigor y fuerza la gran ley del amor, obligando a todos» [39].

La conclusión se impone: *ley de amor* y *ley de gracia* no solamente consuenan y armonizan, sino que son iguales, como no podía ser menos. «Y porque veas—escribe Osuna—cuán de verdad *ley de gracia* quiere decir *ley de amor*, has de saber que este nombre *caridad*, que es *amor santo*, se deduce y viene, según dice un Doctor, de este nombre *caris*, que en lengua griega quiere decir *gracia*; así que *caridad* es *gracia* según su nombre y según su obra» [40].

5. Amor natural y sobrenatural.—Podemos considerar, y debemos, al hombre caído y al hombre levantado. El humano género, con todos y cada uno de sus individuos de todo tiempo y de todo lugar, está incluso en esas dos categorías de hombres. Ni necesariamente se condena el hombre ni necesariamente se salva. En todo caso interviene la libertad, no la fatalidad. Hay, pues, un doble amor en el pecho racional: uno perteneciente al hombre caído, cuyo amor innato no extinguió el pecado de origen, aunque lo amortiguó; y otro, propio del hombre redimido, de categoría plenamente celestial, que mana del Corazón de Cristo. El primero es *amor natural*, rastro, huella o chispita del amor originario que tuvo Adán, como cabeza de la familia humana; el segundo, *amor sobrenatural*, fuego divino que Jesucristo nos trajo, participación gratuita de la divina naturaleza. Entrambos son necesarios e integran el ser de cristianos, dignidad la más excelsa que puede anhelarse sobre la tierra.

El primer amor, el natural, vive tan enfermizo, tan aniñado y tan para poco, que clama por el segundo, por el sobrenatural, vigoroso en sí y por sí, capaz de todo, por-

[38] Rom. 3, 10.
[39] Osuna, *Ley de amor*, c. 6.
[40] Ibíd., c. 9.

que todo lo puede en aquel que lo infunde y derrama en el espíritu. «Quiso nuestro muy alto Dios dejarnos necesitados de su *socorro sobrenatural*, pues que las mercedes para que nos crió son sobrenaturales» [41]. Añádase a esto lo que fray Juan de los Angeles dijo: «El primero amor, respecto de Dios, se dice *libre* y *natural*, y que *no puede borrarse*, impreso, *concreado* e inserto en el hombre, criado a la imagen de Dios, que consiste en la *mente*, *noticia* y *amor*» [42]. El segundo amor, el sobrenatural y divino, es de tal excelencia, que «no tienen valor las otras virtudes sin la caridad, y todas ellas tienen dependencia de la caridad, y ella no la tiene de ninguna otra, antes ella sola incluye todas las virtudes» [43]. «El fuego del amor de Dios no ha de ser temido, sino amado» [44], por ser vivífico, salvífico y beatífico. Ni basta este amor o caridad entitativa y positivamente poseído, sino que hay que actuarlo, porque el acto es lo que nos salva, a no ser que nos encontremos imposibilitados, como en los niños recién nacidos y bautizados acontece. Hay que obrar, y obrar con amor y por amor [45], lo que, por desgracia, no siempre acontece. El P. Osuna escribió: «Acontece no obrar hombre según la caridad que tiene, sino según otras aficiones que se entremeten» [46], perdiéndose todos o parte de los frutos correspondientes a la obra buena.

El amor divino o amor de caridad no es ciego, como suelen pintar el amor pasional los paganos, sino sapientísimo, y tiene ojos tan penetrantes, que traspasan lo creado y llegan e intuyen hasta el ser mismo de Dios. Nunca se ponderará lo suficiente la sabiduría, penetración y agudeza del amor divino. El P. Guevara dejó escrito: «Dime, yo te ruego: ¿Qué no sabe el que amar bien sabe? ¿Qué deja de hacer el que no deja de amar? ¿De qué se queja el que siempre ama? Si el que ama tiene alguna queja, no se ha de quejar de lo que ama, sino de sólo sí mismo, que en el amor hizo algún yerro, el cual yerro le pudo venir ora de ser descuidado, ora de ser importuno» [47]. El amor divino tiene virtud ascensional, y sólo en Dios para y se aquieta, como quien ha buscado y encontrado el colmo de sus deseos. El alma así sobrenaturalizada por tan celeste amor, «en la espiritualidad pura, y simple, y ver-

---

41 Alonso de Madrid, *Arte para servir a Dios*, p. 2.ª, c. 4.
42 Juan de los Angeles, *Lucha*, p. 2.ª, c. 1.
43 Estella, *Meditaciones*, 25: «De la excelencia del divino amor».
44 Osuna, *Ley de amor*, c. 20.
45 Alonso de Madrid, *Arte*, not. 3.
46 Osuna, *Ley de amor*, c. 35.
47 *Oratorio*, c. 5.

dadera conoce a su Hacedor, que demanda ser buscado en espíritu y verdad» (Ioan. 4, 23) [48].

Tiene también virtud aprehensiva; enseñoréase de todo, haciéndolo suyo, sin perjuicio del bien del prójimo: «Pues que con amar el ajeno pecado lo hace suyo, con no buscar la caridad lo que es suyo se enseñorea de todos los bienes» [49].

6. El amor de Dios.—Es admirable el círculo que traza el amor en sus idas y venidas: de Dios, a las criaturas; de las criaturas, al Creador. Ningún círculo máximo se le puede comparar. «Dende el altísimo cielo de la Divinidad —escribe Osuna—sale el amor y al mismo Dios torna» [50]. Pero más admirable todavía es que la ley de amor la tiene Dios en sí mismo, y es su *ley natural*, principio de su gobierno interno y externo. «Viste en breve—concluye Osuna—cómo Dios en sí tiene ley, y que es de amor, ca no menosprecia poner sobre su cuello el suave yugo del amor, que es como principado sobre su hombro alto. En el altar de su deidad siempre arde aqueste fuego, no encendido en tiempo, sino en eternidad, ca eterna es su ley de amor y divina, y tan firme, que ninguno puede saber cuán establecida esté y cuán perdurable vigor tenga y cómo nunca se envejecerá, sino aquel que contemplare primero la grandeza de la divina bondad» [51].

El amor interviene en todo el obrar de Dios *ad intra* y *ad extra;* todo lo satura, matiza y colorea el amor. «Es de tanta grandeza el amor, que él entiende en todas las cosas de Dios, disponiéndolas aquí con fortaleza, y en la vida eterna, con suavidad» [52]. Atínase así con lo de fray Bernardino de Laredo, el médico místico: «Que el Amado, y el amor y el amador en Dios que se es una cosa misma purísima y no son más» [53]. Tanto el pensamiento como la expresión literaria parecen tomados del Beato Raimundo Lulio, de su obra intitulada *Libro del Amigo y del Amado*.

Como Dios sea amor, principio radical del amor y término feliz del mismo amor, síguese que «Dios solamente ha de ser amado» [54], coronamiento y premio condigno del amor y de todos los amores. Por algo el amor de aquí y el de allí debe ser uno mismo, divino. «En este mundo da Dios amor a los suyos, y en el otro les da amor más per-

---

[48] Laredo, *Subida*, p. 2.ª, c. 16.
[49] Osuna, *Tercer abecedario*, ded.
[50] *Ley de amor*, c. 1.
[51] Ibíd.
[52] Ibíd., c. 51.
[53] Laredo, *Subida*, p. 1.ª, c. 20.
[54] Estella, *Meditaciones*, 7.

fecto» [55]; *más perfecto*, de mayores quilates, pero esencialmente igual. Con el amor nos damos a Dios, y con el amor se nos da Dios. El amor tiene, por tanto, valor infinito; nada le sobrepuja. «Así como dando el hombre a Dios su amor da a sí mesmo también, así dando el Señor su amor se quiere dar a sí mesmo con él» [56]. El mismo *increado amor* infunde en el alma el *amor creado*, el cual «es las alas con que vuela todas cuantas veces quiera en un instante irse a su Dios» [57]. Este *amor creado* (gracia divina) es el lazo que sobrenaturalmente nos une, nos enlaza y transforma en Dios, haciéndonos, de humanos, divinos; y de tamaña unión, es decir, de tal amor de Dios, nacen como de raíz todos nuestros bienes [58], porque él es «el fundamento de los beneficios» [59] que Dios nos hace. Tal joya es impagable, por lo que la lengua efusiva y ardiente del P. Estella, dirigiéndose a Dios, le dice: «Es tu amor para con nosotros de tal suerte, que la menor merced que nos haces, por venir esmaltada con tan finísimo amor, no somos suficientes para acabar de agradecer y pagar aunque entrásemos en hornos de fuego muy encendidos por amor de ti» [60].

El amor en Dios es principio del amor de Dios; el primero y el último de la cadena áurea de los amores auténticos, nobles, sobrenaturales y divinos. No es extraño que se haya escrito una bella meditación cuyo título es «Cómo el amor nos lleva a Dios, como a nuestro centro» [61]; ni que Laredo dijese: «Nuestro inaccesible Dios es indeficiente amor, porque es amor infinito» [62].

III. EL AMOR COSMICO

Del amor en Dios, como nota o propiedad esencial y como ley suya interna, se sigue, como hemos insinuado, que todas sus obras, todas sus cosas, tienen, asimismo, entrañada la ley de amor. El amor es nota integrante de los seres y nota integrante del mundo creado. El P. Angeles concluye: «Al fin, *no hay cosa sin amor, y de las que son, él es la causa;* y siendo el que en nosotros vive, reina y

55 OSUNA, *Ley de amor*, c. 51.
56 OSUNA, *Tercer abecedario*, tr. 16, c. 1.
57 LAREDO, *Subida*, p. 3.ª, c. 10.
58 JUAN DE LOS ANGELES, *Lucha*, p. 1.ª, c. 16.
59 ESTELLA, *Meditaciones*, 42.
60 Ibíd.
61 Ibíd., 9.
62 LAREDO, *Subida*, p. 3.ª, c. 40.

tiene el principado bueno, necesariamente, según lo que habemos dicho, lo ha de ser todo lo que de él como de raíz procediere» [63]. El P. Osuna siente lo propio: «Y aun de este amor (natural)—escribe—no solamente los hombres, sino *todas las otras cosas se aman*, porque así solemos decir que la tierra desea agua y la fruta verde quisiera estar más en el árbol» [64]. El P. Angeles insiste en los *Triunfos:* «El [amor] natural (dejadas a una parte cuestiones) *hállase en todas las cosas*, y ansí le llamaron algunos *ley de naturaleza*, o inclinación natural, o dirección y gobierno de inteligencia que no yerra, o sentido de naturaleza, que es un cierto apetito natural para prosegir el bien o huir el mal, como se ve en muchos animales, que de sola la sombra del enemigo se encrespan y enzerrudan y ponen bravos, otros huyen y se acobardan», etc. [65].

Considera luego el *amor animal*, pues también rige el amor en el reino de los seres sensibles e irracionales. Traigamos el texto para que se vea con más claridad y extensión: «Hay otro apetito que sigue la aprehensión del mismo que apetece, no deliberando, sino con una cierta impetuosidad; y este tal apetito se halla en los brutos y también en los hombres, en los cuales participa algo de la libertad en cuanto obedece a la razón. Esta inclinación al bien deleitable según el sentido se llama *amor animal* o sensual, que es una cierta complacencia de la sensualidad a aquellas cosas que deleitan los sentidos, cada uno de los cuales recibe deleite de su objeto a sí proporcionado; el oído, en oír cantares suaves; la vista, en ver colores hermosos; el gusto, en la dulzura de los manjares», etc. [66]. Además, hay en el hombre, ser que integra y ennoblece el cosmos, un tercer apetito «que sigue la aprehensión del que apetece según juicio, y llámase *racional* o *intelectual*, y por otro nombre, *voluntad*» [67].

El amor, por otra parte, implica propiedades cosmológicas, que son enumeradas y especificadas: «Hay, pues, en el amor *móbile*, porque es vida; hay *incesabilidad*, porque es perpetuo; hay *cálido*, porque es fuego, y no hay amor donde no hay calor; hay *agudo*, porque penetra, cuanto le es posible, la profundidad y totalidad de la cosa amada, todo por unirse con ella y estar con ella. Síguese el *superfervidum* [superhirviente], que es el más alto grado de todos, el cual se llama así porque no sólo hierven

---

63 *Lucha*, p. 1.ª, c. 16.
64 *Ley de amor*, c. 35.
65 *Triunfos*, p. 1.ª, c. 4, fol. 35 (Medina 1589 90).
66 Ibíd.
67 Ibíd.

los serafines, sino que hirviendo salen de sí»[68]. «Se ha de notar—insiste—que el amor tiene la naturaleza del *cálido*, que es congregar y unir las cosas homogéneas y separar las heterogéneas[69]. (Lucha, p. 2.ª, c. 6).

En el *Tercer abecedario*, del P. Osuna, tratado 16, el capítulo 2 se intitula: «De cómo el amor es cielo empíreo». A nuestro intento, viene bien esta curiosidad o doctrina: «Si el cielo empíreo es muy alto y espacioso, del amor se dice (Ps. 118): *Ancho es en gran manera tu mandamiento* [el mandamiento del amor]. El cielo empíreo es de tanta grandeza, que abraza en sí todos los cuerpos, por cualesquier que sean, y a todos excede; lo cual conviene al amor, ca él en sí concluye virtualmente todas las virtudes y vale más que todas ellas, excediéndolas además con el valor de su excelencia admirable».

«En el paraíso del amor», lo que más sobresale «es ligereza de bien obrar en lo de dentro y en lo de fuera»[69]. Se trata aquí del cosmos espiritual, hecho de amor y forjado por el amor. El destino del cosmos físico es ése: despertar el espíritu y orientarlo hacia el cosmos espiritual, donde puede reposar segura y gozosamente el alma. El mundo moderno vive más inquieto y quizá más enguerrado que nunca porque vive más asido de lo que debiera al cosmos material, y demasiado lejos u olvidado del cosmos espiritual y místico. No se guarda la norma excelente que el *Maestro* dió a su *Discípulo* en los *diálogos de la Conquista del reino de Dios: Discípulo.*—¿Qué quieres decir con eso? *Maestro.*—Que luego que se nos presenta alguna criatura, trabajemos de buscar en ella la bondad de Dios y *el amor que allí nos muestra,* porque de esta manera de aprender, ningún inconveniente se nos puede seguir, sino mucho crecimiento de humildad, mucho agradecimiento y *mucho amor*»[70].

Gran arte; ver en el cosmos de la materia el cosmos del espíritu; en el cosmos del espíritu, el amor; y en el amor, a Dios, como en su trono más regio y más espléndido; y gran ciencia y alta filosofía saber que «es de tanta excelencia este amor de Dios, que todos los bienaventurados y *todas las cosas criadas y que se pueden criar* no pueden hacer otra obra más excelente»[71], porque no tienen otro principio más elevado de operación que al amor supere o exceda.

---

68 *Lucha*, p. 2.ª, c. 6.
69 OSUNA, *Tercer abecedario*, tr. 16, c. 3.
70 Diál. 2, III.
71 ALONSO DE MADRID, *Arte*, p. 3.ª, c. 1.

IV. EL AMOR ANTROPOLOGICO

1. El amor en el hombre.—Al hombre puédesele considerar integrado por tres principios elementales: uno, material; otro, vital, y un tercero, espiritual. Quiero decir, en el hombre se conjuntan y compenetran los tres cosmos: el de la materia, el de la vida y el del espíritu. El hombre es materia, el hombre es vida, el hombre es espíritu; y lo es todo conjuntamente. Maravillosa conjunción sin confusión, por más que unos elementos se compenetren y entrelacen con los otros. De cuantos seres visibles se tiene noticia, el hombre es el más complicado. De su estudio surgen de día en día insospechados problemas, algunos quizás insolubles, perpetuo enigma o incógnita insoluble. Sin embargo, para conocer más al hombre, todo esfuerzo será pequeño por grande que sea, pues nada interesa tanto al hombre como conocerse. Sin conocerse, no sabrá qué es, de dónde viene y adónde va, cuestiones que acucian sin cesar la mente humana.

Los místicos españoles de grandeza y de altura, como fray Bernardino de Laredo, médico, y fray Juan de los Angeles, estudian y dan categoría en sus obras a la constitución psicofísica y anímica del hombre, teatro de las operaciones y prodigios de la gracia divina. En la *Subida del Monte Sión* leemos: «De las reglas del primero día de la semana primera, para conocerse el hombre considerando quién es *desde su primer fundamento*» [72]. Y observa lo que muchos ni antes ni después han visto respecto a la formación del primer hombre: que «la tierra de la cual su divina Majestad le plasmó era en gran pureza creada, tal cual convenía que fuese la obra del que es perfecto obrador». «Así, en el cuerpo y ánima fué de todo en todo perfecto y que aquella libertada perfición pasase a todos cuantos descendiesen de él con entero privilegio de perfecta hidalguía». «Y en aquesta libertad se quedaran y permanecieran cuantos descendieran de él si en ella se conservara» [73].

La unidad primaria de los hombres, recapitulados en Adán, como depositario y fuente de las futuras generaciones, expónela el médico místico, diciendo: «Cierto está que la persona de Adán es sólo una levadura, y todo el li-

---

[72] Parte 1.ª, c. 11.
[73] *Subida*, p. 1.ª, c. 28.

naje humano, todo ha descendido de él y todo es sola una masa, que pasó de ser leudada y del todo se acedó, tomando desde sus primeros hijos hasta vos y hasta yo; y después los que vernán, todos tienen no más de una carne sola, toda triste y lastimada» [74]. Heredamos, pues, no una carne pura, sana y lozaneante, sino una carne *toda triste y lastimada;* de ahí el dolor físico, que tanto superabunda y tantas lágrimas ocasiona en todas las edades del hombre.

Respecto del alma, la de cada uno es tan pura como la de Adán cuando la crea Dios y sale de sus manos al modo de un celeste rayo de luz divina. «Mi ánima—escribe Laredo—en su creación, tan limpia es criada como la de Adán lo fué (dejada la gracia aparte), la cual mi ánima perdió cuando se juntó a esta carne maculada, que era sin mácula en él, pues que limpia fué criada y él después la mancilló» [75]. Más todavía: las almas en su ser y naturaleza son todas igualmente perfectas. Dios «todas las ánimas cría en igual perfición cuanto al ser del ánima» [76]. No podemos quejarnos, nuestras almas tienen igualdad radical.

Pero ¿cuál es en ellas la nota predominante? Otro místico y teólogo nos dice: «*La virtud* o *fuerza de la criatura racional es el amor,* ca tanto tienes de virtud cuanto tienes de amor, e no más; en tal manera, que no te dará Dios tres blancas por todo cuanto tienes si falta el amor, aunque sea tuyo todo el mundo» [77]. Le es tan connatural el amor al hombre, hállase tan entrañado en él, le es tan vital, que no puede, en viviendo que vive, estarse sin amar. «Ansí, *no puede el sindéresis,* que es fuerza apetitiva del ánima o voluntad natural, *dejar de amar* o querer los tales principios cuando por la conciencia simple le son presentados» [78].

Reconoce y enumera el P. Angeles dos amores de tipo más elevado, instrumentos eficaces y obradores del alma, pues la gobiernan y rigen. El amor, escribe, primer acto elícito de la voluntad, «es también de dos maneras, el uno es *amor racional,* el cual produce y saca la voluntad deliberativa y arbitraria», con facultad o poder electivo. «El otro *amor* es *intelectual elícito*, o sacado de la voluntad natural o sindéresis, y aquel amor es natural inclinación al bien presentado al sindéresis de la aprehensión de la conciencia simple, en cuya lumbre se conocen los primeros principios morales, conviene a saber, que Dios se ha

---

[74] Ibíd.
[75] Ibíd., c. 20.
[76] Ibíd.
[77] OSUNA, *Tercer abecedario,* tr. 16, c. 4.
[78] ANGELES, *Triunfos,* p. 1.ª, c. 4.

de amar sobre todas las cosas, que el bien se ha de abrazar y el mal se ha de huir» [79].

En esta duplicidad de amores, de la *razón* y del *intelecto*, que radican en el amor concreado en el hombre e inextinguible, se funda o tiene su apoyo la idea de que puede naturalmente amar el hombre a Dios sobre todo. «Los que ponen que el hombre por sus fuerzas naturales puede amar a Dios sobre todas las cosas, dicen que este amor es última disposición para hacer su gracia, que inmediatamente se sigue y luego se infunde en el ánima donde está el tal amor, y con la gracia se da al mesmo Señor del amor» [80]. «Si esto naturalmente no fuese así, diríamos que amor natural es perverso, y que con la caridad no se perfecciona, sino destrúyese la naturaleza [81].

Siendo así, teniendo infiltrado en su ser espíritu y entrañas el amor, a fin de que más y mejor se ajustase el hombre a la exigencia primaria de su ser, quien le conocía bien, como a hechura de sus manos, y podía legislar sobre él impúsole la ley divina de amor. Trata con profundidad y elegancia este asunto importante el P. Osuna en el capítulo 5, así enunciado: «De cómo puso nuestro Señor a los padres primeros, cuando los crió, ley de amor, y en esto los quiso igualar con los ángeles» [82]. «No les mandó Dios a los ángeles—había dicho antes—sino que le amasen, ni les puso otra ley más principal sino la del amor» [83], y lo propio hizo posteriormente con los hombres.

Si no hubiese más en el hombre, el hombre viviría beatíficamente; pero no es así; a la obra de Dios, obra de amor, contrapónese la obra de Satanás. La ley de Dios es ley de *amor bueno;* la ley de Satanás, ley de *amor malo*. Estos dos amores, enraizados en la entraña del hombre caído, luchan y chocan constantemente; cada uno pretende vencer y sojuzgar al otro. La voluntad libérrima del hombre decide en última instancia. Libremente puede el hombre entregarse al uno o al otro de los dos amores. El uno, el de Dios, implica la felicidad; el otro, el de Satanás, la infelicidad completa y desesperante. La meditación 63 de Estella se titula: «Cómo no tiene el hombre otra cosa propia sino el amor», y expone: «El entendimiento no es potencia libre, sino sola la voluntad; de aquí se sigue que solamente es el hombre señor de aquella parte del albedrío libre que es la voluntad. De esto se colige que de ninguna cosa es el hombre señor [por completo]

[79] Ibíd.
[80] Osuna, *Tercer abecedario*, tr. 16, c. 1.
[81] Osuna, *Ley de amor*, c. 20.
[82] Ibíd., c. 5.
[83] Ibíd., c. 3.

sino de su propia voluntad, la cual es reina y princesa en el reino del alma» [84]. Todo está, pues, en que el hombre por su voluntad y libertad abrace el amor bueno y rechace, como dañino, pernicioso e insocial, el amor malo.

2. LEY SOCIAL DE AMOR. — «Este mandamiento [del amor] es, de ley natural, más inmediato que otro alguno» [85]; al fin, como formulado e impuesto por el más profundo conocedor del hombre y mayor enamorado suyo, Dios. Ninguna otra ley o precepto le es más substancial y beneficiosa. Pero no se le da sólo para que se ame a sí, sino a Dios, a sí mismo y al prójimo, que son otros tales como él. El amor verdadero tiene la peculiaridad de no ser exclusivo, sino comprehensivo; y como el hombre no vive como el pájaro solitario, sino en convivencia con otros hombres, de ahí que el amor que se tiene lo ha de hacer extensivo a todos los hombres. El cosmos terrestre es la casa común; en ella vivimos y de ella venimos. Nuestra relación con todos los hombres no sólo es innegable, sino forzosa; por unos hemos venido los otros al mundo. Antes de ser acreedores somos deudores. Y «todos se deben sujetar a la ley del amor, pues lo que más desean es ser más amados, y no lo serán si no aman, porque el dicho común publica: Si quieres ser amado, ama» [86]. Cumpliéndose bien la ley de amor, todas se cumplirían, porque «de todas es nivel, y la definición de cualquier ley le conviene como a cosa que con gran eminencia contiene todo lo que se halla en las inferiores» [87].

El mismo P. Osuna estudia «de cuánta obligación sea la ley de amor que debemos al prójimo» [88] y «de cuánta sublimidad es la ley de amor del prójimo y cómo nace del alto amor de Dios» [89]. Gravísimo es el deber de amar a nuestros prójimos y altísimo el origen de tamaña obligación, Dios. Así, jamás podrá hombre ninguno excusar su incumplimiento ni descubrir principio más elevado y noble. «Amor del prójimo es aquel que se funda en alguna criatura racional y se refiere a Dios, amándola para que goce de Dios, lo cual mejor conviene a Cristo que a otro alguno» [90]. Por esto, el mandamiento del amor es dulce mandato, por lo que prescribe y por lo que veda: «*Jugum meum suave est*, dice Cristo, pues que él no nos manda

[84] ESTELLA, *Meditaciones*, 63.
[85] OSUNA, *Ley de amor*, c. 6.
[86] Ibíd., *Dedicatoria*.
[87] Ibíd., c. 6.
[88] Ibíd., c. 34.
[89] Ibíd., c. 33.
[90] Ibíd.

a nadie matar, ni aborrecer, ni perseguir, ni descalabrar, ni afrentar, sino que solamente nos manda al prójimo amar y a él solo servir, el cual oficio es para el ánima muy provechoso y es para el cuerpo poco penoso» [91].

El amor une; el desamor desune. El amor asocia; el desamor disocia. El amor pacifica; el desamor enguerra. El amor al prójimo evitaría el noventa por ciento de los males que afligen a la sociedad. El P. Angeles formula un *canon* que pudiéramos calificar de *áureo*. Como Dios es *espíritu*, la imagen de Dios en el hombre ha de ser espiritual y no corporal. «Y colige de aquí [el Maestro le dice al Discípulo], como buen lógico, que si después de Dios, luego se ha de amar su imagen, que tu amor *principalmente* ha de ser espiritual, pues lo es la imagen de Dios, y *general*, pues que todos los hombres, en cuanto hombres, representan a Dios y son retratos e imágenes suyas vivas, ora sean amigos, ora enemigos, ora te dañen, ora te aprovechen; porque en tanto que no dejen de ser hombres no pueden dejar de ser imagen de Dios ni tú de amarlos, si amas a Dios» [92].

3. Posesión de Dios por vía de amor.—Cierto así es, y debiera sentirse más esta verdad, poco advertida o muy poco ponderada: «Lo temporal carece de sentido como no encuentre en la eternidad su caja de resonancia. Pero tampoco tendría sentido la eternidad si este mundo no fuera más que un valle de prueba, sin participación de ninguna clase en la vida perdurable» [93]. Bien dicho. Algo se participa en la vida temporal de la vida eterna, de la vida divina. Para estímulo de lo eterno hay en el hombre lo que otro secular egregio llama «apetito de inmortalidad» [94], vivo en las almas próceres y amortiguado en las almas envilecidas.

Los senos del alma son estrechos en verdad si con la grandeza de Dios se comparan; pero son tan dilatados en sí y tan nobles, que Dios la constituye habitáculo suyo. En este sentido, aunque no comprehende a Dios el alma, por excederla Dios, hállase capacitada para que Dios habite en ella. Laredo escribió: «Nuestra ánima por aqueso es racional, porque es capaz de razón; y con la razón natural que le dió su Hacedor *es hecha capaz de Dios*» [95].

---

[91] Guevara, *Oratorio*, c. 5.
[92] Angeles, *Conquista*, diál. 9, III.
[93] Ramiro de Maeztu, *Don Quijote, Don Juan y la Celestina: La Celestina*, VII.
[94] Ricardo León, *La cumbre mística*, introd., p. 4.
[95] *Subida*, p. 1.ª, c, 1.

Para que así sea, para que more Dios en el alma no sólo por vía natural, metafísicamente inevitable, sino por vía sobrenatural o graciosa, preciso es que se aposente primero en ella el amor, aunque sea en su grado ínfimo. No puede morar el divino sino en morada divina. Por esto mismo, el P. Estella, después de haber asentado que «el amor de Dios es vida de nuestra alma», exclama con exclamación que le brota de su encendido pecho y dícele a Dios: «Tú eres amor, y con tu presencia vive nuestra alma, como está muerta cuando no te tiene consigo» [96]. Dios «vive en sí y por sí; y el alma vive de él, en él y por él» [97]. Entonces, cuando el alma posea a Dios por amor y viva de Dios, podrá decir y dirá en fuerza del propio amor divino en ella inhabitante: «¡Oh cuánto bien tengo!, pues que Dios, que me es más yo que yo mismo, tiene tan infinito bien, el cual yo veo, aunque imperfectamente, pero siento y téngolo por más mío, cuantos otros tiempos tuve por mío» [98]. Hállase aquí la piedra fundamental más segura, firme y sólida del saber antropológico: el hombre, poseedor de Dios en su alma por amor, siéndole Dios más propio que su propio ser. Aquí la categoría del hombre es excelsa, y las consecuencias que de tal enseñanza se siguen, indecibles. ¡Cuán lejos estamos aquí de aquellas teorías que tanto rebajan y envilecen el origen del hombre! Los teólogos místicos son los escritores que más exaltan la dignidad del hombre; y por eso, para que no se engría, exigen que se abroquele en una humildad profundísima.

En consecuencia, pide Dios al hombre amor, lo mejor y casi lo único que propiamente tiene. A la redención de Cristo hemos de unir nuestra redención de amor, pues son entrambas necesarias ante la divina justicia. La redención de Jesucristo hácela nuestra el amor. Dios «*demanda* a los hombres que usan de razón *el amor como redención que deben dar por su ánima*. junta con la redención principal que dió Cristo, la cual fué también *amor*, y más crecido que pensar se puede» [99].

Los infieles pudieron levantarse al conocimiento del Creador por el conocimiento de las criaturas. Algunos, en efecto, lo consiguieron, muy pocos seguramente, porque muy poco sabían de las criaturas; «pero no tuvieron en este conocimiento la *inclinación amorosa* que da nuestro Señor a las ánimas fieles, con la cual inclinación reciben

---

96 ESTELLA, *Meditaciones*, 46.
97 ANGELES, *Manual*, diál. 5, III
98 ALONSO DE MADRID, *Arte*, p. 2.ª, c. 9.
99 OSUNA, *Tercer abecedario*, tr. 16, c. 1.

de las criaturas un gusto de suavidad que las levanta amorosamente a Dios» [100].

Traigamos dos testimonios de otro tipo, valiosos por venir de donde vienen: de plumas áureas y de pechos nobles y cristianos. «El amor es el esfuerzo supremo del alma para elevarse a lo absoluto; es el sello de nuestro origen, la prueba más alta y preciosa de la inmortalidad de nuestro ser. El amor aspira a lo infinito tan naturalmente como el gas al cielo, como la carne a la tierra. Quien ama con plenitud, pugna por verse libre, por desgarrarse de los lazos mortales y unirse al amor de donde todo amor procede» [101]. Testimonio es éste de índole personal o individual; traigamos otro de carácter colectivo o social: «Cuando la Humanidad pierde de vista el centro de su existencia [Dios] y, obedeciendo a la fuerza centrífuga, se aleja del sol que la ilumina, por más que haya alcanzado un alto grado de civilización, y haya sometido a su imperio las fuerzas de la Naturaleza, y se embriague con una actividad febril, y parezca gozar de sus conquistas, en el fondo se siente desgraciada. Sospecho que durante la Edad Media los hombres fueron más felices en Europa que en la edad presente» [102].

La íntima grandeza del amor de Dios, su poderío absorbente y predominante, puede alcanzar un señorío insospechado e impresionante; como a todo se dilata, de todo puede adueñarse con imperio de amor, yugo irresistible. Un amor malo, que ya no es amor, puede oponerle resistencia, cuya eficacia pende de la libertad humana, capaz de rechazarlo para su provecho o de admitirlo para su daño. Por su virtualidad interna, todo lo supera el amor divino: «Si yo, Dios mío—exclama el ardoroso P. Estella—, de veras amase a tu divina Majestad, en medio de los hornos encendidos y fuegos de tribulaciones y persecuciones, estaría como en el paraíso» [103]. Como el P. Estella amaba a Dios íntimamente y de verdad, puesto en el crisol, probó la eficacia del amor celeste que ardía en su pecho.

Síguese de todo que al hombre le es esencial el amor, ora se le considere en estado de naturaleza, ora en estado de gracia. El primer amor le es *concreado;* el segundo, *infundido* gratuitamente por Dios en virtud de los méritos de Cristo, que nos lo granjeó. Natural y sobrenaturalmente alcanza el hombre en el cristianismo el ápice de la perfec-

---

[100] LAREDO, *Subida*, p. 3.ª, c. 12.

[101] RICARDO LEÓN, *La cumbre mística*, introd.

[102] PALACIO VALDÉS, *Papeles del Doctor Angélico: Ultimo paseo del Doctor Angélico.*

[103] ESTELLA, *Meditaciones*, 47.

ción, la cumbre mística, antesala de la gloria sempiterna que con tanta inquietud anhelamos. De aquí dos conclusiones: que sólo se nos mande amar, mandato que los resume y compendia a todos con eminencia; y que precisamente el cumplimiento de este mandato implica el obrar de mayor excelsitud. Sobre lo primero, escribió el P. Angeles: «En una palabra, quiero que sepas que las muchas de este mandamiento [del amor], ninguna otra cosa te dan a entender sino que Dios nuestro Señor te quiere todo para sí, sin que para otra cosa criada quede lugar en ti que pueda hacer guerra o contradecir a la voluntad» [104]. Y sobre lo segundo, concisamente dijo el P. Alonso de Madrid: «La más excelente de las obras que Dios quiere que hagamos es amarle y pensar en él» [105].

V. EL AMOR PSIQUICO

1. «AMOR DE RAZÓN Y AMOR DE AFICIÓN».—El hombre, por amortiguada que sea su vida, por inactiva que desde el punto de vista anímico sea, siente en sí mismo, en la profundidad de su ser y de un modo inextinguible, pues ni aun queriendo y proponiéndoselo conseguiría su propósito, un anhelo insaciable de aquello que instintivamente apetece por imperativo psíquico, por necesidad vital del alma y del cuerpo. Esta cualidad, intrínseca al humano ser, tiene nombre propio en filosofía, y denomínase *apetito natural*. De ahí le viene su inextinguibilidad, de serle *nativo*.

Muy en cuenta la tienen nuestros místicos, que no mariposean en lo exterior, sino que calan y ahondan más y más en los senos del alma y en los recovecos del cuerpo. Alonso de Madrid escribió: «Dios nuestro Señor nos dió una joya muy preciosa con que nos podamos enriquecer cada rato, la cual se llama *apetito natural*». Lo que precisa es que no degenere, que sea ennoblecido y levantado a cosas grandes, que aspire a lo divino. Por esto añade nuestro autor: «Esta joya tenemos engastada en cobre o en estaño tanto cuanto deseamos algo para nuestro bien o provecho propio, y nunca debemos descansar hasta que por la diestra del muy Alto se haga tal mudanza, que el apetito que bulle en nosotros, deseando algún provecho propio, ya no cure sino de cosas con que Dios huelgue; pues

---

104 ANGELES, *Conquista*, diál. 1, V.
105 ALONSO DE MADRID, *Arte*, p. 3.ª, c. 3.

allende ser en esto lo que Dios quiere, aun a nosotros es más riqueza». (*Arte*, p. 3.ª, c. 3.)

Gobernar el apetito, dominarlo, regirlo, orientarlo, elevarlo, cristianizarlo, teologizarlo, sujetarlo al racional y divinal querer. Esa es la misión del hombre respecto de su apetito innato: bonificarlo y hacerlo instrumento rectilíneo. De aquí lo del P. Juan de Pineda, conocido por el *Archimillonario del Idioma:* «¿Qué provecho puede traer la potencia que no se sabe regir? ¿Ni qué reino puede ser el poder y saber regir si no hay bondad que lo guíe conforme a Dios y razón? Sin bondad, la potencia es tiranía; y sin bondad, la sabiduría es pura desvergüenza; y ansí, los tiranos son desvergonzados» [106].

Para ello, obrar, porque el obrar habitúa; y para obrar, empeñarse en que se adunen alma y cuerpo en la operación, hacer que mutuamente se influyan. Así la huella del acto será más profunda y duradera. La repetición de actos hará imborrable la huella, siendo renovada frecuentemente. El sentido exterior y el sentido interior, unidos, operan con eficacia perdurable, que amolda, predispone, habitúa. La enseñanza no puede ser más fundada en la experiencia personal y ajena, y no necesitaron nuestros místicos de los gabinetes de psicología moderna para verla y adoctrinar. Bien dijo el P. Alonso de Madrid en su *Arte* sin segundo: «Como los hábitos estén en el ánima, ansí los hábitos con que se engendran han de ser principalmente con los instrumentos del ánima, puesto que a las veces reciban ayuda corporal» [107]. El alma ha de obrar *principalmente*, como que se trata del hombre; pero no se olvida de la *ayuda corporal*. Entrambos se necesitan: el alma, del cuerpo, y el cuerpo, del alma. Son tal para cual, como hechos para vivir eternamente abrazados.

Para domeñar el apetito y hacerlo esclavo de la ley de Dios, quedando así magnificado y sublimado, disponen los hombres de dos maneras de amor, «que son: *amor de razón* y *amor de afición*» [108]. *Amor de razón* es «cuando la razón anda negociando en las cosas de Dios y las trata con su juicio y pensamiento, concluyendo justamente y determinando que debe ser amado; *aquella determinada sentencia que concluyes y afirmas dentro en ti, agradándote de ella,* se dice *amor de razón,* que lo buscó investigando y rastreando en su consideración. Para que con este *amor primero* se junte el de *afición* has de tornar sobre tu corazón, inclinando entrañablemente tu voluntad a Dios con

[106] Juan de Pineda, *Agricultura cristiana*, diál. 28, XXV (Salamanca 1589).
[107] Alonso de Madrid, *Arte*, not. 7.
[108] Osuna, *Ley de amor*, pról.

gran ternura de afición, alegrándote y gozándote en aquel amor con que te aficionas a tu Dios y a sus cosas» [109]. El mismo proceso psíquico engendrador de entrambos amores, el de razón y el de afición, síguese en todos los amores, porque uno mismo es el principio anímico que los genera. Distínguese solamente el *amor infuso*, como lo insinúan los propios términos: el *amor infuso*, de fuera viene.

Los dos amores de que venimos tratando, que se resumen en uno, en el *amor sabio*, deben ser suficientemente poderosos en el cielo de la conciencia para unificar todas las fuerzas anímicas y orientarlas a un fin último supremo, que sea como el imán irresistible donde hallen todos plenitud de satisfacción, de ser, de reposo y de seguridad gozosa. Fijar esa estrella polar y ordenar a ella todas las miradas es la gran empresa del hombre sobre la tierra, si no quiere que se extingan sus energías y que se irriten y combatan unas con otras. Por eso mismo, «lo primero que siempre debemos tener delante los ojos, esto es, el fin que a obrar nos debe mover» [110]. El fin, necesariamente ha de ser Dios, el más alto y, además, insuperable. Este fin implica todos los restantes, coordinándoles según su naturaleza y dignidad. Todos los fines auténticos, legítimos y buenos se funden o derivan en uno supremo: en Dios. Todos los amores, unidos en el divino; gran triunfo de quien lo consiga.

2. VOLUNTAD.—Una distinción es fundamental y necesaria, si ha de ser evitado el peligro de perderse o confundirse en el laberinto de las facultades o potencias interiores: *apetito y voluntad*. La diferencia es radical, y las consecuencias, incalculables. Tráela, como base especulativa y práctica, el P. Alonso de Madrid, aquilatado psicólogo en todo cuanto concierne a la ciencia del gobierno de sí mismo. Sus palabras son éstas: «Quiere decir que [el apetito] *no ha menester quien le convide o ayude a desearlo* [aquello a que se inclinó o le parece sabroso], mas antes *lo desea necesitado o forzado*. Pero la *voluntad*, no desta manera, mas *primero lo consulta con la razón*, y averiguado que le conviene, *muévese a quererlo con libertad*» [111]. El *apetito*, pues, actúa o se determina en virtud de un principio *necesario, forzoso;* la voluntad, en cambio, resuélvese libremente, previa consulta con la razón, su luminaria.

Ahora bien: considerada la voluntad como potencia e

[109] Ibíd., *Prólogo*.
[110] ALONSO DE MADRID, *Arte*, not. 2.
[111] Ibíd., not. 5.

instrumento obrador del alma, ¿qué categoría ocupa? La suprema. Oígase la voz del P. Alonso de Madrid, conservada en el disco de su notable 6, donde nos dejó grabado lo siguiente, que luego expone con su sagacidad acostumbrada: «*El sexto notable* es de poder que tenemos para obrar *con el más alto instrumento del ánima, que es la voluntad;* esto es, que nosotros podemos querer o amar, o dejar de querer o amar, cualquier cosa que quisiésemos y cuantas veces quisiésemos, y con la misma voluntad dar a nuestro obrar el fin que quisiéremos. Y este notable es necesario cada instante de nuestra vida, y en gran manera y en especial contra los primeros movimientos» [112].

En el entendimiento hay un cierto determinismo, ineludible por la imposición de los principios y leyes lógicas; por el contrario, «en la voluntad no hay necesidad, como la hay en la naturaleza» [113]. Esta misma enseñanza síguela el P. Osuna, y es fundamento doctrinal suyo: «El amor—nos dice—es fuente de libertad» [114]. La libertad de la voluntad extiéndese tanto y puede tanto con tan terrible poder, que puede oponerse y se opone a los designios del propio Dios, frustrándolos, con perjuicio de los más nobles intereses del hombre, ya considerado individualmente, ya como miembro de la sociedad humana. «Los hombres, que tienen libre albedrío, se dejan cuando quieren de cumplir la voluntad de Dios, y por eso se pide en el *Pater noster* que les dé el querer y poder y hacer conforme a su santo servicio, para que se cumpla en ellos totalmente su voluntad, como en los ángeles del cielo, que no quieren más de lo que él» [115].

La voluntad es tan señora de sí y de cuanto la rodea e influye sobre ella, que puede atropellarlo todo y sobreponerse a todo; por fuego y por llamas límpidamente puede ascender al trono de la divinidad: «Creed que la voluntad que ha de producir muchos actos de verdadero y entero amor ha de estar tan aguda, que tronce cuanto se le pusiere delante hasta llegar a Dios» [116].

Todo lo tronza la voluntad cuando quiere, con el divino favor, que nunca falta, y sube hasta Dios, reposo y remanso suyo. «Cuando reina sólo el amor en los varones perfectos, bullen y hierven las entrañas, y fortalécense las aficiones, y enciéndese el corazón, y avívase el sentido a una cosa que tanto menos se puede explicar cuanto más se siente; está el ánima como esponja que ha dado consigo

---

112 Ibíd., not. 6.
113 ESTELLA, *Meditaciones*, 9.
114 OSUNA, *Ley de amor*; dedic.
115 PINEDA, *Agricultura cristiana*, diál. 18, XIX.
116 ALONSO DE MADRID, *Arte*, p. 3.ª, c. 1.

en la fuente del amor, y hace cuenta que todo lo que hasta entonces hacía era fingimiento, creyendo que todo es burla, sino amar» [117].

El amor, que fluye de la voluntad, es tan rico y se halla tan pletórico de fuerzas y posibilidades, «es de tantas maneras, que apenas se puede dar doctrina dél» [118].

Enuméranse cuatro entre los habituales: «Porque en la criatura racional se halla *amor habitual* de tres maneras; el primero se llama *libre* y *concreado;* el segundo, *arbitrario* y *deliberativo;* el tercero, *precioso* y *superinfuso.* De este triplicado amor habitual resulta otro cuarto amor de Dios perfecto y meritorio, que se llama *fruitivo*» [119].

Del seno fecundo de la voluntad y de su hijo más fecundo, el amor, brotan, como de raíz vigorosa, infinitos deseos. El *quid* divino está en que *el natural deseo,* aunque bueno y virtuoso, hay que trocarlo en *deseo divinal,* entendiendo bien que podemos hacerlo con la gracia de Dios [120]. «Nuestra voluntad después del pecado quedó muy corva y vuelta hacia sí misma, amándose más a sí que a otra cosa alguna» [121]. Hay que rectificarla uniformándola con la divina, que ha de ser en todo caso la regla ineludible del bien obrar. Y la norma del bien obrar, según el divino beneplácito, la tenemos expresa y clara en la revelación evangélica, en la interpretación auténtica de la Iglesia católica y en el sentir común de los santos y doctores. Es un camino seguro que con seguridad nos conduce al fin pretendido, la salvación eterna.

Procediendo así, a impulsos del espíritu divino, y hecha nuestra voluntad una con la de Dios, lo poco que podemos elévase casi a infinita potencia, pues ya no somos nosotros los que obramos, sino Dios con nosotros y nosotros con Dios. Entonces, nuestra pequeña virtualidad cobra una virtualidad sin límites; ya no obramos sólo con nuestras fuerzas; obramos con las nuestras y con las divinas, cuyos límites nos son desconocidos. Lo que de nuestra parte interesa más es poner en nuestras obras rectitud e intensidad, porque la intensidad hace que la obra deje profunda huella en el espíritu y en la sensibilidad. Con tino certero lo dijo el P. Alonso de Madrid y con precisión que sorprende: «Pocos actos vehementes obran más que muchos remisos para fabricar hábitos» [122].

En conclusión: la voluntad es instrumento primario del

---

117 OSUNA, *Ley de amor,* c. 48.
118 ANGELES, *Lucha,* p. 1.ª, c. 1.
119 ANGELES, *Triunfos,* p. 1.ª, c. 4.
120 ALONSO DE MADRID, *Arte,* not. 2.
121 OSUNA, *Ley de amor,* c. 9.
122 ALONSO DE MADRID, *Arte,* not. 7; cf. 6.

alma para obrar; la voluntad florece en amor; y el amor natural sobrenaturalizado, infiltrado en las obras, las santifica y levanta, orientando además nuestro ser todo a fines eternos.

3. ENTENDIMIENTO.—De aquí nace la psicología voluntarista, según la cual el entendimiento, como antorcha, está al servicio de la voluntad. El P. Alonso dice que le pone delante la verdad para que «tome aliento y gana» [123]. Y añade: «El conocimiento de la cosa que tenemos en el entendimiento sirve como de lumbre para que la voluntad vea por dónde se debe mover a querer» [124].

Lo grave y digno de ponderación es que la voluntad no sigue forzosamente la idea (verdad o falsedad) que la inteligencia le presenta. Por sí se determina la voluntad. Hay peligro de que la voluntad se ciegue y se desvíe; pero lo propio sucede con el entendimiento. Entrambos pueden errar y de hecho equivócanse. Necesario es que se presten ayuda mutua: la voluntad, rectificándose; el entendimiento, aclarándose; la voluntad, buscando sólo el bien; el entendimiento, buscando sólo la verdad. A este propósito escríbese: «Para bien y perfectamente obrar sería menester que el entendimiento no errase en el conocer, y que averiguado que no yerra, que luego la voluntad quisiese lo así conocido. Pero si el entendimiento yerra, como las más veces acaesce, por la malicia que nos tiene ciegos, o si acierta en la verdad, pero la voluntad, con la libertad que tiene, no quiere seguir lo que conoce ser bueno, viene a caer en todo mal» [125].

Por la mentalidad multiplica el hombre su presencia maravillosamente, de modo que puede trasladarse y estar donde quisiere. Esta condición le magnifica y acerca a Dios, pues, saltando por encima de todos los seres creados, ora pretéritos, ora presentes, ora futuros, asienta en Dios, después de haber subido de ascensión en ascensión, hasta el pináculo de los seres, asiéndose al principio primero. De esta capacidad traslaticia y expansiva, tan a propósito para que pueda dilatarse el espíritu indefinidamente en cuanto a las cosas, al tiempo y al espacio, Fr. Bernardino de Laredo, buen psicólogo y escritor místico experimentado, escribió: «*La vista mental* no hay quien le sea impedimento, mas penetra la pared, y los cielos, y el infierno, y en todas partes ve a Dios, si tiene buenos antojos, sin los cuales no le es posible ver bien» [126].

123 Ibíd., not. 5.
124 Ibíd.
125 Ibíd.
126 LAREDO, *Subida*, p. 2.ª, c. 36.

Esta condición visiva, inquisidora y estudiosa de la mente obrando como entendimiento es muy apropiada para el hallazgo de Dios en sus criaturas, en cuanto éstas son luz que le reflejan. Los místicos se aprovechan de medio tan delicado, siendo uno de ellos el P. Osuna, quien orientó a este fin nobilísimo y espiritual todos sus *Abecedarios*, como él mismo lo confiesa [127].

Otra propiedad notable tiene el entendimiento digna de ser advertida para nuestro intento: descubrir senos del alma. Consígnala fray Juan de los Angeles y parangónala con otra de la voluntad. Dice: «Lo natural del entendimiento es *atraer* a sí, sin salir de su casa, todo lo que ha de entender; diferente mucho de la voluntad, que *no para buscando* lo que ama» [128]. El entendimiento inquiere, busca para llevarse consigo el hallazgo, quietándose en él, pues ha logrado su cometido; la voluntad sale, busca, se inquieta, se afana, se desasosiega, y nunca jamás para en su rebuscamiento. Cuando consigue la posesión del ser amado, rebúscale más, porque ansía penetrarle más y transformarse más en él.

La mente pasa, o puede pasar, de inteligencia a intelección; lo que pudiéramos llamar *inteligencia pura*, que implica afección o amor. Entonces el entendimiento calla, cesa su obra discursiva, pero no la intelectiva o posesiva de la verdad, y la voluntad obra plenamente sin estorbo, más bien obra sostenida por la verdad y bondad conquistadas y traídas por el entendimiento. Conócese a Dios y poséenlo, en la medida que son capaces, el entendimiento y la voluntad. Por lo que nos enseña el extático Laredo: «Donde es de ver que en otras dos maneras nuestra ánima conoce a Dios levantándose por *vía de entendimiento* convertido en inteligencia pura, y ésta es ya contemplación en *sola la voluntad*, alzada, como está dicho, por la medianía del entendimiento» [129]. Nótese bien: ha de ser trocado el entendimiento en *inteligencia pura*, y por su mediación se alcanza la contemplación *en sola la voluntad*.

Entonces, en esa posición altísima del alma, del espíritu y de la mente, en esa posición cordial, *no se piensa nada*. Ese es el *no pensar nada* del P. Osuna [130] y el *no pensar nada* de Laredo [131], que tanto ha escandalizado a los incomprensivos y cortos de vista, los cuales no han visto que ese *no pensar nada* implica la tensión máxima de la mente, del entendimiento, de la intelección y del en-

[127] OSUNA, *Ley de amor*, c. 26.
[128] ANGELES, *Manual*, diál. 5, IV.
[129] LAREDO, *Subida*, p. 3.ª, c. 27.
[130] OSUNA, *Ley de amor*, c. 26.
[131] LAREDO, *Subida*, p. 3.ª, c. 27.

señoreamiento de la verdad, pábulo refinado del afecto en que se goza, expansiona y contempla solitariamente, sin compañía extraña a sí y místicamente dueña del amado.
En definitiva: el apetito natural ha de ser rectificado y sobrenaturalizado; ennoblecido así, despierta vivos deseos de cosas grandes y elevadas; interviene la voluntad racional, y lo enseñorea, encauza y conduce al ser amado; desengañada experimentalmente, probando en sí la pequeñez y vacuidad de las criaturas, aviva las ansias del ser infinito, y, con el divino favor, hállalo en sí, fuera de sí, sobre sí y en todas las cosas.

VI. EL AMOR MISTICO

El primer problema que se nos plantea en este punto dificultoso es saber y poder discernir cuál sea el *amor espiritual* y cuál el *amor sensible*. Este ofrece a la *razón* y a los sentidos tales metamorfosis y disfraces, que únicamente los adiestrados y experimentados pueden conocerlo cuándo no se presenta al desnudo. El P. Fr. Juan de los Angeles, gran maestro de espíritu, formuló una regla que vale por muchas, fruto de sus estudios y experiencia en la dirección de las almas. El ladillo dice: «Canon para saber cuál es amor espiritual y cuál no». Y en el texto leemos: «Todo amor, ora sea natural o otra cualquiera que en el corazón te causare inquietud y imaginaciones, principalmente en tiempo de oración, o te hiciere anhelar por la vista, conversación, trato y presencia de aquella persona que amas y está ausente, sino fuese por la salud de su alma y por instruirla en las cosas del espíritu, es desordenado y defectuoso en el acatamiento de Dios, y, por consiguiente, impide mucho el aprovechamiento interior [132].
Averiguado este problema fundamental generalmente sólo por conjeturas, el hombre, para sacar fruto de sí mismo o para de sí mismo aprovecharse, ha de orar, y si ha de orar plena y fructíferamente, «no tiene otra tal manera como irse a Dios por amor» [133].
De Dios salimos y hacia Dios debemos caminar hasta encontrarle y aprehenderlo, en cuanto es posible natural y sobrenaturalmente a nuestra capacidad. Para ello disponemos de dos fuerzas aprehensivas: potencia de entender y potencia de amar [134]. El P. Osuna escribe a este propó-

[132] ANGELES, *Conquista*, diál. 9, VI.
[133] LAREDO, *Subida*, p. 1.ª, c. 8.
[134] ANGELES, *Lucha*, p. 2.ª, c. 13.

sito: «Las dos fuerzas más excelentes de las criaturas que usan de razón hallarás que son *entendimiento* y *voluntad*. Al entendimiento se ordena naturalmente la verdad, que es como legítima esposa suya; y la bondad se ordena a la voluntad y demanda por esposo al amor» [135].

De las diferencias de amor tratan largamente los autores que se ocupan del tema. Fray Bernardino de Laredo, en la *Subida del Monte Sión* [136], enumera cuatro diferencias: primero, *amor operativo*, que consiste en llegarse a la virtud y desechar los vicios, es decir, en obras positivas y negativas, abrazando el bien y rechazando el mal; segundo, *amor desnudo*, cuando «no tenemos cuidado de ningún provecho nuestro y amamos a Dios por sólo amigable amor»; tercero. *amor esencial*, «si crece este amor hasta irse derecho a Dios *sin medio de criaturas* ni por vía de las potencias, sino por aspiración de afectiva, la cual súbito recoge el ánima en unidad de substancia»; cuarto, es cosa de «la dignación divina este amor que en nuestras ánimas cría y *ayunta nuestro amor criado en su amor infinito*». Escalera cuádruple de amores, cuyas gradas son inseparables, permaneciendo siempre unidas y trabadas unas con otras, como apoyándose, sosteniéndose y favoreciéndose.

Fray Juan de los Angeles, filósofo agudo del amor, enumera y estudia prolijamente varias de sus especies o variedades. Recordemos algunas que hacen más a nuestro caso, tomándolas de la *Lucha*, si bien las desenvuelve más por extenso en los *Triunfos*. El capítulo primero enúncialo así: «De algunas diferencias de amor, y en especial del *amor extático* y *fruitivo*, de que particularmente se hace mención en este tratado» [137]. «El tercero nombre—nos enseñó—es *caridad*, que, fuera de lo que incluyen los dos ya dichos [*dilección, amicicia*], *tiene una propiedad sobrenatural*, que es hacer grato el hombre a Dios, de manera que le quiera y acepte para la vida eterna; y hace también que sus actos y los de las demás virtudes sean meritorios; lo cual, como no puede ser naturalmente, es fuerza que esta virtud sea infusa por Dios y no adquirida por nuestra industria» [138]. Otros amores hay, según a continuación se puede ver: «Lo que en el hombre se halla espiritual o divino, en cierta manera se aparta, mediante *el amor vivífico*, de todo aquello que es terrestre y corpóreo, y es hecha allí división del ánima y espíritu, esto es, de la es-

---

135 OSUNA, *Ley de amor*, c. 17.
136 Parte 3.ª, c. 26
137 ANGELES, *Lucha*, p. 1.ª, c. 1; *Triunfos*, p. 1.ª, c. 4
138 Ibid., *Lucha*.

piritualidad, animalidad y sensualidad»[139]. Otro amor de categoría: trátase del «*amor licuefactivo* y excesivo de la contemplación extática»[140].

Todos estos amores, con sus ramificaciones innumerables, radican en un mismo y solo amor: en el *amor de caridad*, que los sazona todos y les da prestancia. Es doctrina común que nosotros confirmamos con un texto del P. Osuna, quien los ofrece a manos llenas, como si nos ofreciera manojos de rosas. La *caridad*, dice, «es instrumento del Espíritu Santo para mover el ánima y disponer no solamente sus inmediatas potencias, sino también las fuerzas del corazón, que amándose disponen más al amor»[141].

Entendamos de una vez: que el *amor de Dios* es por su propia entidad y naturaleza cosa tan divina, que no puede haberla mayor en relación con el hombre y es el presupuesto de todo buen obrar que lleva consigo frutos de vida eterna. «Al fin, escribe uno, tanto tendrás de santidad cuanto de caridad, y no más»[142]. Palabras impresionantes por su profundidad, por su extensión y por su contenido veraz; pero cuyas consecuencias lógicas no siempre son estimadas como es debido. Gusta el hombre irse por lo accidental, en menoscabo de lo substancial, macizo y sólido. Escríbenos el P. Alonso de Madrid: «No quiero decir que el *amor de Dios* se pueda explicar con las groseras palabras que usamos; pero seamos ciertos que quien alcanzare el que con palabras se puede decir, *será llevado de su dulce amado*, al que no bastan fuerzas para declararle»[143]. Obsérvese bien y no se olvide: *será llevado*. En cambio, no por saltos se ha de recorrer el camino del amor, según providencia ordinaria, sino paso tras paso, si bien los pasos deben ser vivos y vehementes. «Este santo amor tiene comienzo, y aprovechamiento, y perfección»[144]. Las osadías o atrevimientos se pagan caros: implican vanidad, soberbia u orgullo, que Dios humilla.

El amor *llaga*, conforme a lo que sabia y largamente escribió San Juan de la Cruz, posteriormente fray Juan de los Angeles, y antes, con sobriedad, fray Bernardino de Laredo[145], con otros muchos. Primero San Francisco y luego Santa Teresa prueban sobradamente la virtud heridora del amor. Vuela, por otra parte, con libertad y po-

139 Ibid., p. 2.ª, c. 6.
140 Ibid.
141 OSUNA, *Ley de amor*, c. 19.
142 ANGELES, *Conquista*, diál. 1, IV.
143 *Arte*, p. 3.ª, c. 1.
144 Ibid.
145 LAREDO, *Subida*, p. 3.ª, c. 10

derío inconcebible apenas: «El amor va donde quiere, —sin que nadie se lo viede», dijo aforísticamente Bernardino de Laredo [146]. Y para volar, el amor hace brotar en el espíritu «alas seráficas», a fin de que pueda por su medio remontarse «al fin del amor» [147]. A las alas de serafín hay que añadir las querúbicas: «Nunca el amor tiene fin, sin alas de querubín» [148]. Como en el cielo, en la tierra: el querubín tiene de serafín, y el serafín tiene de querubín. En su tanto, puede acontecer lo mismo en el hombre cristiano: puede ser juntamente querubín y serafín, como de hecho lo fueron San Francisco y Santa Teresa, por nombrar sólo dos entre muchos.

Para trasfundirnos en el amor infinito de Dios de modo que nos compenetre y sature, lo mejor es, nos enseña Laredo, «entraros en vos» [149]. Y es razonable consejo, porque si Dios está en todo, más está en su imagen, en el alma humana, donde con más claridad se le puede hallar, y ver, y gozar. Por otra parte, siendo el corazón lugar y asiento del amor [150], justo es que en sus senos se refugie y concentre el alma con todas sus potencias. Allí colocada y aposentada en tan dichoso «secreto encerramiento, nada mira en lo de fuera ni conoce en lo de dentro otra cosa sino amor; ni nadie ve ni entiende la manera de su obra si no es otra tal como ella» [151].

Presupuesto que el amor divino es don infuso y gratuito, como en la teología se nos enseña, todo el toque está en el *querer*, en el *amar*, en los actos que pueden ser de categoría muy distinta, desde los actos más remisos, débiles o flojos hasta los más vivaces, vehementes y seráficos. También es importantísimo advertir que no está el punto esencial y divino en *sentir el amor*, sino en *consentir en él;* como al revés, no está la culpa en sentir la tentación, sino en consentirla. Bueno, mejor es sentirlo, como señal de presencia en el alma; pero no es necesario, necesario es poseerlo. Excelente doctrina para los secos de espíritu, para quienes viven con un corazón árido, pero asidos a Dios por el hilo de oro de la voluntad. El amor de Dios hay que «sentirlo» [152], pero lo que importa es obrarlo. El ápice del divino amor no está precisamente cuando se siente «gran sabor» en la contemplación [153], aunque no se excluyen, por más que sea gran cosa el gusto de lo sobrena-

146 Ibíd., c. 40.
147 Ibíd., c. 40, exposición del v. 24.
148 Ibíd., c. 40.
149 Ibíd., c. 26.
150 ANGELES, *Lucha*, p. 1.ª, c. 6.
151 LAREDO, *Subida*, p. 3.ª, c. 22.
152 ALONSO DE MADRID, *Arte*, p. 3.ª, c. 1
153 Ibíd.

tural y celeste, que «es bueno, y tan bueno» [154]. Como que «el hervor sabroso suele de suyo mover a amar» [155]. Tanto se levanta, sube tanto la obra de Dios en el alma, que no hay lengua ni péndola que pueda explicar tanto cuanto ello es» [156]; trasciende el humano pensar, el humano sentir y el humano lenguaje.

Cuando el amor divino se adueña del alma y el alma vive en plena posesión del divino amor, el hombre, con frase extrañamente feliz de fray Juan de Pineda, «agoniza tras Dios» [157], porque sin él, o muere o vive en profundo desasosiego y malestar. Dilátasele entonces el corazón de tal manera, que quisiera ser lo que no es y amar cuanto no puede, excediéndose y trascendiendo su capacidad extensa, pero limitada. Razones hay que «hacen fuerza al hombre a que ame al infinito Dios, infinitamente (si fuera posible) o a lo menos con esos deseos de amor infinito» [158]. En este tiempo y estado de espíritu suceden dos fenómenos de singular importancia: primero, que se ama a Dios «sin modo y sobre todo modo», según el magisterio del Beato Nicolás Factor [159]; segundo, que todo el obrar se orienta y refiere al amor, al descubrimiento y acrecentamiento de más amor, según la sentencia del P. Osuna que reza: «Referir y sacar debes de toda cosa el amor» [160].

Y lejos, muy lejos de pensar lo que piensan los enemigos del amor divino y místico, que haya tristeza en él. ¿Cómo la puede haber, si es como una emanación de Dios? San Francisco y Santa Teresa, que poseían abundosamente el amor de Dios y el amor de Dios los poseía, son un testimonio irrefutable de la entraña gozosa, del meollo dulcísimo y regocijante de los amores celestiales. Doctrinalmente, así es también: «La alegría nunca se podrá acabar—escribe un docto y experimentado—si en aqueste caminar [hacia el paraíso] nunca vamos sin espuelas; la del lado diestro, *amor*, y *temor* la del siniestro; porque como aquí no haya parte siniestra, todo será lado diestro» [161].

Todo se concentra y suma en amor, porque todo lo implica y todo lo tiene: contiene a Dios. De aquí que «solamente pide Dios que le amemos» y que ponga en boca de Dios estas palabras su grande amador el P. Estella: «Ama,

---

[154] Ibíd.
[155] Ibíd.
[156] Ibíd.
[157] *Agricultura cristiana*, diál. 28, XXVII.
[158] ANGELES, *Triunfos*, p. 2.ª, c. 6.
[159] *Las tres vías*, en B A C, *Místicos franciscanos españoles*, t. II, p. 836 (Madrid 1948).
[160] OSUNA, *Tercer abecedario*, tr. 16.
[161] LAREDO, *Subida*, p. 1.ª, p. 111.

dice el Señor, y todas mis cosas son tuyas» [162]. Y esto no es cuestión de palabras, que serían de burla, sino de profundísima y recatada verdad. Hasta la bienaventuranza, suspiro del alma, se da en premio al amor: «La alteza de la gloria se debe a la grandeza del amor» [163]. Más todavía: Dios es intangible, pero hay privilegio y gracia para el amor, pues el incogitable Dios, «con sólo amor se deja tocar» [164].

Y este amor sobrenatural y místico descendido de lo alto de Dios a lo bajo del hombre, a su corazón, no es negativamente solitario ni huraño, sino íntimamente cordial y social: le interesa Dios, le interesa su salvación eterna y la salvación eterna del prójimo. En primer lugar no se descuida de las cosas que le obligan [165]; en lugar segundo, según el P. Juan de Pineda nos dice, «flores de pensamiento y fructas de obras requiere el divino amor para conformarse con Dios» [166]. Y tornando a lo antes dicho, como premio reconocido y otorgado al amor, lo de Laredo: «El que con amor trabaja, — holgando gana ventaja» [167]; holgando con ocio de amor, el más fecundo de los trabajos, por ser la obra más alta del espíritu que luego trasciende a obras interiores y exteriores, si fué verdadero, como se demuestra en la conducta de los santos, algunos de los cuales han sido maravillosamente obradores, cuando hubiérase podido presumir lo contrario. No se olvide lo siguiente: «En la unión del amor nuestro con el amor infinito, obra es de sola la divina dignación, por la clemencia divina» [168]. Obra de la mano liberal de Dios, manantial de un obrar sin reposo con frutos eternos y temporales.

Todos los cristianos son, por lo menos remotamente, aptos para subir al grado de amor divino más sublime, y a él se nos invita. Trátase aquí de una «ciencia de mística teología o sabiduría sabrosa», y para entenderla o penetrarla bien, «no basta la razón ni entendimiento, ni otra alguna humana industria, ante todo conviene que sea dejado en este modo quietísimo de pura contemplación cuantas veces, por la gran bondad de Dios, el ánima es por la vía de aspiración y momentánea afectiva levantada con las alas del amor» [169].

---

162 ESTELLA, *Meditaciones*, 61.
163 ALONSO DE MADRID, *Arte*, p. 3.ª, c. 1.
164 OSUNA, *Ley de amor*, c. 26.
165 LAREDO, *Subida*, p. 3.ª, c. 19.
166 *Agricultura cristiana*, diál. 28, XXX.
167 *Subida*, p. 3.ª, c. 40.
168 Ibíd., c. 26.
169 Ibíd., c. 17.

Predisponiéndose el alma con pureza de corazón y de afecto, actuando amorosamente con actos de conresurrección espiritual y tratándose de obra que se verifica *por modo de recepción,* no queda por parte de Dios, y otórgase a los dispuestos, pequeños o grandes, sabios o ignorantes, ricos o pobres; jóvenes o ancianos, varones o mujeres.

Como de todo hay en la viña del Señor, y siempre ha sido así y será, séanos lícito terminar este nuestro capítulo sobre la historia ideológica del amor haciendo nuestras unas palabras del venerable siervo de Dios, místico experimental y doctrinal, fray Bernardino de Laredo, tantas veces citado. Son éstas: «Y pido a su Majestad Altísima que si alguno, pensando que hace bien, quisiere no le alabar [el libro *Subida del Monte Sión*] o le quisiere morder, que él me dé venganza de tal reprehendedor limpiándole la conciencia; y abriéndole las entrañas y untándole el corazón, le traiga al pie de su cruz por medios de derecha penitencia y santa conversación, a la contemplación quieta; y éste sea su galardón de quien, como yo merezco, quisiere tratarme mal en esta obra no mía» [170].

FRAY JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M.

Madrid, San Francisco el Grande, 7 de marzo, festividad de Santo Tomás de Aquino, Doctor Angélico y Príncipe de los Doctores, 1949.

---

[170] Ibíd., *Prólogo responsorio.*

FRAY DIEGO DE ESTELLA

MEDITACIONES DEVOTISIMAS DEL AMOR DE DIOS

MEDITA-
CIONES DEVOTISSI-
MAS DEL AMOR DE
DIOS.

*Hechas por el R. P. F. Diego de Estella,
dela orden de sant Francisco. Y ago-
ra en esta segunda impression
corregidas y emēdadas.*



EN BARCELONA.
Impresso en casa de Iayme Sendrat. 1578.
Vendense en Barcelona en casa de
Antonio Oliuer librero.

INTRODUCCION

FRAY DIEGO DE ESTELLA
(1524-78)

1. Entre los hijos de España cuyos nombres salvaron dichosamente las fronteras nacionales y se hicieron respetar en todo el mundo, cuéntase el de Fr. Diego de San Cristóbal o, como suele nombrársele, FR. DIEGO DE ESTELLA. Fué, ciertamente, uno de los hombres más grandes, más íntegros, más sabios y más nobles que ha dado a luz, a través de los siglos, el seno fecundísimo de España.

Sus contemporáneos, aquellos que le vieron, le trataron y le conocieron bien, no sabían con qué términos exaltar su persona, así como su virtud, su ciencia, su celo apostólico y los esplendores de su áurea pluma.

Juan de Córdoba, en el *Encomium* qué compuso para la *Exposición In Lucam,* dice: *Stellam te jure vocamus.* Porque, en efecto, el nombre respondía con propiedad al ser: se llamaba y era *estrella.* Y por si acaso pudiera pensar alguno que se trataba de una estrella fugaz, y no de una estrella de primera magnitud con luz propia, Juan Jubero, en su *Epigramo* [1], declara y profetiza: *Et tua perpetuo fama perennis erit:* Tu fama será perenne, eterna.

Entrambos poetas, conocedores de las interioridades virtuosas del P. Estella, fundan sus elogios extraordinarios en la calidad de su pecho y en el amor y celo ardiente de su corazón, semejante al de San Pablo, uno de los más grandes que han palpitado sobre la tierra, como cítara divinamente acordada. En los lugares indicados, dicen: el primero: *Nam cum plena loco fundis, ceu Paulus,*

[1] *In Lucam,* al principio. Salamanca 1574-75.

ab alto / Ilumina doctrinae, quis non stupefactus ab ore / Pendet? Y el segundo: *Tuque instar Pauli, nam ardenti pectori Christum / Effers empyreum, pulpita sacra terens.*

De conformidad con los poetas, pusiéronle más alto que las nubes los graves teólogos con la fuerza de su prestigio y autoridad. El P. Francisco de Cáceres, O. F. M., doctor en Sagrada Teología, que desempeñaba la cátedra de Escoto en la Universidad de Coimbra, escribió una *Approbatio* para la *Exposición* del P. Estella *In Lucam* que contiene grandes elogios. He aquí algunas expresiones sumamente significativas: *Nam praeter quam quod inter Theologiae alumnos nobili loco semper est potitus, et quotidianas praeterea praeclarissimas conciones in insignioribus Hispaniae locis erogare non destitit.* Y, como resumiendo en pocas palabras el juicio que sobre la persona y obras de tan insigne varón tenía, escribe: *Vir certe de literis benemeritus, moribus et religione excultus:* Ciertamente fué varón benemérito por sus letras, adornado con buenas costumbres y piedad. Necesario nos es hoy día un testimonio tan valioso, que nos asegura la religión y vida austera de un hombre tan preclaro como el P. Estella.

El trinitario madrileño P. Miguel de San José, calificado escritor y religioso de prestigio máximo, exalta las excelencias del P. Estella, diciendo que fué *theologus eximius ac rarus verbi divini concionator, in asceticis copiose ac solide eruditus, potensque eloquio* [2].

Finalmente, por sus obras (y por sus obras se conoce el hombre), se ganó el P. Estella la estima y predilección del Doctor de la Iglesia San Francisco de Sales, quien le coloca entre los escritores escogidos que debe tener a mano el alma devota. He aquí el texto: «Ten siempre a mano algún buen libro de devoción, como son los de San Buenaventura, de Gersón, de Dionisio Cartujano, de Luis Blosio, de fray Luis de Granada, de *Estella*, de Arias, de Pinelo, de Avila, el *Combate espiritual*, las *Confesiones* de San Agustín, las *Epístolas* de San Jerónimo y otros semejantes» [3]. Total, doce escritores escogidos entre millares por el competentísimo San Francisco de Sales, y entre ellos el P. Estella, que tantos puntos de coincidencia espiritual tenía con el escritor

---

[2] *Bibliographia Critica*, IV, *Stella (Didacus)*. Madrid 1742.

[3] *Vida devota*, p. 2.ª, c. 17, versión de Quevedo.—«Sus obras gozaron de una gran boga en España y en el extranjero durante los siglos XVI y XVII, especialmente el *Tratado de la vanidad del mundo*». ALLISON PEERS (E.), *El misticismo español*, p. 179 (Buenos Aires 1947).

más suave que registra la historia de la literatura de todas las civilizaciones.

El P. Estella, como se ve en sus *Meditaciones*, fué un continuador de la devoción franciscana a la humanidad sagrada de Cristo, y en especial a su divino Corazón. ¡Con qué regusto leería San Francisco de Sales este notable pensamiento que brotó inflamado de la pluma del P. Estella: *Considera quam intensus ignis amoris Cordi Christi affuit: siquidem vivum sanguinem per corporis posos distillare coëgit, sicut ignis facit aquam e rosis manare: ut reddat odorem suavitatis sacrificio aeterno Patri pro nobis offerendo* [4].

De ilustre progenie [5], fué más ilustre por la nobleza de su alma, enriquecida con todo género de virtudes. Fué singular amigo y confidente de Ruy Gómez de Silva, privado de Felipe II, con quien pasó a Portugal. Fué predicador en la corte de Felipe II; pero su espíritu y temperamento, nada cortesanos, no se avenían con las costumbres, procederes y ceremonias palatinas. Si no confesor, por lo menos fué consejero y amigo del cardenal Granvela. Muchas personas de abolengo y de singular virtud se confiaron al saber, discreción y espíritu del P. Estella, como la condesa de Luna, y la muy ilustre señora doña Leonor de Eza, señora del palacio y lugar de Eza, a quien dedicó sus *Meditaciones del amor de Dios*, ensalzando «la gran caridad y entrañas piadosas» de tan esclarecida matrona.

Seducido por el señuelo franciscano, depúsolo todo en su juventud y siguió las huellas doradas del Seráfico Francisco, siendo fiel hasta su muerte santa, acaecida en 1578.

Nos causó gran extrañeza, por no haber oído ni leído jamás apreciación semejante, la que consignó Sainz Rodríguez en su *Introducción* a la *Historia de la literatura mística en España* [6], que dice así: «El P. Estella es uno de estos casos típicos de desplazamiento dentro de la Orden, semejante al del P. Granada». La proposición contraria sería la verdadera en todo su rigor. El P. Estella es uno de los casos en que la penetración y compenetración del espíritu de su Orden ha sido más completa, más profunda y más emocionante. Decir lo contrario es desconocer la intimidad cordial del P. Estella y una demostración clara de no haber leído ninguna de sus obras. El franciscanismo entróle en su corazón y absorbióle de tal modo, que resulta uno de sus más genuinos representantes en la república de las letras. Algo se verá en lo que diremos adelante.

---

[4] *In Lucam*, t. II, p. 477.
[5] *Sanguine praeclaro natus*, Juan Ibero, *Epigrama*, *In Lucam*.
[6] C. 5, p. 228 (Madrid 1927).

11. Vamos a tocar ahora un punto dificultoso que quisiéramos eludir, pero no podemos hacerlo, y con razón se nos reprocharía si lo hiciésemos. Se trata del conflicto temperamental y de carácter que surgió entre el P. Estella y el P. Fresneda, obispo de Cuenca y luego arzobispo de Zaragoza, entrambos franciscanos. El uno era predicador de la corte; el otro, confesor del rey Felipe II; uno y otro, personajes influyentes.

Para que mejor entendamos la posición mental, cordial y doctrinal del P. Estella, recordemos sus enseñanzas sobre la persecución, moneda tan corriente en todo tiempo. Como quien había experimentado bien los dolores del aguijón en su propia carne, sus ideas son flechazos, y sus expresiones, vivas y sangrantes. En la *Vanidad del mundo* trata «De cómo el mundo siempre persigue a los buenos», parte 2.ª, capítulo 20; «De cómo el mundo destruye a sí mismo, persiguiendo a los buenos», parte 2.ª, capítulo 21; «Del bien que nos hacen los perseguidores», parte 2.ª, capítulo 22; «De la paciencia en las adversidades», parte 2.ª, capítulo 23; «Del provecho que nos hacen los enemigos», parte 2.ª, capítulo 11.

Sobre los malos, que nunca faltan en la santa Iglesia, enseñaba una doctrina generosa y noble, y más si consideramos la mentalidad de aquellos tiempos, muy propicios a la intransigencia por temor a que se infiltrase el protestantismo en el espíritu nacional. He aquí el precioso texto: «En la Iglesia de Dios, donde hay tantos hombres insignes en virtudes y letras, aunque veas entre ellos otros malos y viciosos, *no debes escandalizarte de ellos ni destruirlos,* pues si no hubiera tiranos, no hubiera mártires, y si no hubiera enemigos, no hubiera tantos santos. Con fuego y carbón se labran las piedras de plata» [7].

Que se tenía presente a sí, a su experiencia personal, cuando escribía sobre las tribulaciones, sobre los que padecen persecución por la justicia, vese con claridad en el siguiente pasaje, donde se conjugan el *nos* y el *tú,* modo ingenioso de referirse a sí mismo y al lector: «Este provecho *experimentamos cada día que nos hacen los enemigos,* pues *nos* hacen andar con más aviso y recato. Y si con todos estos provechos los *aborreces,* grande mal es, pues las cosas que ordena Dios para *tu* bien y provecho, por *tu* malicia las conviertes en *tu daño*» [8]. Estas son las ideas, éstos los sentimientos que anidaban y bullían en el austero y generoso pecho del venerable Fr. Diego de Estella.

---

[7] *Vanidad del mundo,* p. 3.ª, c. 11.
[8] Ibíd.

Cierto es que el 12 de marzo de 1566, el Papa San Pío V amonestó gravemente al obispo de Cuenca, confesor del rey Felipe II y muy valido en la corte. En la monición decíasele que se aprovechase de su posición y de sus cargos no en perjuicio, sino en favor del prójimo [9]. En el mismo sentido le escribió el cardenal Crivelli, ex nuncio en Madrid, conocedor del P. Fresneda, obispo de Cuenca [10]. El P. Fresneda, herido profundamente en su persona y en su amor propio, se quejó *amargamente* al nuncio Castagna, y para defenderse y sincerarse y *per diminuire la fede detto fratre mi ha mostrato anchora un processo gli anni passati fatto dal ministro generale de S. Francesco et una sentencia contra un fra Diego Estella* [11]. Dato sumamente significativo; nos convence una vez más del poder e influjo que conservaba el P. Fresneda dentro de la Orden: el proceso en manos del enemigo.

¿De qué se acusaba al obispo de Cuenca? El mismo se declaró al nuncio Castagna, quien lo comunicó al cardenal romano: «de tener numerosos familiares y pajes, viviendo con demasiado boato y pompa, y de tener acaparados demasiados cargos, más propios de seglares que de un obispo religioso, y en especial franciscano» [12]. A esto hay que añadir la falta de residencia en la diócesis, acusación de suyo grave.

Por estas razones, fundadas todas en hechos públicos, el Papa San Pío V tenía al obispo de Cuenca en *mala opinión*. Además, hallábase por este motivo *con grandissimo travaglio* [13].

¿Qué parte tuvo el P. Estella en todo este asunto? Ciertamente mucha, aunque no toda ni mucho menos, pues no vamos a creer al P. Estella con tanto influjo y con tanto peso ante el Papa que, sin más, le diese crédito. Los hechos eran notorios y públicos y podían disimularse, pero negarse, de ningún modo. El mismo obispo Fresneda no los negaba; trataba, sí, de justificarse, como es natural. Reaccionó contra el P. Estella valiéndose de sus armas poderosas y eficaces como confesor del rey y como obispo de recursos. Valióse al propio tiempo de su influjo ante los superiores de la Orden. El P. Estella, por el contrario, aparece inerme e indefenso.

El P. Estella pudo denunciar, y denunció sin duda, al

---

[9] ANDRÉS (P. ALFONSO, O. S. B.), *Fr. Diego de Estella*, en *Archivo Ibero Americano*, a. 2.º, n. 6, a. 1942, p. 169.
[10] Ibíd., p. 150.
[11] Ibíd., p. 153.
[12] Ibíd., p. 150.
[13] Ibíd., p. 153.

Papa San Pío V la conducta externa del obispo de Cuenca. Pudo y se consideró obligado en conciencia a denunciarle, con miras al bien público y al bien de la diócesis de Cuenca. Para ello se necesitaba un espíritu valiente, y el P. Estella lo tuvo. Pero las consecuencias fueron para él fatales, y el obispo de Cuenca pasó a regir el arzobispado de Zaragoza.

¿Abusó de los medios de defensa el P. Estella? [14] ¿Falsificó firmas? [15] Las declaraciones que publica el P. Alonso Andrés, O. S. B. [16], deslumbran a primera vista, como han deslumbrado a varios; pero a nosotros, que tenemos dura experiencia personal de lo que acontece en agobios y trances semejantes, no nos deslumbran.

Ante todo, deshagamos un entuerto: donde se presupone que el P. Estella difamó a *muertas personas* [17] en sus denuncias, se ha de leer *diversas personas*. Ignoramos si el *lapsus* se ha de achacar a errata de imprenta o a error de trascripción [18]. Se trata de dos cartas que se registran en las denuncias del P. Estella a la curia romana contra la conducta oficial y pública del obispo de Cuenca, P. Fresneda. El P. Estella, judicialmente interrogado, declara «no tener en ello culpa don Antonio del Castillo, regidor de Salamanca, *ni aver tenido jamás con él conoscimiento,* ni conversación, ni ninguna ocasión para poder embiar carta suya a Roma y que la dicha letra que al Papa fué dada no era del dicho don Antonio» [19]. Es curiosa la declaración de *ni aver tenido jamás conoscimiento* o trato con don Antonio del Castillo. No se declara autor de la carta, si bien se sobrentiende, por lo que conjeturamos, que el P. Estella dió a la carta por él escrita y enviada el sentido y significado de lo que llamamos hoy un *seudónimo*. Denunció con un seudónimo, y resultó que el seudónimo coincidía con el nombre y apellido de todo un señor regidor de Salamanca desconocido por el P. Estella. De no interpretarse así o de modo semejante, el procedimiento del P. Estella no sólo sería inmoral, cosa apenas creíble en hombre tan virtuoso, docto y grave, sino infantil y propio de un insensato o inconsciente que desfavorecía su causa en vez de fortificarla.

---

[14] Ibíd., pp. 148-49.
[15] Ibíd., p. 154.
[16] Ibíd., apéndices 1.º y 2.º, pp. 156-58.
[17] Ibíd., p. 156.
[18] Sospechando sobre la inexactitud o error, fundados en la virtud del P. Estella, preguntamos al P. Sagüés, quien nos dió la verdadera lectura. Le damos las gracias por la buena noticia.
[19] L. cit., p. 156.

En la segunda declaración, hecha el 7 de enero de 1569, leemos: «A la primera pregunta, dixo que dicho don Juan del Castillo [sobrino de don Antonio] ninguna carta le dió, sino que el mismo frai Diego de Estella la escrivió y puso en ella la firma de don Juan del Castillo, y que desto ninguna cosa supo»... [20] Si no cabe en este caso la aplicación que antes hemos insinuado, afirmamos que parecióle inofensiva al P. Estella esta usurpación de nombre, basándose en lo que a continuación se dice: «Item, declara que la dicha carta *no contenía cosa de infamia ni testimonio contra el señor obispo de Quenca,* sino que *solamente suplicaba a Su Santidad le embiase a su obispado,* y que *él se movió a hacer esto por pensar que el trabajo en que estava y está le venía por parte de su señoría»* [21]. Conforme a esto, más tarde escribirá: «La presencia de los prelados es muy necesaria, porque ignora el pueblo muchas cosas de que es enseñado por el prelado» [22]. Y aquellas otras palabras: «Los buenos, aunque sean perseguidos de los malos, no pierden su valor y bondad; mas antes, como el oro en el fuego, son apurados y perfeccionados» [23].

Las últimas palabras de la declaración son emocionantes. En medio de la persecución, del recluimiento, de las sanciones y del desamparo, da muestra inequívoca de su profunda humildad, lamentando el daño personal que se les haya seguido a don Juan del Castillo y a su adversario. Dijo «que suplicaua a su señoría reverendísima de Quenca y al señor don Juan del Castillo que por amor de Dios le perdonen» [24].

Más adelante escribirá: «Si el enemigo te injuria y te persigue, tú calla y abájate, y coge las pellas de oro que te tira y haz tesoro» [25]. Doctrina que sacó él de su propio

---

[20] Ibíd., p. 157.
[21] Ibíd., p. 158.
[22] *Vanidad del mundo*, p. 1.ª, c. 27: «De la obligación que tienen los prelados»; c. 26: «Del ejemplo de los prelados». Véase esta significativa denuncia: *Multa invenies oppida et castella ab agricolis et pauperibus habitata (non loquor apud Indos nec oras remotos, sed de nostra Hispania quae doctissimos episcopos alit, theologos et viros literatos) ubi jam per lapsum triginta et quadraginta annorum, nec isti nec ipsi verbum Dei docuerunt, nec illi ab ipsis audierunt, nec episcopi ad talia loca devenerunt eo quod non delitiosa sed árida sunt. In Lucam*, c. 9, fol. 417. Mal tan grave, tan público, tan dañino para las almas y tan diuturno, bien merecía ser denunciado por un varón tan apostólico y celoso como el P. Fr. Diego de Estella, que tanto se afanó por la restauración espiritual de España.
[23] Ibíd., p. 2.ª, c. 22.
[24] ANDRÉS (P. ALFONSO, O. S. B.), *Fray Diego de Estella*, en AIA, a. 2.º, n. 6, p. 158, a. 1942.
[25] *Vanidad del mundo*, p. 3.ª, c. 11.

pecho y de su propia conducta en trance tan humillante y doloroso como el suyo: calló, abajóse, cogió las pellas de dolor y de amargura e hizo tesoro.

III. El descubrimiento del Nuevo Mundo halló eco en el corazón sensible del P. Estella, como lo halló en los corazones de Fr. Luis de León y de Fr. Juan de los Angeles. En los varios pasajes que tenemos anotados hay uno que merece singular mención, porque recoge la idea de Luis Vives y de los teólogos posteriores respecto a la redención de los hombres hecha por Cristo. Dice así: *Beneficium incarnationis quibus applicetur.—In hac gratia omnis homo communicat, sive natione sit Graecus, sive Scyta, sive Italus, sive Hispanus, sive Gallus, sive servus, aut liber: seu denique apud barbaras gentes, et in Indis extremis regionibus sit natus, dummodo timore domini eius anima fuerit exornata. Nunquid pro uno solum Deus carnem sumpsit et mortuus est, et non pro omnibus? Minime. Misericordia eius a progenie in progenies* [26]. Así sabía proclamar, con amplitud de criterio, la universalidad de la redención de Cristo; en la enumeración no se olvidó de los indios.

Más todavía, estuvo a dos dedos de preferir su aptitud para recibir el germen divino de la gracia y la operación consiguiente a la que tienen los propios españoles, que a tanto se extiende la generosidad del genio español. *De longe veniunt*—escribe—*qui nos saepe religione antecedunt, ut ego vidi ex parte indiarum homines barbaros et simplices multo meliores christicolas, quam nos qui habemus antiquam fidem* [27]. La defensa de los indios no se puede llevar a mayor extremo.

Teme, estremécese pensando en la posibilidad de que España se haga indigna de conservar su religión y fe católica, y que Dios, en castigo, la trasponga a los indios, dejando sin fe a los españoles. Por suerte y misericordia divina no fué así; al contrario, España no solamente conservó pura su fe, sino que la trasfundió íntegra y pura a los indios, y con ellos a las futuras generaciones hispanoamericanas. El texto: *Fuerunt angli et germani aliquando catholici: sed postquam illarum regionum homines ebrietatibus et vitiis se tradiderunt, fidem protinus amiserunt. Et ne idem nostrae Hispaniae eveniat, quae nunc catholica est, vehementer perhorresco: nam ab Hispania fides discedere et effugere potest, et in indos advolare, quia tot ac tanta sunt vitia, tot improbi et sceleratos homines, ut quem*

[26] *In Lucam*, t. I, fol. 61 (Salamanca 1574-75).
[27] *In Lucam*, t. II, fol. 96.

exitum simus habituri prorsus ignoremus, nisi nos metipsos ad meliorem frugem per virtutem receperimus [28].

IV. «Obras de actualidad inmarcesible [las de nuestros escritores místicos del siglo de oro], guías de incomparable solidez para el espíritu de todos los tiempos, vienen a ser para el que corre lleno de quiebras y fracasos, de ruinas y sombras, la más segura y luminosa orientación, el apoyo más firme, el magisterio más claro para la vida». Así Ricardo León con motivo del P. Estella [29]. Pues tratándose de este soberano de la pluma, hemos de decir que descuella entre la legión inmensa, como la palmera entre los demás árboles, por su alteza y por la elegancia y macicez de su estilo y doctrina.

Escribió primeramente una *Vida y excelencias de San Juan Evangelista,* y bien experimentado y maduro publicó su *Modus cancionandi,* obra excelente, de la que no habla Menéndez Pelayo en su *Historia de las ideas estéticas.*

De su *Exposición In Lucam* se dijo con verdad que constituía un trabajo científico y literario, útil para toda la cristiandad. Nos referimos al P. Francisco de Cáceres, quien escribió en su *Approbatio: Legi hoc opus insigne, quod vir eruditissimus et ecclesiastes egregius Didacus Stellàe, in communem totius reipublicae christianae utilitatem..., superiòribus diebus produxit in lucem.* No es corto el aplauso a tan excelente comentario sobre San Lucas.

En cuanto a la *Vanidad del mundo,* obra de fama mundial y casi tan popular como la *Guía de pecadores,* del P. Granada, nos parece inexacto el juicio que Menéndez y Pelayo formuló; más todavía, juzgamos que no leyó ni siquiera el índice, pues no hace mención de dos capítulos de índole completamente estética que pueden leerse allí: «De la vanidad de la hermosura corporal», parte 1.ª, capítulo 38; «De la verdadera hermosura», parte 1.ª, capítulo 39. Dice pues: «Tratado de la *Vanidad del mundo,* obra árida y prolija, más de edificación que de literatura, erizada de textos y de lugares comunes, que la hacen útil en extremo para la predicación» [30]. Ricardo León reafirma este mismo juicio, guiado por tan excelso magisterio: «¡Qué diferencia—escribe—entre ese libro, tan divulgado por todas partes, de esa amarga sabiduría, que *semeja una glosa puesta a los cuadros de Valdés Leal,* y la alegría vehemente, el lírico impulso de estas *Meditaciones* [*del*

[28] *In Lucam,* t. I, fols. 123-24.
[29] *Prólogo* a las *Meditaciones del amor de Dios* (Madrid 1920).
[30] *Ideas estéticas,* II, c. 7, pp. 93-4 (Madrid 1940).

amor de Dios], apenas conocidas y saboreadas a fragmentos en las antologías de nuestros clásicos!»[31] *Prolija,* lo es; *árida,* no. Tampoco está *erizada de textos;* por el contrario, más bien escasean. Los escritores y Santos Padres brillan por su ausencia. Muchos son los *lugares comunes,* como obra dirigida al pueblo, pero siempre relampaguea el rayo de la luz mental, como chispazos del pecho incandescente del P. Estella. Obra, desde luego, *útil en extremo para la predicación.*

Hay diferencia, y no poca, entre la *Vanidad* y las *Meditaciones,* pero son las que impone el asunto y la orientación sermoneadora de la *Vanidad.*

Por lo demás, cuando el tema lo permite, el P. Estella de la *Vanidad* es el mismo P. Estella de las *Meditaciones.* En estos casos no es *amarga la sabiduría,* sino dulce y regalada; no *semeja una glosa a los cuadros de Valdés Leal,* sino una glosa a los cuadros de Murillo.

He aquí una enumeración no de párrafos, sino de capítulos enteros, que bien pudieran agregarse a las *Meditaciones* sin desdoro, pues tienen el mismo corte, el mismo espíritu y el mismo decoro literario: «Cómo para gozar de Dios conviene despreciar las vanidades del mundo», parte 1.ª, capítulo 2; «De los cánticos espirituales», parte 2.ª, capítulo 67; «Cómo Dios regala a los que castiga», parte 1.ª, capítulo 83; «Cómo Dios favorece a los caídos», parte 2.ª, capítulo 13; «De la suavidad del yugo de Cristo», parte 2.ª, capítulo 15; «Del bien de la concordia», parte 2.ª, capítulo 35; «De cuánto ama Dios la paz», parte 2.ª, capítulo 36; «Del agradecimiento de los buenos», parte 2.ª, capítulo 55; «De la dulzura y consolación que hay en Dios», parte 2.ª, capítulo 63; «Cómo Dios ensalza a los humildes», parte 2.ª, capítulo 91; «Cómo Dios revela sus secretos a los humildes», parte 2.ª, capítulo 93; «Cómo sólo Dios harta nuestra alma», parte 3.ª, capítulo 2; «Cómo en sólo Dios se halla perfecto contentamiento», parte 3.ª, capítulo 4; «Del amor de Dios», parte 3.ª, capítulo 6; «De la excelencia del divino amor», parte 3.ª, capítulo 7; «De la alegría espiritual», parte 3.ª, capítulo 50; «De la buena y pacífica vida», parte 3.ª, capítulo 57; «De la gloria que alcanzarán los que desprecian la vanidad del mundo», parte 3.ª, capítulo 100.

Ahora bien: ninguno de estos capítulos, con muchos otros, tienen nada de árido, ni de superabundancia de textos, ni nada que suene a Eclesiastés ni que sea remotamen-

[31] *Prólogo* a las *Meditaciones del amor de Dios,* p. XI (Madrid 1940).

te comentario a Valdés Leal, sino que son oro aquilatado, espíritu gozoso y doctrina deliciosamente franciscana, como la que se nos expone y enseña en las *Meditaciones.*

Hay testimonio autorizado de que siempre la *Vanidad del mundo* ha sido tenida en aprecio sumo. Muchos saben, y lo han repetido Menéndez Pelayo y Ricardo León, que San Francisco de Sales tuvo en gran estima y aun imitó las *Meditaciones* del P. Estella, pero ninguno dice cuánto ensalzó la *Vanidad.* He aquí lo que sobre el caso dice el P. Miguel de San José, trinitario: *Nostri libri III «De contemnendis mundi vanitatibus», hispano sermone primum editi, eiusmodi sunt, quos nemo summis non efferat laudibus. Eos magno in pretio habuit optimis similium scriptionum censor, S. Franciscus Salesius.* (Part. I, *Epistolar.*, l. II, epist. 31, núm. 14) [32].

En cambio, las *Meditaciones devotísimas del amor de Dios,* sin que haya voz discrepante, son una obra maestra incomparable, merecedora de loores eternos. Si en los cielos hubiéranse de leer meditaciones escritas en la tierra, se leerían, sin duda, las de Fr. Diego de Estella, porque lo querúbico y seráfico en ellas resplandece y arde como la luz y el fuego en el sol.

Ya el *Censor,* primitivamente, dijo de las *Meditaciones* escritas «con elegante y sabroso estilo». Y el *Censor* fué el P. Bartolomé Andrés, S. I. Y modernamente, Menéndez Pelayo escribió: «*Cien meditaciones del amor de Dios,* que son un braserillo de encendidos afectos, cuyo poder y eficacia para la oración reconoce y pondera San Francisco de Sales, que imitó mucho en su *Tratado* de la misma materia» [33]. Ricardo León las encumbra más, mucho más. Dice: «Obra a la vez de ciencia y de arte, de poesía y de piedad, es un breviario para todas las almas, lo mismo para aquellas que siguen caminos de perfección como para otras avezadas a los aires del siglo, y que han menester para probar tales manjares, para asimilar tan altas doctrinas, el exquisito aderezo, la culta elegancia de una sabrosa conversación» [34]. Y continúa por el estilo en el magnífico *Prólogo* que compuso para la edición de Madrid 1920, el cual constituye el mejor panegírico que del P. Estella y de su obra se ha escrito.

Después de recomendar merecidamente el *Tratado del amor de Dios* del P. Granada, San Francisco de Sales aña-

---

[32] *Bibliographia critica,* IV, *Stella (Didacus)* (Madrid 1742).
[33] *Ideas estéticas,* II, c. 7, p. 94 (Madrid 1940).
[34] *Prólogo* a las *Meditaciones* (Madrid 1920).

de: «Fray Diego de Estella, de la Orden de San Francisco, hizo otro *muy afectuoso y útil* para la oración» [35].

Nosotros, que tantas veces hemos leído en privado y tantas veces hemos oído leer en comunidad las *Meditaciones* del P. Fr. Diego de Estella, decimos que son uno de los joyeles de más alto y acendrado valor estético y espiritual, de más elevada y generosa filosofía de amor que ha creado el genio literario español, que resiste con firmeza el parangón con cualesquiera otras obras que se hayan escrito en la república de las letras, aunque tales plumas hayan sido manejadas por Santo Tomás, San Bernardo, San Buenaventura, San Francisco de Sales o el P. Granada.

V. Menéndez Pelayo, proponiendo una clasificación de la mística española por órdenes monásticas, dice: «Ascéticos y místicos *franciscanos*, serie muy numerosa, en la cual descuellan los nombres de San Pedro de Alcántara, Fr. Juan de los Angeles, *Fr. Diego de Estella*» [36]. Pues como se ve, de entre la *serie muy numerosa*, Menéndez y Pelayo forma una trilogía, y en ella leemos con satisfacción y gusto el nombre glorioso del P. Estella.

Luego, hablando más en particular, añade: «Aunque el P. Estella no era muy filósofo, se habrán reconocido fácilmente en su doctrina todos los rasgos capitales de la de San Agustín» [37]. Que los rasgos filosóficos del P. Estella son agustinianos, es cierto, con tal que se añada: franciscanamente interpretados y expuestos según la ideología y las orientaciones de San Buenaventura y del Beato Juan Duns Escoto. Contrariamente a lo que Menéndez Pelayo dice, que el P. Estella *no era muy filósofo*, con permiso de maestro tan grande, afirmamos la contraria: que el P. Estella fué muy filósofo, gran filósofo de la filosofía de amor.

No andamos solos en esta apreciación. Ricardo León escribió que las *Meditaciones* son «uno de los libros *más hondos*, más regalados y elocuentes que se han escrito en castellano» [38]. En el mismo lugar, escribe que es «obra a la vez de ciencia y de arte», corroborando así el dictamen de Juan Ibero, quien, loando al P. Estella, dijo que fué «ilustre y doctísimo, eximio predicador de la palabra divina y *cultivador de todo género de ciencias*» [39]. Y más ex-

---

[35] *Práctica del amor de Dios*. *Prólogo*: cf. *Vida devota*, p. 2.ª, c. 17, y *Epistolario*, p. 1.ª, l. II, epíst. 31, n. 14.

[36] *Ideas estéticas*, II, c. 7, p. 82 (Madrid 1940).

[37] Ibíd., p. 95.

[38] *Prólogo* a las *Meditaciones*, p. IX (Madrid 1920).

[39] *Epygramma*, en la obra del P. Estella *In Lucam*, al principio.

presamente Ricardo León declara su sentir con estas palabras: «Constituyen un florilegio teológico, *una filosofía del amor*», y añade: «Para estas ansias de conocimiento y amor [del siglo XX], para estas nobles aspiraciones de solidez, claridad y armonía de elevación sobre los movimientos superficiales del siglo, breviarios como el del P. Estella *valen por muchos volúmenes de filosofía presuntuosa*» [40]. Ya lo dijo Juan Ibero después de haber saboreado los panales de sus páginas, de las páginas de sus obras, que son otras tantas colmenas de dulzura: *Et sophia ac oris dulcia mella tui* [41].

Terminemos trayendo a colación algunos pensamientos reveladores de la suave, profunda y dilatada filosofía de amor que las obras del P. Estella, y sobre todo las *Meditaciones*, contienen y celosamente encubren: «Todo nace de fuente viva de amor y todo lo que tiene ser viene esmaltado de amor, y de manera que si la vista de nuestra alma no estuviese ciega de la vileza y polvo de su propia pasión, lo primero que vería en todo lo criado sería el amor del Criador» [42]. «Dondequiera que va el amor y porque *la voluntad es todo el hombre*, por consiguiente, decimos que se lleva consigo a todo el hombre» [43]. *Ubi est res amata, ibi est cor amantis. Ubi est amor, ibi est cor* [44]. «En la voluntad no hay necesidad, como la hay en la Naturaleza» [45]. «Libre es el amor, porque nace de madre libre, que es nuestra voluntad, la cual ni por premios ni tormentos no sufre ser compelida, porque si lo fuese, ya dejaría de ser voluntad» [46]. «No puedes vivir sin amar, y pues has de amar, ama donde hallarás suavidad y deleite» [47]. «Los pies del ánima son el amor, y del amor soy llevado dondequiera que voy» [48]. «Si quieres, ánima mía, saber el modo que has de tener en amar a Dios, es *sin modo*» [49]. «Este es aquel amor santo que *ninguna cosa teme*, que todo lo pone debajo de sus pies y lo allana y desprecia. *Todo lo puede, y todo le es posible, y ninguna cosa se le hace dificultosa*» [50]. Por lo que añade: *Amor vincit omnia* [51]. El

[40] *Prólogo* a las *Meditaciones*, p. XV.
[41] *Epygramma*, en la obra del P. Estella *In Lucam*, al principio.
[42] *Meditaciones*, I.
[43] *Meditaciones*, LXIII.
[44] *In Lucam*, t. II, fol. 146.
[45] *Meditaciones*, IX.
[46] *Meditaciones*, p. XII.
[47] *Vanidad del mundo*, p. 3.ª, c. 6.
[48] *Meditaciones*, VII.
[49] *Meditaciones*, VI.
[50] *Meditaciones*, LVIII.
[51] *In Luçam*, t. II, fol. 38.

precepto del amor es «jocundo y deleitable mandamiento» [52]. Ya en la *Dedicatoria* de las *Meditaciones* nos pone en la pista de toda su ideología, de su filosofía de amor, sol que las ilumina desde el principio hasta el fin: «Y considerando—escribe—que en *este amor divino consiste la perfección cristiana* y que por él se alcanza el último fin de la bienaventuranza eterna, con deseo de perfeccionar a los que hubiesen comenzado a gustar el *menosprecio del mundo*, hice estas *Meditaciones del amor de Dios*, por el cual lo han de trocar».

EDICIONES Y VERSIONES DE LAS «MEDITACIONES DEL AMOR DE DIOS»

EN SU LENGUA ORIGINAL ESPAÑOLA: 1576, Salamanca; 1578, Salamanca; 1578, Barcelona; 1578, Lisboa; 1582, Salamanca; 1597, Alcalá; 1675, Madrid; 1720, Madrid; 1781, Madrid; 1882, Barcelona; Sin año, Madrid (incompleta); 1920, Madrid. Total, doce ediciones.

EN LENGUA ITALIANA: 1584, Venecia; 1606, Venecia; 1740, Venecia; 1778, Piacenza; 1829, Milán. Total, cinco.

EN LENGUA FRANCESA: 1586, París. No se han registrado otras ediciones, que sin duda se hicieron.

EN LENGUA LATINA: 1602, Colonia; 1603, Colonia; 1639, Colonia. Total, tres.

EN LENGUA ALEMANA: 1607, Colonia.

EN LENGUA INGLESA: 1893, Londres. Se trata de una breve selección.—ALLISON PEERS (E.), *El Misticismo español*, p. 180 (Buenos Aires 1947).

EN LENGUA POLACA: 1731.

EN LENGUA ÁRABE: 1739-1740, Sahuer (Casruan) en el monte Líbano; Jerusalén, 1860-1861.

---

[52] *Meditaciones*, XLIII.

A LA M. I. SRA. D.ª LEONOR DE EZA, SRA. DEL PALACIO Y LUGAR DE EZA

Fr. Diego de Estella, S.

Crió Dios al hombre, como dice San Agustín, para que entendiese el sumo bien, y entendiendo lo amase, y amando lo gozase, porque el amor, según el Apóstol, es vínculo de perfición que junta a nuestra alma con Dios, sin el cual no puede en alguna manera ser bienaventurada. Y porque para amar conviene conocer lo que se ama y para conocer el sumo bien es necesario que el entendimiento de los hombres esté libre y limpio de las cosas terrenales de este siglo, deseando llegarlos a este conocimiento, escrebí los años pasados, en nuestra lengua vulgar, tres libros de la Vanidad del mundo *para enseñar a despreciarlo, y así puedan levantar mejor el entendimiento a la contemplación de las cosas celestiales y mover la voluntad al amor de este bien infinito que es Dios.*

Y considerando que en este amor divino consiste la perfición cristiana y que por él se alcanza el último fin de la bienaventuranza eterna, con deseo de perficionar a los que hubiesen comenzado a gustar del menosprecio del mundo, hice estas Meditaciones del amor de Dios, *por el cual lo han de trocar. Y habiéndolas visto algunos amigos míos, personas de santo celo, les pareció ser dignas de sacarlas en público, y a su ruego acordé de hacerlo y dedicarlas a vuestra merced, cuyas heroicas obras y santos ejercicios dan testimonio de que abunda en su noble pecho este santo y divino amor.*

Y porque la grande caridad de vuestra merced y entrañas piadosas con que recibe y favorece a los pobres y las largas limosnas que les hace y otras muchas y singulares virtudes de que la dotó Dios son tan notorias en estos reinos que ninguno que oyere su nombre dejará de entender que hay en vuestra merced mucho más de lo que mi pluma pudrá escrebir, conformándome con su humildísima

condición, dejo de hacer lo que comúnmente acostumbran los que escriben y cabe también en vuestra merced como en todos, que es alabar las virtudes de aquellos a quien dirigen sus obras.

Y quiero concluir con esto: que se conoce bien en vuestra merced ser hija de tan principal y valeroso padre como fué el señor Carlos de Eza y decendiente de tan generosa sangre y antigua casa como es en Navarra la suya, y que en cumplimiento de lo que dijo el Apóstol, que a los que aman a Dios todas las cosas suceden bien, *comenzó Nuestro Señor a dar a vuestra merced el premio de sus singulares virtudes en este mundo en haberle dado por marido al señor secretario Martín de Gaztelu, igual en virtud y nobleza, para que, ayudada con su cristianísimo celo, prosiga sus santos propósitos y loables ejercicios y vaya siempre creciendo de bien en mejor en el amor de Dios, hasta llegar a verle en el cielo y gozar de la bienaventuranza.*

Y porque para conseguir tan dichoso fin me pareció buen medio éste y como muy obligado servidor y capellán de vuestra merced y del señor secretario deseaba servirla en algo, no hallé ni tengo otra mejor cosa que estas MEDITACIONES DE AMOR DE DIOS, *el cual plega a su divina bondad encienda en el corazón de vuestra merced con aumento de su gracia, que éste terné por suficiente premio de mi trabajo.*

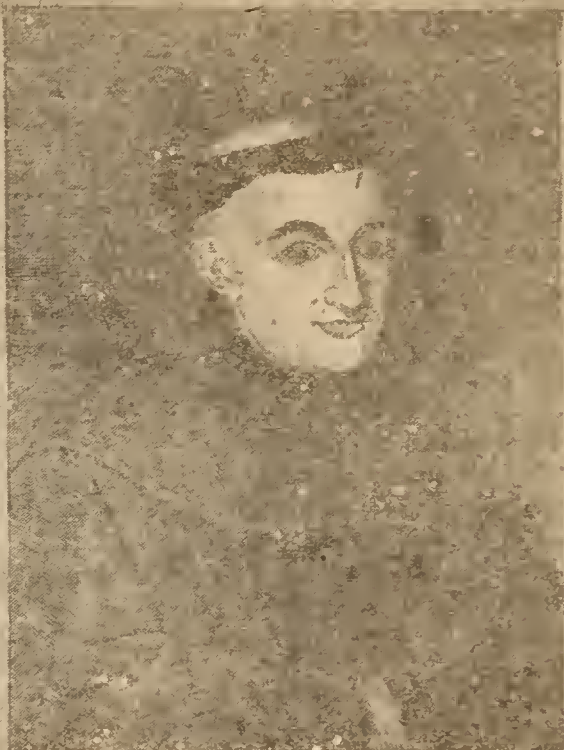
CENSURA

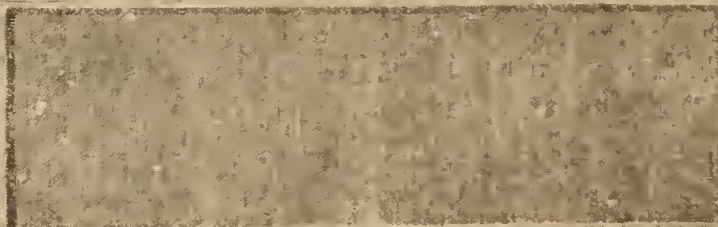
DE UN PADRE DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, LECTOR DE TEOLOGÍA EN EL COLEGIO DE LA COMPAÑÍA DE MADRID

Por mandato de los señores del Consejo Real vi y examiné con toda diligencia estas MEDITACIONES DEL AMOR DE DIOS, *hechas por el muy reverendo padre y insigne predicador Fr. Diego de Estella, de la Orden del B. P. San Francisco, y no hallo en ellas cosa alguna contra nuestra santa fe ni contra las buenas costumbres, antes contienen muy sana, católica y provechosa doctrina; en las cuales se muestra el autor no solamente docto en la teología escolástica y muy ejercitado en Escritura Sagrada, mas aun también hombre espiritual y muy devoto religioso, y trata la materia del amor de Dios con elegante y sabroso estilo, poniendo en breve casi todo lo que los santos de esta materia han dicho; y así, digo que se puede muy bien imprimir y leer con mucho fruto de cualquier cristiano.*

En nuestro Colegio de Madrid, a 17 de febrero de 1576 años.

BARTOLOMÉ ANDRÉS


F. Didacus S. Christ.
Vanitatem Mundi et Amoris Dei meditationes
Factum Anno 1576. aetatis vero suae 62.



MEDITACIONES DEVOTISIMAS DEL AMOR DE DIOS

MEDITACION I

Cómo todo lo criado nos convida al amor del Criador

Todas tus criaturas me dicen, Señor, que te ame y en cada una de ellas veo una lengua que publica tu bondad y grandeza. La hermosura de los cielos, la claridad del sol y de la luna, la refulgencia de las estrellas, el resplandor de los planetas, las corrientes de las aguas, las verduras de los campos, la diversidad de las flores, variedad de colores y todo cuanto tus divinas manos fabricaron, ¡oh Dios de mi corazón y Esposo de mi alma!, me dicen que te ame. Todo cuanto veo me convida con tu amor, y me reprehende cuando no te amo. No puedo abrir mis ojos sin ver predicadores de tu muy alta sabiduría, ni puedo abrir mis oídos sin oír pregoneros de tu bondad, porque todo lo que hiciste me dice, Señor, quién eres. Todas las cosas criadas, primero enseñan el amor del Criador que el don.

La Escritura dice hablando de la creación del mundo *que* el espíritu del Señor andaba sobre las aguas [1], como está la voluntad tan amorosa del artífice sobre la masa de oro para sacar las imágines acabadas y perfectas, porque entendamos que sobre todas las cosas andaba nadando el divino amor, el cual con ley suave las sustenta y gobierna.

Todo nace de fuente viva de amor y todo lo que tiene ser viene esmaltado de amor, y de manera que si la vista de nuestra alma no estuviese ciega de la vileza y polvo de su propria pasión y amor, lo primero que vería en todo lo criado sería el amor del Criador. De aquí es que tus ami-

[1] Gen. 1, 2.

gos, Señor, con mayor ingenio y más sutil arte que aquel famoso filósofo llamado Pirodas—el cual enseñó a sacar fuego del pedernal—, de cada criatura, aunque pequeña, hacen saltar centellas de fuego de amor.

Pues si la tierra me sustenta y sirve con sus frutos, el buen hortelano solícito es el santo amor, el cual una vez se lo mandó cuando la crió. Si el aire me refresca y da vida, el amor se lo mandó, que él por sí, como sea causa segunda, nada podría. Si el agua nos sirve y da sus peces y corre con grande ímpetu para el mar de donde salió, todo es para cumplir el mandamiento de amor. Finalmente, si el fuego da calor, si el cielo da luz y influencia criando diversos metales en la tierra, todo es para servicio y para regalo de un solo amigo que aquel amor infinito, nuestro Dios, en esta tierra crió. ¿Qué son, Señor, sino brasas encendidas los elementos, aves, animales, cielos y planetas con que pusiste fuego a mi helado corazón para lo disponer a amar a quien tantos dones le envía por hacerlo diestro amador? ¿Qué son el sol y la luna, cielos y tierra, sino joyas de tu mano para nos intimar tu grande voluntad y amor?

Cada mañana hallarás, ánima mía, a la puerta de tu casa a todo el universo: las aves, animales, campos y cielos, que te esperan para servirte, para que tú pagues por todos el servicio del amor libre que tú sola en lugar de todos debes a tu Criador y suyo. Todas las cosas te despiertan al amor de tu Dios y todas, como un procurador de su Señor, te ponen demanda de amor. Convídante a su amor el clamor grande de todas sus criaturas, así superiores como inferiores, las cuales con voces manifiestas te declaran *su majestad, su hermosura y su grandeza* [2].

Los cielos cuentan, Señor, tu gloria, y el firmamento denuncia las obras de tus manos, y no hay hablas ni lenguajes donde no sean oídas sus voces, y tanto, que son *inexcusables todos los hombres* [3]. Callando manifiestan, Señor, los cielos tu gloria y nos dicen cuál será el aposento de tus escogidos, pues tanta hermosura dejas ver a los ojos de los mortales.

¡Oh cuán rico eres, mi Dios, pues de tan ricas lámparas te sirves! ¿De qué traza pudo salir labor tan prima? ¿Quién pudo hacer tan hermosa claridad y tan diversas influencias, tantos y tan diversos movimientos sin errar un punto? Con razón pregunta Job, y dice: *¿Quién contará la orden de los cielos y dirá sus movimientos?* [4] ¡Oh pesado corazón mío! ¿Cómo el deseo de ver tanto primor y grandeza no te

[2] Ps. 18, 2.
[3] Rom. 1, 20.
[4] Iob 38, 32.

lleva a aquellas celestiales moradas? ¡Oh cuán grande es la casa del Señor y cuán inmenso el lugar de su habitación!

Veré los cielos, obra de tus dedos, y la luna y las estrellas, que tú criaste. Todo lo que mis ojos ven me dice que te ame. Pues si me convierto al mundo menor, que es el hombre, y pongo los ojos en mí mismo, aquí hallo mayor causa para te amar, pues todo lo sobredicho criaste para mi servicio y provecho. Si abro mis oídos, oiré al Salmista, que me dice: *En mí conozco tu admirable ciencia* [5]. Del conocimiento de mí mismo, vine en conocimiento de tu muy alta sabiduría. Por amor de esto, dijo tu profeta Isaías a los pecadores: *Volved, prevaricadores, al corazón; en vosotros mismos veréis quién es vuestro Dios* [6].

MEDITACION II

CÓMO LAS CRIATURAS NOS ENVÍAN AL DIVINO AMOR

Cuanto veo con mis ojos me envía a ti, mi Dios y Señor, y todo lo que criaste me sirve de conocer tu divina grandeza. Como la saeta no para en el aire, pero va adelante, así nuestras consideraciones y pensamientos no han de parar en las cosas de la tierra, sino en el fin y último paradero, que eres tú, mi Dios. Todas estas cosas que vemos son como caminos para considerar al Criador.

El espíritu del Señor hinchió la redondez de la tierra, y el que todo lo contiene, tiene ciencia de voz. Ciego es el que no es alumbrado con tantos resplandores de cosas criadas, sordo es el que con tantos clamores no despierta, mudo es el que con tantos efectos no alaba a Dios y loco es el que con tantos indicios no conoce el primero principio y causa de todo esto.

Abre, pues, ánima mía, tus ojos, aplica las orejas espirituales, suelta tus labios y ofrece tu corazón para que veas a tu Dios en todas las criaturas y le oyas, alabes, ames y engrandezcas, porque no se levante contra ti toda la redondez de la tierra.

Por no hacer esto peleó la redondez de la tierra contra los locos; y, por el contrario, será materia de gloria a los sabios, los cuales pueden decir con el profeta: *Deleitásteme, Señor, en las cosas que hiciste y me gozaré en las*

[5] Ps. 138, 6.
[6] Is. 46, 8.

obras de tus manos [1]. ¡Oh cuán engrandecidas son, Señor, tus obras!; todas las cosas hiciste sabiamente y la tierra está llena de tu pasión. Veo en cada criatura, como en un espejo, la omnipotencia de ti, mi Dios. Resplandece en las criaturas, como en un espejo, la majestad del Criador.

Es el sentido puerta de la imaginación, y con el sentido vemos las criaturas, de cuyo conocimiento venimos a conocer la bondad y sabiduría del Criador. Queriendo debujar Ezequiel el edificio de la Iglesia, comenzó por el muro de afuera. Antes que suba mi ánima a la consideración de las infinitas perficiones que hay en ti, mi Dios, levantaré mi corazón a tu santo amor, atraído de estas cosas exteriores que con mis ojos veo, pues ellas me llevan a tu conocimiento. *¡Ay de vosotros, que no miráis a lo que hace Dios ni consideráis las obras de sus manos!* [2] dijo tu santo profeta Isaías. Muchas veces por las obras son conocidos los maestros que las hicieron, aunque no los veamos con los ojos corporales. Las imágenes de Fidias, insigne estatuario, demostraban quién era y le conocían los que nunca le habían visto, y Prothógenes conocía también al gran pintor Apeles por una línea que hizo.

¡Oh Criador de todas las cosas! ¿Qué imagen hay tan clara de quién eres tú como soy yo? ¿Qué líneas más sutiles ni delicadas pudo obrar la mano de algún artífice ni ingenioso y muy excelente pintor que lleguen ni se puedan comparar con el primor y extremada hermosura de los resplandores del cielo y flores de los campos?

Pues si miramos la orden, armonía y concierto de este universo, ¿qué puedes decir, ánima mía, sino estar elevada y suspensa en tu Dios?

Es una música tan acordada, con tan admirable consonancia y proporción, que, si no fueses sorda, te harían olvidar de todo lo criado, transformada en tu Criador. Cada cuerda de la vihuela suena dulcemente, pero todas juntas hacen suave melodía; cada criatura por sí sola me representa tu infinito poder y bondad inefable; pero, consideradas todas juntas y mirando la orden del universo, ponen extraña admiración. Con tu orden persevera el día, porque todas las cosas se sirven. Cuando el diestro tañedor pone en proporción las voces contrarias y diversas de las cuerdas del instrumento, aunque no le veas, lo juzgas por grande en su arte.

Si miras, ánima mía, a todo lo criado, hallarás maravillosa consonancia en las cosas contrarias unas de otras, pues los elementos, con tener cualidades contrarias, no pe-

[1] Ps. 118, 16; 91, 5.
[2] Is. 5, 12.

lean unos contra otros, ni las cosas bajas contradicen a las altas, pero todas concuerdan y hacen música de inestimable proporción y concierto, moviéndolas la mano de aquella sabiduría infinita de tu Dios. Este Señor, teniendo como vihuela la universidad de las cosas, junta las cosas celestiales en las terrenales y las universales con las particulares.

Mirando esta diversidad de cosas tan bien ordenadas, pienso conmigo en aquellas palabras del Sabio, que dicen: *Más hermoso es el que esto hizo* [3]. ¡Oh cuánto más hermoso debe de ser el que todo lo hizo, porque el autor de la hermosura lo pinta todo! ¡Oh cuál debe de ser la providencia de aquel que a tanta multitud de cosas provee tan por extenso como si para una sola fuese Dios!

¿De dónde se sacan los matices de las hierbas, la dulzura de los frutos, las pinturas de las aves y hermosura del mundo? ¡Oh cuán poderoso debe ser el que de nada hizo esto! ¡Y cuán sabio el que dió tan diversas astucias a los animales, tantas propriedades a las raíces, tantas virtudes a las hierbas y tan varios ingenios a los hombres! Lo cual todo junto, en su comparación, es como si no fuese. Levántate, pues, ánima mía; abre los ojos y despierta; y si no ves la virtud divina que obra estas cosas, mira las obras, pues ellas manifiestan al que las hizo, para que sea conocido el que no puede ser comprehendido.

Por amor de esto, dijiste tú, Señor, a unos ciegos que teniéndote delante no te conocían: *Si a mí no me creéis, creed a mis obras* [4]. Ellas decían quién tú eras si tuvieran ojos los que las veían para considerarlas; y ¿cómo fuera posible que las consideraran y no te conocieran? Tampoco fuera posible conocerte y dejar de amarte.

MEDITACION III

Cómo Dios ha de ser amado por sí mismo

Suma perversidad es fruir de las cosas que hemos de usar y usar de lo que debemos fruir. Fruir es amar una cosa por amor de sí misma, y usar es amarla no por sí, sino por amor de otra cosa. Aquel es malo que usa del Criador y frue de la criatura. Ama a Dios no por él, sino por res-

[3] Sap. 19.
[4] Ioan. 10, 38.

pecto de otras cosas y por los bienes que de él espera; y ama a la criatura por amor de sí misma. Este tal, prevaricador es de la ley y pervierte la orden del amor. Indigno es de Dios el que ama a sus cosas más que a Dios. El amor tiene su fin, y aquello que es fin último es lo que verdaderamente amamos; y usamos de todos los otros medios no amándolos por sí mismos, sino porque son medios provechosos para alcanzar el último fin que amamos, donde el amor se quieta y descansa. Pues ¿qué mayor injuria puedes hacer, ánima mía, a tu Dios que amar sus dones más que a ese mismo criador tuyo?

Si no amas a Dios por sí mismo, sino por lo que te da y por lo que de él esperas, ¿no prefieres y estimas en más el don que el dador? Injuria hace la esposa a su esposo cuando quiere los joyeles y dádivas del esposo más que a su persona. Bueno es tu Esposo y digno de ser amado por sí mismo.

Muchos aman a otros hombres no por sus riquezas ni favores ni bienes que poseen, pues lo que aman tiene más abundancia de estas cosas que ellos; pero ámanlos por ser buenos y de sabrosa y dulce conversación. Pues ¿por qué, Señor, no haré yo contigo lo que hace un hombre con otro hombre, amándote por quien tú eres, sin buscar mi propio interese? Amote cuanto puedo y con todo lo que es a mí posible; y con todo esto, estoy descontento por lo poco que te amo, porque quisiera tener potencia infinita para amarte infinitamente.

Si por caso imposible pudiese estar en la gloria gozando de la vista de tu divina esencia teniéndote ofendido, o arder en el infierno, sufriendo todas las penas que padecen los dañados, estando bien contigo, más quiero ser atormentado en lo profundo del infierno teniendo tu divina gracia, que gozar de tu gloria con tu ofensa. Mi gloria es tenerte contento, y mi infierno, estar tú de mí ofendido.

Concédeme, Señor, tu gracia y haz de mí lo que quisieres. Dame tu santo amor y ordena de mí a tu voluntad, la cual, si es que yo padezca todos los tormentos del infierno, en él estaré como en el paraíso, pues te sirvo en ello y hago tu voluntad. Si aborrezco aquel malaventurado lugar, no es tanto por la pena que recelo como porque sé que los que allí moran son enemigos tuyos; y si amo la bienaventuranza eterna y gloria celestial, no la quiero tanto por mi regalo y deleite como porque sé que los que allí te gozan son tus amigos y están seguros y muy ciertos que nunca te ofenderán. Esto solo desea mi alma, que es nunca ofenderte y perseverar siempre en tu santo amor.

Asegúrame de tu amistad y corta por do quisieres, porque a mí basta tenerte conmigo para nunca ser triste ni

recebir enojo por cosa que me suceda. A ti solo quiero, a ti solo amo, a mí muy bueno es llegarme a ti, y sólo esto me basta. ¡Oh cuán suave es, Señor, tu espíritu, cuán dulce tu conversación y cuán digno eres de ser amado por ti mismo!

Siervo es y muy vil mercenario el que busca otra cosa sino a ti. ¿Tan poca cosa eres tú, siendo sumo bien y bondad infinita, que no mereces ser amado por ti, sino sólo por lo que tienes y nos puedes dar? ¿De manera, Señor, que, si no tuvieses qué darnos, no serías amado de nosotros? ¡Oh cuánta injuria te hace el que te sirve y guarda tus mandamientos no tanto por amor de ti ni porque tú lo mandas como por su particular provecho!

En el Deuteronomio, después que dijo Moisén que te amásemos, añadió, diciendo: *Has de amar a tu Dios así como él te lo manda* [1]. En esto nos dió a entender que la causa y razón principal porque te debemos amar es porque tú lo mandas y quieres. No sólo por los bienes que de ti esperamos, no porque amenazas con tormentos a los que no te aman, sino, más principalmente, porque tú lo mandas; y pues tu voluntad es que te amemos, por sólo esto te debemos amar.

El que dice que te ama y guarda los diez mandamientos de tu ley solamente o más principalmente porque le des la gloria, téngase por despedido de ella. No es guiado este tal por tu santo amor, pero es llevado del amor proprio. Y a sí mismo se busca en lo que hace.

Si un hijo dijese a su padre que le obedece y hace todo lo que le manda no porque es su padre ni por amor que le tiene, sino solamente por heredarle, ¿no merecía que el padre desheredase al tal hijo? ¿No lo lanzara de su casa y mejorara al hijo que le ama y le sirve sin interese? ¿Para quién quiere el padre su hacienda sino para el hijo que le tiene amor? ¿Para quién quieres tú, mi Dios, la gloria sino para los que te aman? Tu Apóstol dice: *No vió ojo, ni oyó oreja, ni llegó a corazón de hombre lo que tiene Dios aparejado para los que le aman* [2]. La vida eterna es para los que te aman, y desheredado será de ella el que, no amando a Dios, busca a Dios no por Dios, sino por sola su gloria. Para los que te aman tienes, Señor, guardada tu bienaventuranza, y los hijos que te sirven por amor entrarán en ella.

El que a ti solo busca, hallarte ha y terná contigo todos los bienes. A ti solo amo y quiero y tú solo eres el premio de mis trabajos, según aquello que dijiste al patriarca Abraham: *Yo soy tu galardón grande y copioso* [3]. Tú eres

[1] Deut. 5, 32.
[2] I Cor. 2, 9.
[3] Gen. 12, 15.

aquel galardón muy abundante y grueso del cual, hablando contigo, dijo David en el Salmo: *Incliné mi corazón para hacer tus justificaciones por amor del galardón* [4].

De balde debes amar, ánima mía, al que de balde te compró, dando el precio de tu redención, sin que merecieses ser redemida. No quieras fuera de él otra cosa, pues él solo basta para ti. Por avarienta que seas, te debes contentar con sólo él. Aunque tu avaricia quiera poseer el cielo y la tierra, más es aquel que hizo el cielo y la tierra. En él solo ternás todo cuanto puedes desear y todo lo que puedes pretender.

Perdona, Señor, a tu pueblo—dijo Moisén a Dios—o *quítame del libro de la vida* [5]. No quería Moisén ser apartado del amor de Dios; pero tanto amaba a Dios y a los prójimos, que por amor de ellos quería ser privado de la gloria, que era su propio provecho e interese, contentándose con sólo el amor de Dios.

MEDITACION IV

Que Dios ha de ser amado por ser sumamente bueno

Si el objeto de nuestra voluntad es el bien verdadero o bien aparente, ¡oh sumo bien y bondad infinita de mi Dios!, ¿por qué no te amará mi corazón sobre todas las cosas, siendo sumamente bueno y la misma bondad?

Es imposible amar el hombre alguna cosa si no fuere verdaderamente buena o so color y razón de algún bien. Cuando ama lo malo, no lo quiere en cuanto malo, sino porque viene el mal cubierto con algún bien, del cual cebándose la voluntad es llevada engañosamente a querer lo malo, el cual nunca sería amado de nuestra voluntad si viniese descubierto.

Representa el mundo a la voluntad bienes aparentes, como son deleites, honras, provechos temporales y otras cosas semejantes; debajo de los cuales bienes, transitorios y falsos, viene escondida la muerte de la culpa con las abominaciones de los vicios y pecados. Estos engaños recibes tú, ánima mía, cuando, aficionándote a estas vanidades exteriores, compras, a costa de perder tu libertad, los eternos y perdurables tormentos. No sé qué prevaricación y

---

4 Ps. 118, 112.
5 Ex. 32, 32-33.

maldad es ésta, pues siendo tan natural a ti el amar lo bueno como al fuego el quemar, dejas a tu Dios, que es sumamente bueno y un acto puro de bondad, por una bondad tan superficial como es la bondad que resplandece en la criatura. La bondad de la criatura no es sino una pequeña gota que mana de aquel piélago infinito y profundo abismo sin suelo de la bondad inefable del Criador.

Pues ¿por qué dejas la existencia por la apariencia, lo vivo por lo dibujado y lo que es verdaderamente bueno por una sombra de bien? Debajo de esta pequeña bondad que ves en las criaturas, la cual recibieron emprestada de la suma bondad del Criador, están muchas imperficiones escondidas; pero la bondad del Señor es propria suya, sin mezcla de alguna imperfición. ¿Pues qué malignidad es la tuya, que, dejando al que es substancialmente bueno, y esencialmente bueno, y tan digno de ser amado por ser la misma bondad, te vas tras un poco de bien momentáneo que cubre muchas faltas y defectos dignos de aborrecimiento? *Ninguno es bueno sino sólo Dios* [1]—dice la Escritura—, porque sólo él es substancialmente bueno, y su bondad es natural a él y propria de su esencia; mas la bondad de la criatura es adquirida, comunicada, emprestada y muy superficial, y no es buena de sí misma, sino por participación, que es por la bondad que recibió de Dios.

A ti, mi Dios, que eres origen y manantial de donde proceden todas las bondades que amo en la tierra, ame mi corazón sobre todas las cosas, pues según su naturaleza no puede ser llevado sino de lo bueno, ni captivo sino del bien verdadero o aparente. A ti, Señor, que eres sumo bien y verdadera bondad, debo yo amar, pues eres todo bueno y centro de mi alma y eres fin de mis deseos, descanso de mi corazón y cumplimiento de mi voluntad. Tú eres esencialmente bueno, y toda otra bondad es cosa muy accesoria y indigna de emplear en ella mi amor.

Mandaste a tu siervo Moisén que hiciese un propiciatorio, que era una tabla ancha y grande de oro puro y macizo sin pintura alguna, la cual estaba encima del arca del testamento entre dos querubines que la miraban de donde dabas tus respuestas. Si, como dice tu santo Apóstol, todas las ceremonias de aquella ley eran figuras de la ley de gracia, ¿qué representa aquella tabla de oro puro y macizo sino tu bondad pura, sólida, substancial y verdadera? Es en nosotros la bondad como oropel que asienta sobre muchos defectos y flaquezas, pero en ti es toda oro fino, por ser tú esencialmente todo bueno. La pintura es cosa muy accidental y exterior, y por eso mandabas que esta tabla

[1] Matth. 19, 17.

no se pintase, porque en ti no hay cosa accidental, ni es accidente la bondad, que te conviene por tu propria naturaleza. Era grande y ancha porque tu grande bondad extendiese a los extraños y a los infieles y enemigos.

Nace el sol para los buenos y malos y envías el agua sobre los justos y injustos. No desechaste al ladrón que te llamó en la cruz, no despreciaste a la mujer pecadora que te buscó en casa del fariseo, no te escondiste de la adúltera que te presentaron en el templo y no te desdeñabas de recebir a los pecadores y comer con ellos, no obstante las murmuraciones de los fariseos. No eras aceptador de persona, ni llegó a ti algún pecador, por grande que fuese, que no hallase esas entrañas de amor para su remedio abiertas. Aquellos, Señor, se quejen de ti y de tu soberana bondad que, buscándote en sus tribulaciones y trabajos, no hallaron en ti blando y benigno padre para socorrerlos y ayudarlos. ¡Oh cuán ancha y extendida es esta tu bondad, clementísimo Señor, pues abrazas al padre y al esclavo, y siervo vil y miserable y mezquino pecador, así como al grande poderoso y rico y como al que está muy adelante en tu servicio!

Dos querubines estaban mirando y contemplando el propiciatorio porque se entienda que solas dos naturalezas, angélica y humana, te conocen y solos los ángeles y los hombres tienen noticia de tu bondad infinita. Tenían tendidas sus alas porque en la consideración y contemplación de tu bondad encendiesen nuestros deseos, y extiende el alma sus afectos, volando con sus santos ejercicios y fervientes suspiros, amando la voluntad sobre todas las cosas a lo que conoce el entendimiento ser digno de ser amado más que todas ellas. Porque todo lo que se ve, se ve en la luz, por amor de lo cual es la luz más visible, así como porque todo lo que se entiende, por razón de la verdad se entiende, y por eso la misma verdad es más inteligible. Así, todo lo que se ama es amado por razón de algún bien que tiene; luego el mismo bien es más digno de ser amado; pues como tú, Señor, seas el mismo bien, por razón de tu bondad eres merecedor de ser sumamente amado. Amarte he, Señor, fortaleza mía, firmamento mío, refugio mío y librador mío. Más eres en ti mismo que en cuanto has hecho por nosotros; y así es justo que te ame mi corazón por tu bondad infinita y aún más que por lo que por mí hiciste. Debes, pues, ánima mía, sumirte en aquel piélago infinito de la bondad de tu Dios y entrar en el profundo abismo del sumo bien de tu Criador.

Arda mi corazón en ese horno de fuego de caridad inmensa de ti, mi Dios, y abrásense mis entrañas encendidas en el amor de tu eterna y soberana bondad. Amarte he,

Dios mío, bien infinito, inefable bondad y amor sin término ni medida, todo cuanto puedo y sobre todas las cosas, pues eres sumo bien y la fuente de donde manan los bienes que tienen todas las otras cosas.

MEDITACION V

QUE DIOS HA DE SER AMADO POR SER SUMAMENTE HERMOSO

Si la hermosura tanto poder tiene para robar las voluntades, ¡oh corazón mío!, ¿por qué no te captivas de aquella hermosura inmensa de tu Criador? ¡Oh fuente de toda hermosura, de la cual todas las otras hermosuras proceden! ¿Por qué no soy todo llevado de la grande perfición de tan extremada y soberana lindeza?

La hermosura de las criaturas pequeña es, transitoria, momentánea y perecedera. Hoy es fresca como la flor del campo y mañana está marchita. La hermosura de la criatura falta y deja de ser al mejor tiempo, pero la hermosura del Criador para siempre persevera y está con él. Toda hermosura, comparada con la hermosura del Señor, es fealdad muy grande. ¿Pues por qué, ánima mía, te detienes en el amor de la fealdad de la criatura engañosa, cubierta con una falsa aparencia de hermosura, y dejas a la misma hermosura de tu Dios? Más ventaja hace la hermosura del Criador a la de la criatura que el cuerpo a la sombra. Pues tanto te convida la sombra a que la ames, ¿por qué no te captiva la luz a que la quieras? Si tanta admiración te causan las labores que no pudieron ser recebidas con la perfición que tenían en el dechado por la torpeza del sujeto donde fueron labradas, ¿cómo no quedas fuera de ti contemplando la hermosura y perfición que tenían en el dechado de donde se sacaron? ¿Qué hombre habrá en el mundo que, aficionándose a una figura muy hermosa sacada al natural de una persona, no se aficione mucho más a la misma persona? Pues si todas las criaturas son dibujos de la mano de ti, mi Dios, y el hombre es imagen y semejanza tuya, ¿por qué, Señor, no me aficionaré más a ti que a tu imagen y dibujo? Y si yo amo con tanto cuidado las cosas que, comparadas a la nobleza de mi ánima, gran parte del bien que tienen es ser codiciadas de mí, ¿por qué no amaré aquel sin el cual no hay bien alguno y que crió estas cosas por amor de mí?

Será mi corazón captivo de la hermosura infinita de mi

Dios. ¡Oh hermosura tan antigua y tan nueva, cuán tarde te conocí y cuán tarde te amé! ¿Por ventura no eres tú, Señor, aquel de quien dice el Salmista que eres hermoso entre los hijos de los hombres? De ti dice la esposa que *eres blanco y colorado, escogido entre millares*[1]. Y si en este destierro no veo la hermosura de tu divina majestad así como eres hermoso en el cielo, por los efectos vengo en conocimiento de la causa, y por la hermosura de los cielos, planetas, árboles, flores y variedad de muy vivas colores de las cosas que tus divinas manos fabricaron conozco, mi Dios y Señor, ser abismo infinito de hermosuras la hermosura de donde estas hermosuras tienen su origen.

Pues si aquí en alguna manera venimos en noticia de tu divina hermosura, que es principio y causa de todo lo hermoso, ¿por qué el conocimiento de mi juicio y razón no me arrebata con impetuoso aceleramiento y me lleva al amor de tanta perfición y hermosura?

Captivaron los trajes de la hermosa Judit al príncipe Holofernes, y la hermosura de Ester convertió en blandura el pecho airado del rey Asuero, y la hermosura del árbol de la vida hizo a Eva que se olvidase de ti y del precepto que le pusiste. ¿Pues cómo no me olvidaré yo de mí mismo y de todas las cosas del mundo por amor de esa hermosura infinita, pues una hermosura tan temporal como la de aquel árbol hizo a nuestra primera madre que te pusiese en olvido? Vanidad dice la Escritura que es esta hermosura temporal, por burlar tan presto al que la ama. Mas aquella hermosura eterna que es propria de ti, mi Dios, durará en tanto que tú durares, que será para siempre sin fin

Recreábase Jonás debajo de la verdura de la yedra verde, la cual, roída del gusano, secóse luego. Aneja es la sequedad y fea corrupción a toda hermosura corporal, cual es la de la criatura. ¿Pues a quién ha de acudir mi ánima y en quién ha de emplear mi corazón su amor, sino en esa perpetua e infinita hermosura que nunca se acaba ni se seca? Si por ser corto de vista en esta vida transitoria no veo tu hermosura con los ojos corporales, basta que con los antojos de la fe la alcance a conocer, en cuya consideración mi ánima y mis potencias son transformadas en ti y llevadas al amor de tu inefable hermosura. Grande es el poder que tiene la hermosura corporal para cebar los ojos y llevar tras ellos el corazón, y mayor es la torpeza y pesadumbre del que puede acabar consigo de volver el corazón a alguna hermosura corporal teniendo presente a una hermosura tan sin medida como la de ti, mi Dios, que hace fuerza a las criaturas insensibles a seguirla.

---

[1] Cant. 5, 10.

MEDITACION VI

Cómo ha de ser mi Dios amado

Si quieres, ánima mía, saber el modo que has de tener en amar a tu Dios, es sin modo. Cuando mandó amar al prójimo, puso tasa, diciendo que lo amases como a ti y no más que a ti; pero mandando que amases a su divina majestad, no puso límites, mas antes dijo absolutamente que le amases, porque Dios ha de ser amado todo cuanto pudieres amarle. Eres, Señor, tan bueno, que por mucho que la criatura te ame, nunca te amará cuanto mereces ser amado, y, por tanto, la medida con que te ha de amar es amarte sin medida. Así, dice la Escritura: *Glorificad a Dios cuanto podéis, porque mayor es que toda alabanza* [1].

Ama, pues, ánima mía, a tu Dios cuanto él es amable y eso te baste. ¿Por qué te maravillas de esto que te digo? ¿Por ventura no sabes que la Escritura nos lo manda loar según la muchedumbre de su grandeza, conviene a saber, como él es loable? Dirásme que ninguno lo puede así amar sino él mismo, ni loarle tampoco, porque él mismo se iguala a sí amándose, cuyo amor es infinito, como lo es también la grandeza. Bien dices; pero si no puedes bastar a loarle, no ceses de loarle, y si no puedes amar como debes, ama cuanto puedes, porque no tienes por qué temer hacer exceso ni demasía en el amor donde la facultad y poderío es vencido de la gloria y excelencia del amor, y el poderío del amor y la facundia del que alaba es vencida de la virtud y merecimiento del alabado.

Arden aquellos serafines y enciéndense las virtudes angélicas en el amor de él, como está escrito: *El que hace a sus espíritus ángeles, y a sus siervos, fuego quemante* [2]. No cesan jamás de aquel ardor, porque nunca les parece que han ardido harto. ¿Y qué es todo el amor de aquí comparado con el ardor y fuego de aquellos espíritus angélicos y ánimas bienaventuradas? Todo nuestro amor es grande tibieza si se compara con la flagrancia y encendimiento de ellos.

Amote, pues, Dios mío y mi Señor, sin manera y sin medida, porque así nos amaste; y tú, que hiciste todas las

---

[1] Eccl. 43, 33.
[2] Ps. 103, 4.

cosas en peso, cuenta y medida, en amar no tuviste modo ni medida. En esto solo excediste, Dios nuestro, y pasaste el modo, y excediendo sobre manera y excediendo sobre toda razón y entendimiento; y guardando en todas las cosas desde el principio manera, en amarnos no quisiste tener modo ni manera, mas sobre manera fué excesivo y demasiado.

Perdona, Señor, te suplico, perdona a tu siervo, que habla de ti con gozo y osadía grande, porque demasiado y muy demasiado fuiste en amarnos, Dios nuestro. ¿No es por ventura demasiado que esté el Hijo de Dios colgado en la cruz por un vil gusanillo? ¿No es exceso grande que muera el criador porque viva la criatura? ¿No es extraño y excesivo caso de amor perder la vida el hacedor por la obra que hizo, y el inocente por el culpado, y el justo por el pecador? Si ésta es medida, Señor, cerca de vuestra sabiduría es medida; porque cerca de todo entendimiento criado, exceso es éste, y muy grande exceso y demasiado grande. No temeré de decir lo que el evangelista dijo que hablaban Moisén y Elías en la transfiguración de tu pasión sagrada, a la cual San Lucas llamó *exceso*. Naturalmente, ponemos la mano y el brazo a peligro por defender la cabeza, que es miembro más principal; pero exceso fué de grande amor que tú, mi Dios y Señor, siendo nuestra cabeza, te pusieses a peligro de muerte y murieses en la cruz por amparar a nosotros, miembros tuyos. También tu santo apóstol, lleno de espíritu, no temió decir que fué demasiada aquella caridad con que nos amaste, y de tal manera, que siendo hijo de Dios, te diste por unos viles y despreciados esclavos. ¡Oh verdaderamente excesiva y muy grande caridad, y que traspasa los términos de toda caridad!

A la obra de nuestra redención, *copiosa redención* [3] la llamó el profeta, pero más propiamente la llamó el Apóstol *excesiva y demasiada* [4]. Excesiva fué tu caridad, pues pagaste en tu pasión por nosotros más de lo que debíamos. Excesiva satisfación, pues bastando para nuestra satisfación una gota de tu sangre, por razón de la infinidad del supuesto, la diste toda, mostrando el excesivo amor que nos tenías. Así tengo yo de amar a ti, mi Dios, tan excesivamente, y tan de veras, y tan de propósito, que no haya término ni medida en mi amor. Saldré de mí mismo, y saldré fuera de mí amándote sin estar en mí, embriagado de este tu santo amor y enajenado de mí; porque si el amor es verdadero, ha de sacar al hombre de sus casillas y fue-

[3] Ps. 129, 7.
[4] Eph. 3, 20.

ra de sí, porque el amor suspende y hace éxtasis. Por amor de esto, en los Cantares, ponderando el esposo el amor de la esposa, lo compara al vino, por la propriedad que tiene el vino de enajenar de sí al que mucho bebe de él, y la esposa le dice: *Metióme el rey en su botillería* [5]; y porque hablaba de la caridad, tratando de este vino, añadió luego, diciendo: *y inclinó mi voluntad a diversos grados de caridad.* Herida podrá salir el alma en el perdón y sufrimiento de las injurias, mas considerando el ejercicio en que se ejercitó tu amor, ya es muy fácil y muy amable. ¡Oh mi Dios y bien infinito, quién tuviese la sabiduría de los ángeles para declarar este tu pensamiento acerca de nosotros! Cierto soy que quien fuese de esto bien enseñado sería de tu divina majestad y de tu bondad perfectamente enamorado. Tu amor pusiste en la cruz y en hiel y vinagre, y el nuestro, en panales de miel. ¡Oh qué dura ley la de tu amor, mi Dios, acerca de nosotros y cuán dulce y fácil la nuestra acerca de ti, pues hasta en el morir no cumpliste la ley de vuestro amor, y hasta vivir en vuestro reino y gloria no podemos cumplir como deseamos la ley de nuestro amor! Pero en cuanto puedo y fuera a mí posible, amarte he en esta vida más que a mis cosas y más que a mí mismo. Por amor de esto, preguntastes a tu apóstol San Pedro si te amaba más que a los otros, porque quieres ser de nosotros amado más que a todas las otras cosas, y sobre todas ellas, y sin término, y sin medida. Todas las otras virtudes tienen medida y tasa, mas sola la virtud del amor y de la caridad no la tiene.

MEDITACION VII

Cómo Dios solamente ha de ser amado

Los pies del ánima son el amor, y del amor soy llevado dondequiera que voy. Y como este nuestro cuerpo tiene dos pies, con que anda, así el ánima tiene dos amores y afectos que la llevan, que son tu amor santo y divino y el amor de las cosas mundanas.

Después que Jacob luchó con el ángel y fué llamado *varón que ve a Dios* [1], tocóle el ángel en una pierna y quedó cojo de un pie. En conociendo, Señor, mi ánima la

[5] Cant. 2, 4.
[1] Gen. 32, 31.

excelencia de tu bondad y en descubriendo algo de tus divinas perficiones, luego anda cojeando en el amor del mundo y camina derecha por el camino de tu santo amor. ¿Por qué será mi ánima adúltera teniendo esposo tan hermoso y rico y tan digno de ser amado? Seré cojo en el amor del mundo y camino de maldad por andar ligero por las sendas de tu divino amor cuando gustare de tu dulzura, según aquello que dice el profeta hablando contigo: *Corre por el camino de tus mandamientos cuando ensunchares mi corazón* [2]. Extiende las telas del corazón la alegría y gusto del amor, la cual alegría hace que corra con deleite por la guarda de tus mandamientos. La carga del amor del mundo apesga las alas de tu amor para que no vuele a ti, mi Dios, siendo centro de mi ánima. ¿Pues por qué querré yo cargarme con el amor de cosas que impiden el vuelo de mi ánima para su Criador y esposo? Aborreceré de corazón todo lo que es fuera de ti, pues tú solo bastas para mí. Menos te ama, Señor, el que contigo ama otras cosas si por ti no las ama. Partido tiene el amor y dividido está el corazón del que no contento con tu solo amor ama, y no por ti, las criaturas. Maravillosa cosa es que, siendo el hombre quien es, te contentes tú, mi Dios, con sólo él, y siendo tú quien eres, no se contente el hombre solamente contigo, sino que quiere amar contigo otras cosas, y no por ti, como si tú solo no bastases para él.

¿Cómo, Señor, Dios mío y todo mi bien, tan poca cosa eres tú que no bastas por mí? ¡Oh centro de mi corazón y esposo de mi alma! ¿Y qué quise yo en el cielo ni en la tierra sino a ti? Si tú eres el mismo bien y contienes en grado eminente todos los bienes, ¿por qué anda mi ánima buscando bienes en las miserables criaturas y deja a ti, fuente de todos los bienes? ¿Por qué anda mi corazón rastreando por el amor de las criaturas, habiéndome la experiencia enseñado que no me quietan ni hallo en ellas verdadero descanso? Cuando no son poseídas son codiciadas, y aborrecidas en habiéndolas. Ellas me dicen que ame solamente a ti. Téngolas en mucho precio antes que las alcance, y después de alcanzadas son estimadas en nada. Antes de alcanzadas tenían este bien, que era por su ausencia poder mover mi deseo con apariencia de bien, más vano que verdadero. Pero después de poseídas cesa el deseo, y cesando el deseo, se descubre su puro valor, y así son tenidas en poco.

Cuanto la criatura es más poseída, es más conocida, y cuando está ausente, es ignorada. Poseyéndose, se comunica, y comunicándose, manifiesta los defectos que antes

---

[2] Ps. 138, 32.

no eran conocidos, y así, la voluntad la tiene en menos que antes. Mucho amaba Amón a su hermana Tamar, y tanto, que estaba enfermo por el grande amor que le tenía; pero después que alcanzó lo que deseaba fué mayor el aborrecimiento que le tuvo que el amor que primero le había tenido.

Dan luego en rostro los bienes de la tierra, y en comenzando a hacerlos, nos están zahiriendo con sus imperficiones y defectos. Pues si tú, mi Dios, cuanto eres más amado y poseído, descubres más las riquezas de tu bondad y tus infinitas perficiones, ¿para qué quiero yo tejer, contra el mandamiento de la ley, vestidura de lana y lino, mezclando el amor imperfecto de la criatura con la excelencia de tu santo amor? La criatura, si me favoresce en algo, no quiere en todo, y si quiere en todo, no puede, y si en todo quiere y puede (lo cual es imposible), no en todo lugar ni en todo tiempo. Pues ¿por qué no terné en más ser amado de quien me puede favorescer en más cosas que yo puedo conocer, ni pensar, ni desear, ni pedir, y esto en todo lugar y tiempo?

¡Oh cuán hechizados nos trae el mundo y nuestra propia carne y cuán sin centella de claro conocimiento, pues dejamos de amar a aquella bondad eterna y admirable hermosura de Dios por abajarnos a cosas tan viles como las criaturas de este mundo! Todas las criaturas me están diciendo: Ama a tu Dios y no a mí. ¿Por qué me amas? ¿Por qué me quieres? Mira que soy tierra y polvo. ¿Qué ves en mí que no sea ajeno? Ama solamente al que de nada nos crió y nos dió todo lo que somos. Guarda, que te engaño, porque falso es todo lo que amas en mí y todo lo que quieres y deseas y te parece bien. Cata que si me amas, yo te mataré y te causaré la muerte. Yo no soy sino para levantar tu corazón, para que ames a tu criador y mío.—Cuanto más hermosa es la criatura y mayor saeta de amor te echa, tanto más te enciende en el amor de tu Señor.

Pues si amas, ánima mía, estas cosas temporales por la hermosura que ves en ellas, mucho más debes amar a ti misma, pues vences en lindeza y perfición a todo lo terreno. Si vieses la hermosura de tu rostro, conocerías claramente cuán digna eres de reprehensión, pues piensas que hay alguna cosa fuera de ti digna de tu amor. Pues si el amor no puede ser solitario y saliendo fuera de sí ha de amar a otro, ¿a quién has de amar sino a tu refugio y amparo, que es tu Dios, pues todo lo corporal es menos que tú?

Injuria hace a sí mismo el que pone su amor en las cosas que no son dignas de él. Conviene que cada uno con-

sidere a sí mismo, y después que conociere su dignidad, no ame las cosas que son menos que él, por no hacer injuria a su amor. Porque las cosas que son hermosas consideradas por sí, son despreciadas comparándolas con otras más hermosas. Y como es locura juntar las cosas feas con las hermosas, así es cosa indecente igualar las cosas que no tienen sino una baja imagen de hermosura con las que son perfectas y acabadas en hermosura. Si no quieres, ánima mía, tener amor solitario, no quieras tenerle vil y apocado. Si quieres único amor, quiere al únicamente amado. Sabes que el amor es fuego, y que el fuego busca materia donde arda; pues guárdate que no ames cosas que te sirvan de humo. Mira tu hermosura, y entenderás qué hermosura debes amar. Todo el mundo te está sujeto, y tú no digo a todo el mundo, sino no sé qué partecilla del mundo que en su especie no es hermosa, ni en el bien necesaria, ni en la cuantidad grande, ni en la bondad muy buena, no te desdeñas de admitir en tu amor. Si estas cosas amas, ámalas como beneficios de tu Dios y con tal condición, poniendo todo tu amor en tu criador y suyo. No ames más los dones que te da que el afecto del amante. Mayor injuria haces a su caridad si, recibiendo sus dones, no le pagas el amor en la misma moneda, amando a quien te ama. Desecha sus dones si puedes, y si éstos no puedes despreciar, págale con el mismo amor. Indigna eres del amor de tu Dios si pones tu amor en estas cosas temporales. Ama a él y ama a ti por amor de él; ama sus dones por él, ámale porque goces de él y ama a ti porque seas de él amada.

MEDITACION VIII

Cómo Dios ha de ser amado por ser centro de nuestra alma

Todas las cosas naturalmente apetecen su centro y desean su perfición y fin, y en él descansan y se quietan. La piedra apetece su centro natural, y por eso deciende; los ríos corren para el mar, de donde salieron, y así, con grande ímpetu se mueven por llegar a su proprio lugar. El fuego sube con ligereza a su esfera, y no para hasta llegar a su último fin. ¡Oh criador de nuestras ánimas! ¿Y quién eres tú, mi Dios, sino fin y centro de ellas? Críastenos por amor de ti, y está inquieto nuestro corazón hasta llegar a

ti. Como la piedra es inclinada a bajar al centro, así mi ánima desea el sumo bien, que eres tú, mi Dios; y como está violentada la piedra fuera de su centro, lo cual se muestra, pues en quitándole el impedimento que la estorba, luego baja abajo, así mi ánima nunca está quieta ni sosegada hasta llegar a ti. No se quieta mi ánima en las riquezas, no en las honras ni en los deleites, sino solamente en ti, mi Dios, verdadero descanso y reposo de mi corazón.

Esto consideraba el Sabio cuando dijo: *Vanidad de vanidades y todo es vanidad* [1]. Vano es todo lo que no ocupa lugar y vanas son todas estas cosas terrenales, pues no hinchen la capacidad del alma, ni cumplen sus deseos, ni son parte para satisfacer a sus apetitos. Pues si todas las cosas naturalmente caminan para su fin, y tú, Señor, eres el fin del hombre y el más perfecto de todas las cosas, con mayor ímpetu y aceleramiento es justo que caminemos nosotros para ti de lo que las otras cosas naturales caminan para su centro y para sus fines particulares; y porque los pies con que se llega mi ánima a ti son sus afectos, necesaria cosa es que yo ame a ti, mi Dios, porque llegue a mi centro. A este reposo y quietud nos llamas, Señor, cuando dices en tu santo Evangelio: *Venid a mí todos los que trabajáis y andáis cargados, porque yo os recrearé* [2]. Andáis inquietos y desasosegados sirviendo al mundo y a vuestras pasiones; venid a mí y estaréis en vuestra esfera, gozando de quietud y reposo.

Quiebra, pues, ánima mía, muy de veras con el mundo, y dejando sus pesadas cargas, vuelve a tu descanso; porque muy claro está, si quieres abrir los ojos, que la fuerza del amor te llevará a tu Señor, como a tu proprio centro. Bien ves que no tienes descanso fuera de él, por lo cual, cuando para él fueres, entonces descansarás y dirás con el profeta: *En paz, en él mismo dormiré y descansaré* [3]; y si quieres consultar a la experiencia que tienes, ella te dice que en ninguna cosa descansa tu amor sino en Dios, porque todas las otras cosas te lanzan de sí y te envían a tu centro. ¿No ves a la clara que si alguna cosa, fuera de Dios, amas por sí misma, en el tal amor hay desasosiego grande, y amargura, y mortales congojas? ¡Oh cuán desabrida, oh cuán amarga y cuán congojosa es toda criatura si por sí es amada! ¡Cuántas tragedias y cuán flébiles y lamentables casos nos contarían de esto los locos amantes si se lo quisiésemos preguntar! Nunca ellos acabarían de decirlo y nosotros de oírlo. Toda criatura te lan-

[1] Eccl. 1, 2.
[2] Matth. 11, 28.
[3] Ps. 4, 9.

za de sí con ignominia y te abofetea para que, apartándote de ella, procures de llegarte a tu Criador, como si baldonándole te dijese: —¿Para qué te llegas a mí, miserable? ¿Para qué me quieres, ánima mezquina? No soy yo el bien que tú buscas, ya que quieres amar. Vete a donde vas, pasa adelante, y no dejes el camino verdadero y real que te lleva a tu Dios.—Y tú, aun con todo esto, ciega, loca y desatinada, no te curas sino de abrazar a la que no te quiere, a la que de continuo te echa de sí; y vituperio procuras de detenerla contra su voluntad y sigues a la que huye de ti y te es dada en servicio. Aun ella, no queriendo, la pones en señorío, tanta es tu locura y vanidad. Mas ni estos abrazos te durarán mucho, porque luego se te volverán en amargura y muy presto te hartarás, y aborrecerás lo que con tanto deseo y con tanto trabajo buscaste, y buscarás luego otra cosa; y así andarás mezquina, no pudiéndote contentar criatura alguna alderredor, como está escrito: *La cabeza de ellos es el circuito de ellos* [4]. Y en otro lugar dice: *Alderredor andan los malos* [5]. Por lo cual vuélvete a Dios, como a verdadero centro tuyo, y no sean parte las vanidades del mundo y estiércol de la tierra para impedirte. Un peñasco movido de su lugar y cayendo de lo alto, cosa espantosa es ver con qué ímpetu cae, y con qué estruendo corre abajo, y con qué presteza y ligereza se da priesa para llegar al lugar a él conveniente y donde puede descansar, y todas las cosas que se le ponen delante las desmenuza, y quebranta, y deshace; para que, finalmente, pueda llegar a donde va. Así te debes dar, ánima mía, a tu Dios y criador, que no sea poca tu vergüenza y confusión cuando te vieres vencida de una piedra, que con mayor ímpetu ella se vaya a su centro que tú te vayas al tuyo. Desecha, pues, derrueca y destruye todo lo que se te pone delante y te impide que no vayas a tu Dios. Quebrántalo y pasa como está escrito: *Traspasaré el muro en mi Dios* [6]. Porque así como por algún liviano viento de soberbia o envidia, o por algún impedimento de codicia de cualquier cosa mundana que sea, eres detenida y estorbada, bien puedes conocer de cuán poco peso eres y cuán semejante a las pajas livianas, a las cuales el viento, por su poco peso detiene su bajada y las suspende en el aire. Mas a las peñas que caen, ¿quién las tendrá, quién las impedirá? Así, ni más ni menos, a los virtuosos, todo el mundo no puede impedir ni apartar de su Dios.

Mira a San Pablo, peña apostólica y de grande peso, con qué ímpetu se iba hacia su Dios, al cual ninguna cosa

[4] Ps. 139, 10; 11, 9.
[5] Ps. 11, 9.
[6] Ps. 17, 30.

puede estorbar que no vaya a su centro. *¿Quién nos apartará* (dice él) *de la caridad de Dios? ¿La tribulación por ventura, o la angustia, o la hambre, o la desnudez, o el peligro, o la persecución del cuchillo? Cierto soy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni lo alto, ni lo bajo, ni otra criatura alguna nos podrá apartar de la caridad de Dios, que es en Jesucristo, Señor nuestro* [7]. ¡Oh peso grande, excelente y admirable de tan santa ánima como la de aquel divino apóstol! ¡Oh poderosísima peña, que con su peso y grandeza destrozaba y deshacía todos los impedimentos, porque no le pudiesen estorbar que no fuese a do quería y deseaba! Por angustias y por muchos trabajos, por hambre y por sed, por fríos y calores, por cuchillos, por infamias y por todas las cosas espantosas y terribles, con grandísima velocidad se daba priesa por ir y llegar a su centro, cuya voluntad en alguna manera se había vuelto en naturaleza.

La piedra, con natural ímpetu se va al centro, mas el ánima no así, sino con ímpetu voluntario y libre. Pues esta facultad que te ha dado tu Dios renúnciala, ánima mía, y vuelve la libertad en naturaleza, para que con todo tu poder y con toda tu fuerza llegues a donde vas. Esto es lo que te manda Dios cuando te dice *que le ames de todo tu corazón, y de toda tu ánima, y de toda tu mente, y de todas tus fuerzas, y de toda tu fortaleza* [8]; conviene a saber, que le ames según lo último de tu potencia, como la naturaleza.

MEDITACION IX

CÓMO EL AMOR NOS LLEVA A DIOS, COMO A NUESTRO CENTRO

Muy claro está, Señor, y muy averiguado que así como el bien de los hombres eres tú, así toda la fuerza del amor naturalmente inclina a ese mismo hombre y le lleva a ti, como a su principio y centro, aunque muchas veces desordenadamente sea llevado a otras cosas, contra su valor y honra. Porque así como la naturaleza siempre endereza a una cosa, así también toda nuestra voluntad nos lleva a una cosa, aunque por el libre albedrío sea capaz de muchas

[7] Rom. 8, 35.
[8] Matth. 22, 37.

y por su querer se pueda volver a do quisiere. Porque en la voluntad no hay necesidad, como la hay en la naturaleza, y pluguiese a ti, mi Dios, que la hubiese y un atamiento necesario, y de manera que aunque no quisiésemos, no pudiésemos hacer otra cosa y nos ayuntásemos contigo, como después de esta vida, por tu grande misericordia, seremos a ti ayuntados. ¡Ay de mí, que veo en los hombres un grande milagro, y muy mal milagro y digno de ser lamentado! ¿No ternías, por ventura, a muy grande milagro si vieses a un grande peñasco colgado en el aire y que lo tenía una pluma, y ver un río caudaloso que corriendo con grande ímpetu fuese bastante un papel para detenerle? ¿Quién viendo tal cosa no se santiguaría? ¿Quién no se maravillaría y espantaría? Pues ¿cómo no me maravillo yo en ver hombres que bastan cosas muy pequeñas que los detengan para que no lleguen a ti, mi Dios? Extraño caso es que un hombre que naturalmente tiene un peso gravísimo que lo lleva a ti, mi Dios, que lo detengan cosas tan livianas como las de la tierra. Peregrinos somos en este mundo, y así nos llaman las divinas letras, y caminamos a ti, Señor, como a propria tierra nuestra y naturaleza de nuestras almas, *en quien nos movemos*, como dice el Apóstol, *y vivimos, y somos* [1]; y siempre que pecamos, nos detenemos en el camino y paramos en él, y lo que es grande maravilla, y tanta que pone admiración, es que cosas tan livianas nos detienen. Mi amor es mi peso, y del amor soy llevado dondequiera que voy. A donde acuesta mi amor, allí va mi ánima, y así como diste, Señor, a la piedra el peso para que bajase al centro, que es su lugar natural, así diste a nuestra ánima un peso, que es un deseo del sumo bien, para que con ese peso llegase más ligeramente a ti. Pues si esto es así, ¡oh mi buen Dios!, ¿y cómo puede ser que toda ánima por ti criada no se vaya a gran priesa hacia ti? Pero vémosla que suspensa y colgada de un poco de viento es privada de todo bien, y se ríe, y huelga, y descansa.

¿Cómo es posible que alguna criatura capaz de vos no se vaya hacia vos cuanto pudiere, centro infinito y infinitamente bueno y, por consiguiente, infinitamente atractivo? ¿Qué cosa puede detener a una criatura capaz de tanto bien? ¡Oh gran peso el del pecado, el cual, puesto sobre las cervices de los hombres animales, las apesga y hace sentar en lo bajo porque no suban a su esfera, para la cual son criados!

Verdaderamente, más milagro es a las ánimas no subirse a su Dios por amor que a las peñas estarse suspensas y

---

[1] Act. 17, 28.

colgadas con un poco de viento para que no bajen a su centro, y más que detener un pliego de papel muy delgado a un impetuoso y caudaloso río para que no corra y vaya al mar. ¿Quién nunca recibiría en paciencia su vida si distinta y claramente conociese de cuánto bien es privado y cuánto bien pierde? ¡Oh ingratísimo velo de mi carne, y de cuánta alegría me privas! ¿Quién me detiene que no te rompa y rasgue con mis propias manos, para que vaya a ver a mi Dios y goce de él y en él descanse? ¡Oh de cuántos placeres y de cuán grande bienaventuranza carezco por ti, y, aun lo que peor es, que conociendo todo esto y viéndolo y sabiendo que es así, te sufro, me río y no lloro ni gimo, como sería razón, días y noches sobre tan grande destierro y tanta ceguedad y miserable desventura mía! ¿De dónde me viene a mí tan mala y tan ingrata paciencia sino porque está el velo puesto en medio y porque esta nube de la carne me impide que la claridad del sol no resplandezca en los ojos de mi ánima? Quita este velamento que impide, y verás con cuán grande ímpetu se irá el alma hacia su centro. Mira las ánimas de los santos, que, suelto ya el velo y libres, con qué priesa y con cuánta ligereza se van para su Dios. ¿Quién las podrá impedir? ¿Quién las podrá detener? ¿Quién las podrá apartar de su lugar? Allí está lleno y perfecto descanso, allí entera hartura de todos los movimientos y deseos del ánima.

Verdaderamente grande es el Señor y loable, y no menos amable, sino tan amable como loable. Aunque esté mi ánima en la ciudad del Señor y en el monte santo suyo, allí está encendida la fuerza del amor donde ninguna interposición de velo impide, y aun ahora, cuanto este velo es delgado y transparente, tanto más se mueve el ánima hacia su Dios y más se esfuerza en ella el ímpetu del amor; como al contrario acaece a muchos, los cuales tienen tan grueso el velo de la carne con la grande abundancia de riquezas y otros bienes temporales, que muy poco y muy despacio y perezosamente se van hacia su centro. Estos tales, muy poquito o nada aman a Dios. Mas los que con vigilias y ayunos y otras abstinencias adelgazan este velo de la carne y le quebrantan, por su transparencia, en alguna manera, aun en esta vida mortal, se les trasluce en los ojos de sus almas aquella luz bienaventurada, según aquello que el Apóstol dice: *Vemos agora por espejo en enigma y escuridad* [2]; y así corren los tales tras el olor de sus ungüentos, y aun algunas veces les acontece que por algunos resquicios y agujeros resplandecen aquellos rayos de la divina lumbre, siquiera por un poco tiempo, en los

[2] I Cor. 13, 12.

ojos de sus ánimas, y se derriten luego en amor y con grande ímpetu son llevados, no ya atraídos, por el olor, sino por la gran hermosura. Mas ¡ay!, que muy poco dura esta radiación y muy presto se pasan tan deleitables rayos. Hieren el ánima y pásanse luego, y como dice Job, *escondió su luz en las manos y mándala que venga otra vez,* y dice de ella a su amigo *que es su posesión y que a ella puede subir*[3]. Mas luego, como entre las manos la enciende, la que por entre los dedos, un poco resplandecía. Porque si con toda su lumbre quisiera resplandecer en lleno, aun a los quicios de los cielos, conviene a saber, a los espíritus celestiales, con su resplandor más cegara que alumbrara, porque serán vencidos de tan grande claridad. Porque ¿quién podrá sufrir la majestad divina, si ella no se templare? De esta manera son entretenidos los varones espirituales en esta vida, en tanto que no ven a ti, mi Dios, claramente en la otra, donde estarán perfectamente en el centro de la bienaventuranza, gozando de tu divina Esencia.

MEDITACIÓN X

Cómo el alma no se aquieta sino en Dios, como en su centro

Como naturalmente mi ánima se incline a ti, mi Dios, por su amor, de aquí es que, si por el pecado no estuviere afeada y estragada nuestra naturaleza, nunca tuviera necesidad que le mandaras que te amara, como ni agora nos mandas que nos amemos a nosotros mismos, porque naturalmente harto y aun demasiado nos inclinamos a ello, ni hay necesidad de que nos mandes ni amonestes a hacer aquello que de naturaleza nos viene y conviene. Y pues naturalmente se inclina el hombre a amarte, y más a ti que a sí mismo, ¿por qué no se nos manda tu santo amor, como sea más natural, y no se nos manda el de nosotros mesmos? Ciertamente, el pecado es causa de esto cuando, apartando los ojos el ánima de su Dios, los hincó y puso en sí mesma, y estancó y detuvo aquel arroyo de amor que impetuosamente corría a ti, mi Dios. Pues luego digamos que no hubiera necesidad de tal mandamiento si la naturaleza se conservara con aquella pureza que fué criada, y de aquí es que en su primera creación, ni a los ángeles ni a

[3] Iob 36, 32.

los hombres no leemos que tal mandamiento les dieses cuando los criastes, porque naturalmente se inclinaban a esto y no tenían necesidad de espuelas para cumplir tal mandamiento los que con ley de amor íntima y grandemente habían sido formados por su Hacedor. Mas ya olvidado nos hemos de esta ley natural y enajenados estamos de nuestro proprio natural, de tal manera que ni por mandamientos, ni promesas, ni amenazas, ni cotidianos y grandes beneficios, nunca te amamos como es razón. Mas así como el plomo que violentamente es detenido en lo alto, si lo dejan luego desciende a lo bajo, así nuestra ánima, si un poco y con violencia es arrebatada y subida a las cosas altas, luego con su peso se abaja a las cosas terrenales y transitorias y se derrama toda por estas cosas sensibles.

Dime, pues, ánima mía; respóndeme, miserable, y declárame qué sea la causa por qué de tan buena gana te andas por las criaturas tan hambrienta y sedienta, y con tanta deshonra tuya, mendigando de ellas una gotica de aguas turbias y desabridas y salobres, que más te encienden la sed que te la matan, dejando la limpia, sabrosa y perpetua fuente de todos los bienes, en la cual sola podrías matar toda tu sed y hartarte a tu placer y voluntad. Dime, mezquina: ¿qué cosa puedes desear que no la halles muy más enteramente en tu Dios? Si te deleita la sabiduría, sapientísimo es; si el poderío y fortaleza, poderosísimo y fortísimo es; si quieres gloria y riquezas, mucha gloria y riquezas hay en su casa; si deleites y placeres, delectaciones hay en su mano derecha hasta el fin; si hartura y abundancia de deseos, embriagados son de la abundancia de su casa los que le poseen. ¿Pues cómo, mísera, sabiendo esto y muy mucho más de lo que yo te puedo decir dejas adrede al abismo de todos los bienes y te andas congojada, triste y fatigada, buscando tus consolaciones y placeres por los arroyuelos de las criaturas? Menosprecias la fuente que te dan de balde y con grandes trabajos cavas para ti pozos turbios. ¡Oh intolerable locura, desatino muy grande y ceguedad estupenda! De aquí es que, indignado el Señor por esto, exclama por el profeta, diciendo: *Espantaos, cielos, y sus puertas sean destruídas*—dice el Señor—, *porque dos males ha hecho mi pueblo. Dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas destruídas que no pueden tener las aguas* [1].

Verdaderamente, aljibe desechado y disipado es la gloria del mundo, cisterna deshecha es el deleite de la carne, alberca destruída es toda honra y dignidad y balsa abierta

[1] Ier. 2, 12-13.

y agujereada es toda abundancia de riquezas que no pueden tener las aguas; y si no me crees o piensas que te engaño, pregúntalo a la experiencia y mira con cuánto deseo buscaste alguna dignidad y cuántos trabajos pasaste por alcanzarla, y alcanzándola, a tres días no la hubiste en nada, porque balsa agujereada es y no puede tener las aguas. Deseaste algún deleite, alcanzástelo, y luego desapareció, porque es cisterna disipada y no puede tener las aguas del deleite que no se fuesen. Muy presto pasaron estas vanidades y desvanecieron como humo, y tú quedaste cabe la cisterna sedienta como antes y aun a las veces más sedienta y deseosa. Discurre por todas las cosas, y hallarás ser esto así en todas ellas. Mas aunque esto así sea, por la experiencia lo vean los míseros hombres con qué trabajos, con qué afrentas y con cuántos sudores cavan estas balsas disipadas y agujereadas por todas partes. Por cavar estos aljibes podridos pasan grandes trabajos de día y de noche, por mar y por tierra, en guerras y peligros de muerte, y muchos de ellos en servicios trabajosos de pecados, los cuales todos hacen poco caso de la fuente limpia de aguas vivas que por las plazas les corre ni la estiman en nada siendo convidados con ella. Ella es la que a todos, voceando en las plazas, llama: *El que tiene sed, venga a mí y beba* [2]; y en otra parte, por un profeta, llama, diciendo: *Todos los que habéis sed, venid a las aguas; venid y comprad, sin plata, ni oro, ni trueque alguno, vino y leche. ¿Por qué pesáis vuestra plata, y no en panes, y vuestro trabajo, y no en hartura?* [3] De gracia se da y ninguno va a él, y por esto se queja a los ángeles y a sus santos, diciendo: *Espantaos, cielos, conviene a saber, vosotros, ángeles bienaventurados, y maravillaos sobre esto vosotros, que sois apartados de todo dolor y tristeza* [4]. Mas vosotros, puertas, que sois mis santos, que aun estáis en la carne militando, por los cuales muchos como por puertas entran en el cielo, vosotros os desconsolad mucho y os estristeced mucho sobre tan horrenda y execranda ceguedad de vuestro pueblo, sobre tan grande error de los míseros mortales y sobre tan grande desatino de los hijos de Adán.

Deja, pues, ánima mía; deja, yo te ruego, estas cisternas disipadas, deshechas y agujereadas que con tanto trabajo has cavado, y a gran priesa corre y vete a la fuente de agua viva, que es tu Dios y esposo Jesucristo, donde podrás a tu placer matar toda tu sed. Aquí serás harta de deleites, y verdaderos deleites y placeres, según todo tu

[2] Ioan. 7, 37.
[3] Is. 55, 1.
[4] Ier. 2, 12-13.

corazón y toda tu voluntad y como quisieres. Sólo en el Señor hallarás quietud y descanso, y no en otra cosa alguna de cuantas hay en el mundo. El solo es tu centro y propria y natural esfera; fuera de él no hallarás contento, y en él, mucho bien, y descanso, y gloria.

MEDITACION XI

Cómo hemos de amar a Dios, porque nos ama

Si tantas razones como hay para amarte, Dios de mi corazón y esposo de mi alma, no bastan para que mi corazón, de día y de noche, siempre arda en llamas de amor, despiértame siquiera y muévame a lo menos el amor inmenso que me tienes. Ninguna cosa más provoca al amor que ser amado; y así amamos a los que nos aman, aunque sean indignos de nuestro amor, solamente porque nos aman. ¿Quién es tan silvestre y bárbaro que no ame a quien le ama? Los hombres muy crueles suelen amar a quien los ama, y no quieren hacer esto contigo, siendo quien eres y amándolos tú tanto que te diste a ti mismo por ellos. Pues un amor no se paga sino con otro amor, muy justo es por cierto, Señor, que yo te ame y arda en vivas llamas de puro fuego de amor, pues tan ardentísimamente soy amado de ti. Si dudas, pues, ánima mía, del amor que tu Dios te tiene, sus testimonios por cierto son muy terribles. Testigo es la cruz, testigos son los clavos, testigos los dolores, testigo la confusión, testigos los arroyos de sangre y testigo la muerte amarga y acerbísima que por ti sufrió; y como todo esto pasase, aun le parecía poco por la grandeza del amor; y si fuese caso posible, aun pide y desea pasar mayores cosas por ti, mayores dolores, mayores angustias y mayores tormentos, porque esto es lo que vocea en la cruz cuando dice que tiene sed, y en el Salmo también dijo: *Corrí en mi sed,* conviene a saber, aparejado estoy a sufrir muy mayores penas de las que sufro por el hombre [1]; y aunque de él esté escrito que *se hartará de oprobrios,* y en otra parte diga también la Escritura que *será su alma llena de denuestos*, con todo esto, desea más estando harto cuanto al efecto y tiene sed cuanto al afecto. Harto estaba, porque desde la planta del pie hasta la cabeza no tenía sanidad, y tiene sed, porque aun

[1] Ps. 118, 32.

el amor no estaba lleno de dolores, aunque el cuerpo estaba lleno de llagas. Pues si en amar a tan grande amador eres fría, ánima mía, más dura te muestras que las piedras, pues sabes que delante de tan grande dignación se quebrantaron por duras que eran y las que no tenían sentido mostraron sentido, porque veas qué serán obligados a hacer los corazones de los hombres que tienen sentido. Si las peñas no pudieron sufrir tan grande peso de amor, deprende de las durísimas peñas a amar a tu Criador. Pues ¿cómo no te ablandas, ¡oh miserable!, viendo que las piedras se quebrantan con tan grande beneficio y que las peñas hacen oficio de corazones por los hombres? Sé, pues, agora discípulo de las piedras y ama. Lo más precioso que nos diste, Dios nuestro, y lo mejor que de tus divinas manos recibimos fué el amor. Tu amor para con los hombres era un don y merced íntima, oculta, secreta, entrañable y el origen y fundamento de todos los otros dones y mercedes.

Porque así como se arguye haber fuego de donde vemos salir humo y centellas, así argüimos el amor que nos tuviste por los bienes que has hecho en nosotros y por nosotros. De esto te alabas por el profeta Malaquías, diciendo: *Mirad que os amé* [2]. Sacaste el amor de ti mismo no por mutación, sino por comunicación. Criaste el cielo y hinchístelo de ángeles, criaste el aire y hinchístelo de aves, y el mar de peces, y la tierra de animales, pero al hombre aposentástelo en ti mismo. Así, dijiste al patriarca Abraham: *Yo soy tu galardón grande y copioso* [3]. El amor que tienes al hombre, las mercedes que le haces. Tanto nos amas, Señor, que hasta en los castigos que nos das pretendes nuestro bien y provecho. Quieres que nos conozcamos, humillemos y enmendemos. Cuando enviabas a Egipto aquellas siete plagas, dijiste a Moisén: *Esto hago porque sepan los de Egipto que yo soy Dios* [4]. Querías darte a conocer a aquellos gentiles para que, dejando la idolatría, te sirviesen y se salvasen. Mandaste en el Evangelio vender al siervo que debía diez mil talentos porque, amenazado con este castigo, se humillase y mereciese que le perdonasen toda la deuda.

¡Oh cuán bueno eres, Dios de Israel, con nosotros y cuán grandiosamente nos amas, pues así en los regalos como en las tribulaciones que nos das pretendes nuestro provecho, y así, Señor, no sólo amas tú lo que es en mí de tu parte, pero aun también lo que es de mi parte y de parte de mi libre albedrío, si es bueno, aunque aborrezcas la malicia que hay en mí! Por lo cual, si fuese posible cas-

[2] Mal. 1, 2.
[3] Gen. 15, 1.
[4] Ex. 6, 7.

tigar los pecados de los que están en el infierno, sin castigar a las personas, lo harías según amas mucho nuestra humana naturaleza. Pero porque no es posibe castigar lo uno sin lo otro, porque las culpas y pecados son accidentes y no pueden estar sin sujeto, por amor de esto, cuando atormentas lo uno, atormentas lo otro. Si dan a uno una cuchillada y después de sano queda la señal, aunque aborrece la herida y señal, ama la carne donde se la dieron. Así también, Señor, amas las criaturas que criaste, aborreciendo los pecados y culpas que proceden de la voluntad humana.

En el libro de la Sabiduría está escrito que *ninguna cosa aborreciste de las que hiciste* [5]. Tú no hiciste el pecado ni la muerte, ni te alegras en la perdición de los que mueren, mas la malicia de la perversa voluntad es autora del pecado; por lo cual, castigando en el infierno el mal que hizo el hombre, conservas la naturaleza, que es bien tuyo, porque tu amor persevera inmovible amando la naturaleza buena que criaste, y así. en todo cuanto haces por nosotros muestras, Señor, el grande amor que nos tienes, y todos los beneficios que comunicas a los hombres proceden de aquel inflamado y ardentísimo amor con que nos amas.

La predestinación viene del amor, y criar el cielo y la tierra y todas las otras cosas, del amor procedieron. Por lo cual, como quieres tú, Señor, que en todas las cosas te imitemos, así quieres que todas nuestras cosas salgan con caridad inflamadas, y de aquí viene que no quieres aceptar alguna que no venga con caridad esmaltada; y la razón es porque el que te da oro o plata, date cosas exteriores, pero el que te ama dase a sí mismo, y ésta es la causa porque das de mano a los servicios que te hacemos, porque no hallamos en ellos el amor que te debemos.

Dices, Señor, en tu Evangelio que como te amó el Padre, así amas a nosotros, porque como el Padre te ama en la naturaleza humana, que recibiste por gracia, así nos amas por gracia, sin méritos nuestros. ¿Pues cómo no amarás tú, ¡oh ánima mía!, a quien tanto te ama? Aunque agora se te haga de mal el amor, después que comenzares a amar a tu Dios, tanto gusto y deleite hallarás en el amor, que mayor tormento recibirás en dejar de amar por no perder tan grande dulzura de lo que te sería trabajoso en quebrar de veras con el mundo por amor de tu esposo Jesucristo. No llega este tormento a aquél, pues más dolor es dejar el amor de Dios después que gustaste de él que romper con el mundo y comenzar a amar a tu Dios.

---

[5] Sap. 12, 21.

MEDITACION XII

CÓMO HEMOS DE AMAR A DIOS, PORQUE NOS AMÓ PRIMERO

Queriendo, Señor, que te amásemos, tuviste por bien de amarnos primero, porque, ganándonos por la mano, siendo con tu gracia prevenidos, no pudiésemos dejarte de amar. No hallaste mejor medio que amar primero a aquellos de los cuales querías ser amado. *Tú nos amaste primero* [1], dice San Juan. Porque, dejando aparte que tu amor es infinito y no puede ser pagado, el habernos amado primero es merced tan soberana, que es imposible pagarla nosotros. Nunca David pudo pagar a Jonatás aquel amor primero con que Jonatás amó a David y aquella liberalidad que usó dándole sus vestiduras en señal del grande amor que le tenía. Por lo cual, viéndose David tan obligado por pagar el amor que a Jonatás debía, amóle como a su propria vida, y no sólo le amó viviendo, mas aun también mostró el grande amor que le tenía en su muerte cuando la lloró con tan grande sentimiento.

Amarte he, pues, Dios mío, refugio mío y fortaleza mía, por tus grandes misericordias. Aunque en todas tus obras eres admirable, pero en las entrañas de piedad que tienes con el hombre te hallo más maravilloso. *Tus misericordias*, dice el profeta, *son sobre tus obras* [2]. A ninguno despides, a ninguno desechas, a ninguno desprecias, y a los que te ofenden y huyen de ti, buscas con perseverancia y llamas benignamente. Al que se arrepiente, perdonas; recibes al que vuelve y esperas al que dilata la penitencia. Vuelves al camino al errado, convidas al que rehusa, despiertas al perezoso, abrazas al que viene, al triste consuelas, abrazas al caído y abres al que llama. Cosa maravillosa es que el pecador, que te dejó a ti, sumo bien y bondad infinita, no hallando ningún descanso en las cosas que ama, no le queda otro remedio sino volver a quien ofendió. No puede vivir sin ti, y dejándote a ti, le compele la necesidad de volver a ti. No hallando el hijo pródigo sino trabajos y miserias en todas las cosas criadas, ningún otro remedio tuvo sino volver a la casa de su padre que despreció. Tú eres nuestro amparo y guarida, y así nos amas-

[1] I Ioan. 4, 19.
[2] Ps. 35, 6.

te, que por granjear nuestro amor *tomaste* (como diçe Isaías) *nuestros dolores y recibiste nuestras enfermedades* [3]. Trocaste con nosotros tus bienes por nuestros males. Lloras porque ríamos, ayunas porque comamos, trabajas por nuestro descanso, eres pobre por enriquecernos y, en fin, mueres porque vivamos. Pegámoste la enfermedad, y tú nos pegaste la salud. El cual toma una camuesa fría en la mano caliente, la mano pega a la camuesa el calor, y ella pega a la mano el olor y frialdad. *Por amor de nosotros* (dice tu Apóstol) *quisiste ser pobre, porque con tu necesidad fuésemos nosotros ricos* [4]. El amor nuestro, por ser finito y limitado, no puede hacer de dos cosas una, porque por mucho que se amen el marido y la mujer o el hermano y el hermano, siempre serán dos distintas personas. Pero el amor infinito que nos tuviste hizo que tu divina naturaleza y nuestra naturaleza humana estén en una persona simplísima y un supuesto. Salomón dijo que *en todo tiempo ama el que es amigo, y el hermano, en la angustia se prueba* [5].

¡Oh verdadero amigo de mi alma, que en todo tiempo me amaste! En las honras y deshonras, en la vida y en la muerte, y como no tuvieses suelta más que la lengua para nos hacer merced, cuando estabas enclavado en la cruz, con ella me ganaste perdón del Padre, *orando con lágrimas* [6], como dice tu santo Apóstol.

Cuando éramos menos dignos de ser amados, entonces más declarabas el amor que nos tenías, manifestándolo con mayores obras. Predicabas más veces y hacías más milagros en Cafarnaúm que en otras ciudades del reino de Judea ni de la provincia de Galilea porque en aquella ciudad marítima, donde había más usuras y vicios y menos merecía tu presencia, resplandeciese más tu misericordia, según aquello que dijo tu santo Apóstol: *Donde abundó el delito sobrepujó la gracia* [7]. ¿Quién no amará a un Dios tan amoroso, que no se desdeña de amar donde es menos amado? ¿Qué pecho habrá tan horrible y lleno de pecados que desespere de la misericordia de Dios viendo que no vuelve el rostro a las idolatrías, avaricias y torpezas de Cafarnaúm? No sé qué pecho habrá tan duro ni qué corazón tan helado que no se ablande y derrita con la presencia de tan grande amador.

Escribiendo el evangelista San Lucas cómo en la noche de tu sagrada pasión te apartaste a orar en el huerto de

[3] Is. 53, 4.
[4] II Cor. 8, 9.
[5] Prov. 17, 17.
[6] Hebr. 5, 7.
[7] Rom. 5, 20.

tus discípulos por espacio de un tiro de piedra, usó de este vocablo: *avulsus*. Esta palabra *avulsus*, propriamente, es arrancar, como cuando se pone gran fuerza en arrancar un árbol con su raíz y tierra. Estaba tan unido tu corazón por amor con aquellos apóstoles, que, como si te arrancaran esas tus entrañas, te apartaste de ellos. ¡Oh gran fuerza de amor, que ni por distancia de un tiro de piedra sufre ausencia sin gran dolor; y estás tú, ánima mía, apartada de tu Dios tantos años y casi no lo sientes! Falta es de amor de Dios, no lo puedes negar. Este grande amor no sufrió que se apartase media legua de los suyos, sino tan pequeño intervalo como un tiro de piedra. Dios amor es, suave es, y dulcísimo es, porque no hay mayor dulzura que santamente amar. Amor es Dios, y no es fe, sino fundamento y objeto donde se funda nuestra fe. No dijo San Juan sino que es *Dios amor* porque entendamos cuán proprio le es amarnos, como a hechura de sus manos. ¡Oh con cuánta justicia pide ser amado de todas nuestras fuerzas y corazón, queriendo el homenaje de nuestra alma a solas, pues a él sólo se debe toda nuestra voluntad y amor! ¡Oh dulzura de amor santo, y cuán bien te supo el nombre de aquel singular amigo de Dios cuando dijo: *Dios es caridad, y el que persevera en amor está en Dios y Dios en él!*[8]. ¡Oh compañía admirable y trueco de grande ganancia, que, siendo yo quien soy, te pongas tú, mi Dios, en cambio conmigo, y que amándote yo, me ames por hacer paga de amor con amor! Libre es el amor, porque nace de madre libre, que es nuestra voluntad, la cual ni por premios ni tormentos no sufre ser compelida, porque si lo fuese, ya dejaría de ser voluntad. Por eso es tan precioso el amor, y nos le pides tú, Señor, como celoso amigo nuestro, porque es la joya más nuestra que te podemos presentar.

Por esta perla preciosa y rubí encendido de amor diste al hombre todo lo criado, haciéndole señor de este universo, como dice el Salmista; porque dándoselo todo, le obligues a pagar con toda la deuda de amor que te debe, como a su Criador. Pusiste al hombre primero en los vergeles del paraíso terrenal, hicístelo señor del universo y prevenístelo con singulares dones y muchos beneficios porque te amase. Mas como la mucha leña suele matar el fuego y se acaba dando humo, así Adán, cargado con tantas mercedes, salió llorando cuando por ingratitud murió el fuego divinal de amor en su mísero corazón. Mas tú, Señor mío y Redentor mío, como querubín, queriendo cebar el fuego con fuego, entraste debajo de las ruedas de mis penalida-

[8] I Ioan. 4, 16.

des, y, tomando brasas en tus sagradas manos, derramástelas sobre la ciudad de Jerusalén, que es cada una de nuestrs almas, según que lo vió el profeta Ezequiel en figura.

MEDITACION XIII

Cómo el amor que Dios nos tiene es eterno y tan antiguo como él

Manifestaste, Señor, el amor grande que nos tenías en amarnos antes que fueses amado de nosotros. No fué tu amor paga de mi amor, ni mi amor pudo satisfacer al amor que me tuviste. En amarme primero está la prueba del amor, y eternalmente me amaste primero, según aquello del profeta: *La misericordia de Dios es eterna y durará en la eternidad*[1]. Usó el santo rey del nombre de misericordia hablando de tu santo amor porque mayor conocimiento me da de quien tú eres este nombre de *misericordia* que el nombre de amor. La misericordia es afecto del ánimo, que se apiada de la miseria ajena y provee al necesitado, dándole primero la compasión del alma.

Quitando lo que a ti no conviene por ser impasible, reconoceré lo que es proprio, y entenderé el amor. No pertenece a ti compasión ni corazón doloroso, porque tu naturaleza es esencia de perfición y gloria; mas es muy proprio a ti proveer al mísero y necesitado. Conozco los bienes que me diste amándome, y esto debajo de nombre de misericordia, porque no hallaste en mí hermosura y bienes que amar, sino miseria que sanar y pobreza que enriquecer. Por amor de lo cual usó antes el profeta del nombre de *misericordia* que de amor; y así, amaste a mí, miserable pecador, sin merecimientos míos, por sola tu bondad y amor; y este amor así fué antes que yo fuese que diciendo San Juan *que nos amaste primero;* y cantando David que *tu misericordia es eterna,* declaró la antigüedad de tu amor, pues sin principio y eternalmente nos amaste. Conoces todas las cosas en ti mismo, y no es menester que sean hechas ni que hagan bien o mal para que sean conocidas de ti, porque como no recibes conocimiento de las cosas, así no esperas a que obren para entender sus obras. No puede haber novedad ni accidente en ti, porque sería gran-

[1] Ps. 99, 5.

de imperfición, y la menor está muy lejos de ti; por lo cual, cuando veo hacerse alguna cosa de nuevo, no considero que entonces tienes nueva voluntad ni que entonces lo quisiste, mas sube mi pensamiento a aquella antiquísima y entera disposición tuya en la que eternalmente ordenaste todas las cosas y determinaste todo cuanto vemos hecho de nuevo. Nuevas son las cosas a nuestros ojos, y eternas a los tuyos, pues antes que sean hechas las conoces, y así, tu misericordia y amor son eternos, porque en tu eternidad viste y conociste perfectamente la miseria de nuestra culpa; y siendo merecedores de condemnación, compadeciéndote de nosotros, tuviste misericordia, y eficazmente quisiste a su tiempo darnos gracia y gloria para sanar nuestras heridas y destruir nuestra muerte, dándonos resurrección y vida.

Considera, pues, agora, ánima mía, cuán obligada estás al divino amor por haberte Dios amado tanto antes que tú le pudieses querer bien. Mide esas dos horas que ha que comenzaste a ser con la eternidad de Dios, en la cual te ama. Mil años son en el divino acatamiento como el día de ayer, que acabó de pasar. Compara unas cosas con otras, y hallarte has corrida y vencida, y pluguiese a Dios que entrases en la ley de las vencidas, que son aprisionadas debajo del poder del vencedor. Pluguiese a Dios que te hallases tan atada y vencida, que quedases presa en el amor del que tanto te amó en su eternidad, para que fueses libre de aquellas cadenas de fuego en que serán aprisionados todos los pecadores de la tierra.

Nunca, Señor, por desagradecidos que nos conociste, te arrepentiste por habernos hecho bien ni volviste atrás en tus misericordias; porque, como dice el Apóstol, *sin arrepentimiento son tus dones* [2]. No hay en ti *sí* ni *no*, porque tu *sí* permanece para siempre fiel y verdadero. Yo comencé a ser ayer, y he gastado mis días ociosamente y, lo que peor es, en mil ofensas tuyas. Muchas veces propuse de amarte y volví atrás, y comenzando algunas veces a servirte, volví a ofenderte. De esto es testigo mi corazón, los ángeles y toda criatura. ¡Oh grande afrenta y vergüenza, oh confusión llena de salud si lo conociese! ¿Cuándo fuiste tú que no me conocieses y amases? ¿Por ventura aguardaste a que viniese tiempo en que nacieses para quererme bien? ¿Por ventura estorbó a tu divina bondad y hermosura mi fealdad de culpa para que no me quisieses bien? ¡Oh Dios mío, bondad infinita, amor eterno y salud verdadera! Yo no te conocí ni aun muchos años después que tuve ser, y cuando ya por tu inmensa caridad te me

---

[2] Rom. 11, 29.

diste a conocer y tu grande hermosura y bondad me aficionó, puse en la fealdad y corrupción de las criaturas mi amor, dejando de amar a ti, que eres bondad infinita y gloria y hermosura de los ángeles. Detúveme en las criaturas, habiéndomelas dado tu cuidado paternal para regalo y servicio mío y para manifestación de quién tú eres, tan digno de amor y reverencia.

Compiten, Señor, tu bondad y mi malicia, pues cuanto más bueno y liberal te mostrabas conmigo, tanto más rebelde me hallaste y desconocido de los bienes que de tu largueza recibía. No agotó mi ingratitud la fuente de tu misericordia, porque tu bondad y clemencia vence a toda malicia humana, y así como el amor no sabe estar ocioso y se manifiesta en las obras, por el amor que nos tuviste, nos diste bienes de naturaleza y gracia y nos prometiste bienes de gloria si guardáremos tus mandamientos. ¿Pues por qué, Dios mío, y bondad infinita, no te amará mi corazón, viéndome tan prevenido con tu amor, y que te anticipaste a quererme y amarme, y mostraste el amor soberano que me tenías con tantos beneficios? La primera cosa que en naciendo vieron mis ojos fueron los dones de tu mano, con los cuales prendiste mi corazón para amarte perpetuamente.

Como el primer movible arrebata tras sí las otras esferas y cielos, moviéndolos de oriente a occidente, así la fuerza de este amor santo que me tuviste primero en tu eternidad arrebata todas las potencias del alma y sentidos del cuerpo, sujetándolos al servicio suave del yugo de tu santo amor. Esto te pedía la esposa de los Cantares por singular merced: *Traedme en pos de vos, y correremos tras el olor de vuestros ungüentos* [3]. [Del] conocimiento de estas cosas, se sigue hallarme muy obligado a amar a quien, amándome tan antigua y eternalmente, me obligó con tan grandes beneficios.

MEDITACION XIV

De dónde nasce el amor que Cristo nos tiene

Si después de contemplar la antigüedad y eternidad del amor con que me preveniste, quiero considerar la grandeza de este amor, aquí en tal meditación, ¡oh buen Reden-

[3] Cant. 1, 3.

tor y Señor mío!, se agotara todo entendimiento criado. No hay lengua que baste a decirlo; y tu apóstol San Pablo dice que *tu caridad excede a todo conocimiento y sentido* [1], aunque sea el de los ángeles. ¿Pues qué hombres lo podrán explicar, si los ángeles no lo alcanzan a conocer?

Algunos ignorantes y duros no acaban de caer en la cuenta de este amor. Porque como el amor de ellos nazca de la bondad y perfición de la cosa amada, porque el cebo del amor es la bondad y perfición de las cosas, siendo el hombre una criatura tan baja y tan imperfecta según el cuerpo, y según el alma un vaso de maldad, ¿qué amor se puede tener a criatura tan miserable? Y si también en especial consideran que tu divino amor no es ciego, ni apasionado, ni antojadizo, y así creerán, errando, que es pequeño el amor que nos tienes, si piensan que nace de nosotros. Porque donde no hay ceguedad ni pasión en el que ama, y la cosa que se ha de amar es tan imperfecta, fea y miserable, ¿qué amor se le podrá tener? No es ésta la cuenta que se ha de hacer para medir este amor, porque no nace, Señor, tu santo amor de la perfición que hay en nosotros, sino de lo que tú tienes que mirar en tu Eterno Padre.

Por lo cual, si quieres, ánima mía, considerar el amor que te tiene tu Redentor, toma este negocio de los primeros principios, considerando la grandeza de la perfición y gracias inestimables que por toda la Santísima Trinidad fué concedida a aquella santísima Humanidad de tu esposo Jesucristo en el instante de su concepción. Allí le fueron concedidas tres gracias tan grandes, que cada una de ellas, en su manera, es infinita; conviene a saber, la gracia de la unión divina, la gracia universal que se le dió, como a cabeza de toda la Iglesia, y la gracia esencial de su ánima.

Diósele primero a aquella santa Humanidad el ser divino, juntándola y poniéndola con la divina persona, de manera que a aquella Humanidad se le dió el ser divino, y de tal suerte que podemos con verdad decir que aquel hombre es Dios y Hijo de Dios y que ha de ser adorado en los cielos y en la tierra como Dios. Esta gracia ya se ve ser infinita por la dádiva que se da en ella, que es la mayor que se puede dar, pues en ella se da Dios, y por la manera que se da, que es la más estrecha que hay, que es por vía de unión personal, y así, Cristo no es dos personas, sino una persona y un supuesto infinito.

También se le dió a aquel nuevo hombre que fuese padre universal y causa de todos los hombres, para que en todos ellos, como cabeza espiritual, influyese su virtud;

[1] Eph. 3, 19.

de manera que en cuanto Dios, es igual al Padre Eterno, y en cuanto hombre, es príncipe y cabeza de todos los hombres; y conforme a este principado, se le dió la gracia infinita, para que de él, así como de una fuente de gracia y como de una mar de santidad, reciban la gracia todos los hombres, y él se llame Santo de los Santos no solamente por ser el mayor de todos, sino por ser santificado [r] de todos y como si dijéremos un tinte de santidad de donde ha de recibir este color y lustre todo el que ha de ser santo. Esta gracia también es infinita, porque es para toda generación, de manera que no tiene número de personas determinado, sino puede cuanto es de su parte multiplicarse en infinito; y para todo lo que en ello se multiplicare hay méritos y gracia en la bendita ánima de Jesucristo. Diósele particularmente otra gracia especial para la santificación y perfición de su vida, la cual también se puede llamar infinita, porque tiene todo aquello que pertenece para el ser y condición de la gracia, sin que nada le falte y sin que nada se le pueda añadir. Diéronsele también en aquel punto de su santísima concepción todas las gracias *gratis datas* de hacer milagros y maravillas cuantas él quisiere. Diéronsele todas en sumo grado y perfición, porque ésta es aquella hermosa flor de hermosura donde se asentó la paloma blanca del Espíritu Santo, y tendidas las alas, la cubrió y extendió sobre ella toda su virtud y gracia cumplidamente. Este es el vaso de escogimiento donde se infundió aquel caudaloso río de todas las gracias con todas sus avenidas abundantísimamente, sin que ninguna gota quedase sin entrar en él. Aquí le hizo Dios el mayor beneficio que le pudo hacer y le dió todo cuanto pudo dar, porque aquí hizo lo último de potencia y gracia, dando todo lo que podía a aquella ánima dichosísima en aquel punto que fué criada.

Y, sobre todo, le fué dado en aquel mismo punto que viese luego la esencia divina y conociese claramente la majestad y gloria del Verbo con que era ayuntada, y así viendo, fuese bienaventurada y llena de tanta gloria esencial cuanta tiene agora a la diestra del Padre.

Si te pone admiración esta dádiva tan grande, junta con ella esta otra circunstancia maravillosa que hay en ella, y es que todo esto se dió de pura gracia, ante todo merecimiento, antes que aquella bendita ánima pudiese haber hecho obra meritoria alguna por donde lo pudiese merecer. Todo fué junto, el criarla y dotarla de todas estas gracias, no por más de que así quiso el Señor amplificar y extender sus manos y largueza con ella y magnificar así su gracia; por lo cual llama San Agustín a Cristo *dechado y muestra de la gracia*. Porque así como los grandes es-

cribanos y pintores suelen hacer algunas muestras de labores en sus oficios cuando se quieren dar a conocer, en las cuales empleando todo su saber hacen todo lo último de potencia para que todo el mundo vea qué tanto es lo que alcanzan, así la bondad y magnificencia de Dios determinó de criar una nueva criatura y usar con ella en su manera de toda su magnificencia y gracia, para que por esta obra conociesen los cielos y la tierra la grandeza de Dios.

El rey Asuero hizo un convite solemnísimo para que todos sus reinos viesen la grandeza de sus riquezas y potencia. El rey del cielo quiso hacer otro convite maravilloso a esta santa Humanidad con quien él se desposaba para que todas las criaturas celestiales y terrenales conociesen por ella la grandeza de la bondad y largueza divina que a tales cosas se extendió.

Mira tú, pues, agora, ánima mía, qué dádiva sea esta tan admirable y cuán dichosa haya sido aquella bendita ánima de tu Redentor, a quien Dios tal gracia quiso hacer, y no tengas envidia, sino alegría, pues la gracia que él recibió no solamente la recibió para sí, sino también para ti. En nombre suyo se escribieron aquellas palabras de Job: *Si comí yo a solas mi bocado que el extranjero comió de él, porque desde mi niñez creció conmigo la misericordia y del vientre de mi madre salió conmigo* [2]. Así que no comió su bocado a solas, mas antes lo repartió con los peregrinos, y como verdadera cabeza nuestra, recibió lo que recibió no sólo para sí, mas también para sus miembros.

MEDITACION XV

Del origen y causa del amor de Jesucristo

Recoge, pues, agora tus pensamientos, ánima mía, entra dentro de ti misma, y en silencio y soledad pasa adelante y considera la parte que te cabe de tan grandes riquezas como éstas. Dime, cuando aquella ánima santísima de Jesucristo, en aquel dichoso punto que fué criada, abrió los ojos y se vió tal cual se vió y conoció de cuyas manos le venía tanto bien, y como el que nace rey y no lo ganó por su lanza, y se hallase con el principado de todas las

[2] Iob 31, 18.

criaturas y viese arrodilladas delante de sí a todas las jerarquías del cielo, que en aquel dichoso punto le adoraron, como dice el Apóstol, ¡dime si es posible decirse con qué amor amaría esta tal ánima al que así quiso glorificarla! ¡Con qué deseos codiciaría que se le ofreciese algo en que poder agradar y servir a tal dador! ¿Hay algunas lenguas de serafines ni querubines que esto puedan decir? Pues añado más: que a este deseo le fué dicho que la voluntad de Dios era querer salvar al género humano, que estaba perdido por la culpa de un hombre, y que de este negocio se encargase por la honra y obediencia suya, y que tomase a pechos esta empresa tan gloriosa y no descansase hasta salir al cabo con ella, y porque la manera que tienen todas las causas y criaturas para obrar es por amor, porque todas ellas obran por amor de algún fin que desean, cuyo amor concebido en sus entrañas les hace trabajar; y por tanto, pues, el hijo de Dios humanado había de tomar sobre sí esta obra de la redención de los hombres, menester era que los amase con tanto amor y deseo, que por amor de verlos remediados y restituídos en su primera gloria se pusiese a hacer y padecer todo lo que para ésto fuese necesario. Después que conoció esto aquel ánimo tan generoso, deseoso de agradar al Eterno Padre con linaje de inefable amor, revolvió hacia los hombres para amarlos y abrazarlos por aquella obediencia del Padre.

Vemos que cuando algún tiro de artillería echa una bala con mucha pólvora y fuerza, si la pelota resulta a soslayo de donde va a parar, tanto con mayor ímpetu resulta cuanto mayor furia lleva. Pues así aquel amor del ánima de Jesucristo para con Dios llevaba tan admirable fuerza, porque la pólvora de la gracia que le impelía era infinita, cuando, después de haber ido a herir derechamente en el corazón del Padre, resultase de allí al amor de los hombres, ¡con cuánta fuerza y alegría volvería sobre ellos para amarlos y remediarlos! No hay lengua ni virtud que esto pueda significar. Esta es aquella fuerza que significó el profeta cuando dijo: *Alegróse así como gigante para correr el camino; desde lo más alto del cielo fué su salida, y su vuelta, hasta lo más alto de él; y no hay quien se pueda esconder de su calor* [1].

¡Oh amor divino!, que saliste de Dios y bajaste al hombre y volviste a Dios, porque no amaste al hombre por el hombre, sino por Dios, y en tanta manera lo amaste, que quien considera este amor no se puede defender de tu amor, porque hace fuerza a los corazones, como dice tu santo Apóstol: *La caridad de Cristo nos hace fuerza* [2]. Este

[1] Ps. 18, 6-7.
[2] II Cor. 5, 14.

es aquel hervor y diligencia que significó tu santa Iglesia en los Cantares cuando dijo: *Miraldo cómo viene con tanta priesa, saltando los montes y traspasando los collados. Semejante es mi amado a la cabra montés y a hijo de los ciervos, según la ligereza que trae* [3]. Esto mismo significó el profeta Isaías cuando dijo: *No se entristecerá ni turbará hasta establecer en la tierra juicio y concierto; y su ley esperarán las islas* [4]. De aquí nacieron aquellas palabras tan animosas que dijiste: *Si diere yo sueño a mis ojos y dejare siquiera un poquito pegar mis párpados, si tomare algún descanso para mi vida hasta que halle en la tierra morada y lugar para con los hombres* [5]. Esta es la fuente y origen del amor de Cristo para con los hombres, si lo quieres saber; porque no es causa de este amor la virtud, ni bondad, ni hermosura del hombre, sino las virtudes de Cristo y su agradecimiento, y su gracia, y su inefable caridad para con Dios. Esto significan aquellas palabras suyas cuando dijo el jueves de la cena a sus discípulos: *Porque conozca el mundo cuanto yo amo a mi Padre, levantaos y vamos de aquí* [6] a donde he de morir por los hombres en la cruz.

Cata aquí agora, ánima mía, la causa de este amor tan grande. Tanto más quema el resplandor del sol cuanto más recios son los rayos que lo hacen reverberar. Los rayos de fuego de este divino sol iban derechos a dar en el corazón de Dios, y de allí reverberaron sobre los hombres. Pues si los rayos son tan derechos, ¿qué tanto quemará su resplandor? No alcanza ningún entendimiento angélico qué tanto arda este fuego ni hasta dónde llegue su virtud. Quieres, Señor, que te paguemos nosotros este amor con amor y que te amemos en recompensa de este amor inmenso con que nos amaste y amas. El amor que nos tuviste y tienes te puso en la cruz, y por ser de nosotros amado, te entregaste a la muerte. ¡Oh mi buen Jesús!, que agora entiendo lo que dijiste: *Fuego vine a poner en la tierra, ¿y qué es mi deseo sino que arda?* [7]. Todo te veo abrasado en amor y con millares de bocas de fuego y con llagas casi sin número das combate a mi ánima, cercada por todas partes de fuego de alquitrán que es tu santísimo amor. No sé cómo ya no se rinde, dándose a partido en las manos de tu divina majestad, pues no puede ser que muera quien líberamente se sujetare en las manos del que es verdadera vida, según aquello que dijiste a Santa Mar-

---

[3] Cant. 2, 8.
[4] Is. 42, 4.
[5] Ps. 131, 4.
[6] Ioan. 14, 31.
[7] Luc. 12, 49.

ta: *Yo soy resurrección y vida*[8]. ¿Qué temes, alma mía? ¿Por qué te defiendes de quien es infinito poder? Serafín encendido de amor es; no temas, sino ámale, que no pide sino amor.

Si huyes de la vida, ¿qué resta sino que halles la muerte? Y si temes la muerte, ¿por qué no te das, ofreciéndote a la vida, Cristo Jesús, en quien, según dice su Apóstol, tienes vida, ser y movimiento? Mira cuán grandemente te amó tu esposo Jesucristo, y no pares ni descanses hasta convertirte todo en su amor y seas una brasa encendida en puro fuego de amor, según eres obligada a querer a quien tan admirablemente te amó.

MEDITACION XVI

Que este amor de Cristo es sin temor

Es de tal suerte el amor que nos tienes, Señor nuestro, redentor nuestro y vida de mi alma, y tan altamente nos amas, que no es el término de tu amor solamente hasta la muerte donde llegó y muerte de cruz, pero pasó más adelante; porque si como tuviste mandamiento de padecer una muerte, te mandaran sufrir millares de muertes, para todas ellas tenías amor, y si lo que te mandaron padecer por todos los hombres te mandaran hacer por cada uno de ellos, todo eso hicieras por cada uno como por todos; y si como estuviste aquellas tres horas penando en la cruz fuera menester estar allí hasta el día del juicio, amor había para todo, si más tormentos y más tiempo fuera necesario padecer. De manera, Señor, que mucho más amaste que padeciste y muy mayor amor te quedaba en las entrañas encerrado que lo que mostraste acá de fuera en tus llagas.

No sin gran misterio quiso el Espíritu Santo que se escribiese entre las otras particularidades del templo de Salomón, conviene a saber, que las ventanas de aquel templo eran más rasgadas y abiertas de la parte de dentro que de fuera, y así, por dentro eran mayores de lo que por fuera parecían. ¡Oh amor divino, y cuánto mayor eres de la parte de dentro de lo que parece por acá de fuera! Tantas llagas, y tantos azotes, y tan crueles heridas, sin duda nos predican grandísimo amor, pero no dicen toda

[8] Ioan. 11, 25.

la grandeza del amor, porque, sin duda, muy mayor era el amor que allá adentro ardía en tu pecho sagrado de lo que parecía por acá de fuera.

Centellas son esas llagas que salen de ese fuego; rama es esa que procede de ese árbol, arroyo que sale de ese piélago infinito de inmenso amor. Esta es la señal que puede haber de amor, poner uno la vida por sus amigos. Señal y no igualdad. Pues si tanto te debo, Dios mío y mi Señor, por lo que hiciste por mí, ¿cuánto más te deberé por lo que deseaste hacer? Si tanto es lo público que ven los ojos de todos, ¿qué tanto más es eso que ven sólo los ojos de Dios? ¡Oh piélago de infinito amor, oh abismo sin suelo de amor! ¿Quién dudará, Señor, del amor que nos tienes? ¿Quién no se terná por el más rico del mundo, pues de tal Señor es amado? Suplícote, Salvador mío, por las entrañas de misericordia que te movieron a darme tal dádiva, que me des ojos y corazón para que yo conozca y sienta esto y me gloríe siempre en tus misericordias y cante todos los días tus alabanzas.

Si quieres, pues, agora, ánima mía, barruntar algo de la grandeza del amor de tu Señor y del deseo que tuvo para padecer por ti, ponte a pensar en la grandeza del deseo que los santos tuvieron de padecer por Dios, y porque por aquí podrás entender algo del deseo que tuvo el Santo de los Santos, pues excede tanto en santidad y gracia cuanto la luz del sol a las tinieblas y mucho más. Mira aquel deseo que tenían aquellos bienaventurados padres San Francisco y Santo Domingo, los cuales así deseaban el martiro como el ciervo las fuentes de las aguas, y pedía el glorioso Santo Domingo que todos los miembros de su cuerpo fuesen cortados, pareciéndole que era poca cosa un martirio solo, y deseando para cada miembro un martirio. Mira el deseo del bienaventurado apóstol San Andrés, que, viendo la cruz en que había de morir, se requebraba con ella como con esposa muy amada y le rogaba se alegrase con él como él se contentaba con ella.

Vengo a otro más alto martirio y otra nueva manera de deseo, que fué el de San Pablo, al cual, pareciéndole poco todos los géneros de tormento juntos para satisfacer al amor que a Dios tenía, deseó las mismas penas y tormentos del infierno por la honra de Dios y salud de los hombres. *Codiciaba* (dice este santo Apóstol) *ser anatema de Cristo por mis hermanos* [1]. Deseaba en esto ser para siempre apartado de Cristo cuanto a la participación de la gloria, aunque no cuanto a la gracia y amor de Dios.

Toma, pues, agora, ¡oh ánima mía!, alas para volar,

[1] Rom. 9, 3.

y sube de este escalón hasta las entrañas y corazón de tu esposo Jesucristo, y mira que si aqueste Apóstol sagrado, no teniendo sino sola una gota de gracia, tenía tan grande amor a los hombres, ¿cuánto mayores serán los deseos del Salvador, que es un mar infinito de gracia, pues según el amor es el deseo? Esto, Señor, nos quisiste dar a entender en aquellas palabras, cuando dijiste: *De un baptismo tengo de ser baptizado. ¡Y cómo vivo en estrechura hasta que llegue su hora!* [2]. Angustiábase y afligíase, Señor, tu corazón, porque era tan grande el deseo que tenías de verte ya por amor de nosotros teñido en tu propria sangre, que cada hora que esto se dilataba te parecía mil años por la grandeza del amor. Y de aquí nacía aquella fiesta gloriosa de los ramos que quisiste que te hiciesen cuando ibas a padecer, por enseñar al mundo la alegría de tu Corazón, pues así cercado de rosas y flores quisiste ir al tálamo de la cruz. No parece, Señor, que vas a la cruz, sino al desposorio, pues es tanta la fiesta que quieres que se te haga en el camino.

MEDITACION XVII

De la muestra de amor que nos dió el Salvador en su muerte

Pues salid agora, hijas de Sión; salid, ánimas devotas de Jesucristo, y veréis al rey Salomón con la guirnalda que le corona su madre en el día de su desposorio y en el día de la alegría de su Corazón. No hallo, Señor, otra guirnalda sino la que hizo tu madre la Sinagoga en el viernes de la cruz; no de hojas ni de flores, sino de crueles espinas, para atormentar tu sagrada cabeza. Pues ¿cómo se llama este día de fiesta y alegría de tu Corazón? ¿Por ventura esas espinas no te lastiman? Más lastiman a ti que a ninguno de los hombres, porque tu delicadeza era mayor; mas por la grandeza del amor que nos tenías, no mirabas a tu dolor, sino a nuestro remedio; no a tus llagas, sino a la medicina de nuestras almas enfermas.

Si al patriarca Jacob los muchos años de trabajoso servicio le parecían pocos días por casar con Raquel, a causa del grande amor que le tenía, ¿qué te parecerán a ti tres horas de cruz y un día de pasión por desposarte con la

[2] Luc. 12, 50.

Iglesia y hacerla tan hermosa que no le quede mácula ni ruga? Este amor te hace morir tan de buena gana; éste te embriagó de tal manera, que te hizo estar desnudo y colgado en una cruz, hecho escarnio y oprobrio del mundo.

Tú eres aquel Noé que plantaste una viña y bebiste del vino de ella en tanta abundancia, que, embriagado de aqueste poderoso vino de amor, caíste dormido en la cruz, y padeciste tales deshonras en ella, que tus mismos hijos se escandalizaron y hicieron burla de ti.

¡Oh maravilloso amor, que a tal extremo descendiste, y extraña ceguedad de los hombres, que tomaron ocasión para descreerte donde la habían de tomar para más amarte! Dime, ¡oh dulcísimo amor!: si sola esta centella que nos mostraste acá de fuera fué tan espantable a los hombres que ha sido escándalo a los judíos y locura a los gentiles, ¿qué hicieran si les dieras alguna otra muestra que declara toda la grandeza de este amor tuyo, pues si sola esta muestra, que es menor que el amor que nos tienes, hace a los hombres malos salir de sus sentidos y perder la vista en medio del esplendor de la luz? ¿Qué harán tus hermanos, hijos y amigos, que tan creído tienen y tan conocido a cuánto más se extiende tu amor? Esto es lo que les hace salir de sí y quedar atónitos cuando, recogidos en el secreto de su corazón, les descubres estos secretos y se los das a entender y sentir. De aquí nace el deshacerse y abrasarse sus entrañas; de aquí el desear los martirios; de aquí el holgarse con las tribulaciones; de aquí sentir refugio en las parrillas y pasearse sobre las brasas encendidas; de aquí el desear los tormentos como convites y holgarse con lo que todo el mundo teme, abrazar lo que el mundo aborrece, buscar las abominaciones de Egipto para sacrificar el ánima a Dios.

El ánima que está desposada contigo, Redentor del mundo, y voluntariamente se junta contigo en el tálamo de la cruz, ninguna cosa tiene por más gloria que traer consigo las injurias del Crucificado. ¿Pues cómo te pagaré yo, amor mío, este amor? Esta sola es digna de recompensación cuando la sangre se recompensa con sangre.

Aquella sangre que Moisén celebró en la amistad con Dios y su pueblo confederándole y haciendo pacto con él, la cual era figura de ésta, parte se derramó sobre el altar, y parte, sobre el pueblo: la que caía sobre el altar era para aplacar a Dios, y la que caía sobre las cabezas del pueblo, para obligar a los hombres.

Dulcísimo Señor, yo conozco esta obligación; no permitas que yo salga de ella; véame yo con esa sangre teñido y en esa cruz enclavado. ¡Oh cruz, hazme lugar y recibe en ti mi cuerpo y deja al de mi Señor; ensánchate,

corona, para que pueda yo meter mi cabeza; dejad, clavos, esas manos inocentes y atravesad mi corazón, y llagadlo de compasión y amor. Por amor de esto, dice tu santo Apóstol: *Moriste para enseñorearte de vivos y muertos, no con amenazas ni castigos, sino con obras de amor* [1]. Cuéntame entre los que mandares por vivo o por muerto y véame yo captivo debajo del señorío de tu amor. ¡Oh cuán maravillosa y excelente manera de pelear has escogido, Señor; porque ya no con diluvio ni con fuego del cielo, sino con halagos de paz y de amor has conquistado los hombres; no matando, sino muriendo; no derramando sangre ajena, sino dando la tuya propria por nosotros en la cruz. ¡Oh maravillosa y nueva virtud, pues lo que no hiciste desde el cielo servido de ángeles, hiciste desde la cruz acompañado de ladrones! Tantas son las bocas de fuego que me dicen que te ame, cuantas llagas veo que tienes por mi amor en ese tu sagrado cuerpo. Cada herida de ésas es una lengua que me da voces que te ame. Bien será, ánima mía, que te ocupes en amar al que en todo tiempo y lugar con tan grande amor se ejercitó en buscarte. ¡Oh grandeza de amor divino!, inflama todo mi corazón para que todo se emplee en ti, no hallando lugar en mí otro adúltero amor. Paraíso de deleites de Dios y templo de paz de nuestra ánima, recíbenos, fugitivos y peregrinos en este valle de miserias.

MEDITACION XVIII

Cómo la cruz de Cristo enciende nuestras almas en amor

¡Oh robador de corazones; roba, Señor, este mío, pues en la Escritura tienes nombre de *robador*, apresurado y violento! ¿Qué espada será tan fuerte? ¿Qué arco tan recio y bien flechado que pueda penetrar un fino diamante? La fuerza de tu amor ha despedazado infinitos diamantes. Tú has quebrantado la dureza de nuestros corazones, tú has inflamado a todo el mundo con tu amor, como tú dijiste por un profeta: *Con el fuego de mi amor será abrasada toda la tierra* [1]. Y en tu Evangelio dijiste: *Fuego vine a poner a la tierra; ¿y qué quiero yo sino que*

[1] Rom. 14, 9.

[1] Soph. 3, 9.

arda? [2] Bien había entendido la virtud de esta venida y valor de este fuego aquel santo profeta que daba voces diciendo: *Ojalá rasgases ya los cielos y vinieses, y las aguas arderían con fuego* [3]. ¡Oh dulce fuego, oh dulce llama, que así enciendes los corazones helados más que nieve y los conviertes en amor! Esta es la causa de tu venida, traer este fuego desde el cielo y henchir al mundo de amor, como lo dijo el profeta: *Visitaste la tierra y embriagástela de amor* [4]. ¡Oh amantísimo, suavísimo, hermosísimo y clementísimo Señor; embriaga nuestros corazones con ese vino, abrásalos con ese fuego y hiérelos con esa saeta de tu amor! ¿Qué le falta a esa tu cruz para ser una espiritual ballesta, pues así hiere los corazones? La ballesta se hace de madera y una cuerda estirada y una nuez al medio de ella, donde sube la cuerda para disparar la saeta con furia y hacer mayor la herida. Así, estando tu sacratísimo cuerpo extendido en el madero de la cruz así como cuerda y los brazos tan estirados, veo que en la abertura de ese costado se pone como en nuez la saeta de tu amor, para que de allí salga a herir el corazón. Sepa ahora todo el mundo que yo tengo el corazón herido. ¡Oh corazón mío! ¿Cómo te guarecerás? No hay remedio ninguno que te cure sino morir. Cuando yo, mi buen Jesús, veo que de tu costado sale este hierro de lanza ensangrentado, y esa lanza es una saeta de amor que me traspasa, siento que de tal manera hiere mi corazón, que no deja parte en él que no penetre. ¿Qué has querido hacer, amor dulcísimo; qué has querido hacer en mi corazón? Vine aquí para curarme, y hasme herido, y vine para que me enseñases a vivir, y hácesme loco. ¡Oh dulcísima herida, oh sapientísima locura, nunca me vea yo jamás sin ti! No solamente la cruz, pero aun la mesma figura que en ella tienes nos llama dulcemente. ¡Oh amoroso Señor y puro fuego de amor: la cabeza tienes inclinada para oírnos y darnos beso de paz, con la cual convidas a los culpados, siendo tú el ofendido; tienes los brazos tendidos por abrazarnos; las manos agujereadas para darnos tus bienes; el costado abierto para recebirnos en tus entrañas; los pies enclavados, para esperarnos y para nunca poderte apartar de nosotros.

De manera que, mirándote, Señor, en la cruz, todo cuanto ven mis ojos me convida a tu amor. El madero, la figura, el misterio, las heridas de tu cuerpo y, sobre todo, el amor interior me da voces que te ame y que nunca te olvide. ¿Pues cómo me olvidaré de ti? *Si me olvidare de*

[2] Luc. 12, 49.
[3] Is. 64, 1-2.
[4] Ps. 64, 10.

ti, buen Jesús, *sea echado en olvido de mi mano derecha. Péguese mi lengua a los paladares si no me acordare de ti y si no te pusiere en principio de mis alegrías*[5]. Cata aquí, pues, ánima mía, declarada la causa del amor que Cristo te tiene, porque no nace este amor de mirar lo que hay en el hombre, sino del amor divino y deseo que tiene de hacer su santa voluntad. Pues por este mismo camino podrás entender de dónde provienen tantos beneficios y promesas como Dios tiene hechas al hombre, porque de aquí se esfuerce tu esperanza viendo sobre cuán firmes fundamentos está fundada y cómo la causa porque Cristo amó al hombre no es el hombre, sino Dios, así también el modo porque Dios tiene prometidos tantos beneficios al hombre no es el hombre, sino Cristo. La causa porque el Hijo nos ama es porque se lo manda su Padre, y la causa por que nos favorece el Padre, es porque se lo pide y merece el Hijo. Estos son aquellos sobrecelestiales planetas por cuyo aspecto maravilloso se gobierna la gloria y se envían todas las influencias de gracias al mundo. ¿Ves cuán firmes son los estribos de amor? No lo son menos los de nuestra esperanza. Tú nos amas, Redentor nuestro, porque tu Padre te lo manda, y tu Padre nos perdona porque tú se lo suplicas. De mirar tú su corazón y voluntad resulta que me ames a mí, porque así lo pide tu obediencia, y de mirar él tus pasiones y heridas procede mi perdón y salud, porque así lo piden tus méritos. Miraos siempre, Padre y Hijo, miraos siempre sin cesar, porque así se obre mi salud. ¡Oh vista de soberana virtud, oh aspecto de sobrecelestiales planetas, de donde proceden los rayos de la divina gracia con tanta certidumbre! ¿Cuándo desobedecerá tal Hijo? ¿Cuándo no mirará tal Padre? Pues si el Hijo obedece, yo seré amado, y si el Padre mira, yo seré perdonado.

A un sospiro que dió aquella doncella llamada Axa ante su padre Caleb, le dió el padre piadoso todo cuanto le pidió. ¿Pues qué podrá negar tal Padre a los sospiros y lágrimas de tal Hijo? ¿Cuándo, Redentor mío, olerá tan mal el cieno de mis pecados que no huela más suavemente el sacrificio de tu pasión? Es tan grande la hermosura de tu pasión sagrada, que todos los pecados del mundo juntos no son más parte para afearla que un lunarico muy pequeño en un rostro de grande hermosura y lindeza. Pues ¡oh ánima flaca y desconfiada, que en tus angustias no sabes confiar en Dios! ¿Por qué te acobardan tus culpas y la falta de tus merecimientos? Mira que este negocio no estriba en ti, sino en Cristo; porque si el demé-

[5] Ps. 136, 5-6.

to del primer hombre, terreno, fué principio de tu caída, el mérito del segundo, celestial, fué principio y fin de tu remedio. Trabaja por estar unida con éste por fe y amor, así como lo estás con el otro por vínculo de parentesco, porque si lo estuvieres, así como por el parentesco participas la culpa del transgresor, así por el deudo espiritual comunicarás la gracia de Cristo. Si con él estuvieres de esta manera unida, cree cierto que lo que fuere de él será de ti, y lo que fuere del padre será de los hijos, y lo que fuere de la cabeza, eso será de los miembros, y, como dice el Evangelio, *donde estuviere el cuerpo, allí se juntarán las águilas* [6]. Esto es lo que, en figura de este misterio, dijo el rey David a un hombre temeroso y turbado: *Júntate conmigo, que lo que será de mí será de ti y conmigo serás guardado* [7].

No mires a tus fuerzas, que te harán desmayar, sino mira a éste tu remediador, y tomar has esfuerzo. Si pasando el río se te desvanece la cabeza mirando las aguas que corren, levanta los ojos en alto y mira los merecimientos del Crucificado, y pasarás segura. Si crees de veras que el Padre te dió a su Hijo, cree también que dará lo demás, pues todo es menos. No pienses, ánima mía, que porque subió a los cielos te tiene olvidada, pues no se pueden compadecer en uno amor y olvido. La mejor prenda te dejó cuando subió allá, que fué el palio de su carne preciosa en memoria de su pasión y amor. Mira que no solamente viviendo padeció por ti; mas aun después de muerto recibió la mayor de sus heridas, que fué la lanzada en el costado, para que sepas que en vida y en muerte te es amigo verdadero, y para que entiendas también por aquí que cuando dijo al tiempo de expirar: *Acabado es* [8], que, aunque se acabaron sus dolores, no se acabó su amor. Jesucristo, dice San Pablo, *ayer fué y hoy es también, y será en todos los siglos* [9], porque cual fué en este siglo mientras vivió para los que le querían, es agora y será para siempre para todos los que le buscaren.

---

[6] Matth. 24, 28.
[7] I Reg. 22, 23.
[8] Ioan. 19, 30.
[9] Hebr. 13, 8.

MEDITACION XIX

Cómo Dios ha de ser amado por ser nuestro bienhechor

Si, como dijo un sabio gentil, no podemos pagar a los dioses ni a los padres, que nos dan solamente esta casa de alquiler en que mora el alma, ¿cuánto te debo, verdadero Dios y único Señor mío, pues me diste el alma y cuerpo y todo cuanto yo soy? *Con las cuerdas de Adán* dices que *me traerás, y con ataduras de amor* [1]. Estos cordeles son las mercedes que heciste a Adán y a sus hijos. Dices en esto que harás tales obras al hombre, que lo traerás a ti. Si el amar es querer bien para el amado, tanto decimos que amas a uno cuantos mayores bienes le comunicas, y si al que más amas haces más bien, si yo quisiere entrar en cuenta contigo y sumar los bienes que de tu mano he recibido, faltara el tiempo y primero se acabara la vida que se acabe tan larga cuenta. Cuantos miembros tengo en mi cuerpo, tantos beneficios hallo por los cuales debo amarte. Si uno perdiese un ojo, ¿qué tanto amaría al que se lo restituyese? Si uno mereciese perder sus ojos, ¿cuánto amaría al que se los conservase? No menos debo yo amar al que me dió los ojos y me los conserva, pues muchas veces, usando mal de ellos, merecí perderlos. Esto mesmo considero de los otros miembros; ¿y cuánto más sería obligado a amar al que siendo muerto me resucitase?

¡Oh hacedor de mi vida, restaurador y conservador de ella, ¿qué hay en mí que no haya recebido de ti? Y si tanto es justo que te ame por el cuerpo y vida que me diste, ¿por qué no te amaré, y mucho más, por el ánima racional que en mí criaste, pues sin comparación es más prestante y excelente que este nuestro cuerpo mortal y corruptible? Y si esta mi ánima perdiese el uso de la razón, ¿cuánto amaría yo al que se lo restituyese? Mucho, pues, te debo amar, pues me diste uso de razón, y alma, y cuerpo, y vida, y conservas esta unión, mereciendo muchas veces la muerte por mis pecados. Levanta, pues, ánima mía, todos tus pensamientos a este inefable amor de tu Dios. Ninguna cosa hay más justa, más útil ni más saludable ni dulce que amar el hombre a aquel de quien

[1] Os. 11, 4.

recibió todo el ser y conservación que tiene. Si no puedes, ánima mía, conoscer qué tal sea aquel que tanto te ama, considera siquiera las arras que te dió de amor. En los dones que tienes contigo conocerás con cuánto afecto y con cuánto cuidado y diligencia le debes amar. Insignes son sus arras y noble sus dones, porque al grande no conviene dar cosas pequeñas. Abre tus ojos y mira al universo, cielos, tierra, aire y todos los elementos y criaturas, que todos te sirven. Recibes el beneficio y no conoces a quien te lo da.

Pues si quiero, Señor, poner mis ojos en el tratamiento que me haces, véote, Dios mío, tan ocupado en hacerme mercedes, que parece que, olvidado de todos los demás, te ocupas solamente conmigo, y que de mí sólo tienes cuidado. Tú siempre fuiste para mí solaz en mis adversidades y guarda en mi prosperidad. Adondequiera que me volvía, me precedía tu gracia y misericordia, y cuando estaba a punto de perderme, me libraste. Cuando iba errado, me volviste al camino; cuando ignoraba, me enseñaste; cuando pecaba, me corregiste; cuando estaba triste, me consolaste; cuando caí, me levantaste, y estando en pie, me tuviste. Tú me diste que verdaderamente te conociese, que puramente te amase, que sinceramente te creyese y ardientemente te siguiese.

¡Oh Dios de mi corazón, dulzura de mi vida y lumbre de mis ojos! ¿Quieres que te ame? ¿Cómo te amaré, y quién soy yo para amarte? ¿Cómo no amaré a tan noble bienhechor, viéndome tan cercado de sus dones?

Cuando el virtuoso mancebo José fué en Egipto requerido de su deshonesta señora, acordándose de los beneficios que de su señor había recebido, respondióle diciendo: *Mi señor me ha entregado todas las cosas de su casa, excepto a ti, que eres su mujer. Pues ¿cómo podré yo pecar contra mi señor?* [2]

No sólo dijo cómo querré ofender a mi señor, sino cómo podré, porque le parecía que no era posible injuriar a quien tanto debía. ¿Pues cómo podré yo ofender a ti, mi Dios, de cuyas magníficas manos he recibido tantos bienes? Aunque mi perversa voluntad, con su libertad y señoría, te quisiese desamar, yo no sé cómo será posible que pueda ofender a quien está tan obligada. Si Putifar entregó a José su casa, no le hizo señor de toda ella, pues algo reservó para sí, como él mesmo lo dijo.

Pero tú, Señor mío, ¿qué tienes que no me hayas dado? Dándote a ti mismo, me diste contigo todos los bienes; ¿y qué tengo yo que no lo haya recibido de ti? Así,

---

[2] Gen. 39, 8-9.

me fuerza a amarte la memoria de tan innumerables y altos beneficios, que, aunque quiera dejarte de amar, no podré jamás acabarlo conmigo. La pascua del cordero que mandabas celebrar a los judíos y todas las otras fiestas servían de encomendarles la memoria de los beneficios que habían recibido de tu mano. La pascua era memorial de la salida de Egipto; el ofrecerte los primogénitos era memoria de los primogénitos de sus enemigos que mataste en Egipto; el maná que mandaste guardar en el arca del testamento fué (cómo tú mismo lo dices) en memoria del mantenimiento con que sustentaste a tu pueblo cuarenta años en el desierto, y las doce piedras que sacó Josué del Jordán era para que se acordasen para siempre los hijos de Israel del beneficio que recibieron mandando parar a las aguas de aquel río para que tu pueblo pasase a pie enjuto. En esto y en la fiesta de las cabañas, y en todas las otras fiestas y memorias que mandabas celebrar, no pretendías otra cosa sino hacer a los Israelitas que no se olvidasen de las mercedes que les hiciste, porque la memoria de tan soberanos beneficios despertase sus voluntades al amor de tan grande bienhechor.

Cuando en el Deuteronomio mandaste que te amásemos, antes que pusieses aquel precepto, dijiste a tu pueblo: *Yo soy el Señor Dios tuyo, que te saqué de tierra de Egipto*. Pusísteles delante de los ojos la obligación que tenían de amarte trayéndoles a la memoria el beneficio recebido [3]. Todos tus dones proceden de amor; y así, quieres obligarnos con las mercedes que nos haces a que te amemos, pues tantas razones hay para ser de nosotros amado.

MEDITACION XX

De que Dios ha de ser amado por los beneficios que nos hace

Si dádivas quebrantan peñas, más duro que peña eres, corazón mío, si no te derrites en el amor de tu Señor, viéndote tan obligado con la multitud de mercedes que de su mano recebiste y recibes cada hora. Los perros y todos los otros brutos irracionales aman a su bienhechor y reconocen y agradecen el bien que se les hace. ¿Pues por qué yo,

[3] Deut. 5, 6; Ex. 20, 2.

siendo criatura racional y criado a tu imagen y semejanza. seré peor que las bestias, no amando continuamente a ti, mi Dios y Señor, pues nunca cesas de obligarme con nuevos y singulares dones?

Quéjaste, Señor, de esta ingratitud y desconocimiento de los hombres, diciendo por tu profeta Isaías: *Conoció el buey a su poseedor y la bestia el pesebre de su señor, y Israel no me conoció y no entendió mi pueblo* [1]. Como sea natural a toda criatura viviente amarse a sí misma y pretender su conservación y ser, así le es muy propio amar a quien le hace bien, y por ser esto cosa muy natural al hombre, dice el Apóstol que el que hace buenas obras al enemigo, pone carbones de fuego sobre su cabeza para encenderlo en su amor. Así, leemos en la Escritura haberlo hecho dos veces David con su cruel enemigo y perseguidor Saúl, al cual con buenas obras convirtió en amor. ¡Oh perverso y duro corazón mío!, ¿qué obstinación es ésta tan grande, pues tan innumerables beneficios de tu Dios no te ablandan y derriten en su amor? ¡Oh clemencia y obras de David, y cuán atrás quedáis si con las de este Señor se comparan! Todo cuanto, Señor, me diste fué por obligarme a amarte y porque te diese mi amor. Servísteme, siendo tú rey del cielo y señor de los ángeles, por solicitarme para que te pague amor con amor. ¡Oh Señor, Dios mío y todo mi bien, y cuánto has hecho por ser amado de nosotros, miserables pecadores!

Si me dieras licencia para amarte, era muy grande el favor y merced que me hacías, siendo tú quien eres, majestad infinita, y siendo yo quien soy, gusano de la tierra. Cuánto más que no sólo no te desdeñas de ser amado de mí, mas aun solicitas mi amor con muchedumbre de dones, tanta es tu bondad y clemencia. Criásteme por amor, que si no me amaras, no me criaras.

La causa de todas las cosas es tu voluntad, y si a mí me criaste, es porque quisiste, y si al otro no criaste, fué porque no quisiste, y no sólo tuviste entrañable amor en criarme, pero excesivo en redimirme. Aunque te debo amar porque me hiciste, pero muy excesivamente te debo amar porque me diste nuevo ser redimiéndome cuando estaba perdido.

Cuando, reducido por el pecado a vil ser y condenado para fuego eterno, tú me tornaste a reformar de nuevo por vía de rescate, para el cual no enviaste un ángel, ni un serafín, ni espíritu celestial, sino a tu proprio y unigénito Hijo, coeterno, consubstancial y igual a ti. ¡Oh admirable ardor de caridad! ¡Oh maravillosa piedad y extraño caso

[1] Is. 1, 3.

de amor, que por redemir al siervo enviaste a tu Hijo natural para morir, y por vivificar un gusanillo de tierra, formado de barro, bajó el Hijo de Dios desde el cielo a tomar la muerte. ¿Quién causa esto? El grande amor que tuvo a nosotros y a nuestra naturaleza. Más amaste a mí que a tu vida temporal, pues quisiste morir por mí. ¿Parécete, pues, ánima mía, que debes amor a quien tanto te ama? ¿Parécete que debes tributo de amor a quien antes que fueses te amo? Justo es que pagues a tu Dios esta deuda tan debida.

Preguntaría yo, Señor, a tu divina majestad si osase y si no fuese en mi perjuicio: ¿Por qué amas, Señor, una cosa tan vil y una criatura tan inútil como el hombre? Acaece tener un señor un esclavo muy feo y abominable a quien ama mucho su señor, y si preguntamos a este señor por qué pone su amor en cosa tan disforme, responderá que le tiene amor porque es de él amado y le sirve con mucho cuidado y diligencia, y alegará algunas cosas que ha hecho por él. ¡Oh Señor!, ¿callaré o hablaré? Verdaderamente yo callaría si la justa razón no me forzase a hablar.

Amas, Señor, a este siervo miserable, afeado con mil máculas de pecados, y siendo tú quien eres y siendo él quien es, no menosprecias su bajeza ni te desdeñas de emplear joya tan rica como tu santo amor en cosa tan vil. ¿Amasle, por ventura, por lo que ha hecho por ti? ¿Amasle porque te amaba él primero o por sus diligentes y hervientes servicios? ¡Oh soberana bondad y caridad infinita de mi Dios, pues tan de balde, solamente por quien tú eres, tan altamente nos amaste y con tantas y tan excelentes obras nos mostraste y muestras el estupendo amor que nos tienes, y tú, ánima mía, pues amas a un etiopiano porque te ama y ha hecho algo por ti, ¿por qué no amas a tu esposo Jesucristo, pues se anticipó a amarte y puso la vida por ti?

Como entre los dones de tu Dios el menor de todos sea este mundo, ¿qué tan grande piensas que será el mayor don de todos, pues éste, que es el menor, es tan grande? Quién dió dádivas, dió obligaciones, porque a los bienhechores tenemos obligación. Quieren los hombres que no sólo les agradezcan el bien que hacen cuando están haciendo algún beneficio, mas aun también piden agradecimiento por las buenas obras que hicieron, las cuales quieren que sean siempre tenidas en la memoria y que, pasando los dones, no pase la obligación de la deuda. ¡Oh bonísimo y magnificentísimo Señor, cuán grande es tu bondad y misericordia, pues te contentas con que te amemos siquiera cuando actualmente nos estás haciendo bien!

Entonces, ánima mía, ama a tu Dios, cuando te enviare dones desde el cielo, y pues estas prendas de amor recibes en todo tiempo de su liberalísima mano, justo es por cierto que en todo tiempo ames a tan magnífico y noble bienhechor. Amale a lo menos cuando te está haciendo bien; y pues siempre hace esto, siempre debes amarle. Todos los géneros de beneficios, que son tres, sumó el santo rey David cuando dijo en el Salmo: *Conviértete, ánima mía, a tu holganza, porque el Señor te hizo bien. Libró mi ánima de la muerte; mis ojos, de las lágrimas, y mis pies, de caída* [2].

Todos los bienes que recebimos de alguno son en tres maneras, conviene a saber: bienes dados, males de que nos libró y bienes prometidos. Los dones que recibió de Dios tocó el Salmista cuando dijo a su ánima que se volviese a Dios por los bienes que recibió de él. Trató del segundo género de mercedes cuando dijo que libró su ánima de la muerte y sus ojos de las lágrimas. Buena obra nos hace el que nos libra de algún mal antes que cayamos en él avisándonos del peligro. Habló de los bienes prometidos diciendo que libró su ánima de la caída, prometiéndole la gloria y bienaventuranza eterna, donde, confirmados en gracia, veremos a Dios, libres de resbalar y caer en culpas y pecados; y por más incitar a su ánima para que se convertiese a su Dios, llama al Señor su holganza y descanso, donde se recreará y descansará de los trabajos y miserias que padece sirviendo al mundo y a sus pasiones y apetitos.

Justo, pues, es, ánima mía, que te conviertas a Dios, que es holganza y refrigerio tuyo, de quien tantos bienes has recebido y recibes cada punto, pues sin los dones que te dió te sacó del pecado, y te libró del infierno, y te ha prometido bienes celestiales. Estos tres géneros de beneficios debes contemplar discurriendo por los pasos de tu vida y sacándolos de tu memoria, conociéndolos el entendimiento y representándolos a la voluntad, para que, inflamada en el amor de tan magnífico bienhechor, le ames y sirvas según la obligación que tienes. Sobre estos dos versos del Salmo hallarás larga materia que contemplar cerca de las innumerables mercedes que de tu Dios recebiste, y de suerte que ya que no quieres amar a tu Criador por ser sumo bien, bondad infinita y hermosura celestial, le ames, aunque no quieras, por los bienes que te hace.

---

[2] Ps. 114, 7.

MEDITACION XXI

QUE DIOS HA DE SER AMADO POR SER HOLGANZA NUESTRA

Conviértete, ánima mía, a tu holganza [1], dice a Dios el real profeta. Si es a todo hombre cosa muy natural amar su bien y descanso, debes, pues, agora, corazón mío, dar de mano a las cosas de este mundo y negocios del siglo que estorban y inquietan, y, recogiendo tus pensamientos, volverte a Dios y poner todo cuidado en él. ¡Oh cuánto descanso y quietud hallarás si de veras, cerrando la puerta a todo cuidado, te pusieres en las manos de tu esposo Jesucristo! Aquí se enjugarán tus lágrimas, aquí cesarán las quejas que tienes de los hombres que tanto te desasosiegan, aquí se acabarán todas tus tristezas, enojos y trabajos, y hallarás paz interior, alegría de corazón y paraíso encima de la tierra. Muchas molestias padeces andando derramada y distraída por las cosas exteriores, y deseando holganza no la quieres, pudiendo hallarla a pie quedo.

La paloma de Noé no halló donde reposar fuera del arca, y así, la necesidad le compelió a volver a ella. No hallarás, paloma mía, descanso fuera de las manos del verdadero Noé, Jesucristo; por eso, vuélvete a él, en quien consiste tu holganza.

Buscando descanso, dejas a tu Dios, al cual por fuerza has de volver, si quieres hallar lo que buscas. Al mismo a quien ofendiste has de tornar, aunque no quieras, como lo hizo el hijo pródigo. Huye Jonás de Dios, y, en apartándose de él, no halla sino tormenta y tempestad en el mar; pero convirtiéndose y volviendo al que dejó, halló descanso y puerto seguro. Vase Agar de casa de su señor Abraham, y anda por el desierto perdida y muerta de sed, pero mándale el ángel que vuelva a casa de Abraham, donde tiene vida y regalo.

Quita, pues, ánima mía, este bien y el otro bien, y vuélvete para aquel que es verdadero bien. No quieras amar este o aquel bien, conviene a saber, el finito y el limitado bien, mas ama el bien infinito y sin límites. No busques esta o aquella dulzura, mas busca y ama aquella dulzura que por sí subsiste. No ames esta o aquella hermosura, mas a la mesma hermosura, no a aquel o este bien, sino

[1] Ps. 114, 7.

al sumo bien. Si quieres dulzura y delectación, no la busques en frutas, ni en panales, ni en pan, ni en carne, ni en otro manjar alguno, ni en otra particular naturaleza, mas busca a la misma delectación y a la misma dulzura que por sí subsiste y de nadie depende, que de ninguna cosa es dulzura, mas tan solamente es dulzura y toda dulzura, y por semejante manera si buscas hermosura, no la busques en el sol, ni en la luna, ni en las estrellas, ni en el hombre, ni en los cielos, ni en las vestiduras, ni en el oro, ni en la plata ni piedras preciosas, mas busca a la misma hermosura, porque no es hermosa de esto ni aquello, sino la misma pura hermosura, que no es naturaleza mezclada, sino todo es ser hermoso, y esta dulzura, bondad y pura hermosura necesario es que sea infinita y ilimitada.

¡Oh cómo nos hartará la misma hartura y cómo te holgarás, ánima mía, con la misma holganza! ¿Quién podrá decir, aunque tuviese cien lenguas y otras tantas bocas, cuán sabroso sea el mismo sabor y cuán deleitable la misma delectación? ¡Oh cómo me alegrará la misma alegría y cómo nos hinchirá de todo bien el mismo cumplimiento de toda bondad!

Si el panal es dulce por el dulzor que está en él, ¿cuánto más será dulce la misma dulzura? Si sabe el pan por el sabor que está mezclado, ¿cuánto más sabrá el mismo sabor? Si deleitó el oro por la hermosura que en él labró el artífice, ¿cuánto más deleitará la misma hermosura? Jáctese quien quisiere y diga que trabajó desde la mañana, llevando el peso del día y del estío, y alábese el otro diciendo que no es como los otros hombres y que ayuna dos días cada semana, pero a mí muy bueno es, Señor, llegarme a ti y poner en ti mi esperanza.

Confíen otros en sus ciencias y sutileza de ingenio, y en nobleza de sangre, y en dignidades, honras y vanidades de este siglo; mas yo todo esto tuve por estiércol, porque tú, Señor, eres mi esperanza y mi refugio muy alto. Pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, pero yo confío en tu palabra, por amor de la cual desprecié todas las cosas. Tú dices que busquemos primero el reino de Dios, y que nos serán dadas todas las otras cosas. Para ti es dejado el pobre, y tú serás ayudador del huérfano.

Si se levantare contra mí batalla, en ti solo esperaré, porque tú, Señor, eres mi holganza, refugio mío y único bien mío. Pues, ¡oh ánima mía!, quita este bien y aquel bien y goza del mismo bien, conviene a saber, de la misma subsistente substancia de la bondad, de la cual y por la cual es bueno todo lo que es bueno. Esta es la que promete y da tu Dios a sus amigos y escogidos, no premián-

dolos con algún bien, sino con el mismo bien y con la misma bondad.

De aquí es que como Abraham preguntase a Dios lo que le había de dar por sus trabajos, le fué respondido: *¡Oh Abraham!, darte he todo mi bien. Este ha de ser el jornal de tu obra y éste el galardón de tu trabajo* [2].

Conviértete, pues, según consejo del Salmista, a tu holganza, vuélvete para tu Dios y Señor, porque en él solo hallarás en suma perfición todo lo que andas mendigando por las miserables y pobres criaturas. Ama siquiera a tu Dios, por tu descanso y provecho, pues en él solo está tu verdadera holganza.

MEDITACION XXII

Del beneficio que nos hizo Dios en darnos a su Hijo

Entre los innumerables beneficios que de tus magníficas manos recebimos, Dios nuestro y Señor nuestro, el que tiene el primado y donde más claramente mostraste el inmenso amor que nos tienes es en darnos a tu unigénito Hijo. Porque, como dice tu santo Apóstol, *el que nos dió a su Hijo ¿cómo con él no nos dará todas las otras cosas?* [1] ¿Cómo nos negará lo que le pidiéremos el que tan liberalmente se dió a sí mismo y con él todos los bienes? Y si los beneficios recebidos obligan a amar al bienhechor, comenzando a contar las mercedes a mí hechas (si es posible contarse lo que no tiene cuenta ni número), comenzaré a considerar lo mucho que me diste por ser amado de mí, pues diste a ti mismo por mí, procediendo este don de puro amor, según aquello que tú mismo dijiste a Nicodemo: *Tanto amó Dios al mundo, que le dió a su unigénito Hijo* [2]. Este es el sumo bien, infinito bien y divinísimo, que nos quisiste dar dándonos a tu Hijo en testimonio y muestra del inefable amor con que nos amas.

El medio y la fuente manantial de infinitas gracias fué la encarnación de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, ordenando que se hiciese hombre en nuestra carne mortal y pasible. Esta lección tengo yo de leer con aquellos ojos y aquella consideración: que Moisén vió la zarza llena de

---

[2] Gen. 15, 1.

[1] Rom. 8, 32.
[2] Ioan. 3, 16.

fuego, en la cual se dibujó la obra de este misterio, porque así como se mostró el fuego entre las espinas de la zarza sin quemarla ni consumirla, así ayuntaste a la divina persona de tu Hijo nuestra humanidad, sin consumirla, donde ardía el fuego de tu infinito amor.

En fuego fué también manifestada esta admirable obra a Ezequiel, porque en medio del fuego vió una figura de electro, que es oro finísimo de veinte quilates por la gloria y excelencia de nuestra humanidad, la cual resplandeció con maravillosas virtudes y milagros y fué ensalzada sobre todo lo criado. En fuego y en medio de él se manifiesta este misterio, porque mana esta divina obra de aquel divino fuego del amor que nos tuviste, y así, la tengo de considerar y tengo de llegar a ella como a fuego, para recebir calor de divino amor que venza la frialdad de mi corazón.

Cuanto voy más adentro de esta lección, tanto más me voy acercando al fuego, por lo cual más debría crecer tu santo amor en mi pecho, para arder en vivas llamas de fuego de amor. Aquí descansara y parara mi corazón sin pasar adelante, sacando riquezas divinas hasta llegar al fin de mis deseos. La primera brasa de amor que aquí se me da es ver el tiempo en que se prometió al hombre esta merced y el fin por que se le concede.

Entre otras muchas revelaciones hechas a los santos profetas que declaraban que nos habías tú, Señor, de dar a tu unigénito Hijo, una de las más principales es aquella que dijo Isaías cuando fué al rey Acaz. Fué puesto en grande angustia aquel impiísimo rey y a punto de ser destruída Jerusalén, y queriendo tú librarle, enviástele al profeta Isaías con embajada de tanto bien, y para que estuviese seguro de la promesa divina, dióle el profeta elección que escogiese cualquier señal en el cielo o en la tierra, la cual cumplida conociese que verdaderamente lo librarías, así como el profeta se lo decía, y perdiese todo el miedo que tenía. Entendió el mal rey que, si pidiese algún milagro en el cielo, como que se detuviese el sol o volviese atrás, o en los infiernos, como que resucitasen algunos muertos o se abriese la tierra, que sería Dios glorificado y se convertiría a él su pueblo, y le adorarían como a verdadero Señor; y no queriendo esto, mas procurando estorbarlo, quiso quedarse en su temor y peligro y no pedir señal alguna ni milagro. Levantó entonces Isaías su voz y, lleno del celo de la honra de Dios, dijo: *En poco tenéis ser enojosos a los siervos de Dios dándoles cárceles, tormentos y muertes, y no bastaba esto, sino que también a Dios en su propria persona y honra habéis de ser enemigos y contrarios, estorbando el testimonio de su divinidad. Por esto os dará el mesmo Señor una señal, en que*

se glorificará y magnificará mucho más de lo que este pueblo le podía dar de honra y alabanza convirtiéndose a él. Ecce: Atended y mirad: que una virgen concebirá y parirá un hijo, que se llamerá Enmanuel, que quiere decir Dios con nosotros [3].

¡Oh admirable palabra esta que dice: *por lo cual!* ¿Qué es este *por lo cual?* ¿Por qué se ha de hacer Dios hombre? Porque el hombre no quiere su honra y gloria y procura estorbarla aun con peligro de su vida. Por amor de esto le quieres tú, mi Dios, dar el mayor de los dones y hacerle la mayor que pudo el hombre recebir, conviene a saber, dándole a tu unigénito Hijo hecho hombre verdadero. ¿De dónde procede, Señor, esta grande magnificencia que usas con el mundo, sino de aquella infinita caridad y amor tuyo, pues el mayor de los dones se promete y declara en tanta fealdad de culpa? ¿Qué fuera razón que dijera el profeta después de haber querido el hombre embarazar y estorbar la honra de Dios? Por cierto que muy justo fuera que mandara que se abriera la tierra y decendieran vivos al infierno los obradores de tanta maldad, y no se hace esto: mas promete que se abrirán los cielos y que decenderá Dios vivo en la tierra y se hará verdadero hombre. De manera que si consideras, ánima mía, la encarnación de tu esposo Jesucristo, revelada por Isaías, y la contemplas también en aquel primero punto que el primer hombre ofende a su Criador, hallarla has siempre en medio del fuego de amor.

Ofende Adán a la Divina Majestad, y nosotros con él: estórbase la honra y gloria divina, que tanto se había de magnificar en la vida de los hombres, y su traslación al paraíso de su reino, sin que muriéramos. Entonces no trata Dios de nuestra condenación: mas, visto que se estorbaba el consejo de su amor acerca de los que se habían de salvar, ofrece el Padre Eterno a su Hijo. Considera que dice Dios Padre en el punto que peca Adán: Pues se pone estorbo a la gloria de los míos, que tanto amo, yo ofrezco a mi Hijo unigénito para que muera y pague este pecado y todos los demás. Había de hacerse hombre, como convenía a la honra del Unigénito del Padre, inmortal y impasible; mas yo le doy, para que vaya en forma de siervo semejante a la que sus hermanos tienen, para que muera y sean salvos.

---

[3] Is. 7, 10 ss.

MEDITACION XXIII

Del amor que Dios tuvo dándonos a su Hijo

Queriendo declarar al mundo el grande amor que nos tuviste. ¡oh clementísimo y piadoso Señor!, escribe tu evangelista San Juan, que *tanto le amaste, que le diste a tu unigénito Hijo* [1]. La causa de haber hecho al mundo tan singular merced no fué otra sino el grande amor que le tuviste, pues el amor hizo que le dieses a tu Hijo.

Si miramos quién ama, hallaremos que dice que eres tú, mi Dios, y a quien amas es al mundo, y lo que le das en testimonio del amor que le tienes es a tu unigénito Hijo. El que ama eres tú, Señor, que eres Dios, sumo bien, bondad infinita, incomprehensible, inefable y omnipotente, cuyo centro está en todo lugar, y la circunferencia o fin, en ninguna parte. Pues tú, Señor, qué eres sin principio y sin fin, que no procedes de nadie y de quien todas las cosas dependen y reciben su ser, amas al mundo. Si dijera el evangelista que amabas a los ángeles, no fuera mucho, pues de ellos dice el profeta que son tus ministros y siervos que hacen tu voluntad. Si dijera que amas a los varones justos, pues guardan tus mandamientos, no nos maravilláramos de ello; pero pone grande admiración que pongas tus ojos en el mundo rebelde, transgresor de tus preceptos, y que ames al mundo, traspasador de tus divinos mandamientos. Pues el que ama es Dios, y el amado es el mundo. Mirad la diferencia y desigualdad que hay del uno al otro, de Dios al mundo y del mundo a Dios.

Tanto te allanaste, Señor, en poner tu amor en tu criatura, que fuera de ser desiguales en cualidad de nobleza, y por esto no merecedora de este amor, era, por otra parte, indigna de él, por ser mala por su culpa. Porque quien dice *mundo*, dice flaqueza y pecado, y esto significa en la Escritura *mundo*; y quien dice pecado, dice pecadores; y quien dice pecadores, dice enemigos de Dios; y quien dice enemigos de Dios, dice dignos del infierno; y así, aunque aborrece los pecados, ama a los pecadores.

¡Oh extraño y estupendo caso de amor que ame Dios, siendo quien es, al mundo tal cual es! Pues siendo tú,

[1] Ioan. 3, 16.

mi Dios, tal y tan grande, es tanta tu bondad, que no te desprecias de amar al mundo perdido y de darle a tu unigénito Hijo en señal del inmenso amor que le tienes. Esto sentía tu santo Apóstol cuando dijo escribiendo a los romanos: *Engrandece Dios su caridad, pues, siendo pecadores, quiso morir por nosotros* [2]. Engrandeces tu amor en amar a los hombres, y no tanto en esto cuanto en amarlos y en morir por ellos, siendo pecadores y enemigos. Tanto nos quiso Dios, siendo nosotros sus enemigos, que entregó a su Hijo a la muerte por nuestra redención y rescate. Si miramos la cuantidad de este amor, no se puede decir. *Tanto* (dice San Juan) *amó Dios al mundo.* ¿Qué tanto? No hay quien decir pueda el cuánto de este tanto. Inefable es por cierto la cuantidad de este amor, y así no tuvo palabras para decirlo, por ser sin término ni medida.

Cuando alguna cosa es tan grande que no se puede dar a entender con palabras, acostumbra la Escritura decirla por esta palabra *así.* El grande dolor que la Virgen sagrada pasó en los tres días que perdió a su unigénito Hijo manifestó por esta palabra *así* cuando dijo: *Hijo, ¿por qué lo hiciste con nosotros así?* [3] El cansancio que el Señor tenía cuando, fatigado del camino, se sentó en la fuente cerca de Sichen y vino a él aquella mujer samaritana, escribió el evangelista, diciendo: *Fatigado del camino, sentóse así junto de la fuente* [4]. A la grande virtud divina que mostró el Redentor cuando en la cruz con grande voz dió el alma, explicó San Marcos, diciendo: *Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios* [5]. ¡Oh amor mayor que el cielo ni la tierra ni que cuanto Dios tiene criado, pues todo es cifra en comparación de este amor. Aquel amor soberano, aquel piélago infinito y profundísimo mar de amor con que nos amaste, incluyó el evangelista en esta palabra *así.*

Así lo amó, tanto le amó y tanto le quiso, que no hay quien diga la cuantidad de este amor, porque así lo amó, que ninguno puede decir ni imaginar la grandeza de este amor, y para declarar el evangelista el amor grande que tú, mi Dios, tuviste al mundo, mide el amor con el don que nos hiciste, el cual fué tan grande, que no hay peso ni medida que lo pueda pesar ni medir.

Dístenos a tu unigénito Hijo. Este don es igual contigo, y tus deleites, y substancia, y ser, bondad y riquezas tuyas, y tan grande fué el don que fué el mismo Dios.

---

[2] Rom. 5, 89.
[3] Luc. 2, 48.
[4] Ioan. 4, 6.
[5] Marc. 15, 39.

Tan grande, pues, fué el amor como el don. Amaste, Señor, al mundo con amor que era Dios.

Amasnos, Señor, como a tu unigénito Hijo, pues nos le diste por amor. ¿Quién, pues, es el hombre para que tanto le ames? ¿Qué cosa es el hombre, pues tanto lo engrandeces y pones cerca de tu corazón? Toda carne es heno, y toda su gloria, como la flor del campo y semejante a vanidad, y con todo esto, aun no acaba el mísero hombre de ofender a su Dios, siendo Dios quien es y él quien veis. Porque no pensase alguno que nos amabas con sólo el corazón y con solas palabras, mostró el evangelista el infinito amor que nos tenías diciendo que diste a tu unigénito Hijo al mundo.

Hiciste por el mundo todo cuanto pudiste hacer y dístele cuanto le pudiste dar. Muchos servicios te hizo Abraham, pues dejó su tierra y parientes y, como dice tu Apóstol, creyó con esperanza y contra esperanza que podía concebir Sara; pero con todo esto, cuando ofreció a su Hijo en sacrificio, así le agradeciste este servicio, que parecías olvidarte de todos los pasados y le dijiste: *Ahora conozco que temes a Dios, pues no perdonaste a tu Hijo unigénito por amor de mí* [6].

Muy bien te había servido Abraham antes de agora, pero agora dices que conoces su bondad, pues puso al degolladero a su unigénito Hijo por amor de ti, porque todo lo pasado no llegó a tan grande testimonio de amor como entregar a su hijo a la muerte por ti. ¡Oh amador de nuestras almas, Dios mío y dulzura de mi vida, que agora, mi Dios, conozco lo mucho que me amas, pues no perdonaste a tu unigénito Hijo por amor de mí!

Considera, pues, ánima mía, si son éstas verdaderas señales y muy ciertas prendas del amor infinito que tu Dios te tiene. ¡Oh largueza y liberalidad de Dios, pues un Hijo que tenía, y ése tan querido, lo da Dios al mundo, y no lo da prestado, sino dado! Así dijo el profeta Isaías, hablando del tiempo en que nos fué dado en su nacimiento: *Un niño nos es nacido y un hijo nos es dado* [7], y en la muerte se dió Dios al hombre para que haga de él el hombre lo que quisiere. Esto es lo que dijo San Lucas: que el presidente Pilato, después de determinado de dar la muerte al autor de la vida, que lo dió a la voluntad de sus enemigos para que hiciesen de él lo que quisiesen.

Mira, hombre, que tan señor eres de Dios como de cosa propria tuya, y él es tuyo, y está tan rendido a ti,

---

6 Gen. 22, 12.
7 Is. 9, 6.

que aun morir no quiere sino alcanzada licencia tuya. ¡Oh inestimable obra de amor, pues por dar vida al siervo entregó a la muerte a su unigénito Hijo, y en testimonio del infinito amor que nos tenía, nos dió a su Hijo, no prestado, sino dado para nosotros!

MEDITACION XXIV

Cuán grande fué el amor de Dios dándose a sí mismo

¡Oh suma y inefable magnificencia de tu caridad acerca de los hombres, Señor mío! ¡Oh admirable fuego de amor! Maravillosa cosa es cómo no se quebrantan nuestros corazones con tan grande caridad. Porque ¿qué otra cosa restaba, Señor mío, después que pecamos sino que luego nos lanzases en el infierno, como a los ángeles que te ofendieron? Y si quisieras, Señor, muy bien pudieras criar otra criatura más noble, que de noche y de día te sirviera. ¿Qué amor fué éste, buen Dios, que, convidado de nuestra caída, que fué tu ofensa, veniste a buscarnos con tanto cuidado y después de nuestra culpa quisiste magnificarnos mucho más que antes? ¿Qué fué esto y de dónde vino tanto bien, siendo nuestra culpa merecedora de grande pena? Todo procedió de puro fuego de amor. Lo que más mueve mi corazón para amarte es considerar profundamente el amor que nos tuviste.

Más mueve el amor para ser uno amado, que los beneficios recebidos; porque el que hace beneficio a otro, dale algo de lo que tiene; pero el que ama, da a sí mismo con lo que tiene, sin que le quede nada por dar.

Agora, pues, veamos, Señor, si nos amas y qué tanto es el amor que nos tienes. Mucho aman los padres a los hijos. ¿Por ventura ámasnos tú como padre? No hemos entrado nosotros en el seno de tu corazón para saber estó; mas tu unigénito Hijo, que descendió de ese seno, es el que nos trajo nuevas de ello y nos mandó que te llamásemos *padre* por la grandeza del amor que nos tenías, y sobre todo esto, nos dijo que no llamásemos a otro *padre* sobre la tierra, porque tú sólo eres nuestro padre; porque así como tú solo eres bueno, por la eminencia de tu soberana bondad, así tú solo eres padre, y de tal manera lo eres y tales obras nos haces, que, en comparación de tus entrañas paternales, no hay alguno que pueda así llamarse.

Bien conocía esto tu profeta cuando dijo: *Mi padre y*

mi madre me han dejado y olvidado, mas el Señor me ha recebido. Tú mismo te quisiste comparar con los padres, diciendo por Isaías: *¿Por ventura habrá alguna mujer que se olvide del niño chiquito y no tenga piedad con el hijo que salió de su vientre? Posible será que ella se olvide; mas yo nunca me olvidaré de ti, porque en mis manos te tengo escrito y tus muros están siempre delante de mí* [1]. Y porque, entre las aves, el águila es muy afamada en amar a sus hijos, con el amor de ella quisiste, Señor, comparar la grandeza de tu amor, diciendo: *Como el águila defiende su nido y como extiende a sus pollos sus alas y los recibe sobre sí y los trae sobre sus hombros, así yo fuí tu guía y amparo* [2].

Sobre este amor es el del esposo a la esposa, del cual dice: *Por ésta dejará el hombre a su padre y a su madre y se llegará a su mujer, y serán dos en una carne* [3]. Mas a este amor sobrepuja tu amor, porque según tú dices por Jeremías, si el marido echa a la mujer de su casa y después de así lanzada se junta con otra, ¿por ventura volverá otra vez a él? Mas tú has adulterado con cuantos amigos has querido, y con todo eso, *vuélvete para mí* —dice el Señor—, *que yo te recebiré;* y si todavía eres incrédula a este amor, mira todos los beneficios que te tiene hechos, porque todos ellos son prendas y testimonios de amor.

Echa la cuenta de todos ellos, cuántos son, y hallarás que todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra, y todos cuantos huesos hay en todo tu cuerpo, y todas cuantas horas y momentos tienes de vida, todos son beneficios del Señor; y mira también cuántas inspiraciones buenas has recebido de mano de tu Dios, y cuántos bienes has tenido en esta vida, de cuántos pecados te has librado y en cuántas enfermedades y desastres pudieras haber caído si él no te hubiera librado, y que todas estas cosas son muestras y señales de amor. Hasta los mismos azotes y tribulaciones que te envía son argumentos de amor, porque son muestras del corazón de aquel padre que castiga a todo hijo que recibe para enmendarlo y para despertarlo y para purgarlo y conservarle en todo bien.

Amenazando a tu querido pueblo de Israel si no guardase tus mandamientos, dijiste por tu profeta: *Si dejaren tus hijos mi ley y no anduvieren en mis juicios, si profanaren mis justicias y no guardaren mis mandamientos, vi-*

[1] Ps. 26, 10.
[2] Deut. 32, 11.
[3] Gen. 2, 24; Matth. 19, 5.

sitaré en vara sus maldades y sus pecados con azotes [4]. Y por mostrar que este castigo era de padre amoroso y que no te olvidas de tu acostumbrada misericordia, añadiste, diciendo: *Mas no apartaré ni quitaré de él mi misericordia, ni le dañaré con mi justicia* [5]. Y cuando castigaste como padre a Adán lanzándole del paraíso de deleites, hicístele vestidura con que se defendiese del calor del verano y se abrigase en el invierno.

¡Oh clementísimo y piadosísimo Señor, pues, aun en los trabajos que nos das y cuando nos azotas, muestras el grande amor que nos tienes! Pues si pongo los ojos en este mundo, veo que todo él se hizo para mí y sólo por amor de mí y que cuantas cosas hay en él predican amor y significan amor. Y si a todas estas cosas estás sorda, ánima mía, no es razón que lo estés a las voces que el Salvador te da en el Evangelio. *De tal manera amó Dios al mundo, que le dió a su unigénito Hijo, porque todo el que creyere en él no se pierda, sino alcance la vida eterna* [6]. Todas estas son señales de amor, y ésta más que ninguna de todas, como escribe aquel tan amado y amador de Dios su evangelista San Juan, diciendo: *En esto hemos conocido el amor que Dios nos tiene, que nos dió a su Hijo para que vivamos por él* [7]; y este beneficio, con los demás, son muestras del amor que Dios nos tiene y son como centellas que saltan acá de fuera de aquel infinito y abrasado fuego de amor. ¿Qué tanto mayor piensas debe ser aquel fuego escondido, pues las centellas que de él salen son tan grandes? ¡Oh amor infinito, amor grande y gracioso, digno de ser gratificado con amor!

Danos, Señor, *a sentir, con todos los santos, la alteza y profundidad, y la anchura y largueza de este amor* [8], porque por todas partes sea nuestro corazón herido y conquistado de tan grande amor.

---

4 Ps. 88, 31 ss.
5 Ps. 88, 34-35.
6 Ioan. 3, 16.
7 I Ioan. 4, 9.
8 Eph. 3, 18.

MEDITACION XXV

De la excelencia del divino amor

La caridad con que nos amaste, clementísimo Señor, es una virtud que, en respecto de las otras virtudes, se ha como el oro en comparación de los otros metales. Porque así como el oro excede a cualquier otro metal en valor, estima y hermosura, así excede la caridad en perfición y excelencia a las demás virtudes, las cuales, si no están engastadas en caridad, tienen poco o ningún valor.

Declara muy bien esto tu santo Apóstol, diciendo: *Si hablare con lenguas de hombres y de ángeles y no tuviere caridad, soy como metal que suena* [1]. No tienen valor las otras virtudes sin la caridad y todas ellas tienen dependencia de la caridad, y ella no la tiene de ninguna otra, antes ella sola incluye todas las virtudes. Da vida a la fe; con la esperanza seguramente confía, con la paciencia sufre, con la fortaleza vence, con la misericordia se compadece, con la mansedumbre calla, con la liberalidad reparte y, finalmente, que a todas las virtudes ejercita, porque, como dice el Apóstol, *es paciente, benigna, no tiene emulación, no hace mal, no se ensoberbece; no busca sus cosas, no burla de nadie, no piensa mal, no se goza con la maldad, antes se alegra con el bien; todo sufre, todo cree, todo espera y todo lo sustenta* [2]. Todos éstos son proprios efectos de otras virtudes, los cuales tienen por anejos la caridad, como la experiencia nos lo muestra.

En el amor natural, y también en el mundano, cuando un amigo quiere mucho a otro, luego se cree de él, y le fía cuanto tiene, y le da lo que tiene, y le perdona cualquier enojo o agravio que haya recebido. No tiene envidia del bien que otro le hace, trabaja por contentarle, no le hace ninguna injuria, sufre por el amado grandes trabajos, acomete cualquier peligro y es mayor la pena y dolor que produce en él la compasión de la pasión ajena que la misma pasión. Y así, si aquella persona de cuyo amor es captivo tiene falta de alegría, él tiene sobrada tristeza; si tiene falta de salud, él está más enfermo; si está pobre, él no está rico; si le ve en adversidades, él se tiene por atribulado.

---

1 I Cor. 13, 1.
2 I Cor. 13, 4-5.

Pues si esto hace el amor mundano en el sujeto donde está, ¿cuánto más al proprio obrará esto el amor divino, si está dispuesto el sujeto por la gracia preveniente y el término es el sumo bien, que es Dios, de donde mana toda perfición? ¡Oh fuerza grande y excesivo poder y vigor grande de amor! ¿Qué cosa hay que, aunque parezca imposible, no puedas, y qué cosa tan ardua que no acometas, y qué cosa tan fuerte que no venzas? ¡Oh poderosísimo amor, que eres más fuerte que la muerte y tanto más fuerte que todas las cosas fuertes, cuánto más poderoso que todas las cosas poderosas, cuánto más suave y blando que ninguna cosa del mundo! ¡Oh admirable fuerza de amor, que no con hierro, ni con armas, no con mano armada, sino con una suave dulcedumbre o con una dulce suavidad tienes las cosas debajo de tu imperio y por admirable manera constriñes al mundo a tu servicio y sobre todas las cosas tienes tributo!

Bien sabemos, Señor, cuán opulenta, abastada y rica es tu casa y cuán llena de riquezas divinas. No hay mayor riqueza entre todos tus celestiales tesoros, no hay mayor tesoro que tu santo amor, ni hay cosa más preciosa, ni más espléndida, ni más de desear. Y pues esto es así, la mayor merced y beneficio que puedes hacer a un hombre es darle este tu santo amor.

Pida quien quisiere a ti, mi Dios, el don de sabiduría, pida el don de profecía, pida humildad y castidad y lo que él quisiere, que yo no quiero pedir para mí sino tu divino amor, porque quien éste tiene, todo lo tiene. Este es el mayor bien que se puede desear y el mayor don que se puede dar. Y la razón es porque cualquier don que se me concede y cualquier beneficio que se me otorgue no lo tengo en nada si me niegas tu amor divino, con el cual te tengo de poseer, porque el amor tiene tal poder, que hace que tú, Señor, seas mío, y mi posesión, y mi heredad, y quien tuviere todo lo que puede tener, si no tiene amor de Dios, no tiene fruición de Dios.

La fruición divina y tu santo amor están tan hermanados, que no puede haber fruición donde no hay amor. Luego, ¿qué aprovecha poseer todo lo que se posee si no poseemos a ti, mi Dios? Porque así como no puedes dar otra cosa de más valor que a ti mismo, tampoco puedes dar otra cosa más preciosa que tu amor, pues con él nos das a ti mismo en posesión.

Posible es de tu potencia absoluta y plenario poderío que la vista y amor que tienen de ti los santos las dividas de arte que uno te vea y no te ame y otro te ame y no te vea y tenga conocimiento de ti, porque si no te conociese, no te podría amar. Manifiesto está que en tal caso

como éste, que ninguno de éstos sería bienaventurado, porque el que ve tu divina majestad, no goza del sumo bien que ve, porque no ama; y el que te ama y no te ve, no puede sosegar ni descansar hasta que vea distintamente lo que ama, y no puede haber bienaventuranza donde falta gozo y hay deseo, y aunque ninguno de estos dos tiene perfecta bienaventuranza, que consiste en amor y visión todo junto; pero si a mí me dieses a escoger, yo antes escogería amarte sin verte, que verte sin amarte. Porque no amándote, no puedo poseerte enteramente ni tener tu amistad, y amándote, aunque no te vea, puedo ser tu amigo y agradar a tu divina majestad, lo cual sin amor es imposible. ¡Oh sumo bien y bondad infinita, dame tu santo amor y haz de mí lo que quisieres!

No hayas, pues, temor, ánima mía, por ser de fuego este carro de Elías, que es el amor santo y encendido que arrebata las almas y las lleva al cielo, pues los niños en Babilonia no le temieron, mas antes entraron en este fuego osadamente, y, quemadas las ataduras, andaban libres, cantando y alabando en todas las criaturas a Dios. No quema, sino da luz este fuego del santo amor. O diremos que quema y no quema, porque quemando las ataduras, quita los lazos, consume las tribulaciones y quita las cadenas de culpa. Mas no quema ni aun los cabellos de la cabeza a los niños que se han hecho inocentes y limpios en las llamas encendidas de amor puro del benigno y dulce Jesús; de lo cual, como otro Nabucodonosor, se maravilla mucho nuestro adversario Satanás. Tal es el poder y fuerza del divino fuego de amor, que, purificando la sensualidad, la espiritualiza y levanta a gozarse en ti, Señor, juntamente con el espíritu, según aquello que dijo tu santo profeta: *Mi corazón y mi carne se gozarán en Dios vivo* [3]. Cosa grande es haber subido la carne a tan alto grado espiritual y estar tan sujeta al espíritu, que se goce a una con el alma en Dios; mas todo lo puede la gran fuerza del amor, el cual, antes de la resurrección, adonde será el entero dominio del espíritu a la carne, comienza el amor santo a dar un gusto de aquel deseado día haciendo paces por algún tiempo entre estos dos enemigos, espíritu y cuerpo, cuya guerra nació del pecado.

---

[3] Ps. 83, 3.

MEDITACION XXVI

Del beneficio de la encarnación

Sabías muy bien, Señor, que la semejanza es causa de amar y que no hay unión de amor entre dos diferentes sujetos no siendo en algo semejantes.

¡Oh bondad infinita de mi Dios! Y ¿qué lengua podrá decir las cosas que tú has hecho por ser amado de un vil gusanillo de tierra como yo?

Beneficios sin cuenta hacías al hombre antes de tu encarnación y visitábaslo con innumerables dones desde el cielo, porque, atraído con tantos bienes y viéndose tan obligado, pusiese su amor en tan magnífico bienhechor, y viendo que todo esto no aprovechaba para que te amase, quisiste hacerte semejante a él y ser hombre verdadero como él, porque por este camino granjeases su amor.

Antes había desemejanza y en muchas cosas éramos diferentes y de distintas y diversas propriedades, porque tú, Señor, eras impasible, invisible, inmortal, infinito, incomprehensible y eterno, y nosotros, pasibles, visibles, mortales, criaturas finitas y limitadas, comprehensibles, temporales y terrenas. Pero fué tan inefable tu caridad y amor que nos tienes, que, siendo quien eres, quisiste ser lo que nosotros somos, recibiendo en tu divino supuesto nuestra naturaleza humana, haciéndote hombre, como nosotros, mortal y pasible, visible y semejante a nosotros, por ser de nosotros amado.

Estás agora presente y visible en la humanidad que recebiste, y cuando fué menester que para mi redención y vida te ausentases de mí y después de tu muerte subieses al cielo y te sentases a la diestra del Padre, mi semejanza, quitando delante de mis ojos tu presencia corporal, entonces, en la partida, instituiste el Santísimo Sacramento del Altar, porque, teniendo siempre presente tu presencia corporal, no pudiese olvidarme de ti.

Apareciste en el mundo hombre verdadero, siendo Dios, en semejanza de carne de pecado en las penas que con ella tomaste, aunque no en la culpa, de la cual totalmente careciste, semejante a carne de pecado por las penas y muertes que trajo el pecado al mundo, las cuales recebiste sin deberlas. De esta manera venciste al pecado, y con él a la muerte, que entró en el mundo por él, como quien

con las ramas de un árbol pegase fuego al mismo árbol, para que, como dice tu Apóstol, del pecado naciese la destrucción y damnación del pecado.

¡Oh buen Jesús, y cuánta más razón tenemos nosotros de cantar tus alabanzas que las mujeres que cantaban las proezas de David, que degolló al gigante con sus proprias armas! Tú, Señor, entraste en el campo con el soberbio demonio, contra quien nadie se atrevió, y con el báculo de la cruz y sufrimiento más que de piedra, disimuladas las armas de tu Divinidad, le derribaste, cortándole la cabeza con su mismo alfanje, que son los efectos del pecado, que son penas y muertes. Y así, condenaste al pecado en la carne dando tu santísima carne a las penas y muerte, por donde tu gloria fué mayor, y la afrenta del enemigo, más vergonzosa.

En esto mostraste el grande amor que nos tienes, y descubriste los tesoros de tu infinita sabiduría, y mostraste al mundo tu alto poder. Cuando un ñudo está bien dado, cuanto más se tira por los extremos, tanto más fuertemente se aprieta. Así te añudaste, Señor, siendo Dios, con nuestra naturaleza humana, que tirando la muerte por los extremos, entonces se apretó más el ñudo del amor, para nunca más se apartar, porque lo que una vez recebiste, nunca lo dejaste, antes entonces mostraste más el inmenso amor que nos tenías. De esta manera, los que una vez se asen contigo por amor, antes dejan la vida y la pierden que desasirse ni soltar el amor. ¿Qué pudiste, Señor, hacer por nosotros que no lo hayas hecho? Siendo tú inaccesible, y teniendo el cielo cerrado a nuestros pecados, y no pudiendo con el peso de nuestras culpas llegar a ti, tuviste por bien, clementísimo Señor, de venir a nosotros en carne humilde porque pudiésemos llegar a tu Divina Majestad y gozar de tus misericordias.

Cuando un toro bravo anda suelto y libre en el coso, pocos osan llegar a él; pero si fuere después unido y atado, quien quiera se llega a él sin miedo. Antes que encarnases, Señor, y te vistieses de nuestra mortalidad, como a otro toro bravo, no osaba nadie llegar a ti, y por amor de esto dijo Moisén al pueblo de Israel que ninguno se llegase a las raíces del monte donde tú estabas cuando diste la ley, ni hombre ni animal, porque no muriesen.

Llegóse Oza y tocó en el arca del testamento, y murió luego. Llegaron Nadab y Abiu, hijos de Aarón, y fueron punidos con arrebatada muerte, y llegó el rey Ozías como no debía, y fué herido con lepra. Por ello dijo David hablando de ti en el Salmo que *eras Dios de venganzas* [1].

[1] Ps. 93, 1.

Pero después que te uniste con nuestra humana naturaleza y te sometiste al yugo de la mortalidad haciéndote hombre, dice el Evangelio que se llegaban a ti publicanos y pecadores y que comías con ellos. No sólo no los desechabas ni los matabas, mas antes con benignidad los recebías y misericordiosamente les perdonabas sus pecados y amorosamente los consolabas. No huyas, pues, ánima mía, no huyas de tu esposo Jesucristo, porque aunque estés fea y ensuciada con pecados, para lavar tus inmundicias y perdonar tus culpas, viene el Señor del cielo a la tierra en semejanza de carne de pecado. ¿Quién hizo tanto por alguna mujer como Cristo por la naturaleza humana? Si un rey muy poderoso, enamorado de una negra captiva, tanto la amase que no sólo la rescatase, mas aun se casase con ella, ¿no sería este excesivo amor? Y si, no contento con esto, quisiese morir por los delitos de ella, ¿qué mayor amor? ¡Oh esposo de mi alma, príncipe de la gloria y rey del cielo, que todo esto hiciste por mí, pues tanto me amaste, que no sólo me rescataste, pero haciéndote hombre, te desposaste en el tálamo virginal con la naturaleza humana en indisoluble matrimonio, y así la ensalzaste, igualándola contigo, que lo que se dice de ti, en cuanto Dios, que eres criador, impasible y omnipotente, se dice de Dios hecho hombre, y lo que se dice en cuanto hombre, se dice de Dios que muere, padece y es sepultado, por comunicación de los títulos y nombres; y no paró en esto tu inefable amor, pues quisiste morir por mis culpas y pecados. Murmuraban Aarón y María de su hermano Moisén, porque se había casado con una etiopisa. ¿Pues qué dijeran si muriera por ella? Mas tu, Señor, no sólo en tu encarnación santísima te nos diste hecho hombre, pero aun quisiste en la cruz perder tu vida para darnos vida.

MEDITACION XXVII

Del beneficio de la redención

Mucho nos atrae a tu amor, Dios mío y Señor mío, el beneficio de la encarnación, mas la redención, si bien lo quiero mirar, gran fuerza hace a mi voluntad para amar a tan noble bienhechor. Las piedras se hicieron pedazos en tu muerte, y si tú, corazón mío, eres tan duro que no eres por esto convencido ni te ablandas para amar a tu

Dios y Redentor, grande sospecha hay que estás guardado a los martillos del infierno. En los otros beneficios y mercedes que nos hiciste no pusiste, Señor, cosa alguna de tu casa, no te costaron trabajos ni hiciste más que mandarlo, porque tu boca fué medida, y, como dice el real profeta, *tú lo dijiste y fué hecho, tú lo mandaste y fué criado* [1]. No te costó nada criarme, pero el redimirme te costó mucho, pues te costó la vida y la honra y diste tu preciosa sangre en precio de mi redención; y si por los otros beneficios te debo tanto que no pago dándome a mí mismo todo a ti, ¡oh clementísimo Redentor mío!, ¿con qué te pagaré el redemirme, que fué mucho más que criarme?

Si tanto te debo por la creación, ¿qué no te daré por la redención? Sin morir por mí, pudieras en otras muchas maneras redemirme; pero ésta fué soberana manera de redención, la cual escogiste por mostrar el grande amor que me tienes. ¿Qué mayor señal y muestra de amor que poner la vida por el amigo? Tú dices que ninguno tiene mayor caridad que el que pone la vida por sus amigos. Pero mayor fué tu caridad, y excede a toda la caridad posible, pues pusiste tu vida por tus enemigos. Por lo cual, tu santo Apóstol dice: *Encomienda mucho nuestro Dios la caridad en nosotros, pues, siendo enemigos suyos, fuimos reconciliados con la muerte de su unigénito Hijo* [2]. Si por otras vías podías redemirme, con ninguna pudieras tanto obligarme ni dar tan claras señales de amor como dándome tu vida.

Dime, pues, agora, alma mía, ¿qué más pudo Dios hacer por ti que morir por ti? ¿Qué más te pudo dar que darte su propria vida? Si estando un vil esclavo captivo aherrojado en una mazmorra y por sus grandes delitos condemnado y sentenciado por mandato del rey a cruel muerte, y, pasando por la calle el príncipe, hijo del rey y heredero del reino, tomase las cadenas del siervo sobre sí y muriese por él y pagase por sus delitos, ¿no quedaría en perpetua obligación este siervo a tal príncipe amarle todo lo posible? ¡Oh rey celestial y príncipe de la gloria, que estando yo captivo de mis culpas y aherrojado en las cadenas de mis males, condemnado a muerte eterna por mis deméritos, tú, Señor, *tomaste*, como dice Isaías, *sobre ti mis enfermedades* [3] y, hecho obediente hasta la muerte de cruz, libraste mi alma de la muerte, y mis ojos de las lágrimas, y mis pies de la caída. ¿Pues cómo no amaré yo a tal príncipe y a tal rey y señor? Como el ama que re-

[1] Ps. 32, 9.
[2] Rom. 5, 9.
[3] Is. 53, 4.

cibe la purga porque sane el niño enfermo que cría, así tú, Señor, que eres, como dice Oseas, el ama de Efraím, recebiste los dolores y penas que yo merecía por sanar mis enfermedades, según aquello que dice por el Salmista: *Pagaba lo que no tomé* [4].

Grande era, Señor, el fuego de amor que te abrasaba, pues con el calor de tu inefable caridad así ardías en amor, que no pudiste sufrir las vestiduras, y por eso, desnudándote de ellas, tuviste por bien de estar desnudo por mí en la cruz, como otro Noé, embriagado del vino del amor sin medida que a tu Iglesia tenías. Pues ¿quién es tan duro y tan obstinado que no incline su ánima para te amar, pues tanto nos amaste, que nos lavaste de nuestros pecados con tu propria sangre? ¿Quién no te amará con diligencia, hervor y dulzura cuando se acordare que extendiste tus brazos en la cruz deseando abrazar y recebir entre ellos a todos los que huyen a ti?

Sobre todas las cosas, te me hace amable, Dios mío y Redentor mío, el cáliz que bebiste y la obra de nuestra redención. Esto lleva para sí a todo nuestro amor. Esto es lo que trae más blandamente nuestra redención, y más justamente la pide, y más estrechamente la tiene, y con mayor vehemencia la trae. En tus dichos tuviste contradictores; en tus obras, calumniadores; en tus tormentos, mofadores, y en la muerte, escarnecedores. Pues aunque me entregue todo a ti, mi Dios, y te ame cuanto puedo, todo es nada en comparación de la menor cosa que tú hiciste por redemirme. ¿Qué te puedo yo tornar, Señor mío, qué te pueda yo dar, clementísimo Padre, por lo que por mí has hecho y por lo que me has dado? Dísteme todas tus cosas, y allende de esto, así magnificaste de hacerlo conmigo y en tanta manera, que te diste a ti mismo, según aquello del Apóstol: *Dióse a sí mismo por mí* [5]. Amásteme, Dios mío, en algún modo más que a ti, pues moriste por mí, y redimiéndome con tan caro precio, me rescataste y librásteme de los tormentos a que era obligado. Librásteme de miserable servicio, porque era siervo de Satanás, duro tirano; ¡qué duros servicios me hiciera sufrir, si tú, Señor, no me libraras y me socorrieras derramándole del gran poderío que sobre el mundo se había tomado! Pero tú, en la sangre de tu testamento, sacaste los captivos del lago. Haya yo, pues, grande vergüenza y confúndame mucho si no respondiere a tu grande amor con mi amor, porque por tan grande beneficio como éste, de esto y de mucho más soy deudor.

---

[4] Ps. 58, 5.
[5] Gal. 2, 20.

Tú eres, Señor, el que dices que, cuando subieres a la cruz, todas las cosas traerás a ti. Conoces la condición de los hombres, y que con buenas obras son atraídos y llevados en pos del bienhechor; y así, dices que con el beneficio de la redención y perdiendo la vida por él ganarás su voluntad. Ya no puedo resistir, Redentor mío, a tan grandes obligaciones; no puede mi corazón sufrir tan grandes golpes de tu poderoso amor; y por eso no deseo otra cosa en esta vida sino ser perfectamente crucificado contigo; por lo cual dame, Señor, la muerte o imprime en mi alma tu muerte. Más quiero ser aquí contigo crucificado que gozar contigo de tus deleites. Más quiero estar en la cruz con el buen ladrón confesando tu santo nombre que subir al monte con San Pedro y verte en él transfigurado. No conviene gloriarme sino en tu cruz, por la cual el mundo es a mí crucificado y yo al mundo. Si es preciosa la muerte de tus santos mártires en tu presencia, porque mueren por ti, ¿cuánto más gloriosa debe ser tu muerte delante de mis ojos, pues mueres por mí?

No hacen mucho en dar la vida por quien les dió la vida, pero gran cosa es que tú, mi Dios, des la vida a quien es causa de tu muerte. No quieras, pues, ánima mía, dejar a tu esposo Jesucristo solo entre ladrones, mas antes debes ir y morir con él, como decía Santo Tomás, a los otros apóstoles, y pedir a tu Dios y Señor tenga por bien de rociarte con su sangre, para que entres como paloma sin hiel de pecado en los agujeros de la piedra y en la concavidad del valladar.

Conviene que pagues a tu Dios esta deuda de amor perseverando hasta el fin de tu vida, porque así como tu Redentor te amó hasta el fin de su vida, así también le ames hasta la muerte. No vivas para ti, sino para aquel que murió por ti. Si de este amor faltas, así como miembro podrido serás apartada de Cristo, cabeza tuya, y contada en compañía de los que le aborrecen. *La caridad de Cristo nos compele y hace fuerza* [6], dice el Apóstol.

[6] II Cor. 5, 14.

MEDITACION XXVIII

Del amor de la redención

Muy largo campo tienes aquí, ánima mía, en que puedes espaciarte en la consideración de la bondad infinita con que Dios te redimió. Mira, pues, agora la dignidad grande del que padece, que es el Hijo de Dios, sabiduría infinita y, como dice el Apóstol, *Verbo del Padre, resplandor de la gloria y figura de la substancia paternal* [1], que quiso purgar nuestros pecados. Resplandor de la gloria le llamó, por ser claridad sin medida del Padre, y siendo quien era, se entregó a la muerte y deshonra para purgar nuestros pecados. Es tan poderoso, que dice David en el Salmo que *con sólo mirar la tierra la hace temblar* [2]. No quiso disimular en su pasión esta majestad y poder, pues en el principio y fin de ella mostró su poderío.

Cuando lo quisieron prender con gente de armas, declaró su divinidad, pues sin usar de las manos, con sola una palabra, dió con todos sus enemigos en tierra. En la muerte, todas las criaturas le reconocieron por Señor, negando el cielo su luz, la tierra con grandes temblores, las piedras abriéndose por medio, así como en señal de sentimiento y dolor. Este, pues, es aquel, ¡oh ánima mía!, que por ti padece, y, si consideras lo que padece, es la más cruel pasión y el más terrible dolor que pasó jamás hombre en este mundo después que Dios le crió. Porque cuanto las potencias son más nobles, perciben más los objetos, y así, cuando una potencia es muy delicada, es muy sensible. Cualquier herida o golpe se siente más en la cabeza, por ser miembro más principal y más sensible, que si se recibiese en otra parte del cuerpo; y no siente tanto el rústico pastor el frío ni golpe que recibe como el delicado y noble. Pues como Cristo nuestro Redentor fuese de más delicada complexión que hubo jamás, por ser su cuerpo sacratísimo formado en el vientre virginal milagrosamente por obra del Espíritu Santo, y las obras hechas por milagro exceden a las que obra la naturaleza, cualquier herida pequeña causaba en la humanidad de Cristo mayor dolor y sentimiento que los que las heridas grandes pudieran afligir a otros hombres cualesquiera.

---

1 Hebr. 1, 3.
2 Ps. 103, 32.

No dieron tanto tormento a San Esteban las piedras ni a San Lorenzo sus parrillas como al Redentor del mundo atormentaron los azotes y corona de espinas. Cuánto más que padeció grandes y crueles heridas en todo su cuerpo, siendo sus pies y manos con duros y grandes clavos traspasados, su sagrado celebro con agudas espinas penetrado, afeada su cara con torpes salivas, sus claros ojos fueron con vil paño cubiertos, sus oídos afligidos con horribles injurias y abominables blasfemias, su boca con hiel y vinagre atormentada, sus mejillas heridas con bofetadas, sus barbas y cabellos furiosamente con el cuero arrancados, su cuello y garganta con ásperas sogas y pesadas cadenas desollado y herido, sus pies y sus manos enclavados en la cruz, rotas sus venas y nervios, su carne con crueles azotes herida, su costado abierto y todo su cuerpo descoyuntado.

Pues ¿qué piensas que padeció en el alma, con cuántas angustias y tristezas fué su ánima santísima atormentada, pues sola la imaginación de la pasión advenidera tanto le afligió, que estuvo en el huerto agonizando y sudó gotas de sangre? Este sudor de sangre fué argumento de la acerbísima y dolorosa pasión de Jesucristo y claro testimonio de la grande tristeza de su ánima. ¿Quién de los mortales estuvo alguna vez tan triste, afligido y angustiado que sudase sangre, y en tanta abundancia que regase la tierra? Juntas todas las tristezas que en el mundo han tenido todos los hombres, no llegan a la tristeza que tuvo Cristo, nuestro Señor, en su pasión. Veía la ingratitud de los hombres, conocía los pocos que de su pasión se habían de aprovechar, y esto afligía más su Corazón que los clavos y azotes. Tuvo Cristo particular noticia de todos los pecados del mundo pasados, presentes y por venir y particular tristeza de cada uno de ellos, a los cuales tenía tanto aborrecimiento cuanto estimaba la honra de Dios y cuanto más la amaba; y como el amor que le tenía era infinito, así el aborrecimiento que tenía a los pecados era infinito, de lo cual se seguía suma tristeza hasta la muerte.

Y porque sería para nunca acabar tratar de los tormentos y penas que tu Dios y Señor padeció por ti, levanta agora tu pensamiento, ánima mía, y entra contigo a solas en el silencio de la noche y considera profundamente que todo lo que padece tu esposo Jesucristo es solamente por el grande amor que te tiene. Tan inmenso era el fuego de vivo amor que tenía ocupadas aquellas reales entrañas de Jesucristo, que a San Pedro, porque contradice su pasión, lo llamó *Satanás*, y cuando se pone en armas para impedirla, le manda meter el cuchillo en la vaina; y, sentándose a la mesa en la última cena, como

el que alcanza lo que mucho desea, dijo a sus discípulos: *Mucho he deseado comer esta Pascua con vosotros* [3]. Teniendo otros muchos medios como podernos redemir, escogió el más dificultoso y penoso por mostrarnos el grande amor que nos tenía. No enviaste, Señor Dios nuestro, algún ángel que nos redimiese, mas la grandeza del amor que nos tenías no sufrió que manos ajenas entendiensen en negocio tan grande como era redemir al hombre, tan amado de ti.

La primera palabra que dijiste en la cruz fué rogar al Padre Eterno por los que en ella te enclavaron. Cada uno se queja primero de lo que más le duele, y así como te dolían más nuestras culpas que tus proprias llagas y sentías más nuestros males que tus dolores por el infinito amor que nos tenías, por amor de esto primero, te quejas de nuestros males y pides el remedió de ellos, que es la clemencia y misericordia del Padre. ¡Oh fuego de infinita perfición, al cual no pueden matar las muchas aguas de persecuciones, blasfemias y deshonras que en tu pasión te dieron, mas antes parece que como la fragua, que con el agua más se enciende; así, cuando en la cruz se llegaron como a una todos tus trabajos, allí más resplandecieron tu humildad y paciencia y tu largueza, que son centellas de tu divinal amor.

Al fuego en el monte no es menester echarle leña, porque él mismo se ceba. El fuego de amor santo en tu sacratísima pasión levanta sus llamas, porque estaban en él a la mano tormentos y aflicciones, que son la leña con que tan santo fuego arde. ¡Oh grandeza de amor! ¡Amor soberano, pues por un vil gusano de la tierra diste a tu unigénito Hijo! Tantas cuantas llagas ves, ánima mía, en el cuerpo de Cristo, tantas llagas de fuego has de considerar que salen de la fragua de aquel divino pecho que arde con amor más que de madre. Todo nacía de la grande compasión que tenía de nuestras almas. Considera la dolorosa pasión que por nosotros padeció y la gran compasión que aun padeciendo tenía de nosotros. Cuan vió Jonás la tormenta que por su causa padecían los navegantes, compadecióse de ellos y dijo: *Por amor de mí se levantó esta tempestad; lanzadme en el mar* [4]. Por amor de ti y por el amor que te tiene Cristo padece tan grande tormenta de tribulaciones y dolores; lánzate en este mar tempestuoso de trabajos y aflicciones, sufriendo muchos agravios y penas por amor de aquel que tanto pasó por ti y amando a quien tan de veras te amó, que se puso en la cruz por amor de ti.

[3] Luc. 22, 15.
[4] Ion. 1, 12.

MEDITACION XXIX

Del amor con que Cristo se ofreció para nuestra redención

Quisiste, Señor, que tu corazón fuese abierto con lanza para que la entrada de mi consideración me fuese más fácil, como casa cuya puerta está abierta, que convida a ver las hermosuras que en sí tiene. Así, dice tu apóstol San Juan que se abrió el templo de Dios y vióse en él el arca del testamento. Abriéndose tu sagrado templo y mirando los pensamientos de tu Corazón, diré en alta voz con el Salmista: *En tus pensamientos que para mi provecho tuviste no hay semejante a ti* [1]. Todas las cosas que padecías de fuera nacían de aquel pensamiento amoroso de tu Corazón, y así, San Juan cifra toda tu pasión en amor, cuando decía que *nos amaste y lavaste con tu sangre nuestros pecados* [2]. ¿Quién habrá que sin interese propio haga otro tanto por otro?

No cabe en entendimiento humano tan extraño y espantoso caso de amor, pues la Majestad Divina quiso dar su vida por una vida de tan poca importancia como la nuestra. ¿Quién se acordará de tal amor que no se le arrasen los ojos de lágrimas viendo que vida tan preciada se dió por cosa tan vil? Los años y días se habían de hacer muy cortos para agradecer tan alta merced. Y si la obra me maravilla, mucho más me debe maravillar, Dios mío y todo mi bien, el amor que dentro de tu pecho ardía, el cual, si los serafines vieran en el Calvario (con llamarse así porque están encendidos en amor), vieran juntamente que su amor, cotejado con éste, era tibieza y no merecía nombre de amor, porque el Espíritu Santo infundió amor en la santísima ánima de Cristo, en el punto de su concepción, a la medida de la alteza a que fué levantada. Y como esta exaltación es la mayor que Dios pudo dar, que es unirla personalmente consigo, así, su amor es, sin alguna proporción, el mayor de todos los ángeles y santos. Y de ella se dicen aquellas palabras de los Cantares: *Metióme el rey en su botillería de vino y ordenó en mí la*

---

[1] Ps. 39, 6.
[2] Apoc. 1, 5.

caridad[3]. Y según dice otra letra: *puso sobre mí su abundancia de amor.*

Puso la bandera del amor sobre ella en señal que estaba vencida y conquistada de amor, porque aquel merece la bandera en la guerra del amor de Dios que más vencido y poseído es de amor. ¿Qué maravilla que tal amor salga fuera y queme las vestiduras de su cuerpo, pues dice el Espíritu Santo que *ninguno puede llevar fuego en su seno sin quemarse las vestiduras?*[4] Este amor fué, Señor mío, el que te ató las manos con cordeles y te llevó de un juez a otro, sufriendo bofetadas, azotes y espinas, y el que te puso la cruz a cuestas y te hizo tender en ella tus brazos, en señal de que tu amor se extendía a todos los hombres pasados, presentes y por venir, porque no sólo los lleves sobre tus hombros, como el gran sacerdote llevaba los nombres de las doce tribus de Israel, mas escritos en lo íntimo de tu Corazón; y tanto los amas, que, habiéndolos Adán vendido por una fruta, y ellos a sí mismos por cosas vilísimas, los vas a rescatar por tan costoso precio. ¡Oh Jesucristo, benditísimo Redentor nuestro, que verte de fuera abofeteado, y tu delicadísimo cuerpo cardenalado y abierto con tantos mil azotes, y tu santísima cabeza traspasada de espinas, y tus pies y manos con clavos muy agudos, cosa es que quiebra el corazón! No hay vista humana que alcance los dolores que interiormente te atormentaban, sino tú, Señor, que los pasaste.

De ti dijo el profeta Isaías que *cada uno se perdió por su camino y el amor puso sobre tus espaldas nuestros pecados*, la cual carga tú aceptaste con tantos dolores, que tú solo puedes contar el número de todos los pecados que te causaron tantos tormentos y conocer la grandeza de tan grandes penas. David confiesa que tiene más pecados que pelos en la cabeza, y aun pide perdón de los que no conoce. ¿Pues qué será de los pecados de todos los hombres, los cuales han tenido y tienen muchos más pecados que David? ¡Oh cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, y en cuán gran trabajo te metiste! De ti, Señor, está escrito: *Cercáronme muchos becerros y los toros gruesos me rodearon. Abrieron contra mí su boca, como león que brama y hace presa*[5]. No se dijo esto tanto por la compañía de gente que fué a prender como por los pecados de los hombres que cercaron tu Corazón. ¿Qué retablo tan doloroso, Señor, traías contigo andando cercado de tantos y tan enormes pecados como se han cometido en todos los siglos?

[3] Cant. 2, 4.
[4] Prov. 6, 27.
[5] Ps. 21, 13.

Derramado fuiste, Señor, como agua con los tormentos de fuera, mas tu Corazón derritióse dentro, como cera, con el fuego de amor que en tu pecho ardía. ¿Quién dirá cuán grandes fueron tus tormentos, pues tan grande fué el mundo de los pecados que los causaron? Y no sólo pagaste la pena debida a los pecados cometidos, mas la preservación de otros muchos te costó dolores, pues la gracia y favor divino que preserva de pecar se nos da a costa de tus trabajos. Ni fueron solos pecados los que te costaron dolores, mas todos los bienes espirituales nos compraste con el precio costosísimo de tu sangre, el cual escedió y sobrepujó al valor de lo que comprabas, para enseñar en esto más tu amor. *Padre del siglo advenidero* [6] te llamó Isaías, porque así como todos los hombres, según la generación de la carne, vienen de Adán, así ninguno hay que, según la gracia, no venga de ti. Tú, Señor, diste vida con los bramidos de tus dolores, como leona, a los hijos que el primer padre mató. Aquél, bebiendo la ponzoña que le ofreció la serpiente, engendró hijos emponzoñados, y tú te deshaces y pierdes tu frescura por albergar y regalar a tus hijos, como hace la gallina, a quien tú te comparaste.

¿Y qué diré del hirviente amor con que morías? Como tu cruz y muerte eran donde más habías de mostrar el gran amor que nos tenías, viendo que se dilataba tu muerte, angustiábase el deseo y congojábase por ver lejos la pasión, porque no podías morir un día antes, según el mandamiento y ordenación del Padre, y así, en la última cena, sabiendo con divina sabiduría la determinada voluntad y obra de Judas el traidor, le dijiste *que se diese prisa y despachase* [7], porque con tanto hervor nos amabas y tan grande era el deseo que tenías de verte en la cruz por salvar nuestras almas, que la diligencia de Judas te pareció muy perezosa. ¡Oh buen Redentor y dulce amor nuestro! No querías el pecado del traidor ni se lo mandaste, mas deseabas morir por nosotros, y al que andaba muy solícito, le decías que hiciese presto lo que hacía. Con tan ardentísima caridad nos amabas, que deseabas que el tiempo corriese más apriesa y que los pies de Judas caminasen con más presteza a traer los que te habían de prender, y con deseo admirable te fuiste tantas horas antes a esperarlos al huerto; y porque se tardaban, en tanto que venían, gastaste aquel tiempo en oración, y faltando quien con heridas derramase tu benditísima sangre, tú la ofreciste en abundancia luchando con la muerte.

---

[6] Is. 9, 6.
[7] Ioan. 13, 27.

MEDITACION XXX

Del amor de Dios en dársenos en manjar

Entre las muy grandes prendas de amor que me diste, clementísimo y piadosísimo Señor, una de las muy altas y soberanas mercedes y muestras señaladas del amor que me tienes y siempre me tuviste fué darte a ti mismo en manjar de vida en el venerable sacramento de la Eucaristía, que instituiste despidiéndote de nosotros en la última cena. Tu evangelista San Juan dice *que como amases a los tuyos, que tenías en el mundo, que en el fin los amaste* [1]. Siempre los amaste mucho; pero en el fin, despidiéndote de ellos con manifiestas obras, les mostraste el amor sin medida que les tenías en la institución de este santísimo sacramento. Y por eso, San Juan, queriendo hablar de esta cena, habló del amor que a los tuyos tenías, por ser esta cena toda llena del infinito amor con que dejaste al mundo tu presencia corporal, en memoria perpetua de tu sagrada pasión. Si antes que nos dieses tu sagrado cuerpo en mantenimiento de vida nos amabas y nos diste muchos dones, todo fué poco comparado con la merced que nos hiciste dándote a ti mismo a nosotros. Nunca te mostraste magnífico en todo cuanto criaste hasta que instituiste este sacramento. La obra, por ser magnífica, no sólo ha de ser grande, mas aun también se ha de nivelar con el poder del que la hace, y de aquí es que una obra será magnífica respecto de un señor, la cual, si la hace el rey, no será magnificencia, porque abaja de la dignidad real. Criaste, Señor, el sol, y luna y estrellas; mar, y hombres, y ángeles, y todas las cosas hiciste de nada; pero en todo esto no te mostraste magnífico, porque aunque estas obras sean grandes en sí, considerando tu omnipotencia, hallaremos que son muy pequeñas según lo que tú puedes hacer. No te costaron trabajo, porque, como dice el Salmista, *tú lo dijiste, y fueron hechas; tú lo mandaste, y fueron criadas* [2]. Si el rey no será magnífico por dar un real, ¿cómo serás tú magnífico por criar el cielo y la tierra, pues es más para el rey dar un real que para ti criar a todo el mundo?

---

[1] Ioan. 13, 1.
[2] Ps. 32, 9; **148, 5.**

Tantos reales puede dar el rey que se quede pobre; pero tú, Señor, aunque críes millares y millares de mundos, quedarás después tan rico y poderoso como antes. *La mano del Señor,* dice Isaías, *no es abreviada* [3] ni se agota su omnipotencia. Pero en este Santísimo Sacramento del Altar mostraste tu magnificencia, pues lo que das es de valor infinito, y diste al hombre todo lo que puedes dar dándote a ti mismo. Diste todo lo que pudiste dar y hiciste todo cuanto pudiste hacer. Esta fué obra verdaderamente magnífica, en la cual echaste todo el resto de tu omnipotencia y prodigaste toda tu grandeza y majestad. Mostraste aquí las riquezas de tu divinidad y omnipotencia, así como el rey Asuero mostró su gloria y poder en el banquete que dió a los príncipes de los persas y medos. ¿Qué más me pudiste dar y qué más pudiste hacer por mí para traerme a tu amor? ¿Qué mayores muestras y qué mayores señales de amor? ¿Qué más evidentes testimonios podías dar del amor tan sin medida que nos tenías? Cuando el profeta Natán reprehendía al rey David, en aquella parábola que le trajo del rico que tenía muchas ovejas y del pobre, encareciendo el amor que tenía aquel hombre pobre a la única oveja que poseía, díjole que comía del pan de su Señor y que bebía de su cáliz.

Muy grande y muy claro testimonio fuera de lo mucho que nos amabas si nos hicieras participantes de tu mesa y nos dieras de comer de tu pan y a beber de tu vaso, y con sólo esto estaba bien probado el grande amor que nos tenías. Pero extraño caso es de amor que no solamente tienes por bueno que comamos de tus manjares, pero aun quieres tú mismo ser nuestro manjar y comida. No estaba poco ufano Amán por verse convidado en la mesa del rey Asuero, y así, se jactaba y gloriaba con su mujer Zares y con sus amigos, y decía, alabándose, que la reina Ester a ninguno había convidado sino a él, y que ese otro día había de comer con el rey. ¡Oh Rey de gloria! ¿Y no era suficiente argumento de lo mucho que nos amabas convidándonos solamente a tu mesa? Con esto solo probabas el grande amor que nos tenías. Pero el estupendo y espantable amor que tenías a nosotros, pecadores, no se contentó con sólo esto, mas, pasando más adelante, llegó a todo lo que pudo llegar y subió todo lo que pudo subir, pues quisiste ser tú mismo el manjar y que, asentados contigo en una mesa y en un altar, te recibiésemos en nosotros mismos, y juntamente con tu sagrado cuerpo se nos comunicasen los innumerables dones y gracias que reciben nuestras almas por medio de este santísimo sacramento.

[3] Is. 50, 2.

Del amor grande que tenía a David Jonathás, hijo del rey Saúl, dicen las divinas letras: *Amaba Jonathás a David como a su vida, porque despojóse Jonathás de la túnica de que estaba vestido y dióla a David, y todas las otras vestiduras, hasta su espada y arco y hasta la banda de caballero de donde tenía colgadas las armas* [4]. Pues si esto dice la Escritura para probar el grande amor que tenía Jonathás a David, ¿cuánto mayor testimonio de amor es darme tú, mi Dios, no tus vestidos, sino tu propria carne y sangre? ¿Cuánto más es desnudarte de tu propria vida y darte a ti mismo en manjar?

El amor que tenía Jonathás a David, con ser muy grande, ni aun sombra merece ser del amor tan sin medida que nos tuviste. ¿Qué pastor hubo que amase tanto a sus ovejas que les diese en pasto sus propias carnes? ¿Qué pastor quiso así a su ganado que se sacase su sangre para untarlo con ella y quitarle la roña? Esto que hizo con increíble amor aquel gran Pastor, Jesucristo, que dice: *Yo soy buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas* [5]. ¡Oh preciosa perla y sobrepujante margarita, por la cual el que la halló dejó todo cuanto tenía, que por mostrar el gran amor que nos tenías quisiste deshacerte en el vinagre de tu acerbísima pasión y darte a nosotros en comida! En historias verdaderas hemos leído y sabemos de cierto, y también consta de la divina Escritura, que muchas madres, con grande hambre, mataron a sus hijos y los cocieron y comieron para sustentar sus vidas. Esto leemos haber hecho las madres con sus hijos; pero ¿qué madre cortó de sus brazos y dió de sus carnes a sus proprios hijos? ¿Qué madre quiso perder su propria vida por dar vida a su hijo? Pero aquel que es más que madre, cuyo amor excede a todo amor de madre y a todo amor criado, entregó a sí mismo a la muerte para que viviésemos nosotros y diónos su proprio cuerpo en manjar y su sangre en bebida.

MEDITACION XXXI

CÓMO DIOS EN EL SACRAMENTO DEL ALTAR SATISFIZO AL AMOR QUE NOS TENÍA

Cuando en la última cena te despedías, Señor, de tus muy amados y queridos discípulos, era tu Corazón com-

[4] I Reg. 18, 1 ss.
[5] Ioan. 10, 11.

batido del infinito amor que nos tenías con dos cosas contrarias. Por una parte, te decía el amor que te fueses, y por otra, te decía que te quedases. El amor te decía que te fueses, pues tu ida por muerte y pasión era nuestra redención y vida, y así, convenía que te fueses, porque de esta manera nos abrías las puertas del cielo y nos aparejabas sillas en la gloria.

Dependía todo nuestro bien de tu partida porque, yendo al Padre por la cruz, nos alzabas el destierro y lavabas nuestras almas con tu sangre. Esto es lo que dijiste a tus apóstoles en esta cena sagrada: *Conviene a vosotros que yo me vaya.* [1]. Si tú no fueras primero al cielo, no pudiéramos nosotros entrar en él, y así, nos importaba no menos que la vida el que te fueses, porque, presupuesta la divina ordenación, no podíamos salvarnos sin tu muerte y partida.

Por otra parte, este mismo gran amor que nos tenías te decía que te quedases, porque el que ama, recibe pena cuando se aparta de la presencia del amado, al cual querría siempre tener presente, y siente la despedida según la grandeza del amor que le tiene. Pero tú, Señor, con tu muy alta y infinita sabiduría cumpliste con estos dos contrarios amores y hiciste lo uno y lo otro, porque tú fuiste y te quedaste. Fuiste al Padre por cruz y pasión y subiste al cielo, y quedaste aquí en la tierra con tu Iglesia militante real y verdaderamente en este santísimo sacramento. Esto es lo que dijiste a tus discípulos cuando te ibas. Con vosotros estoy hasta el fin del mundo. ¡Oh infinita sabiduría de mi Dios!, y ¿quién pudiera dar tal traza, quién hallara tal invención? Fuése y quedóse, y quedóse y fuése. Fuése al Padre y quedóse en este sacramento, y quedándose aquí real y verdaderamente debajo de especies de pan y vino, fuése a aparejarnos lugar en el cielo. *Yo voy al Padre* (dice él) *a aparejaros lugar* [2]. No quisiste, clementísimo Señor, dejar a la Iglesia, tu amada esposa, desconsolada privándola de tu real presencia. Cuando el esposo hace alguna grande ausencia y le conviene apartarse de la esposa, si ella verdaderamente le ama, quedará desconsolada y triste con la partida del esposo; ni bastaran para alegrarla y tenerla contenta los joyeles ni joyas que recibió de él, porque más quiere la presencia del esposo que sus dones.

Así, tú, Señor, después que redemiste y dotaste a la Iglesia, tu esposa, antes captiva del pecado, dístele muchos joyeles de gracias y sacramentos, con que la adornas-

---

[1] Ioan. 16, 7.
[2] Ioan. 14, 2.

te y enriqueciste. Pero aunque le dejares los ricos dones del baptismo, confirmación, orden y los otros sacramentos, siempre quedara triste y desconsolada no teniéndote presente y estuviera como viuda la señora de las gentes. Mas quedándote con ella para siempre en este admirable sacramento en cuerpo y alma, Dios y hombre verdadero, tan grande y omnipotente como andabas en la tierra y estás agora en el cielo, cumpliste sus deseos y mostraste el amor inmenso que le tenías, pues nunca pudo este soberano amor acabar contigo que estuvieses una sola hora ausente de tu amantísima esposa. Y así, por modo inefable, quisiste quedarte con nosotros en este santísimo sacramento, haciendo en él un sumario de todas tus muy grandes y antiguas maravillas. No me maravillo de que pudieses, sino de que quisieses. Conozco tu omnipotencia, y así, no me espanto, considerando lo que puedes, que pudieses, siendo quien eres, Dios de tanta majestad, encerrarte en tan humildes accidentes. Pero maravíllome mucho de que quisieses, ¡oh amor incomparable y caridad infinita de mi Dios!, pues quisiste visitar al hombre pecador y venir a él con toda tu corte de ángeles, arcángeles, serafines y querubines y comunicar las riquezas de tu gracia y gloria a nuestras ánimas por modo tan exquisito y admirable, viniendo tú, Rey de la gloria, disfrazado a la hostia consagrada. ¿Quién pudiera llegar a ti si vinieras con la gloria y majestad que estás en el cielo, descubierto y patente? ¿Cómo pudieran sufrir nuestros ojos tan inmensa claridad y resplandor?

No pudieron los hijos de Israel sufrir la claridad que salía de la cara de Moisén por haber hablado contigo en el monte, y así fué menester que pusiese un velo delante de su rostro. La reina Ester cayó desmayada viendo la majestad del rey Asuero, y cuando apareció un ángel al profeta Daniel, quedó amortecido. ¿Pues cómo pudiéramos nosotros sufrir tanta gloria ni llegarnos a tu infinita majestad si tú, Señor, con tus grandes misericordias no te humillaras y vinieras encubierto debajo de tan humildes accidentes? Mostraste el amor infinito que nos tenías muriendo por nosotros, y porque no sólo los sabios, sino también los ignorantes y pequeños entendiesen el amor con que nos amabas, quisiste dejarnos este sacramento en memoria del beneficio inestimable de tu pasión sacratísima. Como los príncipes quieren que sus grandes hazañas no sólo las escriban sus cronistas, pero ponen estatuas y imágenes de bulto que representen sus claros hechos a los advenideros y las sepa también el pueblo que no sabe leer, así, Señor y Dios nuestro, no contento con escrebir la gran obra de tu pasión y nuestra redención los profetas y evan-

gelistas, quisiste poner como en imagen y estatua en este sacramento la memoria de aquella famosa victoria que alcanzaste en la cruz del demonio y de la muerte.

Es este sacramento como una estatua viva y perpetuo memorial de tu sagrada pasión, según lo canta la Iglesia, diciendo: «¡Dios, que en este admirable sacramento nos dejaste la memoria de tu pasión!» Represéntasenos en la hostia consagrada tu santísima pasión. De todos quieres ser conocido y a todos quieres comunicarte, y por eso, debajo de especies visibles de pan y vino, te comunicas a todos tus fieles, así a los idiotas como a los letrados. Por eso dijiste en el libro de los Cantares: *Yo soy flor del campo* [3]. De las flores de los huertos cerrados y vergeles no gozan sino personas particulares y los señores de los tales huertos, pero de las flores de los campos gozan todos y son a todos comunes, así a los pequeños como a los grandes. Muy bien dices, mi Dios, que eres *flor del campo*, pues a todos te comunicas y a todos te das, sin esconderte y negarte a nadie, dándote a ti mismo en este sacramento, así a los pobres y pequeños como a los ricos y poderosos. No es estrecha tu caridad, sino muy ancha y extendida, que a todos abraza y hace sombra.

MEDITACION XXXII

CÓMO MOSTRÓ DIOS SU AMOR EN EL TIEMPO EN QUE INSTITUYÓ ESTE SACRAMENTO

El amor grande que tenía ocupadas todas tus entrañas, clementísimo Señor y Redentor nuestro, fué tan sin medida, que nunca la malicia del mundo pudo matar tan grande fuego como éste, mas antes parece que como fuego de alquitrán, que más se enciende con el agua, así tu soberano amor con nuestros grandes pecados se aumentaba. Esfriaran a otro corazón, por muy encendido que estuviera, y endurecieran a cualesquier entrañas, por amorosas y tiernas que fueran; pero tú, mi Dios, cuando nosotros éramos peores y más dignos del infierno, entonces mayores mercedes nos hacías. ¿Quién no amará tanta bondad y quién no servirá a tal Señor como éste? Mira, pues, ánima mía, la grandeza del amor de tu esposo Jesucristo.

El mayor pecado que se cometió en el mundo fué la

[3] Cant. 2, 1.

muerte que dió a su Redentor y Señor. Pues cuando el mundo más encendido estaba en matar a su Criador y cuando le trataba la muerte, entonces estaba el Salvador dándole su propria vida. Cuando Judas le vendía y los enemigos estaban más encendidos en ira y odio mortal que le tenían, en esa misma hora el clementísimo Señor, abrasado de amor, les daba su propria carne y sangre en manjar de vida y instituía este sacramento. Estaba el mundo tratando su muerte, y él estaba dándoles manjar de vida con que para siempre viviesen. La mayor dádiva que diste jamás al mundo fué darte, Señor, a ti mismo en manjar; y entonces hiciste al mundo la mayor merced, cuando era menos digno de recebirla. Este amor grande quiso significar tu santo Apóstol cuando notó el tiempo en que instituiste este sacramento, diciendo en la primera Epístola que escribió a los Corintios: *Nuestro Señor Jesucristo, en la noche que era vendido, tomó el pan, y, haciendo gracias, partiólo y dijo: Tomad y comed. Este es mi cuerpo, que será entregado a la muerte por vosotros* [1]. Dijo el Apóstol el tiempo en que instituíste este sacramento, que fué en la misma noche que te prendieron, por encarecer el grande amor que nos tenías y porque entendamos que no sólo nos diste a ti mismo en manjar, mas aun también que nos hiciste tan grande merced, cuando menos la merecíamos.

Nunca el mundo fué tan digno del infierno como cuando le diste el manjar de gloria. Merecía muerte eterna, y tú, mi Dios, estabas entonces dándole vida perdurable. Ellos tratan de tu muerte, y tú tratas de su vida. Cuando el pueblo de Israel estaba idolatrando y adorando el becerro, entonces, Señor, estabas tú dándoles ley en que viviesen y enseñando a Moisén lo que había de hacer para salvarse y alcanzar la gloria. Así también, cuando San Pablo perseguía con mayor calor tu santa Iglesia y se hacía menos digno de tu misericordia, entonces, Señor, le llamaste y convertiste, mostrástele tu divina esencia. Indignado contra el incrédulo rey Acaz y contra su pueblo, y reprendiéndolos Isaías, en lugar de castigarlos, les prometes de darles a tu unigénito Hijo humanado. Cuando el pueblo rebelde decía que te había de dejar y irse tras sus amadores, tú, Señor y Dios mío, le dices por Oseas que *lo llevarás a la soledad y le hablarás al corazón* [2], haciéndole especial favor y regalo. Así también aquí, en lugar de hundirlos y mandar a la tierra que tragara a tan crueles enemigos tuyos, das al mundo tan grande prenda

---

[1] I Cor. 11, 23.
[2] Os. 2, 14.

de gloria. Amor soberano, amor infinito, el cual no sólo nunca pudieron nuestros pecados agotar, mas aun entonces más mostrabas y declarabas, clementísimo Señor, el grande amor que nos tenías cuando con nuestras maldades eras más provocado a ira y enojo. Por amor de esto dijo la esposa en los Cantares: *Yo duermo y mi corazón vela* [3]. Yo estoy durmiendo, dice el alma, floja, descuidada de mi bien y olvidada de mi salud, y mi corazón, que es mi amado, mi querido y todo mi bien, está velando, haciéndome mercedes y desvelándose en regalarme.

Con increíble amor me despierta y me llama con beneficio porque no duerma descuidada en la culpa. La voz del Amado, que me llama: *Abreme, hermana mía y amiga mía* [4]. Con estos golpes y obras de misericordia grandes eres despertada, ánima mía, al amor de tu Dios y Señor, pues a sí mismo se da en manjar, siendo tú indigno de llegar a él. Cuando te diste, Señor, a nosotros en tu encarnación, entonces, siendo Dios, te hiciste hombre, pero cuando te nos das en este sacramento, hácese el hombre semejante a Dios, porque este manjar no se convierte en el que le come, antes al revés, porque el que le recibe se convierte en el manjar. Múdase el ánima en Cristo cuando más y más es semejante a Cristo en gracia y virtud, lo cual se hace por virtud de este sacramento.

Quisístenos, Señor, encorporar con tu cuerpo y darnos tu sangre, porque, embriagados con tu amor, seamos un ánima, una voluntad y un corazón contigo. ¿Qué cosa es beber tu sangre, que es silla del ánima, sino atar mi ánima con tu ánima en vínculo inseparable y atadura de amor? Queriendo que me llegase a ti por amor, quisiste venir a mí disfrazado en este santísimo sacramento. ¿Qué amor sería el de un príncipe que, bajándose a casar con una vil esclava y viéndola fría y tibia en su amor, anduviese buscando modos y maneras exquisitas para atraerla a su amor y le diese bocados conficionados para provocarla a su amor? ¡Oh infinito amor del Rey del cielo, que, siendo nuestra alma esclava y captiva del pecado, la redemiste y te desposaste con ella, y viendo que estábamos fríos en tu amor, para encendernos en fuego de caridad, buscaste modos exquisitos y bocados misteriosos! Grandes son las obras del Señor, exquisitas en todas sus voluntades.

Así como pudiendo redemirnos en otras muchas maneras, escogiste la más excelente de todas, que fué hacerte hombre y morir; así, para encendernos en tu amor, buscaste el más excelente modo que se pudo imaginar. En-

[3] Cant. 5, 2.
[4] Cant. 5, 2.

ciéndese nuestra alma en amor y es enriquecida con inestimables riquezas. ¿Qué príncipe o rey entra en casa de un pobre y no le da de comer? ¿Cuánto mejor harás tú esto, Rey soberano y Príncipe de la gloria? Entraste en el vientre virginal de tu santísima Madre, y hicístelo sagrario del Espíritu Santo. Entraste en casa de Zacarías, y santificaste a San Juan y fué su madre llena del Espíritu Santo. Entraste en tu nacimiento en un establo, y dejástelo hecho paraíso de ángeles. Entraste en Egipto huyendo de Herodes, y derrocaste los ídolos de aquel reino. Entraste en el Jordán, y santificaste las aguas. Entraste a ayunar en el desierto, y lo honraste con tu presencia, y por eso hubo tantos santos en él. Entraste en casa de San Pedro, y sanaste a su suegra de calenturas. Entraste en casa de Jairo, y resucitaste a su hija. Entraste en casa de Zaqueo, y lo justificaste. Entraste en casa de Marta y María, y hicístelas devotísimas discípulas tuyas. Entraste en el cenáculo, y instituíste este santísimo sacramento. Entraste en el huerto, y regástelo con tu sangre. Entraste en el sepulcro, y hinchístelo de ángeles. Entraste en el limbo, y despojástelo, y entraste en el cielo, y hinchístelo de nueva gloria.

¿Pues qué piensas, ánima mía, que hará este Señor si entra en tu pobre posada, sino que de pobre la hará rica; de enferma, sana, y de pusilánime y cobarde, esforzada y valiente? Los tormentos que tocó, como la cruz, clavos, espinas y azotes santificó, y los reverenciamos y adoramos.

Pues si a los trabajos da tanta dignidad, ¿qué hará a los descansos? Si enriquece a la cruz, ¿qué hará al alma del justo? Da vida a nuestras almas, medicina a nuestras llagas, salud a nuestras enfermedades, consuelo a nuestros trabajos y casa a nuestra peregrinación. Con este manjar es el alma unida con su esposo; con éste se alumbra el entendimiento, se aviva la memoria, se aficiona la voluntad, se deleita el gusto interior, acreciéntase la devoción, derrítense las entrañas, ábrense las fuentes de las lágrimas, adormécense las pasiones, anímanse los buenos deseos, fortalécese nuestra flaqueza y toma aliento, con el profeta Elías, para caminar hasta el monte de Dios. ¿Qué lengua podrá decir las excelencias de este sacramento y los bienes que hace en el alma? Es memorial de las maravillas de Dios.

MEDITACION XXXIII

Del amor y aparejo con que se ha de recebir este sacramento

Cuando apareciste, Señor, en otro tiempo a tu siervo Moisén en el monte, dice la Escritura que estabas en una zarza que ardía en llamas de fuego y mandaste a Moisén que se descalzase para llegar a ti. ¿Cómo te contemplo yo en este sacramento ni cómo estás sino hecho llamas de fuego de amor en las espinas de los accidentes de pan? Como el fuego calienta y alumbra, así aquí es encendida en tu divino amor el alma que dignamente te recibe y alumbrada en el conocimiento de este misterio. Por amor de esto, cuando altercaban los judíos y decían cómo puede éste darnos a comer su carne, tú, Señor, les respondiste: *Dígoos de verdad que, si no coméis la carne del Hijo de la Virgen y bebéis su sangre, no ternéis vida en vosotros* [1]. ¿Qué tiene que ver esta respuesta con la pregunta que ellos hicieron? Ellos, como incrédulos, dudando, preguntan cómo puede esto ser, y tú, Señor, les das por respuesta que, si no comen, no vivirán. Muy a propósito es la respuesta, porque, si queréis saber el cómo, comedlo y lo sabréis, porque este sacramento alumbra el entendimiento del alma y dale luz y claridad para conocer la suavidad de este manjar del cielo, y así, no lo conoce sino quien lo gusta y no lo gusta sino quien dignamente lo recibe. La suavidad y dulzura de este manjar es escondida, y conócela y participa de ella el que le recibe como debe. Gustó Jonatás un poco de miel, y fueron alumbrados sus ojos. ¡Oh panal de miel dulcísimo, que no sólo eres dulce, sino la misma dulzura, que, en gustando de tu suavísima dulzura, se abren los ojos de nuestra alma para conocer cómo te nos das en este sacramento! Por eso dijo David en el Salmo: *Llegaos a Dios y seréis alumbrados* [2]. Están litigando los judíos y dicen: *¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?* [3] Pregunta el hereje y el infiel: ¿Cómo puede ser esto? Y si quieren saber el cómo, saberlo han comiendo.

Dejen la infidelidad y dejen los pecados, porque, lle-

[1] Ioan. 6, 54.
[2] Ps. 33, 6.
[3] Ioan. 6, 53.

gándose con pureza de conciencia a este fuego de excelentísima caridad, encenderse han sus corazones en divino amor y sabrán lo que agora no saben. ¿Y cómo se llegarán a tratar con su Dios? Con reverencia y temor, descalzándose de los afectos terrenales y amor del siglo, porque así quiere Dios que se llegue Moisén. Si cuando dabas la ley al pueblo de Israel mandaste que ninguno llegase a su propria mujer y que lavasen sus vestiduras y se aparejasen con tanta diligencia y limpieza, ¿cómo, Dios mío y todo mi bien, me llegaré yo a ti cargado de inmundicias de pecados? ¡Oh cuánto más es recebir al dador de la ley que a la ley!

No comieron los hijos de Israel el maná del cielo hasta que se les acabó la harina que habían sacado de Egipto, ni tú, ánima mía, gozarás de este pan celestial hasta que se acabe en ti el amor de las tinieblas del mundo. Y como el maná (que fué muy clara figura de este sacramento), puesto al calor del sol, se regalaba y derretía y al calor del fuego se endurecía, así, este sacramento con la caridad se regala, y engorda al alma que en caridad lo recibe, y mata al que lo come cuando lo recibe con fuego de sensual concupiscencia, y endurécese en el estómago de los que se llegan a él con calor de codicia de las cosas del mundo. Por amor de esto, dice el Apóstol que cada uno se pruebe a sí mismo, si no quiere recebirle indignamente. El que quiere comer algún manjar, pruébalo primero, y si no le contenta, dale de mano. Pero aquí es al revés, porque no tengo yo de probar el manjar, sino probarme a mí mismo, porque aunque tú, Señor, seas este manjar, y bueno y salutífero, de tal manera lo puedo recebir, que muera en este convite, como murieron Amón y Simón Macabeo, no por culpa del manjar, sino por mi mala disposición.

Cuando te sientas a comer con el príncipe (dice el Sabio), *con diligencia mira lo que tienes delante y pon un cuchillo en tu garganta si tienes tu ánima en tu poder* [4]. Mira diligentemente que lo que en esta mesa se pone es el mismo Dios. Si en la ley vieja pedías, Señor, tantas purificaciones para comer los panes de la proposición, y primero que el sacerdote Abimelech los diese a comer a David y a los suyos preguntó si estaban limpios, y masaban estos panes los sacerdotes y estaban encima de una tabla de oro fino, ¿cuánto más debo yo hacer para recebir a ti, Dios mío, pan vivo y verdadero? Si Salomón, tan riquísimo templo edificó para poner en él el arca del Señor, donde estaba el maná, y ofreció mil sacrificios cuando la puso en el templo, y el rey Asuero en siete días aparejó el con-

[4] Prov. 23, 1.

vite a los príncipes persos y medos, ¿cuánto debo yo hacer para llegarme a esta mesa? Si José de Arimatea envolvió tu santo cuerpo, estando muerto, en sábana limpia y lo puso en sepulcro nuevo, donde no había sido otro sepultado, ¿cómo recibiré yo tu santo cuerpo vivo y verdadero en conciencia que no esté muy blanca y limpia de pecado y donde no se halle algún muerto?

Mira, pues, dice Salomón, y que con diligencia consideres, ánima mía, a quién recibes en el altar y qué manjar es este que se te pone delante, y que lo recibas de manera que no te sea dicho: ¿Cómo entraste aquí no teniendo vestidura de boda? Mira bien este manjar, y que es mantenimiento de vivos y no de muertos, por amor de lo cual primero el Redentor resucitó a la hija de Jairo y después le dió de comer.

Suspira antes que comas, pues esto hacía Job para comer el pan material, y el rey Josías no hizo al pueblo aquel gran banquete y fiesta sin limpiar primero Judea de la idolatría. Con suspiros y lágrimas debes primero aparejarte, por amor de lo cual primero lavó el Señor a sus discípulos los pies que los comulgase, quitando de ti la avaricia, que es servidumbre de ídolos, y a tu vientre, que tienes por dios, y a todos los otros ídolos de vicios y pecados. Los apóstoles, estando tristes y contritos, recibieron este sacramento, y porque Judas no lo recibió así entró luego en él Satanás. Primero comió el Señor el cordero y cumplió todo lo que la ley mandaba que instituyese este sacramento y comulgase a los suyos, porque el verdadero aparejo para recebirle es hacer lo que manda Dios y guardar su santa ley.

Mira, pues, *con diligencia lo que te ponen delante*, dice el Sabio, considerando quién es este Señor que vas a recebir; y dice más: *que pongas un cuchillo en tu garganta*. Así debes comulgar, como si tuvieses el cuchillo a la garganta. Mira cómo aquellos que quieren degollar en la plaza por justicia cuán devotos y contritos están cuando el verdugo, tapándoles los ojos, les pone el cuchillo a la garganta, porque así debes llegar a recebir esta hostia viva. Los que están de esta manera en el artículo de la muerte, no tratan de buscar honras, dignidades, ni deleites, ni llegar dineros, antes perdonan a sus enemigos, desprecian el mundo, tienen la muerte delante y la justicia de Dios ante sus ojos y sólo la vida advenidera en su memoria, olvidando la presente. Así debes comulgar, como si luego en comulgando hubieses de morir y como si ya tuvieses el cuchillo en la garganta y estuvieses a punto de dar a Dios cuenta de toda tu vida. Y después de la comunión no te derrames en la conversación del mundo, porque no seas

como aquellos que con alegría recibieron al Señor en Jerusalén con ramos de olivas y palmas y después lo maltrataron. El Señor, después que comulgó, predicó ferventísimamente y se recogió en el huerto para darse a la oración. Muchos que devotamente comulgan a menudo aprovechan poco en la vida espiritual, porque no se recogen después de la comunión, antes se distraen en las conversaciones del siglo.

Acaece que un hijo de padres ricos, y que come delicados y substanciales manjares en la mesa de su padre, que anda amarillo y flaco y enfermo; y es la causa de esto porque después que se levanta de la mesa de su padre come tierra en escondido. Si no aprovechas, ánima mía, en el servicio de Dios comiendo cada día en la mesa de tu padre este manjar divino, es porque comes después tierra y tienes pláticas y conversaciones mundanas. De aquí viene que andas tan flaca y amarilla y tan desmedrada en la vida espiritual. Entra dentro de ti misma en comulgando y no pierdas tan buena coyuntura para negociar con Dios. Mira con fe viva que tienes dentro de tus entrañas al mesmo que estuvo en las de la Virgen y al que está a la diestra del Padre, y di con Santa Isabel: *¿De dónde me vino que mi Señor venga a mí?* [5] ¿Quién soy yo y quién es él? En esta meditación gastaré el tiempo de mi vida.

MEDITACION XXXIV

DEL BENEFICIO DE LA CREACIÓN

Recopilando, Señor, contigo en santas meditaciones y haciendo suma de las innumerables mercedes que de tus magníficas manos he recibido, por las cuales sumamente te debo amar, después de haber tratado algo de los manjares y más altos beneficios que son el darte a nosotros humanado, puesto en la cruz por nuestra redención y en la hostia por nuestro manjar y vida, ofrécese, Criador mío, el haberme criado de nada y hacerme capaz de gozar de las mercedes sobredichas sin haber precedido de mi parte méritos algunos. Todo procede de amor, y las gracias se den a tu infinita bondad y misericordia. El amor grande que eternalmente tuviste, Señor, a tu misma bondad fué causa que me criases, porque no permitió tu amor que estuvieses

[5] Luc. 1, 43.

sin criar las criaturas. Dísteme cuanto a la esencia ser substancial, por ser yo substancia y no accidente, y cuanto al ser de gracia, dísteme mejores accidentes que a las otras criaturas. Dísteme ser, y no ser de piedra, ni árbol, ni ave, sino de hombre y criatura racional, hecha a tu imagen y semejanza en cuanto al ánima, y organizando el cuerpo con maravillosa composición y armonía. Y puesto el caso que los padres fuesen causa de la formación del cuerpo, no lo fueron sino segundariamente, y aun esta causa recibieron de tu amor. En los otros animales tienen los padres causalidad cuanto al ánima y cuanto al cuerpo; pero en los hombres solamente cuanto al cuerpo, queriendo en esto servirte de las causas segundas no por necesidad, sino por ennoblecer a tus criaturas, siendo criador solo y causa de nuestras ánimas, no interviniendo causa segunda alguna.

Por lo cual, la misma naturaleza me convida a amarte, porque si la naturaleza enseña que el padre debe ser amado, ¿cuánto más tú, Criador mío, que de nada me hiciste? Toda obra amaría al artífice que la hizo si tuviese voluntad pára poder amar; ¿pues por qué no te amaré yo todo lo que pudiere, pues todo el poder que tengo recibí de ti?

Mucho, pues, debo yo a aquel por quien vivo, siento, amo y tengo ser. Miro, pues, Señor, cuál me hiciste según el cuerpo, noble criatura, y según el ánima, a tu imagen y semejanza, participante de razón y capaz de bienaventuranza. Juntaste estas dos cosas con un artificio incomprehensible y sabiduría investigable. Yo no lo merecí, pues no era; porque nadie puede mercer antes que tenga ser. No hiciste esto con esperanza de galardón, pues tú eres mi Dios y no tienes necesidad de mis bienes. No me criaste como a las otras criaturas, pero con grande consejo y acuerdo de toda la Santísima Trinidad, diciendo: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza* [1], para que desde su primera creación entendiese el hombre lo mucho que debe a su criador, y así tanto más fervientemente te amase cuanto entendió ser más maravillosamente criado y hecho a tu imagen y semejanza. Como tú eres uno y estás en todo lugar, dando vida, y moviendo y gobernando todas las cosas, en *quien nos movemos, vivimos y somos* [2], así nuestra ánima está toda en cuerpo y toda entera en cualquier parte de él, vivificándolo, moviéndolo y gobernándolo.

Esta dignidad concediste a solo el hombre y diste a mí. Y allende de esto, encerraste en mí las perficiones naturales de las otras criaturas, las cuales criaste para que me sirviesen. Mandaste a los ángeles que me guardasen y dís-

[1] Gen. 1, 26.
[2] Act. 17, 28.

teme entendimiento, memoria y voluntad, haciéndome semejante en alguna manera a tu suma substancia, pues por estas potencias soy hecho a tu imagen. Dísteme el entendimiento para que te conociese y me entendiese a mí mismo y gozase de mí, pues la criatura que carece de entendimiento, ni puede gozar de sí ni conocer si se sirve de las otras criaturas. No pueden hacer reflexión sobre sus operaciones ni la orden de los fines para que los hacen, como el hombre, que conoce a sí y a sus obras y los fines a que se ordenan, porque como el hombre, por la voluntad y entendimiento, es señor de sus obras, por las mismas potencias tiene dominio en las otras criaturas. Pues ¿cómo, Señor, no te amaré yo por estas potencias que me diste y te daré también gracias por los bienes que por amor de mí recibieron de tu mano las otras criaturas?

Cuanto son muchas las criaturas que criaste para mi servicio, tantas son las obligaciones que tengo de amarte; por lo cual, cuando no te amo, no solamente hago injuria a tu divina majestad, mas aun también a mí mismo y a todo el resto del mundo. Justo, pues, es por cierto, mi Criador y Señor, que el efecto responda a su causa. Yo soy el efecto, y el amor que tú, Señor, me tuviste y tienes fué la causa que yo fuese; porque así como tú, viéndote a ti mismo, ves también a nosotros, así también, amándote a ti mismo, amas a nosotros en ti, y aquel amor fué causa de que nos criases y agora lo es para que nos conserves, luego es muy justo responderte con amor.

Porque pues el amor fué causa que yo de ti fuese producido, el mismo amor sea causa que sea reducido a ti, y así, por el amor que yo tuviere, que soy el efecto, seré semejante a mi causa, por lo cual es muy justo que, aunque sea trabajoso a mi sensualidad caminar por el camino de la virtud y servicio tuyo, debo con alegre ánimo pasar tales trabajos por adquirir tu amor. Por amor de esto dice el Eclesiástico: *Con todas tus fuerzas ama al que te hizo* [3]. ¡Oh cuán justa cosa es, Señor, que te ame la obra que hiciste y la hechura que tus divinas manos fabricaron!

Por sola tu voluntad la hiciste, y porque la quisiste, la criaste. Pues luego, ¿con quién sino contigo tengo de tener mi conversación y a quién tengo yo de mirar, loar y amar sino a ti? Si un pintor pintase una muy hermosa imagen en una tabla y le pudiese dar vista y sentido para ver su gentileza y conocer a su hacedor y le viese puesto delante de sí, ¿con qué amor, con qué entrañas y con qué benevolencia le amaría? ¿Qué otra cosa haría esta imagen con todas sus fuerzas sino amar, loar, bendecir y glorificar

[3] Eccl. 7, 32.

y honrar a su pintor, del cual tuvo que fuese tan hermosa, tan mirada y tan loada de todos? ¿Por ventura esta hermosa imagen no se encendería toda en el amor de su pintor? ¿No le daría de día y de noche muchas gracias y cuantas ella pudiese porque la había hecho tal y de tanta belleza? Pues ¿por qué tú, ánima mía, siendo no solamente imagen y hechura de tan grande y tan mirífico pintor como es tu Dios y Señor, y no sólo obra de sus poderosas manos, pero aun en ti se pintó a sí mismo, pues eres hecha a su imagen y semejanza por inclinarte y moverte a más amarte, no le bendecirás y amarás continuamente?

Pues mira cuán gran pecado cometes y de cuánta pena eres digna si menospreciares tanta gracia y pusieres en olvido tan soberano beneficio. A quien te hizo tal, debes todo lo que eres, todo lo que puedes, todo lo que sabes y a ti toda. A aquel debes amar que te dió facultad para amar y a aquel debes todos tus deseos y apetitos que te dió poderío de codiciar y desear. Si a otra cosa apartas tus pensamientos o en otra cosa empleas tu amor, ladrona eres y robadora y enajenas las cosas que tienes. Y por eso, en el día del juicio, no sólo de las palabras ociosas, mas aun también de los pensamientos vagos y deseos vanos, te tomará cuenta, y con mucha razón, porque a aquel que te dió que fueses se debe de justicia todo el acto y operación de este ser que tienes. Y por esto, Criador mío y Señor mío, pídesme justicia cuando me mandas que *te ame de todo mi corazón, y de toda mi alma, y de todo mi entendimiento, y de todas mis fuerzas* [4], pues todo soy tuyo y todo esto recibí de ti.

MEDITACION XXXV

Del beneficio de la conservación

Cantaré a ti, Señor, pues me diste tantos bienes, y alabaré tu santo nombre. Como el sol produce de sí los rayos de la luz en este aire y el mismo que los produce los conserva en el ser que les dió, así también lo haces conmigo, clementísimo Señor, sacándome del no ser al ser cuando me criaste y después conservándome en este mesmo ser que me diste.

A tu gracia y benignidad refiero que me hiciste libre, no

[4] Matth. 22, 37.

sólo en el general beneficio de darme albedrío, como a todos los hombres, para poderme gobernar, pero sacásteme de la dura sujeción en que a otros muchos veo, que a unos tiene el tirano de nuestro enemigo atados a los pesebres, como a groseros animales, gustando de roer paja y otros semejantes mantenimientos; esto es, que tienen por regalo gozar de los deleites que a los brutos son comunes. Pero tú, Señor, cortaste la soga con que algún tiempo me vi atado, quitásteme las sueltas y rompiste mis ataduras, por lo cual siempre te daré sacrificio de alabanza. Dejásteme libre para que pudiera subir a lo alto de los montes y gozar de las frescuras y yerbas de tus espirituales consolaciones y de las aguas claras de tus santas Escrituras. A otros veo sometidos al yugo, arando la tierra y desentrañándose a sí mismos por adquirir hacienda, empleándose del todo en esto; *arando* (como dice el profeta Oseas) *injusticia y segando pecado* [1]; y al cabo, el fruto paró en nada. Conmigo, Señor, fué tan larga tu misericordia, que el yugo se rompió con la abundancia del aceite, y quedóme el cuello libre para poder alzar los ojos al cielo y para que, mirando a una parte y a otra la vanidad de lo presente, pueda huir de ello y granjear lo porvenir.

Algunos tiran el carro, y con el peso y estruendo de las ruedas no pueden atender a otra cosa; como los que con negocios ajenos y cuidado de su familia no pueden pensar sino en aquello, tirando muchas veces con sogas de vanidad, que quiebran al mejor tiempo. Pero tu piedad me libró a mí de esta pesadumbre y me diste, Señor, ligereza para ir saltando de monte en monte, y allí, desviado del ruido de la tierra, pueda sentir alguna vez el armonía del cielo, y aunque no entienda la letra, a lo menos percibiré la consonancia de las voces, y sobre todo, oiré el silbo del aura suave en que viene tu voz envuelta, como en el monte fué mostrada al profeta Elías. Bien sé que estoy siempre delante de tu divina presencia y que tú estás sobre mí amparándome y debajo sustentándome. De fuera me cercas y de dentro me conservas y tu rostro no es figurado en cuantidad para que sea menester larga tierra. Tu potencia me dió ser cómo yo fuese, tu misericordia me reparó para que no me perdiese, tu benignidad me dió con qué te pudiese merecer y tu providencia me guardó que no te perdiese después de habido.

¿Qué oficial no ama lo que con sus manos hizo? ¿Quién no tiene cuidado de sus propias cosas? Quien no tiene cuidado de los suyos, en especial de los de su casa, niega la fidelidad que a los suyos debe, y no sólo no cumple con

[1] Os. 10, 13.

lo que está obligado, pero aun de hombre de razón se vuelve en cruel tigre y león bravo, y lo que es peor, es más que infiel. Pues como tú, Señor, seas sumo bien y suma bondad y nosotros hechura de tus divinas manos, no cabe en razón que no conserves lo que hiciste y no tengas cuenta con lo que criaste, pues con tanta perfición las hiciste y tan liberal en criarlas te mostraste.

Como recebí de ti el ser, así también recibo el conservar, pues con tu poderosa mano me sustentas y das los mantenimientos necesarios para mi sustento y vida, y con tu benignidad y clemencia me regalas, inspiras, alumbras, llamas y interiormente me consuelas, y con tus divinos y celestiales regocijos me alegras y regocijas. Así, te ocupas, buen Dios y Señor mío, solamente conmigo, que parece sea yo la más rica y poderosa joya de todo tu tesoro, así con tan espesas consolaciones espirituales me visitas y en cada momento con tus divinos rayos de amor y caridad me alumbras, para más obligarme a perpetua servitud, que parece que, olvidado de todo el mundo, de mí solo tienes cuidado. Deténte, Dios mío, deténte, porque no puedo sufrir la muchedumbre de misericordias que llueven sobre mí por la grande gravedad de mis culpas y muchedumbre de mis pecados y de mi poco agradecer tus mercedes, que tan magníficamente, sin yo merecerlo, me hiciste; encoge tu mano, pues la carne flaca no puede llevar tan grande multitud de dulzuras espirituales con que regalas y das infinitos contentos de alegría a mi ánima ingrata y desconocida.

El cuerpo corrupto apesga al ánima, y la morada terrenal y baja abate al entendimiento que piensa y se ocupa en muchas y diversas cosas. ¡Oh si viniese ya aquel día en el cual, libre ya mi ánima de las pigüelas de la carne y de las pesadumbres infinitas de este triste, miserable y, sobre todo, desventurado mundo, sin olvidarme también de las horribles y espantosas tentaciones del malvado y capital enemigo de mi ánima, por tu divina y única mano criada, pueda contigo gozar de tu vista y suave conversación, sin las molestias y pesadumbres que siento del peso de mi cuerpo!

¡Desdichado de mí! Y ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte? ¿Quién de sus furias? ¿Quién de su mano tan pesada? Será esto cuando este cuerpo corruptible se vistiere de incorruptibilidad, y de inmortalidad este cuerpo mortal. Cuando con el ánima inmortal gozare de inmortalidad en el cielo, mi corazón y mi carne regocijarse han en Dios vivo.

En tanto que vivo en este destierro y no viene aquel dichoso día en que mi ánima te verá en el cielo y gozará

de tu divina esencia, ¿qué quieres, Señor, que haga? ¿Quieres que te ame? Dame cómo te ame, porque aparejado está mi corazón; Señor, aparejado está mi corazón; cantaré y alabarte he en mi gloria. Quisiera ser alguna muy grande cosa para poder darte una grandeza; pero tal cual soy, justo es que me dé a ti, pues tú, siendo quien eres, tan liberalmente te diste a mí. Quisiera, Señor, tener cien vidas, cien almas, cien voluntades y otros tantos corazones que te pudiera dar, dándolo todo con amor libre y voluntario a tu divina majestad; pero eso poco que soy así, es tuyo, y de tal manera te he entregado todo cuanto hay en mí, que, si me fuese lícito, tomaría la muerte con mis manos cuando hallase en mí alguna cosa que no fuese tuya. ¡Oh Criador nuestro, que con tu poderosa mano sustentas, mantienes y gobiernas todas las cosas que criaste; no huyas, Señor, no huyas, déjate amar de tus criaturas, para que sea tu nombre alabado, santificado y bendecido para siempre en la tierra, como lo es de los santos y de tus ángeles venerado y glorificado en el cielo!

MEDITACION XXXVI

Del beneficio dado a nuestro cuerpo

Habías, Señor, trazado en tu divino entendimiento de hacer al hombre compuesto de alma y cuerpo, que son dos substancias diversas y muy apartadas la una de la otra, y, por otra parte, hay tanta hermandad y amor entre ellas, que la una comunica sus bienes y males a la otra. Alégrase el alma en las cosas que causan alegría para su cuerpo y entristécese de las que le angustian.

Ordenó tu divina providencia para cada uno de los sentidos del cuerpo muchos regalos, para que se entretengan en aquel breve rato que han de morar en la tierra. ¿Quién dirá las muchas cosas que criaste para contento de los ojos? Deleitable criatura fué la luz, para que por ella fuese visto todo lo demás. Muchos y varios fueron los colores que halló tu sabiduría, para que en cada uno hallasen nuestros ojos más gusto y cada uno hallase lo que más contento le diese y a lo que fuese más aficionado. ¿Cuántas fueron las diferencias de sabores que pusiste en tus criaturas para regalo del gusto? ¿Quién sabrá declarar la fragancia de buenos olores que diste a las flores y especies aromáticas para regalo del sentido del olor? ¿Pues

qué diré de la música tan acordada que enseñaste a las avecillas para que diesen solaz y recreación a nuestros oídos, sin la que enseñaste a los hombres de voces y instrumentos de música, en la cual hay tanto regalo para el alma y para el cuerpo? Con ella lanzaba David el espíritu malo que atormentaba a Saúl y el profeta Eliseo levantó el espíritu de la devoción para orar y saber tu voluntad.

Criaste animales de grandes fuerzas y mansos, para que nos sirvan y lleven cargas pesadas y no tenga trabajo el hombre y para que de ellos coma y se vista y calce, y muchas frutas de diversos sabores para su apetito y regalo. Pues para nuestras enfermedades, ¿de cuántas medicinas nos proveíste? Las mismas serpientes y víboras convertiste en medicinas y salud del hombre. Asentaste casa al hombre y pusístele mesa antes que lo criases, criando primero cielo y tierra y elementos y todas las otras cosas. Si me criaras antes que estas cosas, entonces viera la necesidad que de ellas tengo. ¿Dónde asentara mis pies si no hubiera tierra? ¿Con qué aire respirara y viviere si no lo criaras? No hace otra cosa el verdugo al que ahorca de quitarle el aire con que vive, y quien con tiempo le corta la soga, le da la vida. ¡Oh mi Dios, que a cada punto me cortas la soga dándome aire con que viva, y no agradezco esta merced?

Y viniendo a lo más particular de la creación de la persona humana, entre todos los cuerpos terrenales, el que tiene más hermosura, gracia y dignidad es el cuerpo humano. Así, la moderada altura, como ser derecho hacia el cielo, para donde fué criado, declara ser de mayor perfición. Siendo la fábrica de nuestro cuerpo como la fábrica universal del mundo, como tú, mi Dios, hermoseaste los cielos con el sol y luna que pusiste en ellos, eso mismo hiciste con el hombre poniendo en lo más alto de su cuerpo los ojos, con que mire lo que conviene o lo que es dañoso para todo el cuerpo. Siendo tan pequeños, caben en ellos los grandes cielos, los altos montes, los espaciosos valles y campos y los anchos mares y tierras como de continuo puedo mirar. ¿Qué diré de las manos? ¿Qué platero del más excelente metal, que es el oro, labrara una mano con tanta sutileza y primor que por sus coyunturas se cierre y abra y que siempre trabajando no se gaste ni se acabe? Ningún metal fuera tan conveniente ni provechoso. Si las manos del labrador fueran de oro, pudiera ser que se acabaran en un año, y éstas en cien años ni se gastan ni se acaban, siendo de un poco de cieno formadas. ¡Oh cuán engrandecidas son tus obras, Señor; todas las cosas hiciste sabiamente!

¿Pues qué diré de los otros sentidos? En la cabeza es-

tán todos ellos con maravillosa composición dispuestos, y de ella baja el regimiento y mantenimiento a todo el cuerpo y a todos los miembros, que son como siervos suyos. A unos manda que lleven cargas, a otros que reciban el mantenimiento, a otros que defiendan y se ofrezcan al peligro por la guarda de su cabeza, y todos la obedecen. Pues ¿quién considerará la celestial sabiduría con que formaste las orejas y con cuánta hermosura y provecho las pusiste delante de los oídos, para que en sus senos sean recibidos los sones y en ellos se templen, porque no entren violentos al órgano de este noble sentido y lo destemplen? Pusiste las orejas como antepuertas contra el frío y el calor, para defender que ninguna cosa entre a dañar al oído y porque entre la música con más dulzura por tantos rodeos.

Si vengo a la consideración de la boca, dientes, lengua, narices, garganta y los otros miembros, faltará el tiempo para contemplar sus perficiones, oficios y dignidad, que nos enseñan muy bien tu alta sabiduría y lo mucho que te esmeraste en hacer mercedes al hombre en el principio de su creación. No quiero tratar agora de la excelencia de nuestra alma, de la cual diré después; pero agótase mi entendimiento en la consideración de la composición y artificio de este cuerpo humano, y más me maravillo de la honra y merced que le hiciste después de haberle en tanta perfición criado. En tanto estimaste este nuestro cuerpo, que por honrar esta fábrica que tus manos hicieron quisiste en el viejo testamento vestirte de ropas de cuerpo humano, apareciendo en figura de hombre mucho antes que encarnases.

Honra es del hábito de una Religión cuando en la muerte lo viste un rey para ser enterrado en él; y mucho más si en vida lo trajese. ¡Oh mi Dios, y cuánto quisiste honrar nuestros cuerpos, pues tantas veces en vida apareciste vestido de su hábito y ropa! No sólo pretendías aparecer en aquella forma que fuese convenible y proporcionada con aquellos hombres con quien habías de tratar, mas aun, deleitándote y probando la ropa que después habías de vestir de verdadera carne para nunca más desnudarla, hablabas con los padres antiguos apareciéndoles en forma humana, porque tus deleites son estar con los hijos de los hombres con parecerte ellos. Y por amor de esto, dice tu santo Apóstol que *nunca recibiste la naturaleza angélica, sino la humana* [1]. ¿Qué quiere decir *nunca?* Una vez te hiciste verdadero hombre en las entrañas virginales, y como apareciste algunas veces en figura huma-

Hebr. 3, 16.

na y ninguna vez apareciste en figura de ángel, por eso dijo el Apóstol: *Ninguna vez se vistió Dios de la naturaleza angélica.* Pues tanta honra diste, mi Dios y Señor, a este cuerpo humano, ¿qué sacaré yo de aquí sino *deprender,* como dice tu Apóstol, *a poseer el vaso de mi cuerpo en honra y santificación?* [2] Aunque no hubiese otra razón para poseer este cuerpo en honra y honestidad, aborreciendo los deleites y apetitos sensuales con que los malos lo afrentan, debría bastar sólo esto para amar la castidad. *¿No sabéis* (dice tu santo Apóstol) *que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo?* [3] Al que violare este templo, destruirlo ha el Señor. Debría bastarme a mí, para tener en mucho el templo de mi cuerpo, saber que tú, Señor, ayuntaste nuestra humanidad contigo en un supuesto.

De esta honra y merced que nos hiciste no debe nacer soberbia, sino temor de no violar este cuerpo con deshonestidades, pues fué consagrado en templo y morada para el Espíritu Santo, en quien tu divina majestad agradablemente mora. Mucho te esmeraste en la creación del cuerpo humano y no se puede declarar la armonía y concierto que hay dentro de él para su conservación, sustentación y mantenimiento.

¿Quién dirá la autoridad que en este cuerpo pusiste para que tiemblen de él y le reverencien los animales más fuertes? Conozco, Dios mío, en esto la gran obligación que tengo de amarte y cómo me llamas a tu santo amor por aquel camino que entiendes que yo iría. Así como los imperfectos estiman en mucho los bienes del cuerpo, y aun a las veces más que los del alma, así tú, mi Dios, con grande liberalidad diste a sus cuerpos tantas perficiones para que siquiera esto sea a ellos materia en que prenda el fuego de tu santo amor.

MEDITACION XXXVII

De los bienes de naturaleza dados a nuestra alma

Criaste, Señor, mi ánima no mandando con majestad real, así como cuando hiciste las otras criaturas, mas para mostrar la dignidad y preeminencia del hombre no tratas

---

[2] I Thes. 4, 4.
[3] II Cor. 6, 16.

su creación con voz de mandamientos, sino con palabras de acuerdo y consejo, diciendo: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, y sea señor de los peces del mar, aves del aire y bestias de la tierra.*[1]. Pusiste en su mano todas las criaturas de la tierra. Como el pintor que, tomando a su cargo algún grande retablo, reparte entre sus oficiales y criados muchas tablas de él, pero la imagen del medio y más principal la hace él por su propia mano, como cosa que ha de estar a la mira de todos, así tu, Criador nuestro, en la pintura de esta máquina universal de criaturas y compostura del mundo, mandaste a la tierra que produjese yerbas, aves y animales, y a las aguas peces, y salieron estas criaturas de la potencia de la materia de estos elementos. Mas al hombre, que era el señor de todo lo criado, criástelo por tu propria mano, poniendo el resto de todas las otras criaturas debajo su mando y señorío.

Por alta manera pregona toda criatura tu señorío confesándote por criador universal y estando sujeta a tu voluntad; y por la mesma, en su grado, confiesan todas ellas que tiene el hombre esta dignidad por ser hecho a tu imagen, pues claramente vemos que ninguna tiene este género de obediencia y servidumbre a otra, por más ventajas que se lleven entre sí, y todas obedecen al hombre.

A todas las criaturas de la tierra diste una pequeña participación de tu ser y virtud y en cada una de ellas reluce un vestigio y huella tuya, y así, en su manera, cada una recibió don y grande merced; mas mejoraste al hombre, dándole que verdaderamente tenga tu imagen, no en algún accidente que la pueda corromper y acabar, de manera que la pierda, mas en la substancia incorruptible de su ánima.

Dístele las riquezas de tu imagen, adornástela de tu divino resplandor, sellando la luz de tu rostro sobre ella y dándole joyeles y virtudes de gracia para que tal imagen no sea criada sin tal hermosura. Dístele tan ancho ser y capacidad, que tu divinidad y majestad por principal ilapso more en ella de manera que sea magnificada sobre todas las criaturas de la tierra. Por ser el hombre imagen tuya es capaz de ti y de tu bienaventuranza, y por ser capaz de ti, ninguna cosa basta para henchir su capacidad y deseo, pues toda criatura es nada en tu comparación.

Por amor de esto, *como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así desea mi ánima a ti, mi Dios*[2]. Bien mostró esto la hambre del hijo pródigo, pues ningunos manjares,

---

[1] Gen. 1, 26.
[2] Ps. 41, 1.

estando fuera de la casa de su padre, pudieron hartar su voluntad ni satisfacer a su apetito. ¿Qué puede hacer mi ánima, teniendo tanta capacidad, sino andar, como otra Agar, vagueando por el desierto de este mundo y soledad de la tierra, fuera de la casa de Abraham y morir de sed apartada de ti, mi Dios, que eres fuente de aguas vivas, único bien mío y refugio perdurable? Para grandes cosas guardabas al hombre cuando lo criabas con tanta perfición. Aunque no sea mi ánima de tu naturaleza, que eres Dios, mas en ella consideraré yo tu imagen, porque así como eres uno en esencia, lo es mi ánima teniendo todas las potencias, que son vegetativa, sensitiva y racional, para que de esta manera participe de todo lo que tiene vida, así plantas como brutos y ángeles.

Tan semejante la hiciste a ti, que como tú eres inmortal, invisible, espíritu y perpetuo, así lo sea mi ánima. Por contemplar la tan excelente criatura, hubo muchos que dijeron ser un grande milagro, y otros, que era suma del mundo, donde habías sumado y recogido todo lo que en esta hechura tan grande y tan hermosa vemos.

Ningún hombre cuerdo labrará ricas casas, salas doradas, cuadras pintadas con columnas de jaspe para aposentar en ellas murciélagos o palomas. La compostura y hermosura de la casa ha de ser según la cualidad y autoridad de la persona que en ella ha de vivir. Criaste, Señor, todo este universo; adornástelo con diversidad de flores y pinturas, pusiste resplandecientes estrellas en el firmamento y hermoseaste los cielos con muy claros planetas, y, finalmente, que toda esta máquina universal, con la redondez de la tierra y cielos, criaste para morada y habitación del hombre. En la casa que le edificaste conozco su nobleza; por amor de lo cual dijo David *que era poco menos que los ángeles y que lo habías puesto por cabeza de todo lo criado* [3]. Y si el cuerpo es tal como hemos visto, ¿qué tal será el ánima moradora de tal cuerpo? ¿Qué podré decir yo aquí, ¡oh Criador mío!, sino cantar con el Salmista, que dice: *Venid y oíd, y cantaré a todos los que teméis a Dios cuantas cosas ha hecho Dios por mi ánima* [4]. Si un rey muy cuerdo y sabio diese un millón de hallazgo por una perla que perdió, ¿qué tanto podíamos entender que valía aquella perla?

Mira, pues, ánima mía; conoce lo que vales; pues habiendo sido perdida por el pecado, en tanto te estimó Dios, que dió a su Hijo unigénito para que te buscase en este mundo con muchos trabajos, y que por hallarte dió

---

[3] Hebr. 2, 7.
[4] Ps, 65, 16.

no un millón ni cielo y tierra, porque todo era poco, sino a sí mismo, que es todo lo que puede ser y todo lo que Dios con toda su omnipotencia podía dar. Mira, pues, el precio que por ti se dió y lo que eres y vales.

No fuisteis redimidos con oro o plata, que son cosas corruptibles [5], dice el apóstol San Pedro, *sino con la preciosa sangre del cordero sin mancilla,* Jesucristo. Sola esta consideración debría bastar, Señor mío, para estimarme en mucho, mirando mi ser y valor. Y pues diste tu sangre por mí, que es precio infinito, no conviene que yo me dé por lo que vale menos que yo. Muy lejos estoy, Señor, de vender mi ánima por ninguna cosa de la tierra después que conozco haber sido comprado con tan inestimable precio. A esto nos amonesta tu santo apóstol diciendo: *Sois comprados con grande precio; glorificad y traed a Dios en vuestro cuerpo* [6]. Teneos en mucho y no traigais a otro que sea menos que vos en vuestro cuerpo. Y el mesmo Apóstol, en otro lugar, dice: *Con precio habéis sido comprados; no queráis haceros siervos de hombres* [7]. No es justo, Señor, que sea yo siervo de ningún hombre, sino sólo de ti, que eres hombre y Dios y me compraste con tu sangre. A ti solo entregaré yo mi ánima, por quien tú diste tu propria vida.

Cosa sería muy indecente y ajena de razón echar carbones en una bolsa de seda y oro hecha para guardar perlas, y poner cieno en vasos destinados para preciosos licores, y dar de comer a los puercos en la plata en que ha de comer el rey. ¡Oh cuánto peor parecerá en el alma, criada para riqueza del cielo, echar el estiércol del mundo, y en vaso de gracia echar culpa, y dar de comer a los puercos y sucios apetitos sensuales en las potencias que has de comer tú, mi Dios y Rey de gloria!

Sabida cosa es que la semejanza es causa de amor y que cuantas cosas hay en el mundo aman a sus semejantes. Quieres poner en mí más amor y afición, y por eso me criaste a tu semejanza. De mayores cosas tratas que las presentes, pues tantas mercedes nos haces, y en las unas y en las otras muestras tu liberalidad y dulcísimo amor, pues tan de balde nos engrandeces. Principio de tus mercedes fué ésta, de lo cual se entiende cuál será el medio y el fin, pues las demás han de ser pregón de mayor amor. Diste con esto a nuestra alma tanta libertad para el bien y para el mal, que ya que te ofendiese quebrantando tus mandamientos, pudiese convertirse a ti por penitencia y arrepentimiento y volver a la primera dig-

[5] I Petr. 1, 18-19.
[6] I Cor. 6, 20.
[7] I Cor. 7, 23.

nidad y lugar. Dura esta merced todo el tiempo de esta vida, lo cual no se concedió a los ángeles, pues luego, en pecando y confirmándose en su voluntad, quedaron para siempre sin algún remedio perdidos, obstinados y condenados.

MEDITACION XXXVIII

De los bienes de gracia dados a nuestra alma

Abre, pues, tus ojos, ánima mía; apareja tu corazón para que entren en él las riquezas del grande amor que Dios te tuvo dándote el excelente bien de su gracia. Ya te procura más alto ser y más engrandecida dignidad, ya te da de las riquezas de su gloria, ya te da parentesco con su real y divino linaje, ya te hace de su cámara y te atavía con vestidura digna de su presencia y te da un principio meritorio de vida divina en la eternidad.

Sin esta gracia, todos los bienes de naturaleza que te dió el Señor cuando te crió no eran sino para hacerte noble en la vida presente, mas no para dar aquella felicidad eterna y bienaventurada para la cual fué el hombre criado. Es tan grande bien el de la gloria, que no bastan todos estos bienes naturales para alcanzarla, si no añade Dios su gracia. La gracia de Dios es vida eterna. En el primero padre de nuestro linaje nos diste, Señor, excelentes dones y favores, porque en él recebimos la justicia original y gràcia y lumbre de entendimiento, que se le dió como en mayorazgo para sí y para todos sus descendientes.

Mas ofendiendo él, todos fuimos hechos hijos de ira, desterrados del reino de los cielos, procurándolo por envidia nuestro enemigo antiguo. ¿Qué hiciste entonces, grande amor nuestro? ¿Por ventura desechaste y desamparaste la criatura que en tanta dignidad formaron tus manos, y ella se puso de su voluntad en tanta miseria? No agotó su maldad a tu bondad infinita; si antes le habías aparejado gracias y dones, agora se los prometes mayores. Agora le aparejas a tu Hijo para que, hecho hombre, muera y enriquezca y salve a nosotros pecadores. ¡Oh ciertamente caridad infinita la de ti, mi Dios! ¡Oh buen Señor y verdadero amador nuestro, que no despreciaste al que en tan poco te tuvo, antes le miraste con ojos de mayor clemencia y le diste mayores bienes y más perfecta salud, conforme a lo que dice el Apóstol: *Que no eran*

iguales el delito de Adán y el don de la redención, porque donde abundó el delito sobreabundó la gracia [1]. Venció el don al delito, y más poderoso fuiste tú, Señor, para sanar que aquel antiguo pecado y todos los nuestros para herirnos. De aquí fácilmente entenderemos cuánto nos amaste, pues nos diste tu gracia por tal medio, tan a costa tuya y tan en honra nuestra.

Quedó el hombre tan herido en los bienes naturales y tan despojado de los graciosos, que sin tu gracia y auxilio ningún bien podemos hacer ni aun pensarle, según aquello que tu santo apóstol escribe a los Corintios: *No somos suficientes para pensar alguna cosa que convenga a nuestra salud eterna sin que seamos despertados de Dios; mas nuestra suficiencia nos viene de sus dones y gracia* [2]. Quedé tan enfermo, tan ciego y tan dejado a mi flaqueza, que no tengo valor ni virtud para tratar de mi salvación si no fuere llamado y despertado de ti, mi Dios, y mucho menos podré ejercitarme en tu servicio y hacer obras meritorias de vida eterna si tú no me tocas con tu mano y me das tu gracia para negociar mi salud. Quedó tan herida la voluntad, que no puede sin tu gracia amarte sobre todas las cosas ni ordenar ni encaminar a ti todas sus obras.

Natural es a toda criatura, no sólo a las racionales, mas aun a las bestias y a las otras que no usan de sentido, amar a ti, mi Dios, sobre todas las cosas, cada una dentro de los términos de su conocimiento y apetito. Mas el miserable hombre, dejado a su propria enfermedad, inclina su voluntad a su proprio amor desordenadamente por la corrupción de la naturaleza, y no puede amar a Dios sobre todas las cosas si no fuere sano, con el auxilio de la gracia, para que entre dentro de aquella tu divina ordenación con que conviertes todas las cosas a tu amor. Con esta gracia ordena el hombre su amor a tu amor y toma y escoge a ti por último fin y paradero de su amor y de todas las cosas que bien quiere.

De aquí entiendo cuán imposible nos es sin esta tu divina gracia que sane y se esfuerce esta nuestra naturaleza, mortalmente herida, a guardar tus mandamientos. No menos despojado de la gracia y justicia original y herido quedó nuestro entendimiento con ceguedad y la voluntad con su propria pasión de lo que fué maltratado, robado y acuchillado aquel que descendía de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de dos ladrones. Descendimos de la visión de paz y sosegada y pacífica vida de gracia que teníamos robados y destruídos por el pecado. Mas tú, Señor, verdade-

[1] Rom. 5, 20.
[2] II Cor. 3, 5.

ro prójimo nuestro y grande amigo, como hizo el samaritano, veniste del cielo a la tierra a curar nuestras llagas y vendar nuestras heridas, lavándolas con tu propria sangre. Dístenos la gracia perdida, y con ella muchos y muy ricos dones del Espíritu Santo y saludables sacramentos y favores para alcanzar el cielo que por nuestra culpa perdimos. Dístenos el bien de la gracia, que nos muestra, como hacha encendida, lo que debemos hacer; mas como don que eficazmente nos da esas mesmas buenas obras, con la ayuda de esa libre voluntad. Esta gracia no sólo alumbra a los ciegos para que vean lo que han de hacer, mas aun les da eficacia y fuerzas para que hagan aquellas obras con caridad y amor que ya han conocido que deben hacer. No hay lengua, Señor, que decir pueda la dignidad y excelencia del hombre, adornando tú su ánima con tu divina gracia, pues por ella es llamado hijo de Dios por adopción y heredero juntamente contigo del reino del cielo. Si el ánima se viese en la hermosura de la gracia que tú le diste, nunca amaría a otra criatura, mas que a sí misma. Bendice, pues, ánima mía, al Señor, Dios mío; notablemente me ha engrandecido.

No quisiste, Señor, que viésemos en esta vida nuestras almas, porque si, cuando estamos en gracia y tenemos tu santo amor, viésemos su hermosura y lindeza, podría ser que de tal manera nos amásemos por vernos tan perfectos y hermosos, que nos aconteciese lo que a los ángeles en el cielo, que, enamorados de su hermosura, se ensoberbecieron y, cayendo de aquel alto estado, perdieron la hermosura de la gracia que tenían y el alto lugar donde fueron criados, sin esperanza de cobrarle. Y si, por el contrario, viésemos el alma fuera de tu gracia y privada de ella tan fea y, como dice un profeta, *más negra que los carbones* [3], tomaríamos ocasión para desesperar y desconfiar de su remedio.

MEDITACION XXXIX

Del bien de esta gracia divina y amor

¡Oh cuánto bien nos has hecho, Señor, y cuán grande es el amor que nos tienes, pues con tanta liberalidad y abundancia nos diste lo que tanto habíamos menester!

---

[3] Bar. 6, 20.

Dísteme con tu gracia muy cierta prenda de tu bienaventuranza y perdurable gloria, por ser el medio con que se alcanzan aquellas celestiales moradas; hicísteme ciudadano del cielo, compañero de los ángeles y participante de tus divinos tesoros. Hiciste a mi ánima más hermosa que el cielo y la tierra y que todo lo criado; señora del mundo, servida de los ángeles y terrible y espantosa a los demonios. ¡Oh bondad infinita de mi Dios y largueza soberana!, ¿qué puedo yo hacer en tu servicio por tan grandes y innumerables beneficios? ¡Oh dulzura de mi vida!, ¿y quién soy yo, vil gusanillo de la tierra, para que siendo tú quien eres, Dios de tan alta majestad, hagas tanto caso de mí? ¿Qué cosa es el hombre, hijo de Adán pecador, vaso de corrupción y arca donde se encierra toda iniquidad y flaqueza, que tanto lo engrandeces y pones cerca de él tu corazón? Dándole tu gracia, le das tu amistad y amor; de siervo del demonio es hecho hijo tuyo, y de morador de la infernal Babilonia, por tu gracia es ciudadano de la Jerusalén celestial. ¡Oh Rey de la gloria, perdona mi atrevimiento, pues oso hablar contigo y parecer delante tu divina presencia! Conozco mi indignidad y que no merezco alzar mis ojos delante de ti viéndome tan desnudo de virtudes y cargado de vicios. Querría esconderme de tu cara; pero, ¿dónde iré que no te halle? ¿Dónde huiré de tu espíritu y dónde huiré de tu rostro? *Si subiere al cielo, allí estás tú; si bajare al infierno, te hallo presente* [1].

Si es confusión y vergüenza mía parecer tan desnudo de bienes ante tu divino acatamiento, ¿quién podrá vestirme y remediarme haciéndome digno de tu presencia sino tú, Señor, que vistes cielo y tierra de admirable hermosura? ¿Quién puede hacer limpio al que es concebido y formado de materia inmunda? Tú solo eres el que puedes hacer esto. Por afrenta tengo parecer delante de ti siendo quien soy, pero ya que no me puedo esconder de ti y tú solo puedes remediar mi necesidad y pobreza, vísteme, Señor, de tu gracia porque pueda llegar a ti.

Afligido está mi corazón y mi alma cercada de angustias viéndose de dos contrarios combatida, pues por una parte conozco no ser merecedor de parecer mi inmundicia delante de tus limpios ojos, y por otra, que veo que aunque quiera huir de ti no puedo. ¿Qué medio se puede dar en semejante contrariedad sino suplicarte, ya que no puedo huir de ti, que me hagas digno de tu presencia, pues sin ella ni quiero ni puedo vivir? Tú, clementísimo y benignísimo Señor, que, encogiendo en ti tu justicia y

[1] Ps. 138, 8.

extendiendo sobre nosotros tu misericordia, veniste del cielo a la tierra a vestir de gracia la desnudez de nuestras almas, y por dárnosla, te pusiste en la cruz: envíala agora del supremo trono de tu gloria, no mirando mi poco merecimiento, pues si es por méritos la gracia, no es gracia. Cuanto más indigno soy yo, más glorificado serás tú. Con ésta podré cumplidamente guardar tus mandamientos y amarte sobre todas las cosas, pues sin tu gracia nada de esto podré hacer cumplida y perfectamente. ¿Y qué sería de mí sin tu amor y sin la guarda de tu ley? ¿Qué criatura sería más vil que el hombre sin tu amor y sin la obediencia de tus mandamientos? Todas las más criaturas te aman y sirven y no salen un punto de tu mandamiento, y aun si les mandas cosas contrarias a su condición natural, en un punto con dulcedumbre te obedecen.

Mandaste a las aguas del mar Bermejo que diesen lugar para que pasase tu pueblo de Israel, y al río Jordán que se retirase, y al sol que parase y estuvise quedo; al fuego, que no quemase a los niños en el horno de Babilonia; a la ballena, que recibiese en su vientre al profeta Jonás, y a los hambrientos leones, que no tocasen en Daniel, y luego te obedecieron. Sólo el hombre de su voluntad es hecho tan miserable, que cae de aquella dignidad que posee toda criatura perdiendo tu santo amor, pues ni te obedece ni puede cumplir tus mandamientos como conviene perdida tu gracia. Bendito seas tú, Señor, para siempre, pues tornaste a encender el fuego de tu amor en nuestras almas y sanas nuestras voluntades para que podamos amarte y servirte, porque, dejando aparte que en esto nos va la vida eterna para el alma y para el cuerpo, y dejando aparte que en esto nos va también la honra de no ser animales insipientes, estaba de por medio tu honra y tu gloria que el hombre tanto había afrentado.

Esto debe ser, ánima mía, delante de tus ojos de muy grande precio, y cuando llegares a este grado de sentimiento, darás gracias a Dios, más porque te dió gracia y medio con que pudieses magnificar y honrar su nombre, que porque te libró de la muerte y dió su reino. Estima en mucho, pues puedes con la gracia de tu Dios glorificarle sobre la tierra y aun en aquellas obras y servicios que enteramente contradicen a nuestro apetito y gusto natural y aun a la propria vida. Podré ya con la gracia y con sus fuerzas ayunar, perdonar injurias, velar en oración, peregrinar, guardar perpetua castidad y aun morir ofreciéndome al martirio como muchos santos mártires lo hicieron. Cualquiera de estas obras (y las más principales no las hubiera en aquel estado) hechas con igual gracia y esfuerzo son de más honra para ti, mi Dios, y de más honra para

el hombre. Más pone el hombre de su casa y a más costa de la mortificación del cuerpo y de sus apetitos y deseos sirve de lo que entonces sirviera.

Conoce, pues, ánima mía, el gran bien de gracia que Dios te dió, pues sin él no te podías salvar, y que te fué dado de balde y no por tus merecimientos, y entiende cuánto te obliga Dios a su amor, pues te hizo tanto bien. Grande bien es este que Dios te hizo, porque, dándote Dios su gracia, mora su majestad divina en nosotros, y tanto tiempo cuanto la lámpara de la fe arde con el fuego de la caridad y divino amor. Ceba, pues, agora esta lámpara de aceite con continua meditación del amor que te tiene tu esposo Jesucristo, y arderá y morará en ti misma por gracia hasta que te dé el gran bien de la gloria que te tiene prometido.

MEDITACION XL

De los males de que Dios nos libró

Habiendo , en alguna manera, en las meditaciones pasadas comenzado a decir lo que nunca se podrá acabar de decir ni agradecer cerca de las mercedes hechas y beneficios dados por tus magnificentísimas manos a nosotros pecadores, por las cuales somos obligados a amarte sobre todas las cosas, justo será que agora se trate del segundo y tercero género de dones, que son de los males de que nos libraste preservándonos de ellos y de los grandes bienes a nosotros prometidos. De éstos dijo David en aquellos versos del Salmo donde sumó los tres géneros de beneficios que eran *bienes dados, males de que nos libraste y bienes prometidos* cuando dijo: *Conviértete, ánima mía, a tu holganza, para que el Señor te hizo bien. Libró mi ánima de la muerte, mis ojos de las lágrimas y mis pies de caídas* [1]. Tocado algo de los bienes a nosotros dados, resta agora, ánima mía, que te conviertas a tu Dios y Señor y, como otra ave Fénix, ardas en llamas de fuego de amor debido a tan noble bienhechor, pues te libró de la muerte eterna del infierno y de sus perpetuos llantos y perdurables tormentos. ¡Oh esposo de mi alma y Dios de mi corazón! ¿Qué merecí yo ante tu divino acatamiento antes que fuese para que con tanto cuidado me quisieses

[1] Ps. 114, 7.

prevenir anticipándote con las mercedes sin cuento que me hiciste guardándome de tantos males? Todo se ha de atribuir a tu gracia y bondad infinita con que me amaste aun antes que tuviese ser, solamente por quien tú eres, sin haber méritos de mi parte.

Ya que no me hiciste criatura insensible, como árbol o piedra, ni animal irracional, sino hombre criado a tu imagen y semejanza y capaz de tu gloria, en tu mano estaba ser yo concebido de padres infieles, moros, herejes, gentiles o judíos, y nacido de tinieblas, vivir y acabar la vida en la ceguedad de sus errores y arder después en fuegos eternos apartado de tu vista, como vemos gentes sin número que fuera del gremio de tu santa Iglesia se pierden y condenan atormentados para siempre en cárceles infernales. ¡Oh mi Dios y Señor!, ¿con qué te pagaré tan grande merced, pues me alumbraste con la lumbre de tu fe, naciendo primero de padres católicos y cristianos?

Quisiera el antiguo enemigo de la naturaleza humana ahogarme en el vientre de mi madre en siendo concebido; pero tú, mi Dios, que tan diligentísimo eres en hacerme merced con aquel increíble y solícito cuidado que tienes de mí, en el punto que criaste mi ánima, le diste un ángel del cielo que la guardase en el vientre de mi madre y la defendiese de mi enemigo. Grande merced es ésta, pues destinaste para que me sirvan y guarden a unos espíritus bienaventurados, substancias incorpóreas, inmateriales y incorruptibles que ven siempre la cara de tu Padre en el cielo. Por lo cual, el Salmista dijo: *A sus ángeles mandó que te guarden en todos tus caminos* [2]. ¿Cuántos ha habido que, permitiéndolo tu Divina Majestad, después de ser concebidos murieron antes que naciesen sin ser lavados de la culpa original con el agua del santo baptismo, y están agora, y estarán para siempre jamás, privados de ver tu cara en el cielo? Esto mismo pudiera acaecer a mí si tú, mi Dios, con tu amorosa mano no me guardaras y defendieras de la muerte. Sacásteme a luz, hicísteme cristiano, infundiste en mi ánima tu santa fe, segura y cierta esperanza y perfecta caridad, hiciste a mi ánima semejante a tus santos ángeles, inocente, santa, sin mancilla de pecado, vestida de gracia y adornada de virtudes y dones en el baptismo.

¿Qué hice yo en conociéndote y en alumbrándome con el uso de razón? ¡Ay de mí, que primero supe ofenderte que servirte! ¿Qué ha sido todo el discurso de mi vida pasada sino un continuo ejercicio de pecados? ¿En qué nos hemos ocupado tú y yo en los años atrás tan mal gas-

[2] Ps. 90, 11.

tados sino yo en ofenderte y tú en perdonarme? Tú nunca te cansaste en hacerme merced, y yo nunca me cansaba en ofender a quien [con] tanta razón había de servir. ¿Hasta cuándo ha de durar esto? ¿Hasta cuándo diré: Mañana, mañana; espérame, espérame?

¿Desprecias, ánima mía, las riquezas de la bondad de tu Dios, de su longanimidad y paciencia? ¿No ves que la benignidad de Dios te atrae a penitencia? Pero tú, según tu dureza y corazón impenitente, haces tesoros de ira de Dios. Todas las cosas me cansan, Señor, y cánsome de andar y de estar quedo, y de asentarme y de estar en pie, y cánsame la cama y la música y el comer y el beber, y todo me cansa, y el pecar nunca me cansa.

Yo siempre hallé en ti padre piadoso, amigo verdadero, liberal señor, bienhechor magnificentísimo, juez misericordioso y perdonador de mis culpas sin límites ni tasa. Siempre fuiste para mí alegría en mi tristeza, remedio de mis males, salud de mis enfermedades, consolación en mis descontentos, sufrido en esperarme, benigno en recebirme y misericordioso en perdonarme. Yo siempre fuí para ti ingrato a tus beneficios, rebelde a tus mandamientos, desconocido a las mercedes que me hiciste, sin memoria de lo que te debo y he vivido como si no te conociera ni estuvieras presente en todas mis obras. ¿Qué bondad no acabara mi malicia y quién no se cansara de dar y encogiera la mano habiendo de mi parte tanto desconocimiento? Cuando más digno era del infierno, mayores mercedes me hacías y más grandes misericordias llovían sobre mi ánima

Entremos, pues, agora en cuenta, Dios mío, si cuando yo andaba apartado de tu gracia (y plega a tu misericordia no sea también agora), si entonces muriera según mis pecados lo merecían, ¿dónde estuviera yo agora? Apartado de ti y de tus santos ángeles, desterrado de la gloria, desheredado del cielo, compañero de los demonios, enemigos tuyos; atormentado con tan duros tormentos, que el menor de los innumerables que padecen los dañados es el mayor que en esta vida se puede imaginar. Y estos intolerables tormentos son de menor dolor y pena de lo que fuera verme para siempre apartado de tu vista sin esperanza de poderte gozar. ¡Oh pena acerbísima y terrible! ¿Qué fuera de mí entonces viéndome apartado de tu vista, pues mi ánima encarcelada en este cuerpo, como desea el ciervo las fuentes de las aguas, desea ir a ti y verse contigo y está anhelando y sospirando por gozar de tu divina esencia? ¿Qué hiciera viéndose privada de las esperanzas que agora tiene de verse contigo en el cielo?

Sufro con paciencia los trabajos y molestias de esta

miserable vida, por la esperanza que tengo que algún día vendrá en que, suelta mi alma de la pesadumbre de la carne, descansará con su esposo Jesucristo en su gloria. ¿Pues qué vida tuviera viéndome privado de tal esperanza? No es vida, sino continua y perpetua muerte, la de aquellos malaventurados que están en el infierno, pues de ellos dice la Escritura que *los apacienta la muerte* [3]. Tú, Señor, por tu infinita bondad y grande misericordia, me libraste de aquellos horribles y espantosos tormentos deteniendo a la muerte para que no me llevase, alargándome la vida para que me convertiese, inspirándome y dando recios golpes a mi corazón para que te llamase, alumbrándome para que te conociese y dándome salud para hacer penitencia. Cuanto más huía de ti, tú más me seguías; buscábasme cuando pecando me apartaba de ti, y siendo tú el ofendido, mostrándome tus llagas y el costado abierto, me rogabas con el perdón.

Y no sólo me sacaste de tantos males pasados, pero aun también me preservaste y guardaste de muchos otros pecados que cometiera, si tú, Señor, con tu misericordia grande no me tuvieras con tu mano piadosa para que no cayera en ellos. Por lo cual, ánima mía, alaba a tu Dios para siempre, bendícele y ámale sobre todas las cosas, pues te hizo mucho bien y te libró de la muerte eterna, y tus ojos, de las lágrimas y lloros infernales, y tus pies, de caída, teniéndote con su mano para que no cayeses en otros muchos males y pecados que hicieras si no te sustentara su misericordia para que no los cometieses.

MEDITACION XLI

De los bienes a nosotros prometidos

Tan cercado me veo de obligaciones y tan obligado a servirte, Dios mío y todo mi bien, por las infinitas mercedes que he recebido y recibo cada hora de tu largueza, que se embota mi juicio y queda atada mi lengua y suspensas y pasmadas todas las potencias de mi alma. No sólo muestras tu infinita bondad y magnificencia en querer que te amemos y tener por bueno, siendo quien eres, ser amado de nosotros, viles criaturas; pero lo que causa grande y estupenda admiración y hace estremecer a los

[3] Ps. 48, 5.

que tienen uso de razón es ver que por tan ligero y suave precepto como es el mandamiento del amor prometes premio de gloria y vida eterna. Esto es lo que tu santo apóstol dice: *Ni el ojo vió, ni la oreja oyó, ni jamás subió en el corazón del hombre lo que Dios ha prometido a los que le aman* [1].

¡Oh largueza inefable de mi Dios, pues a los que te aman son prometidas tan grandes cosas! ¿Y qué razón de premio hay en el amor? ¿Qué trabajos, qué molestias, qué dificultades, qué sinsabores y qué penas hay en el amor? El mismo amor se es harto galardón para sí. El amor es más amable que todo cuanto se puede amar; es más deseable que todo lo que es posible desearse, y con todo esto, le añades galardón y premio. Cosa maravillosa es, Señor, que das amor por amor, gracia por gracia, paraíso por paraíso y don sobre don. Cuando premias nuestros merecimientos, ¿qué otra cosa premias sino tus dones y mercedes, pues nuestro merecimiento no es otra cosa sino tu don? ¿Quién no se maravillará de tan inmensa bondad y magnificencia? ¿Quién nunca vió poner a un hambriento delante preciosos y sabrosos manjares que coma y darle premio porque coma, y dar de beber al sediento y hacerle mercedes porque beba?

Así lo haces con nosotros, magnificentísimo Señor, cuando a los que desean tu amor se lo das de gracia y aun por él les prometes para más adelante tu gloria. ¿Qué magnificencia es ésta, Señor, que finges trabajo en el mandamiento jocundísimo del amor, no habiendo en él sino suavidad y dulzura, porque así tengas ocasión de premiarnos, y lo que no es trabajo, premias como si fuese trabajo, según es grande, Señor, la voluntad que tienes de hacernos bien? De ti dice David que *finges trabajo en el precepto* [2], porque en el mandamiento del amor, que es dulce y hace todos los trabajos dulces, finges que hay trabajo por tener ocasión de premiarnos.

El amor es premio de sí mismo, y dándonos gloria porque te amemos, das don sobre don, merced sobre merced y gloria sobre gloria. Pues ¿cómo tan bueno y liberal Señor negará a sus siervos su justo jornal, si a los que no trabajan porque aman, así como si trabajasen promete galardones?

Tal es, Señor, tu amor y tan grande y tan bueno, que por alcanzarle cualesquier tormentos, por muchos y grandes que fuesen, se habían de sufrir, y tú no solamente nos le das de gracia, mas aun le premias con paraíso y

---

[1] I Cor. 2, 9.
[2] Ps. 93, 20.

gloria. Por lo cual, en el Deuteronomio, después que diste la ley al pueblo de Israel, mandaste que te amase; en poniéndoles el precepto del amor, mandaste que te amasen. En poniéndoles el precepto del amor, hablaste luego del premio celestial y dijiste: *Mira que el cielo y el cielo del cielo es del Señor, Dios tuyo* [3]. En aquella parábola del que envió los jornaleros a su viña, nos muestras, al igualarte y hacer concierto con ellos, tu infinita bondad y misericordia, pues das el dinero de la bienaventuranza eterna por tan pequeño trabajo como la guarda de tus mandamientos, siendo nosotros obligados, así como así, a guardarlos sin premio alguno. Cuando uno tiene un esclavo y lo envía a su viña, no se concierta de darle nada, antes le hace ir aunque no quiera, porque el que compra el esclavo. compra con él todas sus obras.

Pues nosotros, ¿no somos, Dios mío, esclavos tuyos, y comprados con tu sangre? *Con grande precio* dice San Pablo que *fuimos comprados* [4], y San Pedro declaró el precio cuando dijo que *fuimos comprados con el precio de tu inocentísima sangre* [5]. Pues luego si nos tienes comprados por tan inestimable precio, sin darnos premio nos podías mandar y aun compeler a amarte y a la guarda de tus mandamientos.

Por sólo el beneficio de la encarnación y redención, sin esperar galardón, nos podías obligar a andar desnudos y a comer siempre hierbas y a todo cuanto pudiéramos hacer, y nosotros estábamos obligados a cumplirlo. Pero es tanta tu bondad, que, con poder hacerlo así y justamente, no quieres sino concertarte con nosotros y igualarte, prometiéndonos vida eterna en galardón. Concertaste con nosotros y obligástete a darnos tu gloria, y de tal manera te quisiste obligar, que, amándote nosotros y guardando tus mandamientos, no puedes tú dejar de darnos tu gloria, y esto de justicia, porque tu palabra no puede faltar.

El Apóstol, después que contó sus muchos trabajos a su discípulo Timoteo, añadió, diciendo: *Guardada está para mí la corona de justicia, y no sólo para mí, sino también para los que aman su venida* [6]. Si tú, Señor, no quisieras obligarte a darme la gloria guardando yo tu ley, nadie te la pudiera pedir de justicia, pues no son dignas las pasiones y trabajos de este siglo, ni todo cuanto puede el hombre hacer, para merecer tu bienaventuranza eterna; pero presupuesto tu liberalidad y amor soberano que me

[3] Deut. 10, 14.
[4] I Cor. 6, 20.
[5] I Petr. 1, 19.
[6] II Tim. 4, 8.

tienes, con el cual por tu propria bondad quisiste obligarte sin yo merecerlo, no puedes dejar de cumplir tu promesa y palabra; porque palabra de rey, y más de tal Rey, no puede faltar. Tú eres, Señor, el que dices en tu santo Evangelio: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos* [7]. Así también te igualas con los labradores que envías a tu viña prometiéndolos la gloria por su trabajo, y en hacer pacto y concierto con nosotros nos tratas como libres, siendo tus esclavos, pues el concierto no se hace con los siervos captivos, sino con los hombres libres.

¿Pues qué es esto, Señor mío, que no sólo porque te amase me hiciste tantos bienes y me libraste de tantos males, pero aun me prometes porque te ame vida eterna? Si el amor se vende, nadie le compra tan caro como tú, pues das por él la vida eterna. No solamente con tan innumerables mercedes me obligas a amarte, mas aun me haces tan altas promesas por ser amado de mí. Dasme la vida eterna, de la cual no se puede hablar, pues es imposible decir lo que hallan en ti los bienaventurados que te ven, porque hallan lo que tú eres, aunque no con aquella grandeza que tú gozas de ti mismo. Para nosotros, lo uno y lo otro es imcomprehensible, por lo cual se dice en el Apocalipsis que *en aquella piedra que se da a los vencedores va un nombre escrito que no le entiende sino quien lo recibe,* y también dice que *le dará el maná escondido* [8], que quiere decir un gusto que de sólo el que lo gusta puede ser conocido, y un precio tan grande por la victoria, que quien la alcanza sólo lo puede estimar. Entender dice; que declarar, aun los que la gozan, no podrían. Y así, dice el Apóstol que no tiene licencia para hablar en lo que allá vió, porque todo lo que hombre a otro hombre podía decir es tan poco, que pudiera ser ocasión de ser menos estimado de los que tan poco pueden entender de cosa tan subida.

Y así, es bien que, por una parte, conozcamos algo y, por otra, adivinemos, y por eso dijo tu Apóstol que aquí en esta vida en algo conocemos. Si del todo se ignorara, no se pudiera amar, y si del todo se conociera, no tuviéramos que desear, y así, tu sabiduría lo templó de suerte que supiésemos lo que bastase para caminar como quien anda tras la luz de una lámpara que alumbra la oscuridad de esta vida, en que siempre es de noche hasta que, como dice San Pedro, venga el día y parezca el lucero en nuestros corazones.

---

[7] Matth. 19, 17.
[8] Apoc. 2, 17.

MEDITACION XLII

Cómo el fundamento de todos los beneficios de Dios es el amor

En todas las buenas obras que unos hombres hacen a otros, más se ha de mirar al amor con que se hacen que a la cuantidad y grandeza del don que reciben. Porque aunque lo que se da sea mucho, si el que recibe el beneficio entiende le fué dado forzosa y violentamente y contra la voluntad del que le dió, no hay obligación de agradecimiento. Lo principal que se ha de mirar en el que algo hace es la voluntad y amor con que nos sirve. ¡Oh Redentor del mundo, que si mucho has hecho por nosotros, y si nos has dado grandes cosas, y si nos libraste de muchos males y nos prometes bienes eternos y perdurables, todo esto (con ser tanto que espanta) es menos que el amor que nos tienes. Por amor te diste a nosotros, veniste del cielo, encarnaste y moriste, y por el inefable amor que nos tienes, nos criaste y redemiste y te nos das en el sacramento de la Eucaristía y nos libraste de tantos males y nos prometes tan grandes bienes. Es tu amor para con nosotros de tal suerte, que la menor merced que nos haces, por venir esmaltada con tan finísimo amor, no somos suficientes para acabar de agradecer y pagar aunque entrásemos en hornos de fuego muy encendidos por amor de ti, cuanto más que las obras que nos haces son sin cuento y tan grandiosas, que ponen espanto en la tierra y admiración en el cielo. Si son soberanas las mercedes y excelentísimos los beneficios que nos haces, mayor es el amor que nos tienes, el cual sobrepuja a todo entendimiento criado y trasciende los límites de la razón natural.

El fundamento y raíz de todos los dones y mercedes que nos haces es tu santo amor. Todos los dones que nos diste no son sino indicios y señales de este amor, que es el mayor y el primer don. Mira, pues, ánima mía, y siente bien si del amor proceden todos los dones qué tan grande debe ser el amor que Dios te tiene, pues todos los beneficios que hemos dicho y otros infinitos que podríamos decir proceden y manan de este tu tan inmenso amor. Porque si tú, Señor, hiciste el mundo y todo lo criado en él por amor del hombre, síguese que primero amaste al hombre y que en todas las otras criaturas no amaste ni amas sino al hombre por el cual las hiciste.

Porque en los medios ordenados para algún fin, solamente amamos aquel fin, y pues tu amor excede en infinito a todas las otras cosas que nos diste, síguese que, dándonos tu amor, nos amaste y nos diste don infinito, y tal que no se puede estimar. El cual don, como sea gratuito y liberal, sin duda alguna es el hombre más obligado por sólo éste que por todos los otros dones juntos que de tu larga mano ha recebido, pues aquéllos, por muchos y grandes que sean, son finitos y tienen cabo, mas tu amor es infinito y sin remate. No tenías necesidad que nosotros lo recibiésemos, mas por sola tu bondad y liberalísima voluntad nos los diste y nosotros teníamos grande necesidad de los recibir, porque sin ellos no podíamos vivir un momento. Pues tanto mayor suele y debe ser la obligación que nace del beneficio cuanto es mayor la necesidad del que lo recibe y mayor y más libre la voluntad del que lo hace. ¿Pues qué necesidad tenías tú, Señor, de nosotros ni de las cosas que por amor de nosotros criaste? Ninguna por cierto, dice David. Y nosotros de ellas, ¡qué tanta! Que sin ellas un punto no podemos vivir. Y si Dios ama y quiere tan regaladamente sus obras y lo que ha hecho, no es tanto por ser efectos suyos ni porque las hizo, sino porque las crió con tanto amor. Amas, Señor, todas las cosas que hiciste y ninguna cosa aborreces. Y aunque amas a todo lo criado, pero al hombre más que a nadie. Si a alguno habías de querer más que a él, había de ser al ángel, y ése quedó muy atrás, porque cuando se perdió, no curaste de su remedio ni tomaste la naturaleza angélica, sino la humana; pero cuando el hombre se perdió, trataste tan de veras de su reparo y salud, que aventuraste la vida y la honra haciéndote hombre por él. Y con todo esto, nunca acaba el hombre de quererte, siendo tú quien eres y siendo él quien ves.

Naturalmente, Dios mío, te amas a ti mismo sobre todas las cosas, y con aquel inefable amor y infinita caridad que te amas, sobre todo amas a tus criaturas, y a todas ellas amas por mi respecto, pues las pusiste todas, como dice David, debajo de mis pies: aves y animales y todas las bestias del campo. ¿Cómo podrían ellas permanecer si tú no quisieses? ¿Y cómo se podrían ellas conservar si tú no las amases? Perdónanos, Señor, porque nos amas y recíbenos con misericordia por lo mucho que nos quieres. Esto es lo que dices por un profeta: *En caridad perpetua te amé, y por eso te atraje habiendo de ti misericordia* [1]. Por amor diste alguna virtud a todas las cosas

[1] Ier. 31, 3.

y vístelas cuando las criaste, y eran todas buenas, porque tu bondad las hizo así. Si a los padres que nos engendraron amamos, ¿cuánto más debemos amar a ti, criador de nuestros padres y hacedor nuestro? Si estando yo ciego hubiera alguno que me alumbrara y diera vista, ¿qué tanto fuera justo que le amara? Si naciera sin pies ni manos y un hombre me diera manos para obrar y pies para andar, ¿no fuera obligado a amar al tal bienhechor? ¿Pues qué hiciera si, siendo muerto, me resucitara y si, no teniendo ser, me diera el ser que tengo? Toda mi vida anduviera tras él sirviéndole de rodillas y le besara los pies y aun la tierra que pisaba. ¡Oh Criador mío!, ¿y a quién debo yo estos ojos sino a ti? ¿Quién me dió pies y manos, cuerpo y alma, vida y ser sino tú, mi Dios, que de nada me hiciste? Y si en estos ojos que mañana se han de convertir en polvo y ceniza, tanto te quisiste esmerar que hiciste cuando los criaste cómo pudiese con ellos ver el cielo con sus planetas, estrellas y resplandores y la tierra con la variedad de colores y la diversidad de criaturas, ¿qué será de los ojos interiores del alma que para siempre durará? Si esto corporal es de tanto primor, ¿de cuánta mayor perfición y excelencia es esta espiritual substancia de mi alma que no veo? Y después de darme alma y cuerpo y todo cuanto soy y tengo y valgo, estando muerto por el pecado, me resucitaste, y tan a costa tuya, que por darme vida perdiste la tuya propria.

Pues ¿qué hombre flaco, pecador y falto en muchas cosas hiciera por mí la menor de las mercedes que tú, mi Dios, me has hecho, siendo tú sumo bien y bondad infinita, que no me perdiera yo por él? No mirara a sus faltas, sino al benefico recebido, y anduviera desalado tras él por montes y valles sirviéndole de día y de noche, y aun nunca pensara que acabara de agradecerle tanta merced. Pues ¿por qué, Dios mío y todo mi bien, no ando yo perdido por ti, pues, siendo tú la misma bondad y substancia dignísima de infinito amor, has sido conmigo tan liberal, que me diste ser y vida, alma y cuerpo y todo lo que soy? Y lo que más es: que éstas y otras mercedes sin cuento que hiciste a mí, criatura tuya y obra de tus manos, proceden de amor, porque por amor me criaste y por amor me redemiste, y así, conviene que te ame todo cuanto fuere a mí posible y muera herido de tu santo amor.

MEDITACION XLIII

Del mandamiento del amor de Dios

Mándasme, Señor, que te ame, y con recio mandamiento, y me amenazas con graves penas si no te amo. Confúndesme, Señor, con este mandamiento. ¿Cómo, Señor, tan ingrato soy yo, siendo obra de tus manos y habiendo recebido de ti todo mi ser, y siendo el amor el principio y origen de donde manan todos los bienes, y habiéndome redimido con tu preciosa sangre, y dícesme ahora que te ame? ¿Qué, es menester que me mandes que te ame? ¿Qué necesidad tengo yo de tal mandamiento? Si, como dice un sabio, el que halló beneficios halló cadenas para prender los corazones, ¿qué corazón había de haber tan duro que, considerando tantos y tan grandes beneficios, no se encienda en tu amor? ¿Cómo es posible que sea yo tan ingrato que no te ame, teniendo tanta multitud de razones que me obligan? ¿Quién es el hombre a quien así os manifestáis o el hijo del hombre de quien hacéis tanto caso? ¿Qué se os da a vos, Señor, de ser amado del hombre?

Tenéis ángeles en el cielo, y, como dice Daniel, millares de millares os sirven y millones de ellos están en vuestra presencia; ¿y hacéis caso de un vil gusanillo de la tierra? Tenéis serafines sin cuento que, encendidos en vuestro amor, están hechos llamas amándoos perpetuamente sin nunca cesar; ¿y hacéis caso de una criatura tan baja como es el hombre mandándole estrechamente que os ame, prometiéndole por ello la vida eterna y amenazándole con la pena perpetua del infierno si no lo hiciere?

Pudieras, Señor, mandar al hombre otras cosas de más dificultad, como era que te sacrificara sus hijos, o que edificara templos, o que anduviera peregrinaciones, y todo esto no lo estimas y sólo lo que tienes en mucho es que te ame. *El fin del precepto es la caridad* [1], dice el Apóstol. El cumplimiento de toda ley y lo que pides al hombre es que te ame. Pluguiese a ti, mi Dios, que conociésemos los hombres con cuanta piedad pides que te amemos. Porque me amas, y muy de veras, por eso me pides que te ame.

[1] Tim. 1, 5.

¡Oh jocundo, oh leve, oh suave y deleitable precepto! Gracias te doy, Señor mío, y muy muchas gracias, por tan benévolo, tan deseable y tan grato mandamiento como me has dado. Pusiste, mi Dios, las espuelas al que de gana corría. ¿Y qué cosa más grata ni deleitable puede ser a mí que amarte? Y ¿quién puede no amarte? Si me mandases que no te amase, eso sería a mí penoso, imposible y intolerable, y en alguna manera me sería más tolerable el infierno que dejarte de amar. Cuando algunas veces pienso, o hablo, o me dicen de las penas del infierno, lo que más me espanta y atemoriza es que los que están atormentados en aquel malaventurado lugar te aborrecen, maldicen y detestan. ¡Oh misérrimas y infelicísimas criaturas! ¡Oh desventuradas ánimas y dignas de ser lamentadas, pues tal pago dais a vuestro hacedor y a vuestro Dios por los bienes que os hizo! Nunca, Señor, tú permitas que yo deje de amarte ni que cese jamás mi voluntad de arder en llamas de tu divino amor. *Si me olvidare de ti, mi Dios, sea dada mi diestra en olvido y péguese mi lengua a mi garganta si no me acordare de ti y si no te pusiere delante de mis ojos en principio de toda mi alegría* [2].

¡Oh cuán bueno es el Dios de Israel a los que son de buen corazón! ¿Qué bondad es ésta, Señor, que no sólo quieres ser amado de mí, mas aun estrechamente me mandas que te ame? ¿Quién soy yo o quién es mi sustancia cerca de ti, pues no sólo quieres que te ame, pero aun me amenazas con eternos tormentos si no te amare? ¿Cómo, Señor, tan grande cosa soy yo en tu preferencia para que estimes en tanto que yo te ame? Gracias te doy, Señor, porque así me honras y porque haces tanta cuenta de mí. Grande favor y merced me hicieras en darme licencia para amarte, cuanto más mandándome que te ame.

Claro está que pornía admiración si un poderoso rey tuviese por bien que un grosero y rústico pastor y muy pobre tuviese la llave de su cámara y facultad para ir y venir y tratar con el rey cada vez que quisiese. Mucho sería esto, pero no es tanto como parece, pues al fin entrambos son hombres y el ser natural los iguala aunque el estado sea muy desigual. Pues ¿qué es esto, Señor, que, siendo tú Dios omnipotente y Rey soberano de la gloria, das libertad al hombre, siendo criatura hecha por tus poderosas manos, para que trate contigo y te ame y contemple tus grandezas y que tenga llave para libremente entrar y salir, presentándose delante de su criador dándole sus

[2] Ps. 136, 5 s.

entrañas y deseos? ¿Quién no entiende ser esto muy singular merced?

Y no sólo se extiende a esto tu infinita bondad, sino que aun también le mandes que te ame, y tan de veras, que le das el arte y manera de amor diciendo *que te ame de todo su corazón, y con todo su ánimo, y con todo su entendimiento y fuerzas* [3]. ¿Por qué, Señor, te quisiste tanto reveer en este mandamiento, pues no te contentas que te amemos de todo nuestro corazón, sino que añades otras tres cosas tan grandes como la primera; pues con lo primero quedábamos tan obligados como con todo lo demás que añadiste? Muéstraste solícito en pedirnos nuestro amor por tantas vías, porque, viéndote tan codicioso de nuestro amor, pudiésemos conjeturar de dos cosas la una. O que tú entendías de nos amar y amabas mucho y querías ser bien pagado, o que el amor debe ser cosa tan preciosa, que no quieres perder grano dél. Si viésemos a un hombre sabio coger, con mucha diligencia una hierba muy despreciada, nos tenernos-íamos por engañados, y que habíamos hasta entonces sido engañados de su virtud.

No sólo una de estas cosas, sino aun entrambas las podemos tener por ciertas, porque, pues tú, Señor, con tanta solicitud mandas que te amemos siendo tan sabio como eres, es cosa clara que el amor es cosa muy preciosa y que andan engañados los que no lo estiman en mucho. Y por más sublimar este amor y porque nosotros entendiésemos en cuánto lo estimabas, escrebiste con tu dedo las leyes de amor que nos diste. No escrebiste la ley de amor con dedo de ángel ni de hombre, sino con tu dedo. Si el rey, por mostrar favor al que ama, le escribe con su propria mano, ¿en cuánto más hemos de estimar este mandamiento de amor, pues quisiste tú, Señor, escrebirle con tu propria mano?

Encomendaba el apóstol San Pablo las Cartas que escribía a las Iglesias, porque las escribía con su propria mano; ¿cuánto más ha de ser preciado de nosotros este mandamiento del amor, pues tú, Señor, lo escrebiste con tu propria mano? Y para más encomendarnos este precepto, no sólo lo escrebiste tú, mas aun también aderezaste y hiciste las tablas en que lo escrebiste, como el padre que, por mover al hijo a que aprenda, le adereza por su propria mano la tablilla y le escribe en ella las primeras letras que los niños deprenden. Así lo hiciste con nosotros, Dios nuestro y Padre nuestro que estás en los cielos, dándonos escrito por tu mano el suave precepto de amor en las tablas que tú mismo hiciste por más enco-

[3] Deut. 6, 4.

mendarnos la guarda de este jocundo y deleitable mandamiento.

Aunque no dejo de correrme y padezco y confusión es mía, que, habiendo tantas causas para amarte y estando tan obligado por tantas razones a darte todo mi amor y voluntad y querer, con tan grande diligencia y cuidado me mandas que te ame.

Si el hombre fuera el que debía ser, no ternía necesidad de tal mandamiento, porque tu misma bondad y su propria naturaleza, sin las obligaciones sin número que tiene de amarte, lo llevaran a tu amor. Y cuando todo esto cesara, la misma necesidad que tiene de ti lo llevara a tu divina majestad, pues es el único remedio y verdadero socorro en todas sus faltas. Pero viendo a nuestro apetito estragado por el pecado y a la naturaleza mal inclinada, mandas que te amemos; no por amor de ti, que no tienes necesidad de nuestro amor, sino por amor de nosotros. por hacernos por esta vía mucho bien y merced.

MEDITACION XLIV

Que manda Dios que le amemos por enriquecernos

¿Por qué quieres, Señor, y me mandas que te ame sobre todas las cosas y me pones precepto de amor y me amenazas con la pena si no te amo? Tú eternalmente te amas con amor infinito; y ¿qué tienes que ver con el amor de un hombre pobre y tan miserable criatura como yo? ¿Qué gloria se te acrecienta aunque seas amado de todos los hombres? El amor con que te amas infinitamente no crece ni por otro amor es aumentado. El amor con que amas al hombre que criaste, ese mismo amor nos manda que te amemos sobre todas las cosas. Quieres, clementísimo Señor, que te acompañe el hombre perpetuamente en tu gloria y que goce para siempre de tu bienaventuranza y quiéreslo dotar y honrar aquí en esta vida con muchos bienes. La fuente de donde mana toda la perfición de las criaturas eres tú, Señor, y cuanto más cerca está la criatura de ti, tanto de más perfición está dotada y enriquecida. Y porque quieres, Dios mío, comunicarme tus divinas perficiones y repartir conmigo tus celestiales tesoros, y para esto es menester que el hombre se llegue a ti, y para llegarse es menester que te ame, por amor de esto nos mandas que te amemos sobre todas las cosas.

Esta diferencia hay entre las cosas espirituales y corporales, que las corporales júntanse y lléganse unas a otras por movimientos y pasos corporales, pero las espirituales no se juntan sino por amor. De manera, Señor, que cuanto la criatura espiritual más te ama, tanto está más cercana a ti; porque así como el cuerpo se mueve con pasos, así el alma se mueve con afectos y deseos. Quisiste, pues, Señor, mandarme que te amase, y la causa de esto fué porque el amor era un camino necesario por do el hombre pudiese llegar a ti y era un medio muy importante para poder recebir la gracia. Si el fuego es un elemento tan noble que, cuanto uno más se llega a él, tanto más le alumbra y tanto más ve y tanto más participa de su calor, ¿cuánto más harás tú esto, Dios mío, que eres infinitamente más noble y más comunicativo que ninguna criatura, por nobilísima que sea?

¡Oh si de nuestra parte no hubiese defujos *(sic)* ni impedimentos, cuánta más lumbre de entendimiento y calor de caridad recebiríamos de ti, Señor, del que reciben los que se llegan al fuego. *Llegaos*—dice el Salmista—*a Dios y seréis alumbrados* [1]. De apartarte, ánima mía, de este divino fuego vienes a andar tan ciega y errada; de aquí nace toda tu frialdad y tibieza y de aquí procede el demasiado amor que tienes a las cosas perecederas y olvido de aquellas celestiales que para siempre duran. *Dios es fuego* [2]—dice la Escritura—, y por llegarse a él y andar tan cerca aquellos dos discípulos que iban a Emaús *ardían sus corazones dentro de sus pechos* [3]. Llégate, pues, corazón mío, a este fuego; quema, Señor, mis renes y mi corazón para que pueda cantar con tu profeta: *Fué inflamado mi corazón y alteróse todo lo interior de mi alma* [4]. Con tu ausencia, Señor, está mi corazón frío y helado, y los efectos que hace la ausencia del sol en la tierra, eso hace en mi alma el desviarme de ti. Como cuanto más se aparta el sol de la tierra tanto más crece la frialdad y son mayores las tinieblas, así, cuanto más se apartó de ti, que eres sol de justicia y luz de mi alma, tanto más crece en mí la frialdad y tibieza de tu amor y quedo más ciego. Cuando el sol se va poniendo, van creciendo las sombras de las cosas corporales, y cualquier cosa, por pequeña que sea, causa grande sombra; pero cuando el sol está en su fuerza y vigor, todas las sombras son pequeñas. Así, Señor, cuanto más apartado estoy de ti, me parecen mayores las sombras de las cosas de esta vida y tanto más me

[1] Ps. 36, 6.
[2] Deut. 4, 24.
[3] Luc. 24, 32.
[4] Ps. 72, 21.

aficiono a ellas. Pero cuando tú, Señor, que eres sol de mi alma, estás en tu rueda y estamos cerca de ti, todas las cosas nos parecen pequeñas, y así las despreciamos.

De las cosas de esta vida, dice la Escritura que *pasaron como sombras* [5], las cuales no aprovecharon a los que las siguieron. La diferencia que hay de las cosas pintadas a las verdaderas y de la sombra a la existencia de las cosas, hay de los bienes de este siglo a los verdaderos bienes que son del cielo. Pasa la figura de este mundo y vi todas las cosas que se hacen debajo del sol, y vi que todo era vanidad. ¿Pues por qué, ánima mía, dejas la verdad por la mentira y amas la vanidad? Por estar apartada de Dios, te parecen grandes estas cosas pequeñas; pero llégate a él y dirás con el Apóstol: *Todas las cosas tengo por estiércol* [6]. De la comunicación que tuvo contigo Moisén, Dios mío y Señor mío, se le siguió que bajó del monte con tanta claridad, que los hebreos no le podían mirar al rostro. Los que están juntos contigo por amor están resplandecientes y transformados en ti, porque participan de tus perficiones y comunícasles tus grandes tesoros celestiales.

¡Oh amor ardiente, oh caridad inflamada, cuyos rayos penetran desde el muy alto y supremo cielo hasta la tierra! Sabes, ¡oh amador de nuestras almas!; sabes, ¡oh eterna Sabiduría del Padre!, que sin tu amor no podemos llegarnos a ti, por amor de lo cual nos mandas que te amemos sobre todas las cosas, porque se llegue a ti el hombre que tanto amas y goce de tu gracia y divinos resplandores.

Con el amor con que nos amas nos mandas que te amemos, y tú que amas, quieres ser de nosotros amado, queriendo levantar al hombre a muy alta dignidad, desde el cielo a la tierra, para que, levantada el ánima del hombre sobre las estrellas, more en tu casa para siempre y goce del sumo bien. Quieres darnos no cualquier bien, sino aquel bien sumo que excede a todos los bienes. El camino por donde subimos a ti es tu amor sobre todas las cosas; a quien se sube eres tú, amado sobre todas las cosas, y a donde venimos eres tú, infinito sobre todas las cosas. Mandas que te ame por darme bien sobre todos los bienes, para que sea participante no sólo de todos los que te alaban y guardaron tus mandamientos, mas aun también de aquel que alaban las estrellas de los maitines, de cuya hermosura se maravillan el sol y la luna y se alegran todos los hijos de Dios. Por lo cual muy justo es, Señor, que deje el hombre el padre y la madre y se llegue a ti, para

[5] Ps. 143, 4.
[6] Philip. 3, 8.

que, amándote sobre todas las cosas, sea un espíritu en amor y caridad con su Dios.

Queriendo, pues, el sumo amor dar suma dignidad, suma honra y suma felicidad a los hombres, manda ser amado sobre todas las cosas, como si el hombre racional (si no es con perversa voluntad) pueda amar otra cosa sino a ti. Por ti soy criado, por ti me son sujetas todas las cosas y las criaste para mi servicio; por ti yo vivo y por ti reinan los reyes y los poderosos administran justicia. Tú, amándome siempre, me mandas más que todas las cosas, porque suba sobre todas las cosas y sea bienaventurado para siempre, porque, no entendiendo esto, ser[ía] comparado a las bestias insipientes y hecho a ellas semejante y puesto debajo de los pies de los demonios, espíritus malos y privados de tu amor. A ti, sumo Dios, amor sin medida, amor de nuestras ánimas, sea alabanza, gloria, bendición y claridad, sabiduría y hacimiento de gracias por todos los siglos de los siglos, amén; pues mandas a tu criatura que te ame sobre todos, porque nos des bien sobre todo bien, el cual eres tú mismo bendito para siempre.

¡Oh cuán suave es, Señor, tu espíritu para con nosotros, pues nos pones tan suave precepto de amor, el más grande y primero mandamiento! El que guarda a los otros preceptos distingue unos de otros, porque el homicida puede no hartar y el avariento no adulterar; pero el que te ama, Señor, sobre todas las cosas está en caridad y no puede traspasar ningún mandamiento tuyo, y así acaece que con la guarda de este suavísimo precepto guarde todos los otros mandamientos. ¿Qué cosa más suave se pudo mandar, ni qué cosa más dulce ni más santa que decirnos que te amemos? Tu santo amor es fuente de todos los bienes, y por darnos con él todos los otros bienes, llegándonos a ti por amor, mandas que te amemos.

MEDITACION XLV

Que manda Dios que le amemos porque vivamos

Es cosa tan debida el amarte, Dios mío y todo mi bien, que no se debe para esto dar razón. ¿Qué razón hay para te amar? Mas ¿qué razón hay para dejarte de amar? ¿Qué causa puede haber para que te deje de amar mi ánima un solo punto? ¿Qué ocasión, por grande que sea, será bas-

tante para quitar de ti por un solo momento su amor? ¿Qué desculpa tiene el que no te ama? Tengo delante de mis ojos tu infinita bondad, y estando aquí presentes tus soberanas perficiones, está mi corazón dando saltos dentro de mis entrañas, los golpes y latidos que recibe del sumo bien que tiene presente, y mi ánima se deshace dentro de la estrecha cárcel de este miserable cuerpo, deseando verse suelta y metida y absorta en ese ardentísimo fuego de amor. ¿Cuándo vendrá el día en que, libre de la corrupción del cuerpo, que apesga el ánima, sea metida en ese horno de llamas vivas de amor, porque sin recelo de poder esfriarse, hecha una brasa encendida, te ame para siempre sin fin? ¡Oh qué congojosa tardanza y qué penosa dilación! Y una de las cosas en que veo, Señor, lo mucho que me amas es en mandarme que te ame. No por ti, Señor, sino por mí, quieres ser amado de mí. Porque me amas a mí, por eso quieres ser amado de mí. Porque sabes muy bien que en tu amor está toda mi salud y toda mi vida, por eso quieres y buscas mi amor, porque me des la vida, porque ésta es la vida eterna: *que te conozca, y conociendo, ame a ti y al que enviaste, Jesucristo, tu Hijo* [1]. Pusiste en el amor la vida, y mándasme que te ame por darme vida. Así lo dice tu discípulo amado San Juan, que *el que no ama está en la muerte y que somos trasladados de la muerte a la vida, porque amamos* [2].

Quieres, Señor, que vivamos, y por eso nos mandas que te amemos. Cuando amamos al mundo, nos perdemos, ensuciámonos con muchos pecados, y con mil cuidados somos atormentados y fatigados con grandes miserias, porque no pusimos nuestro amor en su lugar. Entonces, pues, gozamos de suma paz, cuando amamos al sumo bien, que es Dios, y entonces vivimos, cuando amamos. No tengo por cosa dura que me mandes, Señor, que coma cuando tenga hambre ni que provea a mi cuerpo de las cosas que ha menester; ¿pues por qué terné por cosa áspera que me mandes buscar tu santo amor, siendo tan necesario para mi alma? Vive el cuerpo con manjar y el alma con tu santo amor, porque el que no ama, no vive. Si la vida del alma es el amor, así debo procurar de amarte, como a mi propria vida. La vida del cuerpo es el ánima, y la vida del ánima el amor; y como el cuerpo donde hay ánima tiene vida y calor natural, así el ánima, con este tu santo amor, tiene calor de caridad y hace obras de caridad y está fría y helada y muerta sin hacer actos y operaciones de vida cuando es privada de este tu santo amor. ¿Pues qué me

[1] Ioan. 17, 3.
[2] I Ioan. 3, 14.

mandas cuando me dices que te ame sino mandarme que viva?

Cuando aquel doctor de la ley te preguntó lo que haría para alcanzar la vida eterna, respondístele tú, Señor, que amase a Dios de todo corazón, según que en la ley estaba escrito. Porque el amor es vida, al que pedía vida dijístele que amase. Quien quiere tener vida en esta vida y después vida que para siempre viva, ame a Dios y vivirá verdadera vida. A un pecador que parecía estar vivo, siendo muerto, fué dicho en el Apocalipsis: *Nombre tienes de vida, y estás muerto* [3]. Llamaste, Señor, a tu profeta Ezequiel y, llevándolo a un grande campo lleno de huesos secos, mandástele que profetizase y dijese que tú enviarías las ánimas en aquellos muertos tan antiguos y secos y que vivirán. ¡Oh maravillosa promesa, que tan grandes alientos da a los pecadores obstinados y envejecidos en maldad para que confíen en tu infinita bondad y clemencia, pues después de tan largas esperanzas de misericordia das vida verdadera de gracia y caridad, dando a nuestras ánimas tu divino amor! Y porque el amor es vínculo de perfición, porque la perfición cristiana consiste en amarte y es vínculo o atadura, porque ata unas cosas con otras y las junta y llega a sí, comenzaron a juntarse aquellos huesos secos unos con otros, aunque estaban esparcidos y derramados por diversas partes de aquel campo. Pareció luego un ejército armado, grande y poderoso. Hace tan fuerte y espantoso el amor al pecho donde está, que después que entró tu santo amor en los muertos, no sólo tuvieron vida, mas aun parecieron armados y valientes.

De tu santa Iglesia primitiva, escribe San Lucas que *la multitud de los creyentes era de un corazón y de una voluntad* [4]. Aunque eran muchos en número, el amor los juntó de manera que eran una cosa en el querer. Y porque ardían en tu santo amor, fueron tan espantosos a sus enemigos, que dice la Escritura hablando de tu santa Iglesia: *¿Qué veis en la Sunamite sino coros de huestes?* [5] Fué terrible a sus contrarios y espantosa a sus enemigos así como ejército de muy ordenados escuadrones; por amor de lo cual, aunque pocos en número y pequeños según la estimación de este siglo, conquistaron al mundo, vencieron a los príncipes de la tierra y sujetaron a la fe al orbe universo. Lleno de este tu divino amor, hace campo el Apóstol a todos los males del mundo, diciendo en la Epístola que escribió a los Romanos: *¿Quién nos apartará del amor de Jesucristo? ¿Por ventura nos apartará la tribulación, la*

[3] Apoc. 3, 1.
[4] Act. 4, 32.
[5] Cant. 7, 1.

angustia, la hambre, la desnudez, el peligro, la persecución o el cuchillo? Muy cierto soy de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni otra cosa alguna nos podrá apartar de la caridad de Jesucristo [6]. Son hombres vivos los que aman a Dios y poderosos para acometer y vencer, y tan fuertes, que de ningunas fuerzas humanas son vencidos. Esta virtud y fuerza proceden del amor, el cual es vida de nuestra alma. Quien tiene caridad, tiene a Dios, y a todas las cosas vence. San Juan dice: *Dios es caridad, y el que está en caridad, está con Dios y Dios está con él* [7].

Mantiénese y vive nuestro cuerpo con manjares y viandas corporales, las cuales es menester que perezcan y se consuman para que el cuerpo se sustente, y que mueran y pierdan la vida las aves del cielo, y los animales de la tierra, y los peces que andan en las aguas, porque el cuerpo del hombre no muera y tenga vida. Vive nuestro cuerpo muriendo muchos animales, de suerte que otros han de perder la vida para conservar la nuestra. De esta manera, clementísimo Señor, como quisiste que mueran muchas cosas para conservar la vida de mi cuerpo, así también tuviste por bien que muriese el que es manjar de mi alma para que viva con su muerte. Por amor de esto, Redentor mío, siendo tu caridad infinita y el mismo amor que es mantenimiento de mi alma, quisiste morir porque mi alma viviese. Tu muerte es mi vida, y muriendo, fuiste manjar de vida para mi alma, la cual no podía vivir sino con tu muerte. La muerte del animal es vida de mi cuerpo, y tu muerte, sacratísimo Redentor, es vida de mi alma.

El Espíritu Santo dijo que *convenía que un hombre muriese porque no se pierda toda la gente* [8]. Tanto quisiste ensalzar nuestras ánimas en su creación, que, proveyendo de manjar competente a todas las criaturas, a cada una según su naturaleza, tú mismo quisiste ser manjar de mi alma y que sólo tu santo amor fuese su mantenimiento y vida. Y porque la caza fatigada y cansada es más tierna y sabrosa a nuestro gusto, así, después de hacerte manjar de mi ánima, te cansaste, y fatigado y cansado antes de tu muerte, te sentaste junto al pozo de Sichar, cuando vino a ti aquella mujer samaritana, porque de esta manera fueses más deleitable al gusto de mi alma.

¡Oh Señor!, ¿qué lengua podrá decir lo mucho que te debemos y lo mucho que hiciste por engrandecer al hombre? Ya que mi corazón andaba frío en tu amor por no alcanzar mi rudeza las mercedes sin cuento que de tu mano

[6] Rom. 8, 35 ss.
[7] I Ioan. 4, 16.
[8] Ioan. 11, 50.

recibí, porque de esta manera amaste a tan noble bienhechor, quisiste poner la vida de mi alma en el amor, porque siquiera por esta vía te amase, forzado del amor natural que cada uno tiene de vivir y de conservar la vida en cuanto a él fuere posible. Y pues me es tan natural el amarte como el vivir, yo te doy, Señor, mil cuentos de gracias por la merced que me haces en mandarme que te ame, pues no me mandas otra cosa sino que viva, que es lo que yo más deseo y naturalmente apetezco y procuro.

MEDITACION XLVI

Cómo el amor de Dios es vida de nuestra alma

Mucho te debo, Señor, amar, pues tu santo amor es vida mía. Entre las cosas que los hombres aman, ninguna es tan amada como la vida. Por conservarla toma el enfermo jarabes y purgas, y consiente que le saquen su sangre, y permite, si es menester, que le corten cualquier miembro de su cuerpo por no perder la vida. Cualesquier trabajos, por grandes que sean, sufre el hombre por vivir; aunque esta vida que tanto aman los hombres no se puede llamar propriamente vida, sino sombra de muerte y una imagen de vida, por amor de lo cual llamó el Apóstol *muertos* a los colosenses [1]. En la Escritura, sólo la vida que los justos viven en tu santo y divino amor es llamada vida, y la de los pecadores, muerte. Esta vida corporal no es otra cosa sino tener el hombre dentro en sí una ánima que da forma al cuerpo, mediante la cual sentimos, vemos, oímos y hacemos todas las operaciones y efectos de vida. Pues como la vida del cuerpo consiste en tener dentro de sí un ánima según la cual el cuerpo se menea, siente y anda, así consiste la vida del ánima en tener dentro de sí otro espíritu, que eres tú, mi Dios, según el cual vive nuestra ánima y se mueve para hacer obras de vida, de gracia y meritorias de vida eterna. Por lo cual, Señor, hablando tu santo apóstol de la vida que das a nuestra alma con tu presencia, dice que *en ti vivimos y nos movemos y somos* [2]. Tú eres amor, y con tu presencia vive nuestra alma, como está muerta cuando no te tiene consigo. Marta dijo que, si tú estuvieras presente, no muriera su hermano Lá-

[1] Col. 3, 3.
[2] Act. 17, 28.

zaro. Como en tu ausencia corporal murió Lázaro según el cuerpo y resucitó con tu presencia, así tu ausencia espiritual causa muerte en el ánima, como nos da vida de gracia tu presencia. Y como la presencia del alma da calor al cuerpo, según el cual calor natural vive, de esta manera, tu presencia, que es vida del alma, le da un calor que es la caridad y amor que tiene el alma cuando estás en ella.

Pues si quieres saber, ánima mía, si estás muerta o viva, mira si amas a tu Dios o no. El que no ama está en la muerte. Como deseas vivir, así debes amar a tu Dios, pues él es camnio, verdad y vida. Busca, ánima mía, el verdadero amor y trueca este amor terreno por aquel amòr celestial y divino de tu esposo Jesucristo, que en estas cosas temporales no hay amor verdadero ni permaneciente donde tu gusto no siente la dulzura ni suavidad de su Criador. No consiste tu vida en letras ni en sabiduría, ni en posesión de grandes riquezas ni altos estados, sino sólo en amar a Dios. ¿Quieres, pues, vida? No hay cosa más amada, pues por ella dice la Escritura que dará el hombre todo cuanto posee. Pues si tanto amo yo la vida del cuerpo, la cual depende en tener en sí el alma, mucho más debo amar la vida del alma, pues su presencia es causa de la vida del cuerpo, que tanto amo. Mejor es la causa que el efecto, y si la causa de la vida del cuerpo es el alma, mejor es la vida del alma que la del cuerpo.

Así, debo yo amar, Dios mío y mi Señor, sobre todas las cosas por dar vida a mi alma, pues si ésta no tiene vida, morirá para siempre con el cuerpo, y si vive, vivirá en perpetuo descanso en el cielo contigo. Y si tanto amo esta vida corporal, mucho más debo amar la vida del alma, pues con su vida hago perpetua la vida del cuerpo. ¡Oh cuánto más debes trabajar, ánima mía, por gozar de aquella verdadera vida, eterna y bienaventurada! Esta es transitoria, aquélla perpetua; ésta momentánea, aquélla estable y permaneciente; ésta mudable, aquélla inmovible y fija; ésta sujeta a trabajos y miserias, aquélla exenta de toda corrupción y molestias; ésta captiva y cercada de muchas enfermedades y trabajos, aquélla libre de toda calamidad y zozobra; ésta no es vida, sino muerte prolija y sombra de vida, y aquélla es vida verdadera, donde viven los hombres seguros de no morir, gozando con Cristo en su gloria. Pues si esta vida es, Señor, tan amada, ¿por qué no es querida aquélla? Si ésta tanto deseo, ¿por qué no muero por la verdadera? Si tanto hago por ésta, ¿por qué no trabajo alguna cosa por alcanzar lo que, según verdad y propriedad de vocablo, se llama vida?

Cuando llegó a ti aquel mancebo a preguntarte lo que

haría para alcanzar la vida eterna, respondístele diciendo: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos* [3]. No le dijiste si quieres entrar en la vida eterna, así como él había preguntado, sino si quieres entrar en la vida, porque, absolutamente, por este nombre *vida*, aunque no añada eterna, no se entiende esta vida de aquí, sino la eterna. ¿Pues cómo alcanzaré yo esta vida? Dando a mi alma vida de amor, porque como el infierno es sepultura de muertos, así el cielo es casa de vivos, según aquello del Salmo: *Tú eres mi Dios, y mi parte será en la tierra de los vivientes* [4]. Vive, pues, ánima mía, vida de amor, si quieres vivir para siempre en el cielo, y si no amas y estás muerta, oye lo que la misma vida te está diciendo: *Yo soy resurrección y vida* [5]; resurrección para los pecadores, y vida para los justos. De los pecadores resucitados de la muerte del pecado a la vida del divino amor, dice San Juan: *Somos trasladados de la muerte a la vida, porque amamos* [6]. Bien ves cómo el amor resucita a los muertos y da vida, y el que carece de este amor, aunque viva en este mundo, júzganlo Dios y los ángeles por muerto, y los demonios no tratan sino de su sepultura y en qué lugar del infierno lo aposentarán donde lo apaciente la muerte. Al que vemos no tener pulso y estar ya frío, tenémoslo por muerto. Así, los demonios, al hombre que ven carecer del pulso y movimiento espiritual y que no tiene calor natural de amor, al cual la propria naturaleza inclina, júzganlo por muerto conociendo que le falta la vida del amor. ¿Pues cuál es el hombre que [no] quiere vida? Todos quieren vivir y cada uno desea vida. Porque quieres, Señor, que vivamos todos, a todos nos mandas amar, y pusiste la vida en el amor porque vivamos sin trabajo, pues amar es oficio sabroso y deleitable.

Muchos veo, Señor, en el mundo que ganan su vida con el sudor de su cara y cercan el mar y la tierra por ganar su vida, y todos estos trabajos tienen por bien empleados, porque con ellos ganan de comer para sustentar la vida. ¡Oh Criador nuestro, y cuán bueno eres, Señor, en los mandamientos que nos mandas guardar, pues pudieras poner duros preceptos para que con muchos trabajos granjeáramos la vida del alma, pues con tantos sudores adquirimos y negociamos la vida del cuerpo; pero no quisiste sino darnos tan de balde la vida del alma, que la alcanzásemos con suavidad y deleite, mandando que amásemos! ¡Oh precepto jocundo, oh mandamiento soberano y lleno

[3] Matth. 19, 17.
[4] Ps. 141, 6.
[5] Ioan. 11, 25.
[6] I Ioan. 3, 14.

de todo sabor y dulzura, pues aunque quieres, Señor, que trabajando gane de comer para el cuerpo, no quieres sino que, amando y holgando, gane vida para el alma!

MEDITACION XLVII

QUE MANDA DIOS QUE LE AMEMOS POR DARNOS VIDA DESCANSADA

Proprio efecto es del amor hacer dulces las cosas amargas, y ligeras y suaves las cargas pesadas y dificultosas. Sabiendo, pues, Señor, los trabajos de nuestra vida y a cuántas miserias nos trajo el pecado de Adán, mandas que te amemos por quitarnos la pesadumbre y molestias que padecemos. El que ama a su superior, hace con deleite lo que le manda; pero al que lo aborrece, todo se le hace muy cuesta arriba. No quieres, Dios nuestro, que recibamos pena en la guarda de tus mandamientos, sino que, guardándolos, llevemos aquí buena vida y merezcamos por guardarlos la otra. Porque no se nos hiciese carga pesada el cumplimiento de los otros mandamientos, nos pusiste, Señor, el precepto de tu divino amor, porque guardando este mandamiento guardásemos los otros con gusto y suavidad.

Hace el amor suaves los trabajos, y ya que nuestra vida es de suyo trabajosa, quisiste, Señor, que te amásemos por darnos vida descansada. Diste deleite a nuestra vida con el amor, pues sus molestias y pesadumbres, amando, se convierten en dulzura y suavidad deleitable. De manera, Señor, que por regalarnos y quitarnos los trabajos que son anejos al destierro que aquí tenemos, nos pusiste precepto de amor. Con este mandamiento de amor son deleitables los otros mandamientos, porque el amor ignora el nombre de dificultad y todo lo convierte en dulzura. Por amor de esto dices en tu santo Evangelio *que tu yugo es suave, y tu carga ligera* [1]. ¿Cómo puede ser que sea carga y ligera? Por el mismo caso que es carga, ha de ser pesada, y por el mismo caso que es yugo, ha de ser áspero. La carga de los pecados es tan pesada, que consume la vida del cuerpo y también la del alma, y es tan grande su peso, que da con ella en el profundo del infierno. Once cielos no pudieron sustentar el peso del pecado, por lo

[1] Matth. 11, 30.

cual, en pecando el ángel encima del más alto y supremo cielo, cayó luego y no paró hasta el centro de la tierra y más profundo de ella.

Bajaba y caía con tanta ligereza, que dices, Señor, en tu Evangelio que viste a Satanás que caía del cielo como un rayo. Es la masa de plomo que dice un profeta que pusieron encima de la boca de una mujer, que era la impiedad, porque el pecado es peso que cae sobre la impiedad del corazón y malicia de la propria voluntad y da con ella en el abismo. Esta carga es, Señor, la que veniste a quitar de nuestros hombros cargándonos con la carga de tu santo amor.

No quieres que andemos descargados, mas antes, quitándonos una carga, nos pones otra, y quitando la carga del mundo, nos cargas con la deuda de obligación que tenemos de servirte por la merced que recebimos de tu mano cuando nos descargaste de las cargas de los pecados. Esta tu carga es suave y ligera, y tan lejos está de ser pesada, que ayuda a andar al que la lleva y lo libra de toda pesadumbre. Cuanto mayor carga trae a cuestas, tanto mayores fuerzas cobra el que la tiene. Cuando más cargados van los justos y más se ejercitan en la guarda de tus santos mandamientos, entonces andan más ligeros y descansados. *Correrán* (dice la Escritura) *y no trabajarán; andarán y no se cansarán* [2].

¡Oh yugo del santo amor; con cuánta suavidad atas, cuán benignamente cargas, cuán dulcemente aprietas y cuán blandamente llagas! No hiere el yugo las cervices de los bueyes que lo traen, porque el labrador pone debajo del yugo la melena, que es cosa blanda y suave hecha de lana. Así, Dios mío, llevaban tus santos a cuestas las asperezas de la penitencia y cargas de ayunos, injurias y cilicios, y todo esto con alegría y sabor, sin ser heridos ni lastimados de las cosas que dan pena a los mundanos, y la razón de esto es porque tú, Señor, con tu clemencia y misericordia infinita, debajo del yugo de los trabajos de esta vida pones en los cuellos de tus amigos la suavidad de tu santo amor y la blandura de tus consolaciones espirituales, que interiormente das a los tuyos. Con estos favores espirituales y deleites verdaderos del alma que no alcanza ni goza el mundo alegremente llevan la carga los buenos, amando a los malos, con las cargas del mundo heridos, llagados y atormentados, según aquello que ellos mismos dijeron: *Andamos cansados en el camino de maldad* [3].

Como llevan el yugo y carga de los trabajos de la vida

[2] Is. 40, 31.
[3] Sap. 5, 7.

sin la blandura de la melena de tu santo amor, no es maravilla que anden los malos tan lastimados y trabajados en el servicio del mundo; por el contrario, tu santo apóstol Pablo, como quien era de tu divina largueza tan visitado en sus tribulaciones, llevando suavemente la carga de sus trabajos, decía a los Corintios: *Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda nuestra tribulación*[4]. Porque como abundan las pasiones de Cristo en nosotros, así, por el mismo Cristo, tenemos abundancia de consolaciones. No os maravilléis si llevamos el yugo del Señor con tanto esfuerzo y alegría, porque de dentro estamos llenos de consolaciones espirituales. Por lo cual no desfallecemos, porque aunque el hombre de fuera, que es la sensualidad, se maltrate y destruya, el interior es renovado de día en día.

Del testimonio que dan los malos y los buenos, claramente se conoce ser esta carga ligera a los unos y pesada a los otros, de lo cual es causa el amor que tienen unos y falta de este santo amor que hay en otros. Intolerables fueran los trabajos de esta vida y muy mal se pudieran llevar sus pesadumbres y dolores si no fueran acompañados de tu amor. Muy pesado fuera el yugo de tu ley si no le atara a nuestros cuellos el amor. Este amor es el que hace de mala vida, buena vida, y de vida trabajosa, vida descansada. A los buenos, que te aman, son tus mandamientos suaves, y hácenseles insoportables a los malos, que los toman sin amor. Tu santo apóstol, con todos los tormentos y con todos los males, se atreve a hacer campo y a salir vencedor teniendo de su parte a sólo tu amor divino. Y después que ha desafiado y despreciado a todas las tribulaciones y trabajos del mundo, concluye diciendo: *Porque por amor de ti somos mortificados todo el día y en todas estas cosas, esperamos por amor de aquel que nos amó. Padecemos trabajos hasta la muerte por amor de ti*[5]. Por esta razón es comparado tu santo amor a las ruedas del carro, porque, aunque son carga y peso, más ligeramente se mueve el carro con ellas que sin ellas. Así también, aunque las plumas del ave tengan su carga y peso, pero, con todo eso, son al ave causa de su mayor ligereza. De la misma manera, mi Dios y Señor, este tu mandamiento de amor es de tal cualidad, que por virtud de él toda tu ley y toda la carga de tus mandamientos se vuelve fácil y ligera. Por lo cual, cuando dices que tu yugo es suave, entiéndese para los que te aman, y cuando

---

[4] II Cor. 1. 3-4.
[5] Rom. 8, 36; Ps. 43, 22.

dices que el camino del cielo es estrecho y trabajoso, se ha de entender que es tal para los que no te aman. Todo es fácil y suave para el que ama, y todo penoso y trabajoso al que no ama. Pues por darnos, Señor, buena vida quieres que te amemos. Cuando nos mandas, Señor, que te amemos, no haces otra cosa sino procurar y granjearnos una dulce vida sin dificultad, aun en medio de las angustias de este mundo. El que fuera imperfecto con este grande interese que acá hay, se convidará a tu santo amor, siquiera por llevar aquí en esta vida una muy dulce y descansada vida.

MEDITACION XLVIII

Cómo el amor de Dios hace suaves todas las cosas

El que ama, hace todas las cosas suavemente, porque al verdadero amante ninguna cosa es dificultosa, y por mucho que haga y con toda la diligencia a él posible, siempre desea hacer mucho más. Si amases, ánima mía, muy de veras a tu Dios y Señor y como su Divina Majestad merece ser servido, no andarías tan inquieta ni derramada ni te darían pena ni enojo las cosas que agora te desasosiegan y fatigan. Andas triste y descontenta, porque no ha hecho presa en ti el divino amor. El amor de tu esposo Jesucristo hace dulce todas las cosas amargas.

En la Escritura leemos que como uno echase en la olla de donde habían de comer los hijos de los profetas unas yerbas agrestes, mortíferas y amargas, no pudiendo comer de tal olla, lanzando en ella el profeta Eliseo un poco de harina, quedó luego sabrosa, sin memoria de amargura. Si te dan pena las injurias y si te amargan las adversidades y tribulaciones, echa en la olla de tu corazón un poco de harina de amor de Dios, y toda esa amargura se convertirá en dulzura. Cuando te quejas de los agravios que recibes y de la ingratitud de los hombres, con tu propria boca confiesas que no amas a Dios. Tú misma das, ánima mía, testimonio contra ti de que no amas a tu Dios y Señor.

¡Oh Redentor mío y esposo de mi alma, y qué buena y dulce vida podría llevar entre las molestias y trabajos de esta vida si yo quisiese! Si yo, Dios mío, de veras amase a tu divina majestad en medio de los hornos encendidos y fuegos de tribulaciones y persecuciones, estaría como

en el paraíso. Los santos mozos, en medio de las llamas del fuego de Babilonia, siendo perseguidos y condenados a muerte, sanos y buenos te alababan y bendecían, porque allá dentro en sus pechos ardía el fuego de tu divino amor. Daniel, entre los leones hambrientos, estaba asentado muy seguro, y Jonás, dentro del vientre de la ballena, te glorificaba con devota oración. ¡Oh Señor, y cuán honrados son tus amigos, y cuán seguros andan los que te aman, y cuán consolados y contentos son todos los que te sirven! A solos éstos se debe tener envidia; solos éstos son los que aun acá en esta vida tienen vida, porque todos los demás mezquinos son, miserables y desventurados. ¿Por qué estás triste, ánima mía; y por qué me conturbas? Ama a Dios y estarás alegre y quieta. *Si se pusieren contra mí escuadrones de gente armada, no temerá mi corazón. Si se levantare contra mí batalla, en esto esperaré* [1]. Dame, Señor, tu santo amor y échame si quisieres en el fuego del infierno, que allí estaré contento y alegre. Este tenga yo en mi pecho, y levántese el infierno y todo el mundo contra mí. ¿Quién me da pena? Yo mismo me doy pena. ¿Quién me persigue? Yo me persigo. Esas congojas que padeces, ánima mía, y esas quejas que tienes y las cosas de que tanto te sientes están diciendo que no amas a Dios, al cual, si de veras amases, ternías vida descansada y dulce, porque todo lo que agora te enoja, te daría después consolación grandísima.

Eran amargas las aguas de Marath, las cuales, como los hijos de Israel no las pudiesen beber por su amargura, echando Moisén un madero en ellas, luego fueron dulces. Así también eran saladas las aguas de Jericó, y quejándose de esto los moradores de la tierra a Eliseo, echó el profeta un poco de sal en ellas y quedaron sabrosas. ¿Pues por qué no hará este efecto en nuestras almas, y muy mejor, tu amor divino? El amor santo de Jesucristo convierte en deleite y jocundidad todo lo amargo y áspero de la vida. El fuego da sabor a los manjares. El amor, fuego es, y así, como fuego, da sabor y gusto a todos los manjares. La divina Escritura dice que Jacob amaba mucho a Raquel y sirvió por amor de ella a Labán muchos años, los cuales parecieron a Jacob muy pocos días por la grandeza del amor que a Raquel tenía. Mira cómo al que ama, los años parecen días y lo mucho se le hace poco. Si no amara, los siete años le parecieran setenta edades; pero porque amaba, siete años le parecían siete días. Si el amor que a una mujer tenía pudo hacer tan maravilloso efecto, ¿cuánto mejor hará esto, Señor mío, tu santo y divino

---

[1] Ps. 23, 6.

amor? Si te amáremos, todos nuestros servicios parecerían pequeños y ternemos en nada los trabajos que pasáremos por amor de ti. Si hallamos dificultad en tu santa ley y si se nos hace de mal pasar dolores y trabajos por amor de ti, esto es porque no te amamos. Al que ama, muchos preceptos le parecen uno, así como al que no ama, le parece un precepto muchos preceptos.

Esto se verifica muy bien en nuestra madre Eva, la cual dijo a la serpiente que le habías tú, Señor, mandado que no comiese del árbol de la vida ni aun lo tocase tampoco. No le mandaste que no tocase el árbol, sino solamente que no comiese; pero porque no amaba, un solo precepto le parecieron dos. Por el contrario, a más de seiscientas leyes que habías dado a tu pueblo de Israel, David, que te amaba, llamó en el Salmo una sola ley cuando dijo: *Como ame, Señor, tu ley, en todo el día meditaré en ella* [2]. Y hablando de los muchos mandamientos, dijo: *Muy extendido es tu mandamiento* [3]. Esto dió a entender tu unigénito Hijo y Salvador nuestro, Jesucristo, cuando, hablando de sus mandamientos y de los que le amaban, dijo a sus discípulos: *Si alguno me ama, guarda mi mandamiento* [4]. Y hablando de los que no le aman, dijo luego: *El que no me ama, no guarda mis mandamientos*. De estos dos dichos y sentencias del Redentor se ve cómo a los que aman es la ley de Dios un precepto, y a los que no le aman, es muchos mandamientos, y por eso, tratando de los primeros, habló en número singular, y dijo en plural, hablando de los segundos, que no aman. Es tu santo amor de tal cualidad, que de muchas cosas hace una, y fácil lo dificultoso, y leve lo áspero, y dulce y deleitable todo lo amargo y desabrido.

Como las manzanas de las mandrágoras al que las huele o come hacen que no sienta dolor alguno aunque le corten cualquier miembro de su cuerpo, así tu amor divino hace que no sienta el hombre los trabajos y dolores de esta vida, según aquello de los Proverbios: *Hiriéronme y no me dolió; llagáronme y no sentí el dolor* [5]. Por esta causa diste, Señor, a muchos santos mártires tuyos este divino amor, para que con él no sintiesen tanto el dolor de los grandes tormentos. No sólo, como amigos tuyos, tenían el amor esencial que es tu gracia y caridad, de la cual estaban llenos, pero dísteles el amor sensible y alegría espiritual, con el cual favor y auxilio especial les eran aliviadas gran parte de las penas. Este amor divino pone

[2] Ps. 118, 97.
[3] Ps. 118, 45.
[4] Ioan. 14, 24.
[5] Prov. 23, 35.

facilidad y deleite en todas las obras penales de nuestro cuerpo, y si quieres conocer, ánima mía, cuán sin amor de Dios vives, bastante argumento es la dificultad con que obras las obras de virtud. ¿Qué dificultad puede haber donde hay amor? ¿Qué cosa puede haber aceda donde está el dulzor del amor? ¿Qué cosa puede ser áspera o espantosa donde está el escudo del amor y su gusto y blandura? Ama, pues, ánima mía, muy de veras a tu Dios y Señor, y ternás aquí vida alegre y jocunda, y después con tu amado gozarás de vida gloriosa y perpetua en el cielo.

MEDITACION XLIX

Que manda Dios que le amemos por honrarnos

El amor vende al amante por el amado, de manera que nuestra alma más está en sus actos que en sus potencias, y más donde ama que donde anima. Cuando amo al mundo, doy mi ánima por el mundo, y por eso dijiste, Señor, en tu Evangelio que *donde está mi tesoro, allí está mi corazón* [1]. Pues amando yo las riquezas temporales y bienes de la tierra, doy mi corazón, que es de alto precio, por el estiércol y basura del mundo. Soy como niño sin juicio, que doy un precioso rubí por una manzana, pues hago venta de mi ánima por el estiércol de la tierra, entregando esta preciosa perla y sobrepujante margarita por la vanidad y corrupción de la carne.

Así, dicen tus divinas letras, hablando del rey Acab y de unos perversos israelitas que se confederaron con los gentiles y hicieron pacto con ellos, que se vendieron para hacer mal. Esto lloraba también el profeta Baruch cuando dijo de ciertos pecadores hebreos que se habían vendido a los gentiles. Grande ceguedad es que quiera el hombre que usa de razón y tiene juicio dar cosa tan preciosa como su ánima, criada a tu imagen y semejanza, y que la venda por las cosas viles del mundo. Por lo cual, el profeta Isaías dijo: *¿Quién es ciego sino el que se vende?* [2] Pues viendo tú, Señor, nuestro engaño y ceguedad y cuán atontados y vendidos estamos en el mundo, por deshacer esta venta y sacarnos del engaño en que vivimos, mándasnos

[1] Matth. 6, 21.
[2] Is. 43, 29.

que te amemos, porque, amando a tu Divina Majestad, damos lo bueno por lo mejor, la criatura por el Criador, el alma por Dios y esta piedra preciosa por aquel que ningún precio recibe. Todo lo que es es criador o criatura, porque todo lo que no es Dios es hecho por él.

El amor es como fuego, que siempre obra y quema teniendo materia, y así, nuestra voluntad no puede estar ociosa, porque siempre se ha de ocupar amando una cosa o otra, y así, necesariamente ha de amar al Criador o a la criatura. Cuando ama nuestra ánima a la criatura terrenal, ama lo que es menos que ella, por ser ella más noble. Por amor de esto, nos mandas, Señor, que te amemos, por honrarnos y mejorarnos en la venta, vendiéndonos por ti, que eres precio y valor inestimable. A unos pecadores que, dejando a ti, fuente de aguas vivas, cavaron cisternas agujereadas, dijo tu profeta Isaías: *De balde os habéis vendido* [3]. Con razón dice que se vende de balde el que se da a sí mismo por las heces del mundo. Pero tú, clementísimo Señor, compadeciéndote de nosotros, mandas que te amemos, porque nos hagamos bien a nosotros mesmos. Quieres honrarnos y que nos estimemos en mucho mirando lo que somos, pues nos criaste a tu imagen y semejanza, y así quieres que no nos demos sino por cosas que valgan más que nosotros. Esto hacemos amándote, pues de esta manera es transformada la criatura en su Criador y entregada al que de la nada la hizo. Esta es la fuerza del amor, que tales nos conviene que seamos, cual es aquello que amamos, y así, amando la tierra, nos hacemos terrenales, y poniendo nuestro amor en el cielo, somos hechos celestiales y divinos. Nabucodonosor, por el amor desordenado, fué como bestia y anduvo paciendo las yerbas del campo, y muchos, dice el apóstol, que mudaron la gloria del incorruptible Dios en semejanza de imagen corruptible de hombres, y de aves, y cuadrúpedos, y serpientes.

Para no hacer monstruosa mi ánima con semejantes y disformes figuras, hermoseando la figura del Rey celestial que en su creación le fué dada, amarte he, Dios mío y gloria mía, para que pueda decir con la Santísima Virgen y Madre: *Mi ánima engrandece al Señor* [4]. Ninguno puede decir ánima mía sino el que tiene su ánima libre de toda servidumbre de pecado. El que ama al mundo más que a sí, no tiene el ánima consigo, sino con el mundo. Sólo aquel puede decir que su ánima es suya que la tiene en su poder y libertad, ni la tiene enajenada ni entregada

[3] Is. 52, 3.
[4] Luc. 1, 46.

a vicios y pecados. Aquel evangélico negociador, cuando halló el tesoro escondido en el campo, fuése y vendió todo cuanto tenía y compró el campo donde estaba el tesoro. No todos hallan este divino tesoro, porque no todos te conocen, pues tantos infieles viven y mueren en las tinieblas de su infidelidad. Hallado por fe, como te halla el cristiano que en ti cree, no todos tienen caudal para comprar este campo y poseerte y gozarte, porque el precio es la voluntad, que se da por amor, y ésta no es nuestra cuando amamos las cosas terrenales más que a nosotros.

Renunciando a las cosas del mundo y detestando los pecados, hallamos a nosotros mismos, pues, envueltos en estas cosas por desenfrenado amor, no éramos nuestros. Fuése y vendió todo cuanto tenía y compró el campo. Fuése fuera de sí mismo y fuése negándose a sí, y lo que ganó fué hallar a sí mismo, renunciando el mundo; y después que cobró su propria voluntad y se vió señor de su ánima, vendióla toda, dándola a ti, mi Dios, por amor y amándote sobre todas las cosas, y quedó rico, poseyéndote y gozándote, pues no te poseen sino los que te aman, ni te das sino por precio de amor. Maravillosa mercadería y extraño género de compra y venta, donde se vende el hombre y se compra Dios. Da el hombre su propria voluntad por ganar a Dios, a quien, amando sobre todas las cosas y más que a sí mismo, niega a sí mismo y ya no vive a sí mismo, sino vive en Dios, según aquello del Apóstol: *Vivo yo, ya no yo, pero vive en mí Cristo* [5].

Levántate, pues, agora, ánima mía, y entra dentro de ti misma y mira cúya eres, haz contigo misma diligente inquisición, y rigurosamente, con todo cuidado, examina cúya eres, porque de aquel eres a quien amas. No seas sierva del mundo, captiva de la carne ni esclava del demonio; pues tanto te amó tu esposo Jesucristo, que se puso en la cruz y se entregó a la muerte por recibirte por su esposa. Desata las ataduras de tu cuello, captiva hija de Sión; cobra tu antigua libertad quebrando de veras con el mundo, porque no acepta tu Dios sino libre y voluntario servicio. ¿Cuál es más honroso estado para ti, ser sierva y captiva de la vanidad, o servir a tu Dios, a quien servir es reinar? ¿No será mejor que ames a quien has de amar y que vivas y reines? ¡Oh mi Dios y Señor, y cuánto te debo, pues me mandas que te ame, pues en esto no pretendes tú ni interese ni provecho, sino mi bien y mi honra; pues, deshaciendo el engañoso contrato y venta que he hecho con el mundo, te ame a ti solo, entregán-

[5] Gal. 2, 20.

dome a ti con amor, y sea de esta manera transformado en ti, y de hombre carnal y terreno, sea celestial y divino, porque tal me conviene que sea cual es aquello que amo!

MEDITACION L

CÓMO SE ENTIENDE EL MANDAMIENTO DEL AMOR DE DIOS

No tengas, pues, ánima mía, por tan dificultoso de guardar este mandamiento del amor de tu Dios sobre todas las cosas, como parece sonar la letra defuera, porque como sea precepto afirmativo, el cual no obliga en todo tiempo, sino solamente cuando se ofrece la ocasión y necesidad, así, aunque sería santísimo y muy loable estar siempre actualmente amando a Dios, pero no quiere el clementísmo Señor mandarte esto, sino sólo que le ames cuando la razón te obliga. Entonces, pues, seremos, Señor, obligados a amar a tu divina majestad sobre todas las cosas, cuando, ofreciéndose la ocasión de ofenderte, quisiéramos antes perder cualquier bien, por grande que sea, que cometer algún pecado. Cuando, siendo tentado y convidado a pecar por los enemigos del alma, tuviere por mejor descontentarlos y perder cualquier bien temporal antes que ofenderte, Señor y Dios mío; verdaderamente entonces amo a ti más que a todas las cosas. En tanto que esta ocasión no se ofrece, no soy obligado a estar actualmente amando a Dios, aunque en todo tiempo tenga obligación a tener la preparación del ánimo que es determinado propósito de nunca ofenderle, y en cuanto a esta parte, por ser el precepto negativo, obliga en todo tiempo, y así, en todo tiempo somos obligados a nunca ofender a Dios.

Conforme a esto, se sigue magníficamente que este precepto en parte es afirmativo y en parte negativo. Afirmativo, porque nos pide que amemos a Dios y que verdaderamente, y no con fingimiento, en su tiempo y lugar, le sirvamos con todas nuestras fuerzas interiores y exteriores. Es negativo, porque como pide toda el alma y todo el corazón para que le amemos, por el mismo caso, también nos manda que con estas fuerzas no sirvamos a otro Dios. Y así, aunque los bienaventurados guardan y cumplen este mandamiento mucho mejor que nosotros, porque así como en parte conocemos en parte también amamos, no por esto nosotros no guardamos este divino man-

damiento como nos obliga y nos es mandado, amando al Señor, Dios nuestro, de tal manera, que no amemos con su ofensa a otra cosa más que a él, aunque con tibieza y sin grande hervor nos empleemos en su servicio, y aunque amemos otras cosas, y aunque pensemos en otras cosas, y aunque sea nuestro servicio con contradicción de la sensualidad.

Por lo cual es también de notar que tampoco nos obliga nuestro Dios y Señor a que le amemos con mayor intensión y afecto que a las otras cosas del mundo, sino solamente que le amemos con mayor precio y estimación, teniendo en más su amistad que el amor de las criaturas. Puedes lícitamente amar tus cosas y sentir muy mucho la pérdida de ellas, y no ir contra este mandamiento. Ama el vasallo a su príncipe y rey y tiene en mucho su amor, y juntamente con esto, ama también a su vecino, con quien trata y conversa con mucha familiaridad y amor. El que de esta manera ama al príncipe y a su vecino y hermano, ama con mayor intensión al vecino que al rey, y así, siente más la muerte del vecino que la del rey; pero con todo esto, ama al rey con más estimación y precio, porque estima en más el amor del rey, y, en caso de necesidad, antes escogerá ofender al vecino y caer en su desgracia que perder la gracia y amistad del rey. No nos obliga Dios ni nos manda amar a él con mayor intensión, calor y sentimiento que a las criaturas, pero quiere solamente que le amemos con mayor estimación, estimando y preciando más su amor que el amor de las criaturas.

El que tiene en tanto el amor de Dios que antes quiere perder cualquier amor terrenal que ofender a Dios y ser privado de su santo amor, este tal ama a Dios sobre todas las cosas, aunque quiera y ame a las otras cosas con más intensión y calor y aunque las ame con mayor conato y fuerza de voluntad. Sólo esto nos pide Dios, que estimemos en más su divino amor que todo otro amor, de suerte que el amor de Dios sea preferido a cualquier otro amor.

Como esto se guarde, puedes amar las otras cosas y sentir y llorar su pérdida muy afectuosamente, sin ir contra el mandamiento del amor. Verdaderamente muy poco nos pide el que tanto nos dió. Verdaderamente, inexcusable eres, ¡oh hombre!, que no amas a quien es bondad y hermosura infinita y tanto te quiso, que cuando te da el mandamiento de su amor no estrecha el camino de tu salvación, antes lo ensancha y dilata. Proprio es del amor querer y procurar al amado todo el bien que ha menester.

Tal es el amor que nos tienes, nuestro Dios y Señor, pues nos das tan larga licencia para amar otras cosas, por-

que aquel ama a Dios de todo su corazón y sobre todas las cosas, que guarda todos sus mandamientos y no hace cosas que contradicen al divino amor. Por lo cual, del rey Josías dicen las divinas letras: *No hubo otro como él que así se volviese a Dios de todo su corazón y de toda su alma y con todas sus fuerzas, según la ley de Moisén* [1]. Porque cumplió y guardó toda la ley de Moisén, dice que se volvió a Dios de todo su corazón y voluntad. Aquel te ama, Señor y Dios nuestro, de todo su corazón que no ama ninguna cosa de las que tienes vedadas y antepone tu santo amor a todo otro amor. Así lo hizo aquella casta Susana cuando, estimando en más tu santo amor que el sensual y mundano, tuvo por mejor caer en aborrecimiento y odio de los hombres que ir contra el mandamiento de tu amor. Lo mismo fué dado a escoger al virtuoso José en Egipto, y él eligió antes la persecución que padeció que ofenderte. Por mejor tuvo el santo Moisén (como dice el Apóstol) la ignominia y oprobrio del pueblo de Israel captivo que los regalos y deleites del palacio de Faraón. Por lo cual, el Salmista dice: *Antes escogí ser despreciado en la casa de mi Dios que morar con los pecadores* [2].

Tu santo amor, como el aceite, ha de nadar sobre todos los otros licores, y éste ha de ser estimado más que todas las otras cosas. Como en caso de necesidad, cuando la ley nos obliga guardando tus santos mandamientos, no te ofendemos pecando; cumplimos con esto tu precepto de amor, aunque fuera de este caso amemos mucho las criaturas. Amarte, Dios nuestro, sobre todas las cosas es tener el corazón tan rendido a tu divina majestad, que antes quiera yo padecer mil muertes que apartarle de tu amor. Así te amaba aquel santo apóstol que decía: *¿Quién nos apartará de la caridad de Jesucristo? ¿La angustia, tribulación o trabajos de esta vida? Sé que ni la muerte ni la vida me podrá apartar del amor de Jesucristo* [3]. Muy poco es por cierto, ánima mía, lo que te demanda este benigno Señor, pues te da larga licencia para amar tus cosas y no te pide sino que por ninguna de ellas le ofendas, amando todo lo demás cuanto quisieres. No admitas en tu voluntad ni en tu entendimiento cosa que sea contraria a la voluntad de Dios.

Cuando vió Sara que se burlaba Ismael con Isaac, echóle de casa. Así, cuando las riquezas y honras del mundo se burlaren con la honra de Dios, vayan fuera. Y por quitar este escrúpulo y porque nadie pensase que el cumplimiento de este mandamiento era imposible, después que

[1] IV Reg. 23, 25.
[2] Ps. 83, 11.
[3] Rom. 8, 35.

Moisén hubo dado este mandamiento, dijo luego: *Este mandamiento que yo te mando hoy no está sobre ti, ni lejos de ti ni en el cielo, para que puedas decir: ¿Quién de nosotros podrá subir al cielo para que lo traiga a nosotros y lo oigamos y lo pongamos por obra?* [4] Ni está puesto de esa otra parte del mar, porque no digas: ¿Quién podrá pasar el mar y traerlo a nosotros para que lo podamos oír y hacer lo que nos manda? Pero está muy cerca de ti y en tu boca y en tu corazón para que lo cumplas. Mira que ames a tu Dios y Señor y que guardes sus mandamientos.

MEDITACION LI

Cómo el mandamiento del amor de Dios es el grande y primero mandamiento

Después que respondiste. Señor, al que preguntaba por el mayor mandamiento de la ley diciéndole que amase a Dios sobre todas las cosas, añadiste más: *Este es el grande y primero mandamiento* [1]. Es éste el muy grande y principal mandamiento y el mayor en dignidad, porque todos los demás se pueden sin tu amistad guardar, sino éste. Es grande en merecimiento y es grande este mandamiento, porque el acto y obra de este precepto, que es amar, es más excelente que las obras de los otros mandamientos. El cumplimiento de este precepto es de suyo meritorio, lo cual no es de los otros mandamientos, sino en virtud de este mandamiento. El que cumple este precepto, merece por sí, pero el que cumple el precepto de la limosna o del ayuno, o otro cualquier precepto y buena obra, no merece por sí, sino en virtud de este mandamiento del amor, porque la caridad da el mérito celestial a todas nuestras buenas obras. En virtud de este mandamiento, todas nuestras obras tienen ser y valor, y sin él pierden su valor todas ellas.

Es grande, porque grandemente nos le pides y da grande paz y quietud en el alma, y alcanza grande corona en el cielo, si se guarda, y grande tormento en el infierno, si no se cumple. Este, finalmente, es el mandamiento grande, y tan grande mandamiento, que sin él todos los otros

[4] Deut. 30, 11 s.

[1] Matth. 22, 38.

mandamientos son pequeños, y aun, según dice el Apóstol, son nada: *Si repartiere toda mi hacienda entre los pobres y entregare mi cuerpo de manera que arda en llamas de fuego, si no tuviere caridad, ninguna cosa me aprovecha. Si tuviese espíritu de profecía y supiere todos los misterios y todas las ciencias, y si tuviere tanta fe que pase los montes de una parte a otra, si no tuviere caridad, no soy cosa alguna* [2]. Y, por el contrario, las cosas muy pequeñas, con el amor son hechas muy grandes; porque dar un jarro de agua fría con amor, dices, Señor, en tu Evangelio que es cosa tan grande, que darás por esto el cielo.

¡Oh alquimia maravillosa, que todo lo que toca convierte en oro! ¡Oh verdadera vida de virtudes, sin la cual ninguna virtud tiene vida! ¡Oh verdadera reina de todas las virtudes y de toda buena obra y esmalte de toda la vida cristiana! Apartando tu cara, todas las cosas se convierten en nada, pero mostrando tu rostro y soplando y enviando tu espíritu, todas las cosas son recreadas y renuévase la redondez de la tierra. Tú nos envías al infierno si nos dejas, y nos sacas de él si estás presente; matas todas las cosas con tu ausencia, y les das vida viniendo a ellas. Si vuelves, vivificas al hombre, enriquéceslo con tu presencia y cuasi lo haces celestial y divino. ¡Cosa es, sobre todo cuanto hay, maravillosa!

No hay cosa más dichosa que tu presencia, ni más miserable ni desventurada que tu ausencia, porque tu presencia nos trae a Dios, y tu ausencia nos le quita. La más excelente obra que mi alma pueda hacer es amar a su Creador, y por amor de esto, Redentor del mundo, encomendaste este mandamiento del amor con tan grande encarecimiento, que muy específicamente dijiste todas las particularidades cómo querías ser amado, y después concluiste diciendo ser este mandamiento el mayor y más principal de todos y el primer mandamiento. Es primero en dignidad, porque tu santo amor es el crisol donde se purifican las obras virtuosas.

Este es el grande y nuevo mandamiento, del cual dices: *Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros* [3]. ¿Cómo, Señor, es nuevo lo que tantos años antes habías mandado? Nuevo es, por cierto, porque no hemos recebido espíritu de servidumbre ni temor, mas espíritu de devoción de hijos, en el cual te llamamos *padre*. No es mandamiento de temor, sino de amor, y dado por nueva manera; no en tablas de piedra esculpi-

---

[2] II Cor. 13. 2.
[3] Ioan. 13, 34.

do, sino en las tablas de nuestros corazones. Y por nueva manera se cumple y pone por obra, porque viendo los hombres lo mucho que nos amaste y hasta la muerte de cruz y viendo tan grande y tan excesivo amor, aprendan a amarte con nuevo amor, habiendo experimentado tan nuevo y tan nunca oído amor. Y así, este santo mandamiento del amor es viejo y nuevo. Viejo, cuanto al darse, y nuevo, cuanto a la virtud, fuerza y valor del amor, porque desde entonces comenzaron los hombres y las mujeres a darse a sí y a todas sus cosas por tu divino amor, oyendo predicar a los apóstoles cómo tú, siendo Dios, vencido del amor, te habías puesto en la cruz con grandes tormentos por librarlos a ellos. ¡Oh nuevo mandamiento de amor y nuevo género de amor, pues por darnos este amor y encender en nuestros corazones este divino fuego, tan nuevas y nunca oídas ni vistas muestras de infinito amor diste a nosotros!

Este es el fin de todo mandamiento, conforme aquello que dice tu santo apóstol: *El fin del precepto es la caridad de corazón puro y de buena conciencia y fe no fingida* [4]. Fin quiere decir perfición, paradero y remate de toda ley. Así, es este mandamiento norte a quien miran y por quien se rigen todos los otros mandamientos. Por amor de lo cual, el apóstol San Pablo, habiendo tratado de muchas virtudes, cuando quiso hablar de la caridad, dijo escribiendo a los Corintios: *Ahora os quiero mostrar otro camino más excelente* [5]. Es tan excelente el amor, que sin trabajo obra con manos ajenas y hace suyos los bienes de los otros sin perjuicio de nadie. *Participante soy yo*, dijo David, *de todos los que temen a Dios* [6]. Gozándome yo del bien que los otros hacen, soy participante de sus méritos.

Mira, pues, agora, ánima mía, cuán grande es la excelencia de este singular y primero mandamiento del amor. Tan grande es la destreza del amor, que, como recio eslabón, a cada golpe que hiere saca centellas de fuego de amor. Si te vieres próspera de salud, honras o riquezas, saca fuego de amor alabando a Dios. Si te vieras triste, perseguida y desconsolada, saca fuego de amor dando gracias a Dios. Si te vieres afligida y cargada con pecados, saca fuego de amor implorando el favor divino y llamando por su misericordia. ¡Oh precepto jocundísimo el del amor, y cuán gran merced me hiciste, Dios mío y todo mi bien, en mandarme que te ame! El amor es cosa muy aplacible, muy deleitable y muy suave, y no hay en él

[4] I Tim. 1, 5.
[5] I Cor. 12, 31.
[6] Ps. 118, 63.

cosa áspera, dura, ni trabajosa. Si para poseer tu reino nos mandaras navegar por todo el mar, o caminar largas jornadas por tierra, o andar desterrados muchos años peregrinando, o otra cosa semejante, muy trabajosa o dificultosa, pudiera yo tener alguna excusa, aunque no legítima ni bastante. Mas, pues no me mandas sino que te ame, siendo cosa tan fácil y deleitable, grande locura es perder [la ocasión] de reinar contigo y con tus ángeles por no amar.

Si mandase pregonar el rey que a quien le amase le daría parte de su reino, y cuanto más le amase le daría mayor parte de él, ¿cuántos hallaría que le amasen por gozar de sus bienes? Pues tú, Señor, que eres Rey de los reyes, das tu gloria a quien te ama y apenas hallas quien te ame. Tú eres, Señor, el que dices que estás a la puerta y llamas y ruegas que te abran. ¿Para qué pides esa licencia? Entra, Señor, en tu casa, que tú la fabricaste. ¿Quién pidió licencia para entrar en su casa? Grande es, por cierto, tu mansedumbre, Señor; pues criando nuestra alma para morar en ella, no quieres entrar por violencia ni haciendo fuerza, sino por su voluntad, y, viniendo a enriquecerla, estás rogando. Abreme, amiga mía, y hermana mía; mira que tengo mi cabeza llena de suave rocío celestial y de aguas de gracias. Mira que no vengo a ti por tener necesidad de posada, porque mi posada es la eternidad, sino por tu provecho. ¿Qué viste en mí para que no me ames? Amarte ha, Señor, mi corazón todo cuanto fuere a mí posible, pues pides ser amado de mí y me das tan noble y dulce mandamiento.

MEDITACION LII

Cómo Dios ha de ser amado por ser Señor

Respondiendo, Señor, al que te preguntaba cuál era el mayor mandamiento de la ley, dijiste, de esta manera: *Amarás al Señor, Dios tuyo, de todo tu corazón, y con toda tu ánima, y con todas tus fuerzas* [1]. En estas pocas palabras, sumariamente, con mucha brevedad, dices cómo quieres ser amado de nosotros y las causas y razones por que quieres que te amemos. Hemos de amarte con todo nuestro corazón, ánima y fuerzas, y hemos te de amar,

[1] Matth. 22, 37.

porque eres Señor, y porque eres Dios, y porque eres nuestro. Cada cosa de éstas en particular es menester que desmenuce y contemple mi entendimiento, para que mi voluntad se encienda en tu divino amor y suba mi ánima a gozar de los dulces abrazos del Esposo. Tocas en estas palabras las razones porque te debo amar, diciendo: *Amarás al Señor, Dios tuyo, de todo tu corazón;* como si más claro nos dijeras: Amarle has porque es Señor, amarle has porque es Dios, amarle has porque es tuyo; y amarle has de todo corazón por estas tres causas, conviene a saber: porque es Señor, y porque es Dios, y porque es tuyo. De manera que le amarás por sí, porque es Dios, y amarle has por sus cosas, pues es Señor, y amarle has por ti, pues es tuyo. De todas partes te muestras, Señor, muy amable. Amable, porque eres bueno; amable, porque eres deleitable, y amable, porque eres provechoso. No puedo, pues, Señor, huir ni me puedo excusar de tu amor. Amarte he, fortaleza mía y bien mío, pues eres mi Señor.

Con grande justicia el fruto del árbol y de la viña es del señor que la plantó, y el que quitase a su señor el fruto de su viña, con mucha razón sería acusado de hurto. Por lo cual, el Apóstol dice: *¿Quién planta la viña y no come de su fruto?* [2] Todos los hombres que vivimos en este mundo somos como árboles plantados por tus divinas manos, y en cada uno de nosotros plantaste tus potencias, que son entendimiento, memoria y voluntad, con que te sirviésemos. Luego si el árbol acude con sus frutos al señor, obligación tengo yo de acudir con mis potencias a ti, mi Dios, pues eres Señor de ellas. ¿A quién, pues, has de amar, ánima mía, sino a quien te dió poder para amar? ¿En quién has de ejercitar tu conocimiento sino en el que te dió entendimiento para conocer? ¿A quién has de tener en tu memoria sino al que te dió potencia para acordarte?

Los que reciben en vano su ánima, dice el Salmista que no subirán al alto monte de Dios. Aquellos, sin duda, recibieron de balde su ánima y potencias que no las emplean ni ocupan en las cosas para que se hicieron. Hicísteme, Señor, para que entendiese el sumo bien, y entendiendo lo amase, y amando lo poseyese, y poseyendo lo gozase. No recebiré yo en vano mi ánima, ni estará en algún tiempo mi voluntad ociosa; pero gastaré las noches y días dando el fruto de mi voluntad, que es el amor, a quien plantó el árbol y a quien me dió poder para amar. Con razón fueron castigados y lanzados de la viña aque-

[2] I Cor. 9, 7.

llos rebeldes labradores que no acudieron a su señor con la renta y fruto de ella. Merecedor es, por cierto, que sea quitada la voluntad al que no la emplea en tu amor. Indigno es de poseer los dones el que no usa bien de ellos. Pues si tú eres mi Señor y es tuyo todo cuanto yo tengo, ¿por qué no te serviré con lo que me diste?

Con mucha razón vendrá sobre mí aquella sentencia que pronunciaste en el Evangelio contra los ingratos, cuando dices: *Darán al que tiene y será quitado al que no tiene aquello que parecía tener* [3]. Cuando un siervo recibe de su señor una grande merced, si es agradecido, convida al señor a que le haga otra mayor merced; pero cuando es ingrato, no sólo no le hace más merced, pero aun aquella le quita. Así, el que usare bien de los beneficios que recibió de tus magníficas manos, recebirá otros nuevos dones; pero si fuere ingrato, serle ha quitado lo que parecía tener.

Por amor de esto fueron castigados aquellos de quien dice tu santo apóstol que *como conociesen a Dios, no le glorificaron ni le dieron gracias, pero desvaneciéronse en sus pensamientos y obscurecióse su insipiente corazón, y diciendo ser sabios, fueron hechos locos* [4]. Conociéndote, Señor, con el entendimiento que les diste, tuvieron la voluntad ociosa no amando ni dando gracias a ti, Señor, de cuyas manos recibieron estas potencias, y los que te habían de amar y adorar, vinieron a adorar las imágenes de piedra y de palo. Del toque del eslabón en el pedernal, aunque salga fuego, no prende si no se aplica la yesca. Así, aunque dé mi ánima con el eslabón del entendimiento en el pedernal, que eres tú, mi Dios, bien podrá sacar lumbre de entendimiento y muchas centellas de perficiones que alcanzará a conocer en ti; pero nunca prenderá en mi ánima el fuego de tu divino amor si la yesca de mi voluntad no estuviere de por medio. ¿Qué aprovecha que te conozca si no te amo? ¿Para qué quiero tener el entendimiento ocupado en la contemplación de tu bondad y excelencias de tu divina persona teniendo la voluntad ociosa? Por amor de esto, conviene, Señor, que así te ame como te conozco, y que como empleo mi entendimiento en conocerte, gaste toda mi vida en amarte, acudiendo con los frutos de las potencias de mi alma al Señor de ellas.

¡Oh amor infinito y soberano bien! Pues mi voluntad, aunque potencia libre, no sé si es libre; y digo que no sé si es libre, sino captiva de tu amor, porque aunque

[3] Matth. 13, 12.
[4] Rom. 1, 21.

quiera no amarte, no puede dejarte de amar, no quiero gozar de tan mala libertad como es poder no amarte, porque descubriste a mi entendimiento tanta parte de tus perficiones divinas, que no puedo, aunque quiera, detener a mi voluntad sin que se lance, tendidas las alas de sus afectos, en este horno de infinito fuego de amor. Mándame lo que quisieres, y no me mandes que no te ame, pues será a ti imposible dejarte de amar. Tú eres, Señor, el que dices a mi ánima: *Ponme por señal en tu corazón y en tu brazo, porque fuerte es el amor como la muerte y dura la emulación como el infierno* [5].

Mata la muerte a amigos y enemigos, porque lleva a los que la aman y a los que la aborrecen, y así, tu amor se extiende a amar a los enemigos, la cual caridad no pudieron matar las muchas aguas ni grandes avenidas de tribulaciones y adversidades.

Dícesme, pues, Señor, que te ponga por blanco en mi corazón y en mi brazo, porque no ame otra cosa con mi corazón ni con mis obras sino a ti, pues con tan fuerte amor me amas, que a todos comprehende tu amor, así como la muerte a los mortales. Y dices más, Señor: que como el infierno atormenta a los que recibe, así te abrasa en caridad este celo y amor. Oye, pues, agora, ánima mía, una cosa increíble, pero verdadera. Si Dios pudiese ser afligido y atormentado, de ninguna otra cosa puede ser atormentado sino del amor. Y si no me quieres creer, pon delante de tus ojos a tu esposo Jesucristo, que es imagen y substancia de Dios y verdadero Dios, en quien están al vivo todos los afectos del Padre Eterno. El es el que dice: *Fuego vine a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que arda? De un baptismo tengo de ser baptizado, y ¡cómo me aflijo y angustio hasta que sea!* [6] Angustiábase y atormentábase el Señor sintiendo en sí llamas del amor y celo que nos tenía. Confiesa este Señor y Dios tuyo ser del amor atormentado. Y pues eres, Señor mío, tan grande, tan amoroso y tan bueno, y conoce el buey a su poseedor y la bestia al pesebre de su señor, así conoceré yo a ti, mi Dios, por Señor mío, y a mí por hechura de tus manos, y no sufriré que las criaturas que carecen de razón me hagan ventaja, antes te conoceré por Señor, adoraré como a Dios y amaré como a sumo bien y bondad infinita, dando todo lo que soy a quien me dió todo lo que soy y puedo y tengo.

[5] Cant. 8, 6.
[6] Luc. 12, 49.

MEDITACION LIII

Cómo Dios ha de ser amado por ser Dios

Siendo tú, Señor, verdadero Dios nuestro y criador del cielo y de la tierra, sumo bien en quien está todo bien, dignísimo eres y merecedor de todo amor, por grande que sea. ¡Oh Señor, y cuánto debo yo, miserable criatura, amar a quien es verdadero Dios, omnipotente, eterno, infinito, incomprehensible, esencialmente bueno y un acto puro de bondad! ¡Cuánta es, Dios mío, tu bondad, cuánta tu gloria, cuánta tu potencia, cuánta tu sabiduría, cuánta tu plenitud, cuánta tu suavidad, cuántos tus deleites, cuánta tu luz, cuánta tu perfición y cuánto, finalmente, tu cumplimiento de todos los bienes y de todas las cosas que se pueden desear! Ensancha tus senos, ánima mía, dilata tus afectos y extiende como piel tus deseos, y como el profeta dice, ensancha tu lugar de tu tienda y las pieles de tus moradas extiende, haz lejos tus cuerdas y confirma tus clavos, porque sobrepuja a tu capacidad y a todo tu deseo aquella majestad, aquella bondad y aquella bienaventuranza que él tiene aparejada para los que le aman. Es todo nuestro afecto, comparado con aquel sumo bien, como una gota de agua cotejada con el gran mar océano, porque sobrepuja a todo su sentido y a todo su deseo aquel océano infinito de gloria y hermosura, aquel abismo profundísimo de lumbre y claridad, la cual no es comprehendida con nuestro deseo.

Esto fué debujado en aquella corona que en el *sancta sanctorum* cercaba de toda parte el propiciatorio, por ser tu bondad y majestad divina como figura esférica perfectísima y sin principio y fin y digno de ser amado por ti, por el cual y al cual es hecho todo amor y hacia el cual todo amor arroja al que lo tiene, porque es Dios un centro de amor al cual endereza a toda criatura a peso del amor. Pues luego a sólo Dios por sí conviene el amor, así como la honra. Y de aquí es que, si alguna cosa se ama la cual por él no se ama, vanamente se ama, y por eso ni el ángel dignamente por sí ultimadamente ha de ser amado.

Tan amable eres, Dios mío, que de todas las cosas, aun de las insensibles, en su manera, eres amado; porque ¿qué son las inclinaciones de las cosas naturales sino

unos amores con los cuales son llevadas a ti, aunque por su imperfición no pueden llegar hasta donde van, conviene a saber, hasta el bien increado, mas quédanse en el bien criado, participando de él? Porque ¿qué es el peso en la piedra sino un amor que tiene al centro, y qué es la ligereza en el fuego sino un amor que tiene a su esfera? Bien es aquel que todas las cosas desean, y ninguna cosa hay sino amor, y este natural apetito de bien en las cosas, en alguna manera, se puede decir *amor de Dios*. Mas porque la naturaleza insensible no puede llegar hasta el bien inconmutable, por eso se queda y descansa en el bien participado. Mas la criatura intelectual y racional, que son el ángel y el hombre, tienen esta dignidad, que pueden llegar hasta el sumo bien que desean y ser de él capaces.

¿Por qué andas, pues, ánima mía, rastreando por las criaturas y buscando el sumo bien en las cosas corruptibles del siglo? Vuélvete a tu Dios, porque en él hallarás bondad infinita, delectación sin medida y hermosura inefable y todo tu bien junto, según aquello que este mismo Señor dijo a Moisén: *Yo te mostraré todo el bien* [1]. No imagines a tu Dios sabio, poderoso ni hermoso, como el hombre o el ángel, porque el hombre y el ángel por accidente son buenos, mas Dios esencialmente y substancialmente es bueno no por alguna cosa ayuntada, porque no se junta a su bondad alguna bondad o hermosura por la cual Dios sea bueno y hermoso, ni a la naturaleza de Dios se mezcla bondad, mas el mismo Dios es la infinita y ilimitada bondad, y hermosura, y poderío. Y así, en todas las otras cosas que de Dios se dicen, no denominativamente y por participación, como en las otras criaturas, mas esencialmente.

Lo que hemos dicho de la bondad, sabiduría y hermosura de Dios, mira que no lo extiendas de esta manera a las otras naturalezas, de suerte que por semejante manera quieras llamar a Dios *color* y *blancura* y otras cosas semejantes, como se dice grandeza, fortaleza, poderío y sabiduría, porque estas cosas nombran perficiones simplemente en Dios, y, por consiguiente, en las criaturas; pero esas otras cosas, no así, porque no es Dios blanco ni colorado, como es sabio y poderoso. Este nombre *Dios* y esto que es *ser Dios* incluye en sí todo el deleite, contentamiento, descanso y alegría que se puede imaginar. Incluye todo el provecho y interés que puede ser pensado y encierra en sí todo lo honesto, santo y bueno. Esto es *ser Dios* y tener en sí todos los bienes honestos, útiles

---

[1] Ex. 33, 19.

y deleitables. Pues si toda la causa por que yo pongo mi amor y afición en alguna persona es porque en ella espero alguno de estos tres bienes, *honesto, provechoso* o *deleitable*, ¿por qué no amaré a ti, mi Dios, que eres riquísimo de todos estos bienes? Gran culpa mía es, Señor, si no te amo, pues de todas partes te muestras amable y digno de ser amado. Amable, porque eres bueno; amable, porque eres deleitable; amable, pues eres provechoso.

No puedes, ¡oh hombre!, excusar de amar a Dios. Si eres virtuoso, ama a Dios por sus virtudes; si eres codicioso, ámale porque es riquísimo; si quieres deleites, ámale, pues están en él todos cuantos deleites puedes imaginar.

¡Oh cuánto debe ser poderoso el que, como dice el profeta, sustenta con tres dedos la inmensidad de la tierra y con tanta ligereza revuelve el cielo y el que amansa la braveza de la mar con la flaca arena! ¡Oh cuán benigno es el que, viendo tantos males, disimula y con soberana paciencia espera; y cuán amoroso con sus amigos el que a sus enemigos ruega con la paz! Sólo tú, Señor, hinches el deseo de mi alma como el sello el vacío de la cera. Y como todas las cosas estén más perfectamente en tu divina majestad que en sí mismas, de aquí es que todas las cosas naturalmente han de amarte. ¿Cómo, pues, podrá nuestro amor desviarse ni apartarse de ti, pues en ti se afina, se conserva y se perficiona? ¿Cómo puede nuestro amor apartarse de su objeto? Si yo quiero vender mi amor, ¿quién me lo podrá comprar mejor que tú, que eres riquísimo y me puedes dar por él la vida eterna? Si lo quiero dar gracioso, ¿quién mejor lo merece? Si por fuerza, ¿quién más violentamente me lo puede quitar? Y si lo quiero dar por vía de agradecimiento, ¿a quién debo tanto? Tengo yo, pues, de amarte, aunque no quiera, porque eres mi Dios, donde están todos los bienes eternos, hermosura, riquezas y deleites y, en fin, todo bien. Y así como la piedra, de su natural se va abajo, así, si suelto el amor, él naturalmente se irá a ti, mi Dios.

Si pongo mis ojos en tu divina majestad, veo un abismo de bondad, luz inmensa y hermosura infinita. Y si me convierto a las criaturas, veo innumerables ángeles hermosos, nobilísimos, resplandecientes y purísimos, a los cuales todo este mundo visible está sujeto, porque la criatura corporal sujétase a la espiritual. Veo los hermosos cielos, las resplandecientes estrellas, los fulgentísimos planetas, y todo esto tan bueno y perfecto, que muchos de los gentiles los adoraron por dioses. Y si deciendo más abajo, veré una infinidad de diversas criaturas. Si pregunto a todo esto qué es lo que hace, responderán que nin-

guna otra cosa sino obedecer y servir al sumo bien y criador de todas las cosas. Por tu orden persevera el día, porque todas las cosas te sirven. No hay mosquito que con todas sus fuerzas no haga esto. ¿Pues qué haré yo agora? ¿Por ventura, lidiando todas las criaturas sobre quién te servirá mejor, sólo el hombre estará ocioso? Justo es, Señor, que yo te ame, con todo mi grande amor, todo cuanto es a mí posible.

MEDITACION LIV

Cómo Dios ha de ser amado por ser nuestro

Natural es al hombre el amor de sí mismo, y, por el consiguiente, amar sus propias cosas, por amor de lo cual, clementísimo y amantísimo Señor, ninguna cosa dejaste de intentar por ser de nosotros amado. ¿Qué lengua angélica ni humana jamás dirá las invenciones tuyas ni las trazas de que te has dado por ser amado de una criatura tan miserable como el hombre? Sabías, buen Dios, y muy bien sabías, cuán amigos somos nosotros de nuestras propias cosas y que apenas sabemos sacar al amor de nosotros mismos y de lo que a nosotros toca, y así, para granjear por esta vía nuestro amor, tuviste por bien de hacerte nuestro hermano y hombre verdadero como nosotros y entregarte a nosotros y darte por nuestro, porque te amásemos como a cosa nuestra. Esto sintió tu profeta Zacarías cuando, hablando de tu venida al mundo, dijo: *Alégrate, hija de Sión. Mira que viene tu rey a ti* [1]. Dijo que era *nuestro*, y no contento con esto, añadió diciendo que venía *para nosotros*, porque, pues tan amigos somos de nuestras cosas y de nuestro provecho, amásemos al que era nuestro y venía para nuestra utilidad.

Por amor de esto dijo Josué al pueblo de Israel: *Tened diligente cuidado de amar al Señor, Dios vuestro* [2]. Eres, Señor, tan nuestro, que más eres mío que lo soy yo de mí mismo. Tanto me amaste, que me reputaste y estimaste por más tuyo que a ti mismo. Pues razón es que yo te ame más que a mí teniéndote por más mío que lo eres de ti mismo. Más me amaste que a ti, pues quisiste morir por mí, porque si no quisieras más la vida de mi alma y mi salvación que tu vida temporal, no te

[1] Zac. 9, 9.
[2] Ios. 22, 5.

ofrecieras a la muerte por mi salud. *Yo soy el Señor Dios tuyo* [3], dijiste a tu pueblo.

Muchos señores y reyes hay que son suyos, otros hay que son de sus parientes y no suyos, y otros que son de sus amigos, porque se dan todos a ellos. Pero tú, Dios nuestro y Rey celestial, no quisiste ser tuyo, sino nuestro. ¿Qué tienes, Señor, que no sea nuestro? Si tienes el cielo, nuestro es, de cuya virtud y influencias vivimos, así como es la tierra, la cual diste a los hijos de los hombres. Criaste las estrellas y planetas para el servicio de todas las gentes, y a ti mismo, reinante, te das a nosotros en premio y galardón. Tú, Señor, eres el que dices: *Yo soy tu parte y heredad* [4]. Más mío eres por el señorío que tienes en mí que todo lo restante del mundo y más íntima y perfectamente estás en mí que la misma substancia mía, y así, te debo amar más que a mí y que a todo lo criado. Naturalmente, más ama el hombre la ciudad donde nació y se crió que otra alguna, y más su casa que la ajena, y más a su padre proprio que al padre ajeno. Pues si esto es así, razón es que yo ame a quien es todo el bien de todas las criaturas y proprio mío, y cuanto a algunos efectos, te puedes decir más nuestro que de ningunas otras criaturas.

Cuanto a las criaturas que carecen de conocimiento, está claro, pues ellas no te conocen y nosotros te conocemos. Y si los ángeles te conocen, no recibiste en ti la naturaleza angélica así como la humana y a ninguno de ellos diste tanta gracia ni gloria como al ánima de tu unigénito Hijo y de la Santísima Virgen, madre suya. *No recibió a los ángeles, sino a la generación de Abraham* [5], dice tu santo apóstol. No se puede decir: el ángel es Dios, y Dios es ángel, como se dice por esta unión; el hombre es Dios, y Dios es hombre. Por esta razón, se puede decir que eres Dios nuestro y Señor nuestro y proprio nuestro, pues eres Redentor nuestro y nos compraste con tu preciosa sangre y sufriste grandes trabajos por nuestro amor, y al fin, muerte, con que satisficiste al Padre por nosotros. Míos son esos clavos, míos esos azotes y corona de espinas y mía esa cruz y gracias y tesoros celestiales que mereciste para mí y para sólo mi provecho. Pues si ser una cosa nuestra propria es causa de ser muy querida y amada de nosotros, siendo tú Dios mío y Señor mío y todo mío, muy justo es, por cierto, que yo te quiera y te ame más que a todas las cosas.

Es el hombre amigo de su interese y provecho. Pues

[3] Deut. 5, 6.
[4] Ps. 15, 5.
[5] Hebr. 2, 16.

si yo soy amigo de honras, riquezas y placeres, amándote terné contigo todas estas cosas. En decirme que eres Dios mío, me das a entender que, si te tengo por tal, poseo toda la felicidad del mundo, si quiero bien considerarlo. No tiene el mundo esta opinión, porque piensa, como dice el profeta, que consiste la bienaventuranza en prosperidad y abundancia de honras y riquezas, y a los que poseen estas cosas llaman los hombres bienaventurados, pero bienaventurado dice David que es aquel pueblo cuyo Dios es su Señor. Siendo tú nuestro, contigo gozamos de todos los bienes. Y si eres mío, yo que amo todas mis cosas, ¿por qué apartaré a ti, mi Dios, siendo mío? ¿Por qué, ánima mía, exceptas y sacas a tu Dios del amor de tus cosas siendo tuyo sobre todas las cosas y más que todas ellas?

Por ventura él solo entre todas las cosas es juzgado entre todas ellas por indigno de ser amado, y pues amas a todas tus cosas, a él, que es más tuyo que todas tus cosas, más has de amar. ¿No se indignará Dios, y con mucha razón, sobre tan execrable menosprecio? ¿Qué te diré, ¡oh ánima!, qué te diré mezquina? ¿No te confundes sobre tan gran maldad tuya? Amas tus cosas y no amas, ni deseas, ni trabajas por alcanzar aquella perpetua y clarísima heredad tuya que para siempre ha de durar. Perdiste una joya, y estás triste; perdiste tus dineros, y te pesa, y perdiste a tu Dios, y no lo sientes, como si no fuese Dios más tuyo que todas esas otras cosas. Si amases, dolerte-ías, y tanto mayor sería el dolor cuanto más grande fuere el amor.

Porque amas los bienes temporales, te pesa el perderlos, y porque no amas a Dios, no tienes pena por haberle perdido. ¡Oh cuán nuestro eres, Señor, y cuánto te entregaste y diste a nosotros, pues nos diste tu vida propria y cuanto había en ti pusiste al tormento por mí, y sola la lengua, de la cual te podías aprovechar, empleaste en nuestro servicio rogando por nosotros al Padre, y después, intercediendo ante él, con lágrimas por nuestros pecados, y fuiste oído, como dice tu Apóstol, por la reverencia que te tenía! Hicístenos señores de todas tus cosas y vestiste a los de tu casa de doblada vestidura de gracia y gloria y de cuanto hemos menester. ¿Qué señor así provee a las necesidades de sus siervos y cuál otro podremos hallar. tan bueno, tan blando, tan afable y tan benéfico para con los suyos? A ninguno despides sin que él se despida de ti primero; dasnos de comer, riegas nuestras heredades, envías al sol sobre los buenos y los malos y llueves sobre los justos y injustos, y eres tan nuestro y así te empleas en nuestros servicio y te nos das de mane-

ra, que nos diste tu propria carne en manjar y tu sangre en bebida.

¡Oh preciosa perla y sobrepujante margarita, que, deshecha en el vinagre de tu acerbísima pasión, tuviste por bien de ser no ya sólo nuestro, pero todo nuestro mantenimiento y vida! Y pues eres, Redentor del mundo, tan mío, amarte he como a cosa mía y no me contentaré hasta que yo sea tuyo, así como tú eres mío, dándote vida y alma y todo cuanto hay en mí, para que te sirvas como de cosa propria tuya.

MEDITACION LV

CÓMO DIOS HA DE SER AMADO DE TODO NUESTRO CORAZÓN

Cuando en tu ley nos mostraste, Señor, que te amásemos, añadiste diciendo que eres Dios nuestro uno y solo. Si, por caso imposible, no fueras un solo Dios, sino muchos dioses, pudiera yo tener alguna excusa para no amarte de todo mi corazón, porque tuviera mi corazón dividido y repartido por diversas partes; pero siendo uno solo, fácil cosa es amarte de todo mi corazón, poniendo todo mi amor en tu Divina Majestad. El que te ama de todo su corazón, siempre trae puesto su pensamiento en ti, aunque ande ocupado en otras cosas. Y si a alguno le parece que es imposible traer lo más del tiempo el pensamiento en ti, mire a un hombre que edifica una casa o hace alguna obra que mucho ama y desea ver acabada, que siempre piensa en aquello que ama y está haciendo, y de manera que cuasi nunca se aparta de la obra con la memoria y el pensamiento, mirando si los oficiales trabajan, si verá el fin de la obra y cómo gozará de ella, y sueña muchas veces de noche en esto y despierta con estos pensamientos.

Si yo te amase, Señor, de todo mi corazón, siempre pensaría en ti y nunca caería de mi memoria el amado, aunque me ocupase en otras cosas.

Donde está mi tesoro, está mi corazón, y donde tuviere el amor, terné mis deseos y aficiones. El que te ama de todo su corazón, siempre piensa cómo te servirá, desea estar siempre contigo y conservarte, y todas sus cosas, y aun las ajenas, desea gastar contigo y emplear en tu servicio. Cuando mandas en tu ley que el falso profeta no sea oído, dices así: *No oirás las palabras del tal profeta*

soñador, porque os tienta el Señor, Dios vuestro, para que sepa si le amáis o *no con todo vuestro corazón y con toda vuestra ánima* [1].

Cuando doy parte de mi corazón al mundo, como a falso profeta que miente y engaña en sus prometimientos, divido mi corazón entre ti y el mundo. Por amor de esto dices por tu profeta Joel: *Convertíos a mí en todo vuestro corazón* [2]. No pongáis una parte del amor en vosotros ni en vuestras cosas, pero todo vuestro amor sea en mí y en las cosas que yo os mando. En decir que te amemos de todo nuestro corazón, nos das a entender que tu santo amor quiere toda el alma por aposento y demandas todo el corazón y toda la casa, porque todo lo quieres henchir del licuor de tu suavidad. No quieres, Señor, el corazón partido, sino entero. En aquel juicio y sentencia de Salomón cuando mandó partir el niño vivo y dar cada una parte de él a aquellas dos mujeres, la que no era verdadera madre ni tenía justicia decía que se dividiese y llevase cada una la mitad; mas la verdadera madre no aceptó esta división, antes decía se diese a la otra todo entero y vivo.

Quiere el mundo falso y engañador, que pide contra justicia, que parta yo mi corazón por medio y llevar él la mitad, y que te dé, Señor, medio corazón, y de suerte que amándote, ame a él juntamente contigo, lo cual no consiente la justicia ni razón, sino que se dé todo entero a cuyo es y lo reciba su verdadera madre. ¿Por qué andas, corazón mío, cojeando por dos partes? ¿Por qué andas por dos caminos? Por amor de esto, Señor y Redentor mío, despidiéndote de tus discípulos en la última cena, les decías que les convenía que tú te fueses de su presencia, porque, si no te ibas, no vernía el Espíritu Santo a ellos. ¿Por ventura, Señor, eres tú algún pecado mortal que impides la venida del Espíritu Santo en las almas de los discípulos? ¿Tenías tú, Redentor mío, bandos con el Espíritu Santo, o sois en alguna cosa contrarios, pues no podíades morar juntos?

Virtuosos eran aquellos bienaventurados apóstoles, y habían renunciado al mundo y llegado a la fuente de la vida, y con amarte perfectamente, porque en el amor que te tenían había alguna mezcla de amor de la presencia corporal y hermosura de tu sacratísima humanidad, querías purificar y espiritualizar aquel amor que los discípulos te tenían, privándolos de tu presencia corporal, porque no amasen sino cosas espirituales y pusiesen todos sus

[1] Deut. 13, 3.
[2] Ioel 2, 12.

deseos en las cosas invisibles, quitándoles de las visibles, para que así, encendidos sus deseos en lo divino y celestial y despegados de lo corporal y presente, estuviesen sus ánimas dispuestas para recebir en ellas al Espíritu Santo.

Eres, Señor, en cuanto hombre, como un aposentador del Espíritu Santo, el cual, aparejando la posada para un grande príncipe que ha de venir a ella, no consiente al señor del aposento que tenga cosa alguna en su casa, pero manda que todo vaya fuera y que quede del todo desembarazado del aposento, para que reciba a la grandeza del príncipe que todo lo hinche. Así querías, Salvador nuestro, que los corazones de los discípulos estuviesen tan desocupados, no sólo del amor del mundo, mas aun también de todo lo que tiene resabio en el mundo o alguna sombra de él, que aun de un gusto que recebían sus ánimas con tu presencia corporal, con ser honesto y bueno, querías fuesen privados, porque así quisiste espiritualizar y afinar sus aficiones, pues no consentiste que hubiese en ellos cosa que tuviese color ni apariencia de bien corporal y presente. Pues si esto es así, ¿cómo te amaré yo, Dios mío y todo mi bien, de todo mi corazón, teniéndole tan entregado al mundo? ¿Cómo te le daré todo entero estando tan lleno de mi proprio amor? Quieres toda la posada desembarazada; pides todo el corazón entero y desocupado de todo amor peregrino y contrario de tu santo amor, y yo no sé cómo lo podré ofrecer todo entero a tu divina majestad teniéndole empeñado al mundo y a mis pasiones.

Si tus santos apóstoles, a quienes tú llamaste amigos, no tenían perfecta disposición para recebir en sus almas a tu Santo Espíritu, ¿qué aparejo es el mío o qué disposición, estando tan lleno de carne y sangre, para recebir este mismo espíritu en mi alma? Porque querías que de todo su corazón te sirviese el patriarca Abraham, quebrando del todo con el mundo y haciendo divorcio perfecto con su tierra y naturaleza, le mandaste saliese de ella, porque de esta manera te pudieses con él comunicar y se hiciese digno de recebir las mercedes que le tenías aparejadas. ¡Oh cuán solo y cuán desenredado del mundo quieres, Señor, a nuestro corazón, pues dijiste, por el profeta Oseas, a un ánima: *Llevarla he a la soledad y le hablaré al corazón*[3]. Hablas, Señor, en silencio a nuestra ánima cuando no hay en ella vocería de apetitos y proprias pasiones.

¿Qué nos pides, Señor, en tu ley sino que te sirvamos con todo nuestro corazón? Eres aficionado a nuestro co-

[3] Os. 2, 14.

razón y pídesnos en la Escritura que te lo demos, y ninguna cosa te agrada que no se hace con amor. Conténtase el demonio con cualquier cosa, por pequeña que sea, como otro Faraón, rey de Egipto, que ya que no podía tener captivos a los hijos de Israel, rogábales que dejasen sus ganados en Egipto o siquiera lo bendijesen primero diciendo a lo menos bien de él. El demonio, que no ha hecho nada por nosotros, ninguna cosa pierde en contentarse con cualquier cosa que le diéremos; pero tú, Señor, que nos diste todo cuanto tenemos y recebimos de tu mano todo lo que somos, quieres todo el corazón para ti, y no estarás contento si no te lo doy todo, sin dividirle con otro.

¡Oh Señor, que ya he caído en la cuenta y conozco lo mucho que os debo, y entiendo que cuanto yo tengo es nada delante de vos y vale poco para serviros algo de lo mucho que de vos he recibido, y sé que con el corazón os contentáis y que sólo esto queréis! Aquí os le ofrezco: recebilde, Señor, que todo os le doy y ninguna parte reservo para mí, y con todo esto, no pago la obligación que os tengo ni hago nada para lo mucho que os debo. Vaste, Señor, tras el corazón del hombre, porque en él dejaste el tesoro de tu sangre, pues la derramaste por él. Llamaré, pues, en todo mi corazón; óyeme, Señor.

MEDITACION LVI

Cómo pide Dios lo interior de nuestra alma

Mandando, Señor, que te amásemos de todo nuestro corazón, no sólo quisiste enseñarnos el camino de verdad, pero aun deseas tanto nuestra salvación, que no sólo nos quisiste dejar el arancel de tu ley, mas aun tuviste por bien de hacer un epílogo de tu voluntad porque la brevedad fuese causa de que mejor deprendiésemos lo que tanto nos importaba, y sabiéndolo, lo tuviésemos en la memoria, y acordándonos de ello, lo obrásemos, y obrándolo, alcanzásemos el fin deseado, que es la gloria y bienaventuranza eterna. En decir que te amemos de todo corazón y voluntad, quieres, Señor, que te demos lo interior de nuestras almas.

Del animal que te sacrificaban, querías, Señor, que lo interior de él, que eran las entrañas, riñones y redaños, te fuese sacrificado con fuego. Todo aquello, como dice

tu santo apóstol, acaecía en figura y era signifiación de misterio. No quieres las cosas de fuera, no pides lo exterior y momentáneo, como el mundo, que con bienes aparentes y vanos se contenta; pero mandas que lo interior de nuestra alma te sea ofrecido y dedicado, y èsto no como quiera, sino sacrificado con el fuego de tu santo amor. ¿Y qué mucho, Señor, que ofrezca yo a tu Divina Majestad mi corazón abrasado en tu santo amor, pues tú, mi Dios, con fuego de infinito amor así ardías en la cruz, donde te pusiste por amor de mí, que tantas llamas de fuego salían de ese tu pecho sagrado cuantas heridas había en tu santísimo cuerpo?

Después que el ave generosa, así como un neblí, girifalte u otro halcón, ha volado con altanería y rompido el aire con su vuelo y subido a las nubes y trabajado y traído la caza a tierra, con que lo ceben con lo interior del ave que cazó, se contenta y queda muy pagado. ¡Oh ave generosa que decendiste del cielo a las entrañas de la Virgen, y de su vientre a la tierra, y de la tierra al desierto, y del desierto a la cruz, y de la cruz al limbo, y del limbo al cielo, y diste todas estas vueltas por cazar nuestras ánimas, que, sueltas y fuera de tu mano, andaban perdidas, ¿qué mucho que pidas nuestro corazón en galardón del trabajo que por nosotros pasaste y en satisfacción de lo mucho que por nuestra redención hiciste? ¿Qué ave tan lindas quiebras hizo en su vuelo ni le costó tanta sangre la caza como a ti, Señor y Dios nuestro, la salvación de nuestras almas? ¡Ay de mí, que, después de tantos beneficios recebidos y al cabo de tantos años, no respondo con el agradecimiento que debo, dándote mi corazón, pues le quieres para aposentar en él y enriquecerle!

¡Oh cuántos hay, mi Dios (y plega a tu Divina Majestad no sea yo del número de ellos), que dan el corazón y a sí mismos al mundo, dando a ti, Señor, solamente las cosas exteriores, que son las ceremonias de fuera y señales muestras de cristianos! Otros, teniendo mala la conciencia, hacen limosnas, edifican hospitales y monasterios. Aunque estas obras son buenas, pero falta lo principal, que es el corazón, que tú demandas, porque en lo de dentro quieres ser aposentado.

Dices en tu ley que lo interior del sacrificio sea tuyo. Bendice, pues, ánima mía, al Señor, y todas mis cosas interiores a su santo nombre. *Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo* [1]. Si en mi corazón te aposentares, Señor, andará todo lo demás de mi vida bien gober-

[1] Ps. 83, 3.

nado. Con pequeña vuelta del corazón se da vuelta a toda la vida, como con pequeño gobernalle, con menearle mansamente, se guía una nao poderosa. No es otra cosa amor sino una vehemente y bien ordenada voluntad. Ninguna voluntad hay que ame a ti, mi Dios, como mereces ser amado sino sola tu divina voluntad, ni puede haber otra. Esta tu divina voluntad ama tu bondad con amor infinito tanto cuanto esa misma bondad merece. En este conocimiento que te amas a ti mismo con infinito amor hallan los santos alivio de sus deseos viendo los cumplimientos tan perfectamente, y así, les es parte de su gloria conociendo y viendo qué te amas con tan perfecto amor. Pues ¿qué mucho que me mandes que te ame y pidas mi corazón y mis entrañas, pues a respecto del que es amado, que eres tú, Señor, bien soberano y majestad infinita, todo lo que los ángeles y los hombres pueden producir amando no pasa de amor finito ni puede pasar? Luego tu infinita bondad siempre queda por pagar, y pides mayor tributo queriendo, y con justicia, si es a nosotros posible, ser amado infinitamente.

Sea alabado tu santo nombre, porque él mismo se paga a sí mismo amándose en eternidad cuanto es digno de ser amado. Pero aquí, así como puedo, aunque no cuanto deseo y soy obligado, amarte he, Dios mío, fortaleza mía, refugio mío y librador mío. Daré a ti, Señor, mi corazón y mis entrañas despegadas del amor de este siglo, según aquello del Salmo: *Si abundaren las riquezas, no pongáis vuestro corazón en ellas* [2]. Quitado el corazón de las riquezas y de toda afición temporal, lo tengo de ofrecer a ti solo, Dios vivo y verdadero.

Veo, Señor, que todas las cosas te aman, y aunque sea perdiendo el ser natural que tienen. Que los ángeles te sirvan, no hacen mucho, pues servirte es reinar. Pero que sirvan al hombre, mandándoselo tú, esto no es con algún menoscabo de la naturaleza angélica, pues aquellos bienaventurados espíritus son nuestros siervos y ministros de la criatura, que dice David *que hiciste menor que ellos* [3]. Que los cielos den vueltas porque tú se lo mandas, que los sujetaste en esperanza, no es de maravillar, porque es honra de ellos; pero que den vueltas perpetuamente por amor del hombre, no es de tener en mucho.

Toda criatura gime y tiene dolor de parto y está sujeta a vanidad. Corrómpense todas las criaturas inferiores y digno por cierto acabamiento, pues es en servicio del Criador. Pero que sea por amor del hombre, es cosa de con-

---

[2] Ps. 61, 11.
[3] Ps. 8, 6.

siderar. Pues luego si de todo su corazón, y aun con falta y detrimento suyo, te aman, Señor, todas las cosas, deshaciéndose en tu servicio, ¿no será cosa lamentable y indignísima que sólo el hombre esté tibio en tu amor y sea flojo en amarte, pues todas las cosas se consumen en tu servicio por incitar al hombre al amor de su Criador?

Amándote, Señor, todas las criaturas, cada una en su manera y según mejor puede, ¿sólo yo, para cuyo servicio fueron todas hechas, tengo de vivir sin amarte? Y cuando ninguna de ellas te amara, amándote yo, te amaban todas las cosas que criaste, pues el hombre es toda criatura, y así, amando él, ama toda criatura, y cuando él no ama, todas son burladas de su fin. Si el rey sirve a uno, aquel a quien el rey sirve, sirve todo el reino. Y pues de este mundo visible es rey el hombre, a quien el hombre sirve, todo el mundo sirve, y ama a quien el hombre ama. ¿Y qué mayor injuria se puede hacer al hombre que no ame a quien todo el mundo ama? ¿Para qué quieres, ánima mía, andar perdida y vaga por estas cosas de fuera, queriendo tu esposo, Jesucristo, recogerse en tus entrañas y hacer en ti lugar de paz y reposo? Ama a tu Dios y Señor, ofrécele lo íntimo de tu corazón, y pues él, por el amor infinito que te tuvo, te dió su corazón, vida y entrañas, y porque mejor te supiese, no te lo dió crudo, sino asado con fuego de amor sin medida que te tuvo, ofrece tú a este magnífico bienhechor todo lo interior de ti misma, amándole de entrañas sobre todo lo amado.

MEDITACION LVII

Cómo Dios ha de ser amado con todas nuestras fuerzas

Mándasnos, Señor, que te amemos con todo nuestro corazón, y con toda nuestra voluntad, y con todas nuestras fuerzas. Bien sé que aquí tejen algunos grandes cuestiones, porque les parece que tanta perfición sea imposible a los caminantes, a los que están en esta vida, que amen a Dios de todo su corazón, y de toda su ánima, y de toda su mente, lo cual es todo de los bienaventurados, cuya fuerza está toda absorta y se emplea en el amor de Dios. Mas nunca, Señor, tú permitas que digamos que mandas a tus criaturas cosas imposibles. Pues ¿qué diremos a esto? Ligeramente se desata esta cuestión si se toma la intención del precepto, porque podemos amar de todo

nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas; porque te ofrecemos todo nuestro corazón y no le dividimos mal, como lo hizo Caín, el cual, aunque ofreció bien, porque repartió mal, fué reprobado, como dice la Escritura. Así, hay algunos que dividen su corazón, dando parte de él a Dios, y parte al mundo y a los deleites; los cuales de tal manera quieren agradar a Dios y ser siervos suyos y estar bien con él y en su gracia, que no desagraden al mundo ni le contradigan.

De tal manera desean las cosas celestiales, que también quieren las terrenales. Quieren los deleites del cielo, pero también los del suelo, contra los cuales dice el apóstol Santiago: *¡Adúlteros! ¿No sabéis, por ventura, que la amistad de este mundo es enemiga de Dios?* [1] Estos tales, porque no ofrecen el todo, no ofrecen nada, porque no acepta Dios la parte del corazón, ni tiene por bien el espíritu morar juntamente con la vanidad. Y de aquí les viene que porque no aman de todo corazón, son traspasadores de este precepto. De éstos dice un profeta: *Partido es el corazón de ellos.* No pueden éstos escaparse de la muerte espiritual, porque la división del corazón es una muerte del ánima, porque así como el cuerpo partido no vive, así tampoco puede vivir el ánima dividida. No ames, pues, ánima mía, sino a sólo Dios y por Dios, y de tal manera, que a sólo tu esposo, Jesucristo, des el peso del amor, y de suerte que, aun con lícitos amores, no te has de derramar por las criaturas.

Todo tu estudio sea darte a Dios y aparejar a él solo morada limpia y desembarazada en tu ánima. Transfórmense, Señor, y consúmanse, Señor, en ti todos nuestros pensamientos, toda nuestra afición, todo nuestro apetito y toda la virtud de nuestras ánimas, de manera que seas de nosotros amado con todas las fuerzas de mi ánima. ¿Para qué, pues, Dios nuestro, edificaré yo en mi alma heno y pajas podridas, y tierra, y ladrillos, y adobes de Egipto, podiendo edificar en ella piedras preciosas y esmeraldas de tu divino y puro amor, como estaban edificados los muros de la celestial Jerusalén que vió San Juan?

¡Oh dulzura de mi vida y esposo de mi alma! ¿Por qué tengo yo de mezclar tu santo amor con el amor terrenal y mundano? Amarte he, mi Dios, con todo mi corazón y con todas mis fuerzas y poderío, y de tal manera te amo y quiero, que a mí mismo no me quiero bien por ser mío, sino por ser tuyo. El amor natural que cada cosa tiene a sí misma y a su proprio ser y conservación, así está trocado en tu amor santo, que no quiere mi natura-

[1] Iac. 4, 4.

leza, favorecida y ayudada de tu gracia, amar otra cosa en el cielo ni en la tierra sino a ti solo, único bien mío, Redentor mío y centro de mi alma.

¡Oh inmenso Dios y Señor nuestro! Si para recebir aquel aceite que milagrosamente manaba en casa de la viuda que tenía tantas deudas dió por aviso el profeta Eliseo *que buscase vasos vacíos* [2], y ella lo hizo así y pagó lo que debía y quedó rica, ¿cuánto más tú, Señor, que eres Profeta de los profetas, querrás que para recebir el aceite precioso de tu gracia estén nuestro corazón y potencias del alma vacías y limpias de todo amor proprio y mundano?

Querer ser amado de todo corazón y con todas nuestras fuerzas es mandarnos que no se ocupe nuestro corazón en amor contrario al divino amor y que te demos los vasos vacíos y limpios, sin heces de vil amor. Con tal y tan admirable aceite se pagan las deudas de nuestros pecados y aun echamos en deuda a ti, Señor y Dios nuestro, a la cual deuda te quisiste obligar por ley que ordenaste. Si perdonaste a la Magdalena fué porque amó mucho, como lo dijiste a Simón fariseo: *Muchos pecados le son perdonados porque amó mucho* [3]. Ungió con precioso ungüento tus santos pies, y tantas lágrimas derramó, que con ellas regaba tus pies, los cuales enjugaba con sus cabellos.

Con haber hecho estos y otros santos ejercicios llenos de humildad y devoción, solamente al amor atribuiste el perdón de sus pecados, y así, no dijiste que le fueron perdonados porque lloró mucho, sino porque amó mucho. El arrepentimiento y dolor de sus pecados y todas las lágrimas que derramó y buenas obras que hizo no perdonaran sus pecados si no amara. La contrición que perdona los pecados, del amor de Dios procede. Con este santo amor, tuvo aquella devota y generosa penitente con qué pagar las deudas de sus pecados y aun tener a Dios por deudor, porque es tan grande tu bondad, Dios y Señor nuestro, que te quisiste hacer deudor de los que te aman.

Volvió aquella santa mujer del todo en todo las espaldas al mundo, vació su corazón del amor de la tierra y entrególe todo a ti, y porque te amó con todo su corazón y con todas sus fuerzas, le fueron perdonados todos sus pecados. Lo mesmo acaeció a David, a quien perdonaste por el amor que tuvo, reprobando a Saúl y lanzándole del reino.

Cuando mi corazón estuviere, Señor, de tu parte, podré dar parte a lo demás, amándolo accesoriamente y sólo

[2] IV Reg. 4 3.
[3] Luc. 7, 47.

por ti y por amor de ti. Cuando el rey ha tomado un castillo y pone guardas y alcaide en él, no deja entrar sino a quien está por el rey, teniendo la puerta cerrada y guardada a los enemigos. Así, Señor, pusiste los sentidos por guardas de nuestro corazón, y no quieres que la razón, como alcaide de la fortaleza del corazón, a quien conviene discernir quién es de tu parte y quién del mundo, abra a nadie sin saber qué bando defiende. El amor de las criaturas, cuando es por ti, puede entrar en el corazón y avenirse con tu amor. Si llamare el amor de los bienes temporales teniendo ellos respecto a Dios, podrá entrar, y, en fin, a todo lo que está por Dios, admite consigo el amor de Dios.

Eres, Señor, celoso, y como el marido no consiente que ame su mujer a otro más que a él, así no consientes, siendo esposo de mi alma, que ame ella a otro más que a ti, y por eso quieres que te ame de todo su corazón y con todas sus fuerzas. Tú eres el que dijiste a Moisén: *Yo soy el Señor, Dios tuyo, fuerte y celoso* [4]; y por el amor que nos tienes, cuando ves que amamos alguna cosa más que a ti, quítasnosla, porque amemos a ti solo, y si porfiamos, déjasnos amar lo que queremos, en pena de nuestra porfía.

Así dices a tu pueblo por un profeta: *Yo quitaré mi celo de ti* [5]. Ama lo que quisieres y cuan desordenadamente quisieres; no se me da nada porque ya no tengo celos de ti. Por amor de esto, el profeta Isaías, viendo cuán desordenados andaban los hombres en el amor, maravillándose cómo lo sufrías, Señor, siendo tan celoso, y conociéndote por tal, pregunta a ti mismo, diciendo: *¿Adónde está tu celo y tu fortaleza?* [6] ¿Qué es de aquellos celos que pones tú en tus almas, de los cuales dices, por Ezequiel, que pornás tu celo en mí? Así, también agora dices que te amemos de todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas, y de manera que no reine otro amor en nuestras almas sino el que a tu Divina Majestad debemos. Sólo este amor ha de tener el alma que no quiera ser adúltera, amándote sobre todas las cosas y con aquellas fuerzas y poder grande que tiene el amor y efectos maravillosos que hace en el pecho donde se aposenta.

---

[4] Ex. 20, 5.
[5] Ez. 26, 46.
[6] Is. 63, 15.

MEDITACION LVIII

De las grandes fuerzas del amor de Dios

El amor, dice la Escritura, *es fuerte como la muerte* [1]. Más fuerte es que la muerte, pues vemos que entrando en el campo en desafío el amor y la muerte, quedó por el amor el campo y alcanzó la victoria, como parece y se verifica en los santos mártires. Tanto pudo el amor encastillado en los pechos de aquellos invencibles caballeros de Jesucristo, que despreciaron los tormentos y no temieron la muerte, de la cual alcanzaron gloriosos trofeos, pues antes quisieron morir que perder el amor que a su Dios tenían.

Triunfó el amor de la muerte y alcanzó de ella la victoria. ¿A quién se da la corona sino al vencedor? La Escritura dice que *no será coronado sino el que legítimamente peleare* [2]. ¿Por qué se da al mártir la corona sino por la victoria? ¿Por qué la santa Iglesia celebra sus vencimientos y coronas sino por las victorias que alcanzaron de los tiranos y de sí mismos y de los tormentos y espantos de la muerte y de esta misma muerte? Más pudo el amor que la muerte, pues a todos los males del mundo y a la misma muerte venció el amor por sus grandes fuerzas y poder, y al fin quedó por él la victoria. Armado de este divino amor, escarnece el apóstol San Pablo de la muerte y de todos los males del mundo, diciendo: *¿Quién nos apartará de la caridad de Jesucristo? ¿Por ventura nos apartará la tribulación, angustia, la hambre, desnudez, el peligro, la persecución o el cuchillo? Cierto soy que ni la muerte ni la vida nos podrá apartar de la caridad de Cristo* [3]. No teme San Pablo a la muerte, porque más poderoso es el amor que la muerte. ¿Qué vence la muerte? Vence a reyes, príncipes, emperadores y papas.

Todo eso es nada, pues el amor venció al Rey de los reyes y al criador de esos príncipes, papas y emperadores. Entrase por el cielo y halla al Hijo de Dios con toda su gloria y majestad, tan eterno y omnipotente como el Padre, tan bueno como él y de una misma naturaleza, y arremetiendo contra él, el amor dió con él en el suelo, y

1 Cant. 8, 6.
2 II Tim. 2, 5.
3 Rom. 8, 35.

de inmortal lo hizo mortal y pasible, y hácele hacer cosas que, mirando de la una parte que es Dios y de la otra lo que hacía como hombre, parecieron al mundo disparates las obras que le hizo hacer el amor. E así, dijo el Apóstol a los Corintios: *Nosotros predicamos a Jesucristo crucificado, escándalo a los judíos y locura y desatino a los gentiles* [4]. ¿Quién hizo esto? La fuerza y poderío del amor.

Si se hizo Dios hombre y se puso en la cruz por el hombre, todo esto fué por amor, según aquello que está escrito: *Dios, que es rico en su misericordia, por la grande caridad con que nos amó, estando muertos en pecados, nos dió vida en Cristo, por cuya gracia somos salvos* [5]. Venció el amor al invencible y tuvo por bien de darse por vencido no de otro, sino de sí mismo, que por esencia es amor, a quien se rindió libremente, dándose por prisionero del gran capitán, que es el santo amor; cuya victoria es tan gloriosa, tan dulce y tan alegre, que quien es vencido queda con el campo, y el que se da a partido al amor santo, sale con el triunfo. Y quien es herido y muere a manos del divino amor, este tal escapa con la vida.

Pues si el amor vence al invencible y lo sujeta a la muerte, y vence a la misma muerte; y si la vence es más fuerte que la muerte, ¿cómo no dice la Escritura que es más fuerte que la muerte, sino fuerte como la muerte? Más fuerte es que la muerte, pero comparó el amor a lo que lo pudo comparar y a todo lo más fuerte que pudo hallar. Aunque en la transfiguración del Señor fué su rostro más claro que el sol y sus vestiduras más blancas que la nieve, dijo el evangelista que era su rostro resplandeciente y claro como el sol y sus vestidos como la nieve porque no halló en las cosas que acá vemos cosa más clara que el sol ni cosa alguna más blanca que la nieve. Dió la similitud según pudo, aunque no según el amor lo merecía.

No es más fuerte una cosa que sí misma, y pues el amor es muerte, dijo ser el amor fuerte como la muerte. Porque así como la muerte mata los sentidos exteriores del cuerpo, privándolos de todo apetito proprio y natural, así el amor compele al amante a despreciar todos los deseos de la tierra. Mata el divino amor la codicia de la carne, el apetito sensitivo, la vida sensual y el hombre exterior porque viva el interior en Jesucristo. Es el amor vida del alma y muerte de ella, según sus dos porciones, superior y inferior, y parte intelectiva racional y animal sensitiva, que da forma a nuestro cuerpo. Por lo cual, el após-

[4] I Cor. 1, 23.
[5] Eph. 2, 4.

tol San Pablo, estando tratando de las grandes fuerzas del amor, dijo a Dios, hablando de los efectos que hacía en nuestras almas: *Porque por amor de ti somos mortificados todo el día* [6]. Mata el amor de Dios todo lo que es mundo, y así llamó el Apóstol *muertos* a los colosenses, diciendo: *Vosotros estáis muertos y vuestra vida está escondida con la de Cristo en Dios* [7].

¡Oh poderosa muerte, con la cual, siendo el hombre muerto para el mundo, vive verdadera vida en Dios! ¡Oh valerosas y poderosísimas las fuerzas del amor, y muy más fuertes que las de la muerte! No osara la muerte acometer al Hijo de Dios, ni se atreviera a llegar a él, si del amor no fuera primero vencido. Si uno saliese a campo con otro, no sería grande su fortaleza si venciese al contrario teniendo las manos atadas y sin armas y estando ya vencido. Sería de loar el ánimo de aquel que vence al contrario con sus proprias armas y siendo libre, y así alcanzase de él victoria. Así vence la muerte a los hombres, vencidos, atados de pies y manos y condenados a morir, porque como dice el Apóstol: *Establecido está a los hombres morir una vez* [8]. Mas el amor santo deja libre al contrario, a nadie compele, y, queriendo el ánima libremente, es vencida del amor. Con sus armas deja al hombre, pues no lo priva de los sentidos y al fin el santo amor sale con la victoria. Es tanto más fuerte que la muerte, que sólo bastó a vencer y matar la muerte. El amor quitó las fuerzas a la muerte en la cruz, y por verla tan desarmada y tan vencida del amor, se atrevieron muchos hombres y delicadas doncellas contra ella, y con las armas del amor la vencieron.

Encruelézcase el tirano, enciéndase el fuego, aparéjense los tormentos, agúcense los cuchillos, bramen las bestias para despedazar y tragar, tráyanse los peines de hierro para desentrañar, derrítase pez y resina y todo lo más terrible y espantoso que se puede inventar, que todo lo sobrepuja y vence la gran fuerza del amor. A ningún tormento se sujeta el amor, a ningún daño obedece, a ningún detrimento se inclina, mas antes, ardiendo en aquellos pechos bienaventurados de los santos mártires el fuego del amor, cuanto más agua le echaban pensando de matarle, tanto más le encendían.

¡Oh poderoso fuego, y si le enviases, Señor, a mi alma, en cuán poco ternía las cosas que agora me dan pena! ¿Quién dió ánimo a Moisén para que con tan valeroso pecho se opusiese contra el soberbio y poderoso rey Faraón?

---

6 Rom. 8, 36; Ps. 43, 22.
7 Col. 3, 3.
8 Hebr. 9, 27.

¿Quién hizo que tan duramente Elías reprehendiese al rey Acab, y Eliseo a los tres reyes que iban a la guerra, sino tu santo amor? ¿Quién hizo al Príncipe de la Iglesia, San Pedro, y a los santos apóstoles, siendo primero flacos, que con tan generoso y magnánimo corazón respondiesen en el concilio que convenía obedecer a Dios y no a ellos, sino el amor? Este es aquel amor santo que ninguna cosa teme, que todo lo pone debajo de sus pies y lo allana y desprecia. Todo lo puede, y todo le es posible, y ninguna cosa se le hace dificultosa. Y, finalmente, tanto poder tiene el amor y tan grandes son sus fuerzas, que trae a Dios a la tierra y sube el hombre al cielo.

MEDITACION LIX

Cómo todos pueden amar a Dios

¿Qué excusa podré yo tener en el día del juicio ante tu divino acatamiento, Dios mío y Señor mío, si no amare tanta bondad y clemencia? ¿Qué quieres de mí sino amor? Después de tantos y tan innumerables beneficios que me has hecho y haces cada hora, no pides otra cosa sino amor. Por lo cual, tu siervo Moisén dijo al pueblo israelítico: *Y agora, Israel, ¿qué te pide el Señor, Dios tuyo, sino que temas a tu Dios y Señor, y andes en sus caminos, y le ames con todo tu corazón y con toda tu ánima?* [1] Porque sabes, Señor, cuán prestos y aparejados están los hombres para amarte si quieren, mandas que te amen. ¿Quién podrá decir ni declarar con palabras cuán piadosa y misericordiosamente hayas hecho esto? Porque si en otra cualquier obra consistiera nuestra salud, muchos se podrían excusar, muchos quedaran excluídos de la gloria, porque la obra con que la habían de alcanzar no les sería fácil o les sería imposible.

Si quisieras que nos salváramos por las limosnas, no se salvaran los pobres, porque no tienen de qué hacer limosna. Si en los ayunos estuviera nuestra salud, no se salvaran los enfermos y los flacos. Si en la doctrina y sabiduría, ¿qué hicieran los simples y que poco saben? Si en la virginidad, ¿en qué esperaran los casados? Y si en la pobreza, ¿qué hicieran los ricos? Y así de todas las otras cosas. Muchos se pudieran excusar, y así quedaran excluídos

[1] Deut. 10. 12.

de la bienaventuranza. Mas del amor, ¿quién se excusará? ¿Quién legítimamente será excluído?

Todos te pueden amar, Señor, y a sabios y no sabios, a ricos y pobres, a chicos y a grandes, a mozos y a viejos, a hombres y a mujeres, y a todc estado y a toda edad es común el amor. Ninguno es flaco, ninguno es pobre y ninguno es viejo para amar. Como quieres, clementísimo Señor, la gloria para todos, así la pusiste en precio que todos la puedan comprar. Si dijere alguno que no puede ayunar, o que no puede dar limosna, o que no puede ir a misa, creerle hemos. Pero ¿podrá decir alguno que no puede amar? Esto es imposible. Muchos están en el cielo que no ayunaron, ni dieron limosna, ni anduvieron romerías, porque no tuvieron facultad para hacer estas cosas; pero ninguno está allá que a Dios no amase. Justamente se podrá uno excusar de hacer estas cosas, pero poner excusa el que no ama, no es posible.

Para todos está presto el amor, y en todo lugar, y en toda hora, y en todo tiempo puedes amar. Agora comas, agora bebas, agora andes, agora estés sentado, agora trabajes y agora descanses, como quiera que te hallas y doquiera que vuelvas, si quisieres, puedes amar. Ninguna cosa nos puede impedir del amor, porque el amor es nuestro y ninguno nos lo puede robar ni tomar. Testigos son de esto los santos mártires, a los cuales bien pudieron los tiranos quitar la vida, mas no el amor, y de muy buen grado dieron la vida por no dar el amor, porque el amor más es que la vida.

Pues así tú, Dios nuestro, como piísimo Señor y rectísimo y sapientísimo regidor de este mundo, criaste a todos para la vida y así deseas la salud de todos, que a ninguno cierras el camino para alcanzarla, y por eso, aunque en estos bienes temporales y transitorios nos hiciste desiguales, haciendo a unos ricos y a otros pobres, ni estas cosas nos das como las pedimos ni como las deseamos; pero en los legítimos y verdaderos bienes que convienen a la salud eterna, a ninguno hiciste pobre, mas a todos diste poderío igual, para que de ellos se enriqueciesen cuanto quisiesen y quien quisiese y por su albedrío se hiciese cada uno tan rico y tan grande cuanto se dispusiere a la gracia.

Estos bienes que los hombres de este mundo tanto engrandecen y aman, en poco los tienes tú, mi Dios, y en tu casa son reputados como salvados y cosa de poca estimación. Mas los que son verdaderos y estables bienes; resérvaslos para el albedrío de cada uno, y de manera que quien quiere que los quisiere, no sea privado de ellos. En lo uno y en lo otro te muestras, Dios mío, ser piadoso; en lo uno y en lo otro, justo y santo, para que se cierre toda

boca y toda maldad no tenga qué hablar y no tenga razonable ni justa queja contra ti, por muy grande que sea la malicia. De todos estos tus bienes, el amor tiene la cumbre, ni hay cosa en tu casa más preciosa que tu santo amor, ni más prestante.

Cuando en el desierto enviaste maná del cielo a tu pueblo israelítico, unos cogían más y otros menos, pero a ninguno sobraba ni faltaba y cada uno tenía la parte que había menester para su necesidad. Así, Señor y Dios nuestro, das tu santo amor a cada uno de nosotros según la disposición y mérito de cada uno, sin aceptación de personas. Aparejado está el padre de compañas para enviar a todos a su viña y no negará el dinero de la bienaventuranza a los que en ella trabajaren, pues el Príncipe de la Iglesia afirma que no es aceptador de personas, a todos llama a las bodas y a ninguno niega su santo amor, si él, por su malicia y rebeldía, no cierra las manos y no quiere recibirle y se hace indigno de él. ¿A quién no convidas con tu santo amor? ¿A quién desechaste y quién lo pidió que lo negases? Tú eres el que dices: *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os recrearé* [2]. Venid y comprad, ¡oh almas cristianas!, sin plata y sin algún trueco vino y leche. ¿Por qué colgáis plata y no en panes, y vuestro trabajo y no en hartura? Oídme y comed el bien, y deleitarse ha vuestra ánima en grosura. Venid a mí y vivirá vuestra vida. ¿Por qué anda mi ánima sedienta por la sequedad y esterilidad del mundo y te deja a ti, Dios mío y todo mi bien, donde están acumulados todos los bienes que yo puedo desear?

A todos te manifiestas, Señor; a todos te muestras y extiendes las alas de tu clemencia, sobre buenos y malos, y convidas con tu santo amor a los justos y a los pecadores. Ninguno tiene excusa ante tu divino acatamiento si no te ama, y en el juicio universal callará toda criatura delante de la rectitud de tu justicia. Todos podemos amarte, y cuando no te amamos es por nuestra culpa, pues ninguna excusa suficiente ni bastante podemos dar cuando no fueres amado de nosotros. Aunque agora, por mucho que nos esforcemos, parte amamos y parte deseamos, ni se puede cumplir por entero el mandamiento del santo amor.

Cuando nos es mandado que te amemos de todo nuestro corazón y de toda nuestra mente y ánimo, porque el cuerpo que se corrompe carga y apesga el ánima, y los sentidos del hombre con su peso se encorvan y bajan a estas cosas inferiores, no puede todo ocuparse en lo que querría y trabaja de derramar al ánima por muchas cosas.

---

[2] Matth. 11, 28.

Y por unos resquicios secretos que apenas podemos entender, salida de sí, anda vanamente vagueando, cercando y pensando en circuito muchas cosas de este mundo. Y así, mal dividida, no se puede asir ni encadenar de aquel sumo bien del todo, como sería razón y a ella sería expediente.

Mas vendrá tiempo, ¡oh ánima mía!, en el cual todos estos movimientos de tu corazón cesarán y toda mutación de tus vanos pensamientos se amansará, y callarán todas las cosas y te alegrarás, porque alcanzarás la estabilidad del ánima y abundarás y maravillarte has y ensancharse ha tu corazón, donde estará fijo y estable sin jamás mudarse. Entonces serás abrasada como un carbón muy encendido, y así encendida y toda abrasada del amor, serás toda transformada en tu Dios, y allegándote toda a él, como está escrito, serás hecha un espíritu con él, cuyo fuego, dice Isaías, que *es en Sión y horno en Jerusalén*[3]. Aquí, en Sión, hay fuego que humea, y allí, en Jerusalén, horno encendido. Horno verdaderamente en el cual los vasos de los celestiales espíritus son alumbrados con aquel ardentísimo y potentísimo fuego divino que son unidos y transformados en ti, mi Dios, para gustar de aquel perpetuo y inaccesible ímpetu de gloria que nunca falta.

MEDITACION LX

Que no podemos pagar a Dios sino con amor

¿Qué recompensa puedo hacer a ti, mi Criador, mi Redentor, mi gobernador, mi juez y mi galardonador? Estos cinco acreedores muy grandes y muy estrechos tengo, y no sé a cuál de ellos primero pague. Al Criador debo la vida, porque de él la recibí de gracia; al Redentor debo la misma vida, porque él puso la suya por la mía en la cruz; a mi gobernador, que me apacienta desde mi juventud de balde y con tantos regalos, y tan diversos y en tan diversas maneras, también confieso que le debo mi vida, la cual poseo por su beneficio, mas ni aun a mi juez puedo yo satisfacer en todo el tiempo de mi vida. ¿Pues qué daré a tan magnífico premiador? Por ventura, aunque en tanto que viviere le sea obedientísimo y sufriere por él todas las cosas terribles y ásperas, ¿se igualará mi obra con el jornal que me tiene aparejado?

[3] Is. 31, 9.

No son condignas las pasiones de este tiempo para merecer por ellas la gloria advenidera que se manifestará a nosotros. A todas estas cosas debo a mí mismo, y no sé a quién me dé primero. De diez mil talentos, según la parábola evangélica, soy deudor, y yo necesitado y pobre, y cada día suena en mis oídos aquella terrible y espantosa voz del Evangelio que dice: *Dame cuenta de tu mayordomía* [1]. ¿Qué haré? ¿Adónde iré? Pues, aunque me venda, no podré satisfacer uno por mil.

Sale también al encuentro a la solícita congoja mía el profeta Miqueas, diciendo: *¿Qué cosa digna ofreceré al Señor? ¿Por ventura le ofreceré sacrificio y becerro de un año? ¿Por ventura podráse aplacar el Señor en millares de carneros con muchos millares de cabrones gruesos? ¿Por ventura daré mi primogénito por mi maldad, el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma?* [2] No por cierto; no más que mostrarte, ¡oh hombre!, lo que sea bueno y lo que el Señor busca y demanda de ti. Quiere, por cierto, que hagas juicio y ames misericordia y que andes solícito con tu Dios. Solícito en que no le ofendas y solícito en buscar su voluntad. Solícito para que en todas las cosas y por todas las cosas le agrades. Esta solicitud y cuidado es, Señor, del que te ama y no del que te teme, del que ama a tu Divina Majestad y no del que teme el tormento.

Da, pues, ánima mía, al Señor esta solicitud y cuidado, y suelto eres de la deuda. Ama, y todo lo has pagado. Solamente este tributo del amor por todas tus deudas te demanda el Altísimo. Aunque te mandara entrar en hornos de fuego encendidos y morir cruel muerte, no pagabas lo que debías, cuánto más que este Señor, que no quiere la muerte del pecador, sino que viva, no manda que te mates, sino que ames, y con el tributo y estipendio del amor se da por pagado.

¿Por qué no pagas a tu Hacedor y Redentor este tan suave y jocundo tributo de amor? ¿Por qué, pues, no amas, ánima mía, a quien tanto debes? Las bestias reconocen a su bienhechor, y sola la criatura racional tira coces contra el aguijón, y sólo el hombre es el que alza la obediencia a su Dios y le niega el amor que le debe a quien tanto le amó, que no dudó de ponerse en el tormento de la cruz por mostrar el grande amor que le tenía.

¡Oh vergüenza grande! ¡Oh lamentable desventura, no conocer a quien tanto debe y no amar a quien tanto merece ser amado! Sólo el hombre, entre todos los brutos, se embravece con los beneficios que de tu largueza recibe.

[1] Luc. 16, 2.
[2] M.ch. 6, 6 ss.

¡Oh cuán justamente te quejas de esto, Señor Dios nuestro, diciendo por un profeta: *Conoció el buey a su poseedor, y la bestia el pesebre de su señor, y Israel no me conoció y mi pueblo no entendió* [3]. ¡Oh hombre!, pregunta a los brutos irracionales, que ellos te enseñarán; sé discípulo de las bestias, tú que fuiste criado señor de ellas. Ellas te enseñarán qué gratitud, qué benevolencia y qué amor eres obligado a dar a aquel de quien tantos bienes recibes. Ten vergüenza, miserable, a deprender a ser grato en la escuela de las bestias y de que ellas te venzan en virtud, a las cuales tú vences en razón y entendimiento.

Mandaste, Señor, a los leones hambrientos que no tocasen en el profeta Daniel, y te obedecieron, y que la ballena guardase a Jonás, y cumplió tu mandamiento. Mandaste a los cuervos que administrasen carnes al profeta Elías, y sirvieron al santo con mucha diligencia. Y no sólo las criaturas que tienen sentimiento te obedecen, mas aun también las insensibles, sirviendo todo lo que pueden y dando a su Dios y Criador todo lo que les pide, aunque no la tengan de su naturaleza. Hirió tu siervo Moisén con la vara en la piedra, y de su dureza dió luego, contra su natural, abundancia de aguas blandas y corrientes. Sólo el hombre niega a ti, mi Dios, lo que le pides, y demandándole no lo que no tiene, sino lo que tiene, que es su amor y voluntad, y pudiendo dar lo que quieres con mucha facilidad y con honra suya, no quiere condecender con tu petición. Más duro eres que piedra, ¡oh corazón mío!, pues no das tu amor a Dios, dando aguas abundantes la piedra dura.

Sólo el amor te hace andar con Dios a las parejas, y en sólo esto le puedes pagar en la misma moneda. Sólo con amor quieres, Dios nuestro, que te paguemos. Si me riges, no quieres que yo te gobierne ni rija; si me reprehendes, no quieres que yo te reprehenda; si me castigas, no quieres que yo te castigue, sino que sufra, y si me juzgas, no tengo yo de juzgarte, sino obedecerte; pero si me amas, quieres que yo te ame. Amasme, Señor, porque quieres ser amado de mí, y no amas por otra cosa sino por ser amado de nosotros.

Porque sabes que amándote seremos bienaventurados, quieres que te amemos. Lo que se da por amor no se puede mejor ni más conveniblemente recompensar sino con amor. Sólo el acto y obra de la voluntad puedo yo dar a ti, mi Dios, y entre estas obras de la voluntad, el amor tiene lugar primero. Siendo tú, Señor, inmenso Dios y sumo bien, no te desdeñas de poner tu amor en un vil gusanillo de la tierra. Y sobre todo, después de tantas cau-

[3] Is. 1, 3.

sas que hay para que yo te ame, pónesme precepto de amor, como si fuese tan duro que tenga necesidad de tal mandamiento.

Bendígante los ángeles, lóente para siempre jamás arcángeles y serafines y alábente sin fin todas las jerarquías celestiales, pues después de verme tan obligado con tan innumerables dones y soberanos beneficios, no me demandas otro tributo sino amor ni quieres de mí sino solamente que te ame. Gracias te doy sin cuento, Dios mío, por la merced que me haces en querer ser pagado con tan suave y deleitable servicio, tan jocundo y fácil de cumplir, que antes sufriré todas las penas y tormentos del infierno que dejarte de amar.

MEDITACION LXI

Cómo solamente nos pide Dios que le amemos

¡Oh cuán bueno es el Dios de Israel a los que son rectos de corazón! Mándasnos, Señor, que te amemos, y no quieres de nosotros otro tributo ni pecho sino que amando paguemos tan grandes obligaciones. Venid, pues, ¡oh cristianos!, y mirad qué mandamientos nos da nuestro Dios. No, por cierto, ásperos y dificultosos, no graves ni incomportables, sino muy dulces, y muy leves, y muy suaves. No nos manda que degollemos ni que matemos a nuestros hijos, como en otro tiempo los cruelísimos demonios lo mandaban a sus honradores; no nos manda que despedacemos y afeemos nuestras carnes con cuchillos ni azotes. ni que entremos en hornos encendidos de fuego, ni que andemos sobre espinas y abrojos. los pies desnudos; pero mándanos diciendo: *Amarás al Señor, Dios tuyo, de todo tu corazón, de toda tu ánima y con todas tus fuerzas, y al prójimo como a ti mismo* [1]. Ninguna otra cosa quiero, ninguna otra cosa os mando ni pido, ni otra cosa busco en vosotros, ni otra cosa os impongo. Amor quiero y demando, y con sólo esto me contento y me satisfago por tantos beneficios y mercedes como de mí recibís tan abundantemente y de continuo.

¡Oh hombre! Ama y reina. Ama, dice el Señor, y todas mis cosas son tuyas. ¿Oístes, pues, en algún tiempo alguna cosa más clemente ni más benigna que nuestro

[1] Matth. 22, 37; Deut. 6, 5.

Dios? ¿Viste, por ventura, algún señor tan clementísimo y tan benignísimo que solamente demande a sus siervos que le amen? Si algún rey no pidiese otra cosa a sus caballeros y vasallos, por todas las mercedes que les hace, sino que lo amasen, y no les pusiese otra carga ni les demandase otro servicio, ¿por cuán piadoso, por cuán clemente, por cuán bueno y digno de ser amado sería tenido y predicado de todos los de su casa y cómo le querrían, y con mucha razón, todos los de su reino? Tal es nuestro Rey, tal es nuestro Señor y tal es nuestro Dios.

¡Oh qué tal y qué tan buen señor tenemos en ti, clementísimo y piadosísimo Señor nuestro! Por lo cual, en el Deuteronomio, está escrito que dijo tu siervo Moisén al pueblo: *¿Qué te pide agora Israel, tu Dios y Señor, sino que le temas y andes en sus caminos y le ames? No te pide otra cosa sino amor.* Bien conocía esto el que decía: *La ley del Señor es sin mancilla, que convierte las ánimas, y el testimonio del Señor es fiel y da sabiduría a los pequeños. Los mandamientos del Señor deseables son sobre el oro y piedra preciosa y más dulces que la miel ni el panal* [2]. ¿Qué cosa puede ser, Señor, más dulce a nosotros que el amarte, y qué cosa más jocunda, ni suave, ni más ligera? ¿Qué es nuestra vida sin amor sino una muerte atrocísima? *El que no ama*—dice tu apóstol San Juan—, *está en la muerte* [3]. El que no ama, aun viviendo, está muerto de corazón, porque la vida del corazón es el amor y somos trasladados de la muerte a la vida porque amamos. El que aborrece, homicida es de sí mismo. ¡Oh cuán justamente es condemnado a eterno tormento el que más quiso arder que amar, porque, si por caridad amara, nunca en el infierno ardiera.

Bien se convence, Señor, haberte aborrecido el que antes escogió para siempre arder que para siempre amarte. ¿Qué viste en tu Dios, ¡oh dañado!, qué viste o qué sentiste para que no le amases? ¿Qué excusa podrás tener en el día del juicio, pues aun siendo mandado no quisiste amar a la infinita bondad de tu Dios? ¡Oh cuánto más deleitable oficio y más según la noble inclinación y naturaleza de nuestra alma es amar que aborrecer y cuánto mejor es, Señor, amarte que arder en fuego perdurable!

Bien que es imposible aborrecer la criatura a su Criador, y así, siendo el bien objeto de nuestra voluntad, no cabe en razón ni es posible que aborrezca nuestra ánima al sumo bien y bondad infinita de nuestro Dios en cuanto Dios y debajo de título y nombre de deidad, y por razón

[2] Deut. 10, 12.
[3] I Ioan. 3, 14.

de ser Dios, en quien están eminentemente y infinitamente todas las perficiones y bienes. Pero la voluntad desenfrenada y ciega de su propria pasión, llevada para su daño y perdición del amor proprio, aborrece a tu Divina Majestad en cuanto eres sabio y conoces su malicia y porque eres justiciero y castigarás como justo juez sus maldades. ¿Pero cómo será posible que un alma, por desventurada que sea, si tuviere una sola centella de conocimiento de tu infinita bondad, siéndole representado ese abismo de divinas riquezas y ese piélago sin suelo, de bien inefable y incomprehensible, que esté ociosa y suspensa y que pueda acabar consigo de no lanzarse en medio del fuego de tu divino amor?

¡Oh cuán ciegos son, mi Dios, los que no reconocen y cuán insensibles son y cuán heladas tienen las almas los que conociéndote no se arrojan en este horno ardiente de tu santo amor! ¿En qué se detienen? ¿Por qué esperan? ¿A cuándo aguardan? Siendo tú, Señor, sumamente atractivo, porque eres sumamente bueno, atrae esta mi alma, lleva tras ti este mi corazón, tráeme en pos de ti, y correremos tras el olor de tus ungüentos. ¿Cómo tan grande bien como el que con la fe se me descubre no me lleva el corazón al sumo bien? ¿Qué cuerdas hay, por fuertes que sean, ni cadenas de hierro, dobladas del amor de estas cosas temporales, que no se quiebren y se hagan pedazos por llegar con amor al único bien mío? ¿Y qué me mandas tú, Señor, y qué otra cosa quieres de mí sino que te ame? Los juicios del Señor son verdaderos y justificados en sí mismos. Deseables más que el oro ni piedra preciosa y más dulces que el panal ni la miel. ¿Qué mandamiento más justo, ni qué ley más justificada, ni qué precepto más dulce que el del amor? No me mandas, Señor, que navegue por los peligros del mar, no que penetre las nubes, no que ande en los trabajos de las guerras ni que vaya a las Indias con los pies descalzos, ni que haga milagros, sino solamente que te ame del secreto de mi corazón.

Muchos, pudiendo cumplir este tan suave y dulce precepto de amor que tú les mandas, no quieren, detenidos del amor de este infelice y miserable mundo. ¿Pues qué dirás tú, desventurado, que no amas a tu Dios en aquel extremo examen cuando el mundo será juzgado? ¿Qué responderás a tan inmensa clemencia? ¿Cómo no enmudecerás entonces? Esto es lo que dices, Señor, a tu pueblo por boca del profeta Isaías: *No me invocaste, Jacob, ni trabajaste en mí, Israel; no me ofreciste carneros de tu holocausto y no me glorificaste con tus sacrificios. No te hice servir en oblación ni me compraste con plata, ni con*

la grosura de tus sacrificios me embriagaste, mas hicísteme servir en tus pecados y dísteme trabajo en tus maldades [4]. Como si más claro le dijeras: No te di ásperos mandamientos, no te di grandes cargas ni incomportables, no te mandé que gastases tu hacienda en sacrificios y oblaciones, mas mandéte cosas fáciles y ligeras, y tú en nada tuviste mis mandamientos. En tus pecados me hiciste servir más de treinte años y, al fin, por ti hube de recebir acerbísima muerte. Pues aunque te mandara cosas muy graves, las debieras hacer, cuanto más que no te dije sino ama y reina. Amor quiero, amor pido y amor solamente demando, y no quiero sino que ames, y que amando lleves buena vida, y después, para siempre, vivas, descanses y reines.

MEDITACION LXII

Cómo el amor no se paga sino con otro amor

El amor, Dios nuestro y Señor nuestro, no recibe otra satisfacción sino la del amor ni se paga sino con amor. Por lo cual, aunque yo dé todas las cosas al que me ama, si no le diere mi amor y si no le respondiere a su buena voluntad con la mía, no soy suelto de la deuda y siempre debo pensar que quedo en obligación y por muy grande deudor. Es el amor de tan alto precio, que no se paga con oro ni plata ni piedras preciosas, y de aquí es que, aunque nuestros enemigos y los que están en desgracia con nosotros nos den oro y plata y todo lo precioso que quisieren y tuvieren, no lo tenemos en nada y lo reputamos como lodo y aun muchas veces no lo queremos recebir. Por el contrario, de los que sabemos que nos aman y quieren, estimamos en mucho cualquier cosa que nos den, por pequeña que sea, porque no miramos al don, sino a quien lo da y con qué entrañas lo da y a que lo da con amor.

Por esta razón, Señor, amándonos tú tan grandemente, no te contentas con que te demos todas nuestras cosas sin que te amemos y estimas en poco nuestros dones cuando no proceden de amor. La Escritura divina dice que cuando aquellos dos hermanos, Caín y Abel, ofrecieron a tu Divina Majestad sus dones, que miraste a Abel y

[4] Is. 43, 22-23.

a su ofrenda, y que no miraste a Caín ni a sus dones. Dice que primero miraste a Abel y después a sus dones, porque más cuenta tienes, Señor, con la persona que con lo que da y más miras al amor que a lo que se ofrece, y por amor de esto recebiste los dones de Abel, que te amaba, y desechaste la ofrenda de Caín, porque estaba su pecho sin tu santo amor.

Por esta causa, tuviste en más la pobre limosna que ofreció la vieja en el templo que las grandes dádivas que presentaron los ricos, y dijiste haber dado más la viejecita pobre que los poderosos ricos, aunque ofrecieron grandes y gruesos dones. Más miras al amor que al don; ámasnos, Señor, y con amor quieres ser pagado. En pago del amor que nos tienes, quieres que te amemos, y entonces aceptarás de nuestras manos cualquier don por pequeño que sea, cuando vieras que te amemos. Muchas y muy ricas ofrendas te ofrecían los hebreos, y porque no procedían de corazón lleno de amor les dijiste por boca de tu profeta Isaías: *¿Qué se me da a mí de la muchedumbre de vuestras ofrendas? No quiero los sacrificios de vuestros carneros, ni la grosura de los gruesos animales, ni la sangre de los becerros, ni corderos, ni cabrones. Cuando viniéredes a mi presencia y os llegáredes a mí, ¿quién os demanda estas cosas? No me ofrezcáis más sacrificio de balde, porque incienso abominación es para mí y aborrezco vuestras fiestas y solemnidades* [1]. Todo cuanto podemos ofrecer a tu Divina Majestad vale muy poco delante de tu divino acatamiento si no va acompañado de amor. Esto es lo que dice el Sabio: *Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo hombre* [2]. Pues si esto es todo hombre, sin esto nada es el hombre. Y porque todo cuanto tenemos y todo lo que te podemos dar es nada si no te damos nuestro corazón lleno de tu santo amor, nos le pides, diciendo: *Hijo, dame tu corazón* [3]. Como si más claro me dijeses: No quiero tu hacienda ni tus dones, sino que solamente pagues con amor el grande amor que te tengo. Amor quiero y amor demando en satisfacción del amor con que te amo, porque el amor no se paga sino con amor.

Cosa muy justa es, pues, ánima mía, que el amor sea pagado con otro amor y que tu amor sea semejante al amor que Dios te tiene. Debe ser tu amor muy limpio, entero, santo y sin mezcla de algún otro amor, para que sea conforme al amor de Dios, al cual responde, porque

---

[1] Is. 1, 11.
[2] Eccl. 2, 21.
[3] Prov. 23, 26.

de otra manera aborrecerlo ha Dios, como a amor muy contrario del suyo.

Tu Hacedor te ama a ti más que a otras criaturas: así, tu amor, más a él solo que a todo lo criado. Tu Hacedor, a todas las criaturas de este mundo ama por amor de ti; así, tú ámalas a todas ellas por amor de él. Tu Hacedor, todas las cosas ordenó para tu servicio y provecho; así, tú ordena todas las cosas para su servicio. Tu Hacedor te ama como infinito y perpetuo amor; así, tú ámale a él de todo tu corazón, de toda tu ánima, y de todas tus entrañas y fuerzas, y todo cuanto es a ti posible. Paga, pues, ánima mía, el amor que debes a tu Dios, pues no te pide otra cosa ni quiere de ti otra cosa sino que le ames. Si a otra cosa amas, piérdeste, ensúciaste con muchos pecados, atorméntaste con mil cuidados y con millares de miserias eres afligida.

Y la causa de esto es porque no pusiste tu amor en su lugar y donde fuera justo lo pusieras. Entonces gozaras de suma paz, si tu sumo amor pusieras en suma cosa. Pondré mi sumo amor en el sumo bien, que eres tú, Dios mío, y aunque tu divino amor no me fuera necesario para alcanzar la vida eterna, había yo de hacer todo lo posible por amarte para alcanzar tu amistad. Dichosos aquellos a quien tú dijiste: *A vosotros os dije amigos* [4]. Muy honrados son, Señor, vuestros amigos y muy confortado y establecido es su principado. ¿Quién no se terná por muy dichoso en ser amigo del rey? ¿Quién no trabajará por alcanzar su amistad?

¡Oh cuánto más honrosa y prestante es la amistad del Rey del cielo que la amistad y privanza que se puede aquí tener con los reyes de la tierra! El remedio y medio que tengo para alcanzar la amistad de Dios es amarle. Tú, Señor, eres el que me provocas al campo del amor y quieres que, pues me amas, que yo también te ame. ¿Qué debías tú, Señor, hacer por negociar mi amor que no lo hayas hecho? Como si te fuera la vida y la honra en ser amado de mí, así has hecho todo lo posible por granjear mi amor, no te importando a ti cosa alguna y yéndome a mí tanto en ello, que no me importa menos que la vida.

Si tú fueras como uno de nosotros, y cada uno de nosotros fuera como eres tú, ¿qué pudieras hacer entonces que no lo hayas hecho? Todas las invenciones y modos y maneras que se podrían inventar, hiciste, Señor, y has hecho por ser amado de nosotros. ¿Qué modos tan exquisitos y extraños halló tu amor para sacar mi amor? ¿Qué diré a esto, Señor y Dios mío? Ardes tú en mi amor

---

[4] Io·n. 15, 15.

y arde todo el mundo en tu amor, y yo en medio de este horno de fuego estoy frío. Cielo y tierra, elementos y todas las criaturas, están encendidas en llamas de fuego de divino amor, y sólo yo estoy helado. ¿Qué mayor maldad que ésta? ¡Oh Salvador nuestro y Redentor de mi alma! ¿Cómo aquel fuego de infinita caridad que ardía en tu sagrado pecho no quema y hace carbón a mi corazón helado? ¿Cómo, Señor mío, aquella ferventísima y encendida sangre que saliendo de tus venas en tanta abundancia, con la cual lavaste y bañaste mi ánima de las mancillas de tus pecados, no la dejó hirviente en tu amor y caliente para servirte con espíritu y amarte con sumo amor? Porque quieres que te pague el grande amor que me tienes con amor, hiciste tantas cosas porque te amase, no queriendo que tu amor sea pagado sino con amor.

MEDITACION LXIII

Cómo no tiene el hombre otra cosa propria sino amor

¿Qué daré yo al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? Cosa es, Señor, muy decente que tenga yo alguna cosa mía propria que pueda dar y ofrecer a tu Divina Majestad en recompensa de lo mucho que de tus manos he recibido. Justo es que yo posea algo con lo cual pueda hacer digna satisfacción en pago de los beneficios y mercedes que me hiciste. Porque como sea justo y no quieras que se pierda el hombre por ingratitud ni por otra manera alguna, tú, Señor, que quieres que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad, demanda tu justicia que hayas dado alguna cosa al hombre que sea propria suya del mismo hombre y que la tenga en su proprio poder y libertad, con que pueda pagar siquiera en algo a las grandes obligaciones que te tiene. Porque de otra manera pareciera que todos los beneficios dados al hombre se los hubieres hecho para su mal y para su condenación. Porque recibiendo tanto y no teniendo algo que proprio suyo fuera, con que pudiera satisfacer, mostrábase ingrato, por la cual ingratitud mostraba ser justa su condenación, lo cual no se ha de pensar de ti, Señor, según es inmensa tu bondad y grande tu misericordia.

Presupuesto que el hombre tiene algo con qué pagar a Dios y que de solo aquello es señor que está debajo su plenario señorío y libertad, agora sepamos de qué es se-

ñor el hombre; no es señor de la hacienda, heredades y posesiones que tiene, porque todo esto le puede ser quitado forzosamente y contra su voluntad y querer. Tampoco es señor de su cuerpo ni de parte del cuerpo, pues no están debajo de su perfecto dominio y poder, pues puede ser privado del cuerpo y de cualquier parte de él aunque no quiera. No es señor de su vida, porque se la pueden quitar forzosa y violentamente. Ni diremos que es señor de su ánima, en cuanto da vida y es forma del cuerpo, porque como no es señor de su vida, así tampoco es señor del alma en cuanto a aquella parte que da vida al cuerpo.

Aunque el ánima es una, y por ser espíritu, no tiene partes; pero hemos de considerar en ella dos oficios que hace estando en este cuerpo, que son dos porciones: la inferior, con que informa y da vida al cuerpo, mediante cuya presencia sentimos y vivimos, y la parte y porción superior de ella, que es la racional y intelectiva, por la cual, si lo miramos, discurrimos, entendemos y conocemos a Dios. Según la parte sensitiva y vida animal, somos semejantes a las bestias, y así, según esta parte, no somos libres; pero, según la parte racional y intelectiva, somos criaturas excelentísimas, criadas a la imagen y semejanza de Dios, capaces de la bienaventuranza, racionales y libres, adornados con tres potencias muy nobles, que son: entendimiento, memoria y voluntad.

También es de saber que de esta parte superior que decimos, tampoco es el hombre señor de toda ella, porque el entendimiento y la memoria no son potencias libres. Goza el hombre del libre albedrío, y por eso se llama *libre*, por la libertad que tiene, siendo de él absoluto señor, y porque éste está en las dos principales potencias, del alma, que son entendimiento y voluntad, y el entendimiento no es potencia libre, sino sola la voluntad; de aquí se sigue que solamente es el hombre señor de aquella parte del albedrío libre que es de la voluntad. De esto se colige que de ninguna cosa es el hombre señor sino de su propria voluntad, la cual es reina y princesa en el reino del alma, y de tal manera es libre y señora, que no se puede entender cómo la voluntad sea voluntad y no sea libre. Si la voluntad no fuese libre, la voluntad no sería voluntad, porque es contradicción manifiesta ser voluntad y no ser libre.

Es tan grande señor el hombre de esta su propria voluntad, que es imposible ser compelida, forzada ni violentada, ni serle quitada forzosamente. Todo el poder de los ángeles y de los hombres ni demonios no pueden quitar al hombre su voluntad si él libremente no quiere darla. Hí-

zole Dios tan grande señor de ella, que el mismo Dios no compele ni hace fuerza a nuestra voluntad, y cuando algo quiere de ella, ruega y amonesta, inspira y persuade, pero no fuerza ni la lleva a su pesar donde ella no quiere, porque es tan libre y tan grande reina y señora, que ama lo que quiere y aborrece lo que quiere y hace de sí libremente todo lo que se le antoja, sin ser de Dios ni de otro alguno llevada ni compelida contra su querer.

Y pues ninguno puede dar ni ajenar de sí sino las cosas de que es señor, y de ninguna cosa es señor sino de su propria voluntad, y ésta se da por amor, por esta razón nos mandas, Señor, que te amemos, porque amando te damos nuestra voluntad por amor, que es todo nuestro bien y riqueza que poseemos. No pides, Señor, que te demos lo que no tenemos, porque locura es querer que haga uno lo que no puede ni mandarle que dé lo que no tiene. Y pues el hombre no tiene que dar sino su voluntad, sabia y discretamente le pides su voluntad mandándole que te ame. Ansias mortales padecía, Dios mío y mi Señor, allí dentro de mi alma no hallando qué darte en pago de lo mucho que de tus magníficas manos he recebido. ¡Bendito seas tú, mi Dios, y mil cuentos de gracias te doy por la merced que me hiciste en darme qué te pudiese dar!

Si el hombre, viéndose tan obligado, no tuviera qué dar ni con qué pagarte, fuera una criatura infelicísima y desventurada. ¿Qué hiciera yo, Señor, cuando conociendo lo que te debo si no tuviera amor y voluntad que darte? Dísteme voluntad, que es potencia libre, la cual tiene en sí un proprio don que de contino nace de ella, y es que jamás puede estar sin darse a alguno, y tan liberal y tan noble, que no se da sin que la misma voluntad se dé con el mismo don, que es el amor, libre don de la voluntad y proprio suyo, precioso y inmortal tesoro del hombre. Este puede, Señor, darte mi voluntad, con el cual don te satisface como debe plenariamente en cuanto en sí es.

Dondequiera que va el amor, lleva consigo la voluntad del amor, y porque la voluntad es todo el hombre, por el consiguiente, decimos que se lleva consigo a todo el hombre. Por lo cual, cuando alguno da a otro su amor, a sí mismo todo entero se da y se traspasa en aquel a quien se dió. Porque como el amor, de su propria naturaleza, es don libre que de su misma gana se da y que no puede ser forzado, hase de dar o quitar queriendo él, y porque las cosas que damos no pasan en verdadera posesión de aquellos a quien las damos si no son proprias nuestras y están en nuestro libre poder, de aquí se sigue que como el amor sea proprio bien del amante, que dán-

dolo él, luego pasa en verdadera posesión del amado a quien lo da. Por amor de esto, tiene el amado libre poder y entero señorío en el que lo ama. Y también porque la recompensa debe responder al amor del dador de los bienes, y aquel amor en Dios es espiritual, inmortal y invisible, también lo que el hombre da a Dios, dándole éste su amor y voluntad, es inmortal, espiritual y invisible. Y porque sabes tú, Señor y Dios nuestro, que con sólo esto te podemos pagar, sólo esto nos pides y este solo tributo nos demandas queriendo que te amemos. Porque aunque eres riquísimo poseedor de todos los bienes y no tengas necesidad de nuestras cosas, quieres de nosotros este amor, pues con sólo él podemos satisfacer a tu Divina Majestad.

¡Oh cuán gran merced me hiciste, Señor, en querer ser amado de mí y en darme poder para amarte y caudal con que pueda en algo satisfacer lo mucho que te debo! Es el amor una fuerza y poderío impetuoso de la voluntad, el cual lleva tras sí a la voluntad y la da al que ama, y con la voluntad se da a sí mismo y todo lo que es el hombre, y de manera que el que ama no es suyo, sino del amado. Ama, pues, ánima mía, a tu Dios cuanto es a ti posible, y pues él te ama, justísimamente le debes tú amar, aunque no puedes igualmente, porque el amor con que Dios te ama es infinito, mas el tuyo con que a él amas, finito es y medida tiene. Pero ámale cuanto puedes, y esto te basta para que, absorta y transformada en Dios, vivas vida celestial con el amado en tanto que aquí vives y después le goces para siempre en el cielo.

MEDITACION LXIV

Cómo hemos de amar a Dios así como él nos ama

Cierto, Señor mío Jesucristo, que aunque me aborrecieses, te debría yo amar, pues eres mi Dios, mi Redentor, mi protector, mi refugio y todo mi bien, cuánto más amándome tan notablemente, que me sigues con beneficios huyendo yo de ti. ¿Por ventura no quisiste tú, mi Dios, ser juzgado y condenado a vil muerte y sufrir grandes tormentos por mí?

¡Oh Dios mío!, ¿y qué más pudiste hacer por mí? Maravilloso es, Señor, tu santo amor, pues así nos amaste y ensalzaste tan a costa de tu honra y de tu propria vida.

Si a nosotros que somos nada, tanto nos amas siendo tú el todo, ¿cómo nosotros, siendo lo que somos, no amaremos al sumo bien? ¡Oh corazón mío, y cómo no te partes por medio en la consideración de tan excesivo y sobrepujante amor! Más duro eres que piedra, pues amor tan infinito no te ablanda. La piedra. dice Job, que es el minero del metal: suelta con el calor, conviértese en metal, y tú, con tan grande fuego de caridad y con el calor de infinito amor que Dios te tiene, ¿perseveras sin mudarte?

Pluguiera a Dios que fueras de piedra y no de carne. ¿Qué cosa más maravillosa que sea la carne del corazón más dura y más insensible que la piedra? ¿Por ventura no dices tú, Señor, que quitarás el corazón de piedra y nos darás corazón de carne? Mas antes, Señor, y porque la piedra se ablanda más fácilmente que la carne, quítanos el corazón de carne y danos corazón de piedra. Las piedras, Señor, se hicieron pedazos sintiendo tu muerte y las peñas se abrieron con el calor del amor con que moriste, y tú, corazón mío, estás duro, frío y entero. sin quebrantarte y deshacerte en el amor de tu Dios y Redentor.

Ya que mi frialdad me ha traído a tales términos y mi ingratitud y dureza me ha puesto en estado que tengo de venir a ser discípulo de las piedras, amarte he, Señor, pues tanto me amaste, y así como amaste, conviene a saber, dulcemente, prudentemente y fuertemente. Dulcemente, esto es, afectuosa y ardientemente, de tal manera que nuestra ánima, atraída y halagada del deleite de las cosas sensibles, no sea arrebatada y se vaya a las cosas ilícitas. Prudentemente, porque, corriendo ligeramente y con aviso, no tropiece en alguna cosa. Fuertemente, esto es, con perseverancia, porque, vencido de la dificultad, no torne atrás y se deje de lo que había comenzado. Pues porque nuestra ánima no se vaya tras las cosas de la carne y del mundo, ámete, Señor, dulcemente, y porque no sea engañada del demonio del mediodía, ámete sabiamente, y porque no seamos vencidos de la tentación y persecución que nos puede venir, amémoste fuertemente.

Tal fué el amor de tus santos mártires, los cuales, siendo fuertemente ayuntados contigo, bien pudieron ser cortados y quemados, asaeteados y muertos, mas nunca pùdieron ser apartados de tu amor. Este es el engrudo del cual el profeta había dicho antes: *Confortará el herrero hiriendo con el martillo al que batía* [1], entonces diciendo al engrudo: ¡Bueno es!, y confortóle con clavos para que no se moviese.

¡Oh buen herrero el espíritu de verdad, aquel apóstol

[1] Is. 41, 7.

predicador del Evangelio que batía y fabricaba entonces a Cristo en los corazones de los pueblos! Fatigaba lo de fuera con el martillo de la persecución, y de dentro le hincaba y trababa con los clavos del temor. De fuera era molestado y acosado, y de dentro era confortado para que no se moviese en la fe y porque la muerte no le trastornase ni derrocase. A los clavos del temor añadió el engrudo fortísimo del amor, diciendo al engrudo. ¡Bueno es! Bueno dijo que es porque por ventura sin él no desfallezca el clavo y perezca el caballero probado en el examen. Es, pues, bueno que con el engrudo del amor sea ayuntado y confortado el clavo del temor, porque por el atamiento doblado difícilmente se rompe. Y si por ventura el clavo con el martillo del perseguidor saltare afuera, el ánimo ayuntado y ligado con el engrudo del amor se llegará a Cristo indisolublemente. Pues como loamos y honramos a estos caballeros de Cristo, y con mucha razón, así también los imitemos y sigamos.

A ningún tormento se sujeta el amor. Antes, con devoto servicio pagaban a ti, Señor, el tributo del amor que te debían y de agradecimiento dando sangre por sangre, muerte por muerte, dolor por dolor, amor por amor, aunque no con igual medida, porque no se iguala la muerte del hombre mortal, aunque sea atrocísima y penosísima, con cualquier tormento, por pequeño que sea, del inmortal y impasible Dios, porque más es el impasible padecer cualquier cosa que morir todos los mortales. Así, pues, debes, ánima mía, amar a tu Dios como él te amó, y pues te amó dulcemente, prudentemente y fuertemente, ama a tu Señor con esa perseverancia y fuerza que eres de él amada. Por lo cual dice el profeta Jeremías: *De lejos me apareció el Señor. En caridad perpetua te amé, y por eso te atraje habiendo de ti misericordia* [2]. De lejos dice, porque mucho antes que nosotros le amásemos, nos amó. En caridad perpetua nos amó y infinitamente por hacer a nuestra alma infinita y enriquecerla con infinitos bienes. De esta manera, pues, Señor, nos amaste. No amas a los ricos por comerles su hacienda, sino por enriquecerlos, ni amas a los poderosos por favorecerte de ellos, sino por honrarlos, y no amas conforme al mundo, que ama por su interese, pero ámasme de balde y de gracia, porque de esta manera seas de mí amado y sin interese.

En todo tiempo ama el que es amigo, y el hermano, en las angustias es probado. En todo tiempo me amaste, y así, en la adversidad como en el tiempo próspero, te hallé fiel amigo. Amásteme en la adversidad de la cruz

[2] Ier. 31, 3.

y trataste mi salvación con grande amor, y en la resurrección hiciste lo mismo. Muchos de los hombres, cuando están en necesidad, prometen grandes cosas a sus amigos, porque así sean de ellos favorecidos; mas después que se ven en prosperidad, no se acuerdan de cosa alguna.

Así lo hizo el copero del rey Faraón, que se aprovechó del consejo de José estando con él en la cárcel, mas después que se vió en su libertad y honra, no tuvo de él memoria. Pero tú, mi Dios, no sólo en tu pasión te acordaste de nosotros, rogando a Dios por nuestras culpas, mas también, estando en lugar tan alto como es el cielo, no te olvidaste de tu Iglesia, pues, como dice el Salmista, *subiendo a lo alto, diste dones a los hombres* [3] enviando al Espíritu Santo. Así, pues, conviene, Señor mío y Redentor mío, que yo te ame, perseverando en tu amor hasta la muerte, pues me amaste a mí con amor tan perseverante y fuerte, que antes moriste que me dejaste de amar.

MEDITACION LXV

Cómo nos ama Dios

Tiempo es ya, Señor, que diga algo de tu amor, para que el nuestro sea provocado, porque así como un hierro se afina con otro, así un amor con otro se aviva y provoca. Grande admiración cae en mi entendimiento cuando considero, Señor, que tú me amas. Teniendo tu divina voluntad bondad infinita que amar y hermosura infinita en qué emplear su querer y que de hecho te amas infinitamente, no puedo dejar de maravillarme que tengas tiempo y lugar para amarme a mí. ¿Qué diré, Señor, pues con la voluntad que a ti mismo te amas sea yo amado de ti? En compañía de tanta bondad como la tuya es amada tanta maldad como la mía, porque así venzas y destruyas mi culpa y engrandezcas tu gloria.

¡Oh bondad y hermosura infinita de mi Dios! ¿Y qué participación hay entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué compañía entre la luz y las tinieblas? ¿Qué conveniencia hay entre Cristo y Belial? ¿Qué parte tiene el fiel con el infiel y qué tiene que ver el templo de Dios con los ídolos? Pues ¿qué parentesco hay, Señor, entre esa luz inac-

---

[3] Ps. 67, 19.

cesible y mis tinieblas? Tú eres luz infinita ajena de toda obscuridad, donde no hay tiniebla alguna ni la puede haber, y yo, soy tinieblas y privado de toda luz, sino de aquella que tú, Señor, por tu grande misericordia y clemencia me dieres. Pues ¿cómo en compañía de tanta bondad y luz son amadas mi maldad y tinieblas? En grande obligación me pusiste, pues hubo lugar donde cupiese la criatura en el corazón del Criador, hinchiéndole tan enteramente su voluntad, y que hubiese tiempo para amarme, siendo menester la eternidad para amarte a ti mismo. ¿Y qué digo tiempo?; en tu eternidad me amabas, Señor, y me querías bien. Pues ¿cómo mi voluntad no sale de sí misma mostrándole tanto bien y, pasando por todo cuanto hay en la tierra y en los cielos y menospreciándolo todo, no se arroja en ti, mi Dios, y te ama con estrecha caridad y amor? ¿Cómo con tanto fuego como éste no se calienta mi corazón, como le acaeció a David cuando decía: *Mi corazón se calentó delante de mí y en mi pensamiento se enciende vivo fuego?* [1]

Este es el lugar, alma mía, donde se encienden las brasas y fuego del amor de tu Dios. Allégate cerca y recibirás, por lo menos, algún calor o una centella, y lo que llevares no dejes morir, aplícale la yesca del corazón, para que sea hecho grande fuego. Conozco mi ser, y cuán enfermo es, y cuán flaco; conozco mi fealdad en la culpa del primer padre y en mis proprios males, por los cuales somos todos hijos de ira, indignos del aire con que respiramos; y conocido de ti por tal, y con todo esto, me amas y buscas por tantos caminos y medios. Y no sólo me buscas y me amas, pero ámasme tan fuertemente, que no bastan mi ingratitud y desamor para que dejes de amarme y acordarte de mí. *¿Por ventura*—dices, Señor, por boca de Isaías—*puede olvidarse la madre de su hijo y no tener compasión del que salió de sus entrañas? Mas si ella se olvidara, yo no me olvidaré de ti, porque en mis manos te escrebí y tus muros están siempre delante de mí* [2].

¡Oh amor tierno, amor regalado, amor de madre y más que de madre, pues de ninguna se lee que haya escrito algún libro para acordarse de su hijo, usando de sus manos por papel y de su sangre por tinta y que la pluma sean duros clavos! Nadie ha usado de semejante libro de memoria sino tu, Señor, amador tierno.

Todo el tiempo de tu vida nos trajiste en tùs entrañas, gimiendo nuestros pecados con gemidos de parto, y al cabo viniste, como otra Raquel, a morir de parto en la cruz,

---

[1] Ps. 38, 4.
[2] Is. 49, 15.

porque naciese vivo Benjamín. Perdonas las culpas al miserable pecador, y tanto es el amor que nos tienes, que todo término, por breve que sea, se te hace largo por remediar al hombre, y así, dabas priesa a Judas el traidor, en la noche de tu última cena, porque despachase presto el negocio de nuestra redención tratando de tu muerte y de ponerte en manos de tus enemigos. Ninguno tanto deseó ser perdonado como tú perdonarle, y más descansas tú con haber perdonado al que quieres que viva, que el pecador con haber escapado de muerte. No aguardas dilaciones; mas tu ley es que quien hubiere quebrantado tus leyes, quebrante su corazón con dolor, y luego le perdonarás mediante el firme propósito de la enmienda y los sacramentos que de presente recibe o tiene intención de recebir.

Antes que nosotros hablásemos, nos alcanzaste ser oídos, y antes que naciésemos, moriste por nosotros y nos das lo que sabes que hemos menester. Pluguiese a ti, Señor, que se nos pegase de ti este tu calor en no ofenderte, y tu hablar y interceder por nosotros en la cruz, en siempre loarte y magnificar el excesivo amor que nos tuviste. Y no sólo te contentas con oírnos; pero así como el que mucho ama se huelga y recrea de oír al amado, así tú, Señor, convidas al alma que redimiste, diciendo: *Sucne tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce y tu cara muy hermosa* [3]. Muy hermosa te parece, ¡oh buen Jesús!, la cara, que por haberla afeado con pecados no la osamos levantar a ti. Mas la verdad es que tú hablas con el alma que está en gracia, la cual no tiene de qué ensoberbecerse, pues la hermosura con que te agrada no es de su cosecha, sino don y gracia tuya, y así, a ti es debido por ella loor, y a nosotros confusión. Mas en ti, Señor, lícito no es loarnos, porque cierto es gran dignidad ser amados de un Señor tan grande y tan amador nuestro, que por nosotros se entregó a tormentos y muerte afrentosa, de donde nos vino todo el bien. Pues todas tus obras son nuestra instrucción y doctrina, y tanto nos amaste, y tan sin interese tuyo y con tanto provecho y honra nuestra, ¿no será justo que deprenda yo a amar a quien tanto me amó, amándole como él me amó y de la manera y modo que tuvo en amarme?

La piedra ama su centro; los peces, el mar; las aves, el aire, y cada cosa, naturalmente, apetece su fin último. Pues ¿por qué no iré yo a ti, Dios mío, por amor, pues eres mi centro donde descanse, y mar donde yo viva, y aire donde respire, pues *en ti vivimos, nos movemos y so-*

[3] Cant. 2, 14.

mos? [4] Todas las cosas buscan su quietud, paz y felicidad. ¿Pues por qué no haré yo lo mesmo? Conviértete, pues, alma mía, a tu holganza, pues solo en tu Dios y Señor hallarás descanso y verdadero reposo, como en único refugio y holganza tuya. ¿No ves los ríos cómo con grande ímpetu corren al mar? La causa de esto y por qué entrando los ríos no crece el mar da la Escritura diciendo que porque salen de él. Todos los ríos salen de él y vuelven al mismo mar, para tornar otra vez a correr. Todas las cosas corruptibles, infatigablemente van a corrupción, porque de corrupción tuvieron principio; porque la generación de las cosas procede de corrupción, y la generación de una cosa es corrupción de otra.

Pues si los brutos animales y las cosas que carecen de sentido, con impetuoso y arrebatado aceleramiento se dan priesa a ir al lugar de donde vinieren y corren al principio de donde salieron y tienen su origen, mirad, ¡oh hombres mortales!, y considerad a la cueva del lago de donde procedisteis. De sólo Dios procedió vuestra ánima; de sólo aquel piélago inmenso salió el arroyo de vuestra alma, a la cual amó tanto después que la crió, que no dudó de dar el precio y tesoro infinito de su sangre en su redención, perdiendo la vida por darle vida. Pues ¿por qué no va corriendo a él?

¡Oh Criador de nuestras almas! ¡Oh Redentor y reparador de ellas! ¿Y qué podrá el hombre, miserable y pecador, hacer por ti, habiéndole prevenido con tantas mercedes y amándole tan grandiosamente? Amásteme, Señor, eternalmente; con amor infinito me seguiste y buscaste estando perdido y con esclarecidas obras me captivaste, y véome agora tan captivo de tu amor, que más quiero este captiverio que la libertad de los pecadores, porque mejor es estar un día en los portales de tu casa gozando de una pequeña parte de tus espirituales y suaves consolaciones, que millares de deleites mundanos.

MEDITACION LXVI

Cómo nos ama Dios en particular

De tal manera nace el sol general y universalmente para todos, que alumbra en particular a cada uno que quisiere aprovecharse de su luz. ¡Oh claro sol de justicia, que

[4] Act. 17, 28.

naces, como dijo un profeta, para todos los que temen tu nombre; resplandor de la gloria y figura de la substancia del Padre, blancura de luz eterna y espejo sin mancilla, que así quisiste venir del cielo a la tierra y, naciendo de la Virgen, morir por todos nosotros en común, que redemiste a cada uno en particular y moriste por mí, como si no hubiera otro hombre en el mundo sino solo yo.

Amando a todos, me amaste a mí muy en especial, porque el amor espiritual entonces es más particular de uno cuando es a todos común, ni por participar muchos es disminuído, cuyo fruto es uno y todo él se halla en cada uno. Así, particularmente, Señor, me amas a mí, pues ninguna cosa amas sin mí, y de tal suerte estás en cada uno como si estuvieses en todos, ni darías a otro mayor afecto de amor, ni a cada uno en particular, si amases a cada uno sin participar de aquel amor todos los otros. Pues amar a muchos y hacerles bien no deroga al particular y singular amor que me tienes, porque en todos me amas a mí, ni amas cosa alguna sin mí. No temas tampoco, ánima mía, que el ánimo del Señor se distraiga amando a muchos, y que por eso, ama menos en particular a cada uno, aunque te parezca que está partido y dividido en todos. Amando a todos, únicamente ama a cada uno en singular como si sólo él fuese el amado.

Nadie debe amar únicamente sino a ti solo, único Señor y Dios nuestro, ni otro alguno puede amar a todos únicamente sino sólo tú. Todos nos debemos amar en uno, pues amamos a uno para que, con el amor del que es uno a todos, seamos una cosa. Este amor es uno a cada uno y no es particular: es solo, y no es solitario; participase, y no es dividido, común y singular; a todos es singular, y singular a cada uno. Participándose, no se disminuye, ni con el uso se gasta, ni con el tiempo se envejece. Es antiguo y nuevo; al afecto, deseable, y a la experiencia, dulce. Eterno en el fruto y lleno de jocundidad, recrea y harta y nunca engendra hastío. A todos ama el Señor en común y a cada uno en particular. Proveíste, Señor, que no hubiese alguna cosa en que me pudiese gloriar en particular, porque lo que me diste en singular fué común por amor. Bienes comunes son la luz del sol, el aire y elementos. Bienes especiales, que son dados no a todos, sino a algunos, son fe, sabiduría y ciencia y otras cosas semejantes. Bienes singulares son los que se dan a cada uno en particular, como a San Pedro el principado de la Iglesia; a San Pablo, la predicación de las gentes, y a San Juan, el singular privilegio de amor.

Considero, pues, Dios mío, lo que recebí común con todos, y lo que recebí en especial con algunos, y las cosas

singulares que a mí solo diste. Amote con todos, pues me hiciste participante de los bienes de todos, y ámote más que muchos, pues me diste muchos dones singulares que no diste a muchos. Muchos hay que no fueron tan amados como yo ni recibieron tantos bienes. No presumo de los bienes que no tengo, ni dejo de dar gracias por los que tengo. Porque por eso me diste, Señor, estos bienes, porque los tenga siempre en la memoria y no me olvide de amarte, pues la ley del agradecimiento me obliga a darte todo el amor que puedo, pues singularmente me amaste. Cuando miro, Señor, el particular cuidado que tienes de mí y las misericordias sin cuento que en cada hora y momento haces conmigo, no parece sino que, olvidado de todos, solamente te ocupas conmigo y que no entiendes en otra cosa sino en inspirarme, llamarme, regalarme, ampararme y hacerme innumerables mercedes de continuo, sin nunca cesar ni cansarte.

Siempre te hallo presente para ayudarme, aparejado y a punto para defenderme; dondequiera que me vuelvo, no me dejas; dondequiera que voy, de mí no te apartas, y en todo lo que hago, te hallo presente y eres mi ayudador en todos los bienes que hago. Y sin estos bienes singularmente a mí concedidos, que asombran el entendimiento cuando los quiero considerar, hicísteme participante de todos los dones comunes que diste a los otros, dándolos también a mí, pues lo que a los otros diste, fué también para mi servicio y provecho. Porque si criaras a mí solo en el mundo, ¿dónde estuviera la conversación dulce de los hombres? ¿Qué hiciera yo solo en el mundo? Todo lo que criaste, Señor, lo hiciste para mi servicio y regalo y para que tuviese una jocunda conversación y urbanidad como criatura racional y conversable. No sólo las cosas que a mí me sirven, pero también aquellas cosas que son necesarias a los que me sirven, todas son dadas a mí y sirven a mí.

Y si te parece, ánima mía, que no muestra en esto el particular amor, pues es común a todos y aun a muchos hizo más particulares mercedes que a ti, no te debes turbar aunque en el uso de las cosas temporales sean los buenos y los malos de una misma condición. Los malos no viven por amor de sí, sino por amor de los buenos. Porque como las bestias no fueron criadas por amor de ellas, sino por amor de los hombres, así los malos no viven por amor de sí mismos, sino por amor de los buenos. Y como la vida de los malos sirve para el provecho de los buenos, así todas las cosas que sirven a los malos son para el mismo efecto.

Quisiste, Señor, dar estos bienes temporales a buenos

y a malos; porque entiendan los buenos que tienes para ellos otros bienes mayores y mejores, porque si a sólo los buenos los dieras, pudieran pensar que con sólo esto les hicieras pago. No creyeran los buenos que tenían otros bienes mejores si no vieran que a buenos y a malos se daban los de la tierra. De manera, Señor, que no sólo las cosas que criaste en especial para mí son buenas para mí, mas aun también todos los hombres son buenos para mí, y si los hombres son buenos para mí, también todas las cosas que sirven a ellos van enderezadas para mi servicio.

Los buenos son útiles para mi conversación y compañía, y los malos me son provechosos, porque me ejercitan en la virtud. Ninguna cosa criaste que no sea para mi provecho y todo redunda en mi utilidad y servicio. No permitieras, Señor, males en el mundo si no pensases sacar de ellos algunos bienes, y aunque los malos sean para sí dañosos y malos, para los buenos son útiles y provechosos. Es con su persecución conocida la bondad, la virtud afinada, ejercitada la paciencia, las costumbres se enmoldan y fabrícase la corona en el cielo.

Por lo cual, Señor, así los hombres malos como los buenos y todo lo demás que tus divinas manos fabricaron, criaste para mi provecho, así generalmente amas a todos, que a mí en particular amaste en los bienes que a los otros diste, por lo cual, por todas vías y maneras, véome cercado de innumerables beneficios. ¿Pues qué te daré yo, Dios mío, por tantos dones? ¿Qué podré yo hacer en satisfacción de tan grandes y soberanas mercedes como he recebido de tu mano? Mándasme que te ame y con sólo esto te contentas. Pues tan singularmente me amaste, amarte he, Dios mío, únicamente y a ti solo singularmente, y a las otras cosas, en ti, y por ti, y solamente por amor de ti, porque todos mis deseos, afectos y voluntad vayan enderezados en solo tu santo amor, como en único bien y refugio mío.

MEDITACION LXVII

Del vínculo indisoluble del amor de Dios

Tanto nos amaste, Señor y Dios nuestro, que porque no pudiésemos huir de ti, como al principio lo hizo nuestro primero padre Adán, tuviste por bien de ayuntar a ti

mismo nuestra humanidad sin que se pudiese apartar de ti. Todo esto está lleno de divino amor, y están aquí encerradas grandes riquezas de santas consideraciones. Para entender bien esto, ánima mía, has de saber que la humana naturaleza estaba muy cerca de Dios y muy allegada a él por amistad, mas por la culpa fué puesta muy lejos. ¿Pues qué hizo este grande amador nuestro? Ayuntó a sí mesmo en unidad de persona una naturaleza humana individua, un alma y un cuerpo del linaje humano y atóle consigo con indisoluble vínculo que nunca jamás se aparte ya de Dios.

Ya no puede más huir de Dios la humana naturaleza; ya su amor tiene segura nuestra compañía. En esta bienaventurada unión recibió el hombre todo lo que Dios le pudo dar, así de gracia como de honra y majestad. Todos los demás justificados fueron puestos en tal dignidad y honra por la gloria del Redentor, que de la sobreabundancia de su gracia deciende a todo su cuerpo, que es la Iglesia, todos los dones que tenemos y esperamos. ¡Bendito seas tú, Señor, para siempre, pues así quieres para nosotros el bien de tu gracia y el altísimo bien de la gloria, que nos los quieres dar por medio y mérito del que es de nuestro linaje! Bien pudieras por ti mismo de tus tesoros enriquecernos, y de manera que a ti solo debiéramos todos nuestros tesoros de gracia y de gloria, y no quieres, por honrarnos y engrandecernos, sino que haya de nuestro linaje quien sea tan rico, que pueda con sus riquezas darnos a todos heredad y frutos de salud perdurable.

Esto ordenó queriéndose hacer hombre, y era cosa conveniente que así se hiciese que pues hubo uno que a todos nos destruyó, hubiese otro que nos redimiese y reparase y comunicase con nosotros sus riquezas celestiales. Y no quisiste, Señor, hacernos esta merced por medio de alguno de tus ángeles, porque a ninguno estuviésemos obligados por título de redentor, sino a quien era Dios y hombre. Esto sintió aquel tu santo apóstol cuando dijo: *No sujetó Dios el mundo por venir a los ángeles* [1]. Soberano amor es éste, Dios nuestro y Señor de mi alma y fuego de excelentísima caridad. ¡Ay de quien no considera esta obra del Señor, como lo reprehende Isaías, y ay de aquel que no la considera en medio del fuego de tu divina caridad! ¡Ay de quien no se llega de cerca, como Moisén, a contemplar aquellas llamas de fuego que salen del pecho divino con que se quema el monte! Entra, pues, agora, ánima mía, en este horno; entra, y serás abrasada

[1] Hebr. 2, 5.

en fuego de santo amor, y considera dónde pone el Señor sus intentos, pues para venirte a visitar y darte bienes celestiales, no se detiene entre sus ángeles, mas deciende a la tierra como peregrino. Ya no me maravillaré, Señor, de ningunos otros medios que busque tu grande amor para mi salud, pues que el medio y medianero entre nosotros y tu Divina Majestad es tu unigénito Hijo en su naturaleza divina y nuestra naturaleza humana. Ya no me maravillaré que de esta piedra (porque así llama tu apóstol a nuestro Señor Jesucristo) nazcan ríos caudalosos para el desierto y que beban todos los pueblos. ¡Oh Dios mío, que de todas partes me rodea y tiene cercado tu amor, aunque sé qué cosa es amarte! ¿Cómo estoy así, hecho insensible, conociendo cuán ardientemente me amaste y viendo lo mucho que por mí heciste?

¿Por qué me lleva la vanidad del mundo tras sí, preso en cadenas de engañoso y falso amor, más que la verdad y sobrepujante amor con que tú, mi Dios y Señor, me amaste? ¿Por qué me halaga más la maldad de la criatura que la bondad infinita del criador? Y ¿por qué amo yo más mis vilezas y miserias que el amor de mi Redentor y su benevolencia?

¡Oh cuánto amaste al hombre, Señor mío, pues no sólo quisiste morir por él, mas aun visitarlo desde el cielo y estar con él en todo lugar y tratarle con tanta dulcedumbre, porque *tus deleites son estar con los hijos de los hombres!* [2] ¿Qué tiene, Dios mío, este hombre, que tan amado es de ti? ¿Qué cosa es el hombre, pues tanto lo engrandeces y pones cerca de tu corazón? Ensálzaslo y hónraslo con tu gracia, y tan puestos tienes los ojos en él y tan dentro de su corazón pusiste tu corazón, que diste a su naturaleza humana trono de gloria sobre todos los coros angélicos. Por cierto, no hay en el hombre cosa digna de la menor de estas mercedes, mas de balde somos de ti tan perfectamente amados.

¡Oh Dios mío, cómo no nos mandas que muramos cada día por ti y por tu honra, pues tú, Señor y Redentor mío, siendo quien eres, con tan excelente amor moriste por nosotros en una cruz! ¿Qué podré yo hacer en tu servicio y con qué fuerzas de caridad me podré emplear en amarte que no me halle vencido de ti en amar? Tenga empacho mi corazón y hínchase de vergüenza mi alma; no ose levantar los ojos al cielo, morada muy digna de mi Dios; átese mi lengua y péguese a mi paladar, pues que soy desagradecido a tan buen Dios, que así me amó y quiso bien. La paga con que he satisfecho tan gran deuda

[2] Prov. 8, 31.

de amor es ofendiendo de día y de noche a tan buen Dios y Señor, viendo, clementísimo rey del cielo, que con amor tan estupendo y maravilloso me amabas. Salgan fuentes de lágrimas de mis ojos y nunca cese de gemir mi corazón, pues aun después del conocimiento de mi salud, así la menosprecié y locamente troqué la suma verdad por la mentira y vanidad de las cosas presentes y transitorias.

Amándonos, Señor, nos diste todos los bienes que tenemos, sin los cuales fuéramos pobres y miserables, y nosotros, amando a tu divina bondad, ningún bien te añadimos, porque tú eres mi Dios y no tienes necesidad de nuestros bienes. Porque si es verdad, como lo es, que de todos los bienes del alma de tu unigénito Hijo y Señor nuestro Jesucristo, que son más y más excelentes que todos los del cielo juntos, no tienes tú necesidad, como ese mismo Redentor lo confiesa, ¿cuánto menos lo ternás de todos los bienes y servicios de los ángeles y de los hombres, que son mucho menores? No te detengas, pues, agora, alma mía, en amar a quien tanto te amó, y si es tanta tu dureza que tienes por trabajo amar a tu Dios de todo tu corazón y sobre todas las cosas, después que comenzares a amar, ternás por cosa más trabajosa y pura dejar de amar, siendo gustado de la dulzura de la conversación del Señor, de lo que tuviste al principio por penoso: dejar tu proprio amor por el amor de tu Dios. La Escritura dice que *es suave, Señor, tu espíritu* y más dulce que la miel.

Mira que dice el Apóstol: *Que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni llegó a corazón humano lo que tiene Dios aparejado para los que le aman*[3]. Aparejaste, Señor, estos inestimables bienes de tu gloria para que se embriaguen con la grosura y abundancia de tu casa, según que lo cantó el Salmista: *Como arroyo de deleites entrará por su boca, aparejaste en el monte de la eternidad un convite grueso de manjares delicados. Aparejaste para que entren en el gozo de su Señor*[4]. ¿Qué cosa hay más alta que ésta? ¿Qué cosa mayor ni más subida se puede pensar ni imaginar? Y pues tú, Señor, con vínculo insoluble fuertemente y sin quebrar las ataduras del amor tan esclarecidamente y verdaderamente me amaste y con tan fiel y firme amor, muy justo es que yo también te ame con esta perseverancia y constancia, pues tan fuerte amor como ése, con firme amor merece ser pagado.

---

[3] I Cor. 2, 9.
[4] Ps. 35, 9.

MEDITACION LXVIII

Cómo el amor de Dios es vínculo de perfición

Tiene el amor virtud de ayuntar y transformar. Es semejante al fuego que se ayunta con el hierro, y se entra por sus poros y venas hasta que lo transforma en sí, de manera que aunque hay verdadera substancia de hierro está transformado en el fuego, y sus obras, más son de fuego que de hierro. Así es el amor, que de tal manera ayunta a los que ama, que los transforma. Hallamos esto más altamente verificado en ti, Dios nuestro y Señor nuestro, pues tu amor te ayuntó a lo que mucho amabas, sin detrimento alguno de tu divinidad y sin que se consumiese nuestra humanidad, allegada tan de cerca a ese divinísimo fuego, de quien dice la Escritura: *Dios es fuego que consume* [1].

Es tan grande este amor que nos tuviste, que pudo ser hecho un ayuntamiento tan admirable y celestial como es el que hay entre ti y el hombre. Mas de tal manera fué ayuntada aquella santísima humanidad contigo, que todos los otros individuos humanos no fuimos ayuntados a ti en unidad de persona, aunque recebimos honra y dignidad, y tanta, que por eso te llamas segundo Adán, porque por la comunicación que tienes de nuestra naturaleza, así enriqueciste a todos suficientemente de honra y gloria, como en Adán fuimos todos condenados. De manera, Señor y Dios nuestro, que moraste en todos por la asunción de uno solo, y por ti, hecho hombre de nuestro linaje y de la misma carne y huesos y ánima racional que nosotros somos, nos vino aquel altísimo bien que está escrito: *Yo dije: dioses sois y hijos del muy alto* [2].

Mereció aquella humanidad nuestra, ensalzada en ti, que todos subiésemos a semejante espiritual ayuntamiento contigo, para que se hallase esta razón de amor también en nosotros, aunque no dentro de aquel grado que hay en ti, en quien hay real unión de la humanidad con la persona y supuesto del verbo divino. Para ayuntarnos contigo, Señor, que es el fin de tu amor, ordenaste muy eficaces y excelentes medios, conviene a saber: siete Sacramentos llenos del fruto y gracia tuya.

---

[1] Deut. 4, 24.
[2] Ps. 81, 6.

Mira, pues, agora, ánima mía, en qué jardín tan lleno de flores y rosas coloradas, llenas del rocío del cielo, entras, plantado dentro de aquel huerto cerrado que es la Iglesia, el cual tanto alaba el esposo en los Cantares. Recoge un manojo y guárdalo en tu seno. Mira, si tienes sed, a qué fuente de todas las gracias y misericordias has venido, para que bebas en grande abundancia, y oye a un profeta santo que dice: *Todos los que tenéis sed, venid a las aguas, y los que no tenéis dinero, comprad y comed* [3].

Mira si tienes hambre a qué mesa eres convidada, donde el manjar es tu Dios y la bebida su muy preciosa sangre, y oye a la Sabiduría, que dice: *Venid y comed mi pan y bebed el vino, que mezclé para vosotros* [4]. Mira cómo, aunque parece desierto, está lleno del maná del cielo, lleno de todo deleite y sabor de gracia y gusto de gloria. Como conviene, Señor, a tu divina providencia proveer a cada uno conforme a la condición de su naturaleza, y nosotros no recibamos algún conocimiento en el alma sino por medio de nuestros sentidos exteriores, fué cosa conveniente que fuésemos enseñados de los misterios divinos mediante estas señales exteriores, y así nos comunicas tu gracia mediante los Sacramentos que instituiste, que son señales sensibles y eficaces de tu gracia. Y porque dejando a tu Divina Majestad nos sujetamos a los elementos del mundo, convenía que aquella medicina fuese remedio de nuestra enfermedad, conviene a saber: que por el mandamiento de Dios estuviésemos sujetos a estos elementos y domásemos de esta manera nuestra soberbia debajo del yugo de la fe.

Era también cosa decente que la religión cristiana no estuviese ociosa, y así era razón que cada día nos ejercitásemos en tan nobles cerimonias de sacramentos. Estos son los medios excelentísimos que tu eterna sabiduría ordenó y estableció para que por medio de tan altos sacramentos, como con siete cuerdas de amor, en caridad perpetua juntases a ti nuestras almas con fuerte vínculo de perfición. Como juntaste a nuestra humana naturaleza contigo con indisoluble vínculo de unión, movido por sola tu caridad y amor infinito que nos tuviste, así quieres juntar nuestras almas contigo por caridad, la cual, como dice tu santo apóstol, *es vínculo de perfición* [5]. Es virtud el amor que junta a los amados, y así, en el misterio de tu encarnación santísima, en la cual nuestra humanidad fué ayuntada contigo en unidad de persona por tan excelente

[3] Is. 55, 1.
[4] Prov. 9, 5.
[5] Col. 3, 14.

manera, que mora en ti, hecho hombre, la plenitud de la divinidad, esencialmente no dividida ni con mezcla alguna.

Este efecto, en su manera, se halla también en el amor santo que los justos te tienen; porque los ayunta a ti espiritualmente, no trayéndote otra vez del cielo a la tierra como entonces veniste, mas llevándolos allá y ayuntándolos contigo. *El que se allega y ayunta por amor con Dios,* dice la Escritura que *se hace un espíritu con él* [6]. Así como el fuego va lanzando fuera la humedad del madero con su calor y no cesa hasta que los transforma en sí, de esta manera, el divino amor, con su calor y virtud, va lanzando la humedad de nuestra concupiscencia y culpa y no cesa, no embarazándolo y estorbándolo nosotros hasta que nos transforma en ti y deifica, ayuntándonos contigo, de manera que sin confusión, ni composición, ni crecimiento tuyo nos hace un espíritu contigo. La diferencia, pues, que hay en aquellas disposiciones primeras que el fuego va introduciendo en el madero, lanzando de él las contrarias y haciendo lugar donde quepa su perfecta forma y entre esa misma forma de fuego, esa misma diferencia hay entre estas dos maneras de unión que hace el amor.

Ciertamente, Señor, que todo el amor que la criatura te tiene desde acá es como un calor que la va disponiendo para que entre aquella llama vivísima de la caridad en que tiene de arder, ayuntada en aquel fuego sobresubstancial que eres tú, mi Dios, porque así te llama la Escritura. ¿Qué otra cosa es amor sino una vida que ayunta dos cosas o pretende ayuntarlas, conviene a saber: al que ama y al amado? No está mi ánima más perfectamente en el cuerpo donde anima que donde ama, si por ventura no quisiere alguno decir que está más y más perfectamente donde está atada como en cárcel que donde con alegría y voluntad grande volaría a reposar. Ciertamente, donde está nuestro tesoro, allí está nuestro corazón, y como tú, Señor, seas el tesoro de los que aman, en ti tienen su corazón los buenos y a ti están allegados y ayuntados.

Ayúntanse contigo desde la tierra, y aun muchas veces se ve en tus grandes amigos que, ayuntándose a ti con afecto y deseo, quedan tan insensibles a toda obra humana, que hechos varones extáticos, abiertos los ojos, no ven, y heridos, no sienten, y sin manjar, no tienen hambre, y caminando largo espacio de tierra, no lo conocen, y volviendo después a las cosas humanas, traen sus pechos llenos de riquezas y gracias tuyas. Es de tantas

[6] I Cor. 6, 17.

fuerzas este santo amor, que no sólo da esta unión que more el hombre contigo desde la tierra y hable y trate con tu majestad divina, mas aun le ayunta con el amado, sin que el uno y el otro dejen de ser, y sube al hombre, que tenía ser humano, al ser divino, y súbelo a tu gloria y inmortalidad y tranfórmalo contigo.

De tal manera se hace esta unión contigo desde la tierra, que ya comienza el ánima y aun el cuerpo por su comunicación a sentir la dulcedumbre y suavidad de tu gloria a quien está llegada. *Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así desea mi alma a ti, mi Dios* [7].

Sube con afectos y deseos a ti, mi Dios, y en esta unión de amor y vivos deseos, mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. Sintió mi ánima el toque espiritual que le diste y fué llena de alegría, como se alegran los que mucho se aman cuando se encuentran con la vista. ¿Quién podrá decir ni declarar cuán grande es tu dulzura y contento que das a mi ánima, pues aun hasta al cuerpo se comunica su alegría y regalo? Bienaventurado el pueblo que sabe la jubilación y alegría que hay en esta unión espiritual contigo. [En] esta unión de afecto y amor oye el ánima la voz de su esposo y amado y se hace blanda como cera: *Luego que me habló mi amado, se ablandó y derritió con muy casto amor mi ánima* [8].

MEDITACION LXIX

De los bienes que proceden de este vínculo de amor

Siendo tan poderoso el amor que ayunta a los amados uno con otro, necesariamente ha de haber comunicación y participación de bienes de una parte a otra. ¿Quién dirá, Señor, las riquezas que das a mi ánima cuando se llega a ti por vínculo y atadura de santo amor? Podré en alguna manera decir algo de los gustos espirituales que siente mi corazón cuando se llega a ti, haciendo semejanza y comparación de los bienes de que goza mi cuerpo con la unión y presencia del alma, aunque algo semejante, pero en mucho muy aventajada y diferente.

Muy enriquecido veo a mi cuerpo cuando está a él ayuntada el alma. Gozan los ojos de ver la claridad y luz

---

[7] Ps. 41, 1.
[8] Cant. 5, 6.

del cielo, sol y luna, estrellas, prados verdes y campos floridos. Recréase el gusto con la diversidad de sabores; el oído, con los sonidos y acordada música, y así los otros sentidos. Vive el cuerpo, crece y goza de la vida con la presencia del alma, según la cual se menea, anda y vive. Pues si tantos bienes da el alma al cuerpo por estar ayuntada con él, ¿cuánto mayores riquezas celestiales y espirituales tesoros recibirá mi ánima ayuntándose a ti, Señor, por vínculo de amor? Ciertamente en esta dichosa conjunción que hace el amor entre mi ánima y entre tú, mi Dios, recibe bienes sin cuento y muy gran parte de tus bienes; con seguridad, si perseverare en tu divino amor, que será después levantada a gozar de tu gloriosa vista en el cielo.

Darás a mi ánima fuerza de ojos con que pueda ver tu divinidad y gozar de ella conforme a como fuere el amor. En esta unión espiritual que hace el amor, se llega el ánima a gustar la dulcedumbre en su fuente y después beberá de los caudalosísimos ríos de tus deleites divinos. Y si más adelante quisiere pasar con esta consideración estando en el ejemplo puesto, hallaré que aquí hay causa y materia de muy excelente amor tuyo. Veo, Señor, que no sólo comunica el alma al cuerpo a quien está ayuntada sus riquezas, mas aun después de junta con él, recibe de él sus deleites y alegría, gozando el alma de los placeres de su cuerpo.

¡Oh Dios mío, bondad soberana, salud infinita y fuente eterna de gloria que nunca se ha de acabar, ¿por ventura erraré mucho si dijera que en esta santa unión que hay entre vos y nuestras almas hay participación y comunicación de los bienes del uno al otro? Bien veo, Dios mío, que no tiene el hombre qué darte, alguna alegría o recreación, como el cuerpo humano no tiene qué dar al alma antes que a ella se ayunte, mas también sé que dice de tu divina clemencia la Escritura que *son tus deleites morar con los hijos de los hombres* [1]. Como los deleites de nuestra alma son haber ennoblecido y vivificado su cuerpo y gozarse en los bienes que le da, así se entiende que son tus deleites morar con los hijos de los hombres; esto es, darles vida, y gracia, y hermosura de virtudes; y deleitarte en ellos es holgarte de haberlo hecho.

No hay de mi parte cosa en qué darte alegría, mas tú, Señor, plantas en mi alma los jardines espirituales y los riegas con el agua de tu gracia para recrearte y deleitarte en ellos. Todo esto se sigue de ayuntarse nuestra

[1] Prov. 8, 31.

ánima contigo por verdadero amor, y así participa llegándose al fuego del calor de tu infinita caridad y bondad, y estando cerca de tan inestimables riquezas, es remediada su pobreza y vestida su desnudez y toda deificada y transformada en esa gloria de infinita majestad y perdurable hermosura.

Bendito seais, Señor, para siempre, pues en la tierra me diste tanto bien, que verdaderamente por el amor somos ayuntados a vos y vivimos en vos y vos en nosotros. *El que me ame*—dice Cristo—, *yo le amaré y mi Padre le amará, y vernemos a él y moraremos en él*[2]. Cuando oigo morada, considérola como la que hace mi alma estando en el cuerpo cuando está con él ayuntada. No porque seas tú, Señor y Dios nuestro, forma del cuerpo o le animes, como lo hace nuestra ánima cuando está en él, mas porque verdaderamente moras en los que te aman, ayuntado espiritualmente con ellos. Como el cuerpo con la presencia del alma es hermoso, y la hermosura que tiene recibe de la asistencia de ella, así, Señor, toda la hermosura de mi ánima depende de tu presencia, con la cual es hermosa como la luna, escogida como el sol y terrible y espantosa a los enemigos como escuadrón bien ordenado. ¿Qué hermosura y perfición terná aquella que tiene en sí misma al que es fuente de hermosura y suma de todas las perficiones? ¿Qué puede ganar estando tú en ella sino bienes sin cuento? Y ¿qué tal queda el cuerpo sin alma y cuando de ella se aparta sino cubierto de fealdad horrible, amarillo y sin conversación y vida?

¡Oh vida de mi alma y Dios de mi corazón, que con tu ausencia no es mi ánima sino abismo de fealdad, infernal confusión, tiniebla de Egipto, piélago de miserias y retrato de todos los males del mundo!

Como tu presencia es vida, alegría, hermosura y todo deleite y honra, así tu ausencia es muerte, tristeza, fealdad, tormento y vituperio para ella. Viniéronme todos los bienes juntamente con tu venida, y honestidad innumerable por tus manos. Con tu presencia tiene mi ánima fuerza y virtud para resistir a todos los males, y sin ella, de cualquier mal es vencida y, con pequeña ocasión, caída y derribada.

¿De dónde viene que es tan flaco tu santo amor en nuestros corazones? ¿De dónde viene la flaqueza de nuestro cuerpo? De falta de mantenimiento o de no retener el estómago el manjar que recibe. De aquí procede que tan enferma y flacamente te amamos, Señor, y tan fácilmente caemos de tu caridad, porque no comemos, y si

[2] Ioan. 14, 23.

comemos, luego lo vomitamos. No levantamos nuestra consideración a la contemplación de tu bondad infinita; no miramos a tu santo amor y esclarecidas obras, y si algunas veces las entendemos, ahogan luego los cuidados de este mundo, los deseos de la carne y soberbia de la vida aquella centella de fuego que se había prendido en nuestros corazones.

¡Oh qué celestial alegría se halla en ti, Señor, cuando miro cuán excelentemente me amaste y cuánto me quisiste! Será esta alegría tan dulce, que aunque su gusto se pase, pasándose a aquel dichoso tiempo en que el alma es admitida a aquel tan glorioso conocimiento, queda después tan viva la memoria, que despierta el corazón para que vuelva a buscar esta puerta y anímase y esfuérzase a que persevere llamando.

MEDITACION LXX

Cómo el amor de Dios es deleitable

¡Oh cuán grande es, Señor, la multitud de tu dulzura, la cual escondiste para los que te temen! Injuria se haría a la suavidad de los gustos espirituales que das a mi ánima en quererlos explicar con palabras, pues todas faltan para decir el menor de tus deleites. ¡Oh cuán suave es, Señor, tu espíritu en nosotros! Destilarán los montes dulzura y los collados derramarán leche. Conforta, Señor, este tu santo amor el espíritu, deleita el gusto, recrea el alma y su dulzura y deleite así trasciende y sobrepuja a todo lo criado, que hace olvidar a cuanto puede dar contento encima de la tierra. ¡Oh cuán grande es la vanidad y locura de los que aman las abominaciones y torpezas de los deleites sensuales, por los cuales dejaron los gustos celestiales y tus divinas consolaciones! ¡Oh miserables y desventuradas criaturas, que desamparáis el maná del cielo por los ajos y cebollas del Egipto! No sé cómo es posible, Señor, que estos carnales hombres dejasen a ti, fuente de aguas vivas, conociendo la dulzura de tu santo amor, deleitándose en las hediondeces de sus feos y torpes deleites. Huelgan en sus vanidades del mundo, porque no tienen experiencia de cuán dulce es y deleitable tu conversación.

Una de las cosas que a mí me hace espantar mucho del pecado del rey David es detenerse tanto tiempo en

la inmundicia de su pecado, habiendo antes de su culpa experimentado cuán dulce y suave es tu divina consolación. Que un rústico, criado con viles y groseros manjares, guste de ellos y le sepan bien y alabe el tal mantenimiento, no es de maravillar, porque se crió con aquellas viandas y no comió los manjares que se sirven en las mesas de los príncipes. Pero si un príncipe, hijo de un gran rey, criado con excelentísimos mantenimientos, gustase de los manjares toscos y viles de los rústicos y pobres pastores y despreciase por éstos la mesa de su padre, sería cosa de grande admiración.

¡Oh dulzura de mi vida, manjar deleitable y mesa opulentísima de mi Dios!, que yo no me maravillo que los hombres carnales y mundanos que gastaron toda su vida en servir a sus apetitos se deleiten en los viles y groseros manjares en que han vivido; pero mucho me espanta que un hombre tan espiritual como David, con quien tanto te comuniscaste y que tanto había gustado de tus deleites divinos, hallase gusto en tan abominables y pestilenciales torpezas. Alcancé, como otro Jonatás, con la punta de la vara, un poco de miel, gusté de ella y fueron alumbrados mis ojos. Con una centella de la lumbre y conocimiento que en mí pusiste alcancé un poco a conocer cuán dulce eres, Señor, y después que gusté de tu conversación, abrí mis ojos para conocer cuán grande es tu dulzura y cuán amarga toda mundana consolación. En viendo Rebeca las vistas de la casa de Abraham, luego despreció y aborreció a su tierra y parientes.

¿Por qué, Señor, dejan los hombres tu santo amor por los amores del mundo? ¿Por qué, Dios mío, gustan de los manjares de este siglo y tienen por dulces el acíbar y hieles de los deleites sensuales? Porque no llegaron a conocer cuán suave es, Señor, tu espíritu y cuán grande la dulzura de tu excelentísima conversación. Antes, Señor, quiero y te suplico que des conmigo en perpetuas llamas infernales, que permitas que dejando a ti, mi Dios, que eres limpieza y hermosura infinita, ponga yo mi amor en la fealdad y torpeza de las bestias. ¿Qué es esto, Señor, pues con tanta injuria tuya, habiéndonos amado tan grandemente, ponemos nuestra afición en los deleites y alegrías presentes?

¡Oh quién tuviese todas las lenguas de los ángeles y de los hombres para poder hablar contra esta grande maldad nuestra! Cuántos hay que, dejando tu extremada hermosura y tu sobrepujante y eminente amor que nos tienes, se han convertido a la miserable servidumbre de los deseos y pasiones de ignominia, hechos esclavos de su sensualidad. Aman estos malaventurados la fealdad de

la sensualidad, despreciando tu hermosura infinita, y aman los deleites presentes que se deslizan entre las manos y no pueden ser detenidos, teniendo en poco aquellas purísimas alegrías que hay en tu santo amor, las cuales no se pueden acabar. Aman con ojos ciegos lo que es amargo y lo que es fuego castigado con nueva pena, teniendo por dulce lo amargo y juzgando que las tinieblas son luz.

¡Oh Señor, y quién pudiera abrir los ojos a estos ciegos y quién les diera conocimiento de su grande mal! Esta es aquella grande queja que tiene tu santo profeta Jeremías, diciendo: *Pásmense los cielos y entristézcanse sus puertas con gran congoja, porque ha hecho mi pueblo dos males muy grandes. Dejaron a mí y despreciáronme, fuente de agua viva, y cavaron para sí y para sus contentos unas cisternas destruídas, que no pueden detener el agua que entra en ellas* [1]. Mucho sientes, Señor, este desacato, pues convidas a que se vistan de luto los cielos que tú criaste con tanta hermosura y resplandor y quieres que sientan y lloren un mal tan grande como es desechar la fuente perennal de suma dulzura y suavidad por los deleites de la sensualidad y amargos tormentos, que son unas cisternas hediondas cuyas aguas no pueden ser detenidas, sino que luego se van corriendo, y corren sus amadores tras esta vanidad y no la pueden alcanzar ni ver su rostro. Confiésalo, pues, ánima mía, no lo niegues; razón es que seas convencida de la verdad. ¿Cuándo pudiste tener una de tus alegrías que no se fuese huyendo? ¿Cuándo no fué más el penar por su deseo, y la tristeza de la huída, que lo que te alegraste cuando vino? ¿No ves triste, abominable y feo el rostro de sus deleites? Oye a la esposa en los Cantares, y serás desengañada de tanto mal como te tiene ciega: *Mi esposo es como el camueso entre los árboles de los montes* [2]. Los árboles de los montes son zarzas, robles, hayas y encinas, sin fruto, sin suavidad y sin mantenimiento para el hambriento que quiere comer fruta, y cuando mucho, hay unas bellotas, que es manjar de puercos. Todos estos deleites temporales son semejantes a los cardos, zarzas y espinas. Aunque tengas un monte de los deseos que deseas dar a tus apetitos, no hallarás dulzor ni alegría, porque menosprecias el camueso suave, oloroso y sabroso y cargado de fruta, dejando el divino amor de tu esposo, Jesucristo, más suave y puro que los cielos.

¡Oh locura extremada, Señor mío, la de aquellos que

[1] Ier. 2, 13.
[2] Cant. 2, 3.

en su hambre y necesidad dejan de extender la mano al camueso y van a buscar fruto y regalo entre las espinas. Nunca tú permitas, Redentor mío, que en la hambre que yo tuviere de deleites deje el fruto dulcísimo de tu santo amor y lo vaya a buscar en mi sensualidad, de donde no cogeré otro fruto sino corrupción. Lo que sembrare el hombre, aquello cogerá: el que sembrare en el campo de la carne, cogerá corrupción, y el que sembrare en el espíritu, cogerá fruto de vida eterna.

Grande es, por cierto, Señor, tu amor; pues en tanto nos estimas, que dices ser tus deleites morar con los hijos de los hombres. ¿Pues qué maldad es esta mía, y tan grande, que no tenga yo por mis deleites a ti, mi Dios y Señor, teniéndome tú a mí por deleites tuyos? Tú, que eres inmortal y glorioso Dios, dices que tienes al hombre, corruptible y mortal, por tus deleites y, morando en trono de majestad y gloria con deleites y complacencia, deciendes al corazón del hombre en el valle de lágrimas y tinieblas; y todo lo desprecia el hombre y no pone sus deleites en ti ni en tu santo amor. ¡Ay de mí, que contra mí hablo y contra mi grande desvarío, pues dejando a ti, hermosura y gloria infinita, busqué, con injuria tuya, a las falsas alegrías del mundo y aun con su acíbar no me desengañaba!

Convierte, Señor, a ti a mi errada voluntad, para que no sólo te ame como debo, mas aun también para que con gran hervor repare los yerros pasados y redima el tiempo perdido. ¡Ay del mundo y de todos sus amadores, que dejan de amar a tal Dios, que tanto nos amó y que tanto hizo por nosotros! A ti solo, Dios y Señor nuestro, debemos dar nuestro verdadero amor, porque no somos deudores de la carne y sangre para que la paguemos con darle sus deleites, antes nos debe muchas culpas. Acábense ya las vanidades, ánima mía; vuelve a buen sentido y conocimiento y mira cuánto amor debes a Dios y cuán segura y derechamente caminas a la vida eterna por el camino del amor de tu Dios. Oye a la Sabiduría, que a grandes voces reprende, llamando locos y niños sin juicio a los que aman las cosas que tanto nos dañan. Oye a Dios vivo, que te manda que le ames con todo tu corazón y con todas tus fuerzas y virtud, y mira cuántas cosas te obligan a ello y cuán glorioso será tu premio.

MEDITACION LXXI

Cómo el amor de Dios es don del cielo

Tu santo amor, don soberano es que deciende del cielo, como don muy bueno y perfecto del Padre de las lumbres, en quien no hay mudanza ni sombra de mudanza, y lo infunde en nuestras almas y lo da a quien quiere. Este es el mayor de todos los dones, don sobre don, el cual no se da sino a los amigos y él mismo es el don del amor: y a los que me aman, dice él que yo amo.

¡Oh preciosa margarita, la cual el que la halla vende todas las cosas por comprarla! ¡Oh prestantísimo tesoro, el cual el que le posee, aunque carezca de todas las otras cosas, es rico, como el que de él carece, aunque abunde de todas las otras cosas, es pobre! Verdaderamente, aunque dé el hombre toda su substancia por el amor, en nada lo debe tener todo, porque bienaventurado es, Señor, el que vos enriqueciéredes con vuestro amor. Esta es la fuente propria con la cual no comunica el ajeno; ésta es la vestidura de las bodas, la cual, el que no estuviere atado de pies y manos, será lanzado en las tinieblas exteriores; ésta es la cobertura que dijo el apóstol San Pedro, con que se cubren la multitud de los pecados; ésta es la sacra unción que nos enseña todas las cosas; éste es el fuego que trajo Dios a la tierra y que no quiere otra cosa sino que arda.

De lo alto—dice un profeta—*envió fuego sobre mis huesos, y enseñóme* [1]. Desde el cielo se envía este fuego, que no sale de la tierra y es don soberano de mi Dios, y por eso, ¡oh buen Jesús!, pues me mandas que te ame, dame, Señor, que te ame. Dame lo que me mandas y mándame lo que quisieres. Porque aunque es a mí cosa muy alegre y deleitable amarte, Señor mío, este tu santo amor es sobre mis fuerzas, sobre mi poderío y sobre mi naturaleza, y esta dilección y amor que buscas en mí, sobrenaturales, y que se ha de poseer por tu don y nuestro albedrío. Y ni por eso tengo excusa alguna sino te amare, porque el que quiere y desea tu amor, nunca se lo niegas, y, a los que le piden, lo das liberalmente. No puedo ver sin luz, mas si no viere al medio día por tener los

[1] Thren. 1, 13.

ojos cerrados, mi culpa es que no veo, y no por falta del sol, cuya luz todas las cosas alumbra.

Así es, Señor, tu santo amor, que es don soberano; que a todos alumbra y a todos convidas con él, y no lo niegas sino al que, cerrando los ojos de su libre albedrío, no quiere recebirle. ¿Quién me dará que, menospreciadas y dejadas todas las cosas, busque sólo esta margarita y ésta sola procure con todas mis fuerzas y con todo mi poder? ¡Oh mortales, oh encorvadas y inclinadas ánimas a estas cosas perecederas, vanas y vacías de las cosas celestiales! ¿Por qué tanto trabajáis y afanáis por alcanzar esto caduco, transitorio y vano, menospreciando esta margarita preciosa y de valor inestimable? ¡Cuánto trabajan los hombres, cuánto sudan y qué hacen por alcanzar un poco de ciencia que se destruye!

¡Oh si así trabajasen y buscasen, Señor, este tu don de amor, el cual cuánto mejor sea que el saber, el día último lo demostrará! En aquel juicio final, cuando con antorchas encendidas, como dice un profeta, vinieres a escudriñar a Jerusalén, mucho mejor nos será haberte amado que haber disputado muy sutiles y altas cuestiones, y más valdrá tener tu santo amor que saber todas las ciencias del mundo, careciendo de tu amor.

Y pues tanto me importa amarte que no me va en ello menos que la vida del alma y propria salvación mía, ¿por qué dejando las ocupaciones, que al dar de la cuenta ninguna cosa me han de aprovechar, no porné todo mi estudio y cuidado en sólo amarte, pidiendo con lágrimas y suspiros de noche y de día este don soberano de tu divino amor? Gasta, pues, ánima mía, los días de esta breve vida en continuas peticiones y clamores; derrama como agua tu corazón ante el trono de la Divina Majestad y suplícale te dé este don celestial del santo amor, porque, aunque no lo da sino a quien él quiere, no lo niega a quien lo quiere; ¿cómo no lo dará a quien lo pide, pues convida con él a quien no lo busca ni demanda?

Fué Nicodemo, Redentor nuestro, a verte, y sin responder a los loores que te decía, luego le dijiste lo que había de hacer para salvarse antes que él lo preguntase, convidándole con tu santo amor y bienes de la gloria. Veo, Señor, que tienes esas entrañas de amor abiertas para mi remedio y que tienes tendidas esas liberales manos para darme tu santo amor, y que ninguna cosa más deseas que ver en mí, vacío mi corazón del amor del mundo, para que, dando lugar el amor falso al amor verdadero, infundas en él tu gracia, pues ambos estos dos amores contrarios no pueden estar juntos. Pues ¿por qué, Señor, no lanzaré yo de mi alma el amor terreno, para que reine en ella tu amor

divino? Todas las cosas fueron criadas para amarte y servirte, y como el hombre es todas las criaturas, por participar de todas ellas, cuando no te ama, pervierte la orden de la naturaleza y hace que las cosas criadas no alcancen su fin, pues él te ha de pagar, Señor, la deuda del amor por sí y por ellas. Yo sólo soy el deudor, y te dejo de pagar, Señor, por mí y por ellas, pues me hiciste señor de ellas y las criaste todas para mi servicio y provecho. Así, te amaré, Señor, cuanto fuere a mí posible, aunque no como mereces ni con la perfición que te aman los santos después de esta vida en el cielo.

Isaías dice que es tu amor fuego en Sión y horno encendido en Jerusalén. Aquí vemos como con antojos y en figura, después veremos patentemente y cara a cara. Aquí es el amor fuego con humo, allá será pura llama de fuego. Entonces habrá perfecto conocimiento y perfecto amor. Es fuego aquí en Sión, que es en esta Iglesia militante; pero en Jerusalén, que es la gloria celestial, será horno encendido, donde ninguna cosa bastará a matarle.

Había en el templo un altar de fuera, donde no se quemaban todos los sacrificios, porque parte de ellos eran para el sacerdote y parte se quemaba. Pero en el altar de dentro, que era el *sancta sanctorum*, todo el incienso se quemaba. Acá, en esta vida, estando aún en este mundo, en la carne flaca no es todo puro amor tuyo, porque parte damos a las criaturas y parte a tu Majestad Divina. Mas allá, en la celestial Jerusalén, que está arriba, que es libre y madre nuestra, será nuestro amor horno de fuego encendido donde arderán nuestras almas en fuego de amor contigo, reinando perpetuamente en tu reino. Agora, Señor, amaré como pudiere, y será dándome tú fuerzas y poder para amarte, enviando desde el cielo este don soberano de tu santo amor. Quiebra, pues, muy de veras, ánima mía, con el mundo, rompe las cadenas del proprio amor con que estás atada y mira la liberalidad de este Señor, y ruégale con humildad envíe este don desde el cielo, como en otro tiempo lo envió sobre sus santos apóstoles cuando vino en llamas de fuego. Don es de Dios y merced que le hace desde lo alto; pide este santo amor como debes pedirlo, y no te será negado.

MEDITACION LXXII

CÓMO SE ALCANZA Y CONSERVA EL DON CELESTIAL DEL AMOR

No pienses, ánima mía, que por algún humano estudio, industria o cuidado se puede alcanzar el amor divino. Don es de Dios y gracia sobre toda gracia, y él lo da graciosamente. Con lágrimas y ruegos se alcanza, y no con nuestras fuerzas. No es enseñado, sino infundido; no se deprende, sino que de gracia de lo alto se recibe; y en la verdad, los que le buscan, le hallan, mas no tanto porque se busca cuanto porque es dado, y no tanto por la solicitud del que le busca, sino por la gracia del que lo da. Porque ninguno puede entrar en la despensa del vino de Dios si no fuere metido por la mano del rey, según aquello de los Cantares: *Metióme el rey en la despensa del vino y ordenó en mí caridad* [1]. Ninguno temerariamente y con atrevimiento se entre en esta despensa, mas humildemente llame primero a la puerta, porque no sufre fuerza, mas por gracia se abre a quien el rey quiere.

Aunque muchas cosas hay, Señor, que nos pueden ayudar y disponer para alcanzar este tu santo amor, y lo primero es la puridad de nuestro corazón, que principalmente nos hace idóneos y capaces de este don sobrenatural y celestial dádiva, porque cierto es que tan puro y precioso licuor no se infundirá en vasos impuros y sucios. Por amor de lo cual, según parecer y sentencia del profeta, hemos de barrer nuestros espíritus de todo polvo terrenal, porque puedan recebir en sí tan grande y tan precioso licuor.

Limpiémonos—como dice tu santo apóstol—*de toda inmundicia de la carne y del espíritu, perficionando limpieza en temor de Dios, porque el que ama la limpieza del corazón terná el rey por amigo* [2]. Cuando quisiste dar la ley a tu pueblo israelítico y casa de Jacob, mandaste por mano de tu siervo Moisén que se lavasen un día y otro día y que estuviesen aparejados y limpios para el tercero día y no llegasen a sus proprias mujeres.

¡Oh cuánto más es tu divino amor que aquella ley mosaica! De aquella ley dice el Apóstol que no trajo a los hombres a perfición; pero este santo amor es don perfec-

[1] Cant. 1, 2.
[2] II Cor. 7, 1.

tísimo, y en él está la perfición cristiana y hace perfectos a los hombres que gozan y poseen este soberano don. ¿Pues cómo lo podré recebir? Lavando mi conciencia con muchos lavatorios de lágrimas, purificando el corazón de toda inmundicia y malicia y poniendo mis pensamientos y deseos en los bienes celestiales. *Cría, Señor, en mí un corazón limpio y confírmame con tu espíritu principal* [3]. Cuando los santos apóstoles recibieron este don del cielo y vino el Espíritu Santo sobre ellos en lenguas de fuego, estaban todos juntos en amor y caridad y perseverando en ayunos y oraciones.

No prende el fuego estando los maderos apartados, porque es menester que esté la leña junta. Este divino fuego de tu santo amor no se halla donde hay división y bandos, ni viene sino al corazón pacífico y quieto. Con ayunos, lágrimas y oraciones se disporná mi alma para que more en ella el don celestial de tu amor santo. Limpien, Señor, los corazones los que son de ánimos doblados, si desean enriquecerse de este amor. Límpienlos no solamente de toda culpa que los puede ensuciar, mas aun de todo ruido de congojosos cuidados y de toda afición que los pueda distraer, y de toda doblez y engaño, y de toda vagueación de espíritu desasosegado, y dejen libre y vacío el vaso del corazón al espíritu, rogándole con toda devoción que quiera morar en él, porque el espíritu no tiene por bien ni le agrada de morar con las serpientes, y con las víboras, y con los escorpiones, ni le place entrar en el corazón inmundo y regalado. Y por demás es llamado con gemidos y ruegos si, por otra parte, lo despiden con malos olores de dentro. Pues has de limpiar, ánima mía, la morada del corazón, y ataviarle con deseo de virtudes, y hermosearle con lindas flores de buenas afecciones y santos pensamientos, para que podamos decir con la esposa: *¡Mira qué hermoso eres, amado mío, y qué gentil; florida nuestra camita está!* [4] Y entonces él verná de buena voluntad, aun no llamado ni convidado. Verná, porque basta para él que solamente le muestren la cama florida, para que venga atraído con el olor de las flores, porque más le atrae el olor que las palabras, la limpieza que los sacrificios y la humildad del que devotamente pide que la importuna locuacidad del que continuamente solicita. Según la pureza de mis manos, me dará el galardón, y según la limpieza de mi ánima, se me dará el espíritu. Por lo cual el apóstol Santiago dice: *Limpiad, pecadores, vuestras manos y los doblados de ánimo purificad vuestros corazones* [5].

[3] Ps. 50, 12.
[4] Cant. 1, 15.
[5] Iac. 4, 8.

Vale también para alcanzar el amor un congojoso deseo de él y rogar a Dios continuamente por él, como está escrito: *Abrí mi boca y atraje el espíritu* [6]. La boca del corazón es el deseo, el cual entonces se abre al amor cuando sobremanera es dado al hombre, y a los menospreciadores y negligentes no das tú, Señor y Dios nuestro, el espíritu de tu amor, porque no das el santo a los perros para que lo despedacen, ni echas a los puercos tus margaritas porque no sean de ellos acoceadas. Y si a los que mucho desean este don celestial y lo demandan con gran afecto, aun apenas después de largo tiempo, se les concede el espíritu deseado, ¿cómo se dará tan grande bien a los tibios y que no se curan de él?

Hay otro no menor aparejo para alcanzar tu santo amor, que es la mortificación de las pasiones sensuales. Muerto el rey de Egipto, lloraron y llamaron los hijos de Israel a tu Divina Majestad, y oíste su gemido y los socorriste y ayudaste, librándolos de la servidumbre y captiverio de Egipto. También te llamaron antes de la muerte del rey, pues muchos años atrás eran perseguidos y maltratados, pero entonces oíste sus clamores cuando era muerto el rey de Egipto.

Si quieres, pues, ánima mía, que oiya Dios tus deseos y condecienda con tus peticiones, socorriéndote y dándote su santo amor, mata al rey de tinieblas, porque conviene que muera en ti el amor de este siglo que reina en tu corazón y que venzas y mates a todas tus pasiones. Defunto Herodes, vino tu esposo, Jesucristo, a Israel, y no antes. Mata tus malos deseos y ningún pecado reine en este cuerpo mortal, porque, viviendo estos apetitos en ti, ahógase el espíritu de Dios y como unas nieblas muy obscuras y nubes y torbellinos se obscurecen, porque no resplandezca en su luz serena.

Y resplandeciendo menos es también necesario que menos arda, como la luz del sol, obscurecida y añublada, menos calienta. Mas quitadas las nieblas de las personas que ciegan, luego la noche obscura se vuelve en claro y alegre día, y, calentando la lumbre el corazón, hierve luego con los afectos, como la olla con el agua caliente. El amor caritativo del prójimo, la lección de los libros santos, la conversación de las personas espirituales que con santas y encendidas palabras abrasan el corazón, con estas y otras semejantes cosas alcánzase aquel fuego sagrado del divino amor, manteniéndole y criándole con esto como con leña del monte porque no desfallezca.

Y porque quiere tu Dios y Señor que arda este divino

[6] Ps. 118, 131.

fuego en tu corazón, mandaba en la ley vieja que en su altar hubiese siempre fuego, el cual se sustentase cebándolo con leña el sacerdote. Así, ánima mía, has de sustentar este santo fuego en tu pecho, conservándolo y cebándolo con buenas obras y lágrimas y oraciones. Es muy delicado este espíritu de verdad y se va siendo ofendido, por lo cual, después que una vez es dado, hase de guardar solícitamente y con gran cuidado porque no se mate con cuidados temporales, como se suele matar la pequeña centella echando sobre ella maderos mojados, según aquello que está escrito: *No queráis matar el espíritu del Señor* [7]. Porque como no hay cosa más preciosa que él, así no se halla cosa más delicada ni más tierna que él, por amor de lo cual se ha de buscar con mucho fervor y diligencia y conservarle, después de habido, con muy grande cuidado y vigilancia.

MEDITACION LXXIII

Cómo no podemos amar a Dios y al mundo juntamente

Como el amor del mundo, Dios nuestro y Señor nuestro, inflama el corazón y lo lleva a las cosas terrenales y perecederas, y lo lanza en el profundo abismo de perdición, así el amor santo y este divino fuego lo eleva y levanta a las cosas superiores y supremas y lo enciende en las eternas y convida al ánima a las cosas que no pasan, y del profundo del infierno la levanta al cielo. Cada cual amor tiene su fuerza y ningún amor está ocioso en el ánima del amante. Siempre lleva al ánima a una o a otra parte. ¿Quieres, pues, saber, ánima mía, qué amor hay en ti? Mira adónde te lleva, porque del amor eres llevada adondequiera que vas. Cuando el amor del mundo te inclina a cosas terrenales, tienes liga en las alas y no puedes volar arriba; pero si eres limpiada de las afecciones impurísimas de este siglo, tendidas las alas del divino amor, vuelas al cielo. El amor nunca está ocioso, y todo amor o sube o baja. Levanta el amor bueno a nuestra alma a ti, Señor, y el malo súmela en el abismo. El que es vencido del amor de las cosas terrenales, no se deleita en las cosas celestiales. No puede estar el ánima sin deleite, y así, se deleita en las cosas ínfimas o supremas, y

---

[7] I Thess. 5, 19.

cuanto con mayor estudio se ejercita en las mundanas, tanto menos gusta de las divinas, y cuanto más se levanta a las cosas altas, tanto más se despide del amor terreno. No se pueden amar ambas cosas juntamente y igualmente.

Por lo cual el apóstol San Juan, sabiendo que no se puede sembrar entre las espinas del amor del siglo la miese de tu amor soberano, antes que siembre en los corazones de los hombres la semilla de tu divino amor, arranca las espinas del amor del mundo, diciendo: *No queráis amar el mundo ni las cosas que están en él* Y añadió, diciendo: *Porque si alguno ama al mundo, no está la caridad de Dios en él* [1]. No pueden estar estos dos amores en un corazón, ni se levantan las mieses del amor de Dios donde están las espinas de la delectación eterna.

Así, es menester, Señor, que quite yo primero el amor del mundo, si quiere gozar mi alma de tu divino amor. Así, dices por tu profeta Jeremías: *Mira que te he constituído sobre las gentes y sobre los reinos para que arranques, destruyas, y disipes, y edifiques, y plantes* [2]. Primero le mandas destruir y después edificar, y primero quieres que arranque y después que plante, porque no se puede poner el fundamento del amor de Dios sin destruir primero la fábrica del amor mundano. Los que aman, Señor, las cosas visibles, no aman las invisibles, y cuando siguen las cosas de fuera, desamparan las de dentro. Con la codicia de la tierra no eres, Señor, amado, porque el amor terrenal ensucia los ojos del alma para que no vea la excelencia de tu santo amor. Yo no puedo, Dios mío y todo mi bien, ocuparme contigo y conmigo juntamente, y por eso, Señor, ocúpate tú con mi bajeza, para que la ensalces, y yo me ocuparé en tu bondad, para que con ella me deleite.

Y aunque yo contigo gane mucho y tú conmigo no adquieras nada, sé que de mejor voluntad estás tú conmigo para hacerme merced, de lo que yo estoy contigo para gozar de tu bondad. ¿Por qué, Criador mío, pierdo yo tanto bien como el que das a las ánimas que se llegan a ti por amor y gozan de tus celestiales y divinas consolaciones, pues puedo ganar tantos bienes a costa de romper con el mundo, vano, falso, engañador y atormentador de quien le sirve?

Abre, pues, tus ojos, ánima mía: despierta ya, que tiempo es que despiertes y conozcas los años pasados de tu vida tan mal empleados y mires lo que pierdes y por

[1] Ioan. 2. 1.
[2] Ier. 1, 10.

qué lo pierdes. Tiempo es que caigas en esta cuenta y veas que pierdes la dulcedumbre inmensa de la muy suave y delicada conversación de tu esposo, Jesucristo, por las hediondeces y abominables deleites del mundo. Oye a la esposa, que en los Cantares dice al esposo: *Mi amado a mí y yo a él* [3]. Estamos tan unidos mi amado y yo, que ninguno puede caber donde nosotros estamos. Pues no puede caber otro peregrino ni extraño amor con el de Cristo, ¿a quién será justo que ames? ¿A tu Señor y Criador, de quien tantos bienes has recibido, o al mundo, que te ha traído engañada, atormentada y perdida? ¿Quién es el Dios, a quien dejas, sino abismo infinito de bondad, piélago sin suelo de soberana dulzura, suma de todos los bienes y descanso perdurable de las almas santas? ¿Quién es el mundo, a quien amas, sino cárcel de vivos, sepulcro de muertos, oficina de vicios, desprecio de virtudes, atormentador de la razón que nos lleva a Dios, enemigo de los presentes, olvido de los pasados, afeador y obscurecedor de los hechos claros? *¡Ay de los hijos fementidos*—dice Dios por un profeta—*que esperan favor y ayuda en la fortaleza de Faraón y ponen su esperanza en la sombra de Egipto!* [4] ¿En cosa de tan poco ser y tan inconstante y vana como la sombra pones tu amor y cuidado? No dejes, ánima mía, a tu Dios por el mundo, que no es sino una triste sombra.

Así fueron engañados los hebreos, pues no creyeron a Jeremías y, confiando en las fuerzas de Faraón, decendieron a Egipto, donde murieron todos desastradamente. No pongas tu pensamiento en estas vanidades terrenales, porque el manjar que tiene Dios guardado para los justos no se puede comer con el del mundo, por ser contrarios, según aquello de Isaías: *¿A quién enseñará Dios su ciencia y hará entender lo que oyere? A los destetados y apartados de los pechos* [5]. ¿Quién será digno, Señor, de gustar de vuestro santo amor y de entender vuestra dulzura? El que dejare la leche y dulzura del mundo. Menester es despreciar de todo corazón los regalos, blanduras y deleites del mundo si queremos, Señor, gozar de tu suave y delicada consolación, por amor de lo cual, para hablar a nuestra alma en secreto del corazón, dices que la llevarás a la soledad, porque no quieres que, amando los bienes de la tierra, goce de la suavidad de tu santo amor.

Quería Faraón que te sacrificase Israel en Egipto, lo cual no consintió Moisén, porque en ninguna manera se sufría ser tú, Señor, adorado donde era el demonio servido. ¿Pues cómo, Señor, tengo de amarte entre las tinieblas

[3] Cant. 2, 6.
[4] Is. 30, 1.
[5] Is. 28, 9.

de Egipto teniendo preso mi corazón del amor de este siglo? El Apóstol dice: *No podéis beber del cáliz del Señor y el cáliz del demonio, ni ser participantes de la mesa de Cristo y de la mesa de los demonios* [6]. Por amor de esto, mandabas, Señor, en la ley vieja que no comiesen los hijos de Israel pan con levadura, ni arasen con asno y buey, ni sembrasen las tierras con diversas semillas mezcladas, ni trajesen vestidura tejida de lino y lana, porque no quieres dos amores contrarios en un corazón ni que amemos al mundo y a tu Divina Majestad juntamente.

Siendo los israelitas afligidos y perseguidos de los filisteos y sirviesen a unos ídolos de los gestiles llamados Baalim y Astarot, dijo el profeta Samuel a todo el pueblo: *Volveos al Señor de todo vuestro corazón, y quitad de entre vosotros los dioses ajenos Baalim y Astarot, y aparejad vuestro corazón al Señor, y servid a él solo, y libraros ha de mano de los filisteos* [7]. Y como ellos hiciesen esto, así como el santo profeta se lo había mandado, alcanzaron una gran victoria de sus enemigos.

No quieres, Señor, que te amemos teniendo ídolos de vicios, que adoramos en nuestras almas, por lo cual a ti sólo es justo que ame mi corazón, aborreciendo el pecado, según aquello que dice el profeta: *Los que amáis al Señor, aborreced el mal* [8]. Si yo te amo, tengo de amar lo que tú amas y aborrecer lo que tú aborreces. ¿Pues cómo quiero yo amar a dos contrarios y amarte, Dios mío, amando estas cosas mundanas, vanas y corruptibles? Muy poco hago, Señor, en desamar cosas que son tan dignas de aborrecimiento por ganar tu santo amor; pues desecho estiércol y pajas podridas por una sobrepujante y preciosa margarita. Tan noble es tu divino amor y cosa tan prestante, que otro mundo mejor que éste era digno de ser despreciado por gozar de un don tan inestimable como el que das a tus amigos. Pues es contradicción manifiesta amar juntamente a ti y al mundo, amarte he, Dios mío, a ti solo, aborreciendo y despreciando tanto al mundo cuanto deseo ser, en ese horno de tu santo y soberano amor, abrasado y encendido.

---

[6] I Cor. 10, 20.
[7] I Reg. 7, 3.
[8] Ps. 96, 10.

MEDITACION LXXIV

De los grados del divino amor

No tenemos, Señor, tan en las manos este tu divino amor, que luego podamos subir a él sino poco a poco, aunque en la verdad, si nuestra naturaleza no estuviera estragada, tomara nuestro amor principio de arriba. Mas porque está por el pecado corrupta y dañada, perdió la lumbre espiritual y tomó otro principio de amor; así como una fuente de su principio mana abundantísima y claramente, y si la cierran con piedras y leños y lodo busca otra parte por donde salga, y la que al principio salía clara sale después turbia y sucia, corrompido su primero origen. Así es en la fuente del amor, porque se hizo otro origen turbio, hediondo, corrupto y lodoso, porque comenzamos a amar de nosotros, como hubiésemos de comenzar de Dios, porque esto, según verdad, era lo más natural. Mas depravada la naturaleza del amor, mudó el amor su origen, de manera que como hubiésemos de amar a ti, Señor y Dios nuestro, primeramente por amor de ti y todas las cosas por ti y en ti, agora, comenzando de nosotros, amamos a nosotros más que a nadie y todo lo que amamos es por nosotros. De aquí comenzamos a aprovechar en tu santo amor, poniendo el fundamento y principio en nosotros, amándote no tanto por ti como por nosotros, porque sabemos que sin ti no podemos ser, pues la continua necesidad que sabemos que tenemos de tu Divina Majestad nos fuerza y compele que te busquemos por ayudador y que te llamemos para que nos favorezcas y nos des las cosas necesarias para esta vida. Y de aquí es que porque esto que amamos no lo podemos poseer sin ti, consiguientemente, amamos a ti por nosotros como necesitados, y que no nos cumple hacer otra cosa.

Y porque continuándote, Señor, a amar, por la necesidad que de ti tenemos, experimentamos y conocemos tu benignidad en nosotros y tu largueza, benevolencia, suavidad y bondad, con otras muchas divinas perficiones, de aquí viene que, comenzando a olvidarnos de nosotros, en ti mismo nos comienza a agradar tu bondad, siendo antes buscado al principio de nosotros como bien útil y provechoso. Este es el tercer grado del amor, porque el primero es con el que nos amamos a nosotros mismos; el segundo,

con el que te amamos a ti por nosotros. Mas el tercero grado del amor es con el cual a ti y a nosotros y a todas las cosas amamos por ti solo. Cuando Jacob iba de casa de sus padres a Mesopotamia y se durmió sobre una piedra, vió en visión una escalera que tenía una punta en la tierra y otra en el cielo, y tú, Señor y Dios nuestro, estabas recostado en ella. No somos aves, ni hemos de volar de la tierra al cielo, y por eso es menester subir poco a poco por escalera, por los escalones y gradas del amor, el cual comienza en la tierra, por originarse y tener su fundamento terrenal, comenzando del amor proprio y subiendo por sus grados y escalones hasta lo fino y más perfecto de tu santo amor, que es lo celestial, acendrado y más esmerado y puro.

Entonces, subiendo por estos grados del amor, llegamos al cielo, cuando la imperfición de nuestro amor se va limando, purificando y adelgazando hasta venir a la cumbre y alteza del verdadero amor, cuando ya sin respeto alguno de nosotros mismos te amamos solamente por quien tú eres, como dignísimo de ser amado, pues eres sumo bien y bondad infinita. Y porque la naturaleza flaca, imperfecta y corrupta es menester que sea ayudada y favorecida, estabas, Señor, arrimado en aquella escalera, porque con tu divino favor y auxilio de tu mano hemos de subir al excelente y soberano amor tuyo. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de lo alto y desciende del Padre de las lumbres. ¿Pues cuánto más el amor, que es el más perfecto don de todos? Fuego es el amor, y como el fuego en su principio, cuando introduce su forma en la materia del leño, está impuro y lleno de humo, y después que comienza a subir a su esfera se va apurando y haciéndose más puro, sutil y claro, así el amor, aunque en su comienzo empiece al principio imperfecto, impuro y terreno, va subiendo a su propia esfera, que es Dios, y perficionándose hasta llegar a él y mejorándose hasta llegar al punto de su perfición.

Entonces ha subido lo que ha de subir y está como conviene y donde ha de estar, cuando, olvidado el hombre totalmente de sí mismo y de todas las cosas, es transportado y transformado en su Dios, no queriendo en el cielo ni en la tierra otro bien sino al Criador y Señor de todas las cosas. Aquel es verdadero amante que ninguna cosa quiere para sí ni pretende interese proprio ni bien alguno particular que toque a él ni en el cielo ni en la tierra, y no busca en todo cuanto piensa y dice y hace sino solamente la honra y gloria de Dios y hacer su voluntad en todas las cosas. ¿Quién alcanzará este grado de amor? Bienaventurado es aquel que a tan alto estado de amor ha venido,

que, olvidado de sí y de todas sus cosas y enajenado totalmente de sí, se da del todo a ti, mi Dios, y se traspasa en ti.

Tanta felicidad y bienaventuranza como ésta no es de la presente vida, porque más es de la que está por venir que de ésta, llena de cuidados y necesidades, que tiran por nuestro corazón y lo encorvan y inclinan al amor de este siglo, en el cual vive el ánima captiva aunque no quiera. Si algunas veces llegamos a este grado de excelente y puro amor, perseveramos en él. Porque en el cuerpo corruptible apesga y agrava el ánima, y la hace bajar con su peso cuando ya comenzaba a volar en altanería, y entremétese la importuna carne, aun a la que no se quería acordar de ella, desasosegándola y enojándola con mil clamores y desasosiegos y otras tantas vanidades, a la que había concedido que siquiera un poco de tiempo, se sosegase y deleitase con su esposo, Jesucristo.

Nunca faltan moscas importunas de vanos pensamientos y cuidados del mundo que desasosieguen al santo patriarca Abraham cuando ofrece sacrificio y ama y ora a Dios así como el mismo Señor se lo había mandado. A este grado perfecto de amor había venido el que decía al Amado: *Encendióse mi corazón en vuestro amor, Señor mío, y esta llama tan grande amata en mí todo el fuego de la concupiscencia mala* [1]. Porque ningún fuego consiente arder con él este santo fuego, de aquí es que de concupiscencia grande se han mudado mis renes en blancura y pureza de castidad, tragando y deshaciendo en mí el fuego del cielo el ardor ajeno, y mudóme del todo, y hame deshecho y tornado en nada la potentísima fuerza del amor. Cumplido has en mí, Señor mío, lo que en otro tiempo por un profeta saludablemente, amenazándonos, habías dicho: *Convertiré mi mano a ti, y coceré tu escoria, y fundiré tu estaño* [2].

Esto veo en mí verificado, porque todo lo que en mí era mío se ha consumido y gastado. Todo soy tornado en nada, porque *vivo yo; y ya no yo, pero vive en mí Cristo* [3], y no lo supe. No supe tan gran sacramento; no sabía verdaderamente el misterio de tan grande mudanza; que convino anihilarme y tornarme en nada para que tuviese verdadero ser y que todo yo desfalleciese en mi Dios, como está escrito: *Desfalleció mi corazón y mi carne en Dios vivo* [4]. Y otra vez dice: *Desfallecido ha mi ánima en vuestro Sal-*

---

[1] Ps. 72, 21.
[2] Is. 1, 25.
[3] Gal. 2, 20.
[4] Ps. 72, 26.

vador[5]. ¡Oh cuán bueno es este desfallecimiento cuando el alma desfallece en su Dios y de sí misma pasa en Dios y, llegándose a su Dios, es hecha un espíritu con él! Harto era, conforme a nuestra naturaleza, y harto a ella se inclinaba que todas las cosas se amasen por aquel por quien fueron hechas.

Y este amor se ha de tener por bueno y derecho, que así es conforme a la naturaleza, y si nuestras ánimas no fuesen tan livianas y de tan poco peso, este grado último de amor había de ser el primero. Así había de ser y así fuera si el pecado no se pusiere de por medio. Puedo también, Señor, amarte en tres maneras; conviene a saber: con otras cosas, y más que a otras cosas, y sin otras cosas. El que con otras cosas te ama, igualándote en el amor con ellas, divide este tal el corazón y no cumple el mandamiento del amor. El que te ama más que las otras cosas, aunque ama las otras cosas lícitamente contigo, no divide el corazón aunque en alguna manera le aparte y divierta a otras cosas. Este tal, el mandamiento cumple del amor, aunque no ha alcanzado la perfición. Mas el que ama solamente a ti, Señor, y sin otra cosa, este tal ya ha alcanzado la cumbre de la perfición y puede decir con la esposa: *Mi amado a mí y yo a él, el cual se apacienta entre los lilios*[6]. El primer amor edifica para el infierno. El segundo edifica sobre el fundamento de la fe, estopa, maderos y pajas. El tercero, oro y plata y piedras preciosas, según la palabra del Apóstol.

MEDITACION LXXV

De las propriedades del amor de Dios

¿Qué lengua, Señor, bastara para decir la virtud grande, efectos maravillosos y propriedades excelentísimas de tu santo amor? San Lucas dice que fueron perdonados a María Magdalena muchos pecados porque amó mucho. Muchas lágrimas derramó aquella santa penitente; con gran cuidado te buscó en casa del fariseo; diligente fué en negociar la salud de su alma; no dilató la conversión ni dejó para adelante la penitencia; no estuvo ociosa en tu presencia la que con preciosos ungüentos ungía tus sagra-

---

[5] Ps. 118, 81.
[6] Cant. 2, 16.

dos pies, y los regaba con sus lágrimas, y los enjugaba con sus cabellos; pero todas estas buenas obras, ni otras mayores, no fueran bastantes para alcanzar el perdón de los pecados sin el amor divino. Aunque hiciera todos estos bienes, si no te amara, no le fueran perdonados sus pecados. El amor de Dios perdona los pecados, y la contrición, donde se halla remisión de pecados, va acompañada del amor de Dios; pues ha de ser, por la ofensa que el pecador hizo a Dios, más amado que todas las cosas, la cual contrición perdona la culpa, y de hijos de perdición nos hace hijos de Dios y herederos de la gloria, y todo esto por virtud del santo amor.

Todas cuantas buenas obras hay, se pueden hacer estando en pecado mortal, excepto amar a Dios sobre todas las cosas, porque amar a Dios y vivir en mal estado es imposible. El amor de Dios lanza fuera el pecado, expele la culpa, perdona la ofensa, reconcilia nuestra alma con Dios, hácela su esposa y amiga, ábrele las puertas del cielo, enriquécela con tesoros inestimables y abrázala con Jesucristo, el cual dice: *Yo amo a los que me aman* [1]. El que ama a Dios es de él amado, y si es de Dios amado, ¿cómo no es su amigo?

Hablar por lenguas de hombres y ángeles, saber todas las ciencias, dar toda la hacienda a los pobres y entregar su cuerpo a fuegos, bestias bravas, espadas, cuchillos y cruel muerte, todo es nada sin amor de Dios. No hace al mártir el martirio, sino la causa de él. El amor le hace mártir santo, y éste es el que le da corona y premia sus trabajos, porque donde no hay amor de Dios no hay mérito de gracia, ni gloria, ni premio de bienes eternos. Con él vive nuestra alma vida de gracia, es amada de Dios, temida de los demonios, acatada de los ángeles, heredera del cielo y participante de los bienes de todos los que temen a Dios, según aquello del Salmo: *Participante soy, Señor, de todos los que te temen y guardan tus mandamientos* [2]. El es de quien dice San Pedro que cubre la multitud de los pecados y con él es el alma rica, hermosa, fuerte, graciosa y llena de todos los bienes, así como sin él es muerta, fea, triste, aborrecida de Dios, abominable a todo el mundo, captiva de los demonios y despreciada de toda criatura. Con este santo amor es llena de bienes, y sin él llena de todos los males y hecha vil y miserable.

Hace el santo amor hervientes nuestras buenas obras, porque así como el calor levanta la substancia donde está, como se ve en el fuego, que sube a lo alto las centellas

[1] Prov. 8. 16.
[2] Ps. 118, 63.

inflamadas y levanta el agua hirviente, así el verdadero y divino amor hace subir los deseos de nuestra alma al amor de las cosas celestiales y levántase de estas cosas inferiores. Es comparado al fuego, el cual es más activo y de mayor fuerza y vigor que los otros elementos, y por eso de mayor perfición, y así el verdadero amor es de tanta virtud, que no sólo hace a los hombres y a los ángeles subir a Dios, excediendo a sus naturalezas humana y angélica, pero al mismo Dios hace bajar de su naturaleza, condecendiendo con las criaturas por el amor que les tiene. El fuego, de su naturaleza, junta las cosas que son del mismo género y aparta las que son de diverso género, como vemos en el oro, que cuando lo queremos purificar, lo echamos en el fuego, donde se aparta la escoria y se apura el oro, juntándose todo. Así, el amor procura semejanza apartando lo que no es semejante, porque jamás amó uno a otro que no fuese por semejanza antecedente o consecuente procurada, y esto hace el amor divino: que, habiendo los hombres pecado, quita lo semejante, que es la culpa, y apártala del alma, quitando de ella la escoria y convirtiendo en humo el mal azogue del pecado y volviendo al alma, hecha a la imagen de Dios, a su primera hermosura y ser y semejanza que tiene con Dios.

Es el amor orgulloso como fuego, porque dondequiera que está se echa de ver, y nunca se ha visto que uno disimule con el fuego que tiene en el pecho, y cuando su paciencia fuese tal que lo pudiese disimular, el humo lo manifestaría. Lo mesmo hace el amor donde está, el cual no se puede encubrir por mucho que quiera disimular el amante. Por los resquicios de las puertas se manifiesta la luz del fuego que está dentro. Propriedad es del fuego volverse a su esfera y subir a lo alto, lo cual hace el santo y buen amor levantando nuestros corazones y subiendo nuestras almas a su esfera celestial, para donde fueron criadas. Llévanos a Dios, y vamos a él no andando, sino amando, al cual tanto ternemos más presente cuanto fuere más puro el amor con que vamos a él.

Amar a Dios es llegarse a él y entrar y gustar cuán suave es el Señor. El verdadero amor de Dios no consiente medio entre él y entre Dios, y va a su amado con gran vehemencia, inmediatamente, y no descansa hasta que, pasando por todo, llega al amado. El que es herido de la saeta del amor, piensa que todos hablan de su amado y que todos entienden su lenguaje y piensan y tratan de lo que él trata y piensa. Cuando la gloriosa María Magdalena buscaba al Señor en el sepulcro, dijo al mismo Redentor no conociéndole: *Dime si tú le tomaste* [3]. No dice lo que

[3] Ioan 20, 15.

busca ni se declara, porque el que ama, cree que todos tratan de lo que él trata y que buscan lo que él busca. De esto es también testigo la esposa en los Cantares cuando dice: *Conjúroos, hijas de Jerusalén, que me digáis dónde está mi amado* [4]. No lo nombra ni da señas, porque el amor quiere que todos adevinen y entiendan sus cifras. Parecíale que todos sabían lo que buscaba y que todos entendían lo que decía, y que no hablaba en otra cosa, por lo cual no se ha de mirar en esto que la esposa dice a las palabras, sino a los afectos, porque no ama con lengua y boca, sino con la obra y verdad.

El amor habla, y el que quiere entenderle es menester que ame, porque el pecho frío no puede recebir las palabras encendidas del amante. Como el que no sabe latín no entiende al que habla la lengua latina, así es bárbaro el lenguaje del amor al que no ama. Tiene el amor su proprio lenguaje y estilo de hablar, y Demóstenes ni Tulio son tan elocuentes oradores en hablar del amor como el verdadero amante. Explica sus conceptos con razones imperfectas y cortadas, quiere con media palabra ser entendido y que estén todos donde él está y que sientan lo que siente, porque cree que están en su pensamiento y que no tratan otra cosa sino de lo que él trata. También dan testimonio de esto aquellos reyes orientales, los cuales, como amaban a Dios y ardía en sus santos pechos el divino amor, cuando llegaron a Jerusalén preguntaron dónde estaba el que nació rey de los judíos, porque les pareció que en aquella ciudad no se trataba de otra cosa sino de lo que ellos trataban y que todos podían responder a su pregunta.

Propriedad es también del amor ser desconfiado, congojoso y muy solícito, y por eso santa María Magdalena, con las otras devotas mujeres, vinieron la mañana de la resurrección del Señor a ungir su santo cuerpo. Cuasi cien libras de mirra y áloes trajo Nicodemo para este efecto, y perfecta y muy cumplidamente estaba ungido el cuerpo del Señor, y con todo esto, viene la Magdalena con unciones, porque el verdadero amante no se fía de nadie y parécele que no se hace nada si él no pone la mano y lo que sobra le contenta, y aun no queda contento. Aquella mujer Sunamites no se fió de ninguno de su casa, pero ella misma en persona vino a Eliseo porque resucitase el hijo muerto que mucho amaba. Toda diligencia ajena, por grande que fuese, le parecía a ella muy perezosa, porque de veras amaba.

Es muy desconfiado el amor y muy atrevido, por amor de lo cual se ofrece la Magdalena que llevará el cuerpo del

[4] Cant. 3, 3.

Señor defunto, no temiendo la ira de los fariseos, ni el peligro en que se pone, ni considerando el peso del cuerpo muerto y sus flacas fuerzas, porque el amor no teme, no considera y ninguna cosa tiene por imposible, y todo le parece fácil y ligero. Por lo cual el Apóstol dice: *La caridad todo lo sufre, todo lo sustenta, todo lo cree y en todo espera* [5].

MEDITACION LXXVI

CÓMO EL AMOR TRANSFORMA AL AMANTE EN EL AMADO

Tan grande y tan extraña es la fuerza del amor, que tal me conviene que sea cual es lo que amo y según aquello a que por amor me llego. No hay engrudo ni cola que así pegue como el amor, el cual así nos une y junta con el amado, que transforma al amante en el que ama. El amor no es otra cosa sino una virtud mutua y unitiva. Como el hierro después de muy encendido en la fragua es hecho fuego, así mi corazón, ardiendo, Dios mío, en tu divino y santo amor, es todo en ti transformado por amor, deificado y endiosado. El hierro duro, frío, negro y obscuro es convertido en fuego, y hecho blando, caliente, resplandeciente y claro, y tiene todas las operaciones de fuego, haciendo todos sus efectos y todo lo que hace el fuego, porque quema, alumbra y enciende.

La Escritura, Dios y Señor nuestro, te llama *fuego* [1], y tales somos nosotros llegándonos a ti por amor, porque de pecadores que éramos antes, duros como hierro, obstinados, fríos, obscuros y torpes, llegados a ti por amor y metiéndonos el amor en esa fragua de vivas llamas como te vió Moisén en la zarza, somos convertidos en ti y hechos fuego, y así, obramos obras divinas y somos varones espirituales, de carnales y terrenos que antes éramos. Así estaba transformado y convertido en ti el apóstol San Pablo, que vino a decir a los gálatas: *Vivo yo, y ya no yo, porque vive en mí Cristo* [2]. De tal manera vivía en ti el santo apóstol y así estaba en ti transformado, que su vida ya no era suya, y él no estaba en sí, sino en el amado. Pluguiese a mí, Dios y Señor, que así fuese mi ánima ab-

---

5 I Cor. 13, 7.

1 Deut. 4, 24.
2 Gal. 2, 20.

sorta en ese piélago de infinito amor y bondad, que yo no fuese yo, sino por divina participación fuese un traslado y retrato de tu soberana bondad y clemencia.

¡Oh quién me diese que todos mis pensamientos se volviesen en uno y toda la fuerza de todos se emplease en arder ante tu divino acatamiento, y de suerte que pudiese decir como el profeta: *El pensamiento de mi corazón siempre está en tu presencia*[3]. ¡Oh!, pluguiese a ti, mi Dios, que no hubiese sino una lámpara que ardiese en el altar de mi ánima, encendida con fuego de verdadero amor, y se cebase de todo cuanto siento y oiyo de tus admirables perficiones, para que éste fuese el aceite purísimo que antiguamente mandabas quemar en el santuario. ¡Oh!, pluguiese a ti, Señor, hicieses, con mi alma aquel amoroso castigo con que amenazas por el profeta Oseas, diciendo: *Cercaré tu camino con espinas y con paredes que no las puedes romper. Pondré en todo dificultades, porque si buscares otros amores, nunca los halles, y así te vuelvas para mí*[4]. Dichosa necesidad, que obliga a no querer sino al que sólo merece ser amado.

Pues hagamos ya fin, alma mía, a los vanos discursos, y, recogiendo tus pensamientos, pon toda tu caída y amor en sólo tu esposo, Jesucristo. Si verdaderamente amases a Dios, olvidarte-ías de todas las cosas del mundo. El Apóstol tiene todas estas cosas por estiércol, por amor de Jesucristo. Así, cuando nuestro padre estaba en el estado de la inocencia, le mandó Dios que comiese de los árboles del paraíso. Fué menester que le acordase Dios que comiese, porque el amor grande que le tenía pudiera ser que le hiciera olvidar de tomar el mantenimiento necesario para conservar la vida. Si con grande y verdadero amor amases a tu Dios y Señor, no ternías tan solícito cuidado de estas cosas exteriores que tanto te distraen y derraman.

Cuanto más se llega nuestra voluntad a Dios, tanto más se aparta de nosotros mismos, y así debríamos tenerla pegada y asida con Dios, que anduviésemos olvidados de todo lo de acá, andando todos transformados, convertidos y elevados en Dios. Si de veras, Señor, te amase, la fuerza del amor me haría que fuese como lo que amo, porque, transformándome en ti, sería semejante a lo que amo. Y si la semejanza es causa de amor, subiría, y así se aumentaría este amor que se alzase con el homenaje y con todo cuanto hay en mí, no quedando cosa que no estuviese presa de tu amor. Mira, pues, ánima, a tu hermosura, y entenderás qué hermosura debes amar. Tienes

---

3 Ps. 18, 15.
4 Os. 2, 6.

esposo y no le conoces, y siendo el más hermoso de todos, no le amas, porque no viste su rostro. Si le vieses, no dudarías de su hermosura ni te podría nadie detener para que no le amases.

Tan grande es la fuerza del amor, que allí verdaderamente moras donde por la contemplación amas. Este es el reino de Dios que está dentro de ti, el cual desechas cuando amas las cosas de fuera. Amando este reino de Dios, eres reina en él, y teniéndole dentro de ti, gozas de infinitas riquezas que tiene consigo el amor de Dios. Y si tanto eres mejor cuanto son mejores cosas las que amas, síguese claramente que, si amas el cielo, eres celestial, y si pones tu amor en las cosas de la tierra, que eres tierra. Pues hace el amor tan maravillosos efectos en mi ánima, que, transformada por amor, soy lo que amo; amarte ha, Señor, mi corazón hasta lo último de tu potencia y fuerzas y virtud, y cuanto le es posible, pues por esta vía soy llevado a tan alto y noble estado y subido a dignidad tan suprema y aventajada, que todo lo criado es menos cuando no te ama que el corazón que arde en tu divino amor.

Y este traspasamiento del amante en la cosa amada no es violento, ni forzoso, ni penoso, ni trabajoso, mas voluntario, libre, dulce y muy deleitable. Y de aquí es que la voluntad que así por amor se junta con la cosa amada, no puede ser por alguna violencia apartada de ella sino por su libre querer. Y pluguiese a ti, mi Dios, que fuese mi voluntad privada de tal libertad y de tal querer, para que, después que una vez te amare, no pueda volver atrás ni mudar el amor ni el querer, amando para siempre jamás esa suma bondad y bien infinito donde arda mi corazón perpetuamente en vivas llamas de amor. Pero queda el mismo amor libre, aunque traspase la voluntad, en la cosa amada; y asimismo, la voluntad siempre queda voluntad y en su libre poder y querer aunque por el amor sea transformada en el que ama. Cosa es maravillosa que en esta transformación que hace el amor del amante en el amado que cual es la cosa amada, tal es el amor, y cual es el amor, tal es la voluntad de donde nace.

De donde se sigue que la cosa primero y principalmente amada da nombre, naturaleza y forma a la voluntad que ama, y de aquí se concluye que porque es propiedad del amor trabar, convertir y transformar al amante en el amado o en la cosa amada, que si la voluntad primero ama tierra, tierra se hace, y terreno se hace, y terreno se llama su amor, y si cosas mortales ama, llámase mortal y humana voluntad, y si ángeles ama, angélica es, y si ama a ti, Dios y Señor nuestro, es divina. En esto se descubre y manifiesta una grande dignidad del hombre,

y es que por el amor se puede transformar y mudar en cualquier cosa que él quisiere más alta o más baja que él. Nabucodonosor, que, como bestia, seguía sus apetitos bestiales, rigiéndose por los sentidos, por los cuales solamente obran y se gobiernan los brutos irracionales, la Escritura dice que como bestia anduvo paciendo las yerbas del campo. Y de los hombres espirituales que aman a Dios, habla David en el Salmo, diciendo: *Yo dije: vosotros sois dioses y hijos del muy alto* [5]. Pues puedo yo alcanzar tan alta dignidad amando, justo es, Dios mío y mi Señor, que te ame mi corazón de noche y de día en todos los días que viviere. Y si dijeres, ánima mía, que entre tantas angustias y dolores de esta vida no puedes con tristeza levantarte al amor de tu Dios, como dijo Aarón, que con ánimo triste no podía hacer fiesta a Dios, mira que estos trabajos son golpes de eslabón que te da Dios para sacar del perdenal duro de tu corazón centellas de fuego de amor y que te aflige para que le ames. Porque ve el clementísimo Señor que no se ablanda tu corazón con beneficios, te fatiga con trabajos. porque de esta manera vayas a él por amor, y amando cobres nuevo ser y honra transformada por amor en Dios.

MEDITACIÓN LXXVII

Cómo el amor de Dios enciende a nuestra alma en deseos celestiales

Sufre, Señor, bienaventuranza mía, que te manifieste yo el deseo que de tu vista enciende tu divino amor en mi ánima, no para que de nuevo conozcas algo de lo que no sabías, pues miras claramente lo secreto del corazón, sino porque no hallo en el cielo ni en la tierra a quien ir con mis quejas sino a ti, que, como Dios, todo lo ves, y como Padre, te apiadas, y como Todopoderoso, me puedes remediar. Y también porque las penas que nacen de tu santo y casto amor consigo traen consuelo cuando se refieren a ti y cuando piensa el que las sufre cuán dichoso fin suele alcanzar de tus manos. Mas ¿qué haré, Señor, que decir lo que de ti siento? No sé cómo el entendimiento, guiado de tu lumbre, me guió a ti, y dejó la voluntad así prendada, que cuando quiere manifestar lo que en ti

[5] Ps. 81, 6.

halla o, por mejor decir, lo que en ti hallar espera, falta consideración, cuanto más la lengua y la mano.

Poco te ama y desea quien todo lo que siente puede explicar, porque como la medida de tu amor ha de ser no tener medida, así el deseo de tu presencia se ha de manifestar con lágrimas y no con palabras. De donde viene que si quiero por alguna semejanza declararme, hallo a todas tan diferentes de lo que para llegar a su medida es menester, que mejor podré decir que no es mi deseo que sacarle al vivo como él es. No te deseo solamente como la esposa la vista de su querido esposo, por más que cuente los días y las horas, porque nunca pudo llegar amor de hermosura o deleite corporal a lo que se desea la hermosura de aquel que pintó las estrellas, y en cuya comparación, como dice Job, los cielos no son limpios y los ángeles en su presencia no tienen parecer. No es mi deseo como el del hijo, que no puede sufrir la ausencia de su amoroso padre, con cuya venida espera mucha honra y acrecentamiento de estado, porque tú eres más que padre y contigo están todos los bienes, según aquello que dijiste a tu siervo Moisén: *Yo te mostraré todo el bien* [1]. Y quererlos en particular referir es más dificultoso que contar las gotas de la lluvia.

Poco es lo que desea el preso y captivo, que está en continuo peligro de vida, que llegue el verdadero amigo, por cuya diligencia salga de tanto mal y vuelva a su tierra y naturaleza, porque el que te amare y llegare a ti terná cierta la redención del cuerpo y estará seguro de la tiranía de este mundo, y su alma alcanzará presto libertad para sujetarse del todo a ti y cesará la libre servidumbre de poderte perder, porque no estará ya más en sus manos, sino en las tuyas, y tú darás libertad para que siempre goce de ti, mas no para que se pueda apartar luego. Pone, pues, Señor, tu divino amor tan gran deseo en mí, que te desea mi alma no como lo que acá se desea, sino como quien desea a Dios, que tal deseo a ti sólo se puede comparar, y si algo dijere que es semejante, quiero decir que le parece en algo y no que sea retrato uno de otro, por no hacer agravio en cosa que en ti toca, si la midiere con cosa baja.

Con esta salva, me atreveré a decir con el Salmista: *Como el ciervo desea las aguas de las fuentes, así mi ánima desea a ti, mi Dios* [2]. Como este animal, aquejado de la sed interior y perseguido de los monteros y perros, y llegando, con apresurado camino va a las fuentes donde

---

[1] Ex 33, 19.
[2] Ps. 41, 2.

piensa aliviar su trabajo, sanar de las heridas y asegurar su peligro y refrescarse del excesivo calor que tiene, así mi alma, a quien enciende el interior fuego de tu santo amor y es de fuera combatida de muchos enemigos, viéndose por algunas partes derramar sangre, desea a ti, para que tu piadosa mano la cure y tu fuerte brazo la defienda y la guíes a la fuente de las aguas, adonde con las aguas frescas y que salen de golpe se acaba la sed.

No terná sed quien viniere a ti, fuente de aguas vivas; no terná más que desear el que llegare a tu presencia, según aquello de Isaías: *No ternán hambre ni sed, y no serán heridos del estío ni del sol, porque el Señor misericordioso les regirá, y llevarlos ha a las fuentes de las aguas* [3]. No terná entonces mi ánima más que desear ni mi voluntad terná más que querer, porque me hartaré cuando tu gloria apareciere. Ese deseo hizo a aquel hijo pródigo que, desamparando y dejando el vil oficio en que servía a los torpes deleites, te buscase con diligencia, volviendo al amor primero que te tenía, y así, llegando a tu presencia, se acabó en él la hambre que padecía y todos los otros trabajos que pasaba en el servicio del mundo. Falta el agua de tu divina consolación, como faltó a Agar fuera de la casa de Abraham; conviene, pues, a mi alma que vuelta a ti, mi Dios, ardiendo en llamas de vivo fuego de amor, porque con estos deseos encendidos en amar te busque con cuidado y vaya con diligencia a ti, Señor, donde viva y descanse. Aborrece todo lo presente quien de veras te ama y desea, y todo lo que el mundo me representa es estrechura que aprieta y congoja mi corazón, acordándome de tus celestiales palacios y de las riquezas inestimables de tu gloria. ¡Oh Señor, quien con el favor de tu espíritu se ha levantado hasta ver las anchuras grandes de tu omnipotencia y aquellas espaciosas moradas de tu santa ciudad, y cuán estrecha le parecerá toda criatura! ¡Oh cómo halla luego la vista con que topar mirando otra cualquier cosa!

No me espanto de lo que dijo tu profeta Isaías cuando, después de la contemplación de tus grandezas, se volvió a mirar lo de acá abajo. *Mirad que todas las gentes son como una gotilla de agua que se rezuma de una redoma* [4]. Estimélas como un grano, el menor que se pesa, y todas las islas como un polvo menudo. Y aun parecióle que, comparándolo a algo, había dicho poco, y así da otra sentencia más al proprio, diciendo que todo es nada y como cosa vacía, y por tal se ha de estimar. La cual sentencia

[3] Is. 49, 10.
[4] Is. 40, 15.

es de más valor que el juicio de los vanos hijos de este siglo, vecinos de acá, que se deshacen por extender los términos, como si por ser un poco más ancha la cárcel creciese más la libertad del espíritu, para el cual es tan poco todo lo temporal. Viendo, pues, mi ánima, y habiendo por experiencia conocido cómo no hinchen sus deseos todo esto de acá, movida con el estímulo de tu santo amor, desea a ti, Señor, y arde en deseos celestiales, y atormentada con la dilación, susténtase en esta vida, confiando en aquello que está escrito: *Darse ha a los justos su deseo* [5].

Oíste, Señor, el deseo de los pobres, y la preparación de su corazón oyó tu oído. Delante de ti está todo mi deseo, el cual no es otro sino de amarte y verte, donde hay cumplimiento de deseos, donde el deseo no tenga más que desear y el corazón, estando lleno de tu santo amor, esté seguro y cierto que nunca te dejará de amar, confirmando en tu gracia y amor. No dilates, Señor, misericordia mía y mi amor me da empellones y me incita para que vaya a ti y te ame para siempre.

MEDITACION LXXVIII

Cómo al que ama a Dios le es penosa esta vida

Conociendo por fe ser la presencia de ti, mi Dios y Señor, el remate de todos mis deseos, y que tanto bien no se puede alcanzar en esta vida, según aquello que dijiste a Moisén: *No me puede ver el hombre mientras vive* [1], necesario es que la dilación de esto sea molesta a quien entiende la diferencia que hay de lo que tiene a lo que espera. Y aun el deseo de la vida natural es tan grande, que hace sufrir muchos trabajos alegremente por conservarla, suele tanto sobrepujar el deseo que de verte añade la gracia, que, si no temiese por acortar el camino perderle, me quitaría este embarazo con mis proprias manos. Mas ya que a esto no da lugar tu divina ley, a lo menos llega mi corazón a estado en que, con el Apóstol, pueda decir: *Atrevémonos ya, pues que en cuerpo no se puede andar este camino y tenemos determinada voluntad de perder la compañía del cuerpo, y hallarnos en la presen-*

[5] Prov. 10, 24.

[1] Ex. 33, 20.

cia del Señor [2]. Por una parte, por la esperanza que mi alma tiene; llena de fe, no puede quitar sus ojos del cielo, adonde le tienen labrado el asiento, y pasa por todo sin quedar en nada de lo que hay en medio, diciendo con el profeta: *¿Qué tengo yo en el cielo que me baste y qué quiero yo en la tierra?* [3]

Aunque sea dado, Señor, por tu mano, es todo tan poco, que queda el alma desmayada con hambre, porque a la gloria, que es espejo de lo uno y de lo otro, nada de esto se iguala. Y no es mucho, porque la naturaleza inclina de tal manera aun a las cosas que no tienen conocimiento, que no les deja tener reposo fuera del lugar adonde las guía su natural instinto. No hay redoma de oro, por rica que sea, en que el agua esté contenta, y así, en hallando por donde salir, luego deja el lugar ajeno y se va al suyo. ¡Oh qué debe sentir el alma a quien la fe descubre lo que le está guardado y a quien tú, Señor, dices en secreto lenguaje lo que con voz clara dijiste al patriarca Abraham!: *Yo soy tu premio extrañamente grande* [4]. ¡Qué deseos debe tener de verse contigo a quien la esperanza, con inclinación impaciente, la lleva tras los olores de aquel infinito bien, en cuya presencia desaparece todo lo que acá se tiene por bueno! Sintió este gozo el justo viejo Simeón, y conociéndote por fe y viéndote tras la pared de este cuerpo mortal y pasible, luego comenzó a alear el deseo que tenía de verse libre de las ataduras de la carne que lo tenían preso, y alegrándose en el espíritu, comenzó a cantar tus alabanzas. Porque, aunque sabía que hasta después de tu muerte no podía gozarte en el cielo, pero alegrábase, porque, apartada su ánima de la pesadumbre de este cuerpo, podía mejor contemplarte.

Ardía el pecho del santo en amor, y desea verse con el Amado, porque es natural a nuestra alma caminar al sumo bien, del cual, cuando acá se comienza a gustar, es penosa la vida presente al alma que siente la suavidad y fragancia de tus olores. El ave detenida en la jaula, aunque sea la cárcel en que está de oro y plata, no le satisface ni se quieta y naturalmente desea su libertad y volar por el aire, para lo cual fué criada, y saca la cabeza fuera y busca lugar de salida.

¡Oh bondad infinita de mi Dios! ¿Y qué cárcel de cuerpo, por hermoso que sea, ni vestido de brocados ni ricas joyas, ni qué regalos de la vidra podrá dejar de ser clausura y detenimiento enojoso y molesto al ánima criada para verte y gozar de tu divina esencia en el cielo?

2 II Cor. 5, 8.
3 Ps. 72, 25.
4 Gen. 15, 1.

¡Oh qué penosa tardanza y qué prolija dilación la de esta vida, breve para los que la aman y muy larga para los que te aman! A los mundanos, breve y jocunda, y a los que desean verse contigo, muy amarga y larga vida. Todas las cosas van a ti y con ímpetuoso aceleramiento corren a su fin. Y si para entretener un ser tan grosero tanta priesa se dan las cosas de ti, mi Dios, no han tenido nueva, ¿qué sentirá mi alma que cuando llegare mudará su ser espiritual en el divino y quedará transformada en tu claridad?

No me maravilla de que los santos lloren tanta soledad, sino espántame cómo vivimos contentos sin tal compañía. No es mucho que el justo desee salir de esta vida, pues su vida es Cristo y el morir es ganancia, pero es mucho de maravillar que seamos tan amigos de nuestro bien, que la principal diligencia sea tratar de lo presente, olvidados de lo porvenir. La caridad, no tan deseosa de hallar su proprio bien como de gozarse en lo divino, y impaciente por la ausencia, enciende con suspiros continuos y lágrimas del fuego que siempre arde, y en todo lo que ve busca el rastro de lo que ama. A todos, con la esposa, pregunta si han visto a su amado, y aun se atreve a pedir a los que viven con él que le envíen de allá algunas flores y frutos con que la vida se pueda sufrir. Hace impaciente el dolor de esta llaga al que la siente, porque con el remedio crece, y cuanto más se añade la medicina, es la llaga mayor; hácese un maravilloso círculo conforme al movimiento de los cielos, porque el alma no puede sino considerar el bien que ama, y todo otro pensamiento tiene por adulterino, como dicen que hace el águila a sus pollicos si no sufren la luz del sol.

De esta consideración nace siempre el deseo, y de allí el amor, porque siempre se descubren más razones de amar, y así, con sus proprias centellas se torna a abrasar el alma, de donde nace aquella hambre que no se puede hartar sino contigo. Pan vivo que descendiste del cielo; y esto solo basta para que la vida sea aborrecible a quien sabe conocer más de lo que pasa por los sentidos. ¡Oh celestial hermosura! ¿Cuándo quitarás el velo de mis ojos y me mostrarás tu rostro, para que yo vea aquella luz inaccesible y nunca de tu presencia me aparte? Lo primero que yo ganaré con tu presencia es que yo me hallaré, porque verdaderamente agora ando perdido no solamente cuando te ofendo, sino aun también cuando te deseo; buscar en el secreto de mi corazón y derramarle he como agua ante ti a deshora.

Presentándome ante ti, desaparezco sin saber cómo y no me hallo a donde te querría buscar, sino perdido en unas fantasías que contra mi voluntad me llevan tras

sí. Cuando viniere a tu presencia pareceré, y quedará la lumbre de tu gloria, para que puedas ser visto. Entonces quedará llena mi voluntad y mi deseo cumplido, y entonces cantaré himno al Señor Dios nuestro; de las fuentes de Israel, cuando viendo a ti, mi Dios, beberé la abundancia de las aguas de la gloria y bienaventuranza eterna en su propria fuente. Agora en este destierro, cercado en Betulia del ejército de los asirios, que me combaten alma y cuerpo con tentaciones y dolores, contentarme he con una muy poca agua, entreteniéndome con estas limitadas consolaciones tuyas, hasta que venga el tiempo que beba la abundancia copiosísima de aguas en los cuatro caudalosos ríos que corren en ese paraíso de deleites.

En tanto que llega este dichoso día, tan deseado de mi alma, extiende, Señor, tu misericordia, comunica conmigo algo de esos infinitos tesoros y no mires de tal manera mis males, que te olvides de tus bienes, y si yo merecí por donde me condenes, tú no perdiste por donde me salves. Hazme, Señor, gustar por afecto lo que alcanzo por entendimiento y hazme sentir por amor lo que siento por conocimiento.

La carga es pesada y áspero el yugo de mi trabajosa vida; menester es que tú, clementísimo Señor, encogiendo en ti tu justicia y extendiendo sobre mí tu infinita misericordia, alivies la carga, esfuerces mi deseo y visites mi alma con tu gracia, para que el entretenimiento de esta vida penosa sea tolerable hasta que del todo goce de ti perpetuamente en el cielo.

MEDITACION LXXIX

Cómo el amor se manifiesta en las obras

Con mucha razón es comparado el amor al fuego, el cual nunca está ocioso, antes siempre obra en la materia dispuesta. ¡Oh fuego del santo amor, que siempre obras dondequiera que estás y acudes siempre que la necesidad se ofrece! Como no es posible tener fuego en el seno y no quemarse las vestiduras, así no cabe en razón ni se compadece tener amor y ser frío en las obras. Por lo cual en los Proverbios está escrito: *¿Por ventura puede el hombre esconder el fuego en su seno y que no ardan sus vestiduras, o andar sobre las brasas y que no se quemen las*

plantas de sus pies? [1] De aquellos santos cuatro animales, dice el profeta Ezequiel que eran como fuego, y su vista como unas lámparas encendidas; porque ardían en el divino amor, pero no estaban quedos, mas antes andaban delante de sus caras.

De esta manera, Señor, los que hierven en el espíritu de tu santo amor, no viven ociosos ni están quedos, antes andan por el camino de tus santos mandamientos, haciendo buenas obras y ocupándose en santos ejercicios. Mandabas, Señor, en el Levítico que ardiese siempre fuego en el altar, el cual sustentase el sacerdote cebándole con leña, y puesto el sacrificio que se hace por la paz sobre él, quemase la grosura y interior del animal. Este es el fuego perpetuo, el cual nunca ha de faltar en el altar de mi corazón, y tengo de sustentarle de noche y de día y de continuo con santas obras, con buenos pensamientos, con lición y oración y santos y loables ejercicios, porque por ventura no venga el Esposo a la hora que no pensamos y, faltando el aceite y muerta la lámpara, seamos lanzados de su compañía para siempre y oigamos aquella espantosa voz que dirá: *No os conozco* [2]. Susténtase este fuego con aceite, como el amor de Dios con buenas obras. Por amor de esto, el profeta Zacarías, en aquella maravillosa visión que vió con siete lámparas, vió también siete aceiteras, con las cuales el fuego de las lámparas era sustentado para que no faltase.

Y de aquí es que Salomón, con saludable consejo, amonesta a cada uno de nosotros, diciendo: *En todo tiempo, tus vestiduras sean blancas y nunca falte aceite de tu cabeza* [3]. Conviene a saber: que nunca falte en ti el amor y ejercicio de las buenas obras, porque con este aceite, como con un sustentamiento, se aumenta y se cría la llama de tu divino amor. ¿Por ventura tú, Señor y Dios mío, siendo tan grande amador nuestro, fuiste tibio en las obras? ¡Oh con cuánto hervor nos serviste, con cuánto calor negociabas nuestra salud y con cuánta diligencia y cuidado trataste nuestra redención! Nunca parabas ni descansabas, andando de una parte a otra, cercando ciudades, villas y aldeas, predicando y enseñando y confirmando tu doctrina con grandes y manifiestos milagros. Estabas predicando y curando a los enfermos; y dando salud a los que tenían calenturas, la vista a los ciegos, el andar a los cojos, limpiando a los leprosos y sanando a todos los enfermos que a ti venían de diversas partes, y después de ser muy importunado y apretándote la multitud de los

[1] Prov. 6, 27.
[2] Matth. 26, 21.
[3] Eccl. 9, 8.

pueblos hasta puesto el sol, cansado y molido, estabas en el monte toda la noche velando en oración, y aun no había amanecido, cuando ya estabas en el templo para predicar y convertir a los pecadores y recibirlos a penitencia.

Así madrugaste para usar de tus acostumbradas misericordias con la mujer adúltera; y contémplote, Señor, asentado en medio de los publicanos y pecadores con aquella mansedumbre y benignidad, al fin más divina que humana, cómo les hablas dulcemente del reino de Dios y les perdonas sus pecados. ¡Oh infatigable predicador! ¡Oh gran trabajador, solícito Redentor mío! Y ¿qué hombros de gigante pudieran llevar la carga de trabajos y sudores que por nosotros llevaste? ¿Qué hombre, aunque fuera no de hueso y carne, sino de acero o de otro más recio y fuerte metal, no se acabara y deshiciera con tan grande peso? No trato agora de tu acerbísima muerte y muy dolorosa pasión, sino de tu trabajosa y penitente vida, de los trabajos de la predicación y largos sermones, de aquella suma diligencia con que buscabas la salud de nuestras almas y del trabajo incomportable que por nosotros sufrías.

Pues si obras son amor, digan el amor que nos tuviste los endemoniados que curaste, los cojos que sanaste, los enfermos a que diste salud y los muertos a quien diste vida. ¿Qué mayores testimonios quieres, ánima mía, del amor inefable que te tiene tu esposo, Jesucristo? ¿Qué más claro argumento del extraño y estupendo amor con que eres amado de tu buen Señor y Redentor? Obras grandes, trabajosas y penosas, y que no se pudieran tolerar si el amor tan sin medida de quien las hacía no las sustentara. Y como por todo el discurso de tu vida, clementísimo Señor, amases a los tuyos que tenías en el mundo y con tan esclarecidas obras mostrases el amor que les tenías, en el fin, cuando te despedías de ellos, claramente, con manifiestas obras, les declaraste cuán de veras los amabas dándoles tu proprio cuerpo en manjar y haciendo a ti mismo, como amoroso y gran pastor, mantenimiento de tus ovejas. ¿Duermes, pues, agora, ánima mía, con estas cosas? ¿Qué dices a esto? ¿Parécete que será justo que estés ociosa y durmiendo viendo a tu esposo, Jesucristo, sudando, cansado y fatigado y hecho pedazos por tu servicio?

¡Oh verdadero amador de nuestras almas, Redentor mío y dulzura de mi vida! ¿Cómo no amaré a ti, mi Dios, bondad infinita y todo mi bien, y cómo no trabajaré y sudaré, sin estar un punto ocioso, y por qué no me ocuparé en obras buenas hasta acabar la vida en tu servicio y perderle, si fuere menester, por el que la perdió por dármela, y trabajar hasta morir por aquel que a sí mismo se desha-

cía por darme descanso? Aquel que con tantos trabajos nos amó, que dice de él un profeta que trabajó sufriendo mucho, no es razón que sea amado con vida ociosa, sino que den las obras testimonio del amor que le tenemos. Por lo cual tú, bienaventuranza mía y Salvador mío, siempre que nos encomendaste el amor, trataste luego de las obras.

Hablando de este tu amor santo, dijiste en el Evangelio: *Si me amáis, guardad mis mandamientos* [4]. Y también dices otra vez: *Si alguno me ama, guardará mi palabra.* Y del amor de los prójimos dijiste: *Esto os mando: que os améis* [5]. Y añadiste luego, tratando de las obras: *Ninguno tiene mayor caridad que el que pone la vida por sus amigos.* Y cuando dabas doctrina del amor que hemos de tener a los enemigos, en mandándonos que los amásemos, dijiste: *Haced bien a los que os aborrecen* [6]. Trajiste el fuego de amor del cielo a la tierra. Y como no querías que estuviese ocioso, sino que obrase, ardiese y quemase, dijiste de esta manera: *Fuego vine yo a traer a la tierra, ¿y qué quiero yo sino que arda?* [7] No quieres, Señor, que el verdadero amante deje morir el fuego de tu divino amor en su pecho, sino que arda y se descubra, obrando y dando testimonio con santos ejercicios del amor que te tiene. ¿Por qué destruíste, Señor, la higuera que estaba plantada en la viña sino porque no daba fruta? Por amor de esto, tu santo apóstol San Juan nos aconseja, diciendo: *Hijos: no amemos con sola palabra y lengua, sino con obra y verdad* [8]. Así, tú mismo estás diciendo a una ánima santa en los Cantares, enseñándole cómo quieres ser amado: *Ponme por señal encima de tu corazón y por señal sobre tu brazo, porque fuerte es el amor como la muerte.*

Hablando, Señor, del amor y de sus fuerzas, quieres que te traigamos en el corazón y en el brazo, porque el amor no sólo ha de estar en el corazón, sino también en el brazo, manifestándolo con las obras. Quieres, Señor y Dios nuestro, que de dentro y de fuera resplandezca en nosotros tu santo amor, amándote interiormente y mostrándolo en las obras exteriores, y por amor de esto dijiste a tus apóstoles: *En esto conocerán que sois mis discípulos; si hubiere amor entre vosotros* [9]. Las obras de fuera dan testimonio del amor de dentro, y con este testimonio y señal de amor, quieres, Señor, que anden almagradas tus

[4] Ioan. 14, 23.
[5] Ioan. 15, 17.
[6] Matth. 5, 44.
[7] Luc. 12, 49.
[8] I Ioan. 3, 18.
[9] Ioan. 13, 35.

ovejas. Está uno desmayado, y piensan que está muerto, pero hallándole pulso, dice el médico que está vivo, y cuando no le halla pulso, tiénelo por muerto. El pulso no es vida, pero da testimonio de vida, lo cual consiste en tener el cuerpo dentro de sí el alma. La vida del alma es el amor de Dios, y el que éste tiene, vive; pero las buenas obras, así como el pulso, dan testimonio que hay vida de amor en el alma. Así es justo, Dios mío, que yo te ame y que declare el amor que tengo con obras, pues las tuyas fueron tan grande testimonio del infinito amor con que nos amaste.

MEDITACION LXXX

Cómo el amor de Dios da el mérito a nuestras obras

Tan noble cosa es, Señor, este tu santo y divino amor, que aunque nos mandas hacer buenas obras, ninguna de ellas ni todas juntas, por muchas y muy grandes que sean, las aceptas para darnos por ellas gracia ni gloria, si no van acompañadas de tu santo amor. Tu santo amor es el crisol donde se purifican todas nuestras obras virtuosas, las cuales tanto tienen de mérito cuanto hubieren de amor. Este es aquel siclo o peso del santuario con el cual se pesan todas las cosas, porque así está escrito en el Levítico, donde dice que toda estimación y todo valor se pesará con el siclo del santuario [1]. Y como se hacía en aquello figurativo, así se hace en esto verdadero. Lo mesmo se hace en el santuario del cielo, donde todos los dones se pesan en el siclo del amor. Si ofrezco, Señor, a tu Divina Majestad lágrimas, oraciones, ayunos, limosnas o otra cualquier obra buena, es menester que se pese en el peso del amor, porque según los granos que cualquier moneda tuviera de amor, terná el peso y mérito ante tu divino acatamiento.

Tanto terné en el cielo de gloria y honra cuanto aquí llevare lo que hiciera de amor y gracia. Medida llena, buena y abundante me será dada en mi seno, pero ha de ser pesada con este siclo y peso del santuario, donde se pesa todo lo que se ofrece. Miraré que puesto en la balanza no sea hallado falto y tan sin peso que perezca, y por amor de eso es bien que procure agora mucho y con todas mis

[1] Lev. 27, 15.

fuerzas en esta vida mortal de no carecer de este tesoro y peso de amor. Mira, pues, ánima mía, que no carezcas de esta perla preciosa y sobrepujante margarita, y que vendas todo cuanto tienes por comprarla, y que ames cada día más y más, y en esto siempre te confirmes, porque vano y ocioso es todo el tiempo que en esto no se gasta y vana y sin fruto es toda la obra que a esto no se endereza.

Eres, Señor, tan liberal y tan bueno, que ninguna cosa recibes de nuestra mano sin que te ofrezcamos primero nuestro amor y voluntad. Buena obra hacían aquellos doscientos y cincuenta varones que ofrecían incienso en el tabernáculo, pero salió y quemóles a todos, porque no tenían tu santo amor, sin el cual no aceptas nuestras obras. Todas las virtudes y cuantos bienes hacemos son de pequeño mérito sin la caridad y amor tuyo. El carmesí ningún color recibe si no se engrana primero, y así las virtudes no reciben color de mérito eterno si no se engranan con la caridad. Por amor de esto mandabas que los sacrificios que se habían de sacrificar pasasen por fuego. ¿Qué quieres con todos estos mis pequeños servicios sino que vayan mis obras y todo lo que hago acompañado de tu santo amor? ¿Qué hiciste tú por mí que no viniese echando de sí fuego y ardentísimas llamas de amor? Así quieres que todo sacrificio que te ofreciere y todas las buenas obras que hiciere vayan llenas de tu santo amor, para que sean a tu Divina Majestad aceptas.

Por amor de esto aceptaste el sacrificio de Abel y no el de Caín, porque el uno ofreció con amor, y no el otro. Llora Esaú y llora la Magdalena, y las lágrimas de la Magdalena fueron aceptas, y las de Esaú, reprobadas, porque amaba la verdadera penitente y las lágrimas y arrepentimiento de Esaú estaban sin tu divino amor. ¿Qué aprovechan los mares de lágrimas, los encendidos deseos, los ardientes suspiros y el muy intenso dolor y gran arrepentimiento sin este tu santo amor?

La vida es trabajosa; cercado ando de dolores, rodeado de enfermedades y de muchas cosas que me dan enojo y molestia, y el hombre nacido de mujer es lleno de muchas miserias. Pues el trabajo no se excusa y la pena no puede nadie evitar por muy alto y próspero estado que tenga, ¿por qué, Dios mío, seré yo tan imprudente y mal avisado que estos males que así como así tengo de pasar, sin poder de ellos huir, no los aprovecharé amándote, pues podía, mezclándolos con tu santo amor, merecer con ellos el cielo y alcanzar la bienaventuranza?

¡Oh cuán locos son, Señor, los que no te aman y cuán perdidos y desatinados andan los que dejando tu santo

amor traen la salvación en balanza y la vida en continuo tormento y pena! Locura es no aprovechar el tiempo, no dar vida a los trabajos de esta vida esmaltándolos con tu divino amor, haciendo la vida sabrosa y meritorios sus trabajos de vida eterna cuando viviendo en caridad son por amor de ti alegremente sufridos. Gracias te doy infinitas, Señor, pues por tan breves trabajos y pequeñas obras nuestras tienes por bien de darnos tu gloria, y porque la compremos más barato, quieres que te amemos porque más dulcemente vivamos.

Deseas para nosotros todo bien, y no quieres premiar con bienes eternos sino las obras hechas con amor y caridad, porque por este camino nos traigas a tu divino amor, y así vivamos aquí vida jocunda y entremos después en la vida gloriosa. Así como la tierra es de sí estéril y no da fruto si no es ayudada de las influencias celestiales, de esta manera, la esterilidad de nuestra alma es causa que ninguna obra suya, por buena que sea, pueda dar fruto si no fuera hecha en gracia y amor tuyo. Hay unas peras de invierno que no se pueden comer si no se asan primero al fuego. No comes, Señor, nuestras obras ni las aceptas, por buenas que sean, para el hecho de premiarlas con gloria perdurable si no fueren asadas con el fuego de tu divino amor.

El amor es el que da sabor a todo cuanto hacemos y el amor da el valor y precio a nuestras buenas obras; porque no solamente, Señor, este tu santo amor es en sí precioso, mas es el precio de todas las otras cosas. ¿Qué es la ciencia, qué es la elocuencia, qué es el rezar ni la limosna y ayuno, ni otra cualquier cosa por grande que parezca, sin el amor? El Apóstol por nada tiene la fe, aunque traspase los montes; ni las lenguas de los ángeles, ni hombres, ni el martirio, ni el dar todos los bienes a los pobres, sin la caridad. Más agradable y graciosa te fué la pobre ofrenda de la viuda que los ricos dones que te ofrecieron los poderosos en el templo, porque tú, Señor, no miras al cuánto, sino de cuánto; no miras a la hacienda, sino a la voluntad, y no miras cuánto damos, sino con cuánto amor lo damos. Por amor de lo cual tu santo apóstol dice: *Haced todas vuestras obras en caridad* [2].

Este es el artificio que tienes en tratar con los hombres: que más estimas y pesas la voluntad y principio de donde mana la obra que la misma obra. Aunque yo quiera comprar en las tiendas, no hallaré cosa que busque por un poco de cobre que diere; pero si pusiere en él las armas del rey y fuere moneda corriente, compraré lo que

[2] I Cor. 16, 14.

quisiere. Son nuestras obras de tan bajo metal, que no teniendo las armas reales de tu divina gracia, no hallaré sino pocos, pues no mereceré con ellas sino bienes temporales; pero si en ellas estuvieren esculpidas las armas del Rey celestial, que son la gracia y tu santo y divino amor, podré merecer vida eterna.

¡Oh inestimable don el del amor! ¡Oh precioso tesoro y soberano bien, pues tanto vale y puede, que no sólo en sí mismo es bien sobre todo bien y vale lo que no tiene precio, pero da el valor y precio a todos las otras cosas! Por éste somos hechos celestiales, de terrenales y viles que somos; y por él nuestras obras, bajas y pequeñas, suben al cielo y entran en el acatamiento divino.

MEDITACION LXXXI

Del fin del verdadero amador de Dios

Como el fin, aunque sea el postrero en la ejecución, es el primero en la intención, así el amor, que, como dice tu santo apóstol, es fin de todos los preceptos, ha de ser el que ha de ir delante en todo lo que yo, Dios mío, hiciere por amor de ti. El fin da el ser a cualquier cosa, y tales serán mis obras cual fuere el fin último y intención que tuviere en obrarlas. Tú, Señor nuestro, eres el que dices: *Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo será claro, y si tu ojo fuere malo, será el cuerpo lleno de tinieblas* [1]. No quisiste en esto significar otra cosa sino enseñarnos que el fin y buena intención de la obra es la que la hace buena o mala, cuando la tal voluntad y buena intención va regulada por tu santa ley. El fin último y perfecto que ha de tener mi amor no ha de ser otro ni será otro para siempre sino sola tu bondad infinita.

Voluntariamente te sacrificaré, Señor, y confesaré tu nombre, porque eres bueno. ¿Por ventura confesaré tu nombre y te alabaré porque das dineros o nos haces ricos? No, sino porque eres bueno. Amamos a uno porque es bueno y virtuoso; que la misma justicia nos constriñe a hacer virtud, o, por mejor decir, la virtud nos constriñe a hacer justicia y tenerle amor, o porque nos ama, o porque esperamos de él algún bien provechoso. Y si cualquiera de estas cosas basta para amar a uno, ¿cuánto más

---

[1] Matth. 6, 22.

debo amar a ti, mi Dios, en quien concurren todas las causas de amor? Si tengo atención a virtudes y bondad, ¿quién más digno de ser amado que tú? ¿Quién tan perfecto como aquel de quien procede toda perfición? ¿Quién tan bueno como el que es suma bondad?

Verdaderamente, Señor, aunque no hubieras padecido por nosotros ni nos hubieras criado ni hecho algún bien, sólo por quien eres te debemos amar, porque el amor es una natural inclinación que tenemos al bien, y así, cuanto la cosa es más buena, tanto es más digna de ser amada, Pues ¿qué cosa más buena y más digna de ser amada que tú, mi Dios? ¿Qué cosa buena puedo yo amar que no la haya en ti en grado eminente? ¿Qué cosa más linda y de mayor perfición puedes amar, ánima mía, que a tu Dios? Ensancha, pues, los senos de tu corazón y extiende tu deseo cuanto quisieres y cuanto pudieres, que toda la hartura está en él. A él solo debes amar, por ser sumo bien y bondad infinita, por lo cual, si pecaste, más te debes arrepentir porque con tus pecados ofendiste a Dios que por la gloria que perdiste pecando, ni que por las penas del infierno a que te obligaste. Si amas a Dios más que a ti, más debes sentir la ofensa que es contra Dios que el daño que es contra ti. Saúl y David pecaron, y ambos fueron reprendidos por dos profetas y lloraron sus culpas, y David fué perdonado y no Saúl, porque el uno lloraba por haber ofendido a Dios, y el otro, por haber perdido el reino. Si haces buenas obras, todo tu estudio sea procurar de agradar y contentar a sólo tu Dios y Señor y trabajar por darle contento y porque él lo manda y se sirve de ello, sin pretender tu interese o proprio provecho.

No busques a ti misma, mas busca a Dios en todas tus cosas, y a él sólo has de traer delante de tus ojos, según aquello que él mismo dice: *Ponme por blanco encima de tu corazón* [2]. Siquem y su padre Emor recibieron la circuncisión, despreciando la idolatría, y aunque esto era bueno, tuvo mal suceso, porque no se movieron por Dios sino por codicia de poseer los bienes de la casa de Jacob, como se declararon cuando dijeron a su pueblo: *Si circuncidamos a nuestros hijos, será nuestra su hacienda y sus ganados y todo cuanto tienen* [3]. ¿Qué aprovechó, Señor, el servicio que éstos te hicieron, pues no te dieron su amor? ¿Qué damos aunque demos cuanto tenemos, si no damos a nuestro amor?

Todos los dones nacen del amor, y cuando damos

---

[2] Cant. 8, 6.
[3] Gen. 34, 22 s.

nuestro amor, damos todo lo que somos; y a quien el amor no damos, ninguna cosa damos. El primer don es el amor, y ninguno nos dió jamás alguna cosa por amor sin darnos primero su amor. Y cuando tú, Señor y Dios nuestro, comenzaste, después de tu ascensión gloriosa, a alumbrar a tu Iglesia con tantas gracias y beneficios, lo primero que hiciste fué enviar el Espíritu Santo, el cual no es otra cosa sino amor. No quieres, Señor, que te volvamos las gracias que tú nos diste, pero quieres que te volvamos y tornemos el amor amándote, pues nos amaste, y dando amor por amor. Y si eres todo amor y debemos ser a ti semejantes, hemos de ser hijos y no siervos. ¿Cómo podemos ser a ti semejantes, y cómo podemos ser hijos tuyos sin amor? En otro tiempo querías ser temido, porque aquellos corazones de siervos no se podían levantar a tanta generosidad de ánimo que te amasen, lo cual es proprio de ánimos nobles y corazones generosos. No somos hijos de la sierva, sino de la libre, la cual libertad nos dió Cristo.

¡Levantemos, levantemos nuestros corazones como libres y ahidalgados, para que amemos a nuestro librador y Redentor, pues nos sacó de la servidumbre del pecado y cárcel tenebrosa y nos trajo a su admirable luz!

No puedo vivir sin amor, y así es necesario que yo ame a mí mismo o otra cosa que no sea yo. En mí no hay cosa buena si no está Dios en mí, y fuera de mí, ninguna cosa es digna de mi amor, y encima de mí no hay sino Dios, cuya imagen soy y semejanza. Muy frío es el que no se calienta; muy duro, el que no se enternece, y muy ingrato, el que no da lugar a tu santo amor. El espíritu del hombre nos hace ser hombres, y el espíritu de Cristo nos hace cristianos. Y ¿cuál es el espíritu de Cristo sino el Espíritu Santo? Y ¿qué es el Espíritu Santo sino amor? No tienes, Señor y Dios nuestro, necesidad de nuestros sacrificios, ayunos ni limosnas. Amor pides, amor demandas y quieres, y aunque tampoco tienes necesidad de nuestro amor, pero quieres que te lo demos, y con él te contentas; y no aceptas los servicios que te hacemos si no van esmaltados con amor.

¡Oh dulce Jesús! ¡Oh dulce amor, haz que yo guste con amor de lo que gusto por entendimiento! Conozco, Señor, con cuán ardiente y inflamada caridad te debo amar, pero soy tibio para amarte. Soy todo tuyo por deuda y obligación; haz que también sea tuyo de esta manera, por amor, para que no ame a otro sino a ti, ni piense en otra cosa sino en ti, y no desee otra cosa sino a ti, y no se enderece el ojo de mi intención sino en ti, ni sirva a otro con el cuerpo ni con el ánima sino a ti.

Ante ti está, Señor, mi corazón, y trabaja por ponerse en tus manos, y esto no puede hacer por sí solo; haz tú, que puedes, lo que él solo no puede y admíteme en el amado seno de tu amor. Yo te busco y llamo, y pues tú haces que yo te busque, haz también que te halle. Tú me das la gracia para que te busque y ruegue; concédeme lo que te ruego. Tú moviste mi mano para que yo llamase a las puertas de tu misericordia, no permitas que esté fuera de tu amor, del cual está colgada mi vida. El es vida de mi alma y el que da mérito y valor a todo lo que hago; sustenta a mi alma y es dulce manjar de ella y la guía y encamina para que llegue a la bienaventuranza eterna. El me lleva a ti y me muestra el fin último y verdadero bien que debo para siempre amar y la intención que he de tener en todas mis obras. ¡Cuántos hubo que hicieron muy grandes cosas y después de muchos trabajos y gastos no hallaron nada!

El apóstol San Pedro dijo: *Por toda la noche trabajando, ninguna cosa tomamos; pero en tu nombre, Señor, lanzaré las redes en el mar* [4]. Y como esto hiciese, tomó grande multitud de peces. Todas mis obras irán, Señor, reguladas y registradas por la ley de tu santo amor, y por ti solo, pues *en ti vivimos y nos movemos y somos* [5]. Esto es lo que tu santo apóstol dice: *Si coméis o si bebéis o hacéis otra cualquier cosa, haced todo esto a honra y gloria de Dios* [6]. Y en otro lugar dice: *Todo lo que hiciéredes, sea en nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando gracias a Dios* [7].

MEDITACION LXXXII

CÓMO EL AMOR DE DIOS ES MUY PROVECHOSO

Si no quieres, ánima mía, amar a tu Dios porque es Dios, ámale siquiera por ti, porque ¿qué cosa hay más provechosa que el amor de tu Dios, con el cual aquí y en el otro mundo vive bienaventurada vida todo amante? *A los que aman a Dios*—dice la Escritura—, *todas las cosas les salen bien* [1]. Mira el buen suceso que tuvo José en

[4] Luc. 5, 5.
[5] Act. 17, 28.
[6] I Cor. 10, 31.
[7] Col. 3, 17.

[1] Rom. 8, 28.

Egipto, el cual, después de ser vendido de sus hermanos y falsamente acusado, sacó de Dios con mucha honra para ser señor de aquel reino. Hizo la casta Susana lo que debía como amiga de Dios, y aunque condenada del mundo a cruel muerte, cuando parecía que su inocencia quedaba del todo oprimida y perdida su vida y honra sin esperanza de remedio, vino el socorro y favor divino, y sucedióle tan bien, que ganó vida honrosa y perpetua fama y gloria. Lo mismo leemos en las divinas letras haber acaecido a los mozos que Nabucodonosor lanzó en el horno de fuego en Babilonia, y a Daniel puesto en el lago de los leones, a los cuales. con otros muchos que dejo, el amor que tuvieron a su Dios libró de los peligros y les sucedió bien en todas sus cosas.

Los pastores, que amaban a Dios y deseaban ver al Verbo divino humanado, viniendo a Bethleem en la noche del nacimiento del Señor, hallaron lo que deseaban, y así como les fuera dicho por el ángel y todo lo que querían muy a su gusto y sabor; porque entiendas y veas claramente cómo a los que aman a Dios todas las cosas suceden en bien. Y aun si lícito es decirse, hasta los mismos pecados suelen a los amigos de Dios servir de aviso para adelante, pues, levantándose de ellos por verdadera penitencia, son después más humildes, hervientes, cautos, recatados y más prudentes.

Más humildes y santos fueron David, San Pedro y San Pablo después que pecaron que antes que cayesen en pecados, el cual bien tampoco se ha de atribuir a cosa tan mala como la culpa, sino a la bondad y gracia divina, que saca bienes de nuestros males. No permitiría Dios los males en el mundo si no pensase sacar de ellos muchos bienes, ni se hace cosa en el mundo que no traiga algún provecho al bien universal, y así todos los bienes y males, así proprios como ajenos, se convierten en bien a los buenos. Mas a los que no aman a Dios, aunque parezcan tener algunas virtudes, todo, por el contrario, se les hace mal y se les convierte en mal y los despeña en el infierno. Ensoberbeciéndose en las virtudes, levántanse en alto, para que más ligeramente sean despeñados, según aquello que está escrito: *Abajaste a los que se levantaron*[2]. Y otra vez dice: *Porque levantándome me heriste.* A los que aman a Dios, todo el mundo parece que se les ríe, toda criatura les obedece y son grandes señores de todo, porque, sujetándose ellos al Señor de todos, de todo se hacen señores. Mas a los malos y menospreciadores de la Divinidad, toda naturaleza parece que les persigue y toda

[2] Ps. 72, 17.

criatura los aborrece. Nunca les falta un temor, nunca un trabajo; siempre están con recelo, siempre en mil sobresaltos, porque doquiera la criatura se encruelece contra los malos en venganza de su Criador, como está escrito: *Peleará por él la redondez de la tierra contra los insensatos* [3]; y ¿quién más sin seso que aquel que puede, amando, poseer todas las cosas y las pierde todas no amando?

Si la amistad del rey es cosa tan noble que ninguno hay que no la estime en mucho y se honre de ella, ¿cuánto es cosa más prestante la amistad de ti, mi Dios y Señor? ¿Cuánto de mayor estimación y excelencia es ser el hombre tu amigo? Pues en mi mano está alcanzar esta amistad, la cual conseguiré amándote. De esta amistad se sigue mucha honra para mí, conforme a aquello que está escrito en el Salmo: *Muy honrados son, Señor, tus amigos* [4]. Pues si esto es así, ¿qué es la causa, ánima mía, que tan de asiento y de propósito andas apacentando tu corazón en el amor de las criaturas, mendigando en ellas unas gotillas de agua turbia y desabrida que más te provoca y enciende la sed, y desechas la limpia y abundante fuente de todos los bienes, en la cual sola se puede matar tu sed? ¿Qué cosa puedes desear que no la halles muy enteramente en tu Dios? Si te deleita el saber, sapientísimo es, porque su sabiduría no tiene número. Si la hermosura, hermosísimo es, porque hermoso es más que los hijos de los hombres. Si el poder y fortaleza, fuerte es y poderoso, porque es Señor fuerte y poderoso: Señor fuerte en las batallas. Si deleite y placeres, sus deleites están a la mano derecha hasta el fin. Si hartura, serán embriagados con la abundancia de tu casa. Pues ¿cómo sabiendo yo que esto y mucho más hay en ti, mi Dios, y que todos estos bienes alcanzamos amándote ando perdido y desatinado tras la miseria de las criaturas?

Como la cera blanda recibe en sí la figura del sello que imprimen en ella, así mi ánima, aplicándose a ti, mi Dios, por amor recibe en sí la forma de tu hermosura. Y como ninguna hermosura sea mayor que la suma hermosura ni le falte alguna condición de hermosura, por la cual el ánima, levantada por amor a la suprema hermosura, no carecerá de hermosura superior a ella y toda otra hermosura resplandecerá muy poco delante de ella, ¿quién dirá, Señor, los provechos y bienes que alcanza mi alma llegándose a ti por amor? Participa y goza de los infinitos tesoros que hay en tu Divina Majestad. Comunicando tu infinita bondad, das riquezas inestimables a quien te ama.

[3] Sap. 5, 21.
[4] Ps. 138, 17.

Hace el amor que participemos de tu infinita sabiduría, porque el amor es conocimiento de la misma sabiduría divina. No sé por qué trabajamos tanto y nos fatigamos cada día por cosas que son nada, como podemos poseer al Criador de todo y tener con él todas las cosas. ¿Pues qué buscamos agora y queremos? Si yo puedo con tanta facilidad poseer todo el bien ¿por qué busco con trabajos cosas llenas de calamidades y miserias? ¡¡Oh Señor y Dios mío! ¿Qué hago yo sino injuriarte, dándome tú a ti mismo tan liberalmente?

Ningún bien se te acrecienta por estar con nosotros; y así nos amas, que estar con nosotros dices que son tus deleites. ¿Por qué, Señor, me amas tanto que te das a ti mismo de mejor gana a mí que ninguna otra cosa que te pido? No sabes dar poco, y por darnos todos los bienes contigo, te das a nosotros, y para hacernos tanta merced quieres que te amemos. Sólo el amor es nuestra posesión, y a quien damos nuestro amor, damos todo lo que poseemos; y si éste perdemos, es cosa clara que perdemos cuanto tenemos; y entonces perdemos nuestro amor, cuando le damos a quien no le habíamos de dar. Y pues todo nuestro bien o mal es nuestro amor, bueno o malo, síguese que la virtud no es otra cosa sino un buen amor, y el vicio o pecado no es otra sino mal amor.

Aquel es virtuoso cuyo amor fuere bueno, y vicioso o malo, aquel cuyo amor fuere malo. Si una vez yo conociere cómo todo mi bien consiste en el verdadero y buen amor, habiendo de esto entera noticia, conoceré luego cuál es todo mi bien y cuál es todo mi mal. Este es mi único bien y mi precioso tesoro, el cual no debo yo dar sino a quien es todo mi bien y gloria mía. ¡Oh cuánto bien hago a mí mismo y cuán provechoso es para mí amar a ti, mi Dios, pues por amor te poseo, y poseyéndote gozo contigo de infinitos bienes y riquezas sin cuento!

MEDITACION LXXXIII

Cómo Dios nos llama para que le amemos

Siendo tú, mi Dios y Señor, la suma bondad y perfición infinita, hacedor y conservador de todas las cosas y lleno de deleites y riquezas, ¿qué es esto, que andas entre las mismas criaturas que criaste buscando alguno

que te ame y apenas le hallas? Tú eres, Señor, el que dices en el Evangelio: *Si hay alguno que me ame, guarde mi palabra* [1]. ¿Cómo es esto, Dios mío, y qué quiere decir que digas si hay alguno que te ame? ¿Es posible que siendo quien eres haya alguno que no te ame?

¡Oh qué lástima tan grande! ¡Oh qué confusión y vergüenza la nuestra, que anda Dios buscando uno que le ame y aun cuasi no le halla! ¡Oh gentes ciegas y perdidas!; y de cuantos hay entre vosotros que amáis la carne y el mundo y a vosotros mismos, ¿no habrá alguno que, volviendo las espaldas a tan grandes abominaciones y cosas dignas de sumo aborrecimiento, ame al sumo bien y la bondad infinita de nuestro Dios? El que es infinitamente bueno y, por el mismo caso, infinitamente atractivo y en el mismo grado digno de ser amado, halla tan pocos que le amen, que en número singular dice si por ventura hay alguno que le ame. Y viendo, Señor mío y todo mi bien, que mostrándote quién eres a todos los hombres en las obras de tus manos no basta para atraer a tu amor su rebelde y obstinado corazón, hácesles muchos bienes y prométesles bienaventuranza eterna porque te amen, y con todo esto, ninguno quiere ni aun mirarte, porque los míseros mortales determinaron de bajar sus ojos a la tierra.

Veo que en los Cantares estás rogando a tu criatura y la provocas y la incitas a tu amor, diciendo: *Ábreme, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía* y por todas maneras mía, ábreme, y si no quieres abrirme por mí, a lo menos ábreme por ti, *porque mi cabeza está llena de rocío* [2]. Mi divinidad está llena de toda suavidad y dulzura, pues luego ábreme y cenaré contigo, y no a costa tuya, porque yo de mi hacienda haré todo el gasto, y te porné delante manjares suavísimos y muy deleitables. Y el ánima ingrata con todo esto, respondió con indignación desde la cama, diciendo: *¿Heme desnudado de mi vestidura y téngola agora de tornar a vestir? Lavé mis pies, ¿cómo los tornaré a ensuciar agora?* [3]. ¡Oh ingrata, oh mísera y ciega! ¿Y así respondes a tu Amado y a tu Dios? ¿Así menosprecias a tu Criador y amador tuyo? Abre, misérrima, que no te ensuciarás, mas antes te lavarás; no trabajarás, antes descansarás; no serás inquieta, mas antes bien te alegrarás.

No la dejó el piísimo amador suyo en su dureza, mas antes metió su mano, y así, lo que primero había despreciado la voz, a su tocamiento se le movieron las entrañas,

[1] Ioan. 14, 23.
[2] Cant. 5, 2.
[3] Cant. 5, 3.

y vencida y sobrepujada de la fortaleza de aquel tocamiento, se levantó congojosa para abrir a su Amado. Mas ya él se había ido y desaparecido, pues con mucha razón, pues que loca y protervamente y con tanta indignación lo había ella antes menospreciado. Y verla héis ir a la infelice discurriendo por las calles y por las plazas voceando y llorando y conjurando a las hijas de Sión que, si hallaren a su Amado, que le denuncien y digan su amor. Búscale y no le halla, llámale y ninguno le abre. Llámale y no hay quien le responda, por lo cual, toda llorosa, se derrite y deshace de amor y enferma justamente, recibiendo en sí la venganza de su dureza, para que así como menospreció al que la buscaba, agora, ella que busca, sea menospreciada, y la que no tuvo, en nada sea tenida.

Así lo acostumbras a hacer, Señor y Dios nuestro, porque tocas para que seas conocido y huyes para que seas buscado. Llamas y te escondes, provocas y te vas, convidas y apártaste: no menos piadoso cuando te vas que cuando vienes. ¿Por ventura no vemos por experiencia acontecer eso muchas veces cuando sigues a uno mucho tiempo con inspiraciones, con mercedes, con tribulaciones y enfermedades, para despertarle a tu amor y que, despreciando el mundo, te siga, el cual, finalmente vencido por ti, deja el mundo y cuanto tiene y te sigue? Entonces, cuando más eres buscado y con mayores deseos, te escondes de él y dejas al que mucho te ama y tienes por bien de no oír al que en pos de ti vocea. Mas no quieras cesar, ánima mía, no quieras cesar, ni desfallecer, ni desmayes. Cerca la ciudad, conjura a las hijas de Jerusalén, solicita a los ciudadanos, pregunta a las guardas, que ellas te saldrán al encuentro, ellas te ayudarán a que llegues presto, porque puedas correr, y despojarán de tu vieja vestidura, y como los hubieres pasado un poco, sin duda ninguna encontrarás al deseado de tu corazón.

Pásalos y no te detengas en ellos, porque no te ayudarán, antes te estorbarán. Entonces te alegrarás y gozarás; entonces te gloriarás de todo el trabajo pasado; entonces quitarás de ti toda tristeza y gozarás de tu deseado bien y Esposo tuyo en la gloria celestial. Gozarás de la fuente perennal de la dulzura que mana del abismo de las consolaciones celestiales, que refresca y recrea el corazón abrasado y encendido en amor.

¡Oh cuán grande es, Señor, Dios mío, la multitud de tu dulzura, la cual escondiste a los que te aman! Escondístela porque la guardaste, no porque la escondiste. Escondístela cuando más la multiplicaste. Suele lo que se esconde buscarse con más diligencia y, hallado, amarse más fuertemente. Los deseos que tú dilatas no se dismi-

nuyen, mas antes se acrecientan. Tu amor no es transitorio, sino eterno. Los que te aman no están tibios, sino hervientes. No está tu amor ocioso; tu memoria es más dulce que la miel, y pensar en ti, más suave es que todo manjar. Hablar de ti es refección cumplida; conocerte, consolación perfecta; llegarse a ti, vida eterna, y apartarse de ti, muerte perpetua. Fuente viva a los que tienen sed de ti y manjar que nunca falta a los que tienen hambre de ti, gloria a los que te buscan y gozo a los que te hallan. Tu olor resucita a los muertos, tu vista sana a los enfermos, tu luz expele toda tiniebla y tu visitación lanza toda tristeza.

¡Dios mío, gloria mía!: escondes tu tesoro para incitar al codicioso, guardas la perla para acrecentar el amor del que la busca, dilatas el darla por enseñar a pedirla, haces que no oyes al que la pide para que persevere. Así te escondías de tu devota discípula Santa María Magdalena cuando te buscaba entre los muertos, estando vivo, porque perseverase buscándote, y porque perseveró esperando y con esperanza perseveró, mereció hallarte y verte resucitado. ¡Bienaventurada vista, tan gozosa y alegre! ¡Oh sumo gozo y alegría consumada, deseable rostro y vista jocunda! ¡Oh esperanza y dichosa perseverancia! Si no esperara, no perseverara, y si no perseverara, no alcanzara el fruto de la esperanza. Pues así, Dios mío y esperanza mía, te escondes a los que te temen, que puedes ser hallado de los que esperan en ti; y así te apartas de los que te buscan, que te llegas a los que perseveran. Escrito está: *Perecerán los que se apartan de ti, pero los que esperan en ti no serán confundidos* [4]. Los que te temen esperen en ti, porque tú eres su protector y ayudador de ellos.

Por el temor se viene al amor. Has de ser temido como Señor y amado como Padre. *Tu temor santo permanece por todos los siglos* [5], porque hace permanecer a los santos que posee. Ninguna cosa falta a los que te temen, porque tus ojos están sobre ellos, y tus oídos, en sus ruegos. Misericordia mía, refugio mío, recibidor mío y librador mío, así me pon tu santo temor, que no me niegues tu amor; así te esconde de mí, que acrecientes mi deseo, y así me has participante de los que te temen y guardan tus mandamientos, que por la servidumbre del temor venga a la alteza de tu divino amor, de manera que arda mi corazón perpetuamente en el fuego de perpetuo amor.

---

[4] Ps. 72, 27.
[5] Ps. 18, 10.

MEDITACION LXXXIV

Cómo el amor nos lleva a Dios

El amor es fuego que enciende y abrasa mi alma, y así, en la sequedad y sed que tengo de ti, mi Dios, que eres—como dice el Salmista—*fuente de aguas vivas*[1], te buscará mi corazón con ardientes deseos. Tengo sed, porque la prolijidad del tiempo no falta aquí, ni la pasión, si tal nombre puede convenir a tan razonable pena. Otros trabajos el tiempo los ablanda y cura, pero éste cada día es mayor, porque, naturalmente, ardiendo mi alma en tu divino amor, no sosiega ni descansa hasta ver el amado fuera del velo de la carne, que impide esa noble y gloriosa vista. No daré descanso a mi corazón ni entrará alegría en él hasta que, libre de la cárcel de este cuerpo, llegue el amor a su centro por clara y beatífica visión.

El movimiento natural, más ligero es en el fin que en el principio, y así, todas las cosas naturales, cuanto con su movimiento más se llegan a su término, llevan mayor priesa, como vemos en la piedra que cae de lo alto, y así el alma que a ti camina con amoroso deseo, cuanto más a ti se llega, más querría caminar, y con la congoja del camino crece el deseo y sed que tiene de ti. De manera que cuando la sed de ti es más antigua, es más crecida, por lo cual, para mejor muestra de mi pena, digo que hube sed y deseo de ti, no para dar a entender que ha pasado; porque quien una vez te deseó, si no perdiere el tino y el gusto, nunca perderá el deseo, porque es tan sabrosa el agua de esta fuente, que con dar hartura no mata la sed, según lo que dice tu Sabiduría: *Los que me beban, ternán sed otra vez*[2]. Y siendo el deseo cumplido, hallo que siempre deseé no tener otra cosa nueva sino conservar lo que cada día es nuevo a quien lo posee.

No hiciera mucho el alma si solamente deseara a ti, porque todas las cosas convertiste a ti, y de tal manera, que muchas veces, sin saber lo que hacen, te saben buscar y todo su apetito emplean en parecerte en algo, porque no tienen más ser de aquello que en tú quisiste que te pareciesen. Mas el alma racional y enseñada por ti va a ti

[1] Ps. 35, 10.
[2] Eccl. 24, 29.

como a sumo bien y conoce que eres su principio y su término y fin. Las aguas que salen del mar nunca paran hasta que se tornan a juntar a su principio, según aquello que está escrito: *Todos los ríos entran en el mar, y el mar no crece* [3]. Vuelven los ríos al lugar de donde salen para que corran otra vez. También la centella de fuego sube a lo alto y no para hasta buscar su esfera.

Mi ánima, que de tu infinito poder tiene vida, no puede parar hasta que llegue a la fuente viva, y esto es lo que mi alma desea gozar de ti y de tu santo amor, como fuente de aguas vivas que de ti procede. Desea beber de aquel caudaloso y resplandeciente río como cristal que procede del trono de Dios y del Cordero. Desea hartarse de aquel pan que da vida eterna al que lo come y gozar del Amado en la casa de su madre, pues no hay otra bienaventuranza sino conocer a ti, Dios verdadero, y a tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, como él mismo lo dice hablando contigo: *Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti solo, Dios verdadero, y a Jesucristo, que tú enviaste* [4]. ¿Pues cuánto más es amarte que conocerte? Mejor es el fin que los medios y cosas ordenadas para el fin. *El fin del precepto es la caridad de corazón puro y de buena conciencia y fe no fingida.* Pues si es bienaventuranza conocerte por la fe, ¿cuánto mayor bienaventuranza y gloria será, Señor mío, amarte? ¡Oh si tras el conocimiento se arrojase mi voluntad, sin punto detenerse, en este horno encendido de fuego de amor, para que siempre, sin nunca cesar, ardiese mi alma en llamas de amor!

¡Oh Señor, y si como le es común al entendimiento creer que eres sólo el autor de los bienes, así también se le comunicase a la voluntad algún pequeño gusto de los regalos, cuán solos se quedarían los falsos placeres que el mundo ofrece! ¡Oh cuán pocos serían engañados de las caricias y fingidos halagos y blanduras de Dalila y cuán pocos dormirían sueño tan propincuo a la muerte eterna del infierno, durmiendo descuidados del peligro en que viven, no menos de lo que estaba el capitán Sisara por haber bebido de la leche dulce que le dió Jael, la cual hizo que, adormecidos sus sentidos, con arrebatada muerte acabase miserablemente su vida!

¡Oh a cuán pocos engañaría aquella mujer del Apocalipsis con su copa de oro, que con una engañosa dulzura les da a beber ponzoña y lleva tras sí a tantos con las bocas abiertas! Si una gota del agua de esta fuente viva de ti, mi Dios, tocase la lengua para que se pudiese

[3] Eccl. 1, 7.
[4] Ioan. 17, 3.

gustar tu suavidad (porque saber agora no se permite), no era menester más para tener por acíbar todo lo que a ti no sabe y por más amargo que hiel todo lo que tiene resabio del mundo y sabor y algún rastro de carne y sangre. Todos tienen deseo y sed de ti, y buscan agua con que sosegarla, y así, porque todos aman sus contentos, te buscan todos, aun los mundanos que no te quieren, porque aquello tras que andan no tiene otra razón para no ser dejado sino alguna sombra de la bondad que tú pusiste en ello, no para que por ella te dejasen, sino para que fueses por ella más conocido. La diferencia es grande, porque los tuyos buscan las aguas tuyas en la fuente viva, y los ajenos se ceban del agua turbia de las lagunas rotas, que tan presto la pierden, como te quejas de esto por tu profeta Jeremías. ¿Qué es la causa de salir de un principio a fines tan diversos, sino que los tuyos han probado las aguas de Siloé, que corren por secretas venas del monte Sión y al pie de él destiladas, las cuales, aunque no bastan para hartar, bastan para gustar cuán suave es el Señor y aun para que, lavándonos en esta fuente y tocando estas aguas, se abran nuestros ojos en el conocimiento divino, conociendo tu bondad y gloria, como se abrieron los ojos del que nació ciego?

Allá en la cumbre beben los escogidos en abundancia y te conocen claramente, y no te ven por sombra, sino rostro a rostro, y ponen la boca a la fuente, pero acá apenas se sufre bañarla; pero queda la lengua tan sabrosa de su dulzura, que la sed que de nuevo cobra de ti hace olvidar la sed que de algún tiempo había y parece que por experiencia conoce lo que tu Hijo enseñaba a la samaritana: *Quien bebiere del agua que yo le daré, no habrá más sed* [5]. Entiéndese que no terná más sed de lo que antes había, porque el gusto del bien verdadero lanza fuera los falsos sabores de las aguas mundanas, mas no perderá la sed, sino mandará la causa del deseo, y por ser mejor empleado crecerá más y más.

¡Oh fuente de agua viva! ¿Cuáles son aquellos bienes que se hallan en ti? Mas ¿qué pregunto yo, Señor? Que si yo acá los pudiese saber, no serían tantos como yo pienso. Eres fuente que de nadie recibes y a todos largamente das, como a tu magnificencia conviene; y viva, porque nunca tus tesoros se acaban por mucho que a otros enriquezcas. Tienes aguas de vida para hacer inmortal a quien a ti llegare, aguas de sabiduría eterna para alumbrar al entendimiento que te bebiere, aguas de inefables deleites para hartar la voluntad que contigo se abra-

[5] Ioan. 4, 13.

zare y aguas de amor infinito para encender nuestros corazones con tu soberana caridad y glorificar más almas en el cielo. Este tu santo amor es el que me lleva a ti, fuente de aguas vivas, y es mi alma incitada y movida para que vaya a su centro, donde huelgue y para siempre descanse contigo, sin nunca poder ser apartada de su amado Esposo. *En caridad perpetua me trajiste, habiendo de mí misericordia* [6].

MEDITACION LXXXV

Cómo el divino amor despierta nuestra memoria

Pues no puedo huir de mi ni dejarme del todo, tendré por remedio, en tanto que esta peregrinación durare, el acordarme de ti. Si me olvidare de ti, olvídese de mí mi mano derecha, y péguese mi lengua al paladar si de ti no me acordare. Todo el daño que recibo de la consideración de mis males se repara con la memoria de tu grande bondad y nobleza. De tu memoria se dice, muy mejor que de la memoria del rey Josías, que será *dulce en la boca como miel y tan sabrosa como la música en el alegre convite* [1], porque no hay sabor que a éste llegue. Causa tal dulzura tu memoria, que con ella puedo tragar la amargura de mis males, porque si me veo flaco, acuérdome de tu omnipotencia, y veo que con la flaqueza venciste las fuerzas del mundo. Elegiste lo que tiene el mundo por locura, para confundir a sus sabios, y las cosas flacas, para confusión de las fuertes, y las cosas viles y despreciadas del mundo y las que no son por su poco ser y precio, para destruir las cosas que son, porque no se gloríe nadie en tu presencia. Por mano de una mujer quisiste humillar la soberbia de Holofernes, príncipe del ejército de los asirios, según que después de la victoria, dándote gracias, lo cantó la santa y valerosa Judith, diciendo: *El Señor omnipotente lo destruyó, y lo entregó en las manos de una mujer, y lo confundió* [2]. No murió el más poderoso de ellos por mano de mozos valientes, ni los hijos de Titán lo hirieron, ni le resistieron los grandes gigantes, pero Judith, hija de Merarí, lo deshizo.

---

[6] Ier. 31, 3.

[1] Eccl. 49, 2.
[2] Iudith 16, 7.

Tampoco quisiste, Señor, vencer al tirano Faraón con leones, osos o tigres, sino con cínifes, ranas y moscas, que son viles y pequeños animales. Pusistes las grandes fuerzas de Sansón en los cabellos, que son cosa muy flaca y delicada, y la fuerza y virtud de la predicación evangélica, en unos humildes y simples pescadores, con los cuales sujetaste a ti al mundo universo. No desconfiaré, pues, Señor, de tu misericordia y omnipotencia, aunque me veo flaco y para poco, porque poderoso eres para hacer de las piedras hijos de Abraham y para obrar con cosas flacas tus acostumbradas maravillas. Si me hallo incierto cerca de la disposición de mi vida, acuérdome de tu infalible providencia, que tan sabrosamente, por una parte, y con tanta certidumbre, por otra, sale con cuanto pretende. Así, gobernaste maravillosamente a tu pueblo de Israel por el desierto cuarenta años, sustentándolo con pan del cielo, y proveíste a Elías, y a Jonás en el vientre de la ballena, y al profeta Daniel en el lago de los leones.

Si me ocurren mis pecados que cada día hacen mayor bulto, acordarme he de tu inmensa bondad y pararme he aquí mudo, pensando cómo al tiempo que nadie me podía valer, tú, Señor, me diste la mano cuando tenía yo empleadas mis manos contra tu ley. Así, llamaste desde el cielo a Saulo perseguidor cuando actualmente iba metido en fuego de ira y saña persiguiendo a los tuyos.

Muchas veces iba huyendo de ti, y me saliste al camino porque no me perdiese, porque tu misericordia me previno, y me convidaste con la paz, siendo indigno de ella, poniéndome las condiciones más a mi propósito de lo que yo las supiera pedir. Así, recebiste, clementísimo Señor, al hijo pródigo con beso de paz y cordial amor, saliéndole a recibir al camino, y quisiste ser convidado de Zaqueo, príncipe de los publicanos, y lo justificaste y diste salud a su casa.

Si me veo falto de buenas obras, acordarme he de aquel tesoro de infinito merecimiento que dejaste para que se comunicase a tus miembros. En ti están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios. Si me turba mi vista y mi propria figura, acordarme he de ti con firme pensamiento y regalarse ha en ti el alma, que tanto se espantaba de sí misma. La memoria que tuvo el hijo pródigo de la abundancia de la casa de su padre y la bondad que concibió que había en él le dió alas y esfuerzo para levantarse de la culpa, implorando la paternal misericordia. Si no puedo gozar de tu vista, alegrarme he con tu memoria y con ella me consolaré, porque si el amor temporal en la ausencia de los que se

aman tiene por gran prenda la memoria, ¿cuánto mayor será el que de veras te ama y conoce que sólo hay ausencia de su parte y que tú no faltas a ninguno, y mucho menos al que siente tu ausencia?

Con tu dulce memoria se sustenta mi vida, acordándome, Señor, cuán sufrido eres en nuestros males, cuán paciente en esperarnos, cuán misericordioso en recibirnos, cuán piadoso en perdonarnos y cuán liberal y magnífico en tus largas promesas. La memoria de tus beneficios oblígame a servirte, captiva mi corazón el amor que me tienes, y la gloria de tu majestad enciende mi voluntad en deseos celestiales. Tanto, Señor, deseo verte, que con tener algo de ti, aunque no sea más de la memoria, me entretengo, según aquello del Salmo: *Acordéme de Dios y recibí deleite* [3]. Y pluguiese a ti, Señor, que antes tenga yo olvido de todos mis cuidados que falte de ti mi memoria, porque cosa muy digna de lágrimas es que vaya mi pensamiento en otra parte pudiéndose emplear en ti.

Sintiendo la apretura de esta habitación, no hallo cómo espaciarme sino en tu memoria, y con ella se alivia el enfado que me causa lo presente. Tu memoria me es jardín donde cojo rosas de suave olor cuando me acuerdo de los favores que he recibido de tu mano. Esme arboleda donde hallo algunas frutas tempranas, que son algunos gustos que sienten acá tus escogidos, como muestras de lo de allá, aunque son frutas de sombra, y por esto, no bien maduras, pero todavía sabrosas, según aquello que una alma devota dice: *A la sombra de mi Deseado me senté, y la fruta es muy sabrosa a mi paladar* [4]. No a los labios (quiero decir, a los sentidos), sino a lo interior del espíritu, que significa el paladar. Allí topo verdes y grandes campos cuando, considerando de tu grande potencia y lo que me has prometido, espero que será fácil de seguir el camino comenzado, ayudado con tu gracia. Y aunque de muchas cosas buenas se cebe la consideración de los tuyos, entre todas halla la mía espiritual sabor en ti, y por eso acordarme he de ti, en tanto que la memoria hace su oficio y mis ojos no pueden verte y en tanto que dura esta peregrinación, hasta que llegue a beber de aquel río de paz que alegra tu ciudad.

Este es aquel río de quien dice el profeta: *El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios; santificó su morada el Altísimo* [5]. Aquí llegarán las potencias de mi alma al pun-

---

3 Ps. 76, 4.
4 Cant. 2, 3.
5 Ps. 45, 5.

to de su perfición, adonde la memoria no servirá sino de referir el estado que pasó, para que el presente sea más sabroso y gocen el entendimiento y la voluntad, el uno sin cubierta y el otro sin temor alguno.

MEDITACION LXXXVI

Cómo el amor de Dios nos trae en conocimiento de Él

Cuanto con más amor te amo, Dios mío y Señor mío, tanto más claramente te veo, por lo cual el amor muchas veces precede y se anticipa al conocimiento, porque aunque te ame, Señor, porque te conocí, pues no se puede la voluntad mover en lo que no alcanza ni conoce el entendimiento; pero después, mucho más es lo que supe amándote y lo que el amor descubrió de tus divinas perficiones de lo que el entendimiento al principio me había enseñado. Sigue al amor la contemplación como a cosa más excelente y más perfecta y que perficiona al entendimiento contemplativo. Manda la voluntad, como reina en el reino del alma, que busque el entendimiento la noticia que es su perfición. El amor sobrepuja a la ciencia y es mayor que el conocimiento. Muchas veces es Dios más amado de lo que es conocido, y el amor entra y se llega a Dios, quedándose la ciencia de fuera. Y no es mucho esto, porque el amor presume más y confía más; todo lo penetra y sigue el ímpetu del deseo ardiente y no puede disimular ni se sufre hasta llegar al amado. Todo lo interior penetra el amor y escudriña los secretos y las cosas profundas de Dios.

Ningún bien es perfectamente conocido si perfectamente no es amado. Los que teméis a Dios, amadle, y alumbrará vuestros corazones. El amor sigue a la contemplación y la perfecciona, aunque una cosa es imposible ser amada sin ser primero conocida. Cuanto más cerca está el amante del amado, tanto más verdaderamente y más sutilmente y profundamente es conocido. La operación amorosa sobrepuja a la intelectiva. El amor contiene los principales suspiros en Dios, los hervientes deseos y los resplandecientes hervores, a los cuales sublimados excesos no puede subir el conocimiento, sino sólo el amor que viene a nuestra alma con Dios. Entonces la contemplación será perfecta, cuando es elevado el que contempla al amor de la cosa contemplada.

Conviene, pues, ánima mía, que subas y seas elevada en la contemplación, levantando no sólo el entendimiento, pero también el afecto y voluntad al amor de tu esposo Jesucristo. Es menester que no sólo el entendimiento obre, mas también que la voluntad ame y no esté ociosa. En la contemplación de las cosas divinas es el amor herviente y agudo, porque el verdadero amante no se contenta con lo exterior del amado, mas trabaja en cuanto es posible penetrar lo interior del corazón y lo secreto del alma. Muchas veces el amor penetra donde el conocimiento natural queda fuera, como leemos de algunos santos no doctrinados en las ciencias naturales, los cuales, alcanzando la mística teológica con la alteza y potencia de su espíritu, penetraron los cielos, y sutilísimamente trascendían a todo conocimiento natural hasta llegar a Dios. Por amor de esto, el Salmista amonesta, diciendo: *Llegaos a Dios y seréis alumbrados* [1]. Ninguno se puede llegar a ti, mi Dios y Señor, sino por amor: que el que no ama, muy lejos está de ti.

Muy bien, pues, dice tu santo profeta que nos lleguemos a ti amando tu Divina Majestad, y que seremos alumbrados en tu conocimiento, porque tu santo amor es fuego sin humo que alumbra y enseña al entendimiento, para que te conozca más y más de lo que al principio te conocía cuando por el conocimiento que tenía de ti te comenzó a amar. El amor del mundo ofusca el entendimiento, turba la razón y embota el juicio; pero tu santo amor adelgaza el ingenio, enseña a nuestra alma y descubre grandes tesoros de tus divinas perficiones.

¿De dónde vino al santo mozo José que interpretase los sueños del copero y panadero de Faraón y declarase también los sueños de este mismo rey de Egipto sino del amor que te tuvo? Fué de su señora convidado a ofenderte, y no consintió en la culpa, porque te amaba, y así conoció las cosas secretas y declaró las que estaban por venir. Quien anda fuera de tu gracia y caridad, no es maravilla que caiga en ceguedades y errores. Aquel verdaderamente sabe mucho que sabe amarte. Sólo, Señor, el que te ama es sabio, porque los demás, muy ignorantes y ciegos son y andan en tinieblas. Tú eres el que dices que *el que te sigue, no anda en tinieblas, pero terná luz de vida* [2]. ¿Y quién te sigue sino quien te ama? En las jerarquías celestiales, los ángeles inferiores son alumbrados por los superiores, así como en los cielos, los más altos llevan a los más bajos con su movimiento.

---

[1] Ps. 33, 6.
[2] Ioan. 8, 12.

Los serafines, que son los que son inmediatos a ti en la gloria, están todos ardiendo en tu amor y son unas llamas de fuego encendidas de tu amor santo. Estos alumbran a los querubines, que están luego después de ellos en el segundo coro, los cuales están llenos de ciencia y sabiduría, según el nombre que tienen de *querubines*. El amor grande de los serafines se difunde en el conocimiento y ciencia de los querubines, porque amándote venimos en gran conocimiento de quién tú eres.

¡Oh Señor, y cuán grandes cosas manifiestas a los que te aman y qué multitud de secretos saben los que por amor se llegan a tu Majestad Divina! En este ardiente fuego se metió Moisén cuando ardía y se quemaba el monte Sinaí, donde tú estabas, y en medio de este fuego le diste la ley y lo enseñaste. Del fuego donde le hablabas bajó enseñado de lo que había de hacer y de lo que al pueblo había de enseñar para acertar a servirte. ¿Qué lengua dirá lo que conoce de tu bondad y lo que entiende de sí mismo el que, amándote y dándose a ti en la oración y contemplación, se entrega todo en las manos de este tu santo amor? Allí conoce cuán suave es tu conversación, y sabe lo que es el mundo, y lo poco que vale esto de acá, y entiende quien tú eres, y gusta de la dulcedumbre que das a los que llegan a ti.

Cuando enviaste a tu Santo Espíritu desde el cielo a tu Iglesia, vino sobre los santos apóstoles en lenguas de fuego para inflamar y encender en amor los pechos y corazones de aquellos santos discípulos tuyos, y como es proprio del fuego no sólo calentar, mas aun también alumbrar y resplandecer, así también no solamente les diste tu santo amor, mas aun el don de sabiduría y entendimiento, porque encendiéndoles en amor fueron llenos de ciencia y conocimiento de doctrina y hablaron diversos lenguajes. Por lo cual un profeta tuyo dice así: *De lo alto envió el Señor fuego en mis huesos y enseñóme* [3]. Desde el cielo dice este santo, que enviaste, Señor, el fuego de tu amor divino y enseñaste a quien das tu amor, porque tu santo amor no sólo enciende, mas aun también enseña.

¡Oh de cuánta luz de divinos resplandores goza el alma que a ti se cerca y qué lleno está el entendimiento del que te ama del conocimiento que el amor descubre de esos infinitos bienes que hay en ti! ¡Oh Redentor mío y dulzura de mi vida!, aquí está delante de ti mi corazón; desea llegar a ti y no puede por sí solo; haz tú, piadoso Padre, lo que él no puede. Recíbeme dentro del retracto de tu amor. Pido, llamo y busco, y pues me das gracia

[3] Thren. 1, 13.

para que pida, haz que reciba. Dasme que te busque, dame que te halle. Enseñas a llamar: abre al que llama. Llégate a tu Dios, ánima mía, abrázate con tu esposo, Jesucristo; sé importuna hasta que te dé este santo amor, para que amando le conozcas, y conociéndole, siempre le ames.

MEDITACION LXXXVII

Cómo el conocimiento de Dios nos lleva a su amor

Aunque muchas veces te amemos, Señor y Dios nuestro, y el amor descubre tus divinas perficiones y te conocemos porque te amamos, pero si somos tibios en amarte y no nos lanzamos con impetuoso aceleramiento en ese abismo de amor, para que amándote hieran en nuestros ojos los resplandores de tu bondad infinita, es porque andamos en tinieblas y fuera del conocimiento que debemos tener de tu Majestad Divina. La falta de no amarte y la causa de haber tanta tibieza en nuestros corazones nace de no tener la consideración y conocimiento que debemos. Porque, como la experiencia nos enseña, la causa del amor temporal es la corporal hermosura, así como la contemplación de la hermosura espiritual es la causa del espiritual amor. De aquí viene, Señor, que amo tan aficionadamente las cosas que veo con los ojos corporales y tan tibiamente a ti, mi Dios, porque no considero tu hermosura, que es bondad infinita, teniendo tantas cosas que me llevan a su conocimiento, por muy ciego que yo sea. Si deseo vivamente amarte y darte de veras todo mi corazón y voluntad, cerraré mis ojos porque no vean las vanidades y abriré mi entendimiento, y miraré y escudriñaré tu bondad infinita y excelentísimo amor que me tienes.

Maravilla será grande, conociendo quién eres, no ir por los montes y desiertos dando voces, abrasado en caridad y herido de tu amor y diciendo con la esposa: *De amor estoy enferma* [1]. Maravilla será si no tuviere ardiente deseo y grande sed de servir a ti, mi Dios, del que nacerá una llena determinación de guardar de toda voluntad tus mandamientos para siempre: *Incliné mi corazón para guardar todos tus mandamientos en todo tiempo, que son el camino de tus justificaciones* [2].

[1] Cant. 2, 5.
[2] Ps. 118, 112.

Aunque mi vida hubiera de durar para siempre sobre la tierra, quiero determinadamente, perpetuamente, guardar tus mandamientos. ¡Oh qué bien siente el que así propone y ofrece su alma al servicio perpetuo y guarda de los mandamientos de ti, mi Dios! El que te ama, guarda tus mandamientos, así como no los guarda el que no te ama, y si alguno no te ama sin falta, procede de no conocerte. Poniendo yo mis ojos, como otra ave fénix, en ese claro sol de justicia que dijo el profeta Malaquías, nacería para nosotros, y considerando los resplandores de tu soberana bondad y los resplandecientes rayos de amor que con tantos beneficios nos mostraste, procediendo del infinito amor que me tienes, batiré las alas de mis encendidos deseos hasta arder todo en amor y ser convertido en gusano y ceniza.

¡Oh bondad inmensa de mi Dios! ¿Y cómo podré yo contemplar en ese abismo de perfición y no arder en llamas de divino amor? ¿Cómo será posible que mi entendimiento, empleado en descubrir tanta bondad, hermosura y sabiduría y representando estas perficiones a la voluntad, esté ella floja, tibia y fría en tu servicio? ¿Cómo no te amará la voluntad y estará toda ella como una brasa encendida en tu amor y hecha una pura y viva llama de amor mostrándole el conocimiento que de ti tengo tan grandes y soberanos bienes? Si el mantenimiento que mi voluntad come y el manjar de que se mantiene y se ceba y gusta no es otro sino la bondad y, según su naturaleza, no se inclina ni aficiona sino al bien, ¿cómo podrá mi voluntad, por muy fría y dura que sea, dejar de amar al sumo bien, que eres tú, mi Dios, bondad infinita y amor eterno, dignísimo por todas vías de ser sumamente amado?

En estas consideraciones y contemplaciones de quién tú eres gastaré el silencio de la noche, alumbrando mi entendimiento con el conocimiento de tu Divina Majestad, porque pueda decir con el profeta: *La noche es mi lumbre en mis deleites* [3]. Lumbre para mi entendimiento y deleites sabrosos para mi voluntad, y muy dulces a mi alma. Con estas contemplaciones y meditación de quién eres es el pobre enriquecido con caridad, y sin este conocimiento y amor, todo rico es pobre. El que está de este tu santo amor enriquecido es fuerte entre las pasiones duras y dificultosas, es muy alegre en las buenas obras y no hace con rostro ni semblante torcido los bienes que obra. No es penoso entre los buenos hermanos y es paciente y sufrido entre los falsos. Muéstrase alegre con Abel ofreciendo sacrificio a Dios y declara con Noé la gran seguridad que

[3] Ps. 138. 11.

tiene en las adversidades y tribulaciones, porque, pereciendo en el diluvio general todo el mundo, el justo Noé es guardado en el seno del divino amor.

¿Pues qué diré de cuán fiel compañero es tu santo amor en la peregrinación? Considero lo que aquel gran patriarca Abraham hizo, el cual sale de su tierra sin saber a dónde lo llevabas acompañado de tu santo amor, y va muy seguro entre las naciones peregrinas y reinos que no le conocieron. Considero, Señor, la alegría que da este tu santo amor para sufrir cualesquier injuria, por grave que sea; lo cual hallaré en Moisén, que, injuriado y perseguido muchas veces de su rebelde pueblo, todo lo sufre con el amor y caridad que tiene. Acompañado de este amor divino, hallaré a David en sus persecuciones y injurias lleno de mansedumbre, y veo tan grande fortaleza y brazo de virtud en los tres mozos en el horno de Babilonia y cómo entran sin temor en aquel gran fuego, al cual hizo suave la caridad. Con sólo tu amor viviré vida dulcísima en este valle de lágrimas, porque de él está escrito que *el amor es fuerte como la muerte* [4], porque así como la muerte mata el cuerpo, así el amor de la vida eterna mata los deseos de las cosas temporales. No puedo yo, Señor, declarar con palabras la vida tan dulce que se pasa sin deseo de la vida presente y de lo que en ella hay. Pues en la amargura de este mundo pone su dulzor el amor, haciendo insensibles a las cosas de este mundo los que el amor tiene hechos vivos y muy dichosos a las alegrías del cielo.

Siendo esto así, ¿qué es la causa, Señor, porque te dejan los hombres y aman la vanidad y buscan la mentira? De esto te quejas por un profeta, diciendo: *¿Qué maldad hallaron en mí vuestros padres para que me dejasen y anduviesen tras la vanidad?* [5] Como se quejaría, y con mucha razón, un varón perfecto, muy sabio, rico y generoso siendo dejado y despreciado de su esposa por otro hombre necio, torpe, pobre y muy vil; así, te quejas, Señor, viendo que el alma, tu esposa, desampara esa bondad infinita y tesoro, donde están acumuladas innumerables riquezas y perficiones, por el estiércol y amor de la tierra. ¡Oh mi Dios! ¡Oh bondad infinita y hermosura que no tiene términos, cuyas riquezas son infinita gloria! Dejándote, sigo la vanidad de mis pecados, quitando de ti el amor que te debo y poniéndolo en la mentira de esta vida, en la codicia de la carne, en las falsas riquezas y vana honra del mundo. Ninguna falta hay en ti, mas toda

---

[4] Cant. 8, 6.
[5] Ier. 2, 5.

la maldad es mía, y en mí está la falta y perversidad cuando dejo de amar a ti, Dios mío, que eres todo el bien y ser y sabiduría, verdadero esposo de mi alma y fuente de hermosura y gloria.

Tú eres el que dices: *Varones de Judá: Juzgad entre mí y entre mi viña. ¿Qué más puedo yo hacer por mi viña o en qué le fuí enojoso y qué pude yo hacer por ella que no lo haya hecho?* [6] ¿Por ventura no me hice hombre y morí por darle vida? ¿Pues por qué me dejas, esposa mía, habiéndote yo criado a mi imagen y semejanza y redimido con mi sangre, y te vas tras la vanidad? Compara lo que el mundo te ha dado y prometido; compara los regalos y deleites de tu carne y riquezas con lo que yo te doy de presente y te tengo prometido, y verás cuán vana eres andando en pos de la vanidad. Proverbio es y común habla del pueblo que, si la mujer se aparta de su marido y se llega a otro, ya no hay camino para que vuelva a él, porque se hizo inmunda y contaminada en el adulterio. No soy yo de esa condición, aunque tú eres de aquélla. Has cometido adulterio con tus amadores, buscaste tus codicias deshonestas, y con todo esto, no te despreciaré si vuelves a mí. Vuélvete a mí desde ahora y llámame Padre.

MEDITACION LXXXVIII

Que el amor se levanta a querer cosas mayores

Es cosa muy natural y propria del amor levantarse a amar y querer cosas más altas y más excelentes que la voluntad de donde nace, lo cual se muestra, por ejemplo, en las otras criaturas inferiores del hombre, las cuales siempre se levantan a otras cosas mayores que ellas.

Vemos que los elementos se convierten en plantas, y las plantas y yerbas, en animales que las comen, y los animales, en hombres, pues de las carnes de ellos se mantienen. Así, nuestra voluntad, porque no parezca ser de peor condición que las cosas más bajas que ella, es obligada a amar cosas más nobles y más excelentes que ella, porque se pueda traspasar y convertir en ellas, pues está en su mano y no resta otra cosa sino quererlo.

Y porque sobre la voluntad del hombre ninguna cosa

[6] Is. 5, 3.

hay más excelente sino sólo Dios, razón es, si quiere hacer lo que debe y seguir su propria naturaleza, que primero y más principalmente ame a Dios, pues por este amor y unión, llegándose a él, se hace una misma cosa con él, conforme a aquello que el Apóstol dice: *El que por amor se llega a Dios, hácese un espíritu con él* [1] Porque como sea cosa muy útil a la voluntad, que es reina en la ciudad del alma, abatirse debajo de sí misma a cosas viles, con mucha razón se debe levantar sobre sí misma a amar y querer a Dios y a transformarse en él por amor, pues es sumo, eterno y nobilísimo bien, fuera del cual el alma no se puede mejorar amando todo lo criado y poseyéndolo.

Entremos, pues, agora en cuenta, alma mía, tú y yo y veamos lo que ganaste de tanto tiempo perdido y malgastado que diste al mundo. ¿Qué se hicieron tantos años tan mal empleados? ¿Qué se hicieron todos los días pasados? ¿Qué fruto tienes de las cosas de que agora tienes vergüenza? Amando las cosas de la tierra, amaste las cosas menores que tú y diste a ti misma, siendo esposa de Jesucristo y muy noble criatura, por el vil estiércol del mundo. Debes haber vergüenza viendo que te vencen y confunden las otras criaturas menores que tú, pues todas ellas, naturalmente, apetecen su perfición y suben y se levantan a cosas mayores y transforman y convierten en cosas mejores que ellas, y sola tú, miserable, eres tan mezquina, que, contra toda tu natural inclinación y nobleza que Dios puso en ti, te mudas en lo que te fué dado para tu servicio, poniendo sobre tu cabeza lo que quiso el Criador de todas las cosas que estuviese debajo de tus pies.

Levanta tus ojos en derecho, abre los ojos de tu entendimiento y considera dónde estás caída y el estado miserable en que te puso tu perversa y desatinada voluntad. Conoce tu dignidad y la honra en que te puso el que de la nada te hizo; nazca en ti una santa soberbia, estimándote en lo que tu nobleza merece, y ten por ignominia emplear tu amor en otro sino en sólo Dios. A esto te inclina el generoso apetito que Dios puso en ti, y él quiere que en ninguna cosa de este suelo halles perfecto gozo ni contento, porque la necesidad te lleve a quien no puede faltar. Entonces gozarás de los honestos y dulces abrazos del Esposo y serás transformada por amor en tu Dios, porque si el amor transforma al amante en el amado, siendo convertida en Dios por amor, quedarás endiosada y deificada en él, según aquello que de los que aman a Dios dice el real profeta: *Yo dije: dioses sois vosotros y hijos del muy alto* [2].

[1] I Cor. 6, 17.
[2] Ps. 81, 6.

En esto se ve la gran caridad de Dios y lo mucho que puede el amor: que nos nombremos hijos de Dios y lo seamos. Y si somos hijos, luego herederos, herederos de Dios y compañeros en la herencia con Jesucristo. ¿Pues por qué, Señor y Dios nuestro, siendo nosotros, según el apetito sensitivo y naturaleza corrupta, tan amigos de honras temporales, dignidades y estados del mundo, no seremos amigos de la verdadera honra y dignidad que alcanza nuestra alma cuando amándote se transforma en ti por amor?

Esta es la santa soberbia, verdadera ambición y justa pretensión que yo debo pretender, teniendo pensamientos tan altos, que me desprecie de poner mi amor en otro que no seas tú, ni captive yo mi corazón sino de esa inefable y extremada hermosura, bondad infinita, soberana perfición y Divina Majestad. *¿Qué quise yo en el cielo ni en la tierra sino a ti? En tus manos están mis tiempos, y olvídeme de mí mismo si no pusiere la alegría de Jerusalén en el principio de mi alegría y el amor que debo a ti, mi Dios y mi Rey y Señor, a toda otra alegría y gozo de Babilonia* [3].

¿Qué tienes que ver, ánima mía, con la tierra, habiendo sido criada para el cielo? ¿Qué tienes que ver con el amor vano y falso de este siglo y con los deleites momentáneos y corruptibles, siendo escogida para gozar de alegrías celestiales y perpetuas en la gloria? Toda la gloria de la hija del rey está no en lo exterior del gozo de las criaturas, sino de dentro, en lo interior de la buena conciencia, porque nuestro gozo es el testimonio de la nuestra conciencia, y dentro está rodeada de variedad de diversas y muchas espirituales consolaciones: *Oye, hija, y ve, y inclina tu oído, y olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre* [4].

Si no te conoces, ¡oh la más hermosa de las mujeres! [5], sal fuera del amor del mundo en que ahora vives y de los pecados en que andas envuelta y vete tras las pisadas de tus ganados, siguiendo los ejemplos y memorias que dejaron de sí los santos, dando pasto a tus deseos, cebando tus pensamientos y manteniendo tus propósitos que, como mudables, saltan como cabritos cerca de las majadas de aquellos pastores que, como santos prelados y buenos pontífices, gobernaron la Iglesia y la edificaron con loables costumbres. Levanta tu amor a cosas mayores y pon tus pensamientos en lo que no terná fin y ama lo que para siempre podrás amar, pues esto es mejorarte y subir y valer, engrandeciendo y ensalzando lo mucho que eres. Así con-

[3] Ps. 42, 25; 136, 6.
[4] Ps. 44, 11.
[5] Cant. 1, 7.

viene a mí, Dios mío, Señor mío y Redentor de mi alma, que yo no ame ni quiera otra cosa en el cielo ni en la tierra, sino solamente a ti, pues eres mi honra, mi gloria, mi salud y todo mi bien, dando de mano a todo otro amor extranjero y peregrino, como contrario de mi honra y enemigo de mi salud y mi gozo. Porque siendo el amor cosa tan noble, tan libre y tan poderosa que muda la voluntad en la cosa amada, poniéndola debajo del imperio y mando de aquélla, es cosa indigna y fea que algo que sea más bajo o menos que la voluntad, tan excelente, tenga señorío sobre ella y la posea. Y porque mi amor es espiritual y tal cual es la voluntad de donde nace, por amor de esto, todas las cosas corporales son indignas de él y no lo merecen, pues por ser espiritual es muy mejor que todas ellas. *No queráis*—dices tú, Señor—*dar el santo a los perros y no echéis las perlas a los puercos* [6]. No es razón que esta preciosa perla y inestimable margarita de mi amor la dé yo sino a ti, mi Dios, pues eres solamente digno de mi amor. No tengo yo de amar cosa que se pueda ver o oír o con alguno de los sentidos corporales comprehender.

Y porque no es cosa justa ni lo compadece la razón que un igual tenga señorío sobre otro igual, por tanto, ninguna voluntad criada es digna de nuestro primero amor ni de tener señorío sobre nuestra voluntad. Y por esto, no tengo yo de poner mi amor en las criaturas irracionales ni sensibles, por ser mi amor espiritual y ellas materiales, temporales y corporales, ni conviene que tampoco captive yo mi voluntad de otra voluntad racional, siendo tan buena como aquélla ; por amor de lo cual, siendo tú, mi Dios y Señor, criador de todas las cosas y no criatura, tú solo eres dignísimo y merecedor de poseer mi voluntad y tener dominio sobre nosotros teniendo nuestro primer amor. Y no solamente si tenemos buen juicio y conocimiento de lo que somos, te debemos, Señor, todo nuestro amor ni conviene a quien somos amar sino a ti, mas aun también hay proporción y similitud que yo ame del todo a quien me ama del todo y por todo, de manera que, dando lo poco que puedo en amar, satisfago con lo mucho que debo, deseando amar a ti, mi Señor y criador mío y todo mi bien.

[6] Matth. 7, 6.

MEDITACION LXXXIX

Que el que no ama a Dios le hace injuria y a sí mismo daño

Como el amor pose la voluntad en la cosa más amada y la ponga debajo de su señorío y posesión, por amor de esto, la voluntad no puede subir ni extenderse a más de aquello a que la cosa principalmente amada se extiende. De donde se sigue que si aquella cosa más amada es universal o particular, que el amor asimismo lo será, y como no puede ser más de una la cosa más amada, así en la voluntad no puede ser más de uno el amor. De donde puedo yo claramente conocer, Señor mío, que aquel a quien con el principal amor yo amo, funda y edifica en mi voluntad un primer amor, que es cabeza y origen de todas las otras afecciones que de la voluntad pueden nacer; de manera que de la cosa más amada se engendra en la voluntad un primer amor, del cual, así como de una raíz se levanta en el alma un árbol que se multiplica en tantos ramos cuantas cosas hubiere después de la más amada en ella y por ella se puedan amar. De un grano nace un árbol con muchas ramas, hojas y fruto, y cual es la semilla, tal es el árbol y lo que de él procede.

Así, si mi principal amor fuere bueno, justo y rectamente ordenado, los otros amores que de él nacieren serán justos y buenos, y si fuese malo, los otros, por consiguiente, lo serán también. De donde también se sigue que de necesidad habemos de amar todas las cosas que son amigas y conformes a esta cosa principal amada, y de aborrecer por fuerza todas las cosas contrarias que repugnan y contradicen a esta cosa primero amada. De lo dicho se concluye que el amor entrañable y profundo junta la voluntad con la cosa primero amada, y tan fuertemente, que no puede de ella ser apartada sino por otra cosa mayor y mejor que suceda y tome el lugar de la que antes era primero amada.

Mas cuando la cosa primero amada eres tú. Señor y Dios nuestro, como seas sumo bien, suma virtud y eterna verdad, el amor con que primero te amamos de necesidad será muy fuerte, eterno y verdadero. Y como nacen, Señor, de ti todas las cosas y emanan como de su primero principio y están con él todas juntas según la orden de su

providencia, es necesario que el que primero te ama, ame por ti, y en ti a todas tus criaturas, y se haga tan ancho y tan crecido su amor cuan crecido se mostró tu amor en hacer todas las criaturas que de la nada criaste, aunque todavía tu amor es infinito y el nuestro tiene fin.

En el matrimonio, el varón es el que manda, y la mujer obedece, la cual no puede casar con otro siendo vivo su marido. De esta manera, la voluntad, que es como la mujer, sujeta y obediente a la cosa primero amada, no puede tener más de un amor y una cosa amada, como la mujer más de un varón, y en tanto que dura aquella cosa primero amada, no se puede apartar de ella, como la mujer no puede apartarse ni quitarse de su marido en tanto que vive. Y como la mujer que se casa con un hombre sabio, hermoso, ilustre y rico, está honrada, rica y vive contenta, y, por el contrario, está descontenta y afrentada cuando se ve casada con un necio, torpe, vil y infame, así nuestra voluntad está próspera y honrada según lo primero que ama, porque si pone su amor y se casa amando cosas nobles y buenas, está ella bien empleada y honrada, y al revés, si amaba cosas viles y terrenales, está abatida y deshonrada.

Mira, pues, agora, ánima mía, dónde pones tu amor y qué es lo que amas, porque tal eres cual es aquello a quien diste y entregaste tu voluntad. Cuando amas a Dios estás muy honrada con tan rico y noble esposo como es Jesucristo, y amando al mundo, tienes marido pobre, feo, infame y vil. El amor te convierte en lo que amas. Nabucodonosor, porque amaba sus apetitos sensuales como hacen las bestias, así anduvo, como tal, paciendo yerbas en los montes. De unos que dejando el amor del Criador lo pusieron en las bajezas y abominaciones de la tierra, dice el Apóstol que *mudaron la gloria de Dios, incorruptible, en semejanza de imagen corruptible de hombre y de aves, cuadrúpedos y serpientes*[1]. En estas figuras monstruosas te conviertes cuando, dejando el amor del Criador, amas desordenadamente a la criatura.

¡Oh cuán vil eres hecha reiterando tus malos caminos! Deja, pues, este amor terreno y mira cuánto más honrada y rica estás casando tu voluntad por amor con las cosas que para siempre duran y son celestiales y supremas. Como la doncella que se casa concibe luego un amor a su esposo, por virtud del cual quiere bien a todos los amigos y parientes del esposo, y si este esposo se muere y ella casa con otro, luego se deshace en su corazón el primer amor y todos los amores que de él se causaron y nacían, y se engendra otro nuevo amor, que asimismo es raíz de otros

[1] Rom. 1. 23.

muchos amores, esto mismo acaece a nuestra voluntad, la cual cuando ama a Dios está rica y abundante de bienes y honrada y ama por amor de él al prójimo, como deudo del Esposo y amigo suyo, y cuando deja a Dios y toma otro nuevo amor mundano contrario del divino, ama estas cosas viles con todas sus torpezas y abominaciones. Y como la mujer por un mismo tiempo no puede tener dos maridos, así nuestra voluntad no puede tener dos amores, sino un solo primero amor, con el cual ha de amar a Dios o a alguna criatura, pues es imposible amar a entrambos igualmente y con un primero y principal amor.

Entre todas las criaturas, aquella es primero amada de la voluntad que es a ella más amiga y cercana, y porque la voluntad puede convertir y volver sobre sí su proprio amor, de aquí es que ella se ama a sí misma más que a otra criatura, porque ninguna hay más cercana a ella ni más amiga que ella lo es a sí misma. Por tanto, cuando tu divino amor no es primero en la voluntad, de necesidad lo ha de ser el amor que la mesma voluntad se tiene a sí misma, y de aquí es que cuando yo no amo principalmente a ti, mi Dios y Señor, luego me amo a mí mismo y a mi propria voluntad.

Pero la voluntad que principalmente se ama a sí hácese ella a sí misma su proprio fundamento fuera de su Dios. Y como ella se ama a sí misma por sí, luego ama a todas las otras cosas segundariamente por sí misma, y en todas ellas no ama otra cosa sino a sí misma. Así como el que ama principalmente a tu Divina Majestad ama todas las otras cosas segundariamente en ti y por ti, de manera que en ellas no ama otra cosa sino a ti, así la voluntad que principalmente ama a sí misma tiene por accesorio tu santo y divino amor. Tal voluntad, como está malvada, es traidora, robadora y luciferina, pues con sacrílega mano roba a ti, Señor, siendo hacedor suyo, en cuanto en ella es tu gloria y honra y poderío eterno, porque amar su propria voluntad con primero y principal amor solamente pertenece a ti, Señor y Dios nuestro, y ningún otro lo debe hacer. Por amor de esto cayeron los ángeles del cielo, y tú, Señor, dices que viste a Satanás que caía del cielo como un rayo.

De aquí se sigue que cuando la voluntad humana ama primero a sí misma, roba a ti, Señor y Dios nuestro, y atribuye a sí misma lo que tú solo debes poseer y es proprio tuyo y no de otro, y hácese Dios en cuanto en sí es dándose el hombre a sí mismo las alabanzas, honras, amor y gloria que a ti sólo, como a Dios y Criador suyo, pertenece. Y así, de esta manera, se hace capital enemiga tuya y muy semejante a ti, porque injustamente atribuye uno a sí mismo las cosas que justamente son tuyas. Y si tal es

el que ama cual es su amor, está claro que si su amor es malo o falso en odio o menosprecio tuyo, es necesario que el tal hombre sea malo y falso y menospreciado y aborrecido de ti, Señor, como enemigo tuyo y usurpador de tus divinas excelencias.

Pues por no venir a caer en abismo de tanta abominación y miseria, amarte he, Dios mío, esperanza mía y dulzura de mi vida, sobre todas las cosas, quitándolo de estas cosas inferiores y terrenas. Porque como sea proprio del amor pedir y recebir amor, ninguna cosa debe nuestra voluntad amar de quien no puede ella ser amada con mayor amor del que ama, porque nadie da una cosa buena sino por la que es mejor; y porque las criaturas inferiores del hombre no saben ni pueden tornar amor, no deben de nuestra voluntad ser amadas, mas sólo a aquel debemos amar cuanto podemos que paga nuestro amor limitado y finito con amor infinito y eterno.

MEDITACION XC

De la contrariedad que hay entre el amor de Dios y el amor proprio

Tu santo y divino amor, Dios nuestro y Criador nuestro, es raíz y fundamento de todo bien, y el amor proprio, fuente de todo mal. Tu amor nos hace tus amigos, hijos tuyos por adopción y herederos de tus bienes eternos. Tu santo amor alumbra el entendimiento, inflama la voluntad, alegra el corazón, enciende nuestros deseos, hace suaves nuestros trabajos y da el mérito a nuestras buenas obras. Guíanos en nuestra peregrinación, enseña el camino del cielo, confórtanos en tu servicio, asegura la conciencia, recrea lo interior del alma, es verdadera vida de ella, llévanos al puerto seguro del cielo, hácenos moradores de la bienaventuranza eterna, compañeros de los santos ángeles y perpetuos ciudadanos de la celestial Jerusalén, que es la gloria. Por el contrario, el amor proprio es fundamento de todos los males, abismo de perdición, muerte del alma, verdugo de la mala conciencia, atormentador de la razón y causa de la perdición humana.

Hablando de los daños que resultan del amor proprio, dice tu santo apóstol en la Epístola segunda que escribió a Timoteo: *En los días postreros vernán tiempos peligrosos y serán los hombres amadores de sí mismos, codiciosos,*

levantados, soberbios, blasfemos, desobedientes a sus padres, ingratos, malvados, sin amor, sin paz, criminosos, incontinentes, sin mansedumbre, sin benignidad, traidores, protervos, hinchados, amadores de sus deleites más que de Dios, teniendo especie y apariencias de piedad y negando su virtud[1]. De todos estos males que aquí pone el Apóstol, es el fundamento el amor proprio, y así, dijo al principio que habría hombres amadores de sí mismos y después dijo los males que se siguieron del amor proprio escribiendo aquella caterva de vicios y pecados. Este es el cimiento de la ciudad de Babilonia, que es la confusión infernal y máquina de todos los vicios y males, así como el amor de Dios es el fundamento sobre el cual se edifica la celestial Jerusalén, que es la gloria con todos los bienes y virtudes y merecimientos. Dos amores edificaron dos ciudades: el amor de Dios, hasta el menosprecio de sí mismo, y el amor de sí mismo, hasta el desprecio de Dios.

Cuando nuestra alma ama de veras a Dios, viene a total desprecio y negamiento de sí misma, y ésta es la ciudad celestial de Jerusalén, edificada sobre el amor de Dios. Y al revés, cuando el hombre malo y perverso ama mucho a sí mismo, funda la ciudad infernal de Babilonia en el amor proprio y llegan sus manos hasta el menosprecio de Dios. Dos términos hemos de considerar, de los cuales el uno es Dios y el otro somos nosotros. La voluntad está en medio; y como una cosa, cuanto más se llega a un extremo, más se aparta del otro, así cuanto nuestra voluntad más llega a Dios, más se aparta de nosotros, y cuanto más se aparta de nosotros, más se llega a Dios.

De aquí se sigue que cuanto uno más ama a Dios, menos ama a sí mismo, pues la voluntad, llegándose a Dios, se aparta de él, y, por el consiguiente, cuanto más ama uno a sí mismo, menos ama a Dios, porque, llegándose a él la voluntad, vase apartando de Dios. Y tanto puede llegarse la voluntad al ánima mezquina por amor proprio, que del todo se olvide de Dios, y esté por amor tan cerca del hombre y tan apartada y lejos de Dios, que venga a total menosprecio de Dios, según aquello que está escrito: *El malo, cuando viniere al profundo de los males, desprecia*[2]. Por el contrario, en los buenos tanto puede llegarse la voluntad a Dios amándole y apartarse de sí mismo, que venga el hombre justo a total menosprecio de sí mismo. Esto vemos en muchos santos de muy grande perfición, que estaban tan transportados en Dios por amor y convertidos en él, que andaban olvidados de sí mismos y como

[1] II Tim. 3, 1 ss.
[2] Prov. 18, 3.

hombres ajenados de sí y fuera de sus sentidos; y, olvidados de todo lo de acá, que parecían más hombres del otro mundo que de éste, y así, el mundo los tuvo por locos, por ver que no advertían a las cosas sensibles de la tierra. Del número de éstos era aquel santo apóstol que decía: *Vivo yo, y ya no yo, pero vive en mí Cristo*[3].

Los pies del alma son el amor, y el amor la lleva adondequiera que va, y del amor es llevada a Dios o al mundo, y el amor la lleva al Criador o a la criatura. El amor proprio la aparta de Dios y la lleva al hombre para su daño, y el amor de Dios la aparta del hombre y la lleva a Dios para su honra y provecho. El un amor llega a nuestra alma a su esposo Jesucristo y el otro amor la hace sierva y esclava del demonio. Y así como estos dos amores son entre sí muy contrarios y enemigos, así hay dos aborrecimientos contrarios de éstos. Al amor de Dios acompaña luego y sigue un odio, con el cual odio somos obligados a aborrecer todo lo que es contrario a la honra de Dios, porque como el amor de Dios y el amor de sí mismo son contrarios, así el aborrecimiento de Dios y de sí son contrarios y extremados. Mas el aborrecimiento proprio y el amor de Dios no son contrarios, antes convienen muy bien entre sí y son en salud del hombre, así como el amor proprio y el odio y aborrecimiento de Dios no se contradicen, mas convienen y son en la perdición del hombre.

Y de aquí es que el que se aparta del amor proprio, pasa al amor de Dios de contrario en contrario, y al revés, el que se aparta del amor de Dios, pasa luego al amor proprio. Y también en apartándose del amor proprio, va a dar luego consigo en el amor de Dios, y en apartándose de Dios, va a dar en el amor de sí mismo. Y aunque es verdad, Señor y Dios nuestro, que puedo yo aborrecerme a mí, esto es, mi vida sensual, por ser llena de culpas y flaquezas, pero tú, Señor, no es posible ser de tus criaturas aborrecido, en cuanto Dios y por respeto y razón de tu deidad, pues eres sumo bien y objeto infinito de bondad, y esa misma bondad, aunque decimos que eres aborrecido de la malicia de nuestra perversa voluntad, no en cuanto Dios y bien infinito, porque esto repugna a la naturaleza de nuestra voluntad, sino en cuanto eres justiciero para castigar nuestros pecados o en cuanto eres poderoso para punir nuestros males. Porque ¿cómo es posible que nuestra voluntad no arda en llamas de amor poniendo delante de sí tan grande bien?

Llevada es mi voluntad del impetuoso amor tuyo, porque tu santo amor la hace justa, santa, humilde y benigna,

[3] Gal. 2, 20.

y el amor proprio la hace injusta, hinchada y porterva. Tu santo amor la hace quieta, dulce y amigable, y el amor proprio, desasosegada, inquieta, desabrida y litigiosa.

Una de las cosas en que se alaba y ensalza este tu santo y divino amor y se condena el amor proprio es que como el amor de Dios puede ser universal, así puede ser uno y semejante en muchos hombres, aunque sean infinitos. El cual durante entre ellos es necesario que todos tengan paz y concordia y que estén en contentamiento y gozo los unos del bien de los otros. Mas cuando alguno primero y más principalmente se ama a sí mismo, entonces luego busca su particular y propria honra y gloria, su proprio provecho y interese, sus deleites y placeres, deshaciendo cualquier otra honra ajena para defender y conservar la suya propria, y luego murmura de los bienes que otro tiene si piensa que contradicen a los suyos, y de aquí nacen las iras, envidias, odios y enemistades y todos los otros pecados.

Es tan noble el amor de Dios, que no sólo admite compañía en amar, pero aun querría que todos hiciesen lo mismo. El que ama a Dios querría que todos amasen a Dios y desea atraer a todo el mundo a este divino amor, y así vemos que el que es devoto de un santo, quiere que todos sean devotos de aquel santo a quien ama, porque el amor espiritual es caritativo y a todos comprehende. El real profeta David, en cuyo pecho ardía este santo amor, convida a todos a amar y a alabar a Dios, no sólo a los hombres mozos, y viejos, y doncellas, y ángeles, y criaturas racionales y intelectuales, pero aun también a los cielos, sol, luna, estrellas, lumbre, aguas, tierra, dragones, fuego, granizo, helada, montes y collados, árboles y cedros, bestias, ganados y serpientes y a todas las otras criaturas insensibles y irracionales.

Si en nuestro corazón estuviese este tu perfecto y santo amor, Dios mío y Señor mío, no querríamos otra cosa sino que todas las venas del cuerpo y arterias y todas cuantas partes hay en él estuviesen siempre alabándote y bendiciéndote y que todas las yerbas de los campos y cuanto criaste estuviese de noche y de día alabando tu nombre. No es envidioso este tu divino amor, sino muy noble y generoso, y así, por su perfición admite compañía en el amor y querría que todos te amasen.

Muy al revés de esto lo hace el amor proprio, por ser contrario en todas las cosas a tu santo amor, el cual [amor proprio], como es apocado y cerril, quiere ser solo y no admite compañía en amar. El que sensualmente y con vanidad ama a una persona, no quiere que nadie la ame sino él, ni que la hable ni que la mire, y aun sobre esto, suele

haber cuestiones y muchos odios y enemistades entre estos locos y vanos amantes. ¡Oh noble amor divino, ven a mi alma y envíalo, Señor, desde el trono de tu gloria a mis entrañas, para que, lanzando fuera el amor proprio que me desasosiega y atormenta, con alegría te ame y sirva como mereces ser servido y mado!

MEDITACION XCI

De los frutos del amor de Dios y daños del amor proprio

Mira, pues, agora, ánima mía, que puedes en tu voluntad plantar uno de dos amores que son el amor de Dios o el amor proprio. Porque como no pueda haber sino dos primeros amores y entre sí muy contrarios, así no puede haber sino dos frutos de ellos, y tan contrarios como las raíces de donde nacen. Y porque de toda obra que el hombre hace no queda con él en el fin de ella sino gozo o tristeza, que es toda la ganancia y fruto de sus trabajos y obras, por amor de esto, solos estos dos que son gozo y tristeza son finales frutos y galardones de todas las obras humanas. Porque todo lo que el hombre hace es por alcanzar gozo y alegría, lo cual, perfectamente habido y alcanzado, ninguna cosa busca adelante. El verdadero gozo es bueno y verdadero fruto del hombre, el cual nace del amor de Dios.

La verdadera tristeza es verdadero mal y podrido fruto del hombre, y éste nace del amor proprio. Y como Dios sea inmortal, poderoso, hermoso y bueno y sabio, así el gozo que de su amor sale en nuestra voluntad tiene estas mismas propriedades. Y cuanto se extiende el amor, tanto se multiplica y dilata el gozo que nace de él. Y por esto, como el amor de Dios se extiende a las criaturas, y principalmente al prójimo, que es imagen de Dios, así el que ama a Dios tiene infinitos gozos de infinitas criaturas, y principalmente de aquellas que conoce ser más cercanas a su Criador. Y no sólo aquí en este destierro, amándote, Señor y Dios mío, gozaré de verdadero gozo y alegría entrañable, pero gozaré en la otra vida de inefable gozo gozando y fruyendo del sumo bien y viendo a los que aquí ame en caridad gozar de tu divina esencia juntamente conmigo. Porque como tu santo amor aquí en esta vida se extiende a todos los prójimos, así en el cielo serán todos participantes del gozo, fruto de este divino amor.

En aquel beatífico reino, donde todo es amor y perfición, tanto amará cada uno al otro cuanto a sí mismo, y, por tanto, es necesario que tanto se goce del bien del otro cuanto del proprio suyo. Y como allí habrá innumerables hombres y ángeles a los cuales amaremos como a nosotros mismos, y se sigue de esto que igualmente de su bienaventuranza y de la nuestra nos gozaremos, según esto, está luego muy claro que el gozo que del bien de los otros recebimos será millares de veces más y mayor que el que de nuestra propria bienaventuranza ternemos en aquel felicísimo y dichoso estado. Y como entonces no habrá alguno que del todo pueda acabar de sentir la grandeza del gozo de su propria bienaventuranza, por pequeña que sea, pienso, pues, agora, Dios mío, cómo podré darme a manos a recebir, por respecto de cada uno de todos los otros bienaventurados, gozos tan infinitos y de tan inmensa gloria. Forzado luego es que, hasta no caber más gozo, cada uno esté allí lleno de gozo como vasija muy colmada. Y allende de esto, como en aquella bienaventuranza cada uno de los bienaventurados ame más a ti, mi Dios, que a sí mismo y que a todos los otros juntamente, síguese que sin comparación se gozará más de la gloria y bienaventuranza tuya sola que de la suya propria y de la de todos los bienaventurados juntamente.

Mira, pues, agora, ánima mía, cuán inmenso es el gozo que te dará el amor de Dios después de esta vida. Pues tampoco estará el cuerpo ayuno de este gozo, porque el ánima que en el cielo ama a Dios y al prójimo ama también a su cuerpo, el cual desea ser reparado y a ella misma restituído porque todo el hombre por entero tenga vida bienaventurada. Y pues el ánima quiere y desea que su cuerpo se repare, ciertamente será reparado, pues, como dice David, *la voluntad de los que le aman hará el Señor, y oirá el ruego de ellos* [1]. Allí será, Señor, mi gozo perfecto, cumplido y lleno, el cual, como tú dices, nadie podrá quitar de mí.

Estos, pues, son los frutos que de tu santo y divino amor proceden y éstos son los bienes que resultan de este soberano y esclarecido amor tuyo. Mira, pues, agora, ánima mía, si es justo que ames a tu Dios y Señor, pues su amor es causa que en esta vida lleves alegre y buena vida y goces después de esta vida de tales y tan excelentes frutos como ternás en el cielo si amares con todo tu corazón a tu esposo Jesucristo en la tierra. Por el contrario, del perversísimo amor proprio nace un gozo falso y vano muy breve y momentáneo, el cual pasa en un punto y deja

[1] Ps. 144, 19.

tristeza y tormento intolerable en el ánima, llevándola después consigo al infierno. Como del amor de Dios nace vida eterna, así del amor proprio procede muerte perdurable, infernal y abominable *donde la muerte*—como dice el Salmista—*apacentará a los dañados, porque morirán y nunca acabarán de morir* [2].

Como nos acontece quebrar con la boca una nuez que de fuera parece sana y buena y hinche la boca de polvo, por estar vana y podrida, así nos acaece, Señor, a nosotros con los frutos que nos da el amor proprio, pues partiendo y gustando de los deleites y vanos placeres del mundo, que en lo superficial y exterior parecen jocundos y verdaderos, siendo en lo interior muy amargos y desabridos. Frutos vanos y huecos son los frutos del amor proprio, de los cuales frutos hablaba el Apóstol a unos que los habían probado: *¿Qué fruto tuvisteis de las cosas de que agora tenéis vergüenza?* [3] El fruto que saca nuestra alma de tu divino y santo amor es hacerla estable y firme, indivisible y de perpetuo vigor, libre y a ninguna criatura sujeta; pero el amor proprio hácela movible, inconstante, flaca, dividida, temerosa, cobarde y a toda vanidad sujeta. Hácela este santo amor rica, harta y abundante de todo bien; y el amor proprio hácela pobre, vana, hambrienta y falta de todo lo bueno. Fruto sabroso y provechoso para nuestra alma hace en ella este divino amor, pues hace que more en su tierra, en su casa y en su reino, mas el amor proprio la destierra y hace peregrina, fugitiva y la pone debajo del yugo de Faraón. El amor divino alumbra y clarifica el entendimiento para que se conozca el hombre a sí mismo todo de dentro y de fuera, y a su Dios en el grado que le es otorgado, y a todas las otras criaturas. Mas el amor proprio es tenebroso y obscuro, y así añubla el entendimiento y ofusca y obscurece la voluntad, y de tal manera, que no conozca perfectamente el hombre a sí mismo, ni a su Dios, ni a otra criatura alguna.

Y para concluir con estos frutos malos y buenos que de estos dos amores proceden, mira, ánima mía, los efectos del uno y del otro, y verás cuán contrarios son en todas las cosas. Quiere el amor de Dios que le ayuden a servir y amar a Dios y que haya muchos que le tengan compañía en amarle y servirle, como vemos en Moisén, que, como amigo de Dios, pedía a Dios quien le ayudase, y así le dió a su hermano Aarón, y otra vez pidió más ayudadores en el servicio divino, y le dió setenta varones. Así, a Beseleel, que era bueno, le dió el Señor a Oliab

---

[2] Ps. 48, 10-11.
[3] Rom. 6, 21.

para la obra del tabernáculo. La bienaventurada Marta, como mujer santa que tenía en su corazón el amor de Dios, rogaba al Salvador mandase a su hermana María que le ayudase en servir a Jesucristo, y se quejó de ella porque no le ayudaba, porque quisiera la santa virgen que todo el mundo se ocupara en servir al Redentor del mundo. Así, los que aman a Dios, no en cuanto pretenden su particular interese, sino sola la honra y la gloria de Dios, desean que todos amen y sirvan a Dios. El amor proprio hácelo al revés, porque como busca su proprio provecho, quiérelo todo para sí, y así no quiere el amador de sí mismo que otro prive con el príncipe o rey; quiere ser solo y hacer él solo todos los oficios, porque pretende más su provecho y honra que el buen servicio del príncipe o poderoso. *La caridad*—dice el Apóstol—*no busca sus proprias cosas* [4].

Y si tú, Señor, no buscaste viniendo del cielo a la tierra sino a mí, ni trataste de tu interese, sino de mi bien y provecho, ¿por qué, Dios mío y Salvador mío, no te amaré yo muy de veras, buscando sola tu gloria y honra, olvidado de mí y de todas mis cosas? Pues tan buenos y dulces frutos se sacan de tu santo amor y tan perversos y dañosos del amor proprio, amarte he, Señor mío, con todas mis entrañas y con todas mis fuerzas y mi corazón porque goce de los bienes que de tan generoso amor proceden en la tierra y en el cielo.

MEDITACION XCII

Cómo la brevedad de esta vida nos convida a amar a Dios

Esta vida tan breve y trabajosa que padezco me está, Señor, diciendo que te ame con todas mis entrañas. Si considero la eternidad de la vida advenidera, donde terné perpetuo descanso o perdurable tormento, y miro la brevedad y miseria de esta vida corruptible, ¿cómo podré captivar mi corazón de las cosas que, no siendo aún venidas, son en un punto pasadas y apartarle del amor de lo que para siempre dura? Aunque toda la vida que aquí tengo fuese jocunda, próspera, alegre y acompañada de toda recreación y pasatiempo, sólo por la brevedad de

---

[4] I Cor. 13, 5.

ella, y viendo que ningún fruto se saca de sus vanos y falsos placeres, la había de desamar y poner mi amor solamente en ti y en aquella vida bienaventurada que nunca se acabará, cuánto más siendo esta vida humana tan llena de trabajos y miserias por todo el suceso de ella, que, en cuanto a esto, más trabajados y afligidos vivimos nosotros que los animales que carecen de razón.

La mala vida que tenía tu pueblo de Israel en Egipto le hizo que te llamase y que desease la tierra de promisión. En naciendo el hombre, comienza a llorar, y en el suceso de la vida le destempla el frío, el calor le aflige, el fuego le abrasa, el agua le ahoga, la tierra le causa trabajos, enfermedades le enflaquecen y atormentan, dolores le fatigan, pobreza le angustia, riquezas le ponen cuidados, la vida le es breve y la muerte anda en asechanzas. ¿Pues cómo viéndome cercado de tantas angustias y dolores, y más que los que pasaban los preseguidos en Egipto ni aquellos que estaban captivos llorando su destierro sobre los ríos de Babilonia, no llamaré a ti, mi Dios, deseando mi libertad y la tierra de promisión, acordándome de la celestial Jerusalén, viéndome captivo y desterrado en este valle de lágrimas? ¿Cómo no despreciaré esta vida temporal y amaré la eterna? Considerando toda mi vida pasada, hallo por mi cuenta que todos sus placeres son menos que diezmos de sus trabajos. Los males que aquí nos atormentan nos compelen a buscar y desear tu divina presencia. Así lo hizo muchas veces aquel santo rey David, llamándote siendo atribulado y perseguido; y por amor de eso, dijo en el Salmo: *Al Señor llamé en mi tribulación* [1].

¿Qué tiene que ver mi corazón en estas cosas de la tierra, pues todas ellas me lanzan de sí y me envían a ti? Los trabajos de la vida me dicen que busque la verdadera vida celestial, y el cuidado y fatiga que me da el amor de la tierra me amonesta que ame solamente a ti, mi Dios y Señor, único bien mío y refugio de mi alma. No tenía tantas miserias ni estaba tan cercado de angustia y necesidad y tribulación el corazón de aquel mezquino hijo pródigo cuanto está afligido y apretado mi inquieto y desasosegado corazón cuando anda envuelto en el amor del mundo. Volviéndome a ti, con una nueva luz es alumbrada mi alma.

Siempre que de veras, despreciando y aborreciendo este cencerraje del mundo, amé a tu Divina Majestad, hallé una desacostumbrada alegría y entrañable gozo que comunicas a los que te aman. ¡Oh desventurados hom-

[1] Ps. 19, 1.

bres y criaturas infelices!, ¿por qué buscáis vuestros deleites y contentos en las abominaciones y torpezas sensuales? Venid y ved cuán suave es el Señor y cuán dulce y deleitable su conversación. ¡Oh si gustásedes siquiera por un poco de la delicada conversación de Jesucristo, y cuán de buena voluntad aborreceríades todas las consolaciones del mundo!

Deja, pues, ánima mía, deja ya estas vanidades y engaños que amas y llégate a tu Dios por amor, porque más suave es una gota de la consolación del Señor que los altos y profundos pozos de las mundanas consolaciones. No puede durar mucho el amor de la criatura, que en un punto pasa y tan presto deja de ser, pero el amor del Señor es el que para siempre dura. ¿Pues por qué quieres poner tu amor en cosas que tan presto has de dejar? No digas, como dijo Aarón, que no puedes hacer fiesta a tu Dios con tristeza, ni amarle entre tantos trabajos, porque estas tristezas y tribulaciones que padeces no son sino golpes que te da Dios con el eslabón de la adversidad para sacar de la dureza de tu corazón, así como de un pedernal, centellas de fuego de divino amor. Viendo el piadoso Señor que con beneficios no quieres ablandarte, mas antes que así como pedernal te endureces, hiere tu corazón con dolores por sacar de él fuego de amor. Así lo hizo con Manasés, rey de Judea, el cual, no convirtiéndose a Dios con los muchos beneficios que le hacía, dióle golpes de adversidades, y con ellas se convirtió a Dios estando preso en Babilonia y amó a su Criador entre las tribulaciones. Y si la brevedad de la vida y miserias de ella no te mueven a amar a tu Dios, donde hay vida eterna y bienaventurada, muévate la pena que en el infierno padecerán los que no aman a Dios; *muévante aquellas frigidísimas nieves*—dice Job [2]—, con las cuales lanzarás de ti las nieves de tu frío y helado corazón, y muévante aquellas llamas ardentísimas del divino furor, porque ardas agora con el amoroso y dulce fuego de Jesucristo.

Si en estas cosas temporales y que se pueden ver no hay verdadero ni permaneciente amor y no se puede amar lo que no se puede ver, seguirá perpetua miseria al que no haya amor que permanece. Ninguno puede ser bienaventurado sin amor y consta ser miserable el que no ama lo que es. No sólo bienaventurado, pero ni aun hombre se podría llamar el que, olvidado de la humanidad y despreciando la pacífica compañía y conversación humana, amase a sí mismo solamente con un solitario y miserable amor. La caridad es un amor gratuito que pasa a otro, por lo

---

[2] Iob 24, 19.

cual ninguno es dicho tener caridad consigo mismo, porque es menester que se extienda a otro el amor.

Vil es aquel que, quitando su amor a Dios y a su prójimo, lo pone en sí mismo. Dístenos, Señor, la vida trabajosa porque te amemos y tus amigos desean verse libres de la pesadumbre de la carne por amarte libremente. El Apóstol se llama miserable y desea topar con quien le libre del cuerpo de esta muerte. Y aunque los dolores corporales son causa de tristeza, los que saben algo del espíritu no sienten tanto lo que al cuerpo le va en esto como lo que el alma pierde o deja de ganar. Aunque todos sienten las molestias del cuerpo, difieren, Señor. tus amigos de los que lo son del mundo, porque los mundanos las aborrecen porque las tienen por malas, y a tus amigos les suelen ser acedas en cuanto les son impedimento para que no puedan vacar tan libremente a la contemplación y oficio del espíritu. Y no tienen en más estima su daño de lo que llega a esto ; que por lo demás, cuando por bien del alma se ordena, como cosa que vale menos, libremente lo pasan.

Lo que hace miserable esta vida es el continuo peligro en que está todo nuestro caudal por los muchos enemigos que procuran y desean nuestra muerte, por las muchas armas que en las cosas de fuera tienen contra nosotros y por las pocas fuerzas que hay de nuestra parte. Y lo que es peor, que es sola el alma a defenderse, y tan sola, que de la gente que tiene dentro de su casa es mayor el combate y hacen traición siempre que con mucha diligencia no anduviere a visitar las guardas, las cuales son tantas y tan combatidas, que cuando por una parte se quiere valer, entran los enemigos por la otra o porque se durmió la vela o porque el alma, falsamente engañada, les da la llave. De manera que tan largo es el peligro como la vida, porque no es otra cosa sino una sangrienta pelea o una montería en que dan al alma mil alcances, por lo cual, viéndome, Señor, tan perseguido, sólo este remedio tengo: poner mis ojos llorosos en el cielo y suspirar y desear a ti, mi Dios, amando aquella verdadera vida donde se sentará tu pueblo en hermosura de paz. El deseo de esa vida me arrebata el corazón, el amor de ella me lleva tras sí y los trabajos de ésta levantan mi alma para amar a ti, mi Dios y Señor, como a verdadera vida de mi alma y todo mi descanso y único bien y refugio mío.

MEDITACION XCIII

Cómo lo mucho que Dios nos sufre nos obliga a amarle

Mucho me obliga, Dios mío y mi Señor, para amarte ver el grande sufrimiento que has tenido y tienes en disimular con mi vida y esperarme. Siempre que pecaba en cuanto en mí es, tornaba a crucificar otra vez, como dice tu santo apóstol, a tu Hijo unigénito nuestro Señor Jesucristo, porque a no haber sido muerto, él muriera por salvarme, y con todo esto, estando yo ofendiéndote, mandabas al sol y a la luna que me alumbrasen, a la tierra que me sustentase, a los ángeles que me guarden, a los árboles y plantas que me den sus frutos y a todos las criaturas que me sirvan. Cuando los hijos de Israel te ofendían con sus murmuraciones y se quejaban como ingratos porque sacándolos de Egipto no los mantenías en el desierto, entonces mandaste a Moisén que lanzase un madero en las aguas saladas, las cuales fueron luego dulces, y enviaste pan del cielo a los incrédulos y rebeldes.

¡Oh, Señor, y cuánto sufres a los ingratos y obstinados pecadores y cuán digno eres de ser amado, pues pagas y vengas tus injurias haciendo tantas mercedes y regalos a los que te ofenden! De tu misericordia está llena la tierra y tu misericordia tiene poblado el cielo, y hasta en el infierno resplandece tu bondad y clemencia, pues castigas aun menos de lo que merecen las culpas de los dañados. ¿Quién es aquel tan protervo y duro de corazón que no ama a tanta mansedumbre y bondad? ¿Qué entrañas no se enternecerán delante de tan grande benignidad y clemencia? Esperas a los que te ofenden, sufres con paciencia las injurias y recibes con suma benignidad a los que vienen a ti, perdonando los pecados y aun buscándolos primero y rogándolos con el perdón.

¡Oh misericordiosísimo y clementísimo Señor! ¿Cómo no te amaré yo siendo tú tan sufrido y paciente conmigo? Suplicándote Moisén que le mostrases tu cara le respondiste: *Yo te mostraré todo el bien.* Y declarando cuál era todo el bien, dijiste: *Terné misericordia de quien yo quisiere y seré clemente con quien me pluguiere*[1]. Mira, pues, ánima mía, cuáles son las riquezas, bienes y tesoros

[1] Ex. 23, 18.

de tu Dios, que es ser misericordioso y clemente, y de tal suerte, que haber misericordia de nosotros es todo su bien para con nosotros. No dice ser justiciero, sabio, ni poderoso, sino ser misericordioso y benigno. No sacas, Señor, a plaza lo que hace al caso a ti, sino lo que conviene a nosotros, y por eso mandaste a Moisén que hiciese un propiciatorio. No leemos en la Escritura que hayas señalado casa de justicia adonde sean los malos castigados, sino casa adonde se perdonen los pecados, como fué aquel propiciatorio en la ley vieja, y agora en la ley de gracia las muchas iglesias que hay por toda la cristiandad, donde los pecadores son reconciliados contigo.

También mandaste a tu pueblo de Israel que señalase ciertas ciudades de refugio, en las cuales los homicidas y pecadores pudiesen acogerse y ser libres de la justicia. Y en aquella maravillosa visión, cuando te mostraste a Moisén en el monte y pasaste cerca de él, conociendo el santo tus muchas perficiones y virtudes de sola tu misericordia, te alabó diciendo: *Señor, Dios nuestro, misericordioso y clemente, paciente y de mucha misericordia y verdadero, que guardas tu misericordia en millares y quitas las maldades y delitos y pecados* [2]. En todo esto nos muestras, Señor, lo mucho que nos amas y cuánto más amigo eres de perdonar que de castigarnos. Y cuando nos castigas, acuérdaste de tu misericordia. A las diez tribus de Israel que castigaste permitiendo que fuesen captivos, consolaste dándoles muchos profetas. y cuando tu pueblo de Israel, murmurando contra ti y despreciando la tierra de promisión, se quiso volver a Egipto, amenazástelos en pena de su grande pecado, diciendo que no entraría en tierra de promisión, y después de esto, echando mano a las armas para pelear contra sus enemigos, le dijiste: *No subáis a pelear contra ellos, porque yo no estoy con vosotros, y no caigáis delante de vuestros enemigos* [3]. Cosa es esta, Señor, maravillosa. Si no estabas con ellos, ¿cómo les dices que no vayan a la guerra, porque morirán en ella? Y si estabas con ellos, ¿cómo les dices que no estabas con ellos? Estabas y no estabas con ellos. No estabas con ellos para que venciesen y estabas con ellos para que no fuesen vencidos y muertos.

¡Oh misericordia inefable y bondad infinita! Castigas las culpas y amparas a los pecadores; muéstraste enojado contra ellos y, por otra parte, los estás defendiendo de sus enemigos. Así, clementísimo Señor. castigas nuestros vicios y pecados y conservas nuestra vida y de tal manera

---

[2] Ex. 34, 6 ss.
[3] Num. 14, 42.

te enojas contra nosotros, que nos amparas y defiendes de nuestros enemigos. Como la madre que azota al hijo, y si lo ve en peligro de muerte, ella se porná en aquel peligro por salvar la vida del hijo que mucho ama. Por una parte, Señor, me castigas como piadosísima madre, y es tanta tu bondad y misericordia, que viéndonos en peligro de muerte, no sólo te pusiste, por librarnos de la muerte, a peligro de muerte, mas aun recibiste la muerte por librarnos de la muerte y perdiste la vida por darnos vida.

De esta tu muy grande y infinita misericordia dijo en otro tiempo Isaías: *El Señor es el que mide las aguas con el puño, y los cielos pesa con el palmo* [4]. Habla el profeta de tu justicia y misericordia por metáforas, de las cuales suele usar muchas veces la Escritura, y así, entiende por las aguas las tristezas, adversidades y tribulaciones, según aquello que dice David hablando contigo en el Salmo: *Sálvame, Señor, porque entraron las aguas hasta mi alma* [5]. No hablaba el santo rey de estas aguas materiales, pues no pueden entrar estas aguas, siendo corporales, en el ánima, que es espíritu, pero quiso decir que lo librase de los trabajos y tribulación en que estaba, los cuales males habían llegado hasta su corazón. Eres, pues, Señor, tal y tan bueno, dice Isaías, que nos das los trabajos y castigos a mano cerrada, por ser muy limitados y pocos, y el cielo, a mano abierta, como la abre el que mide a palmos, porque eres corto en castigar y liberalísimo y magnificentísimo en premiarnos con bienes celestiales, usando con nosotros, pecadores, de grandes misericordias.

Mira, pues, agora, ánima mía, abre tus ojos y considera cuánto debes amar a quien tanto te ama y cuán ingrata eres en ofender a quien tanto bien te hace, y que, ofendiendo a tan buen Señor, das ocasión, en cuanto es de tu parte, para que reciba mayor dolor y pena de la que tienen todos cuantos están en el infierno. Porque como tu Dios y Señor es infinito en su poder y bondad, así es digno de ser infinitamente amado, lo cual ninguna criatura puede hacer, por ser sus fuerzas finitas y limitadas; pero como la virtud de Dios es infinita, así Dios ama a su bondad infinitamente. Y porque sería tan grande el dolor que recibiría el injuriado cuanto es grande el amor con que se ama, síguese que Dios recebirá infinito dolor, si recebirlo pudiese, cuando es su bondad ofendida; y así, el dolor, infinito y muy mayor al que tienen los del infierno. Abre, pues, alma, los ojos de tu entendimiento y mira cuántos

[4] Is. 40, 12.
[5] Ps. 68, 2.

momentos y horas, días, meses y años ha que el Señor, por sola su grande bondad y misericordia, te ha esperado para que te vuelvas a él. Contempla a muchos hombres que al tiempo de la muerte daban cuanto tienen y todo cuanto pudieron tener porque Dios les alargase siquiera un día de vida para poder hacer penitencia de sus pecados, y no les fué concedido.

¡Oh qué desconocida vives de todos los bienes que recibes de tu Señor, y particularmente en el tiempo, en el cual tanto bien podrías hacer! ¡Oh eterna y admirable bondad de mi Dios! Bien parece que no tienes término ni medida ni fin en sufrir tan innumerables maneras de pecar en los hombres, esperando, los brazos abiertos, para haber misericordia de ellos, si ellos de sí mismos la quisieren tener, no cerrando los ojos ni oídos para ver los beneficios y mercedes que de ti recibieron y oír las aldabadas que das a las puertas de sus conciencias.

¡Oh ánimas ciegas y sordas, cómo os basta sufrimiento para poder tener esos sentidos interiores tan cerrados, que no oiyáis ni veáis lo que tanto cumple a vuestro remedio y salvación! Trabaja, pues, ánima mía, en tanto que puedes por abrir los ojos y no esperar que te recuerde la muerte, pudiendo despertarte su memoria, amando luego a tu Dios y Señor y no dejando este noble ejercicio para el tiempo, cuando por ventura, por graves pecados pasados, querrás ver tus culpas y no verás el camino por donde de ellas te escapas.

MEDITACION XCIV

QUE DIOS HA DE SER AMADO POR SER FIEL AMIGO NUESTRO

¡Oh Señor, y cuán cercado estoy de causas para poner solamente en ti mi amor, y con todo esto, apenas pueden ser llevados mi duro corazón y rebelde voluntad al amor de tu bondad infinita! Si no te amo por lo que tú eres en ti, ¿por qué no te amaré siquiera por lo que eres a mí? Quiero a mis amigos, y vánseme los ojos y tras ellos el corazón, porque me hacen bien y conozco que me quieren bien, y olvídome de ti y no te amo, siendo tan grande amador, tan fidelísimo y leal amigo y tan benéfico para mí.

Nunca, Señor mío, tú permitas que yo me olvide de aquel agradecimiento y extraña fidelidad que tuviste con

tu siervo David, pues muchos años después de su muerte, amenazando a Salomón por los pecados que cometió, templaste tu ira, diciendo que no le quitarías en sus días la mitad del reino por amor de David, tu siervo. Esta ley y amistad guardas con tus amigos no sólo cuando son vivos, pero aun también después de muertos, cuando ya los tiene el mundo olvidados, pues perdonaste a Salomón la pena que por sus culpas merecía para que no la viese en sus días, teniendo respeto a los méritos de su padre, ya defunto.

Los hombres dicen que a muertos y a idos no hay amigos, y pocos se hallaron como Booz, de quien dice la Escritura que la amistad que tuvo con los vivos les guardó después de la muerte. Pero tú, Señor y Dios nuestro, eres tan fiel y verdadero amigo de los tuyos, que excedes sobre manera a todo lo que los hombres pueden imaginar en género de amistad y amor, teniendo perpetua ley y amistad fidelísima con los vivos y muertos. Tanto cuidado tienes de las cosas de los amigos en ausencia de ellos, que cuando Agar, criada de Abraham, andaba descaminada en el desierto de Bersabé con su hijo Ismael, estando en peligro de muerte, socorrístelos, Señor, en su tribulación por los méritos de tu grande amigo el patriarca Abraham, por lo cual dice la Escritura divina que oyó Dios la voz del niño. No dice que oyó la voz y lágrimas de la madre, sino la voz de su hijo Ismael, porque aquel grande favor y excelente milagro del agua no lo hiciste, Señor, por los merecimientos y lágrimas de la madre, sino por los méritos de Abraham, como ya está dicho, cuyo hijo era aquel niño. Solícito es Dios en curar de las cosas de sus amigos, y así dice la Escritura Sagrada que hizo Dios gran príncipe a Ismael por ser hijo de Abraham. No menos cuidado tienes, Señor, de volver por la honra de tus amigos en ausencia de ellos. Murmuraron Aarón y María de su hermano Moisén, a los cuales reprehendiste y castigaste muy duramente, ensalzando con desacostumbrados y grandes loores a Moisén, tu fiel amigo. En el mundo hay muchos que se dan por nuestros amigos que suelen, en ausencia de nosotros, no sólo no volver por nuestra honra, pero aun ayudar a los que nos la quitan.

¡Oh cuán fiel amigo eres tú, Señor, pues así vuelves por la honra de tus amigos! Muy honrados son, Señor, tus amigos y muy bien establecido está tu principado. Con todo esto, amamos la falsa amistad del mundo, dejando a ti, fidelísimo y grande amigo nuestro. Maravillábase el pueblo y aun escandalizábase de tu santo precursor y glorioso Baptista y teníale por ignorante y por mudable, pues, habiendo dado a las gentes claro testimonio de ti, envió

estando preso a preguntarte quién eras. Pero San Juan, que puso su honra a peligro por tu servicio y bien espiritual de sus discípulos, no la perdió, antes ganó más honra, porque tomaste tú la mano en volver por ella alabando su constancia y sabiduría, diciendo de él que no era mudable como caña, ni ignorante el que era profeta y más que profeta, y así mereció tenerte por predicador de sus virtudes. Así volviste por la honra de la Magdalena en casa de Simón Fariseo y después en Betania, cuando Judas murmuraba de ella por el ungüento que derramó, y volviste por la honra de José en Egipto, y por la de Susana y por la de tu Madre santísima cuando José, su esposo, quiso dejarla. Aparecióle el ángel y quitóle las imaginaciones y pensamiento que tenía.

¿Quién se fió de ti que le faltases? ¿Quién fué tu amigo y se vió en la necesidad desamparado? Halláronte presente los mozos en el horno de Babilonia, Daniel entre los leones y Jonás en el vientre de la ballena. Todos quieren al amigo fiel, todos desean que no los dejen en sus trabajos, y siendo tú tal como lo buscan ellos y no hallando en los hombres lo que pretenden, ¡oh cuán pocos son, Señor, los que te aman! Pues aunque no fueras quien eres, bondad infinita y único bien nuestro, sólo por ser tan verdadero amigo era justo que te amásemos sobre todas las cosas. No hay cosa que se compare con el fiel amigo, y en la necesidad se conoce. De más altos quilates es la amistad que el oro ni la plata y más preciosa que las piedras preciosas; y así, Dios y Señor mío, habiéndote yo hallado tan buen amigo en todos mis trabajos, ¿por qué no te amaré sobre todo lo amado y estimaré y apreciaré tu amistad más que todo precioso? Mucho amamos a nuestros amigos y estimámoslos en mucho cuando tenemos experiencia de que son verdaderos amigos nuestros, y ellos son nuestro regalo y contento y con ellos comunicamos nuestros secretos.

¡Oh Señor y Dios nuestro, cuánto te debe mi corazón amar, y cuán dulce es a mí tu conversación, y cuán deleitable tu amistad! ¿Qué más podías honrarnos y estimarnos que llamándonos amigos tuyos? *A vosotros dije yo mis amigos* [1], dices, Señor, en tu Evangelio hablando con tus apóstoles. Este nombre *amistad* denota igualdad entre los amigos, porque cuando son dos muy diferentes y desiguales en poderío, riquezas, dignidad y estado, no se llaman amigos aunque se amen, y es improprio lenguaje decir que el rey y el pastor son amigos. ¿Pues qué bondad es ésta, Señor, que siendo tú Dios infinito, eterno, todopoderoso

[1] Ioan. 15, 15.

y Señor del cielo y de la tierra, y siendo yo un vil gusanillo y criatura tan miserable y de todas partes sujeta a tantas necesidades, me llamas *amigo* y querías tener amistad conmigo? ¿Qué cosa es el hombre que tanto lo engrandeces, que pones cerca de él tu corazón?

Viendo la desproporción grande que había entre ti y el hombre y que no podía haber amistad entre dos cosas tan desiguales, deseando nuestra amistad, quisiste abajarte tú humillándote hasta ser hombre y subir a nuestra naturaleza humana, uniéndola con tu divina persona en un supuesto y haciéndola tan igual contigo, que todo lo que se dice de ti en cuanto Dios se dice de ti hecho hombre por la comunicación de los vocablos y títulos. Si el rey se enamora de una esclavilla vil y desechada y se casa con ella por el amor que le tiene, ya goza ésta, que era mujer vil, de título y honra y dignidad de reina y señora, y es servida y adorada como reina y llamada majestad y tratada según la dignidad en que el rey la puso.

¡Oh amador nuestro y rey de gloria, que tan terribles y desaforados fueron los amores que tuviste a nuestra naturaleza humana, esclava y captiva del pecado, que determinaste de casarte con ella en el tálamo virginal de tu sacratísima Madre!, y así la ensalzaste, que es adorada nuestra humanidad en ti con adoración de latría, debida a sola tu presencia y Divina Majestad, pues supositada en el Verbo divino es un supuesto y una persona con él, siendo Dios y hombre y hombre y Dios. ¿Parécete, pues, agora, ánima mía, que podrá Dios llamarnos *amigos* habiendo igualado consigo a nuestra naturaleza humana? ¿No te parece que nos podrá llamar *amigos* y que nos da su divina clemencia y bondad infinita licencia para que le llamemos *amigo*? Verdaderamente, nuestro amigo y verdadero amigo es Dios, y él dió traza maravillosa cómo pudiese ser llamado *amigo* y llamarnos a nosotros *amigos* suyos porque el nombre de *amigo*, que trae consigo amor y fidelidad, te regalase el corazón y enterneciese las entrañas, para que ames perpetuamente al que tanto hizo por ser amado de ti, sin tener necesidad de tu amor.

MEDITACION XCV

Cómo Dios ha de ser amado por ser guarida y casa nuestra

Siendo el ciervo perseguido de los perros, viendo que no se puede escapar, conociendo por instinto natural ser el hombre animal manso, llevado de su propria naturaleza, se va a él por salvarse. ¿Pues cómo, Señor, sabiendo yo que tú eres mi Señor clementísimo y benigno, viéndome perseguido de los enemigos de mi alma y que muchos perros me han cercado y el consejo de los malignos me combate entre tantas tribulaciones y trabajos de mi vida, a quién iré sino a ti, clementísimo Padre, único refugio mío y verdadero amparo? Dios nuestro, refugio y virtud, ayudador en nuestras tribulaciones que nos hallaron. ¿Pues cómo te buscaré sino amando y cómo tengo de ir sino con amor, pues el amor me lleva adondequiera que voy? Como el sol es depósito de la luz, así tú, Redentor mío y buen Jesús, eres el depósito de nuestras consolaciones y remedios. ¿Pues por qué, Dios mío, no te amaré yo y iré a ti amándote, viviendo entre tantos peligros y siendo tú mi refugio y consuelo? Servirte es amarte, porque el que no te ama no te sirve, y el que te ama te sirve, y el que poco te ama, poco te sirve, y el que mucho te ama, mucho te sirve, y el que perfectamente te ama, perfectamente te sirve.

De esta manera, Señor, como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma ir a ti. Gozando mi ánima de la libertad que de tu don posee, tiene muchos enemigos que, codiciosos de la presa, la persiguen. Unas veces al descubierto con calumnias y maltratamiento de los mundanos, a quienes ofende la diferencia de la vida; otras veces se esconden con arco y flechas, es una enramada para tirarme de secreto al corazón, teniéndome armada traición con alguna conversación o negocio que yo tengo por seguro; otras veces arma lazos encubiertos con color de la misma yerba, encubriendo algunas veces el pecado con color de algún espiritual ejercicio, y prende con adulterina color a quien no anda muy avisado. Suele el ángel de Satanás transfigurarse en ángel de luz, y por eso pedía David que lo librases del demonio de medio día, porque siendo tiniebla, quiere hacer creer que es luz y cosa buena lo que persuade.

No faltan perros que sigan la caza, que son muchas veces los falsos hermanos y sentidos exteriores y la inclinación del apetito a los bienes de fuera. Y aunque no fuese más el daño que su importuno ladrar, es gran trabajo, cuánto más que siempre salen con algo, y así, del dolor de lo presente como del temor de más grande daño resulta esta agonía y este no poderme hartar de resollar, ni tengo otro respiradero sino poner los ojos en ti y mirarte como a casa y guarida de mis males y peligros. Oyo el ruido y murmurio de las misericordias tuyas, que salen de ti como fuentes, y por eso te deseo como el ciervo a las fuentes de las aguas. Eres fuentes no porque haya en ti diversos principios, pues eres uno y indivisible, mas porque todas las diferencias de bienes tienen su origen de ti. Del paraíso terrenal salía un copioso río que después se repartía en cuatro ríos caudalosos, y de cada uno de ellos se derivan muchos. Así tú, Señor, eres un mar de todos los bienes, y siendo tú uno, te repartes y comunicas de diferentes maneras, no siendo tú partido ni menos en una parte que en otra, según la medida de tu voluntad y sabiduría, dando a cada uno según su disposición. Esta es aquella agua viva que prometías a aquella mujer samaritana. Pues quien tanto mal tiene de cerca y quien tanto bien tiene de lejos estando en este valle de lágrimas desterrado de tu gloria, no es mucho que te desee mi alma, pues eres tú su amparo y todo su remedio. Tú eres mi refugio y vida y podrás, si quieres, remediarme, porque eres Dios vivo cuya providencia se extiende a todas las cosas sin que falte alguna.

Siendo nuestra vida y todo nuestro socorro, seguramente se te puede pedir remedio. Estoy agora debajo de las alas de tu amparo, pero tiempo vendrá, Señor, que estaré en el mismo refugio y socorro de mi alma, teniendo todo mi bien delante de mis ojos cuando, como en morada propria, serás hallado, y cesará aquel congojoso buscar de los que van diciendo: *¡Oh amado de mi alma!, ¿dónde te apacientas y adónde tienes la siesta del medio día?* [1] Allí, Señor, nadie me preguntará dónde está tu Dios, ni yo andaré buscando lo que siempre tendré presente. Entraré en tu morada, que tiene tantos aposentos cuantos serán los que se salvaren, porque en la casa de tu Padre hay muchas moradas; y aunque unos sean mejores que otros, porque una es la claridad de la luna, y otra la del sol, y otra la de las estrellas, y como una estrella difiere de otra en claridad, así será la resurrección de los muertos; pero con todo esto, todos serán tales, que con razón antes es-

[1] Cant. 1, 6.

cogeré allí el menor lugar que vivir en las moradas de los pecadores. El desecho de tu casa, Señor, es de más precio que lo más alto de la tierra, si desecho puede llamarse algo donde todo lo que hay es escogido.

No hace mucho el que dice: *Señor, que ama la hermosura de tu casa y el lugar donde mora tu gloria* [2], porque aunque en toda parte, si quieres, podrías ser gozado, quieres tener particular aposento para eso, porque convenía para el oficio que tal edificio respondiese. Los príncipes de la tierra siempre escogen en sus grandes palacios alguna pieza para su retrete, la cual con más primor está labrada que todas las demás, y así, aunque todo el palacio de este mundo y de este cielo sea tan hermoso que sólo al mirarle pareció a algunos ser bastante bienaventuranza, creemos que en ese cielo empíreo tienes labrado un retrete, adonde están las mejores piezas de tu casa. Por amor de esto me da pena esta pobre choza en que vive mi alma, sabiendo con el Apóstol que, si esta morada corruptible se cayere, tenemos un soberano edificio, labrado en el cielo no por amor de hombre, sino por la tuya, que puede cuanto quiere. No será menos que locura querer explicar la grandeza de tu casa, la orden de los que te sirven, los aderezos y concierto de ella, la gloria de los moradores y magnificencia del dueño, pues siendo en todo cuanto haces tan grande y tan admirable que dejas muy atrás a todo entendimiento, en sólo esto dice un profeta que eres *magnífico*. Si aquella reina de Sabá quedó tan maravillada que salió como fuera de sí y estuvo muda y espantada cuando vió la sabiduría de Salomón, sus riquezas y orden de su casa y concierto en su servicio, ¿qué será ver esa gloria y palacio tuyo y la orden y concierto maravilloso que hay en él?

Aunque todo lo que haces en la tierra es cosa grande, pero, si se compara con la glorificación de los justos, veremos que allí solamente te muestras magnífico, pues aunque lo seas en las otras mercedes que les haces, en ésta más en particular te señalas magnífico y generoso en las mercedes que les haces. ¿Qué mayor magnificencia que abrir todos tus tesoros, y dar libremente todo lo que quisiere tomar a cualquiera que allí entrare, y dejar al apetito tan contento que no puede más desear? ¡Oh qué debe sentir el alma que, saliendo de este valle de lágrimas, entra en tu palacio real para vivir en perpetua sabiduría y gloria! No dirá haber sido engañada en las nuevas que acá tuvo, pues en compañía de todos dirá: *Como lo oímos, así lo vimos en la ciudad del Señor de las virtudes*,

[2] Ps. 25, 8.

en la ciudad de nuestro Dios [3]. Justo, pues, es, Señor, que arda mi corazón en llamas de tu divino amor, pues eres mi refugio y casa perpetua de mi alma y vida.

MEDITACION XCVI

Que Dios ha de ser amado por ser refugio nuestro

Proponía, Dios nuestro y Señor nuestro, el santo rey David de amarte de todo su corazón y con todo cuidado y hervor, y despertándole a ello muy particulares dones y especiales mercedes que de tu mano había recibido, decía en el Salmo: *Ameos yo, Señor, fortaleza mía* [1]. El Señor es firme piedra sobre quien estoy fundado, es mi refugio y mi librador y en él esperaré, es mi defensor y amparador y la fuerza de mi salud y el que me recibe. De todo corazón y con grande deliberación del ánimo y herviente voluntad debes ser amado, pues tanto bien haces a quien tan grande necesidad padece como el hombre. Mucho debe ser amado quien es nuestro bien, nuestro firmamento, nuestro refugio, nuestro librador, nuestro ayudador, nuestro defensor y la fortaleza de nuestra virtud. ¡Con cuánto hervor y calor debe ser encendida nuestra voluntad en tu divino amor! Desmenuza, pues, agora, ánima mía, cada cosa de éstas y hallarás lo que digo.

El es hombre miserable a cada paso y flaco en todas sus cosas, si quieres mirar su enfermedad y flaqueza, que aun no trato de la espiritual, sino de sola la corporal. Con cualquiera tentación caería el alma y con pequeña ocasión sería también desmayado el cuerpo si tú, Señor, fortaleza nuestra y refugio nuestro, no nos sustentases corporal y espiritualmente. *Si Dios no me ayudara*—dice tu siervo David—, *ya cuasi morara mi alma en el infierno* [2]. Bien conocía el santo apóstol que eras tú su fortaleza, y por eso dijo que todas las cosas podía en ti, que lo confortabas. Mucho, pues, Señor mío, me debe despertar a tu divino amor el conocimiento de la propria enfermedad y la fortaleza que hallo en ti, Señor. Porque ciertamente, Señor, arena movediza es toda la virtud y industria humana, y cada hora se caería el edificio fundado sobre ella;

[3] Ps. 47, 9.

[1] Ps. 17, 2.
[2] Ps. 93, 17.

pero tú, Señor, eres piedra firme sobre que está fundada nuestra morada espiritual.

¿Y quién nos recibiría y ampararía en nuestras adversidades si Dios no abriese las puertas de su misericordia y nos recogiese dentro? El es nuestro refugio. Torre de refugio han menester los flacos y perseguidos de sus enemigos y que ya desmayan y no pueden resistir. *Llamando al Señor, óyeme el Señor de mi justicia; en mi tribulación me ensanchaste* [3]. De los enemigos que nos persiguen y combaten cada día, dice el Apóstol que son tan poderosos, que no tenemos solamente lucha contra la carne y la sangre, mas aun contra los poderíos infernales y contra los príncipes de estas tinieblas, y Job dijo que no hay poder sobre la tierra que se compare con el poder del demonio.

¿Cuánto, pues, debo desear entre tantos enemigos, que de día y de noche no cesan de buscar por donde destruirme, una torre y casa de refugio, para encerrarme dentro y librarme de sus persecuciones y heridas? Esta merced nos haces tú, Señor, dándote a ti mismo en torre de refugio y amparo, en la cual somos libres de los daños de nuestros enemigos, por amor de lo cual a ti, Señor, debo yo acudir en la tribulación y tentación, donde hallaré las puertas de tu misericordia abiertas, y entrando dentro seré recebido y vencidos mis enemigos, alcanzando de ellos esclarecida victoria. En esto veré yo cuánto te debo amar, pues tantas veces, estando a punto de perderme y ya cuasi vencido de la tentación, me socorriste con tu favor y misericordia, librándome de la muerte.

¡Oh Señor, y cuánto amor te debo y cuánto me convida a amarte ser librador mío y amparador mío y casa de refugio en mi tribulación y tentación, que así me llevaba tras sí, que ya iba vencido si tu bondad no me socorriera! Ama, pues, ánima mía a tan buen Dios, que nos tiene abiertas las puertas de su fortaleza para que entre nuestra flaqueza a ser amparada y defendida. Sube de punto la causa del mayor amor que a Dios debes, porque una cosa es ser Dios nuestro refugio y otra ser nuestro librador. Refugio de nuestra huída es Dios, y así no hay haber caído en las manos del enemigo; mas ser librador nuestro es sacarnos del poder del enemigo después que nos tiene presos y captivos. Así te considero, Señor, unas veces que me amparas y recoges debajo de tus alas, y por ello diré con el profeta: *Ampárame debajo de la sombra de tus alas* [4]. Amparásteme con tu misericordia y previniéndome con tu gracia antes que cayese, como lo hiciste con tu

[3] Ps. 4, 2.
[4] Ps. 16, 8.

pueblo escogido de Israel cuando, yendo ya en el alcance contra él Faraón rey de Egipto, con mano armada libraste a tu pueblo antes que llegase a él el tirano ni lo hiriese, acortándole los pasos y ahogándolo en el mar Bermejo con toda su armada.

¡Oh cuántas veces, Señor, has hecho esto conmigo yendo el enemigo en mi seguida y queriendo captivar a mi alma! Dios mío, tu misericordia me previno. Anticipóse tu bondad y el amor te hizo diligente para que ganándome por la mano, aun antes que te llamase, fuese de ti socorrido. Alabarte ha para siempre jamás mi corazón y mi boca no estará ociosa, cantando con tu pueblo esta gracia y merced preveniente, diciendo: *Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha engrandecido, pues al caballo y al caballero anegó en el mar*[5]. Otras veces, Señor, después de caído y preso de mis enemigos, me libraste y sacaste de las tinieblas infernales a la luz y claridad de la gracia y amistad tuya. Enviaste tu favor desde el cielo y me recebiste y me sacaste de las muchas aguas. Librásteme de mis enemigos fortísimos y de aquellos que me aborrecieron. Voluntariamente te sacrificaré y confesaré tu nombre, porque es bueno, porque me libraste de toda tribulación. *Quebrantaste mis ataduras, y te sacrificaré sacrificio de alabanza*[6]. Amarte he, pues, Dios mío, con el santo rey David, pues eres mi refugio y mi ayudador.

Grande regalo de amor hallo yo en esta palabra y de veras se despierta la voluntad para darse toda entera a su Dios. Eres tú, Señor, nuestro ayudador, y somos nosotros flacos y no diestros en el ejercicio de esta guerra espiritual, y por eso eres tú nuestro ayudador, para que con tu favor y auxilio podamos vencer, pues sin ti (como lo dices tú mismo) ninguna cosa podemos hacer. Dispones de tal manera y ordenas de tal suerte el favor que nos das, que quieres para nosotros el provecho y interese de la victoria y coronas en nosotros tus dones, como si de sola nuestra virtud y fortaleza naciesen las obras que son dignas de alabanza y premio. ¿Quién hizo al santo Job tal y tan excelente? Ciertamente tu bondad y el buen uso de la libre voluntad del santo, y con ser lo principal tu gracia y haber venido de tu mano, no haces, Señor, alabarlo y pregonar sus virtudes delante de tus santos ángeles y en la presencia de su enemigo Satanás.

Nacen estas cosas de su fuente, que es del grande amor que nos tienes, y como el amor procura de hacer muy proprios los bienes que da al amado, alábaslos tú, Dios

---

[5] Ex. 15, 1.
[6] Ps. 115, 16-17.

nuestro, y corónaslos, como si el hombre, de su natural condición y con sólo el albedrío, sin tu gracia y ayuda, los hubiere ganado. Agora veo adónde tengo de acudir para ser amparado en mis necesidades, y con tanta honra, que por las obras victoriosas que con tal ayudador tuviere, seré magnificado y coronado. Es tan grande este favor y fortaleza que das, Señor, a los tuyos, que para más encenderse David en tu amor, lo considera como los cuernos del toro, que lo que en ellos arrebata, si lo ha herido, lo arroja por el aire con gran victoria. Ameos yo, Señor, que sois el cuerno, que quiere decir la fortaleza de mi salud, porque sin vos yo no la tuviera para defenderme de mis enemigos, cuanto menos para vencerlos y destruirlos.

A esta misma manera de hablar pertenece lo que dijo en otra parte: *En vos y en vuestra virtud ventilaremos nuestros enemigos, y como toro con sus cuernos, venceremos a nuestros contrarios* [7]. Quiere decir el profeta: Por todas estas mercedes y por todos estos dones que conozco, me vienen de vuestra liberalísima misericordia y soberana caridad, propongo, Señor, de amaros con todas mis fuerzas y toda mi voluntad y virtud. Todo esto me levanta el entendimiento para que conozca en qué bondad tengo de emplear mi amor, y me enseña que, pues tú, mi Dios, eres infinito bien, en quien hallo todo lo que he menester para mi salud eterna, que a ti solo dé yo mi voluntad y en ti solo emplee todo mi amor enteramente.

MEDITACION XCVII

Cómo Dios ha de ser amado por ser librador nuestro

Entre otros muchos títulos y nombres que el santo rey David canta de ti, Dios nuestro y Señor nuestro, es llamarte nuestro librador, pues por tu infinita bondad y misericordia inefable nos quisiste librar de todos nuestros males, y tan a costa de tu honra y vida, que no dudaste de perderla por librarnos de nuestras culpas y de las penas que por ellas merecíamos. Mira, pues, agora, Señor, si te debo yo amar, siendo tú misericordia mía y refugio mío, recibidor mío y librador mío.

Cuando el elefante cae en la hoya, de la cual no puede salir, ama al cazador que lo libra y saca de ella, y lo

[7] Ps. 43, 6.

sigue y obedece. Si esto hace una bestia, siendo criatura que carece de uso de razón, ¿qué debo yo hacer, criado a tu imagen y semejanza y dotado de razón y entendimiento? Siendo tú, mi Dios y Señor, el que me sacaste de la hoya del pecado y me libraste de las redes del demonio, ¿por qué no amaré y seguiré a tan noble bienhechor? *Quebróse el lazo y nosotros fuimos libres; nuestra ayuda es en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra*[1]. Si eres librador nuestro, procede del grande amor que nos tienes, según aquello que dices por boca del profeta Jeremías: *En caridad perpetua te amé, y por eso te atraje, habiendo de ti misericordia*[2]. El amor que nos tienes es perpetuo y éste es la raíz de nuestra salvación, y por este amor nos sacaste del pecado y nos abriste la puerta del paraíso y nos abrazaste, siendo pobres y flacos.

A ti se llegan como a otro David todos los adeudados y de amargo corazón, y en ti hallan acogida y segura defensa, porque tú haces hijos de Dios a los que eran esclavos del demonio, y libertas a los que condena la ley. A ti, Señor, hemos nosotros de mirar, y en ti sólo poner nuestros ojos, como en fiel amigo nuestro y librador de nuestros males, porque las aguas de nuestros pecados no nos turben ni desvanezcan y derriben en desesperación, como los que pasan el río, que miran el cielo o a la ribera. *Mi ánima se turba en mí mesmo, y por tanto, me acordaré de ti*[3]. En ti sólo tiene vida y descanso, y en ti sólo halla seguridad y reposa, y todo lo que no eres tú, mi Dios, es enfermedad para mí. Tú eres la verdadera salud, que como buen pastor suelda lo quebrantado y sana lo enfermo y guarda lo sano y recio. Das fuerzas contra mis enemigos, sanas las llagas mortales de mis culpas, y si algún bien hay, tú lo conservas. Tú eres, Señor, el que dices por un profeta: *Yo buscaré mis ovejas y las repastaré. Buscaré lo perdido, y reduciré lo desechado, y ataré lo quebrantado, y esforzaré lo enfermo, y lo grueso y debilitado guardaré, y apacentarlas he en juicio*[4].

Tú, Señor, eres salud de nuestras enfermedades, ciudad de mi destierro, casa de refugio en mi tribulación y descanso de todos mis trabajos. En ti y por ti vivo, y por tu virtud he sido mil veces librado, resucitado y levantado de las puertas de la muerte. En altas voces que suenen hasta el cielo, confesaré que tú eres la salud de mi rostro. Dulzuras tiene el divino amor para entretenerte y enterne-

---

[1] Ps. 123, 7-8.
[2] Ier. 31, 3.
[3] Ps. 41, 6.
[4] Ez. 34, 15-16.

certe, alma mía, y yo llamo a tu Dios salud de mi cara. El rostro del hombre es la superior parte del alma, la cual enferma cuando se humilla a la criatura y sana cuando se levanta al Criador y del resplandor del divino gesto queda glorificada, por lo cual se puede ver cuán bien ordenada iba aquella bendición antigua que el sacerdote legal daba, el cual decía: *Bendígate el Señor y te guarde; muéstrete su cara y haya de ti misericordia. Vuelva su rostro a ti y te dé paz* [5]. Con esto vive nuestra alma, cuando el Señor vuelve su rostro al nuestro, no porque en el suyo haya mudanza, sino porque la mejoría del nuestro consiste en el favor de su gracia, que se llama volver el rostro a nosotros.

No te congojes, alma, espera en el Señor, que él es tu librador. Hallarlo has desocupado y solo en todas las horas que lo quisieras, y no sólo para oírte, sino para hablarte si le entiendes, y para tu ayuda si lo llamas, y para tu refugio cuando acudieres a él, y para librador tuyo si quieres ayudarte.

El agua que nace de alto principio, cuanto más quisiere alguno detener su corriente, tanto con mayor fuerza se levanta, como vemos en los caños de las fuentes. Esta vena de agua viva que bulle en mi corazón tiene su nacimiento de ti, Señor, que eres muy alto principio de todas las cosas, y si nuestros enemigos la quieren detener, da mayores saltos hacia la vida eterna. Por lo cual, cuanto los interiores trabajos más crecen y los combates de fuera son más recios, tanto más el alma se esfuerza contra ellos, y no sólo se encoge de cobarde, más aun sale de sí y da más larga rienda a sus deseos para que vaya a ti, librador y refugio suyo.

Y como los hijos de Israel, cuando más afligidos eran de los de Egipto, entonces más se multiplicaban, y el arca de Noé, cuanto más crecían las aguas, tanto más se levantaba en alto, así, para los que están infundidos de tu gracia, no hay labor que más valga que la persecución y trabajos. Entonces más se llegan a ti y te conocen por su librador y redentor y te llaman conociéndote por su único amparo y refugio. Siendo Jonás atribulado y lanzado en el mar, sabiendo el profeta que tienes tú, Señor, nombre de librador de los trabajos, exclamó y te llamó en su tribulación, diciendo: *Llamé de mi tribulación al Señor, y oyóme. Del vientre de la ballena lo llamé, y oyó mi voz* [6]. Lo mismo hacía David siendo perseguido de Saúl, y cuando lo tuvo una vez cercado en una montaña, cercándolo el

[5] Num. 6, 24 ss.
[6] Ion. 2, 2.

ejército de Saúl al derredor así como corona, tú, como librador nuestro, lo libraste, pues por orden y traza tuya, permitiéndolo tu divina Providencia, entraron los filisteos en la tierra, y fué menester que alzase Saúl el cerco y fuese libre el que te llamaba, ejercitando tú el oficio de librador, pues lo eres de nuestros males y de todos nuestros trabajos.

Tú libraste a Enoc y a Elías de la común muerte del mundo. Tú libraste al justo Noé de las aguas del diluvio, y a Abraham de los caldeos. Tú lisbraste a Loth de sus trabajos, y a Isaac de mano de su padre Abraham cuando quiso sacrificarle. Tú libraste a Loth del fuego de Sodoma, y a tu pueblo de Israel de mano de los egipcios. Tú libraste a Daniel del lago de los leones, y a los tres mozos del horno de fuego y del poder del rey tirano. Tú libraste a Susana del falso testimonio estando ya condenada a muerte, y a David de las manos de Golías y de las persecuciones de Saúl, rey de Israel, y libraste a San Pedro de la cárcel de Herodes, y a San Pablo, de la tormenta del mar, estando casi a punto de anegarse.

¡Oh librador nuestro, poderoso y fuerte!, ¿quién dirá los males de que nos libraste y el amor con que nos sacaste del abismo de miseria en que estábamos caídos? Envíasnos trabajos para que te busquemos y para que llamándote conozcamos que eres librador nuestro, y veamos el amor inmenso que nos tienes, y amemos a quien tanta razón hay para ser amado de nosotros. En su tribulación te llamaron los buenos, y tú los libraste de los peligros en que estaban, y por eso los atribulaste, para que te llamasen. Los árboles olorosos, cuando son del viento más combatidos, esparcen más su suavidad, y cuanto el viento de la tribulación más combate el alma, que tiene en sí plantas del cielo, tanto más suben los olores de sus deseos y el favor de sus oraciones. No pienso que por otra causa en el libro de los Cantares, se dice de tu parte: *Levantaré cerco, y venga el ábrego y sacuda mi huerta para que sus olores se derramen*[7].

En el principio, cuando la Iglesia se fundó, así era, y entonces el jardín dió verdaderos olores, floreciendo con rosas de martirio, azucenas de virginidad, lirios de pura conciencia y jazmines de delicadas meditaciones. Sopló en la Iglesia el viento de la persecución que los príncipes tiranos hicieron en tu escogido vergel, y dió tu huerto flores de olores, ejemplos de santos que con su paciencia y sufrimiento en los trabajos y perseverancia en la virtud olieron suavísimamente en tu santa Iglesia. Así también a

[7] Cant. 4, 16.

cada justo en particular acontece agora, que nunca tanto muestra su valor como cuando más apretada se ve la virtud. ¡Dichoso mal que puede ser principio de tanto bien! Ni tú, Señor, tampoco permitirías males en el mundo si no pensases sacar de ellos algunos bienes.

¿Cómo supiéramos la gran fe que tenían Abraham, patriarca fidelísimo, y centurio, en el Nuevo Testamento, y la cananea si no fueran tentados y tribulados, cuya fe es tan alabada en la Escritura? ¿Cómo supiéramos nosotros que eres librador de nuestros males si no nos halláramos primero dentro de ellos? Conocemos, Señor, tu muy alto poder y grande amor que nos tienes, pues de tantos males nos libraste, por lo cual conviene que yo te ame perpetuamente, pues eres mi refugio, librador mío y todo mi bien junto.

MEDITACION XCVIII

Cómo Dios ha de ser amado por ser hartura nuestra

Pusiste gusto en tomar el manjar porque era tan necesario para conservar nuestro ser y sustentar nuestra vida corporal, la cual, sin mantenimiento, no se conserva, ni el manjar se recibe en el estómago sin pasar por el gusto. Así, Dios mío y Señor mío, para que mi alma viva, pusiste una hambre en mi corazón y deseo que mi alma tiene de ti, que no quisiste que, fuera de ti, pudiese hallar hartura en otra cosa alguna. Testigo sea de esto aquel hijo pródigo, el cual, fuera de la casa de su padre, perece de hambre, y no le es quitada hasta que vuelve al padre que desamparó, donde halla hartura y gozo. Mi alma, apartada de ti, anda hambreando por el mundo, y deseando hartar su deseo de los viles deleites de la carne, verdadero manjar de puercos, es le negado este vil manjar, pues todo es hambre y miseria, según el deseo y apetito tan generoso y noble que en ella pusiste. Su estómago es su capacidad; el deseo, el apetito que de ti tiene, que eres un manjar al cual no harta ni puede satisfacer todo lo criado. Agora eres mi mantenimiento y sustentación en la tierra y después serás mi hartura en el cielo, cuando te viere sin velo y gozare de tu divina esencia, según aquello que, hablando contigo, dice el real profeta: *Hartarme he cuando apareciere tu gloria* [1].

[1] Ps. 16, 15.

El olor del manjar sustenta entre tanto que llega la hora del banquete, y muy mejor es esta hambre que la hartura de los que se ceban en otra cosa fuera de ti, porque el sabor temporal se paga con bascas mortales de su estómago, según aquello que dice un profeta: *Su pan, después que llegare al estómago, se volverá en hiel de áspides allá en las entrañas. Vomitará las riquezas que comió y Dios se las sacará de su vientre* [2]. No solamente es esto verdad cuando por los breves deleites se hallarán en tormentos eternos, cuando de veras amargarán los ajos y puerros de Egipto y ruin comida, mas aun acá se siente, pues con angustia lanzarán del estómago lo que mal en él se recibió. Dan aquí los manjares del mundo dolor de cabeza y estómago, pues atormenta la mala conciencia al malo y después recebirá perpetuo tormento.

Pero el que se llega a ti, Señor, y come en tu mesa, asiéntase en ella con hambre que de ti tiene y es admitido a la dulzura del escondido maná, y llegando con esta hambre y deseo, no podrá ser sino grande el gozo del convidado cuando se hallare sentado a la mesa. Para este convite mandaste, soberano padre de familias, que se matase aquella gruesa ternera, que era la mejor de todo tu ganado. Para este banquete se ordenó la encarnación gloriosa y preciosa muerte de tu Unigénito Hijo, para éste se mataron los toros y aquellas aves de grande precio de que se hace mención en la parábola del santo Evangelio. Verdaderamente, Señor, si la hambre que tiene mi alma de ti es grande, excesivamente será mayor la comida, de la cual está escrito: *Hará el Señor de los ejércitos un banquete a todos los pueblos en este monte, convite de manjares gruesos y substanciales, delicados y provechosos* [3]. Todas son palabras que explican bien la grandeza así de parte del que hace la fiesta del Señor de los ejércitos como de parte de los llamados, porque será universal para todos y el Señor limpiará las lágrimas de sus ojos, y por eso habló muy bien el que dijo que la bienaventuranza es un ayuntamiento de todos los bienes. Hacerlos ha este manjar inmortales y darles ha vida para siempre. Por eso dice el Sabio: *Arbol de vida es para los que la alcanzaren y bienaventurados son los que la tuvieren* [4]. Esto dice hablando de la divina sabiduría, en cuya contemplación consiste la mayor parte de este convite.

Como el árbol de la vida, si el estado de la inocencia durara, fuera causa de vida inmortal mediante tu divino favor. que fuera la principal causa, así también en aquel

[2] Iob 20, 14.
[3] Is. 25, 6.
[4] Prov. 3, 18.

reino esta comida hará a los bienaventurados inmortales y en alguna manera eternos, porque estarán tan vueltos a ti, bien soberano, que participarán de inmortalidad y no quedarán sujetos a mudanza, y hay grande diferencia de esta comida a todas las otras, porque en las otras comidas el manjar es convertido en el que lo come, y aquí el manjar convierte en sí a quien lo come. Por lo cual un profeta dijo: *Convertirse han todos los que se asientan a su sombra* [5].

No se oye allí sino voz de regocijo. El vino celestial alegra el corazón y el manjar esfuerza el pecho y deja tan limpia la garganta, que se oyen las voces de su alegría, donde dan muestra de lo que sienten y confiesan tus maravillas y la grandeza de tus beneficios, y como es infinita la materia de que tratan, así será sin término su confesión.

¡Oh qué música tan celestial y qué diestros los cantores, cuán a compás que debe ir y cuán sentido el maestro de capilla que rige el coro, pues siendo tantas y tan diferentes las voces que dice San Juan en el Apocalipsis que *son voces como de muchas aguas* [6], hacen tan suave y acordada consonancia! *Bienaventurados los que moran en tu casa, porque para siempre te alabarán* [7]. *Voz de alegría y de salud en las moradas de los justos* [8]. Esta es aquella suave canción de la cual un profeta hace mención diciendo que los que entraren en la santa ciudad oirán la canción como de fiesta y solemnidad de gran júbilo y alegría.

¡Oh hartura nuestra y delicado manjar de nuestras almas!, ¿cuándo, Señor, vendrá el día en que se vea mi alma en esa opulentísima mesa gustando del mantenimiento celestial y música de tu gloria? Mi ánima te desea en la noche, porque, no pudiendo con paciencia sufrir las tinieblas y obscuridades de esta vida, desea verse contigo y gozar de la luz del cielo. Susténtome ahora con los relieves de esa mesa, porque así como aquellos mozos que se criaban en Babilonia, para que después pareciesen delante del rey Nabucodonosor, eran mantenidos con el manjar de la mesa del rey, para que, siendo bien criados y hermosos y sin mácula, pudiesen asistir en la presencia del rey, de esta manera, los que te han de ver, Señor, en el cielo, si quieren ser dignos de tu presencia, conviene que cuando allá entraren en el cielo sean sin defecto ni fealdad alguna de pecado y que se críen desde acá y aquí en este destierro babilónico con esos manjares celestiales. Con los relieves de tu gracia que desciende del cielo en nuestras almas me

[5] Os. 14, 8.
[6] Apoc. 14, 2.
[7] Ps. 83, 5.
[8] Ps. 114, 15.

tengo yo de mantener aquí, si quiero dignamente verte en la gloria. Los que se crían con los viles y groseros manjares del mundo no son para parecer delante de ti en la bienaventuranza. Son los tales lanzados del palacio de Nabucodonosor como rústicos que hieden a los ajos; por tanto, conviene que me mantenga con pan del cielo, si quiero ser de tu celestial palacio y del número de los cortesanos que te sirven en las moradas perpetuas.

Este es el manjar real que envía de su mesa el rey David a su fiel siervo Urías. Son éstos los gustos espirituales y consolaciones divinas con que sustentas a los tuyos en este mundo, como con las sobras de los abundantísimos manjares que se comen allá en la mesa de tu gloria. ¿Con qué pan se sustentó Elías cuarenta días y cuarenta noches sino con el pan que le dió tu santo ángel, y con él llegó hasta tu santo monte llamado Oreb? *El Señor me rige*—canta el Salmista—, y como dice otra traslación: *El Señor me apacienta, y ninguna cosa me faltará* [9]. Falta a los mundanos el mantenimiento, y así padecerán hambre como perros y cercarán la ciudad; pero a aquel a quien tú, Señor, apacientas, no faltará cosa alguna, porque estará harto y contento siendo de ti mantenido. Ponerme ha en los pastos de tu gloria y en los abundantes y altos montes de Israel, donde veré a Dios y me llevará sobre las aguas de refección, hinchiendo mi apetito y hartando mi deseo comiendo de aquel pan vivo que descendió del cielo y es vida y hartura de nuestras almas.

MEDITACION XCIX

Cómo de parte de las criaturas hemos de amar a Dios

Son tantas las razones que hay para amarte, Dios mío y dulzura de mi alma, que cuando no quisiere alzar los ojos al cielo para acordarme de quien tú eres y tus infinitas y admirables perficiones, si los pusiere en la tierra y mirare todo este universo y lo que tus divinas manos de nada criaron, aquí hallara mi alma muy grande causa para amarte, pues no puede convertirse a parte alguna sin ver tus obras maravillosas.

De parte de las criaturas te debo amar, pues todas ellas te sirven con lo mejor que tienen y en la mejor manera que

[9] Ps. 22, 1.

pueden y perfectamente te obedecen. Pues así yo, con lo mejor que poseo y en la mejor manera que puedo, perfectamente te tengo de servir a ejemplo de las otras criaturas inferiores a mi vida, dando a tu divina majestad lo mejor que yo tengo, que es el amor. ¿No miras, ánima mía, cómo el árbol endereza todas sus obras a una, que es la mejor de todas, que es a producir la fruta para que goce el hombre? De esta manera debo yo, Señor, ordenar todas mis obras a una que sea la mejor de ellas, y darla a ti, mi Dios, como el árbol me da a mí lo mejor que tiene.

La mejor obra que yo puedo hacer y la mejor fruta que yo te puedo dar es amarte. En el Evangelio nos comparas a los árboles, de los cuales el árbol que no acude con buena fruta a su Señor, dándote amor, que es la fruta que de nosotros quieres, será cortado y lanzado en el fuego del infierno. Sírvente, Señor, las criaturas con todas sus fuerzas continuamente, de noche y de día, en tiempo sereno y turbio; así yo te amaré, Dios mío y hacedor mío, con todas mis fuerzas de día y de noche, en prosperidades y adversidades. Las criaturas sirven a mí solo y según su propria naturaleza; así yo debo a ti solo servir y amar de libre voluntad con alegría. Las criaturas me dan sus dones en la mayor perfición que pueden, y si así no me los dan, no los tomo, pues de mi árbol quiero el fruto bien maduro, sano y dulce y a su tiempo y perfecto, y cuando así no lo hace, lo corto por la raíz para el fuego. Así trabajaré yo de dar a ti, mi Dios, el amor que es fruto a ti debido, bien maduro, dulce, sano y perfecto, y en todo tiempo, porque este fruto en todo tiempo tiene sazón.

Las criaturas no me sirven a mí con engaño, ni pereza, ni doblez, mas con simple y pronta atención; así yo te tengo de servir y amar sin engaño y sin pereza. De todo lo que, Señor, hiciste y criaste, tengo yo de tomar doctrina cómo he de servirte. En todas ellas veo resplandecer tu infinito poder y sabiduría y en cada una de ellas te hallo presente, pues todo lo hinches con tu presencia, como tú mismo lo dices en la Escritura. Ni el centro de la tierra es lo más lejos de ti ni el cielo más cerca, aunque tus efectos sean diferentes y en diferentes lugares. Todo estás en toda parte y todo está en tu presencia. Desnudo está el infierno ante ti, y no tiene cubierta la perdición, por ser su estado tan diferente del tuyo. Todas las cosas están desnudas y patentes a tus ojos. Siento agora algunas veces tu presencia cuando me detienes de mis malos caminos y me enderezas a los buenos. Siento tu favor y que eres librador mío y oigo alguna vez aquella tu dulce voz que me despierta del sueño y me da nuevos alientos de vida. Mas acontéce-

me como dijo Moisén al pueblo: *Su voz oísteis, pero no vistes su rostro* [1].

Veo las obras de tus manos, pero por ser tan grandes y hermosas, por todas ellas no podré conocer la hermosura de tu pie, cuanto más la belleza de tu cara. Pasas siendo inmudable tan de corrida por estas cosas, que me dice el profeta que andas sobre la mar y sobre sus profundas aguas dejas sendas. Eres tan grande sin cuantidad y tan infinito sin medida ni término, que el cielo es tu silla, y la tierra, el banquillo de tus pies. Por estas cosas que criaste vengo rastreando el conocimiento de quién eres, ya que no puedo agora ver tu presencia en esta vida, pues ninguno de los mortales te verá y vivirá en el mundo. Y después que eres, mi Dios, de majestad eterna, vida mía y omnipotentísimo Señor, y yo criatura tuya que de nada me criaste, es tanta tu bondad y clemencia, que después de tantas obligaciones que el hombre te tiene, no quisiste obligarle a cosa penosa, sino sólo a que te amase, el cual es un oficio dulce, jocundísimo y deleitable. Veo, pues, agora otra mayor bondad tuya, pues quisiste que aquella misma obligación que tiene el hombre de amarte se convirtiese en sólo provecho suyo. Porque aunque tú nos amas y deseas nuestro amor, no lo haces por algún provecho tuyo, pues no tienes necesidad de nada, pero háceslo porque el hombre, amándote, se enriquezca de verdaderas riquezas y haya grandes provechos y se enriquezca mucho.

De dos cosas tiene el hombre muy grande necesidad. La una, de ser y conservar su ser, y la otra, de buen ser y conservar su buen ser, porque el que no tiene buen ser, mejor le sería no ser. Del servicio de las criaturas que naturalmente sirven al hombre conserva su ser el mismo hombre; del provechoso servicio del amor que el hombre libre voluntariamente da a ti, Señor y Dios nuestro, recibe buen ser y provechosísimo ser, y perseverando en tu divino amor, conserva el hombre su buen ser, que es el de gracia. Y así como el servicio de las criaturas es continuamente necesario al hombre para que sea y conserve su ser, así el servicio y amor que el hombre debe a tu Divina Majestad ha de ser continuo, si el buen ser, que es el ser de gracia, quiere que dure y persevere en él. Y como es necesario a mí el morir en negándome las criaturas el servicio que me deben, así me será necesario morir espiritualmente cuanto el ánima, si yo no diere a ti, mi Señor, como a criador mío, el servicio del amor que te debo. Porque si la vida de mi cuerpo humano depende del servicio de las criaturas, y éste, faltando, luego le falta la vida, así tam-

[1] Deut. 4, 12.

bién como la vida del alma se funde y sustente en el servicio y amor tuyo, necesariamente, faltando este amor, luego morirá espiritualmente el ánima.

De donde se concluye que el que a ti no ama es verdaderamente muerto y que no le aprovecha nada el servicio que de las criaturas recibe si el mesmo hombre primero no te ama. Y de aquí también resulta que cuando las criaturas me sirven y yo no te sirvo, ellas todas pierden su servicio y son privadas del provecho de sus trabajos, porque no alcanzan el fin para que fueron criadas. Y si de razón usasen todas, rebelarían y se alzarían contra el hombre, negándole sus servicios, y el tal hombre que a ti, Señor, no ama en cuanto en sí es, pervierte y destruye la orden del universo y es indigno de recebir el menor servicio de la más pequeña criatura. Conviene, pues, Señor, que yo te ame para que merezca el servicio de las criaturas, las cuales no se llegan de otra manera a ti sino sirviéndome a mí cuando yo te sirvo. Y por amor de esto, cuando yo te amo y soy el que debo, todas las criaturas se juntan a ti y alcanzan el fin de su creación; yo por mí y las criaturas por mí. Mas cuando yo no soy el que debo, todo lo confundo y pierdo y pervierto cuanto por ti está criado. Pero cuando te amo con el amor que te tengo, reparo y encadeno todas las cosas y junto y conservo a todo el universo. Por lo cual, así como cuando te amo merezco que todas las criaturas me sirvan y todas ellas se juntan y llegan a ti, por el contrario, no amándote, soy digno que me nieguen su servicio y se levanten contra mí, según aquello que está escrito: *Peleará la redondez de la tierra contra los locos* [2].

¡Oh dulce y maravilloso círculo, del cual se muestra que cuando el hombre te ama es un medianero entre ti y las criaturas, pues amándote vuelven ellas por el hombre a su Criador, pero el que no es tal, indigno es de ser llamado criatura tuya!

MEDITACION C

De la gloria que alcanzarán los que aman a Dios

Entre las muy grandes y soberanas mercedes que haces a nosotros, tus siervos, liberalísimo y magnificentísimo Señor, ésta es una muy señalada y maravillosa darnos tu di-

[2] Sap. 5, 21.

vina largueza, gloria y descanso perpetuo por tan pequeños servicios que te hacemos y breves trabajos que por ti pasamos en esta momentánea y transitoria vida. *No son, por cierto,* como dice tu santo apóstol, *dignas las pasiones de este tiempo de alcanzar la gloria a nosotros revelada* [1]. Pero es tan grande tu bondad y misericordia, que nos prometes vida eterna si te amáremos. Cuando aquel doctor de la ley llegó a ti y te preguntó qué haría para alcanzar la vida eterna, tú le respondiste que amase a Dios y al prójimo como a sí mismo. Mira, Señor, y cómo quieres premiar el amor con tu gloria y perpetuo descanso.

Pues si no me mueve a amarte, Dios mío y Creador mío, ser tú quien eres y tantos y tan grandes beneficios que cada día recibo y tan diversos regalos que del cielo y de la tierra y de todos los elementos me vienen, ¿por qué no me mueve siquiera a tu amor el premio tan grande que espero? Vergüenza tengo que me venzan los hombres sensuales y puramente seglares en sus deseos. ¿Qué no sufre un mundano por alcanzar un breve deleite de la carne, que se pasa como humo, dejando atormentada la conciencia? ¿Qué no hace un avariento por una muy poca ganancia, que muy presto ha de dejar que quiera o que no quiera? ¿Qué un ambicioso por una vana honrilla que por ventura lo ha de traer al cuchillo?

Y yo, que no trabajando, sino amando, podría alcanzar la gloria que me tienes aparejada, no quiero amarte. Si no me mueve a tu amor ser tú quien eres, bondad infinita y sumo bien, y el grande amor que me tienes y lo mucho que por mí has hecho y beneficios sin cuento que de tu mano he recibido, muévame siquiera la bienaventuranza, que es gloria infinita que prometiste a los que te aman, donde para siempre jamás gozaré de la vista de tu esencia divina, sin nunca poderte perder. El premio de los que te aman es reinar. Ama y reina. ¿Qué cosa hay más fácil que amar, ni qué cosa hay más gloriosa que reinar? Ojos no vieron, ni oídos oyeron, ni en corazón de hombre subió, ni a pensamiento llegó lo que tiene Dios aparejado para los que le aman. Cuando la reina de Sabá vió la gloria de la casa de Salomón, los trajes de sus criados, el concierto de sus servicios y los manjares de la mesa real, faltóle el espíritu y lengua y túvose por engañada, por ser menos lo que había oído que lo que veía. ¿Pues qué será, Dios mío y Señor mío, cuando viere mi alma tu cara y entrare en aquel celestial palacio de tu gloria y oyere aquellas músicas angélicas? Nadie lo puede decir, y por eso dijo tu santo apóstol que no tenía licencia para hablar en lo que

[1] Rom. 8, 18.

allá vió, porque todo lo que podía decir era tan poco, que pudiera ser ocasión de ser menos estimado de los que tan poco pueden entender de cosa tan subida. Allí estarán los que te aman como embriagados con la abundancia de tu casa y como arroyo de deleite entrará en su boca de ellos, aparejando en el monte de la eternidad convite de cosas gruesas, tiernas y delicadas.

«Aparejará para que entren en el gozo de su Señor, y asentándose el pueblo que ama a su Dios en la hermosura de paz, servirlos ha el rey pasando por ellos».

Vemos aquí agora en espejo y por veril, pero entonces te veremos rostro a rostro, así como eres; agora te conocemos en parte, pero entonces te conoceré así como soy conocido; conviene a saber, perfectamente, como soy conocido de ti. Cuando aparecieres, seremos a ti semejantes y te veremos así como eres. En tu lumbre veremos la lumbre y veremos al rey en su hermosura. Todo eres rostro y cara, y en el cielo no tendrás aquellas espaldas que mostraste a Moisén en el monte, y así, viendo tu rostro, te veré todo, y siendo tú infinito, veré una infinidad. ¡Oh cuánto se extenderán mis ojos, pues serán suficientes para ver tu deidad infinita! Allí veremos todo el bien que dijiste que mostrarías a Moisén, donde beberá el ánima de la fuente de la vida y en la lumbre de Dios verá su lumbre, donde la esencia de Dios es especie y imagen suya y donde Dios es aquel galardón grande y copioso prometido a Abraham y a todos los justos. Aquí hay gran multitud de dulzura escondida para los que temen a Dios, y donde está guardado infinito tesoro para los hombres, y donde verán todos los bienaventurados a aquel único y sumo bien. Entonces quitará Dios todas las lágrimas de los santos, donde no habrá muerte, ni lloro, ni clamor, ni habrá más dolor alguno.

¡Oh cuán amadas son tus moradas, Dios mío, Señor de las virtudes! Codicia y desfallece mi ánima las entradas de tu casa. Recogerá tu vista todos mis pensamientos y juntará todas mis fuerzas para que yo todo entero me emplee en ti, que no será pequeña razón de bienaventuranza ver que no se perderá un pequeño cabello de mi cabeza ni habrá en mí cosa que de ti no será como parte de galardón. Dice un profeta que es la gloria del Señor, para que nunca me derrame, para que viva siempre entero en quien me será mejor estar que en mí mismo. Todo lo de acá es falso color que se despinta, pero tu amado y discípulo dice: *Agora somos hijos de Dios y no parece lo que seremos. Cuando apareciere, seremos semejantes a Dios, porque le veremos así como es* [2]. No se parece lo que hemos de ser, mas

[2] I Ioan. 3, 2.

cuando el Señor se mostrare, entonces ternemos verdadero lustre, cuando lo viéremos como él es. Y esto es, Señor, lo que principalmente hallaré cuando en tu presencia me viere: que veré lo que tú eres. Harto era hallarme a mí, pero mucho más es hallarte a ti, y contigo todas las cosas. En ti, espejo sin mancilla y imagen de la bondad de Dios y luz eterna, se muestra lo que tú eres, y es tal tu imagen, que nada te puede representar sino tú mismo. En ti parece el resplandor de tu gloria, tu natural Hijo, y aquel fuego de amor divino que de ti y de tu Hijo eternalmente procede. Entraré en las potencias del Señor, y acordarme he de sola tu justicia, y veré aquella virtud inmensa que todo lo mueve sin cansarse y aquella sabiduría que todo lo concierta sabrosamente y aquella bondad que a todos se comunica. Veré en ti, causa universal, el ser de tus criaturas, más perfecto que en ellas mismas, porque en ti está el original de donde ellas se sacaron. Y en fin, veré todo lo que agora creo, y tendré presente todo lo que deseo, y en llegando, pararé, para más no moverme, y estando en ti, firmemente veré la mudanza de todas las otras cosas, ni habré miedo que el tiempo gaste tanto bien, porque ya gozaré de tu eternidad.

Loco será el que dijere que ha dicho mucho de tu gloria y no confesare que no ha dicho nada, en respecto con lo que se pudiera decir. Hable, Señor, la lengua de ti, porque de otra manera no se satisface el deseo; mas para guardar el respecto que a tu gloria se debe, humíllase el entendimiento y bajando los ojos dice que no sufre tanta claridad, y que si de ti piensa y habla, que no es para comprehender lo que tú eres, sino para más encender la voluntad en tu llama, cuyo calor agora se siente y cuya claridad se ha de ver en tu reino, gozando de ti, entre aquellas angélicas jerarquías y multitud de tus escogidos, en aquella bienaventuranza eterna y celestial Jerusalén, que es tu gloria, donde vives y reinas por siempre jamas. Amén.

ACÁBANSE LAS «MEDITACIONES DEL AMOR DE DIOS»

FRAY JUAN DE PINEDA

DECLARACION DEL "PATER NOSTER"

mi vida muerte que no tema de otra muerte: sino que despues de la muerte se halle mas
a Palm. 102. biua, mas para biuir, con juuentud [a] renouada de aguila, y como aguila que no sea cenar se sino en el cuerpo, que nos dio a buscar el
b Matth. 24. Luc. 17. señor [b] del mesmo cuerpo y de nuestras almas; el qual biue y reyna con el padre que le engendro, y con el Spiritu sancto que del y del padre procedio, para secula seculorum por toda la eternidad in eternum & vltra. Amen. POLYCRON. Amen amen. PAMPHILO. Amen Dios señor: amen Dios que sois amen, y vos todo nuestro bien. PHILOTIMO. Amen canto yo mil vezes, amen exclame mi alma, amen pronuncie mi boca, amen digan mis sentidos, amen digan mis potencias, amen yo y todas las cosas: y ellas y yo, alabemos a aquel por el qual tenemos el ser y el obrar que auemos, y el que con el gozaremos en su reyno celestial abismo de bien sin mal. PHILALET. Amen.

(∴)

Fin de la Agricultura Christiana.

EN SALAMANCA,

En casa de Diego Lopez, y de Pedro de Adurça.

Año M.D.LXXXIX.

INTRODUCCION

FRAY JUAN DE PINEDA
(1513?-1593?)

1. *El hombre sobrio y de trabajo.*—La madre España, de fecundo y ancho seno, es madre de hijos caracterizados singularmente, sellados con sello hispánico imborrable. Lo español típico resplandece de modo sensacional en ellos y los hace inconfundibles. Lo hispano presenta rasgos de eternidad.

Uno de los caracteres más compactos, íntegros y de más recia simplicidad es el P. Fr. Juan de Pineda, franciscano. Tanto el P. Samuel Eiján [1] como los historiadores de la literatura española Hurtado y González Palencia [2] le hacen natural de Medina del Campo (Valladolid).

Se ignora la fecha de su nacimiento y la de su muerte. El P. Eiján dice que «falleció el P. Pineda por los años de 1590, según el P. Juan de San Antonio» (BUF II, página 204) [3]. Es lo más fundado, porque el P. Juan de San Antonio, varón muy culto y prelado franciscano insigne, fué contemporáneo del P. Pineda.

La *Enciclopedia Espasa*, en *Pineda (Juan de)*, nos dice que murió «probablemente en 1593», y Hurtado y González Palencia establecen la fecha de 1597. Entrambas autoridades coinciden en que murió «octogenario».

También convienen en que Medina del Campo, su ciudad natal, fué asimismo la ciudad de su tránsito. Tuvo, pues, allí, en la ciudad famosa de las ferias, su cuna y su sepulcro.

El sello que singulariza y da relieve notorio a la personalidad del P. Pineda es el trabajo sin reposo, quedo

---

[1] EIJÁN, O. F. M., *La poesía franciscana*, c. 5, p. 146 (Santiago de Compostela 1935).

[2] HURTADO y GONZÁLEZ PALENCIA, *Historia de la literatura española*, p. 766 (Madrid 1921).

[3] EIJÁN, ibid., p. 146.

y fructífero, que llenó su vida venerable y austera. Fué hombre de actividad casi inexplicable, pero silenciosa, que dió frutos admirables a su tiempo. Sin embargo, para que se vea lo que valen los humanos juicios, fué tachado de maltrabaja. Esta calumnia sintióla mucho, aunque se mostró siempre varón santo y humilde. Modelo fué de vida laboriosa e incansable. No se sabe cómo pudo leer tanto y escribir tanto, y con tanta maestría.

Un testimonio que salió de su pluma egregia nos pone en claro este punto importante de su personalidad obradora y desestimada: «Yo he procurado huir [de uno y otro vicio, ociosidad y hartura], ocupándome en la compostura del *Libro de San Juan Bautista*, de cuasi cien pliegos, y de la *Monarquía eclesiástica*, de mil y doscientos setenta, y de la *Hecatompea de sermones en latín*, de cuatrocientos, y de la *Chiliada del universo*, en verso castellano de arte mayor, de otros cuatrocientos, y en esta obra [la *Agricultura cristiana*], de cuatrocientos y cuarenta y uno, y aun con todo y eso, me *dicen los baldíos que como el pan de balde*, porque no saben a qué saben las ciencias, que de troncones hacen hombres» [4].

Bien pudo afirmar el P. Fr. Juan de Mesa, cartujo, que el P. Pineda era «de suelta mano [para escribir] y lengua santa» [5].

En cuanto al material científico que tuvo a su disposición y manejo, tenemos que convenir en que fué imponente. Según él mismo dice, en la *Vida de San Juan Bautista* consultó y citó casi 500 autores; en la *Monarquía*, 1.040, y en la *Agricultura cristiana*, «cuasi setecientos». Un erudito auténtico y sabio como no engendra otro la madre España hasta el gran Menéndez y Pelayo. Este llevó sobre sus hombros anchos y robustos el peso y la grandeza de España; el P. Pineda, el peso y la grandeza del mundo universo, puesto que fué, según el P. Fr. Juan de Mesa, *arca segunda* del mismo *viva y espaciosa* [6].

Sabemos, por testimonio de quien le conocía a fondo, que ni le movía el interés ni el aire vano [7], manteniéndose en humilde actitud y tenor de vida.

---

4 FRAY JUAN DE PINEDA, O. F. M., *El autor a los lectores*, en *Agricultura cristiana* (Salamanca 1589). En todas las citas nos referimos a esta edición. Escribió, además, *Visión deleitable*, en verso y prosa; *El paso honroso defendido por Suero de Quiñones* (1588). *Exposición de la salutación angélica* (1590); *Comentarii in Symbolum*.

5 FRAY JUAN DE MESA, cartujo, en *Monarchia christiana*, del P. PINEDA (Salamanca 1588). Las citas van conforme a esta edición o a la de Barcelona de 1594.

6 Ibíd.

7 Ibíd.

Pero, como hemos visto y vamos a comprobar, las lenguas insanas, maliciosas y viperinas de hombres malignantes, a quienes alude en su *Quadriga* [8], le pusieron como blanco de sus injurias y de sus venenos. Dirígese a Dios y le dice: «Haciéndote juntamente gracias por ello [por los beneficios recibidos] y por los demás bienes que siempre de ti recibo, agora señaladamente *por la victoria que me concediste* de la envidia y de sus fautores y factores, que por diversas vías me han procurado malignar esta labor» de la *Monarquía eclesiástica* [9]. Y añade con sentida pesadumbre: «Defiende, Señor, esta obra, arrebañada de las migajuelas de los doctores que se caen de la mesa de tu sabiduría, *contra la malicia del demonio y de sus ministros, polillas roedoras de trabajos ajenos*» [10].

No rehuye, antes se pone confiadamente en manos de la Inquisición, como que valúa y estima la ciencia y la justicia de los inquisidores. «Dende luego, imploro—nos dice—la ejecución del Santo Oficio Inquisitorio, para que haga corregir y enmendar todo lo que por mi insuficiencia no saliere cual es razón» [11]. Con haber escrito tanto, tan prolijamente y sobre tan variadas materias, no se sabe que la Inquisición le tachase ni una sola palabra, siendo así que las manejó a millares y millares. Prueba del tino y buen juicio con que supo valorarlas.

No se sabe que tuviese cargos en la Orden o fuera de ella, pero tanto el doctor Heredia como el licenciado Fr. Francisco de Calderón le llaman *muy reverendo* en sus respectivas *Aprobaciones* [12], que es tratamiento de dignidad.

Para conseguir nuevo privilegio que autorizase la reimpresión de la *Monarquía* alegó su penuria de medios económicos, y se le atendió [13].

En aquellos tiempos de ideas religiosas apasionadas y vivas, los fieles se dividieron en dos partidos: unos se declararon acérrimos partidarios de la superioridad de San Juan Bautista, y otros, en pro de la superioridad de San Juan Evangelista. El P. Estella figuró en la milicia de éste, y escribió una vida notable del apóstol; pero el P. Pineda se alistó en las filas de los bautistas, y publicó su *Libro de la vida y excelencias maravillosas del glorioso San Juan Bautista.* «Como yo me hallaba donde estos bandos andaban en armas—escribe—, allegueme al de los

[8] Pineda, *Monarquía, Quadriga malignante.*
[9] Ibíd., *Dedicatoria.*
[10] Ibíd.
[11] Ibíd., *El autor a los lectores.*
[12] *Monarquía.*
[13] *Monarquía: El Rey.*

baptistas, no con emulación contenciosa ni por ser amigo de contradecir a los que de otra manera sienten, entendiendo con Plutarco que tales barajas no asientan en los hombres de bien, mas hágolo por no incurrir en la pena de la sobredicha ley de Solón, creyendo después de muchas consideraciones que me conformo con la razón» [14].

También tiene a su favor el P. Pineda su amor a lo hispano y la comprensión certera de cuantas ideas y destinos lo integran y engrandecen. Lo comprobaremos ampliamente cuando publiquemos nuestra obra en gestación *Hispanidad de los grandes escritores*. Sépase mientras tanto que, según el P. Pineda, historiador del orbe entero, los Campos Elíseos fueron puestos en Andalucía [15]; que «Castilla se ha servido a todos los reynos de España, y por eso tiene el primer lugar en la nombradía y en las cortes reales» [16]; que «mujeres españolas muertas con sus hijos pequeños por los romanos ni lloraron ni aun se quejaron» [17]; que «el mundo ha sido calado por los españoles más que de otras gentes» [18], y que «los catalanes fueron privados de las armas por Catón, porque se rebelaron mucho, y algunos, de afrentados se mataron» [19]; observaciones que demuestran un espíritu penetrante y observador del ser, del genio y del obrar de España por medio de sus hijos.

El P. Juan de Mesa dice que, si las naciones han ennoblecido y honrado a sus hijos más preclaros, eternizando sus nombres, «al que osó emprender tan grande hazaña, —que puso a todo el mundo en su conquista—, ¿cuánto le debe el mundo, y más España?» [20].

Pero ni entonces, en vida, ni ahora, transcurridos varios siglos, se le ha hecho la merecida justicia: «mas es dolor de verte así olvidado,—siendo luz, y tal luz, y estar cubierto—debajo el celemín arrinconado» [21]. Mas, como nunca es tarde si la dicha es buena, esperamos con fe que le llegará el día de la justicia, de su resurrección gloriosa, pues retiñen en nuestro oído las palabras del vate inspirado cuando le dice:

---

[14] PINEDA, *Vida de San Juan Bautista. Prólogo.* Edición de Barcelona, 1596.

[15] *Monarquía*, lib. 2, c. 5, 4.

[16] Ibíd., XVIII, III, 5.

[17] Ibíd., IX, XV, 4.

[18] Ibíd., I, XXI, 3.

[19] Ibíd., IX, X, 3.

[20] En *Monarquía*.

[21] FRAY JUAN DE MESA, en *Monarquía*.

Y toda tu nación, agradecida,
tu nombre llevará de gente en gente.
quedando con tu ingenio enriquecida
mejor que con el oro de Occidente [22].

2. *El archimillonario del idioma.*—Su contemporáneo y admirador el cartujo Fr. Juan de Mesa le llamó «ingenio claro y puro» [23]; y Fr. Benito Torrente, doctor y catedrático en Teología en la Universidad de Tarragona, ponderó la «gravedad del estilo» [24] que le distingue y acredita. Con razón sobrada, Hurtado y González Palencia han escrito que fué «hombre de inmensa lectura» [25], como otro Menéndez y Pelayo, siendo, en consecuencia, «uno de los más fecundos escritores del siglo XVI» [26].

Juan Simón, al dedicar su edición de la *Vida de San Juan Bautista* (Barcelona 1596) a don Enrique de Castro, estampó lo siguiente: «Fray Juan de Pineda, de la Orden del Seráfico Padre San Francisco, varón de quien sus obras han dado claro testimonio de quién es, pues nos ha sacado a luz la historia universal del mundo, llamada la *Monarquía eclesiástica,* y otros libros que claramente confiesan la singular erudición del autor» [27].

El P. Juan Mir, S. I., conocedor insigne de nuestra lengua, escribió en *El centenario quijotesco (1905):* «Los treinta y cinco diálogos [que integran la *Agricultura cristiana*] del doctísimo e ingeniosísimo P. Pineda atesoran más riqueza de lenguaje, más viveza de locuciones, más preciosidad de modismos, más fondo, en fin, de frases y vocablos que todas las obras de Cervantes, acompañadas de su inmortal *Quijote*» [28].

Pero quien lo dijo en una sola palabra fué Julio Cejador, calificándole de «*archimillonario del idioma,* según testimonio de Azorín en *Clásicos y modernos*» [29]. Luis Ocharán, en su novela intitulada *Lola,* dice con admiración: «Sólo el tesoro de uno de sus libros ostenta más de dieciocho mil vocablos; y hasta ahora—añade—, que yo sepa, ningún escritor de extraños países, de los presentes

[22] *Monarquía.*
[23] Ibíd.
[24] *Vida de San Juan Bautista* (Censura).
[25] HURTADO y GONZÁLEZ PALENCIA, *Historia de la literatura española*, p. 766 (Madrid 1921).
[26] Ibíd.
[27] JUAN SIMÓN, *Al M. Illustre Señor D. Henrique de Castro,* en *Vida de San Juan Bautista,* del P. PINEDA. Edición de Barcelona, 1596.
[28] P. JUAN MIR, S. I., *El centenario quijotesco,* 1905 (Madrid 1908).
[29] EIJÁN, *Franciscanismo,* p. 188 (Barcelona 1927).

y pasados siglos, pudo medir su riqueza de léxico con la del celebérrimo franciscano» [30].

3. *Declaración del «Pater noster».*—Esmalta sus escritos nuestro Pineda con experiencias personales y hechos significativos, que trae muy a cuento. He aquí uno de ellos, ciertamente gracioso y ameno: «Con una dueña estuve una vez debatiendo sobre lo del tomar lugar de respeto en las iglesias, y más cuando mucha gente se hallaba presente, para lo cual entraba tarde por se dar a conocer y hendía por la gente hasta la capilla mayor. Y después que la convencí a confesar que era pecado de soberbia mundana, lo cual no creo que ella creyó en su conciencia, dijo ella que lo hacía por dejar a sus hijos en posesión de los asientos; con lo cual veréis que por servir al mundo deja sus pecados en herencia a sus hijos, y no tenía hacienda que les dejar con que matasen la hambre» [31]. Agudamente nota la diferencia que hay entre *confesar* por fuerza de razón extraña, no brotada de la mente o del espíritu, y *creer* por virtud o eficacia de la conciencia. Esta hace que la obra se conforme con la razón, aquélla no.

La *Agricultura cristiana*, obra muy extensa, es un grandioso monumento levantado a la lengua, a la gracia literaria y a la espiritualidad. El autor funda en ella grandes esperanzas, pues nos confiesa «que sus trabajadores irán de virtud en virtud, hasta verse con el Dios de los dioses en Sión, la de la gloria» [32].

En cuanto a su *Declaración del «Pater noster»*, inserta en el diálogo veintiocheno de la *Agricultura cristiana*, como el *Libro del Amigo y del Amado* en el *Blanquerna*, es un tesoro de sabiduría y de cristiano espíritu; una verdadera joya doctrinal y literaria. Admira cordial y profundamente la divina oración, y la expone con gran acopio de saber y superabundancia de recursos y gracias. Declara de sí mismo: «No me harto de considerar cómo con tres peticiones se concluye todo lo necesario para la vida eterna; y con cuatro, todo lo necesario para la vida temporal» [33]. De su admiración brota el cálido elogio, diciendo: «Otra cosa os digo: que ninguna oración se dice en el mundo con tanto merecimiento como ésta, si el orador, por lo demás, va por igual» [34]. Nada mejor en el caso.

Como buen filósofo español, descubre el P. Pineda la intimidad armónica de la religión cristiana y de sus ver-

---

[30] Citado por el P. EIJÁN, ibíd.
[31] La *Agricultura cristiana*, parte 2.ª, diál. 28, XXXII, fol. 23.
[32] Ibíd., *El autor a los lectores*.
[33] Ibíd., parte 2.ª, diál. 28, fol. 13.
[34] Ibíd., XXIII, fol. 16 v.

dades, tan en consonancia con el genio hispánico. Su sentir fundamental exprésalo con las siguientes palabras, que no desdeñaría Fr. Luis de León: «Divina cosa es la doctrina cristiana, y ella misma muestra ser cosa dada y revelada por Dios; y sola su armonía y concordancia de cosas basta para convencer a cualquier infiel de buena razón a creer que es doctrina divina» [35].

Adviértenos, y es fundamental en su sistema, que la divina voluntad es «simiente de que todas las cosas nacen, como de causa eficiente» [36]; y lo propio sucede con la voluntad humana, semillero de todo el bien del hombre, así como de todos sus males. Consuela el ver con claridad cómo en la religión cristiana, no ya los sabios, sino los humildes y aun los ignorantes, pueden, si son de corazón recto, subir muy alto en las ascensiones al bien y a la virtud. Oigamos al P. Pineda: «Y porque es menester un gran saber para bien servir en palacio sagrado de Dios, hay un remedio muy posible a todos, por más rústicos que sean; y éste es el *amor*, tan poderoso donde reina, que luego convierte la voluntad del que ama en la del amado; y por necio que uno sea, sale tan agudo después que ama, que, por entendido que sea el amado, gusta de sus vivezas y acertados servicios; y sin amor no hagáis caso de un cumplimiento de voluntad, bien como los servicios forzosos no son gustosos» [37].

«Cielo y tierra son techo y cimiento de la casa del hombre, que es este mundo», nos dice en la *Monarquía* [38]; y añade en la *Agricultura:* «La cuarta razón de se llamar *cielos* los santos [justos] es por morar Dios en ellos por gracia, como se muestra en el cielo presencialmente» [39].

Concluyamos reproduciendo un párrafo que nos orienta decididamente en la ideología espiritual del P. Pineda, asentando un principio fundamental. Refiérome a la intencionalidad de los actos humanos, que Dios mira y escudriña con rigor, valorándolos por ahí. La recta intención implica amor divino, por lo que Dios «se sirve de los que con afecto de amor le tratan en sus oraciones o contemplaciones», como es lógico en el sistema de la espiritualidad hispano-franciscana.

He aquí el precioso documento: «Lo primero que ha de poner delante quien tratare las cosas de Dios y de las santas Escrituras es conformar su intención con la de Dios, porque si caso fuere que no acierte en la manera del pro-

---

35 Ibíd., fol. 13.
36 Ibíd., XVII, fol. 19 v.
37 Ibíd.
38 *Monarquía*, 1, 1, 1.
39 La *Agricultura cristiana*, parte 2.ª, diál. 28, fol. 13.

ceder con Dios, demandando lo que no debe o como no debe, no le sea culpable, pues Dios por la intención juzga las obras con que los hombres se comunican con él, y por eso se sirve de los que con afectos de amor le tratan en sus oraciones o contemplaciones, ya como a señor tremendo, ya como a padre piadoso, ya como a amigo familiar, ya como a niño tierno, y ansí de otros mil guisados que hacen las almas cuando enferman del divino amor; pues la esposa vino a pedir, con antojos amorosos (Cant. 2), que la echasen en una cama de flores y se la rodeasen de manzanas, porque se sentía de mal de amor» [40].

La obra ingente y admirable del P. Pineda permanece soterrada, cuando debiera recorrer el mundo hispánico triunfalmente, como astro de luz poderosa. Su magisterio espiritual es genuinamente hispano-franciscano, magisterio seguro, y «no tiene precio como maestro del lenguaje» [41], el más rico de cuantos existen.

[40] Ibíd., fol. 21.

[41] JUAN HURTADO y ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA, *Historia de la literatura española*, c. 24, p. 766 (Madrid 1921).

DECLARACION DEL "PATER NOSTER"[1]

DIALOGO VEINTIOCHENO

FILALETES, POLICRONIO, PÁNFILO, FILÓTIMO

I

FILALETES.—En el nombre de Dios sea todo, y porque veáis cuán en el nombre de Dios merece ser esto, atended que los apóstoles, celando el aprovechamiento de los discípulos de San Juan Bautista, requirieron al Redentor que los enseñase a orar, como el Bautista lo había hecho con sus discípulos [2]; y el Redentor los enseñó entonces la oración divina del *Pater noster;* y por ser tan buena y tan complida, la enseña la Iglesia a todos los cristianos, porque por falta de bien pedir no dejen de bien recebir; y cierto está que los menos sabrían pedir a Dios lo que les cumpliese; y se prueba con lo que dice San Pablo, en su nombre y de nosotros, que el Espíritu Santo ayuda a nuestra flaqueza; que es tanta, que aun no sabemos cómo habemos de pedir lo que nos cumple en la oración, y por eso el Espíritu Santo nos mueve a pedir con gemidos que declarar no se pueden [3]. Bien mostraron esta verdad los hijos del Zebedeo cuando pidieron de arte que merecieron oír del Redentor que no sabían lo que pedían [4]; y como bien acuchillado, salió tan buen cirujano el uno de ellos, Santiago (c. 4), diciendo que *piden y no reciben los hom-*

---

[1] Sacada de la *Agricultura Cristiana,* p. 2.ª, diál. Veintiocheno, donde se halla incluída (Salamanca 1589), desde el párrafo x.

[2] Luc 11, 1.

[3] Rom. 8, 26.

[4] Matth. 20, 22; Marc. 10, 38.

bres, porque piden como no deben [5]. Conociéndose los apóstoles bozales para tan alto ejercicio, pidieron al Redentor que los enseñase a orar; y él les dió algunas reglas, diciéndoles que no imitasen a los hipócritas, que procuran ser vistos de todos cuando oran, mas que ellos se encerrasen y en secreto hiciesen oración a Dios, que ve también lo secreto como lo público [6]. También los avisó que no curasen de muchas palabras en la oración, como lo hacen los infieles, que creen merecer ser oídos en virtud de su parlería [7], mas que orasen al Padre, pidiéndole en el nombre del Hijo lo que de él hubiesen menester, y que lo alcanzarían [8]; por tanto, *que pidiesen, y recibirían; que buscasen, y hallarían, y que llamasen, y les abrirían* [9].

POLICRONIO.—Si el *Pater noster* es tan para todos y que nos da compuesto y ordenado el qué y el cómo habemos de pedir, paréceme que nos deuríades instruir en él; que siendo lo que cada día rezamos, mejor se nos quedara la doctrina que en él nos cementardes: y más a mí, que tengo por devoción rezarle quince veces cada día por los que están en pecado mortal.

FILÓTIMO.—O vos lo rezáis con poca devoción o no le aplicáis por vos.

POLICRONIO.—Soy amigo de acabar con una cosa primero que comience otra, y como, llevado por la amistad que os tengo, comenzase por vos y vea que no he satisfecho a mi deseo, aun permanezco en vuestro servicio; y si hay en mí frialdad es vuestra dureza tal, que cuasi desespero de salir con mi pretensión.

FILALETES.—Aunque hayamos de hablar del *Pater noster*, no dañará saber antes, como de camino, algunas cosas que nos hagan más atentos para lo que se dijere (estando advertidos que para orar dijeron bien San Crisóstomo [10], y Nilo [11], y Anastasio [12] no ser menester lugar, sino modo), y sea lo primero aquello de Escoto [13] que, entre todas las obras meritorias, la oración lo es más, en cuanto ella tiene de su cosecha natural ser placativa de Dios; y así veréis que lo que totalmente va desnudo de oración no puede ser meritorio, pues el dirigir de las buenas obras que hacemos, efecto es de la oración; y las obras que por ninguna manera se ofrecen a Dios, por ninguna manera son meri-

---

5 Vers. 3.
6 Matth. 6, 6.
7 Matth. 6, 7.
8 Ioan. 16, 23.
9 Matth. 7, 7; Luc. 11, 9.
10 *De chananea.*
11 *Ad Agathium.*
12 *De responsionibus ecclesiasticis.*
13 Quaest 20, quodl.

torias ni placativas. Bien confirma lo dicho aquello de Guillermo Parisiense [14] que todo sacrificio, y toda bendición, y todo sacramento, y cualquiera otra cosa que se ordena para la honra divinal, o es oración o se consigue con la oración; y toda la Iglesia de los santos, enseñada por celestial magisterio con tantas diferencias de alabanzas divinales, frecuenta la oración, insistiendo en ella de día y de noche; de lo cual necesariamente se colige la gran necesidad de la oración y el gran provecho que de ella se saca. Sin duda, se ha de poner la oración entre las causas eficientes y en el supremo grado de las segundas; siendo tan poderosa su virtud impetrativa con Dios, que, movido por ella (o a lo menos rogado de ella), ha hecho cosas muchas veces por sus siervos que toda la universidad de las criaturas no bastara a las hacer, cuales son las obras verdaderamente milagrosas. Con esta prevención quiero seguir al irrefragable Alexandre [15], que para tratar de esta materia procura sacar en limpio qué cosa sea oración; y paréceme que como de un manjar, por bueno que sea, juzgan diferentemente los muchos gustos que le prueban, así pasa entre los doctores que tratan de qué cosa sea la oración, no obstante que todos salgan a un puerto de verdad doctrinal. Dice aquel glorioso doctor y devotísimo de la madre de Dios San Juan Damasceno que oración es levantamiento del entendimiento para Dios o demanda que se hace a Dios de las cosas que son honestas [16]; y San Agustín quiere que sea inquisición de las cosas invisibles o un piadoso afecto del alma enderezado a Dios [17]; y San Ambrosio la llama mantenimiento del alma y precioso manjar de suavidad que no carga los miembros y los adorna; y San Gregorio dice que es resonancia de amargos gemidos en la compunción [18]. La séptima definición es de San Bernardo: que oración es la afición del hombre que se allega a Dios con familiar y piadoso lenguaje y una estancia del alma alumbrada para gozar de Dios en cuanto es lícito; y Hugo pone la octava, diciendo ser devoción procedente de la compunción o conversión para Dios con pío y humilde afecto, guarnecida con las tres virtudes teologales [19]; y la Glosa ordinaria da la novena que es buen deseo [20]. Otra se da por el estilo, que llaman magistral: que oración es declaración del deseo por alcanzar algún bien o por es-

[14] *Divina rhetorica.*
[15] ALEXAND. HALEN., 4 p., q. 26, m. 1.
[16] Lib III, c. 24.
[17] *Serm. de oratione et ieiunio.*
[18] Iob, c. 41.
[19] *De virtute orandi.*
[20] Glossa I Thess., último.

capar de algún mal, informada con palabras interiores, que son los pensamientos, o exteriores, que son las vocales.

Con estas diez definiciones o declaraciones de qué cosa es oración podéis entender muchos efectos provechosos que de ella proceden, o muchas causas de que ella emana y muchos fines a que se endereza. Y no porque una cosa en lo esencial no sea más de una dejará de poder ser declarada por diversos respectos, quedando invariado lo que en ella es esencial; y aunque Alexandre escarba mucha doctrina sobre cada cual de estas definiciones, no es de nuestra confabulación disputa tan prolongada. Diré con todo ello, con el mismo Alexandre, que la oración (hablando con propias palabras) no es virtud, pues no es hábito aposentado en el alma o en alguna de sus potencias, como lo son virtudes morales y teologales, que inclinan a hacer tal obra; mas la virtud es obra o acto producido en virtud del dictamen de las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad (como lo enseña San Agustín) [21]; y así ella es acto excelente de virtud y muy meritorio, pues por ella el alma se pone en grado nobilísimo del ejercicio moral de la contemplación, afijándose o como arraigándose mucho en él; y dice Hugo que su primero grado es el de la lección, y el segundo el de la meditación, y el tercero y más alto el de la oración contemplativa. Para determinar a qué potencia competa el acto de la oración, ya que necesariamente se debe a la facultad racional, la cual sola puede referir las cosas de Dios, Ricardo distingue entre dos actos que intervienen en la oración, el uno de los cuales es el deseo de alcanzar algo de Dios para le servir con ello, y el otro el proponer este deseo delante de Dios, suplicándole por su cumplimiento; y el primero es de la voluntad, como de la que le produce, y el segundo del entendimiento, como del que le guía; y así concluye que es igualmente del entendimiento y de la voluntad, según que no puede haber uno sin otro. Y aunque las virtudes morales cada una sea una en sí, en cuanto es tal virtud, y deba tener un cierto medio, no es así en la oración, y por ello no es de las morales, sino del bando de las teologales, como acto secundario suyo; porque el acto principal de ellas tiene a Dios por objeto inmediato y directo, mas la oración tiene por objeto lo que a Dios pide. Bien es verdad que dice muy cabalmente San Agustín, confirmando nuestra conclusión, que tanto más abundante alcanzaremos lo que pedimos a Dios cuanto más fielmente lo creemos, y más firmemente lo esperamos, y más ardientemente lo deseamos, pues siempre oramos con el deseo continuado en la fe, esperanza y ca-

[21] *Ad Probam, de orando Deum.*

ridad; con todo ello, digo que el acto de la oración es especial en sí y no común y que se produce en virtud de todas tres virtudes teologales y que es de su parcialidad.

Dice Hugo que de dos raíces emana la oración, y la principal es la misericordia de Dios, en que esperamos o confiamos, y la menos principal es nuestra miseria, que nos despierta a orar, siendo cierto que la oración pide que se nos dé algún bien o que se nos quite algún mal; y como sea más noble condición movernos al acto que despertarnos solamente a él, pues muchos despiertos y atentos a una cosa no se mueven tras ella, por eso la misericordia de Dios, en que confiamos, tiene la principal razón objetiva respecto del acto de la oración. Aquí habemos tocado el porqué la oración sea más del estado de la viudez que del de el matrimonio, y señaladamente las viudas verdaderas de San Pablo [22], que son las que carecen de todo consuelo; y es porque mediante la oración piden a Dios remedio de sus menguas, el cual depende de que se les dé el bien que les falta y se les quite el mal que les sobra, y lo malo, por poco que sea, nos parece sobra.

II

FILÓTIMO.—¿Qué quiso decir San Pablo [1] cuando tan encarecidamente ruega a su discípulo Timoteo que se hiciesen obsecraciones, oraciones, peticiones y hacimientos de gracias, que son cuatro cosas distintas, y de algunos se reducen a una sola?

FILALETES.—La Glosa dice sobre esas palabras que son diversas especies de oración, y lo aprueba Alexandre [2] y Santo Tomás, en cuanto por la oración se declara por sus grados las cosas necesarias para llegar del estado de la culpa al de la gloria; porque obsecración es como la adjuración para en cosas difíciles, cual es la conversión del pecador y el librarle de mal; y la adjuración es cuando decís a Dios: *Señor, por quien vos sois, que hagáis lo que os suplico*, y lo mismo es obsecración, porque la sílaba *ob* vale tanto como por amor de tal o por reverencia de tal, como cuando decimos conjure a Fulano por su vida o por vida de su mujer que hiciese tal o tal, y esto es también adjuración; y los conjuros con que son los demonios expelidos son llamados adjuraciones, porque los conjuran por

---

[22] I Tim. 5, 5.

[1] I Tim. 2, 1.

[2] ALEXAND. HALEN., ubi supra S. Thom., IV *Sent.*, d. 15, q. 4 a. 3.

el nombre y virtud de Dios que los fuerce a lo que se les manda. La oración en el lugar dicho de San Pablo es petición de algunos bienes para los pecadores ya convertidos a Dios, y la postulación o petición es demanda de la gloria para los ya justificados, y el hacimiento de gracias se refiere por todos los bienes impetrados y por los males que nos fueron quitados, y todo esto está dicho muy al justo. Casiano escribe cómo el abad Isaac, después de haber declarado los nombres de las cuatro especies de la oración sobredichas, aplica las obsecraciones a los principiantes en la virtud, que aun se hallan cargados con sus pecados, y las oraciones a los que ya libres de pecados van aprovechando en la virtud y en el ejercicio espiritual [3].

Las postulaciones o peticiones dice que tocan a los que ya son tan aprovechados en el bien, que, confiados en la misericordia de Dios y movidos por la caridad de los prójimos, se hacen sus intercesores; y los hacimientos de gracias dice pertenecer a los que, ya libres de la acusación de su conciencia, se hallan dispuestos para contemplar los bienes que de Dios han recebido; y, arrebatados a la encendida contemplación, se emplean en él como en agradecimiento de los bienes que han recibido de él. Prosigue aquel santo abad que aquéllos son los grados de los aprovechantes, mas que bien se hallan a veces todas aquellas maneras de tratar con Dios juntas en un mesmo acto; como lo encarga San Pablo, que en toda oración y obsecración con hacimiento de gracias, nuestras peticiones sean presentadas a Dios [4]; en lo cual nos enseña que orando pidamos y roguemos y seamos agradecidos a las mercedes que Dios nos hace; y digo que, a faltar alguna de las cuatro peticiones, no iría el tal acto tan perfecto. Ya que sabemos cifradamente qué cosa sea la oración, digamos algo del provecho que nos trae, y no se puede negar ser mucho, como diga el mesmo Redentor que algunos demonios que los hombres no pueden expeler de los cuerpos humanos son expelidos en virtud de la oración y del ayuno [5]; lo mesmo debemos decir de algunos pecadores, que para ser curados requieren la oración y el ayuno; y habiéndose dado el Redentor tanto a este ejercicio que dice San Lucas [6] que permanecía toda la noche en oración y teniendo de él que en la noche de su pasión oró tres veces a su Padre sobre si le quería relevar de aquella muerte [7], no se puede negar el gran provecho que del orar nos viene, y por eso nos

[3] *Collationes*, 9.
[4] Phil. 4, 6.
[5] Marc. 9, 29; Matth. 17,20.
[6] Luc. 6, 12.
[7] Matth. 26, 39; Marc. 14, 35; Luc. 22, 42.

encargó San Pablo que nos diésemos mucho a ello [8]. Para esta verdad tenemos ejemplo en la Virgen María y en los apóstoles [9], que por diez días se dieron a la oración para esperar la venida del Espíritu Santo. Salomón y Daniel [10], con oraciones alcanzaron ser alumbrados de Dios en muchas cosas, y Santiago [11] concluye que vale mucho la oración del justo continuada para su salvación: y conforme a esto, dice San Agustín [12] que la oración de San Esteban mereció de Dios la conversión de San Pablo para el cristianismo. De la necesidad de la oración dice el mesmo santo que ninguno viene al camino de la salvación si no es por le llamar Dios y que ninguno hace lo necesario para se salvar sin que Dios le ayude; y que así, tampoco alguno se puede salvar sin la oración. Para poner en seguro esta palabra de este santo, distingue Alexandre de Alés [13] que de tres maneras se puede entender ser una cosa necesaria para se salvar el hombre: la primera comunísimamente, y así lo mismo es orar que bien obrar, según que dice la Glosa que no cesa de orar quien no cesa de bien obrar, y de esta manera es necesaria la oración como la buena vida. La segunda manera es cuando le toma comúnmente por todo acto contemplativo reducido a Dios, y ésta no es absolutamente necesaria del todo, aunque vale mucho en compañía de la caridad; y la tercera es cuando se toma propiamente por el levantamiento del alma para Dios con buenos pensamientos, y tampoco este acto es obligatorio, mas ayuda mucho para impetrar lo necesario.

POLICRONIO.—Paréceme que yo y mis semejantes habremos ejercitado poco esta manera de oración, pues no nos suben los pensamientos de las tejas para arriba.

FILALETES.—Aunque baste al hombre la oración mental para impetrar de Dios lo que se le pide, hay otras muchas razones para las oraciones vocales; y una es el encendimiento de la devoción, que crece con la sonada de las devotas palabras; y también porque ayudan a la claridad del entendimiento, como se prueba con las palabras del *Pater noster*, que nos aclaran lo que debemos pedir; y también para con tan breve oración huir la parlería, de que muchos usarían no sabiendo de esta tan cierta regla de orar (como lo enseña el Redentor) [14]; y otra razón es el emplear en servicio de Dios la boca y la palabra, que son capaces de

[8] I Thess. 5, 2 ss.
[9] Act. I, 14.
[10] III Reg. 8, 28; Dan. 9, 21.
[11] Iac. 5, 15.
[12] AUGUST., *Serm. de S. Steph.*
[13] 4 p., q. 26, m. 3, a. 1.
[14] Matth. 21, 22.

le alabar, y añado que también aprovecha para la instrucción de los prójimos.

POLICRONIO.—Si se condena el mucho hablar en la oración, mal hecho es decir muchas veces el *Pater noster*, y rezar la corona, y rezar muchos salmos; y por esto nos concede la Iglesia muchos perdones.

FILALETES.—Las muchas palabras se condenan respecto de la oración mental, mas por otras razones son estimadas, como para relevar el fastidio y cansancio del orador y porque aquel ejercicio corporal no le deja dormitar (y lo alaba San Jerónimo), mas no por atraer a Dios a lo que queremos y el repetir el *Pater noster* no es multiplicar palabras, sino ganar perdones.

III

PÁNFILO.—Un hueso me queda atravesado en lo de la oración de los necios que oran vocalmente y no entienden lo que oran: si será meritoria la oración de los tales.

FILALETES.—No se puede negar que el entender dispone para el amar y que el amar dispone para el impetrar (según que dijo Venancio Pictaviense [1] que lo que se oye es más gustoso cuanto mejor se entiende); y como el efecto de la oración sea el impetrar, debe el orador amar y, consiguientemente, entender; y así, hablando en propios términos, quien no sabe lo que ora (cuales son los sacerdotes ignorantes, que aun leer no saben), no conseguirán tanto como el que ora entendiéndolo, si son en lo demás iguales. Y si el orador no atiende por su culpa a lo que ora, pierde el mérito de la oración en todo o en parte; mas si no advierte a lo que ora por estar transportado en Dios por éxtasis o exceso y rapto espiritual, ésta es la perfectísima oración, que transforma al amador en el amado; y como es una cosa con el amado, así alcanza de él lo que le pide, con tal que sea conforme a la razón de la tal unión.

PÁNFILO.—Ahora tengo no sé qué escrúpulo sobre determinar cuál sea mejor: la oración mental sin palabra o la vocal de palabras.

FILALETES.—Fácil es la respuesta a vuestra pregunta, mas es necesaria para entre la gente vulgar: que si la oración es del alma, sin palabras vocales es buena y puede ser perfecta (como en los varones muy contemplativos); mas si es por palabras vocales, sin atención del alma, nada o poco vale; y digo que si es de palabras vocales y tam-

[1] *Hom. de oratione Domini.*

bién del alma bien atenta y las palabras impiden la devoción del alma y el arrebatamiento para Dios, débese dejar, porque todas las cosas se han de ordenar para juntar el alma con Dios; y por esto, los varones muy dados a Dios no se daban mucho a orar de boca, respecto de la oración mental. Siete provechos sienten los poco contemplativos con las palabras devotas: el primero, que despiertan la devoción también como la devota postura del cuerpo, y lo dice San Agustín [2]; y el segundo, que alumbran el entendimiento, ignorante de lo que debe pedir, y para esto dió Cristo el *Pater noster* de palabra. El tercero es la más fácil recordación de las cosas que se han de pedir, llevándolas en palabras bien ordenadas; y el cuarto, el detener con ellas la atención que no se desvanezca por otras cosas ajenas de las de aquel auto; y el quinto (como dice Damasceno) [3], porque todo el hombre alabe a Dios, y lo aconseja el profeta Oseas [4]. El sexto es el efecto (y no la causa, como los dichos) de la devoción interior, que apenas cabe en el alma, y por lo menos quiere dar parte a su hermano del cuerpo, según que dice David [5] habérsele alegrado su corazón y regocijado su lengua; y el séptimo es el provecho de los prójimos, que deprenden en el estilo de saberse encomendar a Dios. Parte de estos provechos pone Santo Tomás [6], y añade para lo de la atención que como la oración pueda ser meritoria, y impetratoria, y refeccionativa del alma, es menester atención al principio de la oración virtual por lo menos para las dos cosas primeras, mas para la refeccionativa es menester actual, y en las horas canónicas basta virtual, aunque no atienda a lo que hace; mas que si voluntariamente se distrae a pensar en otras cosas, peca mortalmente, y está obligado a tornar a rezar con alguna atención formal o virtual, como es sentencia del Derecho canónico [7] y de otros muchos doctores.

FILÓTIMO.—No sabía yo tan bien como vos estos puntillos, y querría oír qué cosas debemos pedir a Dios en la oración.

FILALETES.—Lo que toca para servir a Dios es lo principal que se ha de pedir, y segundariamente lo que hace a nuestra salvación; pues muy más caro y precioso nos debe ser el divino beneplácito que nuestra salvación; y sobre estas dos cosas dichas, podéis y debéis ser importu-

---

[2] *Ad Probam.*
[3] Lib. 4, c. 4.
[4] Os. 14, 3.
[5] Ps. 125, 2.
[6] S. THOM., 2-2, q. 83, aa. 12 et 13; l. 4, d. 15, q. 4, a. 2; q. 5.
[7] *Extra dolentes de celebrat. missarum.*

no a Dios, de manera que ni por revelaros Dios que no quiere que le habléis en tales cosas os habéis de dejar de le importunar por ellas; porque nunca Dios quiere que alguno deje de procurar su salvación, so pena que sería privar del deseo recto natural a las cosas que él crió con el tal deseo y sería Dios contra sí mesmo. Fuera lo que toca al servicio de Dios y de nuestra salvación, todo se ha de pedir debajo de una virtual condición, si fuere conforme a la divina y santísima voluntad; y sobre tales demandas no debe ser el hombre muy importuno, como el mismo Redentor nos lo enseñó por San Lucas [8], diciendo que no le importunemos sobre lo del comer, y beber, y vestir, y sobre las honras de este mundo, que son tras las que andan los infieles, pues nuestro Padre celestial sabe que las habemos menester y que no nos las negará cuando nos cumplieren; mas que primeramente nos demos a buscar y procurar lo del reino de Dios y la vida justa con que se gana, y que lo demás se nos dará como añadidura; conforme a lo cual dijo San Agustín [9] que los bienes temporales han de ser pedidos a Dios y menospreciados por amor a Dios para ganar al mesmo Dios con el menosprecio de las cosas que no son del mesmo Dios, mas que su menosprecio ayuda a la consecución de la vista y gloria del mismo Dios.

POLICRONIO.—Algunas veces he oído a letrados despellejarse sobre averiguar si podemos hacer nuestras oraciones y pías plegarias a Dios, a los ángeles, o a otros hombres como nosotros, o a las ánimas del purgatorio; o si son bien ofrecidos el *Ave María* y *Pater noster* a los ángeles y a nuestra Señora.

FILALETES.—Orar, propriamente, quiere decir *rogar al mayor*, y como Dios no tenga mayor, así no puede hacer oración ni a sí ni a otro alguno.

POLICRONIO.—Cristo hizo sus oraciones al Padre, y era Dios como él.

FILALETES.—Cristo padeció como hombre, y oró como hombre a sí mesmo, en cuanto Dios; porque eran naturalezas distintas las suyas, y la humana hacía oración y adoraba a la divina como a mayor; mas en cuanto Dios, como ninguno se puede de rogar a sí mesmo, así ninguna persona puede de rogar a otra, lo primero por ser todas tres una divina substancia y lo segundo por ser de igual potencia; y el que ruega, al más poderoso ruega; y lo tercero, por no haber ninguna mengua o necesidad en alguna divina persona, y el pedir a otro, mengua significa. Nosotros

[8] 12, 22.
[9] *Contra Fau-tum.*

debemos orar a Dios como a sumo bien y omnipotente Señor que nos dé lo que le pedimos, y a los santos ángeles y santos hombres hacemos oración para que rueguen por nosotros a Dios en lo que toca a nuestra salvación y es la propria materia de la oración cristiana; y en las rogaciones o letanías suplicamos a Dios haya misericordia de nosotros, mas a los ángeles y santos que rueguen por nosotros a Dios; mas, si pidiésemos a las criaturas algo que fuese suyo de nos lo dar, bien las podemos rogar. Lo del ofrecer el *Ave María* y *Pater noster* a Dios, o a su Madre, o a los santos, todo es bueno y santo y meritorio, sino que requiere discreción en saber cómo se ha de ofrecer a cada uno; y para ello guárdese la regla de ofrecer la oración, que a Dios, como al que por sí merece ser adorado ultimadamente, y a los santos, como a los que Dios quiere ser honrados y suplicados de nosotros; y si el *Pater noster* habla con Dios y el *Ave María* con su Madre, no impide podérseles ofrecer indiferentemente como dones de voluntario servicio, sin andar escrupulando qué cumple a quién, pues al fin todo se dice para su servicio y gloria.

IV

PÁNFILO.—Otro lenguaje se usa de que los ángeles ofrecen nuestras oraciones a Dios, y como la tal ofrenda no pueda verificarse más de cuanto a ponerlas en el divino acatamiento, y Dios las sepa mejor que ellos, no parece que pueda tener buen sentido aquella palabra; cuánto más que si los ángeles del cielo aquello hiciesen, lo mismo harían las ánimas santas, y esto no se dice de ellas.

FILALETES.—Apariencia llevan vuestras palabras, mas no van bien guiadas, y el lenguaje de que los ángeles ofrezcan a Dios las oraciones de los que oran la divina majestad, dícelo expresamente el San Rafael al Santo Tobías [1]; sino que debéis de hacer diferencia entre el estilo de rogar a Dios o de rogar al hombre (como la hace Hugo) [2], que vuestros ruegos no pueden llegar a noticia de otro hombre si vos, o otro por vos, no se los notifica; mas Dios, primero que criase el mundo, sabía cuántas cosas habían de hacerse y pensarse en él; y con todo ello, quiere que nosotros le roguemos, para que hagamos alguna diligencia meritoria, con que nos dispongamos para recebir lo que pedimos; y quiere que los ángeles le propongan nuestras plegarias, porque juntamente ruegan por nosotros, y el orar

---

[1] 12, 12.
[2] *De virtute orandi.*

de ellos por nosotros es el ofrecer nuestras oraciones a Dios; y como él desea hacernos bien, quiere que haya quien lo merezca, y así los santos ángeles son nuestros abogados y intercesores, que nos ayudan con sus suplicaciones; y, siquiera por esta razón, dice San Bernardo [3] que deberíamos orar con mucho respecto, porque los santos ángeles que nos asisten no se desdeñen de presentar nuestras oraciones a Dios o de nos favorecer por ellas delante de Dios. A lo que decís que las almas harían la misma oferta si la hiciesen los ángeles, digo no valer vuestro lenguaje, porque los ángeles son asignados por ministros de los hombres y abogan sus causas delante de Dios (conforme a lo del Redentor por San Mateo [4] y de San Pablo [5] a los hebreos), el cual ministerio no es dado a las almas santas de la gloria sino solamente contemplar.

FILÓTIMO.—Más privadas de Dios son las almas de la gloria que las del purgatorio, y nos encomendamos a las del purgatorio por ser amigos de Dios por gracia, aunque tienen respecto de enemistad por pena; luego mejor nos es encomendarnos a las del cielo, y ellas abogarán nuestros negocios.

FILALETES.—No digo yo, ni hombre cuerdo tal dirá, que las almas de la gloria no rueguen por nosotros, mas digo que no es por lo tener por oficio ministerial, como lo tienen los ángeles, porque no hacen orden jerárquico unas almas respecto de otras en la gloria, pues las celestiales jerarquías se exceden en naturaleza, y en gracia, y en gloria, y las almas todas son de una misma naturaleza. Y a lo que decís de la oración que se hace a las ánimas del purgatorio, digo ser ignorantemente hecho, y niega Santo Tomás [6] deberse tal hacer; porque aunque la oración se debe hacer a los de más alta orden, cuales son las ánimas del purgatorio, por estar confirmadas en gracia y en no poder pecar, son menores que los fieles de este mundo cuanto el estado de las penas que padecen, allende que no saben lo que acá pasa sin privilegio particular, el cual privilegio no es tan estrecho en la gloria, donde los santos ven en la esencia divina muchas de las cosas de este mundo, hasta los pensamientos de muchos; y como no estén en estado de merecer ni de impetrar, más necesidad tienen que rueguen por ellas que cabida con Dios para impetrar nada para otros, pues aun para sí no impetran. Alexandre de Alés [7] desenvuelve más esta doctrina diciendo que por tres cau-

[3] *Serm.* 7 *in Cant.*
[4] Matth. 18, 10.
[5] Hebr. 1, 7.
[6] S. THOM., 2-2, q. 83, a. 4, 2; et l. 4, d. 15, q. 4, a. 5, q. 2.
[7] 4 p., q. 26, m. 3, a. 4, 2.

sas se puede hacer oración: o por gustar de algún bien, o para satisfacer por alguna deuda, o para impetrar alguna merced; mas las ánimas del purgatorio, así están atadas a la consideración de sus penas, que no pueden sentir dulzura ni atender a la contemplación, y, consiguientemente, no les compete orar cuanto a la dulzura. Tampoco le puedes competir la oración en cuanto satisfactoria, porque la tal es sacramental, y no puede convenir sino a los de este mundo; mas según la tercera causa, bien les compete orar para impetrar algo, si la terribilidad de los tormentos las deja respirar alguna vez para se levantar con la esperanza a rogar por fin de tanto mal y por el bien que esperan, y esto está en buena razón que lo hagan; mas no ruegan por otros por no estar en estado de impetrar. Dice más Alexandre: que la razón potísima del poder impetrar es la razón del poder merecer, y en el purgatorio ninguno puede merecer, y así tampoco impetrar, si ya no fuese por alguna congruencia de ser amigos, y a la tal amistad se atraviesa la penalidad, que lo estorba. La oración se puede ordenar para bien del mesmo que ora y de todos los de este mundo, justos y pecadores; mas no por los de la gloria, que son mejores que los de este mundo y no tienen necesidad de nada, y ellos han de ser rogados de los de este mundo; y ni ha de ordenarse por los del infierno, por ser miembros cortados del cuerpo de la Iglesia, lo cual no están los del purgatorio, y por eso se ha de hacer oración por ellos y ofrecerse otras buenas obras para satisfacer por sus penas. Yo, con otros doctores [8], tengo que no es ajeno de razón encomendarse a las ánimas del purgatorio, y creo que ellas tienen revelación de muchas cosas de este mundo.

V

PÁNFILO.—¿Cómo se puede compadecer lo que concluistes en la materia de la caridad, de que ella es la que da valor meritorio a todas las obras, con lo que dijistes con Escoto, que la oración es la obra que más impetra, pues impetrar presupone merecer, y así parece que hacéis a la oración desobligada de tener caridad para ser meritoria?

FILALETES.—Las palabras científicas se deben entender según su razón formal, y la oración es postulativa o pedidora de suyo (como nos enseñó San Pablo) [1], lo cual no es así otra ninguna obra; mas no la desnudé yo del baño de

[8] MEDINA, in *De oratione*; vide NAVARRO, in *Enchiridio de oratione*, c. 20

[1] Rom. 12, 12.

la caridad, que la hace grata a Dios, porque la oración del que no está en gracia con Dios no es oída de Dios para conceder lo que le pide, como lo dijo el que nació ciego [2]; y los ruegos son los que mueven a dar lo que se pide, lo cual se entiende debajo de condición que el que ruega y ora no carezca de las condiciones necesarias.

PÁNFILO.—Esas nos cumple saber, so pena de no hacer nada.

FILALETES.—Atengámonos con Alexandre [3] para entrar, diciendo con el Redentor [4] que quien quisiere alcanzar algo, en su nombre lo pida a su Padre; tanto valen sus merecimientos delante de Dios y en tanta reverencia le tiene su Padre, como lo encareció San Pablo [5]. Sin esto, habemos de poner cuatro condiciones en la oración, por las cuales merezca ser oída por conforme a razón, y en siendo perfectamente conforme a razón, es eficaz para impetrar lo que pide; y las condiciones son así de parte de lo que pide como de aquel a quien pide y como de parte de para quien pide y también del modo con que pide. Lo primero es lo que se pide, y esto debe ser tocante a nuestra salvación, como lo significó nuestro Redentor, diciendo que pidiésemos en virtud de su nombre Jesús, que quiere decir salud verdadera; y esta demanda no puede ser sino grata a Dios, si por otra razón no es defectuosa; y por eso se pone la segunda condición, de aquel a quien se debe pedir, que es Dios y nuestro verdaderísimo Padre, que, como tal y fuente de todo, no da cosa mala; lo cual él dijo: que si los hombres, con ser malos, no dan sino buenas cosas a sus hijos, mucho más no da él a los suyos, siendo tan bueno, sino cosas bonísimas [6]. La tercera condición se requiere, de parte de para quien se pide, que no sea enemigo de Dios ni ponga de su parte impedimento a lo que se pide a Dios para él, porque, si él no lo quiere o está en repugnante estado, no lo concederá Dios, y esto dijo Dios por el profeta Ezequiel [7]; que aunque Noé, Job y Daniel rogasen por los pecadores en mal estado, no los oiría, por más sus amigos que fuesen. La cuarta condición, del modo con que se pide, incluye que sea con piadosa afección de fe, esperanza y caridad, porque en virtud de estas tres virtudes teologales nuestro afecto merece nombre de pío, bien como la piedad es virtud que tiene a Dios por objeto inmediato, también como las virtudes teologales.

[2] Ioan. 9, 37.
[3] Ubi sup., m. 5, a. 2.
[4] Ioan. 14, 13.
[5] Hebr. 5, 5.
[6] Matth. 7, 9.
[7] Ez. 14, 20.

Otra condición, de que sea con perseverancia, se atiene al modo del pedir, en la cual somos enseñados que no nos habemos de contentar con una hora, ni con dos, ni con diez de oración para pensar que habemos hecho nuestro deber para impetrar lo que pedimos, lo cual nos enseñó el Redentor con lo ya dicho de él, que estaba toda la noche en oración y que en la noche de su pasión fué tres veces a orar, y aun con todo esto, no se le concedió su demanda, porque no le convenía ni a él ni al mundo. ¿Qué dirán los que no saben de oración más que oír una misa y estar parlando con sus compadres arrimados al sacerdote, por hacer de los muy honrados en cuanto dice misa, y aun con todo piensan que han de hacer racha los cielos para entrar en ellos a pesar del Aduana? Al tiempo del dar de barba os lo dirán. Sirven al rey toda su vida, saltándoseles los ojos del casco de atentos y solícitos, y cuando les da de comer se tienen por dichosos y pregonan que no merecían sus servicios tales mercedes; y piensan que tienen merecida la gloria del cielo si de quince en quince días se acuerdan de Dios cuatro veces, y las dos para renegar de él. Otra condición, de que pida para sí quien quisiere impetrar, es lo que dije de la persona para quien se pide; y esto es porque sabrá de sí en qué estado esté, para entender si está en estado que merezca recebir mercedes de Dios; y otra condición es de lo que se pide, que sea para la salud espiritual, y se reduce al que lo ha de conceder, que es Dios, que no quiere ser importunado sobre temporalidades. La oración que fuese circunstancionada como está dicho será oída de Dios y lo en ella pedido será otorgado; mas sin duda, por esta misma doctrina, negativamente tomada, debemos concluir que, pues cuasi ninguno alcanza lo que pide, que cuasi ninguno pide lo que debe y como debe, aunque lo pida a quien debe; lo cual aconteció al apóstol San Pablo [8] pidiendo serle quitado aquel estímulo y desasosiego de su carne; y por eso le dijo el Señor que no pedía lo que le convenía, y por eso no se lo concedió. La doctrina dicha es cuasi toda entresacada de la de Alexandre de Alés, y porque debemos reducir al compendio o sumario abreviado del *Pater noster* la materia de la oración, según que cumple para el estilo de nuestra *Agricultura cristiana*, quiero entrar con él, y señaladamente serán Alexandre y San Buenaventura [9] los que nos enseñarán la doctrina que sacáremos a la luz.

[8] II Cor. 12, 7.
[9] ALEXAND., 4 p.; *De off. missae*, 2 p. § 4; BONAV. *De oratione dominica*.

VI

Policronio.—Grande confianza tengo que nos habéis de dar con él una solemne hartazga de doctrina; y pues toca particularmente a los viudos tal ejercicio, quiero prestar atención a lo que dijerdes.

Filaletes.—Cuando la santa madre Iglesia quiere admitir a la santa comunión a sus hijos en la misa, los apercibe a orar, y les dice que osen decir la oración que los enseña, pues para ello tienen saludables amonestaciones y están informados con divina institución que es la que dió el Redentor en el *Pater noster*. De la osadía, dice San Pablo [1] que nos presentemos con confianza al trono de la gracia de Dios, porque consigamos misericordia y hallemos gracia en el favor oportuno de Dios; y del ser precepto saludable el de la oración, dice que toda doctrina inspirada divinalmente es útil para enseñar lo bueno, y para redarguir lo malo, y para reprender [2], y para enseñar al hombre lo que es justicia, porque el hombre procure ser perfecto y bien instructo para toda virtud. Entrad, pues, diciendo *Padre nuestro*, y veréis la captación de la benevolencia, tan usurpada por los retóricos y oradores, que hacen sus exordios o los principios de sus razonamientos ordenados para ganar la benevolencia de los oyentes con algunas palabras dulces; y lo mesmo nos enseña en esto el Redentor para que ganemos el divino beneplácito. Mirad con Pedro, obispo de Laodicea [3], que aquel no más merece llamar padre a Dios que es habilitado por el Espíritu Santo para ser hijo adoptivo de Dios por gracia, y este tal es el que está en estado de salvación y de heredero del reino de Dios. Añade Germano, patriarca de Constantinopla, que, pues cada uno merece nombre de hijo de aquel cuyas obras hace, que hagamos buenas obras para llamar padre a Dios, so pena de le llamar padre de mediodiablos. Tres privilegios tiene aquesta oración sobre todas las del mundo; y el primero es de haber sido compuesta por el mesmo Jesucristo, nuestro Redentor, y el segundo, la brevedad de las palabras con que incluye las demandas del remedio de todas nuestras necesidades y es fácil de deprender y de tener en la cabeza; y el tercero, la abundancia de doctrina que enseña, con que pide todo lo necesario para este mundo y para el otro, y, consiguiente-

[1] Hebr. 4, 11.
[2] II Tim. 4, 2 ss.
[3] Petrus, *In orationem dominicam.*

mente, no puede carecer de dificultad su perfecta inteligencia.

FILÓTIMO.—Saludo para Frentestrella, el primo del hidalgo de Lazarillo de Tormes, que sin saber leer dijo al maestro Pitio que le entendía tan bien como él.

FILALETES.—Ponderad la majestad y dulzura de la entrada para ser con Dios, llamándole *padre nuestro* y no *Señor nuestro;* porque, como dice el profeta Malaquías en persona del mesmo Dios, que el hijo honra a su padre y el siervo teme a su señor; mas que, si él es padre, ¿dónde está el amor que se le debe, y que, si es Señor, dónde está el temor que deberían haber de él? En lo cual se queja Dios de que ni le amamos como a padre bienhechor ni le tememos como a señor castigador, y así es prueba de una terrible perdición y de ser los hombres desalmados, que ni aman la gloria ni temen al infierno. Sin impedimento de tal desalmamiento, nos procura nuestro Redentor, Padre y Señor Jesucristo, reducir al amor de padre, y nos toma por hermanos, por nos obligar también de su parte al amor de su padre natural, como es padre nuestro por criación y gracia; y nos enseña las palabras con que más cabida hallemos en él y con que más alcancemos de él. A este propósito me ocurre lo que los profetas Jeremías y Oseas [4] cuentan haber tratado Dios acerca del desconocimiento que con él tienen las almas; que pues ellas, recebidas de él por esposas, le habían de cometer adulterio con el demonio cometiendo muchos pecados mortales y aun algunos de idolatría, que él les enseñaría una manera de hablar de palabras muy tiernas y amorosas, con que alcanzasen de él perdón de sus adulterios; y que oyendo él tales palabras, ¿las perdonaría? ¿Qué hombre se podrá jamás hallar que, casándose con alguna mujer, contrate con ella que la perdonará cuando le cometiere adulterio? O ¿qué mujer se hallará tan desvergonzada que, por más que proponga de pecar y de adulterar, ose oír tal manera de hablar, y que no diga que, si tal cometiere, merecerá mil muertes? Pues veis agora que, con ser Dios quien es y con se ver tan ofendido de nosotros, nos enseña las palabras con que le movamos a misericordia para que nos perdone, y dice que le llamemos *padre nuestro*, porque nos quiere hacer bien como a hijos, y donde tal entrada se ofrece, mucho bien se debe esperar del proceso de la oración.

Ponderad que Moisés y Judith [5] oraron a Dios llamándole *Señor Dios,* que son palabras que incluyen temor de siervos, como aquella ley era de temor; mas como la

[4] Ier. 3, 19 s.; Os. 2, 6 s.
[5] Ex. 34, 8; Iudith 9, 2.

ley evangélica sea ley de amor y Cristo nos reciba por hermanos, enséñanos llamar *padre* a Dios, que es palabra demostrativa del amor que nos tiene, como en la palabra *nuestro* se muestra su largueza habiéndose hecho nuestro. ¿Con cuánta confianza y alegría puede decir el cristiano esta oración, viéndose traspuesto de la bajeza de siervo a la alteza de hijo? ¡Oh misericordia del muy alto, que no se contentó de ser *padre* por criación, sino que se hizo hombre para sernos hermano y morir por nuestra redención! No quiero callar otras cinco excelencias que Santo Tomás consideró en esta oración; y la primera es la segura confianza que nos da y promete Dios, según aquello de San Pablo [6] que confiadamente nos alleguemos al trono de su gracia para le pedir mercedes. Con razón la debemos tener por segurísima, como compuesta por nuestro abogado, sapientísimo sobre todos los jurisconsultos del mundo, pues le arrea San Pablo [7] de todos los tesoros de la ciencia de Dios; y San Juan [8] dice que siempre le tenemos por abogado delante de Dios; y por esto dice San Cipriano [9] que teniéndole nosotros por abogado delante de su Padre, con atrevimiento nos debemos aprovechar de las palabras que nos dejó enseñadas cuando rogáremos por nuestros pecados; y más, que es igualmente nuestro juez con su Padre, y no puede dejar de reconoscer las palabras que nos enseñó para le pedir perdón; y por eso dice él mesmo en el Salmo [10] que cuando los pecadores le dieren sus clamores, los oirá. Concluye esta primera excelencia el glorioso San Agustín diciendo que ninguno deja de sacar algún fruto del rezar esta oración, porque siquiera por ella se le perdonan los pecados veniales, con tal que la diga con debida devoción en estado de gracia.

FILÓTIMO.—Parece que queréis decir que no se perdonan los veniales a los que están en pecado mortal; y está en contrario el uso de los curas de las iglesias, que mandan decir la confesión general por los veniales, remitiendo la confesión de los mortales para la cuaresma.

FILALETES.—No me maravillo de que así pase, mas ello parece a algunos que va mal pasado, y es la razón de Santo Tomás [11] y de otros algunos contra Escoto que ningún pecado, por venial que sea, se puede perdonar sin gracia

---

6 Hebr. 4, 16.
7 Col. 2, 1 s.
8 I Ioan. 2, 1.
9 *Super oratione dominica.*
10 Ps. 90, 15.
11 S. THOM., 3 p., q. 87, a. 4; et q. 86, aa. 3 et 6; et q. 90, a. 4; et. l. 4 d 16 q. 2 a. 1, q. 2 et 3.—RICHARD. l. 4, d. 21, a. 3, d. 1 et d. 45, a. 1, q. 2.—BONAV., l. 2, d. 42, a. 2, q. 2; et l. 4 d. 15 part. 1 a. 1 q. 2.—DURANDUS, l. 4, d. 15, q. 2

justificante, pues perdonar injurias es obra de amigo, y el que está en pecado mortal es enemigo de Dios; mas, al revés de lo que decís, bien se hace de ordinario perdonarse los mortales y no los veniales; porque, como los veniales no repugnan al estado de gracia, puédense perdonar todos los mortales, quedando el pecador en gracia de Dios y con los veniales; mas no se puede perdonar un mortal sin que todos se perdonen (so pena que juntamente sería el hombre amigo y enemigo de Dios), y es al revés en los veniales, que se perdonan unos y no otros si el pecador no quiere salir de todos, lo cual puede ser sin quebrantar el amistad divina, porque no contraría el venial a la caridad sino a su fervor. Esta doctrina se atiene a los estados de mortal o de venial para decir lo que habemos oído; que por ser uno enemigo de Dios no es capaz del perdón de algún pecado, porque cualquier perdón requiere amistad; y por eso, Escoto y Gabriel [12] con sus secuaces tienen lo contrario, que los veniales se perdonan en este mundo, y en el infierno quedándose el pecador en los mortales; la razón de lo cual parece más allegada a razón, como es más clemente que al pecado venial nunca se debe más pena que temporal, la cual, pagada en este mundo o en el otro, no queda más que pagar por él; y como sea imposible quedar culpa donde no hay correspondencia de pena, ya que la pena temporal está pagada, no queda rastro del venial. A la razón de Santo Tomás y de los demás, en que fundan su doctrina, de que toda remisión de pecados incluye reconciliación amigable, decimos que solamente ha lugar en los mortales, por los cuales se pierde el amistad con Dios; mas no en los veniales, que se compadecen con la tal amistad, y para el perdón de éstos basta la satisfacción condigna por ellos. Y digo más, que una cosa es perdonarse la culpa estando en gracia o sin ella, cuanto a los veniales, y que otra cosa es satisfacer por la pena estando en gracia o sin ella, respecto de los veniales, o respecto a los mortales perdonados, cuanto a la culpa, porque probable es que se satisface por los tales sin gracia, pues a los tales ya perdonados se debe pena temporal.

VII

PÁNFILO.—Con esta postrera razón que dijiste de la remisión satisfactiva de los veniales, aunque no sea reconciliativa, me convenzo a tener, con Escoto, primado de los entendimientos teologales: y no es conforme a justicia que

[12] SCOTUS, l. 4, d. 21, q. 1; GABRIEL, l. 4, d. 16, q. 5, a. 3.

obliguen al hombre a satisfacer a título de algún pecado por el daño que no hizo contra el pecado.

FILALETES.—La segunda excelencia que Santo Tomás ponderó en la oración del *Pater noster* es asegurarnos de lo que hubiésemos de pedir a Dios; porque, como dice San Damasceno, que deben ser cosas decentes, y luego acude lo de San Juan [1], que no recibimos porque malpedimos; si no nos enseñara el Redentor lo que nos cumplía, corriéramos peligro en nuestras oraciones; y concluye San Agustín que cualquiera cosa que pidamos a Dios, como vaya bien pedida, es cierto que se incluye en alguna de las peticiones del *Pater noster*, que las abraza todas. La tercera excelencia que consideró Santo Tomás es ser ordenada debidamente, como el deseo, cuyo intérprete hace, lo debe ser; y a la debida orden toca que se antepongan las cosas espirituales a las carnales, y las celestiales a las terrenales, conforme a lo que dijo el Redentor [2], que primeramente buscásemos el reino de Dios y la vida justa con que se merece, y que las demás cosas se nos añadirían como accesorias; y así lo hizo el Redentor en esta oración, anteponiendo lo celestial a lo terrenal. La cuarta excelencia es la de la devoción, por lo cual una oración es aceptada de Dios, según lo del Salmo, en que David [3] dice que su alma fuese rellena de grasa y gordura de gracia y devoción para hablar con Dios; y por acontecer muchas veces que la devoción se resfría en la oración muy verbosa y parlera, ordenó el Redentor ésta con tan pocas palabras; conforme a lo cual, dice San Agustín que la oración gaste pocas palabras y muchos ruegos; y por ser el amor de Dios y del prójimo incentivo de la devoción, se explican ambos amores en esta oración. El amor de Dios, en la primera palabra, con que a Dios llamamos *Padre*, y del prójimo, cuando decimos ser *padre nuestro* y no *mío* y que nos perdone a todos y no a mí; y pidiéndole el pan de *todos* y no el *mío;* y nos le dé a nosotros y no a mí solo. La quinta excelencia es la humildad, según aquello de David [4] que puso Dios sus ojos en la oración de los humildes y que no menospreció sus ruegos; y por San Lucas [5] nos introduce nuestro Redentor al fariseo soberbio en la oración, y condenado por ello, y al publicano humilde, y justificado por ello; y esta humildad se muestra cuando uno se deja en las manos de Dios, esperando su divino beneplácito sin levantarse a vanas presunciones

[1] Ioan. 4, 23.
[2] Matth. 6, 33.
[3] Ps. 62. 6.
[4] Ps. 101. 18.
[5] Luc. 18. 9.

de sí mesmo. Otros muchos provechos nos trae la oración, porque dice David [6] que impetra perdón de los pecados (como parece en la Magdalena, y en el ladrón, y en el publicano) y alivia al alma de las tristezas de las tribulaciones [7], y en otro Salmo dice David [8] que se daba a la oración contra las persecuciones de sus enemigos; y también nos hace la oración familiares a Dios, pues por ella hablamos con Dios boca a boca, lo cual encareció mucho el mesmo Dios para con su gran siervo Moisés [9]. Con estas cosillas así tocadas para consuelo del estado desolado de la viudez, tornaremos a la palabra *padre* con los teólogos sobredichos, y diremos que se toma de muchas maneras en las santas Escrituras; y la primera es por generación natural, por la cual eternamente engendra al Hijo, y de esta generación dijo Isaías [10] que ninguno bastaría a la bien explicar, y el mesmo Hijo dijo por San Mateo [11] que ninguno conoce a su Padre sino él y a quien él lo quisiere revelar. De otra manera se dice Dios *nuestro padre*, por predestinación, como dice San Pablo [12], que venga sobre nosotros la gracia de Dios padre, que nos predestinó en adopción de hijos de Dios; y de ésta dijo el Redentor por San Mateo [13] que procurásemos ser perfectos como nuestro padre celestial es perfecto. También se llama *padre nuestro* por criación, por lo cual pregunta Malaquías [14] profeta, por manera de reprensión, que le digan si por ventura no es Dios *padre de todos;* y Moisés [15], por el mismo estilo, dijo que mirase bien el pueblo hebreo si por ventura no era Dios el padre que le crió y le hizo y le poseyó.

Llámase Dios también *padre* por redención, y por eso dice Isaías [16] que él es nuestro padre y redentor, cuyo nombre es desde el principio del siglo; y llámase *padre* por la sacramental regeneración, de la cual dijo San Pablo [17] que nos hizo salvos por el lavatorio de la regeneración y renovación del Espíritu Santo; y lo mismo dice San Pedro [18]; y llámase *padre* por la fe que nos infunde, como dice Santiago [19], que voluntariamente nos engendró con la palabra

[6] Ps. 31, 1.
[7] Ps. 108, 21 ss.
[8] Ps. 108, 4.
[9] Num. 12, 25
[10] Is. 53, 8.
[11] Matth. 11, 27.
[12] Eph. 1, 5.
[13] Matth. 5, 48.
[14] Mal. 1, 6.
[15] Deut. 32, 6.
[16] Is. 63, 16.
[17] Tit. 3, 5.
[18] I Petr. 1. 2.
[19] Iac. 1, 18.

de verdad que es la fe; y San Juan [20] dijo que nos dió el mismo Dios poder de ser hechos hijos suyos, en cuanto creemos en su nombre; y San Pablo [21] dice que recibimos el espíritu de hijos, en virtud del cual llamamos *padre* a Dios, por razón de la sobredicha adopción, en cuanto se distingue de la predestinación, porque no están siempre todos los predestinados en gracia. En el *Pater noster* se toma la palabra *padre* esencialmente, según que todas las tres divinas personas son un Dios que crió y gobierna al mundo, porque Dios no se aviene con el mundo en cuanto trino, sino en cuanto uno; y por eso en esta oración hablamos con toda la Santísima Trinidad. Considerando el bienaventurado San Crisóstomo [22] lo mucho que se significa por esta palabra *padre* en este lugar, encarece lo del despertar la atención del que tal dice orando y lo del atender a los divinos beneficios; porque en decir solamente *padre* se entiende el perdón de los pecados, la absolución de la pena, la justicia, la santificación, la redención, la adopción, y la heredad, y la fraternidad que tenemos con el unigénito, y la dádiva del Espíritu Santo. Esto es de San Crisóstomo.

PÁNFILO.—Si hablamos con toda la Trinidad, ¿por qué ponemos más el nombre del Padre, que del Hijo, que del Espíritu Santo?

FILALETES.—El nombre de *Padre* compete a cualquiera persona divina, respecto de lo que hace con las criaturas criándolas y gobernándolas; mas el nombre de Hijo, por ninguna vía puede ser llamado por las criaturas, porque se significaría que el Hijo de Dios era Hijo de sus criaturas; y el nombre del Espíritu Santo, tomado propriamente, no puede competir más de a la tercera persona; y si comúnmente, como todas las divinas personas son espíritus y santos, sería menester añadir palabras para que se entendiese cómo se recibe y usa entonces la tal palabra, so pena de errar la inteligencia de los que la oyesen, lo cual no puede acontecer oyendo llamar *padre* a Dios; y por razón de la autoridad, que se apropria al Padre, y de la intercesión y medianería del Hijo, su correlativo, se hace memoria de Padre y de Hijo; del Padre, como de a quien se pide, y del Hijo, como de por cuyos merecimientos y intercesión se pretende la consecución de la demanda; y por esta razón hacemos mención del Hijo en el fin de las oraciones. Otra razón de San Crisóstomo de querer Dios ser llamado *Padre* y no Dios ni Señor: por nos dar mayor confianza de impetrar lo que le pidiésemos y

[20] Ioan. 1, 12.
[21] Rom. 8, 16.
[22] *In c.* 6 *Matth.*

mayor atrevimiento para le pedir, a diferencia de los siervos, que no siempre impetran lo que demandan; y acumulando estas congruencias, San Agustín dice que qué podrá dejar Dios de dar a los hombres cuando se lo pidieren, pues les dió que se llamasen sus hijos.

POLICRONIO.—¡Oh bien encarecido, por vida de Policronio!; y en mucho habemos de tener llamarnos *hijos de Dios*, pues damos así en ser hermanos de Jesucristo.

PÁNFILO.—Sospecho que son menester palabras para poner en seguro esa razón.

VIII

FILALETES.—Cristo es Hijo natural [1], y no por adopción, porque nunca cupo en él extrañeza que se requiere para que haya lugar la adopción, porque por la adopción o arrogación es uno metido en el derecho, que antes no le competía, y Cristo es y fué siempre Hijo de Dios por naturaleza, y, consiguientemente, infiere San Pablo [2] que fué heredero forzoso, y así no pudo ser adoptivo. Y nosotros somos hijos adoptivos, como los que por pura gracia liberal y no debida somos metidos de Dios entre los de su familia con derecho de heredar la gloria juntamente con Jesucristo; porque la filiación por adopción imita la filiación natural; y si todos pueden decir *padre nuestro* aunque no se hayan de salvar, así todos son hijos adoptivos cuanto es de parte de Dios, que quiere con voluntad preveniente que todos se salven (como con gran gloria se lo pregona San Pablo) [3]; y de parte de ellos lo son todos en acto, cuanto a los que están en gracia, o en potencia, cuanto a los que no lo están y lo pueden estar; y así, todos los hombres dicen el *Pater noster* llamando a Dios *padre* no sólo esencialmente por la criación, sino también por razón de ser hijos adoptivos por gracia o por poderlo ser.

FILÓTIMO.—Esto sí que va de veras (señor Policronio), y porque veáis mi viveza, formo esta duda: que si solamente se toma *padre* por adopción, el que está en pecado mortal y dice el *Pater noster* miente, pues no es hijo adoptivo; y también el que, no queriendo perdonar a otros, pide a Dios que le perdone como él perdona.

FILALETES.—Por dos razones no pecan los que ofrecen a Dios el *Pater noster* aunque estén en pecado y no per-

---

[1] S. THOM., 3 p., qq. 23, 32 et 43; et l. 3, d. 4, q. 1 et 2; et d. 10, q. 2; et d. 11, q. 3; et d. 13, q. 1; et d. 18, q. 1, a. 4; et l. 4, d. 4, q. 1; et l. 4; *Contra*, c. 4; et *De verit.*, q. 29, a. 1.

[2] Hebr. 1, 2.

[3] I Tim. 1, 4.

donen; y la primera es por ser oración común de toda la Iglesia y dada a toda ella y que se debe decir en nombre de toda ella para ser más meritoria, y como siempre haya muchos en estado de gracia en la Iglesia, no miente quien en pecado mortal dice que Dios es su padre adoptivo, pues en la Iglesia están muchos que lo son, y él dijo la oración en nombre de la Iglesia. El no perdonar él, tampoco es causa de que mienta diciendo el *Pater noster*, donde se dice que él perdona, porque allí, como en oración común de toda la Iglesia, no se dice como yo perdono, sino como nosotros perdonamos; y estos muchos que se dicen perdonar son todos los hijos de la Iglesia, muchos de los cuales perdonan, y en nombre de los tales buenos tiene la tal oración cabida con Dios. Cuanto más que, como todas las peticiones del *Pater noster* sean optativas y deprecativas por manera de desear, y no indicativas por manera de afirmar (como lo ponderó Pedro, obispo laodicense)[4], también la captación de la benevolencia en la palabra *padre* es por manera de desear que Dios sea su *padre* y le saque del pecado.

POLICRONIO.—Veis (señor Filótimo) qué bota queda vuestra agudeza.

FILÓTIMO.—Otro día diréis que queda odrina. Mas yo digo más, que por qué razón decimos más *padre nuestro* que *padre mío*, pues igualmente decimos *Dios nuestro* y *Dios mío*.

FILALETES.—*Padre*, como es nombre que compete propísimamente al hijo natural, no se debe decir mío ni suyo, so pena de parecer que se llama su Hijo natural quien le llama *padre mío*, y por esto, de sólo Cristo leemos haberle llamado *Padre mío* en las oraciones del huerto, significando ser su unigénito natural para le mover a misericordia; mas como el nombre de Dios no importe producción correlativamente y sea tan verdadero Dios de uno como de todos, no hace más llamarle *Dios mío* que llamarle *Dios nuestro;* y aun digo más, que es mejor llamarle *Dios nuestro* que *mío*, según que significa llamarle *nuestro* la multitud de las criaturas con que Dios es más glorificado que con una sola que se significa diciendo *Dios mío;* y en confirmación de lo del *Padre mío* de Cristo, dice la Glosa[5] que ninguno lo diga, porque se debe sólo a Jesucristo. También dice Malaquías[6], en confirmación del *padre nuestro*, que como todos tengamos a Dios por padre, ¿con qué razón los unos despreciamos soberbiamente a los otros? Cosa graciosa es que crea uno por artículo de fe

4 *In orationem dominicam.*
5 *Glossa Matth.* 6.
6 Mal. 1, 6.

católica que todos los hombres vienen de un mesmo principio y padre, y que la naturaleza humana siempre es una en todos, y que crea y diga que unos son de mejor casta que otros y que unos son de mejor sangre que otros.

POLICRONIO.—Quieren decir que bajan por líneas de personas más beneméritas y que ennoblecieron más sus familias.

FILALETES.—Huelgo de saber tan buena razón, y debe ser conforme a ella lo que se sigue en el *Pater noster*, la palabra *qui es in caelis*, que quiere decir *que estás en los cielos:* que aunque son los cielos de la misma materia que los elementos de este mundo corruptible (como tienen muchos teólogos y filósofos), por la nobleza de su forma, con que hacen las maravillas de alumbrar al mundo y de engendrar cuanto en él se cría, han contraído tanta nobleza, que se precia Dios de estar en ellos como en señalada morada, más que en todo lo del cielo abajo; porque razón natural lo requiere que el lugar y lo que en él estuviere se proporcionen, y no es tanta nobleza la de los cuerpos corruptibles como la de los cielos, que son incorruptibles, como lo afirma la Escritura divina [7].

IX

FILÓTIMO.—Ya que habéis dado a sentir calladamente que la nobleza de los cuerpos celestiales no es tal que Dios haga caudal de ella y que los cielos que se significan en la oración del *Pater noster* son de otra hechura o naturaleza y grado, ¿qué se puede entender allí por el nombre de *cielos*?

FILALETES.—No despidáis a los cielos de la inteligencia de la letra del *Pater noster*, porque sin duda se entiende de ellos el sentido literal por la señalada manera de estar y demostrarse que Dios tiene en ellos, que es mostrarse a los bienaventurados, y el lugar más alto es más noble y honrado, y así es conforme a razón que allí esté la divina corte. Mas dícese *morar* o *estar en los cielos* por razón de los santos que por ellos son entendidos, como por los cuerpos más nobles del universo, según que dice la Sabiduría [1] que *el alma del justo es silla de la sabiduría*, que es Dios. Cierto está que al pecador llamó Dios *tierra* [2], por la bajeza y vileza del pecado a que se derrocó, y así llama *cielos* a los santos ángeles y santos hombres por la alteza

[7] I Cor. 15, 53.

[1] Sap. 9, 4.
[2] Gen. 3, 19.

de su santidad; y como el nombre de templo competa a la casa y morada de Dios, así llama San Pablo *templos de Dios* [3] a los santos que sirven a Dios; y como esta estancia sea espiritual de Dios en sus santos, significase haber tanta diferencia entre los buenos y los malos como entre el cielo y la tierra. Este mismo sentido da San Ambrosio [4] a estos *cielos*, y dice ser aquellos cielos que, según David en el Salmo [5], pregonan la gloria de Dios; y éstos son los espíritus de los santos y los ángeles de la gloria con más verdad que los cielos corporales. Por algunas razones dice San Buenaventura que los santos se llaman *cielos*, y la una es por su sublime vivienda, de la cual decía San Pablo [6] que *su conversación era en los cielos;* y por el esclarecimiento de las obras ejemplares, que eran dignas del cielo; de las cuales prendió el mesmo Apóstol [7] para decir que *los buenos resplandecen en el mundo como luminarias celestes;* y el Redentor dijo a los apóstoles que *hiciesen cómo sus obras resplandeciesen como luz entre los hombres* [8]. Otra razón de este apellido celestial en los santos es por la firmeza de su propósito en el bien, según lo del Salmo [9], que *por la palabra de Dios los cielos recibieron firmeza,* y a esta firmeza se puede reducir la limpieza que dijo el Redentor [10] haber en sus apóstoles por lo que les había hablado. La cuarta razón de llamarse *cielos* los santos es por morar Dios en ellos por gracia, como se muestra en el cielo presencialmente, según que él dice *servirle de silla el cielo* [11]; y David, que *el Señor aparejó su asiento en el cielo* [12]; lo cual se dice por el contento que Dios recibe con la santidad de los suyos, que le significa llamándolos su morada. ¡Oh qué bien dicen Hugo y Alexandre que, por tanto, alega esta oración que Dios está en los cielos, para movernos a pedir no más de las cosas que llevan a los cielos, adonde se reina con Dios del cielo! No se pudo mejor decir que lo del estar en los cielos, pues ni los elementos ni toda la capacidad corporal del mundo pueden abarcar a Dios, ni alguna criatura corporal es necesaria para su estancia, mas es necesaria la criatura espiritual para que él sea glorificado haciéndola tal, que él mismo se precie tenerla por morada. ¡Oh qué bien disponía San

---

[3] I Cor. 3, 16.
[4] III *De Sacrament.*
[5] Ps. 18, 2.
[6] Phil. 3, 20.
[7] Phil. 2, 15.
[8] Matth. 5, 16.
[9] Ps. 32, 6.
[10] Ioan. 13, 10.
[11] Is. 66, 1.
[12] Ps. 10, 5.

Pablo para esta morada del cielo a los que aun ahora quisiéremos darle oídos, diciendo que *busquemos las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios* [13], y que procuremos saborearnos en las cosas de arriba y no en las de sobre la tierra; y a esto acude invocar a Dios, que está en los cielos!

PÁNFILO.—¿Qué razón hay para decirse en el *Pater noster* que está en los cielos, pues en muchos lugares de la Escritura se dice que *en el cielo*?

FILALETES.—Estos *cielos* se llaman así por la participación de la gracia, la cual es muy diversa en ellos; porque en los de la gloria está perfecta, y en los de este mundo, imperfecta; y en los del cielo es para gozar, y en los de este mundo, para merecer; y por estas diferencias y otras buenas de entender, en que los santos son desiguales, como dice San Pablo [14] comparándolos a las estrellas, se dice Dios estar en muchos cielos, que es decir que está por sus dones y gracias y por particular muestra de contento en muchos grados de santos; y como los hombres deseen por muchas raíces la bienaventuranza, invocan a Dios, que se glorifica en los cielos de los santos, para que les dé de lo necesario para irse a gozar con él allá tornados de tierra cielos.

PÁNFILO.—No satisface vuestra razón, pues en la misma oración del *Pater noster* se dice también que se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo; y este *un cielo* aquí nombrado no significa al cielo material, sino el espiritual de las naturalezas intelectivas de hombres y de ángeles.

FILALETES.—Muy bien habéis replicado, aunque para entre nosotros no debería entremeterse tal manera de argüir, so pena de gastar más tiempo; y digo que habéis de considerar que nos movemos a obrar por algún fin, y el acto volitivo de nuestra voluntad hace presa de este fin por cuyo amor trabaja; y hay medios para llegar a este fin, y la virtud electiva es para escoger los tales medios, y bien veis cómo son menester muchos medios para llegar a un fin, cómo muchas herramientas para hacer una mesa de estas. Con esto entended que la voluntad divina es el fin de nuestro trabajar, y por estar con un mesmo sentimiento en todos los santos, que es de los beatificar, se llama *un cielo;* mas por ser los santos muchos en que ella es cumplida, se dice estar en muchos cielos. Tenemos hasta este punto discutidas algunas cosas de la prefación del *Pater noster*, que consiste en las cuatro primeras palabras,

[13] Col. 3, 1.
[14] I Cor. 15, 41.

que dicen *padre nuestro, que estás en los cielos;* entre las cuales halló el obispo Venancio Honorato Clemenciano Fortunato [15] que nos advertir de que, pues somos naturales de a donde es nuestro padre, y ése mora en los cielos (como decimos), que nos reputemos como extranjeros de la tierra y peregrinos (conforme a diversos lugares de la Escritura) y procuremos tornarnos a nuestra tierra natural. Entre aquellas palabras distingue Hugo diciendo que por la primera se conforta el corazón del que ora, y por la segunda se dilata y ensancha, y por la tercera se eleva; porque, viéndose tener a Dios por padre, se anima a la esperanza de la gloria; y viendo que es padre de muchos, pues se llama *nuestro* y no *mío* ni *tuyo*, se dilata el amor de la caridad fraternal, pues los otros son también hijos de Dios su padre, para los cuales debe desear la vista beatífica de aquel *padre* de todos; y por la tercera, que dice estar este nuestro padre en los cielos, echa el alma sus raíces de deseos firmes en la gloria como en el fin que pretende, y consiguientemente, busca los medios necesarios para ir allá. Veis, veis cómo se capta o granjea la benevolencia con esta prefación de tres palabras de otras tres personas, la primera del dador, que es Dios; la segunda, del pedidor, que es el hombre, y la tercera, la del asesor, que es el ángel; de Dios, diciendo *padre,* y del hombre, diciendo *nuestro,* y del ángel, diciendo *que estás en los cielos,* que son los ángeles, según lo ya dicho. Esto así concluso, nos debemos preparar para el tratado que se encierra en las siete peticiones de la oración dominical; y supliquemos a Dios por suficiencia, y no dejéis de leer a Casiano en la nona *Colación,* y a Gabriel sobre el *Canon,* que dicen muchas cosas que aquí no se seguirán por huir tan gran prolijidad, aunque muy provechosa.

X

PÁNFILO.—Altamente consideró el gran San Agustín la profundidad de las sentencias y doctrinas de las santas Escrituras cuando dijo que oliscaban a infinito saber, por entender que cuanto más de ellas entendía, más le quedaba por entender, y que si mucho descubre uno, mucho descubre otro sobre aquel mesmo paso, y así, cuántos escarban bre sus misterios sin que jamás le lleguen al hondón. Así me parece ahora viendo tales cosas y tantas dichas sobre tres palabras tan de llana y clara sonada, que no hay quien las oya que no las entienda, ni hay quien las espulgue

[15] *De oratione dominica.*

que no las halle con profunda y obscura inteligencia (como lo habéis mostrado), y por eso sucede luego la verificación de la otra contraposición, que la divina Escritura es un piélago por el cual los corderos apean y los elefantes nadan.

FILALETES.—Aquí entrarán las peticiones de nuestra oración, que, repartidas en dos partes, las unas ruegan por la impetra del bien que es menester, y las otras, por librarse del mal que puede dañar. Las peticiones son siete, y son éstas y por esta orden, que en diciendo *Padre nuestro, que estás en los cielos,* entra la primera petición diciendo *sea santificado tu nombre;* y la segunda, *vénganos vuestro reino;* y la tercera, *hágase vuestra voluntad así en la tierra como en el cielo;* y la cuarta, *el pan nuestro de cada día dádnosle hoy;* y la quinta, *perdonadnos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores;* y la sexta, *no nos metáis en tentación;* y la séptima, *sino libradnos de mal,* y concluye diciendo *Amén,* que es palabra confirmativa y aquí también suplicativa, y aquí vale tanto como si dijera: suplicámoos, Señor, que nos otorguéis las cosas aquí pedidas, y confiamos que sí otorgaréis. Notad cómo primero se piden los bienes y a la postre ruega por el librarse de los males; y notad cómo unos son bienes eternos, y a éstos pide primero, y otros son temporales, y a ésos pide a la postre; y los bienes eternos llevan tres peticiones, mas los temporales llevan cuatro. La primera petición de todas, que es una de las que piden los bienes eternos, dice que sea *el nombre de Dios santificado,* y esto toca al premio y galardón de los santos; y vale tanto como si pidiese que la santificación de los santos, que han conseguido en virtud del nombre y socorros de Dios, sea perpetua en la gloria, donde el nombre de Dios es más santificado y glorificado. Para llegar al bien espiritual dicho del premio de la gloria es necesario el bien espiritual de nuestros merecimientos, como medio para tal fin; y por este bien dice que *venga en nosotros el su reino,* porque allí se dice uno reinar donde es obedecido y servido a su voluntad; y como la Iglesia pida ser llevada a reinar con Dios en la gloria, suplica a Dios que tenga él por bien de reinar en ella en este destierro, dando la gracia para le servir y merecer el reino del cielo. Mas, porque para ser hábil para hacer obras merecedoras de la gloria es menester la gracia justificante, por la cual merezcamos llamarnos amigos de Dios, llega la tercera petición, pidiendo que *sea hecha su voluntad,* la cual no puede ser satisfecha en nosotros si no es por su gracia, que nos habilita para que nuestras obras le parezcan agraciadas y dignas de parecer en su presencia; y con estas tres cosas

se cumplen las peticiones de lo tocante a lo espiritual.

Hay otros bienes temporales de que tenemos necesidad en este mundo, en cuanto somos corporales y sujetos a las penalidades de esta vivienda mortal; y en éstos se emplean otras cuatro peticiones, la primera de las cuales pide el bien que nos cumple del pan de cada día, en el cual se incluye todo lo necesario para nos poder sustentar, según que los juristas [1] dicen que en el nombre de comida se entienden también los vestidos, como en el nombre de alimentos, vestidos y morada. Las otras tres peticiones suplican por el librarse del mal, y respecto del mal pasado dice que le perdone sus deudas, y cierto está que la deuda presente no puede ser sino por la mohatra pasada; y la segunda petición de estas tres pide librarse del mal presente, diciendo que nos libre del mal, y cierto es que quien busca libertad, que actualmente está o preso y cautivo; y la tercera petición pide escaparse del mal venidero, diciendo *no nos metáis* (Señor) *en tentación*, que vale tanto como suplicar a Dios que no nos deje ser vencidos de las tentaciones que nos provocan a pecar. Veis aquí tres linajes de males: los pasados, de que nos habemos de doler, y los presentes, de que nos habemos de descargar, y los venideros, de que nos habemos de guardar.

POLICRONIO.—Divina cosa es la doctrina cristiana, y ella mesma muestra ser cosa dada y revelada por Dios; y sola su armonía y concordancia de cosas con cosas basta para convencer a cualquier infiel de buen corazón a creer que es doctrina divina; y no me harto de considerar cómo con tres peticiones se concluye todo lo necesario para la vida eterna, y con cuatro, todo lo necesario para la vida temporal.

XI

FILALETES.—La concordancia de cosas con cosas, después la trataremos para fornecer la razón que tenemos de estimar en mucho la oración del *Pater noster;* y por ahora quiero mostraros, con el glorioso y gran doctor Santo Tomás [1] la que llaman *suficiencia* (aunque casi todos hacen esta diligencia), que es la razón doctrinal que prueba ser alguna cosa suficiente para lo que se ordena y que ni es menester más ni menos ni otras cosas fuera de las contenidas en la tal doctrina. Dice Santo Tomás que, pues la

[1] Glos. in cap. *episcopus*, 10, q. 2, et. ff. de ali. leg. 1. antep. et 1 ult.

[1] S. THOM., 2-2, q. 83, a. 9.

oración sirve de intérprete de nuestros deseos, aquellas cosas solamente pedimos en la oración que con razón debemos desear; y en esta oración dominical no solamente somos enseñados en las cosas que debemos desear y pedir, sino también en el orden que debemos guardar en las cosas que pidiéremos. Manifiesto es que lo primero que cae en nuestro deseo es el fin, y después las cosas que son medios para el tal fin; como el labrador, que lo primero que se le ofrece al deseo es tener que comer, y para esto luego se le ofrece que le cumple coger los frutos de la tierra; y para los haber de coger le cumple sembrarlos, y para sembrarlos debe primero labrar la tierra y hacer las demás diligencias, que son muchas. El fin y paradero de nuestros deseos es Dios, mas nuestro deseo camina por dos vías para él, y la una es queriendo y deseando la gloria del mesmo Dios, y la otra es deseando gozar y fruir de la gloria que Dios nos tiene aparejada; y lo primero pertenece al amor que debemos tener a Dios, y lo segundo al amor que nos debemos a nosotros para servir a Dios. Conforme a lo primero procede la primera petición de la santificación del nombre divinal, por la cual pedimos la gloria de Dios, por lo que toca absolutamente al mismo Dios; y conforme a lo segundo procede la segunda petición, diciendo que *venga en nos su reino*, que es tanto como pedir llegar a la gloria de Dios en el reino de la bienaventuranza.

Para llegar a este fin de la gloria nos ayudan algunas cosas, de ellas como útiles y necesarias y de ellas como accidentales. Las útiles son de dos maneras en nuestro propósito; las unas directa y principalmente, como los merecimientos que adquirimos guardando la ley de Dios en virtud de su obediencia; y cuanto a esto es la tercera petición, que *se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo;* y de otra manera se considera esta utilidad por manera cuasi instrumental y coadyuvante a los merecimientos, a lo cual toca la petición del pan cotidiano, pues sin la sustentación natural no se puede vivir para servir a Dios. Aunque, a la verdad, por este pan se puede entender el santísimo sacramento de la Eucaristía, y en este sacramento, todos los demás sacramentos; allende del pan material, que es sustentación de la vida humana (conforme a lo del Salmo) [2], y en el cual entiende San Agustín lo que ya dije con los derechos humanos, todo lo necesario para la vivienda humana; porque como el pan es lo principal del mantenimiento corporal, así la Eucaristía tiene principal razón de manjar espiritual entre los sacramentos; y

[2] Ps. 77, 24.

por eso le llama San Mateo pan sobresubstancial [3], la cual palabra declara San Jerónimo [4] llamándole *pan principal*. Entre las cosas accidentales que nos ayudan a conseguir el fin deseado entran las demás peticiones de la oración dominical que importan quitar los impedimentos que nos pueden estorbar la consecución del fin sobredicho. Tres cosas nos impiden la consecución de la bienaventuranza, y la principal es el pecado (conforme a algunos ejemplos que pone San Pablo [5], allende que es de fe), y contra este impedimento es la petición que pide a Dios perdón de las deudas que le debemos; y otro estorbo es el de las tentaciones que nos procuran traer a pecar, contra las cuales se pide a Dios que *no nos deje caer en tentación*, que quiere decir que no nos deje ser vencidos de ella; y otro estorbo es el de las penalidades de esta vida, que impiden la suficiencia para vivir con descanso espiritual, y contra éste se dice que nos libre Dios de mal. Amén. Veis aquí la distribución y aplicación que Santo Tomás hace de las peticiones del *Pater noster*, y ni por aplicarlas él a otras cosas que San Buenaventura os ha de parecer que se comete error por alguno de ellos, porque ya tenemos muy repetido que las aplicaciones de los lenguajes teologales se varían por diversas consideraciones que convienen a unas mesmas cosas.

FILÓTIMO.—Algunas dudas se me ofrecen sobre las palabras del *Pater noster*, y señaladamente sobre la primera petición, que por manera de desear pide la santificación del nombre divinal, como que ya no fuese santo; y sobre las de la segunda, que desea que venga o llegue el reino de Dios, como que antes no reinase Dios; y sobre las de la tercera, deseando que se cumpliese la voluntad de Dios, como que antes no se hubiese cumplido, y cierto está que el deseo se va tras lo que está por venir en cuanto bueno, como el temor se recata de lo por venir en cuanto malo.

XII

FILALETES.—No ha sido en balde ni sin ocasión que de la letra, lo que habéis atravesado con San Agustín [1], digo a lo primero que allí no se desea ni se pide que sea o que comience a ser santo el nombre de Dios, ni que comience a ser santificado o alabado por santo, como antes no hu-

[3] Matth. 6, 11.
[4] HIERONYMUS, *In c. 6 Matth.*
[5] I Cor. 6, 12 ss.

[1] AUGUST., II *De serm. Domini in monte*. c. 10.

biese sido así; mas pídese a Dios que dé gracia a los hombres para que siempre le tengan y reverencien por santo, lo cual toca a la gloria de Dios. A lo segundo, digo con el mesmo San Agustín [2] que no pedimos que venga o llegue el reino de Dios, como que antes no hubiese Dios reinado, sino que con tales palabras despertamos nuestro deseo para consecución de aquel reino; y tanto monta pedir que venga en nosotros como que vamos nosotros a él, pues el punto está en que deseamos estar con Dios en gloria. A lo otro de que se haga la divina voluntad (que fué lo tercero), no quiere decir que antes no se hubiese hecho, mas desea que siempre se haga y cumpla en todas las cosas de este mundo, como se cumple en todas las del cielo; porque los ángeles por ser gloriosos tienen sus voluntades unidas con la de Dios y no hacen más de lo que él es servido, y los cielos, como son movidos por los ángeles, no tienen movimiento que no sea conforme al mismo querer divino; y con esto es cierto que en todas las cosas que están en los cielos se cumple totalmente la voluntad de Dios. Los hombres que tienen libre albedrío se dejan cuando quieren de cumplir la voluntad de Dios, y por eso se pide en el *Pater noster* que les dé el querer y poder y hacer conforme a su santo servicio, para que se cumpla en ellos totalmente su voluntad, como en los ángeles del cielo, que no quieren más de lo que él. Y aun digo más: que no sirve la oración de vencer la divina voluntad con ella, sino de disponernos con ella para que Dios nos halle dignos del bien que le pedimos, pues él está siempre pronto a nos dar todo el bien que nos cumple recibir para nuestra salvación.

POLICRONIO.—Ahora resta que tratéis de la concordancia en que yo toqué y vos prometisteis acerca de las peticiones del *Pater noster* con otras virtudes que ayudan a lo del servicio de Dios.

FILALETES.—Seis septenarios os quiero enhilar con San Agustín y con San Buenaventura, y ni porque las bienaventuranzas queden ya platicadas desde la hora de prima perderán sazón en este lugar, pues ahora no haremos más de parearlas con estotros septenarios, por el orden siguiente porque mejor se perciban.

---

[2] AUGUST., *Epist. 121*, c. 11.

PETICIONES	BIENAVENTURANZAS
1.—Santificado sea vuestro nombre	El reino de los cielos.
2.—Venga en nos vuestro reino	Posesión de la tierra.
3.—Hágase vuestra voluntad	Consolación.
4.—Dadnos hoy el pan nuestro cotidiano.	Hartura.
5.—Perdonadnos nuestras deudas	Consecución de misericordia.
6.—No nos metáis en tentación	Visión de Dios.
7.—Libradnos de mal	Filiación divina.

VIRTUDES	PECADOS MORTALES	DONES DEL ESP. SANTO
Pobreza de espíritu.	Soberbia.	Temor.
Mansedumbre.	Ira.	Piedad.
Lloro.	Envidia.	Ciencia.
Sed de justicia.	Acidia.	Fortaleza.
Misericordia.	Avaricia.	Consejo.
Limpieza de corazón.	Gula.	Entendimiento.
Paz.	Lujuria.	Sabiduría.

QUÉ ES CADA COSA

El hombre es el enfermo.
Dios es el médico.
Pecados son las enfermedades.
Peticiones son los plantos.
Dones son las medicinas.
Virtudes son las sanidades.
Bienaventuranzas son las felicidades.

PÁNFILO.—Muy apuesta viene la digestión de estos septenarios para enhilar unos con otros fácilmente, y creo que nos ha de ser muy provechosa esta diligencia; por tanto, ensartadlos vos, porque no erremos el encuentro.

FILALETES.—Pedís que sea el nombre de Dios santificado en vos, y a eso aprovecha mucho el temor casto del Señor con la pobreza voluntaria contra la soberbia, y por ello se alcanza el premio del reino de los cielos. Si pedís la venida del reino de Dios, para eso vale mucho la piedad con la mansedumbre contra la ira, y por ello se consigue la posesión de la tierra de los vivientes. Si pedís que se cumpla la divina voluntad, para eso ayuda la ciencia por la cual son bienaventurados los que lloran contra el pecado de envidia, y por ello conseguirán la consolación de la gloria. Si pedís el pan de cada día, la fortaleza es por la cual son bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia contra la acidia o pereza; por ello se verán hartos en el convite de la gloria. Si pedís el perdón

de vuestros pecados, para eso vale mucho el don del consejo, por el cual son bienaventurados los misericordiosos contra el pecado de avaricia; y así alcanzan de Dios misericordia. Si pedís ser librado de tentación, el don del entendimiento, por el cual se alcanza la limpieza de corazón contra el pecado de la gula, ayuda hasta conseguir la visión de Dios. Si pedís ser librado de mal, por la sabiduría se hacen los hombres pacíficos contra el pecado de la lujuria; y así consiguen la divina filiación. Veis aquí siete quinarios, porque el sexto no entra en esta medicina espiritual; y por lo dicho muy sumadamente conoceréis cuánta sea la correspondencia de las cosas de la doctrina cristiana entre sí mesmas, y en respecto de Dios, que las ordena, y del hombre, que las recibe, y de las enfermedades, que se curan, y de la salud, que se cobra.

FILÓTIMO.—Paréceme que todo lo que aquí habéis enhilado nos habéis ya platicado, si no son los dones del Espíritu Santo; y que nos debe ir tanto en saber qué cosa sean como en saber otras muchas cosas que quedan tratadas entre nosotros.

FILALETES.—Por ahora no se puede tratar de eso; mas si después hubiere lugar, no lo dejéis olvidar.

PÁNFILO.—Un escrúpulo tengo de lo dicho en alabanzas de la oración del *Pater noster;* que si ella es tan cumplida, todas las otras oraciones son superfluas; y, allende de esto, veo que muchas otras cosas se pueden pedir y piden a Dios que no se nombran en el *Pater noster*, cuales son los frutos del Espíritu Santo, y los de la caridad, y las cuatro dotes del cuerpo glorioso, lo cual todo debemos pedir a Dios con otras muchas más cosas que nos cumplen.

FILALETES.—La oración del *Pater noster* pide todo lo necesario en general, y ninguna cosa se puede pedir a Dios con intención y discreción acertada que no se incluya en las nombradas en esta oración; y no hace al caso que se pidan por estas palabras que por otras, como no se pida cosa repugnante a las aquí señaladas; porque esta forma de palabras se ordenó para los que no saben lenguaje con que hablar con Dios, y por eso se debería poner en lenguaje común en cada tierra, pues las palabras, entendidas más, despiertan la devoción; y con todo eso, digo que ningún sabio puede ordenar oración que con ésta se iguale. La razón (allende las dichas) es por se significar aquí cuatro condiciones que abonan cualquier oración, y son el conocimiento de las cosas que se piden, y la humildad del que pide, y la confianza de conseguir su demanda, y la fe en que se debe pedir, porque de ésta dice Santiago [3] que

[3] Iac. 4, 6.

quien la tuviere no debe dudar en el pedir de conseguir lo que pidiere, y de los humildes dice que Dios les da su gracia. Conforme a esto dice también San Fausto, obispo regiense [4], que cosas tan preciosas como las que se piden en el *Pater noster* requieren demandador codicioso y ardiente; porque Dios, que nos las da y aun casi importuna con ellas, no las da a los tibios ni a los que fastidiosamente se mueven, y aun menos a los que forzados y con ingratitud se llegan a se las demandar.

XIII

POLICRONIO.—A mí me parece que no solamente no son menester más peticiones ni demás cosas, sino que cualquiera de las peticiones de esta oración pide todo lo necesario para nuestra salvación; como se muestra en la primera petición, de la santificación del nombre divinal, que es para nuestra santificación; y si somos santos, no nos falta nada, y así, las otras peticiones sobran. Lo mismo digo de la segunda petición, de la venida del reino de Dios, que significa nuestro reinar con Dios por gracia y gloria; y quien esto alcanza no echa menos alguna cosa; y semejantemente digo de la tercera petición, que, si se hace y cumple la divina voluntad, que es (como dice el Apóstol) [1] nuestra santificación, no hay que dudar de que sobran las demás peticiones.

FILALETES.—Magistralmente lo habéis encarecido, y lo mismo podéis decir de las bienaventuranzas, pues cada una de ellas significa el estado de la gloria; mas, con todo eso, no os hará mal estómago aquello de San Agustín [2] que aunque por todas aquellas tres peticiones se pida el bien eterno, por la primera se pide principalmente lo del espíritu con la santificación del nombre divinal; y con la segunda se pide principalmente lo de la carne con la petición de la venida del reino de Dios, que será por la resurrección de los cuerpos; y con la tercera se pide el bien de cuerpo y de alma con el cumplimiento de la divina voluntad. Y lo que se dice que la divina voluntad se cumple en la tierra como en el cielo, dice la Glosa [3] que, según el espíritu, somos cielo, y según la carne, tierra; y conforme a esto, quiere decir la petición que como el espíritu racional obedece a Dios, así Dios haga cómo también sea obe-

[4] *In instruct, ad monachos.*

[1] 1 Thess. 4, 3.
[2] In *Enchir.*, cc. 115 et 116.
[3] *Glos. Matth. 6.*

decido de la carne sensual, de arte que todo el hombre quede espiritual; y esto es lo que dijo David que su *corazón y su carne se alegraron con Dios vivo* [4]. Sin esto debéis más entender que por la primera petición se pide la declaración de la primera verdad (como lo deduce Alexandre) [5], y por la segunda se pide la manifestación de la suma potestad, y por la tercera, el cumplimiento de la divina voluntad. Con lo dicho podéis entender la resolución de vuestras objeciones, que aunque por cada petición de las tres que dijiste se entienda la gloria, especifícase razón particular en cada una para mayor alumbramiento de los que oran y (como dice Hugo) para mayor afecto de devoción. Si también queréis mejor calar la diversidad necesaria de las demás peticiones, hallaréis que ninguna es superflua; porque como el hombre viva en este mundo rodeado de miserias diversas, tiene necesidad de rogar que le libre Dios de mal; porque la vida humana es llamada con mucha razón por el santo Job [6] *guerra* o tentación sobre la tierra, es el hombre necesitado a pedir que no le deje Dios ser vencido de la tentación; y porque dice San Juan [7] que nunca carecemos de pecados en este mundo, con razón se pide que nos perdone Dios nuestras deudas; y porque ni por perdonarse los pecados puede un hombre perseverar mucho en el bien sin particular ayuda de Dios, pide ser fortificado en el pan sacramental; y después de esto tiene necesidad el hombre del cumplimiento de la divina voluntad, y por eso se suplica que haga cómo se cumpla también en la tierra como en el cielo; y porque no se puede bien cumplir en esta vida, pide luego que venga el su reino del estado de la resurrección, en el cual el nombre del Padre y del Hijo sea glorificado y ensalzado. Veis aquí vueltas al redopelo las peticiones del *Pater noster* y también eslabonadas, como antes por su orden habían quedado.

PÁNFILO.—Con harta más razón se puede decir de la divina Escritura que tiene nariz de cera de la que hay para lo decir de Aristóteles; porque en aquél es torcer la doctrina o coludir con la verdad mal entendida, mas en la Santa Escritura es por la superfetación de los sentidos que de cada paso sacan las parteras de los entendimientos de los santos; y esta revuelta de las peticiones, comenzando de las postreras hasta las primeras, me ha parecido muy consecutiva.

FILALETES.—No debéis de advertir en la diferencia del

---

[4] Ps. 83, 3.
[5] ALEXAND., 4 p., q. 10 *In expositione orationis dominicae.*
[6] Iob 7, 1.
[7] I Ioan. 1, 8.

proceder que hay de esta orden proseguida de las postreras peticiones a las primeras a la que tuve comenzando de las primeras hasta las postreras; y es que (como allí dije) en aquélla se comienza por el fin que deseamos conseguir en la gloria, y, consiguientemente, va añadiendo los medios necesarios para llegar a gozar del tal fin; mas aquí guiéme por contraria razón, que como para llegar al premio del fin sean menester medios de virtudes, y antes del obrar las virtudes se deban dejar los vicios, por esta razón acaban las peticiones del *Pater noster* en pedir ser librado de mal el que ora, y luego añade el obrar bien, y a la postre pide el fin por amor del cual pasa por todo lo que dice. Con esto veréis que la orden del *Pater noster* procede por la vía de la intención, que primero prende en el fin y luego en los medios, acabando en los más remotos del fin; mas que la orden que se lleva de las postreras peticiones a las primeras es por la vía de la operación y de la ejecución de la obra, que comenzamos a obrar por lo más distante del fin que deseamos y nos vamos allegando a él cuanto más obramos.

POLICRONIO.—No hay más que pedirse sobre tal razón ni creo que haya más que decir sobre la materia del *Pater noster*, tanto y tan bueno queda dicho.

XIV

FILALETES.—Aun hasta ahora no hemos discutido cada petición por sí ni se puede dejar de hacer, y para que creáis haber mil razones para ello, contemplad la bondad y el saber de Jesucristo nuestro Señor, que entrevino en tal compostura, y la caridad inestimable con que se movió; y concluiréis que ni los muertos, ni los vivos, ni los que para siempre nacerán acabarán de desentrañar las doctrinas que contiene la soberana oración del *Pater noster*. Otra cosa os digo: que ninguna oración se dice en el mundo con tanto merecimiento como ésta, si el orador en lo demás va por igual; y otra cosa os afirmo: que he visto a muchos de los de vuestro ropaje tener en menosprecio esta oración y desdeñarse de decirla por verla en bocas de todos, y mucho más entre los pobres; y como ellos sean singulares por soberbia y por ignorancia, no rezan sino por horas muy doradas, y si a veces la Semana Santa se quieren ir al cielo en volandas, sacan sus cuentas de coral grueso con los *Pater nostres* de oro; y, puestos cabe el santo sacerdote que dice misa, rezan la corona en voz alentada y dejan caer de alto una cuenta sobre otra, porque suene con el coscorrón que la da, con lo cual quedan tan satis-

fechos de su justicia como el fariseo que se tenía por perfecto, y no piensan que han desacatado a Dios, y al altar, y al santo ministro suyo. Y no os parezca que soy muy importuno en afear esta ofensa de Dios contra lo que se debe al altar y a la misa; lo uno, por ser ello un gran pecado, y lo otro, por tener mandato de San Pablo [1] que use de tales importunaciones con los que no se corrigen; y pues vos entendéis más que ellos y conversáis familiarmente con muchos de ellos, en obligación de conciencia estáis por la ley de la caridad de se lo avisar y afear.

POLICRONIO.—Algunas veces lo he hecho, y aprovecha en cuanto yo estoy delante, porque como yo me pongo lejos del altar, ellos, de vergüenza de mí, se tienen aparte; mas bien sé que no lo hacen donde yo me hallo, y por eso procuro ir con muchos a misa.

FILALETES.—Recorramos, pues, la doctrina de cada petición para mayor gusto nuestro cuando la rezáremos; y entrando con la santificación del nombre divinal, respondamos a los que alegan a San Dionisio para decir que Dios no tiene nombre que no le tiene que baste a le explicar su esencia, por ser imposible que palabras criadas la puedan significar cual ella es; y el nombre se pone para significar la esencia de cúyo es, como lo dice Aristóteles [2]; y por esta razón sólo el Verbo merece nombre del Padre, por ser declarativo de todo lo bueno que hay en él; y de él dijo el otro profeta [3] que era nombre que venía de muy lejos, porque desde el seno del Padre bajó el Verbo a hacerse hombre en el vientre de la Virgen su madre. En otra manera se toma *nombre*, según que da en alguna manera a conocer la cosa cuya es, como ahora se usa en todos los nombres de las cosas entre la gente vulgar, que no saben más de que éste se llama así o así; y de esta manera, muchas palabras significan a Dios y son nombres de Dios, y sin el Tetragammo [4], que era el principal nombre de los que Dios tiene en la Escritura, compuesto de cuatro vocales que no hacen ninguna pronunciación, y son *Iod, He, Vau, He*, tiene otros catorce principales, y otros menos principales llegan a setenta y dos entre los hebreos. Ahora notad que si la filiación adoptiva ha de ser por imitación de la natural, que como el Padre está en el Hijo natural por circumincesión (como platica Escoto) [5], pues la substancia de ambos es una sola, que así está en nosotros por la gracia de adopción; y estimando la Iglesia en mucho

[1] II Tim. 4, 1 ss.
[2] IV *Metaphys.*, c. 28.
[3] Is. 30, 27.
[4] HIERONYMUS, *Ad Marcellam*; IACOBUS FABER, *Super Psalterium*.
[5] Lib. 1.

esta generación gratuita, le pide en esta oración que como nunca se aparta del Hijo por necesidad natural, que así por su gracia tenga por bien de nunca se apartar de los hijos adoptivos, pues de ello se le sigue la glorificación de su nombre, continuando sus bienes de gracia en los tales hijos por gracia. Cuánto más que dice Hugo maravillosamente que el nombre de Dios, al propósito de esta petición, no es voz que pasa en siendo pronunciada, sino noticia espiritual impresa en el alma; y cuando entre nosotros uno estima en mucho la honra y cosas del otro, decimos que vale mucho el nombre de Fulano para con él. Y para mayor abundancia de doctrina digamos, siguiendo a Hugo, que la noticia que de Dios tenemos es de tres maneras; la primera en saber que es Dios o que hay Dios, conforme a lo de San Pablo [6], que ésta es la primera y más imperfecta entrada con Dios. La segunda, saber qué no es Dios o saber qué cosas son las que no se pueden decir ser Dios, cuales son todas las criadas, y este conocimiento negativo es más perfecto que el primero; mas el mejor es el afirmativo, en especial por el cual sabemos determinadamente qué cosa es Dios, y de éste dice San Juan [7] que se alcanzará en la gloria. La primera noticia es por fe; la segunda, por el don del entendimiento, y la tercera, por la visión beatífica. La primera libra de la ignorancia brutal, y por esto dijo el Salmo que *dijo el necio en su corazón que no había Dios* [8], y que por eso mereció ser comparado con las bestias, sin entendimiento; y la segunda nos libra de la ignorancia idolatrante, que adora las criaturas por Dios; y del que tal comete dice la Sabiduría [9] que lo hace como necio y que se tornará en ceniza infernal; y Moisés [10] requirió a los judíos que no hiciesen imágenes a Dios, porque no las adorasen por verdadero Dios. La tercera noticia nos libra de la muerte infernal, donde están los mayores necios, por lo cual dijo el mismo Redentor, hablando con su Padre, que *la vida eterna consistía en conocer a Dios* [11], y la vida eterna es por vista de cara a cara, que es el más perfecto de los conocimientos. Veis aquí cómo la noticia del nombre de Dios es lo mismo que su santificación, y la noticia está en los que le conocen, y así también la santificación; y no pide que se revele su nombre, porque eso es de la potencia del entendimiento, que de suyo no es meritoria, sino que sea santificado y glorificado por sus adoptivos hijos, lo cual compete al afecto de la voluntad.

[6] Hebr. 2, 4.
[7] I Ioan. 4, 8 s.
[8] Ps. 13, 1; 52, 1.
[9] 15, 14 s.
[10] Deut. 4, 16 s.
[11] Ioan. 17, 3.

PÁNFILO.—Señor Policronio, bien veis que no estaba dicho todo lo que pide la dignidad del *Pater noster.*

POLICRONIO.—Así me parece, y ya por más que se diga, no diré yo más de que todo cabe en oración compuesta por el que todo lo sabe.

FILALETES.—Notad que, con ser del modo indicativo (como parece en el griego) el *sanctificetur*, y *adveniat*, y *fiat* tienen significaciones de optativo.

PÁNFILO.—Está bien advertido.

XV

FILALETES.—Pondera San Buenaventura que se dan al nombre de Dios tres epítetos muy señalados entre otros muchos; y el primero es de *terrible*, cual se lo da Moisés [1], diciendo a los judíos que, si no temiesen el *terrible* nombre de Dios, su Señor, él los castigaría muy ásperamente. El segundo epíteto es de *admirable*, y el tercero, de *loable*, y se los da David en sus Salmos [2]. El nombre se considera *terrible* cuanto a la divina potencia, que es apropiado del Padre, y se considera maravilloso cuanto a la divina sabiduría, que es apropiado del Hijo, y se considera *loable* cuanto a la divina bondad, que es apropiado del Espíritu Santo. Santifícase, pues, el nombre de Dios en nosotros cuanto más en nuestras almas se reafirma y perpetúa como *terrible*, por el conocimiento de la suma potestad; y como *admirable*, por el conocimiento de la primera verdad; y como *loable*, por el conocimiento de la suma bondad. Muchas cosas dice San Agustín [3] al propósito de esta santificación, y entre otras, ésta: que como Dios diga que seamos santos, pues él es santo, el pedir la santificación del nombre divino en nosotros es pedir que llegue a nosotros su santificación; y en otra parte [4] dice que tal santificación es que sea de todos reverenciado por santo, y por más santo que todas las cosas santas, y que no teman cosa más que ofender este santo nombre de su Padre; y que allí (conforme al Salmo) [5] es el nombre del Señor *grande* donde le invocan movidos por la grandeza de su majestad, y que allí es llamado *santo* su nombre donde con reverencia y temor de le ofender es invocado. Protestó aquel Platón [6], cuyo nombre siempre fué reverencial

1 Deut. 28, 58.
2 Ps. 8, 2-10.
3 AUGUST., *Serm.* 28 *de verbis Domini in Lucam.*
4 Lev. 19, 12.
5 75, 2 s.
6 *In Phileb.*

a los filósofos, que siempre tuvo gran reverencia a los nombres divinales, y no así común, sino tal, que excedía a cualquier gran temor. Y, pues, por el nombre se significa la cosa cuyo es, quien al nombre honra, también honra a cuyo es el tal nombre; a cuyo propósito dice cuadradamente San Crisóstomo que el nombre de Dios en sí es y siempre fué santo; mas que se pide con el *Pater noster* que sea santificado en nosotros, que vale tanto como que nosotros le santifiquemos en nosotros reverenciándole como a santísimo, porque cuando nosotros le hubiéremos santificado así en nosotros, nos santifique él en sí, pues está en razón que quien no santifica a Dios reverenciándole como a santísimo no sea santificado de Dios; y entonces le santificamos, cuando debidamente sus mandamientos guardamos. De las muchas maneras con que es el nombre de Dios santificado en sus hijos, las tres tocan al estado de la gloria por glorificación, por declaración y por conformidad; y la primera manera toca San Agustín y las dos postreras, la glosa del sexto de San Mateo. Otras tres pertenecen al estado de este mundo por el principio de la santificación, por el aumento de la misma y por la perseverancia en ella; y estas tres se ordenan para las tres de la gloria, como las dos de la gloria por declaración y por conformidad se ordenan para la glorificación, y de esta manera veis cómo corresponden estos actos a los de las virtudes morales para con los de las virtudes teologales y cómo los de la fe y de la esperanza se ordenan para la caridad; y concluímos que la santificación del nombre de Dios comienza en este mundo y se perfecciona en el cielo.

POLICRONIO.—Si ya dije que no había más que decir sobre la sacra oración del *Pater noster*, agora digo que no debe tener suelo ni hondón el profundo de sus misteriosas doctrinas; y prometo de rezar la corona de nuestro Señor cada viernes en memoria de los treinta y tres años que vivió hasta que murió en viernes.

FILÓTIMO.—Diga barba que haga, y mirad que se suelen resfriar estos ardores y después no hay quién cumpla el voto; y vía a tomar la bula para no hacer el bien votado, y a la hora de la muerte, todo es dar tenazadas con los dientes con la representación de muchos millares de pecados aguados, con muy pocas virtudes.

POLICRONIO.—Catad acá la zorra que predicó a la gallina cometer hurto en picar las berzas de un hortelano, y llevábale ella tres pollos en la capilla. Espero yo en Dios de mejorar mi viudez con estas doctrinas; y déme ocupar en ejercicios que sepan a lo que nos enseña el *Pater noster*.

FILÓTIMO.—Renegad de tales esperanzas, que son causa

del descuidar del bien hacer; sino lo que hace por todos es a Dios rogando y al macho dando.

PÁNFILO.—Yo me atengo a ese texto, con tal que mache sobre buen yunque.

XVI

FILALETES.—Cuanto a la inteligencia de la segunda petición, que pide la venida del reino de Dios, cumple que sepamos que esta palabra *reino de Dios* se toma en muchas maneras; como por la Iglesia militante en este mundo, de la cual dijo el Redentor que él enviaría sus ángeles que recojan de su reino todos los escándalos [1]; y como por la Iglesia triunfante del cielo, en la cual dijo el mesmo Jesucristo que muchos extranjeros descansarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos [2]; y como la gracia de la fe, de la cual dijo también Jesucristo nuestro Señor que *el reino de Dios está dentro de los creyentes* [3]; y tómase semejantemente por la gloria de la esperanza, de la cual dijo el Redentor que en el juicio dirá Dios a los buenos que reciban el reino que les está aparejado desde el principio del mundo [4]. Otra manera de *reino de los cielos* es la inteligencia de la sagrada Escritura, y de éste dijo nuestro Redentor a los judíos que les había de ser quitado el reino de Dios y dado a quien fructificase dignamente en él [5]; y otro *reino de Dios* es el de la gloria, del cual dijo el mesmo Jesucristo que *en él resplandecerán los justos como el sol* [6]; y él también se llamó a sí *reino de Dios*, diciendo a sus enemigos los judíos que si en el dedo de Dios (que es en virtud del Espíritu Santo, hablando por apropiación) él expelía los demonios [7], sin duda podían creer que había venido a ellos el reino de Dios, que era él, en cuanto los enseñaba ir al reino de Dios. Todas estas maneras de *reino de Dios* se pueden traer a nuestra petición; mas la propia es que como el reino de Dios, hablando propia y llanamente, sea el de la gloria y no en este mundo (como lo dijo el Redentor a Pilato) [8], y como aquel reino no baje acá, porque sería perder, y nuestra petición busca ganancia, conclúyese que se pide que el reino de esta Iglesia militante y trabajada suba al reino de la Igle-

1 Matth 13 48.
2 Matth. 8, 11.
3 Luc. 17, 21.
4 Matth. 25, 34.
5 Matth. 21, 43.
6 Matth. 13, 43.
7 Luc. 11, 20.
8 Ioan. 18, 36.

sia triunfante y holgada. Donde se debe notar en la gramática latina que dice *adveniat*, y *advenire* quiere decir *ir una çosa hacia otra*, y *venir* en latín también quiere decir *ir*, como diciendo *quo venis* quiere decir *a donde vais;* como su contrario *ir* quiere decir, semejantemente, *venir*, como diciendo *unde is* quiere decir *de adonde venís.*

Con esta gramática se entiende que decir que *adveniat* el reino de Dios quiere decir que este reino de esta Iglesia llegue a gozar de la gloria en el reino del paraíso. Este mundo es uno de los tres enemigos de Dios, y el reino del Mesías, aunque menos principalmente, es de bienes temporales, en cuanto éstos son necesarios para los espirituales; principalísimamente es de bienes espirituales, y unos son meritorios en este mundo y otros premiatorios en el cielo; y como lo de este mundo se ordene para lo del otro, averiguamos que el reino de este mundo, que son los justos, ha de subir al cielo, y no que los del cielo hayan de bajar a reinar a este mundo. Así dice San Pablo que *el reino de Dios no es comer y beber, sino justicia, y paz, y* gozo *en el Espíritu Santo* [9]; con lo cual concorda lo de mandar el Redentor que primeramente buscásemos el reino de Dios y su justicia [10], donde con gran razón se junta la justicia con el reino, pues sin justicia son los reinos (dice San Agustín) [11] cuadrillas de ladrones; y en la gloria florece la justicia, dando a cada uno conforme a sus merecimientos, y añadiendo la divina majestad lo que le place por su inmensa misericordia. No dudéis de que quien tiene derecho de llamar *padre* a Dios que también lo tiene de pedirle la herencia del reino; como dice San Pablo: que, *si somos hijos, también somos herederos; herederos de Dios, y juntamente, herederos con Jesucristo* [12], con tal que padezcamos con él como queremos ser glorificados con él. Y aun no será de mal gusto considerar que, con haber de ir nosotros a gozar de este reino donde él está, pedimos a Dios que venga él a nosotros, para significar ser don de Dios el tal reinado; y que dice la Canónica [13] que toda buena dádiva y don perfecto desciende de Dios para nosotros; y para significar, con San Pablo, que no está en la facultad del que quiere ni del que corre conseguirle, sino que es don que nos viene de Dios por su misericordia [14]; y en otra parte [15] pregunta con encarecimiento de lo que a Dios

[9] Rom. 14, 17.
[10] Matth. 6, 33.
[11] AUGUST., IV *De civit.*, c. 4.
[12] Rom. 8, 17.
[13] Iac. 1, 17.
[14] Rom. 9, 17.
[15] Phil. 2, 13 s.

debemos que qué tenemos bueno que no lo hayamos recibido de Dios. No reine pecado en nuestro cuerpo mortal (dice San Pablo), y si no reina un contrario, ha de reinar el contrario de éste; y como la gracia sea contraria del pecado, y ésta tenga por inseparables a las tres virtudes teologales, el reino de Dios que en este mundo pueden gozar los justos es el estado de gracia, creyendo con la fe, que es el cimiento del edificio espiritual, y confiando con la esperanza, que es el levantamiento de la obra en alto, y amando con la caridad, que es la techumbre y coronación del edificio; y luego, Dios tiene por bien de morar en casa, y templo, y reino tan bien labrado y ordenado. De la misma manera se consigue a lo dicho que después de la muerte reina Dios en sus santos, y con más pleno señorío que en este mundo; porque agora no se pueden emplear totalmente en Dios los justos por los impedimentos del cuerpo corruptible, que (como le da en rostro la Escritura) [16] es pesado y trabajoso para el alma; mas después será sólo Dios todas las cosas en ellos (que es la consumada razón de San Pablo) [17], y allá gozarán de Dios por la más alta manera que es posible, y Dios reinará en ellos y gozará de ellos por el más alto estilo que es posible tener en Dios con la criatura para la hacer bien.

POLICRONIO.—Gran cosa es el servir a Dios, pues aun hasta el trabajar en su servicio merece nombre de reinar; y con entera razón merecen los ruines ser llamados necios, que, pudiendo reinar con tan buen padre como Dios, quieren más ser esclavos de tan mal enemigo como el demonio.

FILÓTIMO.—Eso tiene la virtud, que a buenos y a malos parece bien y todos dicen mil bienes de ella; mas el echar mano de ella es de pocos buenos, y por eso es el *reino de Dios* de poca gente, aunque es de mucha tierra. Otra cosa debemos considerar concerniente a este *reino de Dios* tan pedido por nuestra oración: que como en Dios hay potencia, y se atribuye al Padre, y sabiduría, que se atribuye al Hijo, y bondad, que se atribuye al Espíritu Santo, no solamente pedimos la potencia, que es lo principalmente significado por el nombre de reino, sino también la sabiduría y la bondad. ¿Qué provecho puede traer la potencia, que no se sabe regir, ni qué reino puede ser el poder y saber regir, si no hay bondad que lo guíe conforme a Dios y razón? Sin bondad, la potencia es pura tiranía, y sin bondad, la sabiduría es pura desvergüenza; y así, los tiranos son desvergonzados. Reino, dice San Dionisio [18] ser distribu-

[16] Sap. 9, 15.
[17] I Cor. 15, 27 s.
[18] *De div. nom.*

ción de todo término (y esto incluye la potencia limitada), y adornamiento de ley (y esto incluye la sabiduría, porque la ley es un dictamen de la recta razón), y distribución de toda orden (y esto incluye la bondad). Por estas tres cosas exclama el gran doctor Hugo, pidiendo que nos venga el reino de la potencia del Padre, que nos corrobore y esfuerce contra nuestra flaqueza ; y que venga el reino de la sabiduría del Hijo, para nos alumbrar y enseñar contra nuestra ignorancia ; y que venga el reino de la bondad del Espíritu Santo, lleno de alegría, para nos alegrar con su bondad contra nuestra malicia y tristeza espiritual.

POLICRONIO.—Muy necio ha de ser quien no quisiere reinar en tal reino como ése.

FILALETES.—Todos quieren llegar al reino que suena galardón y descanso con honra y provecho, mas pocos son los que quieran tomar lanza en mano para le conquistar ; y sentenciado está [19] que el reino de Dios que aquí se pide se ha de ganar por combates, y que es tan malo de combatir, que solos los muy esforzados salen con la empresa.

POLICRONIO.—Por esa vía el señor licenciado terná cierta la victoria, y después le habremos de servir de paladines y él nos hará mercedes crecidas como a más amigos que otros.

FILÓTIMO.—Dejaos de toques, pues tan pocas cabezas de osos y de leones tenéis enclavadas sobre la portada de vuestra casa como yo sobre la de la mía, y tan pocas banderas de moros y turcos tenéis en vuestra parroquia como yo en la mía.

XVII

FILALETES.—Nobilísima cosa debe ser el reinar, pues los que ya se ven reyes dicen con profunda humildad y agradecimiento para con quien los hizo reyes que los mande y se sirva de ellos en todo lo que fuere su voluntad ; en lo cual conoscemos que este reino no es de los de este mundo, que levantan a los hombres a querer mandar a todos, y a sojuzgar a todos, y a ser adorados de todos. No es mucho que los reinos mundanos tengan esas costumbres anejas, porque no se curan más que de la potencia, y de ésta se precian, y de ésta se intitulan, y con ésta los lisonjean ; mas no se le pasó a Plutarco [1] el afeárselo, diciendo cuán sin juicio sea la tal jactancia y el olvido de las virtudes, que andan tras la potencia que Dios reserva para sí

[19] Matth. 11, 12.

[1] *Lib. ad principem indoctum.*

y no se curan de la sabiduría y de la bondad que Dios quiere que procuren y tengan para bien regir, como lo mostró con Salomón [2], y por eso los tales, atonados con la petición del reino, no se acuerdan de pedir a Dios que haga en ellos su voluntad; sino que, por el contrario, ellos quieren hacer la suya, y muchas veces contra la de Dios; y como diga el mesmo Dios que de su mano reinan los reyes y que de su mano reciben los reinos [3], en no pidiendo los reyes que se haga la voluntad de Dios en sus reinos, sino la suya de ellos, ya son ingratos y traidores y cometen el terrible crimen de la lesa majestad infinita, y en levantando la obediencia a la voluntad de Dios, dan la obediencia al demonio, y cometen tiranías, y opresiones, y venganzas, y despechamientos de sus vasallos, con otras cosas que mueven a la justicia de Dios a hacer grandes castigos en ellos y a les dar grandes azotes en este mundo, porque vuelvan a lo que es de razón, como lo prueban las santas Escrituras con los castigos espantables que Dios hizo en muchos reyes, así del pueblo hebreo como del pueblo gentil. Para entender qué cosa sea la que se pide por la tercera petición, de que se haga la divina voluntad, digo que la voluntad de Dios se considera de dos maneras: o según que se llama de beneplácito [4], que es cuando quiere eficazmente una cosa, o según que se llama voluntad de señal, por la cual quiere alguna cosa no absolutamente, sino debajo de alguna condición, como la salvación de todos con condición que sean los que deben a la virtud. Digo más, que nuestra petición no se ordena para pedir a Dios que mude lo que tiene determinado de hacer, so pena que eso sería enseñar a Dios y corregir y enmendar sus cosas; mas pídese que lo que tiene aprobado y determinado eternalmente tenga por bien de poner en efecto, y muchas cosas tiene determinadas que requieren diligencias de nuestra parte; y por eso nosotros oramos, por ser la oración la diligencia más impetrativa que podemos hacer; y como la humildad sea la principal compañera de la oración, pues por ella dice la Escritura [5] que sube al cielo y penetra los cielos, debémonos humillar para orar; y la mayor humildad es dejarse a la voluntad de otro, y señaladamente a la de Dios; y por eso dice nuestra petición que la divina voluntad sea hecha, que vale tanto como decir, según San Crisóstomo [6], que nos dé Dios gracia y habilidad para hacer totalmente

[2] III Reg. 3, 11.
[3] Prov. 8, 15.
[4] S. Thom., 1, p., q. 19, aa. 11 et 12; et q. 23, a. 5, et l. 1, d. 45, a. 4; et d. 47, a. 2; et *De verit.*, qq. 6 et 23.
[5] Eccli. 35, 21.
[6] *In c. 6. Matth.*

lo que fuere de su santa voluntad, en lo cual consiste lo más acendrado de la santidad; tanto vale la perfecta obediencia, y más donde se sufren afrentas por obedecer a lo que Dios manda. Por esto dice San Pablo que *la voluntad de Dios es nuestra santificación* [7], y en otra parte nos requiere de ciertas diligencias para llegar a tal estado, que son ofrecer a Dios nuestros cuerpos en hostia y ofrenda viva, y santa, y agradable a Dios; y que no nos conformemos con este siglo, sino que nos reformemos con novedad de nuestros sentidos o entendimiento para experimentar la buena voluntad de Dios y de beneplácito y perfecta [8].

Esto es de San Pablo. Alexander de Alés dice que la voluntad de Dios que pide la oración del *Pater noster* verse cumplida es la del beneplácito y determinada que aquí nombró San Pablo *benéplacens*, o del beneplácito; que, aunque es eterna en su determinación aprobativa (como ya toqué), no lo es cuanto a poner en efecto lo que tiene así aprobado, pues lo produce en tal o en tal día; y si Santo Tomás [9] dice que no es voluntad de beneplácito, sino de señal la que se pide ver cumplida en esta petición, también acude a decir que algunas veces concurren a un mesmo efecto ambas maneras de le querer. Paréceme no ser de pasar sin consideración el lenguaje de que usó el Redentor en estas tres peticiones: que no hablan con Dios, de quien se piden, ni hablan en persona de los hombres, que las piden, sino de las cosas que se piden; porque no dice santificad vos, Señor, vuestro nombre, ni dice santifiquémosle nosotros, sino *sea santificado vuestro nombre;* ni dice traed vuestro reino ni se dice traygámosle nosotros, *sino venga él;* ni dice haced vuestra voluntad ni dice hagamos nosotros vuestra voluntad, sino *sea hecha vuestra voluntad;* en lo cual, callando nos, significó cómo la justificación del pecador depende de Dios, que le llama y mueve y justifica con su gracia, y depende también del mesmo pecador, que debe consentir voluntariamente con el tal llamamiento y debe acudir con las obras necesarias para complir con lo que debe a Dios.

POLICRONIO.—Concluído habéis que han de concurrir Dios y el hombre al efecto de las peticiones que se ordenan para la salud del hombre por gracia en este mundo y por gloria en el otro.

FILALETES.—Acordaros debéis de cómo la una de las bienaventuranzas es de los que padecen hambre y sed de la justicia, y con esto gustaréis más del sabor que debe dar a los santos el hacer la divina voluntad, que dice nues-

[7] I Thess. **4**, **3**.
[8] Rom. 12, 1.
[9] S. THOM. 1 p., q. 19, a. **12**.

tro Redentor a los que le tratan de su comer que su manjar es hacer la voluntad de su Padre, que le envió al mundo [10]; y muchas veces inculca que no vino a hacer su voluntad, sino la de su Padre: y por San Mateo y por San Marcos [11] hace un soberano partido con los hombres, que él recibe por madre, y por hermano, y por hermana al que hiciera la voluntad de su Padre celestial; con lo cual muestra el gran servicio que Dios recibe en que hagamos su voluntad y el gran provecho que de ello a nosotros nos viene, que es haberse hecho la voluntad de Dios en nosotros en habiendo nosotros hecho lo que debemos para con ella; con lo cual vemos que se encuentra nuestra voluntad con la de Dios, y únese con ella, y vase pegada con ella, de manera que en el cielo llega a ser una en lo querido con ella.

XVIII

PÁNFILO.—Gran cosa es la doctrina cristiana, y cosa maravillosa es que como Dios sea el primero principio y causa criadora y sea siempre causa conservadora de todas las cosas, así sea el último fin y paradero y la bienaventuranza de todas, con cada cual de su manera; porque la piedra busca a Dios bajando al centro, y el fuego le busca subiendo al cielo, y la bestia le busca procurando su buen pasar, y así de las demás cosas. El hombre, como más elevado, no se saciando con lo criado, agoniza tras Dios, y aquí se le procura hacer semejante por virtudes naturales y sobrenaturales; y no parando en lo de este mundo, pues ni este mundo ha de durar en su compostura ordinaria para siempre, procura ganar la tierra de los vivientes, donde Dios se le da por el último paradero y objeto beatificativo en pago de se haber él empleado en hacer su voluntad. En lo cual se me ofrece por mucho de estimar que estime Dios en tanto el hacer nosotros su voluntad, que se nos dé en galardón, teniendo él poder para se hacer obedecer sin le faltar en un punto, so pena de deshacer toda la máquina del universo. Y aun otra cosa más, como nos habéis platicado: que el mismo Señor infinito anda buscando ocasiones para nos hacer bien, porque sea con algún merecimiento nuestro; salvo que, revolviendo la razón sobre las propiedades de la divina naturaleza y viendo la tan inclinada y amiga de bien hacer, me dejo de maravillar y engrandezco a Dios; y porque yo soy poca parte para tanto, convido a todas las criaturas con aquel verso del Sal-

[10] Ioan. 4, 34.
[11] Matth. 12, 50; Marc. 3, 35.

mo[1] y les digo: *engrandeced al Señor conmigo, y también ensalcemos su nombre juntamente.*

FILALETES.—Agora debemos considerar el ardor de esta petición que no pide menos suficiencia para cumplir con la divina voluntad de la que tienen los ángeles en el cielo; y como se pida la cosa para servir a Dios con ella, cuanto más alta fuere y cuanto Dios hubiere de ser con ella más servido, más se sirve de que le sea pedida; y él huelga más de la conceder si el que la demanda guarda de las condiciones que debe y con la perseverancia que la petición requiere. Esta doctrina, bien se abona con aquella razón de San Crisóstomo[2] que bien es desear lo del cielo, mas que nos cumple de terrenos hacernos celestiales para lo haber de impetrar; lo cual se hace cuando los hombres en la tierra viven con las costumbres de los del cielo, según que San Pablo pregonaba ser su conversación en los cielos[3], que si lo dice porque andaba ocupada su alma en las divinas contemplaciones, en alguna manera (a lo menos según es posible al puro hombre mortal) su vivienda era digna de la conversación y familiaridad de los del cielo; y si los del cielo no tienen otro querer más del de Dios y arder en su divino amor, él dice de sí que su vida se ha convertido en vida de Cristo, pues por el excesivo amor andaba tan transformado en Jesucristo, que dijo no vivir él ya en sí, sino que Jesucristo vivía en él[4]; y pondera San Agustín que cuando llegó a decir aquellas palabras, todo estaba traspuesto y absorto en Dios el sagrado apóstol.

FILÓTIMO.—Si la cosa que se pide es para el servicio y honra de Dios, no es menester pedirla muchas veces ni gastar mucho tiempo en la demanda, pues cada uno huelga con lo que le cumple.

FILALETES.—Pocas palabras diréis hogaño tan mal asentadas como ésta, según que ni aun entre hombres se recibirá muchas veces; porque con tan mala gracia o con tal desenvoltura (por no decir desvergüenza) se ofrecen al servicio; que los otros que sienten debidamente quieren más carecer de él que mejorar sus cosas por tal mano. Cuánto más que Dios no puede ser mejorado por ninguno ni ha menester a ninguno, pues no era menos Dios y Señor poderoso antes de crear el mundo que después de criado; y todos los servicios que las criaturas le hacen, para ellas es el provecho, y por el provecho de ellas les puso Dios tales mandamientos que no por tener él necesidad de algu-

[1] 47, 2; 95, 4; 144, 3.
[2] *In c. 6 Matth.*
[3] Phil. 3, 20.
[4] Gal. 2, 20.

na cosa criada; y así, habéis de calar la petición del hacerse la voluntad divina en el suelo como en el cielo que quien mejor la cumpliere, más mejorado queda; sino que por ser mejora conforme a razón y conforme a lo que Dios quiso que hiciese para su mejora, se da por servido de él y le da grandes galardones, no quedando por ello Dios con más que antes. Y porque es menester muy gran saber para bien servir en el palacio sagrado de Dios hay un remedio muy posible a todos, por más rústicos que sean; y éste es el amor, tan poderoso donde reina, que luego convierte la voluntad del que ama en la del amado; y por necio que uno sea, sale tan agudo después que ama, que, por entendido que sea el amado, gusta de sus vivezas y acertados servicios; y sin amor no hagáis caso de complimiento de voluntad, bien como los servicios forzosos no son gustosos.

POLICRONIO.—Según esto, más aparejo tiene para complir la voluntad de Dios el señor Pánfilo, cuanto tiene más de la caridad de Dios; y así no estamos nosotros tan obligados como él y pecaremos menos en no la complir.

FILALETES.—Bien decís que quien tiene más caridad, más aparejo tiene para servir a Dios, que es complir su santa voluntad; y también acertastes diciendo que peca más quien deja de hacer su deber estando en mayor caridad y perfición; mas débese entender cuanto a la mayor ingratitud con que se dejó de agradecer a Dios el mayor bien recebido, que no cuanto a ser mayor el pecado ni de otra especie; y cuanto a la circunstancia agravante de perder mayor bien, que el que no estaba en tanta perfición; mas todos estamos igualmente obligados a tener caridad como a nos salvar, y ninguno se tenga por excusado de los pecados que hace por estar sin caridad, antes son unos males sobre otros; que carecer de caridad es tan gran mal, que tiene al hombre condenado para el infierno, y los pecados que más comete merecen acrecentamiento de pena intensivamente, que es ser más recia en sí, ya que por muchos pecados no haya de dudar más que por uno, pues un solo pecado mortal con que uno muere basta para le tener en el infierno para siempre sin fin.

XIX

FILÓTIMO.—Cuanto que, si para cada petición de las cuatro temporales que restan hay tanto que decir como para las dichas, más tesoro nos oculta el *Pater noster* de lo que pensábamos.

FILALETES.—Cada una en su manera tiene harto prove-

cho si bien la escarbásemos y si bien a nos aprovechar de ella nos esforzásemos; y como cada cual se anima, así aprovecha; y digo por cosa cierta que sirve de poco rezar el *Pater noster* muchas veces si no se cumple con lo que se significa por él; porque de los que tal dicen y tal no hacen se puede verificar aquella medio amenaza de Dios que le alaban con palabras, teniendo su amor desplegado de él [1]. Viniendo ya a la cuarta petición y la primera de las temporales, que pide el pan suyo de cada día, es de notar que, si el pan es suyo, no hay razón de obligar a que se pida con ruegos, como por justicia se deba dar a cada uno lo suyo y como la justicia manda con rigor, así no se deben ruegos para pedir lo que es suyo. Dice muy bien San Gregorio [2] que con apellidarse nuestro el pan, rogamos que se nos dé, porque hasta que se nos dé no es nuestro, sino de Dios, cuyo es toda buena dádiva y don; y conforme a esto, dice Alexandre que como el pan se ordene para remediar necesidad, en llamarle nosotros *nuestro* confesamos nuestra necesidad; y concluye maravillosamente que, conforme a la razón dicha, a ningún necesitado se puede negar cualquiera de las maneras de pan que aquí se ponen; y, en fin, se llama *nuestro* no por propiedad, sino por la utilidad y causalidad, como sea cierto que nuestra necesidad es la causa de que haya pan y nosotros somos el fin porque se administra este pan. Al propósito de esto, subiréis la consideración al pan del Verbo eterno humanado, que como el mundo debiese a Dios un convite tan costoso que, si no era poniéndole en la mesa el pan de su Hijo, lo demás no lo probará Dios, suplicó el mundo que le diese a su Hijo, y en alcanzándole, se le tornó a dar como cosa suya, conforme a lo de Isaías [3], que se nos dió un chiquito y nos nació un hijo; y como le hizo suyo por la liberal donación, pagó el mundo a Dios con él como con cosa suya. Especifica San Crisóstomo [4] que no rogamos por simplemente tener pan que comer, como eso también lo alcancen los malos, sino por tenerlo de la mano de Dios, que no es más que de los buenos y santos; y, consiguientemente, se veda en virtud de esta petición procurar el pan por el estilo de los malos, que es con pecado; y el tal pan se recibe del diablo y él le ofrece a veces sin que se le pidan, como lo hizo con el Redentor en el desierto [5]. Mejor pan fué el que Dios ofreció

---

1 Is. 29, 13; Matth. 15, 8.
2 *Moral.*, c. 7.
3 9, 6.
4 *In Imperfecto*, in c. 6 Matth.
5 Matth. 4, 4.

al profeta Elías [6] en el desierto, con el cual anduvo muchas jornadas de camino por los desiertos y le confortó el cuerpo y el alma aunque comió pocos bocados de él.

En pedir que sea el pan cuotidiano o de cada día, dice Chromacio [7] que nos enseña que no pidamos muchos bienes temporales juntos y para mucho tiempo, porque arguye codicia o desconfianza de Dios, que no terná o que no querrá darlo cada día; y más, que nos tiene él enseñado que no tengamos cuidado de lo de mañana, y que, si Dios provee para cada día a las aves del cielo, mejor proveerá a los hombres, hechos a su semejanza [8]. Contra esta doctrina hacen señaladamente los religiosos que, habiéndose puesto so la tutela de Dios con renunciación de los bienes temporales, son más solícitos y ponen más diligencias sobre tener riquezas y por entrojar y embodegar que muchos seglares que tienen familias que mantener; y con tales codicias hacen a los seglares tener en poco las suyas, pues tienen excusa con el mantenimiento de los suyos que cuelga de ellos. Y en decir *pan de cada día* y ordinario corta el apetito de los regalados manjares, muy guisados y muy costosos, pues los tales no son de cada día; y también condena el mucho comer, que no solamente para un día, mas para muchos debería bastar lo que algunos comen de una asentada; y llámale *nuestro pan*, porque ninguno debe pedir lo que le debe dar a otro, como lo hacen los que lo querrían todo para sí, sin recebir pena que los otros se quedasen sin comer. Contra esta doctrina hacen los ricos que no parten con los pobres las riquezas que Dios les ha dado, y señaladamente, sino solamente tienen para las gozar con mucha abundancia de regalos, sino también para atesorar; porque éstos, como inhumanos, serán condenados de Dios a la hambre y desnudez infernales. ¿Qué ley natural, cuando más cristiana, guarda, ni que Dios o del prójimo tiene, o con qué vergüenza o desvergüenza dice *hágase Señor tu voluntad* y *dadnos el pan de cada día*, pues es la voluntad de Dios que del pan que le da en abundancia dé alguna parte a los pobres en limosna ordinaria y de cada día, con que sustente su naturaleza, que peligra de hambre, y él gasta en un banquete lujurioso con que cuatro pobres podrían pasar un año, y ni aun de las sobras del tal banquete quiere dar algún relieve a los pobres que le gritan a la puerta con el nombre de Dios, como a ellos les ladra el hambre en las entrañas? Dicen los sabios que los ejemplos no estrechan las doctrinas, mas que las

---

6 III Reg. 19, 6.
7 *Episcopus, Super* c. 6 *Matth.*
8 Mtth. 6, 28.

aclaran; y por eso digo que el rico avariento [9] es acusado y dado por condenado, no por haber atesorado para adelante o para sus herederos, sino porque cada día comía muy abundantemente, y con ver al santo Lázaro lleno de llagas y consumido de hambre, no le dió siquiera un pedazo de pan y una tajada de carne. Séneca [10] regocija la bajada del emperador Cayo Calígula al infierno, y dice que una cena consumió las rentas de tres reinos; y con tales virtudes no hay maravilla que fuese con el rico avariento. Aunque asiente esta petición en lo del pan material, con que se sustenta el cuerpo, se parece debe decir que aquí principalmente se deba entender el pan espiritual; lo uno, porque después de las peticiones del bien divino deben suceder las del bien humano principal, cual es lo espirtiual, con que se mantienen las almas y se reduce a la gracia y caridad de Dios; y para significar estas dos diferencias de panes, notan Alexandre y otros que San Lucas le llamó cuotidiano, y San Mateo, sobresubstancial, porque San Lucas ordenó aquella oración por estilo cual puede convenir a los imperfectos, y San Mateo, por el conveniente a los perfectos.

Otra cosilla podemos apurar con esta petición del pan que sola ella pide nuestro bien y es como un medio entre los extremos de las otras seis peticiones, según que por las tres primeras (según suenan) se pide el bien divino y por las tres postreras se pide que nos libre Dios del mal humano; mas la del pan pide mantenimiento y bien para el hombre, sino que como el mantenimiento sea el principal bien para pasarse la vida humana y las doctrinas simbólicas requieran fundarse en cosas claras y evidentes, por el pan, que es fundamento del mantenimiento y el mantenimiento sustenta la vida, se significan todos los bienes temporales, y simbólicamente, y aun medio literalmente, los espirituales, según que no nos tasó el Redentor nuestras peticiones más que cuanto a lo del reino de Dios y a lo se su justicia, y lo demás dijo que sin pedirlo se nos daría accesoriamente, y así parece que aquí se pida más principalmente el pan del alma que el del cuerpo. El mesmo Redentor parece confirmar esta doctrina en favor del pan espiritual, pues después de haber condenado al rico, que pedía serle hechas mayores sus trojes y bodegas, y concluyendo que en aquella noche murió y se condenó, añade que los suyos no lo deben hacer así, andando solícitos de lo necesario para el comer ni para el vestir, pues el alma más es que el manjar, y el cuerpo, más que las

---

[9] Luc. 16, 19 s.
[10] *De consolatione ad Albinam*, c. 9.

vestiduras [11]. El glorioso San Agustín [12] concluye que no se entiende aquí por el pan que come el cuerpo, ni por el santísimo Sacramento del altar, que no se puede recibir cuantas veces el hombre quisiere, como se puede decir el *Pater noster*, y a cualquier hora, y no se puede recibir la Eucaristía a todas horas; mas entiéndese el pan espiritual y guarda de los mandamientos divinales, en los cuales puedan las almas pensar y rumiar de día y de noche y en cualquier lugar y tiempo; y de este pan entendió el Redentor, después de haber convertido a la samaritana, lo que dijo a sus discípulos: que procurasen manjar que no perece, sino que permanece para siempre, y tales son las obras meritorias de la vida eterna [13]. Y si se llama pan de cada día el bien vivir en el servicio de Dios, pídelo la necesidad del alma, porque por bien que viva no le faltarán enflaquecimientos de unas culpas o de otras; contra las cuales acude el remedio de las obras virtuosas, como contra la flaqueza del cuerpo el mantenimiento corporal.

PÁNFILO.—Este convite, con ser de sólo pan, ha valido más que los banquetes del rey Asuero, por más que durasen ciento y ochenta días; y quien sin estudio piensa que entiende el *Pater noster*, estudie bien, y confesará que no lo entiende, aunque sea Frentestrella.

XX

FILALETES.—Por su orden vernemos poco a poco por los sentidos de las peticiones de nuestra oración dominical, con Alexandre de Alés [1], a desmenuzar unas y otras razones y a concluir que aquí se pide el pan corporal no como lo principal que se pretende conseguir, que es el pan de la justicia y vida cristiana, sino como lo que se presupone a lo demás, según dice San Pablo [2], que primero es lo animal o lo natural que lo espiritual, como primero se engendra el cuerpo que se críe el alma y se le infunda. Y nota más, que cinco maneras de pan nos son necesarias, las cuatro en este mundo y la quinta en el otro; en cuya figura y significación apascentó nuestro Redentor con cinco panes a los que le seguían en el desierto [3], que es figura de este mundo. El primer pan es el material, con que nos sustentamos, y de éste dijo Jesucristo al demonio

[11] Luc. 12, 23.
[12] II *De serm. Domini in monte*, c. 12.
[13] Ioan. 6, 31.

[1] 4 p. q. 10. *De petit. orationis dominicae.*
[2] I Cor. 15, 44.
[3] Matth. 14, 17.

que no vive con sólo pan el hombre [4]; el segundo es espiritual, con que nos esforzamos y cobramos brío y aliento, del cual se entiende la parábola que puso el Redentor en el que fué de noche a pedir tres panes prestados [5] a su amigo para dar de cenar a otro amigo que le había llegado de camino; y por el uno se significa el esfuerzo espiritual para bien obrar, y el segundo, para resistir a lo que nos quiere estorbar lo bueno, y el tercero, para perseverar en la virtud contra lo malo. El tercero pan principal entre los cinco es doctrinal, para saber diferenciar entre lo malo y lo bueno, y por el Eclesiástico [6] es llamado pan de vida y de entendimnento, y en el Génesis [7] es significado por lo que Dios dijo al padre primero, que en el sudor de su cara comería su pan, porque el deprender de las ciencias por muy trabajoso lo encarece la Escritura [8]; y este pan dice la Glosa que es la palabra de Dios, que es la predicación evangélica. El cuarto pan es sacramental, y de éste dijo el Salmo [9] que el hombre comería el pan de los ángeles, y la Sabiduría [10] dice que dió Dios a los hebreos pan aparejado en el cielo; y el quinto pan es eternal, para fruición de las almas gloriosas, del cual dijo el Redentor que es pan vivo, y tal que quien lo comiere no morirá [11].

Todos estos panes tienen orden entre sí, porque el material se ordena para el doctrinal, y éste para el espiritual, y éste para el sacramental, y todos para el eternal; y porque esta unidad de orden y de relación se dice un pan en la petición del *Pater noster*, y todos son pedidos en ella más o menos principalmente; porque el material es necesario para la sustentación del cuerpo, y el espiritual, para la corroboración del alma, y el tercero, doctrinal, para su instrucción, y el cuarto y sacramental, para la conservar en su pureza. Concluye Alexandre que andemos por donde quisiéremos, nos habemos de resolver en que el pan que se pide aquí de primera instancia es para este mundo, en caso que completivamente haya de parar en el otro. Y a lo de llamarse *sobresubstancial*, lo cual se entiende de la Eucaristía, eso se puede guiar por muchas razones; y la una es por ser sobre toda substancia, por cuanto el cuerpo del Redentor es sobre toda substancia corporal, y su alma, sobre todo espíritu criado, y su divi-

---

4 Matth. 4, 3.
5 Luc. 11, 11.
6 Eccli. 15, 3.
7 3, 19.
8 Eccl. 1, 18.
9 77, 25.
10 Sap. 16, 20.
11 Ioan. 6, 33.

nidad no es comparable. Llámase, por otra manera, sobresubstancial por hacer más que el pan ordinario, que, aunque es substancia, no sustenta más de al cuerpo, mas el sacramento sustenta al alma, y también porque el pan corporal se convierte en la naturaleza del que le come, lo cual es al contrario en el sacramento, porque convierte en sí al que le recibe dignamente, cosa muy ponderada de San Agustín. Algunos dicen que no se entiende la petición del pan sacramental, que se recibe de pocos, y la oración pide pan que pueda ser comido de todos; mas a eso se dice bien que cuantos están en estado de gracia son reficionados con este pan sacramental, con que solamente le reciban los sacerdotes; la razón de lo cual es por ser toda la Iglesia un cuerpo (conforme a la doctrina de San Pablo [12] y de todos los teólogos), y la cabeza de este cuerpo es Jesucristo, y la boca de este cuerpo, el sacerdote, que consagra y recibe el cuerpo del Redentor; y el profeta Jeremías [13] llama *boca de Dios* al que aparta lo precioso de lo vil, y no hay cosa más preciosa entre los hombres que la virtud, ni cosa más vil que el pecado (según el mesmo profeta); y como el manjar que se come refeciona a todo el cuerpo natural, así toda la Iglesia por la comunión sacerdotal, y ésta es cada día, y por esto se dice comulgar cada día todos los cristianos que están en gracia; y, consiguientemente, se puede decir en su nombre este pan *de cada día*. Y aún más: que las obras reciben sus denominaciones de los supuestos o de todas las personas y no del miembro con que se hace la obra, como el ver, del ojo, y el comer, de la boca, o el andar, de los pies, sino que se llaman obras de todo el hombre, que el hombre ve, y anda, y come; y así, con un miembro de la Iglesia que comulgue, se dicen comulgar los otros miembros, que reciben la irradiación de la gracia, como miembros conjuntos, por caridad, conforme a lo cual dijo David que participaba de todos los bienes que hacían todos los siervos de Dios [14]. Sobre la palabra *hoy*, que dice la oración que nos dé Dios el pan cuotidiano, *hoy* se debe entender que no nos fatiguemos sobre pedirle para muchos días, porque no es provisión que se deba atesorar; lo cual se figuró en el maná de los hebreos en el desierto, que ninguno podía coger más de para un día, y poco, so pena que se pudría y criaba gusanos, y tanto bastaba lo poco como lo mucho [15]. También determina la palabra *hoy* que para ningún día falte la consagración del cuerpo de nuestro Redentor, por-

[12] I Cor. 12, 12; Col. 2, 19.
[13] Ier. 1, 9.
[14] Ps. 118, vers. p. 125.
[15] Ex. 16, 18; Num. 11, 8.

que nunca falte la memoria de la muerte del Hijo de Dios de la presencia del Padre, sino que siempre le esté refrescando el contento que le dió muriendo por su servicio, y así Dios nos esté más propicio y use con el mundo de más misericordia. Otra razón del *hoy* hay para ello, que es haberse de recebir de día y no de noche, y sólo una misa del gallo se dice la noche de Navidad, y todas las demás de día; y dice *hoy* por el día claro del estado de la gracia en que se debe recebir este sacramento, y no en la noche del pecado mortal.

POLICRONIO.—Con mucha razón se dice que la palabra de Dios es pan del alma, tanto es el contento que se recibe oyendo tales doctrinas; agora me parece que veo con cuánta razón se dice ser mala señal de estar uno en buen estado el no gustar de la doctrina cristiana.

FILÓTIMO.—Habéislo de echar un grano de sal de la suficiencia del que la platica, porque lectores y predicadores hallaréis que os harán vomitar la hiel con su desgracia y poca suficiencia.

XXI

FILALETES.—La quinta petición, y segunda de las temporales, pide que Dios nos perdone nuestras deudas como nosotros las perdonamos a nuestros deudores, y cierto está, dice San Agustín [1], que no habla de deudas pecuniarias, así de lás que nosotros podríamos deber como de las que otros nos deben, sino del perdón de las ofensas. Para esto mejor entender, digo que, pasada la obra del pecado, no queda de él más de lo que llaman *reato*, que es la obligación de padecer la pena que corresponde a la culpa pasada, y por el perdón de esta pena se ora, porque ya tenemos dicho que, estando en pecado actual, es la oración culpable, pues si ora, pide perdón y juntamente dice que no quiere salir del pecado. Otra cosa se debe considerar en el pecado, que es obra hecha contra la ley de Dios, y esta obra es lo material del pecado; y, por otra parte, se llama el pecado privación o carecimiento de la rectitud que debiera tener la tal obra que llamamos pecado, pues la obra buena por ir bien circunstancionada, y la mesma fuera mala si careciera de aquellas debidas circunstancias, y esto es lo formal del pecado, que es lo que le hace merecer nombre de pecado y que deba ser castigado. Y los pecados (conforme a lo dicho) no son formalmente deudas que debamos, sino son causa efectiva de que nosotros nos

[1] AUGUST., II *De serm. Domini in monte*, c. 13.

hallemos deudores y obligados a pagar o a padecer tanta o tanta pena; y por verse los hombres libres de pagar tales penas, ponen esta petición en la oración.

PÁNFILO.—Como Dios no pueda ser contra sí mesmo ni contradecirse, hállome yo perplejo entre lo que pide esta razón y lo que Job [2] dice que se recataba de todas sus obras, sabiendo que Dios no perdona al que le ofende sin le penar por la ofensa, a lo cual ayuda que Dios es infinita justicia, y de la justicia es dar gloria por virtud y pena por pecados.

FILALETES.—Lo primero que ha de poner delante quien tratare las cosas de Dios y de las santas Escrituras es conformar su intención con la de Dios, porque si caso fuere que no acierte en la manera del proceder con Dios, demandando lo que no debe o como no debe, no le sea culpable, pues Dios por la intención juzga las obras con que los hombres se comunican con él, y por eso se sirve de los que con afectos de amor le tratan en sus oraciones o contemplaciones ya como a señor tremendo, ya como a padre piadoso, ya como a amigo familiar, ya como a niño tierno, y así de otros mil guisados que hacen las almas cuando enferman del divino amor, pues la esposa vino a pedir con antojos amorosos que la echasen en una cama de flores y se la rodeara de manzanas, porque se sentía de mal de amor [3]. Flores de pensamientos y frutas de obras requiere el divino amor para conformarse con Dios, y en estas dos cosas ha de confiar segundariamente quien pidiere a Dios perdón de sus culpas, no para que se las perdone del todo, sin que el mesmo pecador haga nada de su parte, sino para que Dios por su infinita misericordia quiera dar materia de que sus criaturas glorifiquen su nombre, por perdonar él su ofensa atendiendo a los merecimientos del Redentor humanado, y dando facultad al pecador de se doler dignamente por le haber ofendido, y dándole su gracia justificante y voluntad eficaz de hacer obras de penitencia, desquitando la divina misericordia del rigor que pide la divina justicia; y por este desquitar ora el pecador, que no porque le perdone absolutamente todas las penas que debe por sus pecados, porque pudiendo él satisfacer con buenas obras y no queriendo ayudarse de ellas, era famosa desvergüenza y atrevimiento bestial tener con qué pagar y pedir perdón de la deuda; mas súfrese pedir perdón de parte de ella, poniendo delante la gloria de Dios en se mostrar misericordia, la cual misericordia no ha lugar donde el pecador no se quiere ayudar.

---

[2] Iob 9, 21 s.
[3] Cant. 2, 5.

Con lo dicho se satisface a vuestra razón que Job dijo verdad que Dios no perdona al pecador que no hace penitencia y que Dios es infinita justicia; mas esta infinidad, que suena rigor, no la muestra sino con los malos incorregibles, cuales son los que no quieren salir del pecado mortal; por lo cual dice San Agustín que Dios, que te crió sin que tú te ayudases en ello, no te salvará sin que tú te ayudes para ello; mas con los que, arrepentidos de le haber ofendido, se encomiendan a su misericordia, usa él de oficio de padre benigno, que les perdona la culpa y la pena eterna, mudándosela en temporal, y de la temporal les va desquitando por cada buena obra que hacen, allende de lo que merece la tal obra en cuanto tal; lo cual toca a su gloria y bondad inmensa, que no se puede decir hacer cosa buena la criatura donde la bondad divina no ponga la mayor y mejor parte; y pues es bien que el hombre se ayude para escapar de la pena, siempre le va Dios delante ayudando a tan buena labor, mas no para que libre al que no hace algo. Pedir, pues, los hombres a Dios que les perdone sus pecados es suplicarle que no se acuerde de ellos para los castigar, a lo menos del todo, como ellos perdonan sus ofensas para no las querer vengar; porque, si vos queréis vengaros de vuestro enemigo y decís esta oración en vuestra persona y no en persona de la Iglesia, como es en el oficio divino, sin duda pecáis y ofendéis mucho a Dios por la desvergüenza con que le mentís y vos os condenáis a que no os perdone, como vos no perdonáis; por eso mirad cuando rezáis esta oración que no estéis con mala intención de pecado, sino con dolor de los hechos, y con propósito de no hacer más, y con ardiente deseo de hacer como Dios os perdone. Digo que habéis de perdonar el rancor interior siempre a todos, mas en lo exterior no estáis obligado, en cuanto el otro no hiciere su deber para satisfaceros como medianamente debiere de los daños y injurias que os hubiere hecho (conforme a una doctrina del Redentor por San Lucas)[4], a lo cual añade Alexandre con Inocencio[5] que los que están en estado de perfición, como los religiosos, deben perdonar totalmente el rancor interior y las muestras exteriores, hablando y conversando como si no fueran injuriados, mas no están obligados a perdonar lo que fuere de justicia, y que lo ha de sentenciar el ministro de la justicia, con tal que el agraviado se mueva con celo de justicia y no con rabia de venganza.

POLICRONIO.—Pocas injurias se piden por justicia que

[4] Luc. 17, 3 s., cui consonat BONAV. et RICHARD., l. 3, d. 30.
[5] ALEXAND., *De petitione* 5.

no sea por se vengar y por ver mal pasar al otro, aunque pocos conoscen tal.

FILÓTIMO.—En el infierno lo enmendarán.

PÁNFILO.—Mejor sería perdonar y subir a la gloria.

FILALETES.—Algunos canonistas [6] tienen que, aunque el ofensor no pida perdón, debe el ofendido mostrarle señales de no le querer mal, aunque (como dicen muchos doctores) puede excusar su conversación, de manera que no sea tan familiar como antes, porque se corrija y por quitar ocasiones de rencillas.

XXII

FILALETES.—La sexta petición, y la tercera de las temporales, dice que *no nos meta Dios en tentación,* y tiene gran razón en tal demanda, porque toda tentación para el mal (y de éstas habla esta petición) es peligrosa para el alma, conforme a lo de la Escritura: que quien ama el peligro, peligrará en él, y ninguno debe querer peligrar en el cuerpo, y muy menos en el alma. Alexandre distingue entre los de poca constancia para sufrir y vencer y entre los perfectos, que tienen ya experiencia de los aprovechamientos en las tentaciones y del favor de Dios, bien aprovechado por ellos. Temeridad es del flaco y cobarde salir al desafío con el valiente, mas en el animoso y experimentado, y que conosce tener ventaja a su enemigo y que suele ganar con él honra y provecho, no es mal hecho quererse ver en la prueba con él habiendo razón para ello. Porque lo que dice San Crisóstomo [1] que el hombre no ha de procurar la tentación, sino si le metieren en ella procurar de la resistir, habla con los flacos y de poca virtud, que el no huir tienen por más que acometer, y éstos han de pedir a Dios que no los deje ser acometidos de la tentación, pues el ser vencidos es lo más ordinario. Al contrario dice San Gregorio [2] de los virtuosísimos, que desean ser tentados y ejercitados, teniendo experiencia de salir con bien de la pelea, supuesto aquello del Apóstol que Dios no consiente llegar la tentación de ninguno más de hasta donde él puede avenirse con ella y quedar con victoria [3], salvo que ninguno debe querer ser tentado de su misma carne y sensualidad, porque toda la tal tentación es pecado venial (como dice

---

[6] *Glos. c. cum Adrian.*, d. 64.

[1] *In c. 6 Matth.*
[2] In *Moral.*
[3] I Cor. 10, 13.

la Glosa ordinaria [4], y de ella dicen San Agustín y Santo Tomás [5] y otros que no es culpable por la codicia de la carne, en que no cabe culpa, sino porque la tal codicia se reduce al alma, que codicia mediante la carne por la coligancia que tienen las dos. Mas también esto se debe entender no de los movimientos *primo primos* y sin imaginación, que son puramente naturales, sino de los primeros, con imaginación por lo menos, lo cual apura Santo Tomás.

Ninguno habrá que no se alegre de ser tentado, si él sale victorioso de la tentación, porque para muchas cosas aprovecha el tal ejercicio; si quiera, vengan las adversidades del demonio; si quiera, de los malos prójimos, como aconteció al santo Job, que el demonio le destruyó la hacienda, y le lastimó la persona, y le mató los hijos, y la mujer le provocó a impaciencia y los amigos le dijeron lástimas injuriosas sin razón; y también dice San Pablo que tenía él sus luchas terribles con los demonios y encuentros peligrosos con sus parientes los judíos y con otras gentes; porque, a la postre, no ha de ser coronado (como él mesmo escribe) sino el vencedor [6], ni puede haber victoria sino a donde entrevino batalla. Los perfectos, por más valientes que sean, dicen esta misma oración, no pidiendo que no sean metidos en tentación, sino que no sean dejados ser vencidos en ella; y por esto dijo el apóstol Santiago [7] que habemos de tener por muy cumplido gozo caer en muchas tentaciones, supuesto que lo habemos de hacer muy en servicio de Dios; porque el tal ejercicio es para probar nuestra fe y constancia, y esto ayuda a la paciencia, y la paciencia favorece mucho a las obras de perfición. Bien acertadamente dijo el Maestro [8] que es más gloriosa cosa ser tentado y no consentir a la tentación, que no no poder ser tentado; y aunque alega a Orígenes con la Glosa, sobre el onceno de Josué, que el demonio que fuere vencido de alguno en alguna tentación, nunca más se atreve a tentar a ninguno de aquel pecado, yo me atengo con Santo Tomás y con Ricardo [9], doctor autorado, que tiene por razón muy fría aquélla, pues ni estriba en alguna doctrina ni en autoridad de Escritura santa, y no hay por qué no deba el demonio de provocar a mal a uno porque haya sido vencido de él, si le parece que podrá hacerle venir

[4] Glos. II Cor. 12, 7 s.
[5] AUGUST.; S. THOM., II *Sent.*, d. 2, q. 1, a. 2; id., 1-2, q. 17, a. 7 et 1. 3, d. 16, q. 1, a. 3.—*De Malo*, q. 3, a. 3; et q. 7, a. 6; et quo 1. 4, q. 11; et 3 p., q. 41, a. 1.—MAGISTER et BONAV., 1. 2, d. 21.—ALEXANDER ALEN., 2 p., q. 101, m. 6 et 3.
[6] II Tim. 2, 5.
[7] Iac. 1, 12.
[8] Lib. 2, d. 23; item 1. 2, d. 6.
[9] RICHARD., 1, 2, d. 6, a. 3, q. 2.

a consentir en el mal. Esta doctrina de Ricardo y de Santo Tomás se concluye verdadera con lo que dice San Lucas [10]: que el demonio, que tentó al Redentor en el desierto y fué vencido y confundido por él, le dejó por algún tiempo de tentar, mas no para siempre; y pues dice que hasta algún tiempo le dejó, bien se entiende que después tornó, aunque no se escriba el cuándo; y San Mateo [11] escribe las palabras que el Redentor dijo del demonio, echado una vez: que él se tornaría a donde había estado. La experiencia ordinaria nos enseña que muchas veces son muchos combatidos de recias tentaciones, y muchas veces los varones espirituales entienden que vienen por el demonio, y le resisten varonilmente y le envían vencido; mas no por eso dejan de ser tornados a tentar muchas veces.

POLICRONIO.—Yo no pongo duda en esto que acabáis de decir con Ricardo, y más habiéndolo también arrodrigado con las tentaciones del Redentor; y algunas razones que algunos dan de que, de soberbio, el demonio no osa tornar a tentar a quien una vez ganó con él honra, yo la entiendo en contrario: que de gran soberbio, procura que quien una vez le hizo ventaja, otra vez sea de él vencido; y la primera afrenta vale mucho para le instimular a que procure vengarse de quien le afrentó, y entre los hombres altivos vemos pasar ansí; lo cual en mí mesmo tengo yo experimentado algunas veces, y a no ser yo soberbio, conozco de mí que no me curará de dar tales tentativas a los que en pruebas y toques pasados me habían hecho ventaja; y, sin duda, es ésta la condición de los soberbios y no hay por qué se miegue al demonio.

FILÓTIMO.—Yo no sabría decir de mí si me tienta el diablo, porque no quiero mal a ninguno ni deseo lo ajeno y guardo los mandamientos de Dios.

PÁNFILO.—Vos debéis de pensar que la tentación del demonio es llevaros arrastrando de los cabellos o de las piernas al pecar; porque sentiros inclinado a lo malo y seguir tras ello no debe pareceros pecado, como el andar desvanecido tras las honras y oficios honrosos, y más no siendo más para ellos que ellos para vos. Y debajo de mejor parecer, digo que tengo gran sospecha que muchas melenas, y muchas tresquilas, y muchas coronas arden en el infierno por lo de la sed y agonía de oficios honrosos; del cual pecado ellos no hacen conciencia por la salsa gustosa de la honra con que le tragan; y de vos no digo más sino que os dejéis de dar orejas al demonio, que os aconseja procurar livianamente y con escándalo las honras, y des-

[10] Luc. 4, 13.
[11] Matth. 12, 43.

pués conosceréis cuando el demonio os tentare. De lo que a todos toca, digo (señor maestro) que, pues lo del ser tentados no se excusa, y más según el santo Job [12] dice que la vida del hombre sobre la tierra es una continua tentación, nos platiquéis algo de esta materia, con que, entendiendo algo de ella, nos bandeemos mejor en ella, que yo creo cometerse muchos pecados de muchos por no se entender; y no se puede negar sino que se huyen más de veras los peligros y daños bien entendidos que los ignorados.

POLICRONIO.—Todos suplicamos por lo que el señor Pánfilo.

FILÓTIMO.—Salvo don Sancho, que calla.

POLICRONIO.—No es ése por quien se dijo *al buen callar llaman Sancho*.

XXIII

FILALETES.—Mucho se poder decía de la materia de la tentación, y pues no lo habemos de decir todos, escogeremos lo más necesario que dicen nuestros maestros; y comenzando por la definición o declaración de esta palabra *tentar*, digo por agora con Santo Tomás [1] que es propiamente hacer experiencia de alguna cosa para saber algo si lo haya en la tal cosa; y, conforme a esto, hay tentativas en muchas cosas o ejercicios y artes, y un letrado dice que tentó a otro metiéndole en disputa para conocer y experimentar de él lo que sabía, y un esgrimidor juega de armas con otro tentándole para cuanto es. Esta experiencia se ordena muchas veces para otro fin bueno o malo, porque alguno, con lo que alcanza de otro, con la tentativa procura hacerle bien o mal; y Dios tienta, cuando le parece, a uno poniéndole en algún aprieto, donde dé muestra de su virtud, como a Job y a Tobías, para le galardonar la virtud que en la tal tentación mostrare; y los judíos tentaron al Redentor [2] para le hacer decir o cometer alguna cosa con cuyo color le pudiesen dañar, y el demonio tienta experimentando si podrá traer a pecar a los hombres; y el hombre se dice tentar a Dios cuando, sin necesidad legítima, quiere hacer experiencia del saber, o poder, o querer divino, como sería del que se mete al mar sin llevar que comer, dejándose a la divina Providencia, y

[12] Iob 7, 1.

[1] S. THOM., 1 p., q. 114, aa. 2 et 22; q. 97, a. 1; et II *Sent.*, d. 21, q. 1, a. 1.
[2] Matth. 22, 18.

es gran pecado, como lo dijo el Redentor al demonio [3], pues humanamente se puede proveer y no hay necesidad que pida otra cosa. El mundo y la carne se dicen tentar al hombre material o instrumentalmente, en cuanto con sus provocativos hacen experiencia de la constancia del hombre, ordenando su tentación para llevar al hombre tras los vicios que le representan, y el demonio los tiene por instrumentos para derrocar al hombre con sus tentaciones.

POLICRONIO.—Esto me decid (aun en caso que ya queda dicho) qué es lo que se llama *mundo* para ser uno de los tres enemigos del hombre del cual el hombre se deba guardar, porque lo del diablo y lo de la carne, bien se deja entender.

FILALETES.—Todo lo que toca a los cumplimientos de la vida, en cuanto no se compadecen con el estado de gracia, se llama *mundo*, y este tal *mundo* es enemigo de Dios, como los excesos de vestidos, comeres, regalos, acompañamientos, juegos, gastos, desperdiciamientos para darse a estimar, y ansí otras muchas cosas que importan exceso, todas son las que, hechas por ilícitos fines, componen al que llamamos *mundo* puesto en maligno, y en esto se muestra claramente que todos los pecados se juntan para servicio del mundo; y ninguno hace conciencia de vivir en el mundo y de gastar su hacienda y tiempo en los complimientos mundanos, por los cuales no le vaga hacer obra de virtud en servicio de Dios, sino en justas, torneos, galas, seraos, banquetes, y que muchos son juzgados de hacer grandes limosnas a pobres por cumplir con el mundo, porque las hacen de manera que las sepa todo el reino, o por lo menos los más que ellos pueden; y tienen grandes horas la multitud de los pobres a la puerta, a fin que los vea la gente allí y los tenga por limosneros a ellos; y si en secreto y sin testigos les piden limosna los muy necesitados, no se la dan, lo cual todo el Redentor lo condenó por su boca; y diciendo que los tales que hacen bien por ser vistos (que es lo que condenamos a título de mundo) ya recibieron su galardón [4] de los que supieron sus tales obras. Con una dueña estuve una vez debatiendo sobre lo de tomar lugar de respeto en las iglesias, y más cuando mucha gente se hallaba presente, para lo cual entraba tarde por se dar a conoscer y hendía por la gente hasta la capilla mayor; y después que la convencía confesar que era pecado de soberbia mundana, lo cual no creo yo que ella creyó en su conciencia, dijo ella que lo

[3] Matth. 4, 3.
[4] Matth. 6, 2-5.

hacía por dejar a sus hijos en posesión de los asientos, con lo cual veréis que por servir al mundo deja sus pecados en herencia a sus hijos, y no tenía hacienda que les dejar con que matasen la hambre.

POLICRONIO.—De tales codicilos como ése, muchos códigos podría componer el rey en este tiempo, y aun otras últimas voluntades se dejan en legados, de que sean los hijos del bando de Fulano, y otros testan de que venguen tal o tal injuria o agravio; y, a la luz de tales candelas benditas, envían sus almas en manos de cuyas son. Tres condiciones se requieren para ser una tentación perfecta, y la primera es que por la tal tentación se procure saber alguna cosa dudosa, y la segunda, que sea tal el intento del tentador, y la tercera, que el mesmo tentador pretende el tal conoscimiento. Las dos primeras caben en la tentación con que Dios tienta a alguno, como lo hizo con Abraham, porque se conosció allí su virtud y el intento divino se ordenó para eso; mas la tercera condición no puede caber en Dios, pues Dios todo lo sabe antes que venga. En la tentación del mundo y de la carne no entreviene más de la primera condición de que se manifieste cuál sea el tentado, pues ni el mundo ni la carne son capaces de entender sino que la tentación de la carne procede de lo interior del hombre, como la del mundo es exterior por manera de objeto provocativo y material, y el demonio como eficiente, y que toma por instrumentos de tentar al mundo y a la carne, y por eso se dice comúnmente ser toda tentación del demonio. Y aunque tentar provocando el mal siempre sea pecado, no siempre es pecado ser tentado, si no consiente a la tentación; y cuando consiente, tanto menor es el pecado cuanto es mayor la tentación, pues no es tanta cobardía ser vencido de un valiente como de un apocado; y toda tentación procede del amor a las criaturas, pues por el amor de las tales es todo pecado *directe* o *indirecte*. Toda ocasión de tentación es o por acercarse el hombre al pecado, y ésta debe ser evitada, o por parte del demonio, por acercarse el hombre a la buena obra, y ésta no se debe huir; y cuanto la tentación estriba en mayor conjunción entre el tentador y el tentado, tanto es más fuerte, y por ser la carne más conjunta con el alma que el mundo y que el demonio es también su tentación más mala de resistir; y porque Adán pudo resistir a la tentación del demonio sin pena ni trabajo, y no a la de la mujer que como hacedora [5] del demonio le combatió, por eso fué muy grave su pecado; y si el Redentor quiso ser

[5] S. THOM., 2-2, q. 165, a. 1.

tentado, fué por nuestro bien [6], para nuestro favor, cautela, ejemplo y confianza, que como él venció, nos ayudaría a vencer.

POLICRONIO.—Por mí digo que Dios ha tenido en mí un ruin soldado y un lerdo discípulo.

XXIV

FILALETES.—Ya que nos dijo Santo Tomás su parecer en lo de la tentación, será bien acogernos al océano de Alexandre de Alés [1], el cual dice con Casiodoro que tentación es fingimiento o asemejamiento de bien para engañar; y conviene esta definición a cualquiera linaje de tentación provocativa para mal de parte del demonio. La razón de esto es por se ordenar toda tal tentación para llevar al hombre al pecado, y como ninguno escoja el mal en cuanto tal, cumple al demonio colorearlo con alguna especie o apariencia de bien; y se confirma por lo que dice la Glosa, que la tentación del demonio se ordena para engañar, lo cual se hace llevando a uno del bien al mal o del un mal a otro peor.

POLICRONIO.—Veis aquí la excusa de un mi capellán en algún tiempo para estar amancebado, por lo cual le despedí, que le hacía provecho quebrantar la castidad para unas rosas que le salían a la cara.

FILÓTIMO.—En renegar de Dios y matar al inocente no hay cosa que lleve apariencia de bien, y así muchos otros linajes de pecados; y con esto queda la definición dicha por falsa.

FILALETES.—Basta que el pecador o el tentado lo tenga por bueno (según yo creo que lo habemos platicado), pues es imposible moverse uno a cosa ninguna so especie de mal.

FILÓTIMO.—Yo veo que se dice que Dios nos tienta, y lo mismo, que el hombre tienta a otro hombre y que el demonio nos tienta; mas hay gran diferencia en estas tentaciones, porque Dios siempre nos tienta para nuestro bien, y el demonio siempre para nuestro mal, y el hombre, unas veces para mal y otras para bien, y que así no les conviene la definición que dió Casiodoro.

FILALETES.—La definición dicha compete solamente a la tentación para el mal, como ya dije; y no convienen aquellas tres maneras de tentación en lo que toca al fin

[6] S. THOM., 3 p., q. 41, a. 1.

[1] 2 p., q. 101, per totum.

por que se hacen, sino en el acto, que es experimentar al libre albedrío si se terná constante en lo bueno, lo cual también hace Dios, como el hombre y el demonio. Y para mayor declaración, digo que de parte del demonio se dice haber tentación, y que ésta encara contra el libre albedrío; y se dice haber consejo, y que éste combate a la inteligencia o razón; y se dice haber sugestión, y que ésta se encuentra con la voluntad; y como el libre albedrío incluya entendimiento y voluntad, tanto vale tentación como consejo y sugestión juntamente. El ángel bueno y el malo no pueden ser tentados de este linaje de tentación, porque el bueno está confirmado en el bien, y el malo, en el mal; y la tentación se ordena para probar o experimentar su constancia en el bien, cuanto más que el demonio no tiene bien que pueda perder; mas en el cielo, antes de ser confirmados, todos los ángeles fueron tentados con el mal ejemplo de Lucifer, que los provocó a pecar consigo (como trata Escoto) [2], y allí a unos destruyó la tentación y a otros fué ocasión de merecer ser confirmados en el bien; mas Lucifer no fué tentado de ninguno, si no fué de la libertad maliciosa de su voluntad, y no se habla aquí de tal manera de tentación. El demonio a ningún linaje de gente perdona, y tienta a los buenos por los hacer malos, y a los malos, por los hacer peores; y los malos, ellos se ofrecen al demonio para ser tentados, como gente que su gloria es hallar materia de pecar, mas el demonio busca a los buenos y se fatiga (como lo encarece San Pedro) [3] con rabia furiosa de león por hallar a quien tragar, y estima en más a uno de los buenos que de nuevo coge, que a muchos de los que ya poseía.

PÁNFILO.—¿Qué diremos de la tentación del Redentor, de cuya caída no había que poder tener esperanza?

FILALETES.—Diremos que, ciertamente, fué tentado del demonio, que no le conocía Dios, mas fué tentación que no le pasó del oído, ni le movió, ni hizo blandear. Dice San Gregorio que hay tres grados en la tentación del demonio: el toque exterior, y el halagar interior, y el concluir el consentimiento en el pecado; lo primero es sin pecado, lo segundo es venial y lo tercero es mortal, mas solamente tuvo Cristo lo primero; y el temor en la noche de su pasión fuéle naturalísimo de la sensualidad o de la porción inferior, y lo puramente natural no es por industria del demonio; y este tal temor se llama *propasión*, que es un súbito movimiento de la parte sensitiva que previene a todo acto de la razón, mas aquél no le vino al Redentor por arte

[2] II *Sent.*
[3] I Petr. 5, 8.

del demonio, sino que el mismo Jesucristo quiso dejar hacer a la flaqueza de la carne su oficio por merecer para nosotros.

PÁNFILO.—Según vuestra doctrina, no está muy seguramente dicho por San Cipriano [4] que el Redentor haya padecido la tentación del demonio en su fantasía por imaginaciones que el demonio le haya puesto.

FILALETES.—El sapientísimo Abulense [5] le rechaza en propios términos (allende que es contra todos los católicos aquella doctrina y escandalosa para quien bien entiende su malicia), y dice aquel insigne compatriota mío que como el Redentor haya sido tentado, y, ninguno pueda ser tentado entre sueños, pues no puede así merecer ni desmerecer, que el Redentor no padeció aquellas imaginaciones en su fantasía dormido, y mucho menos despierto. Terrible blasfemia me parece conceder al demonio poder de pintar la imaginativa del Redentor de las falsedades que él quisiese, porque, allende de otros inconvenientes, fuera alterarle sus especies recibidas por los sentidos, porque él no se las podía imprimir de nuevo sin apariencias corporales, y todo esto tiene resabio de decepción y engaño en la imaginativa del Redentor, que yo no concedería.

POLICRONIO.—Yo, con mi rudeza, no puedo imaginar que algún católico pueda soltarse a decir cosa tan repugnante a las excelencias que florecieron en el Redentor, cuyas potencias andaban llenas de Dios; y pues decís que entre sueños no podemos ser tentados, ¿por qué razón se dice de muchos lo contrario y la mujer de Pilato padeció entre sueños visiones muy penosas [6], de las cuales se concluye que se las representó el demonio?

XXV

FILALETES.—Sin duda, lleva mucha razón que los sueños o visiones de la mujer de Pilato (cuyo nombre dice Nicéforo [1] haber sido Procle) le hayan sido puestos entre sueños por el demonio, que procuraba estorbar la muerte del autor de la vida, barruntando ya quién era; mas es impiedad pensar que había de tener autoridad el demonio para hacer cosa semejante con Jesucristo, y no me habléis más en tal blasfemia. A lo que decís de que muchos dicen tentar el demonio entre sueños, mueve Alexandre la cuestión si los

[4] *Serm. de ieiunio et tent. Christi.*
[5] Quaest. 7 in c. 4 Matth.
[6] Matth. 27, 19.

[1] I *Hist. ecclesiasticae*, c. 30.

que duermen padezcan tentaciones, y dice que sí, conforme a lo que Job [2] dice de sí mesmo: que le espantara Dios entre sueños; y dice San Gregorio que Dios permite que tal se haga porque ni aun el tiempo del sueño se les pase a los buenos sin algún linaje de ejercicio meritorio. Mas dice Alexandre que todo lo que puede hacer el demonio para en lo que la fantasía, que es el sentido interior corporal, en el cual no cabe pecar ni merecer, sino en el libre albedrío, sobre el cual no puede hacer cosa ninguna el demonio, y así no puede pecar el hombre dormido. Mas no es en balde la ilusión del demonio en la fantasía, por el encendimiento de la parte sensitiva, que se inclina a lo que se le representa delectable; y así, en despertando, es muy fácil cosa entre los no muy perfectos consentir en ello, y entonces se comete el pecado; y por estas ganancias de los despiertos les siembra el demonio aquellas semillas estando dormidos. De lo dicho debéis concluir que la tentación de los dormidos es más peligrosa, por falta de la resistencia cuando despiertan, rendida la sensualidad; mas en los despiertos y puestos en toda razón es más peligrosa, por el mayor daño que se les sigue inmediatamente, dando consentimiento al mal que pudieran rechazar.

PÁNFILO.—¿Cuáles tentaciones son más graves de vencer, las que padecemos los que vivimos en nuestras vidas seglares o los religiosos que viven encerrados en sus Religiones?

FILALETES.—Con la figura que nos propone la Escritura, si bien se aplica, quedaréis satisfecho; y para esto, reconoced cuatro estados de los religiosos, el primero de los cuales es empezar a se apartar de los pecados en que han vivido, y entonces se sienten ordinariamente grandes trabajos, porque mudar costumbre es a par de muerte y porque el demonio se deshace de coraje viendo que se le escapen los que había tenido por los suyos; y por eso arma contra ellos cuantas tentaciones puede y los mete en mil temores y a muchos tiene acobardados del miedo de la dificultad de la virtud. Doctrina común es ésta, y San Gregorio [3] pinta muy al vivo la gran tristeza y desconsolación que carga sobre los que se quieren desenredar de sus malas viviendas y entrar a vivir con Dios con libertad espiritual; porque la sensualidad rehusa el mucho trabajo que se le representa en la vida, que no ha de hacer sino lo que otro quisiere. Veis la figura de la salida de los hijos del Israel de Egipto [4], que, en comenzando Moisés a bullir lo de su libertad, Faraón, figura del demonio, como Egipto es

[2] Iob 7, 14.
[3] XXIV *Moral.*
[4] Ex, 5, 1 ss.

figura de la vivienda mundana, les redobló los trabajos, privándolos de la paja que les solía dar para le hacer adobes y forzándolos a le dar la misma tarea cada día; y ellos se arrepintieron de haber dado orejas a Moisés para quererse poner en libertad, y holgaban de permanecer en aquella servidumbre, que corresponde a los empeoramientos en que vimos caer al hijo pródigo. El demonio siempre ceba con pecados a los que tiene por suyos, mas redóblales las ocasiones de pecar y les pone mil temores de la vida virtuosa en viéndolos quererle dejar y tornarse a Dios. Mas notad que al fin, aunque pesó a Faraón, se le escaparon los hebreos, dejándole hostigado con grandes azotes por la mano de Dios; y que él arrancó tras ellos con toda su potencia, braveando que no le había de quedar hombre con la vida; y ellos, arrepentidos de haberle dejado, holgaran de se le dar por perpetuos esclavos, si no fueron cuáles o cuáles; mas con el esfuerzo que les puso Moisés y con las maravillas que hizo con la vara, los metió por el mar a pie seco, y en el mesmo lugar ahogó a Faraón con cuantos con él fueron. Ansí acontece a los que dejan el pecar por consejo de Moisés, que es el predicador y confesor, enviados por Dios con la vara de la palabra de Dios y de los sacramentos; o es el mesmo Redentor, con la vara de su cruz, muerte y pasión, el cual, predicando primero, saca las almas de lo malo y las va llevando al estado de la perfición, figurado por el desierto; mas porque el Faraón del demonio con gran furia y potencia procura de tener consigo a los penitentes, Jesucristo mete por el mar bermejo de su pasión a los que no le desamparan y con la virtud de su vara maravillosa, que es su cruz, en que se significan sus merecimientos, abre camino de salvamiento a los hebreos y verdaderos pasantes del estado y de la culpa al de la perfición, y en el mismo acto queda el demonio ahogado con sus valedores, cuanto a quedar privado del señorío que solía tener sobre los que ya van en salvo. Ya que el pueblo escogido entró en el destierro, comenzó a sentir falta de los mantenimientos terrenales, mas Dios se los recompensó con el *man* del cielo, y a los que porfiaron por carnes dió codornices, mas a éstos castigó con muerte de muchos.

Ansí acontece a los que se meten en el desierto de la Religión, que sienten trabajo con dejar las hartazgas del mundo, mas si se esfuerzan contra su mala costumbre de glotones, Dios les envía manjar con que pasen la vida, que son las hierbas y legumbres manjar ordinario de los monjes que vivieron debidamente, con los cuales se sustenta la naturaleza para no morir de hambre, que es lo que se debe pretender del comer; mas a los que no se contentan con el *man* de este manjar fácil y religioso y quieren andar har-

tos de carnes y darse a los regalos y guisados que dejaron en el mundo, cuanto más si no los dejaron en el mundo y los procuran en la Religión (como algunas veces acontece a los desalmados), a éstos mata Dios, y señaladamente a los prelados, como a corrompedores de la vivienda religiosa, privativamente, no los conservando en gracia en este mundo, y positivamente, atormentándolos en el infierno.

XXVI

Policronio.—¿Oís (señores) cuán al natural se nos pinta la vivienda seglar, en Egipto, y la religiosa, en el desierto, y ambas con sus conveniencias y inconvenientes?

Pánfilo.—Adelante (señor maestro), que va maravillosa la muestra de las tentaciones.

Filaletes.—Ya que Dios quiso meter al su pueblo en la tierra prometida, no le quiso ver afrentado con los grandes batalladores y gigantes que moraban la tierra de Hebrón en la frontera, sino llevóle rodeando hasta la parte de menos peligro; en lo cual se nos propone cómo excusa Dios las tentaciones a sus siervos y les comunica la suavidad de la vida contemplativa, con que se reficionen contra otras batallas de tentaciones y se aficionen a los regalos de la gloria; y ansí lo deben hacer los religiosos, dándose a la oración, porque no merece nombre de vida monástica la que carece de oración mental; y los religiosos que no se dan a la oración andan siempre metidos en muchas guerras de varios deseos, que los turban y a veces hacen dejar sus Religiones. Otro tercero estado de religiosos se significa en las guerras que tovieron los hebreos con las naciones descomulgadas de la tierra de Canaán primero que llegasen a poseer aquella tierra, en lo cual dice San Gregorio que se significan las tentaciones que el demonio mueve a los que se dan a la tentación, y lo permite Dios para ejercicio y aviso de sus siervos, porque no vayan descuidados por el desierto de la penitencia y sean salteados y muertos sin lo echar cuasi de ver, como aconteció al caminante que cuenta el Redentor haber caído en manos de ladrones en el desierto, que algunos llaman *Dormín*, y fué de ellos robado y dejado mal herido [1]. El cuarto estado de los religiosos se figura en el pueblo hebreo del tiempo de Salomón, cuando ya poseían la tierra en toda paz y muy llenos de riquezas y de honras; y así los religiosos llegan a la quietud espiritual, ganada por sus diligencias y ayudados por la gracia de Dios, y no hacen caso

[1] Luc. 10, 31.

de las tentaciones, por estar tan señores de sus pasiones, que ninguna tentación ni los mueve ni altera; porque como Dios concedió paz universal a Salomón, ansí a los que procuran la paz entera espiritual hace Dios merced de que, si fueren tentados, no los mellen las tentaciones. No dudéis sino que son más recios los combates del demonio contra los religiosos que contra los seglares; mas hay menos cosas con qué enredar a los religiosos que a los seglares, porque el religioso tiene toda su honra en huir de las cosas de la honra mundana y con guardar sus votos goza de honra y de riquezas, sin tener honra ni riquezas, porque la Iglesia canta que el servir a Dios es reinar.

FILÓTIMO.—¿A qué personas tienta más el demonio, a las perfectas o a las imperfectas?

FILALETES.—¿Cuál cura estimaréis vos en más, la de la peligrosa enfermedad o la de la enfermedad que no tiene peligro?

FILÓTIMO.—La dificultad hace que la obra sea de estima, como el vencer a un valiente es más honroso que vencer al de poco aliento y fuerzas.

FILALETES.—También estima el demonio en más vencer al hombre perfecto que al imperfecto, y pone para ello más calor y diligencia; y ansí digo que es mayor contra los buenos la tentación de parte del demonio, mas de parte de los tentados es mayor en los imperfectos, por el mayor efecto que hace en ellos, venciéndolos más veces que a los perfectos; y, semejantemente, digo que tienta más fuertemente a los que le resisten que a los que se le dan obedientes, aunque a éstos tienta de más cosas; y también tienta a los creyentes con más furia que a los infieles, aunque a éstos enreda en más iniquidades.

PÁNFILO.—¿Qué aventura ganar el demonio por traer a los hombres a tanto mal?

FILALETES.—Mayor pena accidental para sí y hacer a Dios aquel deservicio por se vengar de la pena en que le tiene y por hacer que el hombre no goce del bien que él perdió; a todo lo cual le mueve por el pecado de envidia (como dice la Sabiduría) [2], tanto es de mala cosa y contra natura la malicia de aquel pecado. Permite Dios ser los hombres agora tentados y permitió serlo Adán (dice San Agustín) [3] por el provecho que de ello resulta, que es ejercitar el hombre su libre albedrío y merecer la gloria por su virtud, porque más glorioso es que venza el tentado que el no poder ser tentado.

---

[2] Sap. 2, 24.
[3] II *Super Gen.*, c. 6.

XXVII

POLICRONIO.—¿Qué modo tiene el demonio para nos tentar, pues no le sentimos cuando nos tienta?

FILALETES.—El mismo que vos cuando queréis inducir a alguno para que haga lo que vos queréis, que le ponéis delante alguna cosa que a él dé honra o provecho o algún contento, y aquí se acaba; de la mesma manera, dice San Agustín [1] que se aprovecha el demonio de las cosas que nos entran por los sentidos, y nos las propone so color de algún bien o contento; mas no para en el gusto que naturalmente puede recebir el hombre en ellas, porque lo natural no es culpable, sino que nos enciende con sus secretas maneras de provocar a que excedamos de lo que es de razón en el uso de las tales cosas; y cuanto uno más se inclina a una cosa, tanto más le tienta con ella, y tanto más presto se vence el hombre con ella.

PÁNFILO.—El evangelista San Juan [2] dice que entró el diablo en el corazón de Judas para le tentar de que vendiese y entregase a nuestro Redentor; y en los Actos [3], dice San Pedro que Satanás entró en el corazón de Ananías y de Safira para mentir a la pregunta que les hizo él mismo; y esto no se hace mediantes los sentidos ni cosas corporales.

FILALETES.—No me da más que les presente a los ojos y a los otros sentidos las cosas que se las proponga en la fantasía, para les mover el apetito a las desear y la voluntud a las querer y procurar; y por estos efectos que hace se dice entrar al alma, significada por el corazón, porque los sentidos envían sus noticias a la fantasía, donde se pintan, y allí las contempla el entendimiento o de allí las saca y entiende, y luego las abraza o rechaza la voluntad, y de esta manera se procede para que lo que el demonio nos aconseja se diga que nos lo pone en el corazón o en la voluntad. Y si puede tentarnos por medio de todos los sentidos, las tentaciones por el gusto y por el tracto, a los cuales responden la gula y la lujuria, son más fuertes y peores de resistir, como las de los ojos son más diferentes, por las muchas más cosas que nos entran por ellos, como lo ponderó Aristóteles [4].

FILÓTIMO.—¿Qué cosa es la tentación de la carne, pues

---

[1] *Lib. 83 quaest.*
[2] Ioan. 13, 27.
[3] Act. 5, 5.
[4] I *De Anima.*

la carne es cosa incapaz de bien y de mal para lo del vicio y de la virtud?

FILALETES.—Dice San Pablo que la carne tiene sus codicias contra el espíritu, y el espíritu, contra la carne [5], donde por el nombre de carne no se entiende sólo el cuerpo, sino el cuerpo con sus sentidos, y en virtud del sentir puede desear y ser inclinado al mal; y así lo entiende San Agustín [6] en los libros *De la Trinidad* y en otros diversos; y por la coligancia que tiene el alma con él se le pegan sus afectos, y si no resiste con la libertad del libre albedrío, se verá en grande necesidad y peligro, o caída del todo. La razón es: la que es tentada ansí, según la porción inferior, como según la superior, y todo ha de consentir, porque la inferior, que procede conforme a las reglas o leyes humanas, no concluye por sí bien ni mal, y la superior, que procede conforme a la ley divina y eterna, es la que da ser bueno o malo a las obras; y aquella potencia debe ser combatida que cumple al combatiente que quede vencida, y ésta es la porción superior de la razón. Y lo que se dice poner el diablo malos pensamientos en el corazón o en el alma del hombre, no se debe entender que él forme los tales pensamientos y los pegue en el alma, porque lo tal no lo pueden hacer todos los ángeles y demonios, sino que dispone las especies en la fantasía, no imprimiéndolas de nuevo sin muestras corporales, sino trabucándolas en cuanto están en sujeto corporal, cual parece ser el celebro; y vienen a significar lo que él quiere, y el que debe, como gran filósofo, hacer otras diligencias incentivas que ayudan a derrocar al hombre de su rectitud. Concluye Alexandre de Alés [7] que las incendajas de estos ardores tentativos o provocativos de pecar se allegan de las cosas sensibles, que tienen aparencia de delectables, y lo mismo de las aparencias delectables que están en las cosas inteligibles. Procédese en este negocio de las cosas percebidas por los sentidos, cuyas especies se traspasan hasta el entendimiento; y de las cosas inteligibles se procede por manera oculta, mas bien sabida de los demonios, para despertar a nuestro entendimiento, inspirando en nuestras almas la ponzoña secreta de su malicia (como dice San Agustín), sino que excede a nuestro entendimiento cómo esto se haga. Esto es de Alexandre. Pues como se diga en la Escritura que no hay poder sobre la tierra que se pueda oponer al del demonio [8], y los hombres no deban descuidar de sí, están obligados a buscar favor competen-

[5] Gal. 5, 17.
[6] XII *De Trin.*
[7] 2 p., q. 101, in fine memb. 7.
[8] Iob 41, 1 ss.

te contra sus tentaciones; y uno de los remedios para esto señala San Gregorio [9] la humildad, como, por el contrario, la soberbia derrueca muy ordinariamente al hombre confiado de sí, contra el ejemplo de San Pablo, que oró contra el estímulo de su carne. La segunda cosa que favorece al tentado contra la tentación es la oración, por cuyo medio los hombres hablan con Dios, y Cayetano [10] la pone sobre todas las causas segundas del mundo, por su potencia impetrativa; y la tercera dice el mismo San Gregorio que es la continua solicitud y vela que el hombre debe tener sobre sí, para que no le halle el demonio descuidado, ni menos confiado. No hay que dudar de que siempre deseen los demonios hacer mal al linaje humano, mas ni por eso habemos de decir que siempre ejerciten el tentar; lo uno, porque no se lo permite Dios, y lo otro, porque se recatan de ser vencidos del que tentaren, y lo tercero, porque quieren hacerse olvidadizos de alguno, para dar sobre él cuando estuviere más descuidado y derrocarle primero que él se sienta tentar.

XXVIII

POLICRONIO.—Yo, ya que no tengo de qué temer ser tentado, poco me puedo aprovechar de esta doctrina tentativa, porque no hay de qué temer de ochenta veranos pasados; mas vosotros, que tenéis edad competente, debéis encomendarla mucho a la memoria para os saber guardar de las acechanzas del enemigo maligno.

FILÓTIMO.—Para mí tengo que tuvo poco trabajo el diablo con vos para os tentar, por me parecer que vos os comediríades a cualquier buen servicio antes que él os lo mandase; y aun agora os hierve la irascible de cuando en cuando sin que os soplen, ya que la concupiscible se os haya helado con los muchos inviernos.

PÁNFILO.—Job [1] absolutamente pregona toda la vida del hombre por una tentación continuada, sin sacar alguna edad ni estado de esta red; por tanto, ni por ser inhábil para un pecado, se tenga ninguno por inhábil para otro, y aun muchos no por ser inhábiles para le poner en obra dejan de tener sus deseos bien encendidos, y más si tienen de atrás al tal pecado en costumbre.

FILALETES.—Razón será que concluyamos con nuestra oración del *Pater noster*, cuya séptima petición dice *libra-*

[9] IX *Moral.*
[10] *Orat. de vi cultus divini.*

[1] Iob 7, 1.

nos, Señor, de mal. Amén; y si en la petición precedente se contiene que Dios no nos permitiese caer en el mal, en ésta se le pide que positivamente nos libre de él; y no pide sobre algún mal en particular, sino genéricamente y en común de todo mal, aunque San Crisóstomo lo reduce al demonio, autor de todo mal, cuyos ministros son todos los que a otros hacen mal. *Si el Señor no guardare la ciudad,* muy bien dijo David que *en balde se fatiga el que vela por la guardar* [2]; y como Dios tuviese puestos sus ojos en Abraham, le dijo que él era su guardador y su muy gran galardón [3]. Por el pecado quedamos todos debilitados en la claridad del entendimiento con errores y con malas aficiones en la voluntad; y por lo primero, no siempre sabe el hombre lo que le cumple, y por lo segundo, no siempre que lo sabe lo quiere, por le rendir las malas codicias, y por esto se pide a Dios que como quien todo lo sabe y todo lo puede, que así lo quiera, guardándonos y conservándonos de su mano, porque no nos enreden los demonios en los males a que nos procuran traer con sus tentaciones. Y si por esta petición oramos por ser libres de todo mal, principalmente lo habemos por las culpas de nuestros pecados, que son los mayores males en que podemos incurrir; y como después del mal de culpa suceda el mal de pena, también suplica la Iglesia a Dios que libre a sus hijos de ella. Aquí debemos considerar con cordura que, si la Iglesia ruega por ver libres a sus hijos de la pena preferente, que no por eso pide que se cumpla luego del todo; lo uno, por ser petición indigna de ser oída, supuesto que la vida del hombre tiene diversas sentencias [4] de Dios que se pase con trabajos, y esta sentencia estriba en recta justicia, y así Dios no hará contra ella. También de nuestra parte no debe ser tal puesto en demanda, porque no nos cumple, por el provecho que de estas temporales penalidades nos viene, haciéndonos aborrecer la vivienda de este mundo y desear la del otro y humillándonos para con todos, pues nos vemos sujetos a tantas miserias; y así son figuradas en las gentes paganas, que Dios dejó en la tierra de promisión revueltas [5] con los hebreos para que los guerreasen y hiciesen vivir advertidos que habían menester a Dios, y que si bien no le sirviesen, no hallarían favor en él.

Dice la Glosa [6] que por estas palabras se pide a Dios revelación de todo mal en este mundo, no total-

[2] Ps. 126, 1.
[3] Gen. 15, 1 s.
[4] Iob 14, 1 s.
[5] Iud. 3, 1 s.
[6] *Glos. Matth. 6.*

mente por agora, sino en parte; y que del todo sea en el otro siglo. Por cinco causas son los hombres fatigados con las penalidades de esta vida: o por acrecentamiento de merecimientos, como aconteció a Job, o por conservar la humildad, como aconteció a San Pablo, o por corrección de algún pecado, como aconteció a María la hermana de Moisés y al paralítico que curó nuestro Redentor, o para gloria de Dios, como fué en el que nació ciego y le curó el Redentor, o para principio de la condenación eterna, como aconteció al rey Herodes, que murió podrido en gusanos. Concluyamos que por esta oración pedimos en general todo cuanto habemos menester para en este mundo y para en el otro; y que pidiendo ser libres de los males explicados en ella, pedimos, consiguientemente, los bienes contrarios de ellos para en este mundo y de ellos para el otro; y si otros muchos bienes se piden en otras oraciones más en particular, todos se encierran en los aquí tocados en común, y con esto ninguno busque otra mejor ni más entera ni mejor ordenada oración que ésta.

POLICRONIO.—Yo digo que la oración del *Pater noster* queda como cumple para que nos sepamos aprovechar de aquí adelante mejor de ella que hasta aquí; y torno a decir que la tengo de rezar muchas veces, pues a los viudos se debe más el orar que a los casados.

FILALETES.—Siempre suena bien la palabra de Dios en la boca, y hasta los pájaros parloncillos nos alegran cuando pronuncian los nombres santos; porque como Dios lo cría y lo sustenta todo, de todo debe ser alabado; y pues el día se va por donde suele y yo tengo que pagar las divinales alabanzas, podréis hacer tiempo y darme tiempo.

POLICRONIO.—Muy con razón lo mandáis, y por ahora nos iremos, mas lo del estado de los viudos no quiero que cese hasta que me platiquéis todo lo que os pareciere deberse a tal vivienda.

FILÓTIMO.—Más que milagro sería si con los sermones del señor maestro concibiésedes tal espíritu, que siguiésedes tras el ejemplo de la madre del señor Pánfilo. Yo creo que se ocuparía nuestra ciudad tanto en hablar en ello como el verano pasado en tratar de la rota de los portugueses en Africa.

POLICRONIO.—Podréos decir, con el otro santo portugués, que cuando tal de mí oyésedes, terníades razón de alabar conmigo a Dios; y por ahora vámonos con bien, y mañana seamos todos aquí, y el señor maestro se provea bien para nos desenvolver lo del estado de mi vivir, no digo del que es, sino del que debría ser.

PÁNFILO.—Señor maestro, pues no me ha quedado quien me gobierne sino vos, en ausencia con vuestras oraciones.

como en presencia con vuestros sermones, me podréis favorecer con Dios para que yo sepa regir mi casa, que siempre será vuestra.

FILALETES.—Hablad con Dios a menudo, poniendo en él vuestras esperanzas, y acompañaos con buenos, y servíos de bien acostumbrados, y haced limosnas, y no temáis con esto mal fin, pues Dios no desampara a los que se le dan aficionados; frecuentad la oración del *Pater noster*, con que más convidéis a la misericordia divina en vuestro favor, pues tantas cosas habéis oído de ella que os podrán ser provechosas.

PÁNFILO.—Son tantas, que ni la décima parte se me podrán acordar.

FILALETES.—A buen tiempo me ocurre a mí una anacefalcosis o recapitulación abreviada del otro sabio llamado Tértulo [7], y la podréis leer con el tratado que Pedro, obispo laodicense, y Germano, patriarca de Constantinopla, compusieron como por tarazones sobre la oración del *Pater*, porque todo anda impreso junto. Dice Tértulo que cuanto pregonaron los profetas, y los apóstoles, y los evangelistas, y cuantos sermones, parábolas, ejemplos y preceptos, y cuanto servir debemos a Dios, y cuanta honra debemos al Padre, y fe y testimonio en su nombre, y cuanto amor en la voluntad, y toda conmemoración de esperanza para el reino, y toda demanda de viático en el pan, y toda confesión de las deudas en que le somos, y toda la solicitud en que nos ponen las tentaciones, y todas nuestras plegarias que podemos enviar a Dios suplicándole que nos libre de todo mal, en las pocas palabras del *Pater noster* se incluyen. ¿Y qué maravilla, pues Dios sólo nos pudo enseñar cómo quiere ser rogado de nosotros? De él, pues, fué ordenado el acto religioso de la oración, y de su boca salió desde entonces con vida vivificativa, y con particular privilegio y suyo propio sube al cielo, encomendando al Padre lo que el Hijo dejó enseñado. Esto dijo así Tértulo, y en ello veis un sumario de lo que más difusamente dejábamos platicado.

POLICRONIO.—Si os atravesásemos otra palabrilla, no creo que os faltaría nueva doctrina con que la saborear.

FILALETES.—Como sean dones de Dios el bien hablar y el bien obrar, a él sea dada la honra y la gloria de todo y por todo. Amén.

---

[7] *De oratione.*

FRAY JUAN DE LOS ANGELES

MANUAL DE VIDA PERFECTA

(SEGUNDA PARTE DE LA "CONQUISTA")

TRIVMPHOS DEL AMOR DE DIOS, OBRA PROuechosissima para toda suerte de personas, particularmente, para las que por medio de la contemplacion dessean vnirse a Dios.

Compuesto por el padre fray Iuan de los Angeles, Predicador de la prouincia de Sant Ioseph de los descalços.

Dirigido a Andres de Alua Secretario del Rey nuestro señor, y del su consejo de Guerra.



CON PRIVILEGIO.

En Medina del Campo por Francisco del Canto. M. D. X C.

INTRODUCCION

FRAY JUAN DE LOS ANGELES

(1536-1609)

1. En la ciencia mística española, fray Luis de León significa el saber teológico; San Juan de la Cruz, la psicología sobrenatural; Santa Teresa, la experiencia plena de los misterios que Dios obra en las almas de generoso espíritu, y fray Juan de los Angeles, la filosofía de amor, la suma y compendio de sus predecesores, la clave del arco místico español, la piña en que se apiña la sabiduría mística. Y no es que fray Juan de los Angeles sea superior a sus egregios antecesores, sino que, siendo también grande, en él confluyen las perfecciones de ellos, constituyéndole punto de convergencia y cumbre altísima, menos original por necesidad, pero más amplio y completo, porque se levanta sobre las cúspides que reconoce, discierne y aprovecha. Fray Juan de los Angeles es la culminación de siglos espirituales.

Fray Juan de San Antonio, en su *Bibliotheca Franciscana*, llámale *vir moribus ac litteris clarus*, y lo fué de verdad. Sus obras son una efusión mental y cordial de lo más profundo, espiritual y bello que pluma humana haya escrito.

Son sus libros un espejo clarísimo de su alma, de sus afectos, de sus aspiraciones, de sus anhelos y de su vida interior, tan angélica como su nombre. Véase un ejemplo significativo de sus secretos íntimos que nos refleja la superioridad y nobleza espiritual de su pecho: «Testigo es mi Señor Dios—escribe—que ningún otro sentimiento tengo de mí que el que pudo tener el ladrón que se salvó, el cual no tuvo obra ninguna buena a que volver los ojos sino a sola la misericordia de aquel que tan miserablemente vía padecer en un palo, por librar de la miseria eterna a los míseros

pecadores»[1]. De tan elevada calidad espiritual es su sentir. Luego insistiremos sobre este punto.

Estudiemos al escritor. Sus libros son de una calidad y perfección apenas superables. Menéndez y Pelayo, enjuiciando el *Tratado de la hermosura de Dios por las infinitas perfecciones del ser divino*, que brotó de la pluma del P. Nieremberg, S. I., escribió: «Con ver la fecha de este libro [1641] y el nombre de su autor, claro se entenderá que no es obra de gusto *tan intachable* como los diálogos de la *Conquista*, o los *Triunfos del amor divino*, o los *Nombres de Cristo*»[2]. La *Conquista*, los *Triunfos*, dos obras estéticamente *intachables*, como los *Nombres de Cristo*, de fray Luis de León; las dos, hijas de la mente y del corazón de fray Juan de los Angeles. Siendo obras de calidad tan excelsa, había de ser «admirable prosista»[3] y había de enamorar «con su íntima dulzura»[4]. Los antiguos percibieron gozosa y claramente la gracia y el poderío de su estilo por la música sonora y callada que contiene dentro de sí. La música de Orfeo, díjole uno, suspendía las furias infernales con su hechizo; pero aquello «fué todo sombra de tu dulce pluma»[5]. Si se quiere otro más moderno, sea uno que dice: «Los *Triunfos del amor de Dios* y la *Conquista espiritual del reino divino* destilan suavidad y dulzura y brillan por la sublimidad de la enseñanza, la apacibilidad del estilo, la viveza de la imaginación y la ternura de los afectos»[6].

La razón de tan vivificante estilo, tan henchido de gracia, de luz, de gozo inefable y de atractivos irresistibles, encontrámosla en aquello que dijo Cervantes, cumplido en fray Juan plena y eficazmente: «La pluma es lengua del alma; cuales fueren los conceptos que en ella se engendraron, tales serán sus escritos»[7]. Y como en el pecho de fray Juan se fraguaban conceptos puros, nobles, elevados, encendidos, amables, alegres y saturados de amor, así fueron sus escritos, cuya vitalidad y gracia es inextinguible. «Buscamos siempre en la obra de arte un estado de alma»[8], y el estado de alma del P. Angeles, vivo, sobrenaturaliza-

---

[1] *Conquista del Reino de Dios*, diál. 4.

[2] *Ideas estéticas*, t. II, c. 7.

[3] Menéndez Pelayo, *Ensayos de crítica filosófica: De las vicisitudes de la filosofía platónica en España*, p. 121 (Madrid 1892).

[4] *Ideas estéticas*, t. II, c. 7.

[5] Pedro de Montaña (fray), soneto en *Consideraciones*, del P. Angeles, p. 6.

[6] Santiago Guallar, discurso en *Crónica Oficial de la Semana y Congreso Ascéticos de Valladolid*, pp. 428-29 (Valladolid 1925).

[7] *Don Quijote*, p. 1.ª, c. 16.

[8] Ventura García Calderón, *Páginas escogidas; Sobre «El Buscón»*, p. 423 (Madrid 1947).

do, se trasfundió al papel, donde ha quedado prendido como una voz admirable en un disco fonográfico.

La sinceridad estilística se gana la mente y el corazón de todos los lectores, sabios y humildes. La clave de su estilo nos la da el propio fray Juan, cuando, sin pretenderlo, nos dice: «Ya veo que son atrevimientos éstos [declarar que desinteresadamente ama al rey]; pero vuestra majestad [Felipe III] los habrá de perdonar, porque *la pluma escribe lo que el corazón le dicta, y el corazón dicta lo que el amor le enseña y ordena*» [9].

Sentir lo que se escribe es fundamental en el escritor, si los escritos han de tener vida y no han de ser letra muerta, como si fueran reproducción hecha por una máquina. Dícenoslo el P. Angeles, cumplidor de tan estética enseñanza: «Todos mis trabajos serán sin fruto—escribió—si el corazón no siente lo que la lengua dice, aunque sea de ángel» [10]. De la superabundancia cordial escribía y hablaba; de ahí que sus obras sean espíritu, perfumes, devoción, llamas; y lo que tienen comunícanlo al lector, que se goza con tantos bienes juntos y gratuitos que se le ofrendan. Al fin, son obras que le nacieron a una «seráfica alma» [11]. Conforme a esto, el P. Juan de Olmedo, de la Compañía ínclita de Jesús, en su *Aprobación* de la *Presencia de Dios*, escribió: «He reconocido en el libro el gran espíritu del autor (porque *todo él huele a espíritu y devoción, y le pega a quien lo lee*), junto con muy buena doctrina y enseñanza de santos».

A un alma tan henchida de Dios, tan poética y tan efusivamente cordial había de serle cárcel la corte, y el Madrid de su tiempo, pequeño, si con el actual se le compara. Anhelaba el sol, la campiña, los horizontes despejados, las flores, los pájaros, la vitalidad de la Naturaleza. Nos consta que así era. En el *Manual de vida perfecta*, el Discípulo dice al Maestro: «¿Qué te has hecho estos días, maestro mío, que no te he podido dar un alcance?» Y contéstale: «Retiréme a una casa de monte para vacar a Dios sin los estorbos y distraimientos de la corte.—*Discípulo:* No sé cómo algunos pueden vivir en ella» [12].

No quiere inspiración profana, aunque sea de Júpiter, sino la de Jesús, «Dios verdadero y hombre verdadero: [...] la de quien las lenguas de los niños hace discretas y elocuentes. El me acompañe—dijo—, él me alumbre y él sea lámpara o hacha encendidísima de mi ingenio» [13]. Luego

---

[9] *Vergel espiritual* [dedicatoria].
[10] *Lucha*, proem.
[11] ANGEL DE BADAJOZ (fray), en los *Triunfos*, diál. 4, I.
[12] *Diál.* 4, I.
[13] *Vergel espiritual*, l. I, c. 1, I.

acude al hórreo común donde tan buenos granos se acumulan y a todos se ofrecen: a la filosofía y a los santos, voceros de Dios e intérpretes auténticos de su palabra revelada, por ser sus almas templo de la sabiduría: «*Maestro:* Mucho quisiera excusar el responderte a eso, [...]. Pero ¿contentarte has con que te diga lo que supiere, que será lo que los santos dicen y la filosofía nos enseña?—*Discípulo:* No se te puede pedir otra cosa» [14].

Si no docto, aparece claro que era entendido en la lengua hebrea. En los pasajes que transcribimos aparece claro, así como su preocupación por ahondar en el sentido filológico y verdadero de las palabras obscuras o dificultosas. No tenía a menos preguntar a quienes sabían más, para más afianzar su saber. Escribió: «Muchos de los griegos y latinos no conceden que sean versos los de los *Cantares,* por no tener tiempos ni sílabas medidas como los de Virgilio, Horacio y Homero; y es porque no advierten que el metro hebraico no tiene más que consonancias y número de sílabas» [15]. El otro texto: «Consultada la lengua hebrea y hombres doctísimos en ella, especialmente un gran prelado de la Iglesia con quien yo traté y comuniqué diversos lugares de Escritura, grande griego y hebreo consumadísimo» [16]. Consultaba también, como hombre ansioso de conocer la verdad y de acrecentarla en sí mismo, a «religiosos doctos y espirituales» [17].

Como escritor, quiere recoger la miel de los panales ajenos, sin pretender originalidad, y la tiene grande por temperamento y por saber. Lo dice siempre que se le presenta oportunidad: «Mi intención es en este tratado [*Vergel espiritual*] recoger en uno cuanto de consideración hallare, así en las santas Escrituras como en los doctores de la Iglesia y particulares personas, notables en el ejercicio y meditaciones de la sagrada pasión, *hombres y mujeres, canonizados y por canonizar,* de cuyas vidas se tenga gran satisfacción y edificación en la Iglesia católica» [18].

Siendo el escritor ascético y místico que mayor número de autores cristianos y paganos maneja y cita expresamente, se ha tejido una leyenda negra en torno suyo, en el sentido de que se aprovecha *escandalosamente* de lo ajeno. La verdad es lo contrario; según él declara y confiesa, nada le pertenece. Con esto queda libre; vengan los eru-

[14] *Conquista,* diál. 1, IV.
[15] *Consideraciones sobre los Cantares,* praelud. IV, p. 25. en NBAE.
[16] Ibid., c. 1, lect. 6, art. 1, pp. 202-303. Aquí se omite el nombre del prelado, pero no en la edición primera, donde al margen se lee: D. Francisco Lanus, p. 322 (Madrid 1607).
[17] *Lucha,* pról.
[18] *Vergel espiritual,* pról.

ditos y curiosos a discernir. Pero lo cierto es que cita hasta con exageración, como si quisiera envolver su personalidad a fuerza de citas, muchas innecesarias, y que muy bien hubiera podido callarse, apropiándose la doctrina o la expresión literaria. Hay ejemplos a granel. Traigamos siquiera un par: «*Oí decir a un santo religioso* que la humildad y la pureza eran virtudes voladoras, y tan necesarias para subir por la contemplación a Dios, que tenía por imposible sin ellas levantarse del suelo un solo dedo» [19]. Va el otro: «*Y dijo muy bien un hombre discreto* que ausencia era un mal importunísimo, a quien está anejo el mudarse los hombres, aunque más se quieran» [20]. En ambos casos, como en otros muchos, hubiera podido muy bien hurtar, seguro de no ser despojado; pero tal villanía no tenía cabida en pecho tan noble y generoso.

El pretexto se ha tomado de tres casos: el de Osuna, el de Raimundo Sabunde y el de San Juan de la Cruz. No podemos entretenernos; precisamente la copia larga y literal indica ausencia de malicia: no se hurta en plena luz cuando se puede hurtar en plenitud de tinieblas. Habíale citado poco antes, nombrándole; pudo, por tanto, ser descuido suyo o descuido del impresor, máxime no siendo conocidas las comillas ni yendo las notas numeradas. Sabemos por experiencia lo que pasa aun en nuestros días, por más precauciones y técnicas que se tengan y aprovechen. Otro tanto digo respecto a Sabunde, a quien copia sin citarle en los *Triunfos*, por omisión sin duda, pues en la *Conquista* le cita más de lo necesario, pues reduce la doctrina y enumera los lugares. La cita es así: *Theología naturalis*, tit. 122, 123 y 124 [21]. En cuanto a San Juan de la Cruz, es gloria suya ser el primero entre los no carmelitas que le estudia, le da categoría, cítale y le señala con el dedo para que, sin comprometerse ni comprometer, se aprovechen sus doctrinas y sea glorificado, a pesar de obstáculos y dificultades. Ya sé que, con escándalo de pequeñuelos, se ha escrito lo contrario, pero la verdad ante todo, máxime cuando el error ha redundado en perjuicio de varón tan preclaro. Se ha dicho que fray Juan de los Angeles «no cita nunca a San Juan de la Cruz, pero le copia literalmente» [22]. Así se hace; las copias, que sean literales y no contrahechas, para que se desconozcan, como hacen otros. Pero veamos que le cita y cómo le cita: En el ladillo escribe: «Cauterio suave y llaga regala-

---

[19] *Conquista*, diál. 3, IV.
[20] *Consideraciones*, lect. 4, art. 2, p. 163.
[21] *Conquista*, diál. 9, II, p. 131.
[22] CRISÓGONO DE JESÚS SACRAMENTADO, *San Juan de la Cruz: su obra científica*, c. 10, pp. 33-34, t. II (Toledo 1912).

da», y en el texto: «*Dixo muy bien un religioso espiritual y de alta contemplación* que este obrar del amado se avía de llamar *cauterio suave y llaga regalada*» [...] [23]. De igual modo, y con elogios similares, cítale más de una vez en el *Manual de vida perfecta*, diálogo 5, I y II, donde en nota exponemos el caso con regular amplitud. Las palabras con que le designa son: «De aquí vino a decir *un gran contemplativo*»; y en otro lugar: «Mostráis os (dice *un santo religioso)*». Más clara e intencionadamente copió Cervantes a Fernando de Herrera, entendiendo no que le hurtaba algo, sino que le recordaba y ensalzaba.

Más vale así, que resplandezca la verdad y que cada cual se quede con lo suyo. El propio fray Juan de los Angeles nos da ejemplo y doctrina para casos parecidos, doctrina que practicó según correspondía a un espíritu tan elevado como el suyo. He aquí su enseñanza: «Bien sé que no han de faltar censores que, pensando por ventura que aciertan, quieren reprehender algunas cosas de las que aquí tienen dificultad. Pero como Dios acepte mi servicio y tú te aproveches de mis trabajos, yo sufriré de buena gana sus reprehensiones; y suplico a nuestro Señor les haga merced de meterlos en la bodega de su vino, para que, ordenando en ellos la caridad, la tengan consigo mesmos y sepan estimar la con que yo he deseado servirles» [24]. Conténtase con tan poco, que dice hablando con su discípulo: «Yo me contentara con que sólo tú fueras el lector y juez de la mía» [25], de su *Conquista*. Y añade sin apropiarse lo ajeno en ocasión tan propicia: «Oí decir a un hombre discreto y muy letrado que bastaba para quedar bien pagado uno que escribía *hallar un solo lector benévolo que con gusto leyere y aprobase su escritura*» [26].

Explícanos la razón de su arte de escribir, que tanta fama le granjeó y que le da gloria imperecedera: «Huyo de los discursos impertinentes—nos dice—, y con los dos personajes Maestro y Discípulo que se introducen, procuro tejer la obra de manera que, trabadas unas cosas de otras con una perpetua variedad, hagan graciosa consonancia, entreteniendo por una parte con lo que se va leyendo y aguzando el deseo para lo porvenir» [27]. Así pudo salir lo que salió: obra intachable, diálogos primorosos, inmarchitos para siempre. Su conversación era eficaz. El Discípulo confiesa: «Yo me conozco otro del que solía ser

---

[23] *Consideraciones sobre los Cantares*, c. 1. lect. 11, pp. 452-454 (Madrid 1607). En la NBAE, t. XXIV, pp. 273-274 (Madrid 1917).

[24] *Conquista*, diál. 10, XVII.

[25] Ibíd., diál. 1, II.

[26] Ibíd.

[27] *El sacrificio de la misa*, [dedicatoria].

después que oigo tus consejos y sigo la doctrina que me enseñas; porque verdaderamente hablas al alma y la muestras a vivir vida esencial, interior y divina»[28]. No podemos oírle, pero sí leerle, y leyéndole nos habla al alma, y nos gana y nos cautiva con el eco de su voz y nos comunica su espíritu.

En cuanto a su capacidad sintética, repárese en el párrafo que copiamos literalmente, porque no carece de significación y demuestra su fuerza mental sintetizadora: «*En una palabra te diré lo que requiere un largo tratado:* que como la libertad del entendimiento consiste en desnudarse de fantasías y imágenes de cosas criadas, y al fin de todo aquello que percibe por los sentidos exteriores y de todos los discursos y devaneos que él puede por sí y por sus vecinas las demás potencias inferiores urdir, así consiste la libertad de la voluntad en que esté desasida y desarraigada de todo pecado, de toda ocasión de pecar y de todo afecto o afición al pecado y de todas las criaturas que con amor desordenado se suelen amar»[29]. Verdaderamente, para desentrañar lo mucho que se contiene en tan cortas palabras, se necesitaría «un largo tratado»; da con ellas ocasión y motivo para que otros estudien, especulen y escriban. En otra ocasión dice: «Yo creo que en esto poco que te tengo enseñado está lo mucho que los doctores todos y los santos han escrito; porque para escribirlo yo he leído los más y mejores que he podido hallar»[30]. Reparen los estudiosos en un pasaje muy significativo y denle la importancia que tiene: «Hasta aquí es doctrina de Rusbroquio *(Lib. De perfectione filiorum Dei,* c. 2), y *bien dificultosa y que no me ha costado poco trabajo el reducirla a términos algo más claros que los suyos*»[31]. No comentamos; no disponemos de lugar ni de tiempo.

Entre las muchas obras que, como capullos en flor, salieron de su áurea pluma, hemos preferido el *Manual de vida perfecta,* segunda parte de la *Conquista.* Muchas razones hemos tenido para esta preferencia, que omitimos; robustece y confirma nuestro sentir y parecer el propio autor, que nos dice: «Aseguro y hago cierto al cristiano lector que de cuanto hasta hoy tengo visto y escrito, es esto lo mejor y que con mayor resolución enseña y por modos más altos, más fáciles y más ganancíosos encamina las almas al Señor»[32]. Llámale *Manualico* cariñosamente, y añade: «A mi parecer, abraza en sí lo mejor que en materia

[28] *Conquista,* diál. 2, XI.
[29] Ibíd., diál. 9, I.
[30] Ibíd., diál. 9, VII.
[31] Ibíd.
[32] *Manual,* pról.

de oración y contemplación está dicho *en nuestra lengua*, porque para ordenarle tengo leídos los autores de más satisfacción que he podido hallar» [32]. Obsérvense las palabras *en nuestra lengua*, alusión clara a la madre Teresa de Jesús y a un religioso de alta contemplación, que tienen hoy día un magisterio y autoridad no reconocido y aun discutido en aquellos días; hoy tienen otros nombres: Santa Teresa, *Doctora Mística;* y San Juan de la Cruz, *Doctor Místico*. El censor primero de la obra vió claramente la categoría del *Manual*, y nos dejó su parecer consignado en estas palabras: «Me parece contiene no sólo doctrina católica y segura, sino también muy provechosa y espiritual, con tanta erudición, resolución, puntualidad y destreza y con términos tan propios y claros, que se le debe agradecer mucho este trabajo y ordenarle lo saque a luz, por el mucho fruto que se puede esperar de ello» [34].

Cerremos este punto con un elogio general de los escritos del P. Angeles, elogio desinteresado, certero, breve y debido a pluma no española: «En ningún momento deja de ser español. Tan impresionante como su ciencia y su estilo es la viva imaginación, que su suave manera viene a reforzar. Está lleno de frases inolvidables» [35].

II. Prescindiendo de lo que ya se sabe y no hay por qué repetir, consta que hacia los cuarenta y dos años de edad era morador del convento de San Juan Bautista, de Zamora, «un tiro de arcabuz de la ciudad», con cargo de predicador conventual. Habíale destinado el Señor para expositor de los *Cantares*, dotándole para ello de condiciones extraordinarias y manifestándole su voluntad. Decidiéronle, «lo primero, los ruegos de un amigo mío, hombre gravísimo y en letras humanas y divinas muy aventajado, el cual, conociendo mi espíritu, *inclinado a cosas tiernas y de amor*, ansí por lo que había leído en los *Triunfos* y *Diálogos* como de lo que de mi trato y sermones coligió, juzgó que se le haría a Dios grande servicio y a la república cristiana no pequeño beneficio si me ocupase en este libro [de los *Cantares*], en el cual todo cuanto se trata aspira y huele amor». «Lo segundo, una afición y inclinación a este libro desde que tuve licencia de leer en él por razón del oficio: tan grande, que, aunque no entendía lo que leía, sentía particular gusto y consolación en el alma el rato que en él me ocupaba. Creció esta afición con los años y confirmóse con la lición de los santos que escriben sobre

[32] Ibíd.
[34] *Juan Federico Gedler*, censura del *Manual* (1607).
[35] ALLISON PEERS (E.), *El Misticismo español*, c. 4, p. 47 (Buenos Aires 1947).

él, y obligóme a tomar la pluma y dar principio a esta obra una suerte, en esta forma: deseando yo ocupar mi tiempo en escribir sobre uno de los libros canónicos, hice cédulas de todos ellos; y dicha una misa al Espíritu Santo y hecha especial oración, las puse en un vaso y hice voto de escribir sobre aquél que la cédula dijese. Salió el de los *Cantares*, y luego puse mano y cuidado en él; y aunque (como ya dije) muchas veces he sentido tedios y arrepentimientos de lo comenzado, siempre que acabo en la exposición de un lugar, me nacen deseos nuevos de comenzar y acabar el que se sigue, de donde he podido coligir que se sirve Dios de mi ejercicio y trabajo.—Allégase a esto la aprobación de hombres religiosos y doctos, que, visto lo que se va haciendo, me han puesto y me ponen cada día espuelas para darle fin» [36]. Como el lector habrá observado, es una página íntima y secreta que las circunstancias le han hecho escribir; son muchas las que tiene de esta calidad el P. Angeles; estudiadas que sean, nos darán su fisonomía espiritual.

Se ve con claridad que, además de su sino personal e inalienable, tenía el doble fin de la lengua y de la pluma. Uno y otro cumplió a la letra con esfuerzo, con sacrificio, con trabajo y con éxito perdurable. Lo advirtió un sabio contemporáneo y lo consignó: «Así como con palabra elocuente predicas el Evangelio de Dios a modo de celeste apóstol, así también se difundan tus enseñanzas con tus escritos por todo el mundo» [37]. Llámale con este motivo *eruditísimo y religiosísimo*, y trátase de Juan Molina, teólogo, doctor y capellán de la cesárea y sacra majestad [38]. En cuanto a la predicación, el propio Angeles cuenta los años, en cuanto al parecer de predicador oficial, pues predicó hasta el último de su vida. «Y sé—dice—que no basta para excusarme de culpa [por acometer la exposición de los *Cantares*] representar veinte y cuatro años de púlpito con grande ejercicio de la Escritura» [39].

Existen confidencias sobre su actitud y trabajos apostólicos. Escribió: «Estas y otras razones que el divino Crisóstomo juntó para animar a los que predican, me pudieron esforzar a mí para no cansarme de comunicar de todas las maneras a mí posibles la lluvia del cielo que es la buena y sana doctrina; unas veces predicando *(como de ordinario lo hago)*, otras escribiendo, y escribiendo a veces en estilo menos humilde y más dificultoso, como están los

[36] *Consideraciones*, c. 2, praelud. VI, p. 36.
[37] JUAN MOLINA, *Eruditissimo ac religiosissimo Patri Ioanni de los Angeles*, en *Consideraciones*, p. 7.
[38] Ibíd.
[39] *Consideraciones*, praelud. VI, p. 36.

Triunfos, para entendimientos más alumbrados; otras, en más llano y claro, para los pequeñuelos, como lo he hecho en estos diálogos» [40] de la *Conquista*. Confiesa sus alternativas entre su apostolado verbal y el apostolado de la pluma cuando escribe: «Revuelve mis consejos muchas veces en tu memoria y haz oración al Señor por mí, que, si él se dignare aceptar mis deseos, pasada la Cuaresma, que me obliga a trabajar en aprovechar el pueblo con doctrinas más comunes, te volveré a llamar, y tendremos otros coloquios semejantes a éstos de lo que más a propósito fuere para nuestro aprovechamiento interior» [41]. Sin dejar del todo su destino de sembrador de la divina palabra, poco a poco fué refugiándose en el solaz de la pluma, lejos de bullicios y ruidos mundanales. A esto contribuyó el quebrantamiento de la salud corporal, que iba resintiéndose de día en día por exigencia de los años y de una vida laboriosa. He aquí como nos lo dice: «*Maestro:* Buenas horas son las que se gastan en servir a Dios y a su Iglesia. *Discípulo:* Tales me parecen las tuyas, porque no cesas de trabajar en servicio del Esposo celestial y de su Esposa.—*Maestro* [fray Juan de los Angeles]: A lo menos deseo eso, y con la poca salud que de ordinario tengo, lo más del tiempo ocupo en escribir, porque *el predicar me cansa mucho y me luce poco*» [42].

Predicó en la ciudad de las gracias, en Sevilla, adonde fué a fundar un convento. Sevilla influyó visiblemente en su estilo, delicia de la mente, regalo del corazón y deleite de la fantasía. En la *Conquista* nos dejó constancia del hecho: «*Discípulo:* Predicando un día a una *misa nueva* en Sevilla, dijiste sobre aquellas palabras de Cristo (Ioan. 14): *Si alguno me ama, guardará mis mandamientos,* algunas cosas notables acerca desta materia de que tratamos, que dieron mucho gusto a los oyentes, y algunos escrupulosos sintieron alivio y remedio [...].—*Maestro:* Dije, si bien me acuerdo, que el amor hacía fácil y muy llevadera y agradable la ley de Dios» [43]. Ese era el tema favorito de sus predicaciones y pláticas: el amor de Dios y sus triunfos.

Español de una sola pieza, veía la decadencia iniciada, y pretendía levantar los espíritus a las grandes empresas y contra los ejércitos del mal y del error. Quería forjar soldados valerosos, falanges aguerridas. Por esto, en la *Lucha* escribió: «Considerada la cobardía y ánimos femeninos que cría nuestro siglo [1600] (que parece publicado en él el mandamiento de Faraón de que los varones muriesen

[40] *Conquista*, en *Prólogo al lector*, p. 37.
[41] *Conquista*, diál. 1, XVII.
[42] *El sacrificio de la misa*, diál. 2.
[43] *Conquista*, diál. 7, XIV.

y las hembras quedasen vivas), no sé con quién pueda tratar desta milicia del cielo, que tan animosos y diestros pide los soldados» [44]. Y continúa el flagelo: «Los señalados, los que vestían de oro de Ofir, que, pasando por las hornazas de fuego, por los dientes de las fieras, por las cruces, cuchillos y peines de hierro, quedaban más puros y más claros, ya se han trocado por vasos de barro, que no sufren un muy pequeño golpe» [45]. Como él era, deseaba que fuesen sus seguidores y discípulos: «Al fin—escribe—hay guerra de amor, adonde no se admiten damerías ni hombres femeninos y de alfeñique, sino valientes, robustos, de pelo en pecho y bien enseñados en el arte militar» [46].

Hombre de tantas prendas, de tanto espíritu y de tanto valer, no pasó inadvertido entre los suyos: fué distinguido con todos los cargos de su Provincia de San José. El historiador P. Lorenzo Pérez, en su estudio titulado *Los custodios y provinciales de la Provincia de San José,* los compendia en estos términos: «Este religioso desempeñó en la Provincia los cargos siguientes: en el capítulo celebrado en Paracuellos el 29 de noviembre de 1585 fué nombrado definidor; en el de Auñón, de 5 de agosto de 1595, custodio y guardián del convento de Guadalajara; en el capítulo del 9 de mayo de 1598, definidor y guardián del convento de San Bernardino [Madrid]; y en el capítulo celebrado en San Bernardino el 30 de junio de 1601, ministro provincial. No llegó a cumplir el trienio «ni aun llegó a tener la congregación intermedia, porque la serenísima emperatriz, hermana del rey don Felipe segundo, devotísima de los Descalzos, le hizo su predicador, y el reverendísimo general, fray Francisco de Sosa, le instituyó confesor de las señoras descalzas del real y muy religioso convento de Madrid, y él tenía más gusto de predicar y confesar que de andar tan largas jornadas. Renunció el oficio al año y medio, y en el de mil y seiscientos y tres, a los dos de hebrero, se juntaron los vocales en el convento de San Bernardino, de Madrid, y fué electo en provincial fray Francisco de Estella» [47]. Por lo que se ve, tenía buen gusto, el más noble: gustaba más «de predicar y confesar que de andar tan largas jornadas». En efecto, era lo mejor y más espiritual. Pero además, obsérvese que contaba ya sesenta y siete años, estaba enfermo del hígado y, según confesión propia, antes traída, curábase y a poco de

[44] *Lucha*, dedic.
[45] Ibíd.
[46] Ibíd.
[47] *Archivo Ibero-Americano,* t. XXI, pp. 189-90, núm. 61, año 1924 (Madrid). La cita es del P. Alcalá, *Crónica de la Provincia de San José,* t. II, p. 258, y l. IV, p. 251.

la predicación, habíase reducido a escribir, ocupación visible y notoria, que se calla el P. Alcalá. Por otra parte, sabemos que corrió a pie largas, larguísimas jornadas: de Madrid a Valencia, de Madrid a Sevilla, de Sevilla a Lisboa, de Lisboa a Madrid, de Madrid a Roma, de Roma a Turín, de Turín a París, de París a Madrid. Esto sin contar sus correrías apostólicas ocasionadas en veinticuatro años de púlpito, como nos dejó escrito y hemos recordado. Bien ganado tenía el descanso de sus pies evangelizadores, máxime con los achaques que sufría, que poco a poco le llevaron pronto al sepulcro.

Sin embargo, nosotros vemos denunciada la causa verdadera y eficaz de su dimisión en dos pasajes del propio fray Juan. En el primero dice: «Un doctor moderno (fray Thomás de Villanueva) interpretó en buena parte este lugar [*Los hijos de mi madre pelearon contra mí*]. Era patriarca lleno de cuidados, distraído en las ocupaciones, al cual había subido por muchos ruegos y importunaciones; y parecióle que *la que aquí hablaba era un ánima cansada del gobierno de otras (que es la cosa más cansada del mundo y de mayor peligro)*» [48]. No puede ser más clara la alusión, máxime en él, tan enamorado de su Provincia de San José y que con tanta euforia habíala elogiado. No comento. El segundo, enlazado con el primero, es como sigue: «Yo estoy muy mal con los prelados que, habiendo de buscar tiempo para negocios exteriores o para alivio de sus súbditos, acuden de ordinario a quitarlo de la oración; no sienten bien de ella ni saben la necesidad que hay de que este ejercicio no se interrumpa ni falte o se menoscabe» [49]. Estas fueron, pues, las razones de su dimisión: «Los hijos de mi madre [la Provincia de San José] pelearon contra mí; su alma estaba cansada del gobierno de otras; era la cosa de mayor peligro». Mayormente haciendo gala, como la hacía, de su libertad espiritual: «Y no alabando, como dicen, mis agujas por venderlas, porque *todo el mundo sabe la libertad de mi espíritu en materia de intereses*» [50]. No temía ser desmentido.

Aun se acordaron de él: «A pesar de desempeñar el cargo de confesor de las Descalzas Reales, asistió a las juntas que, bajo la presidencia del señor nuncio y del general de la Orden, celebraron los padres de Provincia de las siete Provincias Descalzas de España y Portugal sobre la cuestión del vicario general de los Descalzos desde el 27 al 29 de septiembre de 1604, y en ella actuó de secretario, firmando las peticiones que se hicieron al ministro general

[48] *Consideraciones*, lect. 4, a. 1, p. 163.
[49] *Manual*, diál. 2, II.
[50] *Vergel espiritual*, pról.

para la conservación, reformación y aumento de la Reforma» [51]. Como se ve, en las juntas se le distinguió con el cargo de secretario, el de más confianza. Fué, además, comisario visitador de la Provincia de San Juan Bautista (Valencia) en 1594, así como de la Provincia de San Gabriel, año 1598.

Fué instituído confesor de las Descalzas Reales, vicario del convento, confesor de la infanta sor Margarita y de la emperatriz María, hermana de Felipe II, de quien fué asimismo predicador imperial, a quien dedicó su exposición de los *Cantares*. También, como hemos descubierto, consiguió el título de predicador apostólico, el más alto que se podía otorgar, y que implicaba muchas prerrogativas. El doctor y teólogo Juan Molina, capellán de la emperatriz, escribió al P. Angeles con motivo de sus comentarios a los *Cantares:* «La sacra cesárea majestad de la emperatriz [María], nuestra señora [...], te ha nombrado primer predicador de su real capilla, lo cual es prueba nada equívoca de tu virtud, probidad, ciencia, madurez y prudencia» [52].

Sintió bien de la santa Inquisición y de su tribunal, como se prueba por este pasaje: «Y parece que con grande propiedad se enderezan estas palabras del Esposo [*capite nobis vulpes*] a los padres y señores de la santa Inquisición, que están puestos en la Iglesia sólo por cazar estas raposillas [los herejes], que tanto dañan la viña florida del Señor» [53].

Reconoció con gusto la grandeza y santidad del padre de la Compañía y de sus hijos, así como su saber y magisterio. A San Ignacio le llama «devotísimo P. Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús» [54], y luego le cita, reconociendo y proclamando la especialidad del santo en el discernimiento de los espíritus, especialidad que le ha hecho famoso. Además de que cita al doctísimo P. Suárez, reconoció la sabiduría y excelencia de Belarmino, hoy canonizado y doctor de la Iglesia. Dice que escribió «doctísimamente» contra los herejes Lutero y Kemnicio [55].

Los descubrimientos del Nuevo Mundo hechos por los españoles ensanchaban la fantasía, dilataban el corazón y aprovechábanse de ellos para sus recursos literarios y espirituales. Así vemos que fray Juan escribe:

---

[51] LORENZO PÉREZ, *Los custodios y provinciales*, etc., en *Archivo Ibero-Americano*, t. XXI, p. 90, núm. 61, año 1924 (Madrid).
[52] JUAN MOLINA, *Eruditissimo ac religiosissimo Patri fratri Ioanni de los Angeles*, en *Consideraciones*, p. 8.
[53] *Consideraciones*, c. II, lect. 11, a. 2, p. 483.
[54] *Manual*, diál. 2, IX.
[55] *El sacrificio de la misa*, diál. 4.

«¡Oh grandes, oh riquísimas conquistas
de las Indias de Dios, de aquel gran mundo
tan escondido a las humanas vistas!» [56]

Sabemos cuál fué la conducta que observó con su padre cuando entró en la iglesia precisamente en el momento en que predicaba. Públicamente reconoció y suplicó se le abriese paso, por más que iba «con traje de labrador» [57] y fray Juan peroraba ante lucida concurrencia. Otro tanto hizo, anciano ya, venerable y entre nobles y príncipes, con su sobrina Ana Martínez, a quien dotó no recabando subsidio de los grandes, sino con el fruto de su trabajo, de sus libros [58]. Al predicador imperial y confesor de infantas no se le subieron los humos a la cabeza. Era humilde. No en balde se llamaba *pequeñuelo siervo de Dios* [59].

Desde años atrás venía sufriendo del hígado. «Mi indisposición del hígado me ha detenido, y no saliera de la celda si no fuera por tu respecto» [60].

En 1604, en Madrid, antes del 13 de mayo, convento de San Bernardino, sufrió un grave ataque, del que salió por maravilla. El mismo nos lo dice o se lo dice a doña Catalina de Zúñiga, condesa de Lemos y camarera mayor de la reina nuestra señora, y en ella a nosotros: «Bendito sea Dios, que, acabando el *Ite, missa est* [del *Tratado de los misterios de la misa*], caí de enfermedad tan peligrosa, que se tiene a milagro el haber quedado con ella» [61], con la vida. No era, pues, que no le gustase ir a pie anciano ya, sino que los achaques se lo impedían. Tanto es así, que todavía le veremos en 1608, a los setenta y dos de edad, pasar de Madrid a Guadalajara, deteniéndose en Alcalá para consuelo espiritual de una monjita concepcionista, descubriendo entonces la congregación esclavista, de la que se constituyó teólogo, defensor, reformador y propagandista. Vió de repente, con claridad y precisión rigurosa, la verdad, profundidad, nobleza y trascendencia de la Esclavitud Mariana, sistema espiritual que tanto dió que hablar y que decir a los incautos y poco perspicaces. Interesó al comisario general en España, P. Pero de Mendoza, ingresó él en la Cofradía de Esclavas y Esclavos, consiguió el ingreso de su discípula la infanta sor Margarita de la Cruz, y por ella la familia real e imperial, con un brillante cortejo de personajes, que fueron poco a poco engarzán-

[56] *Consideraciones*, c. 2, lect. 7, a. 3, p. 404.
[57] ALCALÁ, *Crónica de la Provincia de San José*, t. II, l. IV, p. 264.
[58] JAIME SALA, *Introducción* a las *Obras Místicas de fray Juan de los Angeles*, t. I, pp. 47-49 (Madrid 1912).
[59] *Lucha*, proem. y arg.
[60] *Conquista*, diál. 6, I.
[61] *El sacrificio de la misa* [dedicatoria].

dose en tan áurea y espiritual cadena. Para que todo fuese fundamentado y seguro, escribió una instrucción y un prólogo a las constituciones esclavistas, por él modificadas, expresión de un alma candorosa, diáfana, comprensiva y ansiosa de servir a la Virgen y Madre en calidad de esclavo. Su actitud y ejemplo movieron al P. Melchor de Cetina a escribir su libro esclavista, empresa que tanto le honra y que honra nuestra selección [62]. En cuanto a las devociones marianas del P. Angeles, decláranos, además, que tenía predilección por el misterio dulcísimo de la Inmaculada, del cual, dice, «soy particularmente devoto y aficionado» [63].

Las obras del P. Angeles son como ventanales de su espíritu abierto de par en par. Por ellos sale la luz y el fuego que dentro de su pecho tiene y por ellos entra la luz que los seres creados irradian. Pero a veces introdúcenos en la intimidad de su corazón para que le conozcamos mejor y percibamos sus latidos más de cerca. «A mí me suele inquietar el demonio con pensamientos de predestinación y reprobación, pareciéndole que, si me tengo por predestinado y que no puedo condenarme, daré en presunción y me despeñaré en vicios; y si por reprobado, que desesperaré como hombre sin remedio; pero *yo ningún caso hago destas tentaciones*, porque no está en mi cuenta dar sentencia definitiva en lo uno y ni en lo otro; sólo espero en la misericordia de Dios, con gran temor de su estrecha justicia, y creo salvarme si con perseverancia guardo sus mandamientos, o, ya que la quebrante, finalmente me duelo y hago penitencia verdadera» [64]. Bella y conmovedora confesión, a la que añadimos otra, aunque sólo enunciada: «Otras veces me aprieta [el demonio] con esta tentación: «Si querría más estar en el infierno que cometer un pecado mortal» [65]; explica la intención demoníaca, y no carece de profundidad.

He aquí su actitud, generosamente noble, devota, humilde y regalada, ante sus obras buenas como flores perfumadas: «Si alguna vez me representa el ángel para consolarme algunos conocidos servicios que por mí, indigno ministro suyo, se le han hecho a Dios, tómolo en las manos como dos palomitos o tórtolas y abrázome con su Hijo muerto por mí (Luc. 2) y ofrézcosele todo junto» [66].

El Señor solía condescender cumpliéndole sus deseos

[62] Cf. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M., *Esclavitud Mariana: Fray Juan de los Angeles y su Cofradía de Esclavas y Esclavos, Verdad y Vida*, núm. 14, año 1946, pp. 259-286 (Madrid).
[63] *Consideraciones*, lect. 7, a. 5, p. 238.
[64] Ibíd., lect. 5, a. 5, p. 193.
[65] Ibíd.
[66] *Conquista*, diál. 5, IV, p. 88.

inofensivos y espirituales. Su discípulo fray Bartolomé de Aranda, otro San Alejo, sintióse morir. Su maestro, el que tanto se desvivía por asegurar la salvación de sus discípulos, solicitó del enfermo un seguro. Este se lo prometió. Convinieron en que reverdeciese repentinamente un tronco seco, el cual reverdeció, comprobándose así la salvación eterna de fray Bartolomé y quedando fray Juan de los Angeles íntimamente consolado [67].

Anciano, fatigado, enfermo, sus ocupaciones favoritas eran escribir y confesar en las Descalzas Reales, testigo de su magisterio fructífero. Cuán aceptas eran a Dios estas sus preferencias, vémoslo por los frutos y por el testimonio que quiso dar el mismo Dios, para perpetua memoria, comprobado judicialmente. Una pobrecilla que acudió a la iglesia del monasterio en busca de luz, de guía y de consolación, «vió encima de su cabeza una lengua de fuego» [68] mientras confesaba trasfigurado. Fué un símbolo místicamente expresivo.

Lengua de fuego era su espíritu; lengua de fuego, su corazón; lengua de fuego, su lengua de carne; lengua de fuego, su áurea pluma, y lengua de fuego todo su ser. Siendo fuego todo él, fuego habían de ser sus efusiones cordiales e íntimas, que le brotaban como brasas encendidas. Así, dirigiéndose a Jesucristo, su amor entrañable, decíale con ímpetu: «Mátame contigo y contigo me crucifica, para que de ti jamás me aparte y contigo viva para siempre» [69]. De aquí sus ansias y su preocupación anhelosa de acabar su vida en el regazo dulcísimo de las llagas de su Amado. Escribe con ternura deliciosa: «Yo no pienso tomar otras armas que éstas para la partida [la memoria de la pasión y muerte de Cristo], ni morir menos que abrazado con mi Cristo, y metido en sus llagas rosadas y llenas de misericordia, esperar por ellas la que mis injusticias me niegan» [70].

Por fin, la palabra confiada, dulce, risueña y luminosa; la palabra triunfal, radiante como los rayos de la aurora: «Dios, ¿no es *ab aeterno*? —Sí. —¿No hizo el mundo en tiempo? —Sí. —Al hombre, ¿no le crió después del mundo? —Sí. —Pues ¿cómo es esto? ¿Cómo, antes que fuese yo ni fuese el mundo me tenía Dios a mí aparejado *rei-*

---

[67] JAIME SALA, *Introducción* a las *Obras místicas del P. Angeles*. t. I, pp. 10-11, vol. 20 de la NBAE (Madrid 1912). Lo toma del P. Antonio de Santa María, cronista.

[68] MARCOS DE ALCALÁ, *Crónica de la Provincia de San José*, t. II, l. IV, p. 263. Lo toma de *Memorias de Religiosos*, t. V, fol. 111, y la trae el P. Sala en su *Introducción* a las *Obras Místicas del P. Angeles* (Madrid 1912).

[69] *Vergel espiritual*, c. 20, III, p. 559

[70] *Conquista*, diál. 3, pp. 87-88.

no? Glorifíquenle los ángeles, alábenle todas las criaturas, *bendígale mi alma y cuantas cosas en mí hay*. Así es esto cierto, que si le preguntara a Dios en su eternidad qué pensamientos eran los suyos, pudiera muy bien responder: —Estoy pensando en ordenar un reino en que reine FRAY JUAN DE LOS ANGELES. —Plega a ti, mi Dios, que ello sea así por tu bondad infinita» [71].

OBRAS, EDICIONES Y VERSIONES

1.—*Triunfos del amor de Dios*: Medina, 1589-90; Madrid, 1901; Madrid, 1912 (parcial en NBAE, 20).

2.—*Conquista del reino de Dios (Diálogos de la)*: Madrid, 1595; Barcelona, 1597 (fray Juan de San Antonio dice 1595, sin duda por error, en su *Biblioteca Franciscana*); Alcalá, 1602; Madrid, 1608; Madrid, 1885; Madrid, 1912 (NBAE, 20); Madrid, 1926; Buenos Aires, 1943; Madrid, 1946; Madrid, sin fecha e incompleto, en *Joyas de la mística española*.

VERSIÓN ITALIANA: Brescia, 1608.

3.—*Lucha espiritual y amorosa* (se trata de los *Triunfos reducidos*); Madrid, 1600; Valencia, 1600; Madrid, 1912 (NBAE, 20); Madrid, 1930.

VERSIÓN ITALIANA: Viterbo, 1616; Brescia, Toda, II, 359, número 2.582.

4.—*Tratado espiritual de los soberanos misterios y ceremonias santas del divino sacrificio de la misa*: Madrid, 1604; Madrid, 1912 (NBAE, 20).

5.—*Salterio espiritual:* Madrid, 1604; Valencia, 1613 (con la *Presencia de Dios*); Madrid, 1699 (con la *Presencia de Dios*); Madrid, 1912 (NBAE, 20).

6.—*Sermón que en las honras de la católica cesárea majestad de la emperatriz nuestra reina predicó el P. fray Juan de los Angeles* [...] el 17 de marzo de 1603: Madrid, 1604; Madrid, 1912 (NBAE, 20).

7.—*Consideraciones sobre los Cantares*: Madrid, 1606-1607; Madrid, 1912 (NBAE, 20).

VERSIÓN FRANCESA: París, 1609.

8.—[*Esclavitud Mariana*]: *Cofradía y devoción de las esclavas y esclavos de nuestra señora la Santísima Virgen María*: Alcalá, 1608 (?); Madrid, 1946; en *Verdad y Vida*, núm. 14.

9.—*Manual de vida perfecta* (segunda parte de la *Conquista*): Madrid, 1608, B. N. 2/61987; Barcelona, 1905; Madrid, 1912 (NBAE, 20).

10.—*Vergel espiritual del ánima religiosa*: Madrid, 1609-1610; Madrid, 1912 (NBAE, 20).

11.—*Presencia de Dios:* Madrid, 1604; Madrid, 1607; Madrid, 1609; Valencia, 1613 (desconocida, poseo ejemplar); Zaragoza, 1615; Madrid, 1624; Madrid, 1699; Madrid, 1912 (NBAE, 20).

---

[71] *Triunfos*, p. 2.ª, c. 16, consideración 7.

CONSIDERATIONVM

SPIRITVALIVM SVPER LIBRVM CANTICI CANTICORVM SALOMONIS IN

vtraq; lingua, Latina videlicet & Hispana, perquàm vtilis tractatus.

A Fr. Ioanne de los Angeles, Prouintiæ S. Ioseph Discalciatorum de Obseruantia, Prouintiali Ministro, Cæsareæq; Maiestatis Imperatricis Mariæ à concionibus editus.

Eidemque Maiestati Catholicæ dicatus.



Anno 1607.

CVM PRIVILEGIO.

MATRITI,

Ex Typographia Regia.

Vendese en casa de Francisco Lopez, mercader de libros.

MANUAL DE VIDA PERFECTA

[1608]

APROBACION

Fray Pedro González de Mendoza, comisario general y siervo de toda la Orden de nuestro Padre San Francisco en la familia cismontana, etc. Al P. Fr. Juan de los Angeles, padre de nuestra Provincia de San José y vicario en nuestro convento real de las descalzas de esta villa, salud y paz en el Señor.

Por cuanto vuestra paternidad me ha hecho relación que tiene compuesto un libro intitulado MANUAL DE VIDA PERFECTA, el cual (por la experiencia que tengo del provecho grande que vuestra paternidad ha hecho en los fieles por sus escritos) será de grande utilidad en la república cristiana, por las presentes le concedemos licencia a vuestra paternidad para que habiéndole visto primero y aprobado el dicho libro el P. Fr. José Vázquez, lector de Teología de nuestro convento de Santiago de Galicia, le pueda presentar en consejo e imprimir, observando en todo lo que el santo concilio de Trento manda y nuestros estatutos disponen.

Dada en nuestro convento de San Francisco de Madrid a 15 de enero de 1607.—FR. PEDRO GONZÁLEZ DE MENDOZA, *generalis.*

Por comisión de nuestro Rdmo. P. Fr. Pedro González de Mendoza, comisario general de esta familia cismontana de la Orden de nuestro Padre San Francisco, yo, Fr. José Vázquez, lector de Teología del convento de San Francisco de Santiago, vi un libro intitulado MANUAL DE VIDA PERFECTA, compuesto por el M. Rdo. P. Fr. Juan de los Angeles, padre de la Provincia de San José y confesor del convento

real de las Descalzas de Madrid: habiéndole mirado con mucho cuidado, no hallo en él cosa que sea contra nuestra santa fe católica, antes contiene mucha, muy devota y muy provechosa doctrina para personas espirituales, en la cual descubre el autor que tiene bien experimentado por obra lo que enseña con palabras. Y así, para que trabajo tan bien empleado no se pierda y las almas devotas puedan alcanzar el fruto que desean, me parece muy justo y aun necesario que le imprima. En fe de lo cual di ésta, firmada de mi nombre en San Francisco de Madrid a 9 de febrero de 1607 años.—FR. JOSÉ VÁZQUEZ.

CENSURA

Por orden y comisión del Supremo Consejo he visto este libro, que se intitula MANUAL DE VIDA PERFECTA, compuesto por el P. Fr. Juan de los Angeles, predicador descalzo de la Orden de los Menores, de la majestad cesárea de la emperatriz y confesor del real convento de las descalzas de esta villa, y me parece contiene no sólo doctrina católica y segura, sino también muy provechosa y espiritual, con tanta erudición, resolución, puntualidad y destreza y con términos tan propios y claros, que se le debe agradecer mucho este trabajo y ordenarle lo saque a luz por el mucho fruto que se puede esperar de ello.

En el colegio de la Compañía de Jesús de Madrid, en 16 de mayo de 1607.—JUAN FRIDERICO GEDLER.

EPISTOLA DEDICATORIA

Al Ilmo. y Rdmo. Sr. D. Maximiliano de Austria, arzobispo de Santiago, del Consejo del rey nuestro señor y su capellán mayor, etc., etc., Fr. Juan de los Angeles, padre de la Provincia de San José, confesor del convento real de las señoras descalzas de Madrid y predicador de la cesárea majestad de la emperatriz doña María, nuestra señora, desea salud y perpetua felicidad.

Es tan grande el abuso que por nuestros pecados corre en el mundo de adular a los príncipes (camino cierto de su perdición y común peste de las repúblicas), que muchas veces, ofreciéndose ocasión a los escritores, como a mí se me ofrece ahora, de alabanzas verdaderas, es fuerza y necesidad el callarlas por huir la común nota de lisonjeros. De manera, señor ilustrísimo, que el andar tan pujante y valida la mentira en las casas de los grandes quita su corriente a la verdad y a nosotros nos ata las lenguas y detiene las plumas, para que no digamos lo que sentimos, aunque haya de ser de edificación al pueblo y de ejemplo y doctrina saludable a todos.

Al fin temo este malo y afrentoso nombre de adulador, que yo siempre he aborrecido, y cuando no le temiera, temiera ofender la gran modestia de vuestra señoría ilustrísima, que, mereciendo por tantos títulos toda honra, cuando algunas veces se trata de ella en su presencia, *toma calor su rostro*, como el de la esposa santa, alabada con tanta razón de su celestial Esposo. Por esto y por lo que el Sabio dijo: *No alabes al hombre en su vida* [1], tengo de callar lo que fuera justo que ninguno ignorara y contentarme con sólo confesar por escrito que entre las mercedes que Nuestro Señor me ha hecho, a que debo ser muy agradecido, no ha sido la menor haberme dejado conocer a vuestra señoría ilustrísima y hallado gracia en sus ojos, para que confiadamente pueda ofrecerle y consagrarle algunos de mis trabajos, que, aunque por míos no pueden dejar de ser pequeños, por la voluntad de agradar a Dios

[1] Eccli. 11, 30.

con ellos y aprovechar a los prójimos, se pueden estimar como grandes.

Y para que vuestra señoría ilustrísima conozca mi ánimo y cuan su capellán soy y en lo que estimo su patrocinio, le certifico que, después que vino a esta corte, me he puesto a ordenar un MANUALICO de vida perfecta de muchas cosas que tenía allegadas y escogidas, que en mi parecer abraza en sí lo mejor que en materia de oración y contemplación está dicho en nuestra lengua, porque para ordenarle tengo leídos los autores de más satisfacción que he podido hallar. Recíbale vuestra señoría ilustrísima debajo de su amparo, y como tan gran prelado de tan grande y santa Iglesia, le dé la autoridad que su autor por su pequeñez no ha podido, que con sólo aceptarle vuestra señoría ilustrísima la tendrá y correrá sin miedo por el mundo, adonde los muy calificados estudios, desamparados de tales patronos, suelen padecer inconvenientes. Pero ¿quién se atreverá a reprender lo que vuestra señoría ilustrísima hubiere aprobado o quién no aceptará lo que le fuere acepto? Suya es esta obra y suyo el que la ofrece, y el fruto que por este medio Dios en las almas obrare, desde luego le tenga vuestra señoría ilustrísima por suyo, que con las esperanzas que será colmadísimo se le ofrezco. Cuya ilustrísima y reverendísima persona enriquezca Dios con sus divinos dones y guarde largos años para su mayor servicio, y dichosas las ovejas que tal pastor han merecido.

De San Bernardino, de Madrid, 22 de diciembre de 1602.

PROLOGO Y EPISTOLA AL LECTOR

Determinado estaba, después que saqué a luz *La presencia de Dios*, de no tratar de escribir más en materia de espíritu, pareciéndome que lo escrito bastaba para los deseosos de perfección y cuanto se pudiese escribir era ocioso para los olvidados de su salud. Mas como yo he sido siempre tan aficionado a la lección de los santos y ningún otro entretenimiento ni ocupación por mi voluntad he escogido, ansí por el gusto como por el provecho, de ordinario voy notando en lo que voy leyendo lo que a mí más me mueve a devoción, más edifica mi alma y más me sirve al desengaño; por esto, habiéndoseme en estos días ofrecido ocasión de mostrar mi ánimo para el ilustrísimo y Rdmo. Sr. D. Maximiliano de Austria, arzobispo de Santiago, que yo tan tiernamente amo y por muchos títulos reverencio, me determiné de juntar y poner en orden algunos de estos mis trabajos, con mucha consideración y atención escogidos, y sacarlos en público para bien de las almas, que de muchas maneras considero desmedradas y desaprovechadas y aun erradas en sus modos de proceder, parte por culpa suya, parte por no alcanzar maestros que las enseñen.

De manera que, mirado bien mi intento, y atentamente considerada la doctrina de este tratado, no he pretendido hacer libro de oración grande, como los que cada día se publican, sino resolver dudas en materias espirituales, descubrir engaños del enemigo y acudir a lo más necesario y de que menos se halla escrito; y he querido llamar a estas enseñanzas MANUAL DE VIDA PERFECTA así por lo pequeño como porque es bien que ande siempre a la mano y porque en breve encierra y suma un precioso tesoro de espirituales riquezas.

Aseguro y hago cierto al cristiano lector que de cuanto hasta hoy tengo visto y escrito, es esto lo mejor y que con mayor resolución enseña y por modos más altos, más fáciles y más gananciosos encamina las almas al Señor. Mas no es para todos, es para los estudiosos de humildad y limpieza; es para los determinados y valientes de Dios, que saben hacer fuerza a la misma naturaleza y domar sus

pasiones; es para los que de todo en todo desconfian de sí y de sólo Dios confían; es para los que siempre estudian en el menosprecio de sí mismos y trabajan en la aniquilación.

A todos nos envíe el Señor su luz y su verdad para que le conozcamos y amemos; para que servirá mucho lo que se enseña en este tratado. *Vale et ora pro me.*

TRATADO
ESPIRITVAL;
DE COMO EL AL-
[illegible]a ha de traer ſiempre a
[illegible]s delante de ſi. Y aora
[illegible]mente añadido vn
Pſalterio eſpiritual.

Por F. Iuan de los Angeles,
Predicador, y Confeſor de las
monjas Deſcalças del conuen-
to Real de Madrid.

Dirigido a la ſereniſsima Infanta
ſoror Margarita de la Cruz, re-
ligioſa en el dicho Conuento.

En la Impreſion de Felipe
Mey, Año 1613.
[illegible] coſta de Iuã Sobias librero.

Ejemplar único de edición desconocida por los bibliógrafos, impreso en Valencia

DIALOGO PRIMERO

En que se divide la obra y se declara el argumento de ella.—Trátase del ejercicio puramente corporal y del corporal y espiritual. Y condénanse las familiaridades de hombres y mujeres cuya no es de Dios, con otras muchas particulares doctrinas de grande importancia.

I

DISCÍPULO.—Dios te salve, maestro.

MAESTRO.—Vengas en hora buena, Deseoso. ¿Qué te has hecho en tantos días que no me has visto? Ya me hacías soledad, y aun me daba alguna sospecha que te hubieses divertido, por ventura, con las ocupaciones forzosas o conversaciones de los amigos, que, como dijo un filósofo, son ladrones del tiempo y los que de ordinario nos roban la devoción.

DISCÍPULO.—¿Tan presto me había de olvidar de tus saludables consejos? Siempre me ocupo (cumplido ya con mis obligaciones) en leer libros santos, y en particular, y con singular gusto y atención, el que compusiste de la Conquista del reino de Dios, que, a mi parecer y de muchos, es el más provechoso y más acomodado para todo género de gente que trata de espíritu.

MAESTRO.—Bueno es por cierto, y la experiencia lo enseña cada día más, a los que se ocupan en él.

DISCÍPULO.—Algunas dudas se me han ofrecido leyéndole, que deseo mucho me las desates y absuelvas.

MAESTRO.—De muy buena gana haré yo eso y cumpliré con tu necesidad y mi deseo, que ha sido añadirle cuatro o cinco diálogos más de cosas de importancia para principiantes y para aprovechados y aun para los que van a los alcances y llegan al estado de perfección. Pero sepamos, ¿qué son tus dudas?

DISCÍPULO.—Muchas veces y en muchas ocasiones hablas del *espíritu puro* y del *ejercicio mental*, y yo no acabo de percibir bien qué cosa sea espíritu puro ni la forma que se ha de tener en el ejercicio mental.

MAESTRO.—Por cierto, hijo Deseoso, que me espanto mucho de que repares en cosas tan claras, y que en ese libro tienen lo principal. Está, pues, atento, que yo te

mostraré lo uno y lo otro con tanta distinción, que en ninguna manera la ignores de aquí adelante.

Y dejando el ejercicio mental para otra plática, quiero que sepas que puedes obrar en una de cuatro maneras: la prima es puramente corpórea; la segunda, mezclada de cuerpo y espíritu; la tercera, puramente espiritual; la cuarta, sobrenatural. Son como cuatro estados o escalones para la perfección. El primero dispone para el segundo; y el segundo, para el tercero; y éste, para el cuarto; y aun algunas veces se mezclan y se hallan en el ínfimo cosas del más alto, y en el más alto, cosas del más bajo; y no es inconveniente, sino necesario a tiempos y en ocasiones. Llamo *estado corporal puro* al primero porque todos sus ejercicios estriban sobre cosas corporales, ca [1] se enderezan a castigar, domar y humillar la carne y sensualidad ayunando, velando, durmiendo en camas duras y pobres, excusando las palabras ociosas, vanas y de murmuración y guardándonos con todo estudio de trabar amistades, particularmente de mujeres, cuya vista y pensamiento habemos de huir de todo en todo como fuego de alquitrán, si queremos aprovechar en este camino. *Hallé* (dijo el Sabio) *más amarga que la muerte la mujer, que es lazo de cazadores y una nasa* [2] *su corazón; sus manos, prisiones; el que es sabio huirá de ella, y el necio quedará enredado y su prisionero y puesto del lodo* [3].

Sobre todo te aviso que en todas tus obras y palabras mires atentamente la intención que llevas, porque si hay descuido y por esto se tuerce, toda la obra va torcida, y en los ojos de Dios, sucia y asquerosa. En este estado, cuando te pusieres a orar, procura cerrar los ojos corporales, que te será de mucho provecho para el recogimiento del corazón, y comienza por poco tiempo, como de media hora, y procura ir añadiendo hasta dos horas y media, en las cuales pensarás por pasos y misterios de la vida de nuestro Señor, su pasión y muerte sacratísima; procurando, cuanto fuere posible, conformar tus costumbres y acciones todas con las suyas de él, porque de esta manera te dispondrás maravillosamente para pasar al segundo estado. Y aunque de paso, te aviso que trabajes de aprender en esta lección tres cosas del Redentor: obediencia, pobreza, sufrimiento y un entero negamiento de la propia voluntad. ¡Oh qué riqueza tendrás cuando estas cosas hubieses alcanzado! La obscuridad del lugar para la oración mental es de gran provecho y más de lo que aquí te pue-

---

[1] *Ca*, contracción del *quia* latino, significa *porque*.
[2] *Nasa:* red redonda y cerrada con un arco.
[3] Eccl. 7, 27.

do decir, como tú mismo lo sentirás, si lo experimentares.

DISCÍPULO.—¿Y las imágenes no aprovechan para movernos a compasión y para otros sentimientos del corazón?

MAESTRO.—Mejor es lo que te enseño, porque lo que profundamente se rumia en la oración mental, quédase como pegado al alma; lo que de la vista corporal de las imágenes se nos recrece, luego se cae y se olvida salido de allí. Bueno y provechoso es y cosa religiosa mirar las imágenes de Cristo y los santos y leer en los libros las vidas de él y de ellos, que en esto no puede haber duda entre católicos; y cuando una imagen es devota, pega devoción y compone el ánimo y le levanta a lo espiritual.

DISCÍPULO.—¿Qué llamas profunda consideración?

MAESTRO.—Cuando cerrados los ojos corporales y apartado todo ruido exterior y interior, metido el hombre dentro de sí, comienza a pensar alguna cosa, se dice pensarla profundamente, porque es en lo más hondo de nuestro pensamiento; y cuando esto se hace por largo espacio, acrecentando siempre en la atención de la cosa considerada, se dirá consideración más profunda. Y si acaso no pudiere el que medita y ora meter su pensamiento en lo interior, ca muchas veces acontece no poderle recoger ni entrarle adentro, persevere sin estribar o forcejear con el corazón, pecho y sienes; sólo atienda a lo que queda dicho, a tener los ojos cerrados, y a ponerse en lugar quieto y sin ruido, y a que el tiempo sea más de hora, porque, si es poco, no podrá recogerse, y si mucho, alcanzará lo que desea. Porque *el fin de la oración*, como lo dice el Sabio [4], *mejor*, más provechoso y más sabroso *es que el principio*.

Y dejando esto para más de propósito, lo que principalmente te aviso es que procures fundar todos tus ejercicios en espíritu y en verdad; porque, como lo dijo Cristo a la samaritana, *Dios es espíritu, y los que le adoran* y reverencian y sirven *conviene que lo hagan en espíritu y en verdad* [5].

DISCÍPULO.—¿Qué quieres decir en esto?

MAESTRO.—Lo que toca al espíritu se quedará para el tercero grado de perfección; lo que hace a la verdad, te diré ahora que en dos cosas la has de procurar: una, de tu parte y en tu respecto; otra, en respecto de Dios. Andarás *en verdad* respecto de Dios cuando sintieres de su Majestad y reconocieres en él toda manera de perfección.

---

[4] Eccl. 7, 9.
[5] Ioan. 4, 24.

sin ninguna falta o mancilla de imperfección. Y esto es sentir en bondad y buscarle con simplicidad [6]; que propiamente es atribuirle todas las excelencias que con nuestra inquisición o investigación pudiéremos imaginar. Andarás *en verdad* respecto de ti mismo cuando sin ningún fingimiento sintieres de ti que ninguna cosa de bien tienes, ni la puedes hacer sin la divina gracia. Porque, como dice el Apóstol [7], *no somos suficientes a tener de nuestra cosecha, y dejados a solas, un pensamiento bueno, sino que nuestra suficiencia toda es de Dios.* Conoce tus faltas y descúbreselas en la oración a su Majestad así como en la verdad lo son, porque las conoce él de esa manera y quiere que así las conozcas y se las representes. Y no seas como algunos que, cuando se llegan a la oración mental, llevan consigo no sé qué manera de fingimiento secreto mucho y muy escondido que parece justificar algo a sí mismos y estar satisfechos de sus ejercicios, lo cual se descubre y manifiesta porque en su espíritu sienten una poca de obscuridad temerosa, de que está libre el que se allega a Dios según verdad, conociendo enteramente sus faltas y confesándolas enteramente y de todo su corazón.

DISCÍPULO.—Mucho me satisface esta doctrina.

MAESTRO.—Es admirable y tan necesaria, que, desfalleciendo o faltando en cualquiera de estos dos fundamentos, vendrás en dos males muy peligrosos. El primero, que luego dejará de crecer en tu espíritu el aprovechamiento, y se seguirá en el corazón una dureza insufrible que bastará a hacerte dejar el lugar de la oración y te pondrá miedo para que no vuelvas a ella. Digo que veles y te desveles por entender y penetrar bien estos avisos, si no quieres perderte en cualqier estado que anduvieres, aunque sea el más perfecto. Al fin, tu confianza toda hasla de poner en solo Dios, porque ése es tu bien [8]. Y guárdate que ni por un pequeño momento ni movimiento confíes en tus ejercicios ni desconfíes de la grande misericordia de Dios. Y no digo más del ejercicio puramente corporal, porque le tengo por el de menos provecho y anda lleno de menguas y no es acertado detenerse en él más de lo que pide el poco saber de los principiantes.

---

6 Sap. 1, 1.
7 II Cor. 3, 5.
8 Ps. 72, 28.

II

DISCÍPULO.—Síguese que trates del mixto, que consta de cuerpo y espíritu, que forzosamente ha de ser de más provecho y más gustoso.

MAESTRO.—La diferencia que hay de obrar entre estos dos grados es tan grande como la que hay entre los pies y las manos; que los pies sirven para andar y sustentar el cuerpo, pero no tienen arte, ni maña, ni disposición para hacer cosas sutiles como la tienen las manos, que parece que obran con entendimiento. Como le tenían las de David en el gobierno de su pueblo [9]: *In intellectibus manuum suarum deduxit illos.* Necesarias son (yo lo confieso y todos los santos lo confiesan) las obras exteriores penales, y necesarias como los pies, para sustentarse y no caer de lo comenzado el varón espiritual; mas los que se contentan con solas ellas y no procuran pasar adelante, casi del todo carecen de espiritualidad, como de sabiduría los pies en su obrar. Y si queremos, estando en este ejemplo, pasar adelante a los otros dos estados, hallaremos que difiere el tercero del segundo lo que los ojos de las manos, que, aunque en ellas resplandece sabiduría, su objeto es corpóreo y muy limitado y muy junto y presente, y de otra manera no pueden obrar. Los ojos obran de cerca y de lejos, y su obrar es con deleite; porque, como dijo el Sabio, *cosa es deleitable a los ojos ver la luz* [10]. Otra diferencia es que las obras de las manos se hacen con trabajo del espírtu, y como es obrar éste de imperfectos, proceden en su obrar con mezcla de engaños, mayormente si falta quien los enseñe y avise.

DISCÍPULO.—¿Qué engaños?

MAESTRO.—Que muchas veces piensan que es espíritu lo que sienten, y es puramente cosa de los sentidos y sensualidad. Como le sucedió a Jacob, que, creyendo que estaba con Raquel, se halló con la lagañosa Lía [11].

DISCÍPULO.—¿Cómo se han en la contemplación o en la oración los que andan en esta manera de ejercicio mixto?

MAESTRO.—Como un mercader cuando piensa en sus mercaderías, que como no sabe hacer diferencia del espíritu a la carne, todo se ocupa en ellas; piensan en las cosas de Dios con todo el hombre sin distinción, y viénenles algunas veces consolaciones con que su pecho es regala-

[9] Ps. 77, 72.
[10] Eccl. 11, 7.
[11] Gen. 29, 17 ss.

do, y sígueseles luego un contentamiento no razonable por cierto, porque creen ser aquello que sienten cosa espiritual, y no lo es sino del sentido.

Y hallarás algunos de éstos que con misterio dicen, como si nadie los entendiese, que la mística es cosa del cielo y que levanta el espíritu, y oyéndola tienen, a su parecer, sentimientos espirituales, siendo verdad que todo aquello no pasa de la sensualidad, adonde ellos sienten aquella manera de alegría, devoción o gusto. Y esto se ve claramente, porque los mismos efectos hace en éstos que en los que no saben qué cosa es espíritu ni tratan de ello. Otra cosa es en los verdaderos contemplativos, que cuando oyen los cantos de órgano y los instrumentos músicos hurtan el cuerpo a ese gusto que causa el sonido exterior y pasan a contemplar otras cosas más interiores y a la espiritualidad de aquellas consonancias armónicas que perciben los oídos.

Y esta manera de engaño se padece en las demás cosas corporales, en la hermosura de la rosa y en la suavidad y fragancia de los olores, y en los buenos sabedores de los manjares, y en las amistades que parecen de Dios y no lo son; las cuales cosas aprehende nuestra imaginación y parece que todo el cuerpo se regala y alegra en ellos. Al contrario, mucho es en la obra del espíritu, que, despreciando el alma todo lo presente, se esfuerza a contemplar lo que no se ve, como lo dijo y lo hacía el Apóstol [12]. De lo cual se sigue muchas veces enfriarse los miembros y partes exteriores y luz y ensalzamiento, con reformación de los interiores afectos y aficiones.

III

DISCÍPULO.—¿Qué engaño puede haber en las amistades, adonde no se halla ningún fin malo, sino mucho deseo de agradar a Dios?

MAESTRO.—No quisiera que me preguntaras eso, porque si te tengo de responder, ha de ser descubriéndote ahí una cantera que no sé cuándo se acabará. Entiende, hijo Deseoso, que hay grandes peligros en esas familiaridades, aunque so color de santidad, entre hombres y mujeres; ¡y mujeres y mujeres! Y ¡qué de caídas se han visto por ese camino en hombres de gran caudal y prendas!

DISCÍPULO.—Cierto que me has de consolar en esto, aunque se te haga dificultoso, porque he deseado años ha

---

12 II Cor. 4, 18: *Non contemplantibus nobis, quae videntur.*

oír de tu boca lo que no me dicen los libros ni yo por mí puedo alcanzar.

MAESTRO.—Ayúdeme Dios, que con harto temor de ofender a muchos entro en esta materia, aunque espero en Dios que serán más los desengañados y aprovechados. Y ¿por qué se ha de ofender de mí el que va a caer y le tengo para que no caiga, o estando caído le doy la mano para que se levante? Lo bueno que habrá en este discurso será que no pondré palabra mía, sino de San Buenaventura, que en el tratado que escribió *De modo confitendi et de puritate conscientiae*, en el capítulo 14, dice así: «Porque muchos parece que no curan ni advierten en conocer sus aficiones viciosas, y, por consiguiente, no hacen caso de confesarlas, como de verdad diligentemente se hayan de escudriñar y declarar juntamente con los vicios que de ellas nacen, por eso no me pasaré de largo sin decir aquí lo que en el particular siento. Muchos se aficionan a sí mismos, muchos a otras personas, algunos a las honras, otros a las riquezas, y todas estas aficiones y cada una de ellas es como un muro puesto entre Dios y el alma. Por tanto, ningún hombre que tuviese alguna de las dichas pasiones o aficiones puede aprovechar en el camino de Dios ni tener oración pura, y principalmente y en particular si la afición es carnal y de persona a persona»[13]. ¡Oh Señor! Y ¿qué de espirituales debajo de color de espiritual amistad y afición, derribó Satanás, y derriba cada día, del estado glorioso de la santa oración?

Esta es inquietud de la mente pestífera, la que inficiona la oración mental y vocal y la desperdicia y la que en el alma engendra y ejercita afectos contrarios a la misma oración. Porque como la oración pura purifica la mente y la alumbra, alegra, fortifica y engorda, ansí la afición carnal y sucia ensucia esa mente y la obscurece, entristece, debilita y la seca, y el cuerpo es enredado con las maldiciones de ella. Y porque hablo con espirituales y por solos ellos escribo estas cosas, sepan que, aunque la afición carnal sea peligrosa y dañosa a todos, mucho más lo es a ellos mayormente cuando conversan y tratan con persona que parece espiritual; porque aunque el principio de la amistad de los tales parezca puro, la frecuente familiaridad y trato continuo es un doméstico o casero peligro, detrimento gustoso y mal oculto debajo de color y máscara de bien. Esta familiaridad, cuanto más crece, tanto más enferma el principal y primero motivo, y la pureza

13 Atribúyese hoy día a Mateo de Gracovia (1335—1410), obispo desde 1405. Fué varón celebérrimo. Cf. PADRES EDITORES de San Buenaventura, *Prolegómeno* al tomo VIII, p. CXI.

de uno y otro es ensuciada y manchada, aunque no luego lo entienden, porque el infernal sagitario no arroja en los principios saetas con hierba, sino tales que lastimen poco y hagan la herida pequeña y aumenten el amor.

Empero, con brevedad suben a tal estado, que ya no como ángeles (como comenzaron) se hablan y ven, sino, como hombres vestidos de carne, los ojos fijos y sin pestañear el uno en el otro; heridos ya los corazones, alternativamente comienzan y prosiguen con mil diferencias de recomendaciones, con palabras blandas y adulatorias que parece que proceden de la primera devoción. De aquí nace que el uno apetece la presencia corporal del otro, porque la forma corporal en la mente de cada cual concebida los incita a la vista corporal, como si en ellos estuviese estampada la espiritual. Y así es que la espiritual devoción poco a poco se convierte en corporal y carnal, y sus ánimas, que en la oración solían hablar con Dios sin miedo, desde allí entre sí y Dios ponen la efigie o imagen corporal suya, la cual encubren y obscurecen representándose a sí y poniendo la faz de Dios con la de la criatura. Y no es cosa menos horrenda que, habiendo éstos de conocer y enmendar su propio yerro, en nutrimento de su error, juzgan todo aquello por de Dios y dicen que procede de grande caridad, por cuyo mérito pienso que se engañan a sí mismos y se mienten refiriendo el uno al otro que se tienen presentes en la oración para que la oración se haga más suave y deleitosa, como si les hiciesen fuerza a que el uno por el otro oren por gracia y virtud divina. Y por esto, la consolación que simplemente es carnal y sensual (la cual tienen en aquella representación hecha de sí mismos en la oración) estímanla y júzganla por espiritual y divina. ¡Cuántas ilusiones reciben del infernal sagitario, especialmente las mujeres, que más fácilmente dan crédito a estos engaños mentales! Si quisiésemos declararlas, sería cosa horrenda y casi imposible. Sienten en la dicha oración y representación mental un cierto calor encendido y arrojado de Satanás, el cual dicen y creen ser fuego de caridad * enviado del Espíritu Santo, que quiere unir el espíritu del uno con el espíritu del otro con ataduras de caridad, como sea fuego de torpe sensualidad y de amor sucio, como lo han mostrado y muestran cada día innumerables ejemplos.

Al fin, como se juzgan por unidos espiritualmente, con más seguridad les parece que pueden tratar y conversar más prolijamente y más a menudo, afirmando que esto no es perder tiempo, sino ganarle. Por tanto, buscan y hallan

* El impreso dice *claridad*.

modos maravillosos y desusados, cautelas y trazas para poder hablar frecuentemente, alegando causas entre sí de utilidad y necesidad pintadas, como de verdad no haya otra causa que carga de culpas a quien la razón se sujeta y se enloda. Al fin, ciegos de la concupiscencia carnal, el tiempo que de antes solían ocupar en la oración y en cosas espirituales, ya lo pierden en estas pláticas y familiaridades, trocando de esta manera las conversaciones divinas por las humanas, sin poder ni saberse despedir, sino es que la noche los despida o alguna causa inevitable los aparte, y entonces se apartan de mala gana y tristes, la cual tristeza es certísimo indicio de que el amor que los enlaza y une es carnal y sensual.

Finalmente, dejándose algunas veces llevar de la pasión amorosa, so especie de caridad, se dan las manos, manifestándose alternativamente el inmenso amor que está en sus corazones, ofendiendo en esto a la caridad dándole ese título a lo que es sensualidad y carne. Mas, ¡ay!, que en esta manifestación del secreto amor está el sumo peligro, porque de aquí se fabrican y forjan las saetas que mortalmente hieren sus conciencias y las matan con veneno de pecados. Y lo que sobre todo me parece horrendo a Dios, y a los ángeles, y a los hombres, y a los demonios es que ya se han visto algunas personas espirituales de nombre llenas de espíritu de lujuria que para excusa de sus torpezas se atrevieron a decir: *Se habuisse in illis actibus impudicis, magna sentimenta de Deo. Quod nihil aliud iudico, nisi quoddam incitamentum, et inductivum ad similia securius iteranda, et peiora perpetranda.* Dime tu, que tales cosas crees y admites, si éstos son verdaderamente espirituales como lo afirmas, ¿qué otra cosa habían de hablar y obrar sino aquello que puede proceder del Espíritu Santo? Lo provechoso y honesto, y no lo dañoso y torpe. ¿Qué tiene que ver el Espíritu Santo con torpes ósculos? O ¿qué honra le viene a Dios de ahí? O a ti, ¿qué provecho o necesidad para la salvación de tu alma o de tu prójimo para que sufras o ejercites tales tactos? ¿Qué convención o convenencia del espíritu a la lujuria? [14] ¿Qué presunción es esa tuya tan temeraria que oses hacer tal afrenta e injuria al Espíritu Santo, atribuyéndole a él el hedor de tu deshonestidad, que apenas pueden sufrir los demonios? ¿Qué temeridad es esta tuya, mujer hipócrita, arrojada lejos de la presencia de Dios, que digas y afirmes que la delectación libidinosa de la carne sea gracia y consolación divina? Apártate, fiera pésima, de mis confines y cotos, porque los ministros infer-

[14] II Cor. 6, 17.

nales no pueden sufrir tu presencia. ¡Ay de los heridos de esta saeta, que apenas se les puede dar remedio!

Pocas veces se confiesan pura y enteramente, porque se confunden de confesar y descubrir llanamente tantas veces esta su enfermedad al confesor, por temor de no descubrir algunas circunstancias anejas a la dicha afición; y así, o las callan o imperfectamente las dicen, usando de palabras y circunloquios que encubran su enfermedad. No confiesan la ocupación casi continua de la mente acerca de la persona amada, ansí en la oración como en las demás acciones suyas; las imaginaciones torpes, la vana complacencia del corazón, la memoria, la vista mental, la negligencia en evitar la presencia, los coloquios, los billetes de tarde y mañana y otras miserias que ellos experimentan cada hora. Por esto, muy de ordinario mudan confesores, o querrían, si pudiesen, mudarlos; viven por esta causa tristes y con tedios y disgustos, porque ni quedan satisfechos de sus confesiones ni dejan de sentir las olas que en su alma levanta esta pésima enfermedad. Lo peor es que, habiendo ellos de buscar médicos espirituales, cautos y peritos, experimentados y diestros que conociesen la enfermedad y sus causas y aplicarles remedio oportuno y conveniente, no sólo no lo hacen, antes si acaso topan con alguno de éstos una vez, otra huyen de él y nunca más vuelven a sus pies, y buscan confesores idiotas y simples, que ni conozcan el daño ni sepan dar remedio.

DISCÍPULO.—¡Terrible mal!

IV

MAESTRO.—El santo dice que no bastan para evitarle ayunos, disciplinas, cilicios, vigilias, oraciones largas, ni las demás cosas que afligen y maceran el cuerpo.

DISCÍPULO.—Pues ¿qué remedio?

MAESTRO.—Huir la persona, el trato y comunicación, porque de otra manera cada día crecerá más la llaga. San Jerónimo, en una epístola *Ad Oceanum, de vita clericorum*, tomo IX, dice de esta manera: «La mujer que vieres que vive bien ámala interiormente en tu alma; pero no frecuentes su casa ni su conversación corporal, porque el principio de la lujuria está en las visitas de las mujeres, y el mundo y ellas no se vencen mejor que huyendo, porque a los demás vicios y enfermedades espirituales puede alguno resistir y librarse de ellos, pero de éste no se libra sino con huída». Y en otra parte dice: «Que solo con sola, no se asiente en lugar secreto, sino que siempre tenga testigos, ni debajo de un tejado more con mujer

alguna, que si Eva echó del paraíso al que ya estaba avecindado en él, mejor impedirá la entrada al paraíso cualquiera otra mujer». Y en otra parte dice: «Que las vírgenes de Cristo o se han de amar igualmente o se han de ignorar igualmente». Y San Agustín dice: «Que se ha de hablar poco con mujeres, y eso con aspereza y rigor de palabras, y no se ha de guardar el hombre menos de ellas por ser santas, antes más, porque las que lo son llevan más el corazón, y debajo de cubierta de palabras melosas y blandas se mezclan y enredan en vicios de la sucísima lujuria». «Creedme (dice el doctor santo), obispo soy, en Cristo hablo, no miento; los cedros del Líbano, esto es, hombres de altísima contemplación, y grandes prelados de la Iglesia hallé debajo de este color bueno caídos, de cuya caída no tuve más sospecha que de Jerónimo o Ambrosio». San Bernardo dice: «¿Quieres conversar cada día con mujeres y ser continente? ¿Ereslo? Sea en horabuena; a lo menos no puedes huir la nota de sospecha. A mí me escandalizas; quita la materia y causa del escándalo, porque escrito está: *¡Ay de aquel por quien viene el escándalo!*» [15]

DISCÍPULO.—Espantado me tienes con este discurso.

MAESTRO.—¡Oh qué de cosas he visto en el tiempo que vivo en el mundo! Traigan los confesores y padres espirituales a su memoria lo que pasó de los alumbrados de Extremadura, y miren sus principios, medios y fines; y verán si hay por qué temer y recatarse y de dar al confesonario lo muy necesario y no más; y si es bueno o no visitar frecuentemente a las hijas de confesión, en ellas y en sí mismos lo podrán ver. Poco ha, no cumplido un año, que comunicando conmigo un hombre espiritual a su parecer y de muchos, le dije que iba perdido, porque le sentí inclinado a tratar espiritualmente con mujeres y seguía la voz de una lengua que le hablaba interiormente, la cual le hacía entender que se podía llegar a tanta perfección, que ningún peligro se pudiere temer de las conversaciones de las mujeres devotas; ¡y más que esto, y más que esto!; y tanto, que hoy día está penitenciado por el Santo Oficio; maldita sea su lengua y su trato.

DISCÍPULO.—Yo me consolara mucho si, ya que has llegado a tratar de esta materia tan necesaria en el mundo para desengaño de muchos, me dijeras las señales que pueden hallarse para discernir la amistad y afición espiritual de esa sensual y carnal que tanto has reprehendido.

MAESTRO.—El mismo San Buenaventura dijo eso de

---

[15] Matth. 18, 7.

manera, como si el Espíritu Santo se lo estuviera dictando para bien de las almas. Y porque suele (dice él) muchas veces paliarse y encubrirse la carnal afición debajo de especie de espiritual, como la cizaña entre el trigo, para que del jardín de la religiosa vida se pueda arrancar esta mala hierba, pondremos aquí algunas reglas breves, que servirán a los no experimentados. El amor espiritual es una noble virtud, y porque no se envilezca con la mezcla del sucio amor, como el vino con el agua y el bálsamo con otros licores viles, es menester grande cuidado y vigilancia. Muchas veces el amor que al principio fué bueno se muda en carnal por el poco recato de las personas y por sacarle de sus límites, haciendo excesos en el trato largo y conversaciones prolijas y de cada día, porque el astuto demonio al principio esconde el lazo de la tentación hasta que el amor va creciendo y se hace tenaz y se arraiga en el corazón, para que, unidos en uno fuerte e inseparablemente por este medio con el cuchillo de la carnal concupiscencia, los traspase cuando ya no es posible dividirse. Porque antes consentirán en cualesquiera pecados, aunque sean claros y manifiestos, que quebrarse la fe prometida y guardada de tanto tiempo y perder los servicios y prendas de su amistad. Y aunque consienten en esto con mucho dolor y amargura de su alma, prevalece, empero, la violencia del amor, que suele ablandar el vigor de la mente; como enflaqueció Dalila a Sansón con sus palabras lisonjeras, halagos y caricias [16]: Hízole semejante a los demás hombres, siendo el más fuerte de los hombres; privóle del espíritu de Dios; entrególe a sus enemigos, los cuales, preso, le sacaron los ojos y le pusieron a una tahona para que como una bestia moliese en ella. Y no se da por vencido el enemigo perversísimo con el tedio de esperar, ni con el trabajo, ni con dilatarse el consentimiento, si por algún camino después de largos años puede salir con su intento, porque ni tiene ocupaciones ni son otros sus estudios y cuidados sino en cómo trastornar a los buenos y precipitar en peor a los malos, cómo los detendrá en pecado y los impedirá del todo su salvación.

V

Sea, pues, el primer indicio del amor carnal que como el espiritual se sustenta y se apacienta de espirituales enseñanzas, pláticas y conversaciones, y aborrece las chufetas, ociosidades y cuentos fabulosos, éstos, al contrario,

---

[16] Iudic. 16, 6 ss.

de lo espiritual poco, y de sus coloquios inútiles, y en especial del amor que se tienen el uno al otro, insaciable e incansablemente rumian; de manera que para estas pláticas no bastan las horas, ni los días, ni todo el tiempo, sino que, cuando se pueden ver, siempre tienen materia copiosa de hablar, sin que pueda faltarles.—El segundo indicio es la insolencia de los gestos y movimientos, que, cuando igualmente se aman, amorosa y alternativamente se miran a los rostros: *Latus, lateri, femur, femori, manus ad manum tenent et comprimunt: deinde brachia, et lacertos, humeros et ubera sub vestibus, et ulteriora tangendo, blandiuntur. Aliquando amplexus, et furtiva oscula iunguntur;* y otras cosas semejantes que se hallan en el amor del siglo. Al contrario sucede en el amor espiritual, que tanta disciplina guarda en lo secreto como en lo público, que no busca rincones, antes los huye, si no es cuando a solo Dios quiere vacar y morar consigo a solas. Eso es lo que dijo el Apóstol: *Sicut in die, honeste ambulemus* [17]. El tercero indicio es la inquietud de corazón cuando están ausentes, pensando el uno del otro: ¿Adónde estará? ¿Qué hará? ¿Cuándo vendrá? ¿Por cuánto tiempo me dejó? ¿Si se acordará de mí? ¿Si habrá hecho ausencia su oficio? ¿Cómo no me ha escrito en tantos días? ¿Y qué será la causa? ¿Si está bueno en el cuerpo? Así es que, suspensos en este pensamiento, ni pueden orar libremente, ni vacar a Dios con quietud, ni hacer otra cosa; siempre distraídos y ocupados en esto. El consuelo y alivio de estos males (si alguno se halla) está en tener nuevas el uno del otro o hablar con los amigos a quien han dado parte de su afición. Y ¡qué lejos está de aquí el espiritual amor! En solo Dios reposa, y fielmente encomienda al Señor en la oración a su amigo cuando se ofrece oportunidad, sin distracción inútil compadécese de él cuando la razón lo pide y alégrase con moderación en su presencia.—El cuarto indicio y señal infalible del amor sensual es la impaciencia de consorte o compañero en el amor. Si hablaste con llaneza a otra persona, si os regalan o regaláis, si os escriben o escribís, todos estos miedos van a parar a pensar que la dejará por otra, o por otro, o que se entibiará y acabará el amor. Ahí es el dolerse, y el afligirse, y el turbarse. Todo eso es carne, y sangre, y Venus, y Cupido, porque el amor espiritual todos querría que fuesen amados juntamente, y en esto se goza y alegra, porque la caridad es una virtud que se deleita en dilatarse y comunicarse, y cuanto más se dilata, más crece, como el fuego, que cuanto más leña le echan, tanto mayor se

[17] Rom. 13, 13. *Como en día, vayamos honestamente.*

hace.—El quinto indicio es ira y rabia en las ofensas, tanto mayor cuanto más tiene de carne; y a la medida del amor suele crecer el enojo por cosas muy pequeñas; y se han visto enemistades crueles entre amigos muy estrechos. No se pueden perdonar las ofensas propias los que están tomados del fuerte vino del amor libidinoso. El afecto desordenado trae desordenados sentimientos. Al fin, cuanto más tierna la afición, más tiene de molestia la ofensa, especialmente cuando el uno no satisface a los antojos y deseos del otro, y mucho más cuando se teme desamor o inclinación a otra parte. De ahí se levantan quejas perpetuas, zaherir los beneficios hechos y la fe grande ya quebrada; síguense muchos juramentos, maldiciones y protestas de que no le hablará, ni le verá, ni pensará en él, pues que tan mal le ha pagado dándole males por bienes y odio por su mucho amor. A veces hay voces, afrentas, vituperios, maldiciones, infamaciones, descubrimientos de secretos y muchos otros inconvenientes de que tenemos larga experiencia. El amor espiritual es pacífico, tratable y que fácilmente perdona los yerros y flaquezas del hermano; y si le halla en algún pecado, con espíritu de blandura le corrige y enseña.—El sexto indicio del amor carnal son los presentes, las cartas y billetes dulces con amorosas razones y encarecimientos de amistad, las merendillas, los bocados partidos y sacados de la boca y la estimación de cualquiera cosa que la persona amada tocó o de que usó; las memorias y anillos, los cabellos, todo lo cual se guarda como reliquias y se trae muchas veces en los pechos por memorial y acuerdo de lo que se ama. ¡Oh qué contrario es esto todo al amor espiritual! Oye a San Jerónimo [18]: «Las dádivas ordinarias, las cintillas y apretadores, los bocados mordidos y ofrecidos, los papeles amorosos y dulces, no los tiene ni conoce el amor santo». Las puras oraciones, las intenciones espirituales y de edificación y las ayudas piadosas y a tiempo en la necesidad son apoyos y fuerzas del amor espiritual.—Síguese el séptimo indicio: Disimulación desordenada de los vicios, que se suelen éstos amar juntamente y sustentarse con las personas y defenderse desmintiendo a todos los que pretenden argüirlos de pecado, confederados para el mal como un ladrón con otro. El espiritual amor generalmente aborrece los pecados, y en particular en los más amigos. Porque así como el padre se duele más de la fealdad en el hijo que en el extraño, así Dios aborrece todos los pecados de todos; empero, en sus amigos en cierta manera los castiga más grave y ásperamente, como lo hizo con

---

18 HIERON., *Epist.* 2 *ad Nepoti.*

David y otros [19] y lo dice en su Apocalipsis San Juan [20]: *Yo, a los que amo, arguyo y castigo;* y no digamos más.

DISCÍPULO.—Harto has dicho, y tan necesario en el mundo, que no sé yo qué cosa más.

MAESTRO.—Algunos se sentirán y me reprehenderán, pero no por eso tengo de esconder la verdad, y más tratando cosas de tanta importancia para el desengaño de tantos engañados. Y si les pareciere que he andado largo en este discurso, les prometo que me hallo yo descontento de haber sido tan corto, porque me he detenido cuanto he podido por justos respetos que sólo Dios quiero que sepa, aunque en muchas cosas pudiera haberme declarado más.

VI

DISCÍPULO.—Prosigue lo que ibas diciendo acerca del estado medio, conviene a saber, mezclado de cuerpo y espíritu. Y primero me enseña, ¿cuánto tiempo bastará para salir del pasado y de éste?

MAESTRO.—No se puede señalar tiempo determinadamente; poco querría que fuese, porque son ejercicios imperfectos en muchas cosas, aunque aprovechan y son necesarios para venir al tercero y cuarto, y podrá por lo que queda dicho y diremos entender cada uno lo que le falta para llegar y procurará, cuanto mayor fuere su conocimiento, con más veras pasar a lo que más provecho le ha de traer.

DISCÍPULO.—Y cuando, por la divina gracia y misericordia de Dios, me hallare en el cuarto estado o en el tercero, ¿no me tengo de acordar del primero ni del segundo?

MAESTRO.—Todos los días has de tener la consideración un poco de tiempo de lo que vacares a la oración mental en pensar en tus defectos y pecados y en los beneficios recibidos de la mano de Dios y en tu desagradecimiento, hasta que del todo te sientas confuso y avergonzado conociendo tus vilezas en el acatamiento del Señor. Digo que no te pongas en alguna alta contemplación por tu voluntad sin haber hecho primero esta diligencia; si te llevare el espíritu, síguele, que como no está atado a leyes, no se las podemos poner. Digo, por acabar con esto, que así como la vieja ley, de doctrina del Apóstol [21], aunque tenía tantas ceremonias y tantas observancias legales, preceptos y vedamientos, no llevó a ninguno a la perfec-

[19] II Reg. 12, 10-12.
[20] Apoc. 3, 19.
[21] Hebr. 7, 19.

ción, por ser cosas todas corporales (como dice un Doctor), así, en estos ejercicios de que hemos hablado, ninguno será perfecto; por lo que el mismo Apóstol dijo: *Corporalis exercitatio ad modicum utilis est* [22]. A Marta le dice Cristo: *Marta, Marta, solícita andas y acerca de muchas cosas turbada, y no hay más que una necesariamente* [23]: y una a solas; esto es, con el ánima o espíritu puro, desterrada lejos la sensualidad, la has de buscar. ¡Ay del que por dos caminos entra! [24], conviene a saber, sin hacer distinción de la sensualidad al espíritu, que este tal no tendrá sucesos prósperos ni crecimiento en cosa buena. No quería Dios que arasen los hebreos con buey y jumento en un yugo [25], ni que se vistiesen de lino y lana [26], por darnos a entender debajo de figuras que aborrece mucho su Majestad estas mezclas de espíritu y carne, de razón y sensualidad y de las cosas divinas y corporales. El buey, amigo de soledad, significa el espíritu, y el jumento, insipiente y lerdo, la sensualidad; el lino, el hombre interior, y la lana, el exterior; mala junta para la vida espiritual.

DISCÍPULO.—En este estado, ¿de qué consideraciones me he de aprovechar para alcanzar luz y conocer la verdad?

MAESTRO.—Dos verdades querría mucho que hallases, en cuyo conocimiento está un tesoro inmenso de bienes escondido: quién es Dios y quién eres tú. De Dios has de conocer que es todopoderoso, y de ti, que nada puedes. De ti has de desconfiar totalmente, y en Dios has de confiar con gran satisfacción y seguro.

DISCÍPULO.—Parece que pones la fuerza toda de este ejercicio en solas esas dos cosas, en el conocimiento propio y en el de Dios.

MAESTRO.—Muchas son necesarias y de precios diferentes, como se hallaron en la edificación del templo de Salomón, de que la Escritura santa habla menudamente; empero, para el espiritual, lo más necesario, y que sirve como de cimiento, es lo que dices; y lo primero en orden es la aniquilación o conocimiento de nuestra nada, y para venir a conocerla nota que, recogiendo tus pensamientos dentro de ti, debes considerar sosegada y profundamente, antes que fueses hecho, qué había de ti en el mundo, y detente en esta consideración hasta que vengas a sentir un vaciamiento, esto es, un conocimiento verdadero de la

---

[22] I Tim. 4, 8: *El ejercicio corporal para poco aprovecha.*
[23] Luc. 10, 41.
[24] Eccli. 2, 14.
[25] Deut. 22, 10.
[26] Lev. 13, 47; Deut. 22, 11.

nada que eres, y entonces podrás entender que has llegado a él cuando no halles nada sobre que tu pensamiento estribe. ¡Oh doctrina preciosa, sin ti ninguno espere recebir lumbre ni consolación espiritual! Ninguno, digo, subirá a las altezas divinales que primero no descendiere cumplidamente a conocer su nada y sus tantas y tan grandes miserias. A este conocimiento pretendió el Señor traer a su amigo Job cuando, disputando con él, le dijo [27]: *¿Adónde estabas cuando yo ponía los fundamentos de la tierra? Y si tienes entendimiento, dime: ¿sobre qué están asentadas y fundadas sus columnas?* Como si dijera: Si quieres conocer exactamente tu nada, ponte a considerar lo que eras antes que hubiese tierra, que fué el material de que fué formado el primero hombre; ¿qué eras tú en aquel tiempo?

DISCÍPULO.—Nada, y si hay cosa menos que nada, eso era.

MAESTRO.—Si esta consideración se hace por largo espacio y muchas veces y con mucha atención y veras, nace en el alma un sosiego interior con alguna luz que nos descubre la verdad tras que andamos, y a veces es grande esta luz, y con la poca que yo tengo te sé decir, que ninguno podrá aprovechar cosa alguna en la contemplación hasta haber alcanzado este conocimiento de sí mismo, porque el edificio espiritual de aquí comienza [28]: *Cum consummaverit homo, tunc incipiet: et cum quieverit, tunc operabitur.* Cuando acabare el hombre de conocerse a sí, entonces comenzará a conocer a Dios, y cuando se quietare y sosegare, entonces obrará, porque la misma razón natural lo llevará y encaminará a conocer cómo Dios lo hizo con su poderosa mano; y este conocimiento será experimental y no de oídas, cual es el que de los libros se alcanza, y de la conversación y trato de los sabios, que no se pega en el corazón, antes se cae con facilidad. El que se alcanza por meditación profunda, arráigase en lo íntimo del alma, y allí mismo se va criando y arraigando un entrañable amor y reverencia a Dios, como cosa natural y no postiza que persevera con nosotros y es causador de grandes bienes. A este conocimiento nos despierta y provoca el profeta Isaías, diciendo [29]: *Mirad que sois hechos de nada, y vuestras obras, de lo que no tiene ser.* Ahonda aquí, hijo Deseoso, ahonda aquí, si quieres sacar bien cimentado el edificio espiritual, y vuelve luego el rayo de la consideración de espacio a las mercedes y beneficios que de Dios recebimos todos en la creación, por-

[27] Iob 38, 4.
[28] Eccli. 18, 6.
[29] Is. 41, 24.

que, habiéndonos formado de la misma materia que a las demás criaturas [30], hasta las lagartijas, serpientes y bestias fieras; así, nos dió señorío sobre ellas, que todas nos servimos muy a costa de ellas y a nuestro descanso [31]. Y no quiero alargarme aquí en materia de beneficios por haber tanto escrito de ellos; pero ruégote a ti y a todos los que de mis trabajos se quisieren servir que muy por menudo piensen en los beneficios de Dios y escudriñen cada cosa de por sí y la obligación en que nos puso Dios por todo cuanto crió, pues todo está a servicio del hombre. Las habilidades de todas las criaturas son beneficios especiales nuestros; los males que otros padecen, la luz del sol, luna y estrellas, las aves, los peces, las plantas, las frutas, los animales; los sabores, los olores y los colores que recrean lo sentidos, etc.

VII

DISCÍPULO.—Por cierto, padre, yo estoy espantado de oírte.

MAESTRO.—¿De qué?

DISCÍPULO.—De que abominando tanto algunos de nuestros tiempos de la meditación y consideración de las criaturas y negando y poniendo entredicho al pensamiento aun en las cosas divinas que aun de Jesús no quieren que le tengan sus discípulos, quieras tú que me ocupe en meditar en una lagartija, y en una hormiga, y en una violeta, y en los pececillos y otras sabandijas de la mar y de la tierra. Claro está que el sentido, ocupado en muchas cosas, se disminuye y mengua y es menor a cada una de ellas, y que, puesto el pensamiento en las criaturas, que se ha de menoscabar en la consideración del Criador.

MAESTRO.—Muy bien has dificultado y muy a tiempo. No solamente se impide el pensar en Dios ocupándonos en las criaturas, sino también digo que todos los males que hay en el mundo entraron por haberse divertido los hombres de la inquisición del sumo y sempiterno Bien a la de estas cosas exteriores y de afuera. Como lo dice el Sabio en muchas partes de sus libros, especialmente en el capítulo tercero de la Sabiduría [32]: *Impii, secundum quae cogitaverunt, conceptionem habebunt, qui neglexerunt iustum, et a Domino recesserunt. Hinc labores eorum sine fructu, et inutilia opera eorum.* Pero advierte que no es mi intento apartarte de Dios y ocuparte en las criaturas.

[30] Ps. 8, 5 ss.
[31] Gen. 9, 2.
[32] Sap. 3, 10-11.

ni yo he enseñado jamás tal doctrina; lo que digo es que por las criaturas investiguemos y busquemos al Criador. Sí, que contemplando yo en una criatura la omnipotencia de Dios y el amor que allí me enseña, no lo contemplo para quedarme allí, que eso sería ofender a Dios y apartarme de él; lo que hago es incitar mi ánima con el conocimiento de Dios, de su omnipotencia, bondad y amor a los hombres y levantarme luego a él, dejando la tal criatura con todo lo corpóreo y visible que tiene, tomando la espiritualidad que allí contemplo.

De manera que no se derrama mi pensamiento en las criaturas, antes se recoge y se acoge a Dios dejándolas a ellas. Uso de ellas como de instrumentos y como de medios para hallar a Dios; que como él sea invisible, no le podemos conocer sino por sus obras, como no conocemos las fuerzas de alguno sino cuando hace obras de gran fortaleza, como viéndole alzar un gran peso o echar lejos una pesada barra de hierro. A San Antonio Abad arguyeron y aun reprehendieron unos filósofos porque siendo idiota se hacía maestro y enseñaba a algunos que venían a él, a los cuales respondió: «Las criaturas son mi libro en que continuamente estoy leyendo, y recibo luz y conocimiento del Criador por medio de ellas y de ahí saco lo que enseño a mis discípulos». Y en el libro de la Sabiduría se escribe [33] que *de la grandeza y hermosura de las criaturas se puede venir sin errar en conocimiento del Criador;* para lo cual se requiere inteligencia, porque para pasar de lo visible a lo invisible, ojos intelectuales son menester. Al fin, por lo que veo y contemplo en las criaturas, me levanto al conocimiento del Criador de ellas, y le conozco todopoderoso, infinitamente bueno y hermoso, con infinita distancia sobre todas [34]. De aquí nace el amor con otros efectos maravillosos que no alcanza el necio ni percibe el desvanecido y mentecato pecador. Y en este orden de meditar, no te olvides de la fábrica y compostura del hombre, de su capacidad interior, de sus dotes y habilidades, cuyo conocimiento hizo casi desfallecer al rey santo [35]: *Mirabilis facta est scientia tua ex me: confortata est, et non potero ad eam.* De esta consideración nace un conocimiento grandísimo de que todo el hombre así como está es de Dios y nada suyo y que a nadie debe sino a Dios. Suyo es todo su amor, suyo el pensamiento, suyos los deseos; y aunque no hubiera cometido otros pecados que no haber acudido a esta tan forzosa obligación de amar a su Bienhechor, se condenara como el mal siervo que escondió

[33] Sap. 13, 5.
[34] Ps. 91, 6.
[35] Ps. 138, 6.

el talento de su señor, y al tomar de las cuentas fué mandado echar en tinieblas exteriores y condenado para siempre [36]. Sobre todo hace para el conocimiento de nuestra nada y de la necesidad que tenemos de Dios la meditación profunda de los pecados (de que tengo dicho lo que basta en el segundo de los diálogos de la *Conquista del reino de Dios)* y de la pasión del Señor; y no digo más de este estado medio, que justamente se puede llamar de *iluminación,* porque todo se ocupa en sacar motivos de las criaturas y de los generales y especiales beneficios para conocer más a Dios y a sí mismo, y por aquí desconfiar de sí y fiar de sólo y en solo Dios.

VIII

DISCÍPULO.—Falta ahora que trates del puro espíritu.

MAESTRO.—Para eso pido yo a nuestro Señor que me envíe el suyo, que sin él, *factum est nihil,* no se dirá cosa que importe, y es esto lo que más nos importa. El propio obrar del puramente espiritual es con el entendimiento en las cosas que la fe enseña, dejando toda imaginación y forma corporal y las demás cosas que la costumbre y conversación de nuestro miserable estado ha formado en el hombre, aunque parezcan espirituales. Dije *imaginación corporal* como cuando nos ocupamos en contemplar la grandeza de Dios comparándole con las criaturas, en que resplandece más su grandeza, cielos, tierra, mar, etc. En esta ocupación tan excelente debemos huir de forcejear con el corazón y con la cabeza, porque notablemente impide en este ejercicio; es mezclar la carne con el espíritu, y está escrito en el Evangelio: *Espíritu es Dios, y quiere que sus siervos* sean espirituales *y que lo adoren en espíritu y verdad* [37].

DISCÍPULO.—¿Cuándo adoramos en espíritu?

MAESTRO.—Cuando la consideración de nuestro entendimiento se ocupa en las excelencias y bondades de la Divina Majestad, limpia del polvo y paja de las cosas corporales. Lo que digo es que siempre que pensares en Dios le consideres sin principio y sin fin, lo cual no alcanza la carne ni la sangre, y así, en cuanto entendieres y contemplares en la soberana Bondad has de procurar que preceda una suavidad con sosiego y quietud en el entendimiento, lo cual ha de proceder de la consideración profunda de que en la divina Esencia no hay cosa que se envejezca,

[36] Matth. 25, 30.
[37] Ioan. 4, 24.

ni se marchite, ni crezca, ni mengüe. Así que debes desterrar de tu entendimiento cualquiera pensamiento de mutación en Dios; ni pienses que es uno cuando sientes devoción y otro cuando no la sientes, ni que se trueca o muda en los tiempos, ni que se diferencia con los días y las noches. Es un Ser eternal, *apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio* [38]. Son nuestros sentidos obscuros y tenebrosos e incapaces para percibir la perpetua infinidad y anchura alegre, suave y sin medida de Dios en todas y de todas maneras; son lo que dijo el proverbio: *Jumento a la música suave de la vihuela.*

El puro espíritu procede por contraria manera, que ninguna cosa le satisface que no sea infinita en grandeza, infinita en potencia, infinita en bondad, eterna y sin principio ni fin. Aquí es el alma enriquecida más de lo que yo sabré encarecer, aunque debe andar con cuidado, porque los demonios no duermen, antes trabajan cuanto pueden por impedir nuestro aprovechamiento y aun por derribarnos en pecados, para lo cual se aprovechan de nuestra sensualidad, Dalila conocida que engañó y derribó a Sansón y le hizo sacar los ojos y moler a una tahona, y al fin le acarreó la muerte [39]. Tiene grande amor el espíritu con su carne y sensualidad, y en recibiendo algún consuelo, luego quiere darle parte, y luego queda ciego, como los ojos muy claros cayendo polvo en ellos. De que le viene comenzar a proceder desatinadamente, enfríase, endurécese y entristécese el corazón, de manera que el que estaba caluroso y inflamado en el conocimiento y amor de la Suma Verdad, viene a haber miedo y a no poder sufrir estar en el lugar de la oración.

DISCÍPULO.—¿Qué cosa es dar parte el espíritu a la sensualidad?

MAESTRO.—Consentir que con la limpia y pura visión del entendimiento se mezcle el sabor del pecho y del corazón carnal. Cuando comienza el hombre a contentarse todo y gozarse de un ardor apasionado por todo el cuerpo, dentro y fuera, que le obliga a salir como forzado a dar voces y gemidos recios, soltando el aire o resuello detenido impetuosamente y con fuerzas; gozo hay aquí, pero no legítimo, como algunos varones espirituales quieren, de que es conjetura que se suele acabar en un obscuro y temeroso fin. Algunas veces crece esta pasión hasta un amortecimiento que algunos llaman *arrobo*, lo cual vemos algunas veces en personas de flaca complexión, como lo son las mujeres, que con pequeña ocasión se quedan amortecidas.

---

[38] Iac. 1, 17.
[39] Iudic. 16, 21.

DISCÍPULO.—¿Cómo se podrá conocer si eso es pasión sensual o espiritual arrobamiento?

MAESTRO.—Cuando en el amortecimiento se hallare el hombre tan muerto que ninguna cosa sienta ni entienda de los misterios celestiales, es negocio de la sensualidad o sentidos, y no se debe llamar éste *rapto* ni elevación, sino sufocación o privación de los sentidos interiores y exteriores. En el arrobo verdadero, el ánima entiende y obra como puede, recibe luz, calor e inteligencia. Y aun otra señal hay para discernir y conocer la falsedad de este arrobo, y es que, comenzando estos movimientos corporales, se va deshaciendo y desapareciendo la visión espiritual hasta quedarse seco el contemplativo. Bienaventurada el alma que sabe hacer distinción entre el espíritu y la sensualidad, porque será como boca de Dios, según que él dijo por Jeremías [40].

DISCÍPULO.—Más luz he yo menester para entender esta doctrina que distingue el espíritu y le aparta de la sensualidad.

MAESTRO.—Nota que los sentimientos espirituales son de todo en todo diferentes de los sensuales, y podrás conocerlos por sus efectos; uno es inflamación del cuerpo, corazón, pechos y sienes, con mengua de luz intelectual; comienza con verdadera lumbre, lo cual el espíritu siente, mas luego que da parte a la sensualidad comienzan a inflamarse las partes corporales, y a secarse, y a enfriarse, y a menoscabarse los sentimientos espirituales, hasta consumirse y acabarse, como queda dicho. En los varones espirituales, que apartan lo precioso de lo vil, que se guardan limpios de lo sensual, comienzan con luz verdadera del entendimiento, la cual va creciendo con dilatación y aumento de la espiritual visión en que comienzan, y ésa va haciendo obras vivas en el alma, cuales son reformación de aficiones; deseo de tiempo para vacar a la oración mental; amor quieto, suave y desapasionado, que atrae el ánima del contemplativo como con halagos y quitándole los temorcillos va plantando poco a poco en el hondón de ella confianza de Dios y esperanza de venir a la perfección, con un claro conocimiento de que ninguna cosa provechosa por sí solo puede obrar y con un sentimiento del favor divino que apenas se puede decir de dónde o por dónde le viene. Imprímese en el corazón una preciosa estimación de las cosas espirituales y que no se ven, las cuales así cree y se le descubren cada día más, que ya no siente ni entiende que fuera de ellas puede haber alguna que de estimar sea, y por la presencia de Dios, que ya

---

[40] Ier. 5, 1-5.

siente el alma acercarse y estar vecina, así desestima todas las cosas que fuera de Dios considera, que se espanta mucho cómo los hombres pueden volverles los ojos ni pagarse de ellas. Como sería cosa de escarnio ver a un hombre grave, sabio y honrado jugar al trompo con los niños o una señora viuda entretenerse haciendo muñecas. Aquí suele desfallecer la carne y sus sentidos y sentimientos a la manera de un hombre desmayado, que, sin mirar en ello, se le caen los brazos y se descompone todo. Y en este estado considero yo a la esposa cuando en los Cantares [41] decía: *Fulcite me floribus, stipate me malis quia amore langueo.*

IX

DISCÍPULO.—Según lo que has dicho, no apruebas lo bullicioso en la oración; digo las voces, los gritos, los bramidos, los gestos y movimientos feos que algunos tienen.

MAESTRO.—Ya eso queda dicho, y ahora lo vuelvo a decir, que lo tengo por engañoso y, por consiguiente, de muy poca satisfacción para el alma. Es cosa violenta ésa, y, como dijo Isaías, no se efectúa sin alboroto y sangre [42], y es necesario *fuego del cielo que queme lo imperfecto y abrase lo vicioso* y reprehensible. Y en esta cuenta entra lo que ya dije de los arrobos, adonde el alma es privada de la lumbre intelectual, de manera que, despertando y volviendo en sí el arrobado, si le preguntan qué vió, dice que ninguna cosa; esto más es imagen de muerte que elevación de ánima, porque en el legítimo rapto es acrecentando la visión espiritual tanto más cuanto el arrebatamiento es más perfecto y cuanto menos queda de sentidos exteriores. Que de la santa Escritura sabemos que, queriendo Dios mostrar a algunos de sus amigos grandes misterios, primero los disponía con privarlos de los sentidos corporales. El ejemplo tenemos en Abraham, que, queriendo Dios revelarle grandes secretos de su encarnación y los muchos trabajos que sus descendientes habían de padecer en el cautiverio de Egipto, su libertad y buenos sucesos, habiendo peleado todo el día ojeando las aves que le querían comer el sacrificio. *Cumque sol occumberet, sopor irruit super Abraham, et horror magnus et tenebrosus invasit eum* [43]. Y luego se siguieron las visiones y revelaciones. *Sive in corpore, sive extra corpus nescio* [44]. No sabe

[41] Cant. 2, 5: *Apoyadme con flores y cercadme de manzanos, porque desfallezco de amor.*
[42] Is. 6, 7.
[43] Gen. 15, 12.
[44] II Cor. 12, 4.

el Apóstol de sí; quedó casi muerto, sin sentido ninguno, pero no ahogada la inteligencia. *Audivi arcana verba quae non licet homini loqui.* No son capaces los hombres puestos en carne mortal de cosas tan altas: o han de morir o perder los sentidos exteriores.

DISCÍPULO.—Algunos, de pensar en la pasión del Señor, se amortecen y quedan como fuera de sí.

MAESTRO.—También se desmayan muchos flacos de corazón de ver sangrar una persona; el principio de ésos no es malo, pero debe el contemplativo refrenarlos cuanto pudiere, porque dejándose llevar será privado de la fructuosa meditación de la pasión del Señor ya comenzada, al fin de la cual está el enriquecimiento. Pues si son vistos en tal ocasión, suele la vanagloria embestir con ellos y hacerles mucho daño. Cuando, pues, te pusieres a pensar alguna cosa devota, trabaja de sacar tu entendimiento de toda forma (como queda dicho) y imaginación y comparación corporal, y entiende que ésta es obra del entendimiento y de la voluntad, la cual no se fatiga, ni encierra debajo de alguna medida o cantidad, ni se espanta ni maravilla de cosa que conozca de Dios, antes de su tibieza y negligencia, que tanto tiempo haya estado sin ese conocimiento.

Los imperfectos y que no se han despegado de sí mismos, que aun son carnales y están atados a los sentidos, luego hacen espantos, admíranse y padecen movimientos penosos, que como nunca supieron sino de cosas pequeñas, en sintiendo alguna que representa grandeza o preciosidad, salen luego, por la angostura y estrechura de su costumbre, en las dichas admiraciones con calor grande del corazón y una suavidad y dulzura aniñada en el pecho, a que se sigue (como ya dije antes de ahora) enfriamiento acerca de lo que ha sentido, dureza de corazón y alguna tristeza y caimiento, lo cual todo dice imperfección, como lo advirtió Scoto [45].

La operación del puro espíritu es como la de los ojos corporales claros y buenos, que por muchas cosas que vean grandes y admirables, ellos no se admiran; admírase, empero, el corazón, como se lee en la reina de Sabá, que vista la magnificencia y casa de Salomón y su grande sabiduría, *non habebat ultra spiritum* [46]. Digo que en el puro espíritu no hay admiraciones, ni pasmos, ni embelesamientos; cuanto más ve el alma, más siente su falta, y las cosas maravillosas que se le representan y descubren la despiertan y avisan a conocer más su nobleza.

DISCÍPULO.—Mi rudeza es tanta, que con cuanto has

---

45 SCOT., III *Sent*, d. 27.

46 III Reg. 10, 5: *No le quedó aliento, no podía respirar.*

dicho no he podido comprehender qué llamas espíritu puro y la calidad y fin de sus operaciones.

MAESTRO.—Espíritu es una cosa que Dios puso en la cárcel de este cuerpo, una ánima tan grande y tan dispuesta para recibir grandes cosas, mayores mucho que esta nuestra conversación pudo jamás desear ni estimar, ajena de todas las propiedades corporales y que ninguna proporción tiene con ellas en sus operaciones. Este espíritu causa en nosotros una insaciable hambre y sed de las cosas venideras, todas ajenas de cuerpo, honras, duración para siempre, etc., las cuales en ninguna manera se pueden palpar; su obrar de él es sin fatiga, antes con suavidad cuando procede ordenadamente, desnudándose y apartándose lejos de la sensualidad.

DISCÍPULO.—¿Qué llamas sensualidad?

MAESTRO.—Todo aquello que pende de los sentidos exteriores y de la imaginación, no pecado ni vicio carnal o sensual. El puro espíritu ha de andar por sí, sin mezclarse con lo corporal, como el aceite sobre el agua, que jamás se mezcla con ella por más que trabajes en ello. Y cuando te vieres deseoso de consolación en cosas corporales, entiende que estás preso en el lodo de la sensualidad, eres hecho corporal y reducido a la cárcel de los sentidos. Es el espíritu puro como la llama del fuego, que no consiente que se le llegue cosa alguna, y si se le llega, la consume. Todo lo penetra el espíritu, aun las cosas profundas de Dios, como dicen el Apóstol y el Sabio [47]: *Penetrabo omnes partes terrae et inspiciam omnes dormientes.* Penetra hasta llegar a Dios, y no puede pasar de allí a la fruición, que para eso ningunas fuerzas naturales bastan. Es menester que Dios ayude y dé la mano.

DISCÍPULO.—Cuando contemplo en Dios y me vuelvo a él, ¿adónde le tengo de considerar?

MAESTRO.—Algunos le consideran en el cielo, y levantan los ojos intelectuales, y aun los corporales, a aquella parte, con poco fruto en su ejercicio. El modo más perfecto de contemplar es entrarse el alma en sí misma y buscar dentro de sí a Dios, donde se suele hallar con mayor libertad que en los cielos o en la tierra; porque como la inmensidad de este efecto sobrepuje al cielo empíreo, aunque el ánima en este profundo valle puesta busque a Dios en sí misma, verdaderamente se dirá estar levantada muy más alta que los cielos, porque Dios, con quien está, es más alto que ellos. Sea, pues, la conclusión más importante en esta materia que, siendo verdad católica que Dios está en toda parte, y cada vez que le considerares aquí o

[47] Eccli. 24, 45.

allí, en tal o en tal lugar, en el cielo o en los abismos, te estrechas y en alguna manera te haces menos capaz de recibir sus divinas influencias. ¡Oh cuán diferente negocio es considerar las cosas lejos o cerca! En lo uno hay suavidad, y en lo otro, estrechura y congoja. Piensa de Dios que lo tienes dentro de ti y éntrate en él, y sentirás consuelo y alegría que no se puede decir; considérale en el cielo, y hallarás en ti mismo mengua y fatiga en tu corazón.

DISCÍPULO.—Al fin, se dirá levantar el espíritu a Dios el recogerse el alma dentro de sí misma, aunque no se acuerde del cielo.

MAESTRO.—Como se dirá subir y bajar el que, teniendo dos cosas delante de sí en un mismo lugar, una vil y otra preciosa, si quita de la una el pensamiento y le pone en la otra, levantarle ha cuando pensare en la de más precio, y abajarle ha cuando en la que menos vale. Algunas veces pienso que quiso el Apóstol enseñar este modo de contemplar a sus discípulos cuando dijo [48]: *Por esto, las rodillas por el suelo, al Padre de nuestro Señor Jesucristo pido y suplico que os conceda por su espíritu divino que, corroborados y fortalecidos en el hombre interior, arraigados y fundados en la fe y caridad, podáis comprehender con todos los santos qué sea longitud, latitud, altura y profundidad,* etc. Es decir, que a cualquiera parte que nos convertimos, lo hallaremos todo lleno de Dios. El mismo, hablando con su amigo Job, le dice estas palabras: *Forsitan vestigia Dei comprehendes?* [49] ¿Acaso podrás sacar a Dios por la huella? *Excelsior caelo est, profundior inferno, longior terra et latior mari.* Luego no es lo más acertado poner la consideración en el cielo, ni en el mar, ni en la tierra, ni en el infierno, porque eso es poner a Dios en estrecho y estrecharse nuestro entendimiento.

La perfecta forma de contemplar a Dios es hallarle y contemplarle así en lo bajo como en lo alto, como a los lados, infinitamente incomprehensible, y hallarse el alma sumida en el medio de una suave hondura entre lo alto y lo profundo, lo angosto y lo largo, que son las cuatro dimensiones del Apóstol, y el cielo y el infierno, la tierra y la mar, que dice Dios a Job. Considerar a Dios solamente en el cielo es como si te pusieses a mirar la mar desde la orilla, que sólo verás de ella lo que tienes delante de los ojos; otra cosa sería engolfado en esa mar, adonde sería agua cuanto vieses y no vieses. Digo, hijo Deseoso, que esta manera de contemplar es de poco fruto, porque no nace o mana de la verdadera y limpia inteligencia, quiero

---

[48] Eph. 3, 14-19.
[49] Iob 11, 7-8.

decir, que no viene del derecho y sin mancilla conocimiento de Dios. Contémplase Dios según nuestra fantasía y no como de verdad él es, porque siendo inmenso e incomprehensible, le limitamos y le damos lugar como si no fuera el que es. Y aun faltamos a nosotros mismos en esta obra, porque nuestra ánima, cuando obra intelectualmente, obra muy de otra manera que cuando obra según lo corporal o sensual.

Toda el ánima es dispuesta y sin embarazo para ver, ni hay en ella alto ni bajo, ni lados derecho o izquierdo, ni espaldas ni delantera. Dispuesta es para recebir la luz del cielo, como lo es la niña sana del ojo para recebir la del sol material. Y como si el cuerpo fuera todo ojo vería a todas partes sin diferencia, así el ánima, a cualquiera parte que se convierta, tiene disposición para ser alumbrada y para ver, no de suyo, aunque tenga la disposición que decimos, como ni en el ojo corporal, aunque muy sano y claro, puede ver cosa alguna si no se aclara el medio con la luz; de manera que, aunque yo tengo los ojos abiertos y rasgados, con ansia de ver lo que tengo junto a mí, si falta la luz, es imposible ver, así digo en el propósito que es por demás enviar nuestro entendimiento lejos, porque lo que él busca y ha menester no podrá alcanzarlo, si Dios por su bondad no le envía su luz y su verdad y se lo comunica. Y así dicen los contemplativos que el movimiento de buscar lejos a Dios es dañoso; fatígase el entendimiento, y fatigado, se turba, y turbado, se hace inhábil para recebir las influencias de la mano liberalísima de Dios. No salgas de tu casa, ánima contemplativa; mas en cumplido reposo y pacífico sosiego espera las visitaciones del muy alto; él te vendrá a buscar si con silencio le esperas; que eso es lo bueno, como lo dijo Jeremías. Y el Eclesiástico dice [50]: *Ne laboretis, non enim comprehendetis.* No trabajéis como si por vuestro trabajo, inquisición y trazas hubiésedes de alcanzar este estado. *Non enim comprehendetis.*

Reposa, hijo, dentro de ti y asienta en tu memoria el poder infinito de Dios, que conociste en la contemplación, y verás que, estando el entendimiento quieto en esta forma y suavemente entendiendo, sin hacer fuerza mira arriba, y halla infinidad, y casi doblándose sobre sí mira a todas partes, y hallando lo mismo, hállase sumido y anegado en el medio, y así tanto siente de la omnipotencia de Dios arriba como abajo, a un lado como a otro, atrás como adelante. Y si envías tu afición a lo alto, de necesidad te has de apartar de las otras partes y se te ha de menoscabar el

[50] Eccli. 43, 34.

sentimiento que solías tener en derredor de ti de aquella inmensidad. Digo que así como el ojo ve mejor estando abierto y quedo que cerrándose y abriéndose y pestañeando, así nuestro entendimiento, cuando no envía su inquisición a ninguna parte, mas en cuadrada manera hace su obra de la consideración de la omnipotencia *, pasa sin desasosegarte ni inquietarte a la de la bondad de Dios, y cuando mirares sobre ti, hallarte has en medio de un amor infinito en grandeza y en bondad. Tras esto haz memoria de todas las cosas deleitosas que han venido a tu noticia, y mira contemplando que todas sus hermosuras, olores y sabores y las demás calidades y propiedades buenas, para consuelo y recreo de los hombres, han manado de aquel Señor, y todas juntas son como una gota de agua y menos respecto del mar. Junta muchas de estas cosas, y en especial algunas que te hayan dado mucho gusto o por su buen sabor o por la fragancia y buen olor que tienen, y considera atentamente: si una cosa sola tiene en sí y comunica tanta suavidad y recrea tanto los sentidos que arrebata muchas veces todo el hombre con admiración, ¿qué harán muchas de aquel género que en diversas partes del mundo se hallan?

Esto mismo has de hacer de todos los linajes de criaturas, en las cuales se halla hermosura, grandeza, suavidad y otras maravillas, de que, rodeado como un grande escuadrón, dirás con el profeta, lleno de espanto: *Quam magnificata sunt opera tua, Domine*, etc. [51] Y considera luego qué mar de maravillas, y de deleites, y de sabores, y de consuelos será aquel de donde participan y reciben todos aquellas buenas calidades tan provechosas y deleitosas. Ten por cierto que en esta manera de contemplación, como no estribes en tu inquisición y arte, ni trates de sacar devoción estrujadamente como quien saca por alquitara agua de hierbas olorosas (porque sólo has de buscar el conocimiento verdadero de Dios para adorarle, reverenciarle y amarle, a que todas estas criaturas te han de mover y encaminar), sin duda recibirás grandes consolaciones y recreos espirituales; unas veces más, otras menos, según la resignación y la pureza de intención y la atención y sosiego con que esto hicieres. A estas consideraciones de la grandeza, bondad y sabiduría de Dios has de añadir otra admirable, conviene a saber, que tanto tiene de comunicativo, amoroso, provechoso y deleitable para los que de verdad se llegan a él y con diligencia le buscan cuanto de grande y poderoso. Y, sobre todo, tiene una virtud

* Recuerda la doctrina de fray Bernardino de Laredo en la *Subida del Monte Sión*.

[51] Ps. 91, 6: *Señor, ¡cuán engrandecidas son tus obras!*

atractiva, con que escondidamente y de secreto traba de las almas y las arrebata para sí, de manera que no puede su afición holgar en otra cosa ni descansar, si se hallan sin aquel calor refrigerante, hasta que lo vuelven a cobrar.

Para esto has de mirar e investigar atentamente la causa de haberlo perdido, y hallarás por una maravillosa manera que de lo íntimo de tus entrañas sutilísimamente se te dice la razón por que te enfriaste y perdiste aquel divino calor y lo que adelante debes hacer y de que te debes guardar para excusar semejante pérdida. Y en verdad que es harto a propósito lo que el rey santo dice [52]: *Exaltationes Dei in gutture eorum, et gladii ancipites in manibus eorum.* Tras el gusto de Dios nacen en el alma unos cuchillos muy afilados y cortadores para cercenar y cortar todas las ocasiones grandes y pequeñas que pueden ser causa de enfriarse y de perder este gusto y recreo espiritual. Deja las amistades de cualesquiera personas cuyo fin derechamente no es Dios, aunque le traigan temporales provechos y comodidades grandes; recoge sus aficiones y deseos de dondequiera que estén, aunque el hacerlo le sea molesto y le lastime el corazón, el cual no se puede quietar ni satisfacer fuera de Dios, de quien ya comenzó a gustar. Por esto llamó el Sabio al amor *fuerte como la muerte* [53], porque mata en el alma todo lo que le es contrario y corta sin duelo lo que le puede entibiar o menoscabar o enfriar del todo. ¡Oh con cuánto cuidado conviene recoger el corazón y los pensamientos derramados! *Aedificans Hierusalem Dominus, dispersiones Israelis congregabit* [54]. En la edificación de Jerusalén espiritual y pacífica, que es el alma, muy gran cuidado se ha de tener de recoger los pensamientos y guardarlos para que no se vuelvan a derramar, porque cualquier derramamiento se suele pagar con mucha sequedad y frialdad interior.

X

Pero qué escarmentada queda el alma en estas ocasiones si se le ofrece alguna de parlar o visitar amigos o personas de cuya vista o conversación suele recebir contento, y siente que allá dentro le dicen que mejor será recogerse, que por ventura se derramará y divertirá y enojará al divino Esposo; luego se retira llena de miedo, y aunque no muy calificado, es muy provechoso. Muchos maestros de vida espiritual, para desarraigar vicios y plantar virtudes,

[52] Ps. 149, 6.
[53] Cant. 8, 6.
[54] Ps. 146, 2.

han tomado y toman por buen medio escrebir muchos vituperios de los vicios y muchos loores de las virtudes, y aunque oyendo estas cosas suelen algunos tratar de enmendar sus vidas, fácilmente se resfrían en el bien y se vuelven a sus antiguos menesteres olvidados de lo que oyeron o leyeron, que todo pasa. Pero el que por entrañable devoción y meditación trata de buscar a Dios, aunque no se acuerde de pedir las virtudes, muy presto llegará a la perfección, porque cuando llega a la oración, lo primero que hace es poner el rayo de la contemplación en la propia conciencia, y si alguna culpa siente digna de reprehensión, duélese de ella, y así purificado llégase a Dios, que allí tiene y considera presente, y si se descuida en pláticas, en volviendo a la oración mental, lo primero que le ocurre es reprehensión interior de sus defectos y desórdenes pasados, y como la reprehensión es de allá dentro y el alma está tan sentible, queda con un gran recato y miedo y mira cómo vive adelante. De esta manera se persevera y se crece en la virtud y no se vuelve atrás. Y créanme todos que les digo verdad. También me atrevo a decir que, para evitar todo mal y granjear todos los bienes, el camino más excelente, más breve y más seguro es la meditación, contemplación y consideración entrañable y muy continuada en los beneficios de Dios y en nuestros defectos, y vive en gran peligro de condenarse cualquiera que del todo ignora este camino.

DISCÍPULO.—¿Qué tanto tiempo será necesario para vacar a la oración y contemplación?

MAESTRO.—Cuanto más, mejor; hora y media suele ser medida y tasa proporcionada, porque como nuestro espíritu, que es el que ha de obrar aquí, esté tan ofuscado y obscurecido y enlodado con la vecindad de la carne enemiga, primero que se pueda desenlazar de sus turbias y cargosas fantasías, es fuerza que pase buen espacio, y algunos ni en este tiempo ni en otro mayor pueden librarse de la tormenta de los pensamientos y cuidados que allí acuden como si los llamasen con campanilla; y esto acontece a personas que parecen muy espirituales, las cuales se salen de la oración sin haber hecho más que ojear las aves de rapiña y pelear con el escuadrón de los malos pensamientos, afligidos y disgustados, y aun temerosos, de volver a la batalla. ¡Dichoso el que, lastimado de las cosas que le suelen enfriar el espíritu, se guarda y se aparta de todas ellas! Son éstas: negligencia en llegarse a la oración, hartura de vientre, glotonerías, parlerías dañosas, ociosidades y murmuraciones y las ocupaciones exteriores a que la caridad o la obediencia no llaman y obligan.

El que por amor del Señor, que está en sus vivas en-

trañas, deja cuanto entibia o disminuye en algo a este amor y se esfuerza cuanto puede a seguir y poner por obra las cosas que edifican y aumentan la limpia conversación del espíritu, como es el recogimiento, el silencio, la larga meditación en los beneficios de Dios, y en sus propios defectos (de que mana el conocer quién es Dios y quién soy yo), y en esto trae siempre el ojo de ferviente afición vivo, ordenando todas sus acciones, en cuanto le es posible, de suerte que esto no se impida, éste vive según el espíritu, porque no deja morir en su secreta conversación el amor vital de Dios vivo, el cual es verdadera vida del ánima, que así lo trae siempre consigo por esta y con esta interior, continua y ferviente inquisición. *Quaerite Deum*, decía el profeta, *et vivet anima vestra* [55]. Los que deseáis vivir, buscad al Señor, que en esta inquisición está la vida, y no quiero decir más por hoy. Rumia esto, que, aunque poco, te dará en qué pensar muchos días.

DISCÍPULO.—Sea como mandares.

MAESTRO.—Anda con Dios, que yo me quiero recoger un rato.

---

[55] Ps. 68, 33.

DIALOGO SEGUNDO

Que continúa la materia del tercer estado, y declara qué cosa sea ejercicio mental y lo que se requiere para él, con otras muchas dudas declaradas.

I

DISCÍPULO.—Dios te salve, maestro.

MAESTRO.—En hora buena vengas; ya deseaba verte por saber de ti, cómo te ha ido con la plática de este día.

DISCÍPULO.—Muy bien por cierto, porque toda ella es doctrinal y está llena de desengaños.

MAESTRO.—Mucho deseo verte ocupado en la consideración de las obras de Dios, cosa que la santa Escritura mucho encarga y frecuentemente pide.

DISCÍPULO.—Algunos quieren reprehender ese ejercicio.

MAESTRO.—Los vanos y vacíos de virtud, que los sabios y virtuosos, grandes frutos espirituales cogen de él. ¿Qué cosa hay, por pequeña y vil que sea, que no esté demostrando el infinito poder de Dios, su sabiduría y bondad? No te embaraces tú poco ni mucho en la forma corporal de las criaturas, que eso sería (como queda dicho) no hacer nada; mas luego, sin detenimiento, pasa a contemplar la presencia del Señor, que está dando ser a la cosa que ves, y si sintieres esta su presencia, ensancha tu pensamiento y considera la omnipotencia del que allí te es mostrado, y luego y más íntimamente considera el amor que en ella y en todas las que nos da nos tiene y muestra; porque sin necesidad suya, sin esperar interés alguno y sin otros respetos que el servicio y regalo de los hombres, las crió y las sustenta en el ser que tienen, y a muchas dió tal forma, tal color, tal sabor y olor, que no sólo suplen nuestra necesidad, sino que sirven al deleite y al entretenimiento, y así hallarás muchas que sólo sirven de alegrar la vista, como son hierbas y árboles de diferentes maneras. Detente en la consideración del amoroso pecho y corazón de Dios, de donde unas y otras salen, y verás que no hay sino un horno de fuego de amor, y un mar profundísimo de buena voluntad para nosotros, y una continua disposición alegre, amorosa y ganosa de aprovecharnos.

Sacarás de esta manera de meditar en las obras de Dios

(que todas, sin faltar una, son beneficios nuestros) cuatro principios necesarios para alcanzar la perfección: El primero, que por este ejercicio se habituará tu entendimiento a soltarse de las imaginaciones corpóreas, que para el aprovechamiento espiritual son como grillos que no dan lugar para subir a Dios.—El segundo, que descubrirás la espiritualidad que hay en cada una de las cosas que Dios crió que no hallan los negligentes, que cuando piensan en él, o no sienten o piensan que está lejísimos de ellos, de donde les viene andar fríos en sus conciencias y en toda buena obra, y, por consiguiente, llenos de desconfianza y un caimiento grande en la vida virtuosa y meritoria.—El tercero principio, un derecho y bien ordenado modo de amor a Dios, porque no hay cosa que tan presto y tan fuertemente trabe nuestro corazón con amor como los beneficios, y cuanto más y mayores y más frecuentados, tanto más crece este amor, lo cual experimentamos aun en las bestias, que carecen de razón, que con los beneficios se amansan y se rinden al bienhechor. Séneca los llamó cadenas que de pies y manos atan a un hombre en servicio de quien le hace bien.—El cuarto es confianza verdadera, que de sólo el amor nace, y de allí una gana de obrar bien y de hacer cumplidamente la voluntad de Dios en todas las cosas y con todas sus fuerzas y de no le desagradar en ninguna. De aquí se va ingiriendo escondida y radicalmente en lo más íntimo del hombre una dilatación o ensanchamiento de conocimiento espiritual, mezclado con alguna dulzura interior, que alegra y esfuerza el corazón y lo dispone e inclina a obrar con gusto y confiadamente.

Y a este modo de obrar se siguen colmados favores espirituales, y a ellos, nuevo conocimiento en el amor, el cual poco a poco va destruyendo el amor servil y plantando el filial, cuya propiedad es, temiendo perder la presencia paternal, poner guarda fidelísima y muy cuidadosa sobre sí, mirando a todas partes y considerando de dónde le podrá venir el poder apartarse de la presencia de su Dios, para huir de ello como de una serpiente ponzoñosa. Bienaventurada el alma que anda y vive con este cuidado, porque de la continua y amorosa conversación de Dios le vendrá y se le asentará en lo más íntimo una ciencia sobremundana para conocer y prevenir las ocasiones de caídas mucho antes que pueda venir con ellas a las manos, de que suelen resultar inconvenientes. Tiemblan y estremécense los varones espirituales cuando se les representa alguna cosa que les pueda impedir o menoscabar la imaginable visión de que suelen gozar en su recogimiento; no hay cuchillo tan afilado que así corte las cosas materiales cuanto su cuidado corta los impedimentos de su amorosa conver-

sación. Huyen los negocios, las visitas y las pláticas impertinentes y ociosas, y todo su negocio es entrarse a lo secreto del desierto y apacentar allí su ganadillo, y todas las veces que el alma revoca y llama su pensamiento de las extrañas vagueaciones y lo llega a nuestro Señor, es delante de él como incienso y pastillas olorosísimas quemadas en brasas y ofrecidas en su altar. De una ánima solitaria y ocupada en estos santos ejercicios se admiran los ángeles y dicen: *Quae est ista quae ascendit per desertum, sicut virgula fumi ex aromatibus myrrhae, et thuris, et universi pulveris pigmentarii?* [1] Muchas cosas había que considerar aquí, pero quédense al discurso de los lectores; sólo advierto que este pebete no sube sino puesto en brasas de beneficios y en fuego de amor, ni se considera esta ánima en los beneficios mundanos, sino en el desierto, adonde suele el divino Esposo tener sus coloquios amorosos con los que buscan soledad.

11

DISCÍPULO.—Gran cuidado es menester para conservarse el alma en quietud y gozar de la presencia de Dios.

MAESTRO.—Sesenta fuertes de los fortísimos de Israel dice el Espíritu Santo que guardan y rodean el lecho de Salomón, que es el alma contemplativa y quieta, en cuyo corazón Dios descansa y reposa, todos con sus espadas ceñidas, diestrísimos en el arte militar, por los temores de la noche.

DISCÍPULO.—¿Cómo te pasas así de largo, sin declarar esos dos lugares tan espirituales y llenos de misterios?

MAESTRO. — Porque tengo escrito mucho de ellos en nuestros *Comentarios* * y porque el fin principal porque alegué este último es porque eches de ver lo que importa la guarda del corazón, y que a la vela continua se han de juntar las espadas cortadoras de las aficiones y cosas que impiden nuestro recogimiento; que es burla pensar que puede costar poco bien tan grande. Muchos he visto comenzar y proseguir apresuradamente estos ejercicios santos, y por un poco de dificultad que sienten, dejarlos a tiempo que con muy poquito que trabajaran más alcanzaran lo que deseaban. Como el otro rey Josafat, que hizo tres tiros con Eliseo y cansóse luego, y díjole el profeta:

[1] Cant. 3, 6: *¿Quién es esta que se levanta del desierto como varita de humo oliente a mirra, incienso y a todo polvo de perfumista?*

* Sólo publicó los correspondientes a los capítulos 1 y 2 de los Cantares.

Si tiraras siete, toda Siria fuera tuya [2]. Dase priesa el otro en su jornada, y, habiendo caminado bien las nueve leguas, desfalleció, y por una dejó de tener buena posada, buena cena y buena noche. Y a cuántos les acontece esto en la oración, que, habiendo estado algún tiempo, por no tener paciencia y perseverancia, se salen tan vacíos como entraron, y por ventura más. Por eso dijo el Sabio [3] *que era mejor el fin de la oración que el principio*, porque en el principio se pelea y se trabaja, y en el fin se descansa y se goza. Detente, hijo Deseoso, y no te pagues de pocas cosas; no seas como algunos que, por haber tenido unas lagrimillas y unos alegroncillos y devocioncillas, o por sentirse secos, se salen del ejercicio o muy contentos o llenos de tedio y cansancio. El otro se apareja media hora para decir misa y para comulgar, y eso lo ha menester para sólo el examen de la conciencia, y después de la comunión satisface con medio cuarto de hora de gracias, y vase luego a sus acostumbrados entretenimientos y pláticas ordinarias, por lo cual es defraudado de grandes consuelos y aprovechamientos en la virtud. Dios los alumbre, que bien lo han menester.

Humíllate a Dios y espera en sus manos, las cuales en los humildes obran grandes maravillas. Mira esos cielos tan hermosos y tan adornados y hermoseados con tanta variedad de luces, que obras son de las manos de Dios; pues otros cielos tiene él que le parecen mejor y tienen diferente atavío por haber esperado con humildad sus manos. En material vivo que resiste, ningún artífice puede obrar cosa que dure ni mostrar la fuerza de su ingenio, pero sí en materiales muertos, como lo es el madero, y la piedra, y el yeso y cosas semejantes. Lo que quiero decir es que sobre todas las cosas procures la humildad y destierres de tu alma toda presunción, que, por pequeña que parezca, te hará grandísimo daño, y tanto, que pienso yo que todas nuestras pérdidas espirituales, nuestras quiebras en la virtud, nuestro desmedro en la oración, nuestras sequedades y durezas de corazón, el poco gusto en las cosas divinas, el distraimiento en el oficio divino y el tedio y cansancio en el obrar bien tienen de ahí su principio. *¿De qué presumes, polvo y ceniza? ¿Qué tienes de bien que no lo hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si fuera tuyo?* Si la humildad no da principio a la oración y la está siempre acompañando, lo que se saca es frialdad y apretura de corazón; pero si hay humildad, humildad verdadera, siempre se sale con ganan-

---

[2] IV Reg. 13, 19.
[3] Eccli. 7, 9.

cia. Si sientes dureza en la oración, la presunción la causa, y si, advirtiendo en ello, te humillas y desconfías de ti, sentirás allá dentro una lumbre que, ablandando aquella dureza y aspereza, ensancha el entendimiento y da confianza al corazón, y viene aquí muy bien lo que les pasó a los hijos de Jacob con su hermano José siendo gobernador de Egipto, que despidiéndolos les hizo juramento que no verían más su cara si no le traían consigo a su hermano menor, Benjamín [4]. *Sub attestatione iuramenti*, etc.

Eso mismo aseguro yo a todos los contemplativos, que no verán la faz alegre de nuestro Josef Cristo en la oración si no llevan consigo el hermano menor, que es la humildad. Nada soy y nada es mío, y si soy algo, soylo por merced de Dios y gracia suya, y lo que tengo de él lo recebí; un pensamiento santo, si le tengo, le tengo por él. Cosa es experimentada de muchos espirituales varones que tras la humildad verdadera nunca faltan consuelos divinos verdaderos, como no puede faltar la luz del sol en el aposento quitándole el estorbo de la ventana o puerta. Quita, hijo, la presunción de tu alma, y luego y más presto que esta temporal luz la divina se lanzará a henchir los vacíos de la humildad. Por lo cual digo que si en tres tiempos repartieres el ejercicio de orar mentalmente, el primero de hora y media se dé al conocimiento propio y a la aniquilación; y si en dos, el primero, y si no quedare por forzosa ocupación más lugar que para uno, ése se emplee en esto. Asegúrote por este camino y por la consideración de los beneficios divinos grandes provechos y hágote cierto que en breve tiempo con el uso te vendrás a hallar sin poner cuidado, ocupado el pensamiento en humildad y en agradecimiento, dos cosas sumamente necesarias para tener grato a Dios.

Discípulo.—A la cuenta que ahora has hecho, cinco horas y media das a la oración mental, y no parece posible, a lo menos en las Religiones adonde por la obediencia se ocupan los religiosos muchas veces en ocupaciones exteriores, y aun en rezar el oficio divino. que se lleva gran parte del día.

Maestro.—De las ocupaciones de la obediencia no tengo que decir, sino de las que los mismos religiosos se buscan, con las cuales cada día más se hacen inhábiles para las cosas del espíritu, y de manera que no hay cosa para ellos más grave y pesada que el rato que gastan en la oración. Eso tiene destruídas las Religiones, porque, disminuyéndose en ellas el ejercicio del espíritu, se disminuye la perfección, y acabándose se acaba todo el lustre y her-

[4] Gen. 43, 3.

mosura de ellas y todo el bien. Yo estoy muy mal con los prelados que, habiendo de buscar tiempo para negocios exteriores o para alivio de sus súbditos, acuden de ordinario a quitarlo de la oración; no sienten bien de ella ni saben la necesidad que hay de que este ejercicio no se interrumpa ni falte o se menoscabe; para todo tiene licencia la verdadera caridad, y el súbdito cumple con obedecer, y debe hacerlo aunque falte a la más alta y gustosa contemplación. En ella estaba Moisés, y le mandó Dios que fuese a ver el becerro que su pueblo había hecho y adorado, y obedeció luego sin resistencia ni réplica [5]. Y de San Juan Bautista leemos que, estando en el desierto ocupado en altas contemplaciones, fué hecha sobre él la palabra de Dios [6]: *Et venit in omnem regionem Iordanis, praedicans baptismum paenitentiae.* A donde he yo advertido que entre el mandamiento de Dios y la ejecución no media otra cosa que la conjunción *et*, que los ata: fué hecha sobre él la palabra de Dios, *y* vino.

A quien aquí reprehendo y de quien me duelo es de los que buscan las ocupaciones por huir del coro y de la oración y de los que con poca consideración y acuerdo quitan de los ejercicios espirituales para otras obras o no necesarias o poco necesarias, y por ventura más de curiosidad que de provecho. Al fin, la consideración es cosa accesoria en comparación de las demás que se hacen en el convento, y a ella se acude por tiempo cuando falta para las demás cosas, dando a Marta lo que de derecho, de ley y de costumbre y aun de necesidad es de María. Y aunque siento decirlo, lo diré: que pocas veces he visto religiosos aprovechados con la oración mental de comunidad, aunque sea de dos horas y media, como entre nosotros se usa; y los que lo están, añaden, sin duda, mucho más en sus celdas y rincones. ¿Qué diré de los que por cumplimiento están media hora, y ésa dormidos y bocezando? ¡Oh qué riguroso juicio les espera!, y mayor a los prelados, que ni miran en ello ni lo remedian ni de palabra ni con su ejemplo.

Pues cuando veo que, saliendo del coro y de aquella hora menguada de la oración, luego inmediatamente se ponen a reír y parlar con desenfado, ni me queda paciencia ni concepto bueno de su aprovechamiento, y añado a esto que en ninguna manera me persuadiré a que es persona espiritual la que es notada de parlera, ca de la sequedad del corazón enjuto y desamparado del amor eterno de Dios se hinche la boca, y las comunidades, de palabras muchas

[5] Ex. 32, 7.
[6] Luc. 3, 3: *Y vino por toda la región del Jordán, predicando el bautismo de penitencia.*

y demasiadas vanas, ociosas y a veces nocivas y peligrosas. Digo otra vez que, si dudares de alguno si es o no entrañable amigo de Dios, que le mires a la lengua, y si le vieres parlero en cosas que no pertenecen al espíritu, muy sin escrúpulo puedes pensar que no lo es; ni religioso tampoco, por lo que Santiago dice [7]: *Si quis autem putat, se religiosum esse non refrenans linguam suam, sed seducens cor suum, huius vana est religio.* Engaña su corazón y vive engañado el que por las asperezas de la vida y por las demás cosas de trabajo que hay en la Religión piensa que es religioso, no refrenando su lengua. Guarda, hijo Deseoso, tu corazón de manera que sólo Dios le posea y ocupe, porque cosa imposible es servir a dos señores; no pueden estar juntamente dos asentados en una silla, ni en nuestro corazón el cuidado y amor de dos cosas, de Dios y del mundo. A lo menos, la experiencia de cada día te habrá enseñado que si, teniendo afición a una cosa, te sobreviene otra, la primera se mengua y desfallece en ti. Luego si dieres lugar a pensamiento extraño, necesariamente te has de ver despojado de Dios, sin el cual ningún reposo ni suave consolación puede tener nuestra alma, ni queda en ella más vida espiritualmente de cuanto dura en nuestras almas el amor y reverencia de nuestro Dios.

Gran mal desfallecer en este ejercicio santo y volver atrás de lo comenzado, y más si el alma gustó cuán suave es el Señor. Siete años de abundancia y siete de esterilidad profetizó José a Faraón, pero es de grande ponderación que, sobreviniendo los años de hambre a los de hartura, dice el texto sagrado [8]: *Quos sequentur septem anni alii tantae sterilitatis, ut oblivioni tradatur cuncta praeterita abundantia.* Cierto es cosa lastimosa ver que por nuestro descuido y negligencia y por ocupaciones inútiles y demasiadas vengamos a dejar los ejercicios de la santa contemplación, en que solían nuestras almas ser recreadas y enriquecidas en muchas celestiales riquezas y abastadamente mantenidas como a mesa de Dios, y a experimentar una extremada miseria y mengua de todos los bienes, de manera que ni la memoria de la pasada abundancia no nos queda; y ¡qué pocos vuelven a levantarse y abrazar estos ejercicios una vez caídos!

---

[7] Iac. 1, 26.

[8] Gen. 41, 30: *Les seguirán otros siete años de tanta esterilidad, que se olvidará la pasada abundancia.*

III

DISCÍPULO.—¿La razón?

MAESTRO.—No la sé; no tienen humildad para sujetarse a otros ni pueden acabar consigo a comenzar con nuevo fervor; y al fin, creciendo en edad, crece en nosotros la tibieza, y las necesidades, y la libertad, y el olvido de Dios; y ándase más por costumbre en las cosas espirituales que por gusto ni * atención actual. Dios nos ayude.

DISCÍPULO.—Parece que has tomado alguna cólera diciendo estas cosas.

MAESTRO.—Siéntolas mucho y no les hallo remedio.

DISCÍPULO.—Para establecerse el ánima en Dios, ¿hallas alguno?

MAESTRO.—El conocimiento y cierta ciencia de él, que es cosa bien dificultosa de entender. En todas las otras cosas que queremos deprender, bástanos el buen ingenio o la razón y natural inteligencia; mas para venir al conocimiento de Dios, aunque en algo nos ayuda, en mucho nos estorba; porque como nuestro entendimiento sea limitado e incluído y encerrado entre formas de tasada cantidad, y Dios esté muy lejos y ajeno de toda forma, cantidad y calidad, como habemos ya dicho, está claro que ni en poco ni en mucho, por sí o de sí, puede según verdad alcanzar alguna cosa de Dios, así pura, distinta y sin mezcla de imperfección, ca toda comparación de criaturas le viene muy corta y con mil impropiedades e imperfecciones, aunque entre sí sean sin alguna proporción; como la ligereza del vuelo del águila y la torpeza del sapo, o la imagen sin vida ni movimiento y el que la está pintando. De Dios lo recibimos todo: el ser, el sentir, el entender y el amar, y sin él ninguna cosa podemos hacer. El cual conocimiento es de harta importancia para la aniquilación tan necesaria, para no errar en la consideración de los divinos juicios, obras y misterios, en que conviene andar siempre con temor y reverencia; y pedir al Señor nos dé a sentir lo que es más conforme a su santa voluntad y a nosotros nos ha de ser de más provecho.

DISCÍPULO.—¿Cómo dices que está Dios tan lejos de nosotros, estando como está presente? *In ipso enim vivimus, movemur et sumus?* [9]

MAESTRO.—Como diríamos que un letrado grande dista mucho de un hombre muy ignorante aunque estuviesen

---

* Equivale a *y*.

[9] Act. 17, 28.

juntos. Dios se ha de conocer poco a poco, como se conoce el extraño que nunca viste por el trato y comunicación; que siendo virtuoso, hoy conocemos de él que es templado, mañana que es casto, esotro día que es caritativo; y con el mayor conocimiento va creciendo el amor nuestro para él, porque su virtud conocida le hace amable. Cuando el contemplativo, puesto en el lugar quieto de la oración, con humildad y deseo de conocer a Dios, para amarle y reverenciarle, le considera justo, misericordioso y singularísimo bienhechor nuestro, y conoce juntamente la intención en los beneficios que nos hace, si persevera con este estudio, vendrá sin duda a tener sentimientos muy vivos de la bondad divina. Y lo que habemos de hacer principalmente en este ejercicio es, teniendo lo que la fe nos enseña de Dios, ir quitando de él todas las cosas que dicen imperfección y atribuirle todo lo que le conviene como a todo poderoso, todo justo, todo bueno; lo cual debemos hacer mentalmente con reposo y perseverancia, que con ella se viene a alcanzar lo que se desea.

DISCÍPULO.—¿Cómo nos impide el entendimiento?

MAESTRO.—Porque ha de proceder en su obra mediante las imaginaciones formadas en manera circular, terminables, o debajo de alguna cantidad: será (dice) mayor que el cielo o que la tierra; olerá mejor que las rosas; será colorado más que los claveles, etc. Y como Dios sea tan apartado y ajeno de figuras, colores y cantidades, de necesidad se sigue que en todo cuanto juzgare ha de ir con mil faltas e impropiedades, porque carece de verdadero principio.

DISCÍPULO.—Pues ¿qué habemos de hacer para no errar?

MAESTRO.—Guardarnos de caminar por vía de aprehensión; esto es, de querer comprehender con nuestro esfuerzo lo que Dios hace y cómo lo hace. *Per viam receptionis* dicen algunos contemplativos que se camina con seguridad y aprovechamiento.

DISCÍPULO.—¿Qué quieres decir en eso?

MAESTRO.—Que luego que se nos representa alguna criatura, trabajemos de buscar en ella la bondad de Dios y el amor que allí nos muestra, porque de esta manera de aprehender ningún inconveniente se nos puede seguir, sino mucho crecimiento de humildad, mucho agradecimiento y amor. A mí se me representa algunas veces que es Dios como la tierra, que está siempre brotando de sí todas las cosas, hierbas, árboles, plantas y una infinidad de criaturas que cada hora y por instantes salen a luz. Y hállome como rodeado de esta bondad divina, preñada de infini-

tos bienes, y que como el agua con el fuego hierve y bulle y no para, así Dios nos está vivificando, y sustentando, y calentando a todos en derredor. Esta consideración destruye el miedo y planta en el ánima confianza y ánimo para pedir, y obra con deleite y recógese y apártase de ocasiones y va haciendo hábito en buenas costumbres a que se siguen colmados merecimientos; y es para el ánima así habituada todo el mundo como un libro muy devoto en que siempre se ocupa, ora esté en su recogimiento, ora ande camino, y aun en muchas de las caseras ocupaciones puede leer en él. Lo cual se debe mirar bien y continuar, sin dejarse, si es posible, por ningún accidente. Y no quiero decir más del puro espíritu, porque soy enemigo de cansar, y más en cosa tan clara.

DISCÍPULO.—Antes que pases al cuarto estado, deseo que me informes de algunas cosas.

MAESTRO.—De muy buena gana te oiré y responderé.

DISCÍPULO.—Lo primero que deseo es que me digas con resolución qué cosa es ejercicio mental. Lo segundo, que me enseñes alguna forma general de orar y especial para cada día. Lo tercero, que me muestres en qué difieren las consolaciones espirituales de las corporales. Lo cuarto y principal, cómo se pueden probar y discernir los espíritus, si son de Dios o no.

MAESTRO.—Muchas cosas juntas has propuesto, todas de consideración y que tienen no pequeña dificultad; diré lo que pudiere en esta plática, y quedarse ha lo demás para otra.

IV

Cuanto a lo primero, apenas sé qué decir, porque cuanto habemos platicado hasta ahora del puro espíritu es ejercicio mental: es buscar el conocimiento de Dios y de nosotros mismos, y, examinando profundamente todas las cosas, estimar cada una en lo que es y vale, abrazar lo bueno y provechoso y dejar lo no tal. Que es lo que dijo el Apóstol[10]: *Aemulamini charismata meliora.* Y en razón de esto, ten por dañoso no solamente los comunes y conocidos desaprovechamientos, sino las cosas particulares y muy menudas que no te allegan a Dios. Y más te aviso, que uno de los principales cuidados que te ha de acompañar en el ejercicio mental es especular los impedimentos que lo pueden ser para que no perseveres por largo tiempo en él, debajo de cualquier color que se te representen, como no ofendas a la caridad o obediencia; para lo cual

[10] I Cor. 12, 31.

nota las reglas siguientes: la primera, que pongas en tu corazón, con propósito firmísimo, buscar a solo Dios sobre todas las cosas, así en las prosperidades como en las adversidades, así en lo corporal como en lo espiritual; la segunda, que procures disposición para vacar largamente al ejercicio de la oración mental; la tercera, que dispongas tus cosas todas de manera que a lo menos no se te pase día, aunque sea caminando, en que no te ejercites por algún tiempo en pensar de Dios y de sus divinos beneficios, aunque no sea sino leer en un libro devoto que ayude a conservar el calor de la devoción y recoja la mente distraída en los negocios; que propio es de ellos, cualesquiera que sean, enfriarla y divertirla. ¿Y qué mejor libro que el de las criaturas? Ese hallarás siempre abierto y en él leerás lo que todas dicen: *Ipse fecit nos, et non ipsi nos*[11]. Y lo que es sobremanera dulce para el alma: que son hechas todas para servicio del hombre.

DISCÍPULO.—¿Será bueno ocupar algún tiempo en la sagrada pasión de nuestro Redentor, Jesucristo?

MAESTRO.—Ese ha de ser el principal estudio en cuanto fuere necesario meditar; es el pan de cada día y el sustento más proporcionado y propio del alma. Y para que entiendas bien esto y de una vez sepas lo que hay acerca de la pasión del Señor, has de advertir y presuponer que la muerte de Cristo fué aquello por lo cual se hizo la satisfacción, liberación, redención, solución y restauración de la humana naturaleza. Por lo cual, después que esta muerte fué hecha en la forma que convenía, que es como la cuentan los sagrados evangelistas y la sufrió y padeció Cristo, Dios y hombre verdadero, y después que en ella está toda la restauración y reparo de la humana naturaleza, porque fué de infinito mérito y dura para siempre, y, por consiguiente, en esta muerte de Cristo está todo el bien del hombre, síguese que todo el estudio, cuidado y vigilancia del cristiano, la aplicación de su intención, de su pensamiento y memoria debe ser acerca de esa muerte de Cristo, y toda la ciencia del cristiano debe ser de la muerte de Cristo y de sus propiedades, condiciones y circunstancias, de su necesidad, virtud y naturaleza.

Si no, dime: ¿qué otra cosa debe saber y estudiar el hombre cristiano sino aquello en que todo su bien, toda su substancia, todo su tesoro y sus riquezas todas consisten, y ver con esto su necesidad y mengua? Digo que, si quieres tener en ti todo mérito, toda virtud y todo bien, que recibas en ti la muerte de Cristo y que la traigas contigo y te incorpores en ella por continua meditación y con-

[11] Ps. 99, 3: *El mismo nos hizo, que no nosotras mismas.*

sideración. Empero, porque la muerte de Cristo pasó ya *(Quia resurgens ex mortuis iam non moritur)* [12] y el mérito de ella permanece siempre, no puede revocarse y ser recebida en el hombre si no es rumiándola y reteniéndola en la memoria y pensando en ella con afecto. Y porque ella es la raíz de todo mérito y de toda virtud, cuando el hombre la recibe en su memoria y la considera con afición y la rumia con devoción, recibe el mérito y virtud que por ella le ganó Cristo.

DISCÍPULO.—¿Al fin, muerto Cristo, se goza de su pasión con traerla a la memoria, con pensar de ella y rumiarla?

MAESTRO.—Digo que después del sacrificio de la misa, adonde es ofrecido el mismo Cristo por nuestros pecados a su Padre, no con sangre, como en la cruz, pero en forma más regalada, más pura y a menos costa suya, aunque no con menor fruto en los particulares que con debido aparejo le reciben, el modo más cierto para sustentar viva esa muerte de Cristo es la memoria; por ese medio vive en el hombre, y quien tiene así en sí esta sacratísima muerte, tiene en sí el mérito y virtud de Cristo y hace suya esa muerte; y esta memoria vivifica al hombre y le hace que participe del mérito de Cristo. Digo para concluir con este discurso que, siendo la muerte de Cristo, como lo es, la raíz del mérito y del premio, que el que no plantare en sí esta raíz, no recibirá el fruto que se coge de ella, conviene a saber, mérito y premio. Y síguese también que a donde fuere mayor y más viva esta memoria, allí se recibirá más del mérito y del premio y de la virtud de esa santísima muerte. Luego con razón debe todo hombre cristiano trabajar por conservar en sí la memoria de la pasión y muerte de Cristo, para que por esta memoria permanezca en él el mérito de Cristo y el mismo Cristo.

Y por esta memoria se hace unión verdadera entre Cristo y el cristiano; y en una palabra digo que toda la ciencia del hombre caído consiste en que conozca a Cristo y el valor de su muerte y que la rumie y traiga siempre en su memoria; que por este camino se le aplica su virtud y mérito, como queda dicho. Por lo cual en ninguna manera se han de oír los que quitan la meditación y consideración de la pasión de Cristo, pareciéndoles de poco fruto respecto de la contemplación dormida que ellos enseñan, porque les quitan la raíz del mérito y premio de esa pasión y muerte de Cristo todo su bien y toda su riqueza. Y porque en el quinto diálogo * tengo dichas cosas muy no-

---

[12] Rom. 6, 9.
* De la *Conquista*.

tables de la muerte de Cristo, y diré en los que voy acabando de esa misma pasión y muerte *, no quiero alargarme más aquí; sólo te aviso que no oigas a los que contra esta doctrina te enseñaren.

DISCÍPULO.—Satisfecho me han tus razones.

MAESTRO.—Son llanas y llenas de verdad; y con ella te digo que, si te habituares a la meditación de esta pasión y muerte y considerares en ella la bondad infinita de Dios y la intención con que se ofreció a morir por los hombres, que sacarás frutos crecidísimos y no cabrás de gozo interior, y en el hacimiento de gracias por el beneficio tan grande crecerás cada día conocidamente y con grande aprovechamiento.

V

DISCÍPULO.—¿De qué manera tengo de dar gracias al Señor cuando considerare sus beneficios?

MAESTRO.—No como los hombres agradecidos agradecen a sus bienhechores los que les hacen, que suele ser con muchas palabras significadoras de su afecto, con reverencias y otras acciones de que el mundo usa. No hay tan graciosa manera de alabanza ni tan grata a nuestro gracioso y liberal bienhechor Dios como la perseverancia escondida y muy callada de la secreta oración, que no conoce palabras y callando le confiesa dignísimo de ser alabado en todo cuanto crió. San Buenaventura dice que alabar a nuestro Señor no es otra cosa que sentir íntimamente que es dignísimo de ser alabado. Y suele ser engaño del enemigo dejar el alma el sosiego y quietud que tiene en la contemplación por ocuparse en dar gracias en la forma que esto se hace de ordinario. Lo que más importa es el conocimiento claro y muy interior de que de Dios recebimos todas las cosas, así corporales como espirituales, y su tan desinteresada intención en dárnoslas, convencida el alma a que toda alabanza es corta aunque sea por todos los ángeles del cielo hecha y ordenada. De esta manera, no es el alma divertida, ni apartada de Dios, ni turbada en su ejercicio mental, antes se allega más a él y persevera en mayor quietud.

Los impedimentos que se ofrecen para contrastar este reposo y sosiego interior de nuestra ánima son muchos, y no es posible escribirlos aquí todos. Regla general sea que todo apetito desordenado, sea de lo que tú quisieres

* Alúdese aquí a la obra que intituló *Vergel espiritual del ánima religiosa,* que trata de la pasión y muerte de Cristo. Publicóse fallecido el autor, años 1609-1610.

pensar, turba y ocupa y embaraza y menoscaba nuestra atención y sosiego; no digo de culpa mortal, que ésa deshace la amistad que entre Dios y el alma hay, sino otra cualquiera cosa que con demasía se quiera, o se desee, o se procure; porque en este delicado ejercicio, las cosas grandes son matadoras, y las pequeñas, disipadoras: *Et factus est in pace locus eius, et habitatio eius in Sion* [13]. Sobre todo daña (como ya dije otras veces) la presunción y el esfuerzo propio y confianza, peste conocida de la mental quietud y paz del alma y destruidora de todo bien. Posee, gusta, reposa, ensánchate y suavemente duerme en el regazo de Dios.

DISCÍPULO.—Para esas cosas es menester mucho sosiego exterior, oportunidad de tiempo y soledad y estar en parte donde no se sientan ruidos ni cosas que diviertan.

MAESTRO.—Si eso se pudiese cómodamente alcanzar, bueno sería; pero suele ser tentación del demonio conocida desconsolarse cuando eso falta, el cual nos persuade a que esperemos a tener ese sosiego y esa soledad, para que dilatemos el ejercicio de la oración mental, y en el entretanto arroja pelladas de nieve de frialdad al corazón, enturbia y obscurece el entendimiento con polvos muy menudos de pensamientos, y así nunca hacemos nada. Toma, pues, mi consejo, y sin esperar esos tiempos y ocasiones, en todo tiempo y lugar no dejes este ejercicio, según más o menos pudieres. El fruto que de aquí sacarás no quiero decirlo, sino dejarte a que lo veas y experimentes. Y concluyendo con esta materia, te aconsejo dos cosas. La primera, que continúes siempre la contemplación de la bondad divina; de sus muchos, continuos, grandes y amorosos beneficios. La segunda, la perseverancia hasta el fin de tu vida, ocupándote siempre en lo interior de tu alma.

En lo segundo que me pides, que te dé forma general de orar, y en especial para cada día, está dicho tanto, que pienso será tiempo perdido el que yo gastare en ello. A lo general pertenece lo que queda dicho en los diálogos pasados, que sirven de documentos para la oración, meditación y contemplación, así cuanto a la esencia como cuanto a los accidentes, calidades, condiciones o circunstancias.

DISCÍPULO.—¿Qué llamas *accidentes* de la oración?

MAESTRO.—El lugar apacible, solitario, obscuro, quieto y sin ruidos; el tiempo de la mañana, de la prima noche y de maitines. Los ojos cerrados, las rodillas en tierra, el

---

[13] Ps. 75, 3: *Su casa fué edificada en la paz, y en Sión establece su morada.*

rostro levantado, los brazos en cruz por algún buen espacio, etc.

DISCÍPULO.—¿Qué cosas pertenecen a la esencia o substancia de la oración?

MAESTRO.—La limpieza de conciencia, el conocimiento propio, la humildad profunda, el corazón desasido de criaturas; el entendimiento purgado y limpísimo de fantasmas e imágenes de cosas; la voluntad afervorada; el espíritu elevado; la perseverancia en este ejercicio, etc. Toma el paso más acomodado a tu espíritu, ora sea de beneficios generales, creación, conservación, perdón de culpas, espera de la divina misericordia, consideración de la gloria, del infierno, muerte, juicio, o de alguno de los misterios de la vida y pasión del Redentor; y hecha la señal de la cruz sobre ti, con otras particularidades que te he enseñado, fija luego con presteza tu pensamiento en el dicho paso que has escogido para todo el día o para alguna parte de él, y como si lo vieses con los ojos del entendimiento, así te has de ocupar y perseverar en él hasta que las abejas de los malos pensamientos, indiferentes y aun loables en otras ocasiones, desaparezcan y tú quedes quieto y en soledad. Y guárdate del esfuerzo propio, digo de pensar que por tu diligencia a solas puedas alcanzar cosa que te esté bien o sirva a la gloria de Dios, aunque se te represente dolorosa, devota y llena de piedad. Déjate llevar no de cualquiera pensamiento, que, si es malo, has de huir de él como del mismo infierno, sino del que conocidamente es bueno y enviado de Dios, el cual se conoce ser tal en el regalo que siente el alma en él, con la blandura del corazón y gana de asistir en la oración por largo espacio; y colige de aquí que la propia inquisición fatiga, cansa, engendra dureza en nosotros, sequedad y gana de que se acabe la tarea. Digo que, puestos los ojos interiores en el misterio que eligieres, te consideres y conozcas tan impotente para sacar de allí cosa buena y fructuosa para tu ánima, como lo es la tierra toda, cuando está seca, para atraer a sí la lluvia del cielo y producir provechosos frutos.

Yo acostumbro decir en estas ocasiones aquel verso del Salmo: *Anima mea sicut terra sine aqua* [14]. Porque verdaderamente es así, que si no nos es dado de arriba, nada podemos en las materias espirituales y meritorias de vida eterna. Lo que digo es que si la tierra no puede fructificar sin el agua material, por ser de su naturaleza seca e inhábil para ello, que mucho menos lo podrá hacer el alma sin la divina gracia; diciendo la misma Verdad: *Sin mí,*

---

[14] Ps. 146, 6.

ninguna cosa podéis hacer[15]. *Anima mea, sicut terra sine aqua tibi*[16]. Mi ánima en orden a vos, conviene a saber, para conoceros y amaros, como la tierra sin el agua toda se resquebraja y se hace bocas, dando voces sin hablar palabra y pidiendo la lluvia del cielo, como lo dijo Oseas[17].

De un religioso muy contemplativo supe yo que le mostró Dios en visión el misterio de la encarnación, y la necesidad que había de que Dios se hiciera hombre, y los clamores del universo. Vió todo lo criado apartado lejos del Criador, más mucho que a nuestra vista está el suelo del cielo, y vió que el clamor de las criaturas racionales era más fuerte que por alguna razón se puede dar a entender, demandando todas ellas a Dios vida, porque todas carecían de ella y de disposición para por sí alcanzarla. Y dice que en este general clamor no se oían algunas voces formadas, mas así como clama la obra comenzada, que obliga, en la manera que puede, al que la comenzó a que la acabe, porque ella por sí no puede. Así dice él subía una fuerza de la necesidad del género humano a la presencia de Dios fuerte en grandísima manera, mostrando que, si Dios no se hiciese hombre, no sería posible levantarse el hombre al ser de Dios y a la participación suya. Y añade que a su parecer, y a lo que allí vió, tan inhábil es toda criatura para vivir vida bienaventurada por sí sola como lo es el madero para alcanzar alguna perfecta forma desamparado del entallador; y como aquél clama callando y pide su forma del formador, así la necesidad del alma pide sin hablar a su Dios lo que le falta y su perfección en el ser de gracia[18]. *Sicut pullus hirundinis, sic clamabo,* decía el buen rey Ezequías. Como el golondrinillo, que no tiene otra habilidad ni fuerza o industria para vivir sino abrir la boquilla y dar voces a sus padres que le den la comida. *Qui dat iumentis escam ipsorum, et pullis corvorum invocantibus eum*[19]: Que, desamparados de sus padres los corvezuelos por lo blanco del pelo malo, piden a Dios socorro en la forma que pueden mostrando su necesidad, y él con admirable providencia los administra la comida y sustento hasta que les nace el pelo negro y los reconocen y crían sus padres. Así has tú de clamar sin ruido de voces, conociendo tu necesidad del socorro del cielo y tu insuficiencia sin él para todo lo bueno; y cuanto más esto conocieres, tanto más obligarás a Dios a que

---

15 Ioan. 15, 5.
16 Ps. 142, 6.
17 Os. 2.
18 Is. 38, 14.
19 Ps. 156, 9.

apresure el remedio, y ése será tan copioso, que te saque de miseria y te enriquezca de la divina misericordia. *Quia facile est in oculis Domini, subito honestare pauperem*[20].

DISCÍPULO.—¿Al fin, la inquisición propia no vale en este ejercicio?

MAESTRO.—Vale, pero no para conseguir el fin deseado. Sucederte ha con ella lo que al predicador curioso, que se pone en la oración y gasta su hora en formar conceptos sobre el Evangelio que ha de predicar con fin de enseñar a los otros, que queda cansado, seco, duro y sin alguna devoción, aunque enseñado por su discurso y propio ingenio; y sucédele lo que a la teja, que recibe la lluvia del cielo y no la retiene, sino luego la despide y echa de sí. Algunas palabras o conceptos percibe y forma el ánima, que, estando en caridad, la alumbra y llama a devoción.

En una palabra te digo que cuando lo que sintieres en la oración te sosegare y quietare y con una suavidad que se puede mejor sentir que declarar con la lengua satisficiere a tu entendimiento, hinchéndolo y reposándolo de cada parte sin alteración ni enojo, antes dándole deseo de perseverar en aquel lugar y ejercicio por largo espacio, ten por cierto que asiste Dios a tu oración y que de su liberalísima mano recibes eso. Lo que es de nuestro propio esfuerzo, aunque al principio parece que consuela y ensancha el alma y que la alumbra y causa en ella deleite, acaba (como ya dijimos) con dureza de corazón, turbación del entendimiento, y con gana de buscar consolaciones extrañas y dañosas y aborrecimiento y miedo de volver a la oración; por lo cual se debe tener por engañoso y peligroso ese modo de inquirir con satisfacción del propio ingenio y esfuerzo.

DISCÍPULO.—¿Mucho debe de importar esa desconfianza de nosotros mismos?

MAESTRO.—El todo; y porque queda dicho lo que basta en otras ocasiones, en ésta no más.

VI

DISCÍPULO.—En particular deseo me enseñes cómo debo adorar a Dios cada día.

MAESTRO.—El mismo te lo enseñará, si te llegares a él limpio de todo pecado, y lejos mucho de pensar cometerle y sin propósito de hacer tu voluntad en obra no meritoria, aunque sea muy pequeña.

---

[20] Eccli. 11, 23.

DISCÍPULO.—¿Y si me ocurrieren los pecados pasados?

MAESTRO.—No cures de ellos. Puedes dolerte brevemente de haberlos cometido, pero no detenerte en ellos, que suele hacer ese detenimiento notables daños y ocupar a muchos toda la vida en ese pensamiento, sin poder salir de ese muladar y hedentina. No gastes tu tiempo en oraciones vocales a secas, aunque algunas veces son provechosas para despertar la gracia de la devoción y para esperar la visitación divina. Hallarás muchas personas que se dicen espirituales tan cargadas de devociones de éstas, que en todo el día no cesan de rezar vocalmente; rezan salmos penitenciales, oficios del Santísimo Sacramento, de Nuestra Señora, de difuntos, letanías, estaciones, conmemoraciones de santos, oficio de la cruz y del Espíritu Santo, rosarios enteros, etc., y no pueden estar media hora en silencio ocupados mentalmente con su Dios. Estos no son hombres interiores ni tienen más aprovechamiento un día que otro, porque cuanto hacen es exterior; y aunque no lo podemos condenar, porque es ocupación virtuosa, no lo debemos aprobar en los que tratan de vida perfecta. Poco y bien rezado, y en cuanto sirve a la devoción y nos dispone (como dije) para la visitación divina. Y cualquiera oración vocal que no sea obligatoria se debe dejar luego que el ánima sintiere la venida suavísima de su Dios, porque todas las cosas deben servir a ese fin.

DISCÍPULO.—Parece que te excusas de enseñarme ejercicio particular para cada día.

MAESTRO.—Con verdad te digo que no he hallado otro mejor que el que yo pongo en el diálogo octavo * de aquellas cuatro salidas del ánima; es admirable, gustoso y provechoso; rúmiale bien y ejercítate en él, que yo sé que no buscarás otro. Oraciones hallarás en los santos artificiosas y devotas para comenzar; buenas son, escoge; que muchas hay escritas, que yo quiero decirte en lo que queda de esta plática la diferencia que hay entre las consolaciones espirituales y las corporales; que aunque parecerá cosa clara y fácil de discernirlas, todavía tiene su dificultad y es necesario maestro.

VII

Yo sé que muchos han sido engañados, tomando unas por otras; digo las corporales y de los sentidos por las espirituales y del alma, y acabaron su vida con harto poco aprovechamiento, si ya no digo con pérdidas grandes.

---

* De la *Conquista*.

¿Quién dirá que el gusto que se halla leyendo las divinas Escrituras, ayunando, disciplinándose y ocupándose en oraciones vocales no sea siempre bueno y para codiciarse y desearse? Pues muchas veces no pasa ese gusto del sentido; muchas veces es satisfacción propia; muchas veces es inquisición nuestra; parece espiritual, y es corporal o sensual. Digo que en los ayunos se halla algunas veces mayor contento que en las comidas muy regaladas, y no siempre es del espíritu, sino del enemigo, que nos hace entender que somos perfectos, porque en la penitencia tenemos consolaciones, siendo de suyo amarga y penosa a nuestra carne. En la lección y meditación de las santas Escrituras y en algunas oraciones vocales se halla tanto gusto y a veces tantas lágrimas, que parece que con infalibilidad anda allí el Espíritu Santo; y puede suceder que todo aquel sentimiento sea de la inclinación natural, que, como dijo el Filósofo, todo hombre naturalmente desea saber, y cuando por la inquisición propia alcanza algunas cosas, recibe deleite y se consuela a su parecer espiritualmente, como en la verdad no haya allí cosa de espíritu. Bueno es esto para despertarnos y desechar la pereza; no te detengas aquí, sino pasa adelante, si de arriba te fuere dado, deseando, demandando, esperando y buscando las cosas que edifican tu espíritu en el conocimiento, reverencia y amor del soberano y eterno Bien.

Consolación espiritual es una satisfacción que viene a nuestro espíritu mansa y sosegada y no afirmada sobre cosa alguna corpórea; ésta quieta el entendimiento, pero no lo enciende ni lo levanta para que no entienda cosas muy altas. Hay otra manera de consolación espiritual, y es cuando de las cosas entendidas nos nace un gozo en el ánima, con mayor fervor que en la primera, mezclado algunas veces con alguna duda, la cual debemos lanzar de nosotros y sosegarnos en ella cuanto pudiéremos, porque aprovecha mucho para venir a la tercera, que es cuando el alma recibe un sosiego espiritual ajeno de todo temor servil, que nos incita al amor filial, con toda seguridad y confianza de Dios, y desecha de sí toda fantasía o imaginación que pueda formar nuestro entendimiento, porque aquello sobre que estriba es ajeno de forma.

DISCÍPULO.—Muy alta doctrina es ésta, y no me parece que la alcanzo bien.

MAESTRO.—La unción te enseñará, como lo dijo Cristo a los suyos. Digo que con la divina gracia y con el ordinario ejercicio y trato de estas cosas vendrás a hacerte capaz de ellas y a saber por experiencia cuán suave es el Señor; y lo que ahora se te hace dificultoso, te parecerá fácil y de mucha satisfacción para tu alma.

La consolación espiritual interior y divina siempre anda acompañada de la caridad; y, como lo dice San Agustín, mediante ella se aumenta y crece la misma caridad [21]. *Necesse est (inquit) ut oderit omnem iniquitatem amor iustitiae:* «Necesario es que el amor de la justicia aborrezca todo pecado». *Qui tanto maior est, quanto eum inflammat amplius dulcedo sapientiae, quae prebetur ei, qui obtemperat Deo, et a mandatis eius intelligit:* «Tanto mayor es el amor divino cuanto la consolación y dulzura de la sabiduría, que se le concede al que obedece a Dios y toma inteligencia de sus mandamientos, más le inflama». Tiene otra propiedad, con que se diferencia de las consolaciones terrenas, la divina: que así satisface la sed de nuestra ánima, que, aunque en la presente vida no la apaga del todo, no trae al alma hastío ni tedio, antes consuelo y deseo de su posesión. Lo cual prueban elegantísimamente San Gregorio Papa, San Bernardo y otros santos contemplativos [22]. San Agustín dice que la divina consolación es como una prenda o un principio o arra de la vida futura y felicidad eterna y eterno deleite: «Et aliquando (inquit) intromittis me in affectum multum inusitatum introrsus ad nescio quam dulcedinem, quae si perficiatur in me, nescio quid erit, scio quod vita ista non erit» [23]. Será cielo, será vida eterna, será gloria.

Si al paso que se les comunica a los justos y amigos de Dios la consolación interior se caminase mucho hasta darles la perfección, no sabrían conocer lo que sería aquello, sólo sabrían que no era de la presente vida. El abad Casiano dice que la consolación divina no sólo nos aparta de las aficiones terrenas y nos despierta al amor de toda virtud y de toda perfección, sino que algunas y muchas veces nos arrebata y nos enajena de nosotros y convierte nuestra mente a sí ajena de los sentidos toda en su Dios [24]. «Frequenter (inquit) odoribus, ultra omnem compositionem suavitatis humanae, in ipsis subito visitationibus adimplemur: ita ut mens hac visitatione resoluta in quemdam spiritus rapiatur excessum; seque commorari obliviscatur in carne». San Bernardo dice que en ninguna manera se compadecen en uno las consolaciones carnales y las espirituales, como no se compadecen juntos el fuego y el agua.

---

[21] S. AGUSTÍN, *Cont.* 2 *in Ps.* 118.

[22] S. GREGORIO, *Homil.* 23 *in Evang.*

[23] S. AGUSTÍN, I. X. *Conf.*, c. 40.

[24] CASIANO, *Coll.*, IV, c. 5: «Con frecuencia, dice Casiano, nos vemos a deshora rodeados en estas visitas de una fragancia que trasciende todos los aromas que puede componer la humana industria, de manera que, desfallecida el alma en esta ocasión, es arrebatada a excesos mentales y casi llega a olvidarse de que vive en carne mortal».

VIII

DISCÍPULO.—¿Por qué causas quita Dios estos espirituales regalos a las almas, obrando tales efectos en ellas?

MAESTRO.—Ya traté de ese particular en el diálogo cuatro *, y no hay necesidad de repetir cosas dichas tan de propósito. Una sola te diré con resolución, y es de San Bernardo, el cual afirma, y con razón, que las más veces, o siempre, precede soberbia o acompaña a estos desamparos de la divina consolación [25]. Suyas son estas palabras: «Hallóse la soberbia en mí, y el Señor en su ira declinó y se apartó de su siervo; de aquí esta esterilidad de mi ánima y esta mengua de devoción que padezco; no puedo compungirme para lágrimas, no me saben los salmos, no tengo gusto de leer, no me deleita el orar, las acostumbradas meditaciones no las hallo. ¿Adónde está aquella embriaguez del espíritu? ¿Adónde aquella serenidad de la mente? ¿Adónde el gozo y la paz en el Espíritu Santo?» Y un poco más adelante: «En verdad he deprendido que para retener y recuperar la divina gracia, ninguna cosa hay tan eficaz como hallarte en todo tiempo delante de Dios humilde, que temas y que no sepas altamente; porque se escribe: *Bienaventurado el varón que siempre está con miedo* [26]. Teme, pues, cuando perdieres la gracia; teme cuando ella se fuere; teme cuando de nuevo volviere, que esto es estar siempre temeroso. Estos tres temores han de asistir continua y sucesivamente en el alma.

»Cuando la gracia está presente, teme, si acaso no obras conforme a ella. *Videte (inquit Paulus) ne in vacuum gratiam Dei recipiatis* [27]. Y si se retirare y ausentare, ¿por ventura hase de temer entonces más? Sin duda ha de ser así, porque allí adonde te falta la gracia, desfalleces y faltas tú. Teme, pues, quitada la gracia, como hombre que luego has de caer; teme y tiembla delante de Dios airado contra ti, como lo sientes. Teme, porque te dejó tu custodia, y no dudes de que la soberbia sea la causa de esto, aunque no se descubra, aunque no halles en ti ocasión alguna; porque lo que tú no sabes, sabe Dios, y el que te juzga, Dios es. ¿Por ventura quitará la gracia ya concedida al humilde el que se la promete y concede a los humildes? Luego argumento es de soberbia la privación de la gracia. Aunque algunas veces se quita la gracia de la

* De la *Conquista*.
[25] S. BERNARDO, *Serm.* 54, *in Cant.*
[26] Prov. 28, 14.
[27] II Cor. 6, 1.

consolación o se retrae, no por la soberbia que ya es, sino por la que ha de ser, si no se quita; como se le quitó a San Pablo, dándole el estímulo de la carne para que no se ensoberbeciese»[28]. Y concluye el santo diciendo: «Bienaventurado serás si llenares tu corazón de este tres doblado temor: que temas mucho por la gracia recibida, mucho más por la perdida y mucho por la recobrada». Y no más, porque lleguemos ya a lo cuarto que deseas saber, que es el conocimiento de los espíritus, de manera que se conozcan si son de Dios o no.

DISCÍPULO.—Lo que más he deseado saber es eso.

MAESTRO.—Y lo más dificultoso y a donde es menester ir con grande tiento, así los que leyeren lo que escribo como yo que lo escribo. El apóstol San Pablo, entre las gracias *gratis datas* para utilidad de la Iglesia, puso el conocimiento y descripción de los espíritus; de donde se colige que se puede hallar, y de hecho se halla, en hombres pecadores; como se les comunica también la gracia de la consolación muchas veces. Autores son San Bernardo y Ricardo de San Víctor que así lo afirman[29]; pero aunque esto es así, lo ordinario, este don de discernir espíritus hállase en los varones santos; no en todos, porque el divino Espíritu reparte a quien quiere, como lo dice el mismo Apóstol[30]. Y cuando, escribiendo a los de Corinto, dice[31]: *El espíritu juzga todas las cosas, y él de nadie es juzgado*, del varón justo habla, y a los limpios de corazón promete luz espiritual y la visión o visita de Dios[32]. A este don de discernir los espíritus llamó Santo Tomás *prudencia espiritual y divina*, que instruye al hombre en las cosas que sobrepujan la razón humana. Pero más propiamente sirve para declarar e investigar las cosas ocultas y los secretos del corazón. Autor es San Juan Crisóstomo[33]. San Anselmo tiene por dificultosísimo este juicio[34].

San Bernardo, en un sermón, pone seis diferencias de espíritus que se han de discernir para no errar en el camino del Señor. El primero es divino; el segundo, angélico; el tercero, diabólico; el cuarto, humano; el quinto, carnal; el sexto, mundano.

---

28 II. Cor. 12, 7.
29 S. BERNARDO, *Serm.* 74 *in Cant.*; RICARDO DE S. VÍCTOR, *In Ps.* 80.
30 I Cor. 12, 11.
31 I Cor. 2, 15.
32 Matth. 5, 8; S. TOMÁS, 1-2, q. 31, a. 4.
33 S. CRISÓSTOMO, *Homil.* 89.
34 S. ANSELMO, *In II ad Cor.*

VIII

Discípulo.—¿Por qué causas quita Dios estos espirituales regalos a las almas, obrando tales efectos en ellas?

Maestro.—Ya traté de ese particular en el diálogo cuatro *, y no hay necesidad de repetir cosas dichas tan de propósito. Una sola te diré con resolución, y es de San Bernardo, el cual afirma, y con razón, que las más veces, o siempre, precede soberbia o acompaña a estos desamparos de la divina consolación [25]. Suyas son estas palabras: «Hallóse la soberbia en mí, y el Señor en su ira declinó y se apartó de su siervo; de aquí esta esterilidad de mi ánima y esta mengua de devoción que padezco; no puedo compungirme para lágrimas, no me saben los salmos, no tengo gusto de leer, no me deleita el orar, las acostumbradas meditaciones no las hallo. ¿Adónde está aquella embriaguez del espíritu? ¿Adónde aquella serenidad de la mente? ¿Adónde el gozo y la paz en el Espíritu Santo?» Y un poco más adelante: «En verdad he deprendido que para retener y recuperar la divina gracia, ninguna cosa hay tan eficaz como hallarte en todo tiempo delante de Dios humilde, que temas y que no sepas altamente; porque se escribe: *Bienaventurado el varón que siempre está con miedo* [26]. Teme, pues, cuando perdieres la gracia; teme cuando ella se fuere; teme cuando de nuevo volviere, que esto es estar siempre temeroso. Estos tres temores han de asistir continua y sucesivamente en el alma.

»Cuando la gracia está presente, teme, si acaso no obras conforme a ella. *Videte (inquit Paulus) ne in vacuum gratiam Dei recipiatis* [27]. Y si se retirare y ausentare, ¿por ventura hase de temer entonces más? Sin duda ha de ser así, porque allí adonde te falta la gracia, desfalleces y faltas tú. Teme, pues, quitada la gracia, como hombre que luego has de caer; teme y tiembla delante de Dios airado contra ti, como lo sientes. Teme, porque te dejó tu custodia, y no dudes de que la soberbia sea la causa de esto, aunque no se descubra, aunque no halles en ti ocasión alguna; porque lo que tú no sabes, sabe Dios, y el que te juzga, Dios es. ¿Por ventura quitará la gracia ya concedida al humilde el que se la promete y concede a los humildes? Luego argumento es de soberbia la privación de la gracia. Aunque algunas veces se quita la gracia de la

* De la *Conquista*.
[25] S. Bernardo, *Serm.* 54. *in Cant.*
[26] Prov. 28, 14.
[27] II Cor. 6, 1.

consolación o se retrae, no por la soberbia que ya es, sino por la que ha de ser, si no se quita; como se le quitó a San Pablo, dándole el estímulo de la carne para que no se ensoberbeciese» [28]. Y concluye el santo diciendo: «Bienaventurado serás si llenares tu corazón de este tres doblado temor: que temas mucho por la gracia recibida, mucho más por la perdida y mucho por la recobrada». Y no más, porque lleguemos ya a lo cuarto que deseas saber, que es el conocimiento de los espíritus, de manera que se conozcan si son de Dios o no.

DISCÍPULO.—Lo que más he deseado saber es eso.

MAESTRO.—Y lo más dificultoso y a donde es menester ir con grande tiento, así los que leyeren lo que escribo como yo que lo escribo. El apóstol San Pablo, entre las gracias *gratis datas* para utilidad de la Iglesia, puso el conocimiento y descripción de los espíritus; de donde se colige que se puede hallar, y de hecho se halla, en hombres pecadores; como se les comunica también la gracia de la consolación muchas veces. Autores son San Bernardo y Ricardo de San Víctor que así lo afirman [29]; pero aunque esto es así, lo ordinario, este don de discernir espíritus hállase en los varones santos; no en todos, porque el divino Espíritu reparte a quien quiere, como lo dice el mismo Apóstol [30]. Y cuando, escribiendo a los de Corinto, dice [31]: *El espíritu juzga todas las cosas, y él de nadie es juzgado*, del varón justo habla, y a los limpios de corazón promete luz espiritual y la visión o visita de Dios [32]. A este don de discernir los espíritus llamó Santo Tomás *prudencia espiritual y divina*, que instruye al hombre en las cosas que sobrepujan la razón humana. Pero más propiamente sirve para declarar e investigar las cosas ocultas y los secretos del corazón. Autor es San Juan Crisóstomo [33]. San Anselmo tiene por dificultosísimo este juicio [34].

San Bernardo, en un sermón, pone seis diferencias de espíritus que se han de discernir para no errar en el camino del Señor. El primero es divino; el segundo, angélico; el tercero, diabólico; el cuarto, humano; el quinto, carnal; el sexto, mundano.

---

28 II. Cor. 12, 7.
29 S. BERNARDO, *Serm.* 74 *in Cant.*; RICARDO DE S. VÍCTOR, *In Ps.* 80.
30 I Cor. 12, 11.
31 I Cor. 2, 15.
32 Matth. 5, 8; S. TOMÁS, 1-2, q. 31, a. 4.
33 S. CRISÓSTOMO, *Homil.* 89.
34 S. ANSELMO, *In II ad Cor.*

IX

Los tres de estos espíritus son manifiestamente malos: el diabólico, el mundano y el carnal. Los tres son buenos: el de Dios, el angélico y el humano, aunque éste mejor se dirá indiferente, porque indiferentemente sirve a los unos y a los otros. En cada uno de estos espíritus se pueden considerar dos cosas. La primera es alguna luz ofrecida a nuestra mente, que los santos llaman *instinto*. La segunda es una moción de la voluntad a alguna cosa, y ésta por fuerza ha de ser alguna afección, ora sea amor y gozo, odio o tristeza, y semejantes afectos que suelen engendrarse en el ánimo cuando el instinto se halla presente. De uno y otro trataremos con la claridad posible.

Al Espíritu divino llamaron los santos «habla de Dios, inspiración venida del Esposo y visitación del Verbo»; y de otras muchas maneras.

DISCÍPULO.—Y ¿qué habla es ésa?

MAESTRO.—Interior, con algún movimiento y afición del ánima a su bien, de que San Bernardo dice [35]: «Dichosa y bienaventurada ánima, que en silencio posible percibe las venas del susurro divino, repitiendo frecuentemente aquello de Samuel: *Loquere, Domine, quia audit servus tuus*» [36]. Este *espíritu divino, habla* o *visitación* tiene algunas condiciones: la primera, que de ordinario no precede causa ni mérito de nuestra parte; lo cual dice el devotísimo y bienaventurado P. Ignacio [37], fundador de la santa Compañía de Jesús, por estas palabras: «De sólo Dios es consolar el ánima, sin que preceda causa alguna de esta consolación, como sea propio del Criador entrar en su criatura y convertirla toda en amor de sí mismo, traerla y mudarla. Y entonces decimos que no precede causa, cuando ni a los sentidos, ni al entendimiento, ni a nuestra voluntad se le ha ofrecido alguna cosa que de sí pueda causarla tal consolación». Esta doctrina es también de San Bernardo [38], el cual con grande elegancia pone las señales y conjeturas para conocer la presencia del Verbo y sus idas y venidas al ánima.

La segunda condición es que esta divina consolación

---

[35] S. BERNARDO, *Serm. de S. Spirit.*

[36] I Reg. 3, 9-10: *Habla, Señor, que oye tu siervo.*

[37] P. IGNACIO, *Lib. Exer.* Se trata de la *Regla Segunda* de los *Ejercicios*. Adviértase cómo el P. Angeles ponderó superlativamente la espiritualidad de San Ignacio y la categoría de su magisterio.

[38] S. BERNARDO, *Serm.* 74 *in Cant.*

no es por mucho tiempo, sino apresurada y breve [39]: «Neque enim in suavitate contemplationis intimae diu mens figitur, quia ad semetipsam immensitate luminis reverberata, revocatur», etc. La tercera, que aunque la visitación divina sea por breve tiempo, suele ser con frecuencia. Va y viene como le da gusto al Verbo [40]: «Quasi visitans diluculo, et subito probans: et ire quidem illi quodammodo dispensatorium, redire vero semper voluntarium est, utrumque autem plenum iudicii, et penes ipsum horum ratio». El porqué, él se lo sabe. Digo lo cuarto que el divino Espíritu no de una manera aficiona a todos los hombres, sino conforme a la disposición que cada uno tiene; más al de ánimo más dispuesto, menos al que menos se dispone. Al más semejante, más se comunica, y menos al no tanto [41]: «Similibus enim, hoc est, vere spiritualibus illabitur divinus spiritus, suaviter admodum, et placide. Dissimilibus autem, id est, minus spiritualibus, perturbat primum, et cum terrore: deinde etiam placidus, et cum mano simul consolationis sensu». Y de aquí se sigue que a los pecadores tibios y menos espirituales varones, cuando el Espíritu divino los visita, primero los conturba, mas después los consuela y acaricia.

Así lo dice San Bernardo [42]: «Primum quidem sonans in auribus animae, vox divina, conturbat, terret, diiudicatque: sed continuo si bene adverteris, vivificat, liquefacit, calefacit, illuminat, mundat». San Agustín dice esto con palabras regaladísimas, en esta forma [43]: «Que es aquello que ni da luz y hiere sin lesión mi corazón; erízaseme el cabello, temo y abrásome; temo en cuanto me hallo desemejante a él, ardo en cuanto me conozco semejante», etcétera. Lo que es propio al Espíritu Santo cuando visita las almas es consolarlas; pero cuando las espanta y con-

---

[39] S. GREGORIO, l. V *Moral.*, «Ni en la suavidad de la íntima contemplación se le concede al ánima permanecer mucho tiempo, porque, encandilada con la inmensidad de la divina lumbre, es obligada a volver sobre sí misma, etc.»

[40] S. BERNARDO, *Serm.* 74 *in Cant.*: «Como quien visita por la madrugada, y de repente se esconde, y probando que si fué merced suya el venir la vez primera, aún es más cierto que depende de su voluntad repetir su visita, y que todo lo dispone con juicio; y la explicación de esto El se la reserva».

[41] RICARDO, DE S. VÍCTOR, parte 2.ª *In Cant.* c 33: «A sus semejantes, esto es, a los que son verdaderamente espirituales, el divino Espíritu con muy gran suavidad los visita y anega de delicias. Mas a los que le son desemejantes, esto es, a los menos espirituales, primero los altera y con terror los amedrenta; luego también suele mostrárseles apacible y acompañado de grandes sentimientos de consuelo». Logendus Greg. l. V *Moral.*, c. 20; et Div. Bern., *Serm.* 75 *in Cant.*

[42] *De multiplici utilitate Verbi Dei.*

[43] S. AGUSTÍN, l. XI *Conf.*, c. 9.

turba, es accidentalmente, en cuanto alguna cosa está más lejos de él. De donde se sigue que el terror, el miedo y aquella concusión que precede a la consolación, preparación es y señal de la venida de ese mismo Espíritu; pero el consuelo es su venida y presencia: «Deus ignis est (dice San Bernardo) [44], et consumit quidem, sed non affligit: ardet suaviter, et desolatur feliciter. Est enim vere carbo desolatorius, sed qui sic in vitia exerceat vim ignis, ut in anima exhibeat vicem unctionis. Ergo in virtute, qua immutaris, et in amore, quo inflammaris, Dominum praesentem intellige». El mismo santo pone las señales de la presencia del divino Verbo, y son éstas [45]:

«Excitatio animae, motio, et emollitio, vulneratio cordis, evulsio, destructio vitiorum, aedificatio et plantatio virtutum, roris devotionis infusio ad ariditatem mentis tollendam, illuminatio tenebrarum, reseratio occultorum cordis, frigoris exterminium, inflammatio charitatis et perfecta animae, et facultatum eius omnium in Deum reductio, actio conversio».

Pero nótese que no se tiene por perfecta y llena la visitación divina si al instinto y luz de nuestra mente no se junta movimiento de la voluntad y conversión en Dios. Lo cual colige San Bernardo de las propiedades del Esposo, que en los Cantares se compara a la cabra montés y al cervatico [46]. En la cabra se considera la viveza del sentido de la vista, y en el cervatico, el alegría suya y la terneza y el regalo de su madre. Y más hay de consideración en estas visitas divinas, que, aunque de gracia se hacen, hanse de desear con grandes ansias y deseos del corazón. Hásele de pedir al Esposo que baje a su huerto y coja de la fruta de sus frutales. Y principalmente se ha de labrar con grandísima vigilancia y cuidado el ánima con el ejercicio de las preciosas virtudes. Léase San Bernardo al propósito en el sermón 57 *Sup. Cant.*, que dice cosas admirables. Y Ricardo de Santo Victore, parte 2.ª, c. 33,

---

44 S. Bernardo, *Serm.* 75 *in Cant.*: «Dios es fuego, y en verdad consume, pero no lastima; arde suavemente y desconsuela con mezcla de dicha. Es como carbón encendido que chispea desolaciones, pero de tal modo, que, consumiendo su ardor los vicios, deja en el alma relieve de suavidad y dulzura. Por lo mismo, en la fuerza que te conmueve y el amor que te inflama conocerás la presencia del Señor.»

45 «Levantamiento del alma, moción y enternecimiento, heridas del corazón, desarraigo y destrucción de vicios, fábrica y planta de virtudes, celestial rocío de devoción para quitar la sequedad del alma, iluminación de las tinieblas, descubrimiento de los secretos del corazón, destierro de la frialdad y tibieza, encendimiento de caridad y la perfecta conversión y allegamiento a Dios del alma y de todas sus facultades».

46 S. Bernardo, *Serm.* 74.

In Cant., que, después de muchas cosas, remata diciendo: «Cordis consolatio, et spiritualis refectio. Dei quidem donum est, sed cooperari te oportet huic dono, et prudentes in eo exerceri». La venida se ha de pedir con ansiosos deseos, y la estada y el magisterio y enseñamiento, y lo que nos falta, y lo que más le ha de agradar, y más seguro le ha de conservar en nosotros.

X

DISCÍPULO.—¿Qué dices del espíritu angélico?

MAESTRO.—Lo que el divino San Bernardo dice [47]: que es cosa dificultosa discernir entre los dos, pero que no hay peligro ninguno, porque cosa cierta es que el ángel bueno nunca habla sino por voluntad de Dios, y lo que Dios le enseña y quiere que hable.

DISCÍPULO.—Y del espíritu diabólico carnal y del mundo, ¿qué escriben los santos?

MAESTRO.—San Bernardo, en el lugar citado, dice que el de carne y mundo son como dos soldados o corchetes del gran príncipe de las tinieblas para granjearle y sujetar a su voluntad el espíritu de carne y de mundo. De lo que hablan y de sus efectos, los conoceremos. El espíritu de carne habla y aconseja cosas muelles y blandas; el del mundo, cosas vanas; el espíritu de malicia, cosas amargas. Luego todas las veces que importunamente, como suele, el pensamiento carnal toca y llama a nuestra ánima, y nos representa la comida, la bebida, el sueño y las demás cosas que pertenecen al regalo del cuerpo, y nos hace arder en el deseo de ellas, cierto es que es el espíritu de carne el que nos habla, y que le debemos desterrar de nosotros, como a enemigo y contrario a nuestro bien, diciendo: *Vade retro, Sathan*, que no sabes lo que es de Dios, antes tu sabiduría es enemiga de Dios.

Empero, cuando no de deleites carnales, sino de la ambición del siglo, de la jactancia y arrogancia y cosas semejantes, el pensamiento vano se vuelve y revuelve en nuestros corazones; cosa llana es que el espíritu del mundo nos habla, enemigo más pernicioso y que con mayor estudio ha de ser lanzado. También sucede que, volviendo las espaldas a estos dos fautores y soldados de Lucifer, el príncipe de ellos, tomando grande ira y coraje, se levanta contra nosotros y nos provoca e incita no a deleites de carne ni a vanidades del siglo, sino a ira, a impaciencia, a envidia y a amargura de ánimo, dándonos mil oca-

---

[47] S. BERNARDO, *De septem spirit.*

siones para indignarnos y para perder el sufrimiento y la paciencia. Aquí debemos fuertemente resistir no de otra manera que al mismo demonio, si se nos pusiera delante.

DISCÍPULO.—A mi parecer, no tiene mucha dificultad el conocimiento de esos malos espíritus, si el ánimo está quieto y sin las pasiones, que suelen quitar la luz espiritual y llevarnos tras de sí con grande fuerza.

MAESTRO.—Infinitas maneras tiene el enemigo de tentaciones, a que sólo Dios y su espíritu puede ocurrir y librarnos de ellas. Pero es materia ésta tan copiosa, que, si quisiera tratar de propósito de ella, fuera necesario hacer un libro entero, y no tan pequeño como la *Conquista*. Para mí, lo que en este particular tiene mayor dificultad es lo que pertenece al espíritu humano, que (como dije) es medio entre los demás, bueno y malo. «O quam frequenter (dice Richardo) imperfecti et ignari gratiae, moventur carnali gaudio, vel naturali alacritate, et moveri se putant spiritali consolatione! Quam saepe ab inimico, vel a proprio corde aliquid sentit homo, et a Spiritu Sancto hoc esse credit!» [48] ¡Oh cuán frecuentemente los imperfectos y sin conocimiento de la gracia son movidos de gozo carnal o de una natural alegría, y piensan que son movidos de espiritual consolación! ¡Oh cuántas veces siente el hombre alguna cosa o enviada del enemigo o de su corazón propio, y cree que es del divino Espíritu!

Y ¿qué mucho que se mezcle el enemigo en la devoción y hable falsedades a los poco experimentados, pues que en algunos profetas las hablaba muchas veces? Los cuales de su espíritu hablaron y dijeron lo que creyeron ser del Espíritu de Dios. Luego no debe el hombre seguir luego y sin más examen el pensamiento de su corazón o lo que allá siente, pues sabe haber sido engañados en tal caso algunos señalados con el espíritu de profecía. Y no sólo se ha de recelar el hombre estando en pecado de tales engaños, sino estando en gracia y amistad de Dios. Sí, que escrito está: *Con sabiduría bebe el vino* [49]. Y el Espíritu Santo huye de los fingimientos y se aparta lejos de los pensamientos sin entendimiento y prudencia. Lee a San Bernardo en el lugar citado, y quédese por hoy esta plática, porque quiero volver sobre ella con más acuerdo y lección de santos y tratar de las visiones y revelaciones y de otras cosas importantísimas para la vida espiritual. Adiós, Deseoso.

DISCÍPULO.—El vaya contigo.

---

48 RICARDO DE S. VÍCTOR., 1.ª p. *In Cant.*, c. 33.
49 Eccli. 31, 32.

DIALOGO TERCERO

En que se prosigue la materia de los espíritus, y se trata de las revelaciones falsas y verdaderas y de otras algunas particularidades importantísimas para la vida espiritual.

I

MAESTRO.—Buen estómago te debe haber hecho la doctrina de los espíritus, pues que tanto has madrugado.

DISCÍPULO.—Confuso me tiene, porque, a mi parecer, es dificultosísima, y yo rudo para tanta delicadeza.

MAESTRO.—Si tuvieras tú el don de discreción de espíritus, no hallaras dificultad ni yo tuviera necesidad de cansarme en la lección de los santos, si le hubiera merecido. Materia es de conjeturas toda, y hase de creer en ella a los varones espirituales que en común y en particular dan reglas de cómo nos habemos de haber en el conocimiento de estas cosas. Está atento, que atención pide la materia. Cuatro maneras hay de instintos: *divino, angélico, diabólico* y *natural*. El *divino* se conoce por cuatro señales; si nos convida y incita: primero, al ejemplo de Cristo y de los santos; lo segundo, a la humildad; lo tercero, si nos llama de las cosas exteriores a las interiores y recoge el corazón, para que así esté mejor dispuesto para la unión con Dios; lo cuarto, si aquello a que nos provoca es conforme a nuestras fuerzas o es de tal virtud que con mayor abundancia de espirituales riquezas recree y perfeccione el alma.

DISCÍPULO.—No se puede decir cosa mejor ni más clara.

MAESTRO.—El *instinto angélico* se conoce: lo primero, en que en el principio espanta, en el fin consuela; como se vió en el ángel enviado a la Virgen, que, luego que la habló, la turbó, y viéndola turbada, la consoló: *Ne timeas* [1]. Lo segundo, en que al principio se disimula y esconde, como lo hizo San Rafael con Tobías, mas en el fin se manifiesta. Lo tercero, en que siempre convida y incita a lo bueno, aunque no lo parezca a los ojos de carne, como se vió mandando a Abrahán que sacrificase a su hijo Isaac [2],

[1] Luc. 1, 30.
[2] Gen. 22, 2 ss.

porque lo que Dios ordena siempre es bueno, aunque nos cueste la vida. Lo cuarto, en que en los principiantes siempre despierta la voluntad al dolor de los pecados y rompe las cadenas y da libertad para salir de la cárcel de Herodes, que es el demonio, como lo hizo con San Pedro [3]. A los que aprovechan enciende en fervor de espíritu y a los perfectos recrea con el gusto de la interior dulcedumbre; como le sucedió y lo vimos en el santo Elías, que primero le despertó el ángel y le dijo: *Larga es la jornada,* y luego lo recreó y administró la comida [4].

El *instinto* o *espíritu diabólico* se diferencia del divino: lo primero, en que de todo en todo es contrario a los ejemplos de Cristo y de sus santos, al fin como enemigo suyo conocido. Cristo es espejo de la divina verdad, blancura de claridad paterna y fuente de eterna felicidad; el demonio, padre de mentiras, príncipe de tinieblas y autor de la eterna muerte. Lo segundo, en que siempre instiga y despierta al hombre, para desvanecimientos de honras y grandezas, a hinchazones de ánimo y elevaciones de espíritu [5]. Síguense de aquí tres efectos que declaran el huésped malo: contiendas, porfías y peloteros *; poco o ningún sufrimiento en las reprehensiones de los mayores; firmeza y estabilidad en los defectos y culpas. Lo tercero en que se diferencia es en que siempre nos procura sacar de nosotros mismos y nos distrae y aleja del corazón, lo cual él hace para por este camino enflaquecernos y debilitarnos, para que con más facilidad caigamos en los pecados y menos sintamos la presencia divina. Porque como Dios, de sentencia de San Agustín, esté más vecino a nuestra ánima que ella a sí misma, el que más se aleja de su corazón, menos siente a Dios. Por eso dijo Crisóstomo que los demonios temen y no osan acercarse al hombre que anda siempre atento a Dios y puestos los ojos de su alma en él [6]; porque sabe bien que su trabajo es en balde; pero contra los distraídos y derramados tiene mucha mano. Y llama el santo Doctor a éstos ovejas sarnosas que fácilmente perecen.

Lo cuarto que hace el espíritu maligno es adelgazar nuestra virtud y trabajos por despojarnos de los dones divinos, arrojándonos a las criaturas y a la tierra. San Crisóstomo, sobre aquellas palabras dichas a la serpiente: *Terram comedes, et super pectus tuum gradieris* [7], dice al

[3] Act. 12, 7 ss.
[4] III Reg. 19, 7.
[5] S. GREGORIO, XXXIV *Moral.*, c. 18.
* Familiar: Pelotera.—*Diccionario de la Academia.*
[6] S. CRISÓSTOMO, *Homil. in c. ad Rom.*
[7] Gen. 3, 14: *Comerás tierra y tu pecho arrastrarás por el suelo.*

propósito con grande elegancia: «De lugar más bajo pelea el demonio contra nosotros, y con todo eso sale muchas veces con victoria». La razón es porque nosotros ningún cuidado ponemos en levantarnos y hacernos superiores a sus tiros y saetas de fuego infernal. El mayor mal es y lástima que no pudiendo él levantarse mucho, porque, teniendo figura y forma de serpiente, de fuerza ha de andar arrastrando y pecho por tierra, nos trae él a nosotros debajo de sus pies. «¿Qué cosa es, dice Crisóstomo, pelear el demonio contra nosotros de lugar más bajo? Hacernos guerra y herirnos con las cosas que dentro de nosotros están y son inferiores a nosotros; con los deleites, con las riquezas y con los cuidados del siglo». Ensoberbece este enemigo el alma y derríbala del amor de Dios, y, privada del gusto de la dulcedumbre divina, hácela ir tras el amor y consolación de las criaturas, y ésa es su perdición.

II

DISCÍPULO.—¿Puédese entender cuándo el ángel bueno nos habla y cuándo el malo?

MAESTRO.—Muy bien; porque el demonio, luego al principio y a la entrada consuela y llena de deleites el ánimo, mas al fin le aflige y atormenta, lo cual experimentan los perezosos y los bien condicionados y hechos al gusto del enemigo, que en ellos, como dice el bienaventurado P. Ignacio *, entra como en casa propia suya, con quietud y paz, aunque falsa; mas después la inquieta, turba, alborota e induce a desesperación; como se vió en el malvado Judas, que de uno en otro le llevó al despeñadero del infierno. Lo segundo que hace es asegurarnos y alentarnos en el principio, y en el fin inducirnos a desconfianza del divino favor. De donde nacen dos grandes males, conviene a saber, presunción de no guardarse ni huir el mal y desconfianza de aprovechar adelante en el bien. Y a esta desconfianza suelen acompañar pusilanimidad, tristeza, amargura, obscuridad en el alma y tinieblas palpables. Yo digo que la melancolía y tristeza grande que es asidero y añagaza para la tentación y que debe el hombre alegrarse en el Señor y huir de semejantes tentaciones, causadas por los moradores del infierno [9].

Lo tercero que se ha de advertir es que el instinto o espíritu en la apariencia bueno, y en el hecho de la verdad también, nunca se asegura de manera que no tema

* S. IGNACIO en sus *Ejercicios espirituales*. Enseñanza tomada del discernimiento de espíritus, primera y segunda semana.
[9] S. CRISÓSTOMO, *In Ps. 135*.

si tendrá buena salida y fin, por los muchos lazos y enredos de Satanás. Por lo cual se ha de mirar y examinar cuidadosamente en el principio, medio y fin si acaso hay en él algún engaño diabólico escondido; que puede ser, como lo dice San Bernardo, que en fe de la humildad el instinto diabólico se mude en angélico, de manera que como la abeja chupa la dulzura de la flor, pero, en sintiendo lo terrestre, se aparta y la deja. Así, el siervo de Dios debe distinguir y apartar todo lo que de bien hallare en el instinto diabólico y dejarle a él lo terreno que ha inspirado en el alma. Lo cuarto que hay de consideración en el espíritu malo, es que poco a poco, al paso que puede, va extinguiendo y acabando en nosotros la buena voluntad, de manera que no lo echemos de ver hasta vernos sin remedio por solas nuestras fuerzas. Y es muy lindo, y para ejemplo y de grande edificación, lo que San Antonino refiere de fray Rufino, que, habiendo él dado oídos al demonio y consentido en una ilusión suya, le dijo nuestro Padre San Francisco: «En lo que conocerás haber sido el demonio adversario y enemigo del género humano el que te apareció es en que endureció tu corazón para toda buena obra, que es oficio propio suyo» [9]. Y así fué que, en cuanto este espíritu tuvo lugar en su corazón, no admitió consejo de nuestro Padre San Francisco ni atendió a cosa que le estuviese bien a su alma. Especialmente procura apagar la caridad, que es el ojo derecho, que, faltando del alma, falta la disposición y las fuerzas para las espirituales batallas, y no digamos más de instintos buenos ni malos.

DISCÍPULO.—Habrás de decir del *natural*, que anda entre esos dos.

MAESTRO.—No me atrevo, porque es dificultosísimo de conocer y es necesario y necesarísimo el espíritu de Dios para alcanzarlo. Willelmo confiere este instinto con los demás, y es tan metafísico lo que escribe, que pienso cierto que, después que lo hubieses leído, te hallarás tan ayuno de su inteligencia como lo estabas antes de leerlo. Algunas generalidades pondré aquí, y de ellas y de lo dicho de los demás podrás alcanzar alguna noticia confusa. Y lo principal es que siempre e incansablemente instiga y mueve a la conservación de la naturaleza, a la comodidad y buena pasada, y esto no sólo en comer y beber, vestir, cama, regalo, recreos, amistades y cosas semejantes, sino en las meditaciones y ejercicios de virtud.

Procura que, si meditamos, la meditación sea muy remota y lejos de la pasión y muerte de Cristo; porque sabe

---

[9] S. ANTONINO, 2.ª p. *Histor.*, tít. 24, 2. § 2.

que de allí habemos de sacar aliento y deseo de padecer, a imitación suya; y que habemos de concebir odio de los pecados, enemistad con nuestra propia carne, aversión a todo lo placentero y de gusto y el odio santo, fundamento de la vida evangélica. Y cuando no nos puede estorbar estas meditaciones, procura que busquemos conceptos delicados de su bondad, de su amor, de la consonancia de las Escrituras, en el modo de padecer y en la grandeza de las pasiones; y con esto nos divierte y aparta del espíritu de conformidad, que es lo más importante y necesario.

DISCÍPULO.—¿Tanto importa meditar con ese fin la muerte de Cristo?

MAESTRO.—El todo, porque sin más libros nos enseña su espíritu en este escrito de dentro y de fuera a componer nuestras vidas y a regular y encaminarlas a la traza y conformes a la de Cristo, que es la más cierta señal de nuestra predestinación; y no se deben oír los que enseñaren contra esto, porque son enemigos de nuestra salud y precursores del antecristo y ministros de Satanás. Esta regla es certísima. Todas las veces que el espíritu te llamare a las meditaciones de Cristo crucificado y te incitare a imitar su vida y a sacar doctrinas para ello es espíritu de Dios conocidamente; pero el que te desviare y llevare por otros caminos, o es instinto natural, que huye lo penoso, o diabólico, que te quiere despeñar en el infierno.

El espíritu de gracia recoge los pensamientos en la oración, y enderézalos a unidad, a hacer uno nuestro espíritu con Dios. El instinto natural, al contrario, deja suelto el pensamiento, porque le es trabajoso el recogerle. (¡Ay especulación dañosa!) El que se rige por este instinto estudia de hablar palabras raras, grandes, sutiles y que causen admiración en los oyentes.

El espíritu divino aquello sólo quiere y habla que más le sirve a sí y a los otros para la unión; y de aquí se saca una experiencia notable, que lo que se dice por el instinto natural, aunque lleno de facundia y elegancia, apenas es de provecho; es el fruto muy poco, y raras veces se coge. Al contrario, lo que dicta el espíritu divino, tiene eficacia y vida, y mueve, y despierta, y enciende el alma, y la une con Dios. *Quo ibimus? Verba vitae aeternae habes* [10]. De aquí San Crisóstomo: todas las palabras divinas, aunque rústicas y sin pulicia, son vivas, porque allá dentro en sus sentidos tienen puesta la verdad de Dios, como está la sangre en las venas; y así vivifican y calientan y llegan a Dios al que las oye. Empero, las palabras seculares que

[10] Ioan. 6, 69.

dicta el natural instinto o compone el arte, porque no tienen en sí la virtud de Dios, aunque ingeniosas y elegantes, muertas son. Al fin, este espíritu humano lo que busca es la gloria de los hombres, amigo de apariencias, y que sepa el mundo que sabéis, y que no se esconda el talento ni esté debajo del medio celemín la vela encendida. Y de aquí se sigue lo que dice el Apóstol [11]: *La ciencia hincha*. Otras señales da de sí este instinto natural, por donde le conocieron los santos: la lección de ellos te lo enseñará, que por ahora no quiero decir más.

III

Discípulo.—¿De qué nacerá en mí una tibieza grande, y una desgana de aprovechar en el servicio de Dios, y un menoscabo ordinario en el ardor interior y fuego divino, que en otros tiempos te comniqué que me comunicaba Dios?

Maestro.—De que te dejas llevar de este espíritu humano; porque el divino aumenta los conatos y esfuerzos de la gracia y hace crecer el alma cada día más. Y más has de advertir; que si, comunicándote el Señor algún buen concepto en la oración, le desmenuzas y adelgazas de manera que sólo el entendimiento se goce y ensanche y haga grandes discursos, sin que le quepa a la voluntad nada, sin que tome algún sabor y reciba aliento, el espíritu humano es el que te rige y gobierna, el cual huye cuanto puede de todo lo trabajoso, como dañoso para él, y aleja la mente y la hurta de los pensamientos mortificativos de la naturaleza y la distrae y lleva a lo refrigerante. De donde le vienen al alma dos males grandes: el uno, disminución de fervor y deseo de aprovechar; el otro, extinción o ahogamiento de la dulzura de la verdadera devoción. Y de aquí los pocos espirituales y contemplativos, porque son pocos los que sepan recoger sus pensamientos y ponerlos en cintura en la oración, y muchos los que vaguean en ella llevados del instinto humano, que de todas maneras huye de lo que le puede fatigar. ¡Oh natural amor, cómo nos inclinas y doblas a nosotros mismos y huyes, cuanto puedes y por las vías que puedes, de la aniquilación! ¡Qué poquitos son los que permiten ser abstraídos y aniquilados en sus deseos y ser su afecto todo transformado!

Discípulo.—De esos pocos quisiera ser uno.

Maestro.—Huye del instinto natural, si no quieres dar en el diabólico, carnal y de mundo, que éstos todos se

[11] I Cor. 8, 1.

juntan contra el espíritu divino para oprimirle, o estorbarle, o menoscabarle. Lo que yo quisiera ahora, fuera referirte unas pocas de reglas que de esta materia dejó escritas Serafino Firmano, canónigo reglar, que en su tiempo fué uno de los hombres de más alta contemplación que hubo y de mayores doctrinas para la vida espiritual; pero considero que lo más de lo que él escribe se puede deducir con poco trabajo de lo que ahora habemos dicho y de lo que queda en los diálogos pasados.

DISCÍPULO.—Bien pudieras sumar en breves razones lo más substancial, que en materia de espíritus, aunque se escriba mucho, parecerá poco por la necesidad que hay de semejante doctrina.

MAESTRO.—Dice lo primero que Dios en sus obras se ha como la naturaleza, que comienza de lo poco para venir a lo mucho, y de lo imperfecto a lo perfecto; suele tener atención a las personas y a las edades; diferente saber comunica al viejo que al mozo, al principiante que al ejercitado en las cosas espirituales, al que manda que al que es gobernado por otro. El demonio procede al contrario; ni guarda orden ni moderación; da unos fervores a los suyos sin tiempo, y en menos espacio de un mes los levanta hasta los excesos mentales, y los hace profetas y milagreros (que no sé yo otro mejor nombre con que decirlo) y los mete en cosas semejantes, con que son admirables en el mundo. Pero ¡ay de ellos, que debajo de eso que los hace gloriosos está el veneno de su falsedad y la ponzoña de sus consejos! Va Dios muy despacio, y mira el bien universal de la Iglesia y el particular del alma que visita; y lo que le da, no se lo da para ostentación vana, sino para edificación propia y de todos. Las priesas del demonio son grandes, y los despeñaderos, conocidos y ciertos. Señal de espíritu divino es seguir los sentidos aprobados de la Iglesia en las santas Escrituras, y del mismo es el humillarnos, y tanto más cuanto el aprovechamiento en la virtud fuere mayor. No tiene ojos para ver en sí cosa buena suya el verdadero humilde, y todas las considera, las que lo son, como hacienda de Dios sin méritos propios. Por él concibe el alma juntamente temor grande y confianza grande; ésta nace de Dios, y aquél de nuestra propia enfermedad y pobreza.

De aquí viene el deseo de padecer muchas cosas por Cristo, y aun ésta es la piedra lidia o del toque en que se puede conocer el aprovechamiento de cada uno. El principiante, en las adversidades interiores o exteriores, luego al principio afígese y estréchase el espíritu, pero después lo lleva en paciencia y en descuento de pecados. El aprovechante, con dificultad sufre el trabajo luego que se ofre-

ce; mas, considerando sus frutos y provechos grandes, se quieta y sosiega y alaba a Dios. El perfecto, así aspira a las adversidades como si fueran desposorios o bodas, y aun llega a tenerse por indigno de tanto bien. Buen espíritu el que nos enseña a fiar de Dios y a conocer su providencia en todas las cosas en pro de los que le temen y le aman; entra seguro en la batalla si Dios le lleva a ella, y si no, teme que haya bien de qué. De este espíritu es la piedad con los prójimos aun en aquel tiempo que se hace justicia de ellos; la devoción de los santos, el amor a sus obras, el deseo de imitarlos, la veneración a sus huesos y reliquias, la estimación de sus hechos y el buen concepto de los siervos de Dios y el afecto piadoso a ellos, del Espíritu Santo vienen. Cuando, enajenado de los sentidos o de otra manera, conocieres los secretos de Dios, su espíritu es tu maestro; señal es de su grande amistad, que a sus discípulos les dijo [12]: *No os llamaré ya siervos, sino amigos, porque os he manifestado los secretos que me comunicó mi Padre.*

DISCÍPULO.—¿Y es eso siempre así?

MAESTRO.—No por cierto, que muchas veces nos podemos engañar; conjeturas serán todas las que diremos para conocer la verdad en tales ocasiones. La gracia ponga nuestro Señor, y la discreción y conocimiento de los espíritus.

IV

La primera conjetura o señal de que un exceso o revelación es de Dios sea ésta: si el que así es visitado no se descompone con desusados movimientos, ni se golpea y maltrata como los endemoniados suelen hacerlo, porque el Espíritu Santo es artífice de moderación y de tranquilidad, y si alguna vez no pudiere ser señor de sí, porque la fuerza del ardor que le acomete es grande; si así se tiempla y modera que no hace ostentación de alguna cosa nueva y admirable en los ojos de los hombres, argumento es de buen espíritu. Por donde no puedo dejar de advertirte aquí que cuando vieres a alguno que se arroba y a ese tiempo o cuando vuelve en sí hace meneos feos, visajes y violencias penosas a la naturaleza, con bramidos y sangre de narices, ojos y boca, temas mucho que es obra del espíritu malo; y de ese espíritu es la manifestación de estas cosas en público afectadamente y con elección hecha. Mucho de esto hallarás en el segundo capítulo de los Canta-

[12] Ioan. 15, 15.

res *; y ahora te digo que estos arrobos que se hacen en la corte y en presencia de señores y señoras los tengo por muy sospechosos y peligrosos. Son arrobos que a veces roban el aire popular. Son flaquezas de hombres que no pensaron llegar a ese estado, y llególos la vanidad, y el aplauso, y el provecho, y la opinión y no sé qué más. El espíritu de Dios, dulce es más que la miel y el panal, y enemigo de vanas ostentaciones, y amigo del rincón y soledad.

El que quisiere enterarse de que digo verdad y que hablo con moderación, lea a San Juan Crisóstomo, que, entre otras cosas, dice así [13]: «Daemonis proprium est, perturbationem, furorem et multam caliginem inducere vel infundere: Dei autem illuminare et prudenter edocere ea, quae opus sunt». Y no condeno por esto lo que leemos: la turbación de Tobías a la vista del ángel, y el desaliento y desmayo de Daniel, y la caída a los pies del ángel, como muerto, de San Juan Evangelista. Y San Agustín refiere un milagro en una hermana suya, que la sanó Dios con desmayo y caída en tierra [14]. Y cuando hablaba a los antiguos, los espantaba con truenos, relámpagos, etc., porque los efectos mostraban la verdad de la visión, aparecimientos y salud del milagro; pero acá no hay eso.

Habla poco de ti y nunca digas: —Esto me ha enseñado Dios. Dios es el que dice esto por mí, su siervo indigno. Esto manda Dios que hagáis, o que os apartéis de tal o tal cosa. El Espíritu Santo me ha movido, él me guía en esta obra, etc.—Y el hacer plaza de los regalos de Dios, tratar sin diferencia de ellos, sin respeto a personas ni consideración a la gloria de Dios y edificación de los prójimos, es y fué siempre reprehendido de los santos. Los que esto hacen, más parecen tratantes de vanidad y revendedores de las cosas espirituales que secretarios de Dios y fieles apreciadores de sus misericordias. ¡Oh qué gran bien la moderación en el hablar! Dios me libre de embelesamientos cuando se habla en materias devotas y de espíritu; de ojos vueltos en blanco y suspensos en el cielo; de suspiros tiernos y profundos, y aun de palabras tales: ¡Oh buen Jesús! ¡Oh amor mío! ¡Oh Señor de mi vida! Te has de abstener de humildades demasiadas en lo exterior y de todo aquello que te pueda hacer notable y señalado entre los demás. No te fíes de tu parecer en ne-

* *Consideraciones sobre los Cantares*, que publicó antes.

[13] S. Crisóstomo, *Homil.* 28 *in epist. I ad Cor.* 12: «Propio es del demonio infundir turbación, desenfreno y mucha obscuridad, pero a Dios corresponde alumbrar y enseñar con prudencia lo que mucho necesitamos».

[14] S. Agustín, 1. XX *De Civit. Dei*, c. 8.

gocios de revelaciones; sigue el de los varones espirituales, y más el de tus padres y prelados, si los tienes, porque el espíritu de Dios a lo que inclina e induce más y principalmente es a la obediencia a los mayores y a la conformidad con el parecer de los santos.

Grande argumento es del divino espíritu la paz y tranquilidad del corazón y una como servidumbre nacida de este mismo espíritu, mediante lo cual el hombre se forma y acomoda todo al gusto y albedrío de Dios, muerto en sí su querer y propia voluntad. De manera que, poniendo los ojos en lo que pasa en el mundo y viendo sus desconciertos y desórdenes, aunque se debe doler y pedir el remedio a Dios, no debe turbarse ni inquietarse, sino reposar en Dios como en un altísimo ocio, remitiéndolo todo a su disposición. Suele el demonio causar en nosotros grandes inquietudes, y ahogarnos con nubes de pensamientos, y robarnos el tiempo en trazas para el remedio de aquellas cosas que sólo Dios puede remediar. Tentación es de Satanás quererlo poner todo en orden a nuestro modo; y reprehenderlo todo y avisarlo, efectos son de su espíritu. Excusa cuanto pudieres el hablar del gobierno del mundo, si no quieres incurrir en dañosas murmuraciones y hacer juicios en tu daño. Huye, calla y reposa (dijo el ángel al santo abad Arsenio), y eso mismo te digo yo a ti, y excusarás muchas caídas. Oye la voz de Dios con silencio y en lo íntimo de tu corazón; y si se te antojare alguna lengua que de fuera te habla y te revela, teme que el espíritu malo anda por ahí. A mí vino un religioso que le hablaba en esta forma este malvado espíritu y le decía muchas cosas verdaderas; pero yo le advertí que le engañaba el demonio, y que lo había de ver muy presto; y fué así con harto daño suyo, porque le enredó en cosas y le ensució de suerte que no se sufre escribirlo ni es lícito pensarlo.

El doctísimo Torquemada en brevísimas razones cifró esta materia de revelaciones y visiones en un prólogo que hizo a las obras de Santa Brígida. Dice ser verdaderas: lo primero, cuando son aprobadas por el juicio y sentencia de grandes varones; lo segundo, por parte de los efectos, cuando en el ánimo de aquel a quien se hacen se aumenta la devoción, la humildad, la caridad y las demás virtudes; lo tercero, de parte de la materia, cuando en todos sus dichos se hallare verdad; lo cuarto, de parte de la forma, cuando hay conformidad con la santa Escritura; lo quinto, de parte de la persona, cuando es de vida aprobada y de conocida santidad. Lo demás te enseñará el Señor, si fueres humilde.

DISCÍPULO.—En mucho estimo esta doctrina por la necesidad que hay de ella en el mundo; y aunque de suyo

obscura y dificultosa, de manera la has dispuesto y ordenado, que espero será de gran fruto para todos los que aman la verdad y el desengaño: pero digo yo: ¿cómo se pueden saber estas cosas sin maestro? ¿Cómo se puede caminar por senda de tan pocos seguida sin llevar quien nos guíe?

V

MAESTRO.—De muchos sabemos que fueron divinalmente enseñados, como lo advirtió San Gregorio [15]: San Juan Bautista en el desierto y Moisés apacentando su ganado, San Antonio Abad [16] y otros notables varones subidos a la alteza de la contemplación sin alguna enseñanza humana, de que Casiano trata y San Agustín. Pero, como dice San Gregorio en el mismo lugar, ordenólo Dios así para que lo venerásemos, mas no para que lo imitásemos. Y así advirtió, y bien, Casiano [17] que, pudiendo Cristo, Señor nuestro, enseñar por sí a San Pablo el camino de la perfección y lo que le convenía hacer y padecer, le envió a Ananías para que él le enseñase [18]. *Ne (inquit) quod rectum fuisset in Paulo, posteris malum praesuntionis praeberet exemplum*. Y el mismo Apóstol, que por revelación supo el Evangelio, para nuestro ejemplo se fué a Jerusalén a conferirlo con los apóstoles sus antecesores.

La conclusión de Casiano es que a ninguno que despreciare el magisterio de los Padres, pudiendo de ellos ser enseñado, le mostrará Dios el camino de la perfección, que en el Deuteronomio se escribe [19]: *Interroga patrem tuum, et annuntiabit tibi; maiores tuos, et dicent tibi*. San Basilio alaba mucho la vida monástica por los maestros [20]. Y San Jerónimo dice así a su amigo Rústico [21]: «A mí me da gusto de que te estés y vivas en compañía de santos y que no te enseñes y guíes tú a ti mismo, ni entres por ese camino poco trillado sin doctor, porque no te sea forzoso luego al principio declinar a una o a otra parte; y, habiendo de caminar despacio, camines apriesa, y siendo necesario el apresurarte, te detengas y te duermas». Y San Bernardo: «El que a sí se elige por maestro, hácese discípulo de un maestro necio». San Vicente, en un tratado que compuso *De vida espiritual*, dijo: «Que nunca comunica-

[15] S. GREGORIO, I *Dial.*, c. 1.
[16] S. ATANASIO, in *Vita S. Antonii*.
[17] CASIANO, *Coll.*, XIV, c. 16.
[18] Act. 9, 7 y 10.
[19] Deut. 32, 7.
[20] S. BASILIO, *Serm. de inst. m. et Reg.*, c. 16.
[21] S. JERÓNIMO, *Epist. ad Rustic.*

rá el Señor su divina luz y gracia al que, teniendo maestro que le guíe en el camino de la perfección, tuviere en poco su enseñanza y magisterio». El camino de la obediencia es camino real que lleva a los hombres sin lastimarse los pies a lo sumo de la escala, adonde Dios se halla y aparece reclinado. Es tan conforme a razón esto, que ninguna necesidad tiene de probarse. Para saber un aprendiz cortar un vestido busca maestro, siendo cosa de suyo tan fácil, y sin él nunca alcanza a ser oficial; y si por sí quisiere cortar la seda o paño, haría muchos yerros y lo perdería todo.

Para la teología mística, ciencia secretísima y altísima, ¿no es necedad e ignorancia grande decir que no es necesario el maestro? «No se pierde paño errando ni el trabajo de un día, sino (como dice Casiano) la vida del alma, que perece para siempre» [22]. Gran cosa es, para no pecar licenciosamente, haber de manifestar mis secretos todos al padre espiritual, el cual conviene que sepa lo que pasa interiormente en el corazón de su discípulo. San Atanasio refiere grandes cosas de San Antonio Abad [23], el cual solía decir a sus monjes: Gran camino para la virtud descubrir todos los pensamientos del alma a sus hermanos, porque ninguno se atreverá a pecar que sepa que ha de referir a otro su pecado y pasar confusión y vergüenza contando lo que ha hecho. La perdición del monje está en regirse a sí, despreciados los consejos de los padres. Tiene el demonio gran derecho a los que huyen del maestro, y más cuando corre tiempo recio y el fervor del espíritu se apaga en nosotros [24]. Son como ayos los padres espirituales, los cuales el demonio aborrece y teme mucho, como lo dijo Salomón [25]: *Odit tutelae, et cautionis nomen, malignus.* Como huye el deshonesto mancebo que persigue a la recogida doncella que sus padres sepan sus pretensiones y malos tratos, porque sabe que se los han de impedir y estorbar; así teme Satanás de que vos comuniquéis con vuestro maestro y padre espiritual sus malvados consejos, con que quiere derribaros y llevaros al infierno.

Fuera de esto, los poco experimentados pocas veces dejan de ser extremados en sus cosas y dificultosísimamente atinan con el medio en la virtud, el cual buscaron y tuvieron los bienaventurados, y no lo fueran si no atinaran con él. Y aunque no tuvieran otra necesidad de maestro los nuevos, sino ésta, bastaba para procurarle tal, obedecerle y seguirle. Cuanto más que la sujeción y rendimien-

22 CASIANO, *Coll.*, XXI, c. 11.
23 S. ATANASIO, in *Vita S. Antonii.*
24 CASIANO, *Coll.*, XI, c. 11.
25 Vulgata: *Qui cavet laqueos, securus erit* (Prov. 11 13).

to al maestro y padre espiritual por amor de Dios es de tan gran mérito, que por ella se hace Dios Maestro del maestro, para que ni yerre en sus consejos ni falte en las dudas que se le ofrecieren al discípulo. Y yo tengo por muy cierto que una de las cosas que sustentó en grande perfección y reformación por mucho tiempo algunas Religiones y Congregaciones fué el cuidado de los súbditos en manifestar a los maestros y rectores todos los secretos del corazón. Y el querer ya todos regirse por sí y que nadie sepa ni entienda sus pensamientos y designios ni las tentaciones del enemigo es un mal tan grande, que, aunque quiera pintarle como es, no acertaré. Creo que es la total destrucción de la vida espiritual, y de donde nace haberse ya convertido la santidad sólida y maciza en solas exterioridades y en ocupaciones que, aunque buenas y en beneficio de prójimos, no sé qué tan limpias del polvo de lo temporal. ¡Oh siglos dorados aquellos, digo, en los cuales ni un pensamiento escondían los súbditos a sus prelados, y a sus maestros los discípulos!

DISCÍPULO.—¿De dónde nace no hallarse en estos tiempos un maestro que lo sea con la satisfacción que se hallaban tantos en tiempos pasados?

MAESTRO.—De que no hay uno que a derechas quiera ser discípulo.

VI

DISCÍPULO.—¿Qué condiciones ha de tener el que ha de ser guía de los que caminan a la perfección y tratan de oración y recogimiento?

MAESTRO.—No lo sabré decir ni como lo siento ni como lo sintieron y escribieron los santos. San Basilio le dibujó en muy pocas palabras, pero con vivísimos colores: «Que sea, dice, adornado de todas las virtudes; que todas las acciones de su vida den testimonio que tiene en sí la caridad de Dios; que tenga ciencia de las letras divinas; que sea varón entero y en nada distraído; que aborrezca de corazón la avaricia y codicia de las cosas temporales; que no se entremeta con gusto y por su voluntad en negocios y ocupaciones temporales y del siglo; que sea quieto, amante de Dios, cuidadoso de los pobres, no airado ni vengativo: que olvide fácilmente las injurias, naturalmente inclinado a enseñar a los que a él acuden; que no le hinche la gloria vana, ni le levante la soberbia, ni le quebrante la adulación; severo y constante y que ninguna cosa acerca de él se anteponga al amor de Dios». Y añade el santo Doctor, como por el epílogo de muchas cosas que al propósito ha dicho: «Si te viro credideris virtutibus

multis instructo, sine dubio, omnium quae in ipso bona fuerint, haeres remanebis: aeque et apud Deum, et apud homines beatissimus iudicaberis».

«Si te entregares a un maestro experimentado y perito en las virtudes, sin duda ninguna serás heredero de todos los bienes que hay en él y acerca de Dios y de los hombres serás tenido y juzgado por muy dichoso; pero si le buscares acomodado a la conservación de tu cuerpo, que disimule contigo y se vaya a tu paso, siga tus inclinaciones y canonice tus relajaciones y apruebe tus acciones todas; haz cuenta que hallaste compañero en tu perdición y que te guía un ciego, que al cabo dará consigo y contigo en el infierno». Hasta aquí San Basilio. Y aunque te pudiera desmenuzar esta doctrina y añadir muchas cosas de San Gregorio, San Bernardo, Casiano y otros Padres, no lo quiero hacer por ahora, porque no es de mi propósito enseñar a los maestros, sino a ti, Deseoso, que de tantas maneras me tienes obligado a que contigo haga oficio de maestro, no mereciéndole de buen discípulo.

DISCÍPULO.—Como tú me quieras gobernar, no se me da nada de saber más en esta materia, porque la satisfacción que tengo de que me tienes conocido y sabes cómo has de tratar mi espíritu y gobernar mi vida, no me deja pensar que pueda haber cosa que mejor me esté.

MAESTRO.—Siempre hago lo que puedo, y el deseo de tu aprovechamiento me quita muchas veces el sueño y me pone en cuidado de leer los santos; porque en estos ejercicios de perfección hay grandes dificultades y deben los que gobiernan almas vivir con grande cuidado y recato, porque los enemigos de nuestra salud no duermen ni descansan en nuestro daño. Es necesario conocer el maestro la condición del discípulo, sus inclinaciones y todo el estado de su ánima, como el médico que ha de sanar al enfermo, la raíz de la enfermedad, sus calidades y la razón de su cura; porque ignorando el uno y el otro esto, que es de su oficio, en vez de dar salud a sus enfermos, lo matará cada cual al suyo miserablemente. El trato con Dios continuo y perseverante del maestro importa mucho al discípulo, porque de allí recibe luz para los dos, de manera que es enseñado para enseñar. Ore, gima, pida con suspiros la salud del alma que tiene a su cuenta, porque Dios ha de salir, y se le ha de comunicar al maestro lo que hubiere de ser de provecho para el discípulo.

DISCÍPULO.—Pues Dios ha querido que tú lo seas mío, deseo que me desates algunas dudas en lo que nos queda de día, y lo demás que hace al cuarto estado trataremos cuando fueres servido.

MAESTRO.—Pregunta lo que quisieres.

Discípulo.—Para aprovechar en los espirituales ejercicios, ¿qué cosas se requieren?

Maestro.—El aprovechamiento del espíritu es don de Dios, como la perseverancia, si acaso no son una misma cosa; lo cierto es que, si son dos, nunca se apartan, y aunque uno y otro se nos da sin méritos propios nuestros, por sola la bondad y clemencia divina (como lo dió a entender Cristo a sus apóstoles diciéndoles [26]: *Yo os escogí para que fuésedes*, conviene a saber, creciendo de virtud en virtud; *y para que llevásedes frutos que permanezcan)*, todavía se requiere de parte nuestra diligencia, solicitud y cuidado; que por eso los latinos llamaron a la ocupación religiosa de la oración y vida perfecta *ejercitación* o *ejercicio espiritual*, porque se ejercita el alma en las virtudes y en mortificar su carne y pasiones todas. *Deponentes igitur*, dice San Pedro [27], *omnem malitiam, et omnem dolum, et simulationes, et invidias, et omnes detractiones, sicut modo geniti infantes, rationabiles, sine dolo, lac concupiscite: ut in eo crescatis in salutem: si tamen gustastis quoniam dulcis est Dominus.*

Dos cosas manda aquí el apóstol santo: la primera, que dejemos y depongamos toda malicia, engaño, disimulos o fingimientos, invidias y detracciones. Mírese lo que costará esto y si es menester ejercitarse el que desea aprovechar en las virtudes que se oponen a estos vicios. Lo segundo, y que importa mucho para este crecimiento, es que, como niños acabados de nacer, deseemos y hambreemos y busquemos los divinos pechos y la leche de la doctrina evangélica; lo cual no pueden hacer perfectamente los que no han gustado en alguna manera la suavidad de Dios, que es la que atiza el deseo y despierta la hambre y nunca consiente ociosidad en el alma. Digo que para aprovechar en la vida espiritual, según el parecer de los santos, lo que más importa es una grande voluntad y una continua ejercitación de los sentidos y potencias del alma y del cuerpo. No faltéis a la gracia (dijo el Apóstol) [28], porque aunque tan poderosa, quiere nuestras manos y nuestra industria, porque no hace fuerza a nuestra voluntad ni obra con alguna violencia. Dígote que el deseo de aprovechar ha de ser grande y continuo y que jamás has de pensar que has llegado a tanta perfección que no puedas crecer más. El principio de esta carrera (que así la llamó el profeta santo) [29] es la renovación o novedad de vida de Cristo y el deseo de perseverar hasta el fin. El

[26] Ioan. 15, 16.
[27] I Petr. 2, 1-3.
[28] II Cor. 6, 1.
[29] Ps. 118, 14, 26, 27.

término es la perfección en la celestial bienaventuranza. Los pasos y aprovechamientos son los inflamados deseos y estudios de las virtudes y ejercitaciones continuas de alma y cuerpo en la piedad cristiana. El que se contenta y para en el primero grado y no procura pasar adelante, ocioso es; y si piensa que alcanzó la perfección, soberbio es, y no crece, sino descrece y vuelve atrás.

De manera que estas cosas repugnan entre sí: correr y estar detenido en el camino de la virtud. Ni puede ser que pase adelante y aproveche el que piensa que ha llegado. O, al contrario, que alcance la perfección en algún tiempo el que no cuida y trabaja por no parar en su carrera. Las palabras de San Bernardo al propósito son elegantísimas [30]: «¿No quieres aprovechar? ¿Luego quieres desfallecer y faltar en lo comenzado? No, dices, quiero eso, sino vivir de manera que en el estado adonde me hallo persevere; ni sufro empeorarme, ni deseo mejorarme. Lo que te sé decir es que quieres lo que no puede ser». Trae al propósito aquella visión de la escala de Jacob, el cual vió ángeles que subían y bajaban, pero ningunos entretenidos ni parados; todos subían o bajaban. En lo cual se nos daba a entender que entre el subir y bajar, mientras se vive en el destierro, no se da estado medio, sino que como nuestro cuerpo o va creciendo o descrece, así nuestro espíritu es necesario que aproveche, o fuerza que vuelva atrás.

San Agustín dice de esta manera [31]: Si dijiste: justo soy, bástame eso, no he menester más, quedástete en el camino y no pudiste llegar al término y fin de tu jornada. A donde dijiste *basta*, allí te quedaste como pegado. El Apóstol, como olvidado de lo pasado, se extendía y estiraba y corría, como el galgo tras la liebre, a lo porvenir, y no le parece que ha comprehendido; ¿y tú quieres, estándote quedo, persuadirte a que eres perfecto? Mas quiero que sepas que si de su naturaleza tiene el deseo no quietarse hasta llegar a la cosa deseada; si el principiante desea, como ha de desear, nunca para su deseo hasta que llegue a la felicidad eterna, adonde tan solamente se halla perfecta hartura y quietud. Corra, pues, el deseo, arda, inflámese, levante llamaradas, y cuanto más se acercare al bien deseado, más procure encenderse. Que no por otro fin dilata Dios el cumplimiento de los deseos de los justos sino porque crezcan más y más se dilaten. «Desiderium eorum (ait Aug.) [32] differtur, ut crescat, crescit ut

[30] S. Bernardo, *Epist.* 154.
[31] S. Agustín, *In Ps.* 69.
[32] S. Agustín, *In Ps.* 83: «Dilata, dice San Agustín, el cumplimiento de los deseos de sus siervos para que más crezcan, y

capiat: non enim aliquid parum daturus est Deus desideranti, aut parum exercendus est ad capacitatem tanti boni: non aliquid Deus, quod fecit, daturus est, sed se ipsum, qui facit omnia. Ad capiendum Deum exercere; quod semper habitaturus est, diu desidera».

VII

Para el aprovechamiento espiritual dan los Padres San Gregorio [32] y San Agustín dos consejos: el primero, que siempre nos parezca que comenzamos hoy, como lo hacía nuestro Padre San Francisco, que decía a sus compañeros: «Hermanos, comencemos a servir a Dios». El segundo, que nunca desmayemos aunque nos parezca que no alcanzamos lo que deseamos. «Ipsa est perfectio hominis (inquit Aug.) invenisse, se non esse perfectum». Y San Bernardo dice que el incansable conato y diligencia de aprovechar en la perfección se reputa por perfección; y el trabajar por ser perfecto es haberla alcanzado. Muchas cosas hay que nos despiertan y provocan y encienden para este aprovechamiento. La primera, la voluntad de Dios, declarada en las santas Escrituras [34]: *Ut sitis perfecti et integri, in nullo deficientes;* et Petri [35]: *Sancti eritis, quoniam ego sanctus sum;* et Luc. [36]: *Contendite intrare per angustam portam;* et Matth. [37]: *Regnum caelorum vim patitur.* La segunda, el gozo de las ánimas de los justos y el contento de los ángeles. Lo tercero y más principal, el deseo de nuestro Criador, que nos crió para sí, y nos desea medrados y aprovechados en su servicio y adelantados en los eternos premios. Lo cuarto, el ejemplo de Cristo, que salió como gigante a correr su carrera y nunca paró en ella. *Sic currite, ut comprehendatis* [38].

De San Antonio Abad cuenta San Atanasio en su vida que solía decir: «Hoc sit primum cunctis in commune

---

creciendo se hagan más capaces de recibir sus favores. Supuesto que no es poco lo que Dios ha de comunicar al sediento de su bondad, no debe excitarse en poco su corazón para que reciba con holgura tanto bien; no tiene que darle Dios sólo alguna de las cosas que crió, sino a sí mismo. Vengan en buena hora los ejercicios que nos han de disponer para recibir a Dios, y justo es desear largo tiempo a quien eternamente hemos de poseer.»

[32] S. GREGORIO, l. *XXII Moral.*, c. 20.—S. AGUSTÍN. *Consejos para el aprovechamiento espiritual.*

[34] Iac. 1, 4: *Que sean perfectos y acabados, sin desfallecer en nada.*

[35] I Petr. 1, 16: *Seréis santos, porque yo soy santo.*

[36] Luc. 13. 24: *Esforzaos a entrar por la puerta estrecha.*

[37] Matth. 11, 12: *El reino de los cielos exige violencia.*

[38] I Cor. 9, 24.

mandatum, nullus ut in arrepti propositi vigore lacescatur». Este mandamiento es para todos en común, que ninguno vuelva atrás ni se canse en el vigor del buen propósito con que comenzó. El camino o la senda, esto es, el estudio o manera de vida de los justos, procede como la luz resplandeciente y crece hasta el perfecto día [39]. Lo cual se dice del ánima santa en los Cantares por las tres comparaciones del alba, de la luna y del sol [40]. ¿Quién es esta que procede y va creciendo como el alba en los principios, como la luna en el estado medio y como el sol en los perfectos y consumados en toda virtud?

Y no digo más de estos crecimientos, por haber dicho mucho en la declaración de este lugar de los Cantares *. Sólo una cosa te diré para rematar esta plática, en que me he detenido más que en otras: que de las cosas que aprovechan mucho para la medra espiritual, es una la recta intención, de que todos los santos han hecho mucho caso y yo tengo dichas grandes particularidades en la *Conquista del reino de Dios* y en el primero tomo de la *Consideración de los Cantares*. En aquella escala de que poco ha hice mención, por donde subían y bajaban ángeles [41], como fin y remate estaba Dios, para que en aquel ejercicio de subir y bajar en sólo él se pusiesen los ojos. Los que bajaban, bajaban de Dios, y los que subían, subían a Dios, porque él es el principio y el fin en las acciones todas de los justos. Y a sí se llama en el Apocalipsis: *Alpha y Omega: Principio y Fin*. Manchan y deslustran el resplandor de nuestra intención algunas cosas. La primera, el amor propio, cuando obramos o nos movemos a obrar por no incurrir en tales o tales inconvenientes o daños, así de la vida presente como de la futura: pobreza, enfermedades, persecuciones, muerte temporal, las penas del infierno y el fuego del purgatorio, etc.

El que de esta manera obra (dice San Agustín) [42] es llevado del temor servil, y las acciones por otra parte ilustres las despoja de su nobleza y las hace viles y vulgares. Y los que ponen los ojos en los premios temporales, cuando se ponen a obrar virtud, no merecen nombre de espirituales ni de aprovechantes en ella. La segunda peste de las buenas obras es la vanagloria o amor de alabanza. Yo digo muchas veces cuando comienzo alguna obra del servicio de Dios aquel versito del salmo 118, 17: *Averte oculos meos ne videant vanitatem*, porque no mire como a blanco y fin

* En sus *Consideraciones sobre los Cantares*.
39 Prov. 4, 18.
40 Cant. 6, 9.
41 Gen. 28, 12.
42 S. AGUSTÍN, *In Ps.* 127.

de mi obra la vanidad. San Agustín dice que no prohibe Cristo el obrar bien delante de los hombres absolutamente sino en cuanto ponemos el fin de nuestra obra en las alabanzas de ellos; de manera que, habiendo de ser la gloria de Dios el fin, sea la vana de los hombres [13]: «Hoc si quaeris (dice), ut glorificetur Deus, noli timere, ne videaris ab hominibus, etiam sic intus est eleemosina tua in abscondito, ubi solus ille est, cuius tu gloriam quaeris, te videt hoc quaerere». Si yo doy limosna, o me pongo en oración, o ayuno con fin de agradar a solo Dios, aunque me vean los hombres, en escondido se quedan estas obras, porque sólo se halla en ellas aquel cuya gloria yo busco.

San Gregorio dice que luego en el principio de nuestras acciones debemos escudriñar y examinar los motivos que tenemos en ellas y enderezarlos a Dios, y si se ofreciere alguna ocasión de alabanza humana, rendirlo todo y enderezarlo a la gloria del Criador, como lo hacía nuestro Padre San Francisco, del cual canta la Iglesia: *Quidquid in rebus reperit delectamenti, regerit in gloriam Factoris.* Lo que echa el sello a esta materia es lo que hace nuestra intención deiforme y sin sospecha de mal, conviene a saber, ponerla en Dios de manera que ni a la gloria celestial nos divertamos. «Debemos mirar (dice San Agustín) que no amemos a Dios tanto por el premio cuanto por sí mismo, porque cualquiera otra cosa que te diere, menos es que él mismo. ¿Sírvesle no de gracia, porque te dé alguna cosa? Sírvele de balde y daráte a sí mismo» [14]. Y en otra parte dice: «Ni aquello que por gran cosa te da Dios lo antepongas a él, que te lo dió, porque ¿qué premio más dulce puede dar Dios que dándose a sí mismo?» Y San Juan Crisóstomo llama voz descompuesta y desvergonzada la de aquel que para obrar bien pregunta por la paga, y dice que no es voz de hijo, sino de mercenario [15]. Criado para servir a tu Dios y para agradarle, ¿buscas y tratas de intereses? Si mereciste hacer alguna cosa del gusto de Dios, ¿buscas fuera de esto premio alguno? Tu premio, tu merced y tu interese ha de ser contentar a Dios y agradarle en lo que hicieres; y si otra cosa buscas, verdaderamente ignoras cuán grande bien sea éste. ¿No sabes que la merced crece y se hace mayor cuando sin esperarla sirves a Dios? Amémosle, pues es justo amarle, porque verdaderamente ésta es la gran merced, éste es el reino de los cielos, éste el verdadero deleite, y las delicias, y gloria, y la honra, y la luz, y la bienaventuranza infinita.

DISCÍPULO.—Con lo que has dicho aquí y dijiste en la

[13] S. AGUSTÍN, *Serm.* 27.
[14] S. AGUSTÍN, *Serm.* 32, 50; *Serm.* 32 *de temp.*, c. 4.
[15] S. CRISÓSTOMO, l. II *De comp. cord.*

Conquista me doy por muy contento, porque en materia de intención no sé si se puede desear más. Sola una cosa querría saber de ti, y tengo grande necesidad de saberla y de remedio que lo sea; conviene a saber: ¿cómo me libraré de una tibieza que padezco y de un caimiento tan grande, que apenas hallo gusto en cosa que hago, ni tengo ánimo ni aliento para cosa buena ni de perfección?

VIII

MAESTRO.—Esta es una cantera de que no podremos salir con la facilidad que tú piensas. Yo llamo *tedio espiritual* a esa enfermedad que causa uno como sueño en el alma; de que el profeta santo dijo: *Dormitavit anima mea prae taedio* [46]. Es una pobreza de espíritu, una flaqueza y esterilidad del alma y una disposición para vomitarnos Dios, si ya no nos tiene vomitados [47]. San Bernardo pinta el estado de los fervorosos primero que llegue a tratar del de los tibios, para que se conozca mejor la diferencia entre ellos y se procure con mayor cuidado el remedio a tan peligrosa enfermedad [48]. «Podrás advertir y hallarás casi en todas las religiosas Congregaciones varones llenos de consolación, sobreabundantes de gozo, alegres siempre y festivos, fervorosos en espíritu, meditando de día y de noche en la ley de Dios, mirando a menudo y con frecuencia al cielo y levantando las manos limpias en la oración. Solícitos observadores de la conciencia, seguidores devotos de las buenas obras, a los cuales la disciplina es amable, el ayuno dulce, las vigilias cortas, el trabajo de manos deleitable, y todo el rigor y austeridad de vida, refrigerio. Al contrario, verás muchos pusilánimes y remisos que desfallecen con la carga, necesitados de vara y espuelas, alegres con remisión y tristes con pusilanimidad; sin devoción la obediencia; su plática, sin circunspección; cuya oración sin intención del corazón; lección sin edificación propia; a los cuales apenas detiene el miedo del infierno, ni modera la vergüenza, ni etnfrena la razón, ni compone la regular disciplina». Hasta aquí San Bernardo.

El gran Casiano dice que la tibieza es hija de la acidia y que los tocados de esta peste están sujetos a infinitos males, y hace una letanía de ellos tan larga, que quisiera pasarme sin escribirla por no espantar a los lectores, y más si están sujetos a esta bestia fiera. Mira bien en ello, hijo Deseoso, y hallarás en ti, si has dado en esta roca, los da-

[46] Ps. 118, 28.
[47] Apoc. 3, 16.
[48] S. BERNARDO, *Serm. 6 de Ascens.*

ños que se siguen: aborrecerás el lugar adonde moras; cansarte ha la celda; despreciarás y tendrás en poco los hermanos con quienes vives. Perezoso en el obrar; negligente en la lección de los libros sagrados; desperdiciador del tiempo; por el convento vago, suspirando y gimiendo, pareciéndote que no aprovechas a donde estás, con opinión de que en otra parte te aprovecharás y serás a otros de más provecho. Tus deseos serán de ganar almas y de trabajar en la viña del Señor, olvidada y desamparada la propia. Amarás los conventos más apartados; aborrecerás la disciplina a que estás sujeto. Hallarte has impaciente con el ayuno, soledad y oración y con otras cualesquiera obras de mortificación y penitencia. Procurarás sueño largo, visitas y conversaciones infructuosas, peregrinaciones remotas y sin provecho, familiaridades peligrosas y siempre ansiado por los deudos según la carne. ¡Oh malvado espíritu! Engendra en el alma perturbación grande, y en la mente, confusión y tinieblas, fuentes conocidas de todos estos males. El mismo Casiano, en diversos tratados [49], atribuye a la soberbia esta turbación del corazón y obscuridad de la mente, y pone más de veinte señales para conocer este vicio, que cuanto más crece en el alma, menos luz le deja y con mayor dificultad se conoce; y buscando la causa de esta soberbia, dice que es la tibieza con que al principio renunciamos el siglo, que no permite que del tumor y hinchazón mundana descendamos a la humildad verdadera de Cristo. En la colación 3, capítulo 5, pone algunos indicios y señales del hombre tibio y de esta insensibilidad tan perniciosa, que por parecerme su conocimiento importantísimo las referiré aquí.

El tibio ora sin atención y sin fervor de espíritu; medita las cosas divinas sin sentimiento interior, sin afecto y sin fruto; apártase dificultosamente de los coloquios y conversacionse inútiles, trato y compañía de los hombres del siglo. Vuélvese cansadamente y con pesadumbre a sí mismo y pocas veces recoge su pensamiento distraído a su corazón. Cuando examina la conciencia y considera su vida, hácelo de paso y como por cumplimiento, sin compunción y sin propósito de enmienda. De buena gana se derrama por las cosas exteriores, no con deseo del bien del prójimo, sino de aliviar su cansancio y tedio espiritual. Consuélase con los alivios buscados en las criaturas y con los pensamientos vanos y sin provecho; libremente habla de los dichos y hechos de los otros y con facilidad reprehende y censura a todos. Sufre pesadamente la disciplina regular, si es religioso, y lleva con molestia la corrección y

[49] CASIANO, l. XII, cc. 25, 26, 27.

amonestación que en otro tiempo le solía ser sabrosa y de buen gusto. Siempre aspira a la vida ociosa, y huye de los trabajos provechosos y en beneficio de las almas, y permite que el celo de ellas se enflaquezca y muera en él, que es una gravísima culpa, especialmente en aquellos a los cuales les son cometidas y deben cuidar de ellas. Si obedece a los mayores y padres espirituales, es con hastío, con desgana, tibia y fríamente. Desea ser honrado de los hombres y que le amen y estimen, y deléitase con los halagos y ternezas y a veces con las lisonjas. Piensa que ya se le debe el descansar de los trabajos y la inmunidad de que los demás carecen y gózase de verse jubilado entre todos.

Y si estas cosas parecieren pocas o de poca importancia, pésense bien las que se siguen. Resfríase en el uso de los sacramentos y no los frecuenta como solía: no oye los sermones ni lee los libros devotos y doctrinales, y si alguna vez lo hace, es con tedio, cansancio y enfado. No huye las ocasiones de los pecados como solía, porque fía mucho de sus fuerzas. Temeridad grande y desconocida soberbia, que sin entenderlo le lleva al despeñadero del infierno. Todo es tratar de su regalo y de su comodidad, olvidado de la penitencia, que con mucho gusto en otro tiempo abrazaba. Revuelve en su memoria las costumbres antiguas y la felicidad de los mundanos, y llega de esta manera a tanta ceguedad de alma, que los deleites y las delicias, que de antes le parecían sueños (como lo son), no le desagradan, antes le comienzan a dar gusto, y parecerle bien, y desearlos como bienes. No advierte ni mira en las inspiraciones y divinos instintos con que interiormente es estimulado a la vida rigurosa y severa, antes los disimula como si no los sintiese o los dilata para tiempo más a propósito, y aun lo que peor es, llega al desprecio de ellos. Aprueba los buenos consejos de sus padres en presencia, pero ausente, con el hecho los condena y cuanto puede se hurta de su gobierno y disciplina.

En esta tibieza andan también aquellos que, siendo obligados a la perfección por razón del estado, no atienden a ella, ocupados muchas veces en los estudios de letras humanas o divinas, o en otros oficios de autoridad y de honra y de temporal provecho. Pero ¡qué guerra padecen de pensamientos que los condenan allá dentro y los acusan sin cesar! Mas ellos se enmiendan pocas veces, porque ellos buscan razones con que sustentarse en sus ejercicios sin escrúpulo, aunque no podrán sin nota de tibios.

IX

Discípulo.—Bien dijiste cantera, y si se acabase en mí, habría yo tenido muy buena suerte; pero dígame mi maestro, ¿si se hallará algún remedio a mal tan grande, manantial y fuente de tantos?

Maestro.—Muchos padecen y muchos tratan del remedio, y pocos he visto remediados. Palabras son de San Bernardo las que aquí referiré, asegurándote que cuando las leí, quedé como atónito y fuera de mí, temeroso de mi perdición. «Levantémonos (dice) todos los que en esta enfermedad estamos, reparemos el ánimo, recojamos el espíritu, despidiendo de nosotros la perniciosa tibieza; y si no, porque es peligrosa y a Dios le suele provocar a vómito, porque cierto es molestísima, llena de miseria y dolor, y muy cercana al infierno, y con razón llena de sombra de muerte; y si buscamos las cosas que son de arriba, procuremos tomar algún sabor en ellas y gustarlas. Pero ¡ay del que no siente su tibieza, que de sólo Dios le puede venir la cura!»

Discípulo.—Miserabilísimo estado es el de los tibios.

Maestro.—No pueden estar mucho tiempo quietos, porque los fatigan y desasosiegan mil pensamientos y escrúpulos; y el mismo tedio, cuando no hubiera otro que los molestara, los consumiera y acabara las vidas; y es ésta singular providencia de Dios, para que, conociéndose los desventurados, forzados de su propio mal, procuren el remedio. San Bernardo pinta una como guerrilla en los corazones de los tibios entre el entendimiento y el afecto. «Ojalá (dice) estas cosas, como advierten y amonestan al entendimiento, muevan el afecto; no haya adentro contradicción amarguísima y división molestísima, en cuanto de aquí somos llevados a lo alto y de allí derribados y arrastrados a lo bajo; llevados del entendimiento y conocimiento y atraídos y supeditados del afecto y tibieza». Hasta aquí San Bernardo.

Discípulo.—Tratemos ya del remedio.

Maestro.—El primero es que conozcas la enfermedad, tan peligrosa y tan para temerse, que de ahí te nacerá deseo y ansia de librarte de ella; para que hace mucho al caso, el médico espiritual y diestro en estas materias, al cual el enfermo se debe someter todo y ponerse en sus manos y manifestar su corazón y su vida toda; como se somete un niño y se deja en las manos de su preceptor para que quite y ponga en él lo que quisiere. Y créeme y todos me crean los que se hallaren tocados de esta en-

fermedad que el mejor camino para sanar es éste; porque suele nuestro Señor, por la resignación humilde y simplicidad con que se obedece al maestro, despertar y encender el fervor que en nosotros tiene apagado y muerto la tibieza y soberbia.

Y porque codicies más el verte sano y fuera de ese peligro, te quiero decir brevísimamente los que se pueden temer en tal estado. El primero, y que se ha de llorar mucho, es la reincidencia en los mismos pecados en que nos vimos caídos antes de nuestra conversión a Dios; porque si los malos hábitos que quedan en nosotros, después de convertidos, con la continua abnegación no se deshacen y de raíz se arrancan, cierto es que nos volverán a sujetar y que moriremos, como dicen, a manos de enemigos muertos. Otro peligro es no menor que éste: que si nos volvemos a los pasados vicios, nos ponemos en riesgo de perder el fruto de la buena vida pasada, cayendo en otros de nuevo. Y no es menor peligro el que consideró San Gregorio, conviene a saber: volver atrás, no creciendo [50]. «Si enim (inquit) quod videtur gerendum, sollicita intentione non crescit, etiam quod fuerat bene gestum decrescit». Compara nuestra ánima en el mundo con el navío que camina agua arriba, que, no pudiendo estar parado en un lugar, es fuerza que no subiendo vuelva para abajo. Al fin, si no se gana (como ya dijimos), se pierde. Que por ventura es lo que Salomón dijo [51]: *Qui mollis est et dissolutus in opere suo: frater est sua opera dissipantis*. El muelle y remiso en sus obras es hermano del que destruye lo que tiene edificado y ganado. Casiano dice que el tibio e insensible está en grande peligro de caer de caída más peligrosa; y aunque parezca que está lejos, será cierta si no echa de sí esta tibieza [52]. Y alega aquel lugar de los Proverbios adonde el Sabio dice *que al quebrantamiento y peligrosa caída, precede el descuido y el pensamiento malo*. Y compara esta caída espiritual a la de la casa, que nunca se cae con repentino ímpetu, sino o por falta de cimiento en su primera fundación o por el descuido largo de sus moradores, que no miran en una ni en dos goteras, y poco a poco se va empapando en agua, y con las lluvias grandes del invierno, se llueve toda y viene al suelo [53]. *In pigritiis enim humiliabitur contignatio*. Por nuestro descuido y pereza viene al suelo el maderamiento de la casa; *et in segnicie manuum stillabit domus:* y por no sacar las manos hay

---

50 S. GREGORIO, *In Part.* VI, 35.
51 Prov. 18, 9.
52 CASIANO, *Coll.*, V, c. 17.
53 Eccl. 10, 18.

goteras en ella. Y Salomón [54]: *Las goteras echan al hombre de su casa en el día lluvioso del invierno.* Llama este gran padre *gotas menudas* a los irritamientos pequeños de las pasiones, que, no haciendo caso de ellos en el principio ni mortificándolos, corrompen poco a poco las vigas y armadura de las virtudes e introducen grandes lluvias y aguaceros de vicios para que, en tiempo del invierno de la tentación diabólica, la mente sea deturbada y alanzada de su posesión.

Lo que a mi parecer se ha de temer más en este estado es el peligro de nunca salir de él, que es condición suya, al que una vez traga, no soltarle para siempre. «El que está en pecado (dice San Gregorio) [55], no pierde la confianza de convertirse; mas el que después de convertido se entibia, la esperanza que podía tener como pecador se le quitó por la tibieza». Casiano tiene por más peligroso el estado de los tibios que el de los fríos [56]. Voz es del tibio: —rico soy, de nadie tengo necesidad—; y no sabe el necio que es mísero y miserable, ciego y desnudo.

DISCÍPULO.—¿Y el remedio?

MAESTRO.—Dios le puede poner, que yo no sé otro del que te he dicho. Pienso que sería de importancia volver a los enfermos de este mal a la cartilla.

DISCÍPULO.—¿Qué llamas cartilla?

MAESTRO.—A los ejercicios de los principiantes, que, por la humildad y conocimiento, sujeción y obediencia, suele nuestro Señor acudir con su espíritu principal [57], o liberal, y desterrar del alma la tibieza y darle sentido y vida, fervor y calor del cielo. De otra manera de tibieza que anda con pecados mortales, que con más razón llamaremos *frialdad,* no quiero tratar aquí, porque no se hallan estas culpas, a lo menos de asiento, en los que aspiran a la perfección y vida concertada, con los cuales yo hablo en estos diálogos.

DISCÍPULO.—¿Qué sientes de los pecados veniales?

MAESTRO.—Que son causadores de grandes daños en el alma. San Juan Crisóstomo dice que, en alguna manera, son más para temerse que los mortales. «Los grandes (dice él), para que los aborrezcamos y huyamos, la naturaleza de ellos lo pide y lo hace; pero los pequeños, por la misma razón que lo son, nos vuelven perezosos, y despreciándolos por eso y no haciendo caso de ellos, no puede el ánimo para la victoria levantarse generosamente». San Bernardo

---

[54] Prov. 7.—No encontramos la cita, que se repite igual en la edición de 1905 y en la de 1912, en *Obras completas.*

[55] S. GREGORIO, *Part.* III, p. c. 35.

[56] CASIANO, *Coll.,* IV, c. 19.

[57] Ps. 50, 12: *Spiritu principali seu liberali.* (Hebr.)

osa decir que blasfema contra el Espíritu Santo el que dice: No es cosa grande ni de mucha importancia estarme quedo en pecados veniales y en culpas leves y pequeñas [58]. A lo menos es muy cierto que no perdona Dios uno solo, en cuanto no se muda el propósito de perseverar en él. San Agustín dice que nos apartan de los castísimos y purísimos abrazos del Esposo divino y nos privan de un resplandor y belleza que arrebata los ojos de Dios [59]. Y dice más: que aunque no hieren el alma de herida mortal, la manchan y empañan e inficionan como de sarna.

Ese lodo temía la esposa cuando decía: *Lavéme los pies; ¿cómo queréis que los vuelva a ensuciar?* [60] Y los teólogos afirman que no se ha de cometer un pecado venial ni para evitar un mal por grande que sea, ni por alcanzar algún bien, por muy útil que le consideremos [61]. Próspero dijo que los pecados grandes o pequeños no quedarán sin castigo, porque se han de pagar o haciendo penitencia el hombre o juzgándolos y sentenciándolos Dios. San Agustín hace gran caso de los pecados veniales, y los llama *pronósticos de muerte* y *gotas* de agua que hacen un gran río y *granos* de arena que apesgan el alma y la ponen a peligro de ahogarse [62]. San Crisóstomo dice que de pequeños se hacen grandes por nuestra negligencia. «Nemo enim ad extremam improbitatem exilit» [63]. Quitan al ánima una natural vergüenza que tiene, no de un golpe, sino poco a poco; de la risa sin moderación se pasa a la chocarrería, de ahí a las palabras torpes, de ellas a torpezas. Y él mismo y Santo Tomás afirman que disminuyen el fervor de la caridad y la luz de la conciencia e impiden la unión estrechísima y amorosa entre el alma y su Esposo, Cristo. Un sabio llamó a los pecados veniales *grillos puestos a los pies de los aprovechantes*, que no los dejan caminar a la perfección, y si caminan, es muy de espacio y con poca esperanza de alcanzarla.

DISCÍPULO.—Por cierto que me has espantado con tan rigurosa doctrina. ¿Y son todos los pecados veniales de una manera? ¿Hacen un mismo daño? ¿Y hanse de evitar y curar igualmente?

MAESTRO.—Esa duda está desatada en el segundo diálogo de la *Conquista*, y añado a lo que allí dije que los que llaman los santos *subrepticios*, que inadvertidamente cometemos, tienen la cura fácil, perdónanse por muchos me-

---

58 S. BERNARDO, *Serm.* 1 *in conv. S. August.*
59 S. AGUSTÍN, *Homil.* 50, c. 3.
60 Cant. 5, 3.
61 PRÓSPERO, *In senten.*, c. 210.
62 S. AGUSTÍN, *Tract. in Ioan.*, II *De summo bono*, c. 18.
63 S. CRISÓSTOMO, *Homil.* 27 *in Matth.*

dios: agua bendita, golpe de pechos, *Pater noster*, etc.; empero, Dios te libre de los voluntarios, que queriendo y gustando de ellos se cometen. De éstos, más difícil es el remedio, porque con más dificultad nos disponemos y los daños que hacen son mayores. En éstos entra la ingratitud, después de nuestra conversión, a los divinos beneficios, de donde se nos sigue que, contentos con el perdón de los pecados pasados, vivamos perezosamente, como ya seguros de nuestra salud. El segundo lugar tiene el aceleramiento y priesa con que algunos se salen de los ejercicios de la penitencia y de las demás virtudes y pasan a lo sumo de la devoción y amor de Dios, y apenas dignos de la mínima gracia, aspiran a la suprema gracia. «No quiero (dice San Bernardo) [61] ser hecho perfectísimo repentinamente; poco a poco quiero aprovechar; que cuanto desagrada a Dios la descortesía o desvergüenza del pecador, tanto le agrada la vergüenza del penitente. Mas presto le aplacas si guardas moderación y no pretendes cosas más altas que tú. Grande salto es y dificultoso del pie a la boca».

DISCÍPULO.—¿Y eso es pecado?

MAESTRO.—Descortesía y aun de ánimo confiado de sí y poco humilde.

X

DISCÍPULO.—La mentira me ha parecido a mí siempre culpa más grave que otras que llamamos veniales.

MAESTRO.—Es muy reprehensible. San Agustín decía [65] que de los varones espirituales había de estar muy lejos toda mentira. *Mata su ánima el que miente*, dice el Sabio [66]. Y la madre Teresa de Jesús tenía por tan gran falta el mentir, que si alguna novicia la tenía, la despedía luego, y dejó doctrina y apuntamiento sobre ello, mandando a las preladas que en ninguna manera recibiesen para monja a la que hallasen tocada de este vicio; porque no puede ser, dice la santa, que aproveche en el camino de la perfección ni que se le comunique Dios amigablemente. *Perdes omnes qui loquuntur mendacium* [67]: *Perderéis, Señor, a todos los que hablan mentira*. Y en los que han de morar en su retrete y descansar en el monte santo de su gloria pide verdad de corazón por su profeta: *Qui loquitur veritatem in corde suo* [68]. Mentiroso y aprovechado en virtud no puede ser.

---

[61] S. BERNARDO, *Serm. in Cant.*
[65] S. AGUSTÍN, *In Ps.* 4.
[66] Sap. 1, 11.
[67] Ps. 5, 7.
[68] Ps. 15, 2.

DISCÍPULO.—Y ¡cuántos hay tocados de este vicio de los que tratan de espíritu, y se retiran al oratorio y tienen puesto pendón de santidad!

MAESTRO.—Aunque más se retiren y más campeen en el mundo con esas sus demostraciones exteriores, hay muy gran pobreza allá dentro de sus casas y secreto del corazón. Mala cosa mentir y abominable a los ojos de Dios; hace a los hombres infames e indignos de ser creídos diciendo verdad; y si se hace costumbre, pocas veces hay enmienda; y como se miente a los hombres, se miente al mismo Dios prometiendo infinitas veces la enmienda, no se acordando más de ella de cuanto se está confesando la mentira. ¡Oh qué pobreza la del mentiroso y la del maldiciente! Lejísimos mucho está de la perfección el que piensa que tiene licencia para maldecir, y lo hace, aunque a su parecer con buen celo. Dejo las murmuraciones, especialmente si van teñidas con alguna sangre de ausentes; la vanagloria, la complacencia, la estimación propia y otros pecados que siguen a los caminantes de la perfección; que todos impiden, detienen, entibian, añublan y aun enfrían el alma en el bien. Especialmente si se habitúa a ellos, dificultosamente se arrancan, y nunca se lloran como es razón ni se enmiendan como conviene. Hácense callos en ellos, y naturalízanse en nosotros y son nuestro cuchillo.

Para el remedio de los pecados veniales sirve mucho el diligente examen de la conciencia a cierta hora del día o de la noche y la severa penitencia y animadversión, aunque sean mínimos. Del cual examen hicieron mención los antiguos Padres Basilio y Crisóstomo, Bernardo y Agustino [69]; todos hablan al propósito elegantísimamente. Empero, nuestro gran Doctor de la Iglesia Agustino, con mayor elegancia. Y porque, dice él, nuestra navecilla se trasvina y por muy pequeñas hendeduras hace agua, para que no se llene y vaya a fondo, necesario es que los marineros den apriesa a la bomba y desagüen la sentina. ¡Oh cómo castigaron en sí mismos los varones santos estas culpas veniales!

DISCÍPULO.—Como gravísimas, dice San Isidoro [70].

MAESTRO.—Y tanto se reputan por mayores cuanto lo son los que las cometen. Las que son pequeñas en los principiantes son mayores en los aprovechantes, y en los perfectos, más graves mucho. Entre los seculares, dice San Bernardo, las chufetas y donaires, chufetas y donaires son; mas en la boca del religioso, blasfemias. ¿Consagraste al Evangelio tu boca? Ilícito es abrirla a tales cosas, y

---

[69] *Serm. de int. M.; Hom.* 2 *in Ps.* 50; *Serm.* 55 *in Cant.*

[70] S. ISIDORO, l. XII *De summo bono.*

acostumbrarla a ellas, sacrilegio [71]. Remato esta plática y esta materia sólo con decirte que temo de manera las confesiones de pecados veniales en que considero a los penitentes hecho hábito, que muchas veces me entristezco oyéndolos y me pongo a pensar que valdría más no confesarse con tanta frecuencia, por el peligro de irreverencia y más.

DISCÍPULO.—¿Qué más?

MAESTRO.—Ya lo tengo dicho. La plática de mañana, con el divino favor, será de muchas cosas que a mí se me ofrecen necesarias a la vida espiritual; y en el fin de ella, si fuere posible, trataremos del cuarto estado, que llamamos sobrenatural, de que diremos poco, porque sabemos poco. Adiós, hijo Deseoso.

DISCÍPULO.—El mismo vaya contigo y te acompañe siempre y en todas tus acciones te guíe y enseñe. Amén.

---

[71] S. BERNARDO, II *De conf.*, in fine.

DIÁLOGO CUARTO

De cómo conviene retirarse y buscar la soledad por algún tiempo el varón espiritual y cómo se ha de mortificar el entendimiento y la memoria; y del ejercicio de estas potencias y de la voluntad. De la preparación para la oración, asistencia o presencia de Dios, particular a los que oran. De un toque divino con que nuestra ánima es llevada a Dios y sale a los prójimos, con otras provechosísimas doctrinas.

I

DISCÍPULO.—¿Qué te has hecho estos días, maestro mío, que no te he podido dar un alcance?

MAESTRO.—Retiréme a una casa de monte para vacar a Dios sin los estorbos y distraimientos de la corte.

DISCÍPULO.—No sé cómo algunos pueden vivir en ella, ocupados siempre en negocios del siglo, sin pensar que hay otra vida ni en sus almas disposición para las cosas eternas.

MAESTRO.—No hablemos de esa manera de gente que en mis ojos, y pienso que en los de Dios, no creen vivamente en la inmortalidad del alma; porque no sería posible, como dice Euquerio, vivir como viven si la creyesen. El que tiene impreso en su corazón que esta vida se acaba y la que espera ha de durar para siempre, no podrá tratar con tanta ansia de ésta, tan breve, olvidado de aquélla, tan larga. Vemos, dice este Doctor, que un hombre prudente, tanto más trata de acomodar para sí casa y morada cuanto más tiempo y por más espacio determina morar en ella. Pues ¿cómo puede ser que sobre este fundamento, de que en esta vida habéis de vivir pocos días y en la otra para siempre, hagáis tanto caso de ésta, tan corta, y tan poco de aquélla, que sabéis que es eterna? Este era el principal argumento con que Patroclo quería persuadir en un diálogo de Temistio que era abusión pensar que los hombres creían con veras que eran las almas inmortales, porque si lo creyeran así, ni ellos se entristecieran, ni se azoraran tanto con la recordación de la muerte, ni hicieran tanto caso de la presente vida.

En los santos a lo menos, esta memoria y acuerdo de la inmortalidad para eterna vida tuvo grande fuerza para aliviarles en sus trabajos y sirvióles de estímulo para des-

preciar todo lo que estima el mundo. *Scio* (decía el santísimo Job rodeado de dolores para consolarse) *quod Redemptor meus vivit; et in novissimo die de terra surrecturus sum, et rursum circumdabor pelle mea,* etc. [1]: *Yo sé cierto que mi Redentor vive y que en el último día tengo de resucitar, y otra vez me tengo de ver cubierto de esta piel de que ahora estoy vestido y en mi carne veré a Dios mi Salvador.* Y luego dice: *¡Oh quién me diese que estas verdades se escribiesen con un buril de acero o con punta de diamante* [2], *ad perpetuam rei memoriam!* ¿Para qué deseáis eso, varón santo? Porque de ahí me nace a mí aliviarme mis trabajos y llevar con gusto esta persecución del enemigo. Muchas veces me he puesto a considerar lo poco que puede con nosotros el amor del alma, pudiendo tanto el del cuerpo y cosas temporales.

DISCÍPULO.—Pluguiese a Dios se persuadiesen los aficionados a sus cuerpos a vivir bien, siquiera por la comodidad buena de ellos.

MAESTRO.—Bien dices, porque esos mismos cuerpos que tanto estiman y regalan son los que han de resucitar, y esos miembros que así popan y acomodan son los que o han de arder para siempre en el infierno o regocijarse y lograrse en el cielo con aquellos bienes que tiene Dios aparejados para los que con ellos le sirvieron. Pues dime, hombre desacordado y sin consideración, como sufres un cauterio de fuego, que te duele y aflige mucho, por sanar de una herida y consientes que te quiebren una pierna con esperanza que la volverán a su lugar, y soldará y sanarás de ella, ¿por qué no sufrirás enfrenar los ojos para que no vean la vanidad? ¿Por qué no mortificarás tu carne y tus pasiones para que no hagan guerra al espíritu? *Reposita est haec spes mea, in sinu meo* [3]. Con esta esperanza, dice Job, me sustento: que mis ojos han de ver a Dios, que esta carne llena de gusanos se ha de vestir de inmortalidad y gloria. Vengan más dolores, que pocos son éstos. *Solvat manum suam, et succidat me.*

DISCÍPULO.—Devota consideración.

MAESTRO.—Pocos la hacen, y menos hallarás que quieran comprar bienes por venir con trabajos presentes; o desasirse de los bienes presentes por los que esperan que tendrán cuando no saben.

DISCÍPULO.—Si esa plática corriera en el mundo en los tratos humanos, alguna disculpa tuvieran los hombres; pero pasa al revés, porque nunca vemos otra cosa que arriscar hoy sus haciendas por la ganancia que esperan de aquí a

[1] Iob 19, 25-26.
[2] Ibíd. 19, 23-24.
[3] Ibíd. 19, 27.

diez años; y muchos aseguran navíos, con el peligro o peligros que tienen cometidos a las alteraciones y tormentas del mar, porque esperan con estas aseguraciones hacerse ricos en poco tiempo. Y muchos dejan la compañía y gusto de sus mujeres y hijos y hacen ausencias muy largas cebados de la ganancia, muchas veces incierta y muy dudosa.

MAESTRO.—Buen discurso has hecho; pero colige de ahí la locura de los hombres y su deslumbramiento, que fían más de sus imaginaciones falsas que de la palabra y verdad de Dios. Pero ¿cuál es mejor y más seguro trato, dejar gustos presentes por bienes temporales futuros y dudosos o por bienes eternos ciertos, aunque futuros?

DISCÍPULO.—Lo que yo sé decir es que con mucho menos trabajo se aseguran los bienes eternos de lo que cuestan las esperanzas de los temporales.

MAESTRO.—Quédese esto por hoy y volvamos a mi retiro, a que convidó Cristo a los suyos, diciendo por San Marcos [4]: *Venid al lugar desierto y descansad algún tanto*. Adonde advirtió, y bien, Eutimio que no conviene a los Doctores de la Iglesia y padres espirituales andar siempre expuestos a la multitud, sino, hallada oportunidad, retirarse y ser solitarios y revocar la mente del divertimiento y distracción exterior. No sé con qué espíritu (júzguelo Dios) muchos graves religiosos aman la frecuencia de las gentes, y se ocupan en negocios ajenos, y de su profesión también, y hacen oficios mecánicos en las casas de los grandes señores, y quieren ser con esto espirituales; poderoso es Dios. Déjalos, porque no los entiendo. Séneca, escritor profano, escribiendo a Lucillo, le dice: «Opto tibi facultatem tui» [5]: «Deseo que seas tuyo». Y Tácito escribe de Agripino que en componer y concertar su espíritu gastó muchos días retirado en Brundusio. Y San Gregorio pide a los gobernadores de las almas que se retiren a tiempo, porque el cuidado del polvo y (¡con cuánta razón polvo!) cuanto hay en el mundo no oscurezca el ojo, esto es, el entendimiento, dado y puesto en lugar alto para enderezar nuestros pasos y acciones todas [6]. San Agustín decía que en sólo Dios hallaba gusto y deleite y que de las acciones y ocupaciones necesarias procuraba desasirse cuanto apriesa podía para acogerse a Dios, en el cual solo hallaba satisfacción y hartura [7].

DISCÍPULO.—¿Y si no puedo huir a la soledad, porque la ocupación es forzosa y de obligación de mi oficio?

---

4 Marc. 6, 31.
5 SÉNECA, *Epist.* 32, l. III.
6 S. GREGORIO, 2.ª p. *Pas.*, c. 17.
7 S. AGUSTÍN, l. X *Conf.*, c. 40.

MAESTRO.—Oye a San Gregorio, que en el libro XXIX de los *Morales* decía así [8]: «Los varones santos que por obligación y necesidad de oficio están diputados a ministerios exteriores, diligentemente procuran, siempre huir y retirarse a los secretos del corazón, y allí suben a lo alto del pensamiento íntimo y perciben la ley como en el monte, en cuanto, pospuestos los tumultos de las acciones temporales, en la cumbre de su contemplación escudriñan la divina voluntad». Y esto basta para darte razón de haberme retirado estos días; y si más quisieres saber en esta materia, lee a San Bernardo, que muy a la larga prosigue este argumento [9]. Y ahora quiero que me digas si tienes alguna duda, para que satisfecho de ella pasemos al cuarto ejercicio.

II

DISCÍPULO.—Muchas veces he oído y leído que para aprovechar en la oración y contemplación es necesario mortificar el entendimiento, memoria y voluntad. Consolaréme mucho si me enseñares esta mortificación cómo es.

MAESTRO.—De buena gana haré yo eso, porque es doctrina necesarísima y de que hay poco escrito y con harta dificultad; y primero diremos lo más fácil y común, y después lo más dificultoso y menos entendido. Tiene nuestra ánima tres principales fuerzas, potencias o virtudes, que comúnmente llamamos *entendimiento, memoria* y *voluntad.* El entendimiento es una fuente perpetua y un manantial continuo de infinitos pensamientos, los cuales todos recoge, deposita, guarda y conserva en sí la memoria, como tesorera suya [10]. Estos pensamientos son en cuatro diferencias: unos totalmente ociosos y de ningún provecho, los cuales despide el alma con la misma facilidad * que los admite, si está en sí y mora consigo en su corazón. Y de éstos habemos de decir y sentir lo que de las palabras ociosas, si ya no decimos que dañan más. Los segundos son más violentos, más pegajosos y peores de desechar, porque sirven a las necesidades y comodidades de la naturaleza, brotan y engéndranse del mismo barro que nosotros; son los abrojos y espinas que produce la tierra maldita después de labrada, como dice la Escritura. Digo que, si se arraigan en nosotros, que son dificultosísimos de arrancar, y no sin grande sentimiento y aun daño de la misma carne y naturaleza.

[8] S. GREGORIO, l. XXIX *Moral.*, c. 11.
[9] S. BERNARDO, l. II *De Consol.*
[10] S. BERNARDO, *Sermo de trip. sen. cogitation.*
* El impreso dice *felicidad.*

DISCÍPULO.—¿Cuáles son ésos?

MAESTRO.—¿Qué comeré, qué beberé, cómo dormiré?, y otros semejantes, cuidados al fin del cuerpo, paliados las más veces debajo de necesidad y razón. Los terceros acarrea el enemigo, y los procura arrojar en el corazón, calentarlos y sacarlos a luz por la obra. Son los pensamientos carnales, sensuales, torpes, asquerosos, de lujuria, de ira, de invidia, de vanagloria y otros a este talle. Los últimos son curiosos, tanto más peligrosos cuanto menos temidos. San Agustín hace mucho caso de ellos, y dice que es cierta forma de tentación de muchas maneras peligrosa. No es deseo (dice) de deleitarse en la carne, sino de experimentar por la carne, esto es, por los sentidos del cuerpo, cosas vanas y curiosas, cubiertas con nombre de conocimiento y de ciencia [11]. Pero ¿quién podrá contar, dice el santo, en cuántas menudencias y cosas de ningún fruto es nuestra curiosidad tentada cada día? ¿Y cuántas veces damos de ojos y caemos en estas tentaciones? Y al fin, como nuestro corazón se hace como receptáculo de ellas y recibe en sí de esta copiosa vanidad grandes catervas, sucede muchas veces que nuestras oraciones son como ahogadas, interrumpidas y turbadas.

No sueltes la rienda a la curiosidad, si no quieres incurrir en mil tentaciones de que los curiosos son tentados y detenidos o impedidos en los ejercicios de la contemplación. Yo creo que curioso y contemplativo son entre sí tan opuestos, que repugna hallarse uno en el mundo que pueda atender a ambas cosas. ¡Qué de personas hallarás amigas con extremo de saber los secretos de naturaleza y de los hombres y Dios! De investigar vidas ajenas; cómo vive aquél y el otro; de qué come; de qué se sustenta; qué pecados hay en el pueblo; y de aquí las agoreras, y de aquí los judiciarios, y de aquí los fariseos tentadores de Cristo [12], que por curiosidad le piden milagros, y de aquí otros muchos inconvenientes. Y de aquí el Apóstol a su Timoteo: *Evita cuestiones inútiles, que engendran contiendas* [13]. Y yo a ti: que te guardes muchos de inquisiciones sin piedad y de procurar saber lo que excede tu capacidad y aquello todo adonde no considerares gloria de Dios, conocimiento tuyo y suyo o edificación de tu prójimo.

San Bernardo dice que este vicio de la curiosidad se engendra en nosotros del olvido y descuido de nosotros mismos; que como me ignoro a mí, salgo fuera a buscar lo que me conviene; y soy enviado en pos de los brutos a

[11] S. AGUSTÍN, *Tract. de gradib. humil.*
[12] Matth. 12, 39.
[13] II Tim. 2, 23.

apacentar los cabritillos de mis sentidos exteriores [14]. Esta es regla muy cierta: cuidadoso de los otros, descuidado consigo; curioso de cosas vanas, olvidado de sí mismo. «Más honrado eres tú (dice Crisóstomo) que todas cuantas criaturas Dios crió en el mundo; todas las crió por ti y no a ti por ellas; pues ¿por qué te has de ocupar en ellas, olvidado de ti mismo y de tu nobleza? Y ¿cuántas cosas de las más pequeñas y viles, hormigas, arañas y abejas, quiso que obrasen de manera que tú no las entendieses ni alcanzases sus secretos? Todo para humillarte y enseñarte a no ser curioso». Tales parecieron los apóstoles cuando preguntaron a Cristo el tiempo de la destrucción de Jerusalén y el día del universal juicio, a los cuales respondió: *Nom est vestrum nosse tempora, vel momenta, quae Pater posuit in sua potestate* [15]. Y a San Pedro, que con curiosidad quiso entender lo que el Señor disponía acerca de San Juan Evangelista: *Sic eum volo manere quid ad te? Tu me sequere* [16]. Tiene lo que está escrito en Isaías: *¡Ay de los que sois sabios en vuestros ojos, y acerca de vosotros mismos, prudentes!* [17] Y imita a aquel que dijo: *Como jumento soy hecho acerca de vos* [18]; y depuesta y arrojada de ti toda opinión vana de tu prudencia, sólo aquello aprueba y elige que conforme a la ley de Dios entendieres ser acepto a su Majestad, así cuanto a las obras como cuanto a las palabras y pensamientos.

DISCÍPULO.—Ese remedio, común parece para todos los pensamientos.

MAESTRO.—Así es verdad, pero particular para los de curiosidad [19].

DISCÍPULO.—Y en lo demás, ¿cómo se ha de mortificar el entendimiento?

MAESTRO.—Si trayendo a la memoria (dice San Bernardo) que asistes delante del Señor de todo el mundo, que mirando tu corazón tácitamente reprehende su ociosidad y descuido, despedirás los vanos y ociosos. Y en el sermón de *Triplici iudicio* dice: Para que la turbamulta de pensamientos que en el tiempo de la oración suele acometernos no eche a Dios de nuestra memoria, póngase a la puerta un portero que se dice *recordación propia;* y cuando el ánima se sintiere ser agravada con los ya dichos pensamientos, reprehéndase y diga a sí misma: ¿Por ventura

---

[14] Cant. 1, 8.
[15] Act. 1, 7.
[16] Ioan. 21, 22: *Así quiero que él permanezca; ¿qué te va a ti en ello? Tú sígueme.*
[17] Is. 5, 21.
[18] Ps. 72, 23.
[19] Véase CASIANO, *Coll.*, I.

has de pensar tú tales cosas? ¿Tú que eres sacerdote, clérigo o religioso? El cultor de la justicia, ¿ha de hacer o admitir cosa que no sea justa?

DISCÍPULO.—Y los pensamientos violentos y en favor de la naturaleza, ¿qué remedio tienen?

MAESTRO.—Poner la segur o hacha a la raíz de la delectación, que con tales pensamientos comienza a aficionar la voluntad, y dar voces con Jacob: *Rubén, primogénito mío, no crezcas* [20]. Este es aquel apetito carnal que en el principio de la vida brota y se cría en nosotros, que conviene reprimir ya que apagarle o matarle no es lícito; no crezcas, que naturaleza con pocas cosas y pequeñas suele contentarse. Para el otro género de pensamientos torpes y malos, pone San Bernardo dos remedios. El primero, ocurrirles, cuando de lejos los sentimos venir, con mucha indignación y aventarlos de nosotros, de manera que ningún lugar se les dé para llegársenos. Y porque algunas veces nacen estos pensamientos de la voluntad depravada y se engolosina y se enternece con ellos, pone este santo el segundo remedio. A la puerta de la voluntad, adonde los carnales deseos suelen alojarse, como familia doméstica en su casa, póngase un portero que se llama *recordación* de la celestial patria, porque éste puede expeler el mal deseo, como se expele y se saca un clavo con otro clavo; y hospede luego a aquel gran Señor que, llamando de continuo a la puerta de nuestro corazón, dice: *Si alguno me abriere, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo* [21]. Finalmente, al tálamo de la razón se ha de poner tal y tan feroz custodia y guarda, que a nadie perdone; sino que a cualquiera que presumiere entrar, siendo enemigo, de secreto o al descubierto, lejos mucho le arroje, y aquí se podrá valer de la memoria del infierno y eternidad de penas.

III

De la mortificación del entendimiento, cuanto a los sentidos interiores, especialmente de la imaginación y fantasía, en todos los libros que tengo compuestos, especialmente en el de los *Triunfos*, dije muchas cosas, y pienso que las que bastan, si se entienden como conviene. Lo que sé decir con resolución aquí es que si con grande fortaleza y brío no se mortifica la fantasía y se enfrena la imaginación, y también los discursos del entendimiento, que nunca se

[20] Gen. 49, 3-4.
[21] Apoc. 3, 20.

alcanzará perfecta oración. ¡Qué de imágenes forman estos sentidos y qué de monstruos fabrican! Bastan a atropellar cualquier pensamiento y deseo, y ahogar la mente, y estorbar cualesquiera espirituales ejercicios. Por eso, Dionisio a su Timoteo: «Con fuerte lucha pelea por dejar los sentidos y cosas sensibles, y el entendimiento y cosas inteligibles, y lo que es y lo que no es; y desconocidamente sube a la unión de aquel que es sobre toda substancia». Y no más de esta materia, porque es dificultosa y de pocos y para pocos y inteligentes. Lo dicho en estos diálogos basta, y todo junto lo que en los dichos tratados y en éste se dice no será de provecho para los ignorantes y poco cuidadosos en la vida espiritual.

DISCÍPULO.—¿Qué cosa es *entendimiento cuadrado?*

MAESTRO.—¿Adónde has leído ese término *cuadrado?*

DISCÍPULO.—En un libro muy antiguo de un religioso de nuestra Orden *, y hacía tanto caso de esta manera de entendimiento, que casi ponía en ello el todo de la contemplación.

MAESTRO.—Tiene mucha razón. Entendimiento cuadrado es el que no se estrecha a mirar y contemplar a Dios por una verdad sola, sino que extiende su acción a todas partes; porque Dios es inmenso, incómprehensible, infinito y eterno; y en todas partes está todo, y en ninguna estrechado y con límite. Y el no saber hacer esto con libertad y destreza nace de que, cuando habemos de percebir alguna cosa y entenderla, siempre nos aplicamos a la parte que la consideramos llevados de mala costumbre, o del lenguaje común, o de nuestra rudeza, o del desuso en estas cosas del espíritu. De aquí es que, en oyendo tratar de Dios, ponemos la consideración en el cielo, porque nos dicen las Escrituras que está allí. Y si se nos representa alguna cosa corporal, de ordinario la miramos a la parte anterior; porque los ojos están delante y son ellos con los que la solemos mirar. Síguese de aquí, lo que no sin gran dolor se había de llorar y sentir, que estrechamos el espíritu y le encerramos y acorralamos debajo de estos estrechos modos corporales, siendo él libre y no determinado cuanto a su modo de entender y percebir las cosas. Digo en resolución, y declarándome, que nuestra ánima por todas partes es clara, apta y dispuesta para recebir diferente mucho del cuerpo; porque él sólo ve la lumbre a la parte que están los ojos, quedando las demás obscuras, porque ninguno de los miembros corporales es capaz de luz sino ellos, aunque el cuerpo todo esté bañado de luz.

---

* Se refiere al venerable fray Bernardino de Laredo, y el libro se intitula *Subida del Monte Sión.* Cf. parte 3.ª, c. 50.

DISCÍPULO.—De manera que no es por falta de luz el no ver por las espaldas, sino porque la potencia visiva no está allí, que si los miembros todos fueran claros como los ojos, también viéramos a las espaldas y a los lados, como vemos lo que está delante de nosotros.

MAESTRO.—La excelencia de nuestra ánima es que no vea como el cuerpo, porque (como dije) toda ella es clara, y no ve más adelante que atrás. Toda es capaz de recebir las influencias divinas, como lo es el ojo corporal de recebir la luz exterior. Pues como Dios sea universal a todas las partes del ánima más que lo es el sol a los corporales ojos, así por todas partes, y en cualquiera que ella le contempla, goza de él, y se encorpora en él, y se le comunican sus influencias, sin que quede alguna cosa de ella obscura ni sin aquella satisfacción que suele quedar en aquellos que en espíritu y verdad adoran y contemplan a Dios. Y aunque el ejemplo del que está en medio del mar, que de todas partes se halla rodeado de agua y a ninguna se convierte adonde no la vea, es corto, porque falta en muchas cosas, todavía es mejor que otro para declarar esta manera de entender.

Si piensas en Dios, no te estreches considerándole aquí o allí, sino estándote metido en tu corazón, y desterrada toda comparación de grandeza, de tiempo, de hermosura, de poder, etc., considera una cosa infinita, inmensa, incomprehensible, etc., y en quien se hallan perfecciones infinitas, y en ese abismo te sosiega y reposa, sin divertirte a investigar ni buscar alguna cosa fuera de él. Oirá así el recogido la voz del Esposo, que dice: *Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras y los ciervos de los campos, que no despertéis ni causéis desasosiego a esta ánima que así duerme hasta que ella quiera* [22].

DISCÍPULO.—¿Y querrá despertar en algún tiempo?

MAESTRO.—Si lo quisiere Dios, sí; si no, no.

DISCÍPULO.—Excelentísima doctrina es ésta.

MAESTRO.—Si hicieres experiencia de ella y perseverares, aunque sientas dificultades, hallarás un tesoro que no tiene précio, con que enriquecerás tu ánima, y tu espíritu se ensanchará y se hará capaz para recebir y retener en sí a Dios y fácilmente se desasirá de las criaturas, contento con sólo el Criador. Pero dejemos esto y tratemos de la mortificación de la voluntad, que es la que nos tiene (como dicen) a puertas y la que las cierra al cielo, y al infierno y perdición eterna las abre de par en par [23].

DISCÍPULO.—¿Qué llamas propia voluntad?

---

[22] Cant. 2, 7.
[23] S. BERNARDO, *Serm. 3 de Resurrec.*

MAESTRO.—La que no es común con Dios y con los hombres, sino nuestra tan solamente; cuando lo que queremos, no para gloria de Dios ni para utilidad de los hermanos lo hacemos, sino por nosotros mismos, no atendiendo a agradar a Dios ni a ser de provecho a los prójimos, sino a satisfacer a los propios movimientos del corazón.

DISCÍPULO.—Dificultosísima cosa debe ser vencer la propia voluntad.

MAESTRO.—Pelea ella contra sí misma; ármase para ofenderse y destruirse; ¿cómo no ha de ser dificultoso?

DISCÍPULO.—Más tendrá ahí la gracia que la misma voluntad, por ser obra ésa tan heroica y superior a las fuerzas humanas.

MAESTRO.—Cuando se ejercita y se efectúa por amor de la virtud y del mismo Dios, entonces la gracia de ese mismo Señor toca del fin de la acción perversa hasta el fin de la buena fuertemente, convirtiendo el corazón, de los propios deleites, a lo sólido de la virtud, no forzando, sino atrayendo como con halagos nuestra voluntad y disponiendo suavemente todas las cosas. Y advierte que la principal parte de esta suavidad consiste en la ilustración del entendimiento, el cual hecho cierto de la perdición y muerte de la propia voluntad la despierta, y hace que luego, apriesa y sin detenimiento, eche de sí de raíz aquella peste y varonilmente se mortifique y niegue.

DISCÍPULO.—Síguese que el mejor modo de desterrar la voluntad propia será representar al entendimiento el estado de la propia voluntad y los males que de ella se originan, la cual, cuanto mejor conociere la verdad, tanto más se esforzará contra sí y se destruirá a sí misma.

MAESTRO.—Bien has dicho; pero ¿quién se pondrá ahora a contar o recitar esa letanía de males? Harto se dijo en el diálogo tercero de la *Conquista;* y San Bernardo, en el sermón tercero de *Resurrectione*, los pinta admirablemente. «Atrévese (dice) a hacer guerra y contradecir al mismo Señor de la Majestad. Húrtase y sálese de su obediencia, habiéndose de sujetar a él y servirle haciéndose suya. Y no se contenta con agraviarle de esta manera, porque cuanto en sí es, quita a Dios, y le despoja de todo lo que le pertenece y es suyo. Ni para ahí su atrevimiento y desvergüenza (horrenda cosa es decirlo): contra su mismo Autor se encruelece; mátale, quítale la vida y aniquílale cuanto en sí es, porque de todo en todo querría la propia voluntad o que no pudiese Dios castigar sus pecados, o que no quisiese, o que no los supiese, que es querer que no sea Dios, porque no le quiere omnipotente o quiere que sea ignorante o injusto. Por lo cual digo que la propia voluntad derechamente es contra Dios, y Dios la per-

sigue como a capital enemiga suya. ¿Y qué castiga Dios cuando castiga, sino la propia voluntad? Salga de por medio ella y no habrá infierno; ella es la que sustenta aquel eterno fuego y en ella se ceba y cebará para siempre». San Agustín, sobre aquel verso del Salmo 100: *Non adhaesit mihi cor pravum* [24], llamó a la propia voluntad *corazón perverso*. Y en otra parte llamó *derechos de corazón* a los que se ajustan y conforman con la voluntad de Dios, y *torcidos* o *tuertos*, a los que quieren traer la voluntad de Dios a la suya. Hasta aquí se atreve la propia voluntad.

San Basilio dijo que eran hijas suyas la dureza y la contumacia y la porfía y la desvergüenza. Y yo digo que ella es la que fomenta la tibieza, la que engendra la desesperación, la que cría la apostasía, la que nos hace tardos en el obrar y aprovechar y la que apareja a la ánima la sempiterna muerte. De dar en esta roca estaba libre aquel que decía: *Nam et lex tua meditatio mea est, et consilium meum iustificationes tuae* [25]*: Porque tu ley es mi meditación, y mi consejo, tus justificaciones.* Otra letra dice: *Nam et mandata tua solatia mea sunt: et iustificationes tuae, viri consilii mei: Tus mandamientos son mis solaces, mis recreaciones, mis entretenimientos, mis casas de campo y mis regalos; y tus leyes, los varones de mi consejo.* Los consejeros del alma han de ser los mandamientos divinos, en los cuales está su suma voluntad declarada; y el que tiene dentro de sí este consejo real de conciencia, no puede errar ni apartarse jamás del gusto de Dios.

IV

DISCÍPULO.—Importantísima debe de ser, según lo dicho, la mortificación de la propia voluntad.

MAESTRO.—Eslo tanto, que puedo decir con seguridad que es el todo de la vida espiritual y cristiana; y aunque los santos han hallado y hallan diferencia entre ella y el amor propio, considerado bien uno y otro, a mi parecer no hay ninguna, y si la hay, es en los nombres. Dicen que cortada la cabeza al amor propio, se la cortamos a todos los vicios, y que él es el que levanta bandera contra Dios y hace guerra a las virtudes todas, y comenzando de sí, llega hasta el desprecio de Dios y edifica la ciudad de Babilonia; todo esto tiene la propia voluntad. Pero hablemos como hablaron los que el Espíritu Santo escogió para maestros de la vida [espiritual y cristiana] y digamos algo

[24] S. AGUSTÍN, *In Ps.* 100: No se me arrimó el corazón bellaco (v. 3).
[25] Ps. 118, 24.

de lo que ellos dicen: que si propia voluntad y amor propio son una cosa, ayudará a lo que queda dicho, y si son dos cosas distintas, servirá para conocer un enemigo más y para saber cómo alcanzaremos de él victoria. San Basilio dice: «Aquel es amante de sí que se ama con amor privado y demasiado» [26]. Y para conocer este amor pone algunas señales. Pero con mayor claridad habla de él San Bernardo: «El amor carnal o propio es con que ante todas cosas el hombre se ama a sí mismo por sí mismo, porque aun no sabe sino a sí mismo. Porque consigo mismo (digámoslo así) se desteta; que primero es lo animal que lo espiritual; no es precepto, sino cosa enjerida en la naturaleza, porque ¿quién aborreció a su propia carne?» San Agustín, libro II *De Genes. ad litteram*, discanta sobre el amor propio admirablemente, y en lo que viene a parar es en que es diámetro *, se opone a la caridad y le es contrario. Y, por consiguiente, es la mayor peste para el alma, porque la lleva hasta el menosprecio de Dios.

Este es aquel amor que ensucia la intención de los aprovechantes, y no sólo ensucia, sino que, cuanto es de su parte, totalmente la pervierte y la tuerce a sí, y hace algunas, y no pocas veces, que aunque lo que hacemos nos parezca que lo hacemos por amor de Dios, en el hecho de la verdad, no a Dios, sino a nosotros, nos tengamos por blanco, sin buscar otra cosa en aquella acción que a nosotros mismos; y aunque también tengamos a Dios por fin y su gloria se nos represente, no es tanto eso cuanto nuestro provecho y gloria lo que nos mueve. Por lo cual digo que el amor propio siempre trae competencia con Dios acerca de la suma honra y primado del fin, queriendo uno y otro para sí; y aunque no alcanza a ser el fin de la intención del hombre y de sus acciones, es cosa certísima que cuanto él puede, aun en los varones espirituales, las ensucia con un contagio suyo.

DISCÍPULO.—Espantado me ha mucho lo que has dicho del amor propio; grande enemigo es y pocos le deben de desarraigar de sí.

MAESTRO.—El que ninguna otra cosa que a sí mismo busca, esto es, su comodidad y gloria, mediante el amor propio, crece de manera en el apetito de ella, que nunca se ve harto ni dice *basta*, semejante en esto al fuego y al infierno [27]. Infinito, inmenso, insaciable le llama Santo Tomás [28]. Y San Agustín cuenta los males que de este infa-

---

[26] S. BASILIO, *Reg. brev.*, c. 54, c. 272.
* Por *opuesto*.
[27] Prov. 30, 16.
[28] S. TOMÁS, 1-2, q. 30, a. 4.

me amor propio proceden [29]. De él los cuidados mordaces que roen y atormentan el corazón; de él las perturbaciones, las tristezas, los miedos, los gozos desatinados, las discordias, las contiendas, las guerras, las asechanzas, las iras, las enemistades, los engaños, la adulación, el hurto, la perfidia, la soberbia, la ambición, la envidia, los homicidios y parricidios; la crueldad, la tiranía, la maldad, la lujuria, la petulancia, la desvergüenza, las fornicaciones, los adulterios, los incestos, los estupros y los demás géneros o diferencias de vicios sensuales; los sacrilegios, las herejías y blasfemias; los perjurios, las opresiones de pobres, las calumnias de los inocentes, las circunvenciones o pleitos en juicio; las prevaricaciones de las leyes todas, humanas y divinas; los testimonios falsos, los juicios perversos, las violencias y latrocinios y todo lo que de mal puede haber, aunque no se haya visto en el mundo ni venido en conocimiento de los hombres. Hasta aquí San Agustín. Y yo digo que maldito sea padre de familia tan mala.

DISCÍPULO.—¿Qué remedio para mal tan grande, causador de tantos males?

MAESTRO.—San Agustín le da, con harta brevedad por cierto: «Si enim (inquit) periit homo amando se, profecto invenitur negando se» [30]: «Si amándome a mí mismo me perdí, aborreciéndome a mí mismo me tengo de ganar». La primera perdición del hombre (dice el santo) fué el amor de sí mismo; que si a sí no se amara y se antepusiera a sí a Dios, quisiera sin duda alguna estar siempre sujeto a Dios y no se convirtiera a tener en poco la voluntad divina para hacer la suya. Antepón a ti la voluntad de Dios y deprende a amarte a ti no amándote a ti.

San Basilio sumó en cinco puntos la mortificación o abnegación del amor propio[31]. El primero es renunciar a las haciendas, posesiones y exteriores bienes. El segundo, a los padres, deudos y amigos. El tercero, a todos los afectos o aficiones a lo dicho y a todo lo humano y terreno. El cuarto, a la honra y gloria propia. El quinto, al amor de la propia vida. Y añade: «La perfecta renunciación consiste en esto: si alguno alcanzare que ni de la propia vida esté aficionado, aunque tenga respuesta de muerte, esto es, aunque se le diga que ha de morir». Confírmase esta doctrina con lo que Cristo dice en el Evangelio: *Si alguno viene a mí y no aborrece padre y madre, mujer, hijos, hermanos y hermanas, y lo que es más, su propia vida, no puede ser mi discípulo* [32]. Y por San Mateo: *El que quiere venir en*

---

[29] S. AGUSTÍN, XXII *De civ. Dei*, c. 22.
[30] S. AGUSTÍN *Serm.* 47 *de divers.*, in cap. 17, Matth.
[31] *Reg. fus. disputatae*, c. 3.
[32] Luc. 14, 26.

pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame [23].

DISCÍPULO.—¿Qué entiendes por *sí mismo* y por *cruz suya*?

MAESTRO.—Negarse uno a sí mismo es tener su cuerpo y su vida como vida y cuerpo de otro, no amigo, sino enemigo, vida negada y repudiada, y estar aparejado para sufrir la muerte, aunque de cruz, infame y cruel; no una vez en la vida, sino *quotidie*, cada día y cada hora. Teofilacto dice que negarse a sí mismo es no tener comunión o comunicación o cosa común con su cuerpo, sino despreciarse a sí mismo, como si no fuese su amigo ni conocido; tratarse como a extraño y con enemistad y llevar consigo la cruz para ponerse en ella cada día. El Apóstol confesaba que *moría cada día* y que *en su cuerpo traía como en derredor la mortificación de Jesús*, esto es, que ningún miembro se libraba de la cruz, todos clavados en ella [34]. Y el profeta santo: *Por ti somos mortificados todo el día y tenidos o estimados como las ovejas del matadero* [35], que esperan vez para el cuchillo; que ni se come ni se bebe sin la muerte al ojo.

Toda la vida del hombre cristiano (si vive según el Evangelio) es cruz y martirio, dice San Agustín *(Serm.* 250 *de tem.)*. Y en otra parte: «Ninguno diga que en nuestros tiempos no puede haber peleas de mártires, porque sus mártires tiene nuestra paz. Sí, que mitigar la ira, huir la lujuria, guardar la justicia, menospreciar la avaricia, humillar la soberbia, gran parte de martirio es». Y en otro lugar dice [36]: «Si el demonio no es muerto, tampoco lo son sus persecuciones». Lo que hay de consideración aquí es que no dice Cristo sufra la cruz que le impusieren, sino *tollat*, tómela. Como si dijera, fabríquela, lábrela y póngase en ella [37]. Que si nosotros no nos negamos, ¿quién nos podrá negar? En este sacrificio, el hombre es el oferente y el sacrificante, y sacrificio que se sacrifica y ofrece. El favorecido de Dios labra la cruz y se pone en ella, y en ella ha de perseverar colgado por toda la vida [38]; porque no es tiempo el que ella dura de quitar los clavos, sino de remacharlos o redoblarlos; éstos son los preceptos de la justicia.

Casiodoro dice que los santos a su cuerpo vivo crucifican y matan con deleite [39]. Y en verdad que es cosa de

---

[33] Matth. 16, 24 (Crisóstomo, Hilario, Teófilo, Eutimio).
[34] I Cor. 15, 31; II Cor. 4, 10.
[35] Ps. 43, 22.
[36] *Serm.* 46 *de Sanct.* y *Ps.* 127.
[37] *Serm.* 36 *de Sanct.*
[38] S. AGUSTÍN, *Serm.* 27 *de diver.*
[39] CASIODORO, *De Anim.*

grande ponderación ver esta manera de muerte en boca de los gentiles, que la hallaron y sufrieron de voluntad, aunque sin fruto de vida eterna. Platón dijo que era muerte ésta que se debe apetecer y desear [40]. Y dice más: «que morir el hombre es cuando, viviendo el alma en el cuerpo (enseñándolo así la filosofía), desprecia las blandicias o halagos de la carne y las asechanzas dulces de los deseos y codicias y se desnuda de todas las demás pasiones y apetitos sensuales». Hasta aquí Platón. San Gregorio dice: «que el que halló esta muerte, halló un tesoro riquísimo» [41]. Los enemigos de los mártires son exteriores, y las heridas que hacen también lo son; y las voces con que se exhortan, voces son que de fuera se oyen; empero, los enemigos de los que se niegan y mortifican, adentro están, adentro gritan y en el mismo hombre están pegados. Y decir Cristo [42]: *Niéguese a sí mismo*, es decir: Pelee consigo, vénzase a sí y acocee, puesta en tierra, su misma codicia.

No se ha de buscar el extraño para ser acometido y herido, ni de fuera se ha de traer la materia para la batalla; dentro de nosotros está armado el enemigo, conviene a saber, el amor propio. *¿De dónde las guerras y contiendas?*, dice Santiago [43]. *Nonne ex concupiscentiis vestris, quae militant in membris vestris?* Es guerra intestina, guerra de codicias y deseos malos, que se arman de nuestros miembros, usando de ellos como de *armas de la injusticia* [44]. Casiano llamó a la cruz cuchillo de que ha de estar armado siempre el cristiano, porque dura la guerra lo que la vida dura [45]. En los mártires, muerto el mártir, se acaba el martirio; mas en esta guerra de pasiones, vencidos y postrados una vez los enemigos, no luego quedamos seguros, renuevan la guerra cada día y matan a los incautos. *Maledictus* (dice Jeremías) *qui prohibet gladium suum a sanguine* [46]: *Maldito el que no ensangrienta su cuchillo*, esto es, el que no mata en sí sus afectos malos con el cuchillo de la mortificación. San Pedro llama *soldados* a los deseos carnales, los cuales como de una torre o alcázar nos hacen guerra encastillados en nuestra carne [47], y no es lícito derribar el fuerte, pero conviene tomarlos por hambre y mortificación. Laurencio Justiniano dice [48] a este pro-

---

40 MACROBIO, *De Somno Scipionis*.
41 S. GREGORIO, *In Iob*, 3.
42 S. LORENZO JUSTINIANO, *De int. conflict.*, c. 8.
43 Iac. 4, 1.
44 Rom. 6, 13.
45 CASIANO, l. VI, c. 39.
46 Ier. 48, 10.
47 I Petr. 2, 11.
48 LORENZO JUSTINIANO, *De int. conflict.*, c. 8.

pósito admirablemente. Y con haberle oído, pasaremos adelante, sin desear en esta materia otra cosa: «Toda la disciplina de la religión o profesión cristiana tiene su recomendación y aprecio no en hacer milagros, no en profetizar las cosas por venir, no en las palabras elegantes y compuestas, no en la explicación de las Escrituras santas, sino en cortar las concupiscencias carnales».

Trabaja, pues, porque tu cuerpo muera porque no muera; si quedare vivo, no vivirá; pero si muriere, tendrá vida [49]. Mira bien de cuánto precio sea la ganancia de los mortificados; pierden una vida brutal y animal, y hallan otra vida divina y celestial, como la de aquel que decía: *Vivo ego, iam non ego, vivit vero in me Christus* [50]. No vive en ti la ira, la soberbia, la lujuria; no viven en ti estas bestias torpísimas; vive Cristo y vive Dios. ¡Oh conmutación admirable, oh trueco divino! ¡Conmutar y trocar una vida feísima y asquerosísima por una divina; y por una vida carnal, abrazar en la tierra una celestial! San Basilio y San Agustín [51], interpretando el uno aquellas palabras del Génesis, 1, 26: *Praesit bestiis terrae;* y el otro aquéllas: *Praesit piscibus maris,* etc., dicen que esta presidencia se les concede a los hombres respecto de sus afectos y pasiones bestiales; que cada uno tiene una gran caterva de ellas, a las cuales se hace semejante si no se hace superior. Al fin, guerra contra los animales y bestias de la tierra, y peces y sabandijas de la mar, y aves que vuelan por los aires. Dios nos saque bien de ella por quien es, y pasemos adelante.

V

DISCÍPULO.—Resta que trates del ejercicio del entendimiento.

MAESTRO.—Poco hay que decir. A él le pertenece la meditación y la inquisición de las cosas soberanas, y el subir al cielo contemplando, y investigar la verdad oculta estudiosamente [52]. Dice Ricardo [53] que de dos maneras puede el entendimiento alcanzar cosas ocultas: una, investigando, y otra, por revelación divina, y que cuando y adonde la revelación divina está presente, no tenemos necesidad del oficio de la meditación; empero, faltando la revelación divina, necesariamente ha de recurrir la mente humana al

---

49 S. CRISÓSTOMO, *Homil.* 12.
50 Gal. 2, 20.
51 S. BASILIO; S. AGUSTÍN, l. I.
52 S. AGUSTÍN, 230 *de temp.*
53 RICARDO DE S. VÍCTOR, l. III, c. 24; et Tract. 2 *De exter. mol.*, c. 15.

estudio de la meditación. La materia de la meditación es toda la Escritura divina y los misterios de ella; las palabras, las personas y los milagros, y todas las criaturas y el Criador de ellas, y en particular la vida, hechos y dichos, muerte y resurrección de Cristo, Señor nuestro, como ya dijimos en el segundo de estos diálogos y en otros de los tratados espirituales que he compuesto. Y porque de lo necesario para tu espiritual aprovechamiento no querría que te faltase nada, te ruego que leas en el autor de la *Teología mística* el capítulo 35 del libro II, parte 2.ª, adonde trata de cómo el ánima tiene dos pies para caminar a Dios, conviene a saber: entendimiento y afectos, y de cómo se ha de preparar para esta jornada.

DISCÍPULO.—Suplícote, padre mío, que no me remitas a los libros, sino que brevemente me digas aquí lo que ese grande contemplativo enseña, para que con este *manualico* no tenga que desear más.

MAESTRO.—Del principal pie con que el ánima anda por el camino de la perfección, dije en la *Lucha espiritual*, o por decirlo cierto, todo aquel tratado no enseña otra cosa, y así estoy excusado de hablar en éste de él. Conviene, pues, lo primero, que la memoria se prepare de manera que no permita ni consienta que en sí haya pegados y fijos algunos pensamientos que puedan llevar al hombre a lo hondo, esto es, a las inferiores fuerzas del ánima, conviene a saber, concupiscible, irascible y racional inferior. Digo que se guarde de toda impresión de pensamientos que le puedan traer a aficiones desordenadas de cualquiera cosa que sea inferior a Dios, cuanto quier que parezca noble, santa o provechosa, porque el desorden del afecto la vuelve inútil y a veces dañosa, y por semejante manera, de todos los pensamientos que le puedan provocar y atraer a ira, envidia, amargura, murmuración, detracción y semejantes, que inficionan la dulzura del Espíritu Santo. Y también se ha de guardar de todos los pensamientos en los cuales la razón se ocupa demasiado con las cosas exteriores, aunque de suyo no sean malas. Guarde siempre su memoria libre y desocupada de toda impresión de imágenes o imaginaciones y de pensamientos de cualquiera manera que ocurran que no sirven para el influjo amoroso en Dios; y por esto, todas las potencias de su ánima conservará y guardará recogidas y se juntará a Dios.

Para alcanzar esto es muy buen consejo, y no sé si le hay mejor, habituarse de ordinario a levantar su corazón a menudo con una amorosa y corriente afición y con unas breves pero encendidas oraciones que llamaron los santos *jaculatorias*. Porque como una candela recién muerta se puede fácilmente volver a encender si, estando humeando,

la ponemos debajo de otra encendida, de manera que el humo toque en su luz, aunque esté en alguna distancia; que, como lo muestra la experiencia, la luz de esta candela encendida suele descender y encender la que está muerta; así le sucede al ánima en estas consurrecciones c levantamientos cordiales, que luego desciende en ella la llama del divino amor, por la cual es aficionada y atraída a llegarse siempre a Dios con amorosas aspiraciones. Y guarda este ejercicio de manera libre el corazón, que ningunas imágenes o representaciones de criaturas se pueden pegar a él ni permanecer en él.

DISCÍPULO.—Admirable doctrina; empero, no hablas del entendimiento, como lo propusiste.

MAESTRO.—Para preparar esa potencia y ordenarla debidamente, de manera que obre como conviene en la lumbre intelectual de la claridad divina, se requiere no sólo pureza de corazón, la que se adquiere por las lágrimas y gemidos (que así suele lavarse y purificarse el ojo del entendimiento), sino también de otra pureza, que es que en su meditación no se entremeta alguna curiosidad, presunción de novedades, vanidad o infructuosidad; como suele acontecer cuando el ejercicio de la vida contemplativa se hace en sólo el entendimiento y no tiene allí su obra la afición, que es despertar para el divino amor, para la enmienda de la vida, principalmente para la propia mortificación, cebado en la curiosidad y cosas semejantes. Demás de esto, para que la potencia intelectiva debidamente se prepare y se haga apta y tenga la necesaria disposición, conviene que en la primera irradiación de la divina gracia, claridad o verdad se convierta a sí misma, para que sepa si todas las cosas están en sí idóneamente dispuestas para recebir aquella noble y interior operación de Dios. San Bernardo dice [54] que lo que roba los ojos de Dios sobre todo lo demás que hay de bueno en el ánima es la pureza y limpieza, que ha de ser tanta, que no se confunda el alma ni avergüence en la presencia de la verdad.

Empero, más es menester que esto, porque para que sin confusión y libremente se allegue en la contemplación a Dios, se requiere: lo primero, que ninguna cosa notable de pecado tenga en la conciencia que no se haya borrado por contrición verdadera, confesión y satisfacción; lo segundo, que no pueda hallar en tiempo o eternidad alguna cosa tan grave, tan dura, tan penosa o tan contraria para ser de la naturaleza aceptada, que no esté dispuesta para ello, ora sea persecución, confusión, injuria, perdimiento de bienes temporales, enfermedad o penas de amigos; y

[54] S. BERNARDO, *Serm.* 85 *in Cant.*

generalmente se debe resignar en tiempo y eternidad en el beneplácito divino para todos los sucesos, cualesquiera que sean, aunque hubiese de estar para siempre en las penas del infierno. Esta voluntaria resignación engendra en el alma libre entrada o accesión a Dios y libertad de pedir cuanto Dios puede dar, y lo que es más, todo lo que Dios es. La razón está en la mano; porque ¿con qué cara puede el hombre pedir lo que Dios puede darle y lo que él es, si primero no ofrece a Dios, con liberal y amoroso corazón y afecto, lo que él es y puede dar, hacer o padecer? ¿Y cómo no pedirá libremente el que tal renunciación hace? Esto es propiamente convertirse el hombre todo a Dios y hacerse idóneo para recebir el influjo de las gracias divinas, que debe siempre preceder en la conversión nuestra a Dios. Y aquí se incluye también la preparación de la voluntad, que se ha de transfundir o traspasar de tal manera en la de Dios, que a nada se pegue ni asga en sí misma.

Esto hará al hombre tan libre, que en ninguna parte sea impedido por el suyo inferior, para no ofrecerse desnudo entre los brazos del desnudo amor de Dios. Y según fuere la preparación en estas cosas, hallará la entrada y esperará el divino y espiritual influjo de los multiformes dones e ilustraciones de Dios. Estos influjos divinos o comunicaciones de la claridad intelectual con que los hombres son alumbrados para conocer se pueden hacer de mil maneras, porque el Espíritu Santo obra de muchas, como es servido y halla disposición en las almas; pero reducirlos hemos a tres grados: a la semejanza del sol, cuya claridad perciben nuestros ojos exteriores; o en algún objeto, piedra, palo, etcétera, adonde hiere el sol y toca con su luz; o en los rayos de ese mismo sol, o en la esencia o substancia de él.

VI

DISCÍPULO.—¿Qué llamas *irradiación* o *rayo de luz*, o *de claridad divina*?

MAESTRO.—Muy bien has preguntado para no errar en esta doctrina. Llamo rayo de luz, o de claridad divina, o irradiación la lumbre intelectual, que nos da conocimiento oculto de las cosas divinas o espirituales; y no hablo de alguna claridad que se parezca con la del sol exterior o de la vela, en que suele haber engaños y ardides del demonio, que se transfigura en ángel de luz y aparece con resplandores y luces, y de esa manera persuade grandes mentiras y engaños, especialmente a mujeres, amigas mucho de estas visiones. Digo, pues, viniendo a mi propósito, que

puede la claridad del sol eterno recebirse en los objetos, esto es, en las Escrituras sagradas, adonde, debajo de aquella corteza de la letra, por el don del entendimiento, hallan los hombres así dispuestos (como queda dicho) un conocimiento tan alto, tan celestial y divino y sentidos tan profundos, que ningún Doctor, por inquisición y estudio propio, los pudiera hallar, porque son inefables las cosas con que la humana mente es ilustrada. Y más hay en ello: que muchas veces el entendimiento humano así es enriquecido de este conocimiento, que recibe el ánima tantos y de tantas maneras ocultos y profundos sentidos en las Escrituras del Nuevo y Viejo Testamento cuantas son sus palabras, los cuales todos endereza y ordena para fomentos del divino amor. Por aquí se viene a levantar tanto el espíritu, que llegó a decir de sí fray Rogerio, discípulo de nuestro Padre San Francisco, que conocía él un hombre que en unos maitines, y por ventura en cada verso, se había arrebatado a un altísimo conocimiento de los divinos secretos cien veces, resistiendo él a aquel elevamiento y atracción divina con todas sus fuerzas [55].

Puede lo segundo recebirse esta lumbre en su rayo, que es cuando el humano espíritu así es suspenso en las cosas eternas y así es elevado en ellas, que con más propiedad se diga ser llevado y gobernado del Espíritu Santo que obrar él; y arrebatado sobre sí, recibe una claridad admirable del conocimiento de la Santísima Trinidad, de la eterna generación del Hijo, de las obras maravillosas del Espíritu Santo y de cosas semejantes; y esto es lo que aconseja Dionisio a Timoteo cuando le dice: *Conviértete al rayo divino*. Como si le dijera: Entrate dentro de ti y, levantando todas tus fuerzas interiores, vuélvete a la luz divina, adonde puedes ser enseñado de Dios, como de inmediato maestro y espiritualmente mantenido. Por esta continua introversión a Dios, conocimiento de Dios y nutrimento espiritual, el hombre conversa más en el cielo que en la tierra y permanece suspenso en Dios, como el rayo en el sol.

De Santa Clara leemos que así había arrojado en Dios todos sus pensamientos y aficiones y con todas sus fuerzas tan continuamente corría en él, que parecía estar su espíritu suspenso en él; y fuéle revelado a cierta persona religiosa que sin intermisión descendían a ella los rayos divinos, con los cuales era sustentada y mantenida; y de manera se le comunicaba Dios y así influía en ella, que venía a perder el uso de los sentidos. Así le sucedió que,

[55] *Ladillo del autor:* Fray Rogerio se arrebató cien veces en unos maitines.

siendo visitada y llevada a lo alto valerosamente el día de la Epifanía, perseveró arrebatada treinta días sin atender ni entender cosa de cuantas se hacían delante de ella: ni comía, ni bebía, ni sentía cosa en su cuerpo; y cuando volvió en sí, no le pareció que habían sido los treinta días tres; y siempre andaba como enajenada y como por fuerza la obligaban al gobierno de su convento. Y no más de la preparación del entendimiento.

DISCÍPULO.—Lo tercero que prometiste has olvidado.

MAESTRO.—¿De cómo la claridad puede ser recibida en sí misma?

DISCÍPULO.—Así es.

MAESTRO.—El autor lo prometía, y no habló de ello por su dificultad. Hablen los santos y ángeles gloriosos, que solos ven a Dios en sí mismo y le contemplan y le gozan sin el medio de las criaturas. Lo que yo te sé decir aquí es que, cuando el ánima se dispone de la manera que habemos dicho, la liberalidad inmensa de Dios no puede contenerse en hacerle mercedes; háceselas dándole no sólo gracia y amor sensible, sino las virtudes morales todas y los dones de su divino Espíritu, con que es adornada y hermoseada, y es agradable mucho al mismo Dios, y es ayuntada algunas veces a él inmediatamente; quiero decir, sin el medio (como ya dije) de las criaturas; y se celebran desposorios, dándole en arras las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad.

Santo Tomás dice que los dones del Espíritu Santo perfeccionan las potencias del ánima; y el mismo Espíritu Santo, por ese medio, las habita y dispone para obrar en ellas conforme a su voluntad. Y aunque pudiera (como lo hace este nuestro Doctor) tratar aquí de estos dones, doctrina dulce y provechosa, me contento, por no salir del propósito, con decir de solo el don del entendimiento, el cual es una lumbre sobrenatural que alumbra y esclarece nuestro entendimiento y le sutiliza para que pueda percebir el interior y espiritual aprovechamiento de la vida contemplativa. Esta lumbre pide un hombre interior y muerte de los sentidos y de todas las imágenes de ellos y que muera todo a la naturaleza y viva en espíritu; porque cuanto más mortificamos en nosotros la naturaleza, esto es, las pasiones naturales, que son la causa principal de la ceguedad de nuestro entendimiento, tanto más somos ilustrados con el don sobrenatural del entendimiento, y adquirimos juntamente un espiritual apetito que nos impele y encamina a Dios y hace al hombre vivaz y vigilante y que se convierta fácilmente al Señor.

Este don tiene tres grados: el primero, obra en el hom-

bre simplicidad y unidad de espíritu y claridad de entendimiento, de manera que el mismo espíritu en sí mismo es simplificado, clarificado y lleno de gracia y de los dones de Dios; y es hecho muy semejante a Dios por la gracia y caridad deífica y establecido en unidad con el Espíritu de Dios. El segundo grado enseña a ordenar la vida contemplativa sin algún error, conversar en espíritu, tener profunda inteligencia de las cosas celestiales y divinas y tomar íntimo y profundo entendimiento de todas las criaturas y obras de Dios; y por eso, levantarse en Dios dándole gracias, amándole y alabándole en todas las cosas. El tercero grado enseña y da perfecta noticia en la contemplación, con la cual especula a Dios en las semejanzas espirituales que a su entendimiento elevado se ofrecen, para que en ellas no yerre ni sea engañado.

Este mismo don nos da noticia de la similitud de Dios que en nosotros tenemos por la gracia y caridad y virtudes, y de la unidad que poseemos en Dios por el amor fruitivo, adonde el ánima se dice antes ser llevada que obrar alguna cosa [56]. La ilustración del entendimiento se puede convenientemente entender por la similitud de la aurora [57] o alba de la mañana, que se va levantando poco a poco y se dilata, y dilatándose, es clarificada y deja de ser aurora y totalmente se muda en día clarísimo o en la luz solar. Digo que es a esta traza la lumbre intelectual en el hombre; primero poca y baja, conviene a saber, cuando está en las fuerzas inferiores en las cuales se ejercita y cuando pasa adelante en sus ejercicios; entonces por sus pasos contados es elevada y dilatada en el entendimiento; porque ya experimentamos que tanto más alcanza nuestra vista cuanto es más alto el lugar que tenemos. Y al fin, de manera se puede elevar y dilatar nuestro entendimiento que exceda la capacidad y humana inteligencia y se permute en un día claro, con el cual puede contemplar el Sol eterno. Y al paso que va creciendo y se va dilatando, crecen y se dilatan los demás ejercicios del hombre espiritual y contemplativo. Y no quiero decir más en esta materia, sino suplicar a Dios por su bondad nos conceda tal don y tal entendimiento, para que limpiamente le contemplemos, y contemplándole, le amemos, y amándole, le gocemos por toda la eternidad.

---

[56] L. II, p. 3.ª, c. 50.
[57] Cant. 6, 10.

VII

Discípulo.—Y de la voluntad, ¿no dices nada?

Maestro.—Lo que digo es que, cuando no está mortificada, ella es la que impide esta lumbre divina, como los párpados cierran los ojos para que no vean la luz. Y si quieres venir a la espiritual e intelectual contemplación, desnuda y vacía perfectamente tu voluntad de todo querer y no querer propio, porque la voluntad propia que no es traída o traspasada en el divino beneplácito es como columna que sustenta y tiene en peso todos los muros del desorden; y cuando ella cae por tierra, ellos caen juntamente [58]. Es como la sentina del navío que recoge en sí toda la inmundicia de los pecados y es necesario dar continuamente a la bomba (como dijimos) para que el ánima esté limpia; y es capaz de la divina luz. Di si tienes otra cosa que preguntar, porque es ya tiempo de dar fin a esta plática.

Discípulo.—Ya te considero cansado, y parece que sería acertado quedarnos aquí y concluir tu obra en otro discurso.

Maestro.—Bien podremos alargar éste media hora, y en ella te quiero decir del aparejo general de la oración, de cómo en ella te has de presentar a Dios y de un especial modo de presencia que hace a los que oran; y dicho esto así a la ligera, nos podremos recoger.

Discípulo.—Parece que has guardado el mejor vino para el fin.

Maestro.—A lo menos lo que es más necesario en este ejercicio y que nadie debe ignorar. Aunque si has advertido en ello, en los diálogos pasados y en éste queda lo más y más importante dicho; pero, acomodándome a los principiantes y no olvidando los que van aprovechando, digo que el que para orar no se apareja y dispone de manera que asista allí como conviene, tienta a Dios, como lo dice el Sabio: *Ante orationem praepara animam tuam, et noli esse quasi homo, qui tentat Deum* [59]. Dos maneras hay de preparación, una remota y otra próxima. La remota tiene muchos grados: el primero, carecer de pecados; porque ellos en el corazón, no oye Dios nuestras oraciones. Lo cual entiendo yo agradándose uno en ellos, que eso es *aspicere iniquitatem in corde* [60]. Que el que ha ofendido

---

58 Ios. 6, 20.
59 Eccli. 18, 23.
60 Ps. 65, 18.

mortalmente a Dios y pretende aplacarle y ponerse en buen estado no es excluído del número de los que oran, como ore y pida por sí y cosas necesarias a la salud con piedad y perseverancia [61]. El segundo grado es la comprensión de las propias pasiones y mortificación de los vicios. El tercero es traer la mente a la oración vacía de vagueaciones [62]; porque, como dicen San Gregorio y Casiano, lo que concibe el ánima antes de la hora de la oración, eso halla puesto en ella [63]. Y no es posible que sea arrebatada nuestra mente a la íntima contemplación si primero con estudioso cuidado no se escapa y zabulle del tumulto y tropel grande de los terrenos deseos.

De esta preparación se sigue en el ánima aquel deseado silencio y soledad tan necesaria al que se allega a orar. A este propósito, dice San Gregorio muchas cosas, que callo por no alargarme; él llama a los cuidados moscas de que nos libre Dios. Cristo, Señor nuestro, dice en su Evangelio: *Guardaos que vuestros corazones no se agraven con los cuidados seculares* [64]. Y San Pablo a su Timoteo: *Ninguno militando a Dios se implica y enreda en negocios del siglo* [65]. No oran los que con esta carga se van al oratorio; pierden el tiempo las más veces y ofenden los ojos de la divina Majestad, que los suele apartar cuando levantamos a él las manos no puras [66]. Todo es vaguear y discurrir y pensar en cosas tan vergonzosas a veces, que no se pueden referir aquí. Otros se duermen, otros se embelesan, otros rezan vocalmente, con bien poca satisfacción. Todos merecen poco y a veces desmerecen mucho.

La preparación primera tiene dos partes: en la primera está la lección de las cosas espirituales que dé materia a la meditación, y ésta pocas veces se ha de dejar, porque en ella (como dice San Bernardo) oímos la voz de Dios que nos habla. De esto están llenos los libros. En la segunda nos presentamos a Dios, que para orar como conviene hace mucho al caso.

DISCÍPULO.—¿Cómo me tengo de presentar a Dios en la oración?

MAESTRO.—En el principio te debes despertar y alentar con algún verso del Salterio, como aquél: *Domine, ad te confugi; doce me facere voluntatem tuam, quia Deus meus es tu* [67]. O aquél: *Emitte lucem tuam et veritatem tuam,*

---

[61] S. TOMÁS, 2-2, q. 83, a. 16.
[62] CASIANO. *Coll.*, IX, c. 3.
[63] S. GREGORIO, 1. V *Moral.*, c. 22.
[64] Luc. 21, 34.
[65] II Tim. 2, 4.
[66] Is. 1, 15.
[67] Ps. 142, 9-10.

etcétera [68]. *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum* [69]. *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum*, etc. [70] San Agustín dice que el mismo deseo de orar es de grandísimo fruto; serena el corazón y le limpia y hace más capaz para recebir los dones de Dios que espiritualmente se nos infunden en la oración. No es menester grande almacén de oraciones rodadas, curiosas y prolijas para que nos oiga el Señor, el cual está siempre ganoso y aparejado para darnos su luz, no visible, sino espiritual e intelectual. Nosotros somos los que no siempre estamos dispuestos para recebir, porque declinamos a otras cosas y con la codicia de las temporales somos ofuscados y llenos de tinieblas.

DISCÍPULO.—¿De qué manera tengo de considerarme en la oración? ¿Es bueno levantar los ojos y corazón al cielo o entrarme dentro de mí mismo?

MAESTRO.—San Bernardo dice así: «¿Qué otra cosa debe pensar el que entra en la oración que aquello del profeta: *Ingrediar in locum tabernaculi admirabilis, usque ad domum Dei?*» [71] Conviene, pues, de todo en todo que en el tiempo que oramos entremos en la corte celestial, adonde el Rey de los reyes y Señor de los señores está asentado en un trono de estrellas, rodeado de un ejército innumerable de bienaventurados espíritus. Y ¿con cuánta reverencia, con cuánto temor y con cuánta humildad se debe llegar allí la vil ranilla, saliendo de su laguna y trepando? ¡Oh cuán temeroso, cuán humilde, cuán solícito y atento con todo su ánimo debe asistir el miserable hombrecillo a la Majestad de gloria en presencia de los ángeles, en el concilio y congregación de los justos! Y dice más el santo: que aunque, como la fe lo enseña, adondequiera está Dios, le debemos considerar en el cielo y enderezar allí nuestra oración, por lo que Cristo, nuestro Señor, nos dijo en su Evangelio: *Así oraréis: Padre nuestro, que estás en los cielos* [72]. Considérese, pues, el cristiano como asumpto, y presentado a aquel Señor que (como dije) está asentado en aquel su trono altísimo en los ángeles santos, y levantado en los hombres, que del estiércol sublimó y levantó a tanta gloria; y así, puesto ante la majestad de Dios, diga con Abrahán: *Hablaré a mi Señor aunque soy polvo y ceniza* [73], y porque por vuestro mandamiento se

[68] Ps. 42, 3.
[69] Ps. 83, 1.
[70] Ps. 41, 1.
[71] S. BERNARDO, *Serm. de 4 mod. orand.*: «Entraré a do se halla el tabernáculo admirable, hasta la casa de Dios».
[72] Matth. 6, 9.
[73] Gen. 18, 27.

me ordena que así ore, ¡oh Fuente de infinita piedad!, oraré con espíritu y oraré con la mente, como lo dispone vuestro Apóstol.

Esta manera de orar con esta representación de trono, ora de ángeles, ora de hombres santos, ora de estrellas, no satisfizo mucho a Casiano [74]; porque en muchos suelen ser de inconveniente estas corporeidades y figuras en Dios, a los cuales se les antoja que si no las tienen fijas en la imaginación, que no hacen nada ni oran como es razón, diciendo Cristo, Señor nuestro, a la samaritana que *en espíritu y verdad debemos adorar a Dios* [75]. Solos aquellos (dice Casiano) especulan con ojos purísimos la Divinidad que de las humildes y terrenas obras y pensamientos, subiendo con Jesús, se apartan y retiran en el alto monte de la soledad. Esto prosigue con mucha sutileza y elegancia de palabras y razones; y lo que yo colijo de todo es que el mejor modo de orar es estarse el alma dentro de sí misma y *cuadrar* * su entendimiento (como ya dijimos), y pienso que no hay más ni que decir ni que desear. Y es doctrina ésta de San Gregorio, libro XXXIII *Mor.*, capítulo 13; de San Agustín, *Tractatu 111, In Ioannem,* y de San Basilio y del gran Casiano, *Coll.*, XX, capítulo 4, y del mismo San Bernardo en muchos de sus escritos y de todos los que bien sienten de este ejercicio, pero no es de todos. Asiste Dios a los que con pureza oran y está presente a ellos de una manera muy especial, con que los desobliga de alejarse de sí mismos para hablar con él. Colígese esto maravillosamente de la doctrina de San Agustín, que declarando aquellas palabras: *Qui es in caelis* [76], dice que los cielos en que Dios reside son los hombres justos, y a ellos se les dice: *El templo de Dios, santo es.* Y como si le preguntaran los de Corinto: —¿Qué templo es ése, apóstol santo?—Responde: —*Quod estis vos: Vosotros sois ese templo* [77]. Y concluye el santo Doctor su razonamiento, que es muy largo y muy elegante, con estas palabras: «En los corazones de los justos está Dios, y mora como en sus espirituales cielos y como en casa propia y templo dedicado a sí». «Ut qui orat in se ipso velit habitare, quem invocat, et cum hoc affectu teneat iustitiam, quo munere invitatur ad inhabitandum animum Deus»: «Para que el que ora quiera y desee que more en él aquel al cual invoca, y con

---

[74] *Coll.*, XX, c. 4.
[75] Ioan. 4, 24.
* De nuevo se refiere a la *Subida del Monte Sión*, de fray Bernardino de Laredo, franciscano.
[76] S. AGUSTÍN, l. II *De Serm. Domini in monte*, c. 5.
[77] I Cor. 3, 17.

este afecto conserve en sí la justicia con que es el mismo Dios provocado y convidado a habitar el ánima, como casa suya, o templo o cielo».

Y porque alabes a Dios, que tan gran secreto quiso manifestar aun a los gentiles, aunque no gozaron de tanta gracia, te quiero referir aquí las palabras de Séneca a Lucilo [78]: «Cerca está de ti, contigo está Dios y dentro de ti le tienes. Digo, Lucilo, que el Sagrado Espíritu hace asiento dentro de nosotros, observador y custodio de nuestros males y bienes. Este Espíritu y este Dios, así como le tratamos, nos trata. Ningún hombre bueno y perfecto está sin Dios». Y, probando este filósofo la presencia de Dios por los efectos que en los justos hace, añade: «El ánimo excelente, moderado, que pasa de largo por todas las cosas, como menores y inferiores, que se ríe y hace donaire y desestima lo que tememos y deseamos, no por cierto otro que la potencia celestial le mueve y le rige; porque cosa tan grande no puede estar sin el ayuda y favor de la suprema Deidad». Hasta aquí Séneca.

DISCÍPULO.—Parece que había leído aquello que por San Juan dice Cristo: *Ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus* [79].

MAESTRO.—Sobre esas palabras hablara yo de buena gana en este poquito que nos queda, no por curiosidad, sino por aficionarte a lo interior y a que no salgas de ti para orar, si fuere posible. La *Glosa ordinaria* entiende aquella palabra: *mansionem faciemus*, no sólo de la mansión eterna que Dios tiene y hace en los santos en el cielo, sino de la temporal y del destierro, residiendo en ellos por amor y mediante su gracia. Siempre está presente Dios al alma amiga, pero entonces propiamente se dice venir a ella, cuando actualmente la toca y la muda y la transforma y con sus dones la enriquece.

VIII

DISCÍPULO.—¿Cómo la toca?

MAESTRO.—En los Cantares [80] dice: *Dilectus meus missit manum suam per foramen, et venter meus intremuit ad tactum eius.* Entró mi querido la mano por un resquicio de la puerta para quitar el aldaba, y mi corazón tembló y se estremeció al tocar en ella. Esta es una cosa altísima y no

[78] SÉNECA, *Epist.* 41 *ad Lucill.*

[79] Ioan. 14, 23: *A él vendremos y haremos en él nuestra morada.*

[80] Cant. 5, 4.

sé si acertaré a decirla [81]. En este toque padece el ánima o el espíritu, o hablando con más propiedad, recibe sin alguna operación suya; porque obrando sólo el espíritu de Dios, las potencias superiores se adunan en este tacto en unidad de espíritu, de manera que convenga desfallecer toda operación y toda razón nuestra [82]. Mas la razón alumbrada, y mucho más la fuerza superior amativa, siente este tacto, pero de suerte lo siente, que la razón no puede comprehender su modo. Qué sea este toque divino en su origen, no podemos investigarlo; decimos, empero, que es el último medio entre Dios y nuestro espíritu, entre el obrar y descansar o ser regido, entre el vivir y morir o espirar. Levántanos a un altísimo ejercicio, posible de ejercitarse debajo de la luz increada; porque este tacto despierta y eleva el entendimiento para conocer a Dios con admirable claridad y arrebata y lleva la fuerza superior amativa para gozar de él eminentemente y con muchas ventajas.

Al fin, este divino toque lleva como de la mano nuestro espíritu amante así al ejercicio exterior como al interior. El nos saca con una aspiración suave a amar prácticamente, esto es, al ejercicio de las virtudes, y nos retira y entra adentro a amar fruitivamente, esto es, a descansar y gozar de una bienaventurada quietud en el mismo Dios. Por el amor fruitivo se une nuestro espíritu con Dios, y por el práctico es en alguna manera apartado de él, no sin dolor y sentimiento. *¿Cómo me volveré a vestir la túnica que ya una vez me quité?* (dice la esposa convidada de su Esposo para las acciones exteriores de prójimos); *y los pies lavados, ¿cómo los tornaré a ensuciar?* [83] Y por ventura es esto lo que dijo Cristo, Señor nuestro: *Entrará y saldrá y hallará pastos* [84].

Para declarar esta doctrina tan dificultosa, *pone este autor* el ejemplo de la respiración y atracción del aire, con que se sustenta y continúa la vida naturalmente y sin cuidado de nuestra parte; que expelemos el aire caliente que está dentro de nosotros y atraemos el fresco, sin advertir en lo que hacemos; y abrimos y cerramos menudamente los ojos, sin que el cerrarlos de esta manera y abrirlos impida el ver lo que tenemos delante, como si los tuviésemos siempre abiertos. Entrase el alma en Dios, y allí mue-

---

[81] *Theol. Mist.*, l. II, p. 3.ª, c. 54.

[82] Cuando toca Dios al alma, revive como la hierba tocada del agua estando marchita, y vase tras El como el tornasol, que sigue a este estro tocada de él. La disposición para este tocamiento es la humildad. y el conocimiento entero y verdadero de su nada. *(Ladillo del autor.)*

[83] Cant. 5, 3.

[84] Ioan. 10, 9.

re a sí por el amor fruitivo y súbitamente y con priesa sale de sí por el práctico; sale virtuosamente y entra felizmente, y así persevera unida con Dios en estas entradas y salidas como si nunca saliese. Y ésa es la vida espiritual de los varones perfectos, que se teje y forma de estas introversiones y extraversiones o entradas y salidas, sin que las unas estorben a las otras, lo cual se hace con tanta facilidad como el atraer y expeler el aire para vivir y el pestañear abriendo y cerrando los ojos para ver. Dichoso el que lo experimentó.

DISCÍPULO.—¿Cuál conviene más al alma, entrar al amor fruitivo o salir al práctico?

MAESTRO.—Todo lo obra el Espíritu divino y este tacto felicísimo. Más noble ejercicio es el que nos entra a la unión y fruición de Dios y a nuestra espiración; pero el siervo de Dios, en uno y en otro se debe ejercitar, y es necesario que lo haga así muchas veces, forzándole a ello la caridad como forzaba a San Pablo [85]. *Sive mente excedimus Deo, sive sobrii sumus, vobis. Charitas Christi urget nos.* Entramos a Dios con exceso mental, y abajámonos y templámonos conforme a nuestra capacidad, porque la caridad nos obliga a ello. Sea, empero, el salir más por necesidad que por gusto. Algunas veces convendrá dejar por algún tiempo este ejercicio nobilísimo, así para que el deseo de volver a él se aguce más, y entrando dentro nuestro espíritu sea mayor su gozo, como porque la fragilidad humana ha menester estas remisiones, que sin ellas no podría sufrir la continuación de esta introversión tan vigorosa. Alivio es necesario para no desfallecer y aun por huir el tedio y hastío que suele suceder al mucho comer. Sea como la abeja que sale de su corcho a buscar la miel y rocío del cielo, y cuando ha dado muchas vueltas a las flores, muy cargada, se vuelve a entrar en él, y allí queda y con sosiego goza y edifica sus panales, llenos de arte y de suavidad.

Así debe volar el ánima, con la razón alumbrada de Dios, por todas las maravillas y obras de sus poderosas y sabias manos, en las cuales resplandece su infinita bondad y los demás atributos suyos. Y en especial considera la Humanidad sacratísima de Jesucristo nuestro Redentor, su vida y muerte y sus acciones todas; y de todas y de todo vaya sacando, como celestial abeja, miel espiritual con que se despierte y levante a dar gracias al Criador, a alabarle, bendecirle, honrarle y amarle; y, cargada de esta miel, vuelva otra vez a su colmena, esto es, a su querido,

---

85 II Cor. 5, 13-14.

y entre en aquel abismo del amor increado, dejando afuera la razón; y allí silencio, y aquí también, porque es tarde; y aun porque de este divino tacto diré más en el libro de los Cantares *, cuando Dios nos llegare al lugar que queda citado. Adiós, Deseoso.

DISCÍPULO.—El te acompañe y pague con bienes eternos tantos y tan provechosos trabajos. Amén.

---

* *Consideraciones sobre los Cantares.* Se trata del c. 5, 3; exposición que no publicó. Publicó sólo la exposición de los capítulos 1 y 2.

DIALOGO QUINTO

Del cuarto estado de perfección, llamado sobrenatural.—De muchas dudas en materia de contemplación desatadas.—Y de un ejercicio nobilísimo de amor unitivo.

I

DISCÍPULO.—Dios sea en tu alma, maestro mío.

MAESTRO.—Y en la tuya, Deseoso. ¿Cómo te has hallado con la plática que tuvimos este día?

DISCÍPULO.—Cierto, yo la oí con grande gusto, y muy consolado salió mi espíritu de ella; pero después que he doblado la consideración sobre algunas cosas, estoy como fuera de mí, conociendo verdaderamente mi desaprovechamiento, si ya no digo perdición. No sé cosa de provecho, ni soy nada, ni alcanzo nada, ni valgo nada.

MAESTRO.—Como de esa consideración no des en desconfianza o desesperación de aprovechar en la vida espiritual, y por eso lo dejes todo, no me pesa de verte así conocido; porque uno de los ejercicios más provechosos, y no de todos sin diferencia, sino de los que caminan a buen paso, es el de la aniquilación propia. Y porque vale mucho para subir al cuarto estado sobrenatural, antes de llegar a tratar de él, quiero que hablemos un poco de esta materia.

DISCÍPULO.—Oiré de muy buena gana.

MAESTRO.—Lo principal que de nuestra parte debemos hacer en estas jornadas del espíritu es aniquilarnos y conocer de nosotros que no somos nada, ni cuanto al cuerpo ni cuanto al alma; sin esto, no alcanzaremos cosa que sea perfecta, y lo que hubiéremos alcanzado, lo perderemos.

DISCÍPULO.—¿Cómo y a qué tiempo tengo de aniquilarme?

MAESTRO.—Puesto en el lugar de la oración, y deseando unirte a Dios, lo primero que has de mirar atentísimamente es que de cuantas maneras te considerares de alto a bajo, de dentro y de fuera, en lo corporal y en lo espiritual, nada tienes que tú hayas hecho. ¿Qué eras antes que nacieses?

DISCÍPULO.—Nada.

MAESTRO.—Pues fija ahí el pensamiento y mira bien ese principio; y mira luego si lo que ahora tienes, lo tienes por merced de Dios o porque tú quieres tenerlo. Esto te dirán muchos que habrás conocido ya muertos, y vueltos en nada, imposibilitados a volver a ser y tener lo que tenían por sus fuerzas o por otras que sean menos que las del Criador. Y si esto tiene verdad en lo corporal, ¿cuánto mejor en lo espiritual?

DISCÍPULO.—*No somos suficientes* (dijo el Apóstol) *a pensar algo bueno de nosotros como de nosotros, porque nuestra suficiencia es de Dios* [1].

MAESTRO.—Sacarás de ahí dos cosas: la primera, que de ti ninguna confianza debes tener, y de Dios, toda la posible. La segunda, que todo lo que de bueno tienes en el cuerpo y en el ama, es de Dios. Y dime luego, ¿sabes el fundamento de tu alma?

DISCÍPULO.—La nada, porque es creación verdadera y no se presupone para ella materia.

MAESTRO.—¿No ves qué honrado principio para desvanecerte y fiar mucho de ti? Persevera, pues, en esa nada sobre que se funda tu ser y luego mira bien (como lo considera San Gregorio) la dependencia que tienes de Dios, para sustentarte en él, porque en el mismo punto que alzase de ti la mano, te volverías a la nada de que te crió; y tras de esto, mira la insuficiencia o impotencia que dijo el Apóstol para todo lo bueno, aunque no sea sino un pensamiento santo. Y en este orden, considera que ni el querer en el bien es tuyo. *Ipsius enim est, et velle, et perficere* [2]. Pues si no es tuyo el buen pensamiento ni la buena voluntad, ¿cómo lo será el obrar? *Sin mí* (dice Cristo), *nada podéis hacer* [3]. Y el profeta Isaías [4], hablando con Dios, le dice: *Nuestras obras todas, vos las habéis obrado.*

DISCÍPULO.—Todo eso es nada.

MAESTRO.—Y en cuanto hacemos, caminamos a la nada, morir, pecar, destruir y corromper las obras de Dios; y si por su gracia nos movemos a hacer algo de bueno, sale de nuestras manos con tantas fealdades y tan asqueroso como paños menstruosos [5].

Esto así asentado, te digo que para unirte a Dios, que es obra sobre nuestras fuerzas, lo primero que has de hacer es desconfiar de ti.

DISCÍPULO.—¿Cuándo entenderé esa total desconfianza?

MAESTRO.—Cuando en lo interior, allá dentro en la men-

[1] II Cor. 3, 5.
[2] Philip. 2, 13.
[3] Ioan. 15, 5.
[4] Is. 26, 12.
[5] Is. 64, 6.

te, no hallares alguna manera de esfuerzo propio ni para esta obra ni para otra ninguna hecha o por hacer; y hasta que sin dificultad, sino con prontitud, te hallares en ti mismo aniquilado y deshecho, no ceses en este ejercicio de la aniquilación. ¡Oh, cómo conocerás luego lo que Dios ha puesto en ti, cómo lo estimarás y agradecerás! Suyo es el ser, suyo el vivir, suya el alma racional, suyo cuanto de bien hay en ti. Pero advierte que no es de todos esta aniquilación (como ya dije), sino de varones muy aprovechados, si ya no digo perfectos.

DISCÍPULO.—Al fin, nada es lo que somos, y nada lo que podemos, y a la nada caminamos, y en nada nos convertimos todos, si Dios alza de nosotros su poderosa mano.

MAESTRO.—Así es; pero oye ahora lo que decía *un grande contemplativo* *: que en el ejercicio de las cosas espirituales, aquel obra más que mejor sabe dejar de obrar.

DISCÍPULO.—¿Por qué decía eso?

---

* San Juan de la Cruz. La doctrina que recomienda fray Juan de los Angeles hállase en varios de los escritos sanjuanistas. Traigamos uno: «El estilo que han de tener en esta [noche] del sentido es que *no se den nada por el discurso y meditación,* pues ya, como he dicho, no es tiempo de eso, sino que *dejen estar el alma en sosiego y quietud,* aunque les parezca claro que no hacen y que pierden el tiempo.» [...] «Y aunque más escrúpulos le vengan de que pierde tiempo y que sería bueno hallar otra cosa, [...] Porque *si de suyo algo quiere obrar con las potencias interiores,* sería estorbar y perder los bienes que Dios, por medio de aquella paz y ocio del alma, está asentando e imprimiendo en ella» *(Noche obscura,* canción 1.ª, v. 2, c. 10, pp. 33-34, t. II; Toledo 1912).—Voy a decir algo que interesa: El P. Crisógono de Jesús Sacramntado, en su publicación *San Juan de la Cruz: su obra científica,* etc., c. 22, p. 471, dice: «Parece que ya en fray Juan de los Angeles aparecen obscuras influencias del Maestro. Sobre todo los diálogos de la *Conquista* tienen páginas que saben a la *Llama de amor viva* y expresiones que parecen tomadas de la *Subida del monte.* Con todo, no seré yo quien afirme una influencia cierta.» Y en la nota 2: «Fray Juan de los Angeles pudo leer las obras del santo, todavía manuscritas, como leyó las de Santa Teresa, pues publicó los *Diálogos* en 1595». En *La escuela mística carmelitana* (c. 3, pp. 72-74, Avila 1930) confirma decisivamente su parecer, diciendo: «Hoy podemos asegurar como cierto lo que entonces indicábamos como probable. *Fray Juan de los Angeles no cita nunca a San Juan de la Cruz,* pero lo copia literalmente, como a otros autores». En la misma página 72 consigna con lenguaje amable: «No alcanzamos a comprender cómo el autor de los *Triunfos* ha obscurecido la gloria del autor de la *Ley de amor* [del P. Osuna], a quien copia *descaradamente*». En la página 121, capítulo 6, de su *San Juan de la Cruz,* etc., también había dicho: «Fray Juan de los Angeles, *tan fácil en hurtar ajenas doctrinas* como dulce, sereno y regalado en el decir». En suma, todo un ramillete de improperios. Enfrentados, en nota larguísima, los dos textos, añade al final: «Fray Juan de los Angeles sigue copiando otra página de la *Llama* —la que trata del *cauterio*—, pero lo comparado basta». Este proceder incauto, comprometedor y poco serio ha venido motivando no sólo escándalo, sino una especie de *leyenda negra* en torno de

MAESTRO.—Porque en la contemplación, el esforzarse a sacar sentimiento de la cosa que contempla es impedir su obra, como sería, deseando ver alguna cosa, cerrar los ojos; y lo que se sigue al esfuerzo propio es dureza de corazón y obscuridad en el entendimiento.

DISCÍPULO.—Pues ¿cómo me llegaré a Dios y cómo gastaré mi tiempo en la oración?

MAESTRO.—Estándote quedo y sosegado en el propio conocimiento de tu nada; y luego abre los ojos del entendimiento a las cosas que la fe te enseña, la cual te enseñará cómo Dios es todopoderoso, Criador de todas las cosas y que está en todas ellas por esencia, presencia y potencia, y, por consiguiente, que está en ti y tú en él con más verdad que los peces en el mar y más aparejado para lanzarse en el alma que la luz del sol por la puerta o ven-

un nombre glorioso a quien el P. La Fuente, carmelita, llamó *venerable*, en quien se inspiró y de modo semejante copió. Pero lo notable es que contra el *no cita nunca a San Juan de la Cruz* del P. Crisógono, afirmación desmedida y no cierta, oponemos nosotros la contraria; que le cita varias veces y con elogio. Los tiempos andaban mal, tanto que las obras de San Juan de la Cruz no se imprimieron hasta 1618, y aun entonces, incompletas y mutiladas. Fray Juan de los Angeles, que tenía leídos los autores de más satisfacción que había podido hallar en *nuestra lengua*, impresionado vivamente por la grandeza moral del P. Fr. Juan de la Cruz y de la excelencia de sus escritos, inventa una forma de aprovecharse de sus doctrinas, de propagarlas y de señalarle con el dedo sin nombrarle. Así conseguía un triple fin: descubrir el primero tan rico tesoro, darlo a conocer y no comprometerse ni comprometer el buen nombre del futuro santo y Doctor de la Iglesia. Por esto precisamente, donde el P. Crisógono dice que no le cita, le cita en la manera que podía y era prudente. Ya vendrían tiempos mejores. Nada de tapujos: a las claras, para que se vea bien, pero sin comprometer ni alarmar. En el ladillo primero dice: «Antes que un alma se una con Dios, es purgada dél con fuego de divino amor». Y luego copia. En aquellos tiempos se desconocían las comillas para discernir lo copiado de lo propio. En este sistema, tanto podían ganar por carta de más como perder por carta de menos. El ladillo consecutivo dice: «Cauterio suave y llaga regalada es el amor divino». Es decir, continuación de lo antedicho. Y he aquí lo que no leyó el P. Crisógono, teniéndolo ante los ojos: «Dixo *muy bien un religioso espiritual y de alta contemplación* que este obrar del amado se avía de llamar *cauterio suave y llaga regalada*, que, aunque parece que implica contradicción, *cauterio* y *suave*, *llaga* y *regalada*, si bolvemos los ojos a lo que avemos dicho, hallaremos que se compadecen no sólo en un sugeto, sino en un mismo tiempo» *(Consideraciones sobre los Cantares*, c. 1, lect. 11, pp. 452-454; en la NBAE, t. XXIV, Madrid 1917, pp. 273-274). Pero no es esto sólo: las palabras que justifican esta nota son: «Decía un *gran contemplativo*». Más adelante, párrafo segundo, insiste: «Mostráis os (dice un *santo religioso*)» [...] Y luego, al fin del mismo párrafo: «De aquí vino a decir un *gran contemplativo*» [...] De modo que no solamente le cita, sino que, omitiendo su nombre y el título de sus obras, le señala de modo inequívoco, estimulando así el interés del lector. Exalta su personalidad espiritual, su doctrina y su arte de escri-

tana del aposento abierta, porque por pequeñísimos resquicios se entra. Y siendo esto así, como lo es, ¿no sería gran locura la mía si enviase mi especulación en busca de Dios lejos mucho, teniéndole tan cerca? Como lo sería, y más, irme a buscar la luz del sol a las Indias del Japón o de la China estando yo aquí en Madrid rodeado y bañado de ella; cansaríame mucho y no tendría más luz.

DISCÍPULO.—Parece que quieres decir que después de haberse el hombre conocido, y entendido su nada, y sosegado su espíritu, no tiene más que hacer que abrir los ojos a la divina luz.

MAESTRO.—Así lo digo, y llamo abrir los ojos intelectuales cuando con profunda consideración el entendimiento se ocupa en contemplar lo que recibe de Dios. Y pienso

---

bir. En esto viene a parar el *no citarle nunca* del P. Crisógono, que tanto daño ha hecho al nombre eximio de fray Juan de los Angeles. — Todavía nos queda algo que decir. Aunque, según el P. Crisogono, el P. Angeles *copia descaradamente* [absit], todavía quedábale algo propio, que otros varones le copiarían, o imitarían, o plagiarían, o hurtarían. El caso lo trae el P. Joaquín Sanchis en su obra *La escuela mística alemana y sus relaciones con nuestros místicos del siglo de oro*, página 210, Madrid 1946, y trátase nada menos que del varón extraordinario P. Fr. Miguel de la Fuente, en su libro de gran relieve que lleva por título *Libro de las tres vidas*. Carea dos textos para que se compruebe, a vista de ojos, que La Fuente sigue al P. Angeles, es decir, le copia. Pero hay más; cuando hemos querido cerciorarnos en la concordancia, nos ha sorprendido ver que la imitación se prolonga. He aquí los dos textos.

P. Angeles, *Conquista*, X, p. 147 en NBAE	P. La Fuente, *Libro de las tres vidas*, l. I, c. 5, pp. 38-39 (Madrid 1710)
«De manera que no parece ánima racional, sino como de otro animal cualquiera, que sólo sirve para crecer vivir.»	«*De manera* que hasta que llegue el uso de la razón, *no parece alma racional,* sino sensitiva, y *como de otro animal cualquiera, sólo sirve para vivir, sentir y moverse.*»

La conclusión sea que se ha de proceder con suma cautela, en especial cuando se trata de afirmaciones que resultan en desdoro de algún escritor de señalado prestigio. El P. Angeles acostumbra citar hasta con demasía, y en muchas ocasiones en que pudiera omitirlas sin ser notado, no las omite. Luego siempre que *copie* y *no cite*, hay que buscar alguna disculpa decorosa, que no faltan muchas. Era facilísimo extraviarse la cita y facilísima la omisión marginal de las citas, por desconocerse el uso de las comillas. A veces era gala imitar y copiar, como lo hace el originalísimo Cervantes en su dedicatoria del *Quijote* al duque de Béjar, en la que *imita* y *copia* la de Fernando de Herrera al marqués viejo de Ayamonte en las *Obras de Garcilaso*.—NOTA DE FR. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M.

que aquí, mejor que en otra parte, podemos alegar lo que dice el profeta santo: *Vacate, et videte quoniam ego sum Deus*[6]: *Vacad y ved que yo soy Dios*, que me comunico a las almas y les estoy siempre haciendo bien. Y aunque yo entiendo este vacar de algunos acometimientos y arremetidas de los poco experimentados, que se han de reprimir y sosegar, y del ánima encerrada en sí misma y desocupada y desembarazada de todo ruido y alboroto interior, también creo que lo debemos entender de las ocupaciones exteriores, y más en tiempo de oración; porque cualquiera obra, aunque no sea más de volver las hojas de un libro, nos arrebata y lleva tras de sí los ojos y la intención y la atención.

11

DISCÍPULO.—Bueno es esto para los que rezando el oficio divino se ocupan en mil cosillas y niñerías de poca o ninguna importancia. Las manos (como dicen), en la rueca, y los ojos, en la puerta.

MAESTRO.—Harto defecto es ése, y los que lo hacen saben muy bien cuántas veces repiten los Salmos con escrúpulo de haber estado divertidos. Digo que es cosa escrupulosísima, y muy indigna de gente religiosa y que trata de espíritu, estar rezando y hablando o divertidos en obras exteriores. Yo nunca tuve buen concepto de quien reza el divino oficio con esos destraimientos, apriesa y inconsideradamente, porque es argumento de que ni tiene presente a Dios, ni le estima, ni le teme, ni le ama, ni siente de su grandeza como debe. Lo que se compadece, y es bien que así se haga en las obras exteriores, es la memoria de Dios y de sus beneficios; que si se habitúa el alma a ocuparse en ellos, goza de tanta suavidad y dulcedumbre, que no se halla sin este ejercicio y aborrece mucho aquellas ocupaciones que del todo le roban la intención y atención a las obras de Dios.

DISCÍPULO.—Devoción me dé Dios, que todo irá hecho como conviene. Algunas veces se la pido con aquel verso del Salmo: *Sicut adipe, et pinguedine repleatur anima mea: et labiis exultationis laudabit os meum*[7].

MAESTRO.—Es muy regalado verso ése y muy a propósito para lo que pides.

DISCÍPULO.—La falta de la devoción cuando rezo en el

[6] Ps. 45, 11.

[7] Ps. 62, 6: *Como quien se alimenta de candeal y grosura, así quede henchida de ti mi alma, y con alegres labios te alabará mi boca.*

coro o estoy en la oración me desconsuela mucho. ¿Sabes algún remedio para alcanzarla o lo que se ha de hacer cuando carecemos de ella?

MAESTRO.—Algunas veces se siente tan grande dureza en el corazón, que ni se puede estar en la oración ni asomar al oratorio.

DISCÍPULO.—Yo confieso de mí que tengo miedo en ese tiempo de ponerme a orar, porque siento un apretamiento en mí mismo, y una desgana, y una aflicción tan enojosa, que me querría despedazar, si me fuese lícito; y en ninguna cosa espiritual hallo contento ni tengo gusto. Todo me cansa y me enfada y en todo topo y hallo ofensa.

MAESTRO.—Eso es lo que el enemigo pretende.

DISCÍPULO.—¿No tiene algún reparo?

MAESTRO.—De dos principios tiene el suyo esta dureza o indevoción. El primero, de falta de conocimiento de Dios y propio y presunción vana, metida y escondida y de secreto en lo más íntimo del alma.

DISCÍPULO.—Pocos la conocen.

MAESTRO.—Conoceràla el que debidamente se ejercitare en la propia aniquilación, el que desconfiare de sí y pusiere su confianza toda en solo Dios. No presumas llegarte de un golpe, no estando aún muy limpio, a la divina presencia, adonde está toda la pureza y limpieza; ni estribes en tu estudio para buscar y trascender las cosas que sobrepujan nuestra natural inquisición, que te perderás sin duda. El remedio será que, siempre que te hubieres de recoger y poner en oración, examines diligentemente los sentimientos de tu corazón, y si hallares alguna confianza, por poquita que sea, de que por tu industria podrás alcanzar gusto en las cosas divinas, ten por cierto que allá en lo interior de tu alma tiene Satanás puesto el veneno a tu oración y que están atapados los caños por donde se te ha de comunicar la suavidad de Dios. ¡Oh, cuánto teme el enemigo estas visitaciones del Señor! Sabe él muy bien que de una sola queda tan recia y tan fuerte el ánima, que le pierde a él el miedo. Digo que el remedio verdadero es la desconfianza propia y la confianza en Dios. Aquí ahonda y en esta mina cava, que no será tu trabajo en vano.

DISCÍPULO.—Si el corazón se me va de la oración, ¿qué haré?

MAESTRO.—No te turbes, pero sin hacer fuerza al corazón, vuelve suavemente tu entendimiento a aquello en que habías comenzado a ocuparte, y con humildad y rostro alegre pide a nuestro Señor te restituya a ti mismo y recoja las vagueaciones de tu alma, para que te allegues sin el miedo de las criaturas a él.

DISCÍPULO.—Algunas veces me acontece, especialmente en fiestas principales, que deseando y procurando estar más devoto, estoy más duro, más seco y más indevoto.

MAESTRO.—Todo nace de un principio , y tiene un remedio. Esa dureza deshace la humildad, y el conocimiento propio y la desconfianza de sí mismo, y el saber certísima y indubitablemente que nada tenemos ni podemos tener que no sea dado de la mano liberalísima de Dios. Procurar entrar a la presencia de Dios y alcanzar la devoción a fuerza de brazos, digo, con esfuerzo propio, es como si uno encerrado en un altísimo castillo, teniendo lo puerta abierta, quisiese salir por las paredes: forcejaría y cansarse hía en balde.

Con esto queda respondido a tu duda y no más de esta materia, que ya es razón que lleguemos a tratar del cuarto estado o ejercicio sobrenatural. Alúmbrenos Dios, que de nuestra cabeza nada diremos. Recurriré a los santos, que para elegir lo mejor y más inteligible y provechoso, el Señor se dignará de darnos caudal, así se digne de darnos la experiencia. Para todo lo que en este estado se ha de obrar, la llave tiene Dios; él abre y él cierra como y cuando le parece. Aquí es adonde sin medios propios está dispuesta el alma para recibir los dones y mercedes del altísimo Señor. Es estado de recebir y no de investigar ni discurrir. En este estado, después de haber pasado por los ejercicios que habemos representado, el ánima recibe de Dios una luz clara en los ojos intelectuales, cuando él tiene por bien dársela, en la cual ve claramente las cosas que por vía natural es imposible saber ni alcanzar. Es un enseñamiento que, junto con la claridad, trae una reformación del hombre interior, con un sabor que atrae y endereza el alma para amar, seguir y perseverar en todo bien y huir todo mal, por pequeño que le considere.

DISCÍPULO.—¿Qué lumbre es ésa, que así alumbra el alma y le da conocimiento tan alto y tan cierto?

MAESTRO.—Harto dijimos cuando tratamos del toque divino; pero ahora digo que no es esta material luz que con los ojos corporales vemos, pero es muy semejante a ella, según que se escribe en Abacuch: *Splendor eius, ut lux erit*[8]. Porque de la manera que con esta luz del sol vemos las cosas con distinción, así en aquélla se ven claramente las cosas interiores que la divina bondad quiere que veamos. ¡Oh divina y soberana luz! Así engrandece al hombre y le enriquece de verdaderas riquezas, que le saca y levanta sobre todo cuanto acá se puede ver, oír o percebir con estos sentidos. Esta luz se representa al alma en

[8] Hab. 3, 4.

dos maneras: la una, levantando el entendimiento a las cosas dichas, en tanto que trascender cielos y elementos y todo lo visible no lo estima en mucho; porque así se señorea de todo como de la silla el que está asentado en ella. Y en esto no hay límite, porque se extiende según la largueza divina se sirve.

Pero de la segunda, ¿quién dirá? En ella se muestra la Majestad divina, digámoslo así, de hito en hito y como cuando tú te pones a mirar la persona que mucho amas, y de espacio y fijos con afición los ojos la consideras, cuando de allí te apartas, llevas en la imaginación aquella imagen tan fija como si tuvieras presente la persona; y el gozo que de esta impresión sientes es tanto, que no querrías que se ofreciese cosa que te la pudiese estorbar o borrar: así le sucede al alma de este mirar de Dios. Baja y corta es la comparación, pero la mejor para el propósito. Mostráis os (dice *un santo religioso)* * Bien soberano, cercado de bienes infinitos, y lo primero miráis sin partir los ojos de la cara del ánima, que por largo tiempo ha sido fatigada por vuestro amor, y a este mirar así continuado añadís unos rayos de virtud atractiva, en parte consolatorios y en parte pungentes, y que llagan el alma así cuidadosa de amaros, imprimiendo en ella un sello de vuestra amistad; de manera que ya no hay para ella cosa amarga ni aborrecible sino la que se interpone a tan fructuosos, ricos, suaves y confortativos abrazos. ¡Oh cara deleitosa! ¡Oh presencia suavísima! ¡Oh si te me dieses! ¡Oh si te me manifestases de una vez para nunca más esconderte ni ausentarte! ¡Oh vida mía, amor, suavidad y deseo mío! Quédese tu presencia con el sello que has impreso en mi corazón. Ten compasión de tan largas fatigas como padece quien así ardientemente te ama. Llagado me tiene tu amor, tu virtud siento y no veo sino a tiempos tu presencia, y lo que no puedo llevar es que algunas veces te tardas mucho en venir y permites con tu ausencia que el ánima que a ti solo ama y con todas sus fuerzas busca tus suaves abrazos caiga en cosas que la hacen temer, si por ventura te ofende. *Ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis: vox enim tua dulcis, et facies tua decora nimis* [9].

DISCÍPULO.—Devotísimo sentimiento por cierto. Pero dime, puesta el alma en este nobilísimo estado, ¿cómo se ha de haber?

MAESTRO.—Procure saber no obrar, porque aquellos

* Quizás se refiere a San Juan de la Cruz, antes citado con las palabras *un gran contemplativo.* Desde luego le imita o le sigue.

[9] Cant. 2, 14: *Muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, porque es tu voz dulce y tu cara hermosa a maravilla.*

ríos y avenidas que salen del grande océano y piélago de la bondad divina, muy pequeña presunción y confianza de sí mismo los corta y hace volver a su principio; porque el alma visitada así suavemente, llevada casi ciega con la fuerza del amor, se esfuerza a hacer actos de sí misma cómo pueda detener más y acrecentar la visitación divina. De donde se sigue que, levantándose, como la esposa, a ver quién viene, esto es, esforzándose a hacer actos de su parte, no parece el esposo, porque *declinó y se pasó de largo*[10]. hállase seca y llena *de amargura y necesitada de nuevas diligencias*. En estas visitaciones del Señor, lo que conviene es que el ánima se esté quieta y sosegada, si pudiere, a la manera de quien oye y escucha, no de quien pregunta o arguye. Y ésta es admirable disposición para que ponga Dios en el alma así mortificada todo lo que por bien tuviere, según su largueza y profunda misericordia. De aquí vino a decir *un gran contemplativo* que nuestro estudio no ha de ser de comprender las cosas que consideramos, sino de recibir lo que nos dieren en estas consideraciones y contemplaciones.

III

DISCÍPULO.—Esto que llamas luz, ¿es lo mismo que visión sobrenatural?

MAESTRO.—Aquélla, digo, visión sobrenatural, en que se nos descubre alguna cosa en manera extraña de como nuestro entendimiento por sí puede o suele alcanzar; y en este sentido una misma cosa son luz y visión.

DISCÍPULO.—¿Y ninguna cosa ha de hacer el entendimiento?

MAESTRO.—Hasta hallar quietud en la voluntad, en el principio y al entrar en la oración, bien puede inquirir; pero quiétese luego en ella y espere lo que le viniere de la mano del Criador con reverencia profunda. Y advierte aquí que cuando nosotros obramos, si alcanzamos alguna cosa, siempre es con algún trabajo; mas cuando la voluntad divina nos visita, no sólo no es con trabajo, sino de manera que, si alguno tenemos, nos le quita, y abriendo los ojos intelectuales, por un modo ocultísimo, representa lo que a él le place. Y de esto poco; quédese a los experimentados; ellos lo sienten y entienden y no lo saben ni pueden declarar cómo es. Ellos dicen que, después de esto, ninguna fatiga ni cansancio queda en las fuerzas cor-

---

[10] Cant. 5, 6.

porales, mas queda una riqueza en el ánima con posesión segura, como si uno fuese muy pobre y súbitamente fuese hecho rico; o como, si estando encerrado en una grande obscuridad, abriendo la puerta en un punto, se hallase rodeado y lleno de luz, y esto sin algún cuidado, diligencia o ejercicio suyo. Dase sin esperarse y sin procurarse.

En estos sentimientos grandes suele haber algunos peligros. Harto dije en el tercero diálogo, cuando tratamos de las revelaciones falsas y verdaderas; y aquí te quiero avisar dos o tres cosas, para que no yerres. La primera, que cualquiera sentimiento que acabado dejare en el alma inclinaciones al bien, se ha de tener por bueno. La segunda es que, viniendo mezclado con cosas corpóreas o si estriba sobre lo corpóreo, como es una súbita y vehemente inflamación del corazón y pecho, se ha de tener por sospechoso; aunque, habiendo precedido larga oración y consideración de los divinos beneficios, no es de temer tanto, puesto que algunas veces con su impetuoso movimiento corten el hilo a las visitaciones divinas.

Y, a la verdad, todos los sentimientos que alteran y estremecen el cuerpo se deben reprimir, porque, aspirando el ánima a la unión espiritualísima de su Dios, nada de esto ha de admitir. Algunos varones espirituales, cuando sienten el pecho alterado y que no cabe en sí y que están para reventar, suelen para disimular, cuando se hallan en compañía, toser fuertemente o hacer alguna manera de ruido, lo cual a solas, y cuando el alma las ha con su Dios en lo secreto de la noche y en lugares remotos, no es vituperable, por ser muy ordinario en los santos que vacan a estos ejercicios de oración y contemplación. Gran cosa la serenidad cuando el alma se puede conservar en ella; si fuese posible, habíamos de excusar el abrir y cerrar los ojos, porque suele hacer daño y provecho pocas veces.

DISCÍPULO.—Gran cosa debe de ser este sosiego y recogimiento interior.

MAESTRO.—A lo primero, se sigue lo segundo. El recogimiento hállale el alma hablando a Dios, y no antes ni de otra manera.

DISCÍPULO.—¿Cómo le ha de buscar para hallarle?

MAESTRO.—Quitando primero y de antemano los impedimentos de las ocupaciones seculares y exteriores, que son sus estorbos conocidos. Lo segundo, rastreándole por sus beneficios y en su ser. ¡Oh cuánta disposición ha menester el alma para que Dios se le comunique! Conoce tu gran pobreza, y mira que no tienes cosa tuya sobre que estribar, ni estribes sino sólo en Dios; que lo más fuerte,

sin él es báculo de cañaheja [11]. Mira la potencia del Criador, y reverénciale, y puesto en todo sosiego y quietud, espera sin algún movimiento interior ni exterior su venida; que las más veces proceden esos movimientos y esfuerzos de presunción, de falta de humildad y conocimiento propio y de Dios. Calla y no pestañees, como calla un idiota delante de un gran letrado, conociendo su no saber. ¿Y qué sabes tú? ¿Y qué puedes? Nada; pues en el conocimiento de esa nada, calla y no te menees, con reverencia y estima de la grandeza de Dios. Y mira luego que el ser que tienes, le tienes de Dios, y ahí te le está dando y conservando. Al fin, has de conocer que todo don bueno y perfecto baja a ti de Dios graciosamente, y no por tus merecimientos, trabajos o industrias [12].

DISCÍPULO.—Parece que quieres decir que la ocupación para hallar a Dios ha de ser el mismo Dios.

MAESTRO.—Así lo digo, y para que lo entiendas bien, nota: que Dios vive en sí, y por sí, y de sí, porque en sí solo tiene su gloria entera, sin tener necesidad de mendigar o buscar fuera de sí alguna cosa; ni depende de nadie, ni es sino por sí mismo. Nuestra ánima vive de Dios, en Dios y por Dios. *En él vivimos*, dijo San Pablo, *en él nos movemos y en él somos* [13]. Brava cosa, pero dulce para considerarse y regalarse el ánima en ella, que ni pueda vivir ni ser ni moverse sino en Dios. Esto me humilla, pero deléitame, y regálame, y ensánchame el corazón, y mueve mis afectos todos en Dios, y levanta mis deseos de toda criatura; ver que todo lo que tengo es de Dios: mi ser, mi vivir y mis movimientos; especialmente cuando en este sosiego y recogimiento se comunica a mi alma; él vive en sí, y de sí, y por sí, y el alma vive de él, en él y por él. Vive en él y de él, porque así como comiendo el pan material nuestro cuerpo vive no de sí, sino mediante la virtud del pan escondida, así nuestra ánima, mediante sus potencias, comiendo de Dios, esto es, entendiéndole y amándole, vive no de sí, sino del mismo Dios.

Y si conforme al manjar de que somos mantenidos es la vida, ¿qué vida será la del ánima que se mantiene de Dios? Será divina, y sus movimientos y acciones, más del cielo que de la tierra. Vive en Dios, alma mía, pues la vida que tienes, la tienes de Dios; y vive de Dios, pues se te da en manjar, y te convida consigo, y te manda que le comas y le bebas. *Comed el bien*, dice Isaías, *y deleitarse ha en la gordura vuestra ánima* [14]: *y quedará con mayor*

[11] IV Reg. 18, 21; Is. 36, 6.
[12] Iac. 1, 17.
[13] Act. 17, 28.
[14] Is. 55, 2.

hambre (como lo dijo el Eclesiástico), *y con mayor sed* [15]; y con otra nueva vida, como lo afirma Cristo, Señor nuestro, en su Evangelio: *Qui manducat me, vivit propter me* [16]. Tendrá la vida que yo tengo por Hijo natural de mi Padre; no natural, sino por gracia y amor transformante, la cual yo le comunicaré comiéndome sacramentado. Aquellas palabras que él mismo dijo como amenazando a los judíos: *Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis eius sanguinem, non habebitis vitam in vobis* [17], gloso yo así: —Tendréis vida, y no tendréis vida; tendréis la vuestra, mas no tendréis la mía. Pero si comiéredes mi carne y bebiéredes mi sangre, no tendréis vuestra vida, y tendréis la mía. Come de Dios, y vivirás vida de Dios; medita en Dios, rumia y atentísimamente considera sus perfecciones, que te descubrirán las criaturas, y vivirás según la voluntad y gusto de Dios; que eso es comer de Dios, y vivir de Dios, y en Dios, y para gloria de Dios: *Propter Patrem*. Sale de sí el alma con esta comida y bebida (como dice la Esposa) [18]: *Comed, amigos, y bebed, amicísimos, hasta la embriaguez,* hasta salir de vosotros, hasta que dejéis de ser lo que sois, y viváis de Dios, y en Dios, y para Dios.

DISCÍPULO.—Dulcísimo discurso; quiera Dios que le entienda mi ánima y goce de tanto bien como en él hay encerrado. Pero, maestro mío, el que de esta manera vive, más está en Dios que en sí mismo.

MAESTRO.—Claro está eso y ninguna duda tengo yo de ello.

IV

Mas dime, Deseoso: ¿Sabes tú como andarás y vivirás siempre en Dios?

DISCÍPULO.—Algo sabría decir de lo que me has enseñado; pero de tu boca lo deseo oír, que lo dirás con mayor satisfacción y más a provecho de mi alma.

MAESTRO.—El que quiere siempre andar en Dios, ha de andar siempre en sí mismo, hecho guarda de su corazón, de manera que ni una cosa mínima entre en él; porque, como el que guarda una fortaleza, si da lugar a que un soldadillo despreciado, pero enemigo, no haciendo de él caso, entre en ella, abre la puerta a los demás y es visto entregarla; así en el caso presente; así es, digo; así es.

---

15 Eccli. 24, 29.
16 Ioan. 6, 58.
17 Ioan. 6, 54.
18 Cant. 5, 1.

Gran vergüenza; no digo bien, sino desvergüenza, irreverencia y desacato, deseando la presencia de Dios, dejar que el corazón se llene y embarace en otras cosas. Entrate dentro de ti y guarda ese alcázar de tu corazón, para que ningún pensamiento terreno entre en él y tome asiento. Detén el entendimiento dentro de ti, que harto tiene en qué ocuparse, sin andar ocupado en cosas menores que él y dañosas para el ánima toda. Entienda ahí, recogido, cómo le da Dios la vida y a todas las cosas que la tienen y todo lo que tienen. Y esto debe hacer no con violencia y haciendo fuerza con el pecho, cabeza y corazón, como el que medita alguna cosa, que se esfuerza a pensar en aquello que ha escogido, sino como quien chupa, atraer a sí todas las cosas, estándose él quedo. Que lo natural del entendimiento es atraer a sí, sin salir de su casa, todo lo que ha de entender; diferente mucho de la voluntad, que no para buscando lo que ama. Piensa el fruto de cada cosa; especialmente procura conocer los inmensos, y nunca suficientemente entendidos, de la encarnación, vida y muerte de Cristo. ¡Oh qué alta y provechosa materia para ser entendida y rumiada y considerada toda la vida!

Concluyo este razonamiento con asegurarte una verdad: que para detener a Dios en tu corazón y tenerle atado y junto contigo, ningún medio es más poderoso que los pensamientos de su pasión y muerte ignominiosísima. Lo cual han colegido los doctores de aquel lugar de los Cantares que donde el intérprete latino dice: *Comae capitis tui, sicut purpura regis, tincta canalibus* [19], leen algunos hebreos: *Rex ligatus in canalibus:* El rey atado en las canales, o enredado en los cabellos, teñidos en sangre. ¡Oh pensamientos purpúreos, colorados digo, teñidos en las canales, llagas preciosísimas hechas en el cuerpo del Rey eterno, por donde como por canales se iba desangrando, cuán poderosamente atáis a Dios y le tenéis en el alma que los tiene! ¿Tiénesle? Habla con él mental o vocalmente como si le vieses con los ojos corporales. Verdad es lo que digo, y no imaginación, ni fantasía, ni fingimiento.

DISCÍPULO.—¿Qué le tengo de decir?

MAESTRO.—Tus necesidades, tus menguas, tus pobrezas; y habla como con tu madre verdadera, sin señoríos ni encogimientos, sino como el niño que confiadamente pide a su madre lo que ha menester. Pide con modestia, pero confiadamente; y nunca consideres a Dios triste, ni mudado, ni colérico, ni enojado, ni con otras pasiones humanas; mas en todas las cosas le contempla una eternidad,

[19] Cant. 7, 5.

infinito y inconmutable, inmenso, etc.; y puesto delante de él, como la criada delante de su señora, de la cual espera el comer, el vestir y lo necesario todo, di con el profeta: *Sicut oculi ancillae in manibus dominae suae, ita oculi nostri ad Dominum Deum nostrum, donec misereatur nostri* [20]. Y basta esto para que sepas cómo puedes y debes andar en Dios, del cual tan necesitado vives, que no de otro que de él has de esperar todo tu bien y el remedio de tus necesidades y pobrezas todas.

DISCÍPULO.—Muchas dudas quisiera tener para esperar tales respuestas, y no me faltaran si no temiera serte molesto y cansarte más de lo justo.

MAESTRO.—Yo pienso que está dicho lo más necesario a la contemplación y vida de perfección; porque no es mi intento escribir en libro tan pequeño de vicios y virtudes, ni dar materia de meditación, ni de otras cosas que dejo tratadas en los *Triunfos, Lucha, Conquista y Presencia de Dios,* a que remito los lectores, *con esperanza de que saldrá todo junto* cuando su Majestad se sirviere de dar caudal para ello.

DISCÍPULO.—¿Cómo me habré yo en mi convento de suerte que edifique y aproveche en estos ejercicios?

MAESTRO. — Obedeciendo perfectamente al prelado y continuando sin cesar en la oración mental. En todas las cosas que quisiéres pensar, hallarás que puede haber extremos que se deben huir; pero en materia de obedecer y orar mentalmente no los hay. La razón, porque obedeciendo al prelado obedezco a Dios, y orando mentalmente contemplo a Dios en sí, o le busco en sus criaturas para reverenciarle y amarle y unirme a él, adonde no puede haber exceso ni cumplir suficientemente con el deseo y obligación [21]. ¡Qué descuidado de sí vive el verdadero obediente! Como aquel que sabe que el Señor, por quien él se sujetó al hombre, cuida de gobernar al hombre para que le gobierne a él y le ocupe en aquellas cosas en que más ha de aprovechar y agradar a su prelado principal, que es el mismo Dios.

DISCÍPULO.—De esa manera, no me convendrá significar en qué serviré de mejor gana y a qué ocupaciones me inclino.

MAESTRO.—Por ningún caso, porque todo lo que se te mandare, sea según la inspiración que en el corazón del prelado Dios pusiere; esto es propiamente obedecer a Dios;

---

[20] Ps. 122, 2.

[21] *Quantum potes tantum aude: quia maior omni laude, nec laudare sufficis:* Cuanto puedas, engrandécele, porque es mayor que toda alabanza, y nunca le loarás suficientemente.

y aprovecharte ha mucho, para que sea del gusto de Dios lo que se te ordenare, pedir continuamente que en ti se haga y cumpla perfectamente su santísima voluntad; y si el que manda y ordena, ordenare y mandare algunas veces cosas que al parecer no son acertadas, como no sean conocidas culpas, tú acertarás siempre en obedecer. Dije lo segundo que era necesario el ejercicio mental, y digo que sin él no vivirá jamás contento ningún religioso ni tendrá en su alma consolaciones que merezcan el nombre de verdaderas. Nuestra perdición está en vaguear y discurrir por las cosas que nos apartan de Dios; y nuestro remedio y el ganarnos consiste en ocuparnos en ejercicios que vuelven nuestra ánima a su presencia. Come de Dios, como te dije, que ésa es tu vida, y en acabando con las obras de la obediencia, como un rayo te has de volver a la oración mental, y perseverar en ella hasta que la misma obediencia o la necesidad corporal te saquen de tu celda, coro o rinconcillo.

V

Discípulo.—Quisiérate preguntar (súfreme por el Señor): ¿Cómo me tengo de haber en el amor de mis prójimos y hermanos?

Maestro.—Si sabes amar con perfección a Dios, bien sabrás por él, y en él, y para él amar al prójimo. Porque la caridad, una sola virtud teological es, con dos respetos, y del uno y otro amor, un Dios es la razón y la causa. De las consideraciones que has de hacer para amar al prójimo, trata el diálogo nono de la *Conquista;* y del orden, la primera parte de las *Consideraciones de los Cantares;* y de ambas cosas hay pocos libros escritos. Si fueres espiritual, la unción divina te enseñará; y si tienes por tu maestro al amor, no puedes ignorar lo que debes hacer en esta parte. Con todo, diré aquí lo que pocos días ha leí en un tratadico que todo él había de andar estampado con letras de oro. Ordenóle una sierva de Dios de lo que ella hacía, de manera que cuanto en él escribe, lo escribe por haberlo así experimentado. «He procurado, dice ella, tratando con mis prójimos, ser muy circunspecta y avisada, para no incurrir en algún pecado ni darles ocasión y materia de escándalo, antes merecer conversando con ellos y darles motivos para obrar bien. Lo primero que procuro es no tener amistad estrecha y singular con alguna persona de este mundo, sea quien fuere, que el amor ha de ser general con todos, porque lo particular da ocasiones para muchas culpas: gástase el tiempo desaprovechadamente; distráese y enrédase el

alma ; nunca faltan palabras ociosas y a veces murmuraciones. Yo soy muy enemiga de hallarme a donde se habla mucho, porque, como lo dijo el Sabio, *nunca falta pecado* [22].

»Poco con todos (y esto es lo segundo), especialmente con personas que se huelgan y son tentadas de parlar sin fruto y de saber los dichos y hechos ajenos y son fáciles en murmurar. Despídome de las tales cuanto más presto puedo, con ocasión de que tengo alguna ocupación que me obliga a ser corta en mis razones. Si me visitan personas de fuera, procuro guardarme de demandarles nuevas del siglo ; y si al fin me cuentan algunos sucesos, no los cuento a los de casa, salvo si no fuesen de grande edificación. Que el religioso que se saborea en las cosas que los seglares le contaron y las refiere y hace plato de ellas tomando gusto en esto, no tiene espíritu de oración ni sabe qué cosa es tratar fielmente con Dios ; el corazón tiene en el siglo, aunque esté más encerrado en su convento ; mudó el hábito, mas no el afecto.

»Cuando yo hablo procuro modestia en el rostro, y en ninguna manera quiero mirar de hito en hito a nadie, y mucho menos a hombres graves y de grande autoridad ; y si fuese posible despachar en una palabra, no querría en dos, excusando ceremonias y cumplimientos, considerando que el Señor del cielo me llama para hablar a solas conmigo.

»Querría lo tercero sufrir muy de corazón toda injuria que me fuese hecha (no dando yo ocasión para ello), así en la honra como en el cuerpo y hacienda ; pues, según verdad, estas cosas, por el voto de la obediencia, pobreza y castidad, no son mías. Y ¿quién puede decir que es suyo algo de esto, pues a la hora de la muerte ha de ser despojado de todo ? La mortificación en estas tres cosas quita el desordenado amor que tenemos a nosotros mismos, a nuestra carne y a las cosas de que usamos, que es el todo de la vida espiritual y de donde nace el odio santo, tan celebrado de los santos.

»Querría lo cuarto sentir y mostrar alegría del bien de mis prójimos, con palabras y con semblante, y con obras si fuesen menester, y dolor de sus trabajos, así del alma como del cuerpo, así de honra como de hacienda menoscabada y perdida. Y cuanto con mayor sentimiento esto se hiciese, tanto más cierto indicio sería de perfecta caridad. Deseo lo quinto ser en mi trato y conversación muy afable, mansa y dulce con todos, guardándome mucho de ser austera o de reprehender a otros con aspereza exterior de palabras o gestos y de mostrar tristeza o melancolía, de

[22] Prov. 10, 19.

manera que por ello viniese a ser aborrecida y a que todos huyesen de mí. Y es cierto que muchos, a título de espiritualidad, son intratables, encapotándose y retirándose y huyendo de sus hermanos, siendo mandamiento del Señor que los amemos como a nosotros mismos. Mayor perfección es ser una persona espiritual afable, sin derramarse ni divertirse por ello, que estarse, a solas con su sentimiento, encogida y triste. El amonestar o reprehender a otros con imperio, conozco que toca y pertenece a los superiores, y siéndolo yo, querría hacerlo con la mayor suavidad que me fuese posible, porque la persona reprehendida echase de ver que el celo de su bien me movía a reprehenderla y la obligación del oficio».

DISCÍPULO.—¿Y el acusarse unos a otros al prelado?

MAESTRO.—Materia conocida de disensiones, quejas, enfados y desamor. «Lo sexto, digo que querría reverenciar y honrar a todos como a mis mayores, no mirando si son o no personas dignas de la tal honra, porque lo que a mí me importa es conocerme por la más miserable, vil y abatida del mundo; y al fin, con esta consideración no podría errar cuando a todos los honrase y respetase y los estimase más que a mí y los obedeciese en todas las cosas lícitas y honestas como a mis mayores. Querría lo séptimo ayudar a mis prójimos en todas aquellas cosas que fuesen posibles, hasta derramar mi sangre por ellos, a ejemplo de mi Señor, que dió su vida por sus enemigos. Y si yo tuviese este deseo, no me sería pesado cualquiera trabajo, molestia, cansancio y oficio por mis hermanos, ni la cura de los enfermos, aunque fuesen leprosos». Hasta aquí en substancia esta santa religiosa [23].

Y aunque yo pudiera decirte cosas más curiosas y con grandes fundamentos de la divina Escritura y doctores de la Iglesia, no lo quiero hacer, porque lo dicho con santa simplicidad y verdad, basta rumiado y puesto en ejecución.

DISCÍPULO.—Una sola pregunta te quiero hacer, y habiéndome respondido a ella, podrás asentar el ejercicio de cada día, que me tienes prometido y encarecido lo posible.

MAESTRO.—Cuando lo veas puesto en plática, conocerás que he andado corto en alabarle. Pero di lo que quisieres ahora.

VI

DISCÍPULO.—¿Qué tiempo será menester para aprovechar espiritualmente en estos ejercicios que habemos platicado?

[23] Todavía no se ha identificado quién sea.

MAESTRO.—Podríate responder con las palabras del ángel a Elías: *Levántate y come, que la jornada es larga* [24]. Algunos hay que, sintiendo un fervorcillo en sus corazones y una poca de luz en sus entendimientos, se esfuerzan a pasar adelante olvidados de su poco poder y de su nada; y por la irreverencia y descortesía vuelven atrás muchos. Lo que debemos hacer es pedir a Dios la gracia y seguir con la obra lo que nos fuere mostrado. Del santo rey David cuenta la Escritura que, siendo ungido en rey, y sabiendo que era muerto Saúl, no se entremetió luego en el reino, sino que se fué a la oración y pidió a Dios licencia para ello [25]. Y estaba tan resignado en su voluntad, que le preguntó si subiría a algunas de las ciudades de Judá. Y diciéndole que subiese, quiso saber en particular a cuál de ellas, y el Señor le respondió que a Hebrón. Considera aquí la humildad de este gran rey, que, siendo suyo el reino por orden y voluntad de Dios, no quiere tomar la posesión sin consultarlo primero, ni quiere ir a una ni a otra ciudad, sino a la que se señalare. Bien se ve aquí que lo que Dios quería, quería David; pero hace David la salva a Dios, porque reconoce que, sin merecerlo él, le mandó ungir en rey; y es hacienda suya aquélla, y que no es justo entrar en ella sin licencia y beneplácito de su dueño. Digo que antes que te pongas a orar mentalmente (para lo cual eres llamado de Dios) le has de suplicar te conceda y dé a sentir lo que a su Majestad es más agradable; porque si quiere lo que nosotros queremos, quiere que se entienda que lo queremos porque él lo quiere; y quiere juntamente que le supliquemos que nos diga lo que quiere, para que lo queramos como él lo quiere.

No hablemos aquí de los enemigos de la oración mental, porque Dios les dice que sean confundidos y avergonzados porque aborrecen a Sión, que es el ejercicio de la contemplación, y harta confusión tienen consigo y harta vergüenza padecen dentro de sí. Ni hablo de los tibios, que, si tratan de este ejercicio, es con tanta flojedad, que muy pequeños estorbos los hacen volver atrás; y su enfermedad (como ya vimos) es casi irremediable. Hablemos de los obreros fieles, que comienzan y prosiguen con fervor, y con espíritu, y con deseo de llegar al puerto de salud. En éstos son tantos los quebrantamientos, las perturbaciones y los caimientos, que antes de comenzar han enflaquecido las potencias de sus ánimas, que les es necesario volver en sí muy poco a poco, como el enfermo que se levanta de una

---

[24] III Reg. 19, 7.
[25] II Reg. 2, 1-2.

grave enfermedad. Y de nuestra rudeza, ¿qué se puede presumir?

Para deprender un oficio mecánico es menester tiempo y maestro perito y se han de sufrir trabajos y mohinas y castigos, y al cabo no sale con ello muchas veces. Pues si en lo corporal pasa esto, ¿qué será en lo espiritual? Por eso hay tanta falta de maestros, porque apenas se halla un perfecto discípulo. Digo, hijo Deseoso, que el que se determinare de tomar este ejercicio de la oración mental, se ha de determinar a sufrir muchos trabajos, cansancios, tedios, desconsuelos, escuridades, ausencias y tentaciones de los demonios, y a la perseverancia de muchos días, meses y años, y aun de toda la vida, porque es obra esta de tanta dificultad, que, si no es usando Dios de milagro, no se puede perfeccionar en poco tiempo; porque como nuestra ánima por largo espacio se ha ido alejando de Dios y apartándose de su primero principio, necesario es tiempo largo y paciencia reposada para volverse a él. El que, por haber andado años al sol, se puso negro, no se pondrá blanco repentinamente; años ha menester, y Dios y ayuda para volver a cobrar su color. El agua que con las avenidas, olas y tempestades se enturbió, no súbitamente se aclara, sino dejándola por mucho tiempo reposar y quietarse: y turbia, aunque os miréis en ella, no os conoceréis, ni veréis con distinción vuestra figura, sino un bulto lleno de confusión; pero ella clara y quieta, todas las facciones de vuestro rostro veréis y parte por parte os conoceréis hasta las pequeñas faltas y menudos defectos. Lo mismo pasa en nuestra ánima, que cuanto más va creciendo en el recogimiento y quietud, tanto más claramente conoce la verdad, conoce sus faltas por menudo, corrígelas y estudia en la limpieza interior, hasta llegar a la perfección. Al fin, si has de recebir y retener en tu alma los dones de Dios, es menester que la purgues y eches lejos mucho de ella los vicios y sus secuelas y que se quiete lo bullicioso y se serene lo inquieto.

Muy a propósito de esto es lo que se cuenta en el libro de Ester [26], conviene a saber, que las damas que habían de entrar a la comunicación y amoroso trato del rey Asuero, primero se habían de curar los rostros doce meses; en los seis primeros usaban de unturas y aceites de arrayán, y en los otros seis, de cosas aromáticas y de lindo olor. La declaración o inteligencia de esto dejo para tu discurso; y solamente digo y pondero que si para comunicar con aquel rey terreno eran menester tantas preparaciones y el cuidado y diligencia de las damas sería tanto que,

[26] Esth. 2, 12.

en razón de aventajarse unas a otras en hermosura, no se descuidarían un punto ni perderían ocasión ni tiempo, que para llegarse y unirse nuestra ánima con Cristo, Esposo y Rey eterno, no será necesario menor cuidado, menores diligencias, menores preparaciones inferiores, unciones, y aromáticos de menos fragancia y olor. ¡Ay, alma devota!, mira que esos toques que interiormente sientes, voces son de Dios, que te llama a su conversación amorosa; desposarse quiere contigo y enriquecerte con sus divinos dones. Mira por todas partes, no te falte algo de lo que has menester para este celestial ayuntamiento, porque no se te vuelva la honra de tu casto llamamiento en perpetuo y desesperado vituperio. Y si no pretendes alguna quimera, no trates de la unión con Cristo si no tratas primero de hacerte semejante a él, porque mal se unen las cosas entre sí desemejantes.

VII

DISCÍPULO.—Al fin, no es tan corto este camino como algunos lo hacen.

MAESTRO.—Hacen mal en decir que es corto, siendo largo; y para que entiendas de raíz lo que es bien que ninguno ignore, te quiero preguntar: ¿Sería acertado, informándome yo de uno si el camino de Madrid a Sevilla es corto o largo, me respondiese que es muy corto y que le andaré en dos días?

DISCÍPULO.—No por cierto, porque o no te dispondrías para el trabajo o no te proveerías de las cosas necesarias para tu jornada; faltaríate al mejor tiempo la moneda, padecerías detrimento en tu persona, y tendrías razón de quejarte de quien falsamente te aseguró de la brevedad del camino. Los dos días caminarías con gusto, y con disgusto y cansancio doblado los demás, y no hallando el cabo a tu camino, no representándosete algún inconveniente notable, volverías a desandar lo andado.

MAESTRO.—Muy bien has discurrido, y podráse confirmar lo que dices con lo que les pasó a los hijos de Israel en el desierto, que por no les haber dicho Moisés los grandes trabajos que en el camino habían de padecer, sino sólo que Dios quería cumplir su palabra sacándolos de aquel cautiverio y pasándolos a la tierra de promisión, en cada aflicción que les venía murmuraban de Moisés, y a veces decían: *¿Por qué nos sacaste de Egipto, para que muriésemos en esta soledad?* [27] Grande yerro es asegurar

[27] Num. 21, 5.

a ninguno el tiempo de su aprovechamiento, porque esta tan alta obra pende de mano ajena y no se acaba a nuestro albedrío. Las ganancias de la contemplación y ejercicios mentales están debajo de la llave que sólo Dios tiene en su mano; él abre y él cierra a su voluntad. Y cada día vemos almas muy aprovechadas llenas de sequedades, aprietos y desconsuelos, sin atinar con la puerta y sin saber cómo se da la vuelta a la llave de los consuelos.

Lo que el Padre espiritual debe hacer es enseñar el camino; y el contemplativo, tomarle (como dicen) en las manos y, conociéndose indigno de toda consolación, con perfecta humildad, temor, amor y reverencia, andar sus jornadas de virtud en virtud, como dijo el profeta, hasta ver al Dios de los dioses en Sión [28]. Aparéjate a la paciencia, y mira bien que un lugar tan sucio y tan desemejante no puede en breve espacio ser así purificado y limpio, reformado y reposado, que merezca ser morada y templo digno de Dios, que es el fin de la contemplación. Pide a Dios buen maestro, y si te le diere, te dará con él un rico y preciosísimo tesoro. Y no más, porque estoy muy cansado y deseoso de acabar esta plática, que, aunque pienso es la más regalada y provechosa, es la más dificultosa.

DISCÍPULO.—Así me lo parece.

MAESTRO.—Vengamos, pues, al ejercicio que te tengo ofrecido; es del autor de la *Mística teología*, libro II, parte 3.ª, capítulo 46; el título que le pone es éste: *Exercitium nobilissimum aspirationis, unitivique amoris:* «Nobilísimo ejercicio de aspiración y de amor unitivo»[*]. También se ha de considerar (dice) que el ejercicio de aspiración y de amor unitivo, principalmente y con gran vigor se platica en el tercero grado de esta consurrección, aunque se podría comenzar en la vida activa, y por eso proseguimos aquí con él, porque por él todas las tentaciones y medios entre Dios y nosotros con brevedad son quitadas y él es la entrada para la altísima perfección; porque con grande impulso aprieta al hombre a que camine y se dé priesa a la excelentísima asimilación con Dios en la perfecta mortificación de todos los vicios y consecución de todas las virtudes. Este es el cedro eminentísimo en el monte de la perfección, que se debe adornar de cuatro ramos, esto es, de cuatro ejercicios; porque aunque este ejercicio, haciendo fuerza, penetre todas las tentaciones y ocupaciones y toda multiplicidad, y lo que es más, todo lo que debajo de Dios o menos que Dios es, no en largo, sino en brevísimo tiempo, y constituya al que le ejercita

---

[28] Ps. 83, 8.
[*] Se trata del *Directorium*, de *Harphius* (Harpio o Herp), c. 46.

ante la desnuda presencia de Dios, deseoso de unirse a él sin medio de criaturas, con todo eso, conviénele estar mucho tiempo a la puerta llamando, hasta que Dios le abra y le dé entrada; y entonces tiene necesidad de cuatro maneras de ejercitaciones, con las cuales despierte al querido para que le quiera entrar adentro, en la bodega del vino, como entró a la esposa.

Advierta, empero, el contemplativo y guárdese cuidadosamente de poseer algún ejercicio tenazmente y con propiedad; pero en su introversión observe con atención el tracto, o llamamiento, o impulso del Espíritu Santo; el cual de muchas maneras trae a sí el espíritu del hombre y le inflama en su amor, ahora con este ejercicio, ahora con otro diferente. Cuando, pues, se sintiere el contemplante con alguna interior aspiración o inspiración ser llevado a algún ejercicio, debe luego dejar los suyos propios, cualesquiera que fueren, y seguir con afectuosa y pronta voluntad aquella moción o atracción y ejercitarse en aquello que interiormente le es enseñado. Pero si no siente especial impulso del Espíritu Santo ni puede hallar entrada franca a Dios, entonces conviene que se esté y persevere en la presencia de Dios por aspiración del amor unitivo, en la cual se contienen cuatro modos principales para despertarse, como cuatro martillos de que se ha de servir para llamar a esta puerta para entrar a gozar de la simple unidad con Dios y en Dios.

VIII

Los modos son éstos: ofrecer, demandar, conformarse y unirse; ofrecimiento, petición, conformación, unión. Supongamos que luego que te conviertes a Dios, dentro de ti mismo sientes que el Espíritu Santo te pide que le des lo que tienes; al punto lo has de hacer con mucha liberalidad y hasle de ofrecer lo que sabes que él quiere y continuamente pide: la perfecta abnegación y propio menosprecio, abscisión o cortamiento o tala de todas las delectaciones sensuales con que el corazón desordenadamente puede mancharse, aunque sean cosas muy pequeñas, como lo son palabras ociosas, ociosidades, liviandades, curiosidades y semejantes. También te ofrecerás a ti en la mortificación de las naturales pasiones: desordenada alegría, tristeza, amor, temor y esperanza vana. Y aun debes resignarte voluntariamente para carecer de la sensible y experimental gracia de la devoción y varios dones y mercedes de Dios que propiamente y con precisión no son necesa-

rios para la salud. También te mortifica en la pronta voluntad de padecer y sufrir toda la adversidad por Dios, ora sea perdimiento de amigos, de deudos, de honras y de bienes temporales; ora padecer enfermedades, confusiones, penas, tribulaciones, presuras de corazón, y, finalmente, todas las cosas que en el tiempo se pueden ofrecer, resignándote en ellas alegremente y de gana. También te debes ofrecer liberalmente al divino beneplácito, aunque Dios quisiese ponerte a que por su amor y honra padecieses eternalmente las penas del infierno. Aunque no es lícito resignarse el hombre interviniendo culpa, de manera que estuviese apartado de Dios por la voluntad y amor, como están los condenados.

Y aunque parece imposible que la voluntad se resigne a sufrir las infernales penas eternalmente, porque la naturaleza rehusa de todo en todo la tal resignación; empero, por multiplicación de deseos, formados para este fin, y por la gracia abundante y copiosa del Señor se puede venir a tal punto, que con tan cumplida voluntad, sin detenimiento de corazón, liberalmente se ofrezca a Dios para padecer las penas dichas como para recibir los gozos de la gloria eterna. Porque el amor de Dios se hace en el alma tan puro y el desprecio de sí mismo tan grande, que tan diferentemente se haya para lo uno como para lo otro, con tal que principalmente se cumpla en él el divino beneplácito. Y aunque sea imposible que Dios pida tales ofrendas o que las desee, quiere, empero, que el hombre por su amor esté aparejado a resignarse en todas las cosas, cuanto quier que sean graves y intolerables. Por esto suele su divina Majestad poner ante los ojos a sus muy familiares amigos estas cosas, para que por aquí puedan saber cuánto quieren morir a sí mismos por el amor suyo, como lo hizo con Abrahán cuando le mandó que le sacrificase y degollase y abrasase a su muy querido hijo Isaac [29]; lo cual hizo no más que para tentarle y ver o que viesen los hombres y los ángeles lo que tenía en él.

Y cuando el que contempla se viere voluntario para resignarse perfectamente en estas cosas, podrá con seguridad y confiadamente pasar al segundo ejercicio, que es desear y pedir. Porque escrito está: *Petite et accipietis; date, et dabitur vobis* [30]. Quien supo dar y liberalmente dió, bien puede seguramente pedir. Pide, alma, no sólo lo que tiene Dios, sino lo que es el mismo Dios. Debes, pues, ante todas cosas pedir al Amado desnudo, para gozarle a él solo y a solas en su inmenso y desnudo amor, porque no

[29] Gen. 22, 2.
[30] Luc. 11, 9: *Pedid, y recibiréis; dad, y os darán.*

le es lícito a la criatura racional gozar propiamente de alguna cosa; esto es, poner fuera de Dios su final descanso y quietud; porque nunca puede el hombre fruitivamente descansar en algún don de Dios sin pecado, aunque grande, noble, virtuoso o divino. Puede, empero, usar de los dichos dones, para por ahí venir a mayor perfección. Por tanto, cualquiera cosa que Dios diere que no sea él, no bastará ni será suficiente al verdadero amador, porque siempre quedará con hambre y con ansia de gozar del sumo Bien en el desnudo amor. Y luego que el amador comience a reposar en algún don de Dios o en la experimental gracia y devoción, comienza a resfriarse y aflojar en el deseo de aprovechar. Después de esto, puedes pedir a Dios que alumbre tu entendimiento para cumplidamente conocer, lo primero, su divino beneplácito, para perfectamente ejecutarle; y para eso, tan aparejado te has de ofrecer en todas las cosas, sin detenimiento ni contradicción del corazón, como se mueve sin alguna tardanza la sombra moviéndose el cuerpo que la causa.

Lo segundo, para conocerte plenariamente a ti mismo, esto es, tu abisal vileza, ingratitud, indignidad y desmerecimiento de todo bien, para que puedas por aquí perfectamente menospreciarte y humillarte. Lo tercero, para tener perfecta noticia de todas las verdaderas virtudes; y principalmente has de orar con instancia por la adquisición de esas virtudes, por recebirlas y poseerlas. Pero, sobre todo y ante todas cosas, has de pedir que Dios multiplique y crezca en tu alma el amor suyo desnudo. Esto ha de ser con tantas veras, tan continuo y tan perseverante como el respirar para vivir. Y a la verdad, la vida del amor criado que el alma vive consiste en la continua reversión o vuelta con el ardiente y crecido deseo de su origen, esto es, en el amor increado, para únicamente allegarse a él y gozarle como los rayos solares dependen del sol. Otras cosas hay fuera de éstas que parecen provechosas y que pueden pedirse, conviene a saber: liberación de todas las tentaciones espirituales y carnales, de todos los aprietos del corazón, de todo desamparo, esterilidad, insensibilidad, etc. También se puede orar por la gracia sensible, devoción, amor, dulcedumbre espiritual, revelación, rapto y otras cosas semejantes, que propiamente no son necesarias para la salud, las cuales no se han de pedir sino en cuanto fueren para la gloria de Dios, o provecho de los prójimos, o de nuestras almas, y si no se nos concedieren, no por eso debemos acobardarnos o inquietarnos, sino confiar enteramente de Dios, que, si nos conviniere el recebirlas, nos las dará sin duda.

El tercer ejercicio es que el fiel amante trabaje perpetuamente de conformarse más y más con el Amado, en esta forma: cuando el fuego del amor estuviere encendido en tu corazón, debes lo primero abrasar en él toda desemejanza, esto es, todos los vicios y defectos, todas las naturales pasiones y la inmortificación, las inclinaciones sensuales y la impaciencia. Mas advierte que no es necesario recurrir por menudo todas estas pasiones o inclinaciones sino haciendo de todas uno como manojuelo, arrojarlas en el fuego inmenso del amor divino, para que allí se abrasen y consuman. Luego después de esto te levantarás con deseo ardiente de conformidad, y con oraciones fervientes, centelleantes y apretantes pedirás al querido que tenga por bien adornar tu ánima desnuda con algunas especiales virtudes de que Cristo fué adornado y hermoseado. Y aunque diligentemente debes atender a tu ejemplar espiritual. Cristo, en todas sus perfecciones, así cuanto a la divinidad como cuanto a la humanidad, con fin de adornarte conforme a él, empero, para alcanzar tan rico atavío, más debes instar por oraciones que por tu propio trabajo. Porque las virtudes y la deiformidad, más presto se adquieren por inflamadas y continuas oraciones que por otros cualesquiera ejercicios. Especialmente te debes conformar y formar a la humanidad de Cristo en todas aquellas virtudes que principalmente resplandecen en las perfecciones de su acerbísima, despreciadísima y dolorosísima muerte. Y, sobre todo, desearás conformarte a Cristo en el afecto de profundísima vileza, abatimiento y humildad. Y cuando te ejercitares y trabajares por alcanzar alguna virtud, humildad, abnegación o mortificación de la propia voluntad y afición y quieres saber si las has alcanzado y en ella conformádote a Cristo, mira si estás tan aficionado a la dicha virtud que, sin algún detenimiento o contradicción del corazón, te resignas, aun en tiempo de sequedad, en la tal virtud en que eres probado; y entonces conocerás que por la gracia divina la has alcanzado plenariamente.

Pongo ejemplo en esta forma. Pido a Dios me conceda deseo y afecto de menosprecio de mí mismo; y ejercítome en alcanzar esto que deseo, a imitación de Cristo. Sucede que me hallo seco, sin devoción sensible, desamparado, yermo y sin algún consuelo; en este tiempo se ofrece que me levantan un testimonio de grande deshonra y abatimiento para mí; si entonces el primero y el postrero movimiento del corazón fuere deseo de recebir, sin detenimiento ni repugnancia del mismo corazón, la tal deshonra, confusión o pena como si con grande ansia por largo tiempo la hubiese esperado, como suele el soberbio recebir las honras

y el avaro las ganancias, perfectamente he alcanzado la virtud. A lo menos, de Cristo, Señor nuestro, dice el profeta santo: *Improperium expectavit cor meum et miseriam*[31]: *Esperó mi corazón el improperio y la miseria.* Como si dijera: No temí las deshonras ni los improperios, antes los deseé como cosa preciosa para mí y de mucha ganancia. Y del santo Job[32] se dice que *bebía como agua los escarnios.* Si se rehusa el trabajo cuando llega o se le vuelve el rostro y nos desplace, aun no habemos alcanzado cumplidamente la tal virtud tras que andamos.

IX

El cuarto ejercicio es unir y traspasar nuestra voluntad en el divino beneplácito; porque así como el ejercicio de aspiración y de amor unitivo se frecuenta para reposar en solo Dios y con deseo inflamado hacerse una cosa con él, a lo cual nos lleva el amor práctico y experimental, así en este ejercicio de unión debe trabajar el hombre con penetrativos y calurosísimos deseos, sin detenimiento del corazón, de unir su voluntad y plenariamente traspasarla en el beneplácito de Dios, de manera que del impulso del amor desnudo, ese divino beneplácito sea siempre su deseo, su deleite y su solaz en todas las cosas; ora sean adversidades exteriores, enfermedades, persecuciones, afrentas, etcétera, ora interiores, falta de devoción, sequedades, desamparos, frialdades de espíritu, obscuridades y nieblas en el entendimiento, etc. Y no ha de declinar en este tiempo a solaces y entretenimientos humanos, sino procure allegarse más fielmente a Dios; huya ocupaciones inútiles y discursos vanos, pláticas ociosas y cosas semejantes a que se acogen los poco resignados y mal conformes con Dios. Persevere en santos ejercicios, a lo menos exteriores, que si en este tiempo los ejercicios no son sabrosos, son más aceptos a Dios, y a nosotros, de mayor provecho y más meritorios (si, empero, hacemos lo que es de nuestra parte con buena y entera voluntad) que las obras que hacemos en la bonanza y afluencia de los consuelos divinos, porque servimos a Dios en esta manera a nuestra costa y expensas. Y para más perfectamente hacer esto, pondrá en su corazón una grande confianza de que esta su adversidad se la envía Dios o permite que le venga para probar su fe y para enriquecerle de sus dones y gracias hallándole fiel.

A este estado pertenece el sexto grado de amor que se

[31] Ps. 68, 21.
[32] Iob 34, 7.

dice fervoroso, de que Liconense habla en esta forma: Dícense hervir en amor los que por amor ardiente algunas veces son llevados sobre sí a lo alto, pero luego con la natural pesadumbre se remiten y abajan; como lo vemos en el agua, que con el calor bulle y se levanta y se sale del puchero, y súbitamente se vuelve a sosegar y a bajar. El que estas cosas frecuentare y en ellas se ejercitare perseverantemente, imposible será que no alcance la perfección que desea. Hasta aquí el autor de la *Teología mística*. Y yo no quiero añadir más a este tratado *, sino ponerme luego a escribir el de la pasión, que tantas veces he prometido, y por mis enfermedades y ocupaciones no he podido acabar; ayúdame con tus oraciones, y eso mismo suplico a todos los que de estos mis trabajos se aprovecharen, para que cosa tan deseada y tan necesaria en nuestros tiempos, con prosperidad salga a luz.

DISCÍPULO.—Dios te la dé con mucha abundancia para eso y otras cosas que en tanto beneficio de las almas vas comunicando cada día.

MAESTRO.—Adiós, hijo Deseoso.

DISCÍPULO.—Ese te acompañe y dé su muy Santo Espíritu. Amén.

* Alude al *Vergel espiritual*, que publicó en parte.

DIALOGO SEXTO

En que se trata de los ejercicios de la voluntad, afectos y aspiraciones con que se ha de despertar el alma y levantarse a Dios, fundados especialmente sobre los principales misterios de la vida, pasión y muerte del Salvador.

DISCÍPULO.—En hora buena te vea yo, maestro mío.

MAESTRO.—Seas bien venido, mi Deseoso. ¿Qué venida es ésta tan de mañana?

DISCÍPULO.—Deseo de saber algunas cosas que me dan cuidado.

MAESTRO.—Parecióme ayer que no quedaba qué decir, especialmente para quien tiene cada día lección de santos.

DISCÍPULO.—Mucho hace la viva voz.

MAESTRO.—Di lo que quisieres, que como supiere satisfaré a tus dudas.

DISCÍPULO.—En los *Triunfos del amor* enseñaste cumplidamente el camino de los afectos; empero, así te derramaste, que apenas se puede coger el orden que se ha de tener en ejercitar la voluntad, cuyo obrar es más seguro, más fácil para todos, más provechoso y más libre de engaños.

MAESTRO.—De propósito pienso tratar esa materia, porque tengo vistas muchas cosas que hacen a ella; en particular un ejercicio que levanta el alma a una altísima perfección.

DISCÍPULO.—¡Oh quién te oyera hablar en cosa tan necesaria y tan para codiciarse!

MAESTRO.—Harélo con brevedad, si el Señor se dignare de darme salud y vida; y pienso que será de tanta importancia, que dicho lo que yo entiendo, no habrá más que escribir y yo daré fin con ello a todos los tratados espirituales. * Ahora te quiero enseñar el cómo despertarás la fuerza concupiscible de tu alma usando de las oraciones que llaman *jaculatorias,* que para mí es una cosa admirable y digna de enseñarse, predicarse y platicarse a todos, sabios y ignorantes, hombres y mujeres. Muchos son los caminos por donde nuestra ánima puede caminar a la unión

* *Dar fin a una cosa:* Acabarla, concluirla *(Diccionario de la Lengua).*—Quiere decir que los resumiría todos plenamente.

íntima con Dios, pero el más breve y compendioso de todos es éste; porque estos afectos y oraciones cortas amorosas, como lo afirman San Dionisio y San Buenaventura, son como unas saetas de fuego que eficazmente penetran y sobrepujan todos los medios o estorbos que se pueden hallar entre Dios y el que ora. Y yo pienso cierto que la difinición que dió San Agustín a la oración pertenece y se entiende de cada una de estas jaculatorias.

DISCÍPULO.—¿Cómo la definió?

MAESTRO.—Es elevación o levantamiento de la mente a Dios por algún afecto piadoso. Esta oración dice que es atrevida y que no para ni se detiene hasta llegar a Dios. Pero nota bien que para entrar a Dios ha de ser humilde y llena de confianza. Ha de salir como la saeta del arco, que tanto más cierta es en herir y tanto hiere con más fuerza cuanto el arco se dobla más. Encorvado como Elías has de orar, humilde, pero confiado [1]. Nunca te convertirás a Dios de esta manera que él no te salga al camino y te dé nueva gracia y nuevos dones celestiales. Esta manera de ejercicio se dice estudio de sabiduría para que no son necesarias sofisterías ni argumentos de lógica ni de filosofía, sino extensión de afectos y deseos en Dios. Es el medio más eficaz que se puede hallar para borrar pecados y toda disimilitud y deformidad o desemejanza del ánima con Dios, y para la iluminación, simplificación, purificación e inflamación del corazón, y, finalmente, para que el mismo Dios nos trague y nos una consigo. Al fin, en el ejercicio de aspirar, por aquel tiempo que oramos ha de caer en nosotros cualquiera mal pensamiento y deseo que haya en el corazón contrario de lo que pedimos con el afecto, en el cual no pueden caber juntamente dos deseos contrarios y entre sí repugnantes. De donde se sigue que aspirando a Dios, o ha de perecer lo que en el corazón está vicioso o la oración jaculatoria enferma y flaca no ha de llegar a Dios, porque la impuridad del corazón no puede engendrar afectos puros.

DISCÍPULO.—Gran cosa debe ser la libertad de ánimo para esta manera de orar.

MAESTRO.—Puedo afirmarte con toda verdad que sin ella, ni el reino de Dios ni Dios pueden estar dentro de nosotros. Más pierde quien esta libertad pierde, que vale el cielo y la tierra ni alguna otra criatura ni todas juntas; porque ¿de qué me sirven todas, si mi corazón está asido a ellas o a la más mínima de ellas, de manera que no la pueda convertir y levantar libremente al Criador?

DISCÍPULO.—Pues ¿qué condiciones pide esta oración?

[1] III Reg. 18, 42.

MAESTRO.—Lo primero y principal es la pureza del corazón, que sin ella no somos hábiles ni estamos dispuestos para recebir las influencias de la divina gracia, mediante la cual se establece nuestra ánima en Dios y se obra en nosotros la perfecta abnegación y mortificación de las pasiones y afectos de humanidad. Y añado aquí que la perfecta abnegación y resignación total de nosotros en Dios, por la cual salimos de nosotros y de toda propiedad nos desnudamos, conformándonos en todas las cosas con el querer de Dios, es la llave para la altísima perfección, para la gracia y para la gloria. ¡Ay amor propio, cuántos daños acarreas a las almas! En tanto que éste vive en nosotros, continuamente está brotando vicios, y engendrando malos pensamientos, y fomentando inclinaciones pésimas y deseos vanos, los cuales nos apartan de Dios, ensucian nuestras ánimas y perturban la paz interior; y al fin él es el mayor impedimento que tiene el aprovechamiento espiritual. Y porque de esto queda dicho mucho en el tercero diálogo, aquí no más de amor propio ni de propia voluntad.

Dos o tres avisos te quiero dar para la libertad de aspirar. El primero, que trabajes cuanto te fuere posible por tener el corazón desnudo de fantasías o imágenes de criaturas, representaciones y formas, y principalmente de todo desordenado afecto, para lo cual ayuda mucho el huir las parlerías y chocarrerías y las ocasiones todas de ociosidades, y curiosidades, y novedades, y hermosuras, y de negocios, y de ocupaciones inútiles, y de todo aquello tras que se suele ir y a que se suele pegar el corazón. [Lo segundo], cercena lo superfluo en el comer, y en el beber, y en vestir, y en todo el ornato y aplauso exterior; y luego, y muchas veces y continuamente, despierta la fuerza concupiscible de tu ánima, multiplicando los deseos de amar ferventísima y castísimamente al Señor. Pero advierte que puede haber aquí gula espiritual y daño notable para la cabeza si con demasiado ímpetu y sin moderación se hacen estas oraciones, en las cuales muchos adulteraron deleitándose en ellas, siendo dones de Dios, más que en el mismo Dios. Por lo cual debes andar siempre con cuidado de que tu intención sea casta, pura y deiforme, esto es, conforme al beneplácito y gusto de Dios, cuya gloria sola y a solas se ha de buscar siempre, sin respeto a la nuestra, así en lo próspero como en lo adverso. Advierte lo tercero que siendo, como es, nuestra ánima de tanta nobleza y capacidad, ya que no puede obrar infinitamente, porque su virtud es finita, puede a lo menos extender en infinito sus deseos. No te pedirá Dios que le ames con infinito amor, porque no puedes; empero, como el deseo se extienda a las cosas

imposibles, quiérele Dios extendido en lo infinito, esto es, no limitado en el honrarle y amarle y codiciarle.

De manera que en las oraciones afectuosas no se ha de reparar en que sea imposible lo que se desea o que excede en infinito la virtud de nuestra alma y las fuerzas en el obrar, sino en que sea justo lo que se desea y enderezado a la gloria y honra de Dios. Que cuando sola la impotencia, que está de nuestra parte, impide el efectuar lo que deseamos, el deseo será coronado de Dios, como se coronara la obra, si fuéramos suficientes para ello; lo cual pertenece a uno de los grados del amor violento que Ricardo llamó *insaciable;* que puso a San Agustín en decir que, si él fuera Dios como lo era el verdadero, dejara de serlo porque él lo fuera; y era deseo de cosa imposible y fué de gran mérito delante de Dios. Es esto lo demasiado de la esposa, que dice que sus doncellas amaron con demasía al esposo [2]. Y del varón justo dijo el profeta que en los mandamientos de Dios estaría demasiado [3]. Y por no lo estar yo, acabaré aquí este discurso.

Y descendiendo en particular, como en la vida, pasión y muerte del Salvador se hallan todas las virtudes puestas en ejercicio y materia copiosísima para despertar en el alma ricos pensamientos y afectos amorosos, tiernos y de compasión y para la imitación incentivos notables, parecióme componer uno como rosario de cinco dieces y medio de los principales misterios y pasos más regalados de esa vida y pasión y muerte, para que, repasándolos el alma devota y atentamente ande bien mantenida de los pastos del Redentor, entrando y saliendo (como él lo dice en el Evangelio) [4] por él mismo, que es la puerta por donde se entra a la divinidad y se sale a la humanidad; libro que vió San Juan de dentro y de fuera escrito [5], para que en la lección de él gastemos lo mejor de nuestras vidas. ¡Oh qué mal hace quien estorba esta lección!

DISCÍPULO.—¿Y tengo de rezar cada día ese rosario?

MAESTRO.—No por cierto, porque sería cargoso y poco provechoso; bastará cada día un diez, y aun cada semana, porque si ha de acompañar el afecto y ha de haber algo de meditación, que ésa es mi intención en esta obra. podrá suceder que en cada paso se gasten muchas horas y muchos días. Al principio pretendí grande brevedad, y, andando escribiendo, hallé que era mejor alargarme en algunos misterios, de manera que haya en ellos un poquito de entendimiento que se cebe en la meditación del paso.

[2] Cant. 1, 2.
[3] Ps. 111, 1.
[4] Ioan. 10, 9.
[5] Apoc. 5, 1.

y lo demás, todo del afecto, que se inflame y pida la voluntad lo que fuere más necesario. Y comienzo por la Beatísima Trinidad, buscando algunos sentimientos amorosos, para que, pensando en ella, no se quede seca el alma, ocupada en las dificultades que mueven los teólogos, y porque sepa el que condena el pensar en ella que fué muy vano su pensamiento y descaminada su doctrina.

SÍGUESE EL ROSARIO DE LOS PRINCIPALES MISTERIOS DE LA VIDA, PASIÓN Y MUERTE DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

PRIMERO DECENARIO

MEDITACIÓN PRIMERA, Y AFECTOS A LA BEATÍSIMA TRINIDAD

Pater noster, Ave, Maria.

Trinidad perfectísima y Unidad unísima, tres distintas personas y una esencia; un Dios, un Señor, un Todopoderoso y bueno infinitamente; infinitamente sabio, infinitamente justo, infinitamente perfecto; yo, vilísimo gusanillo; yo, polvo y ceniza; yo, nada y menos que nada, si menos puede ser, con la humildad que puedo y con el reconocimiento que a tu grandeza se debe, las rodillas por el suelo, te adoro y te suplico me concedas el sentimiento y la devoción debida a la vida, pasión y muerte de Cristo mi Redentor, en el cual está mi salud, mi vida y mi resurrección.

Doyte gracias porque me hiciste cristiano y en el bautismo me infundiste la fe de tan alto y soberano misterio, para que en renaciendo conociese y alcanzase lo que los antiguos alcanzaron después de muchos años de ejercicios de virtud, y eso en figuras y con poca claridad.

Doyte gracias, ¡oh Cristo santo!, que, siendo tan escaso en declararnos los secretos de tu grandeza, te empleaste todo en enseñarnos aquellos que más nos obligasen a amar a la Beatísima Trinidad [1]. El Apóstol dice que le fueron revelados grandes secretos arrebatado al tercer cielo; y luego confiesa que no sabe otra ciencia sino la de Jesús crucificado [2]. Muchos secretos se le descubrieron (no hay duda);

[1] S. AGUSTÍN, *Soli1.*
[2] I Cor. 2, 2.

pero no le dieron licencia sino para predicar a los hombres el amor con que murió por ellos Cristo, y las obligaciones en que nos puso su sangre, su cruz, su muerte y sus afrentas, y la importancia de todo esto. Así es que, manifestándonos este Señor nuestro el secreto de las tres divinas personas, nos le manifestó en el bautismo como a autor de nuestra salud, remediador de nuestros males, justificador de nuestras almas y alimpiador de nuestros pecados. *Bautizadlos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo* [3].

No quiso este gran Maestro que parase nuestra fe y nuestro conocimiento en la admiración de aquella inefable y incomprehensible naturaleza de Dios trino y uno, sino que le adorásemos y creyésemos como a autor (digo) de los mayores bienes que en la tierra tenemos y esperamos en el cielo; y que el modo de conocerle fuese tal, que nos obligase a amarle y a servirle lo más estrecha y apretadamente que fuese posible; que anduviesen juntos conocimiento de la Trinidad y amor a la Trinidad; que amásemos tanto como conociésemos.

«Conocíte, Señor (decía San Agustín) [4], no como tú eres para ti, sino como eres para mí, y no sin ti, sino en ti; porque tú eres la luz que me alumbraste». Como si dijera: En vos sois inmenso e incomprehensible y eterno, y para mí sois la salud, la vida y todos los bienes; y por eso conozco de vos lo que sois para mí, aunque no conozca lo que sois en vos.

El mejor modo para conocer la Beatísima Trinidad es el amor [5], porque mediante él viene al alma, entra en ella y es hecha posesión suya [6]. Si no, dime alma: —¿Cómo podrás ignorar la Trinidad, si la tienes dentro de ti? ¿Ha de estar ociosa la Trinidad a donde se hospedare y aposentare? No por cierto; señales y muestras ha de dar de sí [7]. Quémase el vestido del que mete brasas en su seno, ¿y no sentirá el fuego de la Trinidad (que es fuego que consume) el que la tiene dentro de sí? Pero ¿quién podrá decir cómo es esto? Dios Trinidad nos lo dé a sentir por quien él es. ¿Qué mercedes no te hará el Padre, ¡oh alma mía!, si le recibes dentro de ti, teniendo tanta fecundidad, que de su propia substancia, conociéndose, engendra un Hijo tan bueno, tan sabio, tan poderoso, tan justo, tan inmenso y tan admirable como él? ¿Qué no hará el Hijo, que todas sus delicias, entretenimientos y gustos tiene librados en esta

[3] Matth. 28, 19.
[4] *Solil.*, c. 31.
[5] Ioan. 14.
[6] Ioan. 24, 23.
[7] Prov. 6, 27.

habitación y morada suya? Sabiduría del Padre, luz inefable que alumbra todo hombre que viene al mundo y que nos dió potestad para que pudiésemos ser hijos de Dios por adopción y gracia [8]. ¿Qué no obrará de bien el Espíritu Santo, lazo y amor del Padre y del Hijo, por quien (como dijo San Pedro) se nos han dado grandes y preciosos dones? [9] Y esta Trinidad unísima y simplicísima en su esencia, ¿qué unidad no obrará en ti?

¡Ay alma, en potencia trina y en la esencia una! Ama al Padre, que con infinito amor te dió su Hijo; ama al Hijo, que con el mismo amor te dió su vida; ama al Espíritu Santo, que te santificó y te hermoseó con su gracia; ama a toda la Trinidad, que por el bautismo te comunicó nuevo ser y te adoptó en hija, con derecho a sus eternos bienes [10].

Y si me dijere alguno que no se puede amar lo que no se conoce, responderé lo que San Juan Crisóstomo: que lo que no alcanzo de Dios, me obliga más a amar a Dios que lo que alcanzo de él; y siendo infinitamente más lo que ignoro de Dios que lo que sé, mayor ha de ser el amor de aquello que el que despierta en mí el conocimiento que tengo de él. La razón es porque si el ser bueno, misericordioso, justo y todopoderoso son razones bastantes para amarle y para entregarle nuestro corazón todo, ¿cuánto más obligados quedaremos cuando conociéremos que estas cosas son incomprehensibles y que exceden todo conocimiento angélico y humano? ¡Qué poquito conozco de ti, Dios mío, respecto de lo que ignoro! Y si por eso poquito te debo amar tanto, ¿qué amor será el que te debo por lo que ignoro? *Confitebor tibi, quia terribiliter magnificatus es; mirabilia opera tua, et anima mea cognoscit nimis* [11]: *Yo os alabaré, Señor, y os confesaré, por ser vos infinita y terriblemente glorioso y grande; maravillosas son vuestras obras, y mi alma las conocerá y os conocerá demasiadamente.* Sobre las cuales palabras advirtió Crisóstomo: Que tanto más se conoce la grandeza de Dios cuanto el alma se halla más impotente para conocerla. Primero dice que le confiesa, porque terriblemente y espantosamente es engrandecido. Como si dijera que le pierde de vista por su grandeza; y luego parece que se contradice. Maravillosas son tus obras, y mi alma te conocerá claramente. Lo que significa es que de la manera que el que se pone a mirar una torre altísima, cuanto menos alcanza su altura, tanto juzga de ella que es más alta, porque aquel no ver su cha-

[8] Ioan. 1, 9-13.
[9] II Petr. 1, 4.
[10] Tit. 3, 5-7.
[11] Ps. 138, 14.

pitel y cumbre arguye ser muy alta, así, representándosele Dios al alma incomprehensible y no pudiendo apear su grandeza, conoce claramente que es infinito, inmenso, eterno, etc., y por eso digno de ser infinitamente amado, servido y honrado.

Confitebor tibi, quia terribiliter magnificatus es; mirabilia opera tua, et anima mea cognoscet nimis [12]: ¡Oh gran Dios, dignísimo de ser amado infinitamente de mi alma por lo que conozco y por lo que ignoro de ti, y más por lo que ignoro que por lo que alcanzo! Sí, que yo no alcanzo, ni es posible alcanzar, lo infinito de tu bondad, de tu sabiduría, de tu misericordia, de tu justicia y de tu caridad, que para alcanzarlo era necesario ser infinito como tú lo eres. Pues si lo poquito que alcanzo de tu bondad me obliga tanto a amarte, ¿qué obligación será la mía cuando considerare en esa bondad infinita? Y si la grandeza es digna de ser servida y la justicia digna de ser temida, ¿qué servicios se deben a tanta grandeza y qué temor a tanta justicia? Piénselo el alma, que no es posible declararlo.

Meditación segunda, y afectos a la encarnación

Ya veo cumplido el deseo de tu esposa, ¡oh Verbo del Eterno Padre!, de ver a Dios fuera de sí y encerrado en el hombre. Ya eres mi hermano y presto mamarás los pechos de tu dulce Madre, y Ella te abrazará y besará, y envolverá en pañales, y quedará con tanta honra de este hecho, que los ángeles le harán honra, y tú, Señor, te tendrás por honrado de haber emparentado con los hombres; hoy es el día de tu desposorio y del alegría de tu corazón [13]. Y para declarar la grandeza de ella, no llamas al encarnar *encarnación*, sino *coronación*, que te ha coronado tu Madre con corona de carne. Corona es para ti lo que para mí era corma y confusión. Y en esta corona quieres ser visto de los ángeles y de los hombres, y para ello convida Salomón.

Pero, Virgen Santa, ¿qué tal quedarías al punto que dijiste: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum?* [14] Quedaste Madre verdadera de Dios y tan deseosa de verle en tus brazos cuanto gozosa de sentirle en tus entrañas. Prestaste consentimiento y mostraste el deseo. *Veis aquí la sierva del Señor;* éste es el consentimiento. *Hágase en mí según tu palabra;* éste, el afecto y el deseo. Con éstos vives hasta el parto; pero ¿cómo le deseas, Virgen santísima, si le tienes en tus entrañas, si le sientes en tu vien-

[12] Ps. 138. 14.
[13] Cant. 3. 11.
[14] Luc. 1, 38

tre, si reconoces su presencia? ¿No te acompaña la corte del cielo? ¿No tienes gustos soberanos?—Desea verle con sus ojos, y tocarle con sus manos, y besarle con su boca, y darle sus divinos pechos. ¿Y yo qué hago? Doyte gracias, dulce Jesús; adórote, Hijo de Dios vivo, que tuviste por bien bajar por mí de las sillas reales y del sabroso Corazón de tu Padre a este valle de miserias y tomar nuestra carne, haciéndote hombre en el castísimo vientre de tu Madre. Concédeme, Señor, que el amor que te bajó a tomar mis miserias me levante a mí a gozar de tus misericordias para siempre; y que te conciba y no te malogre ni malpara pecando.

Meditación tercera, y afectos a la visitación de la Virgen María

¿Adónde vais, Virgen modestísima, con tanta priesa? [15] Quedóse la Reina soberana (habiendo concebido al divino Verbo en sus entrañas) en alta contemplación, las rodillas en tierra y toda arrebatada en Dios; y después de haber rogado al Padre Eterno por la prosperidad de la obra de nuestra redención, viniéndole a la memoria lo que el ángel le dijo de la preñez de su parienta Isabel, levantóse de la oración y determinó ponerse en camino para visitarla [16]. No la lleva la incredulidad que, si no ve y toca con las manos, no cree [17]: *Et beata quae credidisti* [18]. Ni la lleva la curiosidad de ver el milagro, que mayor mucho es el que Dios ha obrado en su vientre [19]. Va para comunicar con su prima el alegría de su deseo y del mundo ya cumplido; para regalarla como a anciana religiosa; para darle la norabuena de su preñez y destierro de su esterilidad, y también para que vea y engrandezca la omnipotencia de Dios, que así ha querido engrandecerla y honrarla.

Sale, pues, de la ciudad de Nazaret, y comienza a caminar y subir con priesa las montañas de Judea, y no sabemos si la acompañaba José ¿Sola vais, Señora? Sola, sola de hombres, pero acompañada de ángeles. Que como a donde está el rey está la corte, y cuando él camina caminan con él acompañándole sus cortesanos y muchos grandes de su reino, así, caminando la Princesa del cielo por tierras solas y montuosas, ásperas y de poco regalo, como llevaba en sus entrañas al Rey eterno, toda la corte soberana iba

15 S. Bonav.
16 Luc. 1, 39.
17 Ioan. 20, 25.
18 Luc. 1, 45.
19 Luc. 1, 39.

con ella. Había por aquellas alturas, repartidas, legiones de ángeles sin necesidad de camas ni de comida. Pero ¡cómo resplandecerían aquellas benditas montañas ilustradas de aquella luz reverberante del Sol de justicia, Cristo, encerrado en aquella soberana y transparente lanterna del virginal vientre! Los árboles y las matas se inclinarían pasando la custodia del divino sacramento.

Mas, ¡ay!, Virgen santa, que no por esto excusastes el cansancio, que, aunque los ángeles os quisieran llevar en palmas y excusaros la molestia del camino, no quiso Dios reservaros de ese trabajo, porque fuésedes abogada de los cansados y rogásedes por ellos y ellos confiadamente acudiesen al trono de vuestra clemencia. ¡Oh Señor, y qué costosa redención! ¡Qué de gastos por la salud de los hombres! No sólo os trabajastes a vos tratando del remedio del género humano, sino también a vuestros escogidos y predestinados. *Abiit in montana cum festinatione* [20]: «¿Adónde habías de ir (dice tu siervo fiel Ambrosio) llena de Dios sino a las alturas?» La maravilla fué que [no] te subieses a los cielos. Si los santos, morando Dios por gracia de ellos, muchas veces son arrebatados en la oración y sus cuerpos pesados son llevados por los aires en pos del espíritu, que se sube a su esfera, ¿cómo tú, Reina soberana, viéndote morada de Dios y Madre de Dios, no te arrebataste hasta los serafines? Acompaña tú a María, ¡oh ánima mía religiosa!, y entra con ella en casa de su prima y considera los efectos de Dios encarnado. Salúdala, y saludándola se regocija Juan en su vientre y salta de placer, y es santificado; y la madre, llena de espíritu de profecía, reconoce a la Virgen por Madre de Dios, humíllase delante de ella y dice: *¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mi casa y me visite?* [21]

¡Ay corazón pesado, que ni con el deseo te quieres levantar a Dios! Mira que te hizo para sí; no te quietes fuera de él; tu centro y tu esfera es; corre con priesa, como corre la Virgen, hasta llegar a él. Pero ¿cómo sin él? Tú me lo concede por quien eres.

Meditación cuarta, y afectos al nacimiento del Salvador

San Lucas dice: *Y sucedió, estando allí..., parió María a su primogénito, envolvióle en pañales y reclinóle en un pesebre, que no había otro lugar para él más decente en el diversorio* [22]. ¿Adónde estábades, Reina del cielo? ¿Allí?

[20] Luc. 1, 39.
[21] Luc. 1, 43.
[22] Luc. 2, 6-7.

De razón, en los palacios del emperador o en la casa más rica y mejor de la ciudad. La verdad es que no halló José posada para él y su esposa la noche que llegaron a Belén, y quedóse con ella en un cobertizo, adonde la gente pobre ponía sus bestias. Allí, en aquel suelo, sin algún abrigo ni traza para encender lumbre; y por ventura, sin tener que cenar ni sobre qué descansar un rato del cansancio del camino tan largo. *Et factum est dum essent ibi!* ¡Oh quién se hallara allí! ¡Oh dichoso lugar y tierra gloriosa! Mesón donde Dios, y la Virgen, y José, y los ángeles hacen noche, no es mesón, sino cielo; no es venta, sino paraíso; no es establo de bestias, sino palacio de reyes y templo de Dios, mucho más rico que el de Salomón. *Y sucedió que estando allí se cumplieron los días de María para que pariese* [23].

Y decidnos, Señora del mundo: ¿qué reloj os avisó de la hora felicísima para vos y para todo el género humano? ¿Qué correos os llegaron y dieron nuevas de que se os acercaba vuestro bienaventurado parto? No serían a lo menos los que dan aviso a las demás mujeres, porque de todas y de cada una se escribe: *En dolor parirás tus hijos* [24]. La tristeza es el correo más cierto de sus partos; los dolores y congojas de muerte son los mensajeros ordinarios, aunque se hayan deseado mucho los hijos; pero de vuestra hora, el alegría os avisa, los gustos os aperciben, los sabores os despiertan, las consolaciones os aseguran [25]: *Antequam parturiret peperit, antequam veniret partus eius, peperit masculum; quis audivit unquam tale? quis vidit huic simile?* Parto sin dolor, parto sin corrupción, parto sin congojas, parto lleno de gozo, parto sin parto, nunca en el mundo se vió sino éste. ¡Oh Virgen sacratísima! ¿Quién bastará a declarar la abundancia de tus consolaciones en esta hora? ¿Quién podrá repasar, siquiera por el entendimiento, aquellas olas, crecientes avenidas o inundaciones de las celestiales delicias y suavidades divinas de que rebosaba y abundaba tu corazón? ¡Oh con qué bochornos y ardores de amor eras inflamada! ¡Oh con qué rayos de luz y resplandores de aquel Sol de justicia que de tu vientre quiere salir eras ilustrada! *Impleti sunt dies Mariae ut pareret.*

Múdasele el rostro a la tierna doncella, colorean las mejillas, y queda tan hermosa y con tanta variedad de colores como las rosas entretejidas de azucenas; fervorízase toda, y las manos puestas y los ojos en el cielo arrimóse

[23] Luc. 2, 6.
[24] Gen. 3, 16.
[25] Is. 66, 7-8.

a un poste del portalejo, y arrebatada en espíritu hasta ver la Esencia divina (como dicen algunos), o como Adán en un dulce sueño para la formación de Eva, sin sentir dolor alguno: *Peperit filium suum primogenitum.* Vuelve en sí la Santísima Virgen, halla a sus pies al bellísimo Infante, desnudo, en tierra, palpitando y encomendándose con lágrimas a la providencia de su Madre. Mírale ella, y adórale postrada en tierra, diciendo con Adán vista su Eva: *Os nunc ex ossibus meis et caro de carne mea* [26]. Cual el resplandeciente sol sale del gremio de la aurora sin romperla o cual el rayo de luz entra por la vidriera sin hacerla ofensa; cual el granizo del rocío de los lilios y azucenas se despide sacudido del delgado viento o como la suave rosa produce de sí el olor regaladísimo, así fué la Virgen Santísima pariendo a su Hijo primogénito y unigénito. Adórote, Jesús recién nacido, pues te adoran los ángeles. ¡Oh qué Dios tan chiquitico y tan grande, tan nuevo y tan antiguo! Pídote que nazcas en mí, y que yo nazca en ti, y que crezcas y crezca yo hasta el día de la eternidad.

MEDITACIÓN QUINTA, Y AFECTOS A LOS PAÑALES Y PESEBRE DE JESÚS

Envolvióle en pañales y reclinóle en el pesebre [27]. ¿Y quién es este envuelto en pañales y reclinado en un pesebre? ¿Y quién es la que le envolvió y reclinó? Con vuestra licencia lo diré, Señor, que sin ella no me atrevo. El envuelto es Dios inmenso, incomprehensible y eterno. La que le envuelve es María, Virgen y Madre suya y esposa de un carpintero. Caso es éste que tiene espantados a los ángeles, atónitos los cielos, mudas las lenguas de los serafines y todos los entendimientos más delicados confesando flaqueza y desfallecimiento. ¡Oh mar grande envuelto en pañales! ¡Oh abismo eterno fajado con estrechas fajas y angostos orillos! ¡Oh inmenso y profundo archipiélago del ser divino recogido en pequeño pesebre! *Et pannis eum involvit.*

Y, sagrado evangelista, ¿no nos dijérades de qué eran estos pañales? No fué necesario, porque estos paños son reliquias, y no se estiman por la materia, sino por las personas a quien sirven y de quien son; son las tocas de la Virgen santa (como ella lo reveló a un siervo suyo), sirven para envolver y calentar a Cristo Niño. ¿Qué más queréis

[26] Gen. 2, 23: *Esta es, desde ahora, hueso de mis huesos y carne de mi carne.*
[27] Luc. 2, 7.

que tengan? ¡Más preciosas son que las holandas y brocados del mundo! ¡Oh Belén, oh pesebre, oh establo! Todo cuanto hay de aquellas puertas adentro, pajas, heno, pañales, mantillas, telarañas, pesebre, buey, jumento, reliquias del cielo son, porque han tocado a Dios y le han servido en su necesidad. ¡Ay, Cristo santo, que naciste en tanta pobreza para que no hubiese que mirar más que a ti, y cuando mucho, a tu Madre!

Mirad, almas religiosas; Dios vino del cielo al suelo a honrar nuestros andrajos, y a levantar nuestros remiendos y sayales pobres, y a desacreditar las púrpuras, y a hacer que se postren las coronas y las tiaras delante de la cruz y la pongan sobre sí por ornamento y gala los emperadores. ¡Oh pobreza, oh sacos de jerga, oh morada estrecha, oh lágrimas! Hoy es el día de vuestro triunfo, hoy os acredita el Rey del cielo; y juntamente condena lo superfluo, lo vano y lo curioso del mundo, las risas y las chocarrerías, las sedas y los brocados, las cátedras y asientos de honra mundana. Concédeme, Señor, que por tu amor lo desprecie todo, contento contigo solo. Amén.

Meditación sexta, y afectos a la circuncisión del Señor

¡Circuncidado está Dios, gran maravilla! ¡Oh divino Sansón! Tresquilado y en el regazo de nuestra santísima Dalila, ¿qué es de tu omnipotencia? ¿Qué es de tu grandeza? ¿Qué es de tu sabiduría? ¿Adónde están tus cabellos, oh gigante poderosísimo? Dios niño de ocho días, que le mide el tiempo y se le atreve el frío, y como si fuese pecador, toma la medicina de los pecadores. ¡Qué humildad tan profunda! ¡Persigue Jesús al pecado, y muere por él y déjale marcar y herrar con la marca y sello del pecado! Quiere parecer lo que no es porque yo confiese lo que soy.

Pero ¡qué obediencia y sujeción a la ley! Mas ¡qué priesa de Redentor! A los ocho días le circuncidan, y derrama sangre para entretener el apetito de su Padre, que tanto deseo tiene de que se la dé su Hijo toda. Para suspender esta sed de la sangre del Hijo ordenó su Padre que le matasen tantos animales y que altar y libro y pueblo se rociasen con sangre de ellos. Hoy se le ofrecen unas gotas de la de su Hijo, y en ellas se entretendrá hasta que la derrame toda en la cruz. ¡Oh qué caro precio! ¡Oh qué costoso remedio! ¿Porque sane el siervo entregastes al Hijo? ¿Por usar conmigo de misericordia hicistes en vuestro Hijo tan grande ostentación de vuestra justicia? Y no

la mostrárades tanto aniquilando o condenando los hombres a los eternos tormentos del infierno cuanto la mostrastes castigando en vuestro Hijo sus pecados [de ellos]. ¡Oh qué rigor para el amado Hijo y qué blandura con el desleal esclavo! Por esta circuncisión te suplico, Jesús mío, que circuncides en mí todo lo superfluo, todo lo vano, todo lo impertinente, todo lo que te desagrada y a mí me estorba para no allegarme a ti con perfectísima unión.

MEDITACIÓN SÉPTIMA, Y AFECTOS A LA VIRGEN EN LA MISMA CIRCUNCISIÓN

Mas, ¡oh Reina soberana!, acordaos (suplícooslo) de la ley, que el cordero que se hubiere de sacrificar esté siete días con su madre, y al octavo se le quiten y le lleven al templo para sacrificarle [28]. Siete días habéis tenido con increíble gozo vuestro Corderito, y hoy os le quitan de los brazos para el sacrificio de la circuncisión. Y si una oveja, cuando le quitan su cordero, lo siente y balando con dolor le sigue, ¡qué sentimiento, qué lágrimas, qué ansias de corazón serían las vuestras cuando os quitasen el vuestro para circuncidarle! Por vos se dijo en los Cantares: *El tiempo de la poda se ha llegado y la voz de la tórtola se ha oído en nuestros ejidos* [29].

Muchas cosas había visto la Virgen santa que le pudieran haber lastimado su corazón: la pobreza del Niño, la soledad, el frío, el poco abrigo y regalo; pero nada la obligó a gemir como tórtola como verle podar, que tiene grande analogía con el circuncidar. Llora una cepa cuando la podan, ¿y no habrá de llorar la Madre viendo circuncidar su Hijo? Si Séfora, mujer de Moisés, viendo circuncidado su hijo y que vertía sangre, apretada de dolor, dió con los despojos en el suelo, diciendo con increíble desconsuelo: *Sponsus sanguinum tu mihi es* [30]. Como si dijera: No sois esposo, sino tirano, pues me habéis hecho sacar sangre a mi hijo y ponerle a peligro de muerte. ¡Ay Virgen, qué sentimiento sería el vuestro en esta hora!

Al fin, se ha llegado el tiempo de la poda, y más que se llama vuestro Niño *Vid verdadera* [31]. ¡Qué vid tan podada y vendimiada en la cruz! Dame, Jesús dulcísimo, por tu muerte te lo suplico y pido, entera desapropiación de todas las cosas de gusto y una estima grande de lo que

---

[28] Lev. 22, 27.
[29] Cant. 2, 12.
[30] Ex. 4, 25.
[31] Ioan. 15, 1.

concebido por Espíritu Santo, sin obra de varón. Tu Madre te ha parido sin daño de su pureza virginal. Angeles te cantan, pastores te buscan, reyes te adoran; los cielos te predican y están goteando miel dulcísima de consuelos el día que naces en el mundo.

¡Oh Dios admirable en tus consejos! ¿Para qué llamas a los reyes, y a los ángeles y a los pastores, estando como estás en tanta pobreza? Otros se escondieran en ese traje y huyeran de ser vistos; y tú envías estrella que muestre a los orientales tus andrajitos, tus pañalillos y mantilluelas; tu cuna curiosa, quizá de un troncón de un alcornoque, como suelen ser los pesebres; tu Madre pobre, y padre carpintero. Pero ¿qué digo? Tan gran maravilla es esta en Dios como la adoración que se hace en los cielos con toda la riqueza de su gloria. Mucho es para ver Dios en un establo y reclinado en un pesebre, temblando de frío y mamando un rayo de leche de los pechos de su santísima Madre. ¡Oh qué gran cosa Dios arrebujado en pañales pobres! Pero mayor maravilla ser adorado de reyes en esa forma. Todo es divino lo que tiene Jesús, hasta la cruz y los clavos. Dame, Jesús, que en ninguna cosa me gloríe, sino en esa tu pobreza, la cual tomaste siendo riquísimo para enriquecerme a mí de verdaderos bienes. ¡Oh qué rico había yo de estar estando tú así pobre, pues lo que a ti te falta de riqueza fué para remedio mío! Ay Jesús, pobre por mí, que no veo en mí lo que en ti echo menos: suplícote me concedas la riqueza de tu pobreza; porque pobre Jesús y pobre yo, ¿de qué me sirve? Ya que eres pobre, Señor mío, porque yo sea rico, dame esa riqueza que a ti te quitaste, porque tus intentos no sean frustrados ni mi necesidad quede sin remedio.

Meditación décima, y afectos a los reyes postrados delante de Jesús

Postrados, le adoraron; y abiertos sus cofres, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra [40]. No sé a qué os compare, reyes santos. Si a leones, sois más fuertes; si a águilas, sois más ligeros; si a linces, sois más perspicaces y de vista más aguda. ¡Qué priesa! En trece días vienen a Belén desde el Oriente; a las nubes que vuelan los comparó Isaías [41]. ¡Qué ánimo más que de leones! Brama el tirano, túrbase el pueblo, escóndese la estrella, ignórase el lu-

[40] Matth. 2, 11.
[41] Is. 60, 8.

gar del nacimiento; todo les amenaza muerte, y ellos fuertes y en su pretensión constantes: *¿Adónde está el que es nacido Rey de los judíos?* [42] Primero confiesan que vean; primero mártires en el deseo que testigos oculares del Señor que confiesan. Buscan al Rey celestial y desprecian el temporal. Parece que las dificultades y los peligros aumentan en ellos el brío y la fortaleza, como en la antiparistasis [43] se esfuerzan más los contrarios.

Pero ¡qué vista tan de linces! Llegan a Belén guiados por la estrella; hallan una pobre casa, y en ella una doncella con un niño en los brazos dándole sus pechos; y sin haber visto milagros, ni profecías, ni doctrina del Redentor, póstranse en tierra, y postrados, le adoran. No juzgues de las cosas por las apariencias, sino por lo que la fe te enseña. Adora a Jesús aunque le veas pobre, aunque en pesebre de bestias, aunque colgado de un madero y puesto entre ladrones.—Adórote, Jesús, como te adoran los reyes, y confiésote por mi Dios, como ellos te confesaron, y ofrézcote dones, como ellos te ofrecieron. Pero ¿quién a quién? ¿Yo, pobre, al Señor de todas las cosas? ¿Yo, desnudo, al que viste los campos? ¿Yo, miserable, a la riqueza del mundo?

Los reyes ofrecen oro, incienso y mirra; y yo te ofrezco el corazón, con desprecio de cuanto precia y estima el mundo; mortificación de mi carne y mi corazón elevado y trasladado en ti. Pero, Jesús mío, ¿qué es esto? ¿Limosna recibes en este día como pobre? ¡Qué pobre Rey de judíos! De los cielos y de la tierra eres Rey, y es necesario que te remedien tus siervos en tu pobreza. Así, te ofrecen *oro,* para remedio de tu necesidad y de tu Madre; *incienso,* para quitar el mal olor del establo; *mirra,* para fortalecer esos tus membrecitos tiernos y helados con el recio frío. Al fin eres Rey, y eres Dios, y eres mortal; y como a Rey, te ofrecen *oro;* como a Dios, *incienso;* y como a mortal, *mirra.* Preciosas ofrendas, y como de reyes alumbrados por Dios, llenas de fe, de devoción y de espíritu. Acuérdate, Rey de los judíos y Emperador de los cielos, que eres mortal y que vienes a morir por los hombres. Toma esa mirra y ponla sobre tu corazón, para que la de tu pasión no se aparte de ti; y dame a mi, Jesús bueno, que muerto a todas mis pasiones, te siga y acompañe, crucificado como tú en esa cruz mental hasta que en la cruz real muramos juntos. Amén.

---

[42] Matth. 2, 2.

[43] *Antiparistasis* o *antiperistasis. Circum obsisto* peleo a la redonda.—«Acción de dos cualidades contrarias, una de las cuales excita por su oposición el vigor de la otra».—*Diccionario de la Academia*

SEGUNDO DECENARIO

Meditación primera, y afectos al Niño perdido

Pater noster. Ave, María.

No había de ser todo fiestas, Virgen Santísima, ni todo gustos y consuelos del cielo; dello con dello, a la usanza de la tierra, que hasta los hidalgos pechan si es de behetría. Gran fiesta fué para vos y gozo inmenso concebir en vuestras entrañas al divino Verbo. Grande visitar a Santa Isabel y ser de ella saludada con título de *Madre de Dios;* el regocijo de Juan en el vientre de ella y la gracia derramada en toda aquella casa. Grande, cuando os hallastes parida sin daño de vuestra virginidad, rodeada de ángeles que pedían las albricias al mundo, celebrada de pastores y servida de reyes. Grande, cuando, presentando a vuestro Hijo en el templo, Simeón y Ana le reconocieron, alabaron y celebraron por el Mesías prometido. Y ¿no bastaban estas fiestas? Ya es tiempo que escotéis lo que habéis holgado y que experimentéis las mudanzas de la presente vida. Esta vida, Señora mía, no es tanto vida cuanto destierro o muerte prolija, cuanto mar tempestuoso, cuanto valle de lágrimas y de miserias y adonde ninguna serenidad es durable, adonde no se puede siempre ver el cielo claro, adonde tantas perturbaciones y casos no pensados afligen a los mortales, adonde de la noche a la mañana se mudan y truecan los tiempos, adonde no a un paso se encuentra lo pasado con lo presente, adonde el mismo Criador por la mañana visita y consuela al hombre y a la tarde le prueba.

Mezcle Simeón a las alabanzas el cuchillo de dolor que ha de atravesar vuestra alma. Encruelézcase Herodes y busque vuestro Hijo para matarle, y síganse a esta tormenta siete años de destierro. Y si ahí se acabasen vuestros trabajos, tolerable sería; que, si bien se quiere considerar, no hay desconsuelo, ni pérdida, ni trabajo que no sea llevadero en compañía de Jesús. ¿Pero sin el? *Tu padre y yo te buscábamos sin algún consuelo* [44]. A lo menos ninguno, por justo que sea, se debe espantar de que alguna

[44] Luc. 2, 48.

vez Dios se le esconda y de que le falte el consuelo espiritual. Fáltale al justo y santo José, fáltale a la Virgen Santísima, tan favorecida y llegada de Dios, y fáltale al mismo Hijo natural de Dios. Si no, miradle en el huerto, del Padre a los discípulos; y miradle en la cruz, desamparado de todos.

Al fin, el estilo ordinario de Dios es ausentarse, retraerse y esconderse de sus mayores amigos, estando con ellos muy en sana paz, para probar de esta manera su paciencia y sacar el valor de su virtud a vistas. Trueca las balanzas: al que hoy está en la de la prosperidad, pone mañana en la de la adversidad, para ver si se muda o si pesa más en una que en otra. ¡Oh Virgen, que hasta hoy habéis estado en la balanza de los consuelos y favores del cielo abrazada y recreada con la presencia de vuestro Hijo; pero hoy os mudan a la balanza de los desconsuelos, que con su ausencia de fuerza han de ser muy crecidos, más de lo que con palabras se puede decir! ¡Oh qué dolor, oh qué sentimiento de Madre, oh qué lágrimas, oh qué diligencia en buscar su Hijo! Búscale, alma, si le perdiste por tu culpa y si se ausentó sin culpa; y búscale con angustia, y con preseverancia, y en el templo, que al fin le hallarás.

Meditación segunda, y afectos al mismo Niño perdido

¡Ay mi Jesús, perdido por mí y hallado para mí! ¿Por qué quisistes perderos con tan gran desconsuelo de vuestra Madre y de vuestro padre? Quedóse Jesús en Jerusalén, dice San Lucas [45], y no lo entendieron sus padres. Bien sabe Jesús el dolor de José y de la Virgen cuando le echen menos, y con todo, se queda y los deja ir solos. ¡Oh grande soledad sin Dios! Al fin se ha de romper con el amor de los padres temporales cuando se trata de la gloria y servicio del Padre celestial. Por cima del padre, dice San Jerónimo que ha de pasar el hijo que, habiendo oído la voz de Dios, se determinó de seguirle. ¡Ay amor de padres, a cuántos has detenido en el camino de la virtud! ¡Cuántos dejaron la cruz de Cristo por las ternuras de sus madres! Por eso dice él en su Evangelio: *El que ama a su padre y a su madre más que a mí, no es digno de mí* [46], no me merece por padre ni por madre. Y en otra parte [47]: *El que hace la voluntad de mi Padre, que está*

[45] Luc. 2, 43.
[46] Matth. 10, 37.
[47] Matth. 12, 50.

en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

Pero dime, amorosísimo Jesús, en estos tres días de ausencia, ¿adónde estabas y qué comías? ¿Dormiría en algún hospital y mendigaría de puerta en puerta? ¡Oh Mendigo divino, quién te hospedara alguna noche en su casa! ¡Quién te diera de cenar y de comer! Mas ¿quién me diera a mí algunos de aquellos mendruguillos de pan que te dieron de limosna? ¡Qué rico, pobre Jesús! Pobre, porque quiere serlo; rico, porque en él están los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios y la riqueza toda de Dios. ¿Por quién pedías cuando pedías: —Limosna a un pobre por amor de Dios? —Piensa esto, alma, y rúmialo, que yo no acierto a decir lo que pienso. ¡Oh Jesús, y a cuántas puertas llegarías que no te darían nada, ni una buena respuesta! Algunos te dirían: —*Dios os ayude*. Y los que te diesen, ¿qué ricos quedarían dando? Cállelo la lengua y rúmielo el afecto.

Pero, Señora, ¿cómo perdistes este Hijo? Pensó ella que iba con José, y José que iba con ella. ¡Qué pensamiento tan corto! Usó Dios aquí de su poder, y ató corto el pensamiento de la Virgen que no llegase a pensar más de que iba el Niño con José. Claro está que si le diera lugar para pensarlo todo, que pensara, y pensara lo que sucedió, pues era cosa hacedera, y la razón y el amor pedían que no se partieran de Jerusalén sin su Niño; pero limitó Dios su pensamiento, como el de Abrahán, cuando le dijo que le sacrificase su hijo, que no reparó más que en el mandamiento de Dios, y a ése acudió, sin acudir a pensar en inconvenientes [48]. ¡Ay Jesús!, por este dolor de tus padres y amor de tu Eterno Padre, te suplico ates mi pensamiento y estrechísima voluntad, para que ni piense ni quiera más de lo que tú quieres que piense y quiera. Esto me da, Señor, en limosna por la que pediste y te dieron. Dame que me dé yo todo a ti agora y para siempre, para que nada se halle en mí que no sea tuyo y para tu gloria y honra.

Meditación tercera, y afectos a la presentación

¿Qué buena ofrenda, Dios a Dios? A lo menos, no podrá el Padre volver el rostro a la que ofrece ni al ofrecido ni dejar de agradarse y darse por satisfecho del presente [49]. Esta sí es ofrenda que sin empacho se puede ofrecer,

[48] Gen. 22, 2-3.
[49] Luc. 2, 22, et Matth. 3, 17.

y sin temor de si la querrá Dios o no. Cuando yo ofrezco el cordero, o los palominillos, o las tórtolas, o el becerrillo, o la hija, o la hacienda, o la honra, bien podré temer si será acepto esto que ofrezco o no, porque muchas cosas de éstas vemos que en ocasiones las ha echado Dios a mal [50]. Pero si le ofrezco el Hijo al Padre Eterno, fuerza es que le reciba y se agrade de él y de todo cuanto le ofreciere junto y unido con él [51]. Y de aquí tomó la Iglesia el rematar sus oraciones y colectas en el oficio divino: *Per Dominum nostrum Iesum Christum, Filium tuum*, para dar a todo lo que pide fuerza y valor y aceptación.

Pero ¿qué lengua podrá explicar la reverencia, la humildad, la devoción y lágrimas con que la Virgen soberana, toda inflamada con espíritu divino, las rodillas en tierra y los ojos en el cielo, teniendo a su Hijo en sus brazos, le ofreció al Padre Eterno? Recibe, Santo Padre y Dios omnipotente (diría), esta ofrenda y hostia pacífica que yo, tu esclava, te ofrezco por la salud del mundo. Recibe este Hijo común de ambos, tuyo *ab aeterno* y mío en tiempo. Tuyo en lo divino y mío en lo humano. Gracias te doy infinitas, porque fuiste servido de engrandecerme tanto, que sea Madre de quien tú eres Padre. Recibe agora de las manos de tu sierva este sacrificio santo de la mañana, que de aquí a treinta y tres años te será ofrecido en los brazos de la cruz en sacrificio de la tarde. Mira con buenos ojos, Padre piadosísimo, lo que te ofrezco y por quien lo ofrezco; que no te puede haber ofendido el mundo tanto ni pecados pueden ser tan grandes que con tan excelente sacrificio no queden pagados y satisfecho por ellos.

Ofrece tú, alma, en esta forma tus ofrendas, desconfiada de tus méritos propios y confiada de los de Cristo, que, en unión de sus acciones todas, cualquiera cosa que ofrezcas es grande y será bien recebida. ¡Oh Jesús!, por tu Madre Santísima te suplico que, pues soy tuyo, me recibas en tu casa y servicio; a ti me presento y a ti me ofrezco para *perpetuo esclavo tuyo* y para ti.

Meditación cuarta, y afectos al Niño Jesús redemido de su Madre

Pero, Reina soberana, ¡qué rica entrastes en el templo y qué pobre os considero hecha esta ofrenda! Vuestro era Jesús, y ya no es vuestro, porque de ley es del Señor [52];

[50] Ps. 39. Is. 1, 13-14; Hebr., 10.
[51] Hebr. 13, 21.
[52] Luc. 2, 23.

y si no le redimís y pagáis cinco por él, sin él os volveréis a vuestra casa. Pagó la Virgen sus cinco monedas y restituyóle el sacerdote su Hijo. ¡Ay sacerdote!, ¿qué haces? No vuelvas ese primogénito a su Madre, que es toda la riqueza del mundo; guárdale para ti y quedarás más rico que los ángeles todos. Pero ¿cómo vivirá sin él la que le parió y conoce su valor? ¡Oh qué sentimiento el de la Virgen en aquel breve tiempo que estuvo sin su Hijo! Piénselo el alma, que ni es para lengua ni para pluma.

Al fin, es comprado el primogénito del Padre y de toda criatura, como dijo su apóstol; y el que con cinco llagas principales y cinco mil azotes había de redemir el mundo, es redemido por cinco reales. ¡Qué barato que comprastes, Reina soberana! ¡Qué barato que comprastes! Más barato que vuestro Hijo cuando nos compró a nosotros. *Precio grande* (dijo San Pablo)[53], y San Pedro[54], *precio de sangre preciosa del Cordero no manchado*, Cristo. Y más digo, y con vuestra licencia lo digo, Señor redemido, que es mayor compra la que hizo vuestra Madre que la que vos hicistes; porque aquí no el mundo, sino el Señor del mundo es comprado y redemido. Al fin quisistes pareceros a los hombres en el ser redemido como ellos, y por este medio darnos derecho doblado sobre vuestra persona y bienes. Estima esto, alma, y mira lo que debes al Padre, pues parece haber estimado en más a los hombres que a su Hijo, pues para la redención de ellos buscó precio infinito, y para la de su Hijo se contentó con cinco siclos. ¡Ay, cuán caro te costamos, Cristo santo! ¡Ay, cuánto nos estimastes, Padre Eterno! Tu Hijo das y ofreces para que le tenga el mundo, pues redemido es de quien le redimió, como lo es tuyo. Tuyo es, que nadie te lo pudo quitar, que es una cosa contigo; pero es de manera tuyo, que tengo yo derecho a él como a mío. Derecho, digo, doblado, porque me le diste de gracia y porque con su dinero le compró para mí su Madre. La primera fué dádiva graciosa, y ésta es como de justicia, porque vende quien puede y compra quien tiene derecho a comprar.

¡Ay mi Jesús! Suplícote que por quien eres que cuando vengas a juzgar vivos y muertos te acuerdes que para nosotros fuiste comprado, y pues eres justo, danos allí lo que es nuestro; nuestro eres, y nuestras tus acciones y todos tus bienes y riquezas; nuestras tus heridas y llagas, nuestras tus lágrimas y suspiros, nuestros tus trabajos y dolo-

---

53 I Cor. 6. 20.
54 I Petr. 1. 19.

res, y nuestros tus merecimientos todos. ¡Oh qué grande riqueza la mía! ¡Oh venta que me hace libre y libertad que me vende! Tuyo soy y tuyo quiero ser, porque eres mío y para mí comprado y rescatado por tu Madre.

Meditación quinta, y afectos al Niño que huye a Egipto

¡Oh mi Jesús! ¿Cómo vais tan niño huyendo a reino extraño? ¡Buen capitán que deja los soldados en poder del enemigo y huye! Es doctrinal esta huída; huye para enseñarme a huir del enemigo airado, especialmente cuando allá en lo interior no siento ser la voluntad de Dios que me ponga en sus manos y me ofrezca al cuchillo. Huye porque no ha llegado el tiempo en que ha de morir por los hombres, que le falta el enseñarlos de palabra y con ejemplos. Huye porque no es Herodes el que ha de hacer justicia de él. Huye por el cumplimiento de la profecía de Miqueas y por hacer una rica ofrenda de mártires a su Padre, con que se entretenga en cuanto llega su hora. Huye por mostrar la verdad de su carne, que Dios en cuanto Dios no puede huir.

Pero ¿qué nueva tan triste se le da a la Virgen? Apareció el ángel a José en sueños y dícele: *Levantaos y huid a Egipto, porque Herodes ha de buscar el Niño para matarle* [55]. ¡Qué de pensamientos combatirían aquel corazón! Habéisme dicho que es Hijo de Dios, ¿y agora me deeís que huya con él a Egipto? ¿Cómo se compadece ser Dios y huir de Herodes? Al fin obedeció; levantóse y fuese a la Virgen y cuéntale la visión. ¿Qué diría? Pensadlo vos. Al punto compusieron su hatillo y caminaron. ¡Qué miedos, qué sobresaltos, qué de trabajos por el camino, qué de necesidades, gente pobre y en reino extraño! ¡Qué temprano andáis estaciones, Virgen santa! *Admíteme por esclavo tuyo* en esta jornada, Reina del cielo. Admíteme, Jesús bueno, en tu compañía y de tu Madre y concédeme que en todas mis calamidades y persecuciones a ti solo acuda, a ti solo busque, a ti solo llame; contigo me junte, para nunca apartarme de ti.

---

[55] Matth. 2, 13.

Meditación sexta, y afectos a Jesús bautizado

Amorosísimo Jesús, en el Jordán te considero bautizado de tu siervo y amigo Juan entre los demás a los cuales sus pecados llegaban al bautismo. ¡Qué humildad! El amigo replica [56]: *Yo soy el que debo ser de ti bautizado, ¿y tú vienes a mí?* Mi bautismo no da gracia, dispone para el tuyo, que, tocando con el agua la carne, queda santificada el alma. *Deja*, responde Cristo, *que así nos conviene cumplir toda justicia.* Todo esto me embaraza y me suspende y me levanta a dulces pensamientos. Toda justicia es el humillarse los dos: Cristo, bautizándose, sin tener necesidad, y Juan, rehusando este oficio y al fin ejercitándole. Tan humilde estuvo retirándose como obedeciendo. ¡Oh Jordán, que lavando a los bautizados quedaban tus aguas manchadas, y lavando a Jesús quedan santificadas y con virtud de santificar de hoy más a los pecadores!

Así nos conviene cumplir toda justicia: En el cumplimiento de ella reconoció el Padre a su Hijo; ábrense los cielos, óyese la voz divina y paterna: *Este es mi Hijo querido, en el cual yo tengo mi gusto todo.* Descendió el Espíritu Santo en figura de paloma, asentóse sobre su cabeza y reposó allí. Humíllate, alma, con Jesús y con San Juan, que luego se abrirán sobre ti los cielos, y te confesará el Padre por hijo suyo, y descansará en ti el Espíritu Santo, y rebosará y trasverterá la santidad. Por Jesús te pido, ¡oh Padre celestial!, y por su humildad y de su precursor, que me purifiques todo, y libre de mis pasiones y afectos carnales, envía en mi alma tu Santo Espíritu, para que con sus divinos dones me hermosee y haga digna morada de toda la Trinidad. Amén.

Meditación séptima, y afectos al ayuno de Cristo

¡Ay Jesús, amador de las almas! Por ellas te considero en el desierto ayunando cuarenta días y cuarenta noches y padeciendo muchas descomodidades: cama dura, compañía de bestias, soledad espantosa, tentaciones continuas del demonio, que te convida con guijarros en tu mayor hambre, que te lleva por los aires al pináculo del templo por desvanecerte y, provocándote a idolatría, te ofrece los reinos y señoríos de la tierra; quiere que, puesto de rodi-

[56] Matth. 3, 14-15.

llas en tierra, le adores. ¡Oh qué grande agravio se le hace a Jesús! ¡Oh cómo sintió este atrevimiento! Concédeme, Jesús, en los ejercicios espirituales perseverancia y que, vencido perfectamente el vicio de la gula, el de la vanidad y codicia desordenada de las cosas temporales y con tu divina gracia socorrido, sea libre de las asechanzas y lazos del enemigo.

Pero de consideración es lo que dice San Marcos [57]: *Expulit eum Spiritus in desertum:* Que le arrojó el Espíritu Santo en el desierto, para que fuese tentado del demonio. Parece, Señor mío, que os sacan de los cabellos a la soledad. ¿Qué fuerza de espíritu es ésa, que os arrebata y os arroja? Es tanto el amor y tan crecida la voluntad que nos tiene Cristo y el deseo de ser tentado por nosotros, que parece que le arrojan y como que le arrebatan, porque no ve la hora de llegar a padecer por los hombres. Este amor le tiene más consolado en el desierto que en compañía de su Madre y más harto ayunando que comiendo. ¡Oh Cristo santo, cuánto más te debo por el afecto y voluntad con que me redemiste que por lo que padeciste! Mucho amor me declaran esas llagas hechas en tu santísimo cuerpo, pero mucho mayores las considero en tu alma. Por la mayor de ésas apenas cabe una lanza, y por la menor de las que están en tu Corazón cabe todo el mundo. Hizo Salomón en el templo unas ventanas anchas y rasgadas de parte de dentro, y angostas y estrechas de parte de fuera. Tu cuerpo es éste, Jesús mío; tu cuerpo es éste, y aquellas saeteras tus sacratísimas llagas son, las cuales, aunque parecen a los ojos de carne angostas, anchísimas son allá dentro. Una vez te crucificaron tus enemigos y muchas veces deseaste en tu Corazón ser crucificado; como lo diste a entender a tus apóstoles cuando, asentado con ellos a la mesa, les dijiste: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum antequam patiar* [58].

Expulit eum Spiritus [59]: *Arrojóle el espíritu*. A mí me parece que esta palabra significa alguna repugnancia en la carne de Cristo, que, como hombre, sentía el dejar el regalo de su Madre, y el haber de encontrar con Satanás, y el rigor de los ayunos; y en esta lucha y contradicción de la naturaleza forcejó el Espíritu, y, rompiendo dificultades, le arrojó en el desierto. ¡Oh qué grande soledad la de la Madre! ¡Oh qué sentimiento el suyo cuando se despidió de ella su Hijo! Siéntelo el Hijo, amador y enamo-

[57] Marc. 1, 12.
[58] Luc. 22, 15: *Con gran deseo suspiraba por comer esta Pascua con vosotros antes que padezca.*
[59] Marc. 1, 12.

rado de los hombres; ¿y no lo sentirá la Madre, enamorada de su Hijo? Dame, Jesús, que en las guerras del espíritu y la carne salga yo vencedor; y cuando me tardare en tu obediencia, me arroje tu Espíritu, de manera que no mi voluntad, sino la tuya, se cumpla para siempre.

Meditación octava, y afectos a la predicación y trabajos de Cristo

Considero tu celo y tu predicación, ¡oh Cristo santo!, tus cansancios y fatigas en beneficio de las almas. ¡Oh cuánto las amaste! ¡Oh cuán caras te costaron! Cansado, y fatigado, y asoleado me buscaste, y te asentaste, como lo canta la Iglesia [60]. Dame que con tan grandes ansias desee y procure la salvación de los hombres, que ni huya los trabajos ni el perder la vida por este fin.

Meditación nona, y afectos en la entrada de Jerusalén

A Jerusalén subes, Cristo mío, en un jumento pobre, aderezado con las capas de los tuyos, rodeado de gentes que de la manera que pueden te honran y cantan alabanzas, y en ese tiempo derramas lágrimas de tus ojos viendo la perdición y destrucción de aquel pueblo. Jumento soy, guíame; con humildad espero tu gobierno. ¡Ay honras lloradas de Dios!, ¿para qué os quiero? ¡Ay favores y alabanzas humanas, que lastimáis el Corazón del Señor!, apartaos lejos del mío y de mí para siempre, que en el fin os mezclaréis con dolor. Más quiero y más me agradan las lágrimas de Jesús que las canciones de aquel mudable y desleal pueblo. Estas me templan y me moderan, y aquéllas [61] me desvanecen y me sacan de mí. ¡Oh, si los trabajos de mis prójimos me doliesen tanto que el llorar por ellos fuesen mis fiestas! Pero ¿qué mudanza? Agora: *¡Viva el Rey!*, y dentro de cinco días: *¡Muera, que se hace Rey!* ¿Agora ramos, y después bofetadas? ¿Agora acompañado, y luego solo? ¿Y que no haya quien (acabada la procesión) le convide a comer, y ha de mendigar un pedazo de pan?

---

[60] Alusión al *Dies irae:* «Quarens me, sedisti lassus», etc.

[61] Parece que se ha cambiado el orden: *éstas* y *aquéllas*, por *aquéllas* y *éstas*.

MEDITACIÓN DÉCIMA, Y AFECTOS A LA VENTA

¿Qué haces, Judas? ¿A mi Cristo vendes? ¿Es tuyo? ¿O estáte cometido de su Padre el venderle? ¡Ay, codicia desordenada, que a tal extremo llegas a los mortales! Concédeme, Señor, que a ti solo codicie y nada estime fuera de ti. ¡Y qué de veces te he vendido y trocado por viles deleites, intereses cortos y pequeños gustos!

TERCERO DECENARIO

MEDITACIÓN PRIMERA, AL LAVATORIO DE LOS PIES Y CENA MÍSTICA

Pater noster. Ave, Maria.

¿Qué es esto, ángeles? ¿Dios lava los pies de unos pobres pescadores arrodillado en tierra delante de ellos? ¿Cómo pueden de hoy más no humillarse los hombres? ¿Cómo puede quedar en sus corazones rastro alguno de soberbia con este ejemplo? Lávame, Jesús, lávame; y lávame de pies a cabeza, que todo me siento necesitado de tu lavatorio. ¡Oh si de hoy en adelante perfectamente me humillase! ¡Oh si me sujetase debajo de los pies de toda criatura! Tú, Jesús humildísimo, me lo concede y que alcance, como es posible, la sobreeminente caridad tuya en esta hora.

En manjar y bebida te quedas para sustentarme. ¡Qué liberal Bienhechor! ¡Qué Padre tan piadoso! ¡Qué hijos tan bien afortunados y regalados, que, asentándose a la mesa de su Criador, comen de Dios y beben de Dios! Concédeme, Jesús, hambre de este pan y sed de este licor precioso de tu sangre. Dame que con casto afecto, con singular humildad y con entera pureza de corazón te reciba y te incorpore en mí, para que seamos una cosa por amor, y como es posible según la carne.

Meditación segunda, y afectos a la [oración] del huerto

¿Qué es esto, Cristo mío? ¿De rodillas y orando al Padre, y en un huerto y a deshora, los discípulos dormidos y el cielo sordo? Pero ¡qué rendimiento de voluntad! *No lo que yo quiero, sino lo que tú quieres* [62]. ¡Qué esfuerzo con la oración! Mas ¡qué congoja tan grande con la ausencia del ángel! *Factus in agonia prolixius orabat; et factus est sudor eius, sicut guttae sanguinis decurrentis in terram* [63]. Sudáis, Jesús mío, y sudáis sangre que riega el suelo. ¿Quién tal vió? Dadme que por vos me niegue a mí mismo y en nada haga mi voluntad. Dadme que con fervor de espíritu ore, con perseverancia os asista, con amor os acompañe y que mis pecados, cuya memoria y representación os tienen sudando, me hagan sudar la sangre de mi sucio y mal mortificado corazón.

Meditación tercera, y afectos al prendimiento

Pero ¡qué esfuerzo de Maestro y de Redentor! Remojado en sangre y lleno de lágrimas de verse en tal figura, se levanta de la oración, previene y esfuerza a los suyos para salir al encuentro a los enemigos que vienen a prenderle. *¿A quién buscáis? Si a mí, dejad libres a mis discípulos* [64], que yo soy el que tengo de pagar por todos. Prendedme a mí, que en los ojos de mi Padre yo soy agora el malhechor, por haberme obligado por malhechores.

¡Ay Jesús, y qué de pensamientos cercan en esta hora mi corazón!

¡Tú pagas lo que no comiste ni bebiste, y yo, que fuí el goloso, y el tragón, y el que cogí la fruta vedada, paso mi vida riendo! Suéltame, Señor, y préndeme; rompe las ataduras de mis pasiones y aficiones viciosas y átame con las de tu ardentísima caridad para que siga tus pisadas hasta morir en la cruz. Esfuerza mi flaqueza y establece mi inconstancia para que jamás por ningún suceso quiera ni pueda desviarme ni apartarme de ti.

---

62 Luc. 22, 42.
63 Luc. 22, 43-44.
64 Ioan. 18, 7-8.

Meditación cuarta, y afectos a la presentación ante los jueces

¡Oh mi Jesús!, ¿qué haré? ¿Maniatado vais delante de los jueces? ¿Quién os maniató? ¿Como a ladrón os tratan y vos calláis? ¡Oh mansedumbre inefable! Ni os quejáis, ni murmuráis, ni pedís socorro, ni resistís; a los que os llevan seguís, a los que os mandan obedecéis y a los que os afligen sufrís! Y ¿por qué no seguiré yo tales ejemplos? Concedédmelo, por vuestro santo amor.

Meditación quinta, y afectos a la bofetada

Malco, ¿qué haces? ¿A Dios hieres en el rostro con cruel bofetada? Ves aquí el mío, hiérele; y adora ese que adoran, y reverencian, y codician, y desean mirar los ángeles. Por la modestia con que respondiste y por la paciencia con que recebiste tan grande injuria, te suplico, Jesús mío, mortifiques en mí los ímpetus de ira y furor. Embota los estímulos de la indignación y apaga todo apetito de venganza, para que, provocado con injurias, no me turbe, ni riña, ni dé voces; antes, sufriendo por tu amor todo lo adverso, dé bien por mal, como lo dice tu apóstol, y tú me lo enseñas con este ejemplo.

Meditación sexta, y afectos a la negación de San Pedro

Mas ¡ay mi Jesús!, que si los malos tratamientos de tus enemigos te afligen, mucho más el negarte tu amigo y Vicario Pedro no una, sino tres veces, con temor mujeril y que no cabía en varón constante. Pero maniatado y en presencia del pontífice, le miraste, y le desataste, y le libertaste, y le provocaste a lágrimas, que no enjugó en cuanto le duró la vida. Mírame, Señor, desde los altos cielos con aquellos piadosos ojos con que le miraste a él, para que con justas lágrimas llore mis injusticias y borre mis maldades para nunca más cometerlas. Amén.

Meditación séptima, y afectos a las afrentas de los judíos y de la reprobación de Cristo en competencia de Barrabás

Blasfemo te llaman, Jesús bueno y Bondad infinita, porque siendo preguntado respondiste la verdad diciendo que eras Hijo de Dios, aunque con grande modestia. Por este tan grande desacato, te suplico me concedas ánimo y esfuerzo para volver por tu honra, aunque blasfemen de mí, y que en todo lugar reverencie y acate la presencia de tu Divinidad.

Pero, Cristo santo, en quien están todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios, ¿qué agravio es este que te hacen los tuyos, que, dándoles a escoger Pilatos entre ti y Barrabás, hombre sedicioso, homicida y condenado a muerte, le escogen a él para darle libertad y a ti te condenan como a merecedor de afrenta y de cruel muerte? ¿Qué sentiría tu corazón en esta hora? ¡Qué reprobación y qué elección! *¡No a éste, sino a Barrabás!* [65]. Tú eres la piedra reprobada de los judíos y escogida de Dios para clave del edificio de tu Iglesia. ¡Oh si te supiese mi ánima estimar! ¿Por qué ha de querer sino a ti? Basura es todo lo criado en mi consideración. Muera yo a todo, para que tú solo vivas en mí, vida de mi alma, para siempre.

Meditación octava, y afectos a los azotes

Ya te veo a la columna atado y amarrado, Cristo santo; ya te veo en poder de sayones; ya los látigos y las disciplinas; ya los ánimos crueles encendidos en cólera para herirte. ¡Qué duro y helado poste de mármol frío! ¡Qué carnes tan delicadas para ser heridas! ¡Qué empacho de Dios desnudo! Pero ¡qué dolores! Descargan los azotes, hacen llagas, derraman sangre, arrancan pedazos de carne inocente, siembran el pretorio de tales despojos, ¿y no hay quien se duela y compadezca de Jesús? Ni lo ve la madre ni los discípulos. Pero, mi Jesús, en esa figura te quiere y adora mi ánima y te elige por Esposo suyo muy querido. Esas llagas me llegan más a ti; ésas me enamoran y me roban el corazón; con ésas me sanaste y por ellas tengo de gozarte en tu gloria. ¡Oh llagas de mi salud y azotes de mi remedio! ¡Dios desnudo! Desnúdame, Señor,

---

[65] Ioan. 18. 40.

de mí mismo y de todo pensamiento bajo y de cuanto heredé del viejo Adán, y vísteme de ti mismo, Adán nuevo, de manera que tu mortificación resplandezca siempre en mi carne mortal.

Meditación nona, y afectos a las burlas que se hicieron a Cristo en casa de Pilatos

¡Ay, Jesús mío, qué noche se os apareja en casa de Pilatos! Después de azotado, vistiéronos de púrpura para escarneceros; pusiéronos una corona de espinas sobre vuestra venerable cabeza; en la mano, una caña en lugar de cetro. Hincan en tierra las rodillas los sacrílegos sayones, adóranos de burla y lastímanos de veras con bofetadas y pescozones; y, vendados vuestros ojos con una sucia rodilla, os dicen: *Adivina quién te hirió* [66]. ¡Oh Jesús, y qué de secretos hay aquí escondidos! ¡Y qué de doctrinas del cielo! Lo primero que te pido sea que la memoria de tu pasión nunca se borre en mí. Lo segundo, que esas espinas se te conviertan en rosas que recreen tu celebro traspasado y traspasen el mío, para que sepa lo que a ti te lastimaron y lo que cuesta la honra, aunque sea de burla. Lo tercero, que de aquí adelante mi gloria sea padecer afrentas por ti. Lo cuarto, que ninguna tribulación, persecución ni tormento me aparten de ti.

Meditación décima, y afectos al *Ecce Homo*

Ecce Homo! ¿Qué Hombre? Díselo tú, Jesús, a mi alma, que ningún otro se lo sabrá decir. El Hombre que se os antojó que se quería levantar con el reino. ¡Qué talle de Rey! Más parece leproso. ¿Cómo pueden caber en este Hombre pensamientos contra el César?

Ecce Homo! Parece que fué menester decirles Pilatos que era hombre, por la mudanza de su figura, herido de pies a cabeza y el vestido de color. Bien *de púrpura,* Señor mío, porque el color de la carne sea el de la ropa que os cubre; color dos veces teñido, como ropa de rey puesta a las canales del tinte. ¡Oh hombre nuevo en el mundo, que eres hombre y eres Dios; y estás azotado, coronado y abofeteado, y juegan y burlan de ti toda la noche los ministros del presidente!

---

[66] Matth. 26, 68.

CUARTO DECENARIO

MEDITACIÓN PRIMERA, Y AFECTOS AL CLAMOR DEL PUEBLO QUE PIDE QUE JESÚS SEA CRUCIFICADO

Pater noster. Ave, Maria.

Mas ¡ay, Señor mío!, que ni en esa figura ni en otra os conocen ni os quieren los vuestros; cúbrense los rostros por no veros y a voces dicen: *Tolle, tolle, crucifige eum!* [67] ¡Quitadle allá y crucificadle! Pilatos responde: *¿A vuestro Rey tengo de crucificar?* Y ellos replican: *No tenemos otro rey que el César.* Aquí, ánima mía, fija el pensamiento y dobla la consideración, y al que desecha el pueblo, recibe tú con entrañas de perfecta caridad. No es tu rey el César, sino Jesús; y aunque es bien y conviene que muera crucificado, porque así está ordenado *ab aeterno* y lo quiere su Padre, no consientas tú en esa muerte de cruz, acompañando y aprobando los intentos del pueblo loco. Abraza ese Hombre que desprecian todos; quítasele de las manos al juez, y llévale a tu casa, para que como Rey te rija y disponga para su reino soberano, y tú le obedezcas como vasallo fiel.

MEDITACIÓN SEGUNDA, Y AFECTOS A LA SENTENCIA DE MUERTE

Sentencióle el juez a muerte, y muerte de cruz, y que la lleve a sus cuestas, y dos ladrones para los lados, como diácono y subdiácono. Al fin, Sacerdote sumo, que se ha de sacrificar en el madero de la vida. ¡Quién tal oye y no revienta de dolor!

No condenes a nadie en tu juicio, sino a ti; esa sentencia, tú la mereces; entra en lugar de ese Hombre, que en extraña figura sufre ser condenado sin culpa por tus culpas. Mas ¡ay, Jesús!, que para que yo sea absuelto conviene que vos seáis sentenciado y condenado, y para que yo viva, que muráis vos. Muramos juntos, para que juntos resucitemos a la gloria que tenéis y gozáis con el Padre y el Espíritau Santo. Amén.

---

[67] Ioan. 19, 15.

MEDITACIÓN TERCERA, Y AFECTOS AL TOMAR JESÚS LA CRUZ A CUESTAS

Toma Jesús su cruz para caminar al Calvario, lugar del sacrificio y de facinerosos, adonde será necesario atapar las narices, por el mal olor de los cuerpos muertos. Para tomarla, le desnudan de lo colorado y le dan su ropa, para que sea de todos conocido y sea mayor su afrenta. Y al sacarla, ¡qué dolor tan crecido! Los pedazos de carne saldrían con ella. Las heridas todas se renuevan, la sangre corre por muchas bocas, y no abre mi Jesús la suya. Comiénzase la procesión, óyense las trompetas roncas y la voz del pregonero, que publica sus culpas y la sentencia del virrey; las voces y alaridos de los judíos. Todo es Pascua, y en Pascua quiere morir Jesús.

Señor, yo me comienzo a enternecer oyendo esto, y luego se me regocija el corazón considerando el vuestro lleno de alegría. Mira, alma, la carroza de tu Rey; mira cuál va cargado de la llave de los cielos. Esta es tu Pascua, Jesús bueno, y ésta es mi Pascua; pero duéleme verte con ese pesado madero sobre tus flacos y delicados hombros. Déjame que te ayude a llevarla no como Simón Cireneo, que va alquilado y por su jornal, sino como hijo que siente mucho la fatiga de su padre. ¿Y soy yo la causa y no me muero? ¡Qué buenos pasos de Jerusalén al Calvario! Para todos es esta estación. Toma tu cruz, alma, y sigue con ella a Jesús, que se gana indulgencia plenaria en el monte santo.

MEDITACIÓN CUARTA, Y AFECTOS AL ENCUENTRO DE LA VIRGEN Y SU HIJO EN ESE CAMINO

Y vos, Reina de los cielos, ¿qué hacéis en esta hora? No pudo ignorar lo que pasaba, porque la alegría de la ciudad era común y todos andaban de fiesta. Todos acudían a las voces, y ella también. Seguía el rastro de la sangre, y al fin, aunque con trabajo por la mucha gente, llega; reconoce al divino Cordero, aunque tan desfigurado. Míranse, y atraviésanse los corazones; abrázanse, y danse beso de paz. Otra cruz es ésta, Jesús mío, otra cruz en ésta. La de madera os trae molidos los hombros y llagados y os hace arrodillar en tierra muchas veces; pero ésta acabara con vos, si vuestro Padre no os guardara para trabajos mayores.

Esfuérzanse los dos, Madre y Hijo; dícense razones

tiernas y de compasión: —Madre, esto conviene así, que lo quiere y ordena mi Padre, y por este medio se repara el mundo y se remedian las almas y cumplo con la obligación de Hijo. —Hijo, yo soy contenta; vamos juntos y muramos juntos, si así es la voluntad de vuestro Padre.— Oye, alma, este coloquio, si puedes llegar con tanta gente, y sigue al Hijo y a la Madre, que caminan al Calvario.

Meditación quinta, y afectos al tomar de la medida en la cruz para los barrenos

En el Calvario estamos, alma mía; abre los ojos y mira bien lo que pasa. Asienta Jesús su cruz en tierra, y mándanle a él asentar sobre una piedra, no para que descanse, sino para que desde allí considere el lecho florido sobre que ha de dormir el sueño de la muerte. ¿Qué pensamientos serían los de su Corazón? De los que quiere San Pedro que nos armemos contra todas las tentaciones del enemigo [68]. Quédense los de Jesús al devoto pensamiento. Para tomar en la cruz la medida, le mandan levantar, desnúdanle a redropelo en presencia de su Madre y de sus enemigos, y como estaba helada la sangre y pegada la vestidura, tuvo dificultad el sacarla; quedó aquel cuerpo sagrado hecho todo una llaga de alto a bajo, que pudiera mover a compasión las piedras.

¿Qué mudar de vestidos es éste, Jesús mío? ¿Cómo os desnudan y visten tan a menudo? Agora la ropa, y los cueros de vuestra carne inocente. Dificultosa cosa es el desnudarnos, y más cuando al vestido se le pega la carne y la sangre. Desnúdate, hombre, que no puedes bien sacrificarte a Dios vestido. Pero, Redentor mío, ¿qué pobreza tan grande es ésta? ¿Sin hilo de ropa sobre sí el que cubre los cielos, el que viste los lilios y matiza los campos de varios colores? ¿Quién te viera, Jesús bueno, asentado, desnudo, derramando sangre y contemplando los instrumentos de muerte? Desnuda mi corazón de toda imagen de criaturas y de todo afecto torpe y renueva en mí cada día los deseos y propósitos buenos y el amor casto para contigo.

[68] I Petr. 4, 1.

Meditación sexta, y afectos al barrenar la cruz y extender a Cristo en ella

Levantaos, Rey de la gloria, de esa piedra y tendeos sobre esa cama dura que vuestra madrastra la Sinagoga os tiene aparejada para que descanséis del camino. Tienden al Señor de la Majestad sobre la cruz, estiran los brazos, miden la estatura, señalan los lugares para los barrenos, y hecho esto; mándanle que se levante en pie. ¡Qué caridad del Redentor! ¡Con qué voluntad extiende sus brazos y pies para que hagan los agujeros! Mas ¡ay, mi Jesús, que ahora se barrena la cruz, y presto se barrenarán las manos que formaron los cielos, y se fijará con duros clavos el cuerpo y se levantará en el aire! Traspásame, Señor, con los clavos de tu temor santo y enclávame juntamente contigo, para que no dé paso ni extienda mano a cosa vedada por tu santa ley.

Meditación séptima, y afectos al quitar de la vestidura y corona

Y si lo que aquí meditan los santos atentamente se considera, ¿qué corazón, aunque de piedra, no se hará pedazos? ¡Ay, Cristo santo, que para desnudarte te quitaron la corona de espinas, y se quedarían muchas quebradas y fijas en tu celebro; y después te la vuelven a poner, renovando las heridas antiguas y haciendo otras de nuevo! ¡Oh qué sentimiento! ¡Oh qué dolor! ¡En cabeza lastimada y enconada juncos marinos! Salid, hijas de Sión, y mirad esta corona con que coronó su madre la Sinagoga a vuestro Rey. La sangre que sale de la herida cabeza riega la cara bellísima, y obscurece los divinos ojos, y llega hasta el suelo; y tiembla Jesús con el frío, desnudo y a la vergüenza; y míralo la Virgen y compadécese; y en los suyos hay risas y gran placer y priesa por acabar con él. Traen escaleras, y aparejan clavos y suenan los martillos. Siente esto, alma mía, y acuérdate de esta cabeza coronada cuando aderezares la tuya.

Meditación octava, y afectos a un ofrecimiento que de sí hace Cristo al Padre

Pero, Señor, de rodillas en tierra, desnudo en cueros, ¿qué hacéis? Dicen contemplativos que en cuanto los sayones aparejaban lo necesario para la crucifixión, el Señor de la Majestad se puso en oración y ofreció al Padre el altísimo sacrificio de su pasión y muerte con una profundísima humildad y encendidísima caridad. ¡Ay, Padre de las misericordias!, suplícoos que miréis a la faz de vuestro Hijo y que estampéis en mi alma para siempre esta su figura. Feo estás, Cristo santo, feo estás con las bofetadas y golpes, con la sangre que corre por tantas partes, con los esgarros y salivas con que han cubierto tu rostro; pero aunque feo en los ojos de los tuyos, hermoso a tu eterno Padre, hermoso a los ángeles y hermoso a mi ánima, porque ahí, adonde te agotaste, aniquilaste y deshiciste, resplandeció más tu piedad y despidió de sí mayores luces y rayos tu caridad. Los malos tratamientos te tienen en lo de fuera feo; pero el amor, que por tantas heridas se descubre, te hace hermosísimo. ¡Ay, quién se deshiciera todo en lágrimas para lavarte! Lávame, Señor, con las que ahí derramas para que limpio de mis pecados te parezca bien.

Meditación nona, y afectos al crucificar a Jesús

Tendeos, Cristo santo, otra vez en el madero santo y extended los pies y las manos como nadador, que al fin habéis de pasar hoy el archipiélago de vuestras pasiones para salir a la Florida de la gloria. Mas ¡oh Señor, que no os dejan tender! Tiéndenle los sayones cruelísimos así desnudo como estaba, lastimado y desollado y todo vertiendo sangre. Tiéndenle y extiéndenle sobre la cruz; estiran con cordeles los brazos encogidos hasta igualar con los barrenos; sacan los clavos, y fijan la una y otra mano y luego los sagrados pies. ¿Y no desfallezco meditando esto?

¡Qué deseada teníades esta cruz, Jesús bueno, qué deseada la teníades! Treinta y tres años ha que la buscáis y la deseáis para obrar en ella la salud y remedio de los hombres. Bien parecéis su enamorado, pues así os abrazáis con ella. Abrazadme, que abrazaros quiero y en vuestros brazos quiero morir. ¡Oh qué abrazo tan estrecho y tan apretado! No huyas, alma, de la cruz, abrázala apretadamente y no te consientas desenclavar, aunque te ofrezcan,

como a Cristo, la divinidad y filiación de Dios. ¡Oh qué dolores al entrar de los clavos entre los huesos y nervios de los pies y de las manos! No es posible entenderse. Acude, paloma; acude, hermosa; acude a los agujeros de la piedra y a la caverna del seto.

Meditación décima, y afectos a la Virgen nuestra Señora en este tiempo

Pero, Cristo mío, quédate agora un poco en poder de los sayones, que me quiero convertir a tu sagrada Madre, la más afligida de las mujeres. Pero no digo bien convertirme; contigo la contemplo y en esa misma cruz enclavada. Que si pudo decir tu siervo Ignacio: «Mi amor es crucificado, y yo con él»; y el Apóstol: «Juntamente con Cristo estoy en la cruz» [69], estando tu Hijo y tu amor puesto en ella, ¿podías tú estar menos que crucificada con él? A él con clavos de hierro le tienen enclavado, y a ti te tiene traspasada y enclavada la caridad. La cruz del Hijo es de pasión, y la de la Madre, de compasión; porque el Hijo padece, y la Madre se compadece. Al Hijo enclavan los sayones, y a la Madre, el amor.

¿Y por qué no te llamaremos mártir de mártires en esta hora, Virgen santa? Una cruz los tiene y unos clavos los atormentan. El, crucificado en el cuerpo, y ella, en el alma. Pero dinos, si puedes, tus angustias, ¡oh la más angustiada de las mujeres! ¡Ay alma!, si amas a Jesús, no te apartes de él ni de su cruz, que en ella puesto te redime y te da libertad y por ella, como por una escalera de Jacob, has de subir a Dios.

QUINTO DECENARIO

Meditación primera, y afectos al levantar a Cristo en la cruz

Pater noster. Ave, Maria.

Levantaron a Jesús, cosido en la cruz, con grandes y confusas voces, porque temen no se les caiga en el suelo por el peso grande; y con él se rasgaron las heridas de los

[69] Gal. 2, 19.

pies y de las manos; pero al fijarla en una piedra hueca, con el golpe con que la dejaron caer a plomo, mucho más. Todo el cuerpo se estremece y tiembla; llora Jesús y derrama sangre sin alguna resistencia. ¿Y quién podrá pasar de aquí? *Estas son las fuentes del Salvador,* que dijo Isaías [70], *de donde habemos de sacar con gozo aguas* o sangre que alimpia y lava mejor que agua. Estos son *los cuatro ríos del paraíso, con que se riega toda la tierra seca y estéril* [71]. Todos los sedientos venid a estas aguas; *chupad miel de la piedra y aceite del guijarro durísimo* [72]. *Venid y comprad de balde vino y leche, y recrearse ha vuestra ánima con la grosura* [73]. ¡Oh piedra de Jacob, levantada y ungida por el celestial Padre en señal de clemencia y en título de paz! Llévame, Cristo santo, llévame en pos de ti. Cúmplase en mí, te suplico, la palabra que diste en favor de los tuyos: *Si yo fuere levantado en lo alto, todo lo arrebataré a mí* [74]. ¡Oh Piedra imán divina!, levanta este hierro pesado, levántale de la tierra, para que, crucificado juntamente contigo, goce para siempre de tu compañía en la gloria de tu Padre. Amén.

Meditación segunda, y afectos al Calvario

¡Ay, Calvario santo, poco ha lugar de facinerosos, asqueroso y abominable, y en esta hora hecho paraíso de las almas! Venid las que amáis a Jesús y subamos a este monte, monte cuajado, monte grueso, monte adonde se ha desenojado Dios y tomado placer. Venid y veréis las obras del Señor, terrible en sus consejos sobre la salud de los hombres [75]. Aquí veréis el racimo preciosísimo traído de la tierra de promisión, atravesado en el madero de la cruz, estrujado y desangrado [76]. Veréis la piedra herida dos y muchas veces con la vara de la divina justicia, de que manan no sólo aguas, sino ríos caudalosos para remedio y salud del pueblo de Dios [77].

¡Ay, flor del campo y lilio de los valles, marchito y lacio y sin tus vivos colores! [78] ¿Qué se ha hecho tu hermosura y belleza, oh el más hermoso de los hombres? Tu rostro escondido te esconde de los mortales; desconócete el

[70] Is. 12. 3
[71] Gen. 2, 10; 4, 12.
[72] Is. 55, 1; Deut. 32, 13.
[73] Is. 55, 1-2.
[74] Ioan. 12. 32.
[75] Ps. 67. 16-17; Ps. 65, 5.
[76] Num. 13, 24.
[77] Num. 20, 11.
[78] Cant. 2, 1.

pueblo y eres tenido por leproso y por hombre herido de la mano de Dios [79]. ¡Oh varón de dolores! Dame que sepa estimar los que en esta hora y paso padeciste. Dame, ¡oh autor de la fe y consumador de todo lo escrito en la Ley y en los Profetas! [80], que, teniéndote delante de mis ojos en esa figura, no admita otra peregrina en mi corazón. Nunca yo, Señor, me gloríe sino en tu cruz, gloria mía, y refugio mío, y esperanza mía.

MEDITACIÓN TERCERA, Y AFECTOS AL DESAMPARO DE CRISTO EN LA CRUZ

Sobre todo me aflige, ¡oh Cristo mío!, oír de tu boca que te ha desamparado tu Padre. ¿Por qué fué ese desamparo, y a tal tiempo, y con tales circunstancias? Rodeado de enemigos, que te desean beber la poca sangre que te ha quedado, y tú que la derramas y das de buena gana. Tu Madre, ' pie de la cruz; tus discípulos, lejos mucho; desnudo y a la vergüenza y haciendo oración con clamor y lágrimas. Si tiene dada su palabra Dios de asistir a los atribulados, ¿quién más atribulado que tú? ¿Tiénete desamparado tu Padre por desobediente? No por cierto, que por obedecerle estás en esa cruz. ¿Pues en qué le has ofendido para que así esté enojado contigo? En nada verdaderamente, antes muere por los pecados de los hombres. *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?* [81] No dice *Padre*, sino *Dios*, porque no hace oficio de Padre en aquella hora, sino de riguroso Juez. Horrenda cosa es caer en manos de Dios vivo. Como a enemigo te mira tu Padre y como a enemigo te trata, porque representas en tu persona el enemigo linaje de los hombres, eres su fiador y pagas por ellos [82]. Al fin, por ampararme a mí, siervo malo, desampara el Padre al Hijo de su querer. ¡Oh manos de Dios muerto, qué dulce y agradable cosa es caer en vosotras! Sanadme, Señor, y sanaré; salvadme, salud mía, y seré salvo.

MEDITACIÓN CUARTA, Y AFECTOS A JESÚS CON LOS LADRONES

¡Mas qué postura la de Jesús! Extendidos tus brazos, para abrazarnos a todos en esa hora; cosido con clavos fuertes, para esperarnos a penitencia; corriendo sangre

[79] Is. 53, 4.
[80] Luc. 24, 44.
[81] Matth. 27, 46
[82] Hebr. 10.

todo tu cuerpo, para medicina de nuestras heridas; resina preciosa de Gálgala, que sana las llagas interiores sin que quede rastro de ellas. Abajaste la cabeza, como huyendo del título de Rey que te pusieron sobre ella y como ofreciendo paz a los mortales.

Pero ¿qué compañía te han dado? Ladrones; como diciendo: Con ellos y por ellos. Tanto amaste, Jesús, a los hombres, que no pudiendo estar a tus lados los inocentes, quisiste que estuviesen los culpados por no verte del todo sin hombres en aquel trance. Los judíos te los dieron para infamia, porque fueses juzgado por la pena por otro tal como ellos; pero tú los admites, para que se vea cuanto nos amas. Eres contado con los malos en la tierra, como lo dijo Isaías [83], para contarnos a nosotros en el cielo y darnos asientos entre los coros de los ángeles. En esa cruz eres juzgado y condenado como malhechor; y como Juez juzgas, condenando a uno de tus compañeros y salvando al otro, haciendo de la cruz trono de justicia y tribunal de misericordia.

Meditación quinta, y afectos a la santísima cruz

¡Oh cruz benditísima! De los árboles de la selva el más noble, en las hojas, en la flor y en el fruto aventajado a todos. Dobla esos ramos y afloja un poco esas estiradas entrañas y brazos desencajados del Salvador; y el rigor que de tu nacimiento tienes se modere de manera que el sagrado cuerpo tenga algún poco de descanso en ti, y yo pueda coger con la esposa los frutos de la palma, y el racimo de Copher, satisfactorio y expiatorio, y toda la salud y saludes de las almas, y todos sus bienes sólidos y verdaderos.

Meditación sexta, y afectos al repartimiento de los vestidos

Pero ¿qué hago? Sus vestidos se reparten entre los verdugos, como es uso y costumbre; y sobre la túnica interior echan suertes, porque no se divida, por la unidad de su Iglesia. Acude, ánima mía, y si puedes, toma de esos despojos con que quedarás rica para siempre. Pero ¿cómo? Son pobrísimos los ministros y andan diligentísimos cada cual por su parte. ¡Oh Emperador del cielo, qué pobre mueres! Si agora bajaras de la cruz, como te lo piden los

---

[83] Is. 53, 12.

judíos, no hallaras en la tierra con qué cubrir tus carnes. ¡Oh ministros! Estimad esa riqueza que tan pobre ha dejado al Rey de la gloria. Y tú, ánima mía, recoge la sangre vertida por el suelo; recoge los cabellos y barbas mesadas y holladas; recoge las lágrimas que desde lo alto de la cruz bajan al Calvario, que ése es tu tesoro y de los predestinados todos. *Gloria Patri.*

Meditación séptima, y afectos al ánima devota para que suba al Calvario

Subiré al monte de la mirra y al collado del incienso (dice una ánima santa) [84]. ¿Qué monte? ¿Qué mirra? ¿Qué incienso? El *monte* es el Calvario; la *mirra*, las amarguras de Cristo; el *incienso*, su oración al Padre, aceptada y estimada por la reverencia de su persona. *Manojuelo de mirra es mi amado para mí* (decía esta ánima en otro lugar) [85]; *en mis pechos se detendrá y descansará.* Y en otra parte: *A la sombra de aquel que yo había tanto deseado me asenté, y los frutos de él, dulces a mi garganta* [86].

Sube a este monte de la mirra, ánima mía, y al collado del incienso, y como quien siega, haz manojuelos de las amarguras de Jesús, y ponlos en medio de tu corazón por compasión amorosa. Asiéntate a la sombra de este árbol de vida y coge de los frutos de él, frutos de gracia y de gloria. ¡Oh qué sabrosos frutos! ¡Oh cómo sustentan el alma, y fortalecen el corazón, y apagan en nosotros la hambre de los deleites mundanos! ¿En qué andas vagueando, derramada en muchas cosas? Ora en este monte y coge mirra; oirá el Señor tu oración y recibirá tu mortificación.

Meditación octava, y afectos a los improperios de los judíos contra Jesús en la cruz

Pero, Señor, ¿qué es lo que vuestros evangelistas dicen en este paso? Que se apartaron los judíos de la cruz, como huyendo de la sangre que de ella corría, para ver el fin; cansados ya, aunque no hartos, de atormentar aquel sagrado Cuerpo, abollado y seco como una teja; y así apartados, blasfemaban y escupían hacia él y, meneando las

[84] Cant. 4, 6.
[85] Cant. 1, 12.
[86] Cant. 2, 3.

cabezas como locos, decían: *¡Ah!, que destruyes el templo de Dios y en tres días le vuelves a reedificar. Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz. A otros libró, y no se puede librar a sí. Si Cristo es Rey de Israel, descienda agora de la cruz, y creerémosle. Confía en Dios; líbrele si quisiere* [87]. ¡Mira qué ánimos estos, alma mía! ¡Qué odio! ¡Qué malicia tan en su punto! ¡Qué blasfemias contra el Hijo de Dios y contra la misma bondad del Padre, que se le dió para su salud y remedio! Pesa cada cosa de por sí, que todas son de grande ponderación. Pudiérales decir Cristo en esta hora a los suyos [88]: Pueblo mío, ¿qué te he yo hecho? ¿O en qué te he sido molesto? ¡Ay pueblo rebelde y duro, pues no te calienta ni ablanda la sangre que de mis entrañas y venas sale hirviendo! ¿Qué de beneficios has atropellado? ¿Qué de mercedes has olvidado? ¿Qué pude yo hacer por ti, viña mía, y no lo hice? ¿Y en qué me has podido ofender y molestar que no lo hayas hecho? Concédeme, Cristo santo, que, acordándome de estas afrentas y dolores y de tu humildad y paciencia en ellas, sufra de buena gana ser infamado y despreciado, sin que me aparte de ti ni la muerte, ni la vida, ni las cosas presentes ni las por venir, ni alguna otra criatura.

Meditación nona, y afectos a la Virgen cuando le habla Jesús

Cum vidisset ergo Iesus Matrem [89]. Para aquí es el sentimiento del Hijo, y de la Madre, y del discípulo, y de las almas que saben estimar y pesar las causas y razones del dolor. Mas ¿cómo abriste los ojos, amado Jesús, cómo abriste los ojos, escurecidos y añublados con la mucha sangre que manaba de tu cabeza para mirar a tu Madre? Empero, mejor diré: ¿Cómo abriste la boca, traspillados ya los dientes con la fuerza de los tormentos, y estando ya para espirar por la falta de la sangre? *Mujer, ves ahí tu Hijo.* ¿Por qué mujer a la que es Madre? Y ¿por qué hijo al que es discípulo? El Hijo, vos sois, y la Madre es ella, y Juan es el discípulo. Mujer es y Madre, mujer singular y Madre de Dios sola en el mundo. Parece, Señor, que le quitáis en la muerte lo que le distes en la encarnación. ¿Madre cuando os concibe y mujer cuando morís? Esta es la cruz de María y la mayor congoja de Jesús. Por no dejarla sola, la encomienda, y por no atormentarla más, no la dice *Madre*.

Habla doctrinal y para templar el sentimiento. Estaba

[87] Matth. 27, 40-43.
[88] Mich. 6, 3.
[89] Ioan. 19, 26.

junto a la cruz de Jesús y crucificada juntamente con Jesús; y Jesús otra vez crucificado con su Madre en la cruz de la compasión; de manera que la que sola le pudiera ser de alivio en otro cualquiera género de muerte, le sirvió de doblarle los tormentos y de abreviarle la vida en éste. Estaba mirando el Hijo el corazón de la Madre, hecho un mar de dolores y amarguras. Considerábala puesta en una cruz mental, estirados sus miembros a la iguala con los suyos, traspasada su alma con los clavos de dolor y con el cuchillo que le profetizó Simeón, muerta sin morir y viva muriendo. Véela llorando incansablemente, su rostro pálido, color de muerte; sus ojos fijos en el madero santo. ¡Qué gemidos salían de su corazón! ¡Qué lágrimas tan fervientes regaban sus mejillas! Comprehendió el Hijo los dolores de la Madre, incomprehensibles a toda humana y angélica criatura: vióse crucificado dos veces: en la cruz material, en que muere, y en el pecho de María, en que no puede morir; y a ella crucificada con él, haciendo oficio de verdugo el amor, que por menudo le cuenta y le representa al vivo sus penas todas. Miróla, mirándole; y hirióla, hiriéndole. Compadecióse como hijo de su afligida Madre y abrió su boca, y no sé cómo: *Mujer, ves ahí a tu hijo*. Como si dijera: Yo me voy de este mundo al Padre; por mí te queda Juan; tenle por hijo, y él a ti por Madre. Y lo que aquí hay que pesar, péselo el alma y rúmielo de espacio, que este paso no es para brevedad.

MEDITACIÓN DÉCIMA, Y AFECTOS CUANDO JESÚS RUEGA POR SUS CRUCIFIXORES

Perdónalos, Padre, que no saben lo que hacen [90]. Por todos ora, como si no fuera Dios, y como Dios, perdona y ofrece el paraíso al ladrón. ¡Oh bondad de Cristo incomprehensible! Bien hacéis, Señor, bien hacéis, pues confirmáis con vuestro ejemplo la doctrina que habéis predicado. ¡Qué de perdones ha ganado en la santa Iglesia este perdón! Pero ¡qué caridad de Maestro, que, ofendido tan gravemente, no se acuerda de sus ofensas y les procura el perdón! ¿Qué más hiciera por sus muy familiares? ¡Admirable oración, y de grande eficacia por la resignación, y por la confianza, y por el afecto, y por el tiempo; entre tantas angustias y ya para espirar! Cuando otros se olvidan de sí y de sus amigos, estás tú, Señor mío, solícito y orando por tus enemigos; y en vez de pedir venganza, pides misericordia. ¡Oh Padre clementísimo!, recibe la

[90] Luc. 23, 34.

oración de tu amado Hijo y perdona las culpas de este tu mal siervo; su sangre clama no como la de Abel, sino mejor mucho; aquélla, venganza, y ésta, perdón y misericordia. Perdónalos, que no saben lo que hacen. ¡Ay Jesús!, perdona los delitos de mi mocedad, y de mis ignorancias no te acuerdes.

QUINQUENARIO

Meditación primera, y afectos a la conversión del buen Ladrón

Hoy serás conmigo en el paraíso [91]. ¿En qué paraíso, Señor mío? En el que yo estoy. Consigo tiene el paraíso y en él estaba el que entre ladrones moría sin algún consuelo. Lleno está dentro de gloria el que de fuera padece tantos y tan graves tormentos. Mas ¡qué dicha de ladrón! ¡De la horca al paraíso! ¡De la cruz al descanso! ¡Del Calvario al santuario! Pero ¡qué vale una confesión hecha a buen tiempo! Confiesa cuando todos niegan, ora cuando todos blasfeman. Pide reino al que ve junto a sí padecer como sedicioso y alborotador del pueblo y ambicioso por la honra del César, que ésas eran las causas que le imponían los judíos. La cruz le sirvió de escalera para escalar el cielo. ¡Qué buen hurto! Bien dijo Ambrosio: «El reino de los cielos no se debe a nuestros méritos, pero puédese robar con nuestras lágrimas y ruegos». Llorando lágrimas le puedes arrebatar aunque estés en el palo puesto, que con ellas no está el cielo seguro de ladrones. *Nosotros* (dice) *pagamos justamente lo que han merecido nuestras obras; mas éste, ¿qué mal ha hecho?* A sí se acusa y a Jesús excusa cuando le acusa su pueblo. Y luego pide: *Acuérdate de mí, Señor, cuando te halles en tu reino. Señor* y *Rey* le llama, cuando apenas parece hombre. Juzgóle por más que hombre cuando oró por sus enemigos; y las burlas de Pilatos en darle título de Rey conoció él que eran veras de Dios y que era merecedor de reino el que con tanta paciencia sufría injurias y penas y con tanto amor excusaba a los suyos que le ofendían.

Hoy serás conmigo en el paraíso. ¡Qué premio tan aventajado y tan adelantado! ¿Y las culpas? ¿Y los hur-

[91] Luc. 23, 43.

tos? ¿Y los robos? De nada se acuerda, nada le zahiere a su confesor. Confiesa, confiesa, y oirás: —Hoy serás conmigo en el paraíso.—Señor mío, no quiero por hoy estar en el paraíso, sino en el Calvario; hoy quiero acompañaros en la cruz como este ladrón santo. En esa figura os pregono Hijo de Dios y por esta confesión espero librarme de la confusión eterna del infierno. Sálvame, Rey de los judíos y Emperador de los cielos, y seré salvo.

Meditación segunda, y afectos a la sed que Cristo padece en la cruz

¡Ay Jesús, que estando muy cerca de expirar, ya fríos los extremos de tu cuerpo, sin tener hilo de ropa sobre tus carnes, rodeado de angustias y congojas que combaten tu corazón, es tan grande el fuego que arde en tus entrañas, que, teniendo la lengua gruesa y pegada al paladar, significaste a los circunstantes que morías de sed, por si acaso alguno se compadecía de ti y te socorría con algún jarro de agua! *Sitio* [92]. ¡Ay fuente de aguas vivas agotada! ¡Ay mar océano y archipiélago divino seco! A todos los sedientos convidáis que vengan a beber a vos, fuente perdurable [93]. De un guijarro sacaste agua en el desierto para vuestro pueblo [94]. Viendo las lágrimas de Agar, criastes un pozo para que bebiese su hijuelo Ismael en un yermo [95]; ¿y a vos junto a Jerusalén, y entre los vuestros, os falta una vez de agua para refrescaros? A David se le antojó un jarro de agua de la cisterna de Belén [96], y hay soldado tan atrevido, que, rompiendo por el ejército de los contrarios, se la trae; y a vos, ni vuestra propia Madre os la puede dar; empero, en su presencia os ofrecen vuestros enemigos hiel y vinagre; gustásteslo y no lo bebistes. ¿Eston son, Señor mío, los regalos de vuestros hijos que venistes a buscar desde los altos cielos? ¡Oh dulzura de las almas aheleada! ¡Oh boca sabrosa y de azúcar! ¿Quién te ha vuelto más amarga que el acíbar? Gustad, mi Dios, de esa amarga purga, para medicina y purga de mis deleites, y dadme que guste esas amarguras vuestras, para que me amargue todo lo dulce y suave de este mundo.

[92] Ioan. 19, 28.
[93] Ioan. 7, 27.
[94] Num. 20, 11.
[95] Gen. 21, 19.
[96] I Par. 11, 17.

Meditación tercera, y afectos al expirar Cristo

¡Ay Jesús mío, Sol de vida, cuán cercano te contemplo al poniente de la muerte! Ya la amarillez de tu rostro y en tu gesto debilitado, tu cuerpo temblando y acompañado de un sudor frío, me pronostican tu apresurado fin. *Et inclinato capite, tradidit spiritum* [97]. Bajó la cabeza, como pidiendo la bendición a su Padre, para partirse de esta vida. Salió aquella ánima santísima de aquel cuerpo despedazado y abollado con los tormentos, quedando en el divino rostro impresa la triste figura de la dura muerte, empañado y embarrado con tierra y sangre; las barbas todas entrapadas con el arena, el rostro desollado, los labios levantados y la boca llena de sangre. ¡Oh Absalón hermoso, colgado del árbol de la cruz! ¿Qué es de tu hermosura? ¡Qué diferentes montes *Tabor* y *Calvario!* Allí, transfigurado, y aquí, desfigurado; allí, lleno de gloria, y aquí, de confusión; allí, reconocido por Hijo de Dios, y aquí, herido de la mano de Dios. Dame, Señor, que muera a todos mis pecados y a todas mis pasiones y que esta tu muerte sea vida de mi ánima para siempre.

Meditación cuarta, y afectos a la Virgen cuando expira Cristo y le alancea el soldado

Mas ¡qué dolor y qué tristeza ocuparía en esta hora el Corazón de la Virgen viendo colgado en la cruz y muerto su consuelo y consolador y el regalo de su alma! ¡Oh cómo penetraría su piadosísimo Corazón aquella voz grande [98] y lágrimas con que su Hijo amantísimo se despidió del mundo! ¡Oh Virgen santa, transformada toda en la imagen muerta de tu Hijo muerto! Más muerta que viva te contemplo y más crucificada que libre. En él vivías y en él mueres, y sin él, te sirve de tormento la vida. Levanta, levanta los ojos, y verás cumplido lo que concibiendo al Verbo te prometió el ángel [99]. Ves allí el Santo y que se había de llamar *Hijo de Dios;* ves allí el grande y ves allí el *Jesús;* ves allí el reino y la silla de David su padre. Contempla la corona y las insignias reales, que todo está junto en esta hora.

Y tú, alma mía, adora por Dios al que ves muerto, que

[97] Ioan. 19, 30.
[98] Ioan. 19, 25-30.
[99] Luc. 1, 32.

con su muerte destruirá tu muerte. Mira el velo del templo rasgado de alto a bajo; mira la tierra cómo tiembla, las piedras se rompen y se abren las sepulturas. Y si las criaturas insensibles sienten, ¿por qué te has de quedar tú sin sentimiento? Dios es el que con tus pecados has crucificado; no le crucifiques más ni añadas dolor sobre dolor, ni llaga sobre llaga, ni huelles la sangre que con tanta caridad por ti derramó.

Pero ¿qué veo? Muerto Jesús, no muere ni se acaba el furor y rabia de los suyos. Vienen a quebrar las piernas de los tres crucificados; quiebran las de los compañeros para abreviar con sus vidas y quitarles de los palos, por razón de la Pascua; y llegando a Jesús y hallándole muerto, no le lastimaron las piernas, por la verdad de lo profetizado; mas uno de los soldados, ¡oh cruel hecho!, con una lanza hirió su costado, y de él salió agua y sangre. No sé con quién hable: si con Jesús, está muerto y sin sentido; si con María, más muerta que viva la considero. ¡Ay María, que estás muerta, mas no para el sentimiento justo de esta llaga! Tu Hijo está sin alma propia, y por eso no siente; pero tú sientes, porque estás allí dentro más que en ti misma, haciendo oficio de alma de aquel cuerpo. Grandes dolores ha sufrido Jesús, pues expira y muere en ellos; pero en parte son mayores los tuyos, pues padeces los que él padece y los que no padece. Padeces y recibes en tu Corazón vivo la lanzada que en el suyo muerto recibe Cristo.

Mas ¡ay Corazón hecho ya morada de mi ánima, con puerta para entrarse en ti!, no me cierres esta entrada, que en ninguna otra parte está segura la simple paloma de los infernales halcones. ¡Dios os salve, llagas resplandecientes de mi Rey soberano y sellos excelentísimos de los breves de mi salvación! ¡Dios te salve, tesoro de toda bienaventuranza, Corazón suavísimo del Amador de las almas, Jesús, herido por ellas! Mira, Jesús, tu piedad y caridad y no te olvides de mi necesidad. Escóndeme en esas tus sangrientas llagas y embriágame con el amor de ti mismo. Concédeme indulgencia plenaria de mis culpas y pecados y confírmame con tu espíritu principal y bueno.

MEDITACIÓN QUINTA, Y AFECTOS AL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ Y SEPULTURA

Entran los dos venerables ancianos por el Calvario con gran reverencia; por aquella tierra de promisión, que hasta allí habían poseído los enemigos, y véenla regada

con la sangre del Salvador de que son exploradores. Y habiendo dado el pésame a la Madre santa, con muchas lágrimas y sollozos, hicieron oración a la cruz, diciendo: —No se os haga de mal, árbol santo, darnos el fruto que tan maduro tenéis y sustentáis en vuestros brazos. ¡Oh cedro más alto que los del monte Líbano!, ablandaos un poco y inclinad vuestros ramos para que cojamos el esquilmo y tesoro de la Iglesia.

Bajaron con gran reverencia el sagrado cuerpo, a donde hubo millares de ángeles, que quisieran llevársele al cielo; mas no se atrevieron, porque en su testamento le mandó a los hombres. Sube con ellos, alma contemplativa, y mira el quitar de la corona, el enderezar de los clavos roblados, el sustentar el cuerpo en una toalla limpia, la entrega que se hace de esta reliquia y sagrados despojos a la santa Madre y lo que ella hace con cada uno de ellos.

¡Oh clavos, que habéis atravesado mi corazón! ¿Cómo os atrevisteis con tanta crueldad a romper la carne de vuestro Criador? ¡Oh clavos, que habéis sustentado al que sustenta los cielos, de vosotros ha estado pendiente el fiel y peso de la divina Justicia y el contrapeso del peso del mundo!

¡Oh corona de todas las coronas, que merecis‘e estar encima de la corona de la cabeza del Señor de la gloria! ¡Oh espinas, que, entrando por la cabeza de mi Hijo, habéis llagado mi Corazón! Bajan el Cuerpo, pónenle en los brazos de la Madre, abrázase con él, asiéntase en tierra, junta rostro con rostro, y riégale con lágrimas de sus ojos, diciendo: —¡Oh vida muerta, oh sol de mi alegría eclipsado!, ¡oh lumbre de mis ojos obscurecida!, ¡oh rosa divina! ¿Cuáles han sido las manos que así os han maltratado y marchitado vuestra hermosura? ¿Quién ha borrado el traslado de la gloria del Padre? ¡Oh hermoso sobre los hijos de los hombres! ¿Quién ha desfigurado vuestro rostro lleno de mil gracias? Aquí, silencio y soledad; y fin a las meditaciones.

Oración a Cristo crucificado

¡Oh Cristo Santo y Jesús suavísimo, suplícote que tu Pasión sea a mí virtud con que me defienda; tus Llagas, manjar y bebida con que me sustente, y me embriague, y me deleite. La aspersión y rocío de tu sangre, me sea lavatorio de todos mis pecados. Tu muerte me sea vida perdurable. Tu cruz sea mi gloria sempiterna. En estas cosas

tenga yo mi refección, mi alegría, mi salud, mi dulcedumbre, mi estudio y mi gozo sempiterno, agora y en mi muerte. Amén.

OTRA AL MISMO CRISTO CRUCIFICADO

¡Dios te salve, Redentor del mundo, de cuyo sacratísimo lado creemos que salió agua y sangre, de que a todos los que te aman se concede consolación gloriosa! Derrámanos de esa lateral y cordial fuente ciencia y constancia contra los diabólicos y humanos acometimientos. Y por las cinco llagas que en tu cuerpo sufriste, nos libra de nuestros pecados, así como quieres y sabes que nos es necesario. Que con el Padre y con el Espíritu Santo vives y reinas. Amén.

MAESTRO.—A esta traza podrás aprovecharte de las meditaciones de la vida, pasión y muerte del Salvador; que no es mi intención prescribirte forma para que no salgas de ella, sino para que sepas cómo todo lo que leyeres o meditares lo has de reducir a la voluntad y al afecto, cosa de grandísima importancia y, como dijo San Buenaventura, el más breve camino para la perfección. El gran contemplativo Ludovico Blosio, en muchos tratados suyos, escribe de estos afectos hablando con Cristo, y con la Virgen, y con los Santos en común y en particular. Y el religiosísimo P. Fr. Luis de Granada [100] gasta mucho de sus libros en despertar el alma con estos afectos. Y yo digo que para remediar tibiezas, insensibilidades, tedios en la vida espiritual y cansancios en sus ejercicios; para despertar el alma dormida y soñolienta; para ahuyentar los demonios; para vencer tentaciones; para calentar el espíritu y fervorizarle es éste el mejor medio, más fácil y más eficaz.

DISCÍPULO.—¿Y si me hallo helado cuando hago estas oraciones?

MAESTRO. — San Buenaventura dice que de cualquiera manera que esto se haga, recoge el corazón y aprovecha para los efectos sobredichos. Penoso suele ser cuando no se siente calor y devoción; empero, con el uso y continuación se hace fácil, y el mismo ejercicio despierta, cuando no pensamos, el afecto en Dios y se enciende un fuego dentro de nosotros que parece abrasarnos y sacarnos de nos-

[100] Desde su primera obra, *Triunfos del amor de Dios*, el P. Angeles publica su estima grande por la persona del P. Granada y por sus escritos.

ctros mismos; como el que hiere muchas veces en un pedernal que tiene muertas las esquinas, que, cuando no se cata, salta la centella y enciende la yesca hasta quemarla toda. Por este camino alcanza el ánima unión y transformación en Dios y con Dios, que se llama deificación, no mística, que pertenece más al entendimiento, y se halla en pocos y tiene engaños no pocos ni pequeños, sino real y común por vía de voluntad perfectamente conformada y transformada en la voluntad divina con amor perfecto, que hace obrar, aun sin particular luz y conocimiento, todas las acciones en Dios y por Dios; de la cual deificación todos son capaces y con facilidad de entendimiento lo alcanzan todos, pero no sin grande trabajo y cruz de la voluntad. Para esto, como al principio dijimos, es necesario darte todo a la mortificación de tus sentidos y pasiones, procurando siempre vencer tus repugnancias para adquirir entero dominio de ellas, y, sobre todo, has de trabajar por la mortificación de la voluntad y parecer propio, sujetándote a la obediencia de tu superior o padre espiritual, así en lo exterior como en lo interior. También te has de desvelar en procurar las virtudes según las ocasiones que se ofrecieren, particularmente el amor de Dios y del prójimo, y esto con perfección conocida con el tiempo. Esta resolución has de tomar como cosa precisamente necesaria; de elegir más presto la muerte que ofender a Dios, aunque sea venialmente. Estima en nada todo lo criado, y a ti, en menos que nada; y estima a Dios sobre todas las cosas y sea él tu todo; y fuera de él, ni busques ni quieras cosa alguna. De donde te procederá una conformidad perfecta con su divina voluntad, la cual ha de ser la regla y medida de todos tus designios, afectos y obras de toda la vida. Y no quiero decirte más, porque es ya tarde y yo estoy cansado y con necesidad de recogerme. Digo en conclusión que, si mil veces me preguntaren qué camino hay más breve y más ganancioso para la perfección, que diré que éste. Y estoy tan aficionado a él, que cuando impongo penitencias a las personas que confieso, suelo mandarles que levanten cincuenta o cien veces el corazón a Dios por estas oraciones afectuosas y jaculatorias, y se hallan muy bien con ello. Y yo saqué de los salmos de David los versos más devotos y más afectuosos para la serenísima infanta soror Margarita [101], cuyo confesor, aunque tan indigno, soy, y su alteza

[101] Discípula predilecta de Fr. Juan de los Angeles, cuyo confesor fué en las Descalzas Reales de Madrid. Por su consejo, la infanta se alistó en la Esclavitud Mariana de Alcalá de Henares (1608). Los *versos más devotos y afectuosos* pueden verse en la NBAE, 20 (Madrid 1914), págs. 263-71: *Obras místicas.*

ha hecho rosario para cada día de algunos de ellos, con que ceba su corazón y le calienta y le levanta a Dios.

DISCÍPULO.—¿No me darías esos versos para mi consuelo?

MAESTRO.—De buena gana, y un *rosario* de *alabanzas* [102], que yo ordené para mí. Y con esto, a Dios que te guarde y te dé su espíritu. Amén.

---

[102] Ordenó, en efecto, el *rosario de alabanzas*, compuesto de versículos entresacados de la Sagrada Escritura, como quien escoge perlas entre perlas, diamantes entre diamantes, y los engarza y enjoya. Puede verse en *Obras místicas*, NBAE, 20 (Madrid 1914), páginas 272-74.

FRAY JUAN DE LOS ANGELES

ESCLAVITUD MARIANA

El Padre fray Juan de los Angeles indygno esclavo de la madre de dios.

fr. franco de alvares indigno esclavo de la madre de dios

fr. Anto de tresso indigno esclavo de la virgen santissima madre de dios

fray franco de Herrera indigno esclavo de la virgen ssma madre de dios concebida sin pecado original.

Libro de *Esclavos y Esclavas*, Archivo Concepcionista de Alcalá, convento de Santa Ursula

INTRODUCCION

1. En el año 1946, y en la revista *Verdad y Vida*, número 14, publicamos un opúsculo del escritor dulcísimo Fray Juan de los Angeles titulado *Cofradía y devoción de las esclavas y esclavos de nuestra Señora la Virgen Santísima*, según nos lo dice el P. Melchor de Cetina en su libro *Exhortación a la devoción de la Virgen, Madre de Dios* (1618). Este opúsculo, de capital importancia en la espiritualidad mariana esclavista, creíase perdido para siempre. Sin embargo, salvóse providencialmente de las destrucciones rojas y se conserva en el *Libro de oro* de los esclavos y esclavas de la Reina María Santísima, en el archivo concepcionista de Santa Ursula (Alcalá de Henares). Desde luego, manuscrito (1608), de donde lo copiamos literalmente para su publicación. Con ese motivo, estudiamos el caso, aportando nuevos datos, y, como hemos dicho, sacamos a la pública luz nuestro estudio en la nombrada *Verdad y Vida*.

El prestigioso esclavista mariano P. Nazario Pérez, S. I., reseñó el estudio y dijo: «Este artículo nos descubre un tesoro que años hace andábamos buscando, desde que nos dió alguna noticia de él el P. Andrés Ocerín-Jáuregui. El Padre Gomis completa y puntualiza aquí las noticias, en parte algo vagas, que hasta ahora teníamos del origen de la Esclavitud Mariana en Alcalá de Henares en 1595, oculta florecilla de donde brotaron más adelante, como ríos caudalosos, las esclavitudes del Beato Simón de Rojas y del Padre Bartolomé de los Ríos, del P. Alvarado y del Beato Griñón de Montfort. Queda vindicada esta gloria para España y para la Orden de San Francisco. Completan el estudio, breve, pero rico en datos, documentos importantísimos: *una página de oro de Fr. Juan de los Angeles, que es como canto de cisne que entona, próximo a morir, el gran literato, ascético y místico, que añade con ella a sus méritos la nueva corona de primer apóstol de la Esclavi-*

tud Mariana; el *Preámbulo* y las *Ordenaciones* de la primera Cofradía de esclavas y esclavos, fundada por sor Inés de San Pablo, y la bula de Clemente XII en 1720 en favor de esta Cofradía, que, a ser conocida, hubiera resuelto muchas dificultades contra esta fructuosísima devoción. Con ella queda demostrado que las tan cacareadas condenaciones de ciertas esclavitudes en el siglo XVII nada tienen que ver con la devoción que enseñaron los ascetas españoles y divulgó el Beato Luis María» [1].

A mayor abundamiento, y para satisfacción y gozo de los esclavistas marianos, publicamos aquí la bula esclavista del Papa Inocencio XI, treinta y cinco años anterior a la de Clemente XII, puesto que salió el de 1685, dirigida a la Esclavitud de los Dolores de María, fundada igualmente en Santa Ursula, de Alcalá, convento concepcionista, año 1619, como diremos luego.

Según desde Holanda nos escribió el montfortiano reverendo P. Eyckeler, el R. P. Deval, O. P., expuso el contenido de nuestro artículo esclavista en una conferencia que pronunció en París: «C'est lui qui m'a conseillé m'adresser a vous, parcequ'il n'avait fait que commentarier votre article sur Fr. Juan de los Angeles» [2].

La idea madre y originaria de la Esclavitud Mariana hácela consistir el P. Angeles en una consagración integral al *servicio* de la Madre de Dios [3]. La idea en sí es cristiana, noble, elevada, genuinamente mariológica, que implica toda una espiritualidad. En las obras del P. Angeles no encontramos la doctrina hasta 1608, año en que publica el *Manual de vida perfecta*, que tenía escrito y firmado en 1602. Terminaba en el *Laus Deo* del diálogo quinto, al que añadió posteriormente (1608) el sexto, las *Meditaciones*, y en ellas aparece ya claramente, si bien con la brevedad requerida por el caso. En primer lugar, como es lógico, quiere ser esclavo de Jesús por mediación de María; y en segundo lugar, se declara *esclavo de María*. He aquí los dos textos correspondientes: «¡Oh Jesús!, por tu Madre santísima te suplico que, pues soy tuyo, me recibas en tu casa y *servicio;* y a ti me presento y a ti me ofrezco para *perpetuo esclavo tuyo* y para ti» [4]. El segundo dice así: «Apareció el ángel a José en sueños y dícele: Levantaos y huid a Egipto, porque Herodes ha de buscar el Niño para matarle (Matth. 2, 13). [...] Al punto compusieron su hatillo y caminaron. ¡Qué miedos, qué sobresaltos, qué

---

[1] *Sal Terrae*, vol. XXXIV, n. 10, p. 723 (Santander 1946).
[2] Carta del 5 de junio de 1948 (Bunde, Holanda).
[3] *Esclavitud mariana*, pról.
[4] *Manual de vida perfecta*, diál. 6; seg. dec., med. 3.

trabajos por el camino, qué de necesidades, gente tan pobre y en reino extraño! ¡Qué temprano andáis estaciones, Virgen santa! *Admíteme por esclavo tuyo* en esta jornada, Reina del cielo. Admíteme, Jesús bueno, en compañía de tu Madre» [5].

A su ejemplo, a su celo apostólico esclavista y a su pluma se debió no sólo el reconocimiento oficial de la Cofradía de esclavos por las autoridades superiores de la Orden, por el P. Pedro de Mendoza, comisario general en España, sino el ingreso en ella desde su santa discípula predilecta, la infanta sor Margarita de la Cruz, franciscana de las Descalzas Reales (Madrid), hasta multitud numerosa de esclavos y esclavas, entre los que se cuentan el emperador de romanos y la emperatriz, el rey Felipe III y la reina doña Margarita, el archiduque de Austria y su mujer Isabel, Fray Antonio de Trejo, primer obispo de la Esclavitud y su hermano el cardenal de Trejo, terciario franciscano. Ni fué pequeño el éxito. La obra del P. Angeles, doctrinal, institucional y apostólica, fué piedra cuadrada puesta en el fundamento de la espiritualidad esclavista. Hasta el ministro general de la Orden Franciscana quiso ser esclavo de María, y lo fué. He aquí su inscripción en el *Libro de la Cofradía:* «Fray Joán del hierro, Ministro General de toda la Orden de nuestro seráfico Padre San Francisco, indigno Esclavo de la Virgen y Madre de Dios y de su limpia Concepción. Fray Joán del hierro, Ministro General». Hay una rúbrica.

2. El P. Melchor de Cetina, que lo sabía muy bien, afirma que la Esclavitud de Alcalá fué la primera. Refiérese, desde luego, a la institución de la idea en cofradía o asociación piadosa. Lo dice sin eufemismos: «Esta obra, señoras [religiosas concepcionistas de Santa Ursula, Alcalá de Henares], por mil razones, se debe a vuestras mercedes, pues siendo de los esclavos de nuestra Señora, no se les puede negar; porque *ese convento fué el primero de donde nació esta devoción*» [6]. En otro lugar de la misma obra *Exhortación*, capítulo 12, dijo que la Esclavitud y Hermandad de Alcalá «fué la primera que dió principio a esta devoción»; y añade «haber sido las primeras fundadoras de esta devoción» las concepcionistas de Santa Ursula.

La iniciadora de tan afiligranada espiritualidad fué la madre sor Inés de San Pablo. Dícelo expresamente el Padre Angeles y recuérdalo el P. Cetina: «En los años pa-

[5] Ibíd., seg. dec., med. 5.
[6] CETINA, *Exhortación*, dedic. (Alcalá 1618).

sados (1575-1595) levantó Dios el espíritu de una gran sierva suya y de su santísima Madre, por nombre Inés de San Pablo, que ya descansa en paz (1618), para que instituyese en ese convento [de Santa Ursula de Alcalá] una *Cofradía y Hermandad de Esclavos de la Virgen, Madre de Dios,* ansí religiosas como de otras personas devotas, para que *se empleasen en servir* a esta Reina celestial con nombre de *esclavos*» [7].

Fijamos aquí cuatro fechas esclavistas: iniciación de la Esclavitud por divino impulso, según el P. Angeles y el Padre Cetina, 1575, o algún año después; erección oficial en Cofradía con sus respectivas constituciones, día 2 de agosto de 1595; exposición de la idea esclavista, defensa, reforma de las constituciones y aprobación por el P. Pedro de Mendoza, comisario general de los Franciscanos en España, todo por la solicitud y empeño del propio P. Angeles, 1608; aparición de la *Exhortación,* obra de espiritualidad genuinamente esclavista, con variedad de ejercicios *interiores y exteriores,* con la definitiva *Consagración,* tributo doctrinal y piadoso del teólogo P. Melchor de Cetina, año 1618.

3. Siendo así, teniendo la Esclavitud Mariana de Alcalá origen tan ilustre, siendo hija de tan ilustre madre como sor Inés de San Pablo, alma angélica, habiendo tenido un tan egregio defensor y propagandista como Fray Juan de los Angeles, había de convertirse por su virtualidad intrínseca en semillero de esclavitudes. En efecto, así fué, como el P. Cetina lo dice: «Pero considerando las religiosas del dicho convento, esclavas de la Madre de Dios, que *su devoción ha sido seminario de donde tantas hermandades han salido* y que la Esclavitud de nuestra Señora *está tan dilatada por toda la cristiandad,* han deseado que se alarguen más las dichas *Ordenaciones* [las del Padre Angeles], para ocasionar con ellas los devotos de esta Reina celestial, a que más la sirvan» [8].

Multiplicáronse las esclavitudes y acrecentóse la devoción esclavista, con gran fruto de las almas y glorificación de la Virgen María, como es sabido y está bien averiguado. En el mismo convento concepcionista de Alcalá, según revelamos en nuestro estudio esclavista [9], no contentos con la que ya tenían tan gloriosa y pujante, fundóse otra el año 1619, la que mereció ser aprobada con bula por el Papa Inocencio XI, año 1685, bula que reproduci-

[7] Ibíd.
[8] Ibíd.
[9] *Esclavitud Mariana,* en *Verdad y Vida,* 14, 1946 (Madrid).

mos en español. El *Libro de asientos* de la Esclavitud de los Dolores comienza del siguiente modo: «Se empezó a zelebrar esta festibidad de los Dolores de nuestra Señora en este convento de Santa Ursula en el año 1619. Sea para onrra y gloria suia y de su santísimo Hijo. Amén» [10]. Y en otro lugar del mismo *Libro* leo: «Se dió principio a la zelebridad de esta fiesta año 1619, y se desea continuar con todo afecto, siendo para onrra y gloria de Dios i de su santísima Madre, de quien nos confesamos *esclavos*» [11]. Esto en el año 1685.

La primera Esclavitud de Alcalá fué puesta bajo el patrocinio de la Madre de Dios en su misterio glorioso de la asunción a los cielos, esta segunda enlaza otros misterios, todos ellos marianos. Copiamos: «Asientos de las religiosas esclavas de María santísima en sus diferentes misterios de los *dolores, asunción, natividad, concepción* y *anunciación*» [12]. Sigue la lista de esclavos hasta el año 1896.

Obsérvese que por bula fué aprobada e indulgenciada la Esclavitud de Alcalá (1619) el año 1685; y por bula también la Esclavitud de Alcalá (1595) el año 1730. En 1673 se dió el decreto de la Congregación del Indice contra ciertas esclavitudes degeneradas, ajenas al espíritu, sobriedad y cordura de las esclavitudes españolas, que jamás se excedieron ni tuvieron oposición seria, y sí grandes apóstoles y defensores doctos y santos. San Luis de Montfort falleció el año 1716, y posteriormente se publicó su libro famoso *La verdadera devoción a la Santísima Virgen*, que tantas flores y tantos frutos espirituales ha producido en el mundo cristiano.

El opusculito áureo del P. Angeles, juntamente con esta introducción y demás documentos, son el preámbulo o el prólogo a la obra del P. Melchor de Cetina *Exhortación a la devoción de la Virgen, Madre de Dios* (1618).

[10] Archivo concepcionista de Santa Ursula, Alcalá.
[11] Ibíd.
[12] Ibíd.

Soror Margarita de la cruz Esclaua indigna de la madre de dios. Patrona y protectora desta cofadria.

El Emperador de Romanos y la Emperatriz su muger. Esclauos de la madre de Dios.

El Rey don Philippe 3.º y doña Margarita de austria su muger. Esclauos de la madre de Dios.

El Archiduque Alberto de austria y la Infanta doña ysabel su muger. Esclauos de la madre purissima de dios.

el Cardenal de Toledo esclauo de la virgen Santiss.ª madre de dios.

Libro de Esclavos y Esclavas, Archivo Concepcionista de Alcalá, convento de San Ursula

ESCLAVITUD MARIANA

COFRADIA Y DEVOCION DE LAS ESCLAVAS Y ESCLAVOS DE NUESTRA SEÑORA LA VIRGEN SANTISIMA *

I

[DEDICATORIA]

FRAY IVAN DE | los Angeles, predicador Apostólico, y Padre | de la Prouincia de San Ioseph, Desçalços de | la Regular obseruancia, A las muy Reli | giosas Señoras, Abbadesa, y Monjas | del Conuento de Santa Vrsula, de Al | calá de Henares, Esclauas de la santíssi | ma Virgen nuestra Señora, consagradas | a su limpíssima conceción, desea salud | y perpetua felicidad.

Muchas gracias doi a mi Señor Dios (hermanas caríssimas) y pido a los Angeles, y bien auenturados todos, se las den en tiempo, y en la eternidad, por la merced que me ha hecho, en darme a conocer esse santo Conuento, y Religiosas del, porque de las pocas veces y corto tiempo que he tratado a Vs. mercedes, mi ánima ha recebido particulares consuelos, y mi espíritu aliento no pequeño en el seruicio de este señor, desterrara gran parte de mi flogedad, y tibieza: y entre muchas cosas, que me an edificado en essa santa Comunidad de que (sin lisonja) para gloria de Dios haré aquí mención, son éstas: La paz de todas tan vniforme; la hermandad tan llana; El recogimiento tan estrecho; La oración tan continua; Los coloquios, de las más

* Es la fecha de la fundación definitiva de la Esclavitud. El Padre Angeles, cuando pasó por Alcalá (1608), reconoció la excelencia y ventajas del sistema espiritual, lo fundamentó y reformó. Lo reproducimos al pie de la letra, sin retocar ni la ortografía.

aprovechadas con el celestial Esposo, tan ordinarios; Los gustos, y consolaciones diuinas, tan sin tassa; Los exemplos de virtudes tan raros; Las pláticas tan concertadas; y de edificación: La caridad tan en su punto; La obediencia tan sin examen, ni réplica; la humildad tan profunda. Por la qual han querido, (dexado a una parte el honradíssimo título de Esposas de X (Christo) tomarle de Esclauas de su madre santíssima. Confiesso verdad, que en oyendo este nombre, se me derritió, y regaló el coraçón, y se me llenó el ánima de vn desacostumbrado goço; con vn entrañable desseo de verme admitido, y escrito en essa santa Hermandad. Pero qué dicha tan grande la mía? Apenas huue significado este deseo, quando las Esclauas me recibieron por hermano suyo, y esclauo juntamente de quien ellas lo son. Honrado título, dignidad inestimable, y que todos deuemos desear, y procurar. Pero donde tanta honra a tan infame título, en las leyes del mundo? de la misma Virgen y de su hijo santíssimo. Ella se apoderó del, al tiempo que el Verbo diuino se apoderó de su coraçón, y se lançó en sus entrañas, y se hiço hijo suyo. Quiso que con la maternidad, que dice respeto infinito, anduuiesse junto esse título de tanta humildad, que dice, y pregona sugeción. *Ecce Ancilla Domini.* Apenas pronunció estas palabras la humildíssima Virgen, quando el Espíritu santo obró este altíssimo sacramento de la Encarnación. O cosa grande. Primero esclaua, que madre?, y por ventura no fuera madre, si no se confessara esclaua; porque la humildad de la Virgen, llena de fe, concibió al diuino Verbo. Templa con esta esclauitud la soberanía, y alteza de la diuina Maternidad! Qué alto. Madre de Dios; y qué baxo! Escalua de Dios. Pero qué peso de muger, a la qual no leuanta de tierra la mayor honra que Dios pudo darle desde el cielo; pues en raçón de Madre, ninguna se pudo hallar mayor madre, que Madre de Dios, al fin alli esclaua, a donde es Madre, sin que el título de Esclaua del Señor impida a la suprema dignidad de Madre del criador; antes aseguró tan gran recibo y guardó tanta Riqueza, y encerró en estrecho lugar, al que no abraçan los cielos. Pero qué mucho que diga la Virgen: *Ecce Ancilla Domini,* si su hijo santíssimo hace essa misma confessión por su Propheta santo? *Ego servus tuus, ego servus tuus, et filius Ancillae tuae,* y repítelo dos veces, para significar el gusto que tiene de serlo; y en otros muchos lugares de la Escritura, toma para sí este apellido. *Qui cum informa Dei esset, non rapinam arbitratus est, esse se aequalem Deo; sed semetipsum exinanivit formam servi accipiens* (Phil. 2). No dixo yo soy tu sieruo, Padre eterno (en quanto hombre)

y hijo de tu Esposa, e hija ; sino de tu Esclaua. Para recomendación de este título, y para honra de los Esclauos. Dice esse nombre, esclauo, sugeción, Obediencia, Rendimiento, Entrega de voluntad, abdicación de todo el hombre, y enagenamiento entero de todas sus cosas. Las obras del esclauo, y las acciones todas, son de su dueño, como lo es la persona: todo es de quien lo compró. ¿Quién tal del Padre eterno, como Christo? *Ego vivo propter Patrem* (Ioan. 6). Toda mi vida refiero a mi padre, porque soy suyo. Y en otra parte. *Mea doctrina non este mea, sed eius qui misit me* (Ioan. 7). Mi dotrina no es mía, sino de aquel, que me embió, que es mi padre celestial. Y allí San Agustín. *Quid tam non tuum quam tu, si alicuius es, quod es?* ninguna cosa tan mía, como yo ; ni menos mía que yo, si el ser que tengo, y lo que soy lo tengo, y soi por otro ; todo Christo en quanto Dios, y en quanto hombre es del Padre ; y por lo humano, se confiessa esclauo suyo. *Ego servus tuus et filius Ancillae tuae*, y en raçón desto, y en conformidad del hijo se llama la madre Esclaua ; y por ventura, para podérselo llamar él, quiso, y mandó a su propheta, que tuuiese dicho, que lo fuesse, y confessase su madre ; porque los hijos siguen la condición de las madres, que son esclauos, si ellas lo son, aunque sus padres sean libres. O María esclaua de Dios, que haces esclavo a mi libertador ! que al que estaua en forma de Dios y que no por hurto era Dios, sino por generación eterna, y por esso tan bueno como su padre, ygual en todo a el, siguiendo tu condición, entrando en tus entrañas, le hiciste esclauo. Esclauo que nos dió libertad, y nos libró de la esclauonía de Satanás. *Qua libertate Christus nos liberavit.* Gracias te doi Señor, que por libertar a los esclauos, entraste en el mundo en forma de esclauo ; y gracias doy a la Virgen María, que fué el medio para esta esclauonía ; diciendo, y confesando de sí, que era esclaua, al punto que huuo de concebir. Como si dixera: Aunque hijo de Dios, y por esso libre, le buelue esclauo mi condición de esclaua. *Ecce Ancilla Domini.* Bienauenturada esclaua, toda de Dios, y toda para Dios, que ni un pensamiento le lleuó el mundo, ni una palabra ociosa salió de su boca ; ni hiço obra, que no fuesse en seruicio del que la crió, y eligió por madre. Ay Vírgenes escogidas de Dios, si entendiésedes en quanto estrecho os aueis puesto, con llamaros esclauas: ya no sois vuestras, sino de Christo, y de la virgen: el tiempo que no pensáredes en él Hijo y Madre, tiempo es perdido, como lo dice San Bernardo. Si el mundo os pidiere algo, de lo que suele ; o el demonio os tentare, para que pequeis, (dice San Fulgencio) que le respondais, que no sois vues-

tras, sino de aquel que os compró con su preciosa sangre: y de aquella a quien os entregastes por esclauas, de vuestra voluntad; que saquen licencia, para lo que quisieren de vuestro dueño, que sin ella no les podeis hacer plazer: y si yo merecí ser esclauo con las esclauas, desde luego despido de mí a mis enemigos, que en ninguna cosa puedo hacer su gusto. Mi coraçon, virgen santa, tuyo es: mis pensamientos, palabras, y obras consagro, y dedico a ti, Reina del cielo, y por ti, a tu hijo santíssimo, porque sin ti, cómo recibirá tan corta, y escasa ofrenda? *S. Maria succurre miseris, iuua pusilanimes, refoue flebiles, ora pro populo, interueni pro clero, intercede pro deuoto faemineo sexu. Sentiant omnes tuum iuuamen, qui cunque celebrant tuam sanctam commemorationem.* Adiós vírgenes de Christo, y Esclauas de la Esclaua del Señor, y ayudadme en vuestras devotas, humildes, y fervientes oraciones, para que juntos, y a una siruamos al Hijo y Madre, y los gocemos en el cielo y nos gocemos, por toda la eternidad. Amén.

II

Prólogo o introducción a la santa Cofradía de los Esclavos y Esclavas de la Virgen Santíssima nuestra Señora

En el muy religioso Convento de Santa Ursula, de Alcalá de Henares, que es de la limpíssima Conceción de la Reina de los Angeles María, de la orden de nuestro Seráphico Padre S. Francisco, una santa Religiosa, cuya ánima descansa en paz, llamada *Inés de S. Pablo*, imitadora de la pequeña Inés Virgen y martir, recogida y consagrada a Dios desde su tierna edad, apenas de diez años en el dicho Convento, con tanto aprovechamiento espiritual, que a todas era exemplo de virtud, y estímulo para mas perfectamente seruir a Dios. Deseando en su vida agradar y seruir mucho a la santíssima Virgen, cuya singular deuota fué, siempre tuuo un vehemente impulso dentro de su coraçón, que la lleuaua, como con fuerça de rapto, a hacer una Cofradía, y Hermandad de las Religiosas del dicho Conuento, y de otras personas recogidas, y de espíritu en honra de essa misma Señora, y Madre de Dios. Y queriéndolo poner en execución, tuuo algunas contradiciones, que venció con paciencia, con seso y perseverancia. Y aunque no luego vinieron en ello las Religiosas todas, por parecerles nouedad, algunas pocas se le juntaron, y començaron a exercitarse en obras, y exercicios muy del gusto de su abogada, y señora: y a dar modo, y forma a su hermandad, de ma-

nera que se procediesse en ella concertadamente: y auida licencia del superior, la santa Religiosa con las pocas que la seguían hicieron algunas ordenaciones, llenas de piedad, y deuoción, con que la comunidad toda se animó, y de común consentimiento viuieron algunos años, siruiendo con título de Esclauas a la Santíssima Virgen. En el año de mil y seiscientos y ocho, pasando yo a Guadalajara, por buena suerte mía, llegué a ver una Religiosa, que por escrito me auia comunicado su conciencia, y deseaua que en presencia particularmente le dixese, lo que más le importaua para el santo exercicio de la oración. Hallé en este santo Conuento mucho más de lo que yo pensaua, de lo muy fino de la contemplación, y trato amoroso con Dios, él sea glorificado, seruido, temido y amado para siempre de todas las criaturas. Por este camino, y con esta ocasión vine a sauer desta Cofradía, y Hermandad de las Esclauas, y admitido en ella, aunque indigno, en gracia dellas, y seruicio de la Reina soberana María, determiné reformar algunas pocas cosas de los Estatutos, y enmendar otras muy pocas, y reducirlo todo a mejor orden, y comunicar a muchos este tesoro, y la grandeça deste nombre, que a los que de verdad le alcanzaren, hará libres de libertad verdadera: y auiendo comunicado esta determinación con nuestro Reuerendíssimo Padre Fray Pero Gonçalez de Mendoza, Comissario General de la familia Cismontana de la orden de nuestro Seráphico Padre S. Francisco, por comissión de su paternidad Reuerendíssima comencé y acabé lo tocante a esta pequeñuela familia de las Esclauas en la forma que verán, los que quisieren esta esclauitud libre, y libertad esclaua. A todas pido y suplico con el encarecimiento que puedo, que pesada la honra que tendrán, tiniendo por señora a la Reina del cielo María y de ser esclauos suyos (dichoso nombre) consagrados todos a su seruicio: y los prouechos que se les seguirán de ser hermanos de tantas Religiosas, y los sufragios que alcançarán y lo poco que les ha de costar, porque aquí no se trata de intereses temporales (que está muy lexos de las Esposas de Christo, y de las esclauas de la Virgen toda codicia y auaricia, porque ellas y quanto tienen y poseen son de su Señora) trabajen lo posible, por alcançar un bien tan grande como este. Empero a la Señora Abbadesa y Religiosas suplico, sean seruidas de mirar mucho a quien reciben, porque no todos sin diferencia merecen tan estremada honra como esta, pocos, y deuotos, y espirituales, y desseosos de agradar a mi Señora la Virgen María y de aprouechar en el seruicio de Dios. A quien sea gloria, y honra en los siglos de los siglos. Amén.

III

ORDENACIONES Y ESTATUTOS DE LA COFRADÍA Y HERMANDAD DE LAS ESCLAUAS DE NUESTRA SEÑORA, FUNDADA EN EL CONUENTO DE SANTA URSULA, DE ALCALÁ DE HENARES, POR UNA SANTA RELIGIOSA, QUE ESTÁ EN EL CIELO, CON LICENCIA Y APROBACIÓN DE LOS SUPERIORES

1. Primeramente se ordena, que todas las hermanas desta Cofradía, se llamen Esclauas de la Madre de Dios, Reina y Señora nuestra.

2. *Yten* se ordena que las Esclauas desta Hermandad, confiessen, y comulguen todas las fiestas de nuestro Señor, y de nuestra Señora, y ayunen la víspera, o den una limosna.

3. *Yten* se ordena, que los Esclauos, y Esclauas, de la santíssima Virgen recen cada día su corona, o la tercera parte del Rosario, y nueve días antes de la fiesta de la admirable Assunción, que es la principal desta Cofradía, dirán la corona de flores, que al fin deste papel yrá escrita, porque ay experiencia, que Reçándose con devoción, hace nuestra Señora grandes fauores a sus deuotos.

4. *Yten* se ordena, que cada vna de las personas Religiosas, que huuieren de entrar en esta hermandad, den un real, o dos de limosna, y esto darán cada año para la fiesta de la santíssima Assunción, y no más, por quanto son pobres.

5. *Yten* se ordena, que si alguna persona seglar, de aprobada vida, pidiere con deuoción que le admitan en esta santa Cofradía se haga por la madre Abbadesa, y Monjas, dando de entrada cuatro reales, o lo que más quisieren, y lo mismo darán cada año, antes de la dicha fiesta.

6. *Yten* se ordena, que la madre Abbadesa sea siempre la superiora desta hermandad, la qual dará la limosna que fuere su voluntad, y tendrá cuidado de juntar las Religiosas cada año, y elegir por suertes tres. La primera se llamará mayordoma, la qual distribuyrá la limosna desta Cofradía en los gastos della. La segunda será Tesorera, en quien se depositará todo lo que se hallare, para que dé quenta dello. La tercera será Camarera, la qual tendrá cuidado de契adereçar la santa Imagen de la Cofradía.

7. *Yten* se ordena, que la limosna que se allegare, se gaste desta manera: Primeramente se an de celebrar todas las fiestas de nuestra Señora y más solenemente que todas, la de nuestra Señora de la Assunción: y todo lo

que después desto sobrare, se gaste en decir missas por todos los Esclauos, uivos y difuntos, y tambien se cante, y diga por ellos la Missa de alua de la natiuidad de nuestro Redentor: y quando alguno falleciere, dirán las Religiosas vna vigilia, y missa cantada a costa de la Cofradía, y con la cera della. Y estarán obligadas de hacer oración particular en comunidad por qualquiera necesidad espiritual o corporal aunque los Esclauos desta Cofradía estuuieren: dando auiso al conuento, para que se haga quando la tal necesidad se ofreciere.

8. *Yten* se ordena, que las Religiosas Esclauas de nuestra Señora digan todos los sabados misa cantada, y la Salue, y hagan vna processión con belas encendidas por todos los Esclauos. Los quales serán participantes de todos sus ayunos, disciplinas, oraciones, y los demás exercicios santos, en que se exercitarèn a honra de Dios, y de su puríssima Madre, y mayor bien de las almas.

9. *Yten* se ordena que de la limosna de la Cofradía quando alguna Religiosa falleciere en el dicho Conuento, se le digan seis missas reçadas, y vna cantada.

10. *Yten* se ordena, que ninguna destas ordenaciones obliga a pena ninguna más, que a carecer del mérito que cumpliéndolas puntualmente se gana.

11. *Yten* se ordena, que ava vn libro donde todos los Esclauos se firmen, y la firma ha de ser *Fulano*, o *fulana*, *Esclauo*, o *Esclaua* de la Madre de Dios: y todos los años se junten las oficialas desta Cofradía, passada la fiesta de la santíssima Asunción, a dar quenta a la madre Abbadessa, del recibo y gasto, y a las otras oficialas, que por suerte huuieren salido, todo lo qual se pondrá por asiento, para que se anime, y esmere cada qual, de hacer lo más que pudiere, en seruicio desta gran Reina y madre de misericordia.

BENDITO SEA IESVS Y SU MADRE SANTÍSSIMA, POR SIGLOS ETERNOS. AMÉN

Muchas otras ordenaciones se pudieran añadir a estas pocas, pero no he querido, por el respeto que tengo a la fundadora, que en las que ordenó parece auer hablado más por el Espíritu de Dios, que por sabiduría humana, por esto, y con la misma consideración apenas he tocado en las palabras, porque me a agradado mucho la llaneça y sencillez dellas, argumento grande de la santidad de quien las ordenó.

IV

Sigue la corona de flores, que han de rezar los Esclauos de la Madre de Dios nueue días antes de la fiesta de la Santíssima Assunción de nuestra Señora:

El primer diez, de *Aue Marías* al goço que nuestra Señora tuuo, quando el Hijo de Dios encarnó en sus puríssimas entrañas, suplicándole nos alcance la virtud de la humildad.

El segundo diez de *Magníficas* al goço que nuestra Señora tuuo en la Visitación de Santa Isabel, suplicándole nos alcance la virtud de la Caridad.

El tercero de *Salues,* al goço que sintió quando vió nacido a su sacratíssimo hijo, quedando virgen después de auerle parido, como estaua antes que le recibiese, suplicándole nos alcance la virtud de la Castidad.

El quarto diez a de ser de *Aue Maristella*, al goço que tuuo, viendo adorar al Rei del cielo de los Reyes Magos, suplicándole que todas las naciones vengan en su conocimiento, y rogando por el Rei y Príncipes Christianos.

El quinto diez, del hymno, *Quem terra, pontus, ethera,* al goço que la Reina del cielo sintió quando halló a su precioso hijo en el templo, suplicándole nos dé gracia, que le hallemos para nunca perderle.

El sexto diez, se a de decir, de la Antíphona *Regina celi letare, alleluya,* al goço que nuestra Señora tuuo, viendo a su santíssimo hijo resucitado, y asele de pedir la virtud de la fé, y rogar por las ánimas del purgatorio.

El séptimo diez, se a de decir del Hymno *O Gloriosa Domina*, a su gloriosa, y triunfante Assunción, y suplicarle nos sea fauorable en la hora de la muerte.

En todos los diezes desta Corona se an de decir, Pater noster, y después por las tres Aue Marías, tres veces el Hymno, Memento salutis author, a su gloriosa Coronación, suplicando a esta Reina y Señora lleue consigo a todos sus Esclauos.

Esta es la Corona con que se a da preuenir nueue días la fiesta de la Assunción de la santíssima Virgen nuestra Señora, que para mí es artificiosa: tiene juntamente espíritu, y entretenimiento, y deleite, y no da lugar al hastío, tibieça, y cansancio que suele acompañar a otros exercicios. La deuoción nos dé el Señor, por su Madre santíssima, y nosotros a él honra y gloria en tiempo, y por toda la eternidad. Amén.

V

Esclavitud de la Madre de Dios

«Hasta hoy, día de la fecha, ha continuado sin interrupción esta Comunidad de Religiosas Concepcionistas Franciscanas de Santa Ursula de esta Ciudad de Alcalá de Henares tributando el devido Culto a la Santísima Madre de Dios y Señora Nuestra en su prodigiosa Imagen de la Asunción y haciendo al propio tiempo los ejercicios y prácticas piadosas, que ordenan los Estatutos de la Esclavitud de Nuestra Madre y Señora, cuya fundación hizo en este Convento Sor Inés de San Pablo, Religiosa que fué en el mismo el año de 1595, constando en las referidas Constituciones, que dicha Fundación fué hecha por revelación que tuvo la ya citada Religiosa.

Como en el día la Comunidad no pueda continuar haciendo los esfuerzos que hasta hoy para sostener el devido culto con la Solemnidad que requiere tan grande misterio por falta de recursos, la Reverenda Madre Abadesa y demás Religiosas, Suplicaron con grande interés al Padre Fray Antonio Sacristán Calbo, Religioso observante de esta Santa Provincia de Castilla, y Vicario del citado Convento, se dignara adoptar un medio por el cual la Comunidad, ayudada por algunas almas piadosas que contribuyendo con sus limosnas pudieran continuarse tributando tan Solemnes Cultos a la Purísima Virgen. En efecto, atendiendo con júvilo y escuchando con grande satisfacción las Súplicas espuestas por las Religiosas de dicho Convento, el referido Padre Vicario invitó a varias personas, que por su religiosidad y devoción a Nuestra Señora no dudó aceptarían con gusto su propuesta, y afortunadamente tuvo tan buen resultado la invitación que en este día son ya *cincuenta* los Esclavos y Esclavas como aparecen de la lista que a esta continuación se espresarán. Y por lo tanto siendo ya crecido el número de Esclavos y Esclavas, determinó el mismo Fr. Padre Vicario se citara a Junta General como se verificó en este citado día (que se estenderá el acta correspondiente a esta continuación por el presente Secretario) en la cual se acordarán los puntos más convenientes para la continuación y perpetuación de esta tan Santa como Piadosa Esclavitud. Y para que todo tenga efecto según va manifestado, y en lo subcesivo conste este hecho tan providencial, lo firmó el relacionado Padre Vicario en unión de la Madre Abadesa y demás Religiosas de dicho

Convento que componen Comunidad en Alcalá de Henares a veinte y seis de Junio de mil ochocientes sesenta y cuatro.=Firmado: Fr. Antonio Sacristán Calvo, Vicario= Sor Josefa M.ª de la Paz, Abadesa = Sor Balbina M.ª del Corazón de Jesús, Vicaria = Sor Valentina M.ª de la Soledad = Sor Hermenegilda M.ª de la Cruz = Sor Pascuala M.ª de San Cayetano = Sor Josefa M.ª de San Buenaventura = Sor Dominica M.ª de Santa Ursula =. Todos con rúbrica».

(Libro de esclavas y esclavos, archivo concepcionista de Alcalá, convento de Santa Ursula.)

VI

Bula sobre la Esclavitud Mariana (1685)

INOCENCIO Papa Undécimo: Para perpetua memoria. Como a nuestra noticia aya llegado que en la iglesia del Convento de religiosas de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, con el título de Sta. Ursula, sito en la villa de Alcalá, diócesis de Toledo, se aya fundado una Congregación piadosa, y debota de uno y otro sexo, debajo del título de los siete dolores de Nuestra Señora, no solo para los hombres de un exercicio, o arte, sino para todos; siendo la ocupación de todos los cofrades el exercicio de obras de piedad, y charidad, Nos deseando los maiores augmentos de esta Congregación, de la misericordia de Dios omnipotente, y la authoridad de los S. S. Apóstoles S. Pedro, y S. Pablo confiados, a todos los fieles de uno, y otro sexo, que en dicha Congregación entraren, en el primer día de su entrada, si confesados, y verdaderamente penitentes, recivieren el Sacramento de la Eucharistía, a todos los que se ubieren sentado y en tiempos venideros se huvieren de sentar en dicha Congregación concedemos indulgencia plenaria, y a los mismos, para el artículo de la muerte si estubieren confesados, y recivieren el Sto. Sacramento de la Eucharistía y si no pudieren, a lo menos contritos, pronunciaren o invocaren el dulce nombre de Jesús, y no pudiendo con la voca, con el corazón; concedemos plenaria indulgencia; también a todos cofrades confesados, y comulgados que visitaren dicha iglesia desde las primeras vísperas de la feria sexta después de la Dominica in Passione, asta ponerse el sol, debotamente, rogando por la paz y concordia de todos los Príncipes christianos, extirpación de las heregías, y exaltación de la Santa Madre Iglesia, concedemos asimismo plenaria indul-

gencia, y remisión de todos los pecados. Demás a todos los hermanos, y hermanas de dicha Congregación verdaderamente contritos confesados, y comulgados, que visitaren dicha iglesia de Sta. Ursula en las festividades, Asunción, Natividad, Concepción, Anunciación de Nuestra Sra. en qualquiera de estos días, siete años, y otras tantas quarentenas de perdón. Tambien todas las veces que asistan a las misas, y a otros divinos oficios, que en dicha iglesia se celebraren, y rezaren, o recibieren pobres, compongan, y soliciten la paz entre los enemigos, o compañaren, y asistieren a los entierros asi de los cofrades, como de otros, o asistieren a las procesiones, o acompañan al Sacramto de la Eucharistía ya en procesiones, ya cuando le lleban a los enfermos, o si impedidos no pudieren quando para estos tocare la campana, rezaren la oración del *Padre nuestro,* y *salutación Angélica,* o rezaren cinco vezes dichas oraciones por las almas de los cofrades difuntos o finalmente reduxeren alguno al camino de la salbación, y a los ignorantes enseñaren los preceptos divinos, y las cosas que son necesarias para la salbación o exercitaren otra qualquier obra de piedad, y charidad, por qualquiera de estas dichas obras, concedemos sesenta días de perdón, y relaxamos las penitencias debidas. Queremos también, que si a dicha Cofradía algunas otras indulgencias o perpetuas, o por tiempo limitado, se ubieren concedido, sean nulas. Y si a dicha Congregación, otra confraternidad se ubiere agregado, o en tiempos benideros se agregare, o por otra qualquier razón a esta se unieren, ningunas otras letras sean válidas. Dada en Roma en Sta. María la Maior, con el sello del Pescador, a doze de Julio de mil seiscientos, y ochenta, y cinco, de nuestro Pontificado año octavo.

(Archivo concepcionista de Alcalá, convento de Santa Ursula. No hemos encontrado el original en latín.)

FRAY MELCHOR DE CETINA

EXHORTACION A LA DEVOCION DE LA VIRGEN MADRE DE DIOS

EXORTACION,

A LA DEVOCION DE LA VIRGEN, MADRE DE DIOS, QVE TODOS

los Christianos deuen tener: y especialmente los que con desseo de mas seruirla se le han ofrecido por esclauos, con vn deuoto exercicio para los Sabados, y para las fiestas de nuestra Señora.

Compuesto por el P. F. Melchior de Cetina Lector de Theologia, y P. perpetuo dela Prouincia de Castilla, de la Orden de nuestro Padre San Francisco.

Dedicado a la Madre Abbadessa, y Monjas del muy Religioso Conuento de Santa Vrsula de Alcala, de la Orden de la Concepcion de nuestra Señora, y sus esclauas.

Año  1618.

Con licencia: En Alcala, por la viuda de Andres Sanchez de Ezpeleta. Año de 1618.

INTRODUCCION

FRAY MELCHOR DE CETINA

1. El autor.—El P. Melchor de Cetina, varón sabio y escritor de méritos relevantes, ha permanecido ignorado durante siglos. Ultimamente han venido recordándole, sin hacer hincapié sobre su persona y su valía doctrinal y literaria, los mariólogos esclavistas. Reproducida una de sus obras, de la cual nos ocuparemos luego, la luz de su nombre no será oscurecida en adelante.

De su vida se sabe tan poco y su personalidad quedó tan olvidada, que ni la *Enciclopedia Espasa* registra su nombre. Sin embargo, los datos ciertos que registramos son lo suficientemente significativos para concluir que se trata de un hombre de categoría moral, científica y literaria.

Ingresó en la Orden franciscana, ignorándose cuándo, y perteneció a la Provincia de Castilla de la Regular Observancia. Fué guardián en el convento de San Diego, de Alcalá, donde acrecentó su devoción al maravilloso San Diego y se saturó de la devoción esclavista. Como dicha casa religiosa era de mucha importancia y prestigio, tanto por el lugar de su noble emplazamiento como por los sujetos eminentes en virtud y en ciencia que residían en ella, escogíase para el cargo de superior regular un religioso de valer y de responsabilidad. Cónstanos, pues, que en 1605 ejercía el cargo de guardián o superior en el convento de San Diego, donde a 26 del mes de febrero tomó el hábito para religioso lego el venerable Fr. Cristóbal de Arroyo, natural de Romanos [1]. En la licencia para imprimir los *Discursos*, el comisario general, P. Pero de Mendoza, le discierne los títulos siguientes: «Predicador y lector de

[1] Diego Alvarez, *Memorial ilustre*, l. V, c. 11, III, p. 429 (Alcalá 1753).

Teulogía y olim difinidor desta nuestra Provincia de Castilla». Sabemos, además, que fué guardián del convento de Esperanza la Real, de Ocaña, y que lo era en el año 1609, cuando imprimió los *Discursos* en Madrid, que no pudo revisar personalmente por esta causa, como él mismo lo dice [2]. Religioso de prestigio, hombre serio, grave y docto, fué nombrado padre perpetuo de la Provincia franciscana de Castilla.

Que alcanzó renombre de sabio, lo comprueba un hecho memorable de su vida: su intervención en un episodio de resonancia. El caso fué como sigue: el religioso venerable Fr. Julián de San Agustín, ilustre en santidad, tuvo una revelación según la cual el alma del rey Felipe II había salido del purgatorio y había volado al cielo. Para confirmar su revelación pronosticó, y el pronóstico, de un fenómeno de tipo atmosférico, se verificó plenamente. «Saldrá, dijo, una nube al oriente y otra al poniente», etc. Con este motivo armóse un revuelo científico y teológico. Nombráronse juntas y comisiones de hombres calificados; y «fué certificada esta profecía por catedráticos de Astrología de las Universidades de Toledo y Alcalá; y de sabios catedráticos de Teología, con otros doctores ilustres de dichas Universidades; de famosos varones predicadores del rey; de doctísimos lectores de diversas religiones; de inquisidores de la suprema y de Toledo; de consultores y calificadores de ambas Inquisiciones y de algunos ilustrísimos obispos, que todos fueron cincuenta y dos varones eminentes». Y sigue ahora lo que atañe directa y expresamente a nuestro propósito: «Aprobaron esta revelación con expresa censura los cuatro siguientes minoritas, *famosos teólogos y honor de San Diego* [de Alcalá]: *Fr. Melchor de Cetina*, fray Diego de la Vega, el maestro Fr. Juan de la Cámara y Fr. Antonio de Velasco, cuyas fechas en sus pareceres están estampadas en este referido convento» [3]. Sólo este curioso lance nos descubre claramente la nombradía prestigiosa de que gozaba el P. Cetina. Figura en primer lugar y síguele el P. Fr. Diego de la Vega, escritor de singular relieve por las elegancias y donosuras de su estilo.

Con justa razón, pues, se le llamó «célebre» [4] y ensalzaron su nombre los contemporáneos suyos. El P. Fr. Juan de Estrada, en su *Aprobación* a la *Exhortación*, enjuició a

---

[2] JUAN DE SAN ANTONIO, en su *Biblioteca franciscana*, dice: «Melchior Cetina, Hispanus, Reg. Observantice Provintiae Castellae Guardianus Occamiensis ac Complutensis, necnon Diffinitor vernacule scripsit ad Margaritam Austriacam Hispaniarum Reginam: Discursus seu varios tractatus super vitam et miracula S. Didaci» (Madrid 1609; *Exhortación*, Alcalá 1618).

[3] DIEGO ALVAREZ, *Memorial*, 1. IV, c. 9, VIII-IX, pp. 271-2.

[4] Ibíd., c. 11, III, p. 429.

nuestro Cetina y a su obra con estas expresiones ponderativas: «En el cual [libro] su autor, junto con gran devoción, ha mostrado sus muchas letras, pues se verán en él gravísimos lugares de la santa Escritura declarados con varia lección de santos, muchas y muy pías consideraciones, que en las almas y corazones de los fieles han de causar gran devoción y amorosos afectos con la Virgen, Señora nuestra».

Pero la nota emocionante y perfumada de su espiritualidad genuina nos la da su devoción y profesión esclavista, que tanto fundamentó, sostuvo y propagó con su libro de fragancia inextinguible.

Habiéndole suplicado reiteradamente la comunidad concepcionista de Santa Ursula, de Alcalá de Henares, que redactase un libro sobre la Esclavitud Mariana, dijo en la *Dedicatoria:* «Al fin, *como el menor de los esclavos de la Virgen, nuestra Señora,* no he querido excusarme, sino obedecer humildemente, por ser servicio de nuestra Reina y Señora y petición de las que *juntamente conmigo* son esclavas de esta Reina celestial». Y declara con sinceridad entrañable y conmovedora: «El haberme recebido a su santa Hermandad por esclavo de la Reina del cielo me obliga a servirlas toda la vida». Y firma: «Fr. Melchior de Cetina, esclavo de N.[uestra] S.[eñora]».

En el verdadero *Libro de Oro de la Esclavitud,* de Alcalá, milagrosamente conservado, léese su nombre, testimonio de su ingreso en la Esclavitud: *Fray Melchior de Cetina, esclavo de la Madre de Dios.* La expresión más común, iniciada por Fr. Juan de los Angeles, era: *Indigno esclavo de la Madre de Dios.* El bien que atesora la Esclavitud Mariana quiérelo para sí mismo, y también para todos los enamorados de María Santísima, por lo que suplica hervorosamente que a todos se conceda privilegio tan singular: «Plega a Dios, escribe, que a todos nos admita esta gran Reina por sus esclavos y que como a tales nos reciba debajo de su amparo y protección, pues debajo de su tutela estaremos seguros de los peligros desta vida y por su intercesión conseguiremos los bienes de la eterna» [5].

2. EL ESCRITOR.—Como se ha visto, el P. Melchor de Cetina fué un español sabio, erudito, versado en ciencias humanas y divinas, con dotes de gobierno que acreditan los cargos que se le confiaron. Fr. Juan de Estrada, en su *Aprobación* de la *Exhortación,* encarece «sus muchas letras y varia lección de santos», como hemos recordado. Por comisión del P. Felipe de Ayala, ministro provincial de la Provincia de Castilla, fué censor de la obra del Pa-

---

[5] *Exhortación* [dedicatoria] (Alcalá 1618).

dre Fr. Diego de la Vega, titulada *Empleo | y exercicio san | to sobre los evangelios de las domínicas después de Pentecostés.* | Tomo segundo. | Madrid 1607. Firma su *Aprobación* en el convento de Santa María de Jesús, de Alcalá, «en quatro de noviembre de 1605 años», siendo guardián del dicho convento.

Es curioso e interesante que en la *Exhortación* titule un capítulo con estas palabras, expresivas de una formación humanística y de una idea sentida y obradora: «De la hermosura de alma y cuerpo de que la Virgen fué dotada, y que esto nos convida a poner en ella nuestra devoción» (c. 8, que se prolonga en el 9). No le recuerda Menéndez y Pelayo en sus *Ideas estéticas,* pues no cabe todo en una obra, y menos siendo de tipo sintético.

Dos obras sacó a luz el P. Cetina, y entrambas se conservan, aunque raras, por haber sido expoliadas y destruídas las bibliotecas conventuales sistemáticamente una y otra vez. La portada de la primera es así: *Discursos sobre la vida y | milagros del glo | rioso padre S. Diego, de la Orden del | seráfico padre S. Francisco. | Compuesto por el P. Fray Melchor de Cetina, Guardián del Convento de Esperanza | la Real de Ocaña.* Dirigido a la Reina nuestra señora doña Margarita de Austria. Madrid, 1609.—BN, R/11429.

Este libro es elogiado calurosamente por los censores y calificadores, y tiene por objeto exaltar la fisonomía y figura del glorioso San Diego, exponiendo su vida, virtudes y milagros con doctrinas amplias y seguras y expresión oratoria de buen gusto. En 1608, el maestro Fr. Juan Camargo, agustino de San Felipe, en Madrid, escribió: «Hele visto, y he hallado con la gravedad de la doctrina singulares discursos y provechosísimos y bien mirados asuntos, llenos de gran erudición para teólogos y escriturarios y de gran devoción para los espirituales» [6]. Y el lector en Teología Fr. Antonio de Velasco expresóse de este modo: «Con fervoroso estilo aconseja, enseña y mueve a la imitación y semejanza de vida tan singular cual fué la del glorioso San Diego» [7]. Finalmente, el maestro Fr. Diego Granero, O. S. D., aprobó el libro y dijo entre otras cosas: «El estilo del autor es dulce, claro y apacible, y guarda en él la verdad y puntualidad que pide la historia, y muestra en él grande erudición en teología escolástica, grande inteligencia en la sagrada Escritura y mucha leción e inteligencia de los Doctores santos» [8]. Elocución, arte, estilo *dulce,*

---

6 Aprob. a los *Discursos*, de Cetina (Madrid 1609).
7 Ibíd.
8 Ibíd.

claro, apacible, como de quien es señor de lo que dice y tiene un corazón amable y una mente llena y sosegada.

La segunda obra, la que nos interesa más en esta coyuntura, es la *Exortación | a la deuoción de la Virgen Ma | dre de Dios, que todos | los Christianos deuen tener: especialmente los que con desseo de más seruirla se le han | ofrecido por esclauos, con un deuoto exer-cicio para los sábados, y para las fiestas de nuestra Señora. | Compuesto por el P. F. Melchior de Ce | tina, Lector de Theología, y P. perpetuo | de la Provincia de Castilla, de la Or | den de nuestro Padre San | Francisco. | Dedicado a la Madre Abbadessa, y Monjas | del muy Religioso Conuento de Santa Ursula | de Alcalá, de la Orden de la Concepción | de) nuestra Señora, y sus esclauas.* | Año [grabadito] 1618. | Con licencia: En Alcalá, por la viuda de Andrés | Sánchez de Ezpeleta. Año de 1610.—Págs. 136. Tabla de los capítulos. BN, R 3/41442.

La obra es notable en todo sentido, máxime en todo cuanto se relaciona con el sistema espiritual de la Esclavitud Mariana, ya se trate de la ideología, trátese ya de los ejercicios propios de los esclavos de la Reina por antonomasia, la Virgen María.

A este propósito, el P. Tomás Echevarría, C. M. F., tuvo a bien escribir: «Hay, efectivamente, en ella [en la *bibliografía esclavista*] una obra que se cita por ahí muchísimo menos de lo que en realidad se merecía, dada su importancia excepcional en materia de dicha esclavitud de amor» [9]. El mismo escritor añade: «Acudimos al volumen, en apariencia tan reducido cuan henchido de valor esclavista en el fondo, que allá por los años de 1618 publicaba en Alcalá de Henares el franciscano P. Melchor de Cetina, dignos en verdad, autor y libro, de que descolladamente campeen de hoy más en la bibliografía premontfortiana de nuestra Patria» [10].

El valor intrínseco y literario del libro no pasó inadvertido a la mirada inquisidora y perspicaz de quienes opinaron sobre ella después de haberla leído con la responsabilidad de calificadores oficiales, muy pesada y comprometida en aquellos tiempos. El M. R. P. Fr. Felipe de Ayala, ministro provincial, apruébalo, «porque, dice, confío que de sacarle a luz se serviría nuestro Señor y redundará en mucha devoción de su benditísima Madre» [11]. El P. Fr. Baltasar de Ajofrín encarece la sabiduría que contiene el libro y el magisterio persuasivo de su autor despertando sentimientos e inflamando los deseos para que sean más fir-

[9] *Bibliografía esclavista*, en *El Iris de Paz*, 16 de abril 1922.
[10] Ibíd.
[11] Aprob. de la *Exhortación*.

mes. «En el cual [libro, dice] no sólo no hay cosa que ofenda a la fe y costumbres de la Iglesia santa, mas antes todo lo que en él se trata con grande erudición favorece muy mucho las santas costumbres y aviva la fe. Porque en él, su autor, muy docta y muy piadosa y eficazmente, persuade su intento y enseña juntamente a los que han alcanzado *la celsitud de ser esclavos de la Virgen Madre* cómo deben cumplir con tan soberana obligación. Y a los que por haber sido remisos no han llegado a merecer este nombre, los mueve y aficiona y con eficacia enciende su deseo a gozar de esta prerrogativa grande y de los favores della, encaminando por medio tan suave y tan dulce sus almas a la eterna salud» [12]. En cuanto a la seguridad doctrinal, expónela tan fundada, tan sencilla y tan sensatamente, que el P. Fr. Juan de Estrada, aprobando, dijo: «Es doctrina toda sana y muy católica, libre de toda sospecha de error, por lo cual se puede y debe dar licencia para que se salga a luz y se imprima» [13].

Sencillez, naturalidad sabia, gusto delicado, erudición amena y varia, efluvio poético, efusión cordial serena, entusiasmo equilibrado, comunicativo y sobrio son las cualidades que adornan sus escritos, en especial la *Exhortación*, verdadero cántico triunfal de la Esclavitud Mariana, entonado por un corazón entregado por completo al servicio de la Reina María Inmaculada. El P. Tomás Echevarría la llamó «seráfico escritor» [14], porque sus palabras son carbones encendidos que lanza sobre las cabezas de los fieles cristianos a fin de que, inflamados, se consagren a María en calidad de esclavos, esclavonía que les da posesión de la máxima libertad, consistente en ser hijos de Dios, hijos de María Reina y hermanos de Jesucristo, primogénito entre todos.

Con razón sobrada el esclavo de María P. Fr. Lope Páez entusiasmóse con la obra, que cayó en sus manos en calidad de censor de la misma, y escribió con elogio: «He visto un libro intitulado *Exhortación a la devoción de la Virgen santísima, Madre de Dios y Señora nuestra*, [...] ; y cuando la importancia de él no se conociera del asunto y del autor, la doctrina es tan conforme a la de los santos, tan llena de su autoridad, tan ajena de toda sospecha de error y tan llena de devoción y piedad, que se malograría un *lúcido trabajo* y piadosa intención y un gran consuelo que de su leyenda pueden recibir los que son y desean ser devotos de la serenísima Reina del cielo, Ma-

---

[12] BALTASAR DE AJOFRÍN, aprob. de la *Exhortación*.

[13] JUAN DE ESTRADA, aprob. de la *Exhortación*.

[14] *Bibliografía esclavista*, III, en el *Mensajero de María*, enero de 1927, p. 11.

dre de Dios y Señora nuestra, si no saliese a luz obra que la dará a cualquiera que pasare los ojos por ella»[15]. El juicio está hecho con certero juicio por un varón docto y consciente de su responsabilidad. Califica el libro desde un punto de vista literario, llamándole *lúcido trabajo*, como una lámpara que daría luz *a cualquiera que pasase los ojos por ella*. Es la perfección estética de la obra, que tanto más reluce, brilla y encanta cuanto menos se lo propuso el autor, pues solamente puso su mirada en los esclavos y esclavas de María, gente devota y sencilla, que habían de ser sus lectores. Henchido su pecho de la espiritualidad esclavista, desbórdasele por su pluma ígnea, brasa de fuego en sus manos. «El libro es importantísimo»[16], concluye otro con sincero y cordial entusiasmo.

3. Esclavitud Mariana.—Los orígenes de la Esclavitud Mariana de Alcalá quedaron esclarecidos y fijos en el estudio que publicamos en *Verdad y Vida*, número 14, año 1946 (Madrid). Como introducción al opúsculo esclavista del P. Angeles, algo hemos retocado y renovado antes, en la *Introducción* correspondiente. Ahora quiero traer aquí el mensaje esclavista del P. Melchor de Cetina para que los lectores se llenen de saludables anhelos marianos.

La Virgen María, en su misterio glorioso asuncionista, fué el numen y amparo de la Esclavitud. Nació en Alcalá, en el convento concepcionista de Santa Ursula (1575); oficialmente recibió el bautismo en la misma Alcalá (1595), fué confirmada en Alcalá por Fr. Juan de los Angeles (1608) y fué ordenada definitivamente en Alcalá por el P. Fr. Melchor de Cetina (1618). El P. Angeles, con intuición angélica, vió de golpe la excelsitud y transcendencia de tan refinada devoción, la fundamentó escriturística, teológica y ascéticamente y se consagró a propagarla, rejuveneciéndose su espíritu en su venerable ancianidad. Su éxito fué completo, oficial y extraoficialmente. El P. Cetina siguió el vuelo del águila, y subió a no menor altura, alcanzando más amplio vuelo, un vuelo circular con plenitud perfecta.

El propio Cetina, dirigiéndose a la comunidad concepcionista de Santa Ursula, de Alcalá, dícele: «Recibió, pues, toda la comunidad esta santa Hermandad, aunque a los principios hubo alguna repugnancia, *por ser cosa nueva;* pero como era cosa del servicio de nuestra Señora, fácilmente se convinieron sus devotas, y *de común consentimiento se hicieron algunas ordenaciones* llenas de

---

[15] Aprob.
[16] Baltasar de Ajofrin, aprob.

devoción y de piedad, y con aprobación de los superiores las recibieron y con ellas vivieron algunos años. Hasta que en el año de 1608, el *muy venerable* P. Fr. Juan de los Angeles, de la Orden de nuestro Padre San Francisco, y padre de la Provincia de San José, y provincial que en ella había sido, y hermano de esta santa Hermandad de esclavos de nuestra Señora, reformó las dichas *Ordenaciones* y las puso en mejor estilo y las imprimió, en la forma que hasta aquí han andado, en un *librito pequeño,* cuyo título es *Cofradía y devoción de las esclavas y esclavos de nuestra Señora la Virgen santísima María*», etcétera [17].

La explosión esclavista provocada por el celo, piedad, prestigio y saber del P. Angeles fué grande. Lo hemos visto en la *Introducción* anterior, y el P. Cetina lo recuerda y prueba cuando en un ladillo de su obra enuncia: «Personas notables que se han ofrecido por esclavos de nuestra Señora» [18], que son las que convirtió el P. Angeles para tan celeste Esclavitud, como fueron las familias reales e imperiales de España, junto con la infanta sor Margarita, discípula predilecta del magisterio esperitual de Fr. Juan de los Angeles, y con otras personalidades.

Adviértase que el P. Ríos nació en 1580, que profesó en 1598, que se graduó de maestro en Sagrada Teología en 1613 y que ya en 1575, 1595 y 1608 venía existiendo y progresando la idea, la devoción y el sistema esclavista mariano. La Esclavitud del monasterio famoso de Guadalupe nada tiene que ver con la de Alcalá ni en la idea, ni en la devoción, ni en la institución. Trátase de que algunos excautivos y alguno que otro por devoción hacían voto de servir en el monasterio si se les admitía y si no se les *soltaba* el voto, pues la esclavitud a que se consagraban era perpetua. Es un antecedente curioso e inicial de la Esclavitud, diferente de la creada en Alcalá con diferencia de categoría [19]. Los tiempos de San Luis de Montfort (1673-1716) estaban lejos; en el año 1618, fecha en que aparece la *Exhortación*, de Cetina, brillaba ya plenamente la aurora esclavista, que alcanzaría más tarde plenitud de mediodía veraniego.

La idea esclavista debe haber existido siempre, más o menos recóndita, en la mentalidad cristiana. Un testimonio externo, ocular, hemos leído: «Acudió a la ermita de nuestra Señora de la Esclavitud, oró a la puerta», etcétera. Esto en tiempos medioevales, en Lupario, entre

[17] *Exhortación*, fol. 5 v. y 6.

[18] Ibíd., c. 12.

[19] GERMÁN RUBIO, cf. *Historia de nuestra Señora de Guadalupe*, c. 4, III, p. 217 (Barcelona 1926).

Padrón y Compostela [20]. España estaba henchida de espíritu mariano esclavista, muy propio del genio español, que rechaza toda coyunda extraña, pero que fácilmente se doblega al yugo de Dios, de Jesucristo, Hijo de Dios, y de María, Virgen y Madre de Dios.

Una observación, inesperada aun para los especializados en la materia, lo patentizará. El P. Salvador Gutiérrez Alonso, benemérito historiador de la Esclavitud Mariana, en su obra extensa, consignó: «Expuesto ya que María fué *esclava de Dios*, y a la vez *de la Madre* [posible] *de Dios, idea exclusiva del P. Ríos*, pues en la obra de su sucesor el Beato Montfort no recordamos haberla visto indicada, pasamos ahora a demostrar que Cristo, desde su encarnación hasta su muerte, fué esclavo de su santísima Madre» [21]. Pues bien, véase cómo la idea había sido predicada por aquella boca seráfica que se llama Beato Juan de Avila. Dale, además, categoría máxima, pues pone las palabras en el pecho y en los labios de la misma Reina soberana. Esta es la preciosa margarita: «¡Quién, Señora, fuera digno de estar escuchando vuestra ferviente oración, llena de suspiros y lágrimas, suplicando al Señor tal merced!» La merced de servir y obedecer; y añade el Beato con términos inspirados: «Diría la Virgen: —Concédeme, Señor, que *yo sea esclava de aquella doncella que os ha de concebir y parir y quedar siempre virgen; que en más estimo ser su Criada y Esclava que ser Señora de todo el mundo*. Y esta merced os pido, Señor, y os suplico me la otorguéis por quien vos sois. Y si esta merced me negáredes, ordenad vos, Señor, otros caminos, para que yo viva en sujeción y obediencia y no use de mi libertad» [22].

Otra sorpresa grata nos trae el maestro Avila que llenará de gozo el corazón de los esclavistas. El primer esclavo de María fué el angélico patriarca San José. San José teníase por esclavo de María, y como tal, reverenciábala y servíala con el más humilde rendimiento. He aquí sus palabras: «¡Cuán rico, cuán gozoso estaba el santo varón [San José] con verse diputado *para servir* a tal Hijo y tal Madre! ¡Y por cuán digno se tenía y cuán chiquito se parecía *para servir* a tales Señores!»—«Y cuando consideraba que [María] era Madre de Dios, agotábasele el juicio, salía de sí con admiración, y el corazón

---

[20] NAVARRO VILLOSLADA, *Doña Urraca de Castilla*, l. II, c. 11, p. 117 (Madrid 1945).

[21] SALVADOR GUTIÉRREZ ALONSO, *La Esclavitud Mariana*, c. 4, a. II, II, p. 198.

[22] JUAN DE AVILA, *Obras*, l. III, *Trat. II del glorioso San José*, pp. 1728-29 (Madrid 1927).

no le cabía en el cuerpo, y la ternura y lágrimas no le dejaban hablar, y daba alabanzas a Dios, que lo había tomado por marido de la Virgen, y *ofrecíasele por esclavo*» [23]. Tenemos aquí, pues, que la Esclavitud Mariana tiene por origen primero a San José, el primero y más excelso esclavo de María. Con razón sobrada, por consiguiente, dijo el P. Cetina: «Ser esclavo de Dios y su Madre es suma honra para el cristiano» [24]. Y en otra parte: «El ser esclavo de la Virgen, nuestra Señora, es suerte para envidialla» [25]. Pero antes que el P. Cetina, la pluma de cisne del P. Angeles había escrito temblorosa y emocionadamente, movida por su espíritu delicadamente sensible y conmovido: «Confieso verdad que, en oyendo este nombre [esclavo de la Madre de Dios], se me derritió y regaló el corazón y se me llenó el ánima de un desacostumbrado gozo, con un entrañable deseo de verme admitido y escrito en esa santa Hermandad» [26] de esclavos. Asimismo exclamó: esclavo de María, «dichoso nombre» [27]. A su imitación, dijo luego el P. Cetina: Esclavo de María, «*glorioso nombre* para los devotos de esta Señora, pues con nombre de *esclava del Señor* respondió su Señora y Patrona a la embajada que le trajo el ángel ofreciéndole la altísima dignidad de Madre de Dios» [28].

Lo que primaria y directamente intenta el P. Cetina en su *Exhortación* es persuadir al amor y devoción de la Virgen María, sobre todo induciendo a los fieles cristianos a que se consagren a ella y la sirvan en calidad de esclavos de amor. Toda su obra, toda su elocuencia y todos sus recursos van ordenados ahí. Por cierto que no puede quedarse frío el lector que tenga corazón y estime la devoción a María, Madre de Dios. Expresamente lo dice, y declara cuál es la cantera de donde saca sus bloques para la construcción: «Con deseo, pues, de persuadir a todos a su devoción [de la Virgen], he hecho este breve tratado, en que, habiendo puesto las razones que podrán mover a la devoción de nuestra Señora y a los deseos de *servirla, sacado de la doctrina de los Doctores santos*» [29]. De ahí la consistencia de la piedad española en aquel siglo dorado; aun cuando nuestros escritores se dirigían a los humildes en letras, no se vanagloriaban de sacar la doctrina de sus cabezas y de sus pechos, aunque nobles

[23] Ibíd., p. 1717.
[24] *Exhortación*, c. 2.
[25] Ibíd., c. 7.
[26] JUAN DE LOS ANGELES: *Esclavitud mariana: Cofradía*, en *Verdad y Vida*, n. 14, año 1946 (Madrid).
[27] Ibíd.
[28] *Exhortación* [*Dedicatoria*].
[29] Ibíd.

y enriquecidos, sino que sacábanla de los Padres, de los Santos y de los Doctores. Por eso es tan sólida la *Exhortación;* y sobre sólida, ornada con preseas literarias. En cuanto a su espíritu esclavista mariano, dice: «Trato de esta Hermandad, que con este intento se fundó con nombre de nuestra Señora, y pongo las *Constituciones* que *en ella y en las que a su imitación se fundaren* se han de guardar, añadiendo poco a las que antes estaban recebidas, porque la muchedumbre de leyes suele ser razón de quebrantarlas ligeramente, y siendo pocas y fáciles, se acomoda mejor a ellas nuestra flaqueza» [30]. Todo es en la Esclavitud de Alcalá puro, noble, sencillo y fácil, como cosa inspirada por Dios a sor Inés de San Pablo, iluminada por Fr. Juan de los Angeles y completada por el teólogo Fr. Melchor de Cetina. Este último, gozosamente escribió: «Los devotos de nuestra Señora han de holgarse de hacerse sus esclavos», según el ladillo [31].

El esclavista insigne P. Nazario Pérez, S. I., escribió: «Como sistema completo de vida espiritual, no comenzó hasta fines del siglo XVI, y comenzó en España» [32]. Bien dicho, porque la verdad es ésa. Pero el P. Salvador Gutiérrez, historiador de la Esclavitud, dice que el P. Ríos fué «fundador y cabeza del sistema ascético y mariano» [33]. Sin que trate de amenguar la categoría esclavista del P. Ríos, tanto la verbal como la escrita, nos parece la idea inexacta. Antes que el P. Ríos están los PP. Angeles y Cetina, cuyas enseñanzas implican y contienen un sistema ascético-mariano, como puede verse en el opúsculo del uno, *Cofradía de esclavas y esclavos*, y en la obra del otro, *Exhortación a la devoción de la Virgen, Madre de Dios.* Cuando el P. Ríos la llevó a Flandes y la estableció en Bruselas (1626), era ya una devoción fundada y extendida en España con éxito grande. La *Hierarquía mariana* salió en 1641. Cuando profesó en Alcalá (1598), ya la Esclavitud de Alcalá era popular en la urbe universitaria.

Las condiciones requeridas por el P. Angeles para ser esclavos de María son éstas: ser devotos, ser espirituales, tener ansias de agradar a María y de perfeccionarse ante Dios. Si han de ser así, han de ser *pocos,* y serlo es gracia inmerecida. El texto es como sigue: «No todos, sin diferencia, merecen tan extremada honra como ésta, pocos y devotos y espirituales y deseosos de agradar a mi

---

30 Ibíd.
31 Ibíd., c. 12.
32 NAZARIO PÉREZ, *Vida mariana*, ap. 2, p. 296.
33 SALVADOR GUTIÉRREZ ALONSO, *La Esclavitud mariana*, p. 2.ª, c. 3, p. 179 (Madrid 1945).

Señora, la Virgen María, y de aprovechar en el servicio de Dios»[34]. Es precisamente lo que encontró en la primera Hermandad, en la de Alcalá, cuyo nucleo integrábalo la comunidad concepcionista. Por esto añade: «Hallé en este santo convento mucho más de lo que yo pensaba, *de lo muy fino de la contemplación* y trato amoroso con Dios»[35]. De modo que la esclavitud primera no sólo se ejercitaba en la vida interior, sino *en lo muy fino de la contemplación*. Sorpréndanse los que afirmaron lo contrario. Un *Relato* inédito dice: «Comenzaron a ejercitarse en obras y en ejercicios muy del gusto de su Madre y Señora»[36].

La consagración formulada por el P. Angeles es tan sencilla, espontánea, íntegra, concisa y bella, que no ha sido superada y es digna de su pecho virtuoso y sabio. Dice así: «Mi corazón, Virgen santa, tuyo es; mis pensamientos, palabras y obras consagro y dedico a ti, Reina del cielo, y por ti, a tu Hijo santísimo, porque sin ti, ¿cómo recibirá tan corta y escasa ofrenda? *Sancta Maria, succurre miseris*»...[37] La idea esclavista: entrega servicial completa; referencia a Jesucristo, por María como medianera; reconocimiento de que la oferta es mínima; demanda de misericordia para con todos los necesitados. Hermoso y fino ideal cristiano, expresado en cuatro palabras bellas y ungidas de suavidad y dulzura espiritual.

La fórmula que se conoce y corre como de Alcalá es la del P. Melchor de Cetina, y puede verse en su *Exhortación*, capítulo 12. Es de otro tipo. Pudiéramos decir que la fórmula del P. Angeles es ática, y la del P. Cetina, barroca. El gusto del P. Angeles era finísimo, y más todavía en su venerable ancianidad, como nos lo revelan sus páginas esclavistas, que parecen ramos de almendro florido.

Jesucristo y su Madre han sido para con los hombres tan generosos, que lo son todo para ellos. La Virgen es nuestra Madre, y Hermana, y Señora, y Reina, etc.; y son los hombres sus hijos, y hermanos, y sirvientes, y súbditos. ¿Le hará gracia que nos consagremos a ella en calidad de esclavos? Le hace gracia, porque es consagración por vía de humildad, renuncia propia y entrega sin reservas, norma que siguió ella siempre, a imitación de Jesucristo. La profundidad contenida en la expresión *Ecce ancilla Domini*[38], en ese punto radica. Tanto cuanto es

---

[34] *Esclavitud mariana: Cofradía*, pról.
[35] JUAN DE LOS ANGELES, *Esclavitud mariana: Cofradía*, pról.
[36] Archivo concepcionista de Santa Úrsula, Alcalá.
[37] JUAN DE LOS ANGELES, *Esclavitud mariana: Cofradía*, glosa.
[38] Luc. 1, 38.

más degradante la esclavitud y más indigna y contra naturaleza, tanto más noble y elevada es la esclavitud consagrada a Dios, a Jesucristo, y a su Madre Reina, porque semejante esclavitud implica la mayor y más ennoblecida libertad y la mayor participación en el señorío y gobierno. Que acepta María santísima la esclavitud de amor, nos lo enseña el P. Cetina cuando nos dice: «La Virgen, nuestra Señora, recibe a sus esclavos debajo de su protección» [39].

Esta soberana y regia esclavitud es el seguro temporal y eterno de los esclavos de María, porque todo puede y debe esperarlo de quien la aceptó, quien se lo dió todo y nada tiene, pues nada se ha retenido para sí. Su cuidado está para siempre en manos de su dueño. En nuestro caso, en manos de la Emperatriz de cielos y tierra.

Sácanse de aquí dos consecuencias notables, enunciadas por el P. Cetina: «Ser esclavo de Dios y su Madre es *suma honra* para el cristiano» [40]; «A nuestra Señora se ha de servir con confianza de hijos y humildad de siervos» [41].

Consecuente y lógico el P. Cetina, con lógica aristotélica y con lógica franciscana o cordial, trata «del cuidado que los devotos de nuestra Señora han de tener en *ocuparse en su servicio y en qué ejercicios se podrán emplear* que sean de la Virgen más agradables» [42]. Y no se contenta con enunciar el principio y trazar la orientación, sino ordena la vida esclavista. Sinteticemos algo de lo bueno que nos enseña. Del esclavo del amor mariano escribe: «Esta ha de ser toda su ansia y en esto ha de poner su cuidado: en saber en qué podrá servir a esta Reina celestial» [43]. Y a continuación formula unos cánones espirituales para que sepa a qué atenerse el esclavo de María y no sufra desvío. Helos aquí resumidos: 1.°, cumplir la voluntad de Dios y la voluntad de su madre; 2.°, oraciones de la mañana y de la noche: «Especialmente le pida favor contra los vicios que más guerra le suelen hacer y que le conceda las virtudes a ellos contrarias»; 3.°, «que muy de corazón ame a la Virgen, nuestra Señora, y la desee servir». Rece las horas de su oficio, el rosario de nuestra Señora, la corona de la Virgen y tres *Avemarías* y siete Paternóster; 4.°, «la devoción de Oficio del santísimo nombre de María», el rezo de «los *cinco salmos* que comienzan en las cinco letras de que está com-

[39] *Exhortación*, c. 4.
[40] Ibíd., c. 2.
[41] Ibíd., c. .3
[42] Ibíd., c. 11.
[43] Ibíd.

puesto el nombre santo de María». Los que no supieren leer, cinco veces el Paternóster con el Avemaría. Invocación frecuente del nombre de María, que llevará *escrito* en el corazón. Repetir: *María, Mater gratiae,* etc. Saludar las imágenes, diciendo: «Sálvete Dios, hija de Dios Padre», etc.; 5.°, ayuno en las vigilias de las festividades marianas; 6.°, devoción al patriarca San José. Rezar cinco salmos en reverencia de las cinco letras del nombre de San Josef; 7.°, «les exhorto, añade, a todos los devotos de la Reina del cielo que entren por hermanos de los esclavos de la Virgen, nuestra Señora, y que *se ejerciten en las obras de virtud contenidas en las ordenanzas y constituciones de la citada Hermandad*» [44]. Con miras a la convivencia social, que debe ser armónica, en la ordenación 11 se dice: «Se ordena que [...] sean muy pacíficos, modestos y ejemplares» [45].

Descendamos todavía un poco más en las particularidades de la Esclavitud Mariana, de amor nacida y crecida en Alcalá. El P. Nazario Pérez, S. I., en su *Vida mariana,* escribe: «Como es natural, les recomienda, sobre todo el Beato Montfort, el Avemaría y el *Magnificat*» [46]. Es lo mismo que tantos años antes había recomendado el P. Angeles a los esclavos en 1608, como puede verse en su *Esclavitud: Cofradía.* El mismo P. Nazario escribe: «De la coronilla de nuestra Señora dice en la *Verdadera devoción:* Rezarán todos los días la coronilla de la santísima Virgen en honor de sus doce privilegios, grandezas» [47]. El P. Angeles compuso para los esclavos su devota, original y variada *Corona de flores,* que «tiene juntamente espíritu, y entretenimiento, y deleite, y no da lugar al hastío, tibieza y cansancio que suele acompañar a otros ejercicios» [48]. En ella se incluyen, además del Avemaría y del *Magnificat,* el *Dignare me,* el *Sub tuum praesidium* y el *Ave Maris stella,* con otras plegarias, como la *Salve.*

También el P. Nazario trae las «jaculatorias propias de los esclavos» [49], y hacemos la observación siguiente: cinco de las seis anotadas, que son escriturísticas y litúrgicas, propúsolas el P. Angeles. La sexta, *Ut iumentum factus sum apud te, et ego semper tecum,* creemos que no quiso recordarla por el sentido literario y poético que tenía tan refinado. Ni el P. Angeles ni el P. Cetina recomiendan *cadenillas* en señal de esclavitud. Estos maestros so-

---

44 Ibíd.
45 Ibíd., c. 13.
46 NAZARIO PÉREZ, *Vida mariana,* p. 299 (Bilbao-Deusto 1914).
47 Ibíd.
48 JUAN DE LOS ANGELES, *Esclavitud mariana: Cofradía.*
49 NAZARIO PÉREZ, *Esclavitud mariana,* pp. 278-79, ed. de 1943.

beranos del espíritu cristiano y mariano hacían muy poco caso de pequeñeces y signos exteriores, que, por otra parte, se prestan a muchos abusos y a muchos comentarios desagradables.

Vaya el postrero botón abierto del rosal de la *Exhortación*, tan cultivado y mimado por su jardinero el sabio, y virtuoso, y esclavista P. Melchor de Cetina: «Por último documento, les exhorto a todos los devotos de la Reina del cielo que entren por hermanos de los esclavos de la Virgen, nuestra Señora, y *que se ejerciten en las obras de virtud contenidas en las ordenanzas y constituciones* de la dicha Hermandad» [50]. *Obras de virtud* son las que brotan de un pecho esclavista mariano, si lo es de verdad e íntegramente; obras que rayan en lo más fino de la contemplación; obras que glorifiquen a Dios, a su Madre y Reina nuestra y den provecho salvífico a nuestros prójimos. Esta es la medula de la Esclavitud Mariana española, fundada por la concepcionista sor Inés de San Pablo, fundamentada y reformada por el varón santo y escritor de angélica pluma Fr. Juan de los Angeles y definitivamente constituída y amplificada doctrinal y prácticamente por el teólogo insigne Fr. Melchor de Cetina en su obra *Exhortación a la devoción de la Virgen, Madre de Dios, que todos los cristianos deben tener, especialmente los que con deseo de más servirla se le han ofrecido por esclavos*.

El libro sale en plena madurez, cosecha y esplendor de las ciencias y de las letras españolas; el *Quijote* corría de mano en mano desde el año 1605; en el 1609 publica el P. Cetina sus *Discursos*, pero en el 1608 había sacado a luz el P. Angeles su *Manual de vida perfecta;* el *Quijote* sale rejuvenecido y ampliado el año 1615, y la *Exhortación*, del P. Cetina, el año 1618. No podía salir en mejores días. Sin embargo, enterrado ha permanecido por espacio de trescientos treinta años: desde 1618 hasta 1949. Su aparición, hecha por virtud y gracia de la BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, es un rayo de luz que disipa muchas tinieblas y magnifica el nombre de España. El libro es *importantísimo*, como el P. Fr. Baltasar de Ajofrín dijo [51]; dentro y fuera de España es codiciado en tanto grado, que desde Holanda nos escribe el montfortiano Padre H. Eyckeler, que trabaja en historiar la *Esclavitud Mariana* por espacio de unos veinte años, con fecha 5 de junio de 1948: «Ce livre pourrait on le trouver aillers qu'à la Bibliothèque National? Si non, je ferai bien le voyage de Madrid pour venir le conshulter».

[50] *Exhortación*, c. 11.
[51] Aprob. a la *Exhortación*.

El sistema espiritual mariano, en su tipo esclavista, alcanza madurez y plenitud con la obra del P. Melchor de Cetina. Es la nota nueva, mariana, que la espiritualidad hispanofranciscana trae a la espiritualidad cristiana y la engarza para siempre, quedando universalizada. Con esta obra, la selección de MÍSTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES queda completada y enriquecida. La devoción mariana, sintetizada en las palabras *esclavitud de amor*, corona el sistema espiritual ascético y místico excogitado y propuesto por la ciencia española a todo el mundo cristiano.

EXHORTACION A LA DEVOCION DE LA VIRGEN MADRE DE DIOS

Exhortación a la devoción de la Virgen, Madre de Dios, que todos los cristianos deben tener, especialmente los que con deseo de más servirla se le han ofrecido por esclavos, con un devoto ejercicio para los sábados y para las fiestas de nuestra Señora.

Compuesto por el P. Fr. Melchior de Cetina, lector de Teología y padre perpetuo de la Provincia de Castilla, de la Orden de nuestro Padre San Francisco.

Dedicado a la madre abadesa y monjas del muy religioso convento de Santa Ursula, de Alcalá, de la Orden de la Concepción de Nuestra Señora, y sus esclavas.

Con licencia.—En Alcalá, por la viuda de Andrés Sánchez de Ezpeleta. Año de 1618.

Yo, Hernando de Vallejo, escribano del rey nuestro señor, uno de los que residen en su Consejo., doy fe que por los señores de él fué tasado a cuatro maravedís el pliego de un libro que con su licencia fué impreso, y intitulado *Exhortación a la devoción de la Virgen Madre de Dios,* compuesto por Fr. Melchior de Cetina, lector de Teologia de la Orden de San Francisco, el cual dicho libro tiene diez y siete pliegos, que, al dicho precio, monta cada libro en papel dos reales; y mandaron que al dicho precio se venda, y no a más; y que esta tasa se ponga en el principio y primer pliego de cada libro, para que se sepa el precio a lo que se ha de vender; y no se pueda vender ni venda de otra manera, como consta y parece por el decreto original de la dicha tasa que en mi oficio queda, a que me refiero; y para que de ello conste, de mandamiento de los dichos señores del Consejo y pedimento del susodicho, doy esta fe en la villa de Madrid, en 9 de mayo de 1618.

D. Hernando de Vallejo.

El rey...

Por cuanto por parte de vos, Fr. Melchior de Cetina, religioso de la Orden del Señor San Francisco de la Provincia de Castilla, nos fué hecha relación que habíades escrito un libro intitulado *Exhortación de la devoción,* que todos los cristianos deben tener con la Virgen santísima, Madre de Dios y Señora nuestra, y que teníades

licencia del provincial de la dicha Provincia para presentarle ante nos y para poderlo imprimir, y nos suplicastes os mandásemos dar licencia para poderlo hacer y privilegio para que sin vuestro consentimiento nadie lo pueda imprimir, o como la nuestra merced fuese, lo cual visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hizo la diligencia que por la premática sobre ello fecha se dispone, fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula en la dicha razón, y nos tuvimoslo por bien; por lo cual vos damos licencia y facultad para que por tiempo y espacio de diez años cumplidos primeros siguientes, que corran y se cuenten desde el día de la fecha de esta nuestra cédula en adelante, vos o a la persona que para ello vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podais imprimir y vender el dicho libro de que de suso se hace mención; y por la presente damos licencia y facultad a cualquier impresor de nuestros reinos que nombráredes para que durante el dicho tiempo le pueda imprimir y vender por el original que en el nuestro Consejo se vió que va rubricado y firmado al fin de Hernando de Vallejo, nuestro escribano de cámara y uno de los que en él residen con quintes; y primero que se venda, lo traigáis ante ellos, juntamente con el original; para que se vea si la dicha impresión está conforme a él, traigáis fee en pública forma cómo por corrector por nos nombrado se vió y corrigió la dicha impresión por el dicho original; y mandamos al dicho impresor que ansi imprimiere el dicho libro no imprima el principio y primer pliego de él, ni entregue más que un solo libro con su original al autor y persona a cuya costa lo imprimiere, ni otra cosa alguna para efecto de la dicha corrección y tasa; que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo, y estando hecho y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, en el cual inmediatamente ponga esta nuestra licencia y la aprobación y erratas; ni lo podáis vender, ni vendáis vos ni otra persona alguna, hasta que esté el dicho libro en la forma susodicha, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en la premática y leyes de nuestros reinos que sobre ello disponen; y mandamos que durante el dicho tiempo, persona alguna, sin vuestra licencia, no le pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiese y vendiere haya perdido y pierda cualesquier libros, moldes y aparejos que de él tuviere; y mas incurra en la pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hiciere; de la cual dicha pena, sea la tercera parte para nuestra cámara, y la otra tercera parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercera parte para el que lo denunciare; y mandamos a los del nuestro Consejo, presidente y oidores de las nuestras audiencias, alcaldes, alguaciles de la nuestra casa y corte y chancillerías y otras cualesquier justicias de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señorios, y cada uno en su jurisdicción, ansí a los que ahora son como los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced que ansi vos hacemos; y contra ella no vayan ni pasen ni consientan ir ni pasar en manera alguna, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra cámara. Fecha en Madrid, a 4 días del mes de febrero de 1618 años.

Por mandato del rey nuestro señor, Pedro de Contreras.

APROBACION

Por comisión de nuestro P. Fr. Felipe de Ayala, consultor del Santo Oficio de la Inquisición y provincial de esta Provincia de Castilla de la Orden de nuestro Padre San Francisco, he visto un libro intitulado *Exhortación a la devoción de la Virgen santísima, Madre de Dios y Señora nuestra,* compuesto por el Padre Fray Melchior de Cetina, lector de Teología y padre perpetuo de la dicha Provincia; en el cual su autor, junto con gran devoción, ha mostrado sus muchas letras, pues se verán en él gravísimos lugares de la Santa Escritura declarados con varia lección de santos, muchas y muy pías consideraciones, que en las almas y corazones de los fieles han de causar gran devoción, y amorosos afectos con la Virgen, Señora nuestra. Es doctrina toda sana y muy católica, libre de toda sospecha de error, por lo cual se puede y debe dar licencia para que salga a luz y se imprima. Fecha en este convento de San Francisco, de Alcalá, a 12 de septiembre del año de 1617.

Fr. Joán de Estrada.

LICENCIA DEL PERLADO

Fray Felipe de Ayala, consultor del Santo Oficio de la Inquisición y ministro provincial de la Provincia de Castilla de la Orden de nuestro Padre San Francisco, al P. Fr. Melchior de Cetina, lector de Teología y padre perpetuo de la dicha Provincia, salud y paz en el Señor. Por cuanto vuesa paternidad me ha hecho relación de que ha escrito un libro intitulado *Exhortación a la devoción de nuestra Señora*, que todos los cristianos deben tener, etc., el cual por nuestra comisión ha visto y aprobado el Padre Fr. Joán de Estrada, lector jubilado y definidor de nuestra Provincia; y porque confío que de sacarle a luz se servirá nuestro Señor y redundará en mucha devoción de su benditísima Madre; Por tanto, por las presentes le doy a vuesa paternidad licencia para que pueda presentarle en el Consejo Real y para que con su acuerdo le pueda imprimir; en fe de lo cual di ésta, firmada de mi nombre y sellada con el sello mayor de mi oficio; fecha en nuestro convento de San Francisco, de Alcalá, en 12 días del mes de diciembre de 1617.

Fr. Felipe de Ayala,
Ministro provincial.

APROBACION

Por comisión del señor vicario general de esta villa de Madrid, corte de su majestad, he visto un libro intitulado *Exhortación a la devoción de la Virgen santísima, Madre de Dios y Señora nuestra,* compuesto por nuestro P. Fr. Melchior de Cetina, lector de Teología y padre perpetuo de la Provincia de Castilla de la Regular Observancia de nuestro Padre San Francisco; y cuando la im-

portancia de él no se conociera del asunto y del autor, la doctrina es tan conforme a la de los santos, tan llena de su autoridad, tan ajena de toda sospecha de error y tan llena de devoción y piedad, que se malograría un lucido trabajo y piadosa intención y un gran consuelo que de su leyenda pueden recibir los que son y desean ser devotos de la serenísima Reina del cielo, Madre de Dios y Señora nuestra, si no saliese a luz obra que la dará a cualquiera que pasare los ojos por ella. Por lo cual es mi parecer que se puede y debe dar licencia para que se imprima en papel, para que de allí se traslade a los corazones de los devotos de nuestra Señora.

Dada en San Francisco, de Madrid, en 6 de enero de 1618 años.

Esclavo del Santísimo Sacramento y de la Purísima Virgen María,

FR. LOPE PÁEZ.

APROBACION

Por mandato de V. A. he visto un libro intitulado *Exhortación a la devoción de la Virgen santísima, Madre de Dios y Señora nuestra,* compuesto por el P. Fr. Melchior de Cetina, en el cual no sólo no hay cosa que ofenda a la fe y costumbres de la Iglesia santa, mas antes todo lo que en él se trata con grande erudición favorece muy mucho las santas costumbres y aviva la fe. Porque en él su autor, muy docta y muy piadosa y eficazmente, persuade su intento y enseña juntamente a los que han alcanzado la celsitud de ser esclavos de la Virgen Madre cómo deben cumplir con tan soberana obligación. Y a los que por haber sido remisos no han llegado a merecer este nombre, los mueve y aficiona y con eficacia enciende su deseo a gozar de esta prorrogativa grande y de los favores de ella, encaminando por medio tan suave y tan dulce sus almas a la eterna salud. El libro es importantísimo, y debe V. A. mandar que se imprima para bien de todos. En este colegio de Doña María de Aragón y por su rector, en 22 de enero de 1618 años.

FR. BALTASAR DE AJOFRÍN.

DEDICATORIA

A la madre abadesa y monjas del muy religioso convento de Santa Ursula, de Alcalá, Fr. Melchior de Cetina, padre perpetuo de la Provincia de Castilla, desea salud y suma felicidad.

Aquel famoso predicador del pueblo hebreo Jesús, hijo de Sirach, autor, según San Jerónimo y la común de los Doctores, del libro del Eclesiástico (aunque no falta quien, con los demás sapienciales, se le atribuye al sapientísimo Salomón), entre otros saludables documentos que para reformación de las costumbres y buena instrucción de los que desean servir a Dios les da en aquel libro, dice en el capítulo 6 estas palabras [1]: *In omni animo tuo accede ad illam, et in omni virtute tua observa vias eius, investiga illam, et manifestabitur tibi; et continens sanctus, ne derelinquas eam; et in novissimis invenies requiem.* Palabras que a la letra se han de entender de la Sabiduría; y como ella es la luz que nos ha de alumbrar en el conocimiento de la virtud que habemos de seguir y de los vicios de que nos habemos de apartar, en ellas nos enseña el Espíritu Santo a poner nuestra afición en la sabiduría y amarla de todo corazón: *In omni animo tuo accede ad illam.* Y a que con todas nuestras fuerzas guardemos las reglas de su doctrina: *In omni virtute tua observa vias eius.* A que la busquemos con cuidado hasta hallarla: *investiga illam et manifestabitur tibi;* y a que, habiendo salido con nuestro intento, sepamos estimar tan gran don: *et continens sanctus ne derelinquas eam;* porque por ese camino se alcanza el eterno descanso de que gozan los que la poeen: *et in novissimis invenies requiem.*

De la sabiduría, como tengo dicho, se entienden estas palabras. Pero siguiendo el espíritu de la Iglesia nuestra madre que las cosas que en la Escritura se dicen de la Sabiduría las acomoda en sentido místico a la sacratísima Virgen, nuestra Señora, le podemos también aplicar estas palabras, para enseñar con ellas a los devotos y devotas de esta Reina celestial a amarla y servirla de todo corazón, a imitar sus divinas costumbres, a buscarla y a valernos de su favor en todas nuestras necesidades y a que nos precie-

[1] Vers. 11, 13.

mos mucho de tenerla por Señora, porque por ese camino granjeemos su favor en la hora de la muerte y después de ella alcancemos eterno descanso.

Estas palabras, muy religiosas señoras, generalmente hablan con todos, porque, como en el discurso de este libro se verá, ninguno hay que no sea muy interesado en tener a la Virgen y Madre de Dios por Patrona y Abogada.

Pero como si en particular se las hubieran dicho a cada una de las religiosas de esa santa casa, así cualquiera las ha tomado por sí, obedeciendo y poniendo en ejecución este consejo del Espíritu Santo; porque, si miramos a su profesión, en que se consagran a la Virgen benditísima en reverencia de su purísima concepción, dejando el mundo y cuanto en él se codicia, libertad, honra, riquezas y deleites, y eligiendo las cosas contrarias a éstas, clausura, pobreza, obediencia y castidad, ¿qué mayores pruebas del amor con que aman a Dios y a su benditísima Madre se pueden dar? Queriendo el enamorado Joán persuadirnos al amor de Dios y declarar el modo de amarle, le decía: *Filioli, non diligamus verbo, et lingua, sed opere et veritate* [2]. No sea nuestra afición de lengua, sino de corazón; ni de palabras, sino de obras.

Las palabras solas son testigos sospechosos en prueba del amor; y por eso dice San Joán que no se cumple con el amor de Dios solamente con la lengua y con palabras, sino con obras y corazón. Pues si las obras son quien dan testimonio más cumplido en prueba del amor, ¿qué mayor testimonio se puede dar, vírgines santas, del amor con que aman al celestial Esposo y a su gloriosa Madre, pues por su amor han renunciado cuanto el mundo estima, sin que haya cosa en él a quien hayan dado parte de su afición, siguiendo el consejo del Espíritu Santo: *in omni animo tuo accede ad illam?* [3] ¿Y qué mayor muestra de que desean imitar las costumbres de esta celestial Princesa y seguir sus pisadas *in omni virtute tua observa vias eius* [4], pues le cuentan los pasos de la vida desde que puso el pie en el suelo, que fué desde su inmaculada concepción? Hallando tan grande regalo espiritual, que les ha robado las entrañas y apoderádose de su devoción, de manera que a la pureza de la Virgen santísima en su purísima concepción se han sacrificado a sí mesmas. Aquellas palabras de los Cantares en el capítulo séptimo [5]: *Quam pulchri sunt gresus tui, filia Principis!*, que algunos de los expositores se las atribuyen al Esposo, otros dicen que son

[2] I Ioan. 3, 18.
[3] Eccli. 6, 27.
[4] Eccli. 6, 27.
[5] Vers. 1.

palabras de los ángeles que estaban a la mira contándole a la sacratísima Virgen los pasos, que, admirados de los primeros con que entró en el mundo, por ser tan diferentes de todos los demás hijos de Adán, que entran en esta vida descompuestos, dando de ojos y tropezando en el pecado original, llenos de asombro y espanto, le cantaron a la Virgen la gala, diciendo: *Quam pulchri sunt: ¡cuán hermosos son vuestros pasos,* celestial Princesa! No se halla en ellos fealdad de culpa, sino belleza y hermosura de la gracia con que os previno Dios para no caer en pecado. Séame lícito comparar a estas santas vírgines con los ángeles, que San Cipriano iguales con ellos las llamó: «Cum caste perseveratis, angelis Dei estis aequales» [6]. Y San Ambrosio, habiendo comparado a las vírgines con los ángeles, dice: «Ne miremini, si angelis comparentur, qui angelorum Domino copulantur» [7]. Como si dijera: No le parezca a nadie que en decir esto me he ido de boca ni que he salido de los límites de la razón; nadie tiene que espantarse de que comparemos con los ángeles a los que el Señor de los ángeles tiene unidos consigo. Angeles de la tierra son las vírgines. Y volviendo a mi propósito: como los ángeles del cielo, admirados de los primeros pasos de la Virgen, nuestra Señora, rompieron en sus alabanzas, así los ángeles de la tierra, estas sagradas vírgines, poniéndose a considerar los pasos y caminos de la Virgen, nuestra Señora, con deseo de rastrear sus huellas y seguir sus pisadas, cuando miraron los primeros pasos que dió en esta vida y la gallardía y gentileza que en ellos guardó, no tropezando donde todos caen ni saliendo enlodada de donde todos salimos tiznados. Ya que estos pasos, por ser tan superiores a nuestras fuerzas, no sean imitables, quedaron a lo menos embelesadas de su grandeza, considerando en ellos a la Virgen con tan copiosa gracia, que la previno del pecado de la naturaleza, y tan amable, que, cuando los demás hijos de Adán se hacen hijos de ira y de la indignación de Dios, entonces pone Dios en ella su afición, y el Padre la elige por hija, y el Hijo, por madre, y el Espíritu Santo, por esposa, y toda la Santísima Trinidad, por templo de su morada. Cuando consideraron estos ángeles de la tierra la profundidad de tantos y tan admirables misterios, no como quiera rompieron en alabanzas de la Virgen, sino que le entregaron su libertad y se ofrecieron por sus esclavas para ocuparse siempre en su servicio y en sus continuas alabanzas.

Todos los pasos que la Virgen santísima dió y todas las

---

6 CIPRIAN., *De habitu Virgin.*
7 AMBROS., *De Virgin.*, l. II.

virtudes en que se ejercitó las tienen bien contadas estas amadoras y siervas suyas; y del dechado de su vida y santas costumbres sacan las labores de virtud en que se ejercitan, con que tan edificado tienen el mundo y agradado el cielo. Pero el primer paso que la Virgen, nuestra Señora, dió en este mundo les arrebató los corazones y se llevó tras sí a estas santas vírgines para servir al celestial Esposo, conforme a lo que David dijo [8]: *Aducentur Regi virgines post eam,* etc. Lo cual a la letra se entiende de la sacratísima Virgen, Madre de Dios, y de las que a su imitación han consagrado a Dios su virginal pureza.

Nuestra Señora es quien guía la danza de las vírgines que siguen al Cordero; y por eso es llamada *Virgen de las vírgines*, porque ella fué la primera, y las demás la siguen. Pero cuando otros pasos no hubiera dado, por el primero, que fué el de su santísima concepción, hallaron razón estas sagradas vírgines de quien en particular voy hablando, para venirse en su seguimiento. Huyendo de los peligros del mundo, se acogieron a la casa de la sacratísima Virgen para valerse de su favor; y ahí se han encontrado con ella, porque no se niega a quien la busca con cuidado: *investiga illam et manifestabitur tibi* [9]. Y como en la vida han tomado a la Virgen por Patrona, con esto han cobrado ciertas prendas del patrocinio que les hará en la muerte y del descanso que después de ella alcanzarán por su intercesión: *et in novissimis invenies requiem* [10].

Esto las tiene a estas religiosas tan deseosas de servir a esta gran Princesa, que quien más puede, más la sirve; y a todas les parece poco lo que hacen respecto de los deseos grandes que de servirla tienen. Entre otros servicios que a la Virgen, Madre de Dios, se han hecho en esta su casa, en los años pasados levantó Dios el espíritu de una gran sierva suya y de su santísima madre, por nombre Inés de San Pablo, que ya descansa en paz, para que instituyese en ese santo convento una COFRADÍA Y HERMANDAD DE ESCLAVOS DE LA VIRGEN, MADRE DE DIOS, ansí de las religiosas como de otras personas devotas, para que se empleasen en servir a esta Reina celestial con nombre de sus esclavos. Glorioso nombre para los devotos de esta divina Señora, pues con nombre de *esclava del Señor* respondió su Señora y Patrona a la embajada que le trujo el ángel ofreciéndole la altísima dignidad de Madre de Dios.

Y el mismo Hijo de Dios, que, en cuanto Dios, era igual en dignidad y potestad con su Padre, *aequalis Patri secun-*

---

[8] Ps. 44, 16.
[9] Eccli. 6, 28.
[10] Eccli. 6, 29.

dum divinitatem[11], en cuanto hombre, se le ofreció por esclavo, diciendo por David[12]: *Servus tuus sum ego et filius ancillae tuae.* Por ser Hijo de la Esclava de Dios, se reconoció Cristo, en cuanto hombre, por esclavo de su Padre, porque, como el derecho lo dispone, *servitus sequitur ventrem:* el hijo de la esclava nace esclavo. Imitando, pues, a Hijo y a Madre, ordenó la devota fundadora de esta santa Hermandad que los hermanos y hermanas de ella se llamasen *esclavos de nuestra Señora.*

Recibió, pues, toda la comunidad esta santa Hermandad, aunque a los principios hubo alguna repugnancia, por ser cosa nueva; pero, como era cosa del servicio de nuestra Señora, fácilmente se convinieron sus devotas, y de común consentimiento se hicieron algunas *Ordenaciones* llenas de devoción y de piedad, y con aprobación de los superiores las recibieron y con ellas vivieron algunos años en servicio de la Reina celestial. Hasta que en el año de 1608 el MUY VENERABLE P. FR. JOÁN DE LOS ANGELES, de la Orden de nuestro Padre San Francisco, y padre de la Provincia de San José, y provincial que en ella había sido, hermano de esta santa Hermandad de Esclavos de nuestra Señora, reformó las dichas *Ordenaciones*, y las puso en mejor estilo, y *las imprimió* en la forma que hasta aquí han dado en un librito pequeño cuyo título es *Cofradía y devoción de las esclavas y esclavos de nuestra Señora la Virgen santísima María.*

Pero considerando las religiosas del dicho convento, esclavas de la Madre de Dios, que su devoción *ha sido seminario de donde tantas hermandades han salido* y que *la Esclavitud de nuestra Señora está tan dilatada por toda la cristiandad,* han deseado que se alarguen más las dichas *Ordenaciones,* para ocasionar con ellas a los devotos de esta Reina celestial a que más la sirvan, y que juntamente se ponga una *exhortación sacada de la doctrina de los santos,* para persuadir a los tibios a la devoción de la Madre de Dios, nuestra Señora; y aunque en esta Hermandad hay muchas personas a quien esto se les pudiera haber encomendado que por sus muchas letras y suficiencia dieran mejor cuenta de esta encomienda que yo aquí en esto sea encomendado. Al fin, como el menor de los esclavos de la Virgen nuestra Señora, no he querido excusarme, sino obedecer humildemente, por ser servicio de nuestra Reina y Señora y petición de las que juntamente conmigo son esclavas de esta Reina celestial.

Con deseo, pues, de persuadir a todos a su devoción,

---

[11] Symb. athan., 31.
[12] Ps. 115, 16.

he hecho este breve tratado, en que, habiendo puesto las razones que podrán mover a la devoción de nuestra Señora y a los deseos de servirla, sacado de la doctrina de los Doctores santos, trato de esta Hermandad que con este intento se fundó con nombre de nuestra Señora y pongo las *Constituciones* que en ella y en las que a su imitación se fundaren se han de guardar, añadiendo poco a las que antes estaban recebidas, porque la muchedumbre de leyes suele ser razón de quebrantarlas ligeramente, y siendo pocas y fáciles, se acomoda mejor a ellas nuestra flaqueza.

Esta obra, señoras, por mil razones, se debe a vuestras mercedes, pues siendo de los esclavos de nuestra Señora no se les puede negar, porque ese convento fué *el primero* de donde nació esta devoción y porque vuestras mercedes, con santo celo del servicio de esta gran Reina y Señora, desearon que se hiciese este tratado y me pidieron que yo le hiciese. Reciban en él mis deseos de servir a ese santo convento, que cuando las obligaciones que a servirle tengo no fueran tantas, el haberme recebido a su santa Hermandad por esclavo de la Reina del cielo me obliga a servirlas toda la vida. Plega a Dios que a todos nos admita esta gran Reina por sus esclavos y que, como a tales, nos reciba debajo de su amparo y protección, pues debajo de su tutela estaremos seguros de los peligros de esta vida y por su intercesión conseguiremos los bienes de la eterna.

FR. MELCHOR DE CETINA,
Esclavo de N.[uestra] S.[eñora]

vano.

CAPITULO I

DE LA EXCELENCIA DE LA MADRE DE DIOS Y DE LA VIRTUD QUE TIENE DE LLEVARSE TRAS SÍ LOS CORAZONES

Son las excelencias y prerrogativas de la Madre de Dios y Señora nuestra tan superiores de todo humano entendimiento, que a los más levantados ingenios se les van de vuelo y no las pueden alcanzar, porque son cortos los senos de nuestra capacidad para comprehender tanta grandeza; y ansí, el que más presumiere de adelantar el tiro, vendrá a dar cinco de corto acerca de este misterio. Ansí lo confiesa el cardenal Pedro Damiano [1] en un sermón de nuestra Señora: «Nullus humanus sermo, in laude Virginis invenitur idoneus, et impar est illi omne humanae laudis praeconium». No hay palabras de hombres tan elocuentes que sean idóneas y suficientes para alabar a la Virgen; cualquiera encarecimiento de la lengua humana es desigual a su grandeza. Y en el segundo sermón de la mesma festividad, adelantando este mesmo pensamiento, dice: «Quid mirum si haec ineffabilis Virgo, suis laudibus modum humana vocis exuperet, cum ipsam humani generis naturam, excellentium meritorum dignitate transcendat», etc. ¿Qué mucho que en sus alabanzas sobrepuje esta Virgen inefable el modo de los encarecimientos humanos, pues en la dignidad de sus merecimientos excede a la misma humana naturaleza? Para encarecer dignamente sus alabanzas, ni la elocuencia y destreza en bien decir de los retóricos, ni los sutiles argumentos de los dialécticos, ni los agudos ingenios de los filósofos son idóneos y suficientes. Hasta aquí son palabras del sobredicho cardenal, en que declara bien la cortedad del humano ingenio para alabar dignamente a la Reina del cielo, nuestra Señora. Más subió de punto esta consideración el glorioso Padre San Joán Damasceno [2], diciendo en la segunda oración de la Asumpción de la Virgen: «Nec si omnes toto orbe dispersae linguae in unum coeant, eius laudes oratione consequi possent». No sólo la lengua de cualquier hombre por sí solo, pero si se juntasen en uno todas las que por el mundo es-

[1] *De Nativit. B. V.*, serm. 2.
[2] *De Assumpt. Mariae*, orat. 2.

tán disparcidas, no serían bastantes para alabar dignamente a nuestra Señora. Más se adelantó en el primer sermón de la misma festividad, porque no solamente dice que no son bastantes las lenguas de los hombres para este efecto, pero ni aun las de los ángeles, con quien se conformó San Bernardo *(Serm. 4 de Assumptione):* «Quaenan poterit lingua etiam si angelica sit, dignis extollere laudibus, Virginem Matrem, et Matrem non cuiuscumque, sed Dei?» ¿Qué lengua, aunque sea de ángel, podrá engrandecer con dignas alabanzas a la Virgen, que mereció ser madre, y madre no de quienquiera, sino del mismo Dios? Y, juzgando esto por imposible, llama en el mesmo sermón a la Virgen *inefable e indecible*, porque no hay palabras que igualen a sus alabanzas para poder dignamente hablar en ella.

Anduvo la poderosa mano de Dios tan larga y liberal con su Madre en hacerle mercedes, firmarle privilegios y concederle exenciones sobre todas las criaturas, que dudó el glorioso Padre San Bernardo, declarando aquellas palabras del ángel: *Et virtus altissimi obumbrabit tibi*, en si la misma Virgen pudo comprehender la grandeza de los dones que Dios le concedió. Pero aunque el glorioso San Bernardo lo puso en duda, San Agustín no la tuvo; y ansí, en la *Exposición sobre el cántico de la «Magnificat»*, dice: Atrévome a decir que aun la misma Virgen no pudiera explicar cumplidamente tanto bien como pudo recibir: «Audacter dico, quod neque ipsa Virgo plene explicare potuit quod capere potuit». De manera que las dignas alabanzas de nuestra Señora ni hay lengua de hombres, ni de ángeles, ni la misma Virgen es bastante para poderlas explicar; sólo Dios podrá hacer eso (como lo dice Andrea Cretense [3] en una oración en alabanza de nuestra Señora): «Quam Dei tantum est, laudare pro dignitate». Y la razón es clara, porque no se puede alabar dignamente lo que enteramente no se puede conocer; y de aquí es que ninguna pura criatura, aunque sea de los más supremos serafines, podrá dignamente alabar a la Virgen, porque para esto fuera menester comprehender al incomprehensible Dios, en quien se termina la dignidad de Madre suya, de que goza la Virgen por singular merced de Dios; de donde se sigue que sólo Dios, que en conocerse y en conocer la grandeza de su Madre es solo, la podrá alabar dignamente: «Quam Dei tantum est laudare pro dignitate» [4].

De aquí nacían aquellos reverenciales temores de San Bernardo cuando había de tomar la pluma en la mano para escribir o había de predicar las grandezas de esta gran Se-

---

[3] *De dormitione B. M. Beatae Mariae*, orat. 1.
[4] Bernard., *De Assumpt.*, serm. 4.

ñora, y por eso dijo en el sermón 4 *De Assumptione*, arriba alegado: No hay cosa para mí de mayor deleite que hablar en la Virgen y ocuparme en sus alabanzas; pero tras eso, no hay cosa que más me atemorice ni que me cause mayor turbación: «Nichil est quod magis delectet; sed neque quod magis terreat, quam de gloria Virginis habere sermonem». Peleaban en este santo Doctor el amor y el temor de la Virgen nuestra Señora; el amor que la tenía le deleitaba en sus alabanzas, diciéndole con David: *Quam dulcia faucibus meis*, etc. [5] Pero, por otra parte, el temor reverencial que le tenía le echaba trabas y le detenía, pareciéndole, como arriba dijimos de sentencia suya, que ni las lenguas de los hombres ni las de los ángeles son bastantes para alabarla dignamente.

Pero aunque sea verdad que todos los santos confiesan la cortedad del humano ingenio respecto de las dignas alabanzas de la Virgen, no por eso ha dejado de ocuparse en ellas, llegando hasta donde han podido y diciendo lo que en parte han alcanzado, confesando con humildad su parvulez respecto del todo de las grandezas de esta celestial Princesa, que son tantas y tales, que sólo Dios, que se las dió, las podrá conocer y alabarlas por entero. Asombrado San Anselmo [6] de la celsitud de la maternidad de Dios, confiesa que es la mayor alteza que después de Dios se puede imaginar; pero, con todo eso, nos aconseja que no dejemos de contemplarla y rumiar en ella como mejor podamos; que ya que por su grandeza no la podamos comprehender, no nos niegan el rumiar en ella para alcanzar de sus grandezas lo que nuestra pequeñez pudiere descubrir: «Nam tametsi comprehendere non sit datum, ruminare non est negatum». Esto me ha puesto aliento para tratar en este librito de la devoción que se debe tener con nuestra Señora, y en este capítulo, de la excelencia de su santidad; porque aunque, respecto de tan gran sujeto, conozco mi insuficiencia, ya que no pueda comprehender el todo de las grandezas de la Virgen, rumiando en lo que los Doctores dijeron con la agudeza de sus ingenios y ayudados de la gracia de Dios que los favorecía, podré yo decir alguna parte, aunque sea la menor, respecto de lo que se pudiera decir de las grandezas de esta Reina soberana.

El principio de todos los dones y gracias que Dios le concedió y el cimiento sobre que apoyan todas las prerrogativas y favores que de su poderosa mano recibió, con que tiene pasmados a los ángeles y a los hombres, fué el haberle en su eternidad elegido Dios por Madre. De aquí

[5] Ps. 118, 23.
[6] *De excel. Virgin.*, c. 2.

se siguió la suma santidad, la inviolable virginidad, la copiosa gracia y la excesiva gloria, y los demás privilegios de que la Virgen participa, todo fué disponerla con estos dones para que fuese digna Madre de Dios. Hablando el Doctor Angélico, Santo Tomás [7], de la dignidad de la Madre de Dios, dijo: «Hic titulus, ut admirabilis est, ita admirabilis sanctimoniae universae divitias postulat». Ansí como este título de Madre de Dios es admirable, ansí requiere todo el caudal de las riquezas de santidad. Y el cancelario parisiense Gersón [8], declarando aquellas palabras de San Mateo, capítulo primo [9]: *De qua natus est Iesus, qui vocatur Christus,* dice: «De estas palabras se sigue un principio de fe; que la Virgen es Madre de Jesús, que se llama Cristo, y, consecutivamente, que es Madre de Dios, porque Jesucristo es Dios». Y de este principio se saca otro: que siendo Madre de Dios, convenía que fuese tal su pureza, como dijo San Anselmo (lib. *De conceptu virginali,* c. 18), que de Dios abajo no se pudiese imaginar otra mayor: «Decuit Virginem ea puritate nitere, qua maior sub Deo nequit intelligi». De estos dos principios, dice Gersón, como de un copiosísimo seminario de alabanzas, se han de colegir las de la Virgen, porque de aquí se sigue que no ha de haber gracia, ni privilegio, ni merced, ni favor concedido a ninguna pura criatura que con eminencia no se halle en la Virgen, Madre de Dios, en quien epilogó Dios todo lo bueno de naturaleza y de gracia que entre todos tiene repartido; cuanto bueno hay en los ángeles y en los hombres, todo está en la Virgen con grandes ventajas.

Los teólogos coligen los excelentísimos dones de la humanidad de Cristo de este título: de que este hombre, Cristo, es Hijo de Dios, y en razón de esto convenía que su santísima humanidad se adornase de todos los dones celestiales y divinos sobre toda criatura. Ansí también, de este título *Theotocos,* que es *Madre de Dios,* que contra la impiedad de Nestorio le concedió la fe de la Iglesia a la Virgen, nuestra Señora, en el concilio niceno [10], que después de Dios es el título más glorioso, habemos de colegir que convenía que después de su Hijo fuese adornada de toda gracia divina, cual convenía a la suprema dignidad concedida a pura criatura de ser Madre de Dios. Ansí lo dice Dionisio Cartujano (lib. I *De laudibus Virginis):* «Después de los prestantísimos dones de gracia que se le concedieron a la humanidad de Cristo, el primer grado de excelen-

[7] Q. 27, a. 1 ad 1.
[8] *Serm. de nativitate Mariae.*
[9] Vers. 16.
[10] Concilium nicenum contra Nestorium.

cia tienen los que se le concedieron a su Madre; y ansí, en los dones de gracia *gratis data* como en los dones, hábitos y obras de la gracia *gratum faciente* tiene el primer lugar después de su Hijo». Esto dice Dionisio; de donde se colige que quien tan cercana está a Dios que participa de sus dones en primer lugar después de su Hijo y que tendrá tanta abundancia de ellos, y en grado tan heroico, que sea un mar de gracias, conforme la interpretación de su nombre; que María, *mar* quiere decir; y como el mar es congregación de aguas, así María es congregación de gracias y mar de tanta profundidad, que no hay ingenio humano que baste a poderle apear.

Santo Tomás [11], en la primera parte de su *Suma,* nos confirma este pensamiento, diciendo que la humanidad de Cristo, por estar unida con Dios, y la bienaventuranza, criada por ser fruición de Dios, y la Virgen bienaventurada, por ser Madre de Dios, tienen cierta dignidad infinita, que procede del bien infinito, que es Dios. Y por esta parte, ninguna cosa puede ser mejor que ninguna de estas tres, como ninguna puede ser mejor que Dios; esto dice San Tomás. Y San Buenaventura [12], en el libro que intituló *Espejo de la Virgen,* hablando de la dignidad de la Madre de Dios, afirma que la Virgen fué tal Madre, que no la pudo Dios hacer mejor; bien pudo Dios hacer mejor cielo y mejor mundo, pero mejor madre que la Madre de Dios, no la pudo hacer; que el día que la hizo tal se ató las manos para no poderla hacer mejor. Y habla el santo de la Virgen no en cuanto persona particular, sino en cuanto Madre de Dios, que no puede ser mejor, porque la maternidad es un respeto que mira al hijo, y el ser que tiene es un orden al hijo; y como no puede Dios hacer mejor Hijo, tampoco ni mejor Madre. Tal, pues, es la dignidad y excelencia de la Madre de Dios, que en las gracias y dones naturales tiene el primer lugar después de su Hijo, y en la dignidad de Madre de Dios es tal, que la omnipotencia divina no se extiende a poderla hacer mejor.

De este mismo principio de ser Madre de Dios se sigue también ser la persona más conjunta a la persona del Salvador, que es el autor de la gracia y de la gloria y el justo dispensador de todos los bienes; y, por el consiguiente, será quien más participa de ellos; que como el que está más cercano al sol participa más de su luz y el más cercano al fuego participa más del calor, y ansí de los demás, ansí también participa más de los dones de Cristo su santísima Madre, por estar tan unida y conjunta con él.

[11] *Sum. Theol.*, 1, q. 25, a. 6 ad 4.

[12] *Speculum B. V. M.*, lect. 10. Esta obra es de Conrado de Sajonia; cf. *Bibl. Fran. Medii Aevi,* II (Quaracchi 1904).

que ni el entendimiento no basta a dividirlos ni a considerar el uno sin el otro. Unión bien estrecha y nudo bien apretado es el que la naturaleza dió entre el alma y el cuerpo, pero la muerte desata ese nudo y quebranta ese engarce, y da con el cuerpo en la sepultura y con el alma ante el tribunal del juicio de Dios, para que le den pena o gloria conforme a sus merecimientos. Y aun antes que llegue la muerte, suele hacer el mismo efecto el amor, de quien Aristóteles dijo que a las veces suele el alma desamparar el cuerpo que anima por irse a gozar de lo que ama: *Amantis anima plus est, ubi amat, quam ubi animat.* De donde vino a decir Salomón [13] que *el amor es fuerte como la muerte*, porque ambos hacen el mismo efecto de apartar el alma y el cuerpo; por muy casados que estén, hacen divorcio entre los dos y apartan al uno del otro. La unión de la humanidad con el Verbo fué tan estrecha, que aunque en la muerte del Salvador se apartó el alma del cuerpo, siempre la divinidad se quedó unida con ambos a dos; pero al fin no hay teólogo que niegue que, si el Verbo usasase de su poder absoluto, podría deshacer este nudo y disolver la unión. Mayor es que las dichas la unión que hay entre la esencia divina y sus atributos, por la suma sencillez que hay en Dios, de donde vino a resolver la Escuela que *in divinis omnia sunt unum, ubi non obviat relationis oppositio.* Sólo entre las divinas personas hay diferencia, por ser diferentes las relaciones que las constituyen; en todo lo demás no hay división, sino unidad y suma paz y concordia; pero con todo eso, el entendimiento hila tan delgado, que halla distinción y diferencia, y dice que aunque esencialmente todo lo que hay en Dios es Dios, pero que formalmente la justicia no es misericordia ni el entendimiento es voluntad y que las acciones son diferentes, porque con el entendimiento engendra el Padre, y no con la voluntad, y con la voluntad espira, y no con el entendimiento, y aunque en suma unidad e identidad real, ninguna mayor que la de la esencia con personas y atributos divinos; pero, con todo eso, la razón halla distinción y considera el uno sin el otro; no hay al fin unión tan estrecha donde o la naturaleza o a lo menos la razón no halle diferencia y pueda hacer división. Sólo hallaremos que la unión que la madre tiene con el hijo, y la maternidad con la filiación, y las semejantes que hay entre los relativos son tan estrechas, que ni con el entendimiento se pueden deshacer ni apartarse un relativo de otro, porque su ser consiste en aquel respecto con que el uno al otro se miran. De tal manera mira el hijo a la madre y la madre al hijo,

[13] Cant. 3, 6.

que no se puede hallar el uno sin el otro; ni la madre será madre si no tiene hijo, ni el hijo será hijo si no tiene madre. Hay entre la madre y el hijo una unión tan fuerte, que no hay maña ni fuerzas que basten a deshacerla. De este principio podemos colegir la excelencia de la Virgen sobre toda criatura, porque si la Madre de Dios es la cosa más conjunta con su Hijo, y tanto que ni por obra de entendimiento se puede dividir de él, siendo como lo es el Hijo la fuente de toda bondad y santidad y el principio de la gracia y de la gloria, bien se sigue que después de su Hijo será la Virgen la que más participa de estos dones, la más buena, la más santa, la más llena de gracia y la que goza de más aventajada gloria, con inmensas ventajas a todos los ángeles y a los hombres.

De lo dicho podemos sacar por conclusión la razón que hay de amar a la Virgen y de poner en ella nuestra devoción, porque si el objeto de la voluntad es el bien, y si no es con ese cebo del bien verdadero, o por lo menos aparente, jamás la voluntad de la cosa amada se deja caer en los lazos del amante; donde hay la suma bondad que después de Dios es imaginable, razón será que después de Dios sea la cosa más amada. Dios, por ser suma bondad, debe ser amado sobre todas las cosas; pero pues, después de Dios, la bondad de su Madre es la mayor, debe ser después de él la cosa más amada; ésta es la virtud que la Virgen, nuestra Señora, tiene de llevarse tras sí los corazones cebados de su suma bondad. Que como la piedra imán arrebata tras sí el hierro, así la Virgen, como otra divina imán, tira hacia sí los corazones por errados que los hombres anden; se los lleva tras sí; cuando los corazones están más duros que el acero, la suavidad de la Virgen piadosísima los ablanda como cera e imprime en ellos los deseos fervorosos de servir a Dios y a ella. ¿Y qué mucho se lleve tras sí los corazones de los hombres, si el primer amartelado que la Virgen tuvo fué el mismo Dios, que en el cuarto capítulo del libro de los Cantares [14] se querella de que le ha herido el corazón: *Vulnerasti cor meum, soror mea sponsa, in uno oculorum tuorum et in uno crine colli tui?* Llama Dios a su Madre con nombre de *hermana* y *esposa* para dar a entender, según San Jerónimo dice, la pureza del amor con que le amaba, que no es carnal, sino espiritual. El amor de Dios con su esposa no se ordena a corporales bodas, sino que es amor casto y limpio, cual el que entre los hermanos suele haber. Y de este amor se muestra herido el celestial Esposo: *Vulnerasti cor meum,* etc. Y dando la razón, dice que de uno de sus ojos

[14] Vers. 9.

le arrojó saetas, con que la Virgen le clavó el corazón, y con una guedeja de cabellos que le caía sobre el cuello le enlazó y le tiró tras sí hasta hacerle hombre en sus entrañas. *In uno oculorum tuorum*, por quien entiende San Cirilo Alejandrino [15] la fe singular de la Virgen, según lo que dijo Santa Isabel cuando la visitó: *Beata, quae credidiste*, etc. [16] Esta fe de la Virgen fué el pasador que le clavó a Dios el corazón: *Vulnerasti cor meum*, etc. [17] *Et in uno crine colli tui* [18], por quien entiende este santo Doctor la humildad de nuestra Señora, que tiró de Dios hasta dar con él en el suelo; que común consentimiento de los Doctores es que en el mismo instante que la Virgen dijo aquellas palabras de tan profunda humildad: *Ecce ancilla Domini*, etc. [19], en ese mismo instante encarnó el Verbo divino en sus entrañas. De estas dos virtudes de la Virgen, de su fe y su humildad, se sintió herido el celestial Esposo: *Vulnerasti cor meum*, etc. O como Símaco trasladó: *Excitasti mihi cor;* los merecimientos de nuestra Señora fueron los que excitaron las entrañas de la misericordia de Dios para que se hiciese hombre; de quien dijo Zacarías: *Per viscera misericordiae Dei nostri in quibus visitavit nos* [20]. Y ansí dice la teología [21] que ya que la encarnación de Dios sea un don tan alto que no cabe debajo de merecimiento, pero que en los santos del Testamento Viejo, y especialmente en los merecimientos de su Madre, halló Dios cierta decencia que le incitó a que se hiciese hombre, y acelerase la encarnación, porque de amores de esta celestial Princesa se sentía herido: *Vulnerasti cor meum*. Y esto incitó a que se hiciese hombre. Y podemos esforzar este pensamiento con la traslación de los Setenta, que leen ansí: *Abstraxisti a nobis cor, soror mea sponsa, rapuisti nobis cor, in uno oculorum tuorum, et in uno ornamento colli tui*. Que són palabras de toda la santísima Trinidad dichas a la Virgen: Habéisnos llevado el corazón, vencido de vuestras singulares virtudes; entendiendo por el corazón al Verbo Eterno, según lo expone San Clemente Alejandrino (l. V *Stromatum, paulo post principium)*. Porque como el corazón es principio de la vida corporal, ansí lo es Cristo de la vida espiritual: *In ipso vita erat*, etc. [22]; y este corazón dice Dios que le llevó la Virgen el día que bajó el Verbo a encarnar en sus entrañas; y porque vuel-

[15] *Super Ioan.*, l. II, c. 9.
[16] Luc. 1, 45.
[17] Cant. 4, 9.
[18] Cant. 4, 9.
[19] Luc. 1, 38.
[20] Luc. 1, 78.
[21] *Sum. Theol.*, 3, q. 2, a. 2.
[22] Ioan. 1, 4.

va ya a mi propósito, si los merecimientos de la Virgen le robaron a Dios el corazón, ¿quién habrá tan rebelde que le niegue el suyo? ¿Quién no pone en ella su afición y devoción, pues fué el principio de todo nuestro bien, por cuya intercesión habemos de gozar de los merecimientos de Jesucristo? Démonos, pues, todos por vencidos del amor de esta Reina soberana, confesándole lo que (Génesis 32)[23] le dijo el ángel a Jacob: *Si contra Deum fortis fuisti, quanto magis contra hominis praevalebis?:* si venciste a Dios, ¿qué mucho que tras él nos demos todos por vencidos? Y muévanos a esto, entre otras razones de que adelante trataré, que el ser devotos de la Madre de Dios es señal de estar predestinados para el cielo, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO II

EN QUE SE DECLARA QUE LA DEVOCIÓN CON LA VIRGEN, NUESTRA SEÑORA, ES SEÑAL DE PREDESTINACIÓN Y MEDIO MUY EFICAZ PARA ALCANZAR LA GLORIA

Doctrina es del Espíritu Santo en el libro del Eclesiástico[1] que no sabe el hombre si es digno y merecedor del amor de Dios o de su aborrecimiento: *Nescit homo utrum amore vel odio dignussit;* ni sabe si está en gracia ni en desgracia de Dios, ni si es de los escogidos ni si es de los reprobados; son ésos casos que reservó Dios para sí y que al cierto ninguno puede alcanzarlos: «saltem certitudine fidei, cui non potest subesse falsum», como lo dice el santo concilio de Trento (sess. 6, c. 9). Si por revelación Dios no lo manifiesta, como lo dice el mismo concilio en el capítulo 12, ninguno puede saber si está predestinado para el cielo ni precito para el infierno. Pero aunque sea éste latín tan cerrado y secreto tan oculto cual cierto ninguno le puede alcanzar, no quiso Dios dejar al hombre tan a obscuras y desalumbrado de ese conocimiento, que para su consuelo no le dejase algunas señales de donde se pueden tomar algunos barruntos y conjeturas de los que tiene Dios elegidos para el cielo; como se colige de las divinas letras y de la doctrina de los sagrados Doctores. Ansí lo

---

[23] Vers. 28.

[1] Eccli. 9, 1.

dice, entre otros, el glorioso Padre San Bernardo [2] en un sermón: Aunque sea verdad que no sabe el hombre si es digno del amor o del aborrecimiento de Dios, porque en esta vida no puede tener certidumbre de su elección, sino que la esperanza nos entretiene, y concluye: «Nescit homo utrum amore, vel odio dignus sit, quia in ista vita certitudinem electionis non habet, sed spei fiducia consolatur nos, sed ne dubitationis huius anxietate cruciemur; propter hoc data sunt signa quaedam, et indicia salutis manifesta». La esperanza, dice este santo Doctor, es la que en esta vida nos consuela; pero porque la congoja de esta incertidumbre no nos atormente, nos ha dado Dios señales e indicios manifiestos de nuestra salud. Lo mesmo se pudiera confirmar con otros dichos de Doctores que dicen la mesma doctrina; pero por agora baste este testimonio, porque no nos divirtamos del intento principal.

Entre las señales de predestinación que ponen los Doctores, se debe el primer lugar a la vida inmaculada del que, examinada la conciencia, no se halla con pecado mortal, o si tuvo alguno, reconciliado con Dios por medio del sacramento de la penitencia, se conserva por mucho tiempo sin tornar a pecar mortalmente. De estos tales, el Espíritu Santo, que en ellos mora, está dando testimonio de que son hijos de Dios y escogidos suyos, según la doctrina del Apóstol (ad Romanos, 8) [3]: *Spiritus testimonium perhibet spiritui nostro, quod sumus fili Dei: El Espíritu Santo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.* De ahí nació el preciarse el mismo Apóstol [4] del testimonio que daba de él su buena conciencia: *Gloria nostra haec est, testimonium conscientiae nostrae.* Y esto decía porque habiéndola examinado no hallaba en ella pecado mortal: *Nihil mihi conscius sum* [5]. Indicio también es y señal de predestinación el oír y obedecer la palabra de Dios, como se colige de lo que (Act. 13) dice San Lucas [6]; que predicando los apóstoles, los oyeron todos los que estaban predestinados y ordenados a la vida eterna: *audierunt autem quotquot ordinati erant ad vitam.* Y el Salvador (Ioan. 8), reprehendiendo la incredulidad de los fariseos, les dijo [7]: *Qui ex Deo est, verba Dei audit,* etc.; y porque vosotros no sois de la valía de Dios ni del número de sus escogidos, por eso no escucháis mi doctrina: *Propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis.* De manera que el oír

---

[2] *Serm. in Septuages.*
[3] Vers. 16.
[4] II Cor. 1, 12.
[5] I Cor. 4, 4.
[6] Vers. 48.
[7] Ioan. 8, 47.

y obedecer la palabra de Dios es señal de predestinación. Los trabajos también tolerados y sufridos con paciencia son señales de predestinación; porque, como dice San Pedro Crisólogo [8], con estos golpes labra Dios las piedras que ha de asentar en la fábrica de la ciudad de Jerusalén. Que es un consuelo grande de los que padecen trabajos en esta vida, pues con ellos se disponen para gozar de eterno descanso en la otra.

Por San Mateo, en el capítulo 5, nos declaró el Salvador otra señal de predestinación en los que usan de misericordia con los afligidos y menesterosos, diciendo [9]: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.* Y para decir, en suma, otras muchas señales de predestinación, todas las ocho bienaventuranzas que Cristo contó en el Evangelio, todas son señales de los que tiene Dios elegidos para su gloria. Y dejo de contar otras señales por decir ya y poder fundar lo que hace a mi propósito para persuadir al cristiano a la devoción de la Madre de Dios y poner aliento para más servirla a los que se precian de devotos y esclavos de esta Reina celestial; que su devoción entrañable y de corazón y los deseos de reverenciarla y servirla son manifiesta señal de predestinación y de que a los tales los tiene Dios elegidos para el cielo.

Sea el primer testigo en prueba de esta verdad el glorioso San Anselmo, obispo canturiense, gran devoto y capellán de esta celestial Princesa, como lo testifican los muchos libros que escribió de sus alabanzas; en el capítulo 4 del libro que intituló *De excellentia Virginis,* va persuadiendo a los devotos a que mediten el cordial amor y entrañable caridad con que esta Virgen sacratísima amó y sirvió a su Hijo; y últimamente, concluye con estas palabras: «Itaque, cui saltem concessum fuerit, saepe dulci studio posse cogitari de illa, magnum promerendae salutis indicium esse coniecto». Por señal de eterna salud pone este santo Doctor el pensar con regalo y dulzura en la vida y santas costumbres de esta Virgen soberana y en los servicios tan de corazón que a Cristo le hizo, la meditación de lo cual es propia de los devotos de la Virgen, nuestra Señora.

San Antonino de Florencia [10], declarando aquellas palabras de la antífona de la *Salve Regina* «oculos ad nos converte», cita al mismo San Anselmo, que dice que como es imposible que se salven aquellos de quien la Virgen aparta sus ojos, ansí es necesario que se justifiquen y que

[8] PETRUS CHRISOLOGUS, epist. 4.
[9] Vers. 7.
[10] ANSELM. apud S. ANTONINUM, p. 4.ª 15. c. 14.

se glorifiquen aquellos a quien convierte y vuelve los ojos de su misericordia: «Ut enim impossibile est quod illi a quibus Virgo Maria, oculos misericordiae suae averterit, salventur; ita necessarium est quod illi ad quos converterit oculos, iustificentur et salventur». Y San Germano, patriarca hierosolimitano, comparó la devoción con la Virgen, nuestra Señora, con la respiración del cuerpo natural; que ansí como ella en el animal es señal de vida y principio de las operaciones vitales, ansí el nombre santísimo de María, que tan familiar es en todo tiempo en la boca de sus devotos y esclavos, llamándola en su favor y saludándola con las palabras que el ángel la saludó en los rosarios y coronas que le ofrecen, no sólo es señal de vida y de alegría de espíritu y del favor y socorro de la Virgen, sino que solicita y alcainza estos efectos en favor de los devotos y esclavos de esta Reina de misericordia. Las palabras de este Doctor son éstas: «Quomodo corpus nostrum vitalis signum, operationis habet respirationem, ita, et sanctissimum tuum nomen, Virgo beatissima, quod in ore servorum tuorum versatur assidue, in omni tempore locoque, non modo vitae, et auxilii est signum, sed etiam ea procurat, et conciliat». Y el autor del *Pomerio*, en el capítulo 12 de su *Estelario*, trae aquella famosa sentencia de San Bernardo de tanto consuelo para que el pecador no desmaye ni desconfíe de remedio: «Securum habemus accessum ad Deum, ubi Mater stat ante filium, et Filius ante Patrem, Mater ostendit, Filio, pectus, et ubera, et Filius ostendit Patri latus, et vulnera. Nulla ergo poterit esse repulsa, ubi tot concurrunt amoris insignia». Seguros, dice Bernardo [11], podemos llegar al tribunal de Dios a invocar su misericordia, si para con el Hijo tomamos por intercesora a su Madre, y al Hijo de Dios para con su Padre, porque la Madre le muestra al Hijo para inclinarle a sus ruegos los pechos con que le crió, y el Hijo al Padre, las llagas con que nos redimió. Con tales padrinos y valedores, seguro puede llegar el hombre de que no será despedido; donde intervienen tales señales de amor, no hay que temer que a sus súplicas se haya de responder que no ha lugar: «Non poterit esse repulsa, ubi tot concurunt amoris insignia». De este antecedente saca el *Pomerio* por conclusión, si no puede ser despedido, luego siguiese que servir a la Virgen es muy cierta señal de eterna salud: «Ergo servire Mariae est certissimum signum, salutis eternae consequendae»

Aliéntese con esto el devoto de la Virgen, nuestra Señora, y el que en señal de su devoción se le ha ofrecido

[11] *Homil. super «Missus est».*

por esclavo, a reverenciarla y servirla en todas sus obras (y en todas digo, porque las obras del esclavo todas han de ser de su señor), pues sirviendo a esta celestial Princesa hace cierta su salvación. Tenga el esclavo de la Virgen por corona esta Esclavitud, que le libró de la servidumbre del demonio; y por libertad de su alma, esta honrosa sujeción; la Señora y el clavo que en señal de ella tiene tan escrito en el corazón téngalas por manifiestas señales de su gloria. El nombre de *esclavo*, a fuer de mundo, es nombre infame, porque ansí como la libertad es la cosa que el siglo en más estima, *Non bene pro toto libertas venditur auro*, dijo el otro poeta. Si con precio se hubiera de comprar cuanto oro viene de las Indias y cuanto allá queda en las minas, fuera corto precio para comprar el hombre su libertad. Pues como la libertad es lo que en más se estima, ansí, por el contrario, la servidumbre con que el hombre vende su libertad, su persona, sus bienes y todas sus acciones (que el esclavo nada tiene propio, todo es de su señor) es la cosa que el mundo más desestima; pero en este reino del cielo que Cristo fundó en la tierra, donde no se vive a fuer de mundo, sino conforme a los fueros y usanza del cielo, el servir a Dios no es infamia, sino gloria; no es cautiverio, sino honrosa libertad: *Qua libertate Christus nos liberavit* (ad Galatas, 4) [12]; no es avasallarse el hombre, sino hacerse rey: *Servire Deo, regnare est;* y el servir a su santísima Madre es tener prendas ciertas de reinar en el cielo con su Hijo: «Servire Mariae est certissimum signum salutis eternae consequendae»; y saludarle y ocuparse en sus alabanzas de la boca rezando sus horas o su rosario o corona es comenzar a ocuparse en ejercios de gloria desde acá, porque en divinas alabanzas se ocupan los bienaventurados en el cielo: *Beati qui habitant in domo tua Domine, in secula seculorum laudabunt te* [13].

Y porque demos ya fin a este capítulo, sea la última confirmación del asunto, que tomado en él lo que escribe el bienaventurado San Alano *(In psalterio Virginis*, c. 11): porque a los que como toros indómitos corren tras sus inclinaciones en seguimiento de los vicios y vierten su ponzoña contra todos los ejercicios de virtud para rendirlos a la razón, les echemos un alano a la oreja. Oigan, pues, los amadores del siglo y mofadores de los devotos y esclavos de la Virgen que se ocupan en sus alabanzas lo que dice San Alonso por revelación de nuestra Señora, que muchas veces se le aparecía a este santo y tenía con él muy fami-

---

[12] Vers. 31.
[13] Ps. 83, 5.

liares coloquios. Un secreto de la divina Providencia te quiero revelar (le dijo la Virgen a este su devoto): Sabrás, pues, no sólo para ti, sino para que sin dilación lo manifiestes a otros, que es señal cierta de la condenación eterna el aborrecer y despreciar y el enfadarse del oír rezar la *salutación angélica*, pues fué el medio de la reparación del mundo. Y que en los que en ella tuvieron devoción es gran señal de predestinación y de ordenación a la gloria: «Habentibus autem devotionem ad hanc, signum est ordinationis, et praedestinationis permagnum ad gloriam». Confúndanse, pues, los maldicientes que con espíritu de Satanás se atreven a ladrar y porner lengua en las hermandades y cofradías que en servicio de nuestra Señora están recebidas en la Iglesia y en los ejercicios en que se ocupan de rezar su corona o rosario de salutaciones angélicas, pues de la boca de la Virgen han oído la sentencia de su eterna condenación [14]; y aliéntense los devotos y esclavos de esta Reina celestial a reverenciarla y servirla y a ocuparse en sus alabanzas; pues, como dejamos probado, su Esclavitud es señal de libertad del alma y su devoción es cierta prenda de la corona de gloria que por la intercesión de la Madre de Dios, nuestra Señora, gozarán en el cielo.

CAPITULO III

EN QUE SE TRATA DE QUE EL HABERNOS DADO DIOS POR MADRE A LA VIRGEN, NUESTRA SEÑORA, QUE EN CUANTO HOMBRE A ÉL LE ENGENDRÓ, NOS OBLIGA A TENER SINGULAR DEVOCIÓN CON ELLA

El Seráfico Doctor, San Buenaventura, gloria de la Religión franciscana, Doctór de la Iglesia universal y gran maestro de los varones espirituales y gran devoto y capellán de la Virgen, Madre de Dios, en una epístola que escribió a cierta persona devota, en que pone veinte y cinco reglas de bien vivir para los deseos de su salvación, que el santo llama *Memoriales*, porque son para despertar nuestra memoria al cumplimiento de nuestra obligación, en el *Memorial 13* trata de la devoción que el cristiano debe tener con la Madre de Dios, diciendo: «Memento ut gloriosam Virginem Domini nostri Matrem, summo habeas in

[14] Cf. CAMISUM. *De B. Vig.*, l. III, c. 10, contra Bucenum et alios heresiarcas.

omni tempore venerationis affectu et cunctis ad eam necessitatibus periculis et praessuris, tanquam ad tutissimum refugium te convertas, ipsius tutelae praesidium flagitando. Eamque in tuam suscipias advocatam devotissimae et securae tuam ei causam committas, quia mater est misericordiae; quotidie studens ei specialem exhibere reverentiam». Divinas palabras, y dignas por cierto de que los devotos de la Virgen no las echen en olvido. El deseoso de su salvación tenga éste por uno de los más esenciales documentos para alcanzarla. «Acuérdate, dice este santo Doctor, de tener en todo tiempo en suma veneración y grande afecto de devoción a la gloriosa Virgen, Madre de Dios, y que en todas las necesidades, peligros y aprietos te vuelvas a ella como a singular refugio y amparo, suplicándole que te reciba debajo de su tutela y protección; tómala por tu intercesora y abogada y encomiéndale seguramente tus negocios, porque es Madre de misericordia. Por tanto, al varón devoto no se le ha de pasar día en que a la Virgen no le haga algún servicio y algún acto de singular reverencia». Hasta aquí son palabras de San Buenaventura, dignas de que los devotos de la Virgen no las echen en olvido.

En dos cosas principales funda este santo Doctor la devoción de la Virgen, Madre de Dios, a que nos pretende persuadir: la una es que es Madre de misericordia; y que así, con seguridad, podemos llegar a ella y confianza cierta de que la usará con nosotros. La otra es que es nuestra abogada, y que ansí le podemos encomendar nuestras causas, fiados de que por su intercesión alcanzaremos buen suceso en nuestras pretensiones, porque es la Virgen del Buen Suceso. De estos dos puntos, quiero tratar más largamente del primero en este capítulo, y del segundo en el siguiente, por ser los más principales para apoyar la devoción de nuestra Señora, a que pretendo persuadir a los que esto leyeren.

Lo primero, que la Virgen, nuestra Señora, también sea nuestra Madre, y misericordiosa Madre, que con maternales entrañas cuida de nuestro bien y nos le procura, es lenguaje muy común entre los Doctores sagrados; lo cual coligen de aquel honroso y provechoso legado que Cristo nos dejó en su testamento, que, estando en la cruz y cercano a la muerte, otorgó ante su notario apostólico, el glorioso evangelista San Joán, de que hizo mención en el capítulo 19 de su evangelio [1], donde dice el sagrado texto: Que bajó los ojos el Salvador, y que vido al pie de la cruz a su Madre y al discípulo que más amaba: *Cum ergo*

[1] Vers. 26 ss.

vidisset Jesus Matrem et discipulum quem diligebat, etc. Y conociendo el sentimiento que cada uno en su tanto tenía de verle morir, acudiendo a ambos con suma providencia, le dijo a la Madre: *Ves ahí tu hijo,* señalando a San Joán, para que en él tuviese arrimo de la soledad con que quedaba, y a San Joaán le dijo: *Ves ahí a tu Madre,* dándole por Madre a la dichosa Virgen, que por obra del Espíritu Santo le había concebido a él en sus entrañas. Gran favor para San Joán, y en que el Salvador descubrió bien el amor con que le amaba y cuán grata le fué la perseverancia con él al pie de la cruz cuando, por miedo de los judíos, todos los demás sus condiscípulos habían desamparado a su Maestro. Pero no fué este favor tan sólo de San Joán que no haya sido de participantes; en él dicen los Doctores que nos dió el Salvador por madre a su Madre benditísima a todos los que como discípulos suyos recibimos su fe y abrazamos su doctrina. Así lo dice San Metodio *(In Hipopante):* «Illud tanquam legatum in testamento reliquit, cum in Ioanne eam nobis in matrem tradidit». A todos se extendió la manda del testamento de Cristo nuestro Redentor: dando a San Joán por Madre de la Virgen, nos la dió a todos por Madre, y San Antonino [2] confirma este parecer y le prueba diciendo: «Quia vero Ioannes interpretatur in quo est gratia: cuilibet qui Ioannes dicitur in quo scilicet est gratia gratum faciens, datur Virgo Maria in Matrem». El nombre de Joán quiere decir *el que tiene gracia;* y ansí, dándole a San Joán la Virgen por Madre, se le dan a cualquiera que está en gracia de Dios.

Declarando un docto moderno aquellas palabras de San Joán: *Es ex illa hora accepit eam discipulus in sua,* en que dice el evangelista que aceptó la manda estimándola como era razón y que la recibió por la principal prenda de sus bienes, o como acá decimos, por cabeza de su mayorazgo, esto es, *accepit eam in sua,* o como otra letra dice: *in suam,* desde aquella hora la recibió por Madre, y como a tal la comenzó a servir y cuidar de todo lo que le tocaba. Pues sobre estas palabras notó un docto [3]: Advertid que no dijo el evangelista recibióla Joán por suya, sino recibióla el discípulo por suya; dando en esto a entender que tomaba la posesión de hijo de la Virgen no en cuanto Joán y como persona particular, sino, como discípulo de Cristo, en nombre de todos los demás discípulos de su Maestro, que en él nos la dió a todos por Madre. Y por eso, San Buenaventura, en el libro que intítulo *Espejo de la Virgen* [4], llama a nuestra Señora Madre universal de todos

[2] S. Antonin., p. 4.ª, tit. 15, c. 16.
[3] Cartagena, *De B. Virg.*, t. III, l. XV.
[4] *Speculum B. M. Virg.* (Conrado de Sajonia), c. 8.

los fieles: «Maria, non solum est Mater Christi singularis, sed mater omnium fidelium universalis».

En el segundo capítulo de libro del Exodo [5] se cuenta que, habiendo salido a lavarse en el río la princesa de Egipto, hija del rey Faraón, mandó sacar del agua al niño Moisén, que, conforme al decreto del rey, le habían echado en el río por ser hijo de los captivos hebreos. Y movida la princesa de una natural compasión, le dió a criar y le adoptó por hijo. Que es una galana figura de lo que en la Reina del cielo vemos cumplido, que a los que salen del agua del bautismo, o si después de él pecaron como flacos, del agua de las lágrimas en la penitencia los adopta esta Princesa del cielo y los recibe por hijos, y como a tales los pone debajo de su protección: «omnium fidelium mater est». Hablando San Epifanio de la fertilidad de aquella tierra virginal, de quien dijo David [6]: *Et terra nostra dabit fructum suum*, dice este santo Doctor: Esta es aquella tierra virginal no rompida con arado de humana solicitud que, habiendo recibido en sus entrañas al Verbo divino, como grano de muy fértil trigo, produjo con él una mata o manojo de muchas espigas: «Ipsa est ager minime cultus, quae Verbum velut granum frumenti suscipiens, etiam manipulum germinavit». Entendiendo por este manojo la universidad de los fieles, que son por adopción hijos de esta celestial Princesa: «omnium fidelium mater est».

A Cristo, Hijo natural de la Virgen, nuestra Señora, llamó San Pablo [7] *primogénito entre muchos hermanos;* lo cual no solamente se ha de entender en cuanto es Hijo natural de Dios y cabeza de los predestinados, que son hijos de Dios por adopción, sino también se ha de entender de Cristo, en cuanto es Hijo natural de la Virgen y primogénito entre los justos, que son hijos por adopción de esta Reina celestial. Que ansí como el Redentor entre los dolores de la cruz nos reengendró espiritualmente, mediante su preciosa sangre, a nuevo ser espiritual de su gracia, haciéndonos hijos por adopción de su eterno Padre, ansí quiso que la Virgen, en medio de los dolores de compasión que padeció de ver padecer a su Hijo, que más que a sí amaba, nos reengrendrase espiritualmente ; para que, siendo hijos por adopción de su Padre, lo fuésemos también de su Madre, para que de ambas partes, de parte de Padre y de Madre, fuésemos hermanos de Cristo.

Toda esta doctrina epilogó San Ambrosio, citado por San Buenaventura (in *Speculo Virginis):* «Si Christus est

[5] Vers. 1 ss.
[6] Ps. 66, 7.
[7] Rom. 8, 29.

credentium frater, cur non ipsa, quae genuit Christum, erit nostra Mater? eia ergo, fratres charissimi, omnes nunc gaudeamus et nunc gaudendo dicamus: Benedictus frater, per quem Maria est nostra Mater, et benedicta Mater, per quam Christus est noster frater». Si Cristo es hermano de los creyentes, luego su Madre será Madre nuestra: Ea, pues, carísimos hermanos (dice San Ambrosio), alegrémonos en el Señor y llenos de alegría digamos: «Bendito sea tal hermano, por quien la Virgen María es nuestra Madre, y bendita sea tal Madre, por quien Cristo es nuestro hermano». Dignidad es ésta para saberla estimar y para rendir a Dios continuas gracias por ella. Alaben, Señor, los coros de los ángeles vuestra infinita misericordia y suplan con sus continuas y encarecidas alabanzas los defectos de las nuestras, que de tal liberalidad habéis usado con los hombres desconocidos e ingratos. Pusistes, Señor, en el hombre vuestra afición y en su familiar comunicación vuestro entretenimiento: *Deliciae meae esse cum filiis hominum* [8]. Y no han bastado tantas avenidas de culpas como nuestra malicia envía cada día contra el cielo para que hayáis mudado de acuerdo ni dejado de continuar la amistad comenzada. Que ya que en el hombre aborrezcáis la culpa, siempre en él amáis la naturaleza: *Non potuerunt aquae multae extinguere charitatem* [9]. Amástesle de manera que os hicistes hombre para levantar al hombre al ser de Dios por participación. Con vuestra muerte y vida nos merecistes la gracia de vuestro Padre y mediante ella nos hicistes, de esclavos de Satanás, hijos de Dios: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri* [10], etc. Y no contento con esto, nos distes por Madre a la Virgen, que por obra del Espíritu Santo a vos os engendró, para que de parte de Padre y de Madre fuésemos vuestros hermanos: buenas pruebas son del entrañable amor con que amáis a los hombres.

De este principio vino a colegir San Antonino que a la Virgen, Madre de Dios, se le debe nombre de *reengendradora nuestra*, pues como Madre de los creyentes nos reengendró a nueva vida espiritual. Y que juntamente se le debe nombre de *ama y señora*, por ser Madre de nuestro Dios y Señor: «Decet te Matrem regeneratricem, Dominam et heram cognominare, eo quod ex te prodivit Rex Dominus». Y de este mesmo principio podemos sacar la confianza con que podemos llegar a valernos de su intercesión en todos nuestros trabajos y necesidades, porque como piadosa Madre nos trae escritos en el corazón. Isaías juzgó por imposible que se olvide la madre del hijo que engendró

[8] Prov. 8, 31.
[9] Prov. 8, 7.
[10] Ioan. 1, 12.

en sus entrañas y le trae colgado de sus pechos: *numquid potest mulier oblivisci infantem suum ut non misereatur filii uteri sui* [11]. Espiritualmente nos engendró la Virgen mediante la palabra de su Hijo: *Ecce filius tuus,* y ansí no nos puede echar en olvido; en su corazón nos tiene escritos, y ansí no podrá despreciar nuestros ruegos cuando, como a piadosa Madre, acudiéremos a ella en nuestra necesidad.

Pero, aunque somos hijos, es menester que lleguemos con humildad de siervos para ser oídos, porque no solamente es Madre: *Matrem et regeneratricem,* sino nuestra ama y señora: *Dominam et heram;* y ansí, el verdadero hijo, junto con ser hijo, se ha de reconocer por esclavo. Esta doctrina de la Madre de Dios la podemos deprender, que ella fué la primera que la puso en práctica. Dícele el ángel que, como verdadera Madre de Dios, le ha de concebir y parir: *Ecce concipies, et paries,* etc.; y ella responde: *Ecce ancilla Domini,* etc. [12] Ofrécenle la dignidad de Madre de Dios, y ella se ofrece por su esclava. Deprendamos de este acto de profunda humildad a ser humildes y a que cuando nos ofrece el cielo la dignidad de hijos de la Madre de Dios nos reconozcamos por sus esclavos, que ésa será razón de que cuando invocáremos su favor nos acuda como a hijos, amparándonos como piadosa Madre.

Suelen los niños, cuando los asombran o les sucede alguna cosa adversa, con lastimosos gemidos acudir a valerse de su madre, abrazándose de ella y apretándole el cuello; y con esto les parece que han hallado puerto seguro para ampararse de cualquiera adversidad. Como niños quería el Salvador que fuésemos en la inocencia y sencillez, y es esto de tanta importancia, que no nos va en ello menos que la salvación: *Nisi efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum caelorum* [13]. Pues si en la inocencia habemos de ser como niños, parezcámonos también a los niños en esto, que cuando nos viéremos oprimidos de nuestros enemigos y apretados de las tentaciones con que nos persiguen, bañados en lágrimas, acudamos a esta Madre de misericordia; y que nos abracemos de este cuello, que con este nombre de *cuello* es llamada la Virgen; porque como el cuello junta el cuerpo con la cabeza, ansí la Virgen, nuestra Señora, junta el cuerpo místico de la Iglesia con su cabeza, que es Cristo; y ansí, en todas nuestras presuras y aprietos, habemos de acudir a valernos de su intercesión, como a puerto seguro, para nuestra defensa. Que era el consejo de San Buenaventura, como arriba vimos: «Ad il-

[11] Is. 49, 15.
[12] Luc. 1, 31 ss.
[13] Matth. 18, 8.

lam in omnibus necessitatibus, et praessuris, tanquam ad tutissimum refugium, te convertas»; porque es Madre de misericordia, y debajo de su amparo estaremos seguros de cualquiera adversidad y tribulación que se nos ofrezca.

Saquemos de aquí la razón que hay de poner en la Virgen nuestra devoción; pues el buen despacho de nuestras causas pende de la intercesión de esta Reina celestial, reverenciémosla como sus esclavos porque en nuestras necesidades la tengamos propicia y favorable. Preciémonos de sus hijos, pues fué benignidad de su Hijo el habernos admitido por hermanos dándonosla por Madre; y ansí, la habemos de suplicar que haga como Madre, diciéndole con la Iglesia: *Monstra te esse matrem*, etc. En que le pedimos que muestre la piedad de Madre con sus hijos adoptivos y que en favor de ellos use de la autoridad de Madre de Dios, su Hijo natural; pues no sólo tiene autoridad de alcanzar lo que con sus ruegos pidiere, sino de mandar con imperio que se haga. Por eso dice San Antonino de Florencia (4.ª p., tít. 15, c. 17) que «la oración de la Virgen es el modo de orar más eficaz: lo uno, porque tiene razón de precepto y mandamiento, porque de derecho natural y evangélico el hijo no sólo está obligado a oír, sino a obedecer a su madre, conforme la doctrina del Apóstol, en que manda a los hijos obedecer a sus padres. Lo otro, porque no puede dejar de ser oída la Madre de Dios en lo que pidiere a su Hijo, según lo que en figura le pasó a la reina Bersabé [14], que, queriendo rogar cierta cosa a Salomón, su hijo, la respondió el rey: Pedid, madre, lo que por bien tuviéredes, que no será cosa justa que responda yo con *no ha lugar* a vuestras peticiones». Hasta aquí son palabras de San Antonino, en que se conoce el derecho que la Virgen tiene a pedirle a su Hijo y de mandar que se haga lo que pidiere. Comúnmente decimos que quien puede mandar y ruega, por ese camino alcanza más que mandando. Por eso, el modo de orar más eficaz es el de la Virgen; porque, pudiendo mandar como a Hijo, le ruega como a Dios; y ansí, ninguna cosa le niega de lo que le pide con eficacia. Porque ninguna cosa pide ella sino las que son de la gloria de Dios y provecho de sus devotos, por quien intercede; con que queda bien probada la razón que hay de poner en la Virgen nuestra devoción, por ser Madre de Dios y Madre nuestra; otra razón se funda en habérnosla dado Dios por Abogada, de que trataré en el capítulo siguiente.

---

14 III Reg. 2, 20.

CAPITULO IV

EN QUE SE TRATA DE QUE LA VIRGEN, NUESTRA SEÑORA, ES NUESTRA ABOGADA E INTERCESORA, Y QUE ESTO NOS OBLIGA A PONER EN ELLA NUESTRA DEVOCIÓN

De dos razones sobre que el Seráfico Doctor, San Buenaventura, fundaba la devoción de nuestra Señora, a que nos pretendía persuadir, como vimos en el capítulo precedente, la una por ser Madre de misericordia y la otra por ser Abogada nuestra, habiendo tratado de la primera, resta que tratemos de la segunda y que probemos que la Virgen es nuestra Abogada. Con este nombre la llama la Iglesia en la antífona tan devota de la *Salve Regina,* pidiéndole que como tal nos vuelva los ojos de su misericordia y se incline a nuestros ruegos: *Eia ergo, advocata nostra,* etc. Con este mismo nombre la intitula el glorioso Padre San Bernardo *(Serm. de Assumptione):* «Advocatam salutis negotia praestantem». Y San Efrén, Siro *(Serm. de laudibus Virginis),* la llamaba «baluarte de los fieles y propiciatorio de los trabajados»: «Vallum fidelium et propitiatorium laborantium». Andreas Cretense la llama «torre fuerte de los creyentes y defensora de los que en ella confían»: «Christianae fidei propugnaculum et eorum qui in ea spem collocant propugnatricem». «Patrona nuestra aceptísima» la llama San Gregorio Nacianceno *(Tragedia de Cristo:* «Patronam acceptissimam». Y para que concluya, común lenguaje de los Doctores es llamar a la Virgen con nombre de Abogada nuestra o con otro semejante; en que dan a entender el patrocinio y amparo que en todas nuestras causas nos hace esta celestial Princesa.

Pero quien más particularmente trató este punto y le probó fué San Antonino de Florencia (4.ª p., tít. 15, c. 19), donde doctamente afirma que la sabiduría y elocuencia del abogado se descubre en tres cosas: la primera, en salir con lo que pretende ante el juez sabio y justo; la segunda, en defender la causa de su parte contra el contrario astuto y sagaz; la tercera, en que en la causa más desconfiada salga vencedor. Estas tres cosas hallaremos que concurrieron en la Virgen, nuestra Señora, en la tutela y defensa que nos hace como Abogada nuestra; pues en la causa de la caída del linaje humano, tan desesperada de humano remedio, contra el demonio, nuestro adversario en el rectísimo tri-

bunal del sapientísimo y rectísimo Dios, salió con victoria, inclinándole con sus ruegos y merecimientos al cumplimiento de su palabra y que acelerase su venida para redemir al mundo. Las palabras de este santo Doctor son: «Beata Virgo advocata nostra obtinuit, apud sapientissimum, et iustum iudicem Deum, contra astutissimum adversarium diabolum. In causa a die sperantissima inter Deum et hominem, in qua nulli eorum, qui eam praecesserunt loqui audebant». De donde queda bien probado cuán merecido tiene la Virgen el nombre de *Abogada nuestra.* Esto mesmo pudiera probar con singulares ejemplos de personas a quien la Virgen ha defendido en el tribunal de la justicia de Dios de las manos de los demonios que los acusaban, de que están llenas las historias, y yo dejo de referirlos por no permitírmelo la brevedad de este tratado; lea el curioso el libro que se intitula *Speculum exemplorum, Verbo, María Virgo* y al muy docto P. Fr. Juan de Cartagena, que, después de haber escrito con singular ingenio y erudición tres tomos de las grandezas de esta Reina celestial, Madre de Dios y Señora nuestra, al fin del tercer tomo pone un tratado que intitula *De mirandis Beatae Virginis,* donde se hallarán maravillosos ejemplos de lo que la Virgen ha hecho en defensa de sus devotos. En que descubre bien el oficio que hace ante Dios de *Abogada nuestra.*

¿Quién, pues, hay, cristianos, que no se ponga en las manos de esta cuidadosa Patrona, nuestra Abogada, y no le encomienda sus causas y negocios, si desea el buen suceso de ellos? Que es el consejo de San Buenaventura, como arriba vimos: «Eam in tuam suscipiens, advocatam ipsius tutelae praesidium flagitando». ¿Quién hay que, cuando por devoción no lo haga, siquiera llevado de su interés, no procure asiento en la casa de esta Reina celestial y humildemente le suplique que le reciba por su esclavo para reverenciarla y servirla por toda la vida y para que, como a siervo y criado suyo, le defienda y ampare y le reciba debajo de su protección?

Tomemos las palabras de la boca a San Efrén en una oración de nuestra Señora, que con ningunas otras podrá mejor el devoto de la Virgen invocar su favor que con las de este devoto Doctor: «Recibidme debajo de la protección de vuestras alas, Virgen sacratísima. Habed merced de mí, que he atollado en el lodo, de que soy compuesto, y, como hecho de tierra, he puesto mi gusto en las cosas de la tierra. Doleos de mí porque no se gloríe mi enemigo contra mí, ni el cruelísimo Satanás se ufane de verme vencido. No tengo otro amparo sino a vos, Virgen sencilla; ni otro puerto seguro sino a vos, Virgen inviolada y mi favorecedora; y, finalmente, debajo de vuestra tutela estoy,

Madre diligentísima, y con continuas lágrimas imploro vuestro favor y con humildad profunda me arrodillo a vuestros pies e invoco vuestra ayuda». Esto dice San Efrén, en que da buenas muestras de la devoción que a la Virgen tenía y nos enseña a todos a poner en ella nuestras esperanzas, pues su intercesión ha de ser la escala por donde habemos de subir a Dios y el medio más eficaz para negociar bien con él.

Pensamiento es éste del glorioso Padre San Bernardo [1] en un sermón en que nos exhorta a poner todo nuestro cuidado y solicitud en subir a Dios por medio de su Madre. Que ansí como ella fué el medio para que Dios bajase a nosotros, así la habemos nosotros de tomar por medio para subir a Dios. Por la mesma escalera por donde se baja de lo alto para lo bajo, se ha de subir de lo bajo para lo alto. Bajó Dios a nosotros por medio de su Madre, enseñándonos en esto que por medio de su intercesión habemos de subir a negociar con él. Ayudemos este pensamiento con una revelación que Dios hizo a Santa Catalina de Sena [2], en esta manera: Mi bondad (le dijo Dios) ha concedido en favor de la Virgen gloriosa, Madre de mi Hijo unigénito, en reverencia de la encarnación del Verbo, que cualquier justo o pecador que con debida reverencia acudiere a valerse de ella, que en ninguna manera sea despedazado ni tragado de la bestia infernal. Porque la tengo puesta y elegida por celestial cebo para pescar las almas de los pecadores». Hasta aquí son palabras de la revelación. Pues si ha elegido Dios a la Virgen, Madre de su Hijo, para traer con este cebo las almas a sí, ¿quién hay que no use de este medio para que le reciba y le perdone Dios sus pecados? ¿Quién no elige a esta Señora por Patrona y Abogada para negociar con Dios? Si los que con reverencia invocan su favor están seguros de las asechanzas de la bestia infernal, ¿quién, para defenderse de sus cometimientos, no le suplica que le reciba debajo de su amparo y protección?

En todo tiempo y en toda ocasión, nos habemos de valer de la intercesión de nuestra Señora para salir bien despachados en nuestras pretensiones, como San Buenaventura nos lo aconsejaba y como lo vimos arriba, que sus palabras me han ocasionado la doctrina que he tratado en estos dos capítulos. Pero como a la hora de la muerte los peligros son mayores y las tentaciones del enemigo más crueles, entonces es más necesario el auxilio y favor de la Virgen para no morir eternamente a manos de enemigos tan crueles. Por eso, la Iglesia, como piadosa madre nuestra, nos

---

[1] BERNARD., *De Advent.*, serm. 3.
[2] S. CATHARIN. SEN., *Dialog.*, tract. 4, c. 139.

aconseja que en el discurso de la vida granjeemos el favor de nuestra Señora para la hora de la muerte. Cuando niños, enseñándonos la Iglesia a rezar y a tener coloquios con Dios y con su Madre benditísima saludándola con las palabras que el ángel la saludó cuando vino a tomar su consentimiento para el misterio de la encarnación, nos enseña el *Ave Maria*, etc. A las vueltas, nos enseña que no nos apartemos de la presencia de esta Reina de misericordia sin pedirle mercedes. Y porque no erremos en lo que habemos de pedir, nos da el memorial hecho con estas palabras: *Ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostrae*. Rogad, Señora, por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte. Y cuando, ya mayores, nos enseña la Iglesia a ser devotos de nuestra Señora, y en prendas de devoción, a rezar las horas de su oficio (devoción muy acepta a la Virgen, como después veremos); en el himno *Ave Maris stella* nos enseña a pedirle: cuando, Señora, partamos de esta vida por medio de la muerte: *Iter para tutum*, aseguradnos el camino, que están en emboscada los demonios, como bandoleros crueles, para estafarnos y robarnos el caudal de las virtudes y quitarnos la vida del alma, condenándola a tormentos eternos.

Y en otro himno pone aquel devoto verso (que ni en vida ni en muerte se nos había de caer de las bocas): *Maria, Mater gratiae, Mater misericordiae, tu nos ab hoste protege et hora mortis suscipe*. En que se ponen dos singulares prerrogativas de nuestra Señora y le suplicamos que use de ellas en nuestro favor. La una es defendernos del enemigo: *Tu nos ab hoste protege*. Y la otra, que en la hora de la muerte nos reciba debajo de su protección: *Et hora mortis suscipe*. Que como es la vez postrera en que el demonio se ha de ver en campo con el hombre, entonces le da más fuerte combate, y le hace guerra más cruel, y le pone en mayor aprieto. Y para no salir con las manos en la cabeza, confusos y vencidos es menester en vida invocar el auxilio de esta fuerte Judit que ha de quebrantar la cabeza a este infernal Holofernes y triunfar de su orgullo y loca presunción.

Le dijo Dios a la serpiente infernal[3]: *Tu insidiaberis calcaneo eius*, etc. Lo cual se cumple en los hijos espirituales de la Virgen, nuestra Señora, que el demonio les acomete al carcañal, que, como es lo postrero del cuerpo, es símbolo del fin de la vida, en el cual nos acomete el demonio con suma sagacidad; pero la Virgen le sale al encuentro y le hace guerra hasta quebrantar la cabeza y ven-

---

[3] Vers. 15.

cerle: *Ipsa conteret caput tuum*. Perbalto, en su *Estelario* [4], le atribuye a nuestra Señora aquellas palabras de la Sabiduría [5]: *In fraude circumvenientium illi affuit et ab inimicis, et a seductoribus tutavit illum et dedit illi claritatem aeternam:* Al engaño de los que le tenían cercado se halló presente, y le defendió de sus enemigos y perseguidores y le dió eterna claridad. Palabras bien acomodadas a la Virgen, porque a la hora de la muerte se halla presente para amparar y defender al que fuere su devoto y pusiere en ella su esperanza de la canalla de los demonios que le cercan para engañarle y persuadirle a que desconfíe de la misericordia de Dios; pero la Virgen le defiende y ampara y le saca de las manos de sus enemigos y no le desampara hasta hacerle por su intercesión participante de la gloria de su Hijo: *et dedit illi claritatem aeternam*. No nos va menos que nuestra salvación en ser siervos, esclavos y devotos de esta Reina celestial y tenerla grata y favorable para que nos defienda y ampare de las asechanzas de Satanás.

Y para concluir con buena sazón este capítulo, le quiero acabar con unas devotas palabras del ortodoxo Damasceno [6] en una oración de nuestra Señora: «Pues de tantas obligaciones nos sentimos obligados, Señora, Señora nuestra y otra vez digo Señora (tres veces la llama Señora, reconociéndose otras tantas por su esclavo), si todos os llaman y se os encomiendan, nosotros en este día hacemos otro tanto, y presentándonos ante vos y atando y vinculando con vos nuestras almas (como a segurísima áncora, con que estaremos seguros de cualquier borrasca y tempestad), ofreciéndoos nuestras almas y nuestros cuerpos y a todos nosotros, alabándoos y bendiciéndoos con sagrados himnos, confiados de que por vuestros merecimientos nos librará Dios de los peligros de esta vida y nos dará descanso en la otra».

---

[4] Lib. 12, p. 2, c. 12.
[5] Sap. 10, 11-12.
[6] *De dormitione Mariae.*

CAPITULO V

De que Dios ha dado a su Madre potestad sobre todas las criaturas y que ésta es una de las principales razones que nos ha de mover a su devoción

Bien creyó el demonio que, quitándole a Cristo, nuestro Redentor, la vida corporal (que por medio de los fariseos y escribas, sus ministros, persuadió al pueblo hebreo a que pidiese su muerte ante Poncio Pilato, presidente de Judea), que juntamente con la vida habían de expirar sus fuerzas y hacer punto y acabarse su virtud y su poder. Pero en esto manifestó el Salvador que sus fuerzas eran más que humanas y que su virtud era divina; en que aunque con la muerte se le acabó la vida de Hombre, le quedó la vida de Dios, en cuya virtud pudo resucitar al tercero día. Esta admirable teología nos enseñó San Pablo, diciendo en breves palabras: *Crucifixus est ex infirmitate et vivit ex virtute Dei* [1]. Como si dijera: si murió como hombre flaco, mortal y pasible, resucitó a nueva vida como Dios, poderoso y fuerte. Era juntamente Hombre y Dios, como la santa fe nos lo enseña; y si como hombre murió para redemirnos, como quien era Dios pudo resucitar para justificarnos: *Surrexit propter iustificationem nostram* [2]. Y de aquí veremos que cuando salió de la sepultura triunfando de la muerte y del infierno, salió diciendo: *Data est mihi omnis potestas*, etc. [3] Como si dijera: Nadie piense que los poderes sobre todas las criaturas, que mi Padre me había comunicado, en virtud de los cuales os dije algún día: *omnia mihi tradita sunt a Patre meo* [4]. Hase mostrado mi Padre conmigo tan franco y liberal, que me ha dado mano sobre todas las criaturas, sin exceptuar ninguna, pues nadie piense que esta potestad se me ha acabado con la vida, que en la resurrección me la ha confirmado mi Padre declarándome por su Hijo y natural heredero de todos sus estados temporales y eternos, no sólo en cuanto Dios, sino en cuanto hombre; por estar unida en mí la naturaleza de hombre a la persona de Dios, por eso se extiende mi po-

---

[1] II Cor. 13, 4.
[2] Rom. 4, 25.
[3] Matth. 28, 18.
[4] Mattth. 11, 27.

der sobre todas las criaturas celestiales y terrenas: *Data est mihi omnis potestas in caelo et in terra.*

De aquí nació que, teniendo Cristo, nuestro Redentor, en cuanto Dios y en cuanto hombre, poder sobre todas las cosas, como en cuanto hombre es Hijo de la Virgen santísima, su dichosa Madre, sobre todas las cosas a que se extiende su poder le ha dado a su Madre facultad. El venerable cardenal Pedro Damiano [5] confirma esta doctrina en un sermón de la Virgen, diciendo: «Quomodo illa potestas, tuae potentïae poterit obiare, quae de carne tua, carnis suscepit originen? Accedis enim ad altare aureum, reconciliationis nostrae, non solum rogans, sed impetrans». Acércase la Virgen a aquel altar dorado de nuestra reconciliación (por quien entiende este Doctor la persona del Salvador) que fué el altar, el sacerdote y sacrificio, con que el Padre Eterno se aplacó y admitió a su gracia al linaje humano); llégase, pues, la Virgen a este divino altar no como quiera rogando, sino con certidumbre de alcanzar cuanto pidiere: «Non solum rogans, sed impetrans»; porque ¿cómo podrá la potestad del Salvador contradecir a la de su Madre, de cuyas purísimas entrañas tomó el ser de hombre? No podrá ser ingrato a su Madre (dice Ricardo de Santo Victor) el que nos puso precepto de que honrásemos a las nuestras: «Neque erit ingratus Matri suae, qui patri, matrique honorem praecepit exhiberi». Así, le ha dado poder tan cumplido a su Madre benditísima, que su boca sea medida.

Confirmemos esta doctrina con una revelación de Santa Brígida [6] tan auténtica, que el libro que de ellas escribió está confirmado y aprobado por autoridad apostólica; dícese, pues, en el capítulo 48 de este libro que apareció nuestra Señora a Santa Brígida acompañada de muchos santos, y que, reconociéndola todos por Madre de Dios y reverenciándola como a su Reina y Señora, le dijeron: «O Domina benedicta!, tu portasti Dominum in te et tu Domina omnium est; et quid est quod non poteris? Quod enim tu vis, hoc factum est»: «¡Oh bendita Señora! (le decían los santos), tú trujiste en tu vientre al Señor de todo lo criado y tú eres Señora de todas las cosas; ¿qué cosa hay que tú no la puedas? Lo que tú quieres, eso es lo que se hace»: «Quod enim tu vis, hoc factum est». Con ninguna cosa más pudieran encarecer la potestad de la Virgen que con estas palabras; porque con otras semejantes ponderó David el poder de Dios: *Ipse dixit et facta sunt*, etc. [7] En eso se conoce la omnipotencia de Dios, en que su decir

[5] *De nativitate Virg.*
[6] *Lib. revelationum S. Bergitae*, c. 48.
[7] Ps. 32, 9.

es hacer; y esto mismo dicen aquí los santos del poder de la Virgen, a quien le ha dado Dios poder tan cumplido, que no se hace más de lo que ella quiere: «Quod enim tu vis, hoc factum est». Porque los poderes sobre todas las criaturas que a Cristo le comunicó su Padre los otorgó el Salvador en favor de su Madre benditísima. Cristo lo puede todo, y todo lo puede la Virgen, aunque de diferente manera: Cristo, por naturaleza; la Virgen, por gracia. Cristo, como natural Hijo de Dios; la Virgen, como Madre natural del Hijo natural de Dios. A los filipenses les escribió San Pablo [8]: *Omnia possum in eo qui me confortat.* Todo lo puedo en virtud de Dios, que me da fuerzas para todo. Pues ¿con cuánta más razón podrá decir la Virgen, nuestra Señora: todo lo puedo en virtud de aquel poderoso Dios que en cuanto hombre quiso nacer de mis entrañas?

Saquemos de aquí de cuánta importancia nos sea la devoción con la Virgen, nuestra Señora; el amarla de todo corazón, el reverenciarla y servirla y procurar de tenerla siempre grata y favorable, pues si todo lo puede, el buen despacho de nuestros negocios y pretensiones, todo está pendiente del favor que nos hiciere. Por esta razón, dice el glorioso San Bernardo ordenó con alto consejo la sabiduría de Dios que todos los bienes se depositasen en la Virgen, nuestra Señora, y que por su orden se destribuyesen, para obligarnos a poner en ella el afecto de nuestra devoción y las esperanzas de todo nuestro bien y para que sepamos que la gracia, la salud y todos los bienes corporales y espirituales todos nos vienen de su mano: «Intuemini igitur quanto devotionis affectu, eam voluerit a nobis honorari, qui totius boni plenitudinem possuit in Maria, ut si quid spei in nobis est, si quid gratiae, si quid salutis, ab ea noverimus redundare, quae ascendit de deliciis affluens», etcétera. Por eso le pide la Iglesia a la Virgen, nuestra Señora, que nos defienda de todo mal y nos dé cumplimiento de todo bien: *Mala nostra pelle, bona cuncta posce.* Porque la defensa del mal y la comunicación del bien son mercedes oue nos vienen de su larga mano. Hablando de la venida de Dios al mundo, el santo profeta Habacub [9], en el libro de sus divinos oráculos, dice: *Deus ab austro veniet, et sanctus, de monte Pharam: Vendrá Dios del austro, y el santo, del monte Faram.* Los Setenta volvieron: *a monte condenso et umbroso.* Por el Austro, que significa el *Mediodía*, todos entienden el pecho del Padre Eterno, donde hay claridad perfecta y no le toca la obscuridad

---

[8] Phil. 4, 13.
[9] Habac. 3, 3.

de la noche, como lo dice San Joán [10]: *Deus lux est, et tenebrae in eo non sunt ullae.* Pero por el nombre *Faram,* espeso y sombrío; de donde el profeta dice que vendrá el Santo de los Santos, entiende San Gregorio [11] el Testamento Viejo: sombrío, por las muchas sombras y figuras que tiene, y espeso, por las muchas ceremonias de que está lleno. Pero Teofilacto y Hesiquio entienden por este monte a la Virgen, nuestra Señora, llamada *monte* por la eminencia de su santidad y por la alteza de Madre de Dios; *sombrío,* porque el Espíritu Santo que sobrevino en ella le hizo sombra; *Spiritus Sanctus superveniet in te et virtus Altissimi obumbrabit tibi* [12]. Y *condenso* y *espeso,* por los muchos árboles de diferentes virtudes que la mano de Dios plantó en ella. Suele el monte espeso ser receptáculo de las fieras, leones, osos, onzas y otras semejantes, y aun suele ser la guarida de los malhechores, que por sus crímenes y excesos huyen de la Justicia y en las emboscadas de los montes se defienden de ella. Y es una muy propia figura de lo que en la Virgen, nuestra Señora, pasa, que ella es el refugio y amparo de los pecadores, que, arrepentidos de sus culpas, acuden a valerse de su favor. ¡Cuántos millares de hombres estuvieran ardiendo en el infierno, condenados por la justicia de Dios, si en este monte no se hubieran amparado y defendido! Esto se declara bien por un ejemplo que pone Ludovico Blosio, el cual cuenta que apareció la Virgen, nuestra Señora, a Santa Gertrudis cubierta de un rico manto, y vido que muchos animales y bestezuelas de diferentes especies acudían a donde la Virgen estaba y se le ponían debajo del manto; y la Madre de misericordia los recibía con mucha benignidad y los tocaba blandamente con la mano y los halagaba. Y, deseosa la santa de saber lo que en esta visión se figuraba, le declaró la Virgen sacratísima que aquellos animales representaban diversos géneros de pecadores que acudían a valerse de su favor y que aquel modo de recebirlos significaba la caridad con que la piadosa Madre de misericordia los recibe cuando invocan su auxilio y favor y la piedad de Madre con que los ampara. Apocalipsis, 11, dice San Joán [13] que le mostró Dios el templo del cielo, y que estaba abierto y patente para todos: *Apertum est templum Dei in caelo.* Y es figura de la Virgen, Madre de Dios, que fué el templo donde corporal y espiritualmente moró, y en él están abiertas las puertas de sus piadosas entrañas para recibir a todos los que acuden a valerse de

[10] I Ioan. 1, 5.

[11] Gregor., l. XXXIII *Moral.*, c. 1.

[12] Luc. 1, 35.

[13] Vers. 19.

su favor, sin que se le cierren a ninguno. Que ni hay mal de culpa, por grave que sea, ni pena ni peligro de que el hombre no se pueda librar por medio de la Virgen, si la toma por Abogada.

Entre los privilegios que Demetrio envió a ofrecer a Jonatás, sumo sacerdote del pueblo hebreo, fueron algunos en favor del templo de Jerusalén, como se cuenta en el primero de los Macabeos [14]. Y uno de ellos fué que por cualquier negocio, por grave que fuese, que se acogiesen al templo gozasen de su inmunidad: *Quicumque confugerint in templum obnoxii regi, in omni negotio dimittantur,* en figura del privilegio que concedió Dios a su santísima Madre que todos los que acudiesen a este sagrado, por grave que el negocio sea, *in omni negotio dimittantur,* se libran de los cuadrilleros de la justicia de Dios. Singular privilegio de su Madre, que aunque sea verdad que los delincuentes que se acogen a valerse de la Iglesia, comúnmente no pueden ser sacados de ella, como está ordenado en el Derecho. Pero hay algunos negocios tan atroces, que por su enormidad no gozan en ellos los delincuentes de la inmunidad. Mas no es de esa manera en los que se acogen a valerse de la intercesión y favor de nuestra Señora, sino que, por grave y atroz que el delito sea, en el favor de la Virgen se hallará remedio dél, que por eso es llamada la Virgen de los Remedios.

Ludovico Blosio [15], en el libro que intituló *Espejo de la Virgen,* hablando de su nobilísima condición, dice: «Maria nullum, a se repellit peccatores, ad se confugientes blande suscepit et Filio suo materna fiducia reconciliat. Citius caelum, terraque peribunt, quam ipsa aliquem serio se implorantem suo ope destituat». A ninguno de los pecadores, dice este devoto autor, que con humildad y reconocimiento de sus culpas implora su auxilio, le despide la piadosa Madre, sino antes le recibe amorosa y blandamente y con confianza de madre le reconcilia con su Hijo. Y concluye diciendo: «Antes faltará el cielo y la tierra que falte esta Reina de misericordia en dar su amor al que debidamente le implorare». No dice que se la dará a todos, sino «serio implorantem». Al que de veras y con las circunstancias debidas de arrepentimiento de culpas y propósito de no tornar a caer en ellas implorare el favor de nuestra Señora. A éste jamás se le niega; porque, aunque es Madre de pecadores, no recibe debajo de su protección sino a pecadores arrepentidos; a éstos favorece y los am-

---

[14] I Mach. 10, 43.
[15] *Speculum B. V. M.* (Conrado de Sajonia), c. **13**.

para y reconcilia con su Hijo y les alcanza perdón; porque ninguna cosa le pedirá que no la alcance, porque la respeta como a Madre y la ama como Hijo y Esposo.

CAPITULO VI

DE QUE ES SERVICIO MUY AGRADABLE A LA VIRGEN, NUESTRA SEÑORA, QUE SUS DEVOTOS, EN CUANTO LES SEA POSIBLE, LA IMITEN EN LAS COSTUMBRES

Prosiguiendo el glorioso San Buenaventura en el *Memorial 13*, alegado en el capítulo 2, la doctrina con que nos pretende persuadir a la devoción de la Virgen, Madre de Dios, dice: ¿Queréis que le sea acepta a la Virgen vuestra devoción y grata la reverencia que le hiciéredes? Pues éste es el camino: que muy de corazón en el alma y en el cuerpo procuréis de imitar su pureza y su limpieza y que con humildad y mansedumbre rastreéis sus pisadas: «Ut tua devotio ei sit accepta reverentia grata, ipsius puritatem et munditiam, omni virtute, mente, corpore, illibatate in te ipso servando, toto conatu nitaris, humilitate et mansuetudine eius vestigia imitari». El que no la imita en las costumbres, ¿con qué cara puede pedir su favor? ¿El deshonesto no arrepentido, sino que de asiento se está en sus torpezas, cómo no le salen colores de vergüenza de parecer ante una Virgen tan pura, que vence a los ángeles en la pureza? «Quae angelos vincis puritate, omnes sanctos superas pietate», dijo de ella el mismo santo Doctor. El ambicioso soberbio, que sólo a sí mismo estima y todo lo demás desestima, ¿cómo no tiembla de parecer delante de la que fué tan humilde, que por su humildad la escogió Dios por Madre; como ella lo dijo en su cántico: *Quia respexit humilitatem ancillae suae*? Y si no fuera tan humilde, acaso no fuera elegida por Madre de Dios, que eso parece que denota aquella causal *quia respexit*, etc. Otro tanto les puedo decir a los demás pecadores: que, si se están de asiento en sus culpas, no serán oídos. Madre de pecadores es la Virgen y Abogada nuestra; pero no se entiende sino con pecadores arrepentidos, contritos de sus culpas y deseosos de la enmienda y de imitar a la sacratísima Virgen en las costumbres. Toda esta doctrina confirma el glorioso Padre San Bernardo *(Serm. super Salve Regina)*, diciendo: «Agnoscit Virgo et diligit, diligentes se, et

prope est in veritatem invocantibus se, praesertim his, quos viderit conformes sibi factos, in castitate, humilitate, et coram spem suam, post Filium in ea posuerint, et toto corde, quaesierint». Como si dijera: no ignora la Virgen sacratísima quiénes son sus devotos, sino que los conoce y corresponde al amor con que la aman y está muy propicia a los que de veras invocan su favor, especialmente a los que en la castidad y en la humildad se conforman con ella y que después de su Hijo ponen en ella toda su esperanza y la buscan de todo corazón. Esto dice San Bernardo; de donde colige que para que la Virgen se incline a nuestros ruegos y nos ayude como Madre de misericordia es menester que nos conformemos con ella en las virtudes.

Cuando el profeta Natán persuadió a la reina Betsabé que entrase al rey David y le dijese que cómo se permitía que reinase Adonías, habiéndole dado a ella su palabra de que después de sus días reinaría por él Salomón, su hijo, consecutivamente le dijo [1]: *Et adhuc te loquente cum rege, ego veniam et complebo sermones tuos.* Comienza tú la plática, que yo entraré tras ti y la prosiguiré. Muy bien es que para que no reine Adonías, en quien se figura el pecado, «non regnet peccatum in vestro mortali corpore», que para esto nos valgamos de la intercesión de la Reina del cielo; pero tras ella ha de entrar Natán: *Ut compleat sermones eius.* Sobre las cuales palabras, dice San Crisóstomo: «Illi complent orationes sanctorum qui operibus humilibus et piis correspondent eorum intercesionibus»: Aquellos cumplen lo que con su intercesión comenzaron los santos que con obras piadosas y humildes correspondan a lo que los santos piden. Válgase en buena hora el pecador afligido de la intercesión de la Virgen y espere que por sus merecimientos ha de alcanzar de Dios perdón y misericordia; pero tras esto es menester contrición de pecados y ejercicios de la virtud y procurar en ella imitar a la Virgen, nuestra Señora, si quiere ser oído cuando la invocare. Así nos lo aconseja San Bernardo [2] con unas breves y elegantes palabras: «Ut impetres orationis eius sufragium; non defferas conversationis eius exemplum». Si el devoto de la Virgen se quiere valer de su intercesión y pretende ser oído, es menester que tome su vida por ejemplo y dechado para sacar de ella las labores preciosísimas de sus admirables costumbres.

Este, dice San Ambrosio [3], ha de ser el espejo de las vírgines y de todas las almas que desean agradar al celes-

---

[1] III Reg. 1, 14.
[2] *Homil. super «Missus est».*
[3] *De Virg.*, l. II.

tial Esposo. Mirándose en este espejo, han de limpiar las manchas de sus culpas y adornarse de las virtudes a ellas contrarias: «Sit vobis tanquam in imagine, virginitas vitaque Beatae Mariae, in qua tanquam in speculo relucet species sanctitatis et forma virtutis». Santiago [4] decía que el que oye la palabra de Dios y no la guarda es como el que se mira al espejo y no enmienda sus faltas ni limpia sus manchas: *Si quis auditor est verbi et non factor, hic comparabitur viro consideranti vultum nativitatis suae in speculo, consideravit enim se et abiit, et statim oblitus est qualis fuerit.* Por cierto que el que se pusiese a mirar el rostro en un espejo y ni lava lo que está sucio, ni corrige lo que está feo, ni compone lo descompuesto, que usaría mal del espejo, pues ninguna utilidad sacaría de haberse mirado en él. Espejo es la Virgen santísima, que con este nombre comúnmente la llaman los Doctores; pero no le bastará al cristiano contentarse con haber mirado la perfección de este espejo cristalino y admirarse de su hermosura, sino que, si se precia de devoto de la Virgen, nuestra Señora, y quiere granjear su favor, mirándose en ella como en espejo, ha de componer sus costumbres descompuestas y corregir lo feo de su vida no bien disciplinada, que en la imitación de la sacratísima Virgen ha de dar muestras de su devoción.

El glorioso Padre San Bernardo [5] no sólo quiere que la vida de la Virgen, nuestra Señora, sea dechado de las vírgines, sino que a todos los estados se la propone por ejemplo. Porque si no todos pudieren imitar en todo tanta perfección, imiten lo que pudieren y admírense de lo que no pudieren imitar, y lo uno y lo otro lo reverencien en la Virgen. A los casados les dice: «Veneramini coniuges, in carne corruptibili integritatem». Asombraos, como si dijera, de que, viviendo la Virgen en carne corruptible, viviese tan sin carnales afectos como viven los ángeles en el cielo: «Miramini et vos sacrae virgines in sacra Virgine fecunditatem»: Admiraos, vírgines sagradas, de ver en la Virgen sacratísima la fecundidad de Madre, sin haber perdido la integridad de doncella. Y si en la Virgen les ha ofrecido a las vírgines y a las casadas materia de admiración, ahora se la ofrece de imitación, diciendo: «Imitamini omnes homines, Dei Matris humilitatem». No podrá la casada imitar en la Virgen, nuestra Señora, la integridad y pureza de doncella, ni la doncella la fecundidad de Madre. Admírense, pues, de lo que no puedan imitar y alaben a Dios, hacedor de tan grandes maravillas, que hiciese que

[4] I Iac. 1, 23.
[5] *De B. Virg.*, homil.

su Madre gozase de las dulces prendas de madre sin perder la entereza de doncella. «Gaudia Matris habens cum integritate pudoris, nec primam similem visa est, nec habere sequentem», le canta la Iglesia. Y son palabras tomadas del poeta cristiano Sedulio, celebrado de San Jerónimo y de otros Doctores, y tan antiguo en la Iglesia, que ha más de mil años que floreció en ella. Supuesto, pues, que en estas virtudes tales y singulares prerrogativas es tan singular la Virgen, nuestra Señora, que es primera sin segunda, no pide San Bernardo que en estos privilegios particulares ninguna la imite sino en la virtud de la humildad: «Imitamini Matris Dei humilitatem»: Imitad la humildad de la Madre de Dios. Y junta con la humildad la dignidad de la Madre de Dios porque ahí es donde ella más se descubrió. Para encarecer San Pablo la humildad de Cristo, nuestro Redentor, dijo [6]: *Cum in forma Dei esset, exinanivit semetipsum*, etc. Puso el alto del ser de Dios para que más campee su humildad, cuando de tal alteza se humilló a tanta bajeza: de Dios, a hombre; de Señor de todas las cosas, a siervo y esclavo vil: *Formam servi accipiens*.

Así, para que se descubra más la humildad de la sacratísima Virgen, la juntó San Bernardo con la maternidad de Dios: «Imitamini humilitatem Matris Dei»: Imitad la humildad de la Madre de Dios. Ella es la mayor dignidad después del ser de Dios: pues mirad del alto de donde se arrojó a los pies de quien la eligió por Madre, ofreciéndose por su esclava: *Ecce ancilla Domini* [7].

Bien hay que imitar en un tan prodigioso ejemplo la humildad: «Imitamini humilitatem Matris Dei». Cuando aquella mujer evangélica, para confusión de las blasfemias de los fariseos, rompió en alabanzas de la dichosa Madre que concibió al Salvador, diciendo: *Bienaventurado el vientre que te trujo y los pechos que mamaste* [8], le enseñó el Salvador otro más alto modo de alabar a su Madre, diciendo: *Quinimo, beati qui audiunt Verbum Dei*, etc. Como si dijera: la mayor felicidad de mi Madre le vino de guardar la palabra de Dios que oyó. Así lo declara San Agustín [9]: «Mater mea, quam tu beatam appellas, inde felix, quia Verbum Dei custodivit». Así, los que en esto la imitaren, participarán de su bienaventuranza: *Quinimo, beati*, etc. En que nos enseña el Salvador la necesidad que tenemos de imitar a la sacratísima Virgen, si queremos gozar de la bienaventuranza de que ella goza. Y como cosa de

---

[6] Phil. 2, 7.
[7] Luc. 1, 38.
[8] Luc. 11, 27 s.
[9] *Super Ioan.*, tract. 10.

tan grande importancia para conseguir el cielo, todos los santos nos exhortan a la imitación de la vida y de las costumbres de la Virgen benditísima; juntos con los que arriba quedan referidos, probarán bastantemente este intento otros dos testimonios mayores de toda excepción, y con esto daremos fin a este capítulo.

El glorioso San Jerónimo, escribiendo a la virgen Eustoquio, habiéndole aconsejado que siguiese el ejemplo de los mejores, últimamente le dice: «Propone tibi beatam Mariam, quae tantae extitit puritatis ut Mater Dei esse meruerit»: Trae siempre delante los ojos la vida y las costumbres de la Virgen María si quieres agradar a su Hijo, que con ellas le agradó tanto, que mereció que la eligiese por Madre. El ejemplo de los mejores nos enseña este Doctor que debemos imitar y es cosa importantísima para el que desea su aprovechamiento; porque si pone el hombre los ojos en la gente relajada y perdida, fomentada su mala inclinación con el mal ejemplo que recibe, suele tomar licencia para pecar con tanta soltura, que no bastan las trabas de la ley de Dios para estorbarle que no se precipite en mil pecados cada día. Y no hay guarismo para contar los que por este camino de ordinario se pierden; y para obviar ese daño nos da por consejo San Jerónimo que no pongamos los ojos en los malos, sino en los mejores, para que imitemos sus costumbres.

Y porque no erremos en la elección, nos dice que particularmente tomemos por dechado y ejemplo la vida y costumbre de la Virgen, nuestra Señora: «Propone tibi Beatam Mariam». En todos los demás santos, por muy santos que hayan sido, hallaremos en sus vidas faltas e imperfecciones de que huir y buenas costumbres que imitar. Pero la Virgen fué en su vida tan pura, que no tuvo un signo de culpa ni de pecado de que huir, sino tantas virtudes que imitar, que con ellas mereció que la eligiese Dios por Madre: «Quae tantae extitit puritatis, ut Mater Dei esse meruerit». Y por eso, entre todos los santos, ninguno es tan a propósito para deprender de él y tomarle por guía y maestro de la vida espiritual como la Virgen, nuestra Señora: «Propone tibi Beatam Virginem Mariam».

El último testigo para cerrar esta probanza sea el glorioso San Buenaventura [10], que como tan entrañablemente devoto de la sacratísima Virgen, Madre de Dios, en todas sus obras dió muestras de esta su devoción, y ansí no tendrá que espantarse nadie de que en este tratado en que pretendo persuadir la devoción de la sacratísima Virgen me ayude tanto de la doctrina de este seráfico Doctor.

[10] *Stimulus amoris*, p. 1, 6, 7.

Dice, pues, este santo en la parte segunda de aquel utilísimo libro que intituló *Estímulo de amor* que «tenga por regla general el que desea valerse de la intercesión de nuestra Señora que para alcanzarla es necesario rastrear las pisadas de sus santos caminos e imitar sus sagradas costumbres. Porque haciendo esto cumplirá el cristiano con la obligación que tiene de hijo suyo, y ella, como piadosa Madre, le ayudará como a hijo y le dará lo que justamente le pidiere y le administrará las cosas necesarias para la salud de su alma ; y finalmente, como a hijo, le dará junto a sí lugar en el cielo». Hasta aquí son palabras de San Buenaventura. De donde podemos sacar que la regla general es que el que quisiere valerse de la intercesión de la sacratísima Virgen, imite sus costumbres. Luego el que no la imita, por demás es invocar su favor. Si el que imita sus virtudes hace como verdadero hijo, y obliga con esto a la Virgen a que lo haga con él como verdadera y piadosa Madre, luego el que en sus costumbres no se conforma con ella no tiene para qué pedirle que haga con él como Madre: *Monstra te esse Matrem*. Si a los que la imitan les da dones de gracia y premios de gloria, luego el que la ofende y no sabe servirla en nada, razón tendrá de temer su indignación, y tras ella su condenación, si con la enmienda en lo por venir no suple los defectos de la vida pasada.

CAPITULO VII

En que se trata de que el patrocinio de la Virgen es tan gran don, que se le ha de pedir a Dios con mucho fervor, y que cuando se alcanza, es especial favor que Dios hace al alma

La devoción con la Virgen, nuestra Señora, a que el glorioso Padre San Buenaventura en tantas partes de sus doctrina nos pretende persuadir, como queda dicho en los capítulos de atrás, deseaba el santo para sí con tanto afecto, que con mucha instancia se la pedía a Dios en la oración, y lo mismo nos enseña que debemos hacer todos, poniéndonos delante de los ojos las palabras con que él se lo suplicaba a nuestro Señor en un libro que intituló *In remedium defectuum religiosorum:* «Dulcissime Domine Iesu, dignare donare mihi, misero peccatori, Matri tuae digne servire: «Dulcísimo Señor Jesucristo, tened por bien de con-

ceder esta gracia a este miserable pecador: que dignamente acierte a servir a vuestra Madre». Y con que el asunto que en aquel librito tomó este santo Doctor fué dar remedio de los defectos de los religiosos, como medio muy eficaz para la enmienda de ellos pone el santo el servir a la Virgen; porque si como a siervo y esclavo suyo le recibe esta generosa Reina debajo de su amparo, con esto estará seguro de cuaquiera adversidad. Y como cosa de tanta importancia, nos enseña el santo a pedirle a Dios gracia para servir dignamente a su Madre benditísima.

Y es de tanta excelencia esta prerrogativa, que en señal de singular amor se la concedió Dios a sus mayores amigos, el dárselos a la Virgen, para que los reciba debajo de su tutela y protección. A su discípulo querido San Joán se la encomendó a su Madre estando en la cruz, pidiéndole que le recibiese por hijo y como a tal le amparase y favoreciese: *Ecce filius tuus* [1], en que dió buenas muestras del tierno amor con que le amaba. Y si, como dejamos dicho arriba, esta gracia se le hizo a San Joán no tanto como a persona particular, sino como a discípulo del Salvador, y que ansí recibió esta merced en su nombre y de todos sus condiscípulos, de aquí se sigue que todos los apóstoles gozaron de este privilegio y que la Virgen santísima los recibió debajo de su amparo, acudiendo, como piadosa Madre, al consuelo y reparo de cada uno, del cual se valían y ayudaban para salir bien de las dificultades que se les ofrecían en la predicación del Evangelio; y ésta fué particular gracia y favor que hizo Dios a sus apóstoles: darles por protectora y madre a su Madre benditísima. De esta mesma gracia participó el glorioso San Joán Bautista, a quien desde que concibió a Dios en sus entrañas favoreció la Virgen, nuestra Señora, partiendo luego con priesa a las montañas de Judea, no tanto por visitar a Santa Isabel, su prima, como por santificar al niño Joán [2], que estaba en el vientre de su madre, efecto que había de resultar de la presencia del Salvador, que ella traía encerrado en el suyo. Cuando el infante Joán nació, la Virgen se halló presente; y es de creer que le recibiría en sus sagradas manos, y, como madre de misericordia, siempre le favoreció como a su ahijado, porque le amaba con singular afición. Y por amigo especial del Esposo de las almas, entre otras, le hizo el Redentor esta gracia: de que su Madre le recibiese debajo de su protección.

En la historia de San Elceario, conde de Ariano, santo canonizado de la Tercera Orden de nuestro Padre San

[1] Ioan. 19, 26.
[2] Luc. 1, 39.

Francisco, se cuenta: que Garsenda, muy noble y santa matrona, que había criado a este santo varón, haciendo oficio de su aya; que con continua y fervorosa oración rogaba por él a nuestro Señor, hasta que mereció oír una voz del cielo que le dijo: —Ese mancebo por quien tanto me ruegas sabrás que le he dado a mi Madre por maestra; y estando debajo de su disciplina, no tienes que dudar de sus buenos sucesos.—Esto le dijo el divino oráculo, y bien se echó de ver la buena doctrina con que este santo fué criado; pues, a imitación de la Virgen santísima y de San José, su dichoso esposo, San Elceario y Santa Delfina, su mujer, hicieron voto de perpetua castidad y murieron vírgines purísimos, habiendo bebido esta angelical virtud del pecho de la Virgen, nuestra Señora. *Beatus quem tu erudieris, Domine, et de lege tua docueris eum* [3]: *Bienaventurado aquel a quien vos enseñáredes vuestra ley*, decía el profeta rey hablando con Dios, que es el que alumbró a los profetas, y después de ellos alumbró, con la luz de su santa fe, a todo el mundo: *Lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum* [4]. Pero como la Virgen, su Madre, fué la más cercana al Salvador, fué la que más participó de esta luz; y así, la más dichosa en haberla Dios alumbrado; pero después de esta felicidad, que es la mayor, luego se siguió la de aquel a quien la Virgen enseña, y de ésta participó Elceario, a quien Cristo honró con darle a su Madre por maestra, singular favor y merced que Dios le quiso hacer. Y podemos confirmar lo que queda dicho con lo que se cuenta en el *Libro de las revelaciones de Santa Gertrudis*, donde se lee que, habiéndole Dios enviado a la santa algunos trabajos para que en ellos tuviese ocasión de merecer, y estando ella temblando y medrosa por la humana fragilidad, queriendo el amoroso Esposo de las almas, Cristo, Redentor nuestro, proveer de remedio a la fragilidad de esta su esposa, se la dió por hija a su benditísima Madre, para que en sus aprietos y necesidades se valiese de ella. Y por su intercesión salía victoriosa en cualquier ocasión en que la santa se hallaba oprimida del demonio, porque, consultando a su Maestra y Señora, mereció ser instruída en lo que para librarse del enemigo debía de hacer.

El tener a la Virgen santísima por Señora y el acertarla a servir dignamente merced es para desearla y para pedírsela a Dios en la oración y favor que en señal de amor se le concedió Dios a sus mayores amigos; y por eso, San Buenaventura suplica a Dios que le diese gracia para ser-

---

[3] Ps. 93, 12.
[4] Joan 1, 9.

vir dignamente a su santísima Madre. Y en un opúsculo que intituló *Psalterio de la bienaventurada Virgen María*, persuadiéndonos al servicio de nuestra Señora, dice: «Qui digne coluerit eam, salvabitur; qui antem neglexerit eam, morietur in peccatis». Y en esto parece que pone la razón en que se fundaba para suplicar a Dios le diese gracia para servir a su Madre, porque no va en ello menos que la salvación del alma. El que dignamente sirviere a la sacratísima Virgen, éste será justificado, y el que la despreciare, morirá miserablemente en sus culpas. Nadie murmure ni ponga lengua en el devoto de la Virgen ni en el que se precia de su esclavo, que suerte es más para envidiarla que para sentir ni decir mal de ella, pues el esclavo de la Virgen que dignamente la sirviere se salvará, y el que despreciare su servicio se condenará, porque morirá miserablemente en sus pecados sin dolor ni arrepentimiento de ellos. Y siendo esto así, vea el cristiano si tiene razón de suplicar a Dios que le dé gracia para servir dignamente a su Madre benditísima y de preciarse de su siervo y esclavo. Si los criados de los reyes de la tierra, en tanto estiman el ser criados de su majestad, que con esta servidumbre se honran más que con la libertad tan deseada y de todos tan estimada, ¿con cuánta más razón se debe gloriar el devoto de nuestra Señora de ser criado y siervo de esta Reina del cielo, pues si la sirve devotamente está cierto de su salvación?

Para poner aliento a los esclavos de nuestra Señora para que más la sirvan y para despertar la devoción de los que no han entrado en esta santa Hermandad, para que se consagren al servicio de la Virgen y huelguen de entrar en ella, contaré un notable ejemplo que refiere Cesáreo [5] de un soldado nobilísimo por nombre Ubaltero de Virbach, de la casa de los duques de Lovaina y famoso capitán que en la guerra había hecho notables hazañas. Este soldado desde niño comenzó muy de corazón a servir a la Virgen, nuestra Señora, y a poner en ella su afición, y servíala con misas, limosnas y ayunos, etc. Que aunque corporalmente se ejercitaba en cosas de la milicia, el corazón le tenía consagrado a la Reina del cielo, y nuestra Señora le favorecía y ayudaba, y le hizo muy grandes mercedes, que el dicho historiador refiere y yo paso con ellas por no ser de mi propósito.

Considerando, pues, Ubaltero las muchas mercedes que de la mano de la Madre de Dios había recibido en tanto grado, fué encendido en su amor, que se fué a una

[5] *Miracul.*, l. IV, c. 19.

iglesia que estaba dedicada a la Virgen y se echó una soga al cuello y se ofreció en su altar por su perpetuo esclavo, y por tal le recibió el sacerdote; y, en señal de esclavitud y servidumbre, en cada un año le ofrecía al sacerdote la cantidad de moneda que en aquella tierra los esclavos acostumbraban dar a sus señores. Recibióle la Reina del cielo por su esclavo debajo de su amparo y protección, y como no cabe en su generoso pecho ingratitud, quísole pagar este servicio no sólo con dones espirituales de su alma, sino con una joya digna de tal Reina, con que quedase favorecido y honrado. Estando, pues, un día Ubaltero con otros muchos oyendo misa, sucedió que, habiendo el sacerdote levantado el cáliz para que adorase el pueblo la sangre del Salvador, cuando le fué a asentar en el altar, vió al pie del cáliz una rica cruz de oro de tan gran resplandor, que, en su comparación, el oro más cendrado parecía latón. De la cruz estaba atada una cédula que decía: Esta cruz darás de mi parte (conviene a saber, de María, Madre de Jesús) a mi amigo Ubaltero, vecino de Virbach. Leyó el sacerdote esta cédula lleno de admiración, y, acabada la misa, se subió al púlpito y dijo: —¿Hay aquí alguno que se llame Ubaltero de Virbach?—. Y respondiendo algunos: —Este es, le apartó el sacerdote a una parte y secretamente le dió aquella cruz, contándole qué le había pasado, dónde la había hallado y quién se la enviaba. El soldado la recibió con singular devoción y gran consuelo de su alma, y, obligado de tan singular favor, se entró religioso para más servir a la Reina del cielo, y colocó la cruz en el convento donde tomó el hábito; y allí vivió y murió santamente en servicio de Dios y de su santísima Madre.

¿Quién no se persuade con este ejemplo a servir a esta Reina celestial? Suelen los reyes, cuando los grandes soldados y valerosos capitanes, después de famosas victorias que han alcanzado, entran a besarles la mano y a representarles sus servicios, en señal de agradecimiento, darles una joya o hacerles otra merced conforme a su capacidad: al uno le dan el tusón; al otro, el hábito de alguna orden militar, con alguna rica encomienda, con que quedan bien pagados y dan por bien empleados sus servicios. Soldado era Ubaltero de profesión, y en servicio de la Iglesia había hecho en la guerra grandes proezas, de que no le había premiado la tierra, como muy de ordinario acaece. Pero fuera de estas victorias, como desde niño se había consagrado al servicio de nuestra Señora y continuamente la había servido, alcanzando contra los enemigos del alma gloriosos vencimientos (en que Dios y su Madre se daban por bien servidos). quiso la Reina del cielo honrar a este su

siervo (viviendo sobre la tierra), en prendas ciertas de la aventajada corona de gloria con que le aguarda en el cielo, enviándole una cruz preciosa, que es el hábito de Christus, y el tusón del Cordero, que con su sangre quitó los pecados del mundo. Para que con él honrase su pecho y sellase con la cruz los honestos pensamientos con que había servido a su Reina. Si ansí honra la Virgen a sus criados, ¿quién no se precia de criado de esta Reina del cielo? Si de esclavo suyo le sacó a Ubaltero a tanta privanza que no se desdeña de llamarle ni tratarle como a su *amigo*, diciéndole a su capellán esta cruz darás a mi *amigo* Ubaltero; si le honra el pecho con el *hábito de Cristo* y con el *tusón de su Hijo*, Emperador de cielo y tierra, y si tras esto le aguarda en el cielo con una corona preciosa de gloria, ¿quién no se gloría de siervo y esclavo de esta Reina de misericordia, que tan liberal se muestra con sus criados?

Y porque sería imposible referir todos los beneficios y mercedes que la Virgen sacratísima ha hecho y cada día hace en favor de sus devotos; que, aunque es mucho lo que de esto han escrito los historiadores, y pudiéramos decir que, si se hubiera de escribir por menudo, *mundus non posset capere libros* [6], como de su Hijo lo dijo San Joán, y mucho menos podrán caber en este breve tratado, contentarme he, para mover a los devotos de Nuestra Señora a que muy de corazón la sirvan, con decir, por última confirmación de lo que en este capítulo queda dicho, lo que dice Tritemio [7] a este propósito. Ninguno podrá entender ni creer (dice este autor) los inmensos beneficios que Dios hace cada día a los devotos de su Madre sino el que lo conoce por devota experiencia; sabemos que muchos varones poderosos, doctos e indoctos, nobles e ignobles, doncellas y dueñas, mancebos y viejos, por la invocación de la serenísima Virgen María, haberse librado de grandes tribulaciones, salido de muchos peligros y haber sido milagrosamente ayudados en muchas necesidades. Y muchos hombres y mujeres, religiosos y seculares, muchas veces, por los merecimientos de la gloriosa Virgen María, haber sido librados de gravísimas tentaciones de carne y de espíritu. Y otros que estaban en suma pobreza y necesidad, por los ruegos de la Reina del cielo, haber sido proveídos con grande abundancia, y otros haber sanado de graves enfermedades. ¿Quién podrá contar cuántos han sanado de perniciosas melancolías y tristezas de corazón por intercesión de esta Madre de misericordia? ¿Cuántos, en medio de los

[6] Ioan. 21, 25.
[7] *De maternitate sanctissimae Annae*, c. 14.

mayores peligros, han estado seguros en medio de ladrones y enemigos sin temor? En las tormentas y tempestades de la mar han sido libres.

María, Madre santísima, a muchos devotos suyos acostumbra a defender de grandes adversidades, librarlos del contagio de la pestilencia y curarlos de varias enfermedades. ¿Quién podrá contar los muchos desesperados a quien ha reducido a tener esperanza de alcanzar perdón, a cuántos ha sacado de la pésima costumbre de pecar a la saludable penitencia de sus culpas? ¿A cuántos que en la Religión y fuera de ella andaban con tibieza y flojedad ha inflamado en el amor de Dios? ¿A cuántas mujeres en los partos rigurosos las ha librado del peligro de la muerte? ¿Cuántos por su intercesión se han librado de la eterna condenación, a que, según la presente justicia, estaban condenados? Finalmente, a muchos devotos suyos haberlos librado del oprobio de la infamia. A otros, de enfermedades de que estaban desahuciados; a otros, de cárceles y cadenas; a otros, de notables peligros de muerte. También se dice que, por sus merecimientos, algunos muertos han resucitado; a otros, que en el artículo de la muerte los ha visitado y, antes de salir de esta vida, haberlos certificado de la gloria que han de gozar en la otra. También se dice que algunos, de rudos ingenios, los ha alumbrado en el conocimiento de las letras, de manera que han sido asombro del mundo; a otros, flacos de memoria, que se valieron de su intercesión, les dió tenacidad para retener lo que a la memoria encomendaban y facilidad en referirlo. Y, finalmente, las cosas perdidas, por sus ruegos, han sido halladas milagrosamente. Hasta aquí son palabras de Tritemio; y pues en ellas manifiesta las muchas mercedes y favores que la Virgen hace a sus devotos cada día, supuesta nuestra villana condición, que no sabemos dar paso ni hacer obras con veras si no es movidos del interés, aunque la Virgen, nuestra Señora, merece ser amada, reverenciada y servida en primer lugar después de Dios, como arriba queda probado, seamos sus devotos siquiera por el provecho del interés que de serlo nos puede resultar; y, como cosa de tanta importancia, supliquemos a Dios nos dé gracia para servir a su Madre dignamente.

CAPITULO VIII

DE LA HERMOSURA DE ALMA Y CUERPO DE QUE LA VIRGEN FUÉ DOTADA, Y QUE ESTO NOS CONVIDA A PONER EN ELLA NUESTRA DEVOCIÓN

Dos maneras hay de hermosura, una del cuerpo y otra del alma; la del cuerpo tiene su asiento en la superficie exterior, la otra reside en lo más íntimo del corazón y más profundo del alma. La del cuerpo consiste en la elegancia y buena proporción de los miembros corporales, y la del alma, en la composición de las pasiones humanas y en la concordia de ellas con la razón. La hermosura del cuerpo es un bien frágil y de poca firmeza, como lo dijo Ovidio [1]: «Forma bonum fragile est», etc. La del alma es un bien firme y estable y no sujeto a las mudanzas del tiempo. La del cuerpo, el tiempo la consume y la enfermedad la menoscaba, y ambos parece que juegan con ella; «temporis et morbi ludibrium est», dijo Nacianceno [2]: la del alma, con el tiempo se mejora y con la enfermedad se perficiona, como lo dijo San Pablo [3]: *Cum infirmor, tunc fortior sum.* La hermosura del cuerpo es más sujeta a mudanza que las flores del campo, que el hielo las marchita, el aire las derriba y el sol las abuchorna y consume. «Vernalium florum mutabilitate fugatior», dijo Boecio [4]; la del alma es más resplandeciente que las estrellas, y estable y firme como ellas. Que por eso el Esposo comparó a su Esposa al sol y a la luna: *Pulchra ut luna, electa ut sol* [5], que son de materia incorruptible, porque la alma del justo tiene una hermosura que no está sujeta a corrupción ni se muda con las mudanzas del tiempo. La una hermosea el cuerpo, la otra perficiona el alma; y, finalmente, la una es agradable a los ojos de los hombres; la otra, a los ángeles y al mismo Dios.

Don de Dios es la hermosura corporal y un rayo y participación de la hermosura del Criador, como lo dice San Agustín [6]; pero no tiene comparación con la hermosura

[1] *De arte amandi,* l. II.
[2] Orat. 31.
[3] II Cor. 12, 10.
[4] BOETIUS, *Prosa octava,* l. III.
[5] Cant. 6, 9.
[6] *De civit. Dei,* l. XV, c. 22.

del alma, que no la da Dios sino a sus amigos y más privados. La hermosura del cuerpo no solamente la da Dios a los buenos, sino también a los malos y pecadores (dice este santo Doctor), porque no la tengan por gran bien ni se desvanezcan con su posesión y porque principalmente cuiden de la hermosura del alma, que es la que más agrada a los ojos de Dios. Ambas a dos hermosuras, la del cuerpo y la del alma, concedió Dios a su Madre benditísima, a quien con larga mano conmunicó los dones todos de naturaleza y de gracia que entre los demás tiene repartidos. En el libro de los Cantares, encareciendo el divino Esposo la hermosura de su Esposa, le dice: *Quam pulchra es, amica mea* [7]: *¡Oh qué hermosa que sois, querida mía!*; y, admirado de su belleza, torna a repetir la mesma sentencia, diciendo segunda vez: *Ecce pulchra es, amica mea; ecce tu pulchra es*, etc.; y es hebraísmo, que porque los hebreos no tienen superlativos, en lugar de ellos usan de repetición de las palabras: *¡Cuán hermosa sois, cuán hermosa sois, amiga mía!*, para dar a entender que es hermosísima y sobre todo humano encarecimiento su hermosura. Y también la llama dos veces *hermosa*, para denotar que es hermosa en el alma y en el cuerpo. Y en el mesmo capítulo cuarto, habiendo discurrido por todas las partes del cuerpo en que se suele notar la hermosura de las mujeres, últimamente concluye, diciendo: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te: Querida mía, toda sois hermosa, sin tener un sino de falta* ni una mancha que os afee. No ignoro que estas palabras, en sentido literal, se han de entender de la Iglesia; pero, como advirtió Ticonio [8] en las reglas que dió de la inteligencia de la Escritura, que San Jerónimo y San Agustín tanto las magnifican y ellos y los demás Doctores las guardan en la exposición de las divinas letras, «quae de tota Ecclesia generaliter dicuntur, nobilioribus membris eius adaptari possunt»: Lo que generalmente se dice en la Escritura de toda la Iglesia, se puede acomodar a los miembros más principales de ella. Y así, estas palabras del Esposo las atribuyen los santos a la hermosura de la Virgen, Madre de Dios. Ricardo Victorino [9] dice: «Tota pulchra merito dicitur Virgo, quia pulchra facie fuit, pulchra mente et corpore». No sin gran razón dice este Doctor se llama la Virgen *toda hermosa*, porque fué hermosa en el alma y en el cuerpo. Y en ambas partes fué tan rara su belleza, que San Gregorio Nacianceno la llama la *prima de la hermosura y honestidad:* «Inter pudicas et pulcherri-

---

[7] Cant. 4, 1.
[8] *De intelligentia scripturarum.*
[9] *Super Cant.*, c. 26.

mas atque venerandas prima». Y Dionisio [10] dice: «Desde la planta del pie hasta lo más alto de la cabeza, no hubo en el cuerpo de la Virgen, ni tampoco en su alma, cosa indecente ni fea ni digna de reprehensión, sino que todas las cosas fueron en ella trazadas y compasadas con el compás de la divina sabiduría, hermosísimamente obradas, puras de toda imperfición. Porque así como convino que la humanidad de Cristo, porque se había de unir a la persona del Verbo, resplandeciese en toda perfición de gracia y de naturaleza, así también convino que la persona de su Madre santísima, después de la humanidad de su Hijo, fuese adornada de toda perfición. Porque después de la unión hipostática de la humanidad con Dios, no hay en la tierra otra unión más cercana a Dios que la de la Madre de Dios con su Hijo». Hasta aquí son palabras de Dionisio, en que da bien a entender la suma hermosura de alma y cuerpo que convino que la Madre de Dios tuviese. Y el mismo autor, en el libro alegado, artículo 34, cita a Alberto Magno, que dice que ansí como el cuerpo de Cristo, nuestro Redentor, que la mano de Dios sobrenaturalmente le formó por sí mismo, es perfectísimo y hermosísimo sobre todas las fuerzas de la naturaleza, así también el cuerpo de la Virgen, que para este fin fué inmediatamente ordenado, fué perfectísimo y de suma hermosura sobre todas las hijas de los hombres que naturaleza formó. Y para que más cumplida relación tengan los devotos de esta celestial Princesa de su singular hermosura, referiré lo que de ella dice Nicéforo, alegando a San Epifanio: En todas sus cosas era la Virgen muy honesta y grave; sus palabras eran pocas, y ésas no las hablaba sino cuando la necesidad lo pedía; en su trato era muy agradable y afable y sumamente cortés, dando a cada uno la honra y veneración que se le debía; en su cuerpo era de mediana estatura, aunque algunos dicen que era algo mayor. En reprehender lo malo tuvo una muy honesta y decente libertad, sin risa, sin enojo ni perturbación. El color del rostro era trigueño; el cabello rubio; ojos verdes y agudos; las cejas, negras y arqueadas; la nariz, proporcionada; los labios, rosados y adornados de gran suavidad en el hablar; el rostro, más largo que redondo; las manos y dedos, largos en debida proporción. Su vestido era honesto y llano, sin ninguna blandura ni curiosidad; su trato, humilde y sin altivez. Esto dice Nicéforo de la hermosura y natural compostura de la Virgen, nuestra Señora.

Hermosísima, pues, fué la Virgen, Madre de Dios, no

---

[10] D. Carthusian., *De laudibus Virg.*, l. I, a. 35.

solamente en el alma, sino también en el cuerpo, como consta de los dichos de los santos que arriba dejo alegados, y la *prima de la hermosura,* como dijo Nacianceno; pero era su rara hermosura acompañada de una modestia y honestidad tan singular, causada de la hermosura y santidad de su alma, que ninguno la miró ni puso en ella los ojos que no le reprimiese las pasiones de la humana fragilidad y le moviese a pensamientos castos y honestos. Ansí lo dice el cancelario parisiense Gersón [11]: «Phisonomía Virginis movebat aspicientes ad omnem castitatem et luxuriosas extinguebat, mortificabatque cogitationes»: «La compostura del rostro de la Virgen movía a los que la miraban a toda castidad y mortificaba en ellos los pensamientos deshonestos». Y Joán Mayor [12], declarando aquellas palabras de San Lucas: *Exurgens Maria,* dice: «Illam dotem, omnipotens Deiparae suppeditavit, ut mortalium nemo illam concupisceret: porro, illa visa infrenis libido, ut firmiter teneo, prorsus extinguebatur»: «De este privilegio dotó Dios a su Madre: que ningún hombre mortal la codiciase», antes dice este santo Doctor: «Firmemente creo que el que la miraba, por aquel rato se le apagaba la desenfrenada codicia de la carne». Y confirma esta doctrina el Doctor Angélico, Santo Tomás [13], en el tercero de las *Sentencias,* diciendo que la gracia de la santificación no solamente reprimió en la Virgen los movimientos ilícitos, sino que se extendió su eficacia a los demás, de manera que, aunque fué hermosa en el cuerpo, ninguno la pudiese codiciar. Las palabras de este santo Doctor dicen ansí: «Gratia sanctificationis non solum repraessit in Virgine motus illicitos, sed etiam in aliis efficatiam habuit, ita ut quamvis esset pulchra corpore, a nullo concupisci potuit». Lo mesmo afirman San Buenaventura y Gabriel en el mesmo lugar [14], alegando algunos rabinos que confiesan esta verdad. Resplandecían en la Virgen exteriormente unos rayos de la luz interior de su alma, a la manera que en los cuerpos gloriosos, que la gloria del alma se les comunica a ellos, que obligaban a los que la miraban a singular respecto y veneración, como si vieran un ángel en humana figura. Así lo dice Ricardo, arriba alegado, por estas palabras: «Non dubitandum amoris ignem et interiorem candorem, exterius in Virgine lucere, ut quae puritatem angelicam habuit, vultum etiam angelicum haberet». La claridad y el fuego del amor de Dios y la hermosura interior de su alma de la Virgen le arrojaba afuera una luz exte-

[11] *De conceptu Virg.*
[12] *In Luc.* 1, 39.
[13] III *Sent.*, d. 2, q. 1, a. 2 ad 4.
[14] III *Sent.*, d. 3, q. 2.

rior y un divino resplandor, que le hacía el rostro de ángel, ansí como era angelical su pureza.

Declarando Dionisio Cartujano [15] aquellas palabras del libro de los Cantares: *Sicut lilium inter spinas,* dice que se han de entender de la Virgen, nuestra Señora, que fué lilio entre las espinas, porque las demás mujeres hermosas con su hermosura punzan y lastiman a los que las miran; pero la Virgen nuestra Señora, como suave azucena, a todos los recreaba y a nadie le hirió ni le fué perjudicial, antes con su pureza virginal y con su honestidad tan pura les era a todos ejemplo de pureza y santidad.

Tenía la Virgen purísima muy sabida aquella sentencia del Espíritu Santo en el libro de los Proverbios [16] en que a las mujeres hermosas se les da documento que no fíen de la hermosura corporal, porque es falsa, engañosa y vana: *Falax gratia et vana est pulchritudo.* Es el señuelo con que el demonio suele cazar a los hombres y engañarlos y una trampa que les arma para que tropiecen en ella y despeñarlos en el infierno. Sola la hermosura del alma, que consiste en amar y temer a Dios, es la que el cielo estima, la que los ángeles reverencian, la que a Dios le aficiona y la digna de alabanza: *Mulier timens Deum ipsa laudabitur.* Por eso, la Virgen, nuestra Señora, aunque de ambas hermosuras fué dotada, despreció la del cuerpo, sin tener de ella ningún cuidado, antes se cree que con los continuos ayunos, y perpetuas vigilias, y ordinaria contemplación, y con las muchas lágrimas que derramaba suplicando a Dios que perdonase los pecados del mundo, tenía el color quebrado y el rostro macilento; que, como dijo Nacianceno [17], es un tratado que hizo contra el ambicioso ornato de las mujeres. El color pálido es propio de las mujeres santas: «Palidus color sanctis mulieribus congruit». Maceraba la Virgen santísima su cuerpo con obras penitenciales; y ansí, su hermosura, ni a ella le fué engañosa ni a los que la miraban nociva ni perjudicial. Dando en esto ejemplo a las vírgines de que no cuiden de la hermosura exterior y que su cuidado le pongan en amar al celestial Esposo y en agradarle y servirle; porque aunque las mujeres casadas, que han de agradar a sus maridos, les pueden ellos dar en esto más licencia, pero la doncella por casar, según la doctrina del Apóstol [18], sólo en Dios ha de tener puesto su pensamiento y solamente ha de tratar de ser santa en el cuerpo y en el alma: *Mulier innupta et Virgo, cogitat quae*

[15] *In Cant.* 2,2.
[16] Prov. 31, 30 s.
[17] Cf. Barradas, t. I, l. VI, c. 18; Nazian., *Tract. adverssus mulieres ambitiosius se ornantes.*
[18] I Cor. 7, 34.

Domini sunt, quomodo sit sancta corpore et spiritu. Y aunque la Virgen era desposada, como si no lo fuera; en lo que principalmente se ocupaba era en macerar la hermosura del cuerpo y en cultivar la de su alma; porque su santo esposo, como varón tan justo, no se lo estorbaba, antes la ayudaba a toda virtud y santidad. Y ansí, la Virgen, nuestra Señora, aunque le amaba y reverenciaba como a su esposo, en lo que ponía su mayor cuidado era en servir al Esposo de las almas y en serle agradable con la hermosura y santidad del cuerpo y del alma: *Cogitabat quomodo esset sancta corpore et spiritu.*

Este ha de ser el arancel de las doncellas cristianas: en sustentar la hermosura del alma han de poner todo su cuidado, a imitación de la Virgen, nuestra Señora, que es el dechado de donde han de deprender y el espejo en que se han de mirar, como en el libro *De Virginibus* lo dice San Ambrosio: «Sit vobis tanquam in imagine, virginitas et vita Beatae Mariae, in qua tanquam in speculo relucet species sanctitatis et forma virtutis». Quien en este divino espejo se mirare y a la luz de él compusiere su rostro, su vida y sus costumbres, no será vana y engañosa su hermosura, como a tantas hijas del siglo les acaece, que a sí mesmas y a los que en ellas acatan les ha sido tan engañosa su hermosura y tan perjudicial, como tan a su costa lo confiesan muchas almas por esta razón condenadas a los tormentos eternos del infierno. Para no venir a parar en tan desastrado fin, ponga la doncella cristiana su principal cuidado y solicitud en agradar al celestial Esposo y en cultivar la hermosura del alma, con que se granjea el gozar con él eternamente de su gloria, a imitación de la Virgen, nuestra Señora, que, descuidando de la hermosura del cuerpo, todo su cuidado le ponía en procurar la de su alma.

Y porque concluya ya este capítulo, reservando para el que se sigue el hablar más largo de la hermosura del alma de la Virgen, nuestra Señora, si, como la experiencia nos enseña, todas las cosas hermosas naturalmente se llevan tras sí los ojos y la afición de todos, habiendo oído lo que los santos dicen de la hermosura y honestidad de la Reina del cielo, nuestra Señora, ¿quién hay que no se le haya aficionado y puesto en ella su devoción? Si, aun cuando estaba en esta vida mortal, al que miraba su hermosura tan modesta y su modestia tan hermosa le reprimía las humanas pasiones y le movía a castos pensamientos, ahora que su hermosura está sobrevestida de la estola de gloria inmortal, en que se aventaja a todos los espíritus bienaventurados, ¿quién no pone en ella los ojos de su alma y los afectos

de su devoción para defenderse de las torpes inclinaciones de su propia sensualidad?

Consejo suele ser de varones espirituales huir el rostro a las mujeres hermosas por no tener ocasión de tropezar en su hermosura. Ansí lo aconseja el Espíritu Santo en el libro del Eclesiástico [19]: *Virginem ne conspicias, ne forte scandaliceris in decore eius.* Y este consejo siguió el santo Job [20], el cual dice de sí en el libro de su historia: *Foedus feci cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de Virgine, quam enim partem haberet in me Deus desuper,* etc.: Un pacto y conveniencia (decía Job) he hecho con mis ojos y sentidos; de que ni mirasen ni pensasen en la doncella hermosa, porque pensamientos deshonestos suelen desterrar a Dios del alma. Ese es sano consejo por huir del peligro; pues es sentencia del Espíritu Santo que el que le ama y, pudiéndolo hacer, no lo evita, perecerá miserablemente en él. Pero el peligro que hay en mirar a las demás doncellas por su poca modestia y mucha desenvoltura cesó en la Virgen, nuestra Señora, aun cuando vivía en esta vida mortal, por su angelical modestia y por su divina honestidad; cuánto más ahora, que está en el cielo, que el pensar y contemplar en su honestidad purísima y el implorar su auxilio y favor ha de ser el reparo contra los destemplados fuegos que la codicia carnal, soplada por el demonio, suele levantar en nuestros cuerpos, con que se abuchornan y abrasan los renuevos y santos deseos que las plantas de las virtudes habían echado en nuestras almas; y ansí, para no perecer a manos de enemigos tan crueles, el remedio ha de ser, las rodillas por el suelo, invocar el favor del cielo por la intercesión de esta Virgen soberana, diciéndole con la Iglesia: *Virgo singularis, inter omnes mitis nos culpis solutos, mites fac et castos:* Virgen santísima y entre todas las virgines singular en honestidad, pureza y mansedumbre; hacednos por vuestra intercesión imitadores de vuestras virtudes, mansos, castos y humildes.—Y confiemos que por sus ruegos nos concederá Dios lo que le pedimos y que la Virgen no despreciará nuestras plegarias; porque, como tan aficionada a la virtud de la castidad, ama en sus siervos y devotos los castos deseos y ampara a los que los tienen, para que con su favor los efectúen; y los defiende de todo peligro, dándoles gloriosas victorias en esta vida contra sus enemigos, y en el Cielo, aventajadas coronas por haberlos vencido.

---

19 Eccli. 9, 5.
20 Iob 31, 1.

CAPITULO IX

EN QUE SE PROSIGUE LA MATERIA DEL CAPÍTULO PRECEDENTE, Y SE DECLARA LA GRANDEZA DE LA HERMOSURA DEL ALMA QUE LA VIRGEN TUVO

Cuando el divino Esposo puso los ojos en la hermosura de su Esposa y, admirado de su admirable belleza, rompió en sus balanzas, llamándola dos veces *hermosa*, para significar la hermosura de su alma y de su cuerpo, como lo vimos en el capítulo pasado, consecutivamente comenzó a alabarle, discurriendo por menudo por las partes y miembros de su cuerpo; y, comenzando por los ojos, dice: *Oculi tui columbarum, absque eo quod intrinsecus latet* [1]: Tus ojos son de paloma sencilla, sin doblez ni engaño; no de raposa fraudulenta y engañosa, que, mirando a una parte, guía los pasos hacia otra; no de lobo carnicero ni de cruel león, que miran la presa con rabia para embestir en ella y cebarse en su sangre y despedazar y engullir sus carnes. *Tus ojos son de paloma*, que no los levanta de su consorte y compañero si no es para mirar al cielo; en lo cual alaba el Esposo la rectitud de la intención de su Esposa, que, sin apartarla, la tiene siempre puesta en Dios: *Oculi tui columbarum;* y tras estas palabras, le dice: *absque eo quod intrinsecus latet;* y en el mismo libro de los Cantares repite el Esposo otras veces esta mesma sentencia; y como sobre estas palabras dice Titelman [2], las dijo el Esposo para exagerar más las buenas prendas de su Esposa, como si dijera: Esto digo del buen exterior de su cuerpo, fuera de las virtudes del alma, de que agora no trato, porque las gracias y virtudes del alma de la Esposa, sus pensamientos castos y sus devotos afectos, de que, como de preciosísimas virtudes, su alma está adornada, son cortos los humanos encarecimientos para representarlas.

El real profeta David en un salmo encareció este mismo pensamiento hablando de la hermosura de la Iglesia: *Omnis gloria filiae regis ab intus, in fimbriis aureis circundata varietate* [3]. Toda la gloria y hermosura de esta celestial Princesa consiste en lo interior de su alma; no es como

---

[1] Cant. 1. 14.
[2] *In Cant.*
[3] Ps. 44, 14.

las hijas del siglo, que todo su cuidado ponen en la hermosura corporal, olvidadas de la del alma. Ni como los hipócritas, que ponen su gloria en las apariencias exteriores, como lo dió a entender el Salvador con estas palabras: *Omnia opera sua faciunt ut videantur ab hominibus* [4]: ponen su cuidado en lo exterior, teniendo las almas llenas de abominaciones, de culpas y de pecados y no cuidando de ellas. La principal gloria de la Iglesia, en lo interior de las almas está puesta, como San Pablo lo dijo: *Gloria nostra haec est, testimonium conscientiae nostrae* [5]. Con la variedad de las virtudes de las almas está la Iglesia más hermosa que las reinas y princesas con sus adornos exteriores de sus bordados y recamados con que se suelen ataviar. Toda esta doctrina, que en sentido literal se entiende de la Iglesia, en el sentido místico se ha de entender de la Virgen, nuestra Señora, cuya gloria principalmente estaba colocada en lo interior de su Corazón, como quien tan bien sabía que ésta era más agradable al celestial Esposo. Y ya que de la del cuerpo he tratado en el capítulo precedente, en este trataré de la hermosura de su alma.

La hermosura del alma, según doctrina de San Agustín [6], consiste en la caridad y amor de Dios: «Anima nostra, amando Deum pulchra efficitur, et quantum crescit amor, crescit pulchritudo»: «Amando a Dios se hermosea el alma, y cuanto cresce el amor de Dios en ella, tanto cresce su hermosura». Y San Gregorio Nacianceno [7] dice que la hermosura del alma consiste en conservar la imagen de Dios, y si se ha manchado con culpas, en poner toda diligencia en purificarla de ellas: «Animae pulchritudo in divina imagine sive tuenda sive pro viribus repurganda, posita est». A la cual sentencia podemos arrimar otra de San Bernardo [8], con que se confirma, el cual dice: «Certi sunt sancti, non esse posse quidquam Deo accepius, imagine sua, si proprio fuerit doceri restituta»: Certificados están los santos, dice este Doctor, que ninguna cosa le es más acepta a Dios que su imagen, si estuviere restituída a su primera hermosura y limpia de las manchas de las culpas, que la deslustran y la privan de la belleza con que salió de las manos de su hacedor. Y aunque sin lumbre de fe, guiado solamente de la razón, lo mesmo acertó a decir Plotino [9], discípulo de Platón, aprobando el parecer de los que dicen que lo bueno y hermoso del

[4] Matth. 6, 5.
[5] II Cor. 1, 12.
[6] *In epist. Ioan.*, tract. 9.
[7] Orat. 19.
[8] *In Cant.*, serm. 25.
[9] *Ennea.*, l. VI, c. 6.

alma consiste en la semejanza con Dios: «Recte dicitur bonum pulchrum, quae animae in eo consistere, ut Deo sit similis»; de manera que entonces el alma estará hermosa, cuando fuere semejante a Dios; y entonces más hermosa cuanto más se asemejare con él mediante los divinos colores de las virtudes, y especialmente de la gracia y caridad, como dijo San Agustín: «Amando Deum, pulchra efficitur». Porque como no basta para la hermosura corporal lavar la cara, si los ojos, narices, boca, si las demás partes del rostro no tienen debida proporción, así también, para la belleza y hermosura espiritual, no basta purificar la conciencia y lavarla de las manchas de las culpas, si le falta la caridad. Porque si fuera posible que el alma careciera de todos los vicios, sin que se le infundiera la gracia, como algunos teólogos [10] afirman serle posible a Dios, no fuera el alma hermosa en los ojos de su divina Majestad; la gracia y la caridad hermosean el alma y la hacen semejante a Dios, que es amor. *Deus charitas est* [11]; y mientras esta hermosura le falta, aunque esté adornada de las demás virtudes, no la reputará el cielo por hermosa. Esta divina teología nos enseñó San Pablo: *Si habuero fidem, ita ut montes transfferam, charitatem autem non habuero, nichil sum; si distribuero in cibos pauperum omnes facultates meas, si tradidero corpus meum ita ut ardeat, charitatem autem non habuerim, nihil mihi prodest* [12]: Si tuviere tanta fe que baste a pasar los montes de una a otra parte, si fuera tan liberal con los pobres que distribuya entre ellos toda mi hacienda, y si fuere tan penitente que no sólo macere mi cuerpo, sino que me entre en los hornos de fuego por no negar la fc, todo es nada y ninguna cosa me aprovechará si me falta la caridad. Muerta llamó Santiago a la fe sin obras: y como el cuerpo sin alma no tiene hermosura, sino deformidad que asombra al que la mira, aunque tenga todas las partes en debida proporción, así el alma, aunque tenga las virtudes morales y de las teologales tenga esperanza y fe, si le falta la caridad, está disforme y fea: *Si charitatem non habuero, nichil sum;* la caridad hermosea el alma y le da vida y a las obras las hace merecedoras de la gloria. «Sicut animus (dice San Agustín [13]) facit decus in corpore, ita Deus in animo»: Como el alma es la vida y la hermosura del cuerpo, así Dios es la vida y hermosura del alma: y cierta cosa es que Dios no está en el alma mientras ella no estuvie-

[10] Scotus, II *Sent.*, d. 18, et IV *Sent.*, d. 14, q. 2.
[11] I Ioan. 4, 16.
[12] I Cor. 13, 2.
[13] *In Ioan.*, tract. 35.

re en caridad: *Qui manet in charitate in Deo manet et Deus in eo* [14]. El buen color del cuerpo y el blanco y colorado y buena tez del rostro, la naturaleza le pone en la cara, pero lo blanco de la gracia y el rojo de la caridad, que hermosea interiormente el alma, no es obra de la naturaleza, sino que el Espíritu Santo lo infunde en el corazón, como, escribiendo a los de Roma, lo dijo San Pablo: *Charitas Dei diffussa est in cordibus nostris, per Spiritum Sanctum qui datus est nobis* [15]: La caridad de Dios se ha infundido y derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que Dios nos ha dado.

San Dionisio Aereopagita [16], en el libro que escribió *De los nombres de Dios,* consideró que la hermosura de las criaturas es una participación de los rayos de la hermosura de Dios, que es la fuente de donde mana y se deriva todo lo hermoso. Naturalmente da Dios a las cosas una hermosura, con que cada cual, en su género, está perfecta y hermosa. Pero porque esta hermosura no basta para las almas, les comunica Dios otra hermosura espiritual mucho más excelente que la del cuerpo, con que las hermosea y las hace aceptas a sí, comunicándoles los rayos de su divina luz mediante su gracia y caridad.

Y hablando en particular de la Virgen, Madre de Dios, a quien todo lo dicho va enderezado, su hermosura y belleza espiritual, sobre toda pura criatura, no solamente se causa por los rayos de la divina luz de que participa, sino porque el mesmo sol de justicia, que es la luz de las almas, la embistió y se derramó en ella, dejándola tan hermosa y bella, que es asombro de todos los espíritus bienaventurados. En esta figura se le mostró a San Joán: *Mulier amicta sole* [17]. No era ella el sol de justicia, pero estaba tan empapada y revestida de él, que parecía el sol; y para que no se pensase que era él fué menester que declarase San Joán que era mujer, aunque rodeada y cubierta del sol: *Mulier amicta sole.* Jeremías encareció en el libro de sus divinos oráculos aquella novedad nunca vista en la tierra: que una mujer había de cercar en su vientre a un varón: *Mulier circundabit virum* [18]. Lo cual se cumplió en la Madre de Dios, nuestra Señora. La grandeza de este misterio consiste en que esta mujer era doncella y en su vientre virginal engendró un niño que, siendo niño, era varón tan perfecto y de juicio tan cumplido, que con su providencia se gobierna todo el universo; porque este niño que

[14] I Ioan. 4, 16.
[15] Rom. 5, 5.
[16] *De divin nomin.*, c. 4.
[17] Apoc. 12, 1.
[18] Ier. 31, 22.

en tiempo se había hecho niño, *ab aeterno* era Dios, igual con su Padre y en quien su Padre tenía depositados los tesoros de su ciencia y sabiduría. Pues así como corporalmente rodeó la sacratísima Virgen en su vientre a este divino niño, así quiso él, como verdadero sol de justicia que con la luz de su divina gracia alumbra a los justos y los hermosea, quiso cercar y rodear a su bendita Madre de tal manera, que aunque no era el sol, estaba tan embebida en él, que, si la lumbre de fe no nos descubriera que no era el sol, los ojos que la miraran la pudieran tener por él. Como lo dijo San Dionisio cuando vino a ver a la Virgen, que, asombrado de su hermosura rara y del divino resplandor que del rostro le salía, dijo: —Si no tuviera fe de que el Hijo de nuestra Señora es Dios, pensara que ella lo era.

Cuando una nube se le pone delante al sol, de tal manera embiste en ella con los rayos de su clara luz, que la deja hermosa, resplandeciente y adornada de unos arreboles dorados que admiran y deleitan a quien la mira. Rodeó la Virgen en su vientre a Cristo, sol de justicia y fuente de toda la espiritual hermosura, y ansí la dejó vestida de los rayos y resplandores de su gracia en tan grande abundancia, que con su hermosura tiene asombradas ambas Iglesias: la militante, de la tierra, y la triunfante, del cielo. Los ángeles dicen con admiración y asombro: *Quae est ista, quae progreditur quasi aurora, consurgens pulchra ut luna, electa ut sol? ¿Quién es ésta, cuya rara hermosura se asemeja a la de la mañana y es hermosa como la luna y escogida como el sol?* [19]. Este mismo estilo guardan los Doctores de nuestra Iglesia, que, admirados de la hermosura del alma de esta Virgen soberana y dichosa Madre de Dios, no cesan de encarecerla en los libros con que ilustraron la Iglesia. San Efrén, siro [20], la llama «Reina de todos, más sublime que los moradores del cielo, más pura que los rayos y resplandores del sol, más venerable que los querubines, más santa que los serafines y, sin comparación, más gloriosa que todos los ejércitos de los bienaventurados». Y el cardenal Pedro Damiano [21] dice que como en la presencia del sol la luna y las estrellas desaparecen y pierden su luz y resplandor, así la Virgen, nuestra Señora, prevalece con su luz de tal suerte que, en su comparación, la de los espíritus beatíficos ni pueden ni deben descubrirse. Sofronio, que se cree ser el autor del *Sermón de la Asunción de nuestra Señora,* que otros atribuyen a San Jerónimo y anda en el tomo nono de sus obras, dice

---

[19] Cant. 6, 9
[20] *Orat. de laud. Virg.*
[21] *Serm. de nativit. Virg.*

que como, en comparación de Dios, ninguno es bueno, ansí, en comparación de la Madre de Dios, ninguna santa es perfecta, aunque esté adornada de excelentes virtudes. Y San Damasceno [22] dice que de la Madre de Dios a los siervos del mismo Dios hay una distancia infinita, y llámala infinita por ser tan grande, que no se puede encarecer ni hay entendimiento criado que la pueda comprehender; porque, aunque es inferior a Dios, es superior de todo lo que no es Dios. Lo mismo dice San Epifanio [23] hablando con la sacratísima Virgen, nuestra Señora: «Solo Deo excepto, cunctis superior existis». Superior la llamó de todo lo que no es Dios. Y Andreas Cretense [24], arzobispo jerosomelitano, hablando con la Madre de Dios, le dice: «Virgo omnis humanae naturae Regina, quae habet non comparabilem cum aliis appellationem, quae excepto Deo solo, es omnibus altior»; ¡Oh Virgen, Reina de toda la naturaleza humana, con cuyo nombre nadie se puede comparar, porque después de Dios tienes el más alto lugar!—La misma sentencia dijo San Anselmo [25] con unas elegantes palabras dignas de no ser olvidadas de los devotos de la sacratísima Virgen, nuestra Señora: «Nichil tibi, Domina, est aequale, nichil comparabile; omne enim quod est, aut supra te est, aut infra te est; quod supra te est, Deus est; quod infra te est, omne quod Deus non est»: Hízoos Dios en todo tan singular (dice este santo Doctor, enderezando sus razones a la Virgen santísima), que ni en el cielo, ni en la tierra tenéis igual ni semejante; todas las cosas que son, o son superiores o inferiores a vos, porque igual no le tenéis; por superior tenéis solamente a Dios, y por inferior, a todo lo que no es Dios.—Y aquel sabio Idiota, tan humilde como sabio, pues por su humildad encubrió sus muchas letras con el humilde nombre de *Idiota*, en un tratado que intitula *Contemplatio de Beata Maria* [26], dice la misma sentencia hablando con nuestra Señora: «Quodcumque donum alicui sanctorum unquam datum fuit, tibi non fuit negatum, sed omnium sanctorum privilegia omnia habes in te congesta, nemo aequalis est tibi, nemo maior te, nisi Deus»: «Cualquier don que Dios ha concedido a los santos, a ti no se te ha negado, sino que todos los privilegios de que ellos gozan se hallarán juntos en ti; ninguno se iguala contigo ni ninguno es mayor que tú sino sólo Dios».

Con estos sus dichos encarecidos descubren los santos

[22] *De dormitione Virg.*, orat. 1.
[23] *Orat. de laud. Virg.*
[24] *Orat. de asumpt. Virg.*
[25] *De conceptu Virg.*
[26] Cap. 2.

como mejor pueden lo que sienten de la pureza y espiritual hermosura de la Virgen, Madre de Dios, confesando con humildad que quedan cortos en decir, porque excede la belleza de su alma a todo humano encarecimiento; sólo Dios, que se la dió, la podrá encarecer dignamente.

De aquí vinieron a decir algunos Doctores [27] que fué tan copiosa la gracia que la Virgen tuvo, que no solamente excede en ella a cualquiera de los hombres y de los ángeles, sino que es mayor que toda junta, la que entre todos está repartida; y podemos ayudar esta opinión con los dichos de los santos arriba referidos, que llaman a nuestra Señora *superior de todo lo que no es Dios;* lo cual no pudieran decir si no tuviera más gracia que todos los demás juntos. Este pensamiento le podemos esforzar con unas palabras de San Bernardo [28] en un sermón, donde afirma que la gloria de la Virgen es mayor que la de todos los hombres y los ángeles toda junta. Y esto mismo ha de confesar de la gracia y de las obras meritorias que mediante ella hacen los justos en esta vida.

De manera que la mayor gloria es argumento de más copiosa gracia y de más aventajadas obras hechas en ella. Y ansí, de quien se confiesa que tiene mayor gloria que todos los ángeles y todos los hombres juntamente, se debe también sentir que su gracia fué mayor que la de todos juntos. Y eso parece que dió a entender San Gabriel saludando a la Virgen, llamándola por antonomasia *la llena de gracia: Ave, gratia plena.* Sobre las cuales palabras dice el seráfico Doctor, San Buenaventura [29], en el libro que intituló *Espejo de la Virgen,* que la gracia de que fué llena la Virgen fué inmensa, por ser tan grande, que excede toda medida; y da la razón, diciendo: porque un vaso que es inmenso no puede estar lleno si no fuere inmenso aquello de que está lleno; y la Virgen María, nuestra Señora, fué un vaso inmenso, pues recibió dentro de sí a quien es mayor que el cielo. Y ansí, dice este santo Doctor, hablando con la Virgen: «Inmensísima María, más capaz, más capaz sois que el cielo, pues de vos canta la Iglesia *quem caeli capere non poterant, tuo gremio contulisti:* trujistes en vuestro vientre a quien el cielo no puede comprehender. Más capaz sois que la tierra, pues *quem totus non capit orbis, in tua se clausit viscera, factus homo:* el que no cabe en toda la redondez de la tierra, hecho hombre, se encerró en vuestras entrañas. Pues si la sacratísima Virgen fué tan capaz en el vientre, ¿cuánto más capaz será en

[27] Cf. SUÁREZ, *Super III p. D. Thom.*, q. 31, d. 18, sect. 4.
[28] Serm. 61, a. 3.
[29] Cap. 5.

su mente? Mayor es la capacidad de su alma que la del cuerpo, y si esta capacidad tan inmensa fué llena de gracia, no podría dejar de ser inmensa la gracia de que fué llena. ¿Quién podrá medir, dice este santo, la gracia de la Virgen? Y pareciéndole que excede toda medida, no cesa de echar superlativos con que significar la inmensidad de la gracia de nuestra Señora, diciendo que su gracia fué «verdaderísima, inmensísima, llenísima y utilísima»; en que descubre como mejor puede lo qúe por ser tan inmenso no se puede debidamente encarecer. Ansí lo significó también el glorioso Padre San Anselmo en el libro que intituló *De la excelencia de la Virgen* [30], diciendo: «Immensitatem gratiae, et gloriae, et felicitates tuae considerare cupienti, o Virgo, sensus defficit, et lingua fatiscit, tu caelum immensa miserationum tuarum, et gratiarum luce perlustras»: El que deseare contemplar, Virgen santísima, la inmensidad de vuestra gracia y de vuestra gloria, faltarle han sentidos con que comprehenderlas y palabras con que explicarlas.

Y ayuda mucho a este pensamiento lo que dice Dionisio Cartujano [31] en el *Libro de las alabanzas de la Virgen*, declarando aquellas palabras de San Anselmo: «Decuit Virginem ea puritate nitere, que maior sub Deo nequit intelligi»: Convino que la Virgen tuviese tanta pureza, que de Dios abajo no se pudiese imaginar otra mayor. Sobre estas palabras, dice Dionisio: «Sanctitate Virginis, maior esse non potest, non quia Deus absoluta sua potentia, ne dum Virgini, sed aliis quodque praestare possit sed ne utique fiet. Sanctitate ergo Mariae maior sub creata filii tui sanctitate intelligi, esse nequit»: No puede haber, dice este Doctor, mayor santidad que la de la Virgen; no porque Dios, usando de su absoluto poder, no se la pueda dar mayor a ella y a los demás; pero no convino que se hiciese ni se hará; de donde se sigue que no puede entenderse, ni ser mayor santidad, que la de la Virgen después de la de su Hijo. Hasta aquí son palabras de Dionisio.

De todo lo cual se colige que la santidad de nuestra Señora y la hermosura del alma, después de la de su Hijo, es tan grande, que no se puede imaginar mayor; y cuando toda la santidad de los ángeles y de los hombres se pusiera en una balanza y la de la sacratísima Virgen en otra, la de nuestra Señora pesara más. Y así, no es mucho que, pensando en ella los ángeles, se pasmen, y se embelesen, y rompan en palabras de admiración, y que, después que

[30] Cap. 8.
[31] Cap. 24.

los santos han dicho de ella cuanto alcanzan, digan con humildad que les faltan palabras para encarecerla dignamente; y ¿qué mucho que en las criaturas haya hecho este efecto la hermosura de esta Virgen soberana, pues, vencido de su belleza, bajó el mismo Dios que se la dió a ser hombre en sus entrañas? Hermosura fué tal, que al mesmo Dios le mató de amores: *Concupivit Rex speciem tuam*, dijo David en un salmo [32]; y como, amartelado de de su afición, le pide en el libro de los Cantares que le muestre la cara y le hable con caricia, porque para él su lenguaje es agradable, y su cara, muy hermosa: *Ostende mihi faciem tuam et sonet vox tua in auribus meis, quia eloquium tuum dulce et facies tua decora nimis* [33].

Tal es la hermosura de la sacratísima Virgen, nuestra Señora, que Dios se deleita en ella y tiene singular complacencia en haberla hecho tan hermosa, como el pintor que se deleita en la perfecta imagen que ha obrado. Y tal, que los bienaventurados, después de la divina esencia, con cuya vista esencialmente se beatifican, y de la humanidad de Cristo, que hipostáticamente está unida a la persona del Verbo, y como más conjunta con Dios es la que más participa de su gloria, en la vista de la cual dijeron San Cipriano y San Agustín [34] que los cuerpos de los bienaventurados se beatifican; después de esto, la mayor gloria accidental que los santos tienen en el cielo es gozar de la hermosura de la Virgen, nuestra Señora; lo cual declaró San Anselmo, arriba alegado, diciendo que ilustra el cielo con la inmensidad de la luz de su gracia y de su gloria, y en los que son verdaderamente devotos de esta Reina celestial, desde acá han de comenzar estos deseos de gozar en el cielo de la hermosura singular de esta Virgen soberana, pues después de la vista de Dios y de la humanidad de su Hijo es con quien tendrán más gloria en el cielo.

Joán Herolio [35], referido por el autor del libro que se intitula *Speculum exemplorum, Verbo, Maria Virgo*, cuenta que fué tan fervoroso el deseo de un clérigo devoto y capellán de esta Reina soberana de gozar de su hermosura y singular belleza, que, aun viviendo en carne mortal, se le cumplió su deseo, porque, como otro Moisén, que con instancia le pidió a Dios que le mostrase su cara, y como el Esposo, que a la Esposa le hizo la misma petición, ansí este devoto santo con fervorosa oración le suplicaba a

---

[32] Ps. 44, 12.
[33] Cant. 2, 14.
[34] CIPRIÁN., *Serm. de nativit. Christi;* AUGUST., *De Spiritu et anima*, c. 4.
[35] Exempl. 33.

nuestra Señora que le descubriese su rostro y que le diese este consuelo de manifestarle su hermosura, para que con esto se alentase a más servirla, y no cesaba de suplicarle que le concediese esta gracia en todas sus oraciones y sacrificios. Al fin, la Madre de misericordia quiso hacérsela a este su devoto; y le envió un ángel que le dijese que para tal hora se dispusiese para recibir este favor. Pero que le advertía de un inconveniente: que ojos que hubiesen gozado de su hermosura no convenía que mirasen cosa de la tierra de allí adelante. El devoto sacerdote respondió que como él mereciese ver a la Virgen, nuestra Señora, no se le daría nada de quedar ciego después de haberla visto; y con esto desapareció el ángel. Y pensando después este sacerdote en la respuesta que había dado, consideraba que, si del todo quedaba ciego, que le sería forzoso para pasar su vida mendigar; y ofreciósele un medio, que fué mirar a la Virgen con el un ojo, reservando el otro. Llegada la hora concertada, la Virgen santísima se le apareció tan hermosa y llena de gloria, que dejó a aquel su devoto sumamente consolado y alegre con su vista; y para gozar más cumplidamente de tanto bien, se resolvió de mirarla con ambos ojos, aunque hubiese de quedar del todo ciego en adelante; pero en este punto desapareció la visión, dejándole ciego el ojo con que la había visto. No cesaba este devoto sacerdote de llorar y de reprehenderse por no haber mirado a la Virgen con ambos ojos, condenando el acuerdo que había tomado de reservar el uno, y con amargo sentimiento decía: —Pluguiera a Dios que todo yo fuera ojos, para que con todos la mirara, y suplicando a la sacratísima Virgen, nuestra Señora, con grande instancia que se sirviese de que la viese otra vez, que de buena gana perdería el ojo que le había quedado por gozar de aquel consuelo. La piadosísima Señora se dignó de aparecerle segunda vez, correspondiendo a su devoción, y dejándole con su vista grandemente consolado; y usando con él de su acostumbrada clemencia, no sólo le conservó el ojo que le había quedado sano, sino que le restituyó la luz que en el primero había perdido. Tal es la misericordia y magnificencia de que esta Reina soberana sabe usar con los que la aman con casto y fervoroso amor, que los consuela concediéndoles las mercedes y favores que le piden y se las dobla dándoles lo que no le piden. Y no es mucho que este devoto sacerdote, capellán de la Virgen, con su vista quedase tan consolado y que por gozar de ella se aventurase a perder la vista corporal, siendo su hermosura tan aventajada, que, como dejamos dicho, el Rey del cielo se complace y se deleita en ella: *Concupivit*

Rex speciem tuam, y los espíritus beatíficos se admiran de contemplarla: *Quae est ista quae progreditur,* etc.; porque ilustra todo el cielo con la inmensidad de su gloria, como lo dijo San Anselmo; y los demás Doctores santos, después que se han alargado cuanto han sabido en encarecerla, confiesan su indignidad para alabarla dignamente; con que me disculpan de la cortedad que yo he tenido en manifestarla en estos dos capítulos en que he tratado de ella.

CAPITULO X

De la devoción que se ha de tener con el santísimo nombre de María y de la reverencia con que le han de nombrar sus esclavos y devotos en los rosarios y coronas que le ofrecen a nuestra Señora

Es el nombre imagen de la cosa que con él se nombra, y significa y sustituye por ella en nuestro entendimiento, en la boca y en la escritura; y como para hacer una imagen o retrato de una persona, es necesario tener conocimiento de ella; y quien no la conoce, no la puede retratar al vivo y al natural. Ansí para poner a las cosas convenientes nombres; que como sus imágenes y retratos convenientemente nos las representen, es menester tener conocimiento de ellas.

En el Génesis [1] se dice que trujo Dios todas las cosas que había criado ante Adán para que les pusiese nombres; y para que esto hiciese, le leyó primero una lección de filosofía natural, en que le enseñó la ciencia y conocimiento de las naturalezas de todas; que, como San Agustín dice, le crió Dios sapientísimo, y en el conocimiento de las cosas naturales se aventajó a todos los mortales. Y ansí les puso nombres tan conformes a su ser, que dice Moisén: *Omne quod vocavit Adam, ipsum est nomen eius.* Como si dijera: tan sabiamente les impuso nombres y tan cortados a su talle y conformes con su naturaleza, que el nombre que Adán les puso, ése era el que a cada cosa le convenía. No fueran los nombres propios de las cosas puestos con propiedad si no fueran conformes a su naturaleza. Porque, como Platón [2] dijo, «nomina debent esse consona rebus». Consonancia ha de haber para que los nombres ten-

[1] Gen. 2, 19.
[2] *In Sophista* et *Cratilo.*

gan propiedad con las cosas que con ellos se significan. Pues si los nombres instituídos por los hombres sabiamente, para que sean conformes con las cosas que significan, es necesario tener conocimiento de ellas y saber su naturaleza y propiedades, supuesto que las excelencias de la Virgen, nuestra Señora, son tantas y tales que no basta entendimiento criado para poderlas comprehender ni lengua humana ni angélica para poderlas explicar, como lo vimos en el capítulo primero, donde traté de las excelencias de la Virgen, ninguna criatura le pudiera poner nombre con propiedad. Y supuesto que, como allí dijimos de sentencia de Andrea Cretense, sólo Dios, que puede conocer los dones y gracias de que la Virgen goza, puede alabarla dignamente: *Quam Dei tantum est laudare pro dignitate*, de ahí es que sólo Dios le pudo poner nombre a su Madre, porque él solo conoce por entero sus propiedades y virtudes, en que excede a toda pura criatura; y, fundados sobre este fundamento, dijeron San Ambrosio, San Bernardo y San Anselmo y otros [3] que el nombre santísimo de MARÍA fué instituído por Dios y por su orden anunciado por su ángel. Lo cual, fuera de que estos santos lo afirman y la razón de arriba lo persuade, se puede confirmar con lo que dice San Basilio: El que pusiese en la Virgen todo lo ilustre y glorioso que se puede imaginar y cuanto entre los demás santos tiene repartido, no tiene peligro de errar. Pues si el nombre de Isach y el de San Joán [4] los instituyó Dios y los anunció su ángel, ¿por qué no habemos de creer que de esa misma gracia hizo participante a su Madre? El nombre santísimo de MARÍA Dios le instituyó y su ángel le reveló al mundo por orden del mesmo Dios. Y piadosamente creo que, como el nombre santísimo de JESÚS goza de esta excelencia, que os *Domini nominavit*, como lo dice Isaías [5] en el libro de sus divinos oráculos, que Dios le instituyó y fué el primero que le nombró por su boca, así también el nombre santísimo de MARÍA él se le impuso a su Madre y por su boca le nombró. Algunos preguntan por qué Dios a las congregaciones de las aguas no las llamó *mar*, en singular, sino *mares*, en el número plural. *Congregationes aquarum appellavit maria* [6]; y responden que como eran congregaciones de muchas aguas, las llamó *mares* y no *mar*. Pero no para bastente esta respuesta; porque, aunque en un río se congreguen aguas de

---

[3] AMBROS., *Serm. de nativ. Virg.*; ANSELM., *De conceptu Virg.*, c. 2; BASIL., *Orat. de assumpt.*
[4] Gen. 17, 19; Luc. 1, 63.
[5] Is. 63, 2.
[6] Gen. 1, 10.

diferentes fuentes, con todo eso, no se llama *ríos*, sino *río*, en singular; y esa mesma razón será de la *mar*. Mayor sacramento halló en esto un autor moderno devoto de la Virgen, el cual dice que amaba Dios tanto el nombre de MARÍA, en cuyas entrañas había de encarnar, cuya idea *ab aeterno* tenía en su mente divina, que pequeña ocasión bastó para nombrarle, porque su boca fuese la primera que pronunció este santo nombre; que MARÍA, que es el nombre de la Virgen y el del *mar*, dicho en número plural, todo es uno *maria* y MARÍA; sólo en el acento vese diferencia. Y no sin propiedad se llama la Virgen con nombre del *mar*, porque si el mar es congregación de aguas, y por eso se llama *mar*, la Virgen es congregación de virtudes y de dones del cielo. Y como por ser muchos los ríos que entran en el mar se llama con ese nombre, *apellavit maria*, ansí, por ser tales las corrientes de virtudes de dones y privilegios que en la Virgen se juntaron, se llamó MARÍA, nombre en que se suman las gracias sin suma que en la Virgen están abreviadas.

Del nombre santísimo de JESÚS (del cual dijo San Pablo [7] que es sobre todo nombre) es al que se le debe mayor reverencia. Con adoración de latría enseñaba al pueblo San Bernardino que le había de adorar, y para esto se le mostraba en una tabla en que le traía pintado; y aunque sobre esto tuvo el santo muchas contradiciones, de todas salió victorioso en virtud de este santísimo nombre. Y, supuesto lo que arriba queda dicho, es clara la razón sobre que se fundaba, porque si los *nombres* son imágines de las cosas, al de JESÚS se le debe la reverencia que a lo que con este nombre se significa, que es el Verbo divino hecho carne por nuestro amor. Pues de este santísimo nombre dijo Isaías [8]: *Nomen tuum et memoriale tuum in desiderio animae*. Como si dijera: No hay cosa que así llene los vacíos y deseos de mi ánima como vuestro santísimo nombre; porque es un memorial y una suma de vuestras inefables grandezas, cebadas de las cuales os llevaréis las almas tras vos. Por eso le comparó la Esposa al ólio o bálsamo derramado: *Oleum effussum nomen tuum* [9] que con su fragancia arrebata tras sí los sentidos de cuantos le perciben. A las excelencias del Salvador se les debe el primer lugar, pero tras él se han de graduar las excelencias de su Madre, y otro tanto habemos de decir de su nombre, donde todas están abreviadas: al de JESÚS se le debe la mayor reverencia, pero después de él, al de MARÍA. Estos nom-

[7] Phil. 2, 9.
[8] Is. 26, 8.
[9] Cant. 1, 2.

bres santísimos han de estar escritos en los corazones de los cristianos devotos: JESÚS y MARÍA. A ellos se han de enderezar los deseos de las almas, y a cada uno de ellos se puede decir: *Nomen tuum et memoriale tuum in desiderio animae.* Bien familiarmente andan estos benditísimos nombres en las bocas de los devotos de nuestra Señora en los rosarios y coronas que le rezan; pero no se han de contentar con nombrarlos con la boca, sino con reverenciarlos con el corazón y el alma, *in desiderio animae,* consagrándoles los deseos de servirlos y pidiéndoles gracia para servirlos dignamente. Y callando por ahora las excelencias del Santísimo nombre de JESÚS, y por no ser de mi propósito, es tanta la dulzura y suavidad del sagrado nombre de MARÍA, de quien en particular hablamos en este capítulo, que no cesan los santos Doctores (especialmente los que fueron más devotos de la Virgen) de saborearse en él, diciéndonos de él más dulzuras.

San Buenaventura, en el libro que intituló *Espejo de la Virgen* [10], dice hablando con nuestra Señora: «Tu bene figurata est per illam Ruth de qua legitur, quod sit exemplum virtutis in Efratha et habet celebre nomen in Bethlem, idest in Ecclesia. O celeberrimum nomen MARIA, quomodo potest nomen tuum non esse celebre, quod etiam devote nominari non potest, sine nominantis utilitate». No sin mucha propiedad dice el Seráfico Doctor: Sois figurada en Ruth (Virgen santísima), de la cual se lee que su vida era ejemplo de virtud en Efrata y que su nombre era celebrado en Belén. Porque ansí vos sois ejemplo de toda virtud en la Iglesia y en toda ella es vuestro nombre muy celebrado. ¡Oh celebradísimo nombre de MARÍA!, ¿cómo podrá dejar de ser celebrado, pues aún no se puede nombrar devotamente sin grande utilidad del que le nombra? Esto dice San Buenaventura, y alega al glorioso Padre San Bernardo, que dice: «Oh magna, oh pia, oh multum laudabilis MARIA!; tu nec nominari potest, quin accendas; neque cogitari quidem, quin recrees affectus diligentium te. Tu numquam sine dulcedine divinitus insita piae memoriae portas ingrederis». No puede el divino Bernardo, cuando habla con la Virgen santísima, dejar de dar muestras de la ferviente caridad con que la amaba y de la dulzura con que la nombraba: «¡Oh grande (dice este Doctor), oh piadosa, oh muy loable MARÍA!, no puedes ser nombrada sin inflamar el corazón de quien te nombra, ni se puede pensar en ti sin que recrees los afectos de los que te aman y nunca entrarás por las puertas de la piadosa memoria de

10 Cap. 8

tus devotos sin que los dejes llenos de la divina dulzura que Dios te ha comunicado». Tal es la suavidad que estos santos hallaban en la memoria de la Virgen santísima y en la pronunciación de su santo nombre, que no podían hacer memoria de ella ni nombrar su nombre sin derritirse en su amor. Y podemos confirmar esta doctrina con unas devotísimas palabras de aquel sabio Idiota [11], que, por su profunda humildad, se llamó con este nombre en sus escritos (el Idiota), encubriendo el nombre propio, por donde pudiera ser conocido: «Dedit tibi MARIA tota Trinitas nomen, ut in nomine tuo omne genu flectatur. Hoc nomen super omnia sanctorum nomina refficit lassos, sanat languidos, illuminat caecos, penetrat duros, ungit agonistas, iugum diaboli excutit; tantae virtutis est et excellentiae, ut in eo caelum rideat, terra laetetur et angeli congaudeant». Endereza este Doctor sus palabras a la Virgen, nuestra Señora, y dícele: «Toda la Trinidad te dió el nombre de MARÍA para que todos le respeten y se arrodillen a él. Este nombre sobre todos los nombres de los santos tiene virtud de dar alivio a los cansados, sanar a los enfermos, alumbrar a los ciegos, penetrar los corazones más empedernidos, de recrear a los que están congojados y de sacudir el yugo del demonio. Al fin es de tanta virtud y excelencia, que para el cielo es risa; para los hombres, consuelo, y para los ángeles, alegría.

Bien nos enseñan los santos con sus dichos encarecidos a respetar el nombre santísimo de MARÍA y a conocer las grandes virtudes de él, para que pongamos en él nuestra devoción y para que usemos de esta celestial reliquia contra las ilusiones del demonio y para defensa de sus asechanzas y remedio de todas nuestras necesidades del alma y del cuerpo. Pero para que más se conozca su virtud es menester desentrañar este nombre para penetrar las grandezas que en él están abreviadas.

Con particular artificio compuso el Espíritu Santo el sagrado nombre de MARÍA de cinco letras, tomando cada una de ellas de cinco mujeres, las más notables y de más rara santidad de que la Escritura hace mención. La M tomó de Micol, mujer de David, que, en amor y fidelidad de su marido, hizo raya entre las demás. La A tomó de Abigail, cuya conducta y discreción venció la ira de David cuando venía con su gente contra la casa de Nabal, su marido, resuelto de pasar a cuchillo cuantos hallase en ella. La R tomó de Raquel, que fué de singular hermosura y muy celosa de la fe de un solo Dios. Y fué madre de José, a quien Faraón llamó *redentor de Egipto*. La I la tomó de

[11] *De contemplatione Virg.*

Iudit, que, cortando la cabeza a Holofernes y libertando la ciudad de Betulia de la cruda guerra que aguardaba, cobró singular prerrogativa de fortaleza. La A postrera tomó de Abisach, que, habiéndola escogido en toda Israel para que ministrase al rey David y durmiese con él cuando era viejo para darle calor, siempre se conservó en pureza y limpieza; de estas cinco letras se compuso el santísimo nombre de MARÍA; y según su nombre, ansí fueron las alabanzas de sus virtudes en todo el mundo: *Secundum nomen tuum sic et laus tua in finis terrae* [12]. Porque tuvo la Virgen la lealtad de Micol, la pureza y discreción de Abigail, la hermosura y fervorosa fe de Raquel, la fortaleza de Iudit y la pureza de Abisach, tuvo las virtudes de todas en grado más heroico que ninguna las alcanzó. Porque como San Jerónimo dijo escribiendo a Eustoquio: «Caeteris virginibus praestatur gratia per partes, Mariae vero tota se infudit plenitudo gratiae»: A los demás les dieron las gracias y virtudes en parte, por tasa y por medida, a la Virgen se la dieron a colmo sin medida y por entero: «Tota se infudit», etc.

De Ceuxis, famoso pintor, se cuenta que, habiéndole encomendado la ciudad de Agrigento una imagen de Venus, deseando hacerla muy famosa y de manera que de ella resultase gran nombre a su autor, eligió cinco doncellas agrigentinas, las más hermosas de aquella ciudad; y de cada una tomaba lo más perfecto que en ella había: de la una eligió la frente; de la otra, los ojos; de la otra, la nariz bien proporcionada, etc.; de esta manera vino a hacer una imagen perfectísima, que en aquella hora fué su asombro del mundo. Si esto hizo un pintor prudente con deseo de sacar una imagen perfecta y bien acabada en su arte, ¿cuánto más debemos pensar esto de la sabiduría infinita de Dios, que, habiendo de hacer una imagen de sí mesmo sumamente perfecta y la más bien acabada que viese entre todas las puras criaturas, que tomaría lo mejor de lo bueno que entre todas está repartido, y que todo lo puso en esta imagen que es asombro de los ángeles y los hombres? Y especialmente escogió para esto estas cinco mujeres tan notables y de tan rara santidad, de quien se tomaron las cinco letras de este santísimo nombre de MARÍA, y en ella puso las virtudes de todas con muchas ventajas de como ellas las poseyeron. Porque a ellas se las dieron por tasa y por menudo; a la Virgen, por mayor, sin que se le negase nada: «Tota se infudit plenitudo gratiae». De donde vino el glorioso arcángel San Gabriel a

---

[12] Ps. 47, 11.

saludarla, diciendo [13]: *Ave, gratia plena.* Y por tener plenitud de gracia, no sólo la comparó San Bernardo [14] con las cinco mujeres arriba referidas, sino con todas las gracias que entre los ángeles y hombres están repartidas; porque dice que en la Virgen se halla la fe de los patriarcas, la esperanza de los profetas, el celo de los apóstoles, la constancia de los mártires, la templanza de los confesores, la santidad de las vírgines y la pureza de los ángeles. No le faltó virtud de cuantas los santos participaron, antes estuvieron todas en la Virgen con mayor plenitud de perfición que en todos los demás, porque es esta Reina del cielo el aparador en que hace Dios ostentación de su grandeza y en que se muestran las vajillas de todos sus dones de naturaleza, de gracia y de gloria; y todas estas grandezas están cifradas en el nombre santísimo de MARÍA.

Denótanse también en estas cinco letras de este santísimo nombre de MARÍA cinco epítetos o prerrogativas que la Virgen tiene, que todas son en favor del patrocinio y amparo que hace a los pecadores. En la M se denota que es *Madre de misericordia,* como se lo canta la Iglesia: *Maria Mater gratiae, Mater misericordiae.* En la A, que es *Abogada nuestra,* como lo decimos en la antífona de la *Salve Regina: Eia ergo advocata nostra.* En la R, que es *Reina del cielo: Ave, Regina caelorum.* En la I, que es *Inventora de la gracia,* que nuestros padres perdieron: *Invenisti gratiam,* etc., le dijo San Gabriel [15]. En la A, que es *Administradora de todos los bienes* que Dios hace al mundo: «Omnia per manus Mariae ad nos transmituntur», dijo San Bernardo. Notables discursos hicieron los Doctores santos sobre este bendito nombre de MARÍA, que es imposible referirlos todos por no alargarme sobradamente en este capítulo ni exceder de la brevedad que tengo prometida en este tratado; concluiré estos discursos con el que hizo sobre estas cinco letras Leonardo de Utino (Serm. *De Nativitate Virginis),* el cual dice que en estas cinco letras están figuradas cinco piedras preciosas de la corona imperial de esta Emperatriz del cielo. En la M se denota la *margarita,* que tiene virtud de confortar el corazón; ansí, el nombre de la Virgen conforta el corazón de los flacos y los esfuerza y pone aliento en el servicio de Dios y les da fuerzas para resistir a cualquier enemigo del alma que haga guerra contra ellos; por eso, la Iglesia le canta a la Virgen: *Sub tuum praesidium,* etc., porque debajo de su amparo estaremos seguros de cualquier tribula-

[13] Luc. 1, 18.
[14] *Homil. super «Missus est».*
[15] Luc. 1. 10.

ción. En la A se denota el *adamante*, que es el diamante, que tiene virtud de conciliar y convenir a los que estás discordes; y figura a la Virgen, que reconcilia a los pecadores con Dios, que estaban desavenidos con él [16]: *Sancta sum coram eo pacem reperiens* (Cant. 8); y como la furia y rigor del varón la suele mitigar su mujer, ansí la indignación de Dios contra los pecadores la mitiga la intercesión de su Madre benditísima. Por la R se denota el *rubí*, que, como sea tanto su resplandor, convenientemente significa el nombre de MARÍA, que, entre otras significaciones, quiere decir *illuminatrix*. De quien canta la Iglesia: *Cuius vita inclita cunctas illustrat Ecclesias*. Por la I se denota el *íaspe*, que a quien le trae consigo le pone fuerte y sin temor en cualquiera adversidad, sin temer daño que le puedan hacer sus enemigos. Ansí, el patrocinio de la Virgen vuelve a sus devotos fuertes, sin temor de las asechanzas del demonio; porque todo el infierno tiembla de la Virgen, porque es para ellos terrible como un ejército bien ordenado [17]: *Terribilis ut castrorum acies ordinata*. No tiembla tanto una ciudad que se ve cercada de un poderoso ejército de enemigos como tiemblan los demonios de la Virgen, nuestra Señora, y de la protección y amparo que hace a los que en ella fían. La postrera A denota el *alectorio*, que es una piedra preciosa que tiene virtud de hacer bien afortunado al que la trae, y es muy propia figura de la Virgen, de quien se dice en el libro del Eclesiástico [18]: *Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt*. Tanta es la dicha y la buena fortuna de los que sirven a esta Señora y se ocupan en sus alabanzas, que pôr su intercesión alcanzarán la vida eterna. O si no, entendamos por la A al *amatiste*, de quien hizo mención San Joán en el libro de su Apocalipsis [19], del cual dicen los naturales que se halla con una cubierta o capa de tierra, con que encubre su resplandor admirable, y denota a la Virgen, que dice de sí (Cant. 1): *Nigra sum, sed formosa* [20]: negra y hermosa; negra exteriormente, según la común estimación, que como me ven casada y con hijo, ninguno me juzga por virgen; pero debajo de esta capa está cubierta mi integridad, y tengo luz y hermosura de virgen muy perfecta; negra, porque todos me juzgan por madre de hombre puro, pero debajo de esa cubierta está cubierta la dignidad de Madre de Dios.

---

[16] Cant. 8, 10.
[17] Cant. 6, 3-9.
[18] Eccli. 24, 31.
[19] Apoc. 21, 19 s.
[20] Cant. 1, 4.

Cuando veo los sacramentos y misterios ascondidos que los Doctores han descubierto en este santo nombre de MARÍA, conozco con cuánta razón dijo San Crisóstomo en la *Exposición de la Epístola ad Romanos* [21] que es menester tener mucha atención a los nombres, porque en muchos nombres está encubierto el tesoro de muchas historias y no pequeños tesoros de filosofía: «magnum thesaurum in nudis nominibus multarum rerum historias, non modicam denique philosophiam contineri». Y porque no salgamos de nuestro propósito, ¿qué secretos de la filosofía cristiana no están encerrados en el nombre de MARÍA? ¿Ni qué historias podrán declarar por entero lo que en este nombre está abreviado? ¿Ni qué necesidad se le podrá ofrecer al cristiano que para su remedio no halle virtud en este santísimo nombre? Es, al fin, nombre ordenado por la infinita sabiduría de Dios, muy conforme con lo que en él se significa; y que sólo Dios le pudiera poner, porque él conocía las virtudes admirables que concedió a la Virgen, que están epilogadas en este santo nombre. Nombre que después del santísimo nombre de JESÚS es de mayor excelencia y digno de mayor reverencia, el más venerado de los ángeles y más temido de los demonios; nombre que, como dijo el cardenal Nicolás Cusano [22], nunca fué borrado del libro de la muerte, porque nunca fué escrito en él; nombre en que se les da una prenda a los devotos de la Virgen para remedio de cualquier necesidad del alma y del cuerpo que se les ofreciere y un fuerte escudo con que se puedan amparar de los golpes del demonio; nombre, finalmente, con que podemos triunfar de los enemigos del alma cuando más fuertes y arrogantes vinieren contra nosotros; que como David [23] antiguamente con una vara o cayado en la mano y cinco piedras acometió y venció a aquel monstruoso gigante Goliat y triunfó de su orgullo y loca presunción, ansí los fieles, invocando el favor de la Virgen, nuestra Señora, *vara de la raíz de Jesé* [24] y con cinco piedras, que son las cinco letras del santísimo nombre de MARÍA, vencerán sus enemigos y triunfarán de su loca arrogancia.

Conozcan de aquí los devotos de la Virgen que se precian de sus siervos y esclavos la reverencia y veneración que deben al nombre sagrado de MARÍA y no se contenten con descubrir la cabeza cuando le oyen nombrar, sino que deben traerle en el corazón por continua meditación, en la

---

[21] Homil. 19.
[22] Lib. VIII *Excitationum.*
[23] I Sam. 17, 1 ss.
[24] Is. 11, 10.

boca por devota invocación, en la obra por ejemplar imitación de la Virgen santísima, nuestra Señora. Alabo mucho la devoción de los que en reverencia del santo nombre de MARÍA rezan cinco salmos, las primeras letras de los cuales componen el nombre de MARÍA. *Magnificat*, por la M; por la A, *Ad Dominum cum tribularer;* por la R, *Retribue servo tuo;* por la I, *In convertendo Dominus*, etc; por la A, *Ad te levavi oculos meos*. De la cual devoción, según lo afirma Laurencio Marselo, fué autor el Beato Jordán, muy devoto de la Virgen, nuestra Señora.

Y cuán grato le sea a la Virgen este servicio, lo ha manifestado con un notable milagro que cuenta Vicencio Velvacens y el libro llamado *Speculum exemplorum*[25]. Hubo un devoto monje que tenía devoción de rezar cada día los cinco salmos referidos en reverencia de las cinco letras del nombre de MARÍA, y después de muerto le hallan cinco azucenas, que le salían de los ojos, oídos y boca; una mayor de la boca, y dos de los ojos, y dos de los oídos. Y en cada una estaba escrita una de las cinco letras en que los salmos comienzan, de que se compone el santo nombre de MARÍA, en cuya reverencia el religioso rezaba estos salmos. De donde, porque concluyamos este capítulo, podemos sacar la devoción y reverencia que se debe al sagrado nombre de MARÍA y cuán grata le sea a la Virgen la devoción que con él se tiene y que se da por bien servida de sus esclavos y devotos si le rezaren estos salmos a honor y reverencia de su santísimo nombre. De otros servicios que le son aceptos, en que podremos servir a la Madre de Dios, trataré en el capítulo siguiente.

CAPITULO XI

DEL CUIDADO QUE LOS DEVOTOS DE NUESTRA SEÑORA HAN DE TENER EN OCUPARSE EN SU SERVICIO Y EN QUÉ EJERCICIOS SE PODRÁN EMPLEAR QUE SEAN A LA VIRGEN MÁS AGRADABLES

Reconociendo el profeta rey la obligación que tenía de servir a Dios por ser hechura de sus manos y por haber recibido de ellas mercedes tan copiosas: de haberle sacado, de pastor de ovejas, a ser príncipe de su pueblo, y trocado la zamarra de pastor en púrpura de rey; la caperuza de

[25] Lib. 7, c. 126, exempl. 42.

cuartos, en corona, y el cayado, en cetro; de haberle dado victoria contra enemigos tan crueles, librado de tantos peligros y sacádole a paz y a salvo de todos; hallándose tan prendado de tan crecidas obligaciones al servicio de Dios y a no salir de su voluntad, le suplicaba que le enseñase el cumplimiento de ella, con deseo de tomarla por regla para medir con ella todas sus obras: *Doce me facere voluntatem tuam* [1]. Como si dijera: Conozco, Señor, que sois mi Dios y mi criador, y yo vuestra hechura; sois mi Señor, y yo vuestro siervo; sois mi Redentor, y yo vuestro esclavo; de aquí, Señor, nace el dominio que sobre mí tenéis y la obligación de serviros con que yo vivo; por tanto, Señor, os suplico que me alumbréis en el conocimiento de vuestra voluntad y me deis vuestra gracia para cumplirla y para que yo no salga de ella: *Doce me facere voluntatem tuam.*

Semejante a éste ha de ser el cuidado del verdadero devoto, y siervo de la Virgen, nuestra Señora, ora sea en agradecimiento de las mercedes recibidas de sus misericordiosas manos, ora sea para inclinarla con sus servicios a que le haga merced en sus necesidades y aprietos; ésta ha de ser toda su ansia y en esto ha de poner su cuidado: en saber en qué podrá servir a esta Reina celestial. A Dios le ha de suplicar que le dé su gracia para servir dignamente a su Madre, como vimos atrás, y a nuestra Señora, que le alumbre en el conocimiento de su voluntad: *Doce me facere voluntatem tuam:* «quia mater Dei es tu». Que en razón de haberla recibido por Señora y por Patrona, vive con obligación de no salir de su gusto y de hacer en todo su voluntad. Que no se ha de contentar el devoto y siervo de esta Reina celestial y que la desea servir con decir que la ama; que las palabras, cuando no van acompañadas de obras, no hacen fe en prueba del amor. Y si me preguntare el esclavo de nuestra Señora en qué la podrá servir, que más la agrade, le responderé que, estando yo en este mismo deseo, consulté a algunos autores devotos de la Virgen, cuidadosos de persuadirnos a todos a su devoción, de la doctrina de los cuales he sacado los documentos siguientes:

I. El primero es que el que desea hacer la voluntad de nuestra Señora sea muy puntual en la guarda de la de Dios y en la observancia de sus mandamientos, procurando, en cuanto en sí fuere, de no cometer pecado mortal y suplicando a nuestro Señor le dé su gracia para cumplirlo. Que supuesto que nuestra Señora tuvo su voluntad

---

[1] Ps. 142, 11.

tan ajustada con la de Dios que jamás desdijo de ella aun en un pecado venial, el que cumpliere la voluntad de Dios, habrá cumplido con la de su Madre. En el primer milagro que Cristo hizo en las bodas de Caná de Galilea, por intercesión de su benditísima Madre, para que se hiciesen capaces de recebirle, les dijo la Virgen a los ministros: *Quodcunque dixerit vobis, facite: Haced cualquier cosa que mi Hijo os ordenare* [2]. Esta orden que a los ministros dió, nos la da la Virgen generalmente a todos los que la deseamos servir: que cumplamos la voluntad de su Hijo; y el que por esta puerta no entrare, por despedido se puede tener de servicio de esta Reina celestial. El rey David no consentía en su servicio quien no anduviese derecho por el camino de la virtud; sólo se servía de los justos y santos, cuidadosos del servicio de Dios y del bien de sus almas: *Ambulans in via inmaculata, hic mihi ministrabat* [3]. Y como esta Princesa tuvo a David por padre y a Dios por Hijo, por cumplir con ambos, quiere que el que la hubiere de servir y el que se preciare de su devoto y esclavo se ajuste con la voluntad de Dios, a quien ella tuvo la suya tan sujeta, que ni aun en un ligero pensamiento se apartó del cumplimiento de ella. Y sea éste el primer documento en que se ha de instruir el que la desea servir, porque el que guardare otras leyes, no será admitido al servicio de esta Reina soberana.

11. El segundo documento sea que el devoto de la Virgen, nuestra Señora, cada mañana, en levantándose de la cama, puesto de rodillas en su santa imagen, diga devotamente las oraciones del Paternóster y del Avemaría y suplique al Redentor le dé su gracia para que en aquel día dignamente le sirva a él y a su benditísima Madre. Y a la Virgen le suplique que le reciba debajo de su amparo y le libre de todos los peligros de alma y cuerpo que en aquel día se le pueden ofrecer y que le gane gracia de su Hijo, para que todas las palabras, obras y pensamientos se ordenen a su servicio y cumplimiento de la divina voluntad. Y encomiende a la Virgen, nuestra Señora, como a su Patrona y Abogada, todos sus negocios y pretensiones, para que por su intercesión consiga lo que le conviniere. Y lo que no le conviene, lo aparte y desvíe. Especialmente le pida favor contra los vicios que más guerra le suelen hacer y que le conceda las virtudes a ellos contrarias.

Y a la noche, antes que se acueste, examinada la conciencia, dé gracias a Dios por los beneficios que en aquel

---

[2] Ioan. 2, 5.
[3] Ps. 100, 6.

día ha recibido de su mano, y por las buenas obras que mediante su gracia hubiere hecho, y por las malas de que le ha defendido; y pídale perdón de los pecados que aquel día hubiere cometido, con arrepentimiento de ellos y propósito de confesarlos y de la enmienda. Y a la Virgen le pida perdón de lo mal que en aquel día la ha servido y suplíquele humildemente que le alcance de su Hijo que le perdone sus pecados y le dé su gracia para no tornar a caer en ellos.

III. El tercer documento sea que muy de corazón ame a la Virgen, nuestra Señora, y la desee servir y que con entrañable afecto de devoción se ocupe en sus alabanzas rezando las horas de su oficio, el que supiere leer. Que es un servicio a la Virgen muy agradable, como lo ha manifestado con notables milagros, de que hablan los historiadores infra alegados, a quien me remito. Pero dejados otros, moverá a mucha devoción uno que cuenta el cardenal Pedro Damiano [4] de un clérigo que por su devoción rezaba cada día el *Oficio de nuestra Señora*, y en una enfermedad que tuvo, vino a estar tan apretado y descaecido, que los médicos le tenían desahuciado y todos le daban por muerto. Estando, pues, en este artículo, le apareció la Madre de misericordia, y con sus dulces palabras le consoló y le echó un rayo de su leche en los labios, con que aquel buen clérigo se confortó, de manera que repentinamente se halló sano y se fué a la iglesia (no sin grande admiración de los que le tenían por muerto), publicando la merced y favor que de la Madre de Dios había recibido por tener devoción con ella y rezar las horas de su *Oficio*. Y persuadía con lo que por él había pasado a que todos rezasen aquella devoción y sirviesen a la Madre de Dios, que así sabe favorecer a sus devotos. Pero fuera de los favores que la sacratísima Virgen hace a aquellos de quien recibe este servicio, la Sede Apostólica concede indulgencias a los que rezaren las horas de nuestra Señora, como consta del *motu proprio* del señor Papa Pío V, que está al principio del *Breviario romano*.

Los que no supieren leer, en lugar de las horas, pueden rezar el rosario de nuestra Señora, de ciento y cincuenta *Ave Marias* y quince *Paternoster;* servicio muy acepto a la Virgen, confirmado con muchos milagros y aprobado por muchos pontífices, que en favor de los Hermanos del Rosario han concedido muchas gracias e indulgencias, de que hay escritos tantos libros, que me podré yo excusar de decirlas en éste, por no ser de mi intento. Los ocupa-

[4] *Lib. epistolar.*, epist. 29.

dos en tantos negocios que no les da lugar de rezar el rosario podránle rezar a la Virgen la corona de setenta y tres Avemarías y siete Paternóster en reverencia de los años que la Virgen vivió en esta vida, que, según la opinión más probable, fueron setenta y tres. Y a los que la rezaren está concedida indulgencia plenaria por muchos papas, y últimamente está confirmada en favor de nuestra sagrada Religión por nuestro santísimo Padre Paulo V, que hoy gobierna la Iglesia, a quien guarde Dios largos años para mucho bien de ella.

IV. La devoción de *Oficio del santísimo nombre de* MARÍA (y sea éste el cuarto documento), de que tratamos en el capítulo pasado, es devoción muy acepta a nuestra Señora, como se descubrió en el milagro allí referido, y los que supieren leer podrán reverenciar a la Virgen con rezar los cinco salmos que comienzan en las cinco letras de que está compuesto el nombre santo de MARÍA. Pero los que no supieren leer podrán rezar en su lugar cinco veces el Paternóster con el Avemaría, en reverencia de las cinco letras de que este nombre está compuesto. Y el verdadero devoto de nuestra Señora, en el corazón ha de tener escrito este dulcísimo nombre y del corazón a la boca le ha de traer frecuentemente, saludando a la Virgen santísima e invocando su ayuda y favor, diciendo aquel devoto verso: MARÍA, *Mater gratiae, Mater misericordiae, tu nos ab honeste protege et hora mortis suscipe:* María, Madre de gracia, Madre de misericordia, defiéndenos del enemigo y recíbenos en la hora de la muerte. Con las cuales palabras se han defendido en vida y en muerte muchos devotos de nuestra Señora de grandes persecuciones del demonio, como lo dice Perbalto en su *Estelario* [5]. Y todas las veces que nombrare o oyere nombrar el santísimo nombre de MARÍA descubra la cabeza y reveré nciele muy de corazón. Y haga lo mismo todas las veces que pasare por delante de la imagen de la Virgen santísima y salúdela diciendo: Sálvete Dios, Hija de Dios Padre; sálvete Dios, Madre de Dios Hijo; sálvete Dios, Esposa del Espíritu Santo. Sálvete Dios, templo de la Santísima Trinidad; y, tras esto, diga la oración del Paternóster y un Avemaría; y ganará indulgencia plenaria, concedida por el señor Papa Clemente III.

V. El quinto documento sea que el devoto de la Virgen, nuestra Señora, a su honra y reverencia ayune las vigilias de sus fiestas, y también los sábados, que son consagrados a ella; y procure en todo tiempo traer la carne muy

[5] *Stell.*, p. ult. l. X, c. 8.

rendida y muy sujeta a la razón. Y éste es un servicio muy grato a la Virgen, como lo ha mostrado con muchos milagros en que hablan los historiadores, y yo no puedo detenerme en referirlos por no exceder de la brevedad que tengo ofrecida.

El curioso de saberlos, lea a Cesáreo (l. VII, c. 19); a Vicencio Velvacense, in *Especulo historiae* (l. VII, c. 102). La *Crónica de los priores de la Cartuja;* a Pedro, abad cluniacense (l. II *Miraculorum*, c. 29); el libro llamado *Espejo de ejemplos, Verbo, Maria Virgo;* Cartagena (t. III *De Mirandis Beatae Virginis*, que es el último tratado de aquel tomo).

VI. El sexto documento es que el devoto de nuestra Señora lo sea muy de corazón del glorioso San José, su esposo, que este servicio estimará la Virgen en mucho; porque después de su Hijo, a quien amó nuestra Señora más que a sí misma, por ser su Dios, su Hijo, su Esposo y su Redentor, a quien más quiso y reverenció fué a San José. Y así, la devoción que con este santo se tiene, fuera de que es muy eficaz para alcanzar con Dios lo que se le pide, porque en cuanto hombre le estuvo sujeto y le obedeció mientras vivió en esta vida, y fuera de esto es servicio muy grato y muy acepto a nuestra Señora. Suelen los devotos de este santo, a imitación del *Oficio del santísimo nombre de* MARÍA, rezar cinco salmos en reverencia de las cinco letras del nombre de San Josef. Por la I, *Iubilate Deo omnis terra*. Por la O, *Omnes gentes plaudite manibus*. Por la S, *Saepe expunaverunt me*. Por la E, *Exaudiat te Dominus in die tribulationis*, y por la F, *Fundamenta eius in montibus sanctis;* y acabar con la oración de San José y conmemoración de nuestra Señora.

Por último documento, les exhorto a todos los devotos de la Reina del cielo que entren por hermanos de los esclavos de la Virgen, nuestra Señora, y que se ejerciten en las obras de virtud contenidas en las ordenanzas y constituciones de la dicha Hermandad, y que se trata en el capítulo siguiente.

CAPITULO XII

EN QUE SE PONEN LOS ESTATUTOS Y CONSTITUCIONES DE LA SANTA HERMANDAD DE LOS ESCLAVOS DE LA VIRGEN, FUNDADA EN SANTA URSULA, DE ALCALÁ DE HENARES

Cuán agradable servicio le sea a la Virgen, Madre de Dios, que sus devotos la deseen servir y que, como fieles esclavos suyos, no falten del cumplimiento de su voluntad y de la de Dios, que, en cuanto hombre, quiso nacer de sus purísimas entrañas, y cuánto se deba preciar el cristiano de criado de la majestad de esta soberana Reina y cuántos sean los intereses que de servirla saquen sus devotos, bien queda probado en los capítulos pasados; con la lección de los cuales creo yo que el verdadero devoto de nuestra Señora habrá concebido unos firmes deseos de servirla y de saber en qué será más servida para no salir de su voluntad. A los cuales, aunque en parte les tengo respondido en el capítulo precedente, últimamente les puedo decir que tengo por servicio muy acepto a la sagrada Virgen que sus devotos entren en la Hermandad que con nombre de sus esclavos está instituída en el muy religioso convento de Santa Ursula, de Alcalá (que fué la primera que dió principio a esta devoción), o en otra hermandad que a su imitación se hubiere fundado o adelante se fundare. Y que se ocupen en los devotos ejercicios que en sus constituciones están ordenados; que como todas se ordenan a la honra y gloria de la Virgen, Madre de Dios, es cosa cierta que en ellos se dará por bien servida. Pero advierto a los que gozaren de la buena suerte de ser esclavos de Nuestra Señora, en compañía de las esclavas que tienen en el dicho convento, que sepan estimar que tan grandes siervas de Dios los hayan admitido a su hermandad y a la participación de sus oraciones, ayunos, vigilias, disciplinas, mortificaciones y otras obras meritorias en que estas siervas de la Virgen se ocupan. Y précianse mucho de esclavos de esta Reina del cielo que cuando hubiera mucha dificultad en serlo, el mérito que de aquí resulta lo había de facilitar todo. Cuanto más que, como se verá, por las leyes y constituciones que guardan, de que he de tratar en este capítulo, todas son cosas piadosas, devotas y fáciles de cumplir; sin pecado si no se cumplen y de mucho merecimiento habiéndolas cumplido. Persuadidos de lo cual,

han entrado por hermanos de esta Esclavitud de Santa Ursula, de esta villa de Alcalá, la majestad de los reyes, nuestros Señores, don Felipe III y doña Margarita de Austria, su mujer, que como Reyes católicos, y tan verdaderamente católicos, huelgan de ser los primeros en las cosas de virtud.

Su alteza también de la serenísima señora infanta soror Margarita quiso entrar por esclava de la Virgen, que, fuera de que en su convento es ejemplo y dechado de religión, a todas las religiosas del muy insigne monasterio de las Descalzas de Madrid también quiso que en Alcalá la recibiesen en el número de las esclavas de la Virgen, nuestra Señora. Y no contenta con los servicios que en su rincón le hace a esta Reina soberana por entrar a la parte con sus esclavas, toda la vida está enviando dones a Santa Ursula, para la santa imagen de las esclavas, con que, sirviendo a la santísima Virgen, hace merced y favor a sus esclavas, con que las tiene obligadas su alteza a hacer siempre oficio de sus perpetuas capellanas. Con el ejemplo de las personas reales, no es mucho que, a su imitación, hayan entrado en esta Hermandad muchos señores y poderosos príncipes, como son los excelentísimos señores duques del Infantado y de Lerma y otros muchos príncipes y prelados de muy graves iglesias y de las religiones, muchas personas de letras y otros innumerables hombres y mujeres, que se han ofrecido por esclavos de la Reina del cielo y han estimado en mucho que las esclavas de la Virgen las hayan admitido a su Hermandad.

Las constituciones por donde se gobiernan son las que se siguen, y por donde se podrán regir otras cofradías de esclavos de nuestra Señora que, a su imitación, se hubieren fundado o adelante se fundaren, haciendo por otras personas los ministerios que hacen las religiosas en esta Hermandad, *por haber sido ellas las primeras fundadoras de esta devoción.*

I. Primeramente se ordena que los esclavos y esclavas de la Virgen, nuestra Señora, hermanos de esta santa Hermandad, antes de entrar en ella, confiesen y comulguen, porque con pureza de conciencia ofrezcan su libertad a la Reina del cielo, Madre de Dios y Señora nuestra.

II. Item, se ordena que todos los hermanos de esta santa Hermandad se llamen *esclavos de la Madre de Dios* y se escriban en el libro de la dicha Hermandad: Yo (Fulano), me ofrezcó por esclavo de la Virgen María, nuestra Señora, y en cuanto sea posible a mi flaqueza, ayudado de la gracia de Dios, procuraré de imitar su vida y costumbres.

III. Item, se ordena que los esclavos de la Reina del cielo, nuestra Señora, en la primera fiesta de la Virgen después de su recepción, habiendo confesado y comulgado, ante el padre vicario del convento de Santa Ursula, o de otro sacerdote, hagan profesión en esta manera:

Santísima Virgen MARÍA, Madre de Dios y Señora nuestra; Yo (Fulano), el más indigno de ser contado en el número de vuestros esclavos y de ser recibido por tal, confiado, empero, de vuestra inmensa piedad y movido del deseo de serviros, me ofrezco el día de hoy por vuestro siervo y esclavo delante de los santos arcángeles San Miguel y San Gabriel, y del santo ángel de mi guarda, y de los santos San Joaquín y Santa Ana, y San José, y de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo, y de toda la corte celestial; a los cuales convoco por testigos de esta entrega, en que me ofrezco por vuestro esclavo y os elijo por mi Señora, Patrona y Abogada. Y firmemente propongo de reverenciaros, serviros y obedeceros y de procurar que otros muchos os sirvan y obedezcan. Y a vos, piadosa Madre de misericordia, humildemente os pido y suplico, por la sacratísima sangre que derramó por mí vuestro Hijo, mi Señor Jesucristo, que me recibáis en el número de vuestros esclavos y devotos y enderecéis a vuestro servicio todas mis obras, palabras y pensamientos. Y que me alcancéis gracia de vuestro Hijo benditísimo, para que en todas mis acciones me haya de tal suerte, que no haya cosa en que ofenda sus ojos y los vuestros y que en la hora de la mi muerte no me privéis de vuestro amparo y favor. ¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce siempre Virgen MARÍA!, rogad por mí porque sea digno de los prometimientos de Cristo, que con el Padre y con el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos. Amén.

IV. Item, se ordena que porque se junte alguna limosna que se pueda emplear en las obras pías, que adelante se dirán, que las religiosas que hubieren de entrar en esta Cofradía den dos reales de entrada y otros dos en cada un año para el gasto de la fiesta de la Asunción de nuestra Señora; y no se las carga más a las religiosas, por ser pobres.

V. Item, se ordena que, si alguna persona seglar de aprobada vida pidiere con devoción que la admitan a esta Cofradía, se presente ante la madre abadesa de este convento, que es la administradora de esta Hermandad, y, teniendo satisfacción de su virtud y deseos de servir a la Virgen, nuestra Señora, la podrá recibir, dando de entrada seis reales, si por su devoción no quisiere dar más, y cuatro reales en cada un año para la fiesta de la Asunción.

VI. Item, se ordena que todos los esclavos y esclavas de nuestra Señora confiesen y comulguen en todas las fiestas de la Virgen y ayunen sus vigilias, y quien por flaqueza o enfermedad no pudiere ayunar, dará una limosna en lugar del ayuno.

VII. Item, se ordena que los esclavos y esclavas de la Virgen santísima recen cada día su corona, de setenta y tres Avemarías y siete Paternóster. Y nueve días antes de la Asunción, que es la principal fiesta de esta Cofradía, dirá la corona de flores, que se pondrá después de estas constituciones, porque hay experiencia de que rezándola con devoción hace nuestra Señora gran favor a sus devotos.

VIII. Item, se ordena que las religiosas esclavas de la Virgen, nuestra Señora, digan todos los sábados una misa cantada y una procesión por los claustros con velas encendidas; y a la noche cantarán la Salve por todos los esclavos. Los cuales, asimismo, serán participantes de todos los ayunos, disciplinas, oraciones y todas las demás obras meritorias en que las dichas religiosas se ejercitaren a gloria de Dios y de su benditísima Madre.

IX. Item, se ordena que todos los esclavos y esclavas de nuestra Señora, todas las veces que oyeren el nombre de MARÍA, inclinen las cabezas y muy de corazón le hagan reverencia, encomendándose en su intercesión; y lo mismo hagan cuando vieren su santa imagen.

X. Item, se ordena que los esclavos de nuestra Señora procuren que no se les pase día en que no le hagan algún singular servicio, especialmente en los días de sus fiestas y en los sábados; y quien cómodamente pudiere, le rezará el ejercicio que para estos días abajo se pondrá.

XI. Item, se ordena que los esclavos de la Virgen, nuestra Señora, sean muy pacíficos, modestos y ejemplares; y si alguno con su mal proceder fuere ocasión de escándalo a los demás, la madre abadesa le envíe a amonestar con el padre vicario de su convento, o con otra persona religiosa, para que se enmiende; y si no se enmendare, sea borrado del libro de los demás hermanos y no participará de los sufragios de la Hermandad.

XII. Item, se ordena que la madre Abadesa, que es la cabeza de esta Hermandad, tenga cuidado de juntar las religiosas en cada un año para elegir oficialas de esta Cofradía; y por suertes se elijan tres: la primera de las cuales se llamará *mayordoma*, a cuyo cargo estará el juntar las limosnas y gastarlas en las cosas que aquí se ordenarán; la segunda será *secretaria*, que ha de tener el libro en que se escriba el recibo y gasto de la dicha Cofradía, y ambas

darán cuenta de lo que en su año hubieren recibido y gastado a la madre abadesa y a las oficialas que entraren de nuevo; la tercera de las oficialas se llamará la *camarera*, la cual tendrá los vestidos de la imagen de esta santa Hermandad y tendrá cuidado de tenerla en todo tiempo con mucha decencia.

XIII. Item, se ordena que la limosna que se allegare se gaste de esta manera: primeramente se han de celebrar todas las fiestas de nuestra Señora solemnemente con vísperas y misa con diáconos. Y más solemnemente que todas la fiesta de la Asunción, que, por ser mayor de todas las fiestas de nuestra Señora, es la más principal de esta Cofradía. Para la cual se han de disponer los esclavos con más entrañable devoción. Y todas estas fiestas han de ser por los esclavos hermanos de esta santa Hermandad; y también se dirá por ellos la misa del alba en el día de la Natividad del Señor.

XIV. Item, se ordena que cuando alguna religiosa esclava de nuestra Señora falleciere, se le diga en el dicho convento una misa cantada y seis rezadas. Y cuando alguno de los demás esclavos muriere, se ordena que las religiosas le digan una vigilia y una misa cantada a costa de la Cofradía y con la cera de ella. Y fuera de esto, si sobrare alguna cosa de la limosna, se gaste en misas por los hermanos esclavos vivos y difuntos.

XV. Item, se ordena que, dando aviso a la madre abadesa de cualquier necesidad corporal o espiritual que se le ofrezca a cualquiera de los esclavos, estén obligadas las religiosas a hacer oración en comunidad por ella.

XVI. Item, se ordena que a ninguno de los esclavos de la Virgen, nuestra Señora, se le dé la profesión si no tuviere este libro, o por lo menos copia de estas constituciones, porque sepa lo que ha de hacer.

XVII. Item, se declara que ninguna de estas constituciones obliga a pecado si no se cumpliere, y que cumpliéndolas, serán de mucho merecimiento.

Síguese la corona de flores que han de rezar los esclavos de la Madre de Dios nueve días antes de su Asunción

El primero diez, de *Ave Marias*, al gozo que nuestra Señora tuvo cuando el Hijo de Dios encarnó en sus purísimas entrañas, suplicándole nos alcance la virtud de la humildad.

El segundo diez ha de ser «Magníficas», al gozo que

nuestra Señora tuvo en la visitación que hizo a Santa Isabel, suplicándole nos alcance la virtud de la caridad.

El tercero, de «Salves», al gozo que la Virgen tuvo cuando vió nacido a su sacratísimo Hijo, quedando virgen después del parto como lo estaba antes que le concibiese, suplicándola nos alcance la virtud de la castidad.

El cuarto ha de ser de «Ave Mari-stellas», al gozo que la Virgen tuvo viendo a su Hijo adorado de los reyes, suplicándole que todas las naciones vengan en su conocimiento y rogando por los reyes y príncipes cristianos.

El quinto diez, del himno «Quen terra pontus», etc., al gozo que la Virgen tuvo cuando halló a su precioso Hijo en el templo disputando entre los doctores, suplicándole que nos alcance la gracia para que le hallemos y nunca le perdamos.

El sexto diez ha de ser de la antífona «Regina caeli letare», al gozo que la Virgen santísima tuvo en la resurrección de su benditísimo Hijo; y hásele de pedir la virtud de la fe y rogar por las ánimas del purgatorio.

El séptimo diez ha de ser el himno «O gloriosa Domina», a su gloriosa y triunfante Asunción, y suplicarle nos sea favorable en la hora de la muerte.

En todos los dieces de esta corona se ha de decir el Paternóster tras cada diez; y después, en lugar de las tres Ave Marías, se ha de decir el himno «Memento salutis author», a la coronación de la Virgen gloriosa y rogarle se lleve consigo a todos sus esclavos cuando, por medio de la muerte, partan de esta vida. Esta corona se ha de decir nueve días antes de la Asunción de nuestra Señora, previniendo con ella esta fiesta; y podrá usar de ella el devoto de nuestra Señora en cualquier necesidad o tribulación en que se hallare, porque es muy devota y suave y hay experiencia de que la Virgen hace merced a los que la rezaren con devoción. Los que no supieren leer, bastará que digan en su lugar la corona ordinaria, de que arriba se hizo mención.

Introducción para el ejercicio que sigue

Entre muchas demostraciones con que la Iglesia, nuestra madre, ha descubierto la devoción que tiene a la Virgen, nuestra Señora, con que pretende, como piadosa madre, persuadirnos a la que sus hijos debemos tener con esta Reina celestial, una de ellas es haber instituído las muchas fiestas que por el discurso del año se celebran en

su reverencia. Pero, fuera de estas fiestas, tiene consagrados los sábados de cada semana a la devoción de nuestra Señora, y tiene ordenado que en ellos, como no estén ocupados con alguna fiesta solemne, el oficio divino y la misa sean de la Virgen, y en el breviario y misal tiene particular oficio de nuestra Señora para los sábados. Y dejando ahora de tratar de las festividades de esta Virgen soberana, que los misterios que en ellas se celebran bastan por despertadores de su devoción, para persuadir a los que esto leyeren a que los sábados den muestras de la devoción que con la Virgen tienen, haciéndole en estos días especiales servicios, he querido poner aquí la advertencia que se sigue.

Es tan antigua en la Iglesia la costumbre de reverenciar y servir a la Virgen, madre de Dios, en los días del sábado, que dificultosamente se podrá averiguar qué tiempo ha que comenzó en la Iglesia. Porque aunque Vicencio Belvacense, en el libro XXV de su *Espejo historial,* a quien sigue San Antonino (p. 2.ª, *Hist.*, tít. 16) y Genebrardo (en el l. IV de su *Cronología),* sean de parecer que esta loable costumbre se comenzó en el concilio Claramontano, en tiempo de Urbano II, que fué muy devoto de nuestra Señora, como lo mostró en ordenar el Prefacio que se dice en sus misas: «et te in veneratione B. Mariae», etc., y el oficio menor de nuestra Señora, que anda en sus horas y los eclesiásticos le rezan con el oficio divino en los días que no hay fiesta solemne. Pero aunque estos autores referidos sean de esta opinión, si con atención se mira el dicho concilio, del mismo se saca que antes de él estaba esta costumbre introducida en muchas partes, y como devotas y piadosas el dicho concilio la confirmó, haciendo decreto de que de allí adelante generalmente se guardase. Y Guillermo Durando, en el libro que intituló *Racional* de los divinos oficios (l. IV, c. 1), dice que Alcuino, maestro del emperador Carlomagno, a petición de Bonifacio, obispo de Maguncia, hizo misas para todos los días de la semana, y entre otras, para el viernes hizo *Misa de la Cruz,* y para el sábado, de nuestra Señora. Alcuino murió año de 770, y el concilio Claramontano fué muchos años después, en el año de 1094.

Y más antiguo que él fué San Ildefonso, arzobispo de Toledo, que floreció en la Iglesia por el año de 660; y después de haber escrito el libro *De perpetua Virginitate Mariae,* hizo nueve lecciones de nuestra Señora para que se dijesen en todos los sábados, que ya se acostumbraba a reverenciar a la Virgen en ellos. Y queriendo dar testimonio la Reina del cielo de cuán acepto le había sido este

servicio, le quiso aprobar con el milagro siguiente: yendo el santo pontífice en un sábado en la noche a maitines, como lo tenía de costumbre en todos los días, entrando por la puerta de la iglesia, vió en ella gran resplandor y oyó en el coro suavísimas voces; y creyendo que venía tarde y que ya los canónigos habían comenzado los maitines, aceleró el paso y, entrando en el coro, vió a la Virgen, nuestra Señora, sentada en la silla pontifical y que los ángeles la estaban alabando cantándole el *Oficio* que el santo había instituído; y, acabados los maitines, fué el santo llamado por la Virgen, y le dió aquella casulla que le traía del cielo. Cosa que muchos autores refieren, especialmente San Julián y Cigila, ambos arzobispos de Toledo, en la historia de este santo pontífice; y Juan Egidio Menor, en el libro que intituló *Escala caeli;* Perbalto (l. 1 *Stellarii,* p. 4.ª, a. 3, c. 2); de todo lo cual se colige que la costumbre de venerar a la Virgen en el día del sábado, aunque la confirmó el concilio Claramontano, es mucho más antigua que él.

Y si damos crédito a Guillermo Durando, arriba alegado, el primer motivo que hubo para consagrar los sábados a la Reina del cielo fué por un milagro, continuado en todos los sábados, que por mucho tiempo se vió en Constantinopla: que el velo que estaba delante de una imagen de nuestra Señora que había en aquella ciudad, que fué de singular devoción y donde Dios, por la intercesión de su santísima Madre, hizo notables milagros. El velo, pues, que estaba delante de esta venerable imagen, milagrosamente se quitaba desde el viernes en la tarde hasta el sábado por todo el día; pasado lo cual se tornaba a poner delante de la Virgen, como antes estaba. Con este milagro, dice este autor que se echó de ver que quería Dios que su santísima Madre fuese venerada y reverenciada en aquellos días; y de ahí dice que tuvo principio la devoción con nuestra Señora en el día del sábado.

Y podemos arrimar a lo dicho lo que se cuenta en la historia del famoso templo de nuestra Señora de Montserrate: que ciertos pastores que por aquellos montes traían sus ganados vieron muchas veces que todos los sábados, antes que anocheciese, se aparecían muchas luces al derredor de una cueva y se oían voces de ángeles que cantaban con mucha melodía divinas alabanzas. Y dando cuenta de este propósito el arzobispo de Barcelona, en cuya diócesis esto acaeció, aguardó al sábado siguiente; y a la hora que le habían informado los pastores vió por sus ojos lo que le habían dicho; y, acercándose a la cueva, hallaron dentro una imagen de nuestra Señora muy de-

vota, a la cual le edificaron aquel insigne templo en que ahora está colocada, que es uno de los más notables santuarios de la cristiandad, donde la Virgen especialmente en los sábados, con grande devoción, es reverenciada y servida. De estos y de otros semejantes milagros que los autores refieren, y que la cortedad de este libro no me da lugar a mí a contarlos, se puede sacar que Dios se ha servido que el día del sábado sea consagrado a su Madre benditísima y que le es servicio muy acepto que en este día sea honrada y reverenciada del pueblo cristiano. Y por eso, los pontífices sumos han estatuído que el clero secular y regular en los sábados recen de nuestra Señora, siendo, como habemos visto, ésta muy antigua y loable costumbre de la Iglesia. Y considerando yo que es justo que en las fiestas de nuestra Señora y en los sábados, que también le están consagrados, se particularicen los devotos de la Virgen, nuestra Señora, en reverenciarla y servirla, quise juntar con este tratado (en que he pretendido persuadir a los fieles a su devoción) el ejercicio siguiente, para que en los tales días se puedan ejercitar en las alabanzas de la Madre de Dios, nuestra Señora, que todo es copilado de varias alabanzas con que la Iglesia suele reverenciar a esta Reina soberana.

I

Síguese un ejercicio muy devoto en que los siervos de nuestra Señora se podrán ejercitar en los sábados y en los días de sus festividades para ocuparse en sus alabanzas:

Ave, Maris stella...

ANTÍFONA

Alma Redemptoris Mater, etc.

OREMUS

Deus, qui salutis eternae, etc.

II

HYMNUS

Quem terra pontus aetera...

ANTÍFONA

Ave, Regina caelorum...

OREMUS

Concede misericors Deus, fragilitati nostrae, etc.

III

HYMNUS

O gloriosa Domina...

ANTÍFONA

Salve Regina, etc.

OREMUS

Omnipotens sempiterne Deus, etc.

IV

HYMNUS

Memento salutis autor...

ANTÍFONA

Sancta Maria, sucurre misseris, etc.

OREMUS

Famulorum tuorum quaessumus, Domine, etc.

V

HYMNUS

Magnificat, etc.

ANTÍFONA

Tota pulchra es Maria, etc.

OREMUS

—Deus qui per inmaculatam Virginis Conceptionem, etc.
—Omnipotens sempiterne Deus qui vivorum dominaris, etc.

VI

Síguese el himno de *Te Deum laudamus,* vuelto en alabanza de nuestra Señora por el glorioso San Buenaventura (l. *De Salterio Beatae Virginis,* ad finem).

Te Matrem Dei laudamus:
te Mariam Virginem confitemur,
te aeterni Patris sponsam,
omnis terra veneratur...

OREMUS

Deus qui de Beatae Mariae Virginis, etc.

VII

Síguese la LETANÍA DE LA MADRE DE DIOS

....
....

VIII

Ex Inocentio Papa III, In Laudem Deiparae

Ave, mundi spes Maria,
Ave, mitis ave pia,
Ave, charitate plena,
Virgo dulcis, et serena...

ANTÍFONA

Sancta et inmaculata Virginitas, quibus te laudibus efferam nescio, etc.

OREMUS

—Concede nos famulos tuos quessumus Domine Deus, etcétera.
—Sanctissime genitricis tuae sponsi quessumus, Domine, meritis adiuvemur, etc. Deus, qui Beatae Annae tantam gratiam, donare dignatus es, etc.
—Ecclesiam tuam Deus benignus illustra, ut Beati Joannis Apostoli tui, et Evangelistae illuminata doctrinis, ad dona perveniat sempiterna.
—Deus, qui diligentibus te, bona invisibilia preparasti: infunde cordibus nostris amorem tui Nominis, etc.
—Sancta Maria, et omnes sancti intercedat pro nobis ad Dominum, etc.

IX

Oración muy devota del glorioso San Anselmo, obispo cantuariense, para invocar el favor de la Virgen, nuestra Señora, que será justo que sus devotos y esclavos la reverencien cada día: —Santa y entre todos los santos, después de Dios, singularmente Santa María, madre de admirable virginidad y virgen de amable fecundidad, etc.

X

ORACIÓN A NUESTRA SEÑORA

Señora mía Santa María, Virgen y Madre del eterno Dios, etc.

XI

ORACIÓN

Santísima María, Madre de Dios y Virgen purísima, verdadero consuelo de todos los desconsolados que invocan tu ayuda, etc.

XII

ORACIÓN DEL DULCÍSIMO NOMBRE DE JESÚS

Buen Jesús, ¡oh piadosísimo Jesús, oh dulcísimo Jesús!, Hijo de la serenísima Virgen María, lleno de misericordia y piedad, etc.

* *

Loado y ensalzado sea el Santísimo Sacramento y la purísima concepción de la Virgen, nuestra Señora.

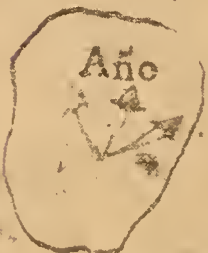
FRAY JUAN BAUTISTA DE MADRIGAL

HOMILIARIO EVANGELICO

HOMILIARIO EVANGELICO, EN QVE SE TRATAN DIVERSAS MATERIAS

espirituales, y lugares notables de Escritura, en grande beneficio de las almas, y reformacion de costumbres deprauadas, y abusos introduzidos en el mundo.

COMPVESTO POR FRAY Juan Bautista de Madrigal, Predicador, y Guardian del Conuento de S. Lorenço de Cuenca, Frayle Descalço de la Prouincia de san Ioseph de los Menores de la Obseruancia Regular.







1602.

CON PRIVILEGIO.

En Madrid, *Por Luis Sanchez.*

INTRODUCCION

FRAY JUAN BAUTISTA DE MADRIGAL

De sí mismo nos dice en el *Prólogo* de su *Homiliario evangélico* (1602): «Confieso que si hay en este libro (y en otros que con el divino favor, dándome Dios vida, pienso presto sacar a luz) algo bueno, es por haber sido discípulo de uno de los más fervorosos predicadores que ha habido en muchos tiempos, que fué Fr. Alonso Lobo, a quien acompañé muchos días y oí muchos de sus sermones, predicados más con el espíritu del cielo que con retórica y elocuencia humana, pues andaba tan vacío de papeles, que solamente traía consigo una Biblia».

Fray Alonso Lobo fué un celosísimo cazador de almas, y en especial cazador de estudiantes universitarios de Alcalá y de Salamanca, a quienes, cazados con la red de su espíritu, trasportábalos de los claustros de las universidades a los claustros conventuales [1]. Otro tanto hizo su discípulo amado Fr. Juan Bautista de Madrigal, secuaz e imitador de tan preclaro modelo. Fué tanto así, que el bibliógrafo Fr. Juan de San Antonio no sólo confiesa que fué «hijo dignísimo de la Provincia Descalza de San José y definidor, sino *verdadero cazador de almas: certe animarum venator*» [2]. En 1602, cuando publicó el *Homiliario*, era guardián de San Lorenzo (Cuenca). Las huellas de sus pasos apostólicos y de sus virtudes fueron tan notoriamente santas, que le recuerda el *Martirologio franciscano* moderno con estas palabras elogiosas: «Día 24 de junio, en Madrid (España), el siervo de Dios Juan Bautista de Madrigal, sacerdote y confesor, ilustre por la predicación de la palabra de Dios, humildad, paciencia, oración y gran celo por

[1] ALVAREZ (FR. DIEGO), *Memorial ilustre*, l. IV, cc. 1, 2, 3 y 4 (Alcalá 1753).

[2] *Bibliotheca franciscana: Joannes Baptista Madrigal.*

la salud de las almas»[3]. Aunque se diga que falleció en 1600 en el mismo *Martirologio*, ciertamente vivía en el año 1602, cuando publicó su *Homiliario*, como se ve por las licencias y aprobaciones, que le suponen vivo. Fué sepultado en el convento de San Bernardino (Madrid). Honrosamente le recuerda Fr. Tiburcio Navarro en su obra *De fructibus posthumis S. Petri de Alcántara* (c. 2, fol. 14).

El *Homiliario*, que tenemos delante, lleva tres aprobaciones de calidad. En ellas, el doctor Martín Sánchez (Cuenca, 1600) dice que lo ha visto, «y es doctrina católica y de mucha erudición en la sagrada Escritura y doctrina de los santos Doctores y muy útil y provechoso para los fieles». El doctor Pero González de Castilla escribió: «No contiene cosa contra nuestra santa fe católica, sino antes una doctrina muy saludable y provechosa para la conversión de las almas, en que muestra su autor mucha erudición de sagrada Escritura, devoción y fervor de espíritu y muy gran celo del servicio de nuestro Señor». Pero quien echó el sello a la obra fué la pluma sabia y autorizada de Fr. Juan de los Angeles, el cual expresóse así en función de censor de la Orden: «Fuera de que no hay en él cosa malsonante y que contradiga a la doctrina que enseña y sigue la Iglesia católica, hallo en él cosas muy substanciales y de grande importancia para la reformación de las costumbres tan depravadas que vemos en él mandando».

El propio P. Madrigal dice de su obra: «Puedo afirmar que en mis escritos hallarán poca paja y mucho grano»[4]. Además, en la contienda sobre si se debía escribir en español o en latín, poniendo las doctrinas al alcance del pueblo, púsose de parte de la lengua patria. «No faltan algunos, dice, que condenan el escribir en romance cosas graves, diciendo que no es bien que anden en poder del vulgo, que pierde mucho valor y no se estiman en lo que es razón». Replica con fuerza, y concluye así: «Aristóteles, Platón, Pitágoras y todos los demás filósofos escribieron en su propia lengua materna, de manera que todos los entendían; pues ¿por qué lo que a aquellos tan grandes santos y filósofos les era lícito nos ha de ser a nosotros ilícito? Es éste agravio que se hace *a toda la nación y gente de España*, pues no ha habido lenguaje ni le hay que al nuestro haga ventaja en abundancia de términos y muy acomodado para decir lo que queremos»[5]. Este defensor de la lengua nacional, que tanto se aprovecha de ella para levantar el espíritu de los humildes y de los pobres, no se halla

[3] *Martyrologium franciscanum*, p. 235.
[4] *Homiliario evangélico*, pról.
[5] Ibid.

registrado en *Las apologías de la lengua castellana en el siglo de oro,* seleccionadas por José Francisco Pastor [6], como tampoco lo está Fr. Juan de los Angeles.

El celo que por el bien de las almas ardía en su pecho le forzó a decir: «Lo mismo digo yo, que a trueque de que se puedan aprovechar de mis trabajos todo género de personas, huelgo ser murmurado de los mofadores de los trabajos y sudores ajenos» [7].

Para dar una muestra de su doctrina y de su elocuencia, tan sobria, maciza y grata, hemos escogido la homilía 1.ª de las ocho que consagra a los diez mandamientos, en la que se expone el divino precepto: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón,* etc. La hemos tomado del *Homiliario evangélico,* impreso en Madrid año 1602. Escribió, además, *Discursos predicables* (Madrid 1606), *Tratado de los misteros de la misa* (Cuenca 1600) e *Introducción espiritual, Tesoro del alma* (Madrid 1603), obra extensa esta última.

---

[6] Madrid 1929.
[7] *Homiliario evangélico,* pról.

HOMILIARIO EVANGELICO

OCHO HOMILIAS
SOBRE LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Homilía 1.ª: «Diliges Dominum Deum tuum», etc.

Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum et primum mandatum [1]. San Marcos añade: *Ex tota virtute tua* [2], y San Lucas: *Ex omnibus viribus tuis* [3]. De manera que, juntando todo lo que Dios con nosotros capitula en este primero mandamiento, se suma en cuatro cosas: en que amemos a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra mente y con todas nuestras fuerzas. Antes que tratemos de cómo se ha Dios de amar es bien que ponderemos la grande merced que nos hizo Dios en darnos ley por donde nos rijamos y gobernemos. Grande cosa es considerando, por una parte, quién es el hombre, que es un vil gusano, y, por otra, quién es Dios, de majestad infinita, y que quiera servirse de él y darle un tan fácil arancel por do se gobierne, quién se atreviera, Dios mío, a servirte, si absolutamente dijeras quiero que me sirváis y hagáis mi voluntad. Carga era intolerable. Así, dice David: *Propter legem tuam sustinui te, Domine* [4]. Si no te hubieras, Señor, limitado con nosotros, enseñándonos tu voluntad, ¿quién te acertara a servir? Fuera cosa insufrible. Y así, fué soberana merced la que nos hizo en manifestarnos su voluntad. Lo cual enseñó bien el profeta Baruc, diciendo: *Beati sumus, o Israel, quia quae Deo placent manifesta sunt nobis* [5]. Bienaventurados somos los fie-

1 Matth. 22, 37-38.
2 Marc. 12, 30.
3 Luc. 10, 27.
4 Ps. 129, 4.
5 Bar. 4, 4.

les en habernos manifestado Dios su voluntad. No lo tengáis en poco ni lo peséis con peso falso, que soberana merced ha sido del Señor que, guardando vos diez mandamientos, os dé vida eterna. No dijo más el Redentor al otro mancebo: *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata* [6]. Si quieres gozar de Dios y salvarte, guarda los mandamientos. Si en agradar al rey de la tierra y en guardar un arancel que él pusiese resultase quedar por muy privado suyo, y no haciéndolo jurase solemnemente que os mandaría echar a perpetuas galeras, ¿cómo aprenderías de este arancel? Fijaríades en las puertas de vuestra casa, y le tomaríades de memoria, y le guardaríades puntualmente. ¡Oh!, bendígante, Dios mío, todos los ángeles, que no sufres siendo tan malos, pues habiendo tú capitulado que quien guardare tu ley será tu privado y le darás premio eterno, y el que no, le mandarás echar en las galeras del infierno, para que reme en ellas para siempre: y que sepamos de cierto que faltará antes el cielo y tierra que falte esta verdad, y que con todo, vivamos como vivimos y con esto nos sufras, misericordia es infinita. Es la ley de Dios una carta de marear, por la cual, así como los que navegan se gobiernan y siguen por ella la derrota y ven si van a puerto seguro o no, así los que navegamos por este mar tempestuoso de este mundo nos hemos de regir y gobernar por esta divina ley, porque puede ser que el más santo dé en una roca y se pierda, y el mayor pecador, se asga a una tabla y se salve; y porque se entienda cuán grave cosa es estar en la casa de Dios y no gobernarnos por su ley, es de notar que cuando Salmanasar, rey de Siria, conquistó a Samaria, para tenerla más pacífica envió allá muchos de Babilonia y de otras ciudades suyas para que los gobernasen y dice la sagrada Escritura: *Cumque ibi habitare coepissent, non timebant Dominum, et immisit in eos Dominus leones, qui interficiebant eos.* Como comenzasen a morar allí, no temían al Señor, y así los envió leones, que los mataban. Avisaron de esto al rey, diciendo: *Gentes quas transtulisti, et habitare fecisti in civitatibus Samariae ignorant legitima Dei terrae et immisit in eos Dominus leones, et ecce interficient eos, eo quod ignorent ritum Dei terrae* [7]. Las gentes que enviaste y hiciste que habitasen estas ciudades de Samaria ignoran las leyes del Dios de la tierra, y así les ha enviado leones que los maten. Como oyó esto el rey, mandó que enviasen un sacerdote de los que de aquella tierra habían traído cautivo para que les enseñase las leyes de aquella tierra, y así cesaron las muertes. Pues si así castigó

---

[6] Matth. 19, 17.
[7] IV Reg. 17, 25-26.

Dios aquella gente, con ser gentil, por ignorar las leyes de aquella tierra, ¿qué castigo hará en los cristianos que ignoran la ley de Dios y la quebrantan? Entended que si no envía leones que os despedacen como a aquella gente, que enviará hambres, pestes y guerras, como se experimentan, y después será el castigo eterno, que durará para siempre. Procurad, pues, saber y guardar *legitima Dei terrae*, que es lo que los santos apóstoles enseñaban en la conversión de las gentes y nosotros predicamos, contenida en estos diez mandamientos, de los cuales el primero y principal es éste; al cual nos tiene Dios tan obligados, que para que le cumpliésemos nos quiso amar primero; así, dice San Juan: *In hoc est charitas non quasi nos dilexerimus Deum, sed quoniam ipse prior dilexit nos* [8]. En esto se descubre la caridad y amor de Dios para con nosotros, que nos amó primero que nosotros le amásemos. Y es de notar que primero es el temor a Dios que el amarle. Dos pies, dice San Bernardo, tiene Dios con que entra en el alma: el uno es de temor, y el otro, de amor; y tanto cuanto es mayor el temor que precede, tanto es mayor el amor que se sigue. Posible es comunicar Dios a un alma del primer voleo su divino amor, como hizo a la Magdalena; pero lo ordinario es comenzar por temor; porque, como dice el Sabio: *Initium sapientiae timor Domini* [9]. El principio de la sabiduría es el temor de Dios; y así, los que de ordinario se convierten a Dios es considerando que, si no le aman, han de arder para siempre en el infierno, y este temor no es malo, sino bueno y don de Dios. Pero cuando la tal alma se llega después a la oración y ve a Cristo en la cruz y que la dice con tantas bocas como tiene llagas: —Mira que tus amores me tienen aquí, que te amo tiernamente—, ya va el alma aficionándose y expeliéndose el temor; porque, como dice San Juan: *Charitas foras mittit timorem* [10]. Cuando un platero quiere dorar una taza de plata, echa un poco de oro envuelto con azogue y mételo en la hornaza, y derretido, échalo con la taza, y resuélvese con el calor el azogue y queda dorada la taza; así, para que el alma quede enamorada de Dios, no se puede hacer de ley ordinaria sin artificio. Tomad primero el azogue del temor, considerando en la muerte, juicio e infierno, y resolverse ha el azogue del temor en el crisol de la consideración, y así quedará el alma dorada y enamorada de Dios. Y mirad que no sólo habéis de temer al principio de vuestra conversión, pero aun cuando tuviésedes la santidad de San Pablo, habéis de decir: —*Señor, penitencia hice, pero ¿quién sabe vuestros*

[8] I Ioan. 4, 10.
[9] Eccli. 1, 16.
[10] I Ioan. 4, 18.

juicios? *Nihil enim mihi conscius sum, sed in hoc non iustificatus sum, qui autem iudicat me Dominus est* [11]. No me acusa de cosa la conciencia, pero no por esto me tengo por santo, porque el que me juzga es Dios. Veamos ahora cómo se ha de amar su Majestad. Hase de amar, lo primero, con todo el corazón; así, dice en el Deuteronomio: *Audi, Israel, Dominus Deus noster, Deus unus est. Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota fortitudine tua; eruntque verba haec, quae ego praecipio tibi hodie in corde tuo, et narrabis ea filiis tuis, et meditaberis, sedens in domo tua, et ambulans in itinere, dormiens, atque consurgens. Et ligabis ea quasi signum in manu tua, eruntque et movebuntur ante oculos tuos, scribesque ea in limine, et ostiis domus tuae* [12]. Oye, Israel: el Señor, Dios nuestro, un Dios es; amarás al Señor, Dios tuyo, de todo tu corazón y de toda tu alma y con toda tu fortaleza, y estarán estas palabras que hoy te mando fijas en tu corazón y contarlas has a tus hijos, y meditarás en ellas estando asentado en tu casa y andando por el camino y durmiendo y levantándote, y atarlas has como señal en tu mano, y estarán y moverse han ante tus ojos, y escribirlas has en el umbral y puertas de tu casa. Si siendo aquella ley tan pesada quería Dios que se pusiese tan grande cuidado en aprenderla, y que la fijasen en el corazón, y que la enseñasen los padres a los hijos y la cumpliesen puntualmente, cuánto más razón hay para que, siendo esta ley de gracia toda de amor, se fije en nuestros corazones y que tengan los padres cuidado de enseñarla a sus hijos, de lo cual hay grandísimo descuido. Pídese allí lo primero que se ame Dios con todo el corazón. De todo lo demás que no es corazón pide Dios parte. De la hacienda pide lo que sobra; así, dijo por San Lucas: *Verumtamen quod superest date eleemosynuam, et ecce omnia munda sunt vobis* [13]. Dad limosna de lo que sobra, y volverse han todas vuestras cosas limpias. Pide parte de los frutos, que son los diezmos, y parte del tiempo, que son las fiestas, pero del corazón no quiere parte, sino todo. Así, dice: *Fili, praebe mihi cor tuum* [14]. Hijo, dame todo tu corazón. Hay muchos que se contentan con dar a Dios el medio corazón, y les parece que le hacen suficiente servicio en esto. Por una parte, dan limosna y remedian algunas necesidades, y por otra parte roban la hacienda de sus prójimos con malos tratos. Oyen, por una parte, misa con devoción y están, por otra, amancebados. Ayunan algunos días, y por

[11] I Cor. 4, 4.
[12] Deut. 6, 4-9.
[13] Luc. 11. 41.
[14] Prov. 23, 26.

otra parte tienen el odio y la ambición en su corazón. Abren, por una parte, la puerta a Dios, y, por otra, al demonio, semejantes a los samaritanos, de quien dice la Escritura: *Fuerunt istae Gentes timentes quidem Deum, sed nihilominus idolis servientes* [15]. Era ésta una gente que por una parte temían a Dios y por otra parte adoraban ídolos. De éstos dice el profeta Oseas: *Divisum est cor eorum, nunc interibunt* [16]. Tienen dividido el corazón, dan parte de él a Dios y parte al demonio, y así es cierta su perdición y muerte. No pudieron estar juntos el ídolo de Dagón y el arca del Testamento [17]; así, no pueden estar juntos el amor de Dios y el amor del mundo. Es Dios muy celoso, y siente mucho que se ponga el amor en otro que en él. Así, dice por Esaías: *Coangustatum est enim stratum, ita ut alter decidat, et pallium breve, utrumque operire non potest* [18]. Angosta es la cama de la conciencia, y no podemos caber entrambos, y la capa es pequeña, y no puede cubrir a los dos. Dice aquí San Jerónimo que pide Dios celos al alma de la manera que cela un hombre a una mujer, que la dice: —Si fulano entra por una puerta, yo saldré por otra—. Si convidase uno a un príncipe, mala crianza sería ponerle media ave delante, pues más mala crianza es ofrecer a Dios, Príncipe de la gloria, medio corazón, y así, el que pretendiere hallarle y recebir de él grandes mercedes ha de buscarle con todo el corazón; así, dijo Moisés: *Cum quaesieris Dominum, invenies, si tamen toto corde quaesieris, et tota tribulatione animae tuae* [19]. Cuando buscares al Señor, hallarle has, pero ha de ser buscando con todo tu corazón y con toda la tribulación de tu ánima. Así, dice la Escritura en otra parte: *Filii Israel in toto corde, et in omni voluntate sua quaesierunt Dominum, et invenerunt* [20]. Los hijos de Israel buscaron al Señor con todo el corazón y con toda su voluntad, y así le hallaron. De esta manera quiere ser buscado y amado.

Hase de amar, lo segundo, *in tota anima tua*. En toda tu alma; el afecto de la voluntad tiene correspondencia al corazón. Cuando el alma o la voluntad ama, luego el corazón siente una ternura y regalo, y en lo poco o mucho que vuestro corazón siente de este regalo, echaréis de ver lo poco o mucho que tenéis de amor de Dios. Pero hase de notar que muchas veces puede acontecer haber amor en la voluntad y no corresponder al corazón, por no estar

[15] IV Reg. 17, 41.
[16] Os. 10, 2.
[17] I Reg. 5.
[18] Is. 28, 20.
[19] Deut. 4, 29.
[20] II Par. 15, 15.

bien templado. Como sucede querer un buen músico tañer bien en un instrumento y no poder por estar destemplado. Ponéisos en oración a amar a Dios y decís: —Amote, Dios mío, sobre todas las cosas; aunque el corazón esté seco como tabla, vuestro acto es excelente y aun muchas veces es más meritorio que cuando hay ternura. Procurando que no falte la devoción cordial, que es una firme determinación de no ofender a Dios por cosa criada, que, aunque falte la devoción sensible, importa poco, y cuando viniere, recebidla con temor, porque suele haber peligro de ensoberbecerse, teniéndose en más que los otros, etc. *Anima* aquí significa también lo mismo que vida; y así, quiere decir que sea tal nuestra vida, que nuestros pensamientos, palabras y obras vayan enderezadas en su divino amor, de manera que si fuere necesario perder la vida por el amor de Dios, la pierda, como hicieron los santos mártires.

Hase de amar lo tercero *In tota mente tua.* Aquel ama a Dios con todo el entendimiento que cree firmemente en su fe. Hay algunos que la pierden y no caen en la cuenta. Todas las veces que dudáis en un artículo de fe, si es verdad o no teniéndolo por opinión, es pecado mortal y herejía, si no lo echáis por la boca; puede absolveros el confesor, como de otro pecado mortal; por esto es bien no inquirir cosas altas; así, avisa el Espíritu Santo: *Altiora te ne quaesieris, et fortiora te ne scrutatus fueris sed quae precepit tibi Deus, illa cogita semper, et pluribus operibus eius, ne fueris curiosus, non est enim tibi necesarium ea, quae abscondita sunt, videre oculis tuis* [21]. No busques las cosas que exceden tu entendimiento ni escrudriñes las cosas que son más fuertes que tú, pero piensa siempre las cosas que Dios te ha mandado; ni seas curioso en sus muchas obras. No es cosa necesaria ver con tus ojos las cosas escondidas y secretas. Estad firmes en la fe, que es la aduana donde han de ser marcadas las almas para ir a la gloria. ¿Por maravilla se halla alguno que no haya tenido o tenga sus toques del demonio para desquiciarle de este carro de la fe? Y así, se ha de notar, para consuelo de los que padecen semejantes tentaciones, que, si a los tales les son penosas, es buena señal de que están firmes, y entonces burlen del demonio y no hagan caso de él. No le respondan ni luchen con él, que es muy astuto, pero acójanse al sagrado de Cristo crucificado y digan con el rey Ezechías: *Domine, vim patior, responde pro me* [22]. *Señor, fuerza padezco, responded por mí,* y, sin duda, os librará. Vais por una calle: salen a vos dos guzquillos ladrando.

---

[21] Eccli. 3, 22-23.
[22] Is. 38, 14.

volvéis sobre ellos; si os ladraban dos, os ladrarán todos los de la vecindad, pero si pasáis de largo sin hacer caso de ellos, déjannos y vuélvense en trasponiendo la calle; así, cuando os acometiere el demonio con la tentación, no hagáis caso de él ni os pongáis con él a razones, sino dejadle y acudid a Dios, y a algún varón espiritual, y a la fe de vuestra madre la Iglesia, y así os dejará. Y si no basta acudir a ella en confuso y a carga cerrada, sino explícitamente, a carga abierta, creyendo los catorce artículos de la fe. Algunos Doctores modernos obligan a saberlos de coro distintamente, so pena de pecado mortal. Yo no me atrevo a tanto rigor, sino ir con los antiguos, que dicen que basta que, cuando se trata de algún artículo, le conozcan y tengan por tal; pero hacerse ha esto con dificultad, si no se saben de memoria. Hay obligación de saber la doctrina cristiana, que es la carta de marear por donde hemos de seguir le derrota para ir al puerto de salvación. De esto hay de ordinario grandísimo descuido, porque ni los perlados lo enseñan a los súbditos, ni los padres a los hijos, ni los señores a los criados; y así, unos y otros serán castigados, etc.

Hase de amar, finalmente, *Ex tota fortitudine tua,* con todos los sentidos exteriores e interiores; con la lengua, alabándole y dándole gracias por los beneficios recibidos de su divina mano; con los ojos, trayéndole siempre presente; con los oídos, estando atento a sus divinas inspiraciones, de manera que pueda decir con San Anselmo: *O bone Jesu, tan enim pedes meos nolo nisi ut te quaeram, nolo manus meas, nisi ut tibi serviam; nolo genua mea, nisi ut te adorem; nolo linguam, nisi ut te laudem; nolo denique cor, nisi ut te, amantissime, diligam. Iustum namque et equum est ut me totum integrum tibi tradam; si quidem te ipsum integrum mihi tribuendum sevas, atque ita tanta familiaritate me diligis, ac si aliquem alium praeter me non haberes.* ¡Oh buen Jesús!, ya no quiero mis pies sino para buscarte, no quiero mis manos sino para servirte, no quiero mis rodillas sino para adorarte, no quiero mi lengua, sino para alabarte. no quiero, finalmente, mi corazón sino para amar a ti, amantísimo. Justa cosa es por cierto y muy puesta en razón que yo todo entero me entregue a ti, pues tú todo entero te guardas para entregar a mí y con tanta familiaridad me amas como si no tuvieras otro a quien amar más que a mí. Resta que sepamos cómo alcanzaremos este divino amor, fuente de todos los bienes. Conviene, lo primero, para alcanzarle que pongamos la segur a la raíz de nuestro amor propio y le desterremos de nosotros, porque son ambos muy contrarios y no pueden estar juntos. Del amor de Dios proceden todos los bienes, y

del amor propio, todos los males. El amor de Dios todo lo ordena para Dios, aunque sea muy a costa suya, y el amor propio todo lo ordena para sí, aunque sea a costa de Dios. Pues el que quisiere alcanzar el amor de Dios ha de ser a costa de su amor, aborreciéndose a sí. Importa también para alcanzarle recebir a Dios a menudo con disposición; porque, como dice San Pablo: *Deus noster ignis consumens est* [23]: *Es nuestro Dios fuego abrasador*. Pues si el hombre, que es de suyo tibio, no se llega a este divino fuego sino muy de tarde en tarde, más por fuerza que de grado, más por cumplir con la Iglesia que con deseo de aprovechar, ¿cómo ha de alcanzar el calor del divino amor? Y así, uno de los más eficaces remedios que hay para alcanzar este divino amor es llegarnos a este divino sacramento a menudo con aparejo y disposición. Aprovecha también tratar con siervos de Dios leer en santos libros y oír sermones, porque las palabras de Dios es fuego que abrasa las almas. Así, dijo Dios por Jeremías: *Nunquid non verba mea sunt sicut ignis? dicit Dominus* [24]. ¿Por ventura mis palabras no son como fuego? Bien se descubrió este efecto en los discípulos que huían a Emaús, los cuales, desapareciéndose el Redentor de ellos, habiéndoles hablado, dijeron: *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via?* [25] ¿Por ventura nuestro corazón no ardía dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino? La experiencia enseña que los que se privan de oír sermones viven con grande descuido de su salvación, dan de ordinario en jurar, jugar y otros semejantes vicios, por privarse de la palabra de Dios, que es manjar del alma, luz y antorcha que la alumbra y fuego divino que la enciende en el divino amor. Y así, importa mucho frecuentar los sermones, y, finalmente, importa mucho para alcanzarle el pedirle a Dios con continua oración, como lo hicieron los apóstoles, que, estando congregados en uno el día de Pentecostés, pidieron con ferviente oración al Señor que les enviase su divino Espíritu, que es amor que procede del Padre y del Hijo, el cual condescendió a su petición; y así, descendió en lenguas de fuego y abrasó sus corazones e inflamó sus voluntades. Tenga por bien su Majestad de comunicárnosle a nosotros, y con él su gracia, etc.

---

[23] Hebr. 12, 29.
[24] Ier. 23, 29.
[25] Luc. 24, 32.

EPILOGO GENERAL

En el campo inexplorado de la ciencia mística española hemos recogido, no al azar, sino con madura reflexión, doce granadas espigas desbordantes de trigo sazonado. Tienen sus nombres propios, que con gusto recordamos: *Arte para servir a Dios,* limpio, sonoro, recio, sistemático, lógico con lógica voluntarista férrea: es un crisol de santos puesto al alcance de todos los fieles cristianos.—*Espejo de ilustres personas,* destinado especialmente a los nobles, poderosos, ricos, gobernantes, para que sepan que han de ser ilustres en todo, en santidad más que en otra cosa, y en la santidad y gobierno, magnánimos. Entrambos libritos, henchidos de humano y divino saber, son dos joyeles literarios.—*Ley de amor santo,* es decir, exposición amplia, razonada, intensamente luminosa, del principio místico según el cual el amor es principio germinal de todas las cosas, la norma originaria que debe regir los actos humanos y rige los divinos, el origen, el medio y el fin de la perfección cristiana. Cada capítulo es un discurso cabal, tan bello de expresión como rico de tesoros doctrinales. La cláusula se desliza con amplitud generosa, y no es ceñida y torrencial, como en el *Tercer abecedario* famoso, pues nos referimos al gran maestro de la ciencia mística española y de la lengua patria Fr. Francisco de Osuna. Estos dos escritores de alto y acrisolado prestigio integran el volumen primero.

La *Subida del monte Sión,* del médico que se trocó en místico, Fr. Bernardino de Laredo, es ahora desenterrada, como la *Ley de amor santo,* después de haber permanecido enterrada bajo el polvo de bibliotecas y archivos durante siglos. Fué norte, luz y guía de Santa Teresa cuando más atribulada e incomprendida se vió. Escritor ferviente, apasionado, lírico, cuando sube el diapasón, los párrafos le salen versificados, con rima y todo. Todas sus páginas son vehementes, sentidas con profundidad y suspirantes por el bien espiritual de los fieles cristianos.—*Oratorio de*

religiosos y ejercicio de virtuosos, brote de pluma cesárea que conoce bien ambos mundos, el mundo del mundanal ruido y el mundo del espíritu. Con estilo noble, regio y donoso fundamenta la vida de piedad para quien ansíe servir al Dios inmortal. Su prosa es rítmica, galana y ágilmente concorde.—*La infancia espiritual,* del teólogo tridentino Miguel de Medina, es una exposición escriturística, docta y galana de la simplicidad evangélica, en la que Dios tanto se complace.—*Las tres vías,* del gran maestro de espíritu, Beato Nicolás Factor, varón extático, es un opúsculo de tipo oriental, como buen levantino; es tan breve como substancioso: una fábula deliciosa y rica en metáforas.

Las *Cien meditaciones devotísimas del amor de Dios* son lo que de ellas se ha dicho con acierto, «braserillo de encendidos afectos», y mucho más, breviario maravilloso de una filosofía sobrenatural y divina. Se trata del clásico Estella.—*El archimillonario del idioma,* Pineda, nos enriquece lingüísticamente con su *Explanación del «Pater noster»,* donde además se muestra teólogo y erudito de buena talla y de buen gusto.—La *maravillosa dulzura* destílase de la pluma y de las páginas del P. Angeles, maestro consumado y refinadísimo en la ciencia del espíritu y en el arte del lenguaje.—La *Esclavitud mariana,* sistema espiritual propio de almas selectas, tiene en Cetina su maestro, su guía y su esplendor. Floreció en el mejor de los tiempos y escribió con saber y con gracia.—Madrigal es el apóstol popular del mandamiento del amor, loado que fué por el propio Fr. Juan de los Angeles.

En fin, un haz luminoso de plumas que escribieron movidas por un mismo impulso: el amor; el amor a Dios y el amor al prójimo. Tales fueron sus númenes. El contenido de cada una de sus obras son otras tantas fibras radiantes del alma nacional. En estos tiempos de tanto frío cordial, estas obras, que son hornos de caridad, cumplen una misión vivificante, una misión de amor, de concordia y de paz. Sus autores fueron grandes exploradores del espíritu y maestros consumados en el arte de escribir.

FRAY JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M.

Madrid, San Francisco el Grande, fiesta de San José, marzo 1949.

INDICE DE NOMBRES

INDICE DE MATERIAS

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE TERCER VOLU-
MEN DE «MÍSTICOS FRANCISCANOS ESPAÑO-
LES», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES
CRISTIANOS, EL DÍA 30 DE MARZO
DE 1949, FIESTA DE SAN PEDRO
REGALADO, EN LOS TALLE-
RES DE GRÁFICAS NEBRI-
JA, S. A., CALLE DE IBI-
ZA, NÚM. 11, MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

VOLUMENES PUBLICADOS

1. SAGRADA BIBLIA, de NÁCAR-COLUNGA, 2.ª ed., corregida en el texto y copiosamente aumentada en las notas. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. D. GAETANO CICOGNANI, Nuncio de Su Santidad en España. 1947. 1684 + LXXX págs., con profusión de grabados y 8 mapas. (Agotada. Se prepara la 3.ª ed.)

2. SUMA POETICA, por JOSÉ MARÍA PEMÁN y M. HERRERO GARCÍA. 1944. 672 + XLVIII págs. (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)

3. OBRAS COMPLETAS CASTELLANAS DE FRAY LUIS DE LEON. Edición revisada y anotada por el P. Fr. FÉLIX GARCÍA, O. S. A. 1944. 1692 + XXXVI págs. (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)

4. SAN FRANCISCO DE ASIS: *Escritos completos*, las *Biografías* de sus contemporáneos y las *Florecillas*. Edición preparada por los PP. Fr. JUAN R. DE LEGÍSIMA y Fr. LINO GÓMEZ CANEDO, O. F. M. 1945. 872 + XLIV págs., con profusión de grabados. (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)

5. HISTORIAS DE LA CONTRARREFORMA, por el P. RIBADENEYRA, S. I. *Vida de los PP. Ignacio de Loyola, Diego Laínez, Alfonso Salmerón y Francisco de Borja. Historia del Cisma de Inglaterra. Exhortación a los capitanes y soldados de la «Invencible»*. Introducciones y notas del P. EUSEBIO REY, S. I. 1945. 1356 + CXXVI págs., con grabados.—40 pesetas tela, 75 piel.

6. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo I: *Introducción. Breviloquio. Itinerario de la mente a Dios. Reducción de las ciencias a la Teología. Cristo, maestro único de todos. Excelencia del magisterio de Cristo*. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 1945. 756 + XL páginas.—30 pesetas tela, 60 piel. (Publicados los tomos II, III, IV y V, núms. 9, 19, 28 y 36.)

7. CODIGO DE DERECHO CANONICO Y LEGISLACION COMPLEMENTARIA, por los doctores D. LORENZO MIGUÉLEZ, Fr. SABINO ALONSO MORÁN, O. P., y P. MARCELINO CABREROS DE ANTA, C. M. F., profesores de la Universidad Pontificia de Salamanca. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. Fr. José López Ortiz, Obispo de Túy. 2.ª ed., 1947. 1064 + XLVIII págs. (Agotada. Se prepara la 3.ª ed.)

8. TRATADO DE LA VIRGEN SANTISIMA, de ALASTRUEY. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Antonio García y García, Arzobispo de Valladolid. 2.ª ed., 1947. 992 + XXXVI págs., con grabados de la *Vida de la Virgen,* de Durero.—40 pesetas tela, 75 piel.

9. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo II: *Jesucristo en su ciencia divina y humana. Jesucristo, árbol de la vida. Jesucristo en sus misterios:* 1) *En su infancia.* 2) *En la Eucaristía.* 3) *En su Pasión.* Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 1946. 848 + XVI págs.—30 pesetas tela, 65 piel. (Publicados los tomos III, IV y V, núms. 19, 28 y 36.)

10. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo I: *Introducción general y bibliografía. Vida de San Agustín,* por POSIDIO. *Soliloquios. Sobre el orden. Sobre la vida feliz.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A. 1946. 784 + XVI págs., con grabados. (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.—Publicados los tomos II, III, IV y V, núms. 11, 21, 30 y 39.)

11. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo II: *Introducción a la filosofía de San Agustín. Confesiones* (en latín y castellano). Edición crítica y anotada por el P. Fr. ANGEL CUSTODIO VEGA, O. S. A. 1946. 976 págs., con grabados. (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.—Publicados los tomos III, IV y V, núms. 21, 30 y 39.)

12-13. OBRAS COMPLETAS DE DONOSO CORTES (dos volúmenes). Recopiladas y anotadas por el Dr. D. JUAN JURETSCHKE, profesor de la Facultad de Filosofía de Madrid. 1946. Tomo I: 954 + XVI págs. Tomo II: 870 + VIII págs.—Los dos tomos, 70 pesetas tela, 140 piel.

14. BIBLIA VULGATA LATINA. Edición preparada por el P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P., y D. LORENZO TURRADO, profesores de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de Salamanca. 1946. 1592 + 122 + XXIV págs., con profusión de grabados y 4 mapas.—60 pesetas tela, ed. a una tinta; 80 pesetas tela, a dos tintas. En piel, 100.

15. VIDA Y OBRAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ. *Biografía,* por el P. CRISÓGONO DE JESÚS, O. C. D. *Subida del Monte Carmelo. Noche oscura. Cántico espiritual. Llama de amor viva. Escritos breves y poesías.* Prólogo general, introducciones, revisión del texto y notas por el P. LUCINIO DEL SS. SACRAMENTO, O. C. D. 1946. 1330 + XXXII págs., con grabados. (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)

16. TEOLOGIA DE SAN PABLO, del P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. 1946. 952 + XVI págs.—40 pesetas tela, 75 piel.

17-18. TEATRO TEOLOGICO ESPAÑOL. Selección, introducciones y notas de NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ. Tomo I: *Autos sacramentales.* 1946. 924 + VIII págs. Tomo II: *Comedias teológicas, bíblicas y de vidas de santos.* 1946. 924 + XLVIII págs. Cada tomo, 35 pesetas tela, 70 piel.

19. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo III: *Colaciones sobre el Hexaémeron. Del reino de Dios descrito en las parábolas del Evangelio. Tratado de la plantación del paraíso.* Edición, en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. León Amorós, Fr. Bernardo Aperribay y Fr. Miguel Oromí, O. F. M. 1947. 800 + XII págs.—35 pesetas tela, 70 piel. (Publicados los tomos IV y V, núms. 28 y 36.)

20. OBRA SELECTA de Fray Luis de Granada: *Una suma de la vida cristiana.* Los textos capitales del P. Granada seleccionados por el orden mismo de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino, por el P. Fr. Antonio Trancho, O. P. (†), con una extensa introducción del P. Fr. Desiderio Díaz de Triana, O. P. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. Fr. Francisco Barbado Viejo, Obispo de Salamanca. 1947. 1164 + LXXXVIII págs.—45 pesetas tela, 80 piel.

21. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo III: *Contra los académicos. Del libre albedrío. De la cuantidad del alma. Del maestro. Del alma y su origen. De la naturaleza del bien: contra los maniqueos.* Texto en latín y castellano. Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. Victorino Capánaga, O. R. S. A.; Fr. Evaristo Seijas, Fr. Eusebio Cuevas, Fr. Manuel Martínez y Fr. Mateo Lanseros, O. S. A. 1947. 1048 + XVI págs.—45 pesetas tela; 80 piel. (Publicados los tomos IV y V, núms. 30 y 39.)

22. SANTO DOMINGO DE GUZMAN. *Orígenes de la Orden de Predicadores. Proceso de canonización. Biografías del Santo. Relación de la Beata Cecilia. Vidas de los Frailes Predicadores. Obra literaria de Santo Domingo.* Introducción general por el P. Fr. José María Garganta, O. P. Esquema biográfico, introducciones, versión y notas de los PP. Fr. Miguel Gelabert y fray José María Milagro, O. P. 1947. 956 + LVI págs., con profusión de grabados.—40 pesetas tela, 75 piel.

23. OBRAS DE SAN BERNARDO. Selección, versión, introducciones y notas del P. Germán Prado, O. S. B. 1947. 1516 + XXIV págs., con grabados.—50 pesetas tela, 85 piel.

24. OBRAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Tomo I: *Autobiografía y Diario espiritual.* Introducciones y notas del P. Victoriano Larrañaga, S. I. 1947. 884 + XII págs.—35 pesetas tela, 70 piel.

25-26. SAGRADA BIBLIA, de Bover-Cantera. Versión crítica sobre los textos hebreo y griego (dos volúmenes). 1947. 2396 + XXVIII págs., con profusión de grabados y 8 mapas.—En tela, los dos tomos, 80 pesetas; en piel, 125.

27. LA ASUNCION DE MARIA. Tratado teológico y antología de textos por el P. José María Bover, S. I. 1947. 452 + XVI págs.—30 pesetas tela, 65 piel.

28. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo IV: *Las tres vías o incendio de amor. Soliloquio. Gobierno del alma. Discursos ascético-místicos. Vida perfecta para religiosas. Las seis alas del serafín. Veinticinco memoriales de perfección. Discursos mariológicos.* Edición, en latín y castellano, preparada por los padres Fr. Bernardo Aperribay, Fr. Miguel Oromí y Fr. Miguel

Oltra, O. F. M. 1947. 976 + VIII págs.—45 pesetas tela, 80 piel. (Publicado el tomo V, núm. 36.)

29. SUMA TEOLOGICA, de Santo Tomás de Aquino. Tomo I: *Introducción general* por el P. Santiago Ramírez, O. P., y *Tratado de Dios Uno*. Texto en latín y castellano. Traducción del P. Fr. Raimundo Suárez, O. P., con introducciones, anotaciones y apéndices del P. Fr. Francisco Muñiz, O. P. 1947. 1294 + XVI págs., con grabados. — 50 pesetas tela, 85 piel. (Publicado el tomo II, núm. 41.)

30. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IV: *De la verdadera religión. De las costumbres de la Iglesia católica. Enquiridión. De la unidad de la Iglesia. De la fe en lo que no se ve. De la utilidad de creer.* Versión, introducciones y notas de los padres Fr. Victorino Capánaga, O. R. S. A.; Fr. Teófilo Prieto, Fr. Andrés Centeno, Fr. Santos Santamarta y Fr. Herminio Rodríguez, O. S. A. 1948. 900 + XVI págs.—45 pesetas tela, 80 piel.

31. OBRAS LITERARIAS DE RAMON LLULL: *Libro de Caballería. Libro de Evast y Blanquerna. Félix de las Maravillas. Poesías* (en catalán y castellano). Edición preparada y anotada por los PP. Miguel Batllori, S. I., y Miguel Caldentey, T. O. R., con una introducción biográfica de D. Salvador Galmés y otra al *Blanquerna* del P. Rafael Ginard Bauçá, T. O. R. 1948. 1148 + XX págs., con grabados.—55 pesetas tela, 90 piel.

32. VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por el P. Andrés Fernández, S. I. 1948. 612 + LVI págs., con profusión de grabados y 8 mapas.—40 pesetas tela, 75 piel.

33. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo I: *Biografía y Epistolario*. Prólogo del excelentísimo y reverendísimo Sr. Dr. D. Juan Perelló, Obispo de Vich. 1948. 900 + XLIV páginas, con grabados.—50 pesetas tela, 85 piel. (Publicados los tomos II y III, núms. 37 y 42.)

34. LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo I: *Nacimiento e infancia de Cristo*, por el prof. Francisco Javier Sánchez Cantón. 1948. 192 + VI págs., con 304 láminas.—60 pesetas tela, 95 piel.

35. MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. Francisco Suárez, S. I. Volumen 1.º: *Misterios de la Virgen Santísima. Misterios de la infancia y vida pública de Jesucristo.* Versión castellana por el P. Galdos, S. I. 1948. 916 + XXXVI págs.—45 pesetas tela, 80 piel.

36. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo V: *Cuestiones disputadas sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Colaciones sobre los siete dones del Espíritu Santo. Colaciones sobre los diez mandamientos.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. Bernardo Aperribay, Fr. Miguel Oromí y Fr. Miguel Oltra, O. F. M. 1948. 756 + VIII págs.—40 pesetas tela, 75 piel.

37. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo II: *Filosofía fundamental*. 1948. 826 + XXXII págs.—50 pesetas tela, 85 piel. (Publicado el tomo III, núm. 42.)

38. MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo I: FRAY ALONSO DE MADRID: *Arte para servir a Dios y Espejo de ilustres personas;* FRAY FRANCISCO DE OSUNA: *Ley de amor santo.* Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1948. 702 + XII págs.—45 pesetas tela, 80 piel. (Publicado el tomo II, núm. 44.)

39. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo V: *Tratado de la Santísima Trinidad.* Edición en latín y castellano. Primera versión española, con introducción y notas, del P. Fr. LUIS ARIAS, O. S. A. 1948. 944 + XVI págs., con grabados.—45 pesetas tela, 80 piel.

40. NUEVO TESTAMENTO, de NÁCAR-COLUNGA. Versión directa del texto original griego. (Separata de la Nácar-Colunga.) 1948. 452 + VIII págs., con profusión de grabados y 8 mapas.—25 pesetas tela, 60 piel.

41. SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo II: *Tratado de la Santísima Trinidad,* en latín y castellano; versión del P. Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., e introducciones del P. Fr. MANUEL CUERVO, O. P. *Tratado de la creación en general,* en latín y castellano; versión e introducciones del P. Fr. JESÚS VALBUENA, O. P. 1948. 888 + XX págs., con grabados.—50 pesetas tela, 85 piel.

42. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo III: *Filosofía elemental* y *El Criterio.* 1948. 756 + XX págs.—50 pesetas tela, 85 piel.

43. NUEVO TESTAMENTO. Versión directa del griego con notas exegéticas, por el P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. (Separata de la Bover-Cantera.) 1948. 624 + VIII págs., con 8 mapas.—30 pesetas tela, 65 piel.

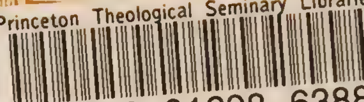
44. MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo II: FRAY BERNARDINO DE LAREDO: *Subida del monte Sión.* FRAY ANTONIO DE GUEVARA: *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos.* FRAY MIGUEL DE MEDINA: *Infancia espiritual.* BEATO NICOLÁS FACTOR: *Doctrina de las tres vías.* 1948. 838 + XVI págs.—50 pesetas tela, 85 piel. (Publicado el tomo III y último, núm. 46.)

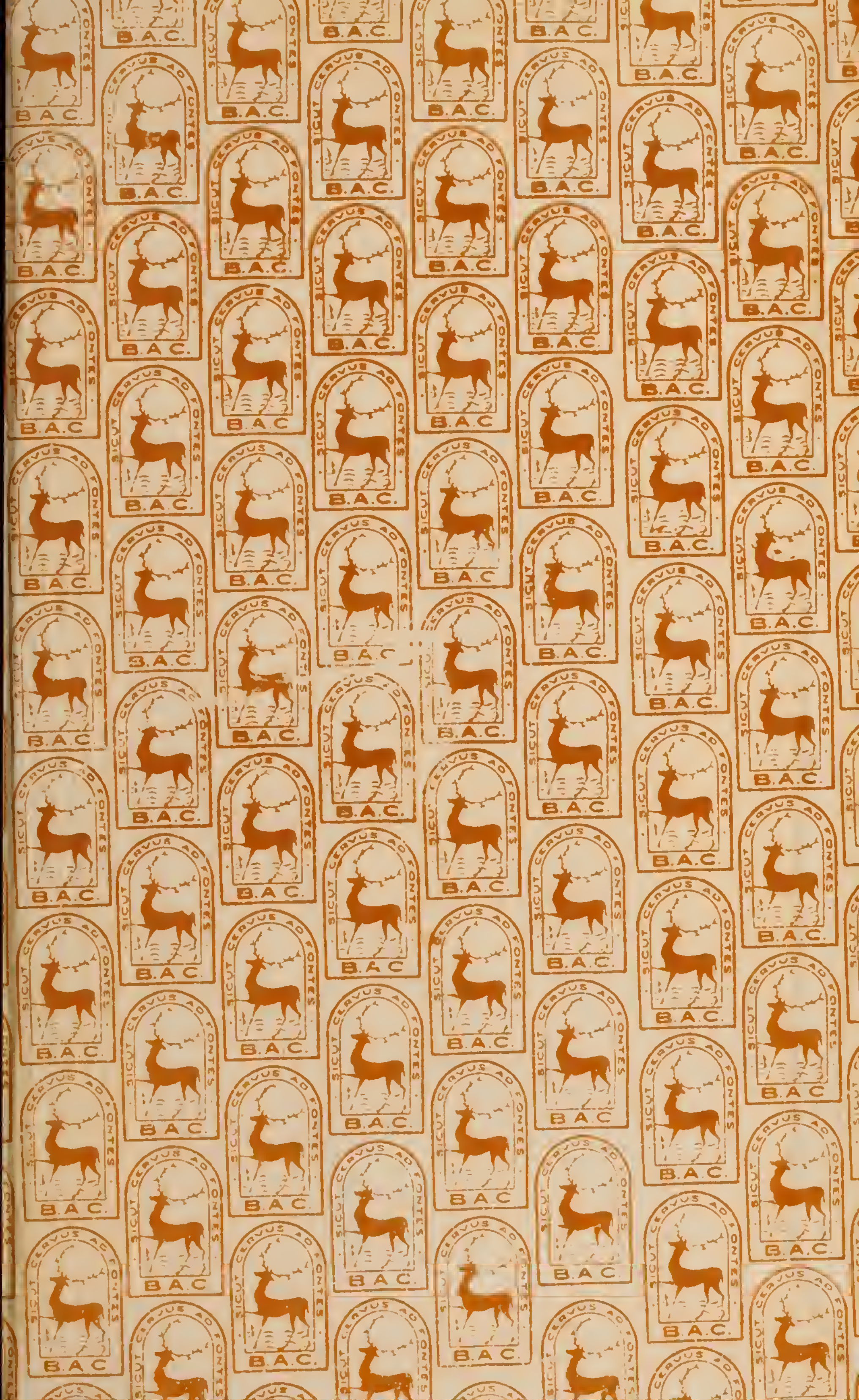
45. LAS VIRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA, por el P. FRANCISCO DE B. VIZMANOS, S. I. Estudio histórico-ideológico seguido de una antología de tratados patrísticos sobre la virginidad. 1949. 1308 + XXIV págs.—65 pesetas tela, 100 piel.

46. MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo III: FRAY DIEGO DE ESTELLA: *Meditaciones del amor de Dios;* FRAY JUAN DE PINEDA: *Declaración del «Pater noster»;* FRAY JUAN DE LOS ANGELES: *Manual de vida perfecta y Esclavitud mariana;* FRAY MELCHOR DE CETINA: *Exhortación a la devoción a la Virgen;* FRAY JUAN BAUTISTA DE MADRIGAL: *Homiliario evangélico.* Introducciones del P. FRAY JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1949. XII + 870 páginas en papel biblia.—50 pesetas tela, 85 piel.

Al hacer los pedidos, haga siempre referencia a los números que la obra solicitada tiene, según este catálogo, en la serie de la B. A. C.




Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01298 6388


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.

